BANDERA ROJA

HISTORIA POLÍTICA Y CULTURAL DEL COMUNISMO

DAVID PRIESTLAND

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Agradecimientos
Introducción. 1789-1889-1989
Prólogo. Crisol clásico
1. Un Prometeo alemán
2. Jinetes de bronce
3. La percepción desde Occidente
4. Hombres de acero
5. Frentes populares
6. El Oriente es rojo
7. Imperio
8. Parricidio
9. Guerrilleros
10. Zastoi («Estancamiento»)
11. Marea alta
12. Revoluciones gemelas

Epílogo. Rojo, naranja, verde… ¿y de nuevo rojo?
Láminas
Lista de ilustraciones
Bibliografía
Notas
Créditos

Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo
David Priestland

Título original: *The Red Flag. Comunism and the Making of the Modern World*
Penguin books, Londres

© David Priestland, 2009

© de la traducción, Juan María López de Sa y de Madariaga, 2010

© del diseño de la portada, Jaime Fernández

Creative Commmons

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Sinopsis

El comunismo ha sido uno de los más poderosos movimientos políticos e intelectuales del mundo contemporáneo, capaz de suscitar una amplia esperanza colectiva en la posibilidad de crear una sociedad más justa.

Una vez transcurridos veinte años de su derrumbe, ha llegado el momento de estudiarlo objetivamente, no sólo en el contexto de la guerra fría, sino en toda su historia y en su dimensión universal.

Ello resulta hoy posible gracias a la gran cantidad de documentación secreta que se ha desclasificado en los últimos años, como la que Priestland ha podido utilizar en los archivos de Moscú y de Beijing.

Este es, además, el momento oportuno para revisar sus conquistas y sus fracasos, cuando, en plena crisis de la economía del capitalismo, no está claro que una parte de sus planteamientos hayan perdido toda vigencia.

En recuerdo de mi madre

Agradecimientos

Escribir sobre historia general no deja de ser un reto, a pesar de que he podido beneficiarme de la enorme cantidad de nuevas publicaciones eruditas y excitantes publicadas en los últimos veinte años, muchas de ellas basadas en fuentes de archivo recientemente accesibles. También estoy extremadamente agradecido a un gran número de amigos y colegas que me aconsejaron y me ayudaron a evitar errores. Tom Buchanan, Martin Conway, Mary McAuley, Rory Macleod, Rana Mitter, Mark Pittaway y Stephen Whitefield leyeron partes sustanciales del manuscrito; Steve Smith fue especialmente generoso con su tiempo y lo leyó prácticamente por completo. Ron Suny me mostró la obra inédita de Stalin, Steve Heder compartió material sobre el Jemer Rojo y Laurence Whitehead me aconsejó sobre Cuba. El proyecto de la Cambridge History of the Cold War, dirigido por Mel Leffler y Arne Westad, fue un grupo ideal en el que debatir sobre el papel internacional del comunismo.

Los miembros del St Edmund Hall y la Facultad de Historia de la Universidad de Oxford me han proporcionado un entorno de trabajo estimulante y abierto, y me han garantizado períodos de estudio para trabajar en el libro. También estoy agradecido a la

Britsh Academy y a la Chinese Academy of Social Sciences (ambos en Shanghai, así como al Instituto de Pensamiento Marxista-Leninista y de Mazo Zedong, en Beijing) por conseguirme un viaje de estudio fructífero a China; a Shio Yun Kan por sus brillantes enseñanzas sobre la lengua china; y a los archivistas y bibliotecarios del Russian State Archive for Socio-Political History en Moscú, la Bodleian Library, Oxford, la British Library, y la Russian State Library en Moscú.

Gill Coleridge fue un agente ideal, y adquirió un papel relevante en el proyecto desde el principio; le estoy muy agradecido por su ánimo y consejo. También he sido muy afortunado con mi editorial. Simon Winder en Penguin fue un editor extremada e impresionantemente incisivo. Morgan Entrekin de Grove Atlantic me dio también mucho apoyo. También Stuart Proffitt en Penguin. Y ambos me proporcionaron comentarios valiosos sobre el texto. También me gustaría dar las gracias a Jofie Ferrari-Adler y a Amy Hundley en Grove Atlantic. Thomass Rathnow, en Siedler, y Alice Dawson, Richard Duguid y Mari Yamazaki, en Penguin. Charlotte Ridings fue extremadamente efectiva y paciente como editora técnia y el gran conocimiento de Amanda Russell sobre fuentes visuales fue de gran ayuda con la parte de ilustraciones.

Mi mayor agradecimiento va para Maria Misra, que hizo una enorme contribución al libro. Su conocimiento de la historia de Asia y África me ayudó a avanzar de forma mucho más amplia de lo que de otro modo hubiera conseguido alcanzar, y leyó el manuscrito por completo, ahorrando así al corrector una no escasa dosis de tosquedad.

Introducción

1789-1889-1989

I

En noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín, aquella muralla de hormigón cubierta de *graffiti* que simbolizaba la división entre el Este comunista y el Oeste capitalista; manifestantes de ambos lados saltaron y bailaron llenos de alegría celebrando el final de la guerra ideológica en Europa. Siete meses antes se había producido otra gran protesta contra los excesos antidemocráticos del comunismo en la plaza de Tiananmen de Beijing, si bien en aquella ocasión fue brutalmente reprimida; y así, exactamente un siglo después de que la creciente pujanza del marxismo quedara marcada por la fundación de la Segunda Internacional y dos siglos después de que el pueblo de París hubiera asaltado con éxito otro símbolo del orden autoritario —la Bastilla—, volvía a surgir la revolución en las capitales de Europa y Asia, aunque en esta ocasión no tuviera como objetivo demoler los bastiones tradicionales de la riqueza y los privilegios aristocráticos, sino estados supuestamente comprometidos con la causa de los pobres y los oprimidos. La espectacular y en gran

medida imprevista caída del comunismo soviético en 1989 era, pues, algo más que el colapso de un imperio: ponía fin a una época que había durado dos siglos, durante la cual la política europea y luego la mundial se vieron trastornadas por una concepción visionaria de la sociedad moderna que ofrecía a los condenados de la tierra la posibilidad de crear una sociedad basada en la armonía y la igualdad.

Para muchos el comunismo podía ya quedar olvidado en el «vertedero de la historia» del que hablaba Trotski como un desvío sin esperanza, un callejón sin salida, un error imperdonable. Aunque la afirmación del profesor estadounidense Francis Fukuyama de que la «historia», o si se prefiere la lucha entre sistemas ideológicos antagónicos, había «finalizado» con la victoria del capitalismo liberal, fue recibida con bastante escepticismo, en el fondo muchos la creían acertada.[1] La democracia, no la lucha de clases, era la única forma de resolver los conflictos sociales, y el capitalismo era el único sistema económico que funcionaba realmente. Durante un tiempo el mundo pareció perder el interés por el comunismo; parecía un conjunto evanescente de actitudes tristemente fosilizadas que sólo significaba algo para una generación que pronto desaparecería arrastrada por los vientos de la «reforma», un fenómeno que más valía dejar en manos de los estudiosos como una antigua civilización al estilo de la de los antiguos persas, con sus propias ruinas que sólo servían para recordar pasadas desilusiones. A mediados de la década de 1980, cuando comencé a investigar el comunismo en lo más álgido de la nueva guerra fría, parecía un tema excitante, pero diez años después parecía irrelevante en un mundo en el que había triunfado definitivamente el capitalismo neoliberal.

Sin embargo, durante la última década dos acontecimientos han traído de nuevo al comunismo al primer plano de la atención pública. El primero —la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001— no tenía ninguna relación directa con el comunismo. De hecho, los terroristas islamistas responsables del atentado eran claramente antimarxistas, si bien, al igual que los comunistas, constituían una red de radicales encolerizados convencidos de estar luchando contra el «imperialismo occidental» y pronto periodistas e historiadores apuntaron paralelismos políticos. Aunque se usara más habitualmente el término «islamofascismo» que el de «islamocomunismo», el islamismo se ha presentado repetidamente como la última versión del «totalitarismo», esto es, de una familia de ideologías fanáticas, violentas y antiliberales que incluye tanto el fascismo como el comunismo. Para los neoconservadores estadounidenses aquella amenaza exigía un combate ideológico y militar tan decidido como el que Ronald Reagan llevó a cabo contra el comunismo en el Tercer Mundo.[2] En 2004 los partidos de centro y derecha del Parlamento europeo trataron de condenar el comunismo como un movimiento equivalente al fascismo, y en junio de 2007 el presidente George W. Bush dedicó en Washington un monumento a sus víctimas.

Si los atentados del 11 de Septiembre mostraron que el orden político posterior a 1989 no había resuelto los graves conflictos existentes en Oriente Medio, la quiebra del banco estadounidense Lehman Brothers el 15 de septiembre de 2008 y la crisis financiera que ha desencadenado demuestran que el orden económico posterior a 1989 no ha conseguido crear una prosperidad estable, sostenible y duradera. Sin embargo, las

lecciones extraídas de este último acontecimiento difieren de las de 2001. Aunque nadie propone la restauración del rígido modelo económico soviético, la crítica de Marx a la desigualdad y la inestabilidad creadas por el capital global desregulado suena de nuevo como un presagio; las ventas de *El capital*, su obra maestra, se han multiplicado en su país natal.

La historia del comunismo parece, pues, más relevante para las preocupaciones de hoy día que a principios de la década de 1990. Sin embargo, parece difícil captar la naturaleza del comunismo, al menos mucho más que otros aspectos de nuestra historia reciente; aunque muchos supieron prever la agresividad nazi o la persecución de los judíos, muy pocos predijeron la revolución bolchevique, el terror estalinista, la «desestalinización» de Jruschov, la Revolución Cultural china, los «campos de la muerte» de Pol Pot o el colapso de la URSS. Esto puede deberse en parte al secretismo obsesivo de los regímenes comunistas, pero más importante aún ha sido la enorme distancia entre la perspectiva de los historiadores y comentaristas occidentales y la visión del mundo de los comunistas en la época. Explicar el comunismo exige entrar en un mundo mental muy diferente, el de Lenin, Stalin, Mao, Ho Chi Minh, Guevara y Gorbachov, así como el de quienes los apoyaron o toleraron.

II

Este libro es producto de muchos años de reflexión sobre el comunismo. Eché mi primer vistazo al mundo comunista en el

verano del año orwelliano de 1984. Tenía entonces diecinueve años y había tomado el camino más barato para llegar a Rusia, un curso de ruso en un lúgubre instituto de ingeniería de Moscú, patrocinado por una de las muchas «Sociedades de Amistad con la Unión Soviética» repartidas por toda Europa. Sabía muy poco de Rusia o del comunismo, pero me parecía, como a mucha gente entonces, la cuestión más importante de la época. Aquel año fue, visto en retrospectiva, inusitadamente turbulento. Visitaba la capital del «imperio del mal» del que hablaba Reagan en el momento álgido de lo que ahora se conoce como «segunda guerra fría», cuando las relaciones entre el Este y el Oeste se deterioraron notablemente tras la breve distensión de la década de 1970. Se abrió un intenso debate sobre la decisión de la OTAN de desplegar misiles de crucero en Europa occidental, y durante el otoño anterior se vivieron en la República Federal alemana las mayores manifestaciones conocidas desde la segunda guerra mundial. Viajé a Rusia, al menos en parte, para poder responderme algunas de las preguntas que obsesionaban a la opinión pública occidental de la época: ¿qué era el comunismo, y adónde trataba de llegar la dirección soviética? ¿Era la URSS realmente un imperio del mal gobernado por fanáticos leninistas, que después de haber desarticulado a su propio pueblo pretendían ahora imponer a Occidente su sistema represivo? ¿O era un régimen que, pese a sus muchas deficiencias, disfrutaba de un auténtico apoyo popular?

Llegué a la siniestra penumbra del aeropuerto internacional de Sheremetyevo cargado no sólo con mis maletas sino con un revoltijo de prejuicios e interrogantes mal planteados. Aunque desconfiaba de la retórica de Reagan, también temía

encontrarme con la espeluznante distopía de Orwell o de las novelas de espionaje de John Le Carré. Desde la infancia había sido consciente de las objeciones morales a las armas nucleares: mi madre había participado en las manifestaciones de Aldermaston a principios de la década de 1960. Pero al mismo tiempo me parecían lo bastante aterradoras las triunfalistas exhibiciones de armamento militar en la Plaza Roja, mostradas con orgullo en la televisión soviética, como para justificar una respuesta defensiva.

Mi estancia en Moscú no hizo más que aumentar mi confusión. En cierto sentido Orwell estaba acertado y se podía palpar el miedo. Algunos de los rusos que conocí me llevaron a escondidas a su apartamento, temerosos de que sus vecinos pudieran oír mi acento extranjero; el ambiente en Moscú era muy apagado —más tarde, con la llegada de Gorbachov, se calificó a aquellos años como «el período de estancamiento»— y también era evidente el escepticismo con respecto al régimen y se oían críticas a su hipocresía y corrupción. Sin embargo, en muchos otros sentidos aquella sociedad no podía ser más diferente del mundo imaginado por Orwell: para la mayoría de la gente la vida cotidiana era relativamente relajada, por desprovista que estuviera de comodidades materiales. También aprecié un genuino orgullo nacionalista por la fuerza de Rusia y sus logros bajo el comunismo, y un compromiso emocional real con la paz mundial y la armonía global.

Aquella primera visita a Moscú no me permitió responder a muchas de las dudas que me inquietaban, y a mi regreso a Gran Bretaña leí cuanto pude sobre Rusia y el comunismo. Pocos años después se me presentó lo que entendí como una oportunidad real de comprender aquella sociedad enigmática

como estudiante posgraduado en la Universidad Lomonosov de Moscú durante el curso 1987-1988, estudiando (en secreto) el acontecimiento más misterioso de la historia soviética, la Gran Purga de cincuenta años antes, desde mi alojamiento en lo alto del enorme rascacielos de la Universidad en las Colinas de Lenin que ordenó construir Stalin. Vivía en el centro ideológico de una curiosa civilización: mis vecinos provenían de todos los rincones del mundo comunista —Cuba, Afganistán, Alemania oriental, Mozambique, Etiopía, Corea del Norte…— y habían llegado allí para graduarse en ciencias o historia, pero también para estudiar el «comunismo científico» y el «ateísmo» y mejorar su preparación para propagar la ideología comunista en su propio país. Además, aquél era un período extraordinario de la historia soviética. La *glasnost'* («transparencia») de Gorbachov, aunque todavía limitada, alentaba el debate y la expresión de un amplio abanico de opiniones. Si hubo un momento adecuado para descubrir las actitudes que subyacían al comunismo, al menos en su fase madura, parecía ser aquél. El sistema se estaba abriendo y revelando sus secretos, sin haber dejado de ser comunista.

Lo que vi me dejó de nuevo confuso. Las reacciones de los soviéticos al idealismo de Gorbachov y su política reformista de la *perestroika* («reestructuración») eran múltiples. Algunos de mis amigos rusos creían que el comunismo estaba fundamentalmente averiado y ardían en deseos de unirse al mundo capitalista, pero otros no estaban en absoluto dispuestos a adoptar una ideología ajena y se sentían optimistas, creyendo que Rusia había encontrado por fin una vía hacia un «comunismo» reformado y una sociedad mejor y más justa. El comunismo, según parecían creer, era una fuerza moralmente

positiva, aunque tristemente corrompida por los burócratas, que todavía podía reformarse e incorporar, aunque no se sabía bien cómo, las ventajas de la democracia parlamentaria. Parecía, pues, que el ideal comunista había echado verdaderamente raíces en la Unión Soviética.

Ahora el comunismo tradicional está prácticamente muerto. Mao Zedong todavía sigue contemplando serenamente la plaza de Tiananmen, pero el Partido Comunista Chino ha abandonado la mayoría de sus principios marxistas y Vietnam y Laos han seguido su ejemplo. En cualquier caso, el hundimiento repentino del comunismo soviético no ha hecho más que aumentar el misterio. ¿Qué impresión del comunismo era la correcta? ¿La del nacionalismo orgulloso que vi en 1984, la del idealismo socialista de 1987, o la del autoritarismo conservador de una generación avejentada que cabía observar en la menguante multitud de jubilados que veíamos manifestarse en Moscú cada aniversario de la revolución de Octubre?

III

Se ha escrito mucho sobre el comunismo, analizando esas y otras cuestiones, pero los esfuerzos por entenderlo se han visto a veces obstaculizados por el carácter altamente politizado de la literatura al respecto y el gran número de interpretaciones contradictorias que ha suscitado. En mi opinión, no obstante, los distintos planteamientos pueden reducirse fundamentalmente a tres:

El primero —derivado de los propios escritos de Marx— se

convirtió en el credo oficial de todos los regímenes comunistas: en un país tras otro, se decía, los heroicos obreros y campesinos, dirigidos por perspicaces pensadores marxistas, habían derrocado a la malvada y explotadora burguesía y emprendido la vía hacia el «comunismo», un paraíso sobre la tierra donde la humanidad no sólo disfrutaría de abundancia material, sino que también viviría en la democracia más perfecta, armoniosa, autorregulada y sin que nadie quedara subordinado a otro. Era también un sistema racional, al que se llegaría como resultado de las leyes del desarrollo histórico. Esta presentación, pieza central de la ideología marxista-leninista, estaba inscrita en el dogma de todos los estados comunistas hasta su repentina implosión. En 1961, por ejemplo, el dirigente soviético Nikita Jruschov predecía que la Unión Soviética alcanzaría la tierra prometida del «comunismo» en 1980.[3]

Desde el comienzo de la guerra fría esa historia convencía a muy pocos fuera del bloque o los partidos comunistas, y los comentaristas occidentales preferían en su lugar una u otra de dos alternativas enfrentadas. La primera, la más popular en el centro-izquierda, podría ser denominada «la teoría de la modernización», según la cual los comunistas eran no tanto liberadores heroicos sino modernizadores racionales técnicamente instruidos, decididos a desarrollar sus países pobres y atrasados. Aunque se comportaran de forma indudable y lamentablemente violenta en las primeras fases (algo inevitable dada la resistencia que afrontaban y los enormes cambios económicos y sociales que proponían), pronto renunciaron a la represión más extrema. De hecho, la abjuración y denuncia por parte de Jruschov del terror estalinista demostraba que el comunismo se podía reformar; y durante las décadas de 1960 y

1970 algunos hablaban incluso de la «convergencia» entre el Este comunista, ahora modernizado, y el Oeste socialdemocratizado, en torno a un conjunto de valores basado en el estado del bienestar y el mercado regulado.[4]

La segunda alternativa podría denominarse quizá «la teoría de la represión» y es la más popular entre los críticos anticomunistas occidentales,[5] para los que el comunismo no es más que una oscura historia de terror caracterizada por su extrema violencia y la continua represión infligida por una minoría nada representativa a la mayoría intimidada. Entre los «teóricos de la represión» había desacuerdos sobre la naturaleza de la minoría comunista. Para algunos eran esencialmente jerarcas políticos, no ideológicos, que trataban de recrear una nueva versión de las antiguas burocracias y tiranías conservadoras bajo el disfraz del comunismo «moderno». La carnicería de Stalin entre sus oponentes en el partido se ve por consiguiente, no tanto como la obra de un ideólogo marxista, sino como la de un nuevo zar.[6] Una versión de esta teoría, desarrollada por Trotski en *La revolución traicionada* y popularizada con mucho éxito en la fábula de Orwell *Rebelión en la granja*,[7] se hizo especialmente popular en la izquierda antiestalinista. Para otros, más hostiles al socialismo, los comunistas no eran encarnaciones de los hombres fuertes del pasado, sino que estaban realmente impulsados por la ideología marxista-leninista.[8] Imponían un orden antinatural a sus poblaciones, tratando de adoctrinar a los «nuevos hombres y mujeres socialistas» y de establecer un control totalitario. El resultado inevitable de ese utopismo era la represión violenta de quienquiera que se negara a someterse a él.[9]

La teoría de la modernización ha dejado de estar de moda y

ahora son muchos los que insisten en el papel de la ideología. Algunos partidos comunistas trataron verdaderamente de desarrollar su país y en ocasiones disfrutaron de un apoyo significativo; pero pocos pudieron obtener una mayoría electoral y a menudo pretendían un control absoluto sobre su propio país, recurriendo si lo consideraban necesario a una represión extrema para alcanzar sus objetivos. Sin embargo, la ideología no lo explica todo; está claro que muchos comunistas no eran los fríos tecnócratas de la teoría de la modernización; los archivos muestran que algunos vivían y respiraban la ideología marxista-leninista y que muchos de sus planes políticos más desastrosos se vieron inducidos por un compromiso real y no por cálculos pragmáticos; pero, como se verá, las ideas de Marx se podían utilizar para justificar programas muy diferentes y los comunistas adaptaron el marxismo a condiciones y culturas específicas muy diversas. También hay que entender el contexto específico en que surgieron los distintos comunismos: la guerra, la intensa competencia internacional y el surgimiento de estados-nación modernos fueron especialmente importantes. Necesitamos por tanto un enfoque que abarque a la vez el poder de las ideas utópicas y el mundo violento y estratificado en que vivían los comunistas.

Paradójicamente, quizá, la alegoría más útil para entender el comunismo proviene de una tragedia clásica de la Antigüedad, en concreto de la Atenas del siglo V a. de C. Las tragedias griegas mostraban en forma dramatizada un conjunto de transiciones fundamentales en la sociedad humana: del orden jerárquico patriarcal a una comunidad fraternal e igualitaria; de una sociedad aristocrática de reyes guerreros a otra más «democrática» en la que todos los ciudadanos varones

participaban en la política y luchaban como iguales en el ejército del pueblo; y de una sociedad fragmentada de clanes y feudos, a otra más integrada bajo el imperio de la ley.[10]

La trilogía sobre Prometeo tradicionalmente atribuida a Esquilo ofrece una dramatización especialmente llamativa de la transición del orden patriarcal al fraternal y del «retraso» al conocimiento. Según el relato mitológico, Prometeo, uno de los viejos «titanes», robó a Zeus y los nuevos dioses «olímpicos» el fuego para ofrecérselo como regalo a la humanidad. Al hacerlo le aportó el conocimiento y el progreso, pero a costa de encolerizar a Zeus, que pretendía mantener sometidos a los hombres y preservar el viejo orden. Prometeo es duramente castigado por quebrantar la jerarquía para ayudar a la humanidad: es encadenado a una roca en las montañas del Cáucaso, donde diariamente un águila se alimenta de su hígado, que se regenera eternamente. En *Prometeo encadenado*, la primera parte de la trilogía de Esquilo, que es la única que se conserva íntegra, dominan la pieza cuatro personajes: Cratos, personificación masculina del poder y la fuerza, y su hermana la violenta Bía, sirvientes de Zeus, el tiránico padre de los dioses; el mensajero Hermes (dios de las fronteras, de los oradores, literatos y poetas, de los inventos y el comercio en general, y de los ladrones y mentirosos); y Prometeo (literalmente «previsor»), que es mostrado positivamente como un pensador racional al que la intransigencia de Zeus y la cobardía de Hermes han transformado en un rebelde colérico. Está decidido a resistir a Zeus, aunque ello suponga una terrible violencia.

> Así pues, que caiga sobre mí el doble rizado del fuego,
> que el éter se erice con el trueno

y con la convulsión de los feroces vientos;
ojalá el viento agite la tierra desde sus fundamentos;
que las olas del mar, con su terrible estrépito,
confundan los cursos de los astros celestes;
por último, que lance mi cuerpo al tenebroso Tártaro
entre los firmes torbellinos de la necesidad.
De ningún modo conseguirá matarme.[11]

Prometeo y Zeus siguen todavía enfrentados cuando termina la pieza, aunque en la última parte de la trilogía (que no se ha conservado) Esquilo probablemente mostraba su desaprobación hacia la cólera de Prometeo, quien quizá hacía las paces con Zeus admitiendo ambos sus excesos.

Así pues, en *Prometeo encadenado* tenemos una brillante dramatización de las tensiones aparentemente insolubles entre la jerarquía y la tradición, por un lado, y la igualdad y la modernidad por otro. La pieza reconoce el atractivo y los peligros del mensaje prometeico, especialmente para los intelectuales en un mundo represivo y arcaico; porque aunque Prometeo desea ayudar a la humanidad, cuando algo se le opone su cólera puede también «conmover la tierra hasta sus cimientos».

Se puede considerar a los comunistas herederos de Prometeo, pero en ese legado hay varios elementos contrapuestos. El «comunismo» significa literalmente un sistema político en el que todos cooperan libremente y comparten en común los bienes, y originalmente fue un movimiento amplio y diverso. Algunos comunistas daban más valor a la lucha prometeica por la liberación; procedentes de una tradición marxista más «romántica», estaban más interesados por la autenticidad y la creatividad humana que en tomar el poder

político y construir estados modernos. Sin embargo, esa perspectiva fue quedando marginada y fue la hostilidad de Prometeo a la desigualdad y su compromiso con la modernidad el que llegó a caracterizar la corriente principal del movimiento comunista.[12] En cualquier caso, había un aspecto del mito prometeico que Esquilo no exploró: su ira contra los hombres y mujeres ordinarios que rechazaban el «fuego» del conocimiento y la Ilustración. Los comunistas podían ser tan iracundos —y violentos— con los campesinos «atrasados» y religiosos que rechazaban su planteamiento como lo eran con los señores feudales y los capitalistas.

No es de sorprender que el Prometeo heroico pero colérico de Esquilo se convirtiera en figura simbólica clave de la emancipación para los poetas-críticos de las monarquías europeas, desde Goethe hasta Shelley; pero fue Karl Marx quien adoptó más plenamente la metáfora prometeica. Para él, Prometeo era «el santo y mártir más eminente del calendario filosófico». En el prefacio de su tesis doctoral* citaba a su héroe: «En pocas palabras, odio a todos los dioses … Mejor estar encadenado a esta roca que esclavizado al servicio de Zeus».[13] Marx siguió así forjando, a partir de la fe de Prometeo en la razón, la libertad y la rebeldía, una poderosa y nueva síntesis que sería a la vez «científica» y revolucionaria.

La propuesta prometeica de Marx atraía a muchos críticos de la desigualdad, pero especialmente a los oponentes de antiguos regímenes como el de la Rusia zarista. Aquel orden paternalista incluía no sólo desigualdades económicas sino también políticas y legales, garantizando privilegios a la élite aristocrática y discriminando a las clases más bajas. Era también ideológicamente conservador y enemigo de las ideas modernas.

Durante el siglo XIX se fue haciendo cada vez más evidente que una estratificación tan rígida había debilitado y dividido a los estados que se debatían por mantener su estatus en un mundo dominado por potencias más unificadas, y para muchos críticos ilustrados del zarismo la síntesis prometeica entre liberación, modernidad e igualdad auguraba resolver de una vez todos los problemas: fomentaría la igualdad en el seno de la familia, acabando con la subyugación patriarcal de las mujeres y los jóvenes; promovería la igualdad social, creando ciudadanos en lugar de señores y siervos; y nivelaría la jerarquía internacional a medida que los regímenes resurgidos se desarrollaran lo bastante como para mantener su propia influencia. Al mismo tiempo, fortalecería el estado-nación aportándole los últimos descubrimientos de la ciencia.

Las condiciones de Rusia, y especialmente la represión política, contribuyeron también a crear la institución que llevaría adelante el proyecto prometeico: el partido clandestino de vanguardia. Diseñado para tomar el poder y forjar los «nuevos hombres y mujeres socialistas», su cultura alentaba los elementos más represivos y violentos del viejo mito. El deseo cuasi religioso del Partido Bolchevique de transformar a sus miembros y su división maniquea del mundo en amigos y enemigos, combinados con las consecuencias de la guerra, iba a dar lugar a una política muy diferente de la propuesta y aplicada por Karl Marx.

Este proyecto, y los medios para realizarlo, atrajeron a mucha gente durante el siglo XX, especialmente en el mundo colonizado y semicolonizado, porque prometían poner fin a la subordinación humillante al imperialismo europeo al tiempo que modernizaban las divididas sociedades agrarias. Muchos

comunistas creían que sólo la revolución podía derrotar a los imperialistas y sus colaboradores locales que mantenían atrasado su país; la economía planificada lo impulsaría a la modernidad, dándole por fin un lugar digno en la escena mundial.

Pero una vez que los comunistas llegaban al poder, sus ambiciones románticas se veían pronto superadas por la tecnocracia y el fervor revolucionario, aunque en la práctica incluso estos factores resultaban difíciles de conciliar y solían tender a enfatizar uno de ellos por encima del otro. El marxismo «modernista» era una ideología tecnocrática del desarrollo económico basada en la pericia de los más expertos, el plan centralizado y la disciplina, que ofrecía estímulos muy poderosos al cúmulo de técnicos y burócratas educados en los nuevos institutos y universidades. El marxismo «radical», en cambio, se basaba en la movilización de masas para realizar rápidos «saltos adelante» a la modernidad, el entusiasmo revolucionario, la «democracia» asamblearia de masas y una igualdad plena; también podía hacer uso de una violencia extrema en su lucha contra el «enemigo», ya fueran los capitalistas, los llamados *kulaki* («campesinos ricos»), los intelectuales o los «burócratas» del partido. El marxismo radical y su estilo militar resultaban particularmente útiles en períodos de guerra o dominados por el miedo a ésta, como en el caso de las milicias obreras del período revolucionario en Rusia o los partisanos y guerrilleros del mundo posterior a la segunda guerra mundial.[14]

Cada forma de marxismo tenía sus particulares ventajas y desventajas. El más radical podía propiciar el sacrificio desinteresado o inspirar heroicas hazañas de productividad en ausencia de incentivos salariales y de mercado. Sin embargo, al alentar la persecución de los «enemigos de clase» podía suscitar

la división, el caos y la violencia. Alentaba la persecución de los más instruidos y expertos, y su compromiso ateo con los valores de la «Ilustración» alejaba a quienes se regían por valores religiosos y tradicionales, particularmente en el campo. El marxismo modernista, en cambio, pretendía lograr la estabilidad necesaria para embarcarse en una modernización económica «racional» y «planificada», pero podía ser gris y aburrido, y lo más preocupante para un régimen supuestamente revolucionario, creaba rígidas burocracias gobernadas por los expertos.

Ambos planteamientos de la política tenían sus inconvenientes en las sociedades que pretendían transformar y era difícil mantenerlos durante largos períodos de tiempo, por lo que los comunistas pronto comenzaron a buscar compromisos con capas más amplias de la sociedad.[15] Algunos se hicieron más pragmáticos, tratando de combinar la planificación central con el mercado, abjurando de la violencia y promoviendo un mayor aperturismo. Fue ese tipo del marxismo el que se hizo dominante en Europa occidental a finales del siglo XIX, y a partir de la década de 1960 fue cada vez más influyente en la Europa central y oriental controlada por la Unión Soviética. Hubo quienes adoptaron un socialismo más romántico y «humano», pero otros, en cambio, particularmente en sociedades agrarias pobres, emprendieron una vía muy diferente y adaptaron inadvertidamente el comunismo a la vieja cultura patriarcal del pasado al tiempo que se servían de diversas versiones del nacionalismo para movilizar a la población. Este tipo de comunismo, desarrollado por Stalin a partir de mediados de la década de 1930, comenzó a parecerse en cierta forma a los estados jerárquicos contra los que se habían rebelado

anteriormente los comunistas. Al disminuir las tensiones de la guerra fría el sistema se hizo menos militarizado y se preocupó más por el bienestar social, pero se mantenían su paternalismo y represión. Fue este sistema el que trató de reformar Gorbachov, llevándolo en último término al colapso.

IV

Este libro recorre la historia del comunismo en sus cuatro etapas principales, a medida que su influencia se desplazaba desde Occidente hacia Oriente y el Sur: de Francia y Alemania a Rusia, luego más al este a China y el sureste asiático tras la segunda guerra mundial, y por último, durante las décadas de 1960 y 1970, al «Sur» global, esto es, a Latinoamérica, África, Oriente Medio y el sur y el centro de Asia. Finalmente el libro regresa a Europa para contar la historia de la *perestroika* y el colapso del comunismo.

Se concentra en las ideas, actitudes y comportamiento de los propios comunistas, aunque también explora la experiencia de las poblaciones que han gobernado. Lo he organizado cronológicamente, aunque no de forma estricta, ya que los distintos capítulos también están dedicados a regiones concretas. También he dedicado más atención a algunos partidos y regímenes que a otros, en parte debido a su influencia y en parte porque he tratado de establecer cierto equilibrio entre la amplitud y la profundidad de la narración. El libro comienza con la Revolución Francesa, porque es en ella donde podemos localizar, por primera vez, los principales elementos de la

política comunista, aunque todavía debían combinarse con éxito. Fueron en cualquier caso Karl Marx y su amigo Friedrich Engels los que mostraron el auténtico poder de una forma de socialismo que combinaba la rebelión con la razón y la modernidad; también liberaron el socialismo de sus amarras nacionalistas jacobinas, y un siglo después de la Revolución Francesa anunciaron sus ambiciones globales con la creación de la Segunda Internacional de partidos marxistas; aunque su congreso inaugural se celebró en París, la verdadera capital del marxismo se había desplazado ya a Berlín y era en Alemania donde había crecido el mayor partido de la Internacional, el Partido Socialdemócrata Alemán.

La segunda etapa de la historia del comunismo —la soviética— comenzó en 1917. Moscú, proclamada en otro tiempo «Tercera Roma» de la cristiandad, se iba a convertir en la «Primera Roma» del nuevo mundo comunista; pero a pesar de sus pretensiones universalistas, el comunismo soviético adquirió, uncido a un proyecto específico de construcción del estado y desarrollo económico, una complexión cada vez más nacionalista y «patriótica», rasgos que lo hicieron atractivo para los pueblos colonizados al venirse abajo los imperios occidentales. Fue durante ese período cuando se hicieron más evidentes los objetivos totalitarios del comunismo soviético —la transformación total de los individuos y las sociedades—, aunque aquel objetivo no se alcanzara en absoluto.

En su tercera etapa el comunismo, ahora firmemente aliado con el nacionalismo, se extendió fuera de Europa al hundirse los imperios europeos y japonés tras la segunda guerra mundial, cuando Estados Unidos trató de apuntalar a las élites prooccidentales. Entretanto, en Europa, el comunismo se

esclerotizó, convirtiéndose en el orden imperial estalinista. Los comunistas radicales de todo el mundo se rebelaron pronto contra el estalinismo y contra Occidente. Los primeros fueron los trotskistas, pero después de la guerra nuevas capitales comunistas comenzaron a rivalizar con Moscú —Beijing con Mao y La Habana con Castro—, buscando prosélitos en Asia, Latinoamérica y África durante las décadas de 1960 y 1970; en cualquier caso, a mediados de los años setenta la rebelión guerrillera se vio de nuevo eclipsada por un estalinismo mucho más urbano, especialmente en África.

Entretanto iba quedando claro que el comunismo estaba entrando en su fase terminal, al perder terreno frente a otras formas de radicalismo: el ultraliberalismo militante de Ronald Reagan y Margaret Thatcher y el islam político. A mediados de la década de 1980 el Kremlin se vio obligado a responder y Gorbachov trató de aportar una energía renovada al comunismo; pero sus esfuerzos por resucitar el entusiasmo popular en favor del comunismo llevaron a la disolución final del sistema.

El comunismo ha ido siguiendo ciclos, atravesando períodos de «avance» revolucionario radical seguidos por otros de «repliegue», ya fuera hacia un modernismo tecnocrático o hacia un comunismo más patriarcal o una acomodación pragmática y un compromiso con el liberalismo. El impulso revolucionario se renovó por varias razones, pero la política seguida por Occidente desempeñó también un papel apreciable. El capitalismo desbocado se ha desacreditado frecuentemente al provocar crisis financieras y gran sufrimiento económico, sobre todo tras el *crash* de Wall Street en 1929. Igualmente importantes fueron las enormes desigualdades internacionales.

El auge de la extrema derecha impulsó los sanguinarios intentos de los gobiernos de Alemania y Japón de crear su propio imperio racista; y el deseo de las potencias occidentales de mantener sus imperios en el mundo subdesarrollado, antes y después de la segunda guerra mundial, alimentó la cólera nacionalista en el Tercer Mundo. El comunismo parecía una receta válida para obtener un rápido desarrollo económico, estrechando la brecha entre el Sur pobre y el Occidente rico, al tiempo que las tensiones sociales en cada país —especialmente en el campo— creaban un suelo fértil para los partidos revolucionarios.

El comunismo en su forma antigua ha quedado desacreditado y no regresará como un movimiento poderoso; pero ahora que el capitalismo globalizado ha entrado en crisis, es un momento ideal para revisar sus esfuerzos por crear un sistema alternativo y las razones por las que fracasó. Para entender los orígenes del comunismo tenemos que empezar no obstante por el primer desafío prometeico al gobierno de Zeus de la era moderna: la Revolución Francesa.

Prólogo

Crisol clásico

I

En agosto de 1793, al principio del período más radical de la Revolución Francesa, Jacques-Louis David, el artista y propagandista del nuevo régimen, diseñó uno de los muchos festivales políticos que se organizaban en toda Francia. El Festival de la Unidad e Indivisibilidad de la República celebraba el primer aniversario del final de la monarquía y David diseñó cinco escenas alegóricas para representar las fases atravesadas por la revolución hasta aquel momento, de las que la más espectacular era la cuarta: una enorme figura del héroe griego Hércules a horcajadas sobre una montaña postiza levantada en la Place des Invalides de París, portando en su mano izquierda las fasces —haz de dardos que simbolizaba en Roma el poder y la unidad—, y en la derecha un garrote con el que golpeaba a la Hidra, mostrada como una criatura con cabeza de mujer y cola de serpiente. Aquella escena pretendía ilustrar la alianza del pueblo francés militante con la facción radical de los jacobinos —la Montaña— y su portavoz Maximilien Robespierre.[1]

Esquilo había visto a Hércules como protector de los oprimidos y la interpretación de David no era diferente. Cuando propuso la construcción de una estatua permanente de Hércules de quince m de altura tras el festival, la describió como alegoría «de la fuerza y la sencillez», encarnación del pueblo francés cuya «energía liberadora» destruiría la «doble tiranía de los reyes y los curas».[2] Sus virtudes, para que nadie pudiera dudarlo, estarían inscritas en su cuerpo: «fuerza» y «valor» en sus brazos, «trabajo» en sus manos y «naturaleza» y «verdad» en su torso. Representaría, pues, una parte muy concreta del pueblo francés: el pueblo que trabajaba con sus manos, esto es, los *sans-culottes*, los artesanos radicales «sin calzas» de la ciudad, que no se arredraban ante el uso de la violencia para lograr sus fines. El director del diario *Révolutions de Paris,* Louis-Marie Prudhomme, veía la estatua de David bajo la misma luz: «Vemos al pueblo en pie, llevando la libertad que conquistó y con un garrote para defenderla. Sin duda, entre los modelos que se presentaron al concurso, preferiremos al que mejor represente el carácter de un *sans-culotte* como imagen del pueblo».[3] Sin embargo, Hércules no simbolizaba únicamente la fuerza popular, sino también la razón, como mostraba la palabra «luz» que brillaba en su frente. David había creado un símbolo que mezclaba el *sans-culotte* con el hombre ilustrado encarnando una visión nueva y poderosa de la política.[4] Ya no bastaba simplemente derrocar a los tiranos y acabar con su poder, como argumentaban los liberales; el estado tenía que ser de un tipo fundamentalmente nuevo, a la vez radical, enérgico e inteligente, capaz no sólo de integrar al pueblo sino también de movilizarlo contra sus enemigos.

Es en el Hércules de David y en su inspiración intelectual

subyacente —la visión espartana cuasi clásica de los jacobinos— donde debemos buscar el origen de la política comunista moderna. Evidentemente, el comunismo tenía, como idea, orígenes muy anteriores. Los habitantes de la «república» ideal de Platón compartían sus propiedades y el cristianismo primitivo ofrecía un modelo de fraternidad y reparto de la riqueza. Esta tradición cristiana, combinada con el cultivo por las comunidades campesinas tradicionales de las «tierras comunales», fue el fundamento de los experimentos y utopías comunistas de principios de la era moderna, ya fuera la del pensador inglés Thomas More en el siglo XVI, o la comunidad establecida por el *digger** Gerrard Winstanley en las tierras comunales en Cobham (Surrey) durante la guerra civil inglesa en 1649-1950.

Todos esos proyectos se basaban en el deseo de regresar a una «era dorada» agraria de igualdad económica, aunque los futuros comunistas también proclamaban su intención de crear un estado moderno basado en el principio de la igualdad política.[5] En los jacobinos podemos ver también esta segunda ambición: no estaban por la redistribución de la propiedad ni se oponían al mercado —de hecho persiguieron a quienes lo pretendían—, ni tampoco propugnaban la «lucha de clases»; pero argumentaban, como más tarde los comunistas, que sólo un partido unido y fraternal de ciudadanos, sin privilegios, jerarquías ni divisiones, podía crear una nación fuerte y digna, capaz de ejercer influencia en el ancho mundo. El jacobinismo era, pues, en algunos aspectos, el preludio del comunismo moderno, y en el crisol jacobino aparecieron muchas de las tendencias elementales de la política y el comportamiento comunistas en una forma pura y cruda. Tampoco es una

casualidad que el primer revolucionario comunista de la era moderna —François-Noël (Gracchus) Babeuf— surgiera de las filas de los jacobinos.

El planteamiento jacobino de la política tuvo cierto éxito durante un tiempo. Los franceses, tras años de derrotas, comenzaron a ganar guerras y parecía como si hubieran superado finalmente la debilidad del *Ancien Régime* de los Borbones; sin embargo, en el nuevo tipo de política había tensiones que se irían haciendo muy familiares en los futuros regímenes comunistas. La élite revolucionaría, que trataba de construir y consolidar un estado eficaz, a menudo se encontraba con que sus relaciones con las masas más radicales eran menos de fraternidad que de confrontación. Por otra parte, los propios jacobinos se escindieron entre aquellos para los que lo principal era el «valor» de Hércules o la revuelta emocional y los que insistían en el orden, la razón y la «luz». Al final, aquellos conflictos los iban a sumergir en una vorágine de confusión y violencia.

II

Con el final del Antiguo Régimen en 1789 se hundió un orden social basado en la jerarquía heredada y legalmente sacralizada. Se abolió el sistema de órdenes sociales estancos y con él la idea de que los hombres habían nacido en estratos perennes decididos por Dios. Los dos primeros órdenes —el clero y la aristocracia— dejaron de estar situados por encima del resto de la sociedad, esto es, el «tercer estado». Se declaró que todos los

hombres eran legalmente iguales, «ciudadanos» de una «nación» unida y coherente, y no miembros de estamentos, corporaciones y gremios separados. Las reivindicaciones de igualdad legal provenían en gran medida de la irritación del *tercer estado* frente a la altanería de la aristocracia; la gente también estaba resentida por tener que pagar impuestos de los que estaban exentos sus «superiores». Pero el ataque al sistema estamental suponía también una crítica mucho más profunda de la sociedad francesa. El poder del rey y las distinciones sociales —se argumentaba— habían debilitado (e incluso afeminado) a Francia frente a sus enemigos, y especialmente frente a su gran rival Gran Bretaña.[6] «El «despotismo» y el «feudalismo» no sólo creaban divisiones en el seno del pueblo sino que también generaban un carácter servil y blandengue. Como explicaba el abate Charles Chaisneau en 1792, los franceses eran por naturaleza virtuosos, pero «el despotismo lo había arruinado todo con su impuro aliento; ese monstruo infectó los sentimientos más auténticos en su propia fuente».[7] No era pues de extrañar que los franceses se hubieran vuelto impotentes.

Todos los revolucionarios habían estado de acuerdo al principio en que tenían que crear una cultura totalmente nueva y se esforzaron en borrar todas las huellas del Antiguo Régimen de la vida cotidiana; de hecho se requería nada menos que un «hombre nuevo» libre de los hábitos del pasado. Como declaraba un revolucionario:

> Una revolución nunca se hace a medias; o es total o un aborto. Todas las revoluciones que la historia conserva en su memoria, así como las que se han intentado en nuestra época, han fracasado porque la gente quería conciliar las nuevas leyes con las viejas costumbres y que las nuevas instituciones fueran

gobernadas por hombres anticuados.[8]

En el centro de la nueva cultura estaban la igualdad política y la «razón» o ruptura con la tradición. Las viejas distinciones de vestimenta pasaron de moda y las costumbres se hicieron mucho más sencillas. Los que querían proclamar sus simpatías revolucionarias portaban escarapelas o gorros frigios rojos, como los que vestían en la antigua Grecia los esclavos manumisos como símbolo de su libertad, y las tradiciones se iban reemplazando por la «razón». Se «racionalizaron» los nombres de los días y los meses del año: la «década» de diez días sustituyó a la semana de siete y los nombres de los doce nuevos meses de tres décadas cada uno describían los cambios estacionales; los meses de primavera, por ejemplo, se convirtieron en «germinal», «floreal» y «pradial». Se diseñaron nuevos rituales, como el festival de David de la Unidad e Indivisibilidad de la República, a fin de que los ciudadanos dispusieran de nuevas ceremonias con las que sustituir las viejas tradiciones cristianas.

Sin embargo, pronto surgieron diferencias entre los revolucionarios sobre el contenido de la nueva cultura, y cabe distinguir dos visiones enfrentadas. La primera, que prevaleció durante los dos primeros años de la revolución, era fundamentalmente de tipo liberal-capitalista.[9] Los privilegios del Antiguo Régimen, así como las protecciones tradicionales frente al mercado garantizadas a los artesanos y campesinos, fueron barridas en favor del derecho de propiedad individual y el libre comercio. Pero la segunda visión promovía políticamente una idea de la sociedad mucho más colectivista, buscando retrospectivamente inspiración en el austero republicanismo clásico. Era esa visión del mundo la que iba a

servir de base para la ideología radical de los jacobinos.

Un vívido retrato de esa visión clasicista se puede contemplar en otra obra de David, su popular pintura *El juramento de los Horacios*, completada en 1785. Muestra tres héroes romanos pronunciando un juramento ante su padre antes de la batalla: si es necesario, morirán por su patria; mientras, las mujeres de la familia asisten impotentes a la escena. La escena, extraída del historiador romano Tito Livio a través del dramaturgo francés Corneille, pretende celebrar el triunfo del patriotismo sobre los lazos personales y familiares. Horacio y sus dos hermanos habían sido elegidos para luchar por Roma contra tres guerreros de la ciudad vecina de Alba Longa. Sólo Horacio sale con vida y cuando su hermana lamenta la muerte de uno de los enemigos, al que estaba prometida, Horacio, enfurecido, la mata, siendo perdonado su crimen por el Senado. El drama ensalza las virtudes militares masculinas, y el austero estilo neoclásico de David estaba destinado a reforzar esos altos principios. Sus imágenes del «heroísmo» y las «virtudes cívicas», según esperaba, «electrificarían el alma» y «harían germinar en ella las pasiones de la gloria y de la devoción al bienestar de la patria».[10] Su deseo se hizo realidad; un observador alemán escribió: «En las fiestas, en los cafés y en las calles … no se habla sino de David y del *Juramento de los Horacios*. Ningún asunto de estado de la antigua Roma ni una elección papal en la reciente han agitado con mayor fuerza el sentimiento popular».[11]

El *Juramento de los Horacios* no hacía sino dar forma gráfica a un conjunto de ideas ya bien establecidas, en gran medida gracias al intelectual que más influyó sobre la generación revolucionaria, Jean-Jacques Rousseau. Uno de los núcleos de su filosofía era la crítica de la desigualdad. Condenaba el viejo

patriarcado aristocrático y la servidumbre que generaba, pero tampoco aprobaba la alternativa liberal, que en su opinión conducía a la codicia, el materialismo, la envidia y la infelicidad. Para él la sociedad ideal debía estar regida por un benigno paternalismo o, mejor aún, por el principio de fraternidad: una ciudadanía modelada según el patrón de los sacrificados héroes clásicos representados tan vívidamente por David. Así pues, el heroísmo, que antes era una cualidad exclusivamente aristocrática, tenía que democratizarse; una república tenía que tener «héroes como ciudadanos».[12]

Rousseau describió su comunidad ideal en su obra *El contrato social*, de 1762, combinando los rasgos de su nativa Ginebra, tan puritana, y de la antigua Esparta. Esparta atraía a Rousseau porque en un momento de su historia había sido una ciudad-estado en la que todos parecían subordinar sus deseos egoístas a los objetivos comunes y vivían una vida austera de esfuerzo heroico. En la utopía de Rousseau, el pueblo entero se reuniría regularmente en asambleas; abjurando del individualismo, todos actuarían de acuerdo siguiendo la «voluntad general», una voluntad que proscribía toda desigualdad y privilegio.[13] En esa sociedad cada ciudadano debía prestar un servicio militar, porque su ideal era en el fondo un orden marcial; no porque defendiera las guerras expansionistas, sino porque veía el ejército como fusión ideal del servicio público y el sacrificio solidario.[14]

Sin embargo, las ambiciones de Rousseau iban mucho más allá de la remodelación del orden político: urgía una transformación de todas las relaciones humanas: sociales, personales y culturales. La disciplina de la familia patriarcal tradicional tenía que dar paso a un benigno paternalismo. Su

obra más popular, *Julie ou La Nouvelle Héloïse*, contaba la historia de una joven aristócrata que se enamora de su preceptor burgués, Saint-Preux, ante el horror de su padre, insensible y obsesionado por el estatus. En lugar de abandonar los lazos familiares y seguir sus pasiones inmaduras, Julie se embarca en la creación de una nueva comunidad no despótica. Se casa con una sabia figura paterna, el mousieur de Wolmar, y Saint-Preux se les une viviendo los tres en una granja modelo un casto *ménage à trois*. Wolmar aparece como guía y educador moral, que induce a sus hijos, su mujer y sus sirvientes a hacer lo correcto imponiéndoles el mismo «principio de necesidad» que la naturaleza impone al hombre.[15]

La visión de Rousseau ofrece algunas semejanzas con posteriores ideales marxistas. Sin embargo, había una disparidad importante: a diferencia de la mayoría de los comunistas, Rousseau odiaba la modernidad, la complejidad y la industria. Creía que la virtud florecería más fácilmente en pequeñas comunidades agrarias.

Aun así, los revolucionarios franceses creían que el ideal espartano de Rousseau tenía mucho que enseñar a un gran estado moderno como Francia, porque mostraba cómo se podían restaurar su unidad y su fuerza. Como escribía entusiasmado en 1770 Guillaume- Joseph Saige, uno de los discípulos de Rousseau:

> La constitución de Esparta me parece una obra maestra del espíritu humano … La razón por la que nuestras instituciones modernas son y seguirán siendo malas es que se basan en principios totalmente opuestos a los Licurgo [antiguo legislador espartano], reuniendo un conjunto de intereses discordantes y asociaciones particulares opuestas entre sí, y sería necesario destruirlas totalmente a fin de recobrar aquella simplicidad que crea la fuerza y la perdurabilidad del cuerpo social.[16]

El culto de Rousseau a Esparta y al heroísmo clásico atrajo a muchos durante el período revolucionario, pero era especialmente popular entre los radicales más sensibles a la suerte de los pobres. Aunque no fuera enemigo de la propiedad, mantenía, a diferencia de la mayoría de los *philosophes* de la época, que era más probable hallar la virtud —«la ciencia sublime de las almas simples»— entre los pobres que entre los ricos.[17] Uno de esos radicales era un joven abogado, Maximilien Marie Isidore de Robespierre, el crítico más acerbo de la visión liberal. En su dedicatoria a Rousseau, escrita en 1788-1789, declaraba: «Hombre divino, me has enseñado a conocerme a mí mismo. Cuando era joven me enseñaste a apreciar la dignidad de mi naturaleza y a reflexionar sobre los grandes principios del orden social».[18] Fueron Robespierre y los jacobinos los que transformaron las ideas románticas de regeneración moral y pequeñas comunidades autosuficientes de Rousseau en un proyecto político de transformación del estado.

Robespierre fue elegido en Artois para participar como representante del «tercer estado» en los *États Generaux* de 1789 y pronto se incorporó al Club de los Jacobinos, formando parte desde el principio de su ala más radical —la que en la *Convention Nationale* de 1792-1795 constituiría la «*Montagne*»—, más enfrentada a la aristocracia y más inclinada a los pobres que la mayoría moderada; y cuando la oposición interna a la revolución se radicalizó desde finales de 1790, Robespierre se hizo también más radical, como sucedió con muchos otros jacobinos. Temiendo las conspiraciones y ataques de los monárquicos (ya fueran los aristócratas franceses o sus aliados extranjeros), Robespierre y los jacobinos estaban cada vez

más obsesionados por el «enemigo» interno. Las sospechas sobre la lealtad de los oficiales de la vieja aristocracia habían llevado a los revolucionarios a reclutar voluntarios del tercer estado para constituir, junto al ejército regular, una *Garde Nationale* que seguía estrechamente el modelo de las milicias ciudadanas clásicas. Pero ahora, tras la proclamación de la República en septiembre de 1792, se vieron obligados a buscar una base militante más amplia que incluyera a los *sans-culottes*. Como explicaba Robespierre, «internamente los peligros provienen de los burgueses; a fin de convencerlos, es necesario recurrir al pueblo».[19] Fueron, pues, las necesidades de la guerra las que propiciaron una alianza más estrecha con los *sans-culottes*, y el 2 de junio de 1793, tras la insurrección de los girondinos en Lyon, los jacobinos decidieron movilizar a los 80.000 guardias nacionales y expulsarlos de la Convención Nacional, lo que llevó al poder a Robespierre y la fracción más radical de la Montaña.

III

En octubre de 1793 se estrenó en París una obra, *Le jugement dernier des rois*, escrita por Sylvain Maréchal, un intelectual jacobino radical y camarada del protocomunista François-Noël Babeuf. La pieza, destinada a una amplia audiencia popular, combinaba el espectáculo con la participación de la audiencia y mensajes políticos muy claros, por no decir crudos. La acción tenía lugar en una isla desierta con un volcán en erupción. Entre los personajes interpretados figuraban el papa y distintos reyes de Europa, junto con varias figuras alegóricas: un grupo de

primitivos rousseaunianos, que simbolizan la felicidad humana antes de la llegada de la malvada civilización; un viejo exiliado francés, que representaba a los disidentes del pasado; y *sans-culottes* de toda Europa, el pueblo del futuro. Los *sans-culottes* enumeraban en voz alta los crímenes cometidos por los monarcas, mientras que éstos se disputaban ávidamente el pan. El viejo exiliado, los *sans-culottes* y los «primitivos» mostraban las posibilidades de cooperación del nuevo pueblo para vivir con sencillez, tras lo cual se exhortaba enérgicamente a la audiencia a renunciar para siempre a la monarquía.[20]

La pieza resumía, de forma bastante esquemática, el planteamiento de los jacobinos: los *sans-culottes* practican un elevado código moral y los «enemigos» a los que hay que derrotar son los monarcas (no los ricos en general). Sin embargo, *El Juicio Final de los reyes* ofrecía un contraste notorio con otras piezas del período, más sujetas al austero estilo clásico que preferían los jacobinos; ésta era una pantomima burlesca y vocinglera, y aunque no la hubiera escrito un *sans-culotte* era mucho más afín a su mundo cultural que los festivales y las piezas neoclásicas de David y sus educados colegas. Sugería que aunque Robespierre y los jacobinos hubieran alcanzado una alianza coyuntural con los *sans-culottes*, ésta era bastante frágil.

Los *sans-culottes* no eran una «clase obrera» en el sentido marxista del término. Aunque la mayoría trabajaban o habían trabajado con sus manos, eran un grupo mixto, que incluía gente con un nivel de vida confortable junto a artesanos muy pobres. Su política era radical y colectivista y se sentían constitutivos del auténtico «pueblo», una entidad que excluía a los ricos. Las principales reivindicaciones de sus *sections* (consejos) locales se referían a cuestiones materiales,

especialmente a la regulación estatal de la economía. Insistían en el control sobre los precios de los artículos alimentarios de forma que cualquiera, incluidos los pobres, pudiera sobrevivir; y aunque no pretendían acabar con la propiedad privada, querían que la riqueza se distribuyera más igualitariamente. Su visión de la sociedad era niveladora y se podría decir que eran partidarios de la «lucha de clases» *avant la lettre*. Desde su punto de vista, los ricos y los especuladores eran tan «vampiros de la patria» como los aristócratas.

Los *sans-culottes* no desarrollaron de por sí una filosofía política coherente, pero uno de sus simpatizantes más reflexivos, François-Noël Babeuf, se encargó de hacerlo. Babeuf había trabajado como pasante de un notario *feudiste*, esto es, dedicado a investigar los archivos feudales con el fin de maximizar los ingresos de los nobles restaurando sus antiguos derechos. Era ambicioso e incluso empleaba los últimos métodos burocráticos para explotar mejor al campesinado, pero bastante antes de la revolución de 1789 ya había tomado partido por los campesinos pobres, víctimas de las cargas feudales y de la intensa competencia de los campesinos más ricos, que se beneficiaban de un capitalismo en desarrollo. Como explicaba más tarde:

> Bajo el Antiguo Régimen yo era *feudiste*, y quizá por esa razón me convertí en el más formidable azote del feudalismo en el nuevo régimen. Removiendo el polvo de los archivos señoriales descubrí los terribles misterios de la violenta usurpación ejercida por la casta noble.[21]

Leyó cuanto pudo de la nueva literatura de la Ilustración y estudió retrospectivamente el pasado clásico, rebautizándose «Gracchus» por los dos hermanos romanos que, como tribunos de la plebe, redistribuyeron a finales del siglo II a. de C. la tierra

entre los pobres.

Puede que la revolución privara a Babeuf de su antiguo empleo, pero le dio la oportunidad de poner en práctica sus ideales. Ayudó a organizar la resistencia campesina a los impuestos, y a partir de 1791 se volcó en la «ley de reforma agraria», siguiendo el modelo de redistribución de la tierra que los Gracos habían propugnado en la antigua Roma. Se unió a los jacobinos, y en mayo de 1793 se convirtió en secretario de la *Commission des subsistances* de París, encargándose de obtener provisiones para alimentar la capital, poniendo en vigor el control de precios y castigando a los especuladores. Juzgaba entusiásticamente su tarea, en términos visionarios, y escribía sobre ella a su mujer:

> Esto me excita hasta la locura. Los *sans-culottes* quieren ser felices y no creo que sea imposible que en el plazo de un año, si llevamos a cabo adecuadamente las medidas acordadas y actuamos con la debida prudencia, consigamos asegurar la felicidad general sobre la tierra.[22]

Aunque trabajaba para la Montaña, su perspectiva era más cercana al paraíso nivelador de los *sans-culottes*, y a finales de 1794 entró a formar parte de su «Club electoral»; su utopía era una sociedad en la que nadie se viera privado de alimento y los ricos inmorales quedaran bajo un control estricto.

El hecho de que los jacobinos emplearan a gente como Babeuf mostraba lo mucho que se había radicalizado la política en París. El ejército se veía particularmente afectado: se había democratizado la autoridad y la dura disciplina del pasado se había sustituido por el juicio de los iguales; los oficiales se nombraban atendiendo a su compromiso ideológico más que a su pericia. El general Charles Dumouriez argumentaba que ésa

era la mejor forma de motivar a las tropas: «Una nación tan espiritual como la nuestra no debe ni puede reducirse a autómatas, especialmente cuando la libertad acaba de incrementar todas sus facultades».[23] El Ministerio de la Guerra, bajo el control del radical Jean-Baptiste Bouchotte desde abril de 1793 hasta abril de 1794, distribuía el periódico *Le père Duchesne* publicado por Jacques-René Hébert, escrito con el crudo vocabulario de los *sans-culottes*. Cientos de miles de soldados lo conocían y lo leían en común.*

El conflicto entre los jacobinos y los *sans-culottes* más radicales parecía inevitable. Mientras que Robespierre y sus afines veían a Francia como una ciudad-estado clásica poblada por ciudadanos de altas miras dispuestos al sacrificio, los *sans-culottes* deseaban un país regido por el buen humor, incluso subido de tono, y una implacable venganza de clase; pero los primeros necesitaban a los segundos para que lucharan por ellos y por eso era necesario un compromiso. Los *sans-culottes* obtuvieron algunas de sus reivindicaciones, como el control de precios y la pena de muerte para los especuladores de grano. Se enviaron al campo «ejércitos revolucionarios» de milicianos *sans-culottes* para requisar alimentos a los campesinos recalcitrantes y poder abastecer las ciudades.** La nueva *levée en masse* («servicio militar obligatorio»), que incluía a todos los varones, de cualquier origen y nivel social, también satisfacía el deseo de igualdad de los *sans-culottes*.

Sin embargo, por dispuestos que estuvieran a hacer concesiones, los jacobinos no tenían la menor intención de ser *dirigidos* por las masas incultas. Su objetivo era movilizar y canalizar la energía de las masas tras un estado cada vez más centralizado. Éste era el significado real del Festival de la

Unidad e Indivisibilidad de la República celebrado en agosto de 1793, cuando Hércules se convirtió en la figura alegórica dominante. Durante los festivales se trajeron de muchas localidades picas —el arma elemental de los *sans-culottes*—, con las que se confeccionó un gigantesco *fasces*. La gente corriente podía participar activamente en el drama de la política, pero el estado la iba a mantener unida y disciplinada. A ese fin, los jacobinos limitaron los poderes de los Ejércitos Revolucionarios y de las *sections sans-culottes*.

Los jacobinos también estaban empeñados en reducir el poder de los *sans-culottes* porque estaban convencidos de que necesitaban militares expertos que les ayudaran a dirigir la guerra contra sus enemigos europeos. Lazare Nicolas Marguerite Carnot, antiguo ingeniero, reorganizó el ejército siguiendo líneas más profesionales. Protegió a los oficiales nobles dispuestos a cooperar y que disponían de la pericia necesaria, y volvió a imponer parte de la antigua disciplina del ejército del Antiguo Régimen. Ya no bastaba que los oficiales fueran republicanos convencidos; tenían que saber leer y tener cierto conocimiento de la ciencia militar.

Este enfoque tecnocrático se aplicó también a la economía. Claude-Antoine Prieur-Duvernois y Gaspard Monge, aliados de Carnot, fueron encargados de la *Manufacture d'Armes* de París, un enorme (para la época) conglomerado de talleres de fabricación de armas construido por el estado en un lapso de tiempo increíblemente corto. En la primavera de 1794 trabajaban en talleres de 200-300 hombres alrededor de 5.000 obreros —muchos de ellos alojados en viejos monasterios o en las casas desocupadas de antiguos aristócratas—, produciendo la mayor parte de las municiones a disposición del ejército francés.

Aquellos ingenieros y técnicos dirigidos por Carnot, Prieur-Duvernois y Monge*** recibieron el nombre de «tecnojacobinos».[24]

Los jacobinos trataron de combinar ese planteamiento tecnocrático con el entusiasmo popular y hay abundantes pruebas de que lo lograron. Los soldados eran conscientes de que estaban luchando en un ejército mucho más democrático que cualquier otro de Europa; como decía una canción de la época:

> Sin frialdad, sin altanería,
> el buen carácter propicia la felicidad.
> Sí, sin fraternidad no hay alegría.
> Comamos juntos en la misma mesa.[25]

El ejército de masas de los jacobinos obtuvo varias victorias en el extranjero, al menos durante un tiempo. La derrota del ejército prusiano frente al francés en la batalla de Valmy en septiembre de 1792 había demostrado el poder de los ejércitos de ciudadanos y las desventajas del viejo planteamiento aristocrático. Como declaró Goethe, presente en aquella batalla, «desde este lugar y desde este día comienza una nueva era en la historia del mundo, y todos vosotros podéis decir que estuvisteis presentes en su nacimiento».[26] A finales de 1793 las reformas jacobinas habían reforzado aún más el ejército y traído nuevas victorias. El régimen mantenía ahora un ejército de casi un millón de soldados bien armados y alimentados, a los que instruía en sus principios igualitarios. Pierre Cohin, que luchaba en el ejército del Norte, enviaba cartas a su familia impregnadas del mensaje mesiánico jacobino del internacionalismo

revolucionario.

> La guerra que estamos librando no es una guerra entre rey y rey ni entre nación y nación; es una guerra de la libertad contra el despotismo. No cabe duda de que saldremos victoriosos. Una nación justa y libre es invencible.[27]

En mayo de 1794 los franceses ya no combatían en una guerra defensiva sino extendiendo la revolución a sus vecinos. Europa se vio desgarrada por un nuevo tipo de lucha ideológica, una versión temprana y más caliente de la futura guerra fría.

IV

Pero las victorias en el extranjero no iban acompañadas por una mayor estabilidad en el país, donde a los jacobinos los resultaba mucho más difícil conciliar el entusiasmo revolucionario con la disciplina. Los Ejércitos Revolucionarios encargados de recaudar los impuestos y de reprimir a los enemigos de la revolución en las provincias constituían una fuente particular de desorden.[28] Partidarios de los miembros más radicales de la Convención Nacional, a menudo ejercían la violencia contra los campesinos ricos y creaban el caos. En muchos lugares detenían a los notables locales, confiscaban sus riquezas y demolían sus castillos, en grave detrimento de la economía rural.

Robespierre y los jacobinos, preocupados porque los «ultrarradicales» los enfrentaran con vastas franjas de la población, especialmente en el campo, decidieron pronto restaurar el orden y poner freno a los *sans-culottes*. A principios

de 1794 el gobierno de la Convención abolió los Ejércitos Revolucionarios y estableció un control más centralizado sobre las regiones, pero Robespierre temía que sin los «ultrarradicales» la revolución perdiera impulso. Desconfiaba del tecnócrata Carnot y de su aliado Danton, convencido de que no eran auténticos revolucionarios sino que planeaban el regreso a una forma suavizada del Antiguo Régimen.

En marzo de 1794, atrapado entre el deseo de mantener el impulso de la revolución y el de marginar a los más radicales y evitar la división de clase, Robespierre pretendió actuar a la vez contra la izquierda y contra la derecha. Tanto el *exagéré* Hébert como el *modéré* Danton fueron detenidos, juzgados y guillotinados. Tras proscribir a unos y a otros, la base de apoyo de Robespierre se redujo enormemente. En sus esfuerzos por proseguir la revolución sin apoyo de masas, recurrió a métodos que más tarde se iban a reproducir en los regímenes comunistas: la persecución de los sospechosos de ser «contrarrevolucionarios» y la propaganda, o en lenguaje jacobino el «terror» y la promoción de la virtud. Como dijo el propio Robespierre:

> Si el principal instrumento del gobierno popular en tiempos de paz es la virtud, en momentos de revolución deben ser a la vez la virtud y el terror: la virtud, sin la cual el terror es funesto; el terror, sin el cual la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que la justicia rápida, severa e inflexible; emana, por lo tanto, de la virtud; no es tanto un principio específico como una consecuencia del principio general de la democracia, aplicado a las necesidades más acuciantes de la patria.[29]

Robespierre se apresuró a establecer por la fuerza su reinado de la virtud. Otorgó nuevos poderes al Comité de Instrucción Pública con el fin de centralizar el control de toda la propaganda y la educación moral bajo la dirección de Joseph-François de

Payan, cuyo hermano Claude-François, ejecutado junto a Robespierre, explicaba que hasta entonces el estado sólo había centralizado el «gobierno físico, material», y que ahora se trataba de centralizar el «gobierno moral».[30] También quedó a su cargo la edición de canciones revolucionarias, la censura de las obras teatrales y la organización de festivales políticos, así como uno de los proyectos más ambiciosos de Robespierre: la fundación de una nueva religión de estado no cristiana, el «Culto del Ser Supremo».

Robespierre también dedicó mucho tiempo a examinar la pureza ideológica de los militares; los que mostraban «virtud patriótica» eran ascendidos mientras que los «enemigos» —definidos muy vagamente— eran destituidos y arrestados. El 22 Pradial (10 de junio) comenzó a aplicarse la famosa ley que reorganizaba el Tribunal Revolucionario, iniciando lo que se conoció como «Gran Terror»; la represión se dirigía ahora no sólo contra los conspiradores comprobados sino contra cualquiera que mostrara actitudes «contrarrevolucionarias». Aquella ley establecía una nueva categoría penal que volvería a verse en el futuro: la de «enemigo del pueblo». Cualquiera que pudiera amenazar la revolución —ya fuera conspirando con extranjeros o comportándose inmoralmente— podía ser detenido y condenado, lo que tuvo un efecto notable en el uso de la represión política. Desde el 6 de abril de 1793 (fecha de su creación) hasta la ley del 10 de junio de 1794 el Tribunal Revolucionario dictó 1.251 sentencias de muerte, mientras que en el período mucho más corto comprendido entre el 10 de junio y la caída de Robespierre el 27 de julio fueron guillotinadas 1.376 personas.[31]

Si bien Robespierre y otros miembros del *Comité de Salut*

Public más influyentes que él como Bertrand Barère de Vieuzac parecían entender aquella purga moralista como un método permanente de gobierno, otros jacobinos la veían únicamente como una medida provisional, que dejó de ser necesaria al fortalecerse los ejércitos franceses y aumentar sus victorias, y también se sentían preocupados a medida que Robespierre se arrogaba arbitrariamente el monopolio del poder para discernir entre la virtud y el vicio. Los diputados de la Convención temían, comprensiblemente, convertirse en sus siguientes víctimas y comenzaron a urdir su deposición. Cuando finalmente fue arrestado por orden de la Convención el 9 Termidor (27 de julio), su apoyo se había reducido enormemente: al perseguir a la izquierda extremista había facilitado la tarea de los moderados de la Convención Nacional. Con su muerte sin juicio en la guillotina al día siguiente también concluyó la fase más radical de la Revolución Francesa. El subsiguiente régimen «termidoriano» puso fin a los arrestos por simples sospechas y muchos de los antes denunciados como nobles y contrarrevolucionarios fueron rehabilitados.

V

Contemplando los grabados de los complejos festivales políticos de David, uno casi podría creer que se trataba de propaganda en favor de un régimen conservador o incluso reaccionario, ya que su estilo clásico y sus escenas alegóricas estáticas sugieren predilección por el orden y la estabilidad; pero los acontecimientos que celebraban sus festivales eran

revolucionarios, llenos de heroísmo, conflicto social y arremetidas contra la tradición. El contraste entre las imágenes de David y la realidad de la revolución muestra lo poco preparados que estaban los jacobinos para la política que practicaban.[32] Al principio habían planeado trasladar la unidad y simplicidad arcaica de la antigua Esparta a la Francia del siglo XVIII: David incluso diseñó varias túnicas pseudoclásicas para la nueva nación revolucionaria.[33] Pero en cambio se vieron envueltos en la guerra y el conflicto de clases, y a fin de combatir con eficacia trataron de construir un estado, un ejército y una industria modernos. Tratando de reconciliar su ideal del republicanismo clásico con las exigencias de la guerra moderna, ensamblaron muchos de los elementos que iban a formar finalmente la amalgama comunista.

Durante un tiempo las propias contradicciones del proyecto jacobino supusieron una ventaja: podían utilizar el lenguaje moralizante de la virtud clásica para movilizar a los *sans-culottes*, al tiempo que empleaban métodos técnicamente eficientes en el ejército y en la industria. Así pues, como estrategia para construir un ejército y un estado fuerte, la combinación jacobina de la autoridad central con la participación de masas tenía sus ventajas. De hecho, fue bajo su mandato cuando la Francia revolucionaria recuperó su fuerza militar tras un largo declive. Los jacobinos mostraron lo eficaz que podía ser la igualdad para levantar en armas toda una nación.

Pero en último término no consiguieron estabilizar esas fuerzas en conflicto. No pudieron conciliar las reivindicaciones de los *sans-culottes* con los intereses de los propietarios, ni casar la regla de la virtud (o pureza ideológica) con el poder de los más instruidos y expertos. Enfrentados a sus dificultades, se

escindieron una y otra vez, hasta quedar con una red desesperadamente pequeña de seguidores leales y de confianza. Su solución fue la inculcación forzada de la «virtud» mediante el terror.

Como se verá, más adelante los comunistas iban a tener que afrontar contradicciones parecidas: a menudo trataban de satisfacer o explotar un igualitarismo populista y el odio hacia las clases dominantes, así como el rencor del proletariado urbano contra el campesinado propietario, al tiempo que buscaban la unidad y la estabilidad; igualmente trataban de construir economías eficaces, modernas y tecnológicamente sofisticadas al tiempo que impulsaban la movilización de masas mediante la inspiración emocional. En ocasiones trataron de resolver esas contradicciones, igual que Robespierre, imponiendo una estricta disciplina y el reinado de la virtud mediante la propaganda y la violencia contra los recalcitrantes; pero su pugna inmisericorde contra el derecho de propiedad les aseguraba, al menos durante un tiempo, el apoyo de los más pobres. También contaban con la ventaja de conocer la historia del movimiento revolucionario y de la propia Revolución Francesa, mientras que los jacobinos no tenían ninguna experiencia pasada a la que referirse, salvo un pasado clásico muy lejano de dudoso valor práctico.

Robespierre siguió sin ser apreciado durante algún tiempo, rechazado tanto por la izquierda como por la derecha; hasta la década de 1830, cuando las ideas socialistas se pusieron de moda, no comenzó su rehabilitación. Pero las ideas y fuerzas que los jacobinos y él habían desencadenado tuvieron una enorme influencia sobre el comunismo futuro. Durante el siguiente medio siglo el ejemplo de la Revolución Francesa y de

su fracaso se cernió sobre la izquierda y los acontecimientos de 1793-1794 ejercieron una atracción particular sobre la imaginación de un joven radical nacido en Renania, ocupada hasta poco antes de su nacimiento por la Francia revolucionaria. Para Karl Marx los jacobinos habían cometido serios errores, pero la era jacobina era todavía «el faro de todas las épocas revolucionarias» y mostraba la vía hacia el futuro.[34] Marx, como muchos otros socialistas del siglo XIX, iba a construir su teoría de la revolución estudiando las lecciones de los jacobinos y su trágica historia.

1

Un Prometeo alemán

I

En 1831 Eugène Delacroix presentó en el Salón de París de la Academia de Bellas Artes su extraordinario cuadro *El 28 de julio de 1830: la Libertad guiando al pueblo*, en el que representaba el primer levantamiento importante en Europa desde 1789 y que se convirtió en referencia paradigmática de la revolución; de hecho muchos la creen equivocadamente una imagen de aquella otra que la precedió en cuatro décadas, lo que no deja de ser comprensible porque la pintura, en algunos aspectos, mostraba la revolución de 1830 —que derrocó al monarca absolutista Carlos X para sustituirlo por el «rey burgués» Luis Felipe— como segunda versión de la de 1789. La figura femenina de la Libertad, con el pecho desnudo y un gorro frigio, enarbolando la tricolor y en la mano izquierda un fusil con bayoneta, es una figura semialegórica que emula los héroes clásicos de finales del siglo XVIII. La pintura ponía también de relieve la alianza entre burgueses y proletarios que se había dado en 1789: la Libertad encabeza una multitud heteróclita de revolucionarios, desde el

joven intelectual burgués con chistera hasta el obrero descamisado y un niño de la calle, avanzando sobre los cadáveres de los mártires revolucionarios.

Sin embargo, la pintura también mostraba cuánto había cambiado la percepción de la revolución desde los días de David. Los obreros y los pobres destacan más que los burgueses, y dado el temor que aquéllos suscitaban, no es de extrañar que los críticos hostiles se quejaran de que abogados, médicos y comerciantes hubieran sido omitidos en favor de «golfillos y obreros». Además, la figura de la Libertad no era totalmente alegórica, sino claramente una mujer del pueblo; el *Journal des Artistes* la encontraba sucia, fea e «innoble».[1] Tras la exposición el cuadro permaneció oculto durante muchos años por temor a que incitara al desorden, y aunque reapareció brevemente en 1848 y en 1855, no pasó a exponerse de forma permanente en el Louvre hasta 1874. Para Delacroix los protagonistas de la revolución no eran burgueses aseados sino obreros en harapos.

La pintura de Delacroix ilustra de forma sobresaliente lo mucho que había cambiado la imagen de la revolución desde los cuadros meticulosos y hieráticos de David. Puede que su *Libertad* mostrara rasgos clásicos, pero su lienzo era resueltamente romántico. En las figuras hay una energía desbocada y elemental, muy alejada de la contención clásica de David. Aun así, Delacroix también incluyó en la multitud a un estudiante uniformado de la École Polytechnique, la institución creada por Carnot y otros rivales tecnojacobinos de Robespierre. El romanticismo de la revolución quedaba así atenuado, aunque fuera débilmente, por el respeto a la ciencia.

Pero a Delacroix le duró poco el radicalismo político que

había despertado en él la revolución de 1830 y pronto se desilusionó. De hecho, muchos han visto en su famosa pintura una actitud ambivalente hacia la violencia revolucionaria: las figuras más cercanas al espectador son cadáveres, y pese al título, por delante de la Libertad avanza un niño que blande una pistola en cada mano. Karl Marx, en cambio, preconizaba de forma mucho más incondicional la violencia revolucionaria, aunque como Delacroix tratara de trasladar la experiencia de 1789 a una política nueva, el socialismo. Desde principios de la década de 1840 estaba tan obsesionado por el legado de 1789 como podía estarlo cualquier intelectual francés, e incluso planeó escribir una historia de la revolución.[2] Al igual que Delacroix, Marx pretendía poner al día la tradición revolucionaria, despojándola de sus rasgos «clasicistas» y situando a los obreros en primer plano. El fracaso de los jacobinos —insistía— se había debido precisamente a su excesiva admiración por la ciudad-estado clásica; su nostalgia de Esparta y Roma los había llevado a oponerse a los *sans-culottes*. La igualdad *política* que propugnaban, dando a todos la ciudadanía plena, no era suficiente; en una sociedad moderna la verdadera igualdad y armonía sólo se podría alcanzar con una igualdad *económica* plena, y al faltarles el apoyo social las jacobinos se habían visto obligados a utilizar la violencia.[3] Por otra parte, el romanticismo revolucionario de Marx estaba mucho más templado que el de Delacroix por su apreciación de la ciencia y la modernidad económica. Los jacobinos —argumentaba—, habían exagerado el poder de la moralidad y la voluntad política para reformar la sociedad, subestimando la importancia de las fuerzas económicas.

La originalidad de Marx reside precisamente en esa

readecuación de la tradición revolucionaria francesa. Así forjó una nueva ideología de izquierdas en sintonía con la nueva sociedad industrial del siglo XIX —caracterizada por el progreso tecnológico y el desarrollo de la clase obrera industrial—, y con la agudización del conflicto social entre obreros y patronos apoyados por el estado. Por otra parte, Marx trató de reubicar el centro del socialismo, trasladándolo de la «atrasada» Francia de finales del siglo XVIII a una nueva nación «atrasada», Alemania.

II

Tras la ejecución en la guillotina de Robespierre en 1794, las cárceles de Francia se abrieron saliendo de ellas miles de presos condenados por el régimen revolucionario, entre los que se hallaban tres pensadores radicales: François-Noël Babeuf, el conde Henri de Saint-Simon y Charles Fourier. Los tres habían quedado traumatizados por el «Terror» y habían tratado de aprender de él, aunque sus conclusiones sobre lo que había ido mal y cómo reanimar la tradición radical eran muy diferentes. Babeuf, quien reprobaba a Robespierre su traición a los artesanos y campesinos de Francia, se convirtió en líder de uno de los primeros movimientos explícitamente comunistas. Saint-Simon, en cambio, era heredero de los «tecnojacobinos»; para él la mayor culpa de Robespierre era su desprecio hacia las necesidades de la producción y la modernidad. Fourier difería de ambos preconizando un futuro en el que lo prioritario no sería la igualdad ni la productividad, sino la creatividad y el placer. Cada uno de ellos encarnaba así una corriente particular

del socialismo —el comunismo igualitario, el socialismo «científico» y un socialismo más romántico—, pero las tres iban a ser incorporadas por Marx en una gran síntesis, aunque nunca fuera totalmente coherente.

El «comunismo» de Babeuf se hizo más igualitario durante su segunda estancia en prisión tras la caída de Robespierre, cuando desarrolló una condena de la propiedad más radical que la que había expresado bajo los jacobinos.[4] Ya no pensaba que bastaran una reforma agraria y el fin de las formas más escandalosas de desigualdad; había que intentar una reforma radical para lograr la «igualdad absoluta». En la nueva sociedad no existiría el dinero; todos podrían enviar los frutos de su trabajo al «almacén común» y recibirían como compensación una proporción igual del producto nacional. El trabajo no sería enojoso porque todos lo realizarían por patriotismo y amor a la comunidad. Esencialmente se trataba de una versión igualitaria de la utopía *sans-culotte* de duro trabajo y justicia social estricta, que se pondría en práctica recurriendo a una versión supereficiente de la administración alimentaria jacobina.

Al salir de prisión en octubre de 1795 decidió emprender la vía revolucionaria. Participó en la organización de un «Directorio Secreto de Salvación Pública» que publicó un «Manifiesto de los Iguales». Babeuf y sus camaradas planeaban una insurrección para mayo de 1796, pero las autoridades descubrieron la conspiración y tanto él como muchos otros fueron detenidos y ejecutados. Sin embargo, sus ideas políticas revolucionarias y su igualitarismo puritano le sobrevivieron. Filippo Buonarroti, que participó en la «Conspiración de los Iguales», escribió su historia (*Gracchus Babeuf et la conjuration des égaux*) en 1828, una época mucho más receptiva hacia

aquellas ideas. Con ello aseguró que alcanzaran un público amplio y se convirtieran en el núcleo de lo que se comenzó entonces a llamarse «comunismo»: propiedad común, igualitarismo y redistribución a los pobres, y el uso de tácticas revolucionarias militantes para tomar el poder.

Una de las figuras comunistas más conocidas de la década de 1840, el sastre itinerante alemán Wilhelm Weitling, pertenecía a esa corriente igualitaria revolucionaria. Era un autodidacta muy dotado, que enseñaba latín y griego y podía citar de memoria no sólo a Aristóteles y Homero, sino también la Biblia, de la que extrajo gran parte de su teoría social. Weitling llegó a París en 1835 y allí se incorporó a la Liga de los Proscritos (*Ligue des Bannis*), de la que se escindió al año siguiente para formar la Liga de los Justos (*Bund der Gerechten*), una sociedad semisecreta republicana que seguía las enseñanzas de Babeuf y Buonarroti pero combinándolas con una visión apocalíptica cristiana y a la que se incorporaron muchos trabajadores alemanes que vivían en el exilio en Londres, Bruselas, París y Ginebra. Para Weitling la sociedad ideal, que surgiría como resultado de una revolución violenta, supondría un regreso a la comunidad cristiana de bienes. Como para Babeuf, su principal preocupación era la igualdad (aunque estaba dispuesto a conceder ciertos lujos a los que hicieran un trabajo suplementario). Aunque le preocupaba el problema de la monotonía, su propuesta principal era que los obreros aprendieran a disfrutar del trabajo realizando tres años de servicio obligatorio en un ejército industrial casi militar. La Liga de los Justos, que adoptó en su manifiesto oficial las ideas de Weitling, intentó en 1839, junto a la *Société des saisons* del jacobino radical Louis Auguste Blanqui, una insurrección en

París; tras su fracaso trasladó su sede a Londres, aunque Weitling huyó a Suiza.*

Pero no todos los comunistas, ni siquiera todos los pertenecientes a la Liga de los Justos, sentían tanto entusiasmo por el comunismo ascético de Babeuf y de Weitling. Uno de los dirigentes huidos a Londres, Karl Schapper, lo criticó como triste y despótico: «justo como soldados en un cuartel … En el sistema de Weitling no hay libertad».[5] Los más hostiles, en cualquier caso, eran los socialistas románticos o «utópicos» y su representante más excéntrico, François Marie Charles Fourier.

La expresión desdeñosa «socialismo *utópico*» fue acuñada por Marx y Engels con la intención de ridiculizar las ideas de muchos de sus rivales en comparación con su propio «socialismo *científico*», pese a lo cual responde a una de las principales corrientes del socialismo a principios del siglo XIX.[6] A diferencia de los comunistas, los «socialistas utópicos» no eran en general trabajadores manuales ni siquiera tenían, al menos inicialmente, gran relación con el movimiento obrero; tampoco les interesaba apoderarse del estado, sino que concentraban sus esfuerzos en crear pequeñas comunidades experimentales que ofrecían una visión de la sociedad ideal más atractiva para muchos que el igualitarismo espartano de los seguidores de Babeuf; en lugar de poner en vigor la moral cristiana como Weitling, ponían en cuestión la doctrina opresiva del pecado original sobre la que se basaba el cristianismo. Los seres humanos —argumentaban— eran de por sí naturalmente altruistas e inclinados a la cooperación, y una educación adecuada permitiría que predominaran esas cualidades. Eran particularmente hostiles a la ética del trabajo del nuevo capitalismo industrial, muy relacionada con las ideas cristianas,

en particular protestantes, de la época. El sistema fabril y la división del trabajo transformaban a las personas en máquinas y la vida en un triste fastidio sin alegría. La sociedad debía organizarse de forma que cualquier miembro de la comunidad pudiera desarrollar su individualidad y creatividad. Predominaba, por tanto, en ellos el espíritu romántico, aunque a diferencia de los jacobinos, cuyo romanticismo exaltaba el heroísmo sacrificado del soldado, el suyo ensalzaba la expresividad y autorrealización del artista.

Charles Fourier fue uno de los principales teóricos de esa utopía del placer y la creatividad. Horrorizado por la experiencia del jacobinismo, rechazaba cualquier forma de revolución violenta y de igualdad económica y en su lugar partía de la idea de que la civilización moderna, que reprimía el deseo natural de placer, era la responsable de la miseria humana y proponía, como alternativa, la creación de comunidades modelo —«falansterios»— en las que coexistirían la responsabilidad social y las pasiones.[7] Cada una de esas comunidades estaría formada por 1620 personas; el trabajo sería placentero y se distribuirían las tareas según el carácter de cada individuo. La gente también necesitaba variedad y la jornada laboral se dividiría en períodos de dos horas, en cada uno de los cuales se haría algo diferente. Resolvió el problema de los trabajos desagradables con la singular propuesta de que fueran los niños —«les petites hordes»—, que al parecer disfrutaban jugando en el barro, los que realizaran tareas sucias como la limpieza de las letrinas. Incluso insinuó la idea de que en el futuro aparecerían nuevos tipos de animales domesticables como el «antileón» y la «antiballena», que servirían de ayuda en trabajos penosos. Puede que algunas de sus sugerencias no fueran en serio, pero no es

sorprendente que el poeta y ensayista André Breton considerara un siglo después a ese soñador un precursor del surrealismo. En cualquier caso, con su deseo de reconciliar el trabajo con la autorrealización de la humanidad y su esperanza de superar la estrechez impuesta por la moderna división del trabajo, representaba sin duda el aspecto más romántico del socialismo e influyó considerablemente sobre Marx y Engels.

Un adversario más influyente del comunismo de Babeuf en el campo del socialismo fue Pierre-Joseph Proudhon, un tipógrafo de Besançon que superó a Weitling en su formación autodidacta, aprendiendo no sólo latín y griego sino también hebreo. En 1840 publicó su ensayo *¿Qué es la propiedad?*, que con su llamativa declaración de que «la propiedad es un robo» se convirtió en tema de conversación en todos los salones de Francia. Sin embargo, Proudhon no quería abolir la propiedad privada, sino sólo que se distribuyera más equitativamente, y objetaba la visión de Babeuf de una comunidad de iguales, por la «tortura moral que inflige sobre la conciencia y la uniformidad piadosa y estúpida que impone».[8] En su opinión, el socialismo tenía que permitir a la gente controlar su propia vida. Preconizaba una forma de democracia industrial en la que los obreros dejarían de ser esclavos de sus máquinas y gestionarían ellos mismos el lugar de trabajo; su ideal era una sociedad muy descentralizada, algo así como una federación de fábricas y comunidades dirigidas por los trabajadores; no en vano fue el primer socialista en proclamarse *anarquista* y es considerado como uno de los principales teóricos de ese movimiento.

Mucho más cercano a la tradición comunista era el socialismo de Étienne Cabet, cuya utopía «Icaria», en la que

todos los bienes eran de propiedad común, contaba con un gobierno elegido por todos con un control total sobre la economía; sus seguidores —abundantes entre los trabajadores franceses— fueron de los primeros en ser llamados «comunistas». Pero el más típico de los socialistas utópicos románticos fue el pensador británico Robert Owen, cuyas ideas fueron tomadas en serio tanto por los radicales como por figuras más próximas a la clase dirigente y cuyos planes de cooperativas socialistas fueron puestos en práctica limitadamente. El padre de Owen poseía una pequeña ferrería y él mismo se convirtió en empresario al casarse con la heredera del propietario de una hilatura en New Lanark, en el Clyde (Escocia). Al apreciar la falta de motivación de sus obreros pensó que una forma de resolverla sería ofrecerles mejores condiciones de trabajo y educación para sus hijos. Pero ¿cómo se podían conciliar trabajo y placer? La solución de Owen tenía mucho en común con la de Fourier: la gente de entre quince y veinte años trabajaría y con ayuda de los niños podría producir todo lo que necesitaba la comunidad; los de edad comprendida entre veinte y veinticinco años supervisarían el trabajo; y entre los veinticinco y los treinta organizarían el almacenamiento y distribución, pero sólo durante dos horas al día; el resto del tiempo lo dedicarían al «placer y la gratificación».[9]

Los socialistas utópicos ampliaron así los objetivos del comunismo, de la mera igualdad al logro de la felicidad humana. También desplazaron el espíritu romántico, del patriotismo y el heroísmo militar a las virtudes propias de la era industrial, valorando la creatividad personal en el trabajo; pero mostraban ciertas debilidades: sus planes a menudo parecían excéntricos y absurdos; sus relaciones con el proletariado eran

mucho más endebles que las de los comunistas; y parecían más soñadores que estrategas: no parecían saber muy bien cómo alcanzar la sociedad ideal que anhelaban; se limitaban a exhortar la transformación moral de la humanidad, lo que aunque fuera sin duda muy deseable era difícil de poner en vigor. Los seguidores de Babeuf tenían al menos un programa político basado en la insurrección revolucionaria proletaria, que dada la agitación obrera durante las décadas de 1830 y 1840 no parecía imposible.

Sin embargo, los comunistas compartían con los socialistas utópicos una debilidad, y es que raramente explicaban de forma convincente cómo podían resolver sus planes el problema de la productividad y la seguridad económica, mientras que los pensadores liberales como Adam Smith y más tarde Herbert Spencer parecían haber insertado el mercado en una teoría económica sólida. Pero había una variedad del socialismo capaz de disputarles ese terreno, el «socialismo científico» de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon.

Claude-Henri de Saint-Simon, nacido en 1760, era un aristócrata de una antigua familia ducal pero había recibido con satisfacción la Revolución Francesa. Cayó en desgracia con Robespierre y lo encarcelaron, pero su respuesta a aquella persecución difería enormemente de la de Fourier o la de Babeuf: recurrió a la ciencia para rescatar a Francia. Saint-Simon fue el profeta de la planificación. Había que atender prioritariamente a la producción, ya que «la producción de cosas útiles es el único objetivo razonable y positivo que se pueden plantear las sociedades políticas».[10] En el poder debían estar, pues, los científicos, los industriales o una combinación de unos y otros. La democracia —el gobierno de las masas ignorantes—

era peligroso y dañino, como había ilustrado vívidamente la experiencia jacobina; de hecho, la política podía prescindir totalmente de ella, en favor de una toma de decisiones racional.

Saint-Simon fue criticado por Marx y Engels como «socialista utópico» porque no era lo bastante «científico» para ellos, pero esa etiqueta es equívoca. De hecho fue el principal heredero de la tendencia antirromántica del pensamiento ilustrado y sus ideas resultaron enormemente atractivas para socialistas posteriores que trataban de reconciliar la igualdad con la prosperidad económica; y esa combinación de sus ideas con las del comunismo de Babeuf y (en menor medida) el socialismo «utópico» romántico iba a ser la marca distintiva del sistema creado por Marx y Engels. Del mismo modo que durante la década de 1990 la izquierda buscaba una «tercera vía» entre la pretensión de justicia social y la «racionalidad» del mercado global, Marx y Engels trataron de compaginar un modelo social mucho más radical, el comunismo, con la prosperidad económica.

III

Karl Heinrich Marx había nacido en 1818 en la ciudad alemana de Tréveris, en Renania. Durante la ocupación francesa, tras la revolución, fue gobernada con las leyes napoleónicas, relativamente liberales, lo que había beneficiado a su padre, respetado abogado e hijo del principal rabino de la ciudad. Sin embargo, la incorporación de la ciudad al estado mucho más jerarquizado y conservador de Prusia fue un desastre para él; las

leyes prusianas excluían a los judíos de la administración civil a menos que disfrutaran de una dispensa especial, por lo que se vio obligado a convertirse al protestantismo en 1817, un año antes del nacimiento de su hijo Karl Heinrich.

Así pues, Marx creció en una región situada sobre una grieta histórica y política: entre la Francia moderna y revolucionaria, con sus principios de igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, y la Prusia del Antiguo Régimen, basada en la autocracia, la jerarquía y los privilegios aristocráticos. No cabe, pues, sorprenderse de que Marx, cuya familia había disfrutado brevemente de los rayos de la Ilustración antes de verse arrojada de vuelta a la oscuridad del Antiguo Régimen, se interesara vivamente por la posibilidad de acelerar las fuerzas de la historia para llevar una política «progresista» a un país «atrasado». Durante su juventud estaba obsesionado, como la generación revolucionaria francesa de las décadas de 1770 y 1780, por el retraso de su país. Se quejaba de que la clase media alemana era débil y sumisa a la aristocracia y de que, a diferencia de su homóloga francesa, no se podía contar con ella para desafiar a los aristócratas prusianos.

Durante el siglo XIX Renania no sólo estaba situada sobre una grieta política entre el liberalismo francés y el conservadurismo alemán, sino también sobre otra intelectual: entre la Ilustración francesa y el Romanticismo alemán. El padre de Marx, según la hija de éste, Eleanor, era un hombre apegado a la Razón y la Ilustración, «un auténtico francés del siglo XVIII que se sabía de memorial a Voltaire y Rousseau».[11] Pero Marx también cayó bajo la influencia de un mentor rival, el barón Ludwig von Westphalen, padre de su futura mujer Jenny, quien lo introdujo en la visión del mundo romántico. Como escribió

Eleanor, el que acabaría siendo su suegro «llenó a Karl Marx de entusiasmo por la escuela romántica, y mientras que su padre le leía a Voltaire y Racine, Von Westphalen le leía a Homero y Shakespeare, quienes fueron sus autores favoritos durante toda su vida».[12]

La tensión entre la devoción y la razón, el orden y la ciencia de la Ilustración frente al desdén romántico hacia la rutina entrelazado con la pasión por las luchas heroicas, era una fisura en el pensamiento del propio Marx. Su personalidad tenía más en común con el brillante y extraordinario genio romántico que con el hombre de ciencia mundano y sociable al estilo de Voltaire. Una de las cartas que le escribió su padre a la universidad capta la tensión entre el padre civilizado e ilustrado y el romanticismo de su hijo:

> ¡Dios nos ayude! Desorden, superficialidad en todas las materias … Paseando por ahí, con una indisciplina atroz, despeinado y en bata … menospreciando todos los contactos sociales, todas los convenciones … tu relación con el mundo limitada a tu sórdida habitación, donde quizá se ven esparcidas en el clásico desorden las cartas de amor de una Jy [Jenny] y las bienintencionadas exhortaciones empapadas en lágrimas de tu padre.[13]

A mediados de la década de 1830, durante sus estudios en Bonn, Marx frecuentó las clases de filosofía del arte del famoso teórico romántico August von Schlegel. También planeó publicar una obra sobre el romanticismo y escribió poesías teñidas de ese espíritu. Sin embargo, su visión del mundo estaba muy lejos del pensamiento prerromántico de Rousseau y su elevado concepto de la virtud. El de Marx era un romanticismo maduro, cuyo héroe era el artista rebelde. En un poema, «Vida humana», condenaba el deprimente egoísmo —o «filisteísmo»,

como acostumbraba a llamarlo— de la vida cotidiana: «La vida es muerte, / una muerte eterna; / la aflicción domina / los afanes humanos /… / Esfuerzos codiciosos / y objetivos miserables. / Ésa es su vida, / el soplo de la brisa».[14] Marx, en cualquier caso, estaba decidido a no someterse a la vida convencional. Se rebelaría. Como explicaba en su poema «Sentimientos»:

> Nunca puedo realizar en paz,
> lo que ha captado mi alma tan intensamente,
> nunca permanezco en calma, confortablemente,
> y me agito sin descanso.[15]

Como se ve, se identificaba con el gran rebelde Prometeo del antiguo mito en su combate contra el tirano Zeus.

Los sentimientos de Marx no cambiaron apenas con la madurez. Apasionado, pugnaz y sensible, declaró que su idea de la felicidad era la «lucha» y su idea de la miseria, la «sumisión». Creía que su principal característica era la «obstinación» y esa cualidad lo situaba ciertamente por encima de sus contemporáneos. Aunque era menos original que muchos otros pensadores socialistas de la época, era infinitamente más enérgico y esforzado en la síntesis de ideas para forjarlas en un todo coherente, y ponía todo aquel rigor al servicio de la rebelión contra las fuerzas del orden.

Dada la imagen que tenía Marx de sí mismo como un rebelde que desafiaba a la autoridad para traer la Ilustración a la humanidad, resulta lógico que se interesara por las ideas radicales. Ese radicalismo se manifestó inicialmente en debates filosóficos del grupo de los «jóvenes hegelianos». El filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel había propuesto a

principios de siglo una teoría de la historia del mundo como desarrollo del espíritu humano hacia una creciente libertad en un proceso «dialéctico», esto es, mediante la confrontación entre ideas y sistemas sociales en competencia, en las que el choque entre un principio («tesis») y su opuesto («antítesis») da lugar a la «síntesis», que incorpora los aspectos positivos de ambos. El cristianismo, la Reforma, la Revolución Francesa y la monarquía constitucional moderna serían diversas síntesis, etapas en el movimiento de la humanidad hacia la sociedad ideal. Tras la muerte de Hegel en 1831, los intelectuales discrepaban sobre lo que debía constituir esa sociedad ideal. Los *Rechtshegelianer* pensaban que la monarquía protestante prusiana de la época y el orden que ésta había establecido representaban ya el «fin de la historia». Los «jóvenes hegelianos» (*Linkshegelianer*), en cambio, juzgaban aquella monarquía reaccionaria y aspiraban a un sistema parlamentario que permitiera libertad de prensa y de religión, al tiempo que descreían del liberalismo económico que, en su opinión, concedía un poder excesivo a la propiedad privada.

Tras doctorarse en filosofía Marx contaba con incorporarse a la Universidad de Bonn, pero las autoridades académicas no deseaban ofrecer una plataforma a los «jóvenes hegelianos» y tuvo que contentarse con trabajar para la revista liberal de Colonia *Rhenische Zeitung*, recién fundada, de la que se convirtió en director en octubre de 1842. En sus artículos Marx defendía enérgicamente el punto de vista de la izquierda, en particular en cuestiones sociales como la propiedad de la tierra, protestando en nombre de los campesinos que perdían sus viejos derechos a los prados y bosques comunales, privatizados con justificaciones liberales. En 1843 las autoridades cerraron la

Rhenische Zeitung, lo que llevó a Marx a adoptar una posición aún más radical. Sus esperanzas de que una prensa libre favorecería la reforma se habían visto frustradas y ahora juzgaba que no bastaba un cambio político; se necesitaba una transformación social y económica fundamental. Además había perdido su fe en la clase media alemana, que se había mostrado muy cobarde frente al asalto de la monarquía contra la libertad de prensa. A diferencia de la burguesía francesa, que había encabezado la revolución de 1789 y había defendido las libertades en la revolución de 1830, la burguesía alemana —argumentaba— estaba irremediablemente uncida a la aristocracia.

Marx y algunos de sus amigos radicales decidieron abandonar Alemania, demasiado represiva, y emigrar a la atmósfera más abierta de París. Allí fue donde desarrolló, en 1843-1844, el núcleo de sus futuras tesis. Siempre le había interesado el socialismo francés, y durante ese período lo estudió más a fondo y su hostilidad a la democracia constitucional se hizo más evidente en sus escritos. También conoció las corrientes intelectuales inglesas a través de Friedrich Engels, quien se iba a convertir en su colaborador y amigo para toda la vida. Engels, hijo de un próspero empresario textil de Barmen (Wuppertal, Renania septentrional-Westfalia), era también un joven radical, aficionado a la poesía romántica y a la filosofía de los «jóvenes hegelianos», que lo habían alejado del pietismo radical de su padre; pero había también ciertas diferencias muy notables entre ambos. La más marcada tenía que ver con su temperamento. Engels, más sociable y menos combativo que Marx, se sentía menos incómodo en la sociedad burguesa convencional. Practicaba la esgrima y la equitación, disfrutaba

de la música y de la compañía femenina, así como de los buenos vinos; pero también era buen organizador y hombre de negocios, a diferencia del caótico Marx, lo que fue una suerte para éste ya que Engels pudo ayudarle en sus frecuentes estrecheces. Quizá lo más importante es que aportó una perspectiva inglesa al pensamiento de Marx. Su padre lo había enviado en 1842 a completar su formación en la sucursal de Manchester de la empresa familiar, y fue allí, en el punto más avanzado de la economía moderna, donde Engels cobró conciencia de la naturaleza y mecanismos del capitalismo y de las críticas socialistas.* Engels simpatizaba con Robert Owen y su movimiento cooperativista, pese a sus posteriores críticas a su «utopismo», y en aquel momento crucial del desarrollo del pensamiento de Marx fue para él decisiva la información que le proporcionaba Engels, tanto la referida al cooperativismo de Owen como al funcionamiento real del capitalismo moderno, del que Engels poseía un conocimiento práctico de primera mano.[16]

Durante los siguientes años se construyeron así, sobre la base de esa fructífera asociación, los fundamentos del marxismo en los *Manuscritos de París* y otras obras. Puede parecer extraño, dada su evolución posterior, que el interés primordial de Marx fuera la libertad, pero era la «libertad» en un sentido rousseauniano, esto es, como liberación con respecto a otras personas y cosas materiales.[17] En la sociedad moderna —argumentaba Marx— el hombre estaba perdiendo su autonomía, su capacidad para expresarse y para desarrollar su creatividad. En el lenguaje filosófico hegeliano, estaba siendo controlado por fuerzas «alienantes» a las que quedaba sometido. Las autocracias privaban de libertad al individuo, pero la

solución no era la democracia parlamentaria, que tan sólo permitía al pueblo votar periódicamente por un gobierno sobre el que tenía muy escasa influencia. Sólo cuando todos los ciudadanos participaran permanentemente en la conducción del estado —como sucedía en la antigua Atenas— acabaría esa «alienación» política, y lo mismo se podía decir de la esfera económica: el hombre era por naturaleza naturalmente un ser creativo, que desarrollaba todo su potencial colaborando con otros en el trabajo con el que cambiaba el mundo a su alrededor; pero en las sociedades capitalistas modernas el hombre había caído esclavo de fuerzas «ajenas»: el dinero, el mercado y las cosas materiales que él mismo producía.[18] No trabajaba creativamente, sino simplemente para comer, abrigarse y adquirir cosas materiales; además trabajaba para otros, como pieza de una máquina obligada a realizar repetitivamente tareas elementales, obedeciendo a la moderna división del trabajo; además, estaba cada vez más «alienado» con respecto a los demás, incapaz de establecer auténticas relaciones humanas.

Para Marx, la solución a ese triste estado de cosas sería la abolición del mercado y de la propiedad privada, esto es, el establecimiento del «comunismo». Todos gobernarían directamente el estado, participando en él en lugar de elegir representantes. Lo que preconizaba no era, pues, la democracia parlamentaria moderna, basada en el supuesto de que siempre habrá conflictos de interés entre las clases; para Marx, una vez que se hubiera superado la división de la sociedad en clases se podría alcanzar un consenso total. Los derechos y libertades del liberalismo, con los que las minorías se protegen frente a la mayoría, serían totalmente innecesarios. Esa crítica del liberalismo iba a ser decisiva en la ideología comunista.

En el comunismo también se transformaría la vida económica: la gente no trabajaría por dinero, el mercado quedaría abolido, el trabajo se convertiría en una actividad creativa mediante la que se expresaría la gente. Como decía Marx, «nuestros productos serán otros tantos espejos en los que se reflejará nuestra esencia … Mi trabajo será la libre expresión de mi vida, y por lo tanto un libre disfrute de ésta».[19] Aumentaría la prosperidad económica, porque al disfrutar todos en el trabajo pondrían mucha más energía y entusiasmo que sintiéndose oprimidos y explotados. Se pondría fin a la división del trabajo y las personas serían «completas». En su visión extraordinariamente utópica de la sociedad comunista, cada persona podría «hacer una cosa hoy y otra mañana, cazar por la mañana, pescar por la tarde, recoger el ganado al anochecer y debatir después de cenar, sin convertirse nunca en cazador, pescador, pastor o conferenciante».[20]

En esos *Manuscritos de París* el «comunismo» de Marx se parece, pues, muy poco al igualitarismo raso de Babeuf, el «comunismo elemental» que consistía meramente en «la consumación de la envidia que se constituye en poder».[21] Estaba mucho cerca de la concepción romántica de Fourier, fundamentalmente artística, que señalaba como mal principal el filisteísmo y materialismo de la cultura moderna. El poeta romántico Heinrich Heine, con quien Marx solía pasear en París, pudo influirle a este respecto. Heine defendía ardientemente una visión «sensualista» de la sociedad futura en la que todos verían satisfechas sus aspiraciones, cualquiera que fuera su lugar en la sociedad; consideraba enemigos a los socialistas puritanos, que «aplastan despiadadamente las estatuas de mármol de la belleza».[22]

Pero el comunismo de Marx se basaba también en cierta medida en su visión de las sociedades precapitalistas y en su apego rousseauniano a la antigua «completitud».[23] Marx explicaba que entre los pueblos primitivos se daba muy poca división del trabajo, excepto en la familia; se producía para uno mismo o para los parientes, no para los patronos o el mercado; así pues, no estaban «alienados» y tenían un control pleno sobre su vida económica, a diferencia de lo que sucedía bajo el capitalismo, en el que la gente produce para el mercado; también controlaban su vida política, dirigiendo sus propios asuntos en pequeñas comunidades.

Pero aun así Marx no deseaba un comunismo «atrasado»; si en algunos aspectos debía parecerse a las sociedades precapitalistas, se caracterizaría por el alto desarrollo económico. A diferencia de la mayoría de los comunistas y socialistas utópicos, aceptaba que el capitalismo y el mercado habían aportado beneficios que tenían que mantenerse, no destruirse. Alababa que el capitalismo hubiera integrado el mundo entero y destruido las instituciones «atrasadas» y las formas de vida primitivas. Ahí vemos la influencia de Saint-Simon, un autor al que Marx había admirado de muy joven y del que Engels escribió que casi todas las ideas de los socialistas posteriores estaban contenidas en embrión en su teoría. En cambio, sentía escasa simpatía por el utopismo descentralizado de Proudhon u Owen. De hecho, se pueden leer algunos pasajes del *Manifiesto comunista* como un canto de alabanza al capitalismo y la globalización, e incluso a su clase progenitora, la burguesía, conceptuada como clase revolucionaria a la que había que admirar en muchos sentidos. Había «realizado maravillas que superaban con mucho las pirámides de Egipto, los acueductos

romanos y las catedrales góticas»; al «someter el campo al dominio de las ciudades», había «rescatado a una parte considerable de la población de la estupidez de la vida rural»; al crear «fuerzas productivas enormes, mayores que todas las generaciones precedentes juntas» y al centralizar la producción en grandes fábricas estaba forjando estados-nación centralizados a partir de comunidades fragmentadas; pero también estaba sustituyendo el antiguo «aislamiento de las naciones autosuficientes» por la «interdependencia universal de las naciones», proceso que beneficiaba al proletariado porque, a diferencia de la burguesía, no tenía patria.[24] El comunismo de Marx era, por tanto, inconfundiblemente modernista; sustituiría al capitalismo, pero se construiría a partir de él. Marx y Engels insistían en aquella época en que no podía surgir en un país atrasado dominado por una aristocracia feudal y que careciera de una poderosa base industrial y un amplio proletariado moderno. Una «revolución burguesa» contra la aristocracia, como la Revolución Francesa, era, pues, condición previa para la futura revolución proletaria. El desarrollo social seguía una serie de etapas, del feudalismo al capitalismo y de éste al comunismo.

Pero si bien Marx y Engels alababan a la burguesía por configurar estados-nación y un sistema económico global, también mantenían que no podía controlar el mundo dinámico que había creado. De hecho, la burguesía estaba creando involuntariamente el instrumento de su propia destrucción. Utilizando el lenguaje romántico que tanto apreciaba, Marx la describía «como el brujo incapaz de controlar los poderes del mundo subterráneo que ha evocado mediante sus sortilegios».[25] La industrialización estaba destruyendo la producción artesanal a pequeña escala y creando una enorme clase obrera

industrial, que en último término destruiría a la burguesía convirtiéndose en su Némesis. Los proletarios —insistía Marx— eran mucho más colectivistas y estaban mejor organizados que los artesanos, habiendo aprendido a cooperar en su trabajo en las grandes fábricas. También se sentían cada vez más insatisfechos, ya que la lógica del capitalismo llevaba inevitablemente a una explotación cada vez mayor. La competencia entre los capitalistas les obligaba a invertir cada vez más en nuevas maquinarias que les ahorraban mano de obra, lo que a su vez reducía sus beneficios y les obligaba a explotar aún más a los obreros; pero también les obligaba a producir cantidades excesivas para el mercado, dando lugar a crisis económicas periódicas que llevaban a la quiebra a muchos pequeños capitalistas y concentraban la propiedad en cada vez menos manos. La inestabilidad e irracionalidad del capitalismo preparaba así el terreno para el comunismo: el proletariado, una fuerza cada vez más revolucionaria, estaría pronto en condiciones de tomar el control de un proceso de producción mecanizado, idóneo para una gestión racional mediante la planificación centralizada. El sistema socioeconómico caería así como un fruto maduro en manos de los trabajadores. Como declaraba el *Manifiesto*, «el proletariado utilizará su supremacía política para arrebatar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de la producción en manos del estado, esto es, del proletariado organizado como clase dominante». El estado mejoraría la economía «de acuerdo con un plan común», movilizando a todos los trabajadores en «ejércitos industriales».[26]

¿Cómo se podía conciliar esta imagen de la sociedad, caracterizada por la centralización y la planificación e incluso la

disciplina militar, con la visión del trabajo como gozosa creatividad? ¿Y cómo podía conciliarse esta o cualquier otra forma de socialismo con la insurrección y la violencia revolucionaria? Marx y Engels se esforzaron por resolver esas tensiones, pero pese a sus esfuerzos se aprecian grietas en el edificio del marxismo entre sus tres principales elementos constituyentes: el romanticismo utópico de gente como Rousseau o Fourier, la revolución igualitaria de Babeuf y la tecnocracia de Saint-Simon. En las obras posteriores de Marx y Engels se pueden seguir apreciando esas tres visiones, bastante diferentes: una «romántica», en la que la gente trabaja por gusto y se gobierna a sí misma, sin necesidad de una autoridad impuesta desde arriba; una «radical», revolucionaria e igualitaria, en la que la clase obrera se une heroicamente en las barricadas para combatir a la burguesía y establecer un nuevo estado revolucionario; y una «modernista», en la que la economía se gestiona mediante un plan central, administrado, al menos en un primer momento, por cierto tipo de burocracia. Estas tres visiones diferentes también afectaban a la respuesta de Marx y Engels a otra cuestión: ¿cómo se alcanzaría el comunismo? Para el Marx más radical, el proletariado estaba listo para la sociedad comunista. Del mismo modo que se podía confiar en que trabajara diligentemente, sin una dirección desde arriba, su heroísmo y sacrificio llevaría a una revolución comunista en un futuro muy próximo; pero para el Marx modernista, la revolución sólo llegaría cuando estuvieran maduras las condiciones económicas, con una industria altamente desarrollada y con el capitalismo al borde de una crisis a menudo difícil de definir. Los que confiaban simplemente en el heroísmo de la clase obrera para llegar al comunismo y

pretendían un fin inmediato del capitalismo ignoraban la realidad económica y caían en el pecado mortal de utopismo. [27]

Así y todo, el peso de esos tres elementos a partir de 1848 era desigual. El romanticismo utópico seguía presente como fin último del «comunismo», pero su importancia declinó. El marxismo se iba convirtiendo progresivamente en una filosofía de la revolución y la ciencia, y la tensión entre ambas suponía una grieta en el marxismo que ha persistido durante toda su historia. Marx y Engels se esforzaron denodadamente por cerrarla, pero paradójicamente no dejaba de tener ventajas. Aunque menoscababa su coherencia, también les proporcionaba cierta flexibilidad, permitiéndoles inclinarse hacia el radicalismo o el modernismo según fuera la situación. Este equilibrio se iba a demostrar vital para la supervivencia del marxismo durante los violentos levantamientos y cambios repentinos de orientación política durante el siglo XIX en Europa occidental.

IV

Norbert Truquin, un obrero pobre frecuentemente desempleado, llegó a París en 1848 en busca de trabajo y lo encontró dándole vueltas a una rueda dentada por dos francos al día. Aunque conocía bien las ideas socialistas, su juicio acerca de ellas era ambiguo. Su autobiografía registra que se sentía «anticomunista» porque le parecía que «el comunismo requería una disciplina de hierro, ante la cual toda voluntad individual sería aniquilada», y además estorbaría su «deseo de conocer

mundo». Sin embargo, también veía las ventajas del comunismo: «Si los bienes fueran comunes, no tendríamos que viajar tres leguas al día para conseguir trabajo … No nos veríamos reducidos a no comer más que caldo y los niños no se verían obligados a trabajar desde tan pequeños».[28] Cuando en febrero de 1848 estalló la revolución, se unió a las barricadas. Recordando aquel ambiente gozoso, en el que burgueses y proletarios celebraban la proclamación de la Segunda República, también detectaba tensiones bajo la superficie: «Observando la apariencia física de los burgueses se podía decir que había algo falso en sus efusivos gestos teatrales y que experimentaban una aversión mal disfrazada hacia sus camaradas de armas».[29] Truquin presentía efectivamente el fin de la alianza entre obreros y burgueses que había caracterizado aquel período de la historia francesa. En junio aquella brecha se abrió definitivamente, haciéndose permanente.

De hecho los signos de la escisión habían surgido mucho antes, a continuación de la revolución de 1830. Aquella revolución había llevado al poder a un régimen favorable al *laissez-faire* y el gobierno de Luis Felipe de Orleans no sentía ninguna simpatía por las reivindicaciones de los artesanos y obreros que sufrían las consecuencias de la economía capitalista emergente. A medida que crecían las ciudades se expandían los mercados y nuevas tecnologías impulsaban la producción fabril a gran escala, sometiendo a una enorme presión a los pequeños artesanos. Los antiguos gremios, allí donde existían, se veían perjudicados por la producción en masa de artículos baratos en las fábricas de los grandes empresarios capitalistas, a cargo de obreros poco cualificados, los «proletarios» de Marx. La consecuencia fue la rebelión generalizada, y el levantamiento de

los trabajadores de la seda en Lyon en 1831 fue quizá su primer anuncio.[30] Hasta entonces las protestas obreras —como las de los *sans-culottes* en 1793-1794— tenían más que ver con su calidad de consumidores que de productores, pero ahora su eslogan, *Vivre en travaillant ou mourir en combattant!* mostraba que los sublevados se veían a sí mismos como trabajadores en lucha contra los propietarios. A diferencia de las revoluciones de 1789 y 1830, cuando una alianza entre pequeños y medianos artesanos con propietarios relativamente acomodados protestaba contra el orden aristocrático, ahora se trataba de obreros manuales en lucha contra un gobierno liberal. De hecho, algunos se consideraban «proletarios» aunque no fueran obreros industriales y poseyeran su propio taller o negocio. Los observadores de la época captaban que estaba sucediendo algo nuevo. Fue entonces, en 1831, cuando Pierre Leroux acuñó el término «socialismo» y la «cuestión social» se convirtió en un tema de moda.

Un año después de la huelga de Lyon los obreros de París trataron de seguir su ejemplo; Victor Hugo describió dramáticamente en *Les Misérables* aquellos acontecimientos. Durante las décadas de 1830 y 1840 florecieron en Francia el movimiento y el pensamiento socialista, pero fue sobre todo en Gran Bretaña, donde la industria moderna se estaba haciendo ya dominante, donde los protestas obreras cobraron formas más espectaculares con el desarrollo del movimiento cartista, en el que los antiguos artesanos se unieron a los obreros industriales para reivindicar el derecho de voto y reformas sociales. Los acontecimientos de la década de 1840 en Francia y Gran Bretaña convencieron a muchos, tanto en la izquierda como en la derecha, de que la revolución era una posibilidad real, y

evidentemente alimentaron el optimismo de Marx y Engels. Como escribía Marx a propósito de una reunión con los obreros parisinos en 1843:

> Cuando los artesanos comunistas forman asociaciones, sus primeros objetivos son la enseñanza y la propaganda; pero su propia asociación crea una nueva necesidad —la necesidad de la sociedad— y lo que parecía ser un medio se convierte en un fin … La fraternidad entre los hombres ya no es entonces una mera frase sino un hecho de la vida, y la nobleza del hombre brilla sobre nosotros desde sus cuerpos endurecidos por el trabajo.[31]

Sin embargo, como queda claro en esas observaciones, su profesión de fe en el colectivismo y la energía revolucionaria de los trabajadores se basaba en gran medida en la experiencia de los artesanos y no de los obreros industriales que, en su opinión, serían los artífices del comunismo. Aunque los artesanos solían ser efectivamente muy radicales, lo que defendían contra el capitalismo era principalmente su modo de vida tradicional, no el futuro industrial. Además carecían del poder del número, la coherencia y la organización. La producción en el continente era todavía en gran medida artesanal, y allí donde existía un proletariado industrial amplio —en Gran Bretaña— no predominaban en él las corrientes más radicales. Aun así, y aunque el *Manifiesto comunista*, publicado en febrero de 1848, apenas fue leído más allá de un selecto círculo de comunistas, resultó asombrosamente profético y la propagación de la revolución por toda Europa reforzó la creencia de Marx en el inminente colapso del capitalismo a manos del proletariado.

Los acontecimientos revolucionarios comenzaron en Suiza en 1847 y a principios del año siguiente se extendieron a Sicilia, Nápoles, París, Múnich, Viena, Budapest, Venecia, Cracovia,

Milán y Berlín. A la cabeza estaban ricos profesionales liberales que reclamaban libertad de expresión y ampliación del derecho de voto; en algunos lugares, como en el imperio austríaco, también exigían independencia nacional. Pronto se hizo evidente la debilidad del Antiguo Régimen y los monarcas absolutistas fueron derrocados u obligados a conceder ciertas libertades. Las nuevas autoridades introdujeron reformas liberales moderadas, desmantelando el gobierno autocrático y la servidumbre típicos del Antiguo Régimen, especialmente en Alemania y Austria-Hungría.

Marx estaba muy esperanzado en aquellas sublevaciones, viéndolas como un preludio de su revolución proletaria. En marzo se trasladó junto con Engels y su familia a Colonia, donde creó un diario radical, la *Nueva Gaceta Renana* (*Neue Rhenische Zeitung*), mientras seguía trabajando como activista político. Su actitud hacia la revolución dependía de la situación particular de cada país. En Francia creía que la revolución seguiría la pauta de 1789: la revolución burguesa se radicalizaría inevitablemente y entonces estallaría la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Alemania, en cambio, estaba, en su opinión, demasiado atrasada para ese escenario: todavía no se había producido allí una revolución burguesa. Aun así, a finales de 1848 creyó que la perspectiva de una revolución comunista también era concebible en Alemania, debido a su desarrollo desigual: aunque los estados alemanes eran gobernados por la vieja aristocracia feudal, la revolución burguesa tendría lugar con la ayuda de un «proletariado desarrollado», por lo que urgió a sus camaradas comunistas a apoyar a la burguesía en la lucha por reformas políticas democráticas, prosiguiendo a continuación la lucha en la revolución proletaria que se

produciría a continuación, cuando el proletariado aprovechara su «supremacía política» para centralizar e incrementar la producción.[32] Aquélla fue la primera formulación, embrionaria, de la teoría de la «revolución permanente» —la idea de que en un país atrasado el proletariado podía apoyar una revolución burguesa preparándose para llevar a cabo inmediatamente una segunda revolución, ésta proletaria—; esa teoría, desarrollada posteriormente por Leon Trotski, fue la utilizada para justificar la revolución bolchevique en Rusia.

Para Marx y Engels el resultado de la revolución proletaria debía ser una «dictadura del proletariado» temporal, pero bajo esa expresión no entendían el gobierno de un partido revolucionario sobre la mayoría, según el modelo jacobino o blanquista, sino más bien una democracia en la que el proletariado gobernaría mediante asambleas populares y utilizaría medidas de emergencia, violentas si fuera necesario, para destruir el viejo estado.[33]

Durante el primer semestre de 1848 las predicciones de Marx sobre la revolución en Francia no parecían descabelladas; aunque en aquella revolución, como en las anteriores, la clase media y los trabajadores actuaron unidos, estos últimos tenían bien aprendida la lección de 1830 y estaban decididos a no permitir que les «robaran» su revolución.[34] El gobierno de la derecha liberal de François Guizot, que pretendía preservar el poder monárquico de Louis-Philippe, había perdido el apoyo de la clase media al oponerse a cualquier reforma del sufragio censitario, muy restringido, además de manipular las elecciones mientras ejercía una represión muy dura contra los más pobres. Durante la noche del 22 de febrero los descontentos levantaron más de un millón de adoquines del pavimento y derribaron más

de 4.000 árboles, y a la mañana siguiente se habían levantado más de 1.500 barricadas. Las autoridades no pudieron persuadir a la Guardia Nacional para que actuara contra los sublevados y al día siguiente Louis-Philippe sustituyó a Guizot por Adolphe Thiers, sin saber que éste formaba parte de una conspiración para proclamar la República, como efectivamente sucedió el día 24; el rey destronado huyó a Inglaterra, donde vivió tranquilamente hasta su muerte dos años después.

El nuevo gobierno francés estaba dominado por republicanos moderados, pero también incluía a gente más radical como el famoso socialista Louis Blanc y un tal Alexandre Martin, conocido como «el obrero Albert»; éstos se vieron reforzados por la presión directa de una enorme multitud de trabajadores que se reunió amenazadoramente en el exterior del Hôtel de Ville. El gobierno provisional aprobó rápidamente muchas de sus demandas: se declaró la República, se introdujo el sufragio universal para los varones y se introdujeron reformas destinadas específicamente a ayudar a los trabajadores en dificultades; se prohibió la subcontratación —método empleado por los patronos para reducir los salarios— y se limitó la jornada de trabajo a diez horas (fue la primera que un gobierno regulaba de esa forma el trabajo).

Sin embargo, la promesa del gobierno provisional, bajo la presión de Louis Blanc, «de garantizar el trabajo a todos los ciudadanos» provocó un importante conflicto con los miembros más conservadores del gobierno. Se crearon «talleres nacionales» para emplear a los indigentes, en particular en planes de obras públicas financiados con un impuesto sobre la tierra que recaía principalmente sobre los pequeños granjeros; pero en las elecciones celebradas el 23 de abril los conservadores del Parti de

l'Ordre obtienen la mayoría de los representantes en las provincias, mostrando el aislamiento de los radicales parisinos con respecto al campo. La Asamblea Nacional Constituyente nacida de aquellas elecciones decidió el 21 de junio el cierre de los «talleres nacionales» y más de 15.000 obreros de París respondieron volviendo a tomar las calles y a levantar barricadas —esta vez menos efectivas— en una de las insurrecciones obreras más impresionantes de la historia. Parte de los insurgentes eran miembros de los talleres, pero en su mayoría eran artesanos que protestaban contra la nueva economía fabril. [35] El 24 de junio la Asamblea Nacional decretó el estado de sitio y confió todos los poderes al general Cavaignac, quien hizo llegar de las provincias alrededor de 100.000 guardias nacionales con los que aplastó la sublevación, aunque la lucha se prolongó varios días. Miles de obreros murieron, fueron encarcelados o deportados a Argelia. El proletariado no se había mostrado lo bastante numeroso o poderoso como para imponer una solución socialista en Francia.

Si las predicciones de Marx sobre la revolución proletaria no se habían materializado en Francia, era aún menos probable que lo hicieran en Alemania, donde el movimiento obrero era más débil y estaba más dividido y la clase media era más conservadora, pese al radicalismo de parte del campesinado. El propio Marx propuso en un principio la lucha por objetivos democrático-constitucionales más que socialistas; pero en septiembre, cuando quedó claro que la clase media no iba a desempeñar un papel revolucionario, Engels y él propugnaron una república «roja» que adoptara una política socialista y se mostraron favorables a las insurrecciones revolucionarias allí donde pudieran tener éxito, aunque insistían en que debían ser

revoluciones de masas —incluyendo tanto a los obreros industriales como a los campesinos— y no conspiraciones «blanquistas».[36] El propio Engels participó personalmente en los levantamientos que se produjeron en Elberfeld y en Renania-Palatinado en mayo de 1849. En septiembre del año anterior escribió entusiasmado sobre las insurrecciones armadas: «¿Hay algún centro revolucionario en el mundo donde la bandera roja, emblema del proletariado militante de Europa, no haya ondeado en las barricadas durante los últimos cinco meses?».[37] Así pues, en 1848-1849 Marx y Engels promovieron la vía que debían seguir en el futuro tantos comunistas revolucionarios, fomentando la revolución popular en sociedades agrarias subdesarrolladas.[38]

En toda la Europa central y occidental los artesanos se manifestaban contra el desempleo y la competencia, acompañados a veces por campesinos encolerizados en los que la pérdida de las tierras comunales despertaba una enorme irritación. Cabía, pues, entender la previsión de radicales como Marx de que se podía repetir una revolución como la de 1789; pero los moderados y conservadores también habían aprendido las lecciones de 1789 y estaban decididos a aplastar la rebeldía popular con todos los medios a su alcance.[39] En noviembre de 1848 la revolución prusiana fue derrotada y miles de trabajadores fueron deportados de Berlín y otras ciudades, mientras que en Francia fue elegido presidente Louis-Napoléon Bonaparte, valiéndose de su apellido y con el apoyo del Partido del Orden (*Parti de l'Ordre*) contrarrevolucionario en el campo, pero también de obreros resentidos por la violencia utilizada contra ellos por los republicanos liberales. Una vez en el poder, la política de Napoleón III se hizo cada vez más conservadora, y

a mediados de 1849 sus tropas contribuyeron a derrotar a los últimos gobiernos revolucionarios en Italia.

Aun así, durante algún tiempo Marx y Engels se negaron a aceptar que todo estaba perdido y siguieron creyendo que estaba a punto de estallar una revolución como las de 1789 o 1848. Sus esperanzas revolucionarias aumentaban y disminuían según las circunstancias, pero a finales de la década de 1850 estaba claro que no cabía esperar pronto otra revolución.

Los socialistas, no obstante, pudieron recobrar ánimos en un episodio revolucionario durante aquel período tan poco revolucionario: la Comuna de París en 1871. París había sido rodeada por el ejército prusiano en uno de los asedios más largos de la era moderna (dejando a un lado el de Stalingrado) y cuando el gobierno firmó un armisticio los parisinos se sintieron humillados. Celebraron elecciones y alrededor de la tercera parte de los diputados electos eran trabajadores, resultando el gobierno más obrero surgido en Europa hasta entonces. Treinta y dos de los ochenta y un miembros elegidos de la Comuna* pertenecían a la Primera Internacional (Asociación Internacional de los Trabajadores, AIT) que Marx había contribuido a fundar en 1864, pero la mayoría no era marxista[40] y estaban más influidos por el anarquismo descentralizado de Proudhon o por el jacobinismo insurreccional de Blanqui.[41] En cualquier caso, la transcendencia real de la Comuna reside en su legado. Fue el primer gobierno relacionado con Marx y por primera vez fue la bandera roja y no la tricolor de la República la que ondeaba en la sede del gobierno, el Hôtel de Ville; Marx y Engels la presentaron como modelo de su «dictadura del proletariado».[42] Para ellos la Comuna había demostrado que la vieja burocracia estatal podía ser aplastada y todas las áreas del

gobierno democratizadas. Los diputados electos gobernaban directamente como legisladores y como ejecutivos y todos los funcionaros recibían el salario medio de un obrero y podían ser revocados por el pueblo en cualquier momento.

V

En 1871 pocos lugares parecían más alejados de la turbulencia revolucionaria del Hôtel de Ville de París que el callado esplendor neoclásico de la biblioteca del British Museum de Londres. Allí era donde Karl Marx, sentado en una confortable butaca tapizada de cuero ante el escritorio G7, bajo la gran cúpula pintada de frío azul celeste salpicado de oro, se sumergía en grandes volúmenes de economía y historia. Pese a su tranquilo entorno, podía sentirse afligido; en un momento particularmente melancólico le dijo a una de sus hijas que se había transformado en «una máquina condenada a devorar libros para luego arrojarlos, transformados, al basurero de la historia» (un sentimiento que muchos investigadores reconocerán).[43]

Marx había decidido cambiar la política por la biblioteca y había trasladado el foco de su interés de las barricadas al terreno de la teoría. Al ir perdiendo la fe en el heroísmo proletario, trataba de mostrar que otra fuerza podía impulsar al mundo hacia el comunismo: la economía. El resultado fue su monumental obra de síntesis, más vendida que leída, *El capital*.

Como sugiere su título, *El capital* era principalmente un análisis de los mecanismos, debilidades y previsible decadencia

del capitalismo, y hablaba poco del comunismo. Pero a medida que Marx se iba interesando más por la realidad de la economía moderna, su visión del comunismo y de cómo alcanzarlo comenzó a cambiar. Tanto él como Engels insistían ahora en que una sociedad comunista tenía que ser económicamente más racional que una basada en el capitalismo, incluyendo plenamente la realidad de la sociedad industrial. Su idea anterior de que el trabajo podía ser de por sí estimulante, creador y agradable dio paso a la opinión mucho más pesimista de que tenía que ser dirigido desde arriba por técnicos y jefes. Las promesas de control obrero sobre las fábricas fueron silenciosamente abandonadas y Marx manifestó claramente que el heroísmo y la creatividad proletaria no eran suficientes. Como explicaba en *El capital*, «todo trabajo … combinado a gran escala requiere … una dirección».[44] La autorrealización y el desarrollo individual sólo podrían tener lugar tras el fin de la jornada laboral, durante el tiempo de ocio.[45] Además, cada vez quedaba más claro que ya no creía en el sueño romántico del hombre «completo», cazador por la mañana, pescador por la tarde y tertuliano al anochecer; incluso bajo el comunismo —sugería—, la división del trabajo moderna era la única forma eficiente de producción. Para Marx, ahora, la principal ventaja del comunismo sobre el capitalismo estaba en la eficiencia: la planificación racional y su capacidad para acabar con la sucesión caótica de expansiones y recesiones provocadas por el mercado libre.

Marx y Engels inclinaban así decisivamente su doctrina en una dirección modernista. Su comunismo se parecía cada vez más a la mecanizada y ordenada fábrica moderna y menos al sueño romántico de autorrealización, al tiempo que el heroísmo

de las barricadas quedaba pospuesto. Dada esa visión del comunismo, no es sorprendente que Marx insistiera en que sólo se podía llegar a él cuando se dieran las debidas condiciones económicas: industria a gran escala y un proletariado dominante. Marx había dejado de considerar el heroísmo revolucionario del proletariado como la principal fuerza impulsora de la historia, cediendo protagonismo a las leyes objetivas y científicas del desarrollo socioeconómico y social; la gente más adecuada para construir el comunismo no era por tanto proletarios corrientes sino marxistas expertos que entendieran la «ciencia» de la historia.[46] La revolución no podía ser prematura; el proletariado tendría que esperar hasta que maduraran las condiciones y llegara su momento.

Este enfoque «científico» del marxismo era, al menos en parte, una respuesta a las corrientes intelectuales de la década de 1860. Ahora estaban de moda los sociólogos darwinianos como Herbert Spencer y se argumentaba que la humanidad estaba al borde de descubrir leyes generales que se aplicarían tanto a la sociedad como al mundo natural. Marx y Engels se mantenían al día de los últimos descubrimientos científicos. Como declaró Engels en el funeral de Marx en 1883, «del mismo modo que Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana».[47] Era el más interesado en ganar para el marxismo el estatus de ciencia y demostrar así la necesidad objetiva del comunismo. Empleó mucho tiempo y esfuerzo en injertar las ideas hegelianas de la pauta dialéctica de la historia en las ciencias naturales, dando lugar a un conjunto de teorías un tanto excéntricas englobadas bajo el nombre de «materialismo dialéctico»,[48] una de cuyas «leyes» era que el mundo natural, como las

sociedades humanas, pasaba por períodos de evolución lenta a los que seguían «saltos» revolucionarios, como cuando el agua aumenta gradualmente de temperatura hasta que de repente sufre una transformación «revolucionaria» en vapor.[49] Como se verá más adelante, los regímenes comunistas utilizaron esas teorías para justificar los esfuerzos por llevar a cabo «saltos» económicos extraordinarios, a menudo con resultados desastrosos. Pero el propio Engels no llevaba sus ideas en esa dirección revolucionaria; su intento de convertir el marxismo en ciencia lo conducía inexorablemente a conclusiones gradualistas: si las leyes de la naturaleza aseguraban que el comunismo llegaría de todas formas, ¿por qué había que forzar la historia?[50]

Esto no quiere decir que el radicalismo revolucionario de 1848 y el romanticismo del joven Marx quedaran totalmente arrumbados por el marxismo modernista, sino que el propio Marx trató de reconciliar los tres elementos, esbozando un mapa de ruta que mostraba la vía hacia el comunismo aunque sus elementos más igualitarios quedaran pospuestos hasta un distante futuro. El mapa no era del todo coherente y Marx se resistía notoriamente a especular sobre el futuro, de forma que sus seguidores tuvieron que completarlo a partir de declaraciones —a veces contradictorias— suyas y de Engels; pero los marxistas aceptaban en líneas generales que los partidos comunistas debían organizar a la clase obrera y prepararla para la revolución proletaria, aunque durante su fase inicial no se pudiera confiar únicamente en el impulso de clase: los comunistas, «la fracción más avanzada y resuelta de los partidos obreros», tendrían por tanto que asumir la dirección.[51] De forma parecida, en la primera fase del comunismo,

inmediatamente después de la revolución, aunque el mercado y la propiedad privada quedaran abolidos, seguiría existiendo el estado. Se establecería un nuevo estado, la «dictadura del proletariado», que combatiría la oposición burguesa y «centralizaría [gradualmente] todos los instrumentos de producción en manos del estado».[52] Se iniciaría así una larga fase, la etapa «inferior» del comunismo (a la que los bolcheviques llamaron más tarde «socialismo»), durante la cual los trabajadores —de los que todavía no cabía pensar que trabajaran simplemente por amor al arte— recibirían un salario proporcional a su trabajo. Sólo más adelante, en una etapa posterior (a la que los bolcheviques llamaban «comunismo»), predominaría el colectivismo y el espíritu público hasta el punto de que no habría que recurrir a la disciplina coercitiva o a sobornos monetarios, y sólo entonces se gobernaría la sociedad según el principio «de cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades»; sólo entonces podría el pueblo gobernarse a sí mismo y el estado acabaría «extinguiéndose».[53]

Ese mapa de ruta dominaba el pensamiento marxista y todos estaban obligados a seguirlo; pero era evidente que se podía interpretar de muchas formas diferentes, por ejemplo en cuanto a la velocidad o los plazos: el trayecto hacia el comunismo podía recorrerse muy rápidamente o de forma gradual, podía ir acompañado por la violencia revolucionaria o por un desarrollo económico pacífico. Los marxistas discrepaban sobre si el puesto de mando correspondería al conjunto de la clase obrera o a un grupo de sabios marxistas, expertos en las leyes de la historia. También había diferentes opiniones sobre el papel del estado y la velocidad con que sería sustituido por una democracia del estilo de la Comuna de París.

Así pues, el marxismo conservaba sus componentes romántico, radical y modernista, pero a partir de la década de 1860 y hasta la primera guerra mundial se había establecido un nuevo equilibrio, con el centro de gravedad decisivamente desplazado hacia el modernismo. Los principales textos marxistas románticos de la década de 1840 no fueron publicados hasta 1930 y Engels, que se convirtió en el principal teórico tras la muerte de Marx en 1883, se esforzó por popularizar el marxismo más modernista en obras como *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Según esa versión, la transición al comunismo sería gradual, los trabajadores tendrían que esperar hasta que estuvieran maduras las condiciones económicas y el ideal comunista debía basarse en la industria moderna y una poderosa burocracia (bajo el control de los trabajadores). Entretanto los comunistas —o «socialdemócratas», como se llamaban ahora—, debían constituir partidos políticos centralizados y bien organizados para luchar por los intereses de los trabajadores en la medida en que se lo permitiera el sistema político «burgués» existente, participar en las elecciones y no impulsar revoluciones prematuras. Debían, eso sí, preservar su independencia sin desplazarse demasiado a la derecha ni supeditarse a los partidos burgueses; pero aquel marxismo estaba muy alejado del igualitarismo revolucionario de las barricadas.

Tras un largo período durante la década de 1850, en la que la represión hacía muy difícil la política socialista, Marx y Engels volvieron al activismo político años después participando en 1864 en la fundación de la «Primera Internacional», un agrupamiento de partidos socialistas nacionales, con resultados diversos. No consiguieron inducir a los pragmáticos sindicalistas

británicos a romper con el Partido Liberal y la influencia de la Internacional en Gran Bretaña nunca se recuperó de aquella polémica; pero Marx y Engels se veían aún más amenazados desde la izquierda anarquista representada principalmente por Proudhon y Mijail Bakunin, para quienes el marxismo resultaba demasiado autoritario y preferían una forma descentralizada de socialismo. Para Bakunin, hijo de un noble ruso, Marx era «autoritario de la cabeza a los pies», y su socialismo «científico» estaba destinado a entregar el poder a «una aristocracia numéricamente pequeña de científicos genuinos o falsos».[54] Marx respondió en un tono parecido que Bakunin era un «monstruo, totalmente estúpido, aspirante a dictador de los obreros europeos».[55]

Lo cierto es que Bakunin gozaba de un gran apoyo en la Internacional y el conflicto entre marxistas y bakuninistas iba a provocar la destrucción de aquella organización, cuyo último congreso conjunto (el V) tuvo lugar en La Haya en 1872. Marx, asociado para la opinión pública con la Comuna de París del año anterior, era ahora una figura notoria (el «Doctor del Terror Rojo») y los delegados fueron seguidos desde la estación hasta su hotel por una multitud, aunque, según un periodista, se advirtió a los niños de que no salieran a la calle con objetos de valor por si la malvada Internacional se los robaba.[56] Pero Marx no pudo valerse de aquella reputación a nivel de calle como líder del socialismo en la sala del congreso; se ganó la inquina de muchos de los delegados con su brusquedad hacia Bakunin y los sindicalistas británicos. El congreso decidió expulsar a Bakunin* y desplazar el Consejo General de Londres a Nueva York, a raíz de lo cual las federaciones italiana, española y del Jura (suiza), más algunas secciones francesas y americanas, constituyeron

pocos días después en Saint-Imier, cerca de Berna, una Internacional rival encabezada por Bakunin. El traslado a Estados Unidos no sirvió de mucho y el congreso reunido en Filadelfia en julio de 1876 decidió la disolución de la AIT.

Sin embargo, a largo plazo la versión modernista del socialismo de Marx y Engels arraigó mejor en Europa occidental que su rival anarquista. La llamada «segunda revolución industrial» de finales del siglo XIX impulsó el desarrollo de la economía industrial moderna.[57] Las fábricas crecieron a medida que se situaban en primer plano los sectores metalúrgico y químico junto a la minería y el transporte; la maquinaria se hizo cada vez más compleja y clara; la competencia internacional más intensa; y surgieron las corporaciones modernas, con toda una jerarquía de directivos para gestionar eficientemente los negocios y controlar a los trabajadores. Todo esto tuvo un efecto enorme sobre el proletariado. La fuerza de trabajo urbana aumentó y los patronos trataron de incrementar la productividad reduciendo los salarios y empleando la maquinaria para «desespecializar» a los trabajadores, pagándoles menos por realizar tareas rutinarias. Al mismo tiempo las economías nacionales se integraban más y más y los trabajadores urbanos cobraban conciencia de que sus intereses de clase no se oponían a los de los trabajadores del campo.

Así pues, en el momento de su muerte en 1883 muchas de las predicciones de Marx se habían cumplido, en particular la desespecialización y la globalización de la economía. La clase obrera, muy ampliada, iba cobrando confianza en los partidos marxistas; sin embargo, el proletariado industrial no constituía más que una minoría de la población, confinada en los sectores más modernos de la economía, y a menudo tenía poco en

común con la masa de obreros eventuales, menos organizados. Las reacciones a los cambios económicos tampoco eran las mismas: la desespecialización podía irritar a los trabajadores e incitarlos a la militancia, pero a menudo eran menos radicales que en las primeras fases de la industrialización. La agitación laboral de la primera industrialización se había alimentado de una ambivalencia hacia la industria moderna y a veces un rechazo total; pero ahora muchos trabajadores se habían integrado en el sistema fabril y habían aprendido a trabajar en él. Los patronos solían tener mucho poder sobre ellos, lo que los llevaba a aceptar la realidad del mundo industrial más que a que rebelarse contra él.[58]

La evolución de la política europea también contribuyó a esa combinación de conflicto y compromiso. Los sindicalistas seguían siendo víctimas de la represión estatal en muchos países de Europa, pero las violentas «guerras civiles» de las décadas de 1830 y 1840 se habían atenuado mucho en la de 1860. Los estados iban aceptando las reformas democráticas exigidas y negadas en 1848 y las iban ampliando gradualmente de las clases medias a los trabajadores. El marxismo, por tanto, se beneficiaba de parte de los cambios sociales y políticos de finales del siglo XIX, pero no de otros. En el mundo occidental los más pobres tenían ante sí varias vías y no todos preferían la marxista.

VI

Un año después de la muerte de Marx, en 1884, el escritor francés Émile Zola comenzó su gran «novela socialista»,

decidido a atraer la atención de la clase media a lo que consideraba la cuestión central de su época: la inminencia de una revolución sangrienta:

> El tema de la novela es la sublevación de los obreros, la sacudida que supondrá para toda la sociedad, fracturada y al borde del caos; en una palabra, la lucha entre capital y trabajo. Ahí está la importancia del libro con el que quiero predecir el futuro, planteando la cuestión que será la más importante del siglo XX.[59]

Inicialmente Zola planeaba llamar a la novela *La tormenta inminente*, pero finalmente se decidió por el título *Germinal*, evocando deliberadamente a los jacobinos, que habían dado ese nombre al primer mes de la primavera. Zola creía que debía obligar a sus lectores a reconocer los tambaleantes fundamentos del orden burgués mientras el capital y el trabajo luchaban literalmente bajo sus pies. En la inmensa mina de carbón «Le Voreux» («una bestia voraz»), «crecía desde las profundidades un ejército, una futura cosecha de ciudadanos, germinando como semillas que algún día romperían la corteza de la tierra para aparecer a la luz del sol».[60]

Los protagonistas de *Germinal* representaban cuatro versiones socialistas diferentes: Souvarine es un anarquista ruso emigrado; Étienne Lantier una especie de marxista, colectivista intransigente, autoritario, jacobino; Rasseneur, un socialista moderado o «posibilista» (basado en Émile Basly, minero conocido de Zola que al año siguiente se iba a convertir en diputado); y el abate Ranvier, un socialista cristiano. Étienne es el héroe de la novela, pero como Rasseneur, también se muestra egoísta y ambicioso; Souvarine, aunque idealista, es destructivo; y Ranvier ineficaz. En último término Zola cree a los cuatro incapaces de controlar a las masas, una fuerza de la naturaleza

violenta, casi bestial; aterroriza a sus lectores con el relato de huelgas y manifestaciones increíblemente violentas. Sus personajes burgueses tenían ante sí

> la visión roja de la revolución que se los llevaría a todos por delante, inevitablemente, algún atardecer sangriento de este fin de siglo … Sí, serían los mismos andrajos, el mismo trueno de grandes zuecos, la misma horda terrible, sucia y de hálito nauseabundo, que barrería el viejo mundo con su empuje desbordante de bárbaros.[61]

El propio Zola sentía poca simpatía por la política revolucionaria, y al final Étienne, líder de una desastrosa huelga, parece haber «superado su inmaduro resentimiento» en favor de un futuro en que los obreros, sin necesidad de violencia, podrían reunirse tranquilamente, conocerse y asociarse en sindicatos; quizá la legalidad, algún día, podría tener efectos tremendos; ese día «el dios saciado y agazapado reventaría, aquel ídolo monstruoso oculto en el fondo de su tabernáculo, en aquella profundidad lejana donde se alimentaba de la carne de miserables que nunca lo habían visto».[62]

La predicción de Zola de que la política de la izquierda se haría menos revolucionaria y más respetuosa de la ley resultó cierta para algunos países pero no para otros. En la medida en que los partidos políticos «burgueses» aceptaban integrar al proletariado en el orden político y conceder representación a los sindicatos, como sucedió en el caso del Partido Liberal británico y su política «lib-lab», los obreros tendían a abandonar los objetivos revolucionarios; ¿por qué enfrentarse al orden establecido si éste les concedía lo que reivindicaban?[63] En esas condiciones más democráticas a los Lantier les iba mal y los Rasseneur prosperaban, pero no tanto en sociedades más

autoritarias. Allí donde el estado era más represivo y la industria estaba poco desarrollada, como en Rusia, los Balcanes y gran parte de Austria-Hungría, a los marxistas les resultaba difícil organizar partidos y sindicatos. En Italia y la península Ibérica, en cambio, los Souvarine anarquistas y marxistas radicales que propugnaban una revolución inmediata parecían gozar de mayor atractivo. Allí era más fácil organizarse políticamente, aunque el estado ejercía a menudo una represión muy severa contra las reivindicaciones populares, como sucedió durante la violenta «Semana Trágica» en Cataluña en 1909. A los anarquistas también les iba bien allí donde los campesinos pobres reivindicaban la redistribución de la tierra, mientras que los marxistas a menudo los veían como «atrasados» y los campesinos a su vez eran hostiles a los planes marxistas de centralización del estado. Francia era un caso mixto, en el que Lantier, Souvarine, Rasseneur y Ranvier encontraban eco. Como se mantenía una represión estatal esporádica, los partidos marxistas gozaban de cierto éxito, pero los anarquistas seguían predominando entre los artesanos (que constituían todavía un importante grupo económico), y las reformas de gobiernos relativamente liberales servían como cebo irresistible para muchos reclutas potenciales del marxismo. Las diversas confesiones cristianas eran también un poderoso enemigo de los partidos marxistas, que a su vez, siguiendo a Marx, consideraban al cristianismo una ideología reaccionaria que trataba de justificar las desigualdades sociales; los cristianos solían responder con la misma beligerancia. La Iglesia Católica era especialmente hostil al marxismo y particularmente eficaz en oponerse a su influencia mediante diversos partidos políticos y organizaciones sociales.

En Estados Unidos los marxistas y otros socialistas se veían también ante la combinación de la represión con la democracia parlamentaria, con menor éxito que en la mayoría de los países industrializados de Europa en cuanto a propagar sus ideas y organizar a la clase obrera. Hasta principios del siglo XX los sindicatos y movimientos socialistas gozaron de cierto seguimiento: la organización de inspiración masónica de los Caballeros del Trabajo (*Noble and Holy Order of the Knights of Labor*) contaba en 1886 con unos 700.000 miembros, alrededor del 10 por 100 de la fuerza de trabajo no agrícola; pero* su influencia declinó rápidamente, socavada por una combinación de fuerzas: las divisiones étnicas, el predominio de la ideología liberal, el sufragio universal (masculino) como vía alternativa para el cambio y altos niveles de represión.

El lugar ideal para la gente como Étienne Lantier se hallaba en Europa central y septentrional. El mayor partido marxista, y con más éxito, era el Partido Socialdemócrata Alemán (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, SPD), pero también lo tenían en Escandinavia y en algunas zonas del imperio austro-húngaro. Es lógico que el centro de las esperanzas marxistas se desplazara de Francia, donde se habían situado a mediados del siglo, hacia el este; en Alemania había ahora una clase obrera industrial muy numerosa y gran parte de ella se sentía atraída por la prevalencia acordada por los marxistas a la industria pesada y su promesa de que el proletariado heredaría la tierra, pero las condiciones políticas eran tan importantes, si no más, que la estructura económica. En 1878, tras dos atentados contra el káiser (de los que los socialistas no fueron responsables), el canciller Bismarck presentó en el Reichstag la primera de las leyes antisocialistas que proscribían el partido y las

organizaciones obreras en general. Aun así, mantuvieron una existencia clandestina y los socialdemócratas podían llegar al Parlamento individualmente, actuando allí como portavoces de la clase obrera; pero la discriminación prosiguió, incluso después de que las leyes antisocialistas fueran derogadas en 1890. El SPD se veía sometido al acoso policial y los patronos solían tratar con mucha dureza las huelgas; los obreros solían ser tratados como ciudadanos de segunda clase, menospreciados por la clase media y excluidos de sus clubes y asociaciones. Esta esquizofrenia estatal que combinaba libertad y represión ayudó a prosperar al marxismo modernista. La represión mantenía al partido fuera de la política establecida y aseguraba que no se convirtiera en un partido reformista; una vez legalizado, el SPD adoptó en Erfurt, en 1891, un programa marxista que prometía el derrocamiento revolucionario del capitalismo en algún momento futuro; pero mientras el SPD tenía diputados en el Parlamento y su representación y fuerza fue creciendo desde 1890 ininterrumpidamente, permitiendo obtener muchas reivindicaciones en el orden existente, de forma que la presión en favor de la revolución se iba debilitando. Como resultado de aquellas complejas circunstancias el SPD iba a encarnar el ideal que Marx y Engels pretendían en la Primera Internacional: un partido marxista independiente que combatía por los intereses obreros trabajadores en el sistema existente sin colaborar con la burguesía.

VII

Nikolaus Osterroth, nacido en el Palatinado en 1875, era un devoto católico que trabajaba como minero desde los trece años. A su regreso del servicio militar en 1897 se encontró con los propietarios de las minas que estaban decididos a reducir los salarios introduciendo el destajo (esto es, pagando a los mineros según la cantidad de mineral que extraían). En un primer momento recurrieron al párroco local, con escaso éxito: les dijo que los patronos habían sido nombrados por Dios y que tenían que obedecer. Osterroth recordaba en su autobografía décadas después, que aquel incidente había provocado en él una «crisis de conciencia» tras la cual dejó la iglesia «con la cabeza vacía y el corazón agonizante». En aquel deprimido estado de ánimo leyó un panfleto socialdemócrata que le habían arrojado por la ventana un grupo de «ciclistas rojos» que pasaban por el pueblo. «Aquel panfleto —recordaba— fue como una revelación»:

> De pronto vi el mundo desde el otro lado, desde un lado que hasta entonces me era desconocido. Me llamó especialmente la atención la crítica del sistema de tasas e impuestos indirectos. ¡Nunca antes había oído ni una palabra al respecto! En los discursos del Partido del Centro [católico] no se hablaba en absoluto de aquello. ¿Y por qué? ¿No era su silencio una admisión de que cometían una injusticia, una clara señal de conciencia culpable? No podía creer lo que leía: ¡Una tasa de seis céntimos por una libra de sal! Me sentí poseído por un sentimiento de furia salvaje por la obvia injusticia de un sistema impositivo que exoneraba a los que más podían pagar y exprimía a los más miserables que ya desesperaban de la vida.[64]

Aquella revelación casi religiosa, seguida por la «conversión» al socialismo, se puede encontrar igualmente en varias autobiografías socialistas del período. Los conflictos con los patronos podían desencadenar un cuestionamiento más general del viejo sistema de valores, especialmente en que los que habían sido creyentes cristianos. Una vez que Osterroth comenzó a

pensar en sus apuros económicos, percibió que había a su disposición una visión del mundo alternativa, basada en la idea de que los obreros tenían poder y dignidad:

> ¡Dios, qué claro y simple era todo! Este nuevo mundo del pensamiento que daba a los obreros el arma de la conciencia de sí era muy diferente del viejo mundo de la autoridad religiosa y económica, en el que el trabajador que era simplemente objeto de dominación y explotación.[65]

Se convirtió en un activista socialdemócrata y más tarde en representante parlamentario del SPD, sustituyendo al viejo Dios de Moisés, «oscuro, vengativo y castigador» por una «nueva trinidad» que incluía a un nuevo Dios caritativo junto con Fausto y Prometeo, «superhombres que encarnan las ansias más profundas de nuestra especie».[66]

Los Ciclistas Rojos siguieron cortejando a Osterroth, pasándole una copia de Programa de Erfurt para que la leyera, pero como a muchos obreros alemanes lo que más le interesaba no eran los detalles de la economía marxista, ni siquiera la idea del control obrero sobre la producción, sino la posibilidad de mejorar su salario y sus condiciones de trabajo y responder a la humillación que les infligían sus patronos. Algunos sentían que eran tratados «como perros», injuriados y pisoteados; lo que más les enojaba a otros era el control de los patronos sobre sus vidas.[67] El fabricante de cigarros Felix Pauk, por ejemplo, comenzó a simpatizar con la causa socialdemócrata cuando un amigo suyo fue despedido por sugerir a su jefe que las ventas mejorarían si sustituía el retrato del káiser en los cigarros por otro del dirigente marxista August Bebel.[68]

Por poco formados que estuvieran en la teoría marxista, es probable que muchos miembros del partido, incluso a los

niveles más bajos, tuvieran al menos una idea rudimentaria de sus principios fundamentales, aprendidos en folletos de popularización, entre ellos la idea del marxismo como ciencia, la importancia central de las fuerzas económicas en el desarrollo histórico, la lucha de clases, el estatus del proletariado como clase progresista capaz de emancipar a la totalidad de la humanidad y la crisis inevitable del capitalismo. Pero les interesaban poco los detalles de la teoría marxista por mucho que les incitaran a estudiarlos los intelectuales socialdemócratas. Un examen de las bibliotecas obreras socialdemócratas entre 1906 y 1914 muestra que el 63,1 por 100 de los libros prestados correspondían a la literatura de ficción y sólo un 4,3 por 100 a ciencias sociales, incluidos los textos marxistas. Zola ocupaba el primer o el segundo lugar en casi todas las listas, para irritación de los intelectuales socialistas que lo consideraban un pesimista con poca fe en la razón humana.[69]

Pero el SPD podía ofrecer mucho, más allá de la teoría o incluso del radicalismo político: brindaba un mundo alternativo al de la fábrica, en el que los obreros recobraban la dignidad y podían perfeccionarse. Para Otto Krille, obrero no especializado de Dresde, ése era su principal atractivo. Le desesperaba el «sopor general» en su fábrica y se sentía «completamente aislado» entre el parroquialismo y los bromas soeces de sus compañeros; para él la socialdemocracia representaba una vía de escape de aquel mundo tétrico. Señalaba que «sólo una minúscula fracción [de los miembros del partido] son socialistas por convicción científica; la mayoría llegan al socialismo desde un vasto páramo interno y externo, como el pueblo de Israel del desierto. Tienen que creer para no desesperarse».[70] La actitud de Krille era típica del miembro medio del SPD: un obrero

joven, urbano, varón, especializado y protestante, con ambición y ganas de mejorar.[71]

En lugar del «páramo» del que hablaba Krille, el SPD ofrecía un mundo de cultura, instrucción y esparcimiento ordenado.[72] Las sociedades educativas prometían una versión socialista de la *Bildung* —formación, que era precisamente lo que daba a la burguesía su estatus en la sociedad alemana— mediante clases y conferencias, cuyos temas cubrían desde las cuestiones «científicas» y «socialistas» como la economía y la higiene, hasta la cultura «burguesa» más convencional: arte, literatura y música. Aún más populares eran las sociedades de entretenimiento: bajo los auspicios del partido se ofrecían toda una serie de actividades sociales, desde los clubes de caza y ciclismo a las sociedades corales (que contaban con 200.000 miembros), e incluso clubes de fumadores. El contenido ideológico de sus actividades era muy variado. Algunas de aquellas sociedades tenían su propia jerga: desde finales de la década de 1890 los miembros de los clubes de gimnasia utilizaban el saludo «Frei Heil!» («¡Viva la libertad!»).

El aspecto más público de la cultura socialdemócrata eran las manifestaciones pacíficas, en particular la del 1 de mayo. Pese a la amenaza de acoso policial, decenas de miles de obreros acudían a ellas para celebrar el socialismo y sus tradiciones. Parte de aquel simbolismo se remontaba hasta el clasicismo de la Revolución Francesa. En el Festival Coral socialdemócrata de Nuremberg en 1910 ocupó un lugar central la «Diosa de la Libertad», una figura con túnica griega blanca, un gorro frigio sobre la cabeza y una «bandera de la libertad» en la mano derecha, con un busto de Marx a un lado y otro del dirigente socialista Lassalle al otro, y junto a ella un león, símbolo del

poder.[73] Otros festivales, no obstante, tenían un estilo más marcial, con uniformes, bandas de música, pancartas y banderas. Muchos de los himnos socialdemócratas revelan esa cultura:

> ¿Qué es lo que se mueve allá abajo por el valle?
> ¡Una tropa con uniformes blancos!
> ¡Qué audaz suena su himno vigoroso!
> Conozco bien esa melodía.
> Cantan a la libertad y a la patria.
> Conozco esas tropas de uniforme blanco:
> ¡Viva la libertad! ¡Viva la libertad! ¡Viva la libertad![74]

El atractivo de ese tipo militar de organización no era por supuesto nuevo, y el propio Marx había empleado metáforas militares al hablar del socialismo. De hecho el marxismo proponía un estado socialista fuerte y disciplinado, a diferencia de los anarquistas a su izquierda y los reformistas a su derecha; pero la concepción de Marx y Engels era más que nada industrial y el estilo militar de la socialdemocracia alemana probablemente se debía más a la cultura política del Reich, por más que la ideología del partido fuera favorable al internacionalismo.[75] Aunque el SPD —como los demás partidos socialdemócratas— defendiera la igualdad de las mujeres, en la práctica los miembros del partido frecuentemente las consideraban apolíticas y «atrasadas», y en él predominaba una cultura muy masculina, en la que se otorgaba un gran valor a la disciplina e incluso a la jerarquía. Se realizaban ejercicios gimnásticos reglamentados en equipos organizados al estilo militar: un supervisor electo presidía cierto número de jefes de escuadrón que a su vez organizaban los equipos. Como decía el «código gimnástico»: «en cada equipo se deben respetar

estrictamente los rangos. Nadie puede abandonar el equipo sin un permiso especial».[76]

Era esa disciplina y organización lo que fascinaba a Otto Krille, un hombre educado en una escuela militar pero al que habían expulsado como «no apto». Como él mismo recordaba:

> Poco a poco me fui familiarizando con las ideas socialdemócratas. Antes, la idea del estado me parecía cargada de connotaciones medievales con sus cuarteles y prisiones. Aquella actitud fue cambiando imperceptiblemente a medida que me iba viendo a mí mismo como ciudadano de ese estado, y aunque oprimido por él me seguía interesando porque esperaba apoderarme de él para mi propia clase. Y lo más extraño era … que yo, que despreciaba la disciplina militar incondicional, me sometía voluntariamente a la disciplina del partido. Por contradictorio que pueda parecer, la ideología socialista me reconcilió en cierta medida con mi vida proletaria y me enseñó a respetar el trabajo manual. Ya no me repugnaba la denominación de «obrero».[77]

Para Krille y muchos otros, el SPD suponía un estado paralelo con el que los trabajadores podían conseguir cierta dignidad y que disponía de la organización necesaria para defender a la clase obrera contra un imperio alemán fundamentalmente hostil.

La cultura socialdemócrata podía, pues, tener un aspecto marcial, como captaba «La bandera roja», himno escrito en 1889 por el periodista irlandés James Connell inspirado por una asamblea en Londres de la federación socialdemócrata:

> La bandera del pueblo es de un rojo intenso;
> muchas veces sirvió de sudario para nuestros mártires muertos
> con sus miembros rígidos y fríos:
> la sangre de sus corazones tiñó de rojo cada pliegue.
> Alcemos, pues, muy alto la bandera escarlata,
> viviremos y moriremos bajo su protección,
> aunque los cobardes se estremezcan y los traidores se burlen,

mantendremos ondeando la bandera roja.

La segunda estrofa de Connell pretendía subrayar el internacionalismo de la bandera roja socialdemócrata:

Mira a tu alrededor, el francés ama su brillo,
el fornido alemán canta su alabanza,
bajo las bóvedas de Moscú se cantan sus himnos,
y en Chicago crece la multitud que la hace tremolar.

Aun así, la referencia al «fornido alemán» parecía un tanto irónica, dado el peso del SPD en el movimiento. En 1914 siete partidos socialdemócratas contaban con más de una cuarta parte del voto nacional: el austríaco, el checo, el danés, el finlandés, el alemán, el noruego y el sueco;[78] pero el SPD era de lejos el más vigoroso de todos ellos. En vísperas de la primera guerra mundial tenía más de un millón de cotizantes y en las elecciones de 1912 obtuvo 4,25 millones de votos, esto es, alrededor del 35 por 100 del electorado, aunque la ley electoral sólo le otorgó 110 escaños de un total de 397.* Los sindicatos asociados al SPD —*Freie Gewerkschaften*— llegaron a contar con alrededor de 2,6 millones de afiliados. El SPD era el mayor partido marxista del mundo y se convirtió en modelo para los socialistas de toda Europa.

Pero la influencia socialdemócrata tenía ciertos límites. Aunque algunos partidos, como la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* (SFIO) y el *Socialdemokraterna* sueco, forjaron alianzas con los campesinos, el SPD mantenía rígidamente la opinión de que la agricultura campesina era una forma de producción pasada de moda;[79] pero incluso en el

corazón proletario de Europa, las minas del Ruhr, el SPD sólo obtenía un tercio de los votos, en estrecha competencia con católicos y liberales.[80] Tampoco consiguió implantarse entre los obreros polacos al este del Oder, lo que revelaba la difícil relación de la socialdemocracia con el nacionalismo. El SDAP austríaco tenía aún mayores problemas, al pretender preservar las fronteras del Imperio Austrohúngaro. Su solución consistió en crear un partido federal de los pueblos constituyentes del imperio, pero los socialdemócratas checos y otros partidos más pequeños seguían quejándose de su prepotencia.[81] El SPD tampoco se esforzaba demasiado por atraer a las mujeres, aunque constituían el 16 por 100 de su afiliación y una de las alas más radicales.[82]

En cualquier caso, y pese a tales deficiencias, el propósito del joven Marx de desplazar el centro de la política socialista desde Francia a tierras alemanas se había conseguido; como declaraba el popular dirigente del SPD August Bebel, «no es por casualidad que fueran los alemanes los que descubrieron las leyes de la sociedad moderna … Tampoco es casualidad que sean los pioneros en llevar la idea socialista a los trabajadores de los distintos pueblos del mundo».[83]

VIII

La hegemonía alemana en el movimiento socialista internacional estaba clara aunque rindiera pleitesía a la tradición revolucionaria francesa. El 14 de julio de 1889, centenario del asalto a la Bastilla, se inició el congreso fundacional de la

Segunda Internacional en la Salle Petrelle de París. Sus perspectivas iniciales no parecían demasiado buenas: un grupo de socialistas moderados —los «posibilistas» franceses— mantenían un congreso rival en aquel mismo momento y corrían rumores de que pretendían abordar a los delegados extranjeros en la estación del ferrocarril para arrastrarlos a su congreso, pero aquellos temores se demostraron infundados. La Salle Petrelle se quedó pequeña y los 392 delegados llegados de 23 países, incluido Estados Unidos, tuvieron que trasladarse a las Fantasies Parisiennes en la vecina rue Rochechouart.[84] Entre los representantes británicos estaban el poeta prerrafaelista William Morris y el futuro parlamentario laborista independiente Keir Hardie.[85] La mayor delegación era la francesa, como cabía esperar por el lugar de celebración; los delegados extranjeros podían visitar la Torre Eiffel recién inaugurada, monumento a la modernidad industrial, y la Exposición Universal consagrada a la Revolución Francesa; por un momento París pareció el centro del mundo progresista. Pero el grupo más coherente y dominante en el congreso fue el del SPD alemán. Los congresos posteriores, al principio cada dos años y luego cada cuatro, mostraban que en la Segunda Internacional, aun sin ser una organización rígida o doctrinaria, dominaban la tradición marxista y el partido más apegado a ella, el SPD.

Se podía atribuir a Engels gran parte de aquel éxito. En el momento de la muerte de Marx eran escasos los países que contaban con partidos obreros marxistas arraigados o numerosos. Engels estaba decidido a poner remedio a esa debilidad y a convertir el marxismo en una poderosa fuerza política, a diferencia de Marx, a quien le interesaba poco la

organización política real. El carácter afable de Engels, su sociabilidad y paciencia, demostraron ser muy buenas bazas y actuó como mentor de los políticos socialistas europeos, manteniendo una abundante correspondencia y escribiendo cientos de cartas de consejos y críticas desde su base de Londres. Los marxistas de toda Europa lo trataban a su vez como la voz de la ortodoxia; pero Engels no sólo utilizaba las cartas para mantener unida a su comunidad virtual de marxistas; también enviaba por Navidad pasteles cocinados en su propia casa, para felicitar a los revolucionarios cada mes de diciembre, que llegaban incluso a la distante Rusia; el socialista «populista» no marxista Piotr Lavrov era uno de los que recibían regularmente aquel presente internacionalista.[86]

Pero si Engels puede ser considerado fundador de la «iglesia» marxista, el primer «papa» del socialismo, como se le llamó en aquella época, era sin duda Karl Kautsky. Había nacido en Praga en 1854 en una familia de gente de teatro —su madre, «la roja Minna» era no sólo actriz sino también una conocida autora de novelas socialistas y feministas—, pero no era nada «bohemio», como quizá cabía esperar, sino algo pedante.[87] Engels lo consideraba un agradable compañero de copas pero también lo juzgaba «absolutamente engreído» y con un planteamiento superficial y poco serio de la política, algo empeorado por el hecho de que escribía mucho por dinero. Kautsky era de hecho un autodidacta, pero sus amplios intereses y su inclinación a pronunciarse osadamente sobre temas muy variados, eran cualidades ideales para la tarea que se puso a sí mismo: crear y popularizar una versión «ortodoxa», sencilla y coherente del marxismo, basada en su variante modernista. Los debates sobre Kautsky se han planteado con frecuencia en

términos eclesiales: era el «papa» socialista, su comentario del Programa de Erfurt, *La lucha de clases*, era el «catecismo de la socialdemocracia» y su versión del marxismo era la «ortodoxia». Sin embargo, lo que más le interesaba intelectualmente era la ciencia, en particular el darwinismo, que trató de asentar sobre el marxismo científico moderno de Engels.

De hecho se demostró muy eficaz en la defensa del marxismo modernista de Engels contra sus adversarios y en propagarlo en los partidos de los Segunda Internacional. Tuvo éxito incluso en Rusia, donde cabía esperar que el régimen opresivo del zarismo hubiera dado alas a un marxismo más radical, y Gueorgui Plejánov, el «padre del marxismo ruso», seguía en general la línea de Kautsky, quien, con una fina distinción escolástica, afirmaba que el SPD era un partido «revolucionario», pero no que deseara «hacer la revolución». Los marxistas no debían participar en gobiernos burgueses y debían mantenerse fuera de las estructuras de mando. Debían creer que algún día el sistema capitalista sería destruido en una revolución, con lo que Kautsky quería decir una toma consciente del poder por el proletariado, pero ésta no tenía por qué ser necesariamente violenta. Al mismo tiempo, en cualquier caso, los marxistas debían presionar para obtener reformas que favorecieran a la clase obrera, entre ellas la ampliación de los derechos democráticos, y organizar campañas electorales. Esas dos posiciones se ensamblaban de forma un tanto complicada en la política de la «espera revolucionaria»: la revolución sólo tendría lugar cuando se hubieran alcanzado determinadas condiciones económicas, y hasta entonces los socialdemócratas debían esperar con paciencia. Pero incluso después de que la revolución destruyera el Reich alemán, el objetivo del partido

sería el perfeccionamiento de la democracia parlamentaria, no un estado al estilo de la Comuna de París.

Aunque el SPD nunca participó hasta después de la primera guerra mundial en el gobierno, en la práctica estaba cada vez más dispuesto a trabajar por las reformas en el sistema existente. Seguía siendo acosado en diversos terrenos —en Prusia, en 1911, la policía llegó a prohibir el uso del color rojo en las primeras letras de las pancartas en las manifestaciones—, pero actuaba cada vez más como un partido reformista dentro del sistema, controlando gobiernos locales y comarcales y proponiendo leyes en el Reichstag para mejorar las condiciones y el nivel de vida de vida de los obreros.[88] Ese esfuerzo reformista fue particularmente eficaz a partir de la década de 1890, al fortalecerse el partido y los sindicatos. La organización interna del partido se hizo cada vez más compleja y los funcionarios profesionales solían ser políticamente cautos. El propio Kautsky se quejó de esa esclerosis del partido en 1905: «El comité ejecutivo del partido era un «colegio de ancianos … embebidos en la burocracia y el parlamentarismo».[89] Pero los socialdemócratas alemanes no eran los únicos atraídos por el discreto encanto de la burguesía. En países más liberales, como en Francia, era cada vez más difícil mantener la distancia de principio de la política burguesa, y el jefe del grupo parlamentario de la SFIO, Jean Jaurès, estaba muy dispuesto a colaborar con la Tercera República en ciertas cuestiones;[90] también en Italia el Partido Socialista Italiano (PSI) cooperó con el gobierno liberal de Giolitti durante un tiempo, aunque gran parte del partido estaba en contra.[91]

La ortodoxia modernista de Kautsky era, por tanto, difícil de mantener y se vio sometido a ataques cada vez más enérgicos

del ala reformista «de derechas» del partido, que pretendía el abandono terminante de la idea de revolución, y de un ala radical «de izquierdas» que creía que la socialdemocracia estaba sufriendo un proceso acelerado de aburguesamiento. A partir de la década de 1890, aunque el marxismo parecía estar en la cumbre de su desarrollo en Europa occidental, de hecho estaba cada vez más dividido, tanto en la cúpula de los partidos como en la base. Aunque fueron la guerra y la revolución bolchevique las que destruyeron en último término la unidad que Engels y Kautsky habían forjado durante las dos últimas décadas del siglo XIX, los conflictos se venían evidenciando desde bastante antes, y el equilibrio entre derecha e izquierda era cada vez más difícil de mantener.[92]

El primer desafío importante a la ortodoxia kautskiana provino de los reformistas. En 1899 Alexandre Millerand se convirtió en el primer socialista que entraba a formar parte de un gobierno liberal, el del primer ministro francés Pierre Waldeck-Rousseau. Aunque consiguió importantes reformas sociales, su decisión de participar en el gobierno acabó escindiendo el partido entre los reformistas, encabezados por Jean Jaurès, y los revolucionarios que dirigía Jules Guesde. En Alemania el cuestionamiento de la ortodoxia, más fundamentado, provenía de una figura importante del SPD, Eduard Bernstein.

La herejía de Bernstein supuso una tremenda conmoción para los dirigentes más antiguos del partido, porque había mantenido una estrecha relación con Engels e incluso se le consideraba su sucesor natural. Hijo de un fontanero convertido en ferroviario, consiguió llegar a la enseñanza superior a pesar de la precariedad familiar pero ésta le obligó a abandonar el

Gymnasium y convertirse a los dieciséis años en empleado bancario; pese a su origen semiproletario, su comportamiento y sus gustos eran muy burgueses. Su primera actividad política tuvo que ver con la guerra franco-prusiana, compartiendo el punto de vista nacionalista, pero ésta le llevó a revisar su actitud y vincularse a la corriente marxista más ortodoxa.* Tras la promulgación de la primera ley antisocialista abandonó Alemania para exiliarse en Suiza, desde donde dirigió la revista del partido *Der Sozialdemokrat* entre 1880 y 1890. Expulsado de Suiza en 1888 se fue a vivir a Londres, donde se vio obligado a permanecer, por razones legales, hasta 1901.

Es muy probable que la perspectiva de Bernstein se viera afectada por su estancia obligada en Inglaterra, donde el gobierno era relativamente sensible a las demandas de la clase obrera, el movimiento socialista era muy reformista y parecía difícil creer que fuera inminente una crisis del capitalismo; a partir de 1896 comenzó a cuestionar el marxismo ortodoxo en una serie de artículos para la revista teórica *Neue Zeit*. En ellos exponía la opinión de que Marx había aceptado con demasiada ligereza la violencia revolucionaria como vía para alcanzar el socialismo y que también estaba equivocado al predecir la crisis del capitalismo y una creciente pobreza del proletariado. Argumentaba, con cierta razón que ni una cosa ni otra estaba sucediendo, afirmando: «Los campesinos no se hunden, la clase media no desaparece, las crisis no se hacen cada vez más profundas, y la miseria y la servidumbre no aumentan».[93]

La socialdemocracia, insistía, podía reformar pacíficamente el capitalismo desde el Parlamento, y la propiedad pública surgiría gradualmente de la propiedad privada porque era más racional. Es famosa su declaración de que el comunismo pleno

le importaba menos que las reformas sociales: «Confieso abiertamente mi escaso interés por lo que se suele llamar «objetivo último del socialismo». Esa meta, cualquiera que sea, no significa nada para mí; el movimiento lo es todo».[94]

Los revisionistas bernsteinianos, yendo más allá que el propio Bernstein, no sólo argumentaban en favor de la integración plena del proletariado en la nación «burguesa» y su estado, sino también de los proyectos nacionalistas e imperialistas de este último.[95] Rechazaban el postulado marxista de que «los obreros no tienen patria» e insistían en que debían lealtad a su país; también estaban dispuestos a aceptar la política imperialista, en tanto actuara como «fuerza civilizadora».

El revisionismo de Bernstein desató un torrente de críticas de las principales figuras de la Segunda Internacional. Fue acusado, con razón, de destruir la identidad del marxismo y transformarlo en una especie de liberalismo de izquierdas; pero también tuvo importantes apoyos dentro del movimiento socialdemócrata, como el del francés Jean Jaurès, el sueco Hjalmar Branting o el italiano Francesco Merlino, y el de muchos socialistas de base si bien es cierto que se daba una enorme diversidad regional. En Italia tanto el revisionismo como el marxismo ortodoxo eran más populares en el norte que en sur, más represivo, donde florecía una variante más revolucionaria; en Alemania, de forma parecida, el reformismo gozaba de más apoyo en el suroeste liberal, donde se popularizó entre los obreros ordinarios y especialmente entre los sindicalistas. Como explicaba uno de ellos, «siempre habrá ricos y pobres; no cabe soñar con alterar eso, pero queremos una organización mejor y más justa en la fábrica y en el estado».[96]

Pese a esos apoyos, Bernstein y el revisionismo fueron denunciados como heréticos en varios congresos socialdemócratas. En el VI Congreso de la Internacional en Amsterdam, en 1904, Kautsky y el SPD obtuvieron la mayoría en favor de una moción que se oponía a la participación en gobiernos burgueses. Aun así, hubo muchos votos a favor de la línea revisionista, principalmente de delegados procedentes de países donde la democracia parlamentaria era fuerte y los socialistas tenían alguna posibilidad de entrar en el gobierno, como Gran Bretaña, Francia, Escandinavia, Bélgica y Suiza, mientras que los de países más autoritarios se oponían al revisionismo. Entre ellos estaban el representante de Japón, el búlgaro —futuro bolchevique y trotskista— Christian Rakovsky y un joven radical ruso, Vladimir Lenin; también se les unió la brillante polemista polaca Rosa Luxemburg, integrada en el SPD.

La influencia de esos radicales presagiaba un nuevo desafío a la ortodoxia de Kautsky desde el este autocrático. En enero de 1905 estalló en Rusia una revolución que parecía sugerir que la acción popular podía impulsar la historia hacia el comunismo y que la estrategia kautskiana de la «espera revolucionaria» estaba equivocada. El empleo por la clase obrera rusa del arma de la huelga general en octubre de aquel mismo año también alentó en Occidente el radicalismo obrero, atenuado durante algún tiempo.[97]Abundan las pruebas de esa radicalización durante el decenio anterior a la primera guerra mundial. La afiliación a los sindicatos aumentó notablemente en toda Europa y las huelgas se multiplicaron durante ese período, especialmente entre 1910 y 1914, a medida que la inflación erosionaba el nivel de vida de los trabajadores; pero esa renovada militancia obrera

representaba en cierta forma el renacimiento del viejo radicalismo artesanal entre los obreros fabriles especializados. El cambio tecnológico estaba mecanizando áreas de la producción donde anteriormente predominaban; en el sector metalúrgico, por ejemplo, la utilización de tornos y perforadoras mecánicas más eficaces permitía a los patronos sustituir a obreros especializados por otros más baratos, lo que llevaba a los primeros, a menudo alfabetizados y politizados, a defenderse. El sector metalúrgico se iba a convertir en uno de los más radicales durante las siguientes décadas.

En un primer momento aquella militancia renovada alentó el movimiento sindicalista que trataba de poner al día el anarquismo de Proudhon y Bakunin. Desde la última década del siglo XIX los sindicalistas, en particular los franceses, italianos y españoles, criticaban a los partidos socialdemócratas por participar en las elecciones y los parlamentos y proponían la acción directa de la clase obrera en huelgas de masas y actos de sabotaje. Tampoco les agradaba la insistencia de los marxistas en la organización y la centralización.

El anarcosindicalismo también floreció en Estados Unidos, bajo la bandera de los «wobblies» —International Workers of the World— . En Alemania ejercían muy poca influencia, aunque sus opiniones no estaban muy alejadas de las del grupo de marxistas radicales que rodeaban a Rosa Luxemburg. Ésta, como Marx a mediados de siglo, confiaba en la capacidad revolucionaria del proletariado y acusaba a Kautsky y a los demás dirigentes del SPD de menospreciarla y concentrarse en reformas que sólo servían para apuntalar el sistema capitalista. Ansiosa de participar en la revolución, en 1905 viajó con un pasaporte falsificado a Varsovia (que entonces formaba parte del

imperio ruso) y fue detenida y encarcelada durante varios meses. A su regreso a Alemania propuso al SPD que siguiera el ejemplo ruso y convocara huelgas de masas para movilizar a la clase obrera. Como cabía esperar, Kautsky, que temía que la acción de masas amenazara su sacrosanta organización partidaria, se opuso a esa idea.

Sin embargo fueron las cuestiones internacionales las que acabaron destruyendo la unidad del marxismo bajo el creciente empuje del imperialismo y el nacionalismo. Los marxistas se enorgullecían de su internacionalismo y sus dirigentes formaban parte de una comunidad transnacional. Las guerras, los imperios y los ejércitos de masas les eran ajenos e insistían en la mayor importancia de la desigualdad en cada país entre las clases. Algunos incluso trataron de explicar desde un punto de vista marxista una nueva desigualdad internacional, la que se daba entre Europa y el mundo colonizado. Teóricos marxistas como Rudolf Hilferding y Rosa Luxemburg desarrollaron la teoría del capitalismo «imperialista». Si hasta mediados de siglo las principales fuerzas de la historia habían sido el capital y el trabajo, medio siglo después se les habían unido el estado-nación y el imperio. El agresivo capital monopolista —argumentaban—, había forjado una alianza con los estados y juntos impulsaban guerras para dominar el mundo colonizado.

Los internacionalistas tenían cierto apoyo entre los obreros industriales que no se identificaban con el estado-nación. La comunidad obrera internacional, bajo el eslogan «proletarios de todos los países, uníos», parecía un ámbito mucho más confortable para muchos trabajadores que una «comunidad imaginaria», tal como ellos la veían, creada por aristócratas, clases medias liberales y generales cargados de medallas.

El VII Congreso de la Internacional celebrado en 1907 en Stuttgart condenó el imperialismo y el nacionalismo, pero el internacionalismo ortodoxo cayó bajo la presión de los revisionistas como el británico Ramsay MacDonald, que veían las ventajas que suponía el imperio para el empleo y creían que el apoyo a una política exterior imperialista era el precio que tenía que pagar la clase obrera para integrarse en el estado-nación; algunos incluso defendían la idea de que los imperios estaban llevando la civilización al mundo colonial.

Pero ni siquiera a los marxistas ortodoxos la resultaba fácil resistir las presiones para que apoyaran el esfuerzo de guerra a partir de 1914, en parte por su actitud nacionalista implícita y en parte porque temían cualquier alternativa.[98] Si se oponían a la guerra, siempre existía el riesgo de proscripción de los sindicatos y los partidos marxistas en nombre de la seguridad nacional. Por otra parte, los franceses temían al régimen alemán, que podía ser más represivo, mientras que alemanes y austríacos temían a los rusos, aún más reaccionarios; mientras que los socialistas franceses veían en gran medida la guerra como defensiva frente a la agresión alemana, los alemanes la entendían como resistencia frente a la barbarie y la teocracia rusa. Como le dijo Hugo Haase, dirigente del SPD, a un socialista francés: «Lo que la bota prusiana significa para ustedes lo representa para nosotros el *knut* ruso».[99]

Cuando estalló la guerra en agosto de 1914 los dirigentes marxistas no estaban preparados para ella; pero no fue una sorpresa que todos los partidos socialistas menos dos decidieran votar a favor de los créditos de guerra. Algunos dirigentes, entre ellos Kautsky, trataron de hacer frente a la marea nacionalista, pero pronto sacrificaron los principios al pragmatismo y el deseo

de unidad. Victor Adler, dirigente del partido austríaco, resumía así el dilema de la socialdemocracia internacional:

> Sé que debíamos votar a favor [de los créditos de guerra]. Lo que no sé es cómo abrir la boca para decirlo. Era incomprensible que un alemán pudiera hacer otra cosa, pero también era incomprensible que lo hiciera un socialdemócrata sin que lo atormentara el dolor, sin una dura lucha consigo mismo y contra sus sentimientos más íntimos.[100]

Parecía como si la Internacional y el sueño del Marx hubieran muerto. La mayoría de los marxistas europeos habían respaldado lo que antes juzgaban como «nacionalismo burgués» e «imperialismo» y se habían incorporado a un esfuerzo de guerra en alianza con las clases dominantes en su país.

El marxismo, nacido de una amalgama de diversos socialismos románticos, se convirtió en un movimiento revolucionario radical para luego evolucionar a un marxismo modernista que se inclinó cada vez más hacia un socialismo reformista pragmático; pero pronto iba a empezar un nuevo ciclo, cuando los revolucionarios volvieron a tomar la iniciativa para crear un nuevo movimiento comunista internacional. Aunque en 1914 parecía que las clases dominantes y el capitalismo estaban en su apogeo, iban a resultar prácticamente destruidas por la guerra y su nacionalismo desacreditado; tres años después parecía como si la mayoría de los partidos marxistas hubiera tomado la opción equivocada perdiendo con ella además su estatus moral.

Los beneficiarios de aquel error fueron los partidos de la Internacional que se habían opuesto a la corriente nacionalista: el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (tanto la fracción bolchevique como la menchevique), y sus aliados, el pequeño

partido serbio y el de los socialistas italianos (PSI). Puede que Bernstein tuviera razón al afirmar, en contra de Marx, que la clase obrera alemana sí tenía patria, pero la situación en Rusia era muy diferente. Allí mucha gente se sentía muy alejada del proyecto imperial y la guerra iba a deteriorar aún más sus relaciones con el estado, llevándolas a la ruptura. Marx se había equivocado al pensar que podía trasladar la bandera de la revolución de París a Berlín e instalarla firmemente allí. Berlín era simplemente una etapa de un viaje más largo hacia el este, hasta San Petersburgo.

2

Jinetes de bronce

I

En noviembre de 1927 los ciudadanos soviéticos fueron invitados a ver varias películas realizadas para conmemorar el décimo aniversario de la revolución de Octubre. En aquella época dorada de la cinematografía los bolcheviques pudieron recurrir a varios directores de talento para contar la historia de la revolución y explicar su significado, entre ellos el ya famoso Sierguei Eisenstein; pero la película que tuvo mayor éxito entre los dirigentes del partido fue *El fin de San Petersburgo* de Vsévolod Pudovkin, que presentaba la revolución como una fuerza resueltamente modernizadora, contándola a través de la vida de un campesino —«el chico»—, obligado por la pobreza a emigrar del campo a San Petersburgo. La línea argumental, que respondía al clásico «realismo socialista», presentaba su progreso desde la ignorancia a la «conciencia» política. Encuentra trabajo uniéndose a un grupo de esquiroles, pero pronto aprende a despreciar a la policía secreta zarista y comprueba lo crueles que son los patronos con sus obreros. Se rebela contra el régimen y

lo encarcelan durante un breve período, tras el que es puesto en libertad para combatir a los alemanes; en el ejército se convierte en bolchevique y al final de la película se une al asalto al Palacio de Invierno.[1]

Pudovkin trataba de mostrar así que también los campesinos podían modernizarse y convertirse en revolucionarios bajo la dirección bolchevique, mientras que los zares habían abandonado sus esfuerzos ocasionales por modernizar Rusia. Para ello utilizaba como referencia la famosa estatua ecuestre de Pedro I el Grande en San Petersburgo —fundada en 1703 con la intención de convertirla en «ventana de Rusia hacia Occidente»— conocida como «El jinete de bronce», que se había convertido en símbolo de esos esfuerzos desde que Aleksandr Pushkin le dedicó un famoso poema en 1833. Pudovkin resumía en su imagen la fuerza del estado pero también sus ambiciones modernizadoras, intercalándola entre las escenas del asalto al Palacio de Invierno, rodeado por estatuas clásicas que van cayendo destruidas por los cañonazos de los bolcheviques. Sugería así que éstos acabarían con la arrogancia zarista, manteniendo al tiempo la modernidad aportada por Pedro el Grande. Las elegantes estatuas clásicas se ven sustituidas por grandes grúas y un obrero anónimo alza su mano en un gesto de mando que evoca el de El jinete de bronce. La revolución proseguirá su obra, pero los nuevos jinetes de bronce que traerán la modernidad serán los obreros, no sus antiguos señores.

La película de Pudovkin mostraba lo mucho que se había modificado la imagen de la revolución desde los días de Delacroix y el peso que había ganado el marxismo modernista. Aunque la revolución seguía siendo violenta, ahora era mucho

más moderna y científica que la de Delacroix: las máquinas y el metal habían ocupado el lugar de las ropas en jirones y las banderas manchadas de sangre. Pero en muchos sentidos la historia de Pudovkin se apartaba del marxismo modernista convencional de Kautsky y la socialdemocracia alemana. Su héroe no era un recio obrero sino un campesino recién incorporado a filas del proletariado y su revolución no sólo iba a traer la justicia social, sino que heredaría de un régimen decadente un proyecto de construcción del estado y llevaría la modernidad a un país campesino y pobre.

La película de Pudovkin fue bien recibida por los dirigentes bolcheviques que asistieron a su primera proyección en el Teatro Bolshoi, juzgando que había captado la esencial del pensamiento de Lenin.[2] Éste había tratado de forjar una nueva combinación entre el marxismo revolucionario y el modernista, más ajustada a una sociedad que los marxistas ortodoxos consideraban demasiado atrasada para el socialismo; pero como habían comprobado los jacobinos franceses, eran precisamente los estados débiles y decadentes, que sólo sabían hacer uso de la represión frente a las reivindicaciones de los campesinos, obreros e intelectuales amargados y encolerizados, los que ofrecían un terreno más fértil para la revolución. Lenin pretendía fusionar el anhelo popular de igualdad con un plan para superar el retraso, pero añadió un ingrediente crucial a la tradición marxista: una organización específicamente rusa, el partido de vanguardia «de nuevo tipo» se iba a convertir en el portador de la revolución y la modernidad.

Retrospectivamente, sin embargo, la historia de Pudovkin resulta poco convincente. La idea de que obreros y campesinos pasarían rápidamente de un socialismo populista alimentado por

las injusticias cometidas por una clase dominante inicua, a convertirse en bolcheviques leales y ciudadanos modelo en una economía planificada moderna era un tanto extraña. Poco después de que los bolcheviques hubieran tomado el poder, Lenin captó cuánto voluntarismo había habido en 1917. Como descubrieron los jacobinos, era prácticamente imposible conjugar los deseos de igualdad del pueblo con el intento de crear un estado poderoso. El caos de la revolución llevó a muchos bolcheviques a abandonar su flirteo temporal con el marxismo más radical para abrazar el más modernista, que obligaba a obreros y campesinos a someterse a una estricta disciplina; y pronto cobraron conciencia de que ni siquiera ese orden era sostenible y se replegaron aún más, del radicalismo revolucionario a la fe modernista en la ciencia y a un pragmatismo que pretendía integrar a otras capas de la población.

II

El 13 de mayo de 1896 se celebró, con extraordinaria pompa, la coronación del zar Nicolás II; según un comentarista, Moscú parecía «un Versalles redivivo». El zar entró en la ciudad montado sobre un «pura sangre blanco», seguido por representantes de los pueblos sometidos, vestidos con sus trajes nacionales. La procesión incluía asimismo delegados de diversos grupos sociales y de los gobiernos locales (*zemstva*), así como extranjeros.[3] Aquella profusión de grupos sociales y étnicos estaba destinada, no obstante, a subrayar la unidad del imperio.

El diario *Moskovskie Viedomosti* declaraba:

> Nadie vivía su propia vida personal; todos se fusionaron en una sola alma, pulsante de vida, conscientes de que no eran sino el pueblo ruso. Zar y pueblo realizaron una gran hazaña histórica, y mientras exista esa unidad entre pueblo y zar, Rusia será grande e invencible, sin temor a los enemigos externos o internos.[4]

Pero aquel periodista confundía la propaganda con la realidad. Como parte de los intentos paternalistas del gobierno de implicar al pueblo en la celebración de la coronación, se había dispuesto una «fiesta popular» en Jodinskoie Polie, un campo abierto donde se habían levantado escenarios y casetas de juegos para el entretenimiento de todos. Pero acudió mucha más gente de la que se esperaba y los cosacos desplegados eran insuficientes para controlar a la multitud; al amanecer del 18 de mayo ésta invadió el campo sin esperar la apertura oficial del festival y al caer algunos por un terraplén sin protección se desató el pánico y murieron aplastadas entre 1.350 y 2.000 personas. La opinión pública, rusa e internacional, quedó horrorizada ante los informes de prensa; estaba claro que, pese a sus proclamaciones sobre la invencible Rusia, el gobierno del zar era un auténtico desastre, y tampoco quedó bien parada la muy alabada unidad entre pueblo y zar. Aunque éste expresó su pesar por los acontecimientos, las fiestas no se suspendieron y aquella misma noche acudió a un fastuoso baile ofrecido por el embajador francés. Un observador inglés escribió: «Nerón tocaba la lira mientras ardía Roma, y Nicolás II bailó en la embajada francesa la misma noche de la hecatombe de Jodinskoie».[5] El futuro autor bolchevique Semion Kanatchikov, que acudió al recinto de la fiesta poco después de la catástrofe, comentó indignado la «irresponsabilidad» e

«impunidad» de las autoridades.[6] Lo sucedido en Jodinskoie Polie era un mal presagio para Nicolás II: sus grandiosas proclamaciones en la ceremonia de coronación habían quedado desmentidas por lo sucedido de forma humillante y además había mostrado una actitud arrogante inaceptable. No podía haber una muestra más clara de la decadencia del despotismo zarista.

Como dejaron claro las ceremonias rituales de la coronación, a finales del siglo XIX el imperio ruso se sentía orgulloso de su Antiguo Régimen. De hecho, asumió conscientemente el modelo de la monarquía francesa anterior a 1789 como encarnación de los principios reaccionarios. Paradójicamente, empero, aquel Antiguo Régimen era relativamente reciente. Justo cuando los filósofos de la Ilustración condenaban la jerarquización pretendidamente inmutable de las relaciones sociales, los zares la consolidaban, y tras la derrota de la Francia revolucionaria en las guerras napoleónicas, el régimen zarista se convirtió deliberadamente en bastión de la tradición autocrática contra la Ilustración y la revolución. Rusia seguiría constituida por estamentos, grupos de estatus y nacionalidades desiguales, cada uno de ellos con sus propios privilegios u obligaciones legales.[7] Los campesinos estaban en notoria desventaja y hasta 1861 siguieron siendo los últimos siervos de Europa.

Semejante sistema sólo podía perdurar, como descubrió la monarquía francesa en 1789, en la medida en que el estado no exigiera demasiado de sus súbditos; pero si intentaba competir con estados rivales —al oeste y al este— que podían movilizar grandes ejércitos bien entrenados, recaudar un alto nivel de impuestos y fabricar armas modernas, tenía que hacer lo mismo.

Inevitablemente los campesinos y más tarde los obreros industriales y las minorías étnicas del imperio ruso, de las que se esperaba que realizaran esos sacrificios, pedían algo a cambio. Si tenían que contribuir con sus recursos o con su propia vida a la prosperidad del estado, querían a cambio ser tratados con dignidad, como valiosos participantes en una empresa común, y no como carne de cañón o vacas lecheras a las que ordeñar.

Una serie de derrotas militares —frente a los imperios británico y otomano en la guerra de Crimea (1853-1856), frente a Japón en la guerra ruso-japonesa (1904-1905) y frente a Alemania en la Gran Guerra— llevaron a algunos funcionarios zaristas a reconocer que el Antiguo Régimen no estaba funcionando; los reformadores cobraron conciencia de que el imperio debía convertirse en algo así como un estado-nación unificado, con una agricultura y una industria modernas. Había que superar las divisiones en el seno de la sociedad y forjar un vínculo emocional entre pueblo y estado. Pero los conservadores temían que la reforma socavara la monarquía y la jerarquía que le servía de base. El resultado fue una serie de compromisos inestables, que sólo integraron a parte de la población en el sistema político y agravaron el descontento popular. El zar Alejandro II introdujo una serie de reformas durante las décadas de 1850 y 1860, la más importante de los cuales, la emancipación de los siervos, liberó legalmente a los campesinos; pero su estatus legal seguía siendo inferior y no recibían la tierra que reivindicaban. Seguían ligados a la «comuna» campesina (*obshchina*) —una antigua institución de autorregulación local — lo que permitía controlarlos y extraerles impuestos. La irritación de los campesinos frente a aquel trato desigual, expresada como un resentimiento populista o anarquista contra

el estado, siguió aumentando hasta que los bolcheviques decidieron el reparto de la tierra en 1917.[8]

Si el campesinado, como estamento específico, seguía aislado y discriminado, la clase obrera industrial estaba totalmente excluida de la estructura estatal, pese a su aumento de envergadura durante la tardía industrialización de las últimas décadas del siglo XIX. El «chico» de Pudovkin representaba típicamente a los millones de rusos que abandonaban el campo, cada vez más superpoblado, para emigrar a las ciudades. Durante el medio siglo anterior a 1917 la población urbana de Rusia se cuadruplicó, pasando de 7 a 28 millones de personas; y aunque la clase obrera industrial era todavía relativamente pequeña —unos 3,6 millones—, estaba muy concentrada en las ciudades políticamente más importantes. Al llegar a la ciudad, los obreros se solían incorporar a las comunidades informales llamadas «artel». Semion Kanatchikov recordaba su grupo de quince hombres hacinados en un apartamento, que comían a diario sopa de col de una olla común con cucharas de madera y celebraban la paga quincenal con «salvajes borracheras»;[9] pero no les estaba permitido organizar sindicatos u otras agrupaciones, al menos hasta 1905, y por eso la rica cultura de los sindicatos alemanes y del SPD estaba completamente ausente, al tiempo que crecía el resentimiento por las malas condiciones y el mal trato; de hecho, la impotencia de los obreros no hacía más que alimentarlo. Otro obrero, A. I. Shapovalov, recordaba en sus memorias la inquina que sentía hacia su patrón:

> A la vista de su gorda tripa burguesa y su rostro enrojecido, no sólo no me quitaba la gorra sino que en mis ojos, contra mi voluntad, aparecía una terrible llama de odio cuando lo veía. No hacía más que pensar en agarrarlo por la garganta,

arrojarlo al suelo y patearle la gorda tripa.[10]

Al final Kanatchikov, Shapovalov y muchos otros obreros «conscientes» decidieron, llevados por su encono, incorporarse a una organización más amplia, y recurrieron en busca de liderazgo a los intelectuales radicales, otro grupo excluido del sistema estamental, decidido a superar las divisiones de Rusia y a acelerar su modernización.

III

Desde mediados de la década de 1860 las autoridades rusas estaban muy preocupadas por una nueva moda entre los jóvenes de las clases altas: las chicas escapaban de sus restrictivas familias para contraer matrimonios ficticios y a continuación los recién casados se separaban después de la boda, o vivían juntos sin consumar el matrimonio. La policía estaba también preocupada por un fenómeno supuestamente relacionado: la popularidad del *ménage à trois*. Creían que la raíz de aquel comportamiento subversivo estaba en una novela extraordinariamente influyente, aunque bastante mal escrita, publicada en 1863, *¿Qué hacer?*, del intelectual socialista ruso Nikolai Chernishevski.[11]

El efecto de esa novela entre los jóvenes rusos de las clases altas podía compararse al de las novelas de Rousseau en Francia antes de la revolución, lo que no era casual, ya que Chernishevski pretendía crear una versión socialista y rusificada de *La nouvelle Héloïse*.[12] Contaba la historia de una mujer, Vera Pavlovna, cuyos autoritarios padres, como los de Julie

d'Étanges, pretenden casarla con un extraño. Vera es rescatada por Lopujov, un tutor del estilo de Saint-Preux, con el que vive un casto pseudomatrimonio, y más tarde se enamora de su amigo Kirsanov. Tras un corto período durante el que viven juntos como *ménage à trois*, Lopujov parte y regresa más tarde, casado con otra, para vivir con Vera and Kirsanov en una armoniosa familia conjunta.

La novela también presenta varias utopías socialistas. En una de ellas Vera y Lopujov crean un taller de costureras que funciona como comuna o cooperativa. En otra, Vera sueña con una sociedad de trabajo comunal racionalmente organizado, en al que hombres y mujeres viven en un gran palacio de acero y cristal lleno de maravillas tecnológicas entre las que se hallan, proféticamente, acondicionadores de aire y bombillas eléctricas; sin duda Chernishevski se inspiró en el Palacio de Cristal inaugurado en Londres una década antes. Sus personajes trabajan alegremente en el campo durante el día, felices porque la mayor parte del trabajo la hacen máquinas; y por las noches disfrutan de espléndidos bailes, vestidos con túnicas griegas del «refinado período ateniense».[13]

No sabemos hasta qué punto quería Chernishevski que sus lectores se tomaran en serio aquellas ideas socialistas revolucionarias,[14] ya que el estilo de la novela es deliberadamente oscuro con el fin de eludir la censura; en cualquier caso *¿Qué hacer?*, como las obras de Rousseau, tuvo un efecto enorme sobre los y las jóvenes de su época, porque mostraba una alternativa a su experiencia cotidiana caracterizada por la jerarquía, la subordinación y la división social; del mismo modo que Robespierre agradecía a Rousseau haberle revelado su dignidad innata, los jóvenes rusos agradecían a Chernishevski

que les hubiera mostrado cómo vivir sus vidas como «un nuevo pueblo» en igualdad sin someterse a los altaneros aristócratas, escapando de su fiscalizadora familia y dedicándose al bien común. El atractivo del «hombre nuevo» se muestra en la historia protagonizada por Lopujov, cuando se disputa en San Petersburgo la acera con un arrogante dignatario. En lugar de cederle el paso, lo levanta por la fuerza y lo deposita en medio de la calle, sin perder la sonrisa ni sus buenas maneras, aplaudido por dos viandantes.

Chernishevski, como la mayoría de los socialistas rusos de la época, era profundamente hostil al nacionalismo ruso; pero su apreciación de que el Antiguo Régimen era un insulto para la dignidad de los hombres y mujeres corrientes tenía un profundo eco en un período en que la propia Rusia se veía humillada por sus rivales extranjeros, del mismo modo lo tenían que las ideas de Rousseau en los jóvenes deseosos de resucitar el poderío francés. Chernishevski estaba convencido de que Rusia era débil porque su jerarquización hacía a los rusos serviles. Todos tenían que adoptar unos modales obsequiosos y la solidaridad social era imposible. Aquellas «costumbres asiáticas» (*aziatchina*) habían corrompido su personalidad y comportamiento.[15]

Chernishevski discrepaba empero de Rousseau al insistir en que Rusia sólo podía salir de la humillación haciéndose más moderna y más parecida a Occidente. Combinaba así el interés rousseauniano por las utopías igualitarias con el interés marxiano por la revolución y el socialismo modernista. Junto a Vera y su «nuevo pueblo» había en *¿Qué hacer?* una «persona especial» dedicada a la acción política, el ascético revolucionario Rajmetov.

Cabe pensar que Chernishevski no se identificaba

plenamente con él, pero sus lectores lo encontraban muy excitante.[16] Rajmetov proviene de una antigua familia aristocrática y es, significativamente, de origen mitad oriental y mitad occidental —tártaro y ruso—; también posee las virtudes del intelectual y del hombre del pueblo. Por un lado conoce bien la literatura francesa y alemana, y por otro se ejercita físicamente. A los diecisiete años decide fortalecer su cuerpo siguiendo una dieta de carne cruda y trabaja como batelero en el Volga. Luego va a la universidad —allí conoce a Kirsanov—, pero sigue llevando una vida austera, comiendo como la gente corriente, manzanas más que albaricoques (aunque se permite naranjas en San Petersburgo). Es abstemio e incluso se somete a torturas autoinfligidas, durmiendo tumbándose sobre un lecho de clavos para conocer bien sus límites. Dedica su vida a servir al pueblo. Sólo lee libros útiles, rechazando obras frívolas como la *Historia de Inglaterra* de Macaulay. Su utilitarismo se extiende asimismo a las relaciones personales: sólo habla con gente que tiene autoridad sobre otros, alejándose con un desdeñoso «perdone, no tengo tiempo» de quien carezca de ella.[17]

Rajmetov emplea esas resueltas cualidades para fomentar la revolución en Rusia, y comprensiblemente muchos lectores entendieron *¿Qué hacer?* como un llamamiento a emularlo. «Grande es la masa de los hombres buenos y honestos, pero los Rajmetov son raros —declara la novela—. Son pocos en número, pero facilitan a los demás la respiración, a gente que sin ellos se habría asfixiado».[18] Parece como si Chernishevski estuviera proponiendo una organización elitista de gente racional y moderna, y al mismo tiempo afín con el pueblo; sólo ellos pueden derrocar el régimen de desigualdad que corrompe a Rusia.

Los personajes de Chernishevski fueron cruelmente satirizados en las *Memorias del subsuelo* de Dostoievski, publicada en 1864. Su «hombre del subsuelo» pretende emular la manifestación de dignidad de Lopujov negándose a ceder el paso a un oficial en la calle; pero después de planificar durante días la hazaña, ésta acaba con un fracaso cómico: cuando finalmente pasa rozando al arrogante oficial, no queda claro si éste ha notado siquiera su gesto revolucionario.[19]

La sarcástica burla de Dostoievski no era sin embargo el sentimiento habitual entre los jóvenes, y la obra de Chernishevski se convirtió en un libro sagrado para generaciones de estudiantes rusos radicales. Las reformas de Alejandro II liberalizaron y ampliaron las universidades, abriendo la vía para que los jóvenes de origen plebeyo ingresaran en ellas. El gobierno esperaba que se abrieran camino hasta las filas de la burocracia imperial y le aportaran nueva savia, pero lo que surgió en la práctica fue un nuevo estudiantado radical, implacable hacia el oscurantismo del régimen zarista, entregado a la ciencia y decidido a liberar al pueblo. Durante las décadas de 1860 y 1870 al radicalismo se convirtió en un estilo de vida, como sucedió en las universidades occidentales en los años sesenta y setenta del siglo XX. Los estudiantes desafiaban la autoridad empleando un lenguaje soez o poco respetuoso y vistiendo ropas «pobres» y raídas. Uno de ellos recordaba así que los estudiantes de medicina eran los más politizados y rebeldes: «gafas azules, pelo largo, camisa roja no remetida sino sujeta con un fajín: se trataba con seguridad de estudiantes de medicina». Las estudiantes radicales, por su parte, vestían trajes negros puritanos y llevaban el cabello corto. Aquel contrauniforme contribuía a forjar una comunidad moral de «apóstoles del

conocimiento», decididos a utilizar su educación privilegiada para ayudar al pueblo ignorante.[20]

Sin embargo, entre los estudiantes surgieron agrios desacuerdos sobre la mejor forma de gestar el socialismo. Uno recordaba las dos líneas que se debatían entre ellos:

> Es una deuda de honor con el pueblo al que queremos servir que recibamos una educación sólida, científica, completa y seria; sólo entonces podremos asumir con una clara conciencia el liderazgo espiritual de la revolución.
>
> Otros gritaban: «¡Sigue estudiando!» [«Eso significará»] apartarte de la causa revolucionaria … No es en la universidad o en los libros donde puedes recibir los conocimientos útiles para la causa revolucionaria, sino en la interacción inmediata con el pueblo y los trabajadores.[21]

Chernishevski habría estado quizá de parte de la primera argumentación, pero fue encarcelado, condenado a trabajos forzados (1864-1872) y luego deportado a Siberia (1872-1883) por sus opiniones políticas, y fue su heredero, el socialista agrario Piotr Lavrov, quien tomó se relevo. Los estudiantes, según Lavrov, tenían que dominar la ciencia para preparar el nuevo orden, y no dedicarse a una revolución destructiva. Aunque no era marxista, era el socialista ruso que mantenía un contacto más estrecho con los marxistas de Occidente y como tal recibía por Navidad uno de los pasteles de Engels. Mijail Bakunin defendía por el contrario la segunda opinión: la cultura occidental era burguesa y filistea y lo que debían hacer los estudiantes era relacionarse con el campesinado, absorbiendo su cultura intrínsecamente colectivista, encarnada en la «comuna» campesina tradicional.[22] En último término, opinaba Bakunin, sería una revolución campesina, enraizada en el bandidaje ruso, la que destruiría el estado Ruso «germanizado», fundamentalmente extranjero:

> El bandido es siempre el héroe, el defensor, el vengador del pueblo, el enemigo irreconciliable de todo el régimen estatal, tanto en sus aspectos civiles como en los sociales, combatiente a vida o muerte contra nuestra civilización estatalista, aristocrática, clerical y burocrática.[23]

El debate entre Lavrov y Bakunin reproducía el conflicto entre el marxismo modernista y el radical; pero a diferencia de Marx, ambos creían en el potencial revolucionario del campesinado, al que había que dar gracias ya que todavía no había apenas proletariado industrial en Rusia. Pero ni la estrategia de Lavrov ni la de Bakunin alteraban el conservadurismo fundamental del régimen, y la represión estatal alentaba un giro hacia la violencia revolucionaria. Fue crucial el fracaso del movimiento *Jozhdienie v Narod* («Acercarse al Pueblo») de 1874, cuando más de un millar de jóvenes abandonaron la vida en las ciudades para irse a vivir con los campesinos. Vestidos como éstos, los hombres con blusas rojas y pantalones bombachos y las mujeres con blusas blancas y amplias faldas, esperaban educarlos, ilustrarlos e incitarlos a levantarse y exigir una redistribución de la tierra. Aquellos jóvenes y los campesinos no tenían mucho en común, pero fue la represión estatal, no la hostilidad campesina, la que provocó el fracaso de aquel movimiento. Muchos de aquellos jóvenes idealistas fueron detenidos y condenados en espectaculares juicios en 1877-1878.[24]

La lección parecía clara: el movimiento radical tenía que organizarse más rigurosa y clandestinamente. En 1879 se creó así la organización socialista revolucionaria *Narodnaia Volia* (la «Voluntad del Pueblo») que iba a servir de modelo para todas las organizaciones terroristas del mundo moderno: su estructura era

piramidal y estaba formada por células estancas, cada una de las cuales, por razones de seguridad, desconocía las actividades de las demás. La Voluntad del Pueblo fue también la primera organización que utilizó dinamita, el explosivo recientemente descubierto por el ingeniero y empresario Alfred Nobel. Aquel mismo año dictó una sentencia de muerte contra Alejandro II que fue llevada a la práctica en 1881 arrojando dos granadas contra el carruaje del zar.

La dura represión que siguió al atentado sólo sirvió para reforzar a los terroristas y su teórico más destacado, Piotr Tkachov. Nacido en una familia de la pequeña aristocracia provinciana, argumentaba que sólo la acción de una pequeña «minoría revolucionaria» traería el socialismo al país. Durante la década de 1880 Rajmetov eclipsó a Vera y Kirsanov como modelo para la juventud rusa. Vasili Osipanov, uno de los miembros del grupo terrorista que pretendía atentar contra Alejando III en 1887, imitaba a su héroe durmiendo sobre clavos. *¿Qué hacer?* era también el libro favorito de otro de los miembros del grupo, Aleksandr Ulianov, como lo fue tras su ejecución de su hermano Vladimir, más tarde conocido como «Lenin».

Los socialistas revolucionarios rusos prosiguieron su actividad terrorista durante la última década del siglo XIX matando a miles de funcionarios, incluidos varios ministros; un autor ha estimado que durante los veinte años anteriores a 1917 murieron en aquellos atentados más de 17.000 personas.[25] Entretanto, la *ojrana* («policía secreta») respondía con la misma violencia y bastante eficacia. En 1909 se descubrió que uno de los dirigentes del Partido Socialista Revolucionario heredero de *Narodnaia Volia*, Ievno Azef, era un agente de la *ojrana*

infiltrado.

El ambiente político cambió, no obstante, con la hambruna devastadora de 1891. El fracaso del estado zarista ante aquella crisis alentó a la sociedad ilustrada de la época a asumir su lugar y organizar la ayuda contra el hambre. Algunos creían imprescindible que los socialistas se volcaran en una reforma pacífica, pero resultaba imposible regresar a la política de Lavrov y a la década de 1870 porque Rusia se estaba industrializando rápidamente y el hambre había destruido cualquier idealismo que pudiera quedar sobre la comuna campesina. El antiguo consenso socialista agrario de que ésta era la aportación que Rusia podía hacer al socialismo mundial y de que adecuadamente modernizada se convertiría en germen de la sociedad ideal, estaba irreparablemente dañado; la agricultura y el campesinado parecían ahora irremediablemente atrasados, encarnación de la *aziatchina* rusa, y había que encontrar una nueva clase revolucionaria. Así se explica el atractivo que cobró el marxismo, cuyos principios ofrecían no sólo una alternativa al zarismo, sino también una nueva vanguardia —el proletariado industrial— y una vía para salir del atraso. Además parecía «científico» y occidental. Como recordaba Nikolai Valentinov, un revolucionario amigo de Lenin:

> Nos aferramos al marxismo porque nos atraía su *optimismo* sociológico y económico, su confianza, apuntalada por los hechos y las cifras, en que el desarrollo de la economía, el desarrollo del capitalismo, al desmoralizar y erosionar los fundamentos de la vieja sociedad, creaba nuevas fuerzas (incluidos nosotros) que barrerían el régimen autocrático junto con sus abominaciones … también nos atraía su carácter *europeo*. El marxismo provenía de Europa. No olía al viejo moho provinciano, sino que era nuevo, fresco y excitante. El marxismo nos ofrecía la promesa de que no seguiríamos siendo un país semiasiático, sino que nos incorporaríamos a Occidente, con su cultura, sus instituciones y los atributos de un sistema político libre. Occidente era la luz que nos guiaba.[26]

El «marxismo» adoptado por los socialistas rusos era claramente del tipo modernista: Rusia, atrasada, tendría que pasar primero por el desarrollo capitalista y el socialismo como tal quedaba todavía lejos. Esto no era todavía evidente cuando Marx fue traducido por primera vez al ruso. Un tal Skuratov, uno de los dos censores zaristas encargados de leer la mitad de *El capital* en 1872, informó: «Cabe asegurar con certeza que muy poca gente en Rusia lo leerá, y aún menos lo entenderá».[27] Concluía que podía publicarse, lo que posiblemente fue el mayor error cometido por los censores tras el de *¿Qué hacer?*, autorizado nueve años antes. La edición rusa del libro —la primera traducción de su original alemán— fue un extraordinario éxito entre los lectores rusos, superando claramente a la edición de Hamburgo. Pero Skuratov estaba acertado en que no todos lo entenderían, al menos inicialmente. Tanto los socialistas agrarios como los periódicos oficiales a favor del régimen le dieron la bienvenida, como advertencia de la pesadilla capitalista del trabajo infantil y las satánicas fábricas.* Pero si bien el propio Marx parecía creer hacia 1880 que Rusia podía eludir el capitalismo y preservar la *obshchina*, el mensaje de *El capital* era exactamente el contrario: el capitalismo era inevitable; y en 1883 ésta se convirtió en la doctrina de la primera organización marxista en Rusia, La Emancipación del Trabajo (*Osvobozhdienie Truda*), fundada por el revolucionario exiliado en Suiza Gueorgui Plejánov, quien abandonó el viejo agrarismo socialista ruso y su fe en el campesinado y declaró que Rusia no estaría lista para el socialismo hasta que hubiera pasado por la experiencia transformadora del capitalismo. La clase obrera, dirigida por los intelectuales del Partido

Socialdemócrata, protagonizaría la revolución contra la autocracia, pero para sustituirla por una democracia parlamentaria y sólo en una fase muy posterior el socialismo. La doctrina de Plejánov se convirtió en ortodoxia entre los marxistas rusos, como sucedió con el socialismo de Kautsky en la Segunda Internacional.

Pero la relevancia del marxismo kautskiano para Rusia era muy discutible. Se había desarrollado en sociedades industriales maduras, semidemocráticas, en las que los trabajadores se iban integrando gradualmente en el sistema político y donde la democracia parlamentaria, adecuadamente ampliada, parecía favorecer los intereses de la clase obrera. En Rusia, en cambio, la actitud mucho más represiva del estado contribuía a una cultura muy diferente. Como el ex minero Nikolaus Osterroth, en torno al cambio de siglo los estudiantes radicales rusos veían sus vidas como un paso de la «oscuridad» a la «luz»; se estaban convirtiendo en gente «nueva», «consciente», que abrazaba a la vez el modernismo urbano y la identidad socialista; pero en Rusia era una comunidad mucho más acosada por la policía, caracterizada por un moralismo maniqueo que obligaba a los heroicos estudiantes «honorables» a afrontar a los espías infiltrados. Se celebraban «juicios de honor» para denunciar y «purgar» a los sospechosos y sus acusadores los juzgaban por su vida pública y privada en prácticas bastantes semejantes a las que luego se implantarían en el partido bolchevique. En aquellas condiciones tan amenazadoras, no cabe sorprenderse de que predominara una visión de la política más radical y sectaria que la kautskiana, más abierta y tolerante.[28]

IV

Vladimir Ulianov (Lenin) adaptó el socialismo de Chernishevski al mundo moderno y el marxismo modernista de la Segunda Internacional a las condiciones de Rusia. Tanto la formación de Lenin como su carácter lo hacían idóneo para el papel de occidentalizador y modernizador. Aunque su padre era formalmente un aristócrata —con derecho que lo trataran como «su excelencia»— sería equivocado pensar en los Ulianov como una familia con valores aristocráticos. El padre de Lenin era profesor de física y matemáticas y se había ganado el título nobiliario (*dvorianstvo*) desde su puesto como director general de las escuelas de la provincia de Simbirsk. Tanto él como su mujer eran de origen étnico mixto, él de ascendencia mordoviana y de calmucos del Volga y ella de padre judío convertido al cristianismo ortodoxo y madre luterana germano-sueca; cabe, pues, considerarlos como advenedizos deseosos de integrarse mediante los méritos profesionales e intelectuales en la buena sociedad, y en esos valores educaron a sus hijos.[29] Entre los funcionarios de la época era muy típica la aspiración a mejorar Rusia manteniendo la lealtad al zar, y los Ulianov no tenían por qué ser muy radicales aunque sí evidentemente progresistas e interesados en las ideas ilustradas; por otra parte, el origen familiar y la afición a las lenguas de María Aleksandrovna, la madre de Lenin, le daban a la familia un toque occidentalizante del que Lenin parecía muy consciente, por ejemplo cuando comparó desfavorablemente la pereza rusa con la diligencia judía y alemana.[30] En muchos sentidos, pues, sus orígenes no eran muy diferentes de los de Marx: una familia de profesionales en ascenso procedente de minorías

étnicas, deseosa de integrarse en la etnia dominante sin renunciar por ello a las ideas ilustradas y a la voluntad de combatir el atraso y el oscurantismo. Como en otros casos, eran los hijos de los asimilados de primera generación los que se rebelaban, convencidos de que sus padres habían sido demasiado acomodaticios con los poderes existentes.

Pero si el origen y la formación de Lenin guardaban alguna semejanza con los de Marx, su carácter era muy diferente. Lenin no fue nunca un socialista utópico o romántico, ni tampoco un chico rebelde; sus relaciones con su padre eran buenas y era un alumno modelo: en su informe final, el director de su escuela (nada menos que Fiodor Kerenski, padre de quien más tarde fuera jefe del gobierno provisional derrocado por los bolcheviques en octubre de 1917) decía que «los principios rectores de su educación son la religión y una disciplina racional».[31] Durante toda su vida Lenin observó esos principios prácticos de la «disciplina racional» burguesa. Su mesa de trabajo estaba escrupulosamente limpia, era ahorrador (aprovechaba incluso trozos de papel blanco de las cartas que recibía) y le molestaba el desaliño de alguno de sus camaradas, por ejemplo en la redacción de la revista *Iskra* («La Chispa»).[32]

Parece, pues, muy natural que a Lenin le agradara la cultura germánica, y especialmente su servicio de correos. Según su mujer, Nadiezhda Krupskaia, cuando vivía exiliado en Zúrich «no tenía sino elogios» por la cultura suiza y sus carteros, que le llevaban siempre a tiempo los libros que necesitaba para elaborar sus textos.[33] En 1917 mencionaba con cierto humor el servicio postal alemán como modelo del futuro estado socialista.[34]

Pero Lenin iba a poner su disciplina burguesa al servicio de una revolución contra la burguesía. La ejecución en la horca de su hermano Aleksandr en 1887, acusado de preparar un atentado contra el zar, explica sin duda en parte su radicalización. Pocos meses después fue expulsado de la universidad como miembro de una familia sospechosa, y Aleksandr no le dejó sólo su ejemplo sino también sus libros, entre ellos *¿Qué hacer?* Lenin declaró más tarde que esa obra lo había «marcado indeleblemente»: «es un libro que lo cambia a uno para toda su vida».

> Chernishevski no sólo mostraba que quienquiera que reflexione seriamente y sea realmente honesto debe ser un revolucionario, sino también —y ése es su mayor mérito— cómo debe ser un revolucionario, cuáles deben ser sus principios, cómo debe plantear sus objetivos y qué métodos debe utilizar para alcanzarlos.[35]

Puede que el libro le ofreciera también el modelo para el triángulo sentimental que formó en el exilio con su mujer, Nadiezhda Krupskaia, y con la revolucionaria feminista Inessa Armand;[36] y hay mucho de Rajmetov en el compromiso puritano de Lenin con la revolución y su rechazo utilitario de cualquier cosa que pudiera distraerlo. Aunque no comía carne cruda ni dormía sobre clavos (era un hombre de salud frágil), se mantenía en forma haciendo gimnasia, algo que no era habitual entre sus camaradas del exilio.

Tras su expulsión de la universidad Lenin siguió estudiando en privado y obtuvo en 1891 la licencia para trabajar como abogado. Durante esos años se relacionó al parecer con grupos populistas agrarios, pero le atraía más el marxismo modernista de Plejánov, y en 1893 se trasladó a San Petersburgo con la intención de ampliar y profundizar su conocimiento del

marxismo. En los círculos revolucionarios de la época eran ya conocidas sus críticas al populismo agrario, pero también lo distinguían de la mayoría de los marxistas rusos otros aspectos: aun reconociendo las dificultades que suponían para ellos las circunstancias peculiares de Rusia y su tardía incorporación al capitalismo industrial, lo que supuestamente la condenaba a un trayecto muy largo hasta el paraíso socialista durante el cual tendrían que tolerar a los especuladores con chistera que se enriquecían en los «talleres satánicos», para Ulianov esa perspectiva resultaba difícil de aceptar porque odiaba a la burguesía como clase más visceralmente que muchos otros marxistas y era especialmente hostil a ideas «burguesas» como la democracia parlamentaria y el principio de legalidad. Según su mujer, su rencor hacia la burguesía liberal venía de muy atrás, de cuando la buena sociedad local le hizo el vacío a su madre tras el arresto de Aleksandr y nadie quiso acompañarla en su viaje para visitarle en la cárcel.[37] Su experiencia personal no hizo más que reforzar la opinión, común entre los marxistas rusos, de que la burguesía rusa se comportaba de forma particularmente sumisa hacia la aristocracia y el estado zarista. Lenin compartía, pues, la valoración expresada en el primer programa del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso: «Cuanto más avanza uno hacia el este de Europa, más débil, cobarde y mezquina en el sentido político se hace la burguesía y mayores son las tareas culturales y políticas que recaen sobre el proletariado».[38] Su odio al orden existente se vio sin duda reforzado por su encarcelamiento en 1895 y la subsiguiente deportación a Siberia en 1897.

Lenin buscaba, pues, vías para acelerar el proceso revolucionario, con mucha más impaciencia que la mayoría de sus camaradas modernistas, felices de contemplar cómo

avanzaba la hegemonía burguesa; pero su juicio sobre las fuerzas capaces de imprimir a la historia esa «aceleración» hacia el socialismo dependía de las circunstancias. A menudo parecía concederle ese papel a una élite clandestina de modernizadores, al estilo de Chernishevski o de Tkachev; pero aunque ésa fuera su posición de partida, no siempre ponía su fe en una élite revolucionaria. Su marxismo siempre era flexible y adaptable a las condiciones de Rusia, con sus obreros y campesinos ocasionalmente radicales. Cuando parecía que el pueblo se inclinaba por la insurrección, Lenin podía ser mucho más populista y radical que otros marxistas y se inclinaba hacia una línea marxista radical. A partir de 1902 también estaba más dispuesto que sus camaradas rusos (y por supuesto que los marxistas alemanes) a considerar al campesinado como una clase potencialmente revolucionaria, aunque el bolchevismo seguiría siempre desconfiando del campesinado «atrasado».

Una vez concluida la pena de deportación a Siberia en 1900, Lenin pensó que era demasiado arriesgado permanecer en Rusia y se exilió durante varios años viviendo en Praga, Viena, Múnich, Londres y finalmente en Zúrich; en todos esos lugares había pequeñas comunidades de exiliados en las que se respiraba la política revolucionaria. Lenin seguía creyendo en la inminencia de la revolución y así lo expuso en particular en su folleto programático *¿Qué hacer?* en 1902. Un grupo de marxistas rusos (los llamados «economicistas») habían adoptado el revisionismo de Eduard Bernstein y afirmaban que, dado que la revolución estaba lejos, lo que debían hacer los marxistas era ayudar a los obreros a mejorar su salario y sus condiciones de trabajo. Lenin reaccionó irritado contra esa idea, insistiendo en que los marxistas debían ser más ambiciosos e inspirar en los

obreros el ideal comunista, ya que por sí mismos sólo desarrollarían una conciencia «sindical», esto es, el deseo de mejores condiciones de vida y trabajo, y la conciencia «socialdemócrata» —el deseo de auténtico cambio político— tenía que llegarles «desde fuera», infundida por intelectuales revolucionarios versados en la teoría marxista; pero éstos también debían ser —y en esto su pensamiento difería sustancialmente del de Kautsky—[39] revolucionarios «profesionales», ideológicamente «conscientes» y capaces de actuar clandestinamente, aportando la eficacia occidental al radicalismo ruso en una época caracterizada por la represión policial.[40] El partido, argumentaba Lenin, tenía que funcionar centralizadamente, como una «gran fábrica».[41] Sus revolucionarios, como el Rajmetov de Chernishevski, al que rendía tributo en el propio título de la obra, debían ser a un tiempo modernos y clandestinos.[42]

Al principio, la propuesta de Lenin de un partido de vanguardia centralizado no despertó objeciones entre los marxistas rusos, y en términos estrictamente ideológicos no era nada nuevo;[43] pero su idea del partido era muy diferente de la de Kautsky (y también de la de Marx). El planteamiento leninista de la política era militante, intransigente y reacio al compromiso. Estaba convencido de que sus camaradas se negaban a prepararse seriamente para la revolución que creía inminente, mientras que ellos, por el contrario, lo consideraban excesivamente optimista sobre el fin del Antiguo Régimen, autoritario y excesivamente hostil hacia la burguesía. El primer enfrentamiento importante, que escindió el partido en su II Congreso en 1903, se produjo en relación con las condiciones para pertenecer a él. Lenin exigía que el partido estuviera

formado únicamente por revolucionarios «profesionales», mientras que Iuli «Martov» Zederbaum, con el que compartía la redacción de *Iskra*, quería un partido más abierto. Lenin estaba en minoría, pero como algunos de sus oponentes abandonaron la sala antes de la votación, la ganó y sus partidarios se convirtieron así en bolcheviques (de la palabra rusa *bol'shinstvo,* «mayoría»), mientras que los del grupo de Martov se quedaron con el nombre de mensaje mencheviques (de *menshinstvo,* «minoría»). Lenin agravó el conflicto con su conducta arrogante y autoritaria, aunque luego admitió que «se había comportado histéricamente llevado por la irritación».[44] También disgustó a muchas de las principales figuras del marxismo internacional como Plejánov, Kautsky y Rosa Luxemburg.

Pero Lenin resultó mejor profeta que sus rivales mencheviques, ya que dos años después estalló efectivamente la revolución. La caída de la base naval de Port Arthur (Lüshunkou) en el lejano oriente ruso ante los japoneses en diciembre de 1904 fue aún más humillante para el régimen zarista que su anterior derrota ante los británicos en Crimea, ya que por primera vez una potencia europea era derrotada por otra asiática, e hizo que afloraran las muchas tensiones subterráneas que se habían acumulado en Rusia. Un clérigo ortodoxo, el pope Gapón, aprovechó la oportunidad para organizar una manifestación destinada a presentar al zar una humilde petición redactada con la retórica paternalista que éste mismo acostumbraba a utilizar, pero que contenía reivindicaciones «radicales» como el sufragio democrático y derechos civiles para todos los ciudadanos así como la legalización de los sindicatos. Aquel «domingo sangriento» se congregaron ante el Palacio de Invierno más de cien mil

personas portando iconos y cantando himnos religiosos y patrióticos como «Dios salve al zar», pero los soldados, después de intimar a los manifestantes a dispersarse, dispararon indiscriminadamente sobre la multitud pacífica y desarmada causando centenares de muertos y millares de heridos.

Se dice que en medio de aquella carnicería, Gapón gritó: «¡Ya no hay Dios! ¡Ya no hay zar!».[45] Evidentemente, aquella violencia alevosa dañó irremisiblemente la imagen de Nicolás II como padre benevolente. Había quedado absolutamente claro que su paternalismo no les iba a conceder a los obreros y campesinos lo que reivindicaban. El proletariado respondió creando un nuevo tipo de institución al estilo de la Comuna de París, el *soviet* («consejo») de diputados obreros, para coordinar las huelgas. Como en el caso de la Comuna se trataba de una organización basada en la democracia directa; los representantes podían ser destituidos, al menos en teoría, en cualquier momento. Parte de los elegidos eran socialistas —Lev Bronshtein, «Trotski», fue elegido primero vicepresidente y luego presidente del Soviet de San Petersburgo— y desde los soviets organizaron una huelga general que obligó al régimen a otorgar el «Manifiesto de Octubre», una promesa de elecciones a una asamblea legislativa y derechos civiles. En cualquier caso los socialdemócratas, bolcheviques y mencheviques, compartían la dirección de los soviets con otros partidos como el Socialista Revolucionario (PSR); por otra parte la revolución, como las de 1830 y 1848, no era sólo proletaria sino interclasista, y también los liberales burgueses se unieron a la lucha contra la abyecta autocracia.

Lenin estaba entusiasmado con aquella revolución y el Manifiesto de Octubre lo convenció de que sería conveniente

regresar a Rusia. Estaba aliado entonces con algunos de los marxistas más izquierdistas del Partido Obrero Socialdemócrata (POSDR) como Aleksandr Bogdanov —quien en 1909 se iba a distanciar de Lenin para encabezar el grupo *Vperiod* («Adelante»)—, a los que distinguía su fe sin límites en la capacidad del proletariado para construir el socialismo.[46] Pero ninguno iba tan lejos como Trotski, quien desarrolló la tesis de que Rusia estaba lista para una «revolución permanente» que conduciría rápidamente de la etapa democrático-burguesa al socialismo.[47] Lenin proponía como agente de la revolución burguesa una «dictadura democrática-revolucionaria del proletariado y el campesinado», a diferencia de los mencheviques, más moderados, que proponían una alianza entre los obreros y la clase media.[48]

En cualquier caso, la revolución de 1905 siguió en líneas generales la trayectoria fallida de sus predecesoras europeas de 1848. Los liberales burgueses, satisfechos con las concesiones de octubre y temiendo la radicalización de los obreros y campesinos, abandonaron el barco mientras el régimen conseguía recomponerse y traer tropas desde el Lejano Oriente para aplastar la agitación campesina. En diciembre los obreros de Moscú intentaron resistir en el distrito de Presnia, donde levantaron barricadas y establecieron un gobierno local obrero, pero no pudieron hacer frente a la artillería zarista; se produjo otra carnicería y gran parte del distrito quedó reducido a escombros.

Las perspectivas volvían a ensombrecerse para los socialistas, y en diciembre de 1907 Lenin volvió a exiliarse en Suiza. Se dedicó a leer y escribir, en primer lugar sobre filosofía, pero a medida que se aproximaba la guerra se sumergió en las últimas

obras sobre la relación entre capitalismo e imperialismo de gente como Rosa Luxemburg, el joven marxista ruso Nikolai Bujarin y especialmente el influyente marxista austríaco Rudolf Hilferding, que lo convencieron de que la antigua competencia entre pequeños empresarios había dado paso a una lucha encarnizada por los mercados entre los estados-nación, que llevaba a la expansión imperialista y a la guerra entre los grandes potencias.[49] La inmoralidad esencial del capitalismo había quedado al descubierto. Los capitalistas ya no pretendían siquiera que se les tomara por humanistas liberales; eran racistas declarados y darwinistas sociales, que defendían sus intereses fomentando un nacionalismo abocado a la guerra. Al mismo tiempo, por otra parte, la centralización del capitalismo moderno había preparado el terreno para la planificación socialista.

Lenin, siempre atento a los indicios de una crisis irreparable del capitalismo, acogió con interés el análisis de Hilferding. En *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito en 1915 y publicado en 1917, responsabilizaba empero de la guerra no sólo a los capitalistas sino también a los socialdemócratas como Kautsky que no se habían opuesto lo bastante enérgicamente a ella.[50] También se apoyó en otros teóricos más radicales del imperialismo para argumentar que, del mismo modo que se había globalizado el capitalismo, lo mismo sucedería con la revolución. Dado que los estados imperialistas explotaban a los países de la periferia colonial, la revolución socialista podría tener lugar incluso en países semi-«atrasados». La lucha contra el capitalismo podía empezar en Rusia, aunque aceptaba que tendría que contar con el apoyo de eventuales revoluciones socialistas en otros países más avanzados. Lenin también

argumentaba que los marxistas de los países coloniales podían impulsar revoluciones por la independencia política contra los imperialistas, aunque el capitalismo apenas hubiera desarrollado en ellos y el socialismo quedara lejos. Aquel texto de Lenin estableció los fundamentos para la fusión del marxismo con el nacionalismo anticolonial. Como se verá, fue decisivo para extender el comunismo al mundo no europeo.

Fueron muy pocos los rusos que leyeron *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pero para Lenin su principal función consistió en explicarse a sí mismo y a los revolucionarios de su época por qué la historia estaba de su parte. Cuando en 1917 el régimen zarista se vino abajo, los obreros y campesinos se comportaron como lo habían hecho en 1905, creando soviets, comités revolucionarios y otras formas de autogobierno. Pero además Lenin y los bolcheviques estaban ahora en condiciones de ofrecer una alternativa confiada y aparentemente coherente.

V

En 1913 el literato vanguardista Andrei Bely (nacido en 1880) publicó su gran novela simbolista *Petersburg*. La ciudad ya había ocupado un lugar protagonista en novelas anteriores, pero el Petersburgo de Bely era un lugar muy diferente al que uno podía conocer en las novelas de Chernishevski o de Dostoievski. Situada en 1905, era una ciudad en ebullición, rodeada por un «anillo de fábricas con muchas chimeneas» desde las que se oía el sonido amenazador del proletariado revolucionario.[51] El funcionario zarista de la novela, Apollon Ableujov, ya no es un

aristócrata reaccionario, sino la mismísima encarnación de la modernización racional (en el imaginario nietzscheano de la época, Apolo era el dios de la razón), que disfruta contemplando las líneas rectas y los cubos perfectos de las calles planificadas de Petersburgo y se rodea de arte neoclásico (posee una pintura de David); pero su dominio de la razón es insuficiente para controlar a su propio hijo radicalizado y menos aún Rusia, y le aterrorizan las fuerzas revolucionarias que lo rodean.[52] Las otras encarnaciones de la razón en la novela son igualmente ineficaces, aunque más violentas. El revolucionario Dudkin y su mentor Lippachenko imponen sus planes dogmáticos a los demás. Dudkin recibe incluso la visita de El jinete de bronce, que vierte metal fundido en sus venas y lo saluda como «mi hijo».[53] pero ni El jinete de bronce ni el espíritu de la modernidad pueden resolver nada, abriendo simplemente un ciclo de venganza y violencia.[54]

Para Bely, como para Pushkin, El jinete de bronce, cuyo caballo asienta las patas traseras sobre suelo ruso y alza las delanteras, era el símbolo de la división de Rusia en dos: las tradiciones autóctonas del pueblo ruso y el racionalismo voluntarista de Pedro el Grande;[55] pero Bely negaba que los funcionarios o los revolucionarios pudieran reconciliar esas dos mitades. Para él sólo el apocalipsis, que identificaba con las fuerzas revolucionarias «orientales» del pueblo, permitiría a Rusia salir de su terrible situación y «dar un salto en la historia».[56] En último término Bely estaba equivocado y la revolución no iba a recomponer la fragmentada sociedad rusa, pero supo prever los acontecimientos de 1917. La fuerza del pueblo iba a prevalecer sobre los jinetes de bronce, ya fueran zaristas, liberales o bolcheviques.

El estallido de la guerra en 1914 trajo la tercera y última crisis para el régimen zarista posterior a 1815. Como declaró un siglo después A. I. Savenko, dirigente de la Unión de Nacionalistas Rusos, «la guerra es un examen, un gran examen», sin duda más difícil que cualquier otro por el que hubiera tenido que pasar el régimen zarista en el pasado.[57] El principal enemigo de Rusia, Alemania, pretendía una movilización «total» de todos los recursos —hombres, alimentos, producción industrial— para la guerra; y Rusia, un *Ancien Régime* apenas reformado, estaba en gran desventaja en aquella confrontación. Al estado, que desconfiaba de toda la sociedad —tanto de las clases altas como de las bajas—, le resultaba difícil obtener su apoyo para el esfuerzo de guerra. Sus fábricas no producían suficientes municiones y no podía reclutar las tropas que necesitaba. Aquella debilidad estructural, combinada con la escasa tecnología bélica, dio lugar a enormes derrotas en Galitsia y Polonia, y en agosto de 1915 más de 4 millones de soldados rusos habían muerto, estaban heridos o habían sido capturados por el enemigo.

La crisis obligó al zar a ceder frente a los Ableujov reformistas de su régimen y a conceder a ciertos elementos de la «sociedad» —miembros de las capas educadas que deseaban una modernización— un papel en el esfuerzo de guerra. En ciertos aspectos tuvo éxito y a principios de 1917 Rusia había destruido el ejército Habsburgo y producía más municiones que Alemania;[58] pero los intentos parciales de la monarquía rusa de dejar de ser un Antiguo Régimen para convertirse en un estado-nación movilizado como el Reich alemán sólo sirvieron para apresurar su fin. Su intento de reformar el sistema de abastecimiento de alimentos fue especialmente catastrófico. Una

alianza peculiar de ministros y expertos modernizadores, que incluía a un futuro planificador con los bolcheviques, el economista menchevique V. Groman, trató de sustituir el mercado del grano por la compra y distribución organizada por el estado; pero éste no podía afrontar el almacenamiento y transporte de suministros y el campesinado se negó a vender el grano al bajo precio que se le ofrecía.[59]

Las capas ilustradas responsabilizaron al zar de los desastres económicos y militares, y las acusaciones de ineficacia se entremezclaron con otras más envenenadas de traición. Muchos creían que la zarina Alexandra, de cultura inglesa pero alemana de nacimiento, formaba parte de una conspiración organizada en Berlín para sabotear el esfuerzo de guerra. Los zares, como parte de la aristocracia internacional europea, carecían del carisma patriótico necesario para unir a Rusia contra sus enemigos, y cuando el 23 de febrero de 1917 las protestas contra la escasez de pan de las mujeres de San Petersburgo se convirtieron en una huelga general y sublevaciones de los soldados, pocos estaban dispuestos a defender el régimen.

Durante un breve período los rusos se unieron en favor de la «libertad» y la «democracia». Rusia parecía experimentar su 1789, y todos eran conscientes del paralelismo. La «Marsellesa» (*Marsiliuza*) se convirtió en el nuevo himno nacional, que se tocaba con cualquier pretexto, y las fórmulas de cortesía basadas en la antigua jerarquía se abolieron en favor de los términos *grazhdanin* («ciudadano») y *grazhdanka* («ciudadana»).[60] Incluso se imitaron los festivales revolucionarios franceses, con planes para un «grandioso espectáculo de carnaval» en los jardines de verano en Petersburgo que incluían una reproducción en cartón piedra del París del siglo XVIII.[61] Y

aunque las organizaciones del POSDR desempeñaron un papel muy escaso en la revolución de Febrero, los nuevos símbolos mostraban que era mucho más radical que la francesa. Sobre el Palacio de Invierno ondeaba la bandera roja socialista, no la tricolor rusa, y el hecho se convirtió en la bandera nacional. Fue también entonces cuando aparecieron por primera vez los símbolos de los trabajadores rurales y urbanos —la hoz y el martillo— a las puertas del Palacio Marinski, sede del gobierno provisional.[62]

Pero pese a la aparente unidad, pronto se evidenciaron las señales de división entre los grupos liberales por un lado y los obreros y campesinos por otro. Junto a la palabra *grazhdanin* («ciudadano») se oía cada vez más el término socialista *tovarich* («camarada»), y en competencia con la «Marsellesa» habitual, himno de alabanza a la unidad nacional traducido al contexto ruso, había una «Marsellesa obrera», una versión socialista que exhortaba a la audiencia a «matar y destruir … a los parásitos … los perros y … los ricos». Pero el himno que preferían los partidos marxistas era la «Internacional», con letra escrita en 1871 por un miembro de la Comuna de París para cantarla con la música de la «Marsellesa», pero para la que se había compuesto una nueva melodía en 1888.[63] Los conflictos sobre símbolos e himnos manifestaban desde el principio de la revolución de febrero la existencia de una «dualidad de poderes» (*dvoievlastie*). El gobierno provisional formado por el Partido Democrático-Constitucional que representaba a las clases propietarias y profesionales, competía con el Soviet de Petrogrado (antes Petersburgo), elegido por los obreros.

En el gobierno provisional sólo participaba al principio junto a los liberales Aleksandr Kerenski, del Partido Socialista

Revolucionario, como ministro de Justicia; pero a primeros de mayo se incorporaron otros dos eseristas y dos mencheviques y en julio pasó a presidirlo Kerenski. Pretendía mantener la democracia parlamentaria y el principio de legalidad hasta que se celebraran elecciones por sufragio universal para una Asamblea Constituyente; también pretendía proseguir la guerra, aunque sólo defensiva, contra los alemanes.

Pero al gobierno provisional le resultaba tan difícil obtener el apoyo de los obreros y campesinos para su concepción de Rusia como a los ministros reformistas del zar. El abismo político y cultural entre las clases propietarias e ilustradas y la masa de la población era demasiado grande. Trató de alcanzar un compromiso sobre la guerra, manteniendo el frente pero abandonando los viejos objetivos expansionistas; pero tras el fracaso de la ofensiva de Kerenski en junio no pudo mantener la disciplina en el ejército y los comités elegidos por los soldados reivindicaban el derecho a discutir si debían obedecer o no las órdenes de los oficiales.[64] En el campo el gobierno provisional trató de acabar con la escasez de alimentos creando un monopolio estatal del grano aún más estricto, pero los campesinos seguían reacios a cultivarlo y vendérselo. Hizo un pequeño intento de satisfacer su exigencia de tierra, pero fue demasiado lento y cauto y pronto perdió el control cuando los campesinos comenzaron a apoderarse de las propiedades de los terratenientes, sin temer al castigo.

El gobierno provisional hizo asimismo concesiones a los obreros sobre los salarios y las condiciones de trabajo, pero tampoco fueron suficientes. Los conflictos entre los propietarios de las fábricas y los trabajadores se hicieron cada vez más agrios. Los directivos que despedían obreros eran acusados de

«sabotaje» y los comités de fábrica exigían el derecho a supervisar la gestión mediante el «control obrero» sobre las fábricas. En septiembre comenzó una oleadas de huelgas en los distritos fabriles.[65]

Al llegar el verano de 1917 el lenguaje de la lucha de clases había empapado la cultura popular. Se generalizó la exigencia de gobierno de los trabajadores mediante los soviets y del derrocamiento del gobierno provisional «burgués», que según se decía no era ni podía ser un «gobierno del pueblo» representativo.[66] Una resolución del comité de soldados del 92.º Batallón de Transporte declaraba en septiembre:

> ¡Camaradas! ¡Ha llegado el momento de despertar! … Es hora de sacudirse el dominio de la burguesía; es hora de deshacerse de él como de una costra que supura, de manera que no pueda seguir dañando la revolución … El pueblo sólo puede confiar en sí mismo y no debe dar la mano al odiado enemigo. Es hora de librarse de esos «salvadores de la revolución» que se han pegado al cuerpo del país como sanguijuelas.[67]

Ese lenguaje reflejaba en muchos casos los anhelos avivados por el socialismo y el marxismo. Anna Litveiko, obrera ucraniana que pronto se iba a integrar en la Juventud Comunista (Komsomol), recordaba su idealismo cuando era joven:

> Creíamos que el comunismo comenzaría tan pronto como los soviets asumieran el poder. El dinero ni siquiera se mencionaba; para nosotros estaba claro que desaparecería inmediatamente … Sobre la ropa, en cambio, nuestras opiniones estaban divididas: algunos rechazaban también esa forma de propiedad; en cualquier caso, ¿cómo se vestirían los miembros de la nueva sociedad? … No podía hacerme a la idea de tener que renunciar a mis cintas o a mis trenzas. ¿Significaba eso que no era una verdadera bolchevique? ¡Pero si estaba dispuesta a dar mi vida por la revolución![68]

Pero la perspectiva más extendida y arraigada entre los trabajadores no era la marxista sino la populista. El término *burzhui* («burgués») era un insulto corriente, pero lo que latía bajo el ardor revolucionario era menos una crítica económica marxista de la explotación que la indignación moral frente a los privilegios residuales del *Ancien Régime*. Un oficial reconocía desde el frente el profundo resentimiento que mostraban sus hombres hacia los socialmente privilegiados:

> Cualquiera que sea su actitud personal hacía los oficiales considerados individualmente, seguimos siendo a sus ojos los «amos» … En su opinión, lo que ha tenido lugar no es una revolución política sino social, en la que nosotros somos los perdedores y ellos los vencedores … Antes dominábamos nosotros; ahora quieren hacerlo ellos. En esa animosidad resuenan los agravios acumulados durante siglos. No podemos encontrar un lenguaje común. Ése es el legado maldito del Antiguo Régimen.[69]

No cabe negar la pertinencia de esa observación. La exigencia de dignidad, tan evidente entre los estudiantes y empleados de Chernishevski durante la década de 1860, había pasado a los obreros desde finales del siglo, y muchas de sus quejas y reivindicaciones en 1917 tenían que ver con la rudeza de sus superiores. La primera decisión del Soviet de Petrogrado, la Orden n.º 1 referida al ejército, incluía la exigencia de que los oficiales se dirigiera a los soldados con el respetuoso *vy* («usted») en lugar del desconsiderado *ty* («tú»).[70]

Así pues, los obreros reclamaban cada vez más que las organizaciones populares como los soviets y los comités de fábrica, de soldados y de distrito tomaran el poder, excluyendo de la política a las clases superiores. Eso no significa que se opusieran necesariamente al poder del estado. De hecho solían

pedir que éste tomara medidas enérgicas en interés del pueblo contra sus «enemigos»; como declaraban los delegados del Sexto Cuerpo de Ejército en octubre, «el país necesita una autoridad firme y democrática basada en las masas populares y responsable ante ellas».[71] En un momento de escasez de alimentos, caos de los transportes y desorden generalizado, es comprensible que el pueblo deseara un estado más fuerte y censurara al gobierno provisional por su debilidad.

Esa idea de que «el pueblo» debía lanzarse a una dura batalla contra los privilegiados y construir un poderoso estado centralizado propio, puede que no fuera de origen marxista pero parecía coincidir, al menos durante un corto período a mediados de 1917, con las ideas de Lenin, quien presentó con mucha claridad su proyecto político en la síntesis *El estado y la revolución*, escrito durante su refugio durante unas semanas en Finlandia. En esta obra crucial reconcilió el marxismo modernista de la planificación y la centralización con el marxismo revolucionario de la democracia proletaria y la lucha de clases. Primero utilizó las ideas de Hilferding para explicar que en la guerra había convertido la economía en una única máquina centralizada;[72] a continuación retomaba al Marx igualitario de 1848 y 1871, para asegurar que los obreros pronto serían capaces de dirigir por sí mismos esa economía simplificada; con una frase famosa, cualquier cocinera podría dirigir el estado. Ya no estaba justificado conceder privilegios a los técnicos especializados. El sueño del Marx —la imbricación entre el trabajo manual y el intelectual— pronto se haría realidad.

La perspectiva que ofrecía Lenin era por tanto la de una igualdad absoluta, no sólo económica y legal sino también social

y política. La democracia parlamentaria, en la que los ciudadanos eligen representantes que a su vez controlan a los funcionarios, no era suficiente. Estos últimos debían ser directamente elegidos por las masas, como sucedía en la Comuna de París, el modelo para el nuevo «estado-comuna» de Lenin. El estado comenzaría entonces a fusionarse con el pueblo y todas las jerarquías empezarían a desaparecer. Apenas se mencionaba al partido de vanguardia.

Lenin hablaba mucho de «democracia» en *El estado y la revolución*, pero no se trataba de una democracia tal como la entendían los liberales. La democracia para el proletariado era perfectamente compatible con la represión violenta de sus enemigos. El estado-comuna de Lenin era más bien como una patrulla de voluntarios: «el pueblo puede reprimir a los explotadores con una «máquina» muy sencilla, casi sin «máquina», sin aparato especial … con la misma sencillez y facilidad con que un grupo cualquiera de personas civilizadas … interviene para separar a los que se están peleando o impedir que se maltrate a una mujer».[73] Lenin no tenía escrúpulos sobre la violencia y describía a los bolcheviques como los «"jacobinos" del siglo XX»,[74] pero negaba que fuera necesaria una represión generalizada: sólo se requerirían unas pocas detenciones. Por otra parte las patrullas de voluntarios, aunque inicialmente pudieran ser una minoría, pronto se ampliarían a «una milicia que abarcaría a todo el pueblo».[75] Esa versión del socialismo tenía, pues, un estilo marcial, pero se remontaba a las barricadas de 1848 y 1871; tenía poco que ver con los ejércitos convencionales de la primera guerra mundial.

¿Se tomaba verdaderamente en serio Lenin, un revolucionario inflexible, la visión utópica de *El estado y la*

revolución? ¿Creía realmente que para los trabajadores sería tan simple dirigir la economía y el estado? Su lenguaje es ambiguo y sobre él planeaba quizá un resultado menos igualitario; pero como ideólogo marxista, estaba convencido de que las clases tenían intereses homogéneos; si el proletariado dirigía el estado, no había ninguna razón para que no pudiera forjar un consenso que abarcara a todo el pueblo trabajador.

Pero poco después de la revolución de Octubre quedó claro que Lenin estaba equivocado y que eran inevitables los conflictos entre el estado y la sociedad, dentro de ésta y entre los propios trabajadores; pero en la Rusia radicalizada de 1917 la idea de que existía una «voluntad general» popular y revolucionaria que se podía materializar mediante un estado a la vez «democrático» y centralizado, no era exclusiva de Lenin; parecía tener sentido, no sólo para él, sino para gran parte de la clase obrera rusa.[76]

Lenin regresó a Rusia desde Suiza en abril de 1917, decidido a imponer al partido su visión intransigente de la lucha de clases; desde el momento de su llegada insistió, contra las dudas de muchos de sus camaradas bolcheviques, en que el poder pasara del gobierno provisional a los soviets. Las circunstancias no estaban todavía maduras para acabar con el mercado, pero quienes tenían que dirigir y construir el «estado-comuna» eran los obreros y campesinos, y no la burguesía; los soviets debían supervisar la producción y distribución de bienes.

Así pues los bolcheviques, que constituían el único partido importante fuera del gobierno, propugnaban la toma del poder por el proletariado y el final de la guerra. La dirección menchevique seguía argumentando que una revolución proletaria en un país atrasado como Rusia fracasaría, e igual lo

mismo pensaban Kautsky y la Segunda Internacional. En julio, cuando el gobierno provisional decidió reprimir a los bolcheviques y Lenin tuvo que buscar refugio en la vecina Finlandia, parecía como si hubiera hecho un mal cálculo; pero las condiciones eran más parecidas a las de Francia en 1789 que a las de 1848 o 1871, y las fuerzas burguesas no podían contar con un ejército campesino para hacer frente a la revolución urbana. El comandante en jefe del ejército, Lavr Kornilov, trató de restablecer el orden por la fuerza,* creyendo que contaba con el apoyo de Kerenski, pero sus soldados se negaron a obedecer la orden, y aunque Kerenski negó que estuviera implicado en el golpe, aquel episodio acabó ensuciando a todo el gobierno provisional.

La popularidad de los bolcheviques, en cambio, seguía aumentando. Aunque pocos conocieran en detalle la política del partido, muchos creían que era la única fuerza que podía salvar la revolución. Obtuvo la mayoría en los soviets de Moscú y de Petrogrado, lo que Lenin utilizó como argumento para proponer la toma inmediata del poder. El 25 de octubre (7 de noviembre según el calendario gregoriano) el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, encabezado por Trotski y otros bolcheviques, se apoderó fácilmente del Palacio de Invierno, escasamente defendido. La famosa escena de la película *Octubre* de Eisenstein, en la que miles de personas derriban las puertas e invaden el palacio es pura ficción, pero la incapacidad del gobierno provisional para reunir fuerzas y la facilidad con que los bolcheviques se apoderaron de las principales ciudades muestran la gran sintonía del planteamiento bolchevique con el radicalismo de gran parte de la población urbana. Los bolcheviques nunca ganaron unas

elecciones en toda Rusia —eran un partido urbano en un país predominantemente campesino—; pero en las elecciones a la Asamblea Constituyente a finales de 1917 obtuvieron una mayoría de los votos obreros y el 42 por 100 de los soldados, con un total de 10,9 millones de votos sobre un total de 48,4 millones y su programa era bastante parecido al de los vencedores en aquellas elecciones, los socialistas revolucionarios (eseristas) de izquierda, así que no cabe hablar propiamente de una «revolución bolchevique», sino de una insurrección bolchevique en el seno de una revolución populista radical, cuyos valores fueron respaldados durante un breve período de tiempo por los bolcheviques. La alternativa liberal de la colaboración de clases y el principio de legalidad, apoyada por la mayoría de los propietarios y profesionales ilustrados de Rusia, tenía escasas posibilidades de victoria ya que la población en general estaba demasiado ansiosa de una redistribución radical de la propiedad y el poder. Lenin y los bolcheviques iban a renunciar pronto al populismo para ejercer una política mucho más autoritaria, y en último término sólo pudieron mantener el poder mediante la fuerza de las armas en una guerra civil. La victoria bolchevique no era por tanto inevitable, pero sí lo era, probablemente, algún tipo de socialismo radical; en cualquier caso, una vez los bolcheviques tomaron el poder, por impopulares que pudieran hacerse, el deseo de un regreso al Antiguo Régimen era bien escaso.

VI

En 1923 el escritor Isaak Babel publicó *Caballería Roja*, una serie de relatos sobre sus experiencias como corresponsal de guerra con la caballería cosaca de Budionni en la campaña contra Polonia de 1920. El libro, instantáneamente aclamado, fue muy leído. En uno de los relatos, titulado «La carta», Babel daba cuenta de las consecuencias de la guerra civil en una familia campesina mediante una carta ficticia de un miembro de la Caballería Roja, Vasili Kordiukov, a su madre. Babel trata de reproducir el limitado lenguaje de aquel cosaco que se ciñe a contar los hechos intercalando banales descripciones de los lugares que ha visto. Pero el tema de la carta es pavoroso: la cruenta lucha entre Timofei Kordiukov, un antiguo sargento de caballería zarista que combate con los blancos antibolcheviques del general Denikin, y sus hijos Vasili, Fiodor y Semión, alistados con las bolcheviques. Timofei, al encontrae a Fiodor entre los prisioneros de guerra rojos, lo golpea hasta matarlo, para ser luego perseguido por los otros dos hijos que pretenden vengar a su hermano. Finalmente lo encuentran y Semión les dice a los presentes: «Yo creo que vosotros no os andaríais con miramientos conmigo si cayera en vuestras manos. Así que, padrecito, vamos a terminar…», y procede a matarlo. El relato concluye con la descripción de una fotografía de toda la familia que Vasili muestra al narrador:

> Allí se veía a Timofei Kurdiukov, un militar de anchas espaldas, con gorra de uniforme y la barba cuidadosamente peinada, de anchos pómulos, inmóvil, la mirada fija en ojos sin color ni expresión. Junto a él aparecía sentada en un silloncito de mimbre una campesina diminuta con una blusa que le caía sobre la falda y un semblante enfermizo, dulce y tímido. Y cerca del muro, sobre el mísero fondo fotográfico provinciano con flores y palomas, se erguían dos jóvenes muy altos, obtusos, de ancho rostro y ojos salientes, tiesos como a la voz de «¡Firmes!». Eran los dos hermanos de Kurdiukov, Fiodor y Semión.[77]

Muchos de los relatos de Babel tenían que ver con la truculenta violencia de la que había sido testigo y en la que había participado durante la guerra civil, que trataba de racionalizar. Como intelectual judío rodeado de campesinos cosacos, le horrorizaba la insensible brutalidad (y el antisemitismo) de gente como los hermanos Kurdiukov, pero admiraba su bravura y en ocasiones se transparenta en el texto cierta admiración nietzscheana por el poder. El resultado es desconcertante: un informe deliberadamente distanciado de sus crueles héroes y el firme rechazo a juzgarlos.[78] No puede entenderlos; son opacos, con «ojos vacíos sin color ni expresión», como en una fotografía. Son fuerzas de la naturaleza, furias de Esquilo, que buscan venganza por agravios del pasado.

Aquél no era, por supuesto, el mundo que Lenin esperaba heredar. Aunque no era en modo alguno un nietzscheano al que complaciera la violencia, tampoco la rechazaba y siempre aprobó la venganza de clase; pero pronto le resultó difícil controlarla; insistía en que las «masas» tenían que ser a la vez revolucionarias *y* disciplinadas. Desde el primer momento quedó claro que la transición a la «dictadura del proletariado» no iba a transcurrir tan plácidamente como Lenin esperaba.

La primera dificultad provino de los socialistas moderados que objetaban el poder de clase soviético enfrentado a la democracia parlamentaria. Los diputados elegidos a la Asamblea Constituyente, el 85 por 100 de los cuales eran socialistas, insistían en que representaban al pueblo ruso, pero Lenin reprobó su «parlamentarismo burgués». Por la mañana del 5 de enero de 1918 los guardias rojos dispersaron a los manifestantes congregados ante el Palacio de Táuride de Petrogrado, donde se

debía reunir por la tarde la Asamblea —era la primera vez desde las jornadas de julio que se disparaba contra gente desarmada— y a las cuatro de la madrugada, después de ratificar la ley de reforma agraria y aprobar la reforma federalista del estado, ésta se suspendió. Al día siguiente el Comité Ejecutivo Central de los Soviets aprobó un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo (*SovNarKom*) dándola por disuelta. Los eseristas de izquierda se mantuvieron en el Consejo, con cuatro comisarios, hasta marzo de 1918, pero la firma del tratado de Brest-Litovsk a sus espaldas puso fin a aquella coalición de gobierno, con lo que todo el poder quedó en manos de los bolcheviques.

Lenin había proclamado que el poder debía pasar en su totalidad a los soviets, pero nunca mostró mucho respeto por el pluralismo y no cabía extrañarse de su renuencia a trabajar con partidos rivales. Sin embargo, parece que se tomaba en serio su promesa de algún tipo de «democracia» para la clase obrera y durante los primeros meses de 1918 parecía creer en la posibilidad de mantener los ambiciosos planes de *El estado y la revolución*, que permitirían la coexistencia de la iniciativa popular y la centralización; quizá estaba simplemente prometiendo a los trabajadores lo que éstos querían oír mientras el partido se iba fortaleciendo. Siguió hablando de la «democracia obrera», sabiendo lo popular que ese mensaje era en las fábricas, y en noviembre de 1917 se promulgó un decreto sobre el control obrero que daba poderes considerables a los comités elegidos en ellas. El ejército también siguió siendo dirigido de forma «democrática», al estilo de una «milicia de los ciudadanos» en la que los soldados elegían a los oficiales. En cuanto al campesinado, también se cedió a las demandas de las masas: en lugar de crear granjas colectivas a gran escala, como

dictaba la teoría marxista (y el planteamiento bolchevique hasta aquel momento), el Decreto sobre la Tierra permitía a los campesinos mantener pequeñas parcelas y practicar la agricultura de subsistencia.

Como observaba Isaak Babel, para mucha gente el reverso de la «democracia» o poder de las masas era la «lucha de clases» o venganza contra la «burguesía», como en el caso de los *sans-culottes* en Francia. Durante los primeros meses de la revolución Lenin aceptaba y aun alentaba aquel terror «popular». El eslogan del momento era «saquear a los saqueadores», y en diciembre de 1917 Lenin declaró una «guerra a muerte contra los ricos, los holgazanes y los parásitos».[79] Sin embargo, prefería dejar la dirección de aquella lucha a los organismos elegidos en las comunidades locales. Cada ciudad o pueblo tenía que decidir cómo «limpiar» Rusia de aquellas «alimañas»: podían encarcelarlos, ponerlos a limpiar letrinas, darles documentos especiales u obligarles a llevar un «distintivo amarillo», de forma que todo el mundo pudiera vigilarlos (trato tradicionalmente aplicado a las prostitutas), o fusilar a uno de cada diez.[80]

Los principios leninistas fueron entusiásticamente acogidos por los activistas del partido en todas las regiones de Rusia. Los bolcheviques se apoderaban de los bienes de los ricos, les imponían tasas especiales o tomaban como rehenes a miembros de la clase «burguesa» a la que llamaban «gente antigua». Anna Litveiko formó parte de uno de esos destacamentos para expropiar a los ricos:

> La consigna era: «¡Paz a las cabañas, guerra a los palacios!». Era importante demostrar al pueblo inmediatamente lo que la revolución traería a los más pobres…
>
> Entrábamos en los apartamentos [de los ricos] y decíamos: «Este edificio ha sido

> nacionalizado. Tienen veinticuatro horas para desalojarlo». Algunos obedecían inmediatamente pero otros nos maldecían, ya fuera a los bolcheviques en general o al gobierno de los soviets.[81]

Aristócratas y burgueses, incluso los que no fueron detenidos o maltratados físicamente, pasaron momentos traumáticos. La princesa Sofia Volkonskaia recordaba que las autoridades la obligaron a aceptar inquilinos en su piso:

> La pareja que nos obligaron a alojar —un joven y su mujer— parecían muy agradables, pero … eran comunistas … [y] nada podía ser más desagradable que vivir en estrecho contacto (teniendo de cocinar en el mismo horno, utilizar el baño sin agua caliente, etc.) con gente que se consideraba *a priori* y en principio nuestros enemigos … «Ten cuidado», «cierra la puerta», «no hables tan alto; los comunistas pueden oírte». ¿Nimiedades? Sí, por supuesto; pero en aquella vida de pesadilla cada nimiedad adoptaba las proporciones de una gran tragedia.[82]

Durante los primeros meses la lucha de clases penetró en todos los aspectos de la vida, incluido el mundo simbólico, y los bolcheviques, como sus predecesores jacobinos, estaban decididos a crear una nueva cultura y a propagar sus valores. En Petrogrado, en particular, se celebraron varios acontecimientos teatrales de masas, al estilo de los festivales del París en 1793. Uno de ellos, «El misterio del trabajo liberado» se representó el 1 de mayo de 1920. Frente al edificio de la Bolsa del antiguo San Petersburgo, un grupo de reyes y capitalistas depravados se lanzaban a una delirante orgía, mientras los proletarios esclavizados se retorcían entre «gemidos, maldiciones, lamentos y arrastrar de cadenas». Oleadas de revolucionarios, desde Espartaco y sus esclavos hasta los *sans-culottes* con sus gorros frigios, trataban vanamente de asaltar la mesa del banquete de los potentados, siendo rechazados una y otra vez, hasta que

surgía por el este la estrella del Ejército Rojo. Finalmente se abrían las puertas del Reino de la Paz, la Libertad y el Trabajo Jubiloso, en cuyo jardín se alzaba el Árbol de la Libertad, alrededor del cual danzaba el pueblo como en un lienzo de David. En aquel espectáculo participó un número enorme de personas —cuatro mil actores, obreros y soldados—, que se mezclaban al final con los más de 35.000 espectadores.[83]

Lenin, no obstante, se interesaba muy poco por aquel teatro carnavalesco de la lucha de clases, y como habría predicho Bely, su concepción de la nueva cultura se parecía mucho más a la de Apollon Ableujov. Moscú, la nueva capital de la revolución, se llenaba de efigies de los nuevos héroes revolucionarios y de placas en las que se leían los principios del marxismo. Sin embargo, aquel estilo neoclásico conservador muy del gusto de Lenin y de gran parte de la población de Moscú, chocaba con el modernismo de algunos escultores. Una estatua cubista-futurista de Bakunin tuvo que ser ocultada con planchas de madera por miedo a la desaprobación popular; cuando éstas fueron robadas para utilizarlas como combustible y la estatua quedó al descubierto, las autoridades, temiendo los disturbios, tuvieron que derribarla. El proyecto de embellecimiento de la capital sufría además de escasez de material. Al final se erigieron varias estatuas temporales de yeso y cemento, muchas de las cuales fueron desbaratadas por la lluvia.[84] Una estatua de Robespierre corrió una suerte diferente: la destrucción por una bomba terrorista. Paradójicamente, una de las pocas que han subsistido hasta el presente fue levantada por el Antiguo Régimen: un obelisco de mármol situado en el exterior del Kremlin para conmemorar en 1913 el tercer centenario de la dinastía Romanov, cuya placa fue sustituida por una lista

notablemente ecléctica de los «padres fundadores» del bolchevismo, entre los cuales figuraban los nombres de Tomás Moro, Gerard Winstanley, Fourier, Saint-Simon, Chernishevski y Marx.[85]

Dado el amor de Lenin por el orden, era quizá previsible que acabaría abandonando su breve flirteo con el marxismo más radical o revolucionario; pero fue la situación próxima al colapso del régimen a principios de 1918 la que forzó aquel cambio. Los bolcheviques esperaban que la revolución en Rusia sería seguida inmediatamente por una revolución mundial y que el proletariado alemán ayudaría a los atrasados rusos a alcanzar el socialismo; pero los militaristas alemanes seguían en el poder, pretendiendo imponer condiciones de paz humillantes. Lenin cobró conciencia de lo débil que era el su nuevo estado y aconsejó transigir, pero resultó derrotado en una votación en el Comité Central. Mientras los alemanes avanzaban en Ucrania, los dirigentes del partido seguían discutiendo. En el último minuto Trotski cambió de opinión y el tratado de Brest-Litovsk evitó la inminente caída del régimen. La esperanza de que la revolución rusa recibiera ayuda de una revolución en Alemania era claramente un sueño.

Fue en aquel momento cuando Lenin percibió que las promesas de 1917 eran incompatibles con la preservación del nuevo régimen. Permitir a los obreros y campesinos controlar sus fábricas y campos y alentar la campaña antiburguesa sólo significaba propiciar el caos económico. El abastecimiento de alimentos se veía perjudicado por la expropiación de las tierras de los nobles y la división de las grandes haciendas, al tiempo que los comités de fábrica aprovechaban el «control obrero» para beneficiar cada uno a la suya, más que al conjunto de la

economía, y acosaban a los odiados directivos e ingenieros. La disciplina en el trabajo se venía abajo, problema que sólo venía a empeorar la escasez de alimentos. El número de desempleados crecía rápidamente y en la misma medida lo hacía la oposición a los bolcheviques en los soviets.

A principios de 1918 había quedado claro, como sucedió en Francia a finales de 1793, que los objetivos de la revolución popular y los de la élite dirigente divergían; la síntesis marxista de Lenin se estaba desintegrando. Pero en lugar de seguir el ejemplo de Robespierre y emprender una reforma moral para alcanzar el reinado de la virtud, recuperó el marxismo modernista o tecnocrático abandonando el más revolucionario que había seguido durante un breve período. En marzo-abril de 1918 anunció el repliegue del modelo de socialismo basado en el «estado-comuna» y la milicia de los ciudadanos. Declaró que su anterior optimismo sobre la clase obrera estaba equivocado. El obrero ruso era un «mal trabajador comparado con los de los países avanzados» y no se podía confiar en la democracia obrera. Su propuesta consistía en la creación de un máquina económica «armoniosa», dirigida por expertos —burgueses si era necesario— y basada en la última tecnología. Si los obreros se demostraban lo bastante «maduros», eso sólo equivaldría a la «suave conducción de un director de orquesta»; si no, los directivos y expertos tendrían que ejercer un «poder dictatorial».[86]

Lenin había aprendido la lección de Brest-Litovsk. Como escribió entonces, «La guerra nos enseñó mucho … que los que tienen la mejor tecnología, organización, disciplina y máquinas son los que salen triunfantes … Es necesario dominar la mejor tecnología si no se quiere ser aplastado».[87] Del modelo de la

Comuna de París pasó así al sistema de «gestión científica» expuesto por el teórico estadounidense Frederick W. Taylor y que se estaba aplicando ya en las fábricas de automóviles de Henry Ford en Estados Unidos. Taylor dividió, empleando cronómetros, las tareas de los trabajadores en movimientos precisos, midiéndolos al segundo y calculando su salario según lo que habían producido. Anteriormente Lenin había censurado ese sistema juzgándolo típico de un capitalismo embrutecedor, pero ya no había margen para ideas tan radicales; el entusiasmo y la creatividad de los trabajadores no iban a resucitar la economía. Había que estimularlos con la vieja disyuntiva de la zanahoria —el salario— y el palo: la disciplina en el trabajo.[88] Habría que devolver a los odiados expertos burgueses su poder y sus elevados salarios y recuperar para el ejército a los viejos oficiales imperiales disolviendo los comités de soldados. Según declaró Lenin, había que poner fin al asalto de la «guardia roja» contra la burguesía.

Lenin justificó ese «repliegue» con respecto a las promesas de 1917 recurriendo a la teoría marxista. Los bolcheviques, afirmó ahora, habían exagerado su ambición de establecer la democracia obrera, especialmente al retrasarse la revolución mundial; todavía no estaban maduras las condiciones para la extinción del estado, que sólo llegaría con el comunismo pleno.[89] La nueva concepción de Lenin de un estado moderno con poderes sobre la economía se parece quizá más a la «primera fase» de la sociedad comunista de la que habla Marx y a la que él llama «socialismo» para distinguirla de una «fase superior» plenamente comunista;[90] pero modificó también la concepción de Marx* de una forma crucial: la modernidad sería obra de una élite, el partido de vanguardia, que ahora tenía que

dedicar su atención a la construcción del estado.[91] A partir de entonces el partido iba a concentrar el poder en sus propias manos, castrando o destruyendo los soviets y comités elegidos que habían protagonizado la revolución.

La modernidad que preconizaban los bolcheviques no se limitaba a la industria pesada y la eficiencia en el trabajo. Incluía la promoción de la educación de masas, la protección social, la desaparición de la religión y la emancipación femenina, aunque los avances en este programa se quedaron por debajo de las expectativas, en particular en lo que se refiere a la igualdad de oportunidades para las mujeres;[92] pero el progresismo tecnocrático del bolchevismo era innegable, y algunos lo llevaron al extremo. Aleksei Gastev, hasta 1917 obrero metalúrgico y poeta, el «Ovidio de los ingenieros, mineros y metalúrgicos», fue uno de los propagandistas más entusiastas del taylorismo. En su poema más popular, *My rastiom iz zheleza* («Crecemos del hierro»), publicado en 1914, describía a un obrero que se agigantaba fusionándose con su fábrica al tiempo que fluía por sus venas «nueva sangre ferruginosa»; pero después de la revolución trató de combinar hombre y máquina de una forma más práctica.[93] En 1921 fundó, con el apoyo de Lenin y Trotski, el Instituto Central del Trabajo[94] —una institución de control que trataba de poner al descubierto la pereza y la pérdida de tiempo en las fábricas y en las oficinas—, desde el que promovía un nuevo mundo en el que los trabajadores se convertirían en piezas anónimas, lo que «permitiría la clasificación de cada unidad proletaria como A, B, C, o 325, 0,075, 0, etc.»; Las «máquinas pasarán de ser manejadas a convertirse en gestoras, y el movimiento obrero de los obreros acabaría siendo

similar al movimiento de las cosas, en el que ya no hay rostros individuales sino pasos uniformes y regulares y rostros desprovistos de expresión, de alma, de lirismo o de emociones, impulsados no por un grito o una sonrisa sino por el regulador de presión y velocidad.[95]

Esta horrible utopía fue satirizada por el escritor Ievgeni Zamiatin en su distopía *We* («Nosotros»), escrita en 1920-1921 y publicada por primera vez, en inglés, en 1924;* George Orwell reconoció que le había servido como modelo para su *1984*.[96] Pero pese a Lenin no era la versión marxista-modernista del socialismo la que prevalecía, sino más bien la combinación de Marx con Marte, un sistema que los detractores de los bolcheviques denominaban «comunismo cuartelero» y que ellos mismos llamaron «comunismo de guerra», y que iba a tener una perdurable influencia sobre el modelo soviético. El pura sangre blanco de Nicolás II fue sustituido por la Caballería Roja de Babel, no por los jinetes de bronce de Lenin.

Tras el breve respiro que permitió la paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918, una alianza de hecho de fuerzas antibolcheviques que iba desde los eseristas hasta los antiguos generales del ejército zarista (los «blancos»), apoyada por fuerzas militares británicas, checoslovacas, francesas, estadounidenses, polacas y de otros países, desencadenó una guerra civil abierta en todo el territorio del antiguo imperio ruso, a la que los bolcheviques respondieron, como habían hecho los jacobinos, convirtiendo la milicia civil descentralizada en una organización militar mucho más convencional, el Ejército Rojo. Trotski, comisario del Pueblo para la Guerra, decidió disolver los comités de soldados, suprimir la elección de los oficiales y nombrar como «expertos militares» (*voienspetsy*) a antiguos

oficiales zaristas. Al concluir la guerra civil, tres cuartas partes de los altos mandos del Ejército Rojo provenían del antiguo cuerpo de oficiales.** También había vuelto la estricta disciplina, tan impopular en tiempos del Antiguo Régimen.[97]

También volvieron muchas otras prácticas del tiempo de guerra, reforzadas por la idea marxista de la lucha de clases, una de las cuales era la vigilancia individualizada y el control de la opinión pública. Durante y después de la primera guerra mundial muchos gobiernos europeos, incluidos el gobierno provisional ruso y más tarde las autoridades del Ejército Blanco, se preocuparon por conocer el estado de ánimo de la población e influir sobre él, creando departamentos de propaganda y nombrando funcionarios para controlar su eficacia. Los bolcheviques hicieron lo mismo pero a diferencia de las potencias occidentales mantuvieron esos servicios de defensa del estado aun después de que terminara la guerra, considerándolos esenciales para transformar la sociedad y crear el «nuevo pueblo socialista». Hasta 1922, cuando se transformó en GPU, la policía secreta se conocía popularmente por su acrónimo *cheka*; creada en diciembre de 1917 «para combatir la contrarrevolución y el sabotaje», pronto se convirtió en uno de los departamentos mejor dotados del nuevo estado; en 1920 contaba con 10.000 personas dedicadas a censurar la correspondencia y escribir informes al respecto.[98]

Los bolcheviques también recuperaron métodos utilizados durante la guerra para controlar la economía, aunque su marxismo los hacía aún más hostiles al mercado que sus predecesores. Impusieron altas cuotas de grano en el campo y trataron de impedir el comercio privado. La *cheka* detenía a los «contrabandistas» que trataban de transportar alimentos

ilegalmente para venderlos en las ciudades, donde las autoridades racionaron muchos de ellos. La inflación y le penuria habían quitado valor al dinero, lo que algunos saludaron como el logro de un objetivo marxista: el fin del mercado y del dinero y el control del estado sobre toda la economía. Trotski pretendió mostrar que esa manifestación extrema del poder del estado era compatible con su progresiva extinción:

> Del mismo modo que una lámpara, antes de apagarse, brilla intensamente, el estado, antes de desaparecer, asume como dictadura del proletariado su forma más rigurosa, que abarca con su autoridad todos los aspectos de la vida de los ciudadanos.[99]

Pero el «comunismo de guerra» no consistía simplemente en disciplina y para sus seguidores los bolcheviques podían ser más populistas. El Ejército Rojo de Trotski no era una mera copia de los ejércitos occidentales convencionales y que trataba de combinar la disciplina con ciertos rasgos del espíritu populista que caracterizó el principio de la revolución. En 1919 se habían comenzado a resolver los problemas del reclutamiento militar que habían aquejado a sus predecesores zaristas y liberales mediante la concesión de incentivos a los campesinos, desde las raciones garantizadas para sus familias hasta la educación y tierras para ellos mismos y para sus hijos. El mensaje de la lucha de clases también resultaba atractivo para muchos soldados y se creó un complejo departamento de propaganda y educación para llevar a todo el mundo la visión marxista del mundo,[100] traduciendo sus abstracciones en términos comprensibles para los campesinos: por ejemplo, un dibujo en la revista *Biednost'* («Pobreza») mostraba a un joven campesino cubierto de arañas y

sanguijuelas con los letreros «terrateniente», «pope» e «intervencionista».[101] A los soldados se les aleccionaba en un maniqueísmo que tenía como centro la lucha y el conflicto. Incluso sus lecciones de biología incluían un debate sobre los «animales amigos de los humanos y animales enemigos de los humanos».[102]

En 1921 el Ejército Rojo contaba, incluidos los reservistas, con 5 millones de soldados. Se convirtió en bastión del nuevo régimen, el germen de una nueva sociedad dentro de la antigua. El partido bolchevique, casi exclusivamente urbano cuando llegó al poder y muy suspicaz hacia el campo, había conseguido una nueva base de poder entre los reclutas campesinos del ejército, muchos de ellos jóvenes en el escalón más bajo de la jerarquía patriarcal de la aldea.[103] Tras la guerra civil muchos de aquellos veteranos se convirtieron en burócratas del partido y del estado. La experiencia de la guerra y la cultura militarizada que ésta produjo iban a configurar durante décadas el comunismo soviético y la política que proyectó en todo el mundo.

Fue Trotski (y también, como se verá más adelante, Stalin), más que en Lenin, quien propulsó realmente esa cultura militar. Lenin esperaba pasar de la venganza de clase a una sociedad de obreros conscientes que habían internacionalizado la «cultura burguesa real» instilada en ellos por un partido comunista moderno e ilustrado;[104] pero en una época de conflicto fratricida era improbable que esto sucediera y la propia retórica bolchevique estaba todavía llena de violencia revolucionaria. Desde el verano de 1918 Lenin, como Robespierre a finales de 1793, trató de poner freno al terror, canalizándolo contra los enemigos políticos de los bolcheviques y desaconsejando su uso

contra toda la burguesía «como clase»; pero las autoridades locales mantenían una persecución indiscriminada.[105] Se ha estimado que durante la guerra civil fueron ejecutadas por la *cheka* y las tropas de seguridad unas 280.000 personas, calificadas muchas de ellas como «campesinos rebeldes».[106]

Aunque muchos soldados del Ejército Rojo compartieran entusiasmados el mensaje bolchevique, también había sectores profundamente hostiles, en particular entre los campesinos, cuya principal preocupación era la autonomía local y que sentían como una depredación las requisas bolcheviques;[107] pero por brutales que éstos fueran, podían proclamar con cierta razón que simplemente estaban combatiendo el fuego con fuego, ya que los blancos también llevaban a cabo violentas campañas de venganza contra los judíos, los sospechosos de simpatizar con los rojos y simples campesinos que se negaban a enrolarse en su ejército. Los blancos se mostraban como poco ambiguos en la cuestión de la tierra y los campesinos estaban convencidos de que si vencían ellos perderían lo que habían ganado con la revolución, la distribución de las haciendas de los nobles, así que aunque muchos estuvieran convencidos de que los bolcheviques habían traicionado los ideales de 1917, también los veían como el principal bastión contra el regreso de la aristocracia y el zar.[108] Como advertía un famoso himno del Ejército Rojo:

> Ejército blanco, barón negro,
> prepara de nuevo para nosotros el trono zarista.
> Pero desde la taiga hasta los mares británicos,
> el Ejército Rojo es el más fuerte.[109]

Así pues, mientras que los blancos eran una amenaza letal, los rojos parecían un mal menor. El menchevique Mártov constató esa ambivalencia cuando trataba de convencer a los obreros para su causa a principios de 1920: «En tanto denunciábamos el bolchevismo, nos aplaudían; pero tan pronto como comenzábamos a decir que se necesitaba un cambio de régimen para luchar con éxito contra Denikin, la audiencia nos volvía la espalda o se mostraba incluso hostil».[110]

La auténtica crisis para los bolcheviques llegó cuando los blancos fueron finalmente derrotados en la primavera de 1920; aunque ya no parecían justificados los métodos militares, Trotski, lejos de renunciar a su planteamiento, argumentó que los métodos militares debían extenderse a toda la sociedad en tiempo de paz. Puso a trabajar en determinados proyectos a los soldados desmovilizados, tratando de aplicar la disciplina militar en la construcción de vías férreas. Pretendía convertir el «frente laboral» en otra campaña militar, movilizando a toda la población en brigadas de trabajo. Hombres y mujeres trabajarían «al son de himnos y canciones socialistas».[111] Al mismo tiempo proponía que toda la economía quedara sometida a un único «plan» racional.

Trotski fue muy criticado desde la izquierda por el ala marxista radical del partido bolchevique, que veía con disgusto su promoción de oficiales zaristas y que prefería un modelo de sociedad más igualitario. Diversas tendencias de izquierda —como los «Comunistas de Izquierda» y la «Oposición Obrera»— criticaron a la dirección del partido por traicionar sus promesas de «democracia obrera» y lucha contra la burguesía. Entretanto Bogdanov y sus amigos —más interesados por las ideas utópico-románticas de la cooperación y la creatividad obrera que por el

poder político— se embarcaron en el proyecto conocido como *Proletkult* («cultura proletaria»), con el que pretendían fomentar la psicología naturalmente colectivista del proletariado.[112] Lenin y Trotski se opusieron enérgicamente al proyecto, considerándolo un estorbo para la modernización, y quedó políticamente marginado, pero siguió siendo una espina clavada en el costado de Lenin.

Pero incluso Lenin se resistió a los proyectos más ambiciosos de Trotski, y su escepticismo estaba bien fundado. El estado Ruso no era más capaz ahora de organizar una estructura económica eficiente de lo que lo había sido antes de la revolución de Octubre, e incluso lo era probablemente menos todavía. Al asumir todas las áreas de la actividad económica y social, se convirtió en una hidra de organismos que proliferaban, se solapaban y competían entre sí, al tiempo que los funcionarios utilizaban su poder acrecentado para negocios privados y la corrupción manchaba la reputación del régimen. Todos deploraban el problema de los burócratas arribistas, inmorales e incontrolables. La *cheka* de Saratov describía al comité del partido como una «banda de borrachos y tahúres», y Timofei Sapronov, bolchevique de izquierdas, se quejaba de que «en muchos lugares la palabra "comunista" es sinónimo de aprovechado» y de que los funcionarios vivían rodados por un lujo «burgués».[113]

La hipocresía de los funcionarios bolcheviques que vivían regaladamente no hizo más que aumentar la insatisfacción popular con el estado. La cosecha de 1920 fue muy pobre y a principios de 1921 gran parte de la Rusia rural pasaba hambre. Como en 1905 y en 1917, la escasez de alimentos incitaba a una rebeldía potencialmente revolucionaria. Los campesinos

boicotearon las requisas estatales de grano en toda la región del Volga, en los Urales y en Siberia. El levantamiento más serio tuvo lugar en Tambov, donde se propuso la supresión del control del partido sobre los soviets. Los rebeldes se unieron tras una serie de eslóganes bastante confusos: «¡Viva Lenin, abajo Trotski!» y «¡Vivan los bolcheviques, muerte a los comunistas!». [114]

La agitación se extendió pronto a las ciudades y en particular a la base naval de Kronstadt, situada en una isla en las inmediaciones de Petrogrado, lo que suponía una amenaza mucho más seria. Los marineros de Kronstadt habían formado parte durante mucho tiempo del ala más radical de la revolución. Hasta el verano de 1918 el mando de la base había estado en manos de un comité en el que participaban todos los partidos de izquierda y ahora exigían una nueva elección mediante voto secreto y libertad de expresión y propaganda. No pretendían el derrocamiento del gobierno, sino el fin del «comunismo de guerra» y del taylorismo en las fábricas, y el regreso a los ideales de octubre de 1917.[115] A primeros de marzo eligieron un Comité Revolucionario Provisional y durante dos semanas mantuvieron el control de la base, convertida en un estado-comuna en miniatura. Parecía como si estuviera en marcha una «tercera revolución» social-populista, de la que los bolcheviques podían ser las víctimas y no los beneficiarios.[116] Precisamente en aquel momento estaba teniendo lugar en Moscú el X Congreso del partido y Lenin tenía que afrontar el desafío de la Oposición Obrera y otras tendencias de izquierda.

Lenin tenía ante sí una difícil alternativa. Estaba claro que el modelo del «comunismo de guerra», basado en el poder estatal y

la coerción, había fracasado. La idea de que los obreros rusos trabajarían como piezas de una eficiente máquina era una fantasía, como lo era el sueño de Trotski del entusiasmo de todos y cada uno de los soldados. La fase inferior «socialista» del comunismo —control centralizado del estado y desaparición del mercado—, que era a lo que más se parecía el comunismo de guerra, no parecía funcionar bien en Rusia en 1921, y esto suponía un dilema para los bolcheviques. Podían intentar volver al «estado-comuna» de 1917 —un «avance» hacia el comunismo en términos marxistas— impulsando la movilización de la clase obrera, o bien podían «replegarse» al capitalismo. La opción de Lenin nunca estuvo en duda. El estado-comuna sólo serviría para apresurar la desintegración y el caos, y era incompatible con sus ambiciones modernizadoras; tampoco resolvería la principal dificultad económica, la escasez de alimentos. Había quedado claro que sólo los incentivos de mercado inducirían a los campesinos a cultivar más grano. Lenin, muy a su pesar, se vio obligado a aceptar las demandas de los campesinos de venderlo libremente. En el X Congreso del partido anunció la «Nueva Política Económica» (NEP) y pocos días después las tropas del Ejército Rojo aplastaron la rebelión de Kronstadt; el congreso adoptó también una resolución que prohibía las «fracciones» en el partido y la dirección ordenó la primera *chistka* («purga» o «limpieza») de los miembros poco fiables políticamente o de origen de clase «impuro». En 1918 la dirección bolchevique habían respondido al inminente colapso del régimen concentrando el poder en manos del partido; en 1921 reaccionaron frente a una segunda crisis disciplinando al propio partido.

Lenin admitía que se había «replegado» con respecto a sus

ambiciones económicas de 1919: «Cometimos un error al pensar que se podía eliminar el mercado y avanzar rápidamente hacia el comunismo»; los bolcheviques tenían que optar ahora por el «capitalismo de estado».[117] Le preocupaba la reacción del partido e insistió en que no se trataba de restaurar plenamente el capitalismo; la industria pesada, en el puesto de mando de la economía, seguiría nacionalizada. Pero el libre mercado para el grano tuvo una cascada de efectos en todo de economía:[118] había que consentir los negocios de los comerciantes privados —*nepmany*— para abastecer de grano a las ciudades; las fábricas que producían bienes de consumo, como las textiles, tendrían que ser desnacionalizadas para que los campesinos pudieran comprar esos artículos a cambio de su grano. Había que reducir las subvenciones a las industrias nacionalizadas para controlar la inflación, algo vital si se quería que los campesinos confiaran en la moneda. Como consecuencia, había que reducir los salarios, endurecer la disciplina en el trabajo y reforzar el poder de los directivos y los especialistas burgueses. La situación de los trabajadores se deterioró aún más y el desempleo seguía creciendo. Para muchos obreros y algunos bolcheviques, aquello se parecía demasiado al viejo orden capitalista. La NEP se había convertido en la «Nueva Explotación del Proletariado». ¿En qué había quedado el socialismo?

La NEP salvó el comunismo al apaciguar al campesinado. El partido bolchevique, una pequeña minoría de la intelectualidad revolucionaria, había tomado el poder cabalgando a lomos de una revolución popular, pero pronto comprobó que la construcción de un estado según sus principios marxistas era algo mucho más difícil. Sus anteriores métodos revolucionarios

eran demasiado perturbadores, la visión modernista era poco práctica y la política militarizada de la guerra civil suscitaba demasiada oposición. Su apoyo principal se hallaba ahora no tanto en la clase obrera urbana como en los jóvenes campesinos que componían el Ejército Rojo; pero era una base demasiado angosta y de hecho la política económica del comunismo de guerra era insostenible. Al reconocer la necesidad de un mayor apoyo social, los bolcheviques moderaron su anterior intransigencia e hicieron concesiones a la gran mayoría rural de la población. Puede que evitaran así convertirse en víctimas de una nueva revolución socialista, pero al aparecer aquella crisis repercutió sensiblemente sobre la salud de Lenin. Desde 1920-1921 su agotamiento era evidente. En mayo de 1922 tuvo su primera apoplejía y permaneció gravemente enfermo hasta su muerte en enero de 1924. Cabe quizá vincular el deterioro de su salud con el fracaso de sus esperanzas revolucionarias. La gran contribución de Lenin al marxismo en 1917 consistió en combinar una voluntad inflexible de modernización con una furiosa impaciencia revolucionaria. En marzo de 1921 aquel proyecto estaba en ruinas. Lenin se vio obligado a aceptar que el semicapitalismo de la NEP duraría algún tiempo. El socialismo sólo sería factible una vez que la clase obrera hubieran experimentado una «revolución cultural», expresión con la que parecía aludir a la educación y la incorporación de la ética del trabajo que él mismo había aprendido de sus padres.[119] Nunca admitió la acusación de la Segunda Internacional y los mencheviques de que la revolución había sido prematura, pero en la práctica había vuelto a un marxismo que se parecía bastante a la «espera revolucionaria» de Kautsky.

En 1920 el pintor y escultor Vladimir Tatlin recibió el encargo de diseñar un edificio para la Tercera Internacional («Comintern»), fundada el año anterior como rival de la Segunda Internacional de los partidos socialdemócratas. Tatlin, un artista «productivista», que pretendía combinar las formas geométricas y las fórmulas matemáticas con la utilidad social, hizo un buen trabajo en cuanto a presentar la versión jerárquica y tecnocrática del marxismo modernista. Su monumento pretendía ser el sucesor comunista de la Torre Eiffel: demostraría que la capital de la revolución mundial se había desplazado de París a Moscú. Era una combinación de helicoide y pirámide, con tres pisos superpuestos que debían girar a diferente velocidad. El mayor, en la base, para las asambleas legislativas, debía completar su rotación en un año; el siguiente piso, destinado a las instituciones y cuerpos ejecutivos, lo haría en un mes; y el más pequeño, en lo alto, tendría un período de rotación de un día y estaría «reservado para centros de carácter informativo: una oficina de información, un periódico y la publicación de declaraciones, llamamientos y manifiestos» mediante la radio.[120]

Aquel proyecto se convirtió en un clásico del diseño moderno, que representaba la creatividad soviética ante la intelectualidad de vanguardia occidental. En aquella época de escasez y pobreza era un proyecto claramente utópico. El modelo tuvo que hacerse de madera, no de vidrio y metal como se pretendía para el edificio real, y en lugar de la maquinaria prevista un joven manipulaba los resortes y poleas que hacían girar los pisos. El poeta vanguardista Maiakovski lo saludó como alternativa a los bustos pomposos que proliferaban en Moscú

—«el primer monumento sin barba»—, pero es dudoso que Lenin lo aprobara.[121] Aun así, su estado mecanizado tenía mucho en común con la torre de Tatlin: estaba hueco y destartalado, pero proporcionaba un símbolo de un sistema moderno, no capitalista, controlado por un «partido de vanguardia» disciplinado, que emitía «declaraciones, llamamientos y manifiestos» para los obreros del mundo entero. Ese partido iba a atraer a miles de futuros comunistas, deseosos de hallar una fuerza prometeica capaz de fomentar la revolución y de forjar la modernidad. En una época en que el viejo orden de cosas estaba en crisis, eran muchos los que veían la torre de Tatlin como un faro que señalaba el camino hacia el futuro.

3

La percepción desde Occidente

I

En febrero de 1919 uno de los intelectuales comunistas más destacados de la época de entreguerras, el autor teatral Bertolt Brecht, escribió una pieza, *Spartakus*,* en la que un soldado, Andreas Kragler, regresa de la guerra y encuentra Alemania quebrantada por la venalidad y la corrupción. Su antigua novia Anna, alentada por sus codiciosos padres, está a punto de casarse con un boyante estraperlista del que espera un hijo. Kragler, desesperado, pretende unirse, junto con los parroquianos de la Taberna de Glubb, a los insurgentes «espartaquistas», pero al recuperar a Anna desiste, diciendo: «Soy un cerdo, y el cerdo se va a casa».[1]

Brecht escribió *Spartakus* durante la tercera conflagración revolucionaria —la más radical— que afectó en mayor o menor medida a toda Europa, tras las de 1789 y 1848; pero desde aquellas otras revoluciones era mucho lo que había cambiado: ahora, para un ala radical estruendosa, gobernar sin la burguesía parecía no sólo posible sino necesario; en Rusia los bolcheviques

habían creado de hecho un gobierno «proletario» viable; y el imperialismo y chovinismo de las clases dominantes europeas —aristocracia y burguesía—habían llevado a la muerte a millones de personas. Muchos creían que el viejo orden había perdido su derecho a gobernar.

Intelectuales, escritores y artistas estaban en primera línea de la revolución y Brecht era uno de ellos, pero su actitud podía calificarse de ambigua; en *Spartakus* mostraba cierto escepticismo hacia la idea de sacrificio heroico y el protagonista, tras derrotar a su rival bugués en la porfía por Anna, antepone la comodidad de la vida privada a la azarosa lucha por un gobierno obrero revolucionario. El presagio de Brecht resultó premonitorio. Los espartaquistas no tomaron el poder en 1919 en Alemania y en 1921 estaba claro que la marea revolucionaria en Europa estaba en retroceso. Los partidos comunistas nacidos al amparo de la revolución rusa no consiguieron ganarse a la mayoría de la clase obrera o el campesinado europeo, y a mediados de la década de 1920 las clases dominantes habían restaurado el orden y con él el edificio de la autoridad y la propiedad.

Aun así, el rencor generado por la guerra y la revolución no se había desvanecido del todo y los comunistas seguían siendo una fuerza significativa, aunque minoritaria, en varios países, por más que se vieran obligados a modificar su estilo y planteamiento. El «repliegue» propuesto por Lenin, del radicalismo revolucionario a un marxismo de disciplina y jerarquía, se transmitió a todo el movimiento comunista internacional. Aquel realismo forzado era mucho más acorde con la sensibilidad de Brecht. Su machismo de chaqueta de cuero, odio al sentimentalismo, gusto por lo moderno y desdén

hacia los sueños románticos, reflejaban el sectarismo rígido de los comunistas en Europa occidental durante la década de 1920. El contraste con el idealismo de 1918-1919 no podía ser mayor.

II

En 1915, mientras Europa ardía en la hoguera bélica, la neutral Suiza albergaba dos grupos de intelectuales profundamente asqueados del derramamiento de sangre. El primero era el de los socialdemócratas antibelicistas, que se reunieron en el pueblecito de vacaciones de Zimmerwald en septiembre de 1915 y de nuevo en Kiental en abril de 1916. La asistencia fue escasa. La mayoría de los 38 delegados representaban a agrupaciones de Europa oriental, como los rusos Lenin y Trotski, aunque los socialistas italianos (PSI) y los socialdemócratas suizos también constituían una presencia importante. Los grandes partidos socialdemócratas de Europa occidental apoyaban la guerra y estaban por tanto ausentes. Trotski recordaba amargamente que medio siglo después de la fundación de la Primera Internacional, los internacionalistas europeos podían trasladarse confortablemente en un par de vagones.[2] En aquellas circunstancias tan poco propicias se sentaron las bases para la fundación del movimiento comunista internacional.

Un par de meses antes de la reunión de Kiental, en un ambiente muy diferente —el recién abierto Cabaret Voltaire, de Zúrich— otro grupúsculo intelectual expresaba su horror ante la guerra: el movimiento artístico primitivista Dadá. Hans Arp recordaba así cómo pensaban él y sus rebeldes amigos:

> En Zúrich, en 1915, tratando de olvidar las carnicerías de la guerra mundial, nos volcamos en el arte. Mientras los cañonazos de la artillería tronaban en la distancia, nosotros nos reuníamos para recitar versos, escribíamos, cantábamos con toda nuestra fuerza. Buscábamos un arte elemental que salvara —pensábamos— a la humanidad de la furia enloquecida de aquellos tiempos.[3]

Los dadaístas diferían, pues, de los marxistas en su alejamiento de la política, al menos al principio; pero en otros aspectos tenían mucho en común con ellos: querían afrentar a la burguesía y sus espectáculos en el Cabaret Voltaire tendían directamente a provocar la violencia y duros enfrentamientos con la policía.

En 1915 tanto los socialdemócratas radicales como los dadaístas parecían predicar en el desierto. El derramamiento de sangre proseguía. Lenin no consiguió ni siquiera persuadir a otras corrientes marxistas antibelicistas de que se escindieran de la Segunda Internacional; pero al cabo de un año todo había cambiado: al prolongarse la guerra, la izquierda se sentía cada vez más desengañada. En 1916 el Comité Ejecutivo de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) se vio seriamente dividido con respecto a la votación de los créditos de guerra y al cabo de poco tiempo se escindió el propio Partido Socialdemócrata Alemán. La mayoría seguía apoyando la guerra, pero ahora figuras muy significativas como Kautsky y Bernstein se oponían a ella; al mismo tiempo surgió un ala izquierda más radical, dirigida por Rosa Luxemburg y el abogado Karl Liebknecht, que llamaron a su fracción *Spartakusbund* («Liga Espartaco») en recuerdo del dirigente de la rebelión de los esclavos romanos. En abril de 1917 el partido se escindió, dando lugar a la fundación por la minoría del Partido Socialdemócrata

Independiente (*Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, USPD).

En 1916 bolcheviques y dadaístas no habrían sentido más que desprecio mutuo; Lenin habría calificado de románticos utópicos a los dadaístas. Pero en 1918 algunos de ellos, en particular los alemanes, abrazaron la política marxista radical y se formó —con un nombre algo incongruente— el «Comité Central Revolucionario de Dadá»; uno de los más famosos, el pintor George Grosz, introdujo los *graffiti*, dibujos infantiles y otras formas de arte popular en corrosivas caricaturas de militares arrogantes y capitalistas codiciosos. Grosz se iba a convertir en un miembro muy destacado del movimiento revolucionario y del Partido Comunista Alemán (*Kommunistische Partei Deutschlands*, KPD) de 1919 a 1922.[4]

La guerra también minó la fe de mucha gente corriente en las viejas élites. Los gobiernos pedían enormes sacrificios en nombre del patriotismo y al prolongarse la guerra aumentó el resentimiento. Los mismos sacrificios no parecían merecer la misma compensación. En el frente interno el nivel de vida y las condiciones de trabajo se deterioraban y la escasez de alimentos era endémica, mientras en el frente proseguía lo que muchos consideraban una carnicería inútil.

A diferencia del régimen zarista, la mayoría de los gobiernos en guerra estaban dispuestos a incluir en sus alianzas a los socialistas no revolucionarios. Los socialdemócratas alemanes apoyaban los créditos de guerra y la Sección Francesa de la Internacional Obrera se incorporó al gobierno de la «unión sagrada» (*Union Sacrée*) asumiendo la gestión del Ministerio de Obras Públicas y más tarde la del Ministerio de Armamento. Sin embargo, al prolongarse la guerra los socialistas de la

Segunda Internacional se veían cada vez más comprometidos por su cooperación con las clases dominantes. Muchos trabajadores corrientes los veían como poco más que rehenes del sistema; las condiciones de trabajo en las fábricas empeoraban mientras que la disciplina se endurecía. Pronto se ahondaron las diferencias entre los trabajadores de base, por un lado, y los socialistas y sindicalistas moderados por otro. El control de estos últimos sobre la clase obrera se vio además debilitado por la incorporación de nuevas capas al proletariado: mujeres, inmigrantes del campo, y en el caso de Alemania, reclutas extranjeros de los países ocupados,[5] sin apenas lazos con los sindicatos y los partidos socialistas tradicionales; aquellos obreros no especializados, que inundaban en masa las nuevas fábricas e industrias de guerra, constituían la base de apoyo de las revoluciones de posguerra.[6]

Entre 1918 y 1925 las huelgas y el número de participantes en ellas se multiplicaron.[7] En Alemania, en 1917, más de quinientas huelgas afectaron a un millón y medio de obreros;[8] en Gran Bretaña se mantuvo un nivel muy alto de actividad huelguística durante toda la guerra, especialmente en algunas áreas más radicales como el «Clydeside Rojo» en torno a Glasgow. Las huelgas se fueron politizando también cada vez más, y los que participaban en ellas subrayaban obsesivamente la diferencia en los sacrificios que suponía para las distintas clases el esfuerzo de guerra. En noviembre de 1916 las mujeres de los ferroviarios de la ciudad de Knittelfeld, en Austria, se quejaron de que les estaban restringiendo el azúcar para que los burgueses y militares pudieran pasar su tiempo de ocio en los cafés.[9] Durante la primavera y el verano de 1917 protestas masivas barrieron Europa y los obreros comenzaron también a exigir el

fin de la guerra.

Así pues, antes incluso de los acontecimientos de San Petersburgo iba fermentando una reacción popular contra la guerra; pero el ejemplo de la revolución bolchevique reforzó aún más la izquierda radical y en enero de 1918 huelgas y manifestaciones masivas sacudieron Alemania y el Imperio Austrohúngaro; en cualquier caso, el factor crucial en el desencadenamiento de la revolución fue la derrota en la guerra, cuando pareció que todos los sacrificios habían sido vanos. Para sus críticos radicales, las élites —aristócratas, burgueses y socialistas moderados— habían llevado a sus respectivos países a una agresión desastrosa e inútil. Como declaraba el pintor de la corriente *Jugendstil,* Heinrich Vogeler: «La guerra ha hecho de mí un comunista. Tras mi experiencia en la guerra, ya no podía seguir perteneciendo a una clase que había llevado a la muerte a millones de personas».[10] No cabe sorprenderse de que en octubre y noviembre de 1918 el viejo régimen se viniera abajo por el empuje de una revolución popular y en cierto sentido nacionalista.

A primera vista, el panorama político alemán parecía sorprendentemente similar al de Rusia después de febrero de 1917. Se crearon consejos de obreros y soldados al tiempo que se constituía un nuevo gobierno provisional formado por liberales de izquierda, socialistas moderados (el SPD) y una minoría más radical (el USPD), bajo la presidencia del socialdemócrata Friedrich Ebert. Rosa Luxemburg y el pequeño grupo de los espartaquistas proponían una revolución al estilo soviético y el fin de la democracia parlamentaria, pero a diferencia de lo sucedido en Rusia, la mayoría de los consejos no propugnaban una república soviética y seguían confiando en el

orden parlamentario; los radicales no eran más que una pequeña minoría.[11] En Alemania no existía el terrible abismo entre «pueblo» y régimen que se daba en Rusia, lo que tampoco era de extrañar dadas las profundas diferencias en su configuración política antes de la guerra; pero Ebert estaba convencido de la amenaza de una nueva revolución bolchevique y estaba decidido a no convertirse en otro Kerenski, por lo que actuó con mayor resolución que su predecesor ruso, creyendo que sólo una alianza con el ejército y las viejas élites imperiales podría evitar el peligro revolucionario y garantizar la democracia parlamentaria.

La disposición de Ebert y su gobierno a aliarse con la derecha contra los consejos obreros ha sido siempre muy discutida y cabría juzgarla como una reacción excesiva que contribuyó a la terrible polarización de la política alemana entre las dos guerras mundiales;[12] pero en aquella época la perspectiva de nuevas revoluciones bolcheviques en Europa no le parecía una exageración ni a la derecha ni a la izquierda, y los propios bolcheviques estaban llenos de optimismo.

En marzo de 1919 la fundación de la Tercera Internacional «comunista» (Comintern) formalizó la escisión del marxismo entre comunistas y socialdemócratas y estrechó los lazos entre los partidos prosoviéticos más radicales. Se declararon repúblicas soviéticas en Hungría (en marzo), en Baviera (en abril) y en Eslovaquia (en junio), y parecía existir una posibilidad real de que el bolchevismo se extendiera, aunque el gobierno húngaro del periodista Béla Kun fue el único régimen comunista que llegó a establecerse plenamente durante un breve período. Las huelgas y las protestas radicales se prolongaron hasta 1921. En las elecciones de junio de 1920 en Alemania la izquierda radical obtuvo resultados muy parejos a los de los socialistas moderados

(20,3 por 100 de los votos, frente al 21,6 por 100 para el SPD). La ola roja también afectó al sur de Europa, dando lugar a la denominación *trienio bolchevista* para los años 1918-1920 en España y al *biennio rosso* en Italia (1919-1920). En el norte de Italia pareció durante esos años que el movimiento de los consejos de fábrica y las «ocupaciones» iba a dar lugar realmente a una revolución comunista. La agitación obrera en Estados Unidos, inspirada por los *wobblies* y otros izquierdistas, también fue muy amplia, y en 1919-1920 se produjo la oleada de huelgas más poderosa de la historia estadounidense, generalizándose las reivindicaciones obreras de mejoras en las condiciones de vida y trabajo y más democracia en la fábrica.

Los partidos comunistas se vieron favorecidos por aquel radicalismo de base. Sus miembros eran en general jóvenes y en buena parte obreros no especializados o semiespecializados; la mayoría de los participantes en el II Congreso de la Comintern en julio de 1920 tenía menos de cuarenta años y pocos habían desempeñado un papel importante en el movimiento socialdemócrata antes de la guerra.[13] Muchos habían surgido de los consejos de obreros y soldados que se formaron en las postrimerías o a raíz de la guerra, más que de partidos organizados o de los sindicatos, en reacción contra lo que consideraban una fatigada cultura socialdemócrata de gente de mediana edad y demasiado complaciente.[14]

Los comunistas se sentían en parte impulsados por razones económicas, pero muchos se radicalizaron también por su experiencia en los ejércitos alemanes y austrohúngaros, con su rígida jerarquía y su dura disciplina. Walter Ulbricht era uno de aquellos activistas comunistas. Nacido en Leipzig, su padre era sastre y su madre costurera, ambos socialdemócratas, por lo que

se educó en la cultura omnímoda del socialismo marxista del partido de Kautsky; pero fue el estallido de la guerra lo que lo llevó a optar por el socialismo izquierdista más militante. Su experiencia en el ejército alemán le hizo odiar durante toda su vida «el espíritu militarista prusiano». Pasó cuatro años muy difíciles, sufriendo enfermedad (contrajo la malaria) y castigos por distribuir folletos espartaquistas. Finalmente escapó de una prisión militar y regresó a Leipzig, participando activamente en la política del KPD. Ascendió rápidamente en la jerarquía del partido, convirtiéndose en uno de sus principales dirigentes en Sajonia, y en 1921 participó como delegado en el IV Congreso de la Comintern en Moscú, donde conoció a Lenin.[15] Fue aquella generación de comunistas —nacidos en la cultura proletaria marxista de la Alemania imperial y radicalizados por la guerra— la que iba a dominar el régimen comunista establecido en Alemania oriental tras la segunda guerra mundial; el propio Ulbricht ocupó el puesto de secretario general o primer secretario del Partido Socialista Unificado (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, SED) entre 1950 y 1971.

La experiencia de la guerra y la derrota llevó a algunos intelectuales al marxismo revolucionario. Muchas de las razones de esta evolución residían en su desprecio a la «burguesía», aunque los burgueses contra los que luchaban fueran de un tipo muy particular, no como los estrechos e inflexibles Gradgrind dickensianos de *El capital*, sino quizá mejor representados por Diederich Hessling, el antihéroe de Heinrich Mann en su popular novela *El patriotero* (*Der Untertan*).* Se trata de un burgués «feudalizado» tan servil hacia el káiser Guillermo como Hermes con Zeus, fundamentalmente un oportunista cínico que ha aprendido a venerar la jerarquía en la escuela y en la

universidad. Intenta patéticamente congraciarse con la aristocracia, participando en duelos rituales y adoptando incluso un mostacho guillermino que complementa su simpatía por el militarismo e imperialismo entonces de moda, mientras explota a los obreros de su fábrica.[16]

El patriotero corroboraba literariamente la teoría del imperialismo de marxistas como Rosa Luxemburg, para los que existía un «vínculo de hierro» entre el capitalismo y el imperialismo militarista, y la vieja tesis liberal del capitalismo como portador de libertad y paz ya no parecía creíble. Aquel análisis resultaba convincente para muchos, aunque no fueran marxistas convencidos. Karl Kraus, editor de la revista satírica vienesa *Die Fackel* («La Antorcha») y crítico del nacionalismo (aunque no fuera en absoluto marxista), captó el atractivo del comunismo para los intelectuales airados. En noviembre de 1920 explicaba:

> El comunismo no es en realidad más que la antítesis de una ideología particular totalmente dañina y corrosiva. Agradezcamos a Dios que el comunismo brote de un ideal limpio y claro y que preserve su propósito idealista aunque, como antídoto, pueda excederse en su vehemencia. Al diablo su importancia práctica; pero quiera Dios preservárnoslo al menos como amenaza imperecedera para quienes poseen grandes propiedades y que para seguir gozando de ellas están dispuestos a enviar a la humanidad a la guerra o entregarla al hambre en nombre del honor de la patria. Que Dios preserve el comunismo de forma que evite que la malvada estirpe de sus enemigos actúe de forma aún más descarada y que los desaprensivos chupasangres … se vean al menos acosados por pesadillas que presagian su ruina.[17]

Aunque Kraus tuviera sus dudas sobre la «vehemencia» del comunismo, para otros ahora parecía normal; había que combatir el fuego con fuego. Antes de la guerra muchos intelectuales de vanguardia despreciaban la vida burguesa «filistea» y su sometimiento al dinero y la tecnología, anhelando

una política más espiritual y enardecedora. Aquellos anticapitalistas románticos a veces daban la bienvenida a la guerra como una oportunidad para aplastar la complacencia burguesa y crear un hombre nuevo, lleno de renovado vigor y espíritu.[18] Pero la guerra afectó a esos radicales de forma diferente. Para algunos, como el futurista Marinetti, que acabó en la derecha fascista, mostraba la necesidad de un nacionalismo aún más intenso y mesiánico; pero la respuesta más común era una profunda desilusión del nacionalismo. Muchos de los intelectuales de izquierda del período de Weimar habían interiorizado el horror de las batallas en el frente.

Pero por mucho que la guerra hubiera desacreditado el militarismo nacionalista, no sucedió lo mismo con el romanticismo del tiempo de guerra. Artistas e intelectuales estaban más decididos que nunca a crear al hombre nuevo, libre de las limitaciones de la sociedad burguesa, pero ahora el modelo para ese hombre nuevo sería el obrero ideal y no un guerrero nacionalista. Muchos de los artistas partícipes del expresionismo —un movimiento que daba primacía a la intensidad del sentimiento y la riqueza de la imaginación— se desplazaron hacia la izquierda. El autor teatral Ernst Toller, por ejemplo, fue uno de los dirigentes de la breve república soviética de Baviera en abril de 1919.[19]

Dado el ambiente exaltado de la época, es comprensible que los principales teóricos marxistas de aquella generación se identificaran con la tendencia romántica y se sintieran más próximos a Aleksandr Bogdanov y la izquierda bolchevique que a Lenin. György Lukács, por ejemplo, intelectual nacido en una rica familia judía de Budapest, había sido un crítico romántico del capitalismo antes de la guerra, cuyos intereses se situaban

más en formas utópicas de misticismo que en la izquierda socialista; el socialismo, para él, no tenía «pujanza religiosa suficiente como para llenar toda el alma»;[20] pero la guerra y la subsiguiente revolución bolchevique lo convencieron de que el comunismo era la mejor forma de crear una nueva sociedad, libre de la racionalidad asfixiante de la burguesía. Su amigo Paul Levy le atribuía la siguiente opinión de los bolcheviques:

> La revolución rusa … sólo está dando los primeros pasos para llevar a la humanidad más allá del orden social burgués de la mecanización y la burocratización, el militarismo y el imperialismo, hacia un mundo libre en el que el Espíritu volverá a dominar de nuevo y el Alma dispondrá por fin de holgura para vivir.[21]

A Lukács le llevó algún tiempo superar su desconfianza de la violencia ejercida por los comunistas, y hasta diciembre de 1918 no lo convenció finalmente Béla Kun. Cuando éste formó el gobierno revolucionario de la República Consejista Húngara (*Magyarországi Tanácsköztársaság*) en marzo de 1919, Lukács ocupó el puesto de vicecomisario del Pueblo de Enseñanza Pública durante los 133 días que duró aquel régimen, organizando representaciones de George Bernard Shaw, Gogol e Ibsen para los obreros de Budapest. En los últimos días del gobierno consejista aquel intelectual tan cerebral se convirtió en comisario político de una división del Ejército Rojo húngaro, recorriendo las trincheras y desafiando el fuego enemigo.[22] Su marxismo fue siempre más izquierdista y radical que el de Lenin e incluso sugirió que el Partido Comunista debía disolverse una vez que hubiera tomado el poder.[23] Se hizo más ortodoxo durante los años de su exilio en Viena, pero su *Historia y conciencia de clase* de 1923 se convirtió en uno de los textos más

importantes del «marxismo occidental», un tipo de marxismo que insistía en la preeminencia de la cultura y el factor subjetivo sobre la ciencia y las leyes de la historia.[24] Fue satirizado de manera muy hiriente e injusta por Thomas Mann en su novela de 1924 *La montaña mágica*, donde aparece bajo el nombre de Leo Naphta como una extraña combinación de judío, jesuita y comunista. En uno de los largos debates en la novela, declaraba:

> El proletariado ha asumido la tarea de san Gregorio Magno, cuyo celo religioso ha heredado, y como él a duras penas puede abstenerse de derramar sangre. Su tarea es infundir terror en el mundo para salvarlo, a fin de que el hombre pueda alcanzar el último objetivo de la redención y retornar a su estado original como hijo de Dios, libre de leyes y sin diferencias de clases.[25]

La preocupación por la primacía de la cultura sobre la economía fue también un rasgo característico del marxismo del influyente teórico italiano Antonio Gramsci, aunque su origen familiar fuera muy diferente al del acomodado Lukács. Hijo de un humilde funcionario del gobierno de Cerdeña, donde todavía dominaba la aristocracia terrateniente, de salud delicada, Gramsci admitía haber sentido desde muy pequeño «un instinto de rebelión contra los ricos».[26] Su socialismo era, pues, quizá más natural que el de Lukács, y desde su ingreso en la Universidad de Turín —una ciudad industrial con un fuerte movimiento sindical— se lanzó a la política más izquierdista. Sin embargo, compartía el deseo de Lukács de reconciliar el marxismo con la transformación cultural del espíritu. Los intelectuales comunistas no tenían por qué ser científicos, agrónomos y economistas kautskianos. Como los sacerdotes de la Iglesia Católica medieval, tenían que captar y entender las pasiones de las masas.

Gramsci, influido por la *proletkult* rusa, esperaba que el movimiento de los consejos de fábrica generara una nueva cultura proletaria igualitaria, ya que el socialismo era «una visión integral de la vida» con «una filosofía, una mística y una moralidad».[27] Siempre permaneció fiel a esa tradición democrática radical asentada en las organizaciones construidas por los propios trabajadores, más que en un partido centralizado.[28] Aun así, en la compleja política fraccional de la época, a finales de 1923 fue reconocido por Moscú como dirigente del Partido Comunista Italiano.

El interés de Lukács y Gramsci por los aspectos culturales y subjetivos del marxismo era compartido por muchos otros intelectuales occidentales de su generación. El Instituto de Investigación Social (*Institut für Sozialforschung*) o «escuela de Frankfurt», fundado en Alemania en 1923 (y que se trasladó a Nueva York en 1934 cuando Hitler llegó al poder), incluía figuras con pocos lazos con la política práctica como los críticos culturales marxistas Walter Benjamin, Herbert Marcuse y Theodor Adorno, cuya influencia durante el período de entreguerras fue quizá menor que durante el siguiente florecimiento del marxismo romántico en Occidente en la década de 1960.[29] Aunque eran todavía muy jóvenes, fue entonces cuando escribieron sus trabajos más influyentes (Gramsci mientras permanecía encarcelado en una prisión fascista), en los que cabe apreciar un rechazo patente del marxismo «modernista» objetivista, igualmente manifiesto en los escritos de una importante teórica que al mismo tiempo era una política comunista activa: Rosa «roja» Luxemburg, marxista radical y defensora de la democracia revolucionaria, que criticaba el «gradualismo» modernista y una dirección

socialdemócrata que consideraba estólida y carente de imaginación. Sus gustos eran muy opuestos a los de Lenin. Odiaba lo que llamaba «mentalidad alemana» por su rutina y rigidez, admirando en cambio el brío revolucionario ruso.[30] Si Lenin creía que su tarea consistía en occidentalizar Rusia, Luxemburg pensaba que la suya era rusificar Alemania; pero en otros aspectos estaba muy cerca de Lenin: marxista, nacida en el imperio ruso en 1871 —un año después que Lenin—, educada en el marxismo ortodoxo, que aunque insistía en la revolución aseguraba que el capitalismo estaba a punto de hundirse de todas formas. También compartía el interés de Lenin por la economía y su principal obra teórica, *La acumulación del capital* (1913), trataba de mostrar, como *El capital* de Marx, que el capitalismo estaba condenado por sus propias contradicciones económicas internas; como en el caso de Lenin, la monotonía burguesa personal de su vida cotidiana contrastaba drásticamente con su implacable crítica de la burguesía.

Luxemburg también compartía los criterios de Lenin con respecto a la estrategia revolucionaria en 1918. Su compromiso como activista militante la llevó a propugnar el establecimiento inmediato del socialismo en Alemania y su Liga Espartaco (*Spartakusbund*) se convirtió en el núcleo del KPD, el Partido Comunista Alemán creado el 30 de diciembre de 1918. Siempre fue una demócrata radical que criticó el terror y el autoritarismo de los bolcheviques; aun así, Lenin mantuvo el afecto que sentía por ella y tras su muerte recordó en público una fábula rusa: «Un águila puede en ocasiones descender más bajo que una gallina, pero una gallina jamás podrá ascender tan alto como un águila. Rosa Luxemburg se equivocó en la cuestión de la independencia de Polonia; se equivocó en 1903 en su juicio del

menchevismo … pero nunca dejó de ser un águila, capaz de elevarse a las cumbres más altas del pensamiento marxista».[31]

A finales de 1918 y principios de 1919 el propio Lenin parecía propugnar en Occidente el radicalismo revolucionario que había comenzado a cuestionar en Rusia. Los obreros occidentales, en su opinión, estaban más maduros que los atrasados rusos, por lo que su revolución podría «desarrollarse con menos dificultades» y llegar al poder de formas diversas, sin la necesidad de la disciplina de hierro de un partido de vanguardia. Así, aunque insistía en la necesidad de crear una Tercera Internacional —la Comintern, o Internacional Comunista— para rivalizar con la Segunda —la socialdemócrata—, no creía que fuera preciso imponer en ella un control centralizado. El I Congreso de la Comintern se inició en una glacial sala del Kremlin un frío domingo de marzo de 1919, y fue bastante caótico. Llegaron muy pocos de los delegados extranjeros esperados, y los que lo hicieron tuvieron que sentarse en «endebles sillas en torno a desvencijadas mesas traídas de algún café», mientras «trataban en vano de compensar con alfombras el mal funcionamiento de las estufas, que en lugar de calentar arrojaban terribles ráfagas de aire helado sobre los delegados».[32] Pero la baja temperatura de la sala se vio pronto contrarrestada por el calor de la retórica. Muchos delegados estaban convencidos de que la revolución mundial era inminente y de que los consejos obreros serían las semillas del nuevo estado. De hecho, el «Manifiesto al proletariado del mundo entero» de Trotski ni siquiera mencionaba la cuestión de la vanguardia, el Partido Comunista; el modelo del nuevo orden era el esbozado en *El estado y la revolución*.[33]

III

Durante un tiempo la teoría marxista y el movimiento popular parecían moverse al unísono y el marxismo revolucionario se difundía entre las corrientes más militantes del movimiento obrero. A los partidos comunistas les iba mejor en algunos países que en otros, pero en cualquier caso la pauta seguida no era la predicha por el marxismo ortodoxo: en los más industrializados la clase obrera, por concentrada y amplia que fuera, no daba lugar a un potente movimiento comunista, sino que más bien daba su apoyo a los socialistas y sindicalistas moderados, que aprovechaban el poder de las movilizaciones obreras para obtener concesiones de las clases dominantes; a los comunistas, paradójicamente, parecía irles mejor en países agrícolas subdesarrollados donde la industrialización era tardía y endeble y la clase obrera estaba poco organizada. En esos países los campesinos solían sentir mucho odio hacia los restos del Antiguo Régimen y la nobleza terrateniente y los socialistas moderados eran débiles.[34] A los comunistas también les ayudó la derrota en la guerra, que desacreditó a la aristocracia y a los socialistas que habían cooperado con ella.

Evidentemente Rusia era la que cumplía mejor esas condiciones, pero Hungría también se adecuaba en parte al modelo. A diferencia de Rusia no existía allí una fuerte tradición de política marxista revolucionaria, sino que se trataba de una sociedad predominantemente agraria gobernada por un régimen aristocrático conservador de base muy estrecha, que había perdido la guerra y se había negado a hacer concesiones a otras

clases y a sus minorías nacionales. El descrédito de la élite y la amenaza de desintegración territorial dieron lugar a una notable agitación rural, y en octubre de 1918 una revolución incruenta de los obreros de Budapest llevó al poder al conde Mihály Károlyi como presidente de un gobierno provisional de liberales y socialistas moderados. Aunque se suponía que debía preparar las elecciones para una Asamblea Constituyente, éstas fueron repetidamente pospuestas, alegando que no podían tener lugar mientras las tropas aliadas ocuparan Hungría. El gobierno se vio también paralizado por las discrepancias entre liberales y socialistas con respecto a la reforma agraria. El resultado fue una creciente presión de los obreros, campesinos y soldados desmovilizados, cada vez más radicalizados.

Hungría parecía seguir una trayectoria similar a la de Rusia año y medio antes. También allí había un partido de extrema izquierda (muy influido por el partido bolchevique ruso) que aprovechó la situación revolucionaria. Sin embargo, aquel partido se había gestado en el extranjero —en Rusia— y no en el país. Al estallar la revolución de Febrero había en Rusia medio millón de prisioneros de guerra húngaros, muchos de los cuales simpatizaban con los bolcheviques. Uno de ellos, el carismático periodista Béla Kun, participó activamente en la creación y desarrollo de los soviets y se trasladó a Petrogrado, donde organizó un grupo de ex prisioneros de guerra húngaros. Aquél fue uno de los primeros intentos de los bolcheviques de exportar la revolución. Creían que, tras Alemania, Hungría era el «eslabón más débil» de la cadena capitalista. Se crearon escuelas revolucionarias en Moscú y en Omsk para entrenar a los ex prisioneros húngaros y a continuación los devolvieron a su país. En noviembre de 1918 se creó formalmente el Partido

Comunista Húngaro (*Kommunisták Magyarországi Pártja*, KMP) en el hotel Dresde de Moscú, y desde allí partió en dirección a Hungría Béla Kun al frente de un grupo de comunistas para convertir la «Kerenskiada húngara» en el «Octubre húngaro».

Kun era un propagandista eficaz y un orador convincente, como admitían incluso sus enemigos. Uno de ellos, socialista, describía así uno de sus discursos:

> Ayer oí hablar a Kun … Fue un discurso audaz, entusiasta y lleno de odio. Es un hombre de aspecto firme, con cabeza de toro, cabello espeso y bigote; esas características, no tanto judías como campesinas, son las que mejor describirían su rostro … Conoce a su audiencia y la domina … Los obreros distanciados desde hace mucho de los dirigentes del Partido Socialdemócrata, jóvenes intelectuales, profesores, doctores, abogados, funcionarios y oficinistas reunidos en aquella sala … conocieron allí a la vez a Kun y el marxismo.[35]

Aquella energía, combinada con ayuda financiera soviética, fue muy eficaz, pero los comunistas también se beneficiaron de la radicalización de los consejos obreros y las amenazas a la integridad territorial húngara.[36] El gobierno del conde Károlyi se enfrentaba al apoyo aliado a las demandas rumanas, checoslovacas y yugoslavas de partes del territorio húngaro, mientras los comunistas argumentaban que una alianza con la República Soviética rusa permitiría hacer frente a los pérfidos aliados. En marzo el Partido Socialista se fusionó con el Comunista para crear un gobierno conjunto y así nació la República Consejista Húngara.

Los húngaros fueron así los primeros comunistas en combinar el nacionalismo con el fervor revolucionario, y al principio tuvieron cierto éxito evitando que los aliados impusieran sus condiciones. Parecía como si al rechazar la

ortodoxia internacionalista de Lenin pudieran unir a un gran número de húngaros tras la bandera del comunismo; pero en otros aspectos Kun y los comunistas húngaros eran mucho menos pragmáticos que Lenin. Sus ideas económicas procedían del marxismo radical de *El estado y la revolución* y su modelo de «democracia proletaria», tan relevante en la retórica bolchevique de 1917-1918.[37] Para Kun los húngaros eran superiores a los rusos, y por tanto más capaces de una rápida transición al comunismo que estos últimos. Se abolió el pago a los obreros según su rendimiento —salario a destajo o por pieza—, se aumentaron los salarios y se redujeron los alquileres de los obreros; también se proyectaba nacionalizar las fábricas y someter toda economía a un control central. Además, el ejército quedó convertido en una institución puramente proletaria, proscribiendo el reclutamiento obligatorio, y todos los soldados no obreros fueron licenciados. Al mismo tiempo, un «Escuadrón de Terror del Consejo Revolucionario Gobernante», entre cuyos componentes, apodados «los chicos de Lenin», había muchos jóvenes bravucones con chaqueta de cuero, perseguía a los ricos amparados por el Antiguo Régimen.

Muchos de esos experimentos de los comunistas húngaros provocaron el caos y tuvieron que ser abrogados por la presión socialista, pero el gobierno no consiguió restaurar el orden en la economía urbana y además sólo atendía a los intereses del proletariado, lo que le llevó a ordenar la nacionalización y colectivización de la tierra. Lenin aconsejó a los comunistas húngaros que no intentaran llevar a la práctica aquella decisión insensatamente ambiciosa, pero la obstinación de Kun estaba teñida de orgullo nacional: «Llevemos la revolución también al campo. Deberíamos ser capaces de hacerlo mejor que los

rusos…».[38] Las requisas forzadas para alimentar al ejército y la campaña antirreligiosa convencieron no obstante a los campesinos de que aquel nuevo régimen les había declarado la guerra.

El gobierno de los consejos húngaros perdió así buena parte del apoyo popular que tenía: los campesinos eran particularmente hostiles, pero también los obreros industriales se sentían perjudicados por la escasez y la depreciación de la moneda debida a la inflación; en cualquier caso, lo que realmente socavó el régimen fue su fracaso en cuanto a defender la nación frente a la agresión extranjera: a finales de la primavera de 1919 el Ejército Rojo húngaro respondió a una incursión checa y penetró profundamente en Eslovaquia, estableciendo allí en junio una república a su imagen y semejanza; Kun planeaba incluso un golpe en Viena, fácilmente frustrado. Sin embargo, cuando el primer ministro francés Clemenceau y los aliados exigieron la retirada húngara, Kun la aceptó, lo que provocó un colapso de la moral del ejército y alentó a los vecinos de Hungría a contraatacar. En sus últimas semanas el régimen desencadenó el «terror rojo» contra los «enemigos» internos intentando consolidarse; en él murieron 587 personas. Kun pidió desesperadamente a Lenin ayuda militar, pero fue en vano: la situación de los bolcheviques en la propia Rusia no se lo permitía; el 1 de agosto el Consejo Revolucionario Gobernante decidió entregar el poder a los sindicatos, y huyó a Austria. La República Consejista Húngara fue víctima de la presión exterior más que de un levantamiento popular, pero Kun percibió que su régimen no había conseguido ganarse el apoyo de la totalidad de los obreros húngaros, y menos aún del resto de la población.

Los comunistas húngaros fueron víctimas de su propio

dogmatismo y de su incapacidad para cumplir sus promesas nacionalistas en un momento en que el país luchaba por su supervivencia. En comparación, las condiciones para los comunistas parecían más favorables en Italia. El Partido Socialista Italiano (PSI) tenía una larga historia de organización eficaz y oposición a la guerra; el norte de Italia, industrializado tarde y desigualmente como Rusia, tenía una clase obrera muy concentrada en el triángulo Turín-Génova-Milán, con un campesinado radical en el cercano valle del Po; y los marxistas italianos estaban aún más dispuestos que los húngaros a encabezar a los campesinos. En octubre de 1919 el PSI declaró que las reformas liberales no eran suficientes y que había llegado el momento para la creación de un nuevo tipo de estado socialista. La izquierda radical obtuvo un gran triunfo electoral en las elecciones de noviembre* y durante la primavera y otoño de 1920 las huelgas y boicots se vieron reforzados por la ocupación de fábricas. Para Gramsci, los consejos de fábrica elegidos en aquellas luchas durante el llamado *Biennio Rosso* (1919-1920) podían ser los fundamentos del nuevo estado.[39]

Pero al igual que en Rusia, a la izquierda radical italiana le resultaba difícil conciliar la democracia de los consejos de fábrica con una coordinación económica eficaz. Cada consejo de fábrica atendía primordialmente a sus propios intereses, lo que daba lugar a problemas de abastecimiento e interrupciones gravosas.[40] La coordinación del movimiento revolucionario también planteaba dificultades. Los socialistas radicales controlaban algunas regiones, pero el ejército y los partidos «burgueses» tradicionales seguían siendo dueños del estado y gran parte de la población, especialmente en el campo, seguía bajo el influjo del conservadurismo católico. Por otra parte,

entre los propios socialistas había profundas discrepancias. Parte de los miembros y de la dirección del PSI desconfiaban del radicalismo revolucionario y en septiembre de 1920 un referéndum en los sindicatos rechazó la propuesta de que los consejos de fábrica se convirtieran en la base de un estado revolucionario alternativo, aunque la diferencia no fue muy grande, de 591.245 votos frente a 409.569. Gramsci y otros dirigentes del PSI, que habían puesto sus esperanzas en el movimiento de los consejos de fábrica, aceptaron pronto la necesidad de un partido leninista centralizado para dirigir la revolución, pero la corriente «maximalista», aun manifestándose a favor de la revolución, se opuso a la expulsión de la corriente reformista exigida por la Comintern, lo que provocó la escisión del partido en su congreso de Livorno, celebrado en enero de 1921.** La izquierda dividida ya no era capaz de hacer frente en pie de igualdad a la derecha paramilitar. Desde 1919 diversos grupos —algunos de ellos procedentes de la izquierda, como los propios fascistas dirigidos por Mussolini, ultranacionalistas, somatenes organizados por los terratenientes en el campo y muchos jóvenes de la clase media urbana, empobrecida y desestructurada por la guerra— combatían la Marea Roja que a su juicio estaba destruyendo la unidad y el prestigio de Italia; en noviembre de 1921 confluyeron en el *Partito Nazionale Fascista*, desencadenaron una terrible violencia contra la izquierda y en último término se alzaron con el poder tras la Marcha sobre Roma en octubre de 1922. En 1926 el propio Gramsci fue detenido y encarcelado.

Si bien Moscú albergaba grandes esperanzas con respecto a la revolución en Italia, su principal ambición se concentraba en Alemania; sin embargo, el primer intento de los comunistas de

conquistar el poder fue un fracaso. Desde finales de 1918 el gobierno del socialdemócrata Ebert comenzó a purgar los enclaves de influencia radical y el 4 de enero de 1919 destituyó al jefe de policía de Berlín, Emil Eichhorn, por su connivencia con los izquierdistas. Inesperadamente se produjeron grandes manifestaciones en su defensa, y aunque Rosa Luxemburg juzgaba con escepticismo aquel desafío al gobierno, la dirección del recientemente formado Partido Comunista (KPD) de la que formaba parte decidió en último término apoyar el levantamiento de masas, junto con el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD). El gobierno Ebert respondió dando vía libre al Freikorps, escuadrones paramilitares de extrema derecha financiados por la Liga Antibolchevique creada para oponerse a la revolución, y el 11 de enero asaltaron la sede del diario socialdemócrata *Vorwärts*, que había sido ocupada por los revolucionarios, matando a un centenar de ellos. El 15 de enero el levantamiento había sido aplastado y los dirigentes comunistas trataron de ocultarse. El Freikorps descubrió a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en casa de un amigo y a continuación los asesinó con la aprobación tácita o explícita del gobierno socialdemócrata.

Aquellos asesinatos provocaron una profunda conmoción y el «martirio» de Luxemburg y Liebknecht los transformó en símbolos icónicos para el joven Partido Comunista. Los festivales «LLL» (Lenin-Luxemburg-Liebknecht) fueron decisivos para la cultura comunista durante todo el período de la República de Weimar;[41] pero la represión fue eficaz, al menos durante un tiempo. Como sugería Brecht en *Trommeln in der Nacht*, la mayoría parecía preferir la paz y el orden a la revolución, y en las subsiguientes elecciones a la Asamblea

Constituyente del 19 de enero el Partido Socialdemócrata obtuvo el 37,9 por 100 de los votos, mientras que el USPD —el único partido legal de extrema izquierda— sólo obtuvo el 7,6 por 100.

Pero aquella pacificación a punta de bayoneta era más aparente que real, y la represión del gobierno socialdemócrata y sus aliados militares fue contraproducente: el fallido golpe de extrema derecha de Wolfgang Kapp convenció a muchos obreros de que no se podía confiar en los socialdemócratas para evitar el regreso de las viejas élites aristocráticas. El movimiento de los consejos de fábrica cobró nueva vida, en varias regiones se alejó al ejército y al Freikorps, y en las elecciones legislativas de junio de 1920 la izquierda radical alcanzó un porcentaje muy alto de votos —el 17,8 por 100 el USPD y el 2,1 por 100 el KPD—, frente al 21,6 por 100 para el SPD, con lo que se restablecía el equilibrio en la izquierda entre «reformistas» y «revolucionarios». En las regiones industriales de Alemania prosiguieron las huelgas y la agitación, y el partido resultante de la unificación de la mayoría del USPD con el KPD mantenía su fuerza.

En julio de 1920 se reunió el II Congreso de la Comintern, en un ambiente de enorme optimismo. El movimiento de los consejos de fábrica en Italia parecía a punto de alzarse con la victoria, el Ejército Rojo avanzaba sobre Varsovia, llevando el comunismo hacia el oeste, o así lo creían al menos los bolcheviques; pero en otoño los revolucionarios estaban en retirada en todos los frentes. La persecución de los *wobblies* y otros radicales estadounidenses iniciada durante la guerra alcanzó su culminación durante la campaña contra el «Peligro Rojo» en 1919-1920. Miles de ellos fueron detenidos y muchos

de ellos deportados.[42] En Europa el fracaso del movimiento de los consejos de fábrica en Italia a finales de 1920 y la retirada del Ejército Rojo de Varsovia a partir de agosto, tras su derrota frente al nuevo ejército polaco, marcaron el comienzo del fin. Pero el acontecimiento que marcó el fin de aquel período revolucionario fue el catastrófico fracaso de la llamada «Acción de marzo» de los comunistas alemanes en 1921, cuando frente al despliegue de la policía y el ejército para aplastar las huelgas en Sajonia, Béla Kun viajó a Berlín como dirigente de la Comintern y animó al KPD a organizar como respuesta una revolución proletaria. Los comunistas estaban en minoría y los obreros socialdemócratas ayudaron a reprimir las huelgas y a derrotarlos; hubo alrededor de 34.700 encarcelados y 145 muertos.

El presagio de Brecht había resultado acertado y puede que su análisis también lo estuviera: la gente estaba cansada de luchar. Aunque muchos hubieran perdido cualquier esperanza de regeneración del Antiguo Régimen y de su tozuda belicosidad, la mayoría no quería que la horrible conflagración internacional se viera seguida por la lucha a muerte entre clases; había además otras razones para el fracaso de aquellas revoluciones. Algunos comunistas eran demasiado sectarios y ambiciosos, como en Hungría; otros se vieron desacreditados por su falta de realismo, incapaces de explicar cómo los consejos de fábrica descentralizados podrían organizar una economía industrial moderna. La represión desde la izquierda moderada y la extrema derecha coaligadas fue también eficaz; pero también lo fueron las promesas de reformas democráticas y de protección social. En varios países de Europa occidental los estados ampliaron el derecho de voto y las prestaciones sociales para los

trabajadores, especialmente en la República de Weimar, en la que el SPD alemán tenía una influencia decisiva. La esperanza de una mejora pacífica, combinada con el final de la situación expansiva de posguerra que había dado cierto poder económico a los trabajadores, debilitó pronto la insurgencia comunista.

Pero eso no quiere decir que los conflictos sociales del pasado se hubieran resuelto. Los gobiernos y la clase media querían que se volviera al sistema económico del *laissez-faire* anterior a 1914 y al patrón oro, lo que inevitablemente limitaría el crecimiento; pero eso era difícil de conciliar con las promesas realizadas al acabar la guerra de mejorar el bienestar, y en definitiva el nivel de vida quedaba clavado a la «Cruz de Oro», esto es, a la necesidad de mantener estable la moneda. Con frecuencia estallaban protestas obreras contra los bajos salarios y el alto desempleo, como cuando Winston Churchill devolvió la libra esterlina al patrón oro en 1925 y el Consejo General de los sindicatos británicos convocó una huelga general en mayo del año siguiente contra el consiguiente recorte de salarios y el alargamiento de la jornada laboral. A finales de la década de 1920 hubo cierta expansión económica, pero se mostró muy frágil. Los salarios seguían bajos mientras los beneficios aumentaban espectacularmente, y en Estados Unidos el capital se volcaba en la Bolsa y en la especulación más que en la producción para un mercado en expansión; en Europa central la prosperidad coyuntural dependía del alto nivel de créditos a corto plazo de los bancos estadounidenses. Como pronto iba a quedar claro, el mundo desarrollado no había conseguido forjar un capitalismo sostenible que asegurara a la vez la prosperidad y la armonía social.

Así pues, aunque el sistema capitalista se había «estabilizado»

provisionalmente, como admitían los propios dirigentes de la Comintern, la marea revolucionaria dejó al retirarse amplios depósitos de radicalismo y el comunismo contaba con el respaldo de muchas comunidades de obreros y desempleados de toda Europa. Sin embargo, su bastión más sólido era Alemania, donde el Partido Comunista seguía obteniendo más del 10 por 100 de los votos.* La vieja patria de Marx y Engels seguía siendo el centro del comunismo fuera de la URSS.

IV

En diciembre de 1930 Brecht, después de estudiar a fondo el marxismo e incorporarse al KPD, estrenó su obra quizá más controvertida: *Die Maßnahme* («Las medidas tomadas»), en la que cuatro agitadores comunistas enviados a China en una misión secreta para fomentar la revolución, debían responder a su vuelta ante un «coro de control» (a imagen del coro griego), compuesto por un gran número de obreros, de las decisiones allí tomadas. Al llegar a China les esperaba un joven guía al que explicaban que debían mantener su identidad del secreto porque si las autoridades los descubrían, no sólo los matarían sino que todo el movimiento comunista estaría en peligro. Todos ellos se ponían máscaras, pero el guía, emocional y poco disciplinado, se sentía tan indignado por los sufrimientos del pueblo chino que trataba de ayudarle, quitándose la máscara y revelando su identidad. Las autoridades perseguían al joven guía y los agitadores comunistas se daban cuenta de que se había convertido en un peligro para ellos. No podían abandonarlo ni

tampoco llevárselo consigo, así que deciden matarlo y arrojar su cadáver a un pozo de cal para borrar todas las huellas de su identidad, y él mismo admitía que aquélla era la única solución. El coro declara entonces fríamente que los camaradas han tomado la decisión correcta y que sus «medidas» eran necesarias para salvar la revolución.[43]

La pieza suscitó un gran debate en el seno de la izquierda. Ruth Fischer, hermana del colaborador de Brecht Hanns Eisler, expulsada en 1926 del KPD por «izquierdista», le acusó más tarde de justificar la brutalidad soviética como «libretista de la GPU [la policía secreta soviética]».[44] Brecht respondió que sólo estaba alentando a su audiencia a estudiar el problema de la táctica revolucionaria y la necesidad de sacrificarse en un momento en que los comunistas sufrían los ataques del fascismo. Aun así, aquella obra perjudicó su prestigio. Durante la «caza de brujas» contra los comunistas que más tarde se conocería como macartismo el Comité de Actividades Antiamericanas entendió *Die Maßnahme* como prueba de que Brecht alentaba la violencia revolucionaria, y su inclusión en la «lista negra» precipitó su regreso a Europa al día siguiente de su declaración ante el Comité, el 31 de octubre de 1947; un año después se hizo cargo de la dirección del *Berliner Elsemble* en la República Democrática Alemana.

Por discutible y ambiguo que fuera el mensaje de Brecht sobre la violencia, la pieza capta el carácter austero del comunismo europeo fuera de la Unión Soviética durante las décadas de 1920 y 1930. El escepticismo de Brecht sobre el radicalismo revolucionario, ya evidente en 1919, se había generalizado; las intensas emociones del arte y la literatura expresionistas habían dado paso a una sobria «nueva

objetividad» (*Neue Sachlichkeit*). El fracaso de las revoluciones al acabar la primera guerra mundial y el crecimiento de una extrema derecha anticomunista alimentaban la cultura sectaria y antisentimental que Brecht exponía en *Die Maßnahme*. La revolución seguía siendo el objetivo, pero las emociones debían sustituirse por la disciplina. Los comunistas europeos dependían cada vez más de la Unión Soviética e iban interiorizando un nuevo código autoritario, muy alejado de la democracia consejista de 1919. También quedaron más aislados, como miembros de una secta perseguida.

Las primeras señales de aquellos cambios en el movimiento comunista internacional llegaron en el verano de 1919 como consecuencia de ciertas derrotas. Si el humillante tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918 desencadenó el fin de la «democracia proletaria» en Rusia, el hundimiento de la República Consejista Húngara en agosto de 1919 convenció a Lenin de que el partido bolchevique debía revisar radicalmente su enfoque de la revolución mundial. Ahora creía que su anterior esperanza de que las revoluciones en Occidente pudieran ser más democráticas que en Rusia estaba equivocada, y también que Béla Kun era el principal responsable del fracaso comunista en Hungría, al fusionar precipitadamente al Partido Comunista con el Socialista sin prestar la debida atención a la consolidación política de la vanguardia y al enfrentarse sin necesidad con el campesinado.[45] Como explicaba en su influyente folleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, de abril de 1920, la experiencia internacional mostraba que «la absoluta centralización y la rigurosa disciplina en el proletariado» eran esenciales en una «larga, tenaz y desesperada lucha a vida o muerte» contra la burguesía.[46]

En el II Congreso de la Comintern, en el verano de 1920, Lenin y los bolcheviques se pusieron seriamente a la tarea de centralizar el comunismo internacional bajo su estrecho control. El congreso decidió que todos los partidos miembros de la Internacional debían cumplir «veintiuna condiciones», la más importante de las cuales era la absoluta separación de los comunistas con respecto a los partidos socialdemócratas; además, sólo podían pertenecer al partido «comunistas probados»; había que expulsar a los «reformistas» y «oportunistas». Los principios conspirativos bolcheviques del partido de vanguardia se aplicaban ahora al movimiento internacional. Hubo algunas objeciones a ese purismo comunista, especialmente de los socialdemócratas independientes alemanes, pero Grigori Zinoviev, por aquel entonces presidente del Comité Ejecutivo de la Comintern, se mostró inflexible. Los que se oponían a la creación de partidos comunistas separados, dijo burlonamente, «piensan en la Internacional Comunista como una animada taberna donde los representantes de diversos países cantan la «Internacional» y se halagan mutuamente; luego se van cada uno por su lado y se mantienen las mismas prácticas de siempre. Así es como funcionaba la Segunda Internacional, pero los comunistas no toleraremos esos hábitos».[47] Todos los partidos miembros de la Comintern debían reconstruirse como «partidos comunistas», quedando subordinados a un Comité Ejecutivo dominado por el partido bolchevique.

Así fue como se constituyeron partidos puramente comunistas, muy diferentes de los partidos de izquierda más desdibujados de la Europa de preguerra. La división del partido ruso en 1903 entre los bolcheviques revolucionarios y los

mencheviques gradualistas se reproducía así a escala internacional. En algunos países los comunistas se beneficiaron de la escisión resultante: en Alemania el minúsculo Partido Comunista nacido de la Liga Espartaco consiguió atraer a su redil a la mayoría de los socialdemócratas independientes, convirtiéndose en un partido de masas con 350.000 miembros, y en Francia el Partido Comunista (PCF) se quedó con la mayoría de los miembros de la Sección Francesa de la Internacional Obrera; pero en Italia la escisión del viejo Partido Socialista (PSI) dejó al Partito Comunista d'Italia con sólo el 4,6 por 100 de los votos en las elecciones parlamentarias del 15 de mayo de 1921, mientras que el PSI conservaba el 25 por 100. También en Bulgaria, Checoslovaquia y Finlandia surgieron fuertes partidos comunistas, pero en otros lugares como la península Ibérica, los Países Bajos, Gran Bretaña, Irlanda, Estados Unidos, Dinamarca, Suecia, Suiza y algunos países de Europa oriental, los partidos comunistas eran minúsculos. Aparte de Alemania y Finlandia, rara vez obtenían más del 5 por 100 de los votos populares, y el Partido Comunista de Gran Bretaña sólo entre el 0,1 y el 0,4 por 100 de los votos (aunque obtuvo un parlamentario en 1922).[48] El partido comunista más grande y poderoso al oeste del Dniéper era sin duda el alemán.

Estaba claro que la marea revolucionaria retrocedía y en marzo de 1921 la nueva situación hizo reflexionar a los dirigentes bolcheviques: la Acción de Marzo en Alemania había fracasado; el colapso económico y la guerra civil habían obligado al gobierno soviético a poner en marcha la Nueva Política Económica, e iba quedando claro que la economía soviética sólo se podía construir exportando materias primas (especialmente

grano) al mundo exterior. Aquel mismo mes el gobierno soviético firmó su primer tratado comercial con un país capitalista, Gran Bretaña. El socialismo pleno se había convertido en un horizonte muy distante; como explicó Trotski en junio de 1921, «ahora vemos que nuestra meta, la conquista del poder a escala mundial, no está tan cerca … En 1919 pensábamos que era cuestión de meses, pero ahora vemos que quizá nos lleve años».[49] El resultado fue una nueva política: los partidos comunistas dejaron de agitar en pro de una revolución inmediata, aunque debían prepararla a largo plazo; en su lugar había que forjar «frentes unidos» con los miembros —pero no con los dirigentes— de los partidos socialistas reformistas. Cuando las relaciones entre la República Soviética y Occidente se descongelaron ligeramente (en 1922 se firmó el tratado de Rapallo con Alemania y el gobierno laborista británico reconoció diplomáticamente a la Unión Soviética en 1924), aquella nueva política parecía justificada.

En algunos lugares la nueva línea tuvo algunos efectos reales, en particular en China con la colaboración entre el PCCh y el partido nacionalista Guomindang, y en Gran Bretaña, donde el Partido Comunista estableció nuevos vínculos con los sindicatos a través del Comité anglo-ruso. Muchos comunistas, especialmente en los partidos más pequeños y marginales, dieron la bienvenida a la oportunidad de desempeñar un papel en la izquierda más amplia; pero en muchos otros lugares los comunistas siguieron aislados. La política de «frente unido» era desconcertantemente contradictoria, al prohibir el contacto con la dirección de los partidos socialdemócratas mientras que pedía la colaboración con los sindicatos reformistas. Si bien muchos comunistas eran reacios a esa colaboración —especialmente en

Alemania, donde seguía muy vivo el odio a los socialdemócratas —, no cabe duda de que esa hostilidad era mutua.

Los frecuentes virajes de la política de Moscú aumentaban la dificultad de forjar lazos con la izquierda moderada y aislaban aún más a los comunistas. En 1923 se produjo un importante punto de inflexión con el humillante fracaso de otro intento revolucionario, el «octubre alemán». Tras la ocupación franco-belga del Ruhr en enero, la izquierda del Partido Comunista alemán, apoyada en Moscú por Trotski y Zinoviev, propuso tantear la posibilidad de llegar a una alianza con los nacionalistas, esperando convertirlos en una fuerza revolucionaria. Moscú proporcionó una financiación sustancial para la insurrección, pero los comunistas habían exagerado enormemente el apoyo que cabía esperar de la clase obrera y hubo que renunciar precipitadamente a los preparativos tras la declaración del estado de emergencia por el gobierno de coalición de Gustav Stresemann.[50]

Aquel fracaso coincidió con los últimos meses de vida de Lenin y la subsiguiente lucha por el poder en el seno de la dirección del partido. Los rivales de Trotski, incluido Stalin, aprovecharon aquel desastre y la humillación sufrida como excusa para tomar las riendas del poder y frenar eventuales radicalismos. En 1924 el Kremlin lanzó una campaña de «bolchevización» de la Comintern, lo que quería decir que los partidos miembros tenían que funcionar como parte de un «partido bolchevique mundial homogéneo empapado en las ideas del leninismo».[51] En la práctica, eso significaba la conversión progresiva de los partidos comunistas en instrumentos de la política exterior soviética. Stalin no pretendía otra cosa: «un *internacionalista* es aquel que está dispuesto a

defender la URSS sin reservas, sin vacilaciones, incondicionalmente; ya que la URSS es la base del movimiento revolucionario mundial, y ese movimiento revolucionario no se puede alentar y promover sin defender la URSS».[52]

El grado y efecto real de la intervención de Moscú en los diversos partidos comunistas nacionales es una cuestión compleja y controvertida.[53] La Comintern, una organización relativamente pequeña, no podía conocer y controlar las actividades de *todos* los partidos comunistas a *todos* los niveles, y en varios lugares surgieron subculturas comunistas basadas en las tradiciones locales de la izquierda radical, que tenían poco que ver con las rusas.[54] En cualquier caso, la Comintern trató de establecer un control más estricto sobre la dirección de los diversos partidos, para lo que contaba con distintos medios: enviar agentes a los partidos «hermanos», apoyando determinadas fracciones contra sus oponentes, o expulsar a los recalcitrantes, llegando a disolver el partido como sucedió con el polaco (*Komunistyczna Partia Polski*, KPP) en 1938. La ayuda financiera también desempeñaba un papel importante.[55] Sin embargo, uno de los principales pilares en los que se apoyaba el poder de Moscú era el prestigio de la URSS entre los comunistas y la debilidad de los partidos nacionales. Pese al resentimiento por la arrogancia de Moscú, los partidos occidentales tenían que aceptar que los bolcheviques habían llegado al poder y ellos no, y las derrotas convencieron a muchos de que la estricta disciplina impuesta desde Moscú era aún más decisiva que en el pasado.[56]

Una de las vías de los dirigentes bolcheviques para controlar la Comintern era convocar a los dirigentes nacionales a Moscú, y así se formó una estrecha red en torno al inapropiadamente

llamado Hotel Lux,[57] un gran edificio *fin-de-siècle* en la calle Tverskaia (más tarde Gorki) en el centro de Moscú, que había dejado atrás su época más gloriosa y ahora no era más que un hostal notoriamente decrépito y espartano. En él se iban a alojar temporalmente muchos dirigentes comunistas, como el búlgaro Dimitrov, el vietnamita Ho Chi Minh, el alemán Ulbricht o el italiano Togliatti, y fue en sus frías duchas, en circunstancias muy poco prometedoras, donde el yugoslavo Tito conoció al dirigente del partido estadounidense Earl Browder.[58]

La Escuela Internacional Lenin para los comunistas occidentales, fundada en Moscú en 1926, era otro instrumento de la influencia del Kremlin. Entre las dos guerras mundiales estudiaron allí miles de comunistas, la mayoría de ellos jóvenes, varones y obreros. Los cursos obligatorios incluían clases académicas de marxismo e «historia del movimiento obrero», así como el estudio de la táctica política y de la organización de huelgas e insurrecciones, incluido el texto clásico *De la guerra* del teórico militar alemán Clausewitz. Los estudiantes también visitaban fábricas, práctica un tanto arriesgada para las autoridades de la Comintern, ya que algunos visitantes se sorprendían al constatar el bajo nivel de vida de los obreros rusos comparado con los de los países capitalistas y hacían preguntas incómodas;[59] pero lo más importante para la Comintern, especialmente tras el ascenso de Stalin al poder, era la inculcación de la disciplina «conspirativa» del partido bolchevique, tal como la había expuesto Brecht. Los estudiantes recibían un «nombre de guerra» y se les prohibía contar a sus amigos o a su familia dónde estaban. Un minero galés tuvo que hacer una «autocrítica» por olvidar esos principios. Sus relaciones con el Partido Laborista —admitía— le habían

dejado «residuos socialdemócratas que he traído conmigo. Acabé cometiendo esa grave transgresión de la disciplina, inadmisible en un partido de nuevo tipo como el nuestro».[60]

La vida para los estudiantes de la Comintern era dura e intensa. Wolfgang Leonhard, comunista alemán interno en aquella escuela cuando estalló la segunda guerra mundial y fue evacuado a la ciudad de Ufa, en los Urales, recordaba sus rigurosas lecciones sobre la ideología nazi y cómo refutarla. Pasó tanto tiempo estudiando el nazismo que cuando regresó a Alemania después de la guerra y conoció auténticos nazis comprobó que estaba más versado en sus creencias y normas de comportamiento que ellos mismos.[61] El resto del tiempo lo pasaban haciendo gimnasia o trabajos manuales; los estudiantes tenían que mantener su vínculo con la clase obrera:

> Nuestro horario de trabajo era tan intenso que el único tiempo libre que teníamos era los sábados por la tarde y los domingos. Durante los fines de semana nos permitían hacer lo que quisiéramos, excepto beber, enamorarnos, salir del recinto de la escuela, confesar nuestros nombres reales, contar nada de nuestra vida anterior o escribir cualquier cosa sobre nuestra vida actual en nuestras cartas.[62]

La diversión era escasa y consistía en buena parte en el canto de tonadas folclóricas. Algunos estudiantes, como un hijo de Tito que se enamoró de una «encantadora chica española», se negaron a someterse a la disciplina que prohibía aquel tipo de distracciones y fueron expulsados.[63] Pero la mayoría lo superaron y se convirtieron en leninistas o estalinistas convencidos, futuros dirigentes de los partidos comunistas europeos.[64] La Comintern se esforzaba así por «forjar» a los partidos jóvenes, radicales y caóticos del anterior período revolucionario y acomodarlos al nuevo patrón elaborado en

Moscú.

Pero si bien la Comintern solía convencer a los partidos nacionales para que siguieran su línea en sus frecuentes virajes, no siempre era fácil, ya que los comunistas de otros países tenían su propia agenda y podían ofrecer una resistencia pasiva o incluso activa. Como hemos visto, el KPD se opuso al frente unido con los socialistas a mediados de los años veinte, y más tarde, cuando Stalin giró a la izquierda, fue la derecha del partido la que opuso resistencia. La dirección británica también se opuso al Kremlin desde la derecha. En octubre de 1927 Harry Pollitt, que dos años después se iba a convertir en secretario general de los comunistas británicos, se opuso en un principio a la exigencia de la Comintern de enfrentarse al Partido Laborista, anticipando lo impopular que podría ser; hasta 1929 no aceptó la dirección del partido británico la nueva línea.[65]

La bolchevización dificultó, pues, la vida a los partidos comunistas nacionales, en parte porque la línea de Moscú podía ser impopular y en parte porque la cultura de la Comintern podía resultar ajena. Los miembros del partido no sólo tenían que aprender la pesada jerga marxista (al principio en alemán, la lengua oficial de la Comintern), sino también el nuevo argot bolchevique («agitprop», o «célula del partido»). La propaganda del partido se redactaba a menudo en Moscú, sin consultar a la dirección local, y a los comunistas no siempre les resultaba fácil hacer que sus ásperos eslóganes sonaran atractivos.[66] Aun a pesar de la bolchevización, los partidos nacionales trataban de combinar la cultura local y la de la Comintern y tenían distintas características. En Alemania se mantenía la cultura militante fomentada por Rosa Luxemburg y la izquierda socialdemócrata

antes de 1914, mientras que en Gran Bretaña y otros lugares la moralidad puritana del comunismo era fácilmente asumida por gente educada en una cultura socialista cristiana frugal y austera, [67] si bien el dirigente del CPGB —de padre bengalí— Rajani Palme Dutt, educado en Oxford y Cambridge, seguía refiriéndose a los miembros más jóvenes del partido como *freshers* («novatos»), término utilizado en la universidad para los estudiantes de primer año.[68]

Durante la década de 1920 los partidos comunistas vieron en general descender el número de sus militantes; en el partido francés, por ejemplo, la militancia cayó continuamente entre 1921 (109.391) y 1933 (28.000). A ello contribuyó sin duda la torpeza del Kremlin: en países como Francia o Gran Bretaña, donde los partidos socialistas moderados estaban muy arraigados, el sectarismo de la Comintern era claramente contraproducente. Pero muchos activistas del partido, sometidos a acosos y privaciones tras el fracaso de la revolución, recibían con gusto la «disciplina» y el apoyo bolchevique. Para ellos la «Unión Soviética» representaba el ideal por el que estaban luchando, una tierra de leche y miel. Annie Kriegel, en su *Essai d'ethnographie politique* del comunismo francés, describía así su pensamiento:

> Al joven que se les aproximaba con las manos vacías, pretendiendo unirse al movimiento, [los comunistas] le respondían dándole un montón de panfletos y diciéndole: «Ahí tienes, camarada». Poco después, perseguido por la policía, con su nombre inscrito en las listas negras patronales, el neófito se veía en el paro, y a partir de aquel momento tenía mucho tiempo: para pasar hambre, pero también para difundir la buena nueva (cuando podía comer gracias al dinero que conseguía vendiendo los panfletos) … Sabía con certeza que había un país en el mundo donde los obreros habían hecho una revolución y se habían convertido en dueños del estado, jefes de las fábricas y generales del Ejército Rojo.[69]

Por toda Europa surgieron pequeñas y acosadas localidades comunistas, aun allí donde los partidos nacionales eran minúsculos. En Gran Bretaña había «pequeños Moscú» en Fife, Stepney (en el este de Londres) y en las minas de carbón del sur de Gales: comunidades obreras homogéneas donde los comunistas no sólo defendían los puestos de trabajo y los derechos sindicales, sino que también organizaban actividades de ocio y culturales.[70] Los activistas explicaban a Moscú en un informe por qué los mineros del sur de Gales eran tan receptivos al comunismo militante e intransigente:

> Sus condiciones de vida son malas, muy malas. Están en gran medida libres de la influencia de las ciudades. Su tiempo no está tan ocupado, como sucede con los obreros de las grandes ciudades, por los largos trayectos a cubrir y las abundantes diversiones que ofrecen las grandes ciudades … Su mente es más sencilla. La explotación les resulta muy evidente … [los] pozos ofrecen oportunidades para un contacto inmediato y para el desarrollo de la solidaridad mutua.[71]

El partido en el que estaban más arraigadas la cultura de la lucha intransigente y la lealtad a la URSS era el alemán, cuya afiliación y porcentaje de votos en las elecciones se mantuvieron notablemente altos durante todo el período de Weimar. Con cierta frecuencia surgían en él discrepancias sobre la estrategia a seguir y su conducta también variaba según las regiones, pero con Ernst Thälmann, presidente del partido desde 1925, se fue habituando a combinar el activismo revolucionario con el respeto a la jerarquía y la lealtad al Kremlin. Pronto se convirtió en el hermano menor favorito del partido bolchevique, a pesar de mantener desde el intento revolucionario de 1918-1919 y su subsiguiente represión su hostilidad intransigente a cualquier

compromiso con la socialdemocracia, que en cualquier caso no era absoluta; hasta 1928 comunistas y socialdemócratas compartían los mismos sindicatos y a veces organizaban conjuntamente las fiestas obreras;[72] tanto unos como otros utilizaban el término *kamerad* y desfilaban con la bandera roja. Aun así, el protagonismo del SPD en la represión de los comunistas y su identificación con el *statu quo* político había dejado heridas muy profundas: en algunas fábricas de la región de Halle-Merseburg el odio mutuo era tan grande que los obreros socialdemócratas y los comunistas iban al trabajo en diferentes vagones del tren y comían en salas separadas del comedor de la empresa.[73] Los comunistas solían considerar a los socialdemócratas lacayos de la patronal, y en cualquier caso era cierto que éstos tenían más arraigo entre las capas más «respetables» de la clase obrera, mientras que el KPD lo tenía entre los obreros menos especializados y peor pagados y pronto se convirtió en un partido de desempleados: en las sucesivas crisis de la década de 1920 eran ellos los primeros despedidos y en 1932 sólo el 11 por 100 de los comunistas alemanes tenían un empleo fijo.[74]

Pero esas adversidades sólo sirvieron para reforzar la actitud militante y combativa del KPD, cuyo lenguaje solía ser muy agresivo: uno de sus periódicos se llamaba *Rote Peitsche* («Látigo rojo»).[75] Su propaganda estaba llena de puños proletarios, manifestantes con chaqueta de cuero y banderas rojas ondeando al viento. Sus mítines tenían un estilo muy parecido al de sus enemigos de la extrema derecha y los uniformes y botas altas hacían difícil distinguirlos de los paramilitares del *Stahlhelm* o de los nazis. La prensa del partido llamaba a Thälmann *unser Führer* («nuestro guía»), a imagen y semejanza del autoritarismo

nazi. En diversas ocasiones, como en 1923 y 1930, el KPD utilizó un lenguaje nacionalista para restarle apoyo a los nazis y otros partidos de derechas, aunque evidentemente había diferencias fundamentales: lo que lo definía fundamentalmente era la lucha de clases, no el renacimiento nacional, y los propios nazis consideraban normalmente a los comunistas su peor enemigo.[76]

La belicosidad del KPD no se limitaba a la propaganda; contaba con un brazo armado, la *Rote Frontkämpferbund* («Liga de combatientes del frente rojo»), que fue disuelto en 1929 pero que siguió existiendo en la clandestinidad, con uno u otro nombre. Muchos comunistas tenían armas, guardadas desde la guerra, y a veces hacían uso de ellas. En 1921 los obreros de la fábrica Leuna construyeron un tanque con el que hicieron frente a la policía. Los comunistas alemanes, una vez excluidos en su mayoría de las fábricas, se convirtieron en un partido de la calle, y especialmente hacia el final de la década eran frecuentes sus reyertas a tiros con la policía;[77] no cabe, pues, sorprenderse de que el partido estuviera compuesto mayoritariamente por varones (un 70 por 100), a pesar de tener uno de los programas más feministas de la República de Weimar; aun así, a mediados de la década de 1920, en una época en que la economía se iba recuperando en general y la coalición entre el SPD, el *Zentrumspartei* (católico) y el *Deutsche Demokratische Partei* (liberal) gozaba de la confianza de la mayoría de la población, el KPD era demasiado pequeño y estaba demasiado aislado para amenazar la estabilidad del estado. Como había quedado claro en Rusia en 1921, la intransigencia de los partidos comunistas sólo les permitía arrastrar tras de sí a una minoría de la población; pero esto sólo se aplicaba en períodos normales, y

todo iba a cambiar mucho con la llegada de la crisis y la depresión económica.

V

El 13 de mayo de 1928 el *New York Times* publicó un artículo titulado «La "nueva" civilización americana» que informaba de una conferencia pronunciada en París por el académico francés André Siegfried, en la que había argumentado que «la mayor contribución de Estados Unidos al mundo civilizado es "la conquista de la dignidad material de la vida"», mediante las técnicas de producción en masa y la consiguiente prosperidad. Si bien el corresponsal destacaba ese elogio de Siegfried, el editorialista del *New York Times* creía que la «contribución [de Estados Unidos] al ideal democrático» y su difusión de «un sistema social libre de castas» eran de mayor importancia incluso que sus logros económicos.[78]

Tanto Siegfried como el *New York Times* expresaban la creencia generalizada en que el predominio económico de Estados Unidos y el modelo democrático de libre comercio que encarnaba habían conseguido superar las divisiones sociales del período revolucionario de 1917-1919, pero al cabo de muy pocos meses aquella fe se iba demostrar equivocada. Durante el verano de 1928 la Reserva Federal elevó los tipos de interés para contener una burbuja bursátil alimentada por los bancos, escasamente regulados, y el crédito estadounidense al resto del mundo se vino abajo. La consecuencia inmediata fue una restricción catastrófica del crédito en gran parte de Europa y

Latinoamérica; Alemania, muy endeudada, se vio particularmente afectada.[79] Las economías del mundo subdesarrollado (incluida la soviética) venían sufriendo desde hace algún tiempo el bajo precio de los artículos que producían, pero la crisis económica empeoró cuando el hundimiento de Wall Street en octubre de 1929 puso fin a la frágil expansión en los propios Estados Unidos. Esto trajo consigo una agravación de los conflictos sociales e internacionales en un ambiente frenético de *sauve qui peut*. Las tensiones sociales se intensificaron cuando los obreros y las clases medias trataron de proteger su parte de la tarta económica nacional al tiempo que ésta se contraía y la colaboración internacional se debilitaba como consecuencia del intento de cada estado de salvar su propia economía mediante el proteccionismo y otras medidas autárquicas. La capacidad del capitalismo para integrar a los pobres y menos privilegiados —ya fueran obreros industriales, campesinos o países subdesarrollados— en un orden liberal de libre mercado se desvanecía. Los comunistas, ya fueran occidentales o soviéticos, se sentían cada vez menos compelidos a colaborar con el capitalismo liberal y el comunismo entró en una nueva fase radical.

En cualquier caso, la crisis de 1928-1929 sólo supuso la culminación de las tensiones entre el mundo capitalista y el comunista que llevaban fermentando algunos años. La huelga general de 1926 en Gran Bretaña deterioró las relaciones entre el gobierno conservador y Moscú, y en mayo de 1927 se rompieron las relaciones diplomáticas entre ambos. Por otra parte, el ataque del Guomindang contra los comunistas chinos aquel mismo mes de abril supuso una derrota embarazosa para la política de «frente unido» y un golpe importante para las

esperanzas comunistas en Asia. El proletariado alemán se radicalizaba y en julio un fallido levantamiento obrero en Viena reforzó la creencia de Moscú de que la revolución estaba madurando en Occidente. Desde la primavera de 1927 la Comintern comenzó a cambiar su línea al convencerse la dirección soviética de que su seguridad se vería mejor servida por una política exterior más combativa. Moscú comenzó a tratar a los socialdemócratas —especialmente a los que, como los alemanes, mantenían una política exterior probritánica— como enemigos burgueses, y en 1928 la Comintern declaró que había comenzado un nuevo período en la política revolucionaria, el llamado «tercer período» (tras el «primer» período revolucionario inmediatamente posterior a la guerra mundial y el «segundo» período, de estabilización relativa). El capitalismo —se argumentaba— se estaba tambaleando; había que trazar líneas de separación muy claras entre los revolucionarios y los reformistas; y los socialdemócratas se habían convertido en «socialfascistas». El nuevo principio de la política en cada país era «clase contra clase». Entretanto el Kremlin se iba convenciendo de que no podía construir una nueva economía basándose únicamente en el comercio con Occidente y que tendría que depender durante mucho tiempo de los propios recursos de la URSS. Quedaba así dispuesto el escenario para una nueva versión del comunismo, a la vez revolucionaria y nacionalista, que iba a ser liderada por un dirigente bolchevique con una cultura y un estilo muy diferentes de los de Lenin, Iosiv Stalin.

4

Hombres de acero

I

Los dirigentes bolcheviques tuvieron que esperar hasta marzo de 1928 para ver *Octubre: diez días que estremecieron al mundo*, la dramatización fílmica realizada por Sierguei Eisenstein de los acontecimientos de 1917.[1] A diferencia de su colega y rival, el puntual Pudovkin, Eisenstein no sólo no consiguió presentar a tiempo su obra maestra (posiblemente debido a la intervención de la censura), sino que su enfoque de la revolución se alejó del marxismo modernista. Mientras que Pudovkin presentaba en *El fin de San Petersburgo* un «muchacho» corriente lleno de sentimientos «espontáneos» que daban paso a una conciencia socialista disciplinada y racional, la película de Eisenstein estaba llena de romanticismo revolucionario. Declaró que su objetivo era:

> Devolver sensualidad a la ciencia.
> Devolver al proceso intelectual su fuego y pasión.
> Sumergir el proceso reflexivo abstracto en el fervor de la acción práctica.[2]

Su película es una brillante exposición del talante marxista radical. Su presentación de los acontecimientos de 1917 contraponía a la inercia y decadencia del gobierno provisional la vibrante energía del pueblo; y como dejó claro el propio Eisenstein, ese heroísmo no era individual sino colectivo. Estaban ausentes los «dirigentes» convencionales de las películas de Hollywood o incluso de *El fin de San Petersburgo*; el papel del Lenin era bastante reducido. La famosa escena del asalto al Palacio de Invierno, cuando las masas rompían las puertas e irrumpían en la sede del poder, se basaba, no en la propia revolución, sino en los festivales cuidadosamente coreografiados del período de la guerra civil, como el propio «Asalto al Palacio de Invierno» de 1920, en el que habían participado más de 10.000 personas. Eisenstein dispuso para su filmación de alrededor de 5000 extras, armamento real y una extraordinaria tolerancia de las autoridades. Pudovkin relata las diferencias entre su propia exposición del asalto y la de Eisenstein:

> Yo bombardeé el Palacio de Invierno desde el (navío) *Aurora*, mientras que Eisenstein lo bombardeó desde la fortaleza de Pedro y Pablo. Una noche yo derribé parte de la balaustrada del tejado y temí que eso pudiera causarme problemas, pero afortunadamente aquella misma noche Sergio Mijailovich [Eisenstein] rompió doscientas ventanas de dormitorios privados.[3]

El ayudante de Eisenstein alardeaba jocosamente de que en el asalto filmado resultó herida más gente (muchos como consecuencia de la torpe utilización de las bayonetas) que en el asalto real de los bolcheviques diez años antes. El resultado fue una película de extraordinaria capacidad propagandística que contribuyó en gran medida a crear el mito de Octubre de 1917.

[4] Las imágenes de Eisenstein arraigaron en la cultura popular del mundo entero; de hecho, hace muy poco se utilizaron en una campaña publicitaria de una marca de vodka en Occidente.

Pero hoy día no parece tener tanto aliciente el auténtico mensaje marxista radical de la película: la lucha de clases. En una de las escenas más electrizantes de la película, un obrero huye de los soldados que reprimen las manifestaciones de las jornadas de julio. Un oficial y su novia, que toman el sol en un bote cercano, lo descubren intentando ocultarse y llaman la atención de los atildados paseantes para que les ayuden a detener a aquel joven «bolchevique», al que acaba linchando la violenta y encolerizada «turba» burguesa; las elegantes damas se muestran particularmente agresivas, clavándole con sadismo sus sombrillas; como suele suceder en las películas de Eisenstein, esas imágenes están cargadas de machismo misógino. En su opinión, había que introducir el conflicto en el propio arte cinematográfico, que debía ser marxista y «dialéctico». Su técnica de «montaje» yuxtaponía imágenes discordantes y paradójicas para crear una nueva «síntesis» en la audiencia, en agudo contraste con el método de «enlace» más suave y convencional de Pudovkin.[5]

La película de Eisenstein no fue tan bien recibida en la URSS como la de Pudovkin; se consideraba demasiado difícil e incluso «ininteligible» para la gente corriente, y su exigua presentación de Lenin se juzgaba una afrenta a su dignidad. Sin embargo, su radicalismo, si no su tratamiento, era mucho más acorde con el orden político que se iba desarrollando bajo Stalin que el de Pudovkin. *Oktiabr'* y su celebración de la energía de la revolución se completó justo en el momento en que Stalin consolidaba su poder e iniciaba su «segunda revolución», y a las

pocas semanas de estrenarse se iniciaba el juicio contra los «especialistas burgueses» de la cuenca hullera del Donets/Donbas. Aquel «caso Shajty», como *Oktiabr'*, era puro teatro político destinado a movilizar a las masas contra la contumaz oposición de la burguesía.

La infancia y adolescencia de Eisenstein, hijo de un arquitecto modernista de origen judeo-alemán que entonces dirigía el Departamento de Construcción de la ciudad báltica de Riga, no podía haber sido más diferente de la de Stalin, hijo de un zapatero georgiano; pero ambos objetaban el marxismo más pragmático al que Lenin se había «replegado» en 1921 y que parecía haber llegado a un callejón sin salida en 1927-1928. Ambos trataban de dar un nuevo aliento a la revolución y la lucha de clases de la guerra civil, resucitando el entusiasmo popular que el régimen creía estar perdiendo.

Stalin, como cabía esperar, abandonó pronto la lucha de clases radical, juzgando que era demasiado conflictiva, y el mensaje de *Oktiabr'* quedó pasado de moda; pero su empleo de la movilización de masas y la manipulación de sus emociones se mantuvo, pese a los virajes políticos del partido. Eisenstein se esforzó por adaptarse a esos virajes y, por extraño que parezca, dadas sus difíciles relaciones con la dirección del partido, es contemplando la evolución de sus películas —desde el radicalismo revolucionario de *Oktiabr'* (1928) a la búsqueda paranoica de pureza de su *Iván Grozny* (1944 y 1946), pasando por el patriotismo de ánimo más amplio de *Aleksandr Nievski* (1938)— como mejor se pueden apreciar los cambios en la política del Partido Comunista (bolchevique) y en las ideas del propio Stalin.

Evidentemente, Stalin no creó por sí solo el comunismo

estalinista y no debemos exagerar el papel de su personalidad o su origen. Las semillas del estalinismo estaban insertas en una multiplicidad de tendencias, que incluían la propia cultura bolchevique, la guerra civil y las crisis que sacudieron Rusia a finales de la década de 1920, el temor a la amenaza militar desde el extranjero y la desilusión con respecto a la NEP de Lenin; pero Stalin supo aprovechar esas crisis más eficazmente que ninguno de sus rivales, y entender el porqué requiere un examen de su planteamiento de la política y visitar la región donde pasó los primeros veintiséis años de su vida, ya que a diferencia de Lenin, vástago de una minoría cosmopolita profesional asimilada en el imperio ruso, Stalin provenía de un auténtico crisol de resentimientos nacionalistas y de clase: la Georgia (Sakartvelo) anexionada por Rusia a principios del siglo XIX.

II

En el centro de Gori, una ciudad provinciana a 86 km de Tiflis (Tbilisi), la capital de Georgia, hay una fortaleza romántica en lo alto de una colina. Gorki la describía como un lugar «pintorescamente salvaje». En el patio central hay una piedra esférica, desde la que se dice que Amiran —una especie de Prometeo georgiano— arrojó su espada antes de ser encadenado como castigo por desafiar a los dioses (o en la leyenda georgiana, a Jesucristo). Cada Jueves Santo los herreros de Gori martillean sus yunques como símbolo de la renovación de sus cadenas para evitar que intente vengarse de sus opresores.[6]

Ioseb Yugashvili, más conocido como Stalin, nació en 1878

a la sombra de aquel castillo. Su padre, Beso (Visarión) Yugashvili, trabajaba como zapatero, y su madre era hija de un siervo. En la sociedad georgiana abundaban los relatos de rebelión y venganza prometeica, lo que no sorprende dada su historia: un país montañoso, encerrado entre imperios, que había sido invadido muchas veces hasta ser finalmente conquistado por Rusia, en cuyo imperio había quedado incluido a principios del siglo XIX. Había intentado repetidamente liberarse del yugo extranjero adquiriendo así una larga tradición guerrera, idealizada, el estilo de Walter Scott, por diversos autores nacionalistas románticos.

Ioseb creció en una época particularmente tensa entre colonizadores y colonizados, cuando el zar Alejandro III trató de imponer la cultura rusa sobre la local. Cuando ingresó en la escuela religiosa de Gori, en ella se enseñaba todavía en georgiano, pero al cabo de dos años los maestros georgianos fueron sustituidos por rusos; la lengua georgiana sólo se enseñaba dos horas a la semana.[7] De allí pasó al seminario de Tiflis, la única institución de enseñanza superior en el país, que era dirigido con gran severidad por popes rusos muy reaccionarios: cualquier pensamiento progresista era censurado y los seminaristas georgianos eran considerados inferiores. Stalin los recordaba «husmeando, espiando, escudriñando el alma de uno, humillándolo».[8] Aquel régimen clerical se convirtió en caldo de cultivo ideal para los revolucionarios georgianos. Como comentaba otro alumno bolchevique, «ninguna escuela laica, ningún otro tipo de escuela, produjo tantos ateos … como el seminario de Tiflis».[9] El seminario era también muy eficaz en cuanto al fomento del nacionalismo georgiano, que prendió con fuerza en el joven Yugashvili. A la edad de dieciséis años había

publicado varios poemas nacionalistas románticos en la revista nacionalista *Iberia*, y cuando ésta fue cerrada por las autoridades pasó a publicarlos en otra más izquierdista.

Pero Georgia no era sólo una tierra de nacionalistas resentidos en pugna con los opresores rusos; era también una de las regiones étnicamente más complejas del imperio, donde mercaderes armenios y judíos, nobles, campesinos y artesanos georgianos y trabajadores georgianos, rusos, azeríes y turcos se mezclaban con funcionarios y soldados rusos. Estaba además atravesada por tensiones de clase y de estatus. La empobrecida nobleza georgiana se había opuesto ferozmente a la emancipación de los siervos y nadie estaba satisfecho con el resultado.[10] Ioseb vivía por tanto en una sociedad muy estratificada en la que sufría muchas humillaciones. En julio de 1891, por ejemplo, no se le permitió matricularse porque su familia no podía pagar las tasas; sólo la caridad de los odiados popes le permitió proseguir su educación. Era también muy consciente de la frustración social de su padre, del que hablaba con cierto desprecio. Aunque Beso era claramente ambicioso y había elevado el estatus de la familia al trasladarse del campo a la ciudad, su alcoholismo lo había llevado a la bancarrota y a tener que trabajar como obrero no especializado en un pequeño taller de Tiflis. Murió en una pelea entre borrachos cuando Ioseb tenía sólo once años.[11]

No es, pues, sorprendente que su temprano nacionalismo estuviera mezclado con un profundo resentimiento hacia las clases altas, como sugiere su predilección por *Koba*, el héroe-bandido de la leyenda georgiana. Como a muchos nacionalistas georgianos, le fascinaban la épica medieval georgiana con sus heroicos caballeros y las novelas románticas basadas en ella, en

particular *Parricidio*, del ahidalgado Aleksandr Qazbegui, cuyo protagonista, Koba, según un amigo, se convirtió en «un dios para él». Ioseb «quería convertirse en otro Koba, en un héroe y combatiente tan famoso como él», y más tarde adoptó como *nom de guerre* el de su modelo.[12] Qazbegui tenía algo en común con Bakunin —un aristócrata que idealizaba al campesinado— e incluso abandonó durante un tiempo el hogar para irse a vivir como pastor con los montaraces georgianos. En *Parricidio*, Koba se une a una comunidad fraternal de bandidos que vengan a los pobres pero virtuosos montañeses derrotando a los brutales oficiales rusos y a los nobles georgianos colaboracionistas que los oprimen. Para Ioseb, Koba era un modelo adecuado por varias razones. Sentía poco respeto por su débil padre y prefería confiar en las «hermandades» masculinas tan importantes en el Cáucaso;[13] también era un joven dominante y seguro de sí mismo, que tenía que ser el jefe en cualquier cofradía de la que formara parte. El bandidismo, además, no era algo de lo que sólo se pudiera disfrutar leyendo antiguos romances caballerescos, sino que estaba muy vivo en la Georgia rural. El comportamiento de Stalin como adulto hace difícil evitar la conclusión de que era inusitadamente vengativo, suspicaz y dispuesto a la violencia; por otra parte, creció en un ambiente en el que la rebeldía y la violencia eran muy habituales.

Pese a ese origen vehemente y pintoresco, no conviene exagerar la imagen de Stalin como un «rey bandido» desenfrenado y temerario. Tenía una faceta calculadora y cauta y no era en absoluto el más radical de los estudiantes del seminario. Por otra parte, admiraba la modernidad y el marxismo se convirtió para él, como para otros marxistas

georgianos, en una forma de transformar un exasperado sentimiento de injusticia en una estrategia para alcanzar esa modernidad; y en el contexto georgiano, modernidad significaba Rusia, porque si bien la intelectualidad georgiana radical odiaba el imperialismo ruso, consideraba su cultura superior a la propia y encarnaba una modernidad que los radicales georgianos envidiaban. El futuro de Georgia residía para ellos en olvidar un pasado de nobles guerreros y clanes enfrentados y conseguir un estado unificado dentro de una Rusia socialista. Para aquellos radicales el marxismo internacionalista era infinitamente preferible a un nacionalismo chovinista que, en el contexto georgiano, podía propiciar la guerra civil y la invasión desde el sur.[14] El georgiano Stalin siempre tuvo una atinada comprensión de las lecciones de la subordinación colonial. Como miembro de una sociedad estratificada «atrasada» enfrentada a un imperio extranjero mucho más poderoso, iba a insistir en la importancia del espíritu y la unidad nacional, sólo que transfirió su lealtad de Georgia a Rusia.

Pese a su currículo como alumno destacado, excelente en lógica y en el canto eclesiástico eslavónico, Ioseb seguía siendo un rebelde y ardía en deseos de dejar el seminario.[15] Su ambiente natural era el de los grupos clandestinos marxistas, pero pronto le pareció que sus camaradas del POSDR, que se inclinaban en su mayoría por la tendencia menchevique, desatendían los conflictos sociales y eran demasiado transigentes,[16] mientras que los bolcheviques de Lenin se adecuaban mejor a su temperamento, ofreciéndole una nueva hermandad ideal. Eran más radicales y combativos que los mencheviques, especialmente la izquierda bolchevique de Bogdanov con la que Stalin se alineó en 1905,[17] y también

más rusos que los mencheviques, en su mayoría georgianos y judíos. Stalin pronto se incorporó a la cultura más «moderna» y desde 1907 no volvió a publicar nada en georgiano. En muy pocos años el ambicioso muchacho de la Gori provinciana habría realizado el enorme salto cultural que le llevó primero a Tiflis y de allí a San Petersburgo, convirtiéndose de Ioseb en Iosiv.

Tras la revolución de 1905 Stalin se mantuvo estrechamente ligado a Lenin, haciendo valer su influencia entre los obreros georgianos y azeríes, aunque su crispado egocentrismo lo hizo impopular para muchos de sus camaradas.[18] Era eficaz y se ganó cierta fama como experto del partido en las nacionalidades minoritarias. También estaba dispuesto a seguir las audaces iniciativas de Lenin. Por mucho que su actividad en Georgia durante aquellos años, organizando «expropiaciones» o robos a mano armada para financiar el funcionamiento del partido, se pareciera más a la del bandido Koba que a la del propagandista marxista, lo hacía por cuenta de Lenin. En 1912 fue recompensado con la incorporación por cooptación al Comité Central del partido y al regresar a Rusia fue detenido y deportado a Siberia, volviendo a ocupar su puesto en la dirección en 1917. Tras la toma del poder fue nombrado comisario del Pueblo para las Nacionalidades.

Se ha vertido mucha tinta sobre las diferencias entre Lenin y Stalin —«hombre de acero»— y aunque algunos hayan negado que éstas fueran profundas, otros han visto en Lenin una persona menos dogmática.[19] La diferencia más marcada, señalada primeramente por Trotski, situaba a Lenin como intelectual revolucionario frente a Stalin como burócrata obtuso pero astuto. Las imágenes de ambos cambiaron, evidentemente,

con el tiempo, pero algunas diferencias son evidentes, menos en cuanto a su ideología que a su perspectiva política y cultural. Uno y otro eran fervientes revolucionarios, ambos veían el partido como una organización de vanguardia conspirativa y ambos estaban dispuestos a utilizar la violencia para lograr sus objetivos, aunque Stalin fuera indudablemente más despiadado. Pero este último, aunque aceptara la perspectiva bolchevique de una sociedad industrial disciplinada, tendía a poner de relieve la capacidad potencial del compromiso ideológico o emocional, mientras que para Lenin, más modernista, la «organización» constituía un factor más decisivo.[20] Stalin se sentía por tanto más cómodo que Lenin en el uso de los métodos de lucha de la izquierda radical, y también estaba más dispuesto que Lenin a explotar la poderosa fuerza del nacionalismo, una fuerza que entendía bien como antiguo nacionalista georgiano.[21] A finales de los años veinte también había aumentado su hostilidad a cualquier indicio de divergencia ideológica mucho más allá de la que nunca hubiera sentido Lenin.

La imagen que se hacía Stalin de la sociedad futura también difería de la de Lenin. Cuando éste trataba de describir el partido o el futuro socialista solía tomar como modelo la fábrica o la máquina, mientras que Stalin era mucho más belicoso y sus metáforas políticas favoritas eran militares, religiosas u orgánicas.[22] Su visión del partido combinaba de forma algo extraña el *Manifiesto comunista* y las novelas de caballerías. Ya en 1905 propuso que el partido se convirtiera en un «ejército proletario», en el que cada miembro debía cultivar la fe en el programa del partido. Debía ser una «fortaleza … vigilante contra las ideas ajenas». Sus puertas sólo debían estar abiertas para los verdaderos fieles, los que habían sido «comprobados»;

aceptar a gente con escaso compromiso equivalía a «profanar el *sancta sanctorum* del partido».[23] El partido de Stalin era de monjes guerreros y en 1921 lo comparó con la orden cruzada de los «Hermanos de la Espada» (*Schwertbruder*), fundada por el príncipe-obispo de Livonia en Riga en 1202 para convertir al catolicismo a los eslavos.[24]

Durante la guerra civil el planteamiento de Stalin para el partido se trasladó al campo de la geopolítica.[25] Si el partido era sede de la pureza ideológica, su *sancta sanctorum*, el resto del mundo quedaba dispuesto en torno a él como en los círculos concéntricos de Dante, en los que la virtud disminuía con la distancia —geográfica, ideológica y social— al centro. Rusia estaba cerca del centro divino, avanzada, cohesionada y en el lado correcto de la historia; la periferia de la URSS —Ucrania, el Cáucaso, Asia central— estaba en el purgatorio, más atrasada, nacionalista y campesina; y más allá del purgatorio estaba el infierno, la tierra del mal, la burguesía extranjera. El principal objetivo del partido —aquella hueste fraternal de caballeros cruzados— era purificarse, embeberse del espíritu militante y transformador del marxismo y luego difundirlo por toda la URSS, antes de aventurarse en el extranjero en algún momento futuro. Entretanto, lo prioritario era la autodefensa frente a las perniciosas influencias extranjeras y burguesas que atravesaban sus inestables fronteras.

Stalin sentía un interés particular por la geopolítica y las fronteras de Rusia, pero su visión del mundo tenía más en común con la cultura del partido surgida de la guerra civil. Su creencia en la importancia decisiva de las ideas y el compromiso ideológico era fácilmente asumida por los bolcheviques del Ejército Rojo, que entendían la importancia vital de la moral en

la guerra. Cualquier grieta en la unidad ideológica podría conducir a la derrota.

Aceptó, pues, con gusto la guerra cuando llegó; aunque su misión consistía simplemente en asegurar el abastecimiento de alimentos desde la Rusia meridional, pronto se transformó en comisario político-militar, cambiando de atuendo y vistiendo una guerrera marcial de cuello alto, pantalones de montar y botas altas, un conjunto con el que se le solía ver a partir de entonces.[26] Su comportamiento era desconsiderado y cruel, y en cierta forma su estilo político militarista se parecía al de Trotski.[27] Esto pudo ser uno de los motivos de su aborrecimiento mutuo, pero había otros: era profundamente hostil a la incorporación al Ejército Rojo de los aristocráticos oficiales zaristas promovida por Trotski (y de hecho también por Lenin).

Stalin aceptó el repliegue de la NEP, pero los contemporáneos no debieron de sorprenderse mucho cuando finalmente se convirtió en su destructor. La decepción con sus resultados se había extendido por todo el partido y Stalin estaba situado en el lugar idóneo para proponer y dirigir una vía alternativa con su respaldo; esa nueva vía equivalía nada menos que a una segunda revolución bolchevique.

III

En la novela soviética clásica *Cemento*, escrita entre 1922 y 1924, el escritor proletario Fiodor Gladkov cuenta la historia de Gleb Chumalov, un héroe de la guerra civil que al regresar a

casa desmovilizado se encuentra con que su amada fábrica de cemento está inactiva y se está cayendo a pedazos. Los habitantes del lugar la utilizan como aprisco para sus cabras y como mercadillo para vender encendedores (actividades típicamente pequeño-burguesas en el imaginario bolchevique). Gleb trata de volver a poner en funcionamiento la fábrica aplicando a la reconstrucción económica el heroísmo radical interiorizado durante la guerra. Uno de sus camaradas, antinepista utópico, recuerda los tiempos de la guerra: «Si supieras cuánto echo de menos el ejército… Aquéllos fueron los años más inolvidables de mi vida, como las jornadas de octubre en Moscú. ¿Heroísmo? Es el fuego de la revolución». A lo que Gleb responde:

> Así es … Pero aquí, en el frente industrial, también debemos luchar con heroísmo … La montaña ha caído, aplastando al hombre como a una rana. Ahora, mediante un gran esfuerzo y arrimando el hombro, hay que devolver a la montaña a su lugar. ¿Imposible? Eso es precisamente. El heroísmo significa hacer lo imposible.[28]

Pero Gleb encuentra todo tipo de obstáculos. Primero es un ataque de los rebeldes cosacos y los blancos, que se ven rechazados. Kleist, el viejo ingeniero alemán, ha colaborado con los blancos y se muestra inicialmente escéptico con respecto a los planes de Gleb, pero éste, en una escena que recuerda deliberadamente el *Petersburg* de Bely, reproduce el papel de un Jinete de bronce resucitado poniendo sus manos sobre los hombros de Kleist e infundiéndole valor para contribuir al esfuerzo industrial. Pronto descubre, empero, que sus enemigos más peligrosos no son los expertos extranjeros, sino los burócratas crecidos en casa. Shramm, experto economista del

Consejo del Pueblo, aunque teóricamente comunista, tiene el «rostro fofo de un eunuco», lleva unas «lentes de pinza doradas sobre una nariz afeminada» y está lleno de afectación burguesa. Ama el lujo y consume manjares delicados adquiridos de estraperlo a sus decadentes compinches. Acusa a Gleb de ser un soñador culpable de «entusiasmos desorganizadores», mientras que él es un tecnócrata desapasionado como indica su monótona voz mecánica.[29] Pero Gleb no desiste y se empeña en movilizar a los obreros para reconstruir la fábrica. Es a la vez una dínamo humana y un descendiente del caballero medieval (*bogatyr*), héroe de la antigua épica rusa. Shramm es descubierto como saboteador y detenido, y en la escena final la fábrica vuelve a abrirse frente a una bandera rojo-sangre, declarando:

> Hemos vencido en el frente de la guerra civil.
> Venceremos igualmente en el frente económico.[30]

Pocos leerían hoy *Cemento* por gusto, pero a diferencia de otras novelas «proletarias» no era únicamente un editorial de *Pravda* disfrazado de literatura. Pese a su título poco atractivo, no carecía de valores literarios, estaba escrita en un estilo muy emocional y con una prosa atildada, y se hizo enormemente popular. Los dirigentes del partido la alababan y el propio Stalin se convirtió en su principal promotor. Y aunque Gladkov hace que Gleb respalde formalmente la NEP, la novela se distingue principalmente por captar la decepción que cunde entre los miembros del partido, y como ilustra el eslogan de partida de la novela, describe los nuevos problemas que encuentra el régimen y sugiere una forma de resolverlos. Tras derrotar a los «enemigos burgueses» internos afrontaba ahora (o creía afrontar) los

externos; y tras haber logrado cierta estabilidad económica tras el caos de la guerra civil, ahora tenía que pensar en el crecimiento económico y la competencia internacional. La solución de Gleb era retomar los métodos de la guerra civil, cuando los miembros más audaces del partido habían supuestamente movilizado a las «masas» en una «lucha de clases»; y a finales de la década de 1920 muchos comunistas estaban de acuerdo en esa reflexión.

Cemento también ponía de manifiesto las profundas contradicciones que acompañaban a la NEP. Aunque Lenin y Nikolai Bujarin, su gran propagandista e impulsor, les decían a los comunistas que debían «aprender de la burguesía» para poder competir con ella, el régimen se definía como «dictadura del proletariado» y estaba basado en el dominio de esa clase. Los «enemigos de clase» —la aristocracia y la burguesía— y la «gente antigua» —popes ortodoxos y otros seguidores del Antiguo Régimen— fueron privados del voto (7,7 por 100 de la población urbana en 1927-1928), y les resultaba difícil entrar a la universidad. Y aunque todos estaban de acuerdo en que la NEP era temporal, había profundos desacuerdos sobre cuánto debía durar. Los radicales como Gleb (y Gladkov), podían haberla aceptado formalmente, pero estaban en profundo desacuerdo con sus principios, mientras que comunistas más tecnocráticos —como Shramm— estaban convencidos de la necesidad de una gestión racional y de una reconciliación entre las clases.

En el seno de la dirección colectiva del partido que se formó durante los últimos meses de vida de Lenin coexistían ambas posturas. La mayoría apoyaba el mantenimiento de la NEP, pero entre ellos sólo Nikolai Bujarin, intelectualmente dotado

pero políticamente inepto, lo hacía decididamente. Otros dirigentes comenzaron a pasarse poco a poco a la oposición de izquierda, más radical. El primero fue Trotski, en 1923, aunque aquella conversión pareciera difícil de creer dada su defensa de la dura disciplina y de los oficiales zaristas durante la guerra civil. Liev Kámenev y Zinóviev formaron su propia oposición en 1925, y en 1926 los tres confluyeron en una «Oposición Unida» que censuraba a Stalin, Bujarin, Rykov y Tomski su empeño en mantener la NEP, despreciando la «lucha de clases», la «democracia» igualitaria y la revolución internacional.

Aquella división entre tecnócratas modernistas más gradualistas y radicales de izquierda más impacientes se agravó por la estructura peculiar del nuevo sistema soviético, que se extendió luego a todos los regímenes comunistas posteriores. Aunque el pequeño círculo de dirigentes del Buró Político (Politburó) del partido decidía todas las cuestiones importantes, por debajo de él la estructura de poder estaba dividida en dos jerarquías paralelas: el partido y el estado. La tarea del estado consistía en administrar el país y tendía a adoptar un enfoque de gestión práctica. En general quedaba a cargo de miembros del partido con una inclinación modernista —como Shramm— con la colaboración de especialistas burgueses no pertenecientes al partido. Éste, en cambio, actuaba como núcleo ideológico del estado, supervisaba la política y aseguraba que el régimen mantuviera sus convicciones.[31] En la práctica, evidentemente, sus papeles se solapaban a menudo y ambos bandos, cada uno con su propio sistema de valores y su cultura, competían por la influencia, a veces muy acremente.

La NEP era, por tanto, un orden inestable. Aunque algunos funcionarios pasaban agradablemente su tiempo tratando de

hacer funcionar el «capitalismo de estado», otros se sentían muy desgraciados por los compromisos de clase que tenían que hacer. Odiaban la apertura relativa del régimen, su tolerancia hacia los comerciantes, mercados callejeros y consumo de lujo. Como explicaba un comentarista académico:

> Durante el comunismo de guerra únicamente reconocíamos una categoría social dentro de nuestro campo: los «buenos». El «mal» quedaba estrictamente en el campo enemigo. Pero luego vino la NEP, introduciendo el mal en el bien … y trastocándolo todo. Ya no es una guerra abierta de unos contra otros, ahora el bien y el mal coexisten en el mismo colectivo.[32]

El «mal» al que se refería no era sólo político, sino también moral y cultural e incluso psicológico. Como demostraba *Cemento*, para muchos miembros del partido la virtud estaba íntimamente ligada al origen de clase. Se consideraba a la burguesía egoísta, afeminada y amante del lujo, y al proletariado colectivista, varonil y dispuesto a sacrificarse. Para muchos bolcheviques sólo podrían construir la sociedad comunista «hombres nuevos» virtuosos, dispuestos a sacrificarse por el bien común. El peligro real era que el mercado, y con él la influencia burguesa, corrompieran a los trabajadores, contaminándolos con egoísmo, filisteísmo engreído y hedonismo superficial. Así pues, pese a las proclamaciones de Marx y de algunos bolcheviques de que la moralidad era un fenómeno totalmente burgués que desaparecería con el socialismo, la mayoría de los bolcheviques (como muchos otros marxistas) eran muy moralistas. El comportamiento femenino era especialmente contemplado como índice de virtud. Un supuesto experto opinaba en el periódico *Komsomol'skaia Pravda* («La Verdad de la Juventud Comunista»): «Las modas femeninas contemporáneas son

reflejos condicionados para despertar emociones inflamadas. Por eso es esencial combatir por la expulsión de nuestras vidas de las "modas parisinas" y por la creación de una vestimenta higiénica, simple y confortable».[33]

Así pues, mientras los dirigentes del partido y los gestores económicos predicaban la colaboración con la burguesía, el partido como organización estaba obsesionado por su pureza ideológica en aquel momento de «repliegue» tanto como lo estaba en Europa occidental. Como hemos visto, los partidos socialdemócratas habían compartido durante mucho tiempo algunos rasgos de las sectas religiosas. La idea de la «conversión» al marxismo era muy corriente, como lo era la concepción de la vida del miembro del partido como un tránsito de la «espontaneidad» revolucionaria desorganizada a una «conciencia» disciplinada.[34] Y una vez que el partido había conquistado el poder, estaba decidido a asegurar que todos sus miembros tuvieran la misma experiencia. Quienes pretendían incorporarse al partido tenían que presentar un informe sobre su vida anterior, a menudo una autobiografía por escrito. Se esperaba que admitieran sus anteriores «pecados» políticos y que mostraran que se habían convertido verdaderamente. Un estudiante de nombre Shumilov exponía que mientras permanecía en un campo alemán de prisioneros de guerra había leído literatura marxista ilegal, a raíz de lo cual había «experimentado un renacimiento espiritual … la revelación de la esencia del Ser», renunciando al cristianismo y abrazando al marxismo.[35]

Tras incorporarse al partido, los comunistas se veían sometidos a toda una serie de controles destinados a mantenerlos puros y a extirpar las influencias ideológicas

«ajenas». El más importante de esos métodos era la *chistka* («purga» o «limpieza»). Hasta la segunda mitad de la década de 1930, la *chistka* no estaba automáticamente relacionada con la detención y encarcelamiento; sus víctimas eran expulsadas del partido o bien rebajadas a un estatus inferior (por ejemplo, de la categoría de miembro de pleno derecho a la de «simpatizante»). Comenzó a aplicarse por primera vez en el partido en 1921 y más tarde se extendió a otras instituciones como un proceso regular, destinado a comprobar que los miembros del partido eran moralmente puros, aunque por supuesto los dirigentes podían utilizarlo para deshacerse de sus adversarios. A los militantes del partido se les preguntaba sobre sus convicciones, su pasado y su conocimiento del marxismo ante una comisión de tres miembros que actuaban como jueces. Se rellenaban cuestionarios y los examinandos debían informar sobre sus pensamientos y su comportamiento pasado. En 1922 y 1923 la Universidad Sverdlov de Moscú sustituyó los exámenes de fin de año por *chistkas* en las que se juzgaba el rendimiento académico a la vez que la «adhesión al partido» y las «desviaciones» políticas o morales.[36] En 1924 se extendieron esas purgas a todas las universidades y los malos resultados académicos o los errores políticos podían llevar a la expulsión del partido.

Se puede apreciar otra forma de indagar el compromiso revolucionario en los seminarios académicos de las universidades comunistas. Los profesores recibían una «zurra» siendo sometidos a agresivos interrogatorios en asambleas públicas; si se descubría que estaban en un error, tenían que confesar sus pecados. Así nacieron las campañas de «crítica y autocrítica» del período estalinista que, aprendidas por los estudiantes chinos de la Universidad Comunista de los Trabajadores de Oriente

(KUTV) creada en Moscú en 1921, se extendieron más tarde a las «sesiones de lucha» empleadas en el Partido Comunista Chino.[37] Esos métodos de confrontación e interrogatorio tenían también mucho en común con los «juicios de agitación» —una forma de propaganda teatral realizada en el Ejército Rojo mediante espectáculos en los que los soldados participaban en el «juicio» de actores que representaban a los capitalistas y a los blancos—, que iban a dar lugar a las farsas judiciales estalinistas.[38]

Sin embargo, junto con detalladas investigaciones de los individuos y de sus opiniones, las purgas se basaban principalmente en el criterio del origen de clase, ya que se suponía que los proletarios eran más colectivistas y virtuosos que los burgueses; pero la definición de clase no era tan fácil como parecía. ¿Había que privilegiar a los obreros de las fábricas grandes porque eran «más puros» que los de pequeños talleres? ¿Era decisiva la clase a la que pertenecían los padres, o podía uno superar un mal origen de clase trabajando en una fábrica o incorporándose al Ejército Rojo? Los miembros de las clases «explotadoras» tenían que repudiar a sus padres si querían ingresar en la universidad, publicando un anuncio en un periódico: «Yo, tal y tal, anuncio aquí que rechazo a mis padres, tal y tal, como personas ajenas, y declaro que no tengo nada que ver con ellos». Pero no estaba garantizado que esto sirviera siempre. Inevitablemente, los que pretendían incorporarse al partido o a la universidad inventaban orígenes proletarios y proliferaban las denuncias por falsear el origen de clase.[39]

Pero pese a las dificultades prácticas de la «proletarización», las instituciones del partido se obsesionaron cada vez más por la clase y la pureza ideológica. Mientras todavía vivía Lenin ya se

había pretendido una unidad absoluta, pero a finales de la década de 1920 cualquier divergencia se veía como un auténtico mal, un peligro para el partido, que había que extirpar.[40] Los comunistas llevaban cada vez peor la influencia de los especialistas burgueses en la administración estatal. Tras la llamada «promoción Lenin» de 1924, con la que se duplicó en pocos meses el número de miembros del partido, sus células en las fábricas eran a menudo de composición casi exclusivamente proletaria y podían ser muy hostiles a los especialistas burgueses y los gestores administrativos que trabajaban con ellos; pero la capa más radical era la de los nuevos intelectuales «proletarios», irritados por la prolongada influencia de los viejos intelectuales burgueses o «compañeros de viaje», como los denominó Trotski. Comparada con la década de 1930, la NEP fue un período de relativo aperturismo cultural, en el que grandes poetas como Osip Mandelstam o Anna Ajmatova, calificados como «compañeros de viaje», podían publicar sus escritos; pero esto molestaba a muchos de los nuevos intelectuales «proletarios» del partido.

La cultura combativa de lucha de clases durante la guerra civil se había replegado de la sociedad en general al interior del partido desde 1921, y lo mismo había sucedido en Europa occidental. La diferencia, por supuesto, era que en la Unión Soviética el partido bolchevique estaba en el poder. La brecha entre la ideología oficial y la realidad caracterizada por la prosperidad de los *NEPmany* y el desempleo de muchos era por tanto profunda. La NEP no hizo sino revigorizar el odio de clase de los socialistas más radicales.

Los principales protagonistas de esa línea radical en la dirección del partido eran los miembros de la Oposición Unida,

que sometían a críticas muy duras la política de los demás dirigentes; pero entre julio y octubre de 1926 perdieron su puesto en el Politburó y a finales de 1927 Stalin y Bujarin consiguieron expulsarlos del partido: en octubre fueron expulsados del Comité Central Trotski y Zinoviev, y en el XV Congreso del partido, celebrado en diciembre, se decidió la expulsión de toda la Oposición Unida. Trotski fue deportado a Almaty (Kazajstán) en enero de 1928 y expulsado de la URSS un año después, iniciando una larga trayectoria que lo llevaría desde Turquía a Francia, Noruega y finalmente México.

Pero por paradójico que pueda parecer, la derrota de la Oposición Unida coincidió con la victoria de gran parte de su programa. Ahora que Stalin se había deshecho de su principal adversario, Trotski, pudo robarle las ideas de izquierda, aunque les dio un colorido más nacionalista. El deterioro de la situación internacional desde 1926 fue decisivo en sus cálculos. La estrategia de la NEP parecía más convincente a mediados de la década de 1920, en una época de paz relativa con Occidente, porque prometía el desarrollo mediante el comercio exterior; pero el empeoramiento de las relaciones diplomáticas reforzó a quienes preferían una política económica más autárquica. En 1926-1927 muchos dirigentes bolcheviques estaban convencidos de que británicos y franceses planeaban una invasión con la ayuda de alguno o algunos países de Europa oriental. Aunque no era así y retrospectivamente aquellos temores parecen enormemente exagerados, Stalin, siempre temeroso de la «burguesía» extranjera y viendo el mundo con los ojos de un antiguo georgiano colonizado, estaba al parecer verdaderamente asustado. Si la Unión Soviética quería «evitar el destino de la India» y no convertirse en una colonia de

Occidente, advirtió, tenía que construir pronto una gran industria pesada y aumentar su presupuesto militar.[41]

En aquellas circunstancias Stalin hizo suyas muchas de las críticas de la izquierda a la NEP y concluyó que la planificación no estaba proporcionando el desarrollo industrial que la URSS requería. La estrategia de la NEP era fundamentalmente lenta y gradual: el campesinado podría obtener beneficios de la producción de alimentos y los utilizaría para comprar artículos industriales —como tejidos y herramientas—; su creciente prosperidad, según se argumentaba, beneficiaría así a la industria. Al mismo tiempo el gobierno podría exportar mayores cantidades de grano a cambio de maquinaria importada, muy necesaria. Sin embargo, aunque la producción de grano aumentó y la industrial recuperó el nivel de antes de la guerra, aquella estrategia no iba a permitir una rápida industrialización, especialmente en una época en que el precio internacional del grano era muy bajo.

En 1927 una pobre cosecha y la escasez de alimentos situaron a la dirección ante un dilema: mantener el precio que se pagaba a los campesinos por el grano a expensas de la industrialización, o insistir en los ambiciosos objetivos de inversión y utilizar el poder estatal (y en último término la fuerza) para extraer el excedente al campesinado, poniendo así fin en la práctica al mercado del grano y a la propia NEP. Stalin optó por esta última decisión. Reproduciendo su *modus operandi* como comisario encargado del abastecimiento de provisiones en el sur durante la guerra civil, realizó una visita muy publicitada a Siberia para «encontrar» grano, aunque en realidad ya había decidido dónde estaba: en los graneros de los *kulaki* acumuladores y egoístas. El partido, declaró, tenía que

emprender la lucha de clases contra los *kulaki*; había que movilizar a los campesinos pobres contra los propietarios ricos para quitarles los alimentos que habían ocultado, contribuyendo así a la industrialización y la defensa de la URSS.

La revolución de Stalin no se limitaba a la agricultura. Se trataba de una gran campaña ideológica, una oportunidad para poner fin al repliegue de 1921 y realizar un «salto adelante» al socialismo en todos los frentes, precisamente como proponía la Oposición Unida. El mercado quedaría proscrito y con él todas las formas de desigualdad entre intelectuales y obreros y entre los propios trabajadores. Al mismo tiempo la URSS saldría de su situación atrasada y entraría en una modernidad socialista avanzada. Se hablaba de una época de «revolución cultural». Había que eliminar la religión y la «superstición» campesina y las culturas étnicas «atrasadas» debían elevarse al nivel de la rusa, más avanzada. El partido se revigorizaría con celo mesiánico de forma que pudiera movilizar a las masas para conseguir proezas milagrosas de desarrollo.

Stalin encontró al principio una fuerte resistencia por parte de Bujarin y sus aliados Rykov y Tomski, que disponían de una mayoría en el Politburó. Les acusó de «desviacionismo de derechas» y emprendió lo que iba a llamar la «Gran Ruptura» con el pasado. Prometeo había sido de nuevo desencadenado, a la vez como modernizador y como rebelde.

IV

En sus memorias *Elegí la libertad* (escritas en 1947 tras desertar

a Estados Unidos), Viktor Kravchenko recordaba cuando era un técnico de veintitrés años y activista de la Juventud Comunista (Komsomol) en una fábrica metalúrgica ucraniana durante el año 1929:

> Yo era … uno de los jóvenes entusiastas, impulsado por las elevadas ideas y planes de aquel período … Estábamos tan enfervorecidos por el trabajo que a veces parecía puro delirio … La industrialización a cualquier precio para sacar a la nación de su retraso nos parecía el objetivo más noble que cabía concebir. Por eso debo evitar la tentación de juzgar los acontecimientos de aquellos años a la luz de mis sentimientos actuales … El refunfuño de los «liberales pasados de moda», que sólo sabían criticar manteniéndose al margen del esfuerzo general, me parecía muy cargante.[42]

Kravchenko reconocía que eran sólo una minoría. Era un activista típico del nuevo orden estalinista. De origen obrero (su padre había participado en la revolución de 1905) y educado bajo el nuevo régimen, estaba decidido a llevar su país a la modernidad. Era precisamente del tipo de personas que Stalin pretendía que estuvieran a la vanguardia de su nueva revolución. Stalin concebía el socialismo como algo que se difundiría desde los «elementos avanzados» hacia los «atrasados» mediante una presión decidida, casi militar; pero el socialismo posrevolucionario estaba también íntimamente ligado a la industrialización. Con su lema «no hay fortaleza en el mundo que los trabajadores, los bolcheviques, no puedan conquistar», trasladó deliberadamente el comunismo radical de la revolución al frente industrial.[43] La industrialización fue una campaña semimilitar, destinada a defender la URSS frente a los agresivos imperialistas. Como declaraba previsoramente Stalin en 1931: «Estamos entre cincuenta y cien años por detrás de los países avanzados. Debemos cerrar esa brecha en diez años. O lo

conseguimos, o nos machacarán».[44]

El primer plan quinquenal (*piatiletka*) se inició en 1928 y señaló el principio del fin de la economía de mercado; pero el término «plan», con sus connotaciones científicas, es equívoco. Aunque ciertamente estaba lleno de cifras y objetivos, a menudo eran castillos en el aire del propio Stalin, demasiado ambiciosos y poco prácticos.[45] Hay que entenderlos más bien como llamamientos a un esfuerzo heroico. Stalin se vio alentado en sus ambiciones por ciertos economistas marxistas, que aplicaban curiosas nociones de materialismo dialéctico a la economía: aquellos planes, por utópicos que parecieran —proclamaban—, eran absolutamente factibles, porque el marxismo había demostrado que los «saltos» revolucionarios constituían un fenómeno natural verificable y que por tanto se podían dar igualmente en la economía.[46] La antigua ciencia «burguesa» —insistían— había quedado desacreditada e iba a ser sustituida por una nueva ciencia «proletaria» que tendría en cuenta la fuerza de voluntad de las masas. Se trataba, pues, de una economía «de mando» militarizada, basada en deseos piadosos más que genuinamente planificada.

El primer objetivo estalinista era convertir el partido y el estado en instrumentos adecuados para su ofensiva socialista. Los funcionarios tenían que ser leales y auténticos creyentes; cualquier «derechista» escéptico debía ser apartado. En la práctica, eso significaba purgas que atendían principalmente al origen de clase. El juicio de Shajty de los ingenieros «saboteadores» en 1928 estaba destinado a mostrar lo peligrosos que eran los especialistas burgueses, y muchos de ellos fueron despedidos o encarcelados.

En cualquier caso, los estalinistas creían que su «revolución»

sería popular y que la siguiente fase sería la movilización de la clase obrera y los campesinos pobres por un partido purgado y con nuevas energías. Se desechó la sobria disciplina burguesa que Lenin pretendía implantar con la NEP para volver al militarismo populista de la guerra civil. El trabajo regular fue sustituido por las carreras en el último minuto (*shturmovshchina*) para cumplir los planes. El partido organizaba brigadas de «choque» en las que los obreros hacían «votos revolucionarios» de alcanzar récords de producción. La paga —en parte porque había muy poco dinero, y en parte porque violaba los principios ideológicos— no era apenas un incentivo. En muchas fábricas se crearon «comunas» de producción en las que todos los salarios eran iguales, como en los antiguos *artiely*. El sacrificio solidario y el logro del socialismo serían suficiente recompensa.[47]

Pero a los obreros se les ofrecían ciertos incentivos, aunque no fueran directamente materiales: estatus más alto, movilidad hacia arriba y la oportunidad de descargar su furia contra jefes impopulares. Stalin declaró explícitamente que su «Gran Ruptura» no sería tan sólo solamente una revolución económica, sino también social. El partido alentó la denuncia de los especialistas burgueses y se enviaron destacamentos de obreros fiables desde las fábricas para erradicar las actitudes burguesas y burocráticas del gobierno. Los más obedientes e inteligentes (con tal que fueran «obreros») tenían mucho que ganar de aquellas purgas, ya que el régimen estaba decidido a sustituir a la burguesía por una nueva intelectualidad proletaria «roja». De hecho era una época de gran movilidad social.[48] Muchos de los comunistas que llegaron a gobernar la Unión Soviética al llegar a la senectud, la llamada «generación de

Brezhniev», mantenían una lealtad inquebrantable al régimen precisamente porque se habían beneficiado mucho de la educación y promoción que se les brindó durante la década de 1930.

Al régimen no le bastaban sin embargo como blanco los especialistas burgueses; también tenía bajo sospecha a los gestores comunistas supuestamente «burocráticos» —los Shramm de Gladkov— de los que creía que se habían acercado demasiado a los especialistas. Stalin emprendió en todo el país una campaña de «autocrítica» y «democracia» que obligaba a los jefes a someterse a la crítica popular. Aquello estaba destinado en parte a presionar a los especialistas y gestores escépticos para cumplir los ambiciosos objetivos del estado, pero también había otro motivo: si los trabajadores «sentían que eran los amos» del país, como decía Stalin, se sentirían más ligados al régimen revolucionario y, por tanto, a su trabajo.[49] No se trataba de volver al control obrero de 1917, pero aun así algunos obreros, organizados por la «célula» local del partido, obtenían mayor influencia sobre el proceso de producción, al tiempo que los jefes y especialistas eran blanco de las críticas y podían ser fácilmente víctimas de acusaciones de «sabotaje». Como recordaba Kravchenko, quien dirigía en aquella época un periódico de fábrica, la «autocrítica» estaba ciertamente manipulada, pero no era mera retórica:

> Dentro de los límites de la línea del partido, en el periódico de la fábrica disfrutábamos de bastante libertad de expresión … No se podía imprimir nada que arrojara una sombra de duda sobre la industrialización o sobre la política del partido; pero sí estaban permitidos los ataques a la administración de la fábrica, a los funcionarios sindicales y a los jefes del partido acusados de faltas específicas en la producción o en la gestión, y eso creaba la ilusión de que el periódico expresaba la opinión pública.[50]

Aquella estrategia de movilización tuvo cierto éxito. Había quienes se integraban con entusiasmo en las brigadas de choque, aprobaban la retórica revolucionaria del partido, odiaban a los viejos gestores y especialistas y quizá esperaban privilegios y favores del régimen. John Scott, un estadounidense de veinte años que fue a trabajar en el enorme complejo metalúrgico de Magnitogorsk, en los Urales, en 1931, recordaba la atmósfera beligerante y el espíritu de sacrificio que reinaba allí:

> En 1940 Winston Churchill les dijo a los británicos que sólo podían esperar sangre, sudor y lágrimas. El país estaba en guerra. El pueblo británico no se sentía complacido, pero la mayoría lo aceptaron. Del mismo modo, desde 1931 poco más o menos, la Unión Soviética se sentía en guerra … en Magnitogorsk me vi de repente en plena batalla … Decenas de miles de personas sufrían grandes privaciones construyendo altos hornos y muchos de ellos lo hacían voluntariamente, con un entusiasmo sin límites, que me contagió desde que llegué allí.[51]

Muchos otros, no obstante, veían las campañas como un intento de obligar a la gente a trabajar más por menos salario.[52] Stalin esperaba financiar la industrialización exprimiendo al campesinado, pero en realidad eran los obreros industriales los que pagaban un precio más alto, porque el otro aspecto de la «Gran Ruptura» —la colectivización de la agricultura— fue catastrófico. Los obreros trabajaban efectivamente mucho más por mucho menos dinero: entre 1928 y 1933 su salario real cayó más de un 50 por 100.[53]

Si la vanguardia bolchevique tuvo cierto éxito en movilizar las fábricas, sus intentos de transformar el campo se encontraron con una oposición generalizada, lo que tampoco podía sorprender a nadie, ya que la colectivización equivalía a un

asalto general contra los valores y el modo de vida tradicional del campesinado. Desde hacía mucho la doctrina marxista afirmaba que los campesinos eran «pequeños burgueses» y que las granjas debían ser dirigidas y gestionadas en último término como fábricas socialistas. Casi todo el mundo creía que cuanto mayor, mejor, y que las granjas colectivas (*koljozy* y *sovjozy*) serían más eficientes gracias a la mecanización; pero la colectivización también estaba relacionada con la necesidad de resolver la crisis del grano. Las granjas colectivas, controladas por el partido, permitían al régimen imponer su poder en el campo y obligar a los campesinos renuentes a producir y entregar su cosecha para abastecer las ciudades.

La colectivización supuso arrebatar la tierra a los *kulaki*, pero esta categoría se amplió rápidamente para incluir a cualquiera que se resistiera a ella. El destino de los *kulaki* fue diverso: algunos quedaron a disposición de la recién creada Dirección General de Campos de Trabajo (GULAG: *Glavnoie Upravlienie Ispravitiel'no-Trudovij Laguieriei i koloni*); a otros se les dieron tierras baldías; otros fueron deportados a las ciudades para trabajar en fábricas o en la construcción de distintos proyectos; muchos murieron durante el viaje a los campos de trabajo. Como cabía esperar, el proceso de colectivización se convirtió pronto en una nueva guerra civil, esta vez entre el partido y el campesinado. Algunos campesinos, los más jóvenes, más pobres o ex soldados del Ejército Rojo, apoyaban con entusiasmo la campaña, pero la gran mayoría se oponía; y cuando los organismos locales del partido y la Komsomol comenzaron a resquebrajarse a finales de 1929, el régimen se vio obligado a enviar a decenas de miles de obreros urbanos para activar la campaña, decisión que recordaba las expediciones del

ejército revolucionario jacobino para requisar las cosechas. Aquellos obreros voluntarios estaban sin duda convencidos de estar en el lado correcto de la historia, llevando la modernidad a las masas ignorantes. Liev Kopelev, miembro de un destacamento, recordaba aquella certeza:

> Estaba convencido de que combatíamos en un frente invisible contra el sabotaje de los *kulaki* y por el grano que necesitaban el país y el plan quinquenal. Sobre todo por el grano, pero también por las almas de aquellos campesinos atrapados en la falta de conciencia política, en la ignorancia, que sucumbían a la agitación del enemigo y que no entendían la gran verdad del comunismo.[54]

Las campañas contra la religión constituían una parte decisiva de aquella «guerra» por las «almas» de los campesinos. Tras un período de dura persecución durante la guerra civil, el régimen había alcanzado un incómodo *modus vivendi* con la Iglesia Ortodoxa a mediados de la década de 1920, pero con la «Gran Ruptura» llegó una nueva ofensiva. En 1929 se prohibieron todas las actividades eclesiásticas —desde las obras de caridad a las procesiones— aparte de los servicios religiosos; pero también se producían a veces ataques más violentos. Jóvenes entusiastas de la Komsomol y activistas de la Liga de Ateos Militantes realizaban actos iconoclastas y vandálicos, al tiempo que fundían las campanas de las iglesias y confiscaban sus bienes.[55] Aquellas campañas reforzaron la convicción de la mayoría de los campesinos de que la colectivización era un ataque satánico al modo de vida cristiano. En 1929 circuló en el norte del Cáucaso una predicción apocalíptica del futuro que cabía esperar bajo el sistema de las granjas colectivas:

> En las granjas colectivas … cerrarán todas las iglesias, no permitirán la oración, incinerarán a los muertos, prohibirán el bautismo de los niños, matarán a los

> inválidos y a los ancianos, ya no habrá maridos o mujeres y todos dormirán bajo una manta de un centenar de metros. Se llevarán a los hombres y mujeres hermosas a un lugar escondido para producir gente hermosa … La granja colectiva son los animales en un solo rebaño y la gente en un único barracón.[56]

Se generalizaron las revueltas y a menudo eran las mujeres las que estaban en primera línea, convencidas de que no se las trataría con la misma dureza que a sus hombres. Así, en enero de 1930 en Bilogolovi, un pueblecito de Ucrania cercano a la frontera con Polonia, ocho activistas llegaron a la iglesia con la intención de llevarse la campana y fueron atacados por un grupo de mujeres de la localidad, que les dieron una paliza y les impidieron proseguir su trabajo.[57]

El partido se vio obligado a ganar la guerra de la colectivización por la fuerza, pero perdió la paz al arraigar un profundo resentimiento hacia el sistema de granjas colectivas. Los campesinos, acostumbrados a realizar el trabajo por sí mismos y a distribuir periódicamente la tierra desde un consejo de cabezas de familia, se veían ahora obligados a obedecer las órdenes de los funcionarios del estado. Aunque en principio se les pagaba proporcionalmente a su trabajo, en la práctica sólo les quedaba una pequeña parte después de saldar sus deudas con el estado. Sin dinero ni autonomía como incentivo para trabajar, respondían a las exigencias de sus jefes con un resentido boicot pasivo. Kravchenko, entonces miembro de un destacamento de obtención de grano, se vio sorprendido por el «desastroso estado de negligencia y confusión» de una granja que visitaba, y ordenó al presidente de ésta que reuniera a la junta:

> Al cabo de media hora los hombres y mujeres teóricamente a cargo del *koljóz* estaban en el patio. El aspecto de sus rostros no era alentador. Parecían decir: «Aquí tenemos otro entrometido … ¿Qué podemos hacer sino escuchar?».

«Bueno, ¿cómo va, camaradas *koljozniki*?», comencé, deseando mostrarme cordial.

«Así, así … todavía vivos, como ves», dijo uno de ellos con una voz segura.

«Aquí no hay ricos ni pobres, sólo indigentes», añadió otro. Fingí no haber oído su ironía.[58]

Pero la respuesta de Stalin fue la venganza. Decidido a mantener la industrialización, para lo que había que exportar grano y alimentar a los obreros urbanos, ordenó niveles extraordinariamente altos para las cosechas de 1931 y 1932, pese al mal tiempo. En 1932-1933 lanzó un brutal ataque contra los campesinos supuestamente «enemigos» que habían emprendido una «guerra silenciosa contra el poder soviético». Durante toda aquella conmoción Stalin insistía en requisar las cosechas e incluso las semillas para el año siguiente, y las familias que ocultaban alimentos eran castigadas severamente. El resultado fue una horrible hambruna (*Golodomor*). Una carta de un campesino de la región del Volga a las autoridades en 1932 mostraba la devastación y desesperación que se vivía en el campo:

En el otoño de 1930 se labró la tierra y en primavera se sembró, recogiendo una buena cosecha sin complicaciones … pero cuando llegó el momento de entregarlo al estado se lo llevaron todo … y ahora los *koljozniki* con niños pequeños están muriendo de hambre. A veces no comen durante una semana y no ven ni un mendrugo de pan durante días y días. La gente ha empezado a engordar de hambre … y todos los varones se han ido, pese a que queda muy poco tiempo para la siembra de primavera.[59]

El insensible empeño de Stalin en la industrialización por alto que fuera el precio a pagar provocó una hambruna devastadora, en la que se estima que murieron entre 4 y 5 millones de personas.[60] Fue uno de los acontecimientos más

destructivos de la historia soviética y uno de los primeros de los muchos desastres provocados por la dogmática política agraria de los regímenes comunistas.

El régimen afrontaba una severa crisis. En las ciudades faltaban alimentos y estallaban huelgas. La dura explotación del campesinado era en parte responsable de la escasez, pero también lo era el despilfarro del nuevo sistema de mando en su conjunto.

Durante los primeros años de la era estalinista un grupo de periodistas que trabajaban para *Krokodil* («El cocodrilo») —una revista satírica oficialmente permitida— imaginó un ingenioso fraude. Tras obtener la debida autorización de la policía secreta (la OGPU [*Ob'edinennoie Gosudarstvennoie Politicheskoie Upravlenie*], que sucedió a la *cheka*) y del edecán económico de Stalin, Lazar Kaganovich, crearon una organización industrial ficticia a la que llamaron «Trust de Toda la Unión para la Explotación de Meteoritos» y dotaron de artículos esenciales: engañaron a la Empresa de Sellos de Caucho del Estado para que les proporcionara un sello y encargaron sobres y cartas con un membrete espectacularmente impreso, confeccionando también una lista falsa de directivos con nombres de personajes cómicos de la literatura rusa. Se enviaron cartas debidamente selladas a varias organizaciones industriales planteándoles la excitante perspectiva de una nueva fuente de metales especiales de alta calidad, los meteoritos. El Trust de Toda la Unión para la Explotación de Meteoritos, según aseguraba la carta, había deducido científicamente que pronto caerían meteoritos en varios lugares de Asia central. Sabían con precisión, según aseguraban, cuándo y dónde caerían y podían proporcionar los materiales obtenidos a sus socios preferentes en la industria

soviética. Funcionarios industriales de toda la URSS se tragaron el anzuelo y llegaron muchas cartas interesándose por el asunto. El Trust Mobiliario ofrecía renovación de las oficinas a cambio de los metales preciosos; el Trust Fonográfico del Estado ofrecía fonógrafos y discos para entretener a los expedicionarios mientras viajaban por los desiertos de Asia central para recuperar el material de los meteoritos. Provistos de esas ofertas y otras más sustanciales, obtuvieron un gran crédito del Banco Estatal, pero fueron demasiado lejos cuando acudieron al vicecomisario de Industria Pesada pidiéndole ayuda para construir una fábrica donde procesar los metales. El vicecomisario, menos crédulo que la mayoría, sospechó y los encerró en su oficina. Finalmente llamaron a la OGPU, que avisada con anterioridad de la broma montó un espectáculo aparentando detener a los empresarios de los meteoritos; pero para desdicha de éstos, el sentido del humor de Kaganovich no llegaba hasta el punto de permitirles publicar la historia porque habría sido demasiado humillante para la élite industrial de la Unión Soviética; el castigo de los funcionarios se limitó al ridículo sufrido en los pasillos del poder.[61]

Esta historia, relatada por un dibujante de *Krokodil* a Zara Witkin, un ingeniero estadounidense que trabajaba en Moscú en aquella época, revela un aspecto notable del sistema económico creado durante el primer período estalinista, que ponía al mando a un «éstado hambriento» cuya avidez de recursos, ya fueran materias primas, mano de obra o artículos industriales, no tenía límites.[62] La lógica de aquel sistema explica por qué los responsables de la industria, pesada o ligera, eran tan fáciles de engañar: encargados de cumplir planes de producción muy ambiciosos, no les preocupaba su coste porque simplemente no podían fallar; los balances de ganancias y

pérdidas constituían un capítulo irrelevante de sus cálculos. Mientras hubiera alguna probabilidad de que los metales obtenidos de los meteoritos fueran tan buenos como se prometía, tenían pocas razones para abstenerse del intento. La voraz economía industrial se tragaba todo lo que se ponía a su alcance; no es, pues, extraño que a los directivos se les hiciera la boca agua ante la perspectiva de explotar los meteoritos.

Durante el primer plan quinquenal, de 1928 a 1933, se construyeron algunos de los grandes colosos industriales de la economía soviética como las plantas metalúrgicas de Magnitogorsk en los Urales y de Stalinsk en Siberia.* Según las cifras oficiales la producción se duplicó en muchos sectores de la industria pesada, aunque aquello supusiera un coste enorme: los objetivos poco realistas, los métodos de trabajo «a la carrera» y los traslados continuos de obreros semiespecializados e ingenieros creaban escasez, despilfarro y caos. La «autocrítica» y la «lucha de clases» eran también prácticas perjudiciales que pronto escaparon al control del partido. En Leningrado (antes San Petersburgo/Petrogrado) más del 61 por 100 de las brigadas de choque elegían a sus capataces y los jefes se quejaban de que los obreros se negaban a obedecerles.[63] Al cabo de cuatro años se dio el plan por cumplido, pero en realidad el 40 por 100 de sus objetivos no se alcanzaron.[64]

El caos y el escaso rendimiento económico obligaron a Stalin a replegarse, y ya en junio de 1931 se apreciaron las primeras vacilaciones cuando declaró que la lucha de clases contra los especialistas burgueses había acabado; se restableció la autoridad de los directivos y se puso freno al activismo del partido y de la policía secreta. Como declaró Kaganovich, a partir de aquel momento el suelo tenía que temblar cada vez que

un directivo soviético entrara en la fábrica. Stalin se vio también obligado a abandonar su utopismo económico. El segundo plan quinquenal, de 1933 a 1937, aunque seguía siendo ambicioso, era más modesto y pragmático.

Lo más significativo era quizá el progresivo aumento de las desigualdades que marcó el estalinismo maduro. Stalin redujo significativamente su anterior entusiasmo por los logros del «heroísmo laboral». Los obreros tenían que recibir un salario proporcional a su trabajo; todavía no estaban preparados —declaró— para la igualdad salarial y el sacrificio solidario, que al parecer sólo se alcanzarían en el comunismo pleno, y no en la fase inferior «socialista» en la que se hallaba entonces la URSS.[65] A finales de la década de 1920 se habían repartido cartillas de racionamiento especiales a los altos funcionarios, cuyos privilegios se extendieron ahora, a partir de 1932, a otros funcionarios, ingenieros y miembros de la «*intelligentsia* socialista». Los salarios también se hicieron más diferenciados, aunque los de los ingenieros y técnicos no llegaban todavía a duplicar (1,8 veces) el salario medio de un obrero.[66]

En la industria podía reinar la paz entre las clases, pero tendrían que pasar todavía dos años antes de que ésta llegara al campo. Sólo la hambruna de 1932-1933 y la agitación urbana obligaron a Stalin a una retirada en mayo de 1933. Los funcionarios del partido recibieron la orden de reducir la presión en el campo y en 1935 el régimen comenzó a establecer ciertos compromisos. Los campesinos podrían ahora vender parte de su producción en el mercado local y se incrementaron los incentivos salariales en los *koljozy* y *sovjozy*.[67] Aunque algunos hablaron de una «neo-NEP», no se trataba de una restauración del mercado de los años veinte: la distribución de la

mayoría de los artículos producidos estaba ahora en manos de los burócratas estatales y así permaneció hasta el fin de la URSS; los campesinos seguían desconfiando del régimen y como consecuencia la agricultura siguió siendo un serio lastre para la economía soviética, como lo fue en todos los lugares donde se intentó la colectivización forzosa. Los campesinos sólo trabajaban con cierto vigor en sus parcelas privadas, a las que en 1950 correspondía casi la mitad de la carne producida aunque constituyeran una minúscula proporción de la tierra.

El vínculo entre la revolución igualitaria radical y el desarrollo económico en busca de un «gran salto» al comunismo había fracasado. El partido de vanguardia, lejos de movilizar a toda la población en apoyo al régimen, había provocado el caos y la división. El descontento también alcanzó a los dirigentes del partido, y puede que algunos jefes regionales trataran de persuadir a principios de 1934 al dirigente máximo de Leningrado, Sierguei Kirov, para que encabezara una candidatura alternativa en el XVII Congreso.* En ciertos aspectos aquella experiencia fue semejante a la de Lenin en 1921: como este último, Stalin tuvo que replegarse y abandonar una política de enfrentamiento y lucha de clases para impulsar otra capaz de abarcar a la mayoría de la población. Aun así, y a diferencia de Lenin, Stalin no optó por el socialismo tecnocrático, sino que siguió manipulando las emociones de las masas por otros medios.

V

En 1938, diez años después de *Oktiabr'*, Eisenstein completó *Aleksandr Nievski*, la historia del príncipe medieval Alexander Iaroslavich (sic) de Nóvgorod, que dirigió la resistencia frente a las invasiones sueca y de la Orden Teutónica en 1240-1942.[68] El tema de la película era muy simple: los ciudadanos de Nóvgorod, atacados por los fanáticos católicos, debaten qué hacer. Clérigos, comerciantes y boyardos aconsejan la capitulación, pero uno de ellos, Domash, se opone y la ciudad confía su defensa al príncipe Alexander. Éste juzga que los habitantes de Nóvgorod no pueden defenderla por sí solos y que deben llamar en su ayuda a los campesinos. Ignat, el maestro armero, contribuye con entusiasmo al esfuerzo de guerra. Los caballeros teutónicos acaban cayendo en una pinza y son derrotados finalmente en el lago Peipus. En una de las escenas más recordadas de la historia del cine, «La batalla sobre el hielo», el peso de la armadura de los caballeros provoca que éste se rompa. El valor y la astucia (y la meteorología rusa) permiten así a los sencillos eslavos derrotar a los orgullosos teutones, pese a su tecnología más avanzada.

Aleksandr Nievski, como *Oktiabr'*, era un drama histórico encargado por el partido con el fin de fortalecer el ánimo de los soviéticos frente a la creciente amenaza alemana; pero en otros aspectos las dos películas no podían ser más diferentes. Estilísticamente *Aleksandr Nievski* era mucho más convencional, con un guión al estilo de Hollywood y un uso mínimo del montaje; su héroe era un individuo, no las masas; su escenario y personajes eran medievales, no modernos; y su tema era la unidad patriótica, no la lucha de clases; el título que se había pensado inicialmente para ella era *Rus'*, el nombre del antiguo estado con capital en Kiev.

La película reflejaba cinematográficamente los cambios ideológicos fundamentales que Stalin y su círculo habían impulsado durante la década de 1930. Al igual que el príncipe Alexander, Stalin estaba decidido a resistir el asalto alemán; nunca se hizo ilusiones sobre los objetivos de los nazis y el ascenso de Hitler al poder en 1933 reforzó su convicción de que no se podía repetir la división de la Gran Ruptura; y así como Alexander creía que la población urbana no podía derrotar por sí sola a los teutones, Stalin moderó su antigua convicción durante la guerra civil de que bastaba la vanguardia organizada en el partido para asentar el socialismo. Desde mediados de la década de 1930 la ideología comunista se vio gradualmente modificada para atraer a una base más amplia que incluyera al campesinado y los obreros especializados (el armero de Eisenstein). Esto suponía, evidentemente, reemplazar un mensaje de clase muy cerrado por otro más abierto. Stalin quería poner fin a la discriminación basada en el origen de clase, y en 1935 declaró que «un hijo no responde por su padre» y promovió el regreso de los hijos de los *kulaki* a las granjas colectivas.[69] En 1936 la nueva Constitución anunció que en la URSS se había alcanzado el «socialismo», lo que significaba que la vieja burguesía había sido derrotada y se podía devolver el derecho de voto a las «antiguas clases» que se habían visto privadas de él. Los especialistas y científicos, antes sospechosos, recuperaron parte de su viejo poder y estatus. Aunque Stalin nunca declaró formalmente que hubiera acabado la «lucha de clases» (no fue hasta la muerte de Stalin cuando la dirección soviética declaró que había llegado la paz social) y el partido seguía siendo la «vanguardia», se daba a entender inconfundiblemente que el enemigo de clase interno había sido

derrotado y que la inmensa mayoría del pueblo soviético podía unirse contra el enemigo extranjero.

Aun así, Stalin no estaba dispuesto a adoptar las recetas de Lenin para la paz entre las clases, ni a considerar la sociedad como una máquina bien engrasada, ni a restaurar las desigualdades de mercado de la NEP. La planificación seguía en pie y la Unión Soviética seguiría siendo un país de héroes revolucionarios y no de mercaderes filisteos,[70] cuyo futuro estaría marcado por los rasgos presentados en *Aleksandr Nievski*: ciudadanos orgullosos de defender su país contra las amenazas extranjeras, con la ayuda de expertos pero organizados jerárquicamente bajo el mando de líderes con un estilo militar casi aristocrático. El modelo de ejército del socialismo también se iba modificando, de la banda fraternal de auténticos creyentes de finales de la década de 1920 a una milicia más convencional y masiva.

La URSS se transformó así, dejando de ser —o pretendiéndolo— una sociedad de clases enfrentadas tras completar la revolución contra la aristocracia y la burguesía (representada en *Oktiabr'*) para convertirse en otra fraternal, en la que los hermanos mayores en edad, dignidad y gobierno guiaban a los más pequeños. Si bien la sociedad estaba jerarquizada, también era fluida y el lugar de cada uno en ella dependía de la «virtud» política más que de su nacimiento. Los hermanos mayores dirigían a los menores hacia el futuro brillante del comunismo; los más «conscientes» políticamente —la «vanguardia», generalmente de origen no burgués, organizada en el partido— «educaban» a los menos conscientes; una nueva «intelectualidad» soviética (el término ruso *intelliguentsia* abarcaba ahora a todos los que habían recibido

educación superior) dirigía a los obreros y campesinos; y entre éstos iba surgiendo un nuevo tipo de héroes, los «estajanovistas» que emulaban al extraordinario minero Alexéi Stajánov.

Se trataba, pues, de una versión más meritocrática —o quizá «virtutocráctica»— de la antigua «aristocracia de servicio» zarista, cuando el estado otorgaba estatus y prebendas a quienes mejor le servían. La élite del partido y otros privilegiados, como algunos estajanovistas, gozaban de apartamentos confortables y del acceso a artículos de consumo y alimenticios especiales. A mediados de la década de 1930 se introdujo también un nuevo símbolo de la jerarquía que recordaba la época zarista: hasta 1917 los funcionarios civiles tenían rango y uniforme, que fueron abolidos como símbolos del Antiguo Régimen, como lo fueron los viejos grados militares; pero en 1935 se introdujeron de nuevo éstos en el Ejército Rojo, marcados con galones y otros emblemas, y también se les dieron uniformes especiales a los trabajadores en diversas áreas, de los canales a los ferrocarriles, al tiempo que se creaba una plétora de medallas, órdenes y premios que se concedían a gente de todos los niveles de la jerarquía, desde el premio Stalin, equivalente al Nobel, hasta el título de «héroe del trabajo socialista» para los estajanovistas y otros obreros.[71] El sistema de valores socialista se iba así combinando con otro aristocrático: la «nueva persona socialista» era ahora alguien con «honor», obtenido mediante el servicio y el sacrificio heroico.[72] Sin embargo, a diferencia de la Rusia zarista, ese ideal heroico y aristocrático estaba supuestamente al alcance de todos. Todos, en teoría, se podían convertir en personas «honorables», ya fueran o no miembros del partido, aunque algunos eran más honorables que otros.

La actitud del partido hacia el nacionalismo mostraba la

misma ambivalencia de aperturismo y jerarquía. Stalin sabía cuánta importancia tenía como fuerza social, pero tenía que encontrar un conjunto de ideas y símbolos atractivos para todos: una tarea difícil ya que la URSS era de hecho un «imperio» más que un estado-nación, e incluía un gran número de grupos étnicos: rusos, ucranianos, tayikos, uzbekos, tártaros, georgianos… La solución de Stalin fue recuperar en cierta medida del pasado zarista el nacionalismo ruso, purgándolo cuanto se podía de chovinismo. Sus ideólogos fabricaron así un «patriotismo soviético» que, aunque tenía como núcleo la identidad rusa, la había depurado de elementos ideológicamente inaceptables como el cristianismo ortodoxo y el supremacismo racista eslavo. Los espectadores de *Aleksandr Nievski* no tenían por tanto que recordar que había sido canonizado por la Iglesia Ortodoxa rusa; de hecho la principal figura eclesiástica en la película, el monje Anani, era un cobarde vendido al enemigo.

Según el nuevo patriotismo soviético, Rusia era la «primera entre iguales» en una unión ligada por la «amistad entre los pueblos». Durante la década de 1920 los bolcheviques habían evitado la rusificación y habían tratado de obtener el apoyo de los no rusos alentando el desarrollo de las culturas y lenguas minoritarias con medidas de discriminación positiva; pero desde principios de la década siguiente Stalin comenzó a alterar aquel equilibrio en beneficio de los rusos, sin que todavía se pudiera hablar empero de rusificación.[73] Se siguieron promocionando las lenguas no rusas y se incorporaron al núcleo ruso ciertas tradiciones no rusas. Durante la segunda guerra mundial se hicieron películas basadas en las hazañas de héroes nacionales de las principales minorías, como *Bogdan Jmelnitski* para los ucranianos, *Guiorgui Saakadze* para los georgianos y *David Bek*

para los armenios.[74] Se iba creando así una nueva historia «soviética» en la que los fraternales y benevolentes rusos dirigían a sus «hermanos menores» hacia la modernidad y la grandeza. A diferencia del nacionalismo de los nazis, que insistía en la innata superioridad racial y cultural aria, el nacionalismo soviético concebía la historia —al menos en teoría— como un ascensor: todas las naciones podían alcanzar la cumbre del desarrollo histórico si seguían el ejemplo ruso

Los ideólogos del partido fueron elaborando cuidadosamente una versión selectiva del nacionalismo, una especie de «bolchevismo nacional».[75] Se escudriñó la historia en busca de héroes que pudieran acomodarse, aunque fuera con calzador, en una versión progresista de la modernización y construcción del estado al estilo ruso; Stalin, aunque poco fiable como historiador, siempre meditaba cuidadosamente la mejor manera de movilizar a la población. Muy consciente de que un panteón de héroes históricos políticamente aceptable atraería a una parte más amplia de la población que la vieja propaganda sectaria basada en la clase, en marzo de 1934 convocó una conferencia de historiadores para debatir la enseñanza de la historia en las escuelas, en la que censuró los viejos manuales y su seco estructuralismo:

> Esos manuales no sirven para nada … ¿Qué … diablos es «la época feudal», «la época del capitalismo industrial», «la época de las formaciones»? Todo son épocas, sin hechos, sin acontecimientos, sin gente, sin información concreta, ni un solo nombre, ni un título y ningún contenido … La historia tiene que ser historia.[76]

El nuevo «bolchevismo nacional» tuvo al parecer cierto éxito en ampliar el apoyo al régimen más allá de la estrecha secta partidaria, y más aún a partir del estallido de la guerra. *Aleksandr*

Nievski, el único gran éxito de taquilla de Eisenstein, se hizo especialmente popular. Retirada poco después de su estreno tras la firma del pacto nazi-soviético, fue proyectada de nuevo a raíz de la invasión alemana y los espectadores recibieron con entusiasmo su mensaje patriótico. Como explicaba a un periodista un ingeniero moscovita después de ver la película: «Los actuales "caballeros teutones" deberían recordar el trágico y vergonzoso papel desempeñado por sus antepasados cruzados». [77] Puede que entre los no rusos el mensaje fuera menos eficaz, pero la guerra facilitó la identificación del «pueblo soviético» frente al enemigo externo.

Los valores fomentados por el régimen eran ahora mucho menos igualitarios que a principios de la década de 1930 y algunos se mostraban preocupados por la nueva imaginería medieval y aristocrática, pero la ideología era todavía —en teoría— abierta y moderna. Entre las virtudes de la «nueva persona socialista» figuraban destacadamente la «cultura» y la «ilustración», junto con la fiabilidad política y una mentalidad colectivista. El concepto de «cultura» estaba indisolublemente ligado a la idea de que la humanidad iba ascendiendo por una vía empinada desde el «atraso» —pobreza, suciedad, ignorancia y grosería— hacia una brillante modernidad de confort, limpieza, educación y cortesía (aunque esta última no siempre era una virtud muy apreciada en el partido).

La nueva idea de «progreso cultural» —que incluía más que rechazaba un modo de vida semiburgués— era especialmente notoria en el nuevo «consumismo» socialista de la época. Marx no era precisamente un asceta y había prometido que el comunismo vendría acompañado de la abundancia; pero había otras razones más inmediatas para que la dirección comenzara a

promover el consumo. La agitación urbana provocada por la escasez de alimentos en 1932-1933 obligó a los dirigentes a aceptar la idea de que tenían que procurar a la gente un nivel de vida decente, y la institucionalización del salario según el trabajo realizado exigía que los obreros tuvieran en qué gastar el dinero ganado tan duramente. Los estajanovistas eran el modelo de la nueva «cultura», héroes del trabajo que luchaban por el socialismo y eran recompensados con «honores», medallas y las obras escogidas de Lenin y Stalin; pero también ganaban salarios más altos que la media y podían permitirse un estilo de vida más confortable. Como explicaba un compañero de Stajánov, «ahora que hemos comenzado a ganar salarios decentes, queremos llevar una vida culta. Queremos bicicletas, pianos, fonógrafos, discos, aparatos de radio y muchos otros artículos culturales».[78]

El aliento al consumismo se hizo oficial con el eslogan repetido constantemente por Stalin en 1935: «La vida ha mejorado, camaradas, ahora es más alegre».[79] Aun así, la economía seguía abrumadoramente orientada hacia la industria pesada y muchos artículos de consumo sólo estaban a disposición de parte de la élite gestora o estajanovista; pero se hicieron esfuerzos para que capas más amplias disfrutaran de un poco de «buena vida»; pero si bien ésta suponía elevar el consumo a imagen de los países capitalistas, conciliando al menos en parte la producción en masa y la posibilidad de elegir, el objetivo del partido no era en modo alguno una sociedad «consumista» en el sentido que le damos actualmente a esa palabra, esto es, en la que la gente evalúa su estatus por los bienes de consumo que adquiere y compite enardecidamente para comprar más y mejor. Los artículos de consumo eran, como la educación, cosas que permitirían al pueblo soviético

disfrutar de una vida «culta» digna de héroes; ahora sólo estaban al alcance de unos pocos, pero pronto serían para todos. Además, y esto es aún más importante, esos artículos de consumo reflejaban una jerarquía de estatus basada en la política y la ideología, y no en la riqueza como en las sociedades capitalistas. El ideal de Stalin era una sociedad en la que la gente se sintiera motivada y recompensada según su sacrificio heroico y no con dinero. Como él mismo explicaba, «el pueblo soviético ha aprendido una nueva forma de valorar, no en rublos o en dólares … [sino] según sus hechos heroicos. Después de todo, ¿qué es el dólar? ¡Una bagatela!».[80]

Pero era el estado el que debía juzgar los logros del pueblo y su recompensa, y bajo la sociedad ideal de Stalin subyacía una idea fundamentalmente paternalista: el estado era como un padre que premiaba a sus hijos según cómo se hubieran portado. El paternalismo era absolutamente decisivo en la propaganda estalinista y en su aspecto más visible, el culto a la personalidad de Stalin. El «estado del bienestar» soviético, las escuelas, hospitales y la protección social, que muchos consideraban las principales ventajas del nuevo orden, eran habitualmente presentadas como donaciones del padrecito Stalin a sus hijos agradecidos, más que como derechos de una ciudadanía que trabajaba duramente. Como declaraba *Komsomol'skaia Pravda*, «el pueblo soviético sabe a quién debe sus grandes logros, quién lo ha llevado a una vida feliz, rica, plena y alegre … Hoy envían su cálido agradecimiento a su querido amigo, maestro y padre». Los niños cantaban en la escuela: «¡Gracias, camarada Stalin, por una feliz infancia!». La sugerencia llegaba a todo el mundo y la costumbre de la era zarista de enviar peticiones de ayuda a las autoridades volvió a generalizarse.

Las primeras señales del culto a la personalidad de Stalin eran ya evidentes en 1929 cuando emprendió la batalla contra Bujarin y el ala «derecha» del partido, pero realmente eclosionó en 1933 cuando, tras el fracaso de la «Gran Ruptura», lo promovió para consolidar su poder. Estaba en gran medida dirigido a los obreros y campesinos más humildes y no tanto a los trabajadores de cuello blanco, a los que cabía suponer demasiado refinados para caer en él. Aunque Stalin podía sentirse embarazado por aquella incoherencia en una sociedad que se decía socialista, también percibía su eficacia; en una entrevista —a la que se dio mucha publicidad— con el «compañero de viaje» judío-alemán Lion Feuchtwanger, admitía que era «vulgar y de mal gusto» y bromeaba sobre la proliferación de retratos suyos en todas partes, pero explicaba que tenía que tolerarlo porque los obreros y campesinos no habían alcanzado la madurez necesaria para el «buen gusto». El partido trató de desalentar algunas de las manifestaciones más extremas de paternalismo que recordaban al Antiguo Régimen, y si bien las cartas de los ciudadanos a menudo lo llamaban *diadia* («tío») y *batiushka* («padrecito») como antes hacían con los zares, esos epítetos nunca se incorporaron al lenguaje oficial. El culto oficial lo presentaba como un híbrido de intelectual marxista y mago carismático: «gran conductor de la locomotora de la historia» o «genio del comunismo», pero esas imágenes tenían mucho menos arraigo que la idea popular de Stalin como padre de la patria.

Pero no hay que buscar una contradicción entre la idea paternalista de que Stalin velaba por el país y la creencia en la movilidad social. Praskovia «Pasha» Anguelina, la primera dirigente de una brigada de tractores y famosa estajanovista,

conciliaba ambas en un poema (*chastushka*) recitado en una conferencia regional en 1936:

> ¡Oh, gracias, querido Lenin!
> ¡Oh,, gracias, querido Stalin!
> ¡Oh, gracias y gracias de nuevo
> por el poder soviético!
> Téjeme, mamaíta
> un vestido de fino calicó rojo.
> Saldré con un estajanovista,
> con un reaccionario no quiero.[81]

De acuerdo con el mensaje oficial, Pasha agradecía al padrecito Stalin por ayudar a la gente joven y ambiciosa que se ayudaba a sí misma, gente como ella. El estado, como forma idealizada de la «aristocracia de servicio» zarista, concedía privilegios y recompensas a cambio de los servicios; pero había sólo un paso de un mundo en el que el Padre presidía una jerarquía fluida de virtudes a una pirámide inmutable de padres dirigentes e hijos subordinados.

Esa transformación se hizo cada vez más evidente en la política étnica: Rusia parecía cada vez más la nación dirigente que dominaba una jerarquía étnica escalonada, y aunque la URSS no era la prolongación del imperio zarista por otros medios, resurgieron varias características del Antiguo Régimen, si bien en forma diluida. A partir de 1932 todos los ciudadanos llevaban escrito en su pasaporte su clase y estatus étnico, y esto afectaba a la forma en que los trataba el estado. Los campesinos, en teoría, no podían abandonar el campo sin permiso (un eco de las restricciones que ataban a sus antepasados siervos); el origen de clase seguía condicionando las oportunidades educativas y de

carrera; y los jefes del partido comenzaron a convertirse en una capa «proletaria» privilegiada. La *nomenklatura*, como se la llamaba, disfrutaba de viviendas, tiendas y alimentos especiales y se estaba convirtiendo en un nuevo grupo de estatus privilegiado, con reminiscencias de otros tiempos.[82]

En la cultura estalinista la «familia soviética» también se iba pareciendo cada vez más al modelo paterno-filial tradicional abandonando el fraternal alabado durante años. Los héroes soviéticos que poblaban el discurso oficial diferían de los de la década de 1920: a diferencia del Gleb de Gladkov, nunca alcanzaban la madurez plena como líderes soviéticos; eran figuras impulsivas y espontáneas que siempre necesitaban la orientación paternal de los mentores del partido, como Pavel Korchaguin, el héroe de la novela semiautobiográfica de Nikolai Ostrovski *Así se templó el acero*, de 1932-1934. La novela, ambientada en Ucrania durante la guerra civil, cuenta la extraordinaria fuerza de voluntad de Korchaguin, que se enfrenta a todo tipo de contrariedades evitando por poco la muerte en varias ocasiones y sigue luchando por la causa común aun después de quedar paralizado. Aunque su carácter, como el acero, se ve finalmente «templado», sigue siendo inmaduro durante toda su vida: es poco aplicado en la escuela; si acaba poniendo la clase por encima del amor y rompiendo con la pequeñoburguesa Tonia, sólo es después de muchas vacilaciones; y aunque sigue consagrado a la causa comunista, atraviesa un período de depresión suicida. En el curso de su heroica carrera lo guían varios mentores del partido, pero él nunca se convierte en uno de ellos ni llega a dominar el marxismo-leninismo.[83] En cualquier caso, era sólo uno de los muchos héroes inmaduros que poblaban la cultura estalinista de

la década de 1930, tanto en la literatura como fuera de ella. Tanto los pilotos exploradores del Ártico («los polluelos de Stalin») como los heroicos obreros estajanovistas eran mostrados como miembros valiosos, pero subordinados, de la gran familia soviética, presidida por héroes del pasado como Alexander Nevski, Pedro el Grande y otras figuras históricas ahora revalorizadas, pero que también conocían su lugar como modestos precursores del Padrecito de los Pueblos.

Pero Stalin no era la única figura paternal en el partido. La URSS se convirtió en una sociedad de *matrioshkas* («muñecas rusas») en la que aparecían continuamente padres «menores» en una jerarquía aparentemente infinita. Muchos jefes locales, que habían alcanzado su estatus por sus servicios durante la guerra civil, se comportaban como «pequeños Stalin» con sus propias redes de patrocinio —las llamadas «colas»— que arrastraban tras de sí cuando se trasladaban de un puesto a otro. Alentaban su propio culto copiando al gran *vozhd'* («jefe»);[84] como él, reclamaban el reconocimiento de cada logro que se producía en su región. A veces esos cultos se agigantaban en la conciencia popular superando al del propio Stalin. En 1937 un trabajador de una granja colectiva, a la pregunta: «¿Quién es el jefe ahora en Rusia?», respondía: «Ilin», refiriéndose al presidente del soviet local; al parecer nunca había oído hablar del *vozhd'* supremo.[85]

Los intentos de Stalin de democratizar el atractivo aristocrático del heroísmo militar potenciaban de hecho una cultura política cada vez más paternalista. Los nobles guerreros de *Aleksandr Nievski* eran poderosos modelos; pero sería exagerado sugerir que la Rusia estalinista había vuelto simplemente al Antiguo Régimen. Se esperaba que los

miembros del partido interiorizaran no sólo los valores militares heroicos, sino el sobrio ideal ascético, casi protestante, de Lenin, y que siguieran un código moral estricto. También se esperaba que, a diferencia de los nobles de Pedro el Grande, dominaran la ciencia, aunque se tratara de la variedad «burguesa» convencional y no de la utopista marxista; la dirección ponía un enorme énfasis en la creación de una red de «expertos rojos», adoctrinados en el mensaje ideológico que controlaba estrictamente el partido.

El apareamiento de figuras patriarcales casi aristocráticas y científicos casi burgueses estaba muy claro en las élites regionales y locales de la URSS. Tras el caos de principios de la década de 1930, Stalin insistía ahora en la obediencia estricta en todos los sectores de la economía. Los ingenieros y directivos adquirieron un alto estatus y se esperaba que los funcionarios del partido, que antes debían mantener hacia ellos una actitud suspicaz y «vigilante», ahora les ayudaran. El partido fue parcialmente «desmovilizado», mientras que sus dirigentes y gestores se convirtieron en una élite administrativa más cohesionada. Viktor Kravchenko, ahora ingeniero en la nueva planta metalúrgica de Nikopol, en Ucrania, desde 1934, describe así su incorporación a la nueva élite y sus tensas relaciones con los obreros:

> Me alojaba en una cómoda casa de cinco habitaciones a menos de 2 km de la fábrica. Era una de las ocho casas para uso de los funcionarios más importantes … con un automóvil en el garaje y un par de hermosos caballos a mi disposición; eran propiedad de la fábrica, por supuesto, pero tan míos mientras ocupara el puesto como si fueran de mi propiedad. Además de la casa disponía de un chófer y un mozo de cuadra, así como de una hosca campesina que hacía la limpieza y la comida…
>
> Deseaba sinceramente establecer relaciones amistosas y abiertas con los obreros

> … pero para un ingeniero en mi posición, mezclarse con ellos podía ofender su orgullo; podía incluso parecer un gesto prepotente; además, los jefes no verían con buenos ojos esa fraternización, considerándola dañina para la disciplina. En teoría nosotros representábamos «el poder obrero», pero en la práctica éramos una clase aparte.[86]

La observación de Kravchenko de que en la URSS estaba surgiendo una «nueva clase» —los *apparatchiki*, con gustos burgueses— era muy corriente entre los críticos del estalinismo y una de las principales recriminaciones en los análisis trotskistas (aunque el propio Trotski nunca llegó a afirmar que el Partido Comunista se hubiera convertido en una nueva burguesía). De lo que no cabe duda es de que durante la década de 1930 surgió y se consolidó un nuevo y poderoso grupo social, algo de lo que era en parte responsable la propia política de Stalin al reforzar deliberadamente el control, tras el caos de principios de la década, de una nueva jerarquía encabezada por los jefes del partido y especialistas comunistas, casi siempre de origen ruso, ya fuera proletario o campesino. Las actitudes inconscientemente paternalistas heredadas de la época zarista pudieron desempeñar también un papel, pero lo más importante era la ausencia de una autoridad genuinamente independiente del aparato de estado-partido, cada vez más unificado, ya fuera un aparato judicial autónomo o una clase propietaria. Al abolir el mercado el régimen concedió un enorme poder a los jefes del partido y funcionarios del estado a todos los niveles del sistema; ejercían una desmesurada influencia tanto en la vida económica como en la política. Moscú intentó controlar ese poder burocrático en ascenso con una amplia variedad de «comisiones de control» para investigar la corrupción; además, se suponía que cada ciudadano debía

vigilar a los demás: los jefes del partido a los funcionarios del estado, la policía secreta (rebautizada en 1934 como Directorio Principal de Seguridad del Estado [*Glavnoie Upravlenie Gosudarstvennoi Bezopasnosti*, GUGB] del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos [*Narodnyy Komissariat Vnutrennij Del*, NKVD]) al partido, y el partido a sí mismo mediante purgas, campañas de «autocrítica» y elecciones; pero en realidad el funcionariado era muy difícil de controlar; las camarillas locales se protegían mutuamente, persiguiendo a los críticos.

La «retirada» y abandono de la fraternidad militante de principios de la década de 1930 había dado lugar por tanto a un sistema muy contradictorio, en el que seguía presente la retórica igualitaria pero predominaba un nuevo sistema de valores caracterizado por la recompensa según los logros; en la práctica se iban consolidando jerarquías casi tan fijas como en el Antiguo Régimen zarista. Ese sistema era probablemente más estable que el tenso equilibrio del período de la NEP o el febril entusiasmo radical de finales de la década de 1920, al asentarse en lo más alto una capa de funcionarios de cuello blanco comprometidos con los objetivos del régimen; pero también creó tensiones a medida que, tanto los dirigentes del partido por arriba como la gente corriente por abajo, se sentían, por diferentes razones, cada vez más distanciados de la «nueva clase» y de la esclerotización de la sociedad soviética bajo su mando.

VI

En el verano de 1935 un ambicioso estudiante de veintidós años

del Instituto de Ingenieros de Minas de Sverdlovsk (ahora de nuevo Iekaterinburg), Leonid Potemkin, trató de demostrar su eficacia como líder estudiantil organizando unas vacaciones colectivas en la costa del mar Negro. Sin embargo, tras consultar con la Sociedad Voluntaria de Turismo Proletario y Excursiones de Toda la Unión, descubrió que el proyecto era demasiado caro para la mayoría de sus compañeros, por lo que propuso al director del Instituto la organización de una «competición socialista» mediante la cual los estudiantes que obtuvieran mejores resultados en su entrenamiento militar anual recibirían una subvención para las vacaciones; era una buena idea que le daba al Instituto cobertura ideológica para ayudar a sus estudiantes. El director expresó su acuerdo y tal como registró Potemkin en su diario (privado), se puso a la tarea con gran entusiasmo:

> Estoy muy contento con el curso de entrenamiento. Aquí estoy yo, un mando de grado medio del ejército proletario revolucionario. Mi corazón salta de alegría. Ardo de impaciencia por trabajar con mi pelotón … Motivo a la gente con mi estado de ánimo … Sin gritos ni maldiciones, con un rigor estricto indisoluble del respeto mutuo, pero que tampoco se subordina en absoluto a él … Pero si tengo un defecto, es que no soy todavía lo bastante alegre y confiado. Debo desarrollar mi papel y mi misión y elevarlos a la luz de la conciencia.[87]

Potemkin era el ciudadano «medio» ideal de Stalin; había asumido la nueva moral de la virtud competitiva y su idea del liderazgo, mezcla de trato estricto y entusiasmo movilizador. También tenía una «misión» que cumplir en la sociedad. Estaba decidido a convertirse en una Nueva Persona Soviética, en parte porque veía las ventajas que le podía suponer —como mostraba su hábil maniobra con respecto a las vacaciones estudiantiles—, pero también porque quería rehacerse a sí mismo y a la

sociedad. Era de procedencia humilde (aunque no formalmente «proletario»; su padre era empleado de correos), y había tenido que dejar la escuela para ganarse la vida. Recordaba que antes era «de voluntad débil, enfermizo, físicamente feo y sucio … me parecía ser la persona más baja e insignificante».[88] Pero el nuevo sistema le permitió acceder a la educación superior pese a sus malas notas y estaba decidido a mejorar al tiempo que mejoraba su entorno. Su diario era un instrumento esencial para esa transformación: en él podía reflexionar sobre sus errores y éxitos y prepararse para hacerlo mejor la próxima vez.

No podemos saber cuántos Potemkin había; era un producto inusitadamente afortunado del sistema y se convirtió en un buen ingeniero de minas, acabando como viceministro de Geología entre 1965 y 1975; pero su actitud no debía de ser inhabitual entre la nueva *intelliguentsia* de cuello blanco. Sus miembros disfrutaban de ventajas específicas: desde principios de la década de 1930 muchos trabajadores de origen humilde se beneficiaron de la enorme expansión de los puestos de cuello blanco y de las purgas de finales de la década. Se les confirió un nuevo estatus como «personal de mando» del régimen que debía dirigir la transformación de la URSS, al tiempo que se transformaban ellos mismos en gente «consciente», «avanzada», protagonista de la historia con una «misión» mesiánica. Como veremos, algunos tenían dudas y las ocultaban; otros tenían grandes incentivos para deshacerse de ellas, sumergidos como estaban en un sistema de valores muy poderoso. Algunos aceptaban incluso la idea de que cualquier pensamiento crítico revelaba la influencia del enemigo de clase y había que eliminarlo mediante la autocrítica interna, a menudo practicada mediante la escritura de un diario.[89] La actitud ante el

régimen era por tanto compleja y variada, y a menudo es difícil distinguir únicamente entre el «apoyo» y la «oposición».

Un estudio de un grupo de ciudadanos soviéticos que abandonaron la URSS durante y después de la segunda guerra mundial, entrevistados en Harvard en 1950-1951, ofrece ciertas pruebas que sugieren que la actitud de Potemkin debía de ser frecuente entre los que gozaban de su posición social.[90] Por muchas quejas que tuvieran sobre cuestiones concretas como el bajo nivel de vida, la mayoría de ellos aprobaban la industrialización y la considerable implicación del estado en la industria y la protección social, aunque algunos prefirieran la economía mixta de la NEP en lugar del control absoluto del estado impuesto por Stalin; pero los más jóvenes y mejor formados eran más colectivistas que los obreros y campesinos. El régimen obtuvo un claro éxito en la integración en el sistema de esa capa tan influyente.[91]

Las entrevistas de Harvard sugieren también que el régimen tenía menos éxito en la integración en el nuevo orden de todo el proletariado, lo que quizá no sea de extrañar dado que en 1937 los salarios, aunque más altos que en los años de crisis de 1932-1933, sólo alcanzaban el 60 por 100 de su nivel de 1928. El panorama, sin embargo, era muy complejo. Pese al final de la discriminación de clase en favor del proletariado industrial a mediados de la década de 1930, la retórica del régimen todavía le concedía un alto estatus como protagonista de la historia. A los obreros se les decía que aquél era «su» régimen y John Scott comprobó que, pese a las quejas por la mala alimentación y otras escaseces, los obreros de Magnitogorsk seguían pensando que sus sacrificios eran necesarios para construir un sistema superior al capitalismo en crisis.[92] Había, pues, razones para

convertirse en «obreros soviéticos» ejemplares, siguiendo las reglas y aprendiendo a utilizar el lenguaje oficial del partido.[93] Un premio particularmente atractivo era la elevación al estatus de estajanovista, al menos durante los primeros años del movimiento, cuando los salarios y complementos eran altos.

El proletariado también disponía de nuevas oportunidades educativas. Scott comprobó que veinticuatro hombres y mujeres de su barracón acudían a algún tipo de curso, desde aprender a conducir a la planificación. Los más ambiciosos y políticamente leales podían incorporarse al Instituto de Enseñanza Superior Comunista (Komvuz) para prepararse para una carrera como funcionario, aunque la calidad de aquella formación era dudosa. Scott, que asistió al Komvuz de Magnitogorsk, comprobó que el nivel de formación de los estudiantes era bastante bajo y que aprendían una versión particularmente dogmática del marxismo-leninismo:

> Recuerdo una discusión sobre la ley marxista del empobrecimiento de los trabajadores en los países capitalistas. Según esa ley, tal como la interpretaban los estudiantes del Komvuz de Magnitogorsk, en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos la clase obrera … se había ido empobreciendo inexorablemente desde comienzos de la revolución industrial en el siglo XVIII. Fui a ver al profesor después de la clase y le dije que yo había estado en Gran Bretaña, por ejemplo, y que me parecía que la situación de los trabajadores era incuestionablemente mejor que durante la época de Charles Dickens … El profesor no quiso saber nada de lo que le decía: «Estudie el libro, camarada —me dijo—, ahí lo tiene escrito» … El partido no cometía errores.[94]

Aun así, había muchos motivos para la insatisfacción y era muy habitual la desgana en el trabajo. A algunos obreros también les irritaban las nuevas jerarquías, especialmente porque los ascensos dependían de los capataces y gestores, que a menudo los decidían arbitrariamente. El estajanovismo agudizó

las tensiones entre obreros y directivos y entre los propios trabajadores: la administración de la fábrica decidía qué obreros serían nombrados estajanovistas y su parcialidad podía suscitar descontentos y envidias que acababan en represalias contra los gestores o contra determinados estajanovistas. Muchos obreros se sentían agraviados por el fin del igualitarismo a principios de la década de 1930. Si ya les irritaban los privilegios de los miembros del partido, les encolerizaba aún más la aceptación oficial de las desigualdades, que parecía tener poco que ver con la moral socialista. Un obrero de Leningrado declaraba en 1934:

> ¿Cómo podemos liquidar las clases, si aquí se han desarrollado nuevas clases, con la única diferencia de que ahora no se les llama clases? Sigue habiendo los mismos parásitos que viven a expensas de los demás. El obrero produce y al mismo tiempo trabaja para mucha gente que vive a su costa … Hay muchos administrativos que viajan en coche y ganan tres o cuatro veces más que los obreros.[95]

Así pues, muchas de las críticas de los obreros al régimen provenían de la «izquierda» y quizá lo más preocupante para el partido era que la terminología empleada se parecía demasiado a menudo al lenguaje revolucionario de 1917. Se percibían grandes diferencias entre los de arriba (*vierjnie*) y los de abajo (*nizhnie*), y las objeciones eran tanto morales y culturales como económicas: los de arriba eran «aristócratas» que «insultaban» a los obreros y los trataban como «perros». Al igual que durante la revolución de 1917, las divisiones sociales se veían a veces menos como tensiones «de clase» en el sentido marxista, basadas en diferencias económicas, que como conflictos culturales entre estamentos al estilo del Antiguo Régimen.

Pero esto no quiere decir que la situación fuera prerrevolucionaria. A principios de la década de 1930 se

produjeron varias huelgas importantes —especialmente durante la hambruna de 1932-1933— y los obreros expresaban pasivamente su descontento mediante el «trabajo lento», pero muchos aceptaban el sistema y hacían cuanto podían; por otra parte, la vigilancia y la represión suprimían con eficacia cualquier oposición real.

La jerarquización de mediados de la década de 1930 tuvo un efecto más matizado sobre las mujeres. El estado, en parte porque quería alentar los nacimientos y el aumento de la población, abandonó sus anteriores denuncias del «patriarcado burgués» y recuperó los valores de la familia tradicional. El divorcio comenzó a estar mal visto y las familias gozaban de incentivos para tener niños, tal como sucedía en Europa occidental durante aquel período. También se reforzó la autoridad de los padres. Desapareció el culto a Pavlik Morozov, un niño que denunció a las autoridades a sus padres *kulaki*. Puede que esta rehabilitación de la familia fuera bien recibida por muchas mujeres, pero seguro que no lo fue tanto la prohibición del aborto en 1936.[96] En cualquier caso, y pese a la retórica sobre los valores de la familia, el estado estalinista seguía decidido a promover el trabajo fuera de casa de las mujeres, que se veían sometidas a una «doble carga», teniendo que asumir el papel tradicional en el hogar al tiempo que realizaban largas jornadas en las fábricas y en las granjas.

Los campesinos estaban mucho menos integrados en el orden soviético y mucho menos satisfechos. Aunque el nivel de vida había subido desde la práctica guerra civil de principios de la década de 1930 y la consolidación de las granjas colectivas permitió la mejora de instalaciones como escuelas y hospitales, muchos campesinos estaban descontentos y amargados. Puede

que aceptaran la consolidación de las granjas colectivas, pero muchos se sentían ciudadanos de segunda clase. El nivel de vida en el campo era mucho más bajo que en las ciudades y los campesinos no recibían los complementos de que disfrutaban los obreros industriales. Arvo Tuominen, un comunista finlandés miembro de una brigada de adquisición de grano en 1934, constató que los campesinos eran extremadamente hostiles al régimen: «Mi primera impresión, que permaneció durante mucho tiempo, fue que todos los campesinos eran contrarrevolucionarios sublevados contra Moscú y contra Stalin».[97]

Andrei Arzhilovskii, que antes había sido un campesino «medio» (y lo bastante viejo como para recordar la Rusia prerrevolucionaria), era uno de los desilusionados, algo muy comprensible ya que había pasado siete años en un campo de trabajo acusado de oponerse a la colectivización. Tras su puesta en libertad inició un diario en el que manifestaba su desafecto al sistema y a la gente que lo rodeaba:

> Ayer la ciudad celebró la ratificación de la Constitución de Stalin … Evidentemente, hay más necedad y comportamiento ovejuno que entusiasmo. Se cantan una y otra vez las nuevas canciones como … «No conozco ningún otro lugar donde un hombre pueda respirar tan libremente.»[98] Pero se plantea otra cuestión: ¿puede ser que con otro régimen la gente no cante o respire? Supongo que la vida es aún más feliz en Varsovia o en Berlín; pero también puede ser que todo sea producto de mi resentimiento. En cualquier caso, al menos el señalamiento con el dedo (esto es, la campaña anti-*kulak*) ha terminado.[99]

Una queja muy corriente entre los campesinos era la referida al abuso de poder de los dirigentes de las granjas colectivas. Una investigación de la policía secreta en 1936 ofrecía, por ejemplo, un largo informe sobre el «comportamiento obsceno,

desvergonzado, criminal y antisocial» del presidente de una granja colectiva en el sur de Rusia, Veshchunov, que acosaba continuamente a las trabajadoras de la granja. Cuando una de ellas se casó con un cierto Mryjin, se necesitaba el permiso del presidente para que él se incorporara a la granja, lo que suponía una trampa porque tenía antecedentes policiales. Veshchunov aceptó admitirlo si ella se acostaba con él antes, y ella le preguntó a su marido: «¿Qué debo hacer, irme a la cama con él y salvarte, o permitir que te envíen a los Urales?». Mryjin aceptó que no había otra posibilidad, pero al final se denunció el caso a las autoridades locales y Veshchunov fue llevado a juicio, aunque fue absuelto; se recurrió la sentencia y se confirmó la acusación, pero Veshchunov seguía en su puesto. Los funcionarios tenían mucha influencia y era muy difícil destituirlos.[100]

En cualquier caso los más enfrentados con el régimen eran sin duda los prisioneros del gulag, el enorme complejo de campos de trabajos forzados, supuestamente destinados a «reeducar» a los recalcitrantes. En 1929 el Sovnarkom decidió sustituir el cumplimiento de largas penas en instituciones penitenciarias por la deportación a campos de trabajo en Siberia y otras áreas remotas de la URSS, donde era difícil atraer mano de obra libre. Los campos de trabajo del gulag pronto se ampliaron considerablemente con las campañas de colectivización, en las que fueron condenados cientos de miles de *kulaki*, popes y otros «enemigos». Al principio de la segunda guerra mundial el gulag se había convertido en un enorme estado esclavista con más de un millón y medio de prisioneros, que constituía una parte decisiva de la economía soviética.[101] Los prisioneros se veían obligados a realizar pesados trabajos en

un clima muy duro y a menudo sólo recibían la ración completa de comida si cumplían el plan de trabajo establecido; los que no lo hacían solían caer enfermos y eran aún menos capaces de cumplir las obligaciones impuestas. Muchos murieron en los campos. Uno de los prisioneros, durante el primer y peor período del gulag, envió una queja a la Cruz Roja (naturalmente interceptada por la policía) sobre el trato cruel al que se veían sometidos:

> Pronto comenzaron a obligar a la gente a trabajar en el bosque, sin excepciones para las madres y niños enfermos. Tampoco había cuidados médicos para los adultos gravemente enfermos … Todos tenían que trabajar, incluidos los niños de diez o doce años. Nuestra paga cada cuatro días eran dos libras y media de pan … A partir del 30 de marzo los niños fueron enviados a recoger leña … Aquello fue desastroso: heridas, hernias, escupidas de sangre, etcétera.[102]

Dado el diferente trato recibido por los distintos grupos de la población soviética, era inevitable que la actitud hacia el régimen fuera enormemente diversa; pero de las pruebas de las que disponemos, recogidas por el propio partido y por la policía secreta, se desprende claramente como conclusión el resentimiento hacia los altos funcionarios más privilegiados.[103] El propio Stalin era muy consciente de ello, ya que recibía regularmente informes de la policía secreta y del partido sobre el estado de la opinión pública. Evidentemente no tenía nada que objetar a la dura y estricta disciplina y estaba dispuesto a aceptar un alto grado de violencia, pero esperaba que sus funcionarios movilizaran a la ciudadanía, no que la enfrentaran al régimen.[104]

No era sólo la altivez de los «pequeños Stalin» la que lo encolerizaba, ya que su capacidad para eludir el control central

tenía graves consecuencias prácticas para la economía. Del mismo modo que el príncipe Grigori Potemkin hizo construir falsos «pueblos» a lo largo del río Dniéper para convencer a Catalina la Grande del valor de sus conquistas en Crimea, los jefes locales del partido exageraban sus logros económicos y mentían sobre el cumplimiento del plan en sus informes a Moscú. Los funcionarios se protegían mutuamente y los denunciantes o cualquiera que se fuera de la lengua pagaba un alto precio. La exigencia del Kremlin de que los funcionarios del partido apoyaran a los directivos había llevado a la colusión para ocultar los errores y todos, funcionarios del partido y gestores económicos, se estaban volviendo presuntuosos y perdiendo impulso.[105]

Por eso varios miembros de la dirección del partido, incluido Stalin, concluyeron que el «repliegue» de principios de la década de 1930 y la consiguiente «desmovilización de las filas» del partido, como él mismo dijo en 1934, estaban causando graves trastornos.[106] Se fueron convenciendo de que el partido estaba en peligro de hacerse «impuro», como durante la NEP, y estaba perdiendo su capacidad transformadora; pero esta vez el peligro provenía de enemigos y espías dentro del propio partido y éste debía purificarse, recuperar su papel mesiánico y rearmarse ideológicamente para preparar la inminente guerra.

VII

En mayo de 1936, dos meses antes de que el Comité Central del

partido enviara a todas sus organizaciones una «carta secreta» en la que detallaba las supuestas actividades de los «enemigos del pueblo» iniciando así la «Gran Purga», se estrenó en los cines soviéticos otro melodrama político: *Carnet del partido*, de Iván Pyriev,[107] que contaba la historia de una de las «chicas» virtuosas pero simples de la era estalinista, la rubia Anna Kupikova, víctima de un malvado enemigo, Pável Kuganov, cuya verdadera naturaleza, a diferencia de la de los enemigos a finales de la década de 1920 —los *kulaki* y los especialistas obviamente burgueses—, permanece oculta. Llega a Moscú con una destartalada maleta de madera, auténtica imagen del humilde pero ambicioso «hombre nuevo» soviético. Es apuesto (aunque significativamente bastante moreno), trabaja duro y pronto se hace popular en la fábrica; entonces se casa con Anna, una buena chica proletaria, derrotando a su rival en el amor, el buen comunista (rubio) Iasha. Pero pronto queda claro que Kuganov no es lo que parece. Una antigua novia revela que su padre era un *kulak*, detalle que él había ocultado cuidadosamente aparentando ser un buen comunista. Su perfidia aumenta cuando roba a Anna su carnet del partido para dárselo a un espía extranjero. Tras recuperar el carnet, el partido juzga a Anna por negligencia, ya que, como se afirma en la película, el carnet es «un símbolo de honor, orgullo y lucha de cada bolchevique» y todos los miembros del partido tienen el deber sagrado de defenderlo con su propia vida; finalmente Anna descubre el carácter malvado de Pasha y entiende que el partido le ha dado una lección y que no debería haber puesto su amor romántico por encima de su deber hacia el socialismo; armada con una pistola, entrega a su marido a la policía secreta.

Para un espectador actual la película puede parecer extraña,

con su obsesión por el carnet del partido, al que se le da una importancia casi sagrada pese a su apariencia trivial. Igualmente extraña es la idea de que la URSS se veía amenazada por miríadas de espías extranjeros armados con esos documentos robados. Ya en aquella época algunos encontraron la película increíble. Los estudios Mosfilm, que la calificaron como «fallida, falsa y distorsionadora de la realidad soviética» se negó a distribuirla.[108] Sólo la intervención de Stalin aseguró su estreno, y su apreciación del gusto popular era evidentemente más acertada. *Carnet del partido* tuvo una gran resonancia en parte de su audiencia, que expresaba su disgusto hacia la sentimental y poco fiable Anna. La prensa se llenó de discusiones sobre la película y el gran cineasta Fridrij Ermler explicaba a un amigo lo mucho que le había afectado, socavando incluso su confianza en su esposa: «Ya ves, vi esa película y ahora temo más que nunca por mi carnet del partido. ¿Qué pasaría si alguien me lo roba? No lo creerás, pero por la noche miro bajo la almohada de mi mujer para ver si lo tiene allí».[109] Para entender la política de la época, y en particular uno de los acontecimientos más traumáticos y misteriosos de la historia del partido y del estalinismo, la «Gran Purga», no hay nada mejor que ver esa extraña y siniestra película, *Carnet del partido*.

El Terror de 1936-1938 todavía les resulta enigmático a los historiadores por su irracionalidad, y entre los investigadores sigue habiendo profundos desacuerdos sobre su origen y su naturaleza.[110] Parece inexplicable que Stalin ordenara el encarcelamiento y ejecución de cientos de miles de personas, la mayoría de ellas miembros del partido absolutamente leales al poder soviético, y en particular de los expertos técnicos y experimentados oficiales que necesitaba para la guerra que se

aproximaba.

Evidentemente, las peculiaridades psicológicas de Stalin desempeñaron un enorme papel. Era profundamente suspicaz y al parecer daba por sentadas algunas de las extraordinarias conspiraciones de las que acusaba a sus camaradas de partido, aunque falsificó deliberadamente otras. Fue él quien ordenó las ejecuciones y siempre será difícil imaginar lo que pensaba, pero fueron muchos los que participaron, a todos los niveles del partido y de la sociedad, en la Gran Purga, y aquellos complejos acontecimientos cobran más sentido a la luz de los aspectos mesiánicos radicales de la cultura bolchevique y su respuesta a la amenaza de guerra. Como a finales de la década de 1920, la dirección proclamaba que la mejor forma de contrarrestar la amenaza extranjera era purificar el partido, apartar de él a los «enemigos infiltrados» y a los «vacilantes», para que pudiera «volver a movilizar» a la sociedad contra esa amenaza; pero el temor a los enemigos internos era mucho mayor que antes y el terror mucho más controlado, menos «generalizado» que la «Gran Ruptura» de finales de la década de 1920. Los dirigentes estalinistas querían movilizar a «las masas» contra «los enemigos», pero quien llevó a la práctica el terror, en una serie organizada de detenciones y ejecuciones en secreto, fue el NKVD.

El primer aviso de la búsqueda de «enemigos» dentro del partido se produjo tras el asesinato de su máximo dirigente en Leningrado, Sierguei Kírov, el 1 de diciembre de 1934. Hay quien dice que el propio Stalin estaba implicado en la trama, pero fuera quien fuera el responsable, lo cierto es que Stalin encargó la investigación al entonces presidente de la Comisión de Control del partido, Nikolai Iezhov, con la intención de

incriminar al jefe local del NKVD o al anterior jefe del partido en Leningrado, Grigori Zinóviev. Tras ser exculpados por falta de pruebas el 20 de diciembre, Zinóviev, Liev Kámenev y el resto de detenidos fueron juzgados en enero de 1935 y obligados a admitir «complicidad moral» en el asesinato de Kírov. Zinóviev fue condenado a diez años de prisión y los demás acusados a penas de distinta duración. Pero Iezhov —en parte por sus propias ambiciones en el NKVD— seguía advirtiendo del peligro que suponían los antiguos opositores, y a principios de 1936 Stalin le permitió reabrir el caso del asesinato de Kírov.[111] En julio de 1936 el Comité Central del partido envió a todas sus organizaciones una «carta secreta» en la que explicaba que se había descubierto una gran conspiración entre Trotski, Kámenev y Zinóviev; con aquella carta y la farsa judicial celebrada en agosto se inició la primera fase de la Gran Purga.

No se sabe con certeza por qué Stalin dejó a Iezhov actuar cuando y como lo hizo. Puede que simplemente quisiera deshacerse de antiguos opositores, o que creyera realmente en la existencia de una conspiración. Lo cierto es que los estalinistas solían argumentar que cualquier duda ideológica ayudaba «objetivamente» al enemigo y que por tanto equivalía a un crimen real. Como declaró Stalin en noviembre de 1937, cualquiera que «con sus hechos o con sus pensamientos —sí, también con sus pensamientos— ataque la unidad del estado socialista será destruido sin contemplaciones»;[112] pero cualesquiera que fueran sus intenciones, la búsqueda de «enemigos» se presentó como parte de una campaña más amplia para purificar y movilizar al partido, y así es como la entendieron sus organizaciones;[113] la dirección pretendía especialmente que ese nuevo activismo del partido revigorizara

la economía, dada la mayor probabilidad de guerra desde que Hitler había llegado al poder en Alemania.

La primera señal del intento de galvanizar la economía llegó en agosto de 1935, cuando Aleksei Stajanov, un minero del Donbass, extrajo en una sola jornada 102 toneladas de carbón, catorce veces la media. Ya antes se habían escenificado proezas de ese tipo, pero fue la respuesta de Stalin la que le dio su enorme importancia. Stalin saludó la hazaña de Stajanov como una señal de que había vuelto la época de la movilización. Los obreros volvían a ser capaces de grandes proezas, y lo único que los frenaba era el conservadurismo de los técnicos y burócratas. Como cabía esperar, el «movimiento estajanovista» adquirió pronto un carácter fuertemente antielitista: mientras que se incentivaba a los obreros para que se incorporaran a las brigadas estajanovistas, la campaña era muy impopular entre los gestores y técnicos, que tenían que redistribuir los recursos de forma que éstas pudieran lograr sus espectaculares récords mientras en el resto de la fábrica se mantenía la producción normal. Naturalmente se convirtieron en los primeros chivos expiatorios cuando las cosas comenzaron a ir mal, especialmente ahora que el partido y la policía secreta volvían a estar en primera fila. Como decía Kravchenko, encargado de escenificar uno de aquellos acontecimientos estajanovistas:

> Los ingenieros y administradores como clase eran denunciados, día tras día, por su supuesto «conservadurismo», por «frenar» a los que marcaban el ritmo … Nuestra autoridad seguía menguando y prevalecía la política, enarbolando la bandera de la eficiencia. Los funcionarios del partido y de la policía tenían la última palabra contra el ingeniero y el directivo, incluso sobre cuestiones puramente técnicas.[114]

No cabe tampoco extrañarse de que la búsqueda de «enemigos» dentro del partido llevara pronto a acusar a los gestores económicos de «sabotaje», especialmente dado que algunos de ellos habían estado estrechamente relacionados con Trotski en el pasado. Los Shramm censurados por Gladkov en los años veinte volvían a ser atacados de nuevo; pero no eran los únicos. Se acicateaba al partido a investigar a cualquiera que mostrara signos de corrupción «burguesa» o no fuera lo bastante activista y políticamente entusiasta. Se acusaba de «mente estrecha» y «pragmatismo» a quienes obedecían «mecánica y ciegamente» las órdenes venidas de arriba, como dijo Stalin en 1938, y a los funcionarios del partido, como a Anna Kupikova, por falta de «vigilancia».

Dada la amplia definición del «enemigo», era muy probable que la purga se extendiera a todo el partido. Las denuncias proliferaban y prácticamente cualquier desfallecimiento podía ser interpretado como un signo hostil, a lo que seguía la expulsión del partido y luego, en muchos casos, la detención por el NKVD, el encarcelamiento e incluso la ejecución.

Las respuestas a la *bolshaia chistka* («gran limpieza») desde dentro del partido también eran muy variadas. Ievguenia Guinzburg, profesora universitaria, historiadora y escritora, casada con el jefe regional del partido en Kazán, simplemente no podía entender aquella histeria. Se vio perjudicada por su relación académica con otro historiador, N. Iel'vov, y fue acusada de cometer errores «trotskistas» en un artículo sobre la revolución de 1905. Tras su expulsión del partido fue convocada a la oficina de un capitán del NKVD que la trató como a un enemigo. «¿Estaba bromeando? —recordaba Guinzburg—. No podía pensar realmente tales cosas, pero lo

parecía. Enfadándose cada vez más, gritaba por toda la sala, lanzándome insultos.»[115] La reacción del autor teatral Aleksandr Afinoguenov, fue en cambio muy diferente. Como ha mostrado el historiador Jochen Hellbeck, cuando Afinoguenov fue expulsado del partido trató de entenderlo, y pese a sus dudas vio su expulsión como una oportunidad para destruir la parte negativa y burguesa de su personalidad y para transformarse en un buen miembro del partido: «Maté al yo que había dentro de mí, y entonces sucedió un milagro … Comprendí y de repente vi el comienzo de algo totalmente nuevo, un nuevo "yo", muy alejado de mis anteriores problemas y de mi vanidad».[116] Inesperadamente salió con bien de la detención y fue readmitido en el partido, convencido de su inocencia. Puede que su actitud no fuera la más extendida entre los miembros del partido, pero muchos otros creían también que la purga era un instrumento esencial para purificarlo, aunque en ciertos casos se cometieran «errores».

También tenía sentido para otros, más abajo en la escala social. Había en ella un aspecto populista innegable, y la dirección trató de avivar el antagonismo contra la élite. Stalin anunció que, por primera vez en muchos años, se celebrarían elecciones para los comités del partido con distintos candidatos, en las que la base podría criticar a sus jefes. Sin duda esperaba que la crítica «desde abajo» revelara lo que estaba sucediendo realmente en las camarillas regionales, pero también serviría para reemplazar a dirigentes con escaso rendimiento por entusiastas leales; probablemente pensaba que podría mejorar el prestigio del régimen entre la gente corriente, hostil a los funcionarios privilegiados.

Stalin volvía así a la estrategia de finales de la década de

1920, azuzando el profundo resentimiento que mucha gente sentía hacía las élites locales, como recordaba John Scott:

> …en la fábrica reinaba el caos. Un capataz podría llegar al trabajo por la mañana y decir a sus hombres: «Hoy tenemos que hacer esto y aquello». Los obreros le miraban y decían: «Adelante. Tú mismo eres un saboteador. Mañana vendrán y te detendrán. Todos los ingenieros y técnicos sois saboteadores».[117]

Sin embargo, la dirección estaba decidida a que no se reprodujera la «Gran Ruptura». Procuró asegurar que cualquier «autocrítica» permaneciera bajo un estricto control, aunque aquello resultara difícil en la práctica.

Durante la primavera de 1937 la *chistka* entró en su segunda fase y comenzaron las detenciones de los jefes del partido y sus patrocinados. Puede que Stalin lo tuviera planeado todo, pero el NKVD también respondía a la evidencia, a menudo como consecuencia de alguna denuncia, de que los «pequeños Stalin» no estaban cumpliendo los objetivos económicos.[118] Aquella primavera Stalin podía también estar convencido, posiblemente por la desinformación proporcionada por el Servicio de Inteligencia nazi, de que el mariscal Tujachevski y todo el Alto Mando soviético conspiraban con los alemanes, por lo que, pese a la amenaza de guerra, la mayor parte de los mandos del Ejército Rojo* fueron juzgados y condenados. Desde principios del verano Stalin envió a sus colaboradores más leales a las capitales regionales para dirigir y controlar el arresto y sustitución de la mayoría de los jefes regionales del partido.

Pero esos mismos jefes estaban en su mayoría implicados en el terror. Presionados para descubrir opositores (y desesperados por salvarse a sí mismos), insistían en la amenaza de los «enemigos de clase» y de gente con un pasado «poco limpio»,

especialmente los antiguos *kulaki*, y Stalin aceptaba sus demandas en favor de una represión generalizada de esa gente (también temía probablemente que se formara una «quinta columna» de *kulaki* antisoviéticos dispuestos a colaborar con los nazis si se producía una invasión).[119] En el verano de 1937 se inició la tercera fase de la *bolshaia chistka*, la de las «operaciones masivas». Stalin y el Politburó transmitieron a los jefes regionales cuotas obligatorias secretas de detenciones y ejecuciones, basadas en el origen de clase, político y étnico. Buena parte de las víctimas fueron antiguos *kulaki*, popes y oficiales zaristas, pero también había vagabundos y otros grupos «indeseables». Las minorías étnicas «poco fiables» de las que se sospechaba que podían aliarse con enemigos extranjeros —como los alemanes, polacos y coreanos— también se vieron perseguidas. En aquellas operaciones en masa se produjo el mayor número de detenciones y ejecuciones del período; según los archivos soviéticos desclasificados, cuyas cifras probablemente minimizan la realidad, en 1937-1938 el NKVD detuvo a 1.575.259 personas, de las que fueron ejecutadas 681.692 (lo que supone una media de mil ejecuciones al día), muchas de ellas, aunque no todas, por delitos políticos.**[120]

El resultado fue el caos social y una crisis económica, al caer víctimas de los arrestos los gestores y funcionarios. La disciplina en el trabajo se vino abajo y los directivos se abstenían de imponer su autoridad por temor a ser criticados. El primer intento serio de frenar la *chistka* ideológica en el partido llegó en enero de 1938, pero las farsas judiciales prosiguieron y en marzo se celebró el Tercer Juicio de Moscú tras el que fueron ejecutados Bujarin, el ex presidente del *Sovnarkom*, Rykov, el ex comisario del Interior, Iagoda y otros dirigentes. Las operaciones

masivas contra los *kulaki* y las minorías étnicas se mantuvieron hasta noviembre, cuando el *Sovnarkom* y el CC del partido emitieron un decreto poniéndoles fin, aunque se mantuvieron otras a menor escala. Nikolai Iezhov fue sustituido al frente del NKVD por Lavrenti Beria y poco después fue detenido, acusado de «excesos ultraizquierdistas» y ejecutado. Según Beria, minutos antes aseguró que «moriría con el nombre de Stalin en los labios».

VIII

La respuesta de Eisenstein a la *iezovschina* fue naturalmente mucho más ambigua y sofisticada que la de los auténticos creyentes como el propio Iezhov, tratando aquella difícil y peligrosa cuestión en su última obra sobre *Iván Grozny* («El Terrible»). La primera parte, filmada entre 1942 y 1944, fue estrenada a finales de año y obtuvo un premio Stalin; la segunda, *La conjura de los Boyardos*, filmada en 1946, no se estrenó hasta 1958, ya que fue prohibida por la censura; y una tercera parte que se comenzó a filmar en 1946 fue confiscada al morir Eisenstein en 1948 y probablemente destruida en su mayor parte.[121] Durante la década de 1930 se había rehabilitado la reputación del zar Iván IV (siglo XVI) como un gobernante que había derrotado a los enemigos de Rusia y había unificado el país. La creación de una guardia personal en los territorios privativos del zar, la *opríchnina*, con la que impuso un reinado del terror a la desleal nobleza boyarda, pasó a ser considerada un acontecimiento «progresista» en la construcción

del estado Ruso. Evidentemente, los paralelismos entre Iván y Stalin, entre los *oprichniki* y el NKVD, eran obvios para los intelectuales y para los dirigentes del partido.

Eisenstein trataba de justificar a Iván/Stalin, pero al mismo tiempo quería dar cierta complejidad trágica al personaje. En la primera parte duda sobre la violencia que ejercía incluso contra su propia familia, pero esas dudas desaparecen pronto y se convence fácilmente de que debe sacrificar sus sentimientos personales a la grandeza de Rusia. El ambiente de la segunda parte es muy diferente. Iván se muestra ahora como un personaje obsesionado por el poder, sumergido en un mundo expresionista de interiores claustrofóbicos, intrigas siniestras y emoción extrema. En la tercera parte debía aparecer incluso golpeándose la cabeza contra el suelo atenazado por el remordimiento, bajo un fresco del Día del Juicio, mientras su confesor y sus secuaces le leían la lista de sus víctimas.

Los amigos de Eisenstein estaban asombrados de su osadía. ¿Cómo podía asumir tales riesgos? Como cabía esperar, Stalin, que había recibido con agrado la primera parte, se sintió ultrajado por la segunda y el proyecto recién iniciado de la tercera. Acusó a la película de presentar a los *opríchniki* como una especie de «Ku Klux Klan» y a Iván como un Hamlet vacilante. Pero Eisenstein no había juzgado tan equivocadamente al *vozhd'*. Tras una autocrítica se le permitió rehacer las películas, pero murió antes de poder completar el proyecto.[122]

Si bien es cierto que Eisenstein no conocía a fondo la psique de Stalin, quien no se sentía en absoluto culpable por la violencia que había desencadenado, *La conjura de los Boyardos* capta algunos aspectos del ambiente que había dado lugar al

terror. Las emociones simples de lucha de clases y venganza mostradas en *Oktiabr'* habían dado paso a una política mucho menos confiada, en la que había que escudriñar los pensamientos de la gente en busca de dudas y herejías ocultas.

Stalin siguió utilizando las farsas judiciales y las purgas hasta su muerte en 1953, pero nunca iba a reproducir el terror a tal escala. Durante la década de 1930 el régimen había oscilado entre el deseo militante de transformar la sociedad y la disposición a aceptar ésta tal como era, y aquella tensión se mantenía. Una vez concluida la segunda guerra mundial volvieron a organizarse campañas ideológicas, pero la *bolshaia chistka* fue el último intento de imponer mediante una violencia generalizada la unidad ideológica en el partido y en el conjunto de la sociedad. El Terror también supuso el fin de los ataques populistas al funcionariado, tan evidentes a finales de la década de 1920 y más atenuados al final de la siguiente. En 1938 y 1940 se restablecieron las leyes sobre la disciplina en el trabajo y se restauró el poder de los directivos y técnicos, y el régimen comenzó a poner los principios etno-nacionales por encima de los de clase. De la violencia tumultuosa de los años treinta iba emergiendo el sistema conocido como «estalinismo maduro» —muy represivo, xenófobo y jerarquizado—, que pronto cobraría protagonismo a escala mundial.

El terror siguió siendo una mancha sobre la reputación del comunismo soviético hasta su desaparición. Jruschov, al admitir su iniquidad en su Discurso secreto de 1956, perjudicó seriamente el prestigio y la legitimidad del modelo soviético de socialismo, pero en su momento no tuvo un efecto tan considerable sobre la opinión que merecía el régimen estalinista, ya fuera dentro o fuera de la URSS, como se podía esperar. Los

ya hostiles —en particular la izquierda trotskista— denunciaron el baño de sangre, pero en el centro-izquierda europeo había serios motivos para no convertirlo en una cuestión primordial; durante un período la URSS era el único aliado posible contra la extrema derecha. La lucha contra el nazifascismo le iba a dar así al comunismo soviético otra oportunidad.

5

Frentes populares

I

En mayo de 1937, mientras Stalin y Hitler medían sus fuerzas librando una guerra por poderes en España, en París se celebraba la Exposición Internacional «Arts et Techniques dans la Vie moderne», destinada a promover la paz y la reconciliación. En los Jardines del Trocadero se erigió un «monumento a la paz» y a ambos lados de la gran «Avenida de la Paz» que llevaba desde el Palacio de Chaillot construido para la ocasión hasta la Torre Eiffel se enfrentaban los pabellones de la Alemania nazi y la Unión Soviética. A la derecha, el pabellón soviético diseñado por Boris Iofan mostraba en lo alto la gigantesca escultura (25 m) de Vera Mujina *El obrero y la koljosiana*, que avanzaban juntos blandiendo un martillo y una hoz. A la izquierda se alzaba la enorme torre neoclásica de Albert Speer, coronada por un águila imperial que agarraba una esvástica. Speer, que al parecer contaba con una copia subrepticia de los planos soviéticos, diseñó deliberadamente su edificio como respuesta al pabellón de Iofan.

Hubo quien vio ambos pabellones como manifestaciones del «arte totalitario» e indudablemente su monumentalidad podía tildarse de pretenciosa; ambos exhibían una estética populista bastante convencional, y la exhibición nazi mostraba una obsesión por el trabajo y el heroísmo tan intensa como la soviética;[1] pero pese a las semejanzas, las diferencias también eran muy notorias.[2] El águila nazi, un símbolo del imperio y la sociedad que se mostraba en el pabellón, era claramente estática y jerarquizada. La gran pintura mural *Bauhütte* («Constructores de catedrales») de Rudolf Hengstenberg podía sugerir cierto paralelismo con el colectivismo soviético, pero en ella los obreros aparecían claramente subordinados a un arquitecto dominante en un arcaico marco gremial. El pabellón soviético, en cambio, aunque también destacara la figura del gran dirigente Stalin, pretendía presentar, con su exaltación de las máquinas y esforzados obreros, una sociedad más dinámica. Había también sutiles diferencias en la simbología con la que se aludía a la razón y el progreso en ambos pabellones: el soviético estaba atestado de valiosas muestras didácticas que ensalzaban el desarrollo económico y el cambio social; el pabellón nazi, por más que abundara la última tecnología alemana, adoptaba una puesta en escena mística y religiosa: el propio edificio era una extraña mezcla de templo clásico, iglesia cristiana y mausoleo. De hecho, la estética dominante en uno y otro pabellón recreaba agudas diferencias de valores. Mientras que el nazi era deliberadamente conservador, evocando con sus esculturas y arquitectura neoclásicas, así como sus interiores, el pesado estilo burgués del siglo XIX, el soviético mezclaba el neoclasicismo con toques modernistas; su arquitectura sugería un rascacielos estadounidense más que un templo clásico, aunque dentro los

fotomontajes modernos se combinaran con pinturas del realismo socialista más convencional.[3]

El pabellón soviético presentaba al mundo exterior ciertos rasgos cruciales de la ideología estalinista . El bolchevismo era la fuerza del Progreso, que traía al mundo la Ilustración (por muy idolátricas que fueran las imágenes de Stalin). La sociedad ideal se caracterizaba por el colectivismo, el trabajo y la producción, y su epítome —la clase obrera industrial— era el héroe de la historia. En aquella visión predominaba la economía y poco quedaba, si es que quedaba algo, del anterior sueño utópico de liberación. Todos estos temas eran retomados en el *Curso breve de historia del partido* (1938), escrito en su mayor parte por el propio Stalin y difundido por todo el mundo comunista. Allí se hallaba resumida en forma cruda y dogmática la versión oficial del marxismo: la historia seguía inexorablemente un curso bien determinado, la Unión Soviética había alcanzado el «socialismo», identificado con la «fase inferior» del comunismo marxiano, y el resto del mundo seguiría ese mismo camino. En el «sistema socialista» seguía habiendo desigualdades salariales y el estado era todopoderoso; los proyectos para su extinción o desmantelamiento quedaban pospuestos para un futuro muy distante.

Los pabellones nazi y soviético eran mucho mayores y más grandiosos que los de los demás países; los visitantes se quejaban de «los malos modos, el exceso de orgullo y vanas pretensiones» que exhibían.[4] En agudo contraste con ambos estaba el pabellón de la República española, que adoptaba un enfoque bastante diferente de las luchas ideológicas de la época. De escala mucho más modesta, estaba construido en un estilo netamente modernista. Como el pabellón soviético, utilizaba los

fotomontajes para mostrar a sus visitantes los meritorios programas sociales del gobierno;[5] pero a diferencia de aquél destacaba sobre todo la vanguardia artística, exhibiendo trabajos de los principales artistas españoles de la época, y en particular el *Guernica* de Pablo Picasso. Aunque éste no ingresó en el partido hasta 1944, ya entonces era una figura muy comprometida de la izquierda y había pintado aquel cuadro como condena de la agresión fascista, mostrando los sufrimientos de la ciudad vasca destruida por el bombardeo de la aviación alemana tan sólo un mes antes de que se inaugurara la Exposición.

El gobierno de la República española que organizó aquel pabellón había nacido del triunfo electoral en febrero de 1936 de un Frente Popular, una alianza entre socialistas, comunistas y republicanos de izquierda que trataban de enterrar sus diferencias para resistir el asalto de las «fuerzas nacionales» del general Franco y sus aliados nazi-fascistas, aunque desde mediados de la década de 1930 —cuando la Comintern, sobresaltada por el ascenso de la extrema derecha en Europa, abandonó su anterior línea antisocialdemócrata de 1928— se habían creado muchos otros frentes populares. El pabellón español era una buena muestra de aquella actitud unitaria: obtuvo el apoyo de algunos de los intelectuales y artistas más destacados de la época, gente de las más diversas escuelas políticas y estéticas, ya fueran vanguardistas o populistas; desde los liberales de izquierda «burgueses» hasta los comunistas, pasando por los socialdemócratas.

Había, no obstante, una interpretación bastante menos radical del Frente Popular, encarnada en la Exposición por la representación francesa —el gobierno francés estaba encabezado entonces por el socialista Léon Blum con el apoyo de radicales y

comunistas—; aunque no contaba con un pabellón propio, varias galerías y museos organizaron diversas exposiciones, entre ellas una gran muestra del arte francés desde el período galorromano.[6] El mensaje del Frente Popular francés, respaldado notoriamente por los comunistas, era descaradamente patriótico. A Moscú, al parecer, le satisfacía que los comunistas no sólo adoptaran una vía pragmática y gradualista al socialismo, sino también y junto a ella la retórica nacionalista.

Los gobiernos frentepopulistas —antes de la segunda guerra mundial hubo otro, en Chile, además del español y el francés— fueron de corta vida, pero durante la segunda guerra mundial resucitaron los frentes populares antifascistas de la izquierda y siguieron siendo fuertes hasta el inicio de la guerra fría en 1946-1947. Su popularidad era consecuencia de la una fase mucho más violenta del conflicto social en Europa. La crisis económica de la década de 1930 radicalizó a la izquierda y a la derecha desatándose una encarnizada lucha sobre quién debía soportar la carga de la Depresión. Los nacionalistas radicales de derechas argumentaban que las organizaciones obreras estaban aprovechando la democracia para socavar el estado y proponían una nueva política autoritaria para imponer la jerarquía social y racial, objetivo que alcanzaron en Alemania con la victoria nazi en 1933. En aquellas condiciones una versión más modernista y al parecer más abierta del comunismo cobró atractivo para muchos simpatizantes de la izquierda, convencidos de que sólo la disciplina comunista era capaz de hacer frente a una derecha tan poderosa; Moscú no se mostraba ahora tan sectario y la disciplina comunista podía aprovecharse para defender la democracia y los valores de la Ilustración.

Así pues, durante el período comprendido entre 1934 y 1947 el comunismo de inspiración soviética obtuvo considerables éxitos en Occidente —especialmente en Francia e Italia— y en algunos países de Latinoamérica. Durante aquella época el comunismo, y con él la Unión Soviética, se pusieron de moda entre los intelectuales europeos y americanos; pero pese a aquel entusiasmo, los frentes populares fueron siempre edificios con cimientos frágiles, propensos a escindirse en varias fracciones, como ilustraban las notorias diferencias entre los distintos pabellones de la Exposición de París. El ánimo vanguardista de la representación española coexistía incómodamente con la *agitprop* del realismo socialista de estilo soviético, mostrando en el terreno estético las profundas tensiones entre el comunismo disciplinario estalinista y una izquierda más utópica y radical. Por otro lado, las esperanzas francesas de que la Exposición diera lugar a una alianza a escala europea entre el centro liberal y la izquierda se vieron frustradas cuando una oleada de huelgas interrumpió el trabajo; el día de la inauguración varios de los pabellones seguían en obras cubiertos de andamios, en una muestra ominosa de las tensiones sociales que comenzaban a desintegrar el propio Frente Popular francés.

Pese a esas dificultades, los frentes populares siguieron contando con el apoyo de mucha gente. Siendo como era la extrema derecha la principal amenaza, gran parte de la izquierda liberal estaba dispuesta a pasar por alto el autoritarismo bolchevique y a la cínica política exterior de Stalin. Pero a partir de 1946-1947 se agudizaron las tensiones culturales entre el bolchevismo estalinista y la izquierda no comunista. Tras la derrota de los nazis, el comportamiento agresivo de la Unión

Soviética y los comunistas locales en Europa central y oriental, y el aparente surgimiento en Occidente de una nueva forma de capitalismo, más dispuesto a hacer concesiones a los trabajadores, el comunismo no parecía ni tan necesario ni tan atractivo. No es, pues, sorprendente que los frentes populares no sobrevivieran mucho tiempo a la guerra mundial.

II

La sectaria política de «clase contra clase» puesta en práctica por la Comintern entre sus Congresos VI y VII (de 1928 a 1935) se basaba en una evaluación profundamente errónea de la situación política en Occidente, donde al parecer de su Comité Ejecutivo los obreros se estaban haciendo cada vez más revolucionarios, el capitalismo estaba a punto de naufragar y el fascismo no era más que el último coletazo de una burguesía agonizante, un fenómeno pasajero que pronto se hundiría junto con el capitalismo. A partir de ese análisis erróneo, para el Ejecutivo de la Comintern era lógico urgir a los comunistas la intensificación de la lucha contra la burguesía, incluida la socialdemocracia, con el fin de apresurar la desaparición de los regímenes parlamentarios. Así, en una época en que la extrema derecha y en particular el Partido Nazi alemán obtenían cada vez más victorias y se iban reforzando, el fuego de los comunistas, sorprendentemente para muchos, se dirigía principalmente contra la izquierda moderada, no contra la derecha.

Pero ya en aquella época algunos dirigentes comunistas, especialmente los de pequeños partidos que necesitaban alianzas

más amplias, desconfiaban de aquella política. Los representantes del Partido Comunista Estadounidense (CPUSA) amenazaron en 1929 con ignorar las instrucciones de Moscú, pero chocaron con la intransigencia de Stalin.[7] El partido fue pronto purgado y los «derechistas» expulsados, como lo fueron en otros países todos los comunistas que se oponían a la nueva línea. En varios de ellos aquel viraje político fue otro desastre para el Partido Comunista. En Checoslovaquia casi la mitad de los miembros de los «sindicatos rojos» los abandonaron para pasarse a los socialdemócratas;[8] en Gran Bretaña el número de miembros del partido se desplomó, pasando de 10.800 en 1926 a 2.555 en 1930. La nueva línea basada en fomentar la revolución y alentar las huelgas salvajes sólo servía para facilitar el despido de los comunistas de sus puestos de trabajo.

Sin embargo, la nueva política tenía apoyos entre los comunistas que deseaban creer que los tiempos estaban maduros para la revolución; en Alemania, por ejemplo, la política de confrontación del «tercer período» era particularmente popular en el KPD, como lo era la denuncia de los socialdemócratas como «socialfascistas». El número de miembros del partido aumentó de 130.000 en 1928 a 360.000 a finales de 1932, cuando recibió más de 5 millones de votos, casi el 17 por 100 del electorado.* Los terribles conflictos entre socialdemócratas y comunistas no hicieron más que reforzar la opinión de estos últimos de que la política de la Comintern estaba acertada. El 1 de mayo de 1929 los comunistas ignoraron la prohibición de manifestarse en la calle impuesta por el jefe de policía de Berlín, el socialdemócrata Karl Friedrich Zörgiebel, y como consecuencia de la represión murieron 32 manifestantes y se produjeron 1.228 detenciones. Para los comunistas estaba claro

que la socialdemocracia no era más que la cara «amable» del nazismo.

Los enfrentamientos callejeros entre los comunistas y las autoridades se intensificaron a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930. El joven Erich Honecker —más tarde dirigente supremo de la República Democrática Alemana— creció en aquel ambiente de violencia. Nacido en 1912 en una pequeña ciudad del Sarre, muy cerca de la frontera con Francia, Honecker provenía de una familia socialdemócrata radical; su padre, minero, se incorporó muy pronto al KPD y él mismo fue comunista prácticamente desde la cuna. De niño ya recogía dinero para los huelguistas e iba al frente de sus manifestaciones, ya que se creía que la policía no dispararía contra mujeres y niños. En su juventud fue miembro de un club de gimnasia obrero y tocaba en una banda de viento del partido. Aunque empezó a trabajar como tejador con un tío suyo, como a muchos otras jóvenes comunistas le resultaba imposible encontrar un empleo fijo; su vida era la política. Con tan sólo dieciocho años lo enviaron a la Escuela Internacional Lenin de Moscú, donde obtuvo calificaciones llenas de alabanzas: «camarada muy diligente y con mucho talento … entiende muy bien cómo relacionar la teoría con la lucha de clases en Alemania». Honecker regresó al Sarre convertido en un auténtico marxista-leninista, convirtiéndose en dirigente de distrito de la liga juvenil comunista en 1932.[9]

La fe de Honecker —y de Stalin— en la lucha de clases y en la inminencia de la revolución se vio reforzada por la represión que siguió a la crisis de 1928-1929. En Alemania la producción industrial cayó un catastrófico 46 por 100; en Francia, un 28 por 100. La mayoría de los gobiernos empeoraron aún más el

problema siguiendo la ortodoxia librecambista de la época y disminuyendo el gasto público. Se redujeron las ayudas sociales y el gasto en bienestar, aumentando el número de los pobres y restringiendo aún más la actividad económica. La solución keynesiana (adoptada después de la segunda guerra mundial) de aumentar el gasto público para compensar el descenso de la inversión privada todavía no era ampliamente aceptada y pocos la defendían con convicción. Por otra parte, los intentos internacionales de coordinar una respuesta también fracasaron cuando los dirigentes estatales cayeron en el pánico adoptando agendas estrechamente nacionalistas. Aunque el colapso del patrón-oro a principios de la década de 1930 contribuyó en cierta medida a la recuperación de la economía europea, los efectos de la Depresión siguieron siendo patentes durante toda la década.

No cabe, pues, sorprenderse de que muchos llegaran a creer que el capitalismo liberal no tenía respuestas para los problemas de la época. El sistema parecía incapaz de proporcionar empleo a las masas de trabajadores de Europa y América. El estado de ánimo de la mayoría de los intelectuales se vino abajo y el optimismo liberal de la década de 1920 se evaporó. Para muchos votantes de centro-izquierda parecía que la Unión Soviética con sus tasas de crecimiento (oficiales) del 22 por 100 anual tenía algo que enseñar a Occidente (todavía no se conocían ampliamente los extraordinarios niveles de despilfarro y el bajo nivel de vida de los trabajadores). Hasta las élites liberales estaban impresionadas por los éxitos soviéticos. En 1931 el embajador británico en Berlín escribió que todos hablaban de «la amenaza representada por los progresos hechos por la Unión Soviética en su primer plan quinquenal y la

necesidad de que los países europeos realicen un serio esfuerzo para poner su casa en orden antes de que la presión económica soviética se haga demasiado fuerte».[10]

La respuesta de la extrema derecha a la crisis del capitalismo liberal era lógicamente muy diferente. Para ella el liberalismo y el comunismo eran los responsables de la fragmentación de la nación y amenazaba sus legítimas ambiciones imperiales: los liberales eran responsables del conflicto político y la crisis económica, mientras que los comunistas predicaban una lucha de clases que dividía al país. La solución para los nazis, los fascistas italianos y sus imitadores en Europa oriental y otros lugares, era una nación militarizada, masculinizada y movilizada. Ese modelo tenía evidentemente mucho en común con el estalinista; la diferencia estaba en que, para la derecha, el derecho de propiedad, así como las jerarquías sociales y profesionales, tenían que permanecer fundamentalmente intactos. Los fascistas y los nazis «de izquierda» también esperaban un serio ataque al capitalismo liberal y su práctica social basada en el mercado, pero en general eran ignorados y más pronto o más tarde fueron purgados. La extrema derecha obtuvo cierto apoyo de la clase obrera, pero allí donde llegaba al poder su régimen favorecía en general a los patronos y no a los trabajadores; los sindicatos independientes eran prohibidos y los salarios permanecían bajos.

Al intensificarse la crisis económica aumentó el apoyo a los comunistas y a la extrema derecha, especialmente en Alemania. La política se estaba convirtiendo en un juego de suma cero: la izquierda insistía en que se mantuvieran las ayudas sociales y la derecha creía que el movimiento obrero estaba destruyendo el país al resistirse a la necesaria reconversión. El compromiso era

cada vez más difícil. El Partido Socialdemócrata apoyó tácitamente al canciller Brüning, del Partido del Centro católico (*Deutsche Zentrumspartei*) desde septiembre de 1930, por miedo a la convocatoria de elecciones que podrían incrementar la representación del Partido Nazi; pero aquella alianza exasperaba a los seguidores de ambos extremos del espectro político. El apoyo al KPD aumentó entre los obreros, llegando casi a igualar al del SPD en las elecciones de noviembre de 1932, mientras que las clases dominantes comenzaban a buscar soluciones autoritarias a la creciente agitación. En julio de 1932 el canciller Von Papen, sucesor de Brüning, dio un golpe contra el gobierno socialdemócrata elegido en Prusia, pretextando que no era capaz de mantener el orden, con lo que la democracia parlamentaria parecía condenada. Quizá en aquel momento una izquierda unida podría haber salvado la situación, como parecía temer Von Papen que sucediera; pero el Partido Socialdemócrata estaba demasiado desmoralizado y comprometido con la legalidad, y el comunista, mejor armado, no estaba dispuesto a apoyar a quienes lo habían reprimido duramente; tampoco es seguro que un frente unido de la izquierda hubiera podido prevalecer frente al ejército.[11] La vía quedaba así abierta para el nombramiento por el presidente Von Hindenburg en enero de 1933 de Adolf Hitler como canciller. Stalin y la política de «clase contra clase» de la Comintern desempeñaron ciertamente un papel en aquel desastroso resultado, pero fue sólo un factor entre otros muchos.

El NSDAP actuó rápidamente para destruir el Parlamento y los derechos civiles, proscribiendo a los comunistas y socialdemócratas y encarcelando a miles de ellos. La toma del poder por los nazis fue sólo uno de los muchos asaltos

autoritarios de la extrema derecha durante el período de entreguerras: los fascistas italianos habían prohibido a la izquierda socialista ya en 1924; Hungría, Albania, Polonia, Lituania, Yugoslavia, Portugal y España habían sido gobernadas por la derecha autoritaria antes de la Depresión, y después del triunfo nazi la democracia parlamentaria fue abandonada en Austria, Estonia, Letonia, Bulgaria, Grecia, y (de nuevo) en España; pero el ataque contra la izquierda alemana fue particularmente devastador, destruyendo de un golpe al mayor partido comunista fuera de la Unión Soviética y al partido socialdemócrata más influyente de Europa.

Los acontecimientos en Alemania llevaron inevitablemente a muchos comunistas a cuestionarse la línea de «clase contra clase» de la Comintern. Ahora era ya evidente que el principal enemigo era la derecha nazi-fascista y no los socialdemócratas. Al mismo tiempo estos últimos se desilusionaron de sus aliados centristas liberales. La decisión de la clase dirigente alemana de dar la bienvenida a los nazis fue sólo un ejemplo de la política liberal de «apaciguamiento» de la extrema derecha. Al mismo tiempo que los comunistas repensaban su estrategia, los socialistas se desplazaban hacia la izquierda. Las circunstancias parecían maduras para un acercamiento entre camaradas y hermanos separados.

III

En 1936 la industria cinematográfica soviética produjo uno de sus mayores éxitos: *Circo*.[12] Con un guión escrito por un

equipo de eminentes autores, entre ellos Isaak Babel, y dirigida por Grigori Aleksandrov, uno de los colaboradores de Eisenstein en *Octubre*, era un buen ejemplo de injerto en el «realismo socialista» de la comedia musical hollywoodense. Contaba la historia de una cantante y bailarina estadounidense, «Marion Dixon» (una combinación entre Marlene Dietrich y Ginger Rogers a cargo de la actriz rusa más popular de la época, Liubov Orlova), proscrita en Estados Unidos por los residentes racistas de «Sunnyville» por tener un hijo con un afroamericano. Era rescatada por un empresario alemán, Von Kneischitz, cuyas intenciones son no obstante explotadoras, no caritativas: la ve como fuente segura de dinero en una gira circense por la Unión Soviética. Dixon eleva el circo a la cumbre de la popularidad, se enamora del acróbata Martinov y decide permanecer en la URSS. Von Kneischitz, *alter ego* de Hitler, preocupado por la posibilidad de perder a su estrella principal, hace cuanto puede por retenerla. En el momento culminante de la película, una danza espectacular en la que aparecen cohetes, hombres del espacio y atractivas bailarinas, muestra al público al hijo de Marion, esperando que la audiencia soviética, escandalizada, la expulse de la Unión Soviética; pero, para su consternación, el público acoge con aplausos la aparición del niño. El color de la piel —nos dice el presentador del circo— ya sea negro, blanco o verde, no tiene importancia en la tierra de los soviets. Representantes de las distintas nacionalidades de la URSS, vestidos con su traje regional tradicional, se pasan al sonriente crío de uno a otro, cantando cada uno de ellos un verso de una nana en su propia lengua; lo más señalado, dada la política nazi de la época, es la presencia del escritor judío Solomon Mijoels cantando un verso en *yiddish*. El film acaba con la sorpresiva

aparición de Marion Dixon y los demás artistas del circo en medio de un mitin en la Plaza Roja enarbolando banderas y retratos de los miembros del Buró Político y llevando en volandas al niño negro, mientras desfilan frente a Stalin ante el mausoleo de Lenin. Mientras avanzan cantan «La canción de la patria», una exaltación de la igualdad étnica tan popular que casi se convirtió en himno oficioso de la URSS.

Buena parte de la película seguía esquemas propios de Hollywood, ya fueran las bufonadas chaplinescas o los números de baile al estilo de Busby Berkeley, pero intercalaba hábilmente un mensaje político: los nazis —racistas y capitalistas— y los soviéticos —humanistas y socialistas— compiten por el alma de la ingenua occidental Marlon Dixon, que tras un período de esclavitud bajo la bota del «fascismo» de Von Kneischitz, se convence de que la vida es mejor en el socialismo soviético. *Circo*, programada para celebrar la Constitución soviética de 1936, mostraba la URSS como un país unificado, libre de conflictos étnicos y de clase y portador de los valores de la Ilustración. Era una sociedad libre y feliz, en la que le gustaría vivir a cualquier occidental de mente abierta, procediera del medio social del que procediera: hasta los artistas de circo pequeño-burgueses eran bien recibidos. La URSS estaba dispuesta a aliarse con todas las fuerzas «progresistas», de todas las clases. Sus únicos enemigos eran un pequeño grupo de reaccionarios y fascistas racistas, representados por el aristócrata Von Kneischitz (*kniaz* significa en ruso «príncipe»).

Circo estaba destinada principalmente a la audiencia soviética y se convirtió en el éxito del año; pero también se vio en Europa oriental y occidental —más aún después de la guerra — y articuló la nueva línea frentepopulista convertida en

ortodoxia en 1935; aun así llevó algún tiempo hasta que la toma del poder por los nazis en 1933 mitigara las diferencias entre la Segunda Internacional y la Comintern; los emponzoñados conflictos del pasado no eran fáciles de olvidar.

A nivel de cada país, no obstante, las ventajas de una alianza antifascista parecían claras. La izquierda francesa era la más entusiasta a este respecto. A raíz de la Depresión la política se polarizó aún más y el 6 de febrero de 1934 una violenta manifestación de la extrema derecha obligó a dimitir al primer ministro Édouard Daladier, del Partido Radical-Socialista de centro-izquierda. Seis días después los sindicatos, socialistas y comunistas, convocaron una huelga general contra la derecha y en defensa de la democracia, temiendo una repetición de lo sucedido en Alemania. Aquella unidad de acción impresionó al dirigente búlgaro de la Comintern, Georgi Dimitrov, quien mantuvo varias reuniones con Stalin para convencerle de la necesidad de una nueva línea.[13]

Stalin seguía desconfiando de la socialdemocracia, y al parecer aceptó la propuesta de Dimitrov de muy mala gana.[14] Su enfoque de la política exterior era similar al de la política interna: la URSS tenía que seguir siendo el «baluarte de la revolución»;[15] tenía que preservar su pureza ideológica y estar dispuesta a extender el socialismo cuando las condiciones fueran propicias en algún momento futuro.[16] De hecho, en 1927 Stalin comparó explícitamente la Unión Soviética con la Francia jacobina: del mismo modo que «el pueblo danzó al son de la Revolución Francesa del siglo XVIII, aplicando sus tradiciones y ampliando su sistema», ahora la gente «danzará al son de la revolución de Octubre».[17] La conciliación entre las clases y la condescendencia no podían, pues, ir demasiado lejos. Sin

embargo, dada la debilidad de la URSS, lo único que se podía intentar era el «socialismo en un solo país», forjando alianzas con fuerzas burguesas a fin de preservarlo. Stalin creía que la guerra entre los campos socialista y capitalista era en último término inevitable, pero que debía posponerse hasta que la Unión Soviética estuviera dispuesta para la batalla.[18] Estaba convencido de que finalmente llegaría la revolución mundial, pero lo más probable a su juicio era que eso sucediera en un momento de guerra, preferiblemente entre las potencias «imperialistas».[19] Entretanto era improbable que se produjeran nuevas revoluciones, especialmente en Europa occidental, donde las masas se habían dejado embaucar por la «democracia burguesa».[20]

Finalmente Dimitrov y otros dirigentes de la Comintern, entre ellos el dirigente del partido italiano Palmiro Togliatti, convencieron a Stalin valiéndose del giro en la política exterior soviética, que ahora buscaba una alianza con Francia y Gran Bretaña contra Alemania. Al final de aquel año Stalin accedió a la nueva línea, que fue finalmente respaldada por la Comintern en su VII Congreso celebrado durante el verano de 1935.[21]

Según las decisiones de la Comintern en aquel congreso, los partidos comunistas occidentales sólo podían aliarse con partidos que tuvieran un programa radical, anticapitalista, como preludio para la revolución;[22] pero en la práctica la política frentepopulista les permitía participar en gobiernos socialistas moderados y defender la democracia parlamentaria contra el fascismo. Desistieron, pues, de la agitación por una revolución proletaria y comunista, al menos en el futuro inmediato, apelando en su lugar al nacionalismo local para ganar apoyo.

Los partidos comunistas de todo Occidente dieron, pues,

primacía a partir de entonces a la reconciliación y la unidad nacional, en consonancia con el nuevo énfasis en el patriotismo adoptado por el PCUS. El comunismo ganó así mucha respetabilidad, incluso en Estados Unidos. Aunque el CPUSA estaba estrechamente controlado por la Comintern, proclamaba haber heredado «las tradiciones de Jefferson, Paine, Jackson y Lincoln» y colaboraba con un amplio abanico de organizaciones sindicales, iglesias y grupos por los derechos civiles.[23] La actitud militante de los frentes populares hacia las cuestiones raciales atrajo también a muchos obreros inmigrantes de segunda generación que habían sufrido la Depresión y se reconocían como «clase obrera».

El partido que siguió con más éxito la línea del Frente Popular fue el francés, bajo el liderazgo de Maurice Thorez, nacido en 1900 en el departamento de Pas-de-Calais y educado en una familia de mineros socialistas del ala más izquierdista (guesdista). Aunque tuvo que trabajar desde muy pequeño en la mina, su puesto como asistente de un oficial durante su servicio militar, poco después de la primera guerra mundial, le permitió dedicar parte del tiempo a la lectura y a las discusiones políticas. Después tuvo varios empleos de corta duración,[24] pero su capacidad oratoria le permitió escalar rápidamente en la jerarquía del Partido Comunista, observando y obedeciendo escrupulosamente las disposiciones de Moscú. Sus adversarios en el partido lo consideraban blando, sumiso y dócil, con escaso carisma; pero su trato suave y su sonrisa beatífica resultaban ideales para ganarse a los socialistas y liberales más escépticos. No era el combatiente rabioso de las pesadillas conservadoras; su imagen no provocaba la alarma burguesa despertada por el dirigente socialista Léon Blum, aparentemente más amenazador

y además judío.

La imagen de Thorez también llamaba la atención por el fajín tricolor que vestía bajo la chaqueta en las asambleas y ceremonias públicas, con lo que enfatizaba sus raíces francesas; los comunistas se presentaban ahora como los sucesores legítimos de los patriotas jacobinos, emparentando en cambio a los fascistas con los *émigrés* de la antigua aristocracia, coaligados con los reaccionarios extranjeros. En junio de 1939 celebraron incluso el 150.º aniversario de la Revolución Francesa con un gran festival robespierrista, en el que seiscientos niños con gorros frigios plantaron otros tantos árboles de la libertad;[25] también utilizaban un lenguaje populista jacobino, hablando de la «lucha de los más humildes contra los grandes propietarios» y señalando como enemigo a una pequeña aristocracia de «doscientas familias», no a toda la burguesía.[26]

La nueva imagen del Partido Comunista le permitió desempeñar un importante papel en la política francesa durante algún tiempo como partido de izquierdas no revolucionario;[27] sin embargo, su verdadera naturaleza no cambió. Como los demás partidos comunistas aspiraba a ser para sus miembros una institución «total», al estilo, en cierta forma, de una secta religiosa.[28] Como en la URSS, éstos debían estudiar la doctrina del partido, escribir autobiografías describiendo su historia política y personal y someterse a la autocrítica ideológica.[29] Se esperaba que guardaran los secretos del partido y contemplaran el mundo exterior, fuente potencial de contaminación, con «vigilancia» y sospecha. Su vida social y familiar estaba a menudo enteramente ligada al partido. Debían seguir siendo la vanguardia, dispuesta a realizar la revolución cuando llegara el momento propicio, aunque los niveles de

participación variaban dependiendo de la posición de cada uno en el partido.

Pero si bien se esperaba que mantuvieran su pureza, los comunistas franceses debían ahora cooperar con otras fuerzas y así lo hicieron, justo cuando los trabajadores se estaban radicalizando debido a la Depresión. El resultado fue la incorporación de miles de nuevos miembros, creciendo desde los 40.000 que tenía en 1934 hasta 328.647 en 1937. El PCF reemplazó así al KPD como principal organización de la Comintern fuera de la Unión Soviética. En mayo de 1936 el Frente Popular formado por socialistas, comunistas y radicales obtuvo la mayoría en las elecciones y Léon Blum se convirtió en primer ministro, apoyado por los comunistas desde fuera del gobierno.

Sin embargo fue el Frente Popular español el que más contribuyó, al menos durante un tiempo, al creciente prestigio del comunismo internacional. Allí la política estaba aún más polarizada que en Francia; de hecho, algunas regiones tenían mucho en común con los viejos países agrícolas donde el comunismo había tenido tanto éxito en los años posteriores a la primera guerra mundial, ya que, como en ellos, seguía sin resolver la cuestión de la reforma agraria. Los campesinos sin tierra, especialmente en el sur, se sentían atraídos por un socialismo radical descentralizador, mientras que el ala izquierda del Partido Socialista, los anarcosindicalistas y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), con una línea casi trotskista, tenían mucho apoyo; pero también lo tenía la derecha, muy arraigada entre los pequeños campesinos del norte y del centro de la península. Cuando una lábil alianza de izquierdas de republicanos, socialistas, anarcosindicalistas y comunistas ganó

las elecciones en febrero de 1936, en muchas zonas rurales y urbanas estalló inmediatamente una revolución social. La victoria electoral de la izquierda provocó a su vez un golpe militar dirigido por el general reaccionario Francisco Franco. Las agudas tensiones sociales en España precipitaron así una guerra civil; y al cabo de una semana del golpe militar del 18 de julio el conflicto se había convertido en internacional, cuando Mussolini y Hitler enviaron ayuda militar a los rebeldes de Franco.

Stalin se vio ante un dilema. Los republicanos españoles carecían de amigos extranjeros: el Frente Popular francés tenía mucho miedo a enfrentarse a la Alemania nazi, y el gobierno conservador de Baldwin en Gran Bretaña no tenía la menor intención de ayudar a un gobierno tan «izquierdista» como el español. Sólo la URSS podía detener a Franco en España y evitar así que el equilibrio de poder en Europa se desplazara a favor de los fascistas; sin embargo, el apoyo soviético a los republicanos españoles podría preocupar a las clases dominantes en Francia y Gran Bretaña y frustrar cualquier posibilidad de un tratado de seguridad colectiva contra Hitler.[30] Stalin dudó durante algún tiempo, pero al final decidió enviar armas y comisarios, insistiendo en que el Frente Popular no pretendiera el socialismo; escribió al primer ministro socialista Largo Caballero, arguyendo que la «vía parlamentaria» se adecuaba mejor a las condiciones españolas que el modelo bolchevique, pidiéndole que tuviera en cuenta los intereses de la clase media rural y urbana y aconsejándole que reforzara los vínculos con la izquierda republicana. Para la Unión Soviética, ganar la guerra y mantener los aliados burgueses tenía prioridad por encima de la revolución socialista.

Esto llevó al Partido Comunista de España a adoptar una política más pragmática y gradualista que otros componentes del Frente Popular, incluido en ocasiones el propio Largo Caballero; pero a finales de 1936 parecía que la estrategia comunista había tenido éxito. El Partido Comunista amplió enormemente sus filas[31] y su enfoque centralizado y militarizado de la política parecía más eficaz que el de las divididas y caóticas fuerzas radicales y socialistas, por más que éstas fueran más democráticas. El Comintern reclutó a unos 30.000 voluntarios, en su mayoría comunistas y obreros, de cincuenta nacionalidades distintas que constituyeron las famosas «Brigadas Internacionales». En noviembre de 1936, cuando las tropas franquistas se acercaban a Madrid, el gobierno de Largo Caballero abandonó la capital y se trasladó a Valencia, dejando la ciudad al mando de una Junta encabezada por el general Miaja. Las Brigadas Internacionales y el PCE fueron vitales en la defensa de Madrid, que resistió el cerco de los nacionales. Las armas soviéticas, aunque escasas al principio, y la organización y disciplina comunistas, defendieron la democracia frente al fascismo.

IV

1936 fue quizá el momento culminante del prestigio en Occidente de la Internacional Comunista, cuyas secciones francesa o británica, a diferencia de la SFIO y del Partido Laborista, parecían la única fuerza dispuesta a actuar decisivamente contra la reacción de extrema derecha. Además,

desde mediados de la década de 1930 los intelectuales occidentales se habían enamorado de la planificación. Los comunistas tenían ahora una imagen disciplinada y racional como herederos de la Ilustración. Ya no eran los revolucionarios del período posterior a la primera guerra mundial, ni los militantes sectarios de la década anterior. Su marxismo era mucho más modernista y racionalista.

Eric Hobsbawm, historiador de origen austríaco y uno de los cronistas más incisivos de aquel período, captó espléndidamente aquel ambiente circunspecto. Siendo aún adolescente había participado en manifestaciones del KPD en Berlín en 1932-1933, pero el comunismo del partido británico, al que se incorporó en 1936, al ingresar en el King's College de Cambridge, era muy diferente:

> Los partidos comunistas no eran para gente romántica y lo que predominaba en ellos, por el contrario, era la organización y la rutina … El secreto del partido leninista no residía en soñar con las barricadas, ni siquiera en la teoría marxista; se puede resumir en dos frases: «las decisiones deben verificarse» y la «disciplina de partido». Su atractivo estaba en que conseguía que las cosas se hicieran allí donde otros vacilaban o fracasaban. La vida en el partido era casi visceralmente antirretórica, lo que pudo contribuir a producir aquella cultura de aburrimiento infinito y casi agresivo … «informes» absolutamente ilegibles que los demás partidos copiaban de la práctica soviética … El «partido de vanguardia» leninista era una combinación de disciplina, eficiencia administrativa, enorme identificación emocional y una sensación de dedicación *absoluta*.[32]

Muchos intelectuales de izquierda no comunistas se sentían atraídos por aquella lúcida disciplina estatalista que podía contrarrestar el irracionalismo fascista y sacar al mundo de la Depresión, y también fueron muchos los que visitaron la Unión Soviética para verificar con sus propios ojos el «gran experimento». En 1932 Kingsley Martin, director de la revista

británica de izquierdas *New Statesman*, declaró que «todos los intelectuales británicos han viajado a Moscú este verano».[33] El afán soviético por dar la bienvenida e impresionar a los visitantes con viajes de propaganda bien pensados alimentó aún más aquel entusiasmo. Se publicaron cientos de guías y crónicas de aquellos viajes; en 1935 más de doscientos intelectuales franceses visitaron la URSS y el filósofo comunista Paul Nizan realizó una gira de conferencias por toda Francia, describiendo las maravillas de las que había sido testigo.[34]

La «Unión Soviética» que veían los visitantes combinaba sus propios prejuicios utópicos con el socialismo de «pueblo-Potemkin» presentado por sus guías. Contemplaban con entusiasmo las medidas de protección social, la educación de masas y la organización racional del ocio. Envidiaban la alta consideración que disfrutaban en la URSS los intelectuales (al menos los más obedientes); pero lo que más les gustaba era la planificación. El régimen soviético era, en su opinión, un paraíso sansimoniano donde la ciencia y la eficiencia daban forma a una visión moral de la transformación social.

Los socialistas británicos Beatrice y Sidney Webb fueron el ejemplo más notorio de ese entusiasmo. Tecnócratas y elitistas, defendían un socialismo racional y modernizador; pero no les gustaban las revoluciones, que consideraban violentas, anárquicas e irracionales. Durante la década anterior se habían mostrado muy críticos hacia la URSS, pero el primer plan quinquenal de Stalin les encantaba y en 1932, ya septuagenarios, hicieron una gira por la Unión Soviética. El resultado de sus investigaciones fue una obra prolija y pormenorizada de más de un millar de páginas, *El comunismo soviético: ¿una nueva civilización?*, publicado en 1935.

Cuando se publicó la segunda edición en 1937 los editores quitaron las interrogaciones. La «nueva civilización» del matrimonio Webb era una tierra de comités, conferencias y consultas; casi podía parecer que escribían sobre el Consejo Municipal de Londres, al que Sidney Webb había dedicado gran parte de su carrera. Leyeron resmas y resmas de documentos oficiales, incluida la Constitución estalinista de 1936, y aseguraron a sus lectores que en ella se disponía con detalle la celebración de elecciones, la democracia y la rendición de cuentas de los cargos públicos; sería por tanto totalmente equivocado llamar «dictadura» a la Unión Soviética, decían.[35]

Autores como los Webb estaban dispuestos a aceptar las declaraciones de las autoridades soviéticas por razones políticas; otros sucumbieron a una manipulación más descarada. El caso del paisajista francés Albert Marquet resultó mucho más elemental para la Sociedad para Relaciones Culturales con Países Extranjeros de Toda la Unión (VOKS), la institución que acogía a los visitantes extranjeros. No le interesaba la política y no era en modo alguno comunista; sus guías informaban que era irritable y no se mostraba impresionado; pero las cosas cambiaron cuando visitó el Museo de Arte Occidental Contemporáneo en Leningrado, sintiéndose complacido al comprobar que sus propias pinturas formaban una parte destacada de la exhibición permanente, junto a obras de Matisse y Cézanne. Lo que no le dijeron es que la VOKS había dispuesto sacarlas de un almacén expresamente para su visita. Marquet asistió a varios encuentros amañados con jóvenes artistas que le aseguraban que lo consideraban su mentor y que gozaron de una amplia cobertura de prensa. Al regresar a Francia, su actitud había cambiado por completo: «Me gustó la

URSS … Imaginen un país enorme en el que el dinero no determina la vida de la gente», declaraba. En un escueto informe, la VOKS se felicitaba por el éxito de sus complejos esfuerzos: «La comunidad artística soviética se implicó activamente en esta tarea (la visita de Marquet). Todo funcionó según lo planeado».[36]

Pero para algunos de los «compañeros de viaje» no fue la manipulación o la credibilidad lo que los llevó a pasar por alto la represión y la violencia política; simplemente la consideraban necesaria e inevitable. El cantante afroamericano Paul Robeson declaró en 1937: «Por lo que he visto del funcionamiento del gobierno soviético, sólo puedo decir que a quien levante su mano contra él deberían matarlo». De forma parecida, el corresponsal del *New York Times*, Walter Duranty, que negaba en particular la hambruna de 1932-1933, creía que la violencia era inevitable en un país tan atrasado como la URSS, aunque también le interesaba congraciarse con sus anfitriones para impulsar su propia carrera.[37] Otros ocultaban deliberadamente los aspectos negativos de la experiencia soviética porque no querían socavar el frente antifascista. El escritor francés André Malraux, que como revolucionario romántico sentía poca simpatía por la cultura disciplinaria de la Comintern, podía ser muy crítico con la URSS en privado pero en público se mostraba como un ferviente admirador.[38] El historiador británico Richard Cobb, que vivía en París por aquella época, explicaba las difíciles opciones políticas ante las que se veía la izquierda liberal:

> Lo primero que vi al llegar a Francia fue a un grupo de mozalbetes arrogantes de la *Action Française* [agrupación de extrema derecha] golpeando a un estudiante judío; y eso sucedía todos los días. Es difícil expresar el odio que cualquier persona

> decente sentía por aquellos cobardes señoritingos … Francia vivía en una guerra civil moral y mental … Uno tenía que elegir entre los fascistas y los comunistas como compañero de viaje.[39]

El poeta chileno Pablo Neruda utilizaba un lenguaje parecido de alternativas insoslayables, aunque él, a diferencia de Cobb, se comprometió más con la causa comunista. En sus memorias recordaba que su estancia en España lo convenció de que debía apoyarles:

> Los comunistas eran el único grupo organizado y habían organizado un ejército para enfrentarse a los italianos, alemanes, moros y falangistas. Eran también la fuerza moral que mantenía en funcionamiento la resistencia y la lucha antifascista. Llegué a la conclusión de que había que elegir. Eso es lo que hice, y nunca he tenido razones para lamentar aquella elección entre la oscuridad y la esperanza en aquella época trágica.[40]

Neruda no era el único en aquella disyuntiva apremiante, y la guerra civil española fue decisiva en la recobrada popularidad del comunismo en Latinoamérica, debido a sus estrechos lazos culturales con España; muchos latinoamericanos acudieron a combatir en la guerra civil y los exiliados españoles también desempeñaron un importante papel en el impulso a los partidos comunistas latinoamericanos tras años de fracasos.

Tras la revolución de 1917 se habían fundado en toda Latinoamérica partidos comunistas que atrajeron a muchos intelectuales, pero al igual que en muchos otros países fuera del mundo desarrollado, durante la década de 1920 sus avances fueron escasos. La extrema represión de los estados autoritarios, respaldados por la influyente Iglesia Católica, explica en gran medida esa debilidad, pero también se debía a la rígida obsesión de la Comintern por el proletariado industrial —que en la

mayoría de los países de Latinoamérica era minúsculo—, por lo que le resultaba difícil competir con partidos populistas más amplios y aprovechar el radicalismo del campesinado. El marxista peruano José Carlos Mariátegui, fundador y secretario general del Partido Socialista que poco después se convertiría en PCP, trató de impulsar un frente amplio de obreros, intelectuales y campesinos indígenas, pero la Comintern condenó enérgicamente su supuesto populismo, aunque sí apoyó dos levantamientos en El Salvador en 1932 y en Nicaragua a finales de la década de 1920 y principios de 1930 protagonizados principalmente por los campesinos. Ninguno de ellos triunfó y la Comintern desempeñó un papel muy limitado en la rebelión antiimperialista del nicaragüense Augusto César Sandino.

Las perspectivas de los partidos comunistas latinoamericanos mejoraron tras la adopción por la Comintern de la política frentepopulista, especialmente allí donde había una industria significativa y un potente movimiento obrero. En México un Partido Comunista relativamente débil forjó una alianza informal con el presidente reformista Lázaro Cárdenas y en Chile el Frente Popular del que formaba parte el Partido Comunista consiguió llevar a la presidencia del país al radical Pedro Aguirre Cerda en las elecciones de 1938. Tanto en Chile como en México los comunistas se beneficiaron enormemente de su participación en la guerra civil española.[41]

V

Sin embargo, no toda la izquierda consideraba lo sucedido en España como una validación de la estrategia de la Comintern, y de hecho exacerbó la mayor escisión producida hasta entonces en el comunismo internacional, la que se dio entre estalinistas y trotskistas. Trotski, exiliado primero a Turquía y luego a Francia, Noruega y México, se convirtió en uno de los principales críticos marxistas de Stalin. Le enfurecía la popularidad de la URSS entre los intelectuales de Occidente: «Aparentando un reconocimiento tardío de la revolución de Octubre, los intelectuales "de izquierda" occidentales se arrodillan ante la burocracia soviética».[42] Pero cuando escribió esto, en 1938, el flechazo entre los intelectuales occidentales de izquierda y el comunismo soviético ya estaba comenzando a agriarse. Las farsas judiciales de Moscú en 1936-1938 y las purgas de dirigentes de la Comintern tuvieron un efecto acumulativo y trastornaron profundamente a muchos comunistas y compañeros de viaje, aunque, por ejemplo, Paul Nizan se negó a hablar de ellas incluso con sus amigos Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir.[43]

Sin embargo, la causa principal de desilusión fue el fracaso de la política frentepopulista, en particular en España. El Frente Popular era un compromiso precario. Los comunistas habían abandonado sus viejos objetivos revolucionarios, al menos por un tiempo, para atraer a los socialdemócratas y reformistas burgueses, pero no por eso habían dejado de ser antiliberales y trataban de conservar el apoyo de la clase obrera. Ésta era la esencia del comunismo soviético y para los estalinistas la disciplina de hierro del partido era lo que le daba a éste su ventaja en la lucha contra el fascismo. Aquel equilibrio doloso era, en último término, imposible de mantener.

Fue el «realismo» y moderación de los comunistas lo que suscitó los primeros problemas de la Comintern cuando se vio teniendo que hacer frente a una erupción de radicalismo popular. En Francia, el gobierno de Léon Blum llegó al poder entre huelgas masivas y ocupaciones de fábrica; los grupos trotskistas integrados en el Partido Socialista argumentaban incluso que las condiciones estaban maduras para la revolución. El Frente Popular acordó importantes concesiones a los trabajadores en los acuerdos de Matignon, como la semana de cuarenta horas y las vacaciones pagadas, pero las huelgas continuaban. Maurice Thorez apoyó a Blum: ahora que los obreros habían obtenido tanto, debían «saber cómo acabar una huelga»; pero los comunistas, temiendo verse desbordados por la izquierda, comenzaron pronto a apoyar las reivindicaciones obreras y las relaciones con los radicales y socialistas se tensaron. Por otra parte, la decisión de Blum de no intervenir en favor del bando republicano español por temor a desencadenar una guerra europea provocó nuevos conflictos. Los socialistas comenzaron a temer la fuerza del PCF (como también sucedió en Chile, donde los socialistas temían que los comunistas aprovecharan en su contra el radicalismo popular);[44] pero fueron los radicales burgueses los que, creyendo que los obreros habían obtenido demasiado, retiraron en abril de 1938 su apoyo a Blum, que se vio obligado a dimitir como jefe del gobierno, y pusieron fin a la experiencia del Frente Popular.

En España los comunistas estaban menos dispuestos a los compromisos con la izquierda más radical, porque lo que estaba en cuestión allí era la seguridad de la Unión Soviética. La victoria de la izquierda en las elecciones de 1936 se vio acompañada en algunas regiones por una revolución social: los

anarcosindicalistas de la CNT impulsaron a los obreros a tomar las fábricas y expulsar a sus propietarios; los campesinos se apoderaban de las fincas y creaban granjas colectivas y cooperativas. Del mismo modo que Lenin había rechazado los consejos de fábrica en 1918, el PCE estaba convencido de que los experimentos igualitarios sólo servían para socavar el esfuerzo de guerra. La victoria exigía centralización y eficiencia económica. Argumentaba que las condiciones sólo estaban maduras para un régimen socialista de mercado (del tipo «NEP»), gobernado por una coalición de «fuerzas progresistas» que debía incluir a los partidos republicanos burgueses y respetar la propiedad privada. Al mismo tiempo eran virulentamente hostiles al POUM, un partido comunista de izquierdas dirigido por el viejo amigo de Trotski, Andreu Nin. El PCE y su aliado, el primer ministro tecnócrata-republicano Juan Negrín, obtuvieron así el apoyo de los grupos de clase media preocupados por el poder de los obreros y anarquistas.[45] En mayo de 1937 el gobierno republicano, acicateado por el PCE, dio un golpe en Barcelona contra los anarquistas y poumistas, cuya resistencia fue rápidamente aplastada. El servicio secreto soviético, que contaba con un importante contingente en España dirigido por el general Orlov, se encargó de asesinar a Nin y desmantelar el POUM, encarcelando o asesinando a muchos otros de sus militantes.[46]

George Orwell, como muchos otros intelectuales de su generación, ansiaba ayudar a la República española; pero a diferencia de la mayoría de ellos acabó integrándose en el POUM, más por casualidad que por convicción ideológica. Estaba en Barcelona durante las jornadas de mayo de 1937 y su informe *Homage to Catalonia*, publicado en 1938, resultó una

de las denuncias más enérgicas e influyentes de la época del comunismo de estilo soviético. En un primer momento no estaba de acuerdo con la hostilidad de sus camaradas del POUM hacia el PCE; en su opinión, éste «estaba llevando adelante la guerra, mientras que nosotros [el POUM] y los anarquistas permanecíamos estancados». Pero tras experimentar la represión del PCE y los republicanos en Barcelona cambió de opinión, declarando que el PCE había desactivado el radicalismo popular: «Quizá el lema del POUM y los anarquistas, "la guerra y la revolución son inseparables", era menos visionario de lo que parecía».[47] Razonaba que el conservadurismo social del PCE lo había alejado de la clase obrera de los países vecinos, que de otro modo habría presionado a sus gobiernos para que apoyara a la República española, al tiempo que sofocaba cualquier aspiración revolucionaria en el territorio ocupado por los franquistas.

El debate sobre «cómo se perdió la guerra civil española» sigue aún vigente.[48] La obsesión de la policía secreta soviética por purgar a sus enemigos de izquierdas socavó sin duda el apoyo a la República; pero probablemente tuvo mayor peso en la derrota de ésta la escasa ayuda desde el exterior y la fuerza de los aliados alemanes e italianos de Franco. Stalin, según se dice, siguió auxiliando a la República española hasta el final, pero tenía que administrar sus recursos para la defensa de la Unión Soviética contra Alemania y contra Japón, que había invadido de nuevo China en julio de 1937.[49]

Trotski fue uno de los beneficiarios inesperados de la derrota del Frente Popular en España. El comportamiento en la guerra de los soviéticos, añadido a las farsas judiciales, acrecentó la decepción de la izquierda, y Trotski atrajo disidentes

comunistas a su causa. Los asesinatos de Nin y otros trotskistas, reales o supuestos, le dieron al movimiento sus mártires, aunque el más relevante fue el propio Trotski, asesinado con un picahielos por un agente de Stalin en agosto de 1940. En 1938 Trotski había fundado una nueva organización de la izquierda mundial, la Cuarta Internacional, que debía rivalizar con la Segunda —que entonces llevaba el nombre de Internacional Obrera y Socialista— y con la Tercera, la Comintern.

El trotskismo era una variante izquierdista radical del bolchevismo y sus ideas eran las típicas de las diversas oposiciones de izquierda que habían existido en el partido soviético desde 1917. Propugnaba un resurgimiento de la «democracia socialista» y denunciaba al estalinismo por su autoritarismo; pero eso no significa que defendiera una democracia parlamentaria liberal y seguía manteniendo el principio marxista-leninista del partido único de vanguardia, aunque la política y la economía debían gobernarse de forma participativa. Trotski también era reacio a criticar con demasiada dureza el sistema estalinista: argumentaba que con Stalin había emergido una «casta burocrática», pero insistía en que no era una «nueva clase»; la URSS no se había convertido en un sistema de «capitalismo de estado» sino que era todavía un «estado obrero» aunque hubiera «degenerado». En la esfera internacional los trotskistas eran más optimistas y revolucionarios que los estalinistas y profundamente hostiles al nacionalismo que subyacía bajo la política de Frente Popular. Sus teorías de la «revolución permanente» y del «desarrollo desigual y combinado» justificaban una política revolucionaria en los países subdesarrollados. A diferencia de los estalinistas, que mantenían más rígidamente la idea supuestamente marxista

de las fases sucesivas de desarrollo, los trotskistas creían que en las sociedades agrarias subdesarrolladas se podían quemar etapas y realizar saltos revolucionarios rápidos al socialismo. Aun así, siempre insistían en que la vanguardia del movimiento debía ser el proletariado, al frente de la burguesía nacional y los campesinos en su «revolución permanente».[50]

La Cuarta Internacional era muy pequeña —las cifras oficiales más optimistas situaban el número de sus miembros en 5.395— y casi la mitad de ellos eran miembros del Partido Socialista Obrero estadounidense (*Socialist Workers' Party*, SWP). El marxismo radical de Trotski y su defensa de la democracia de los consejos obreros era, como cabía esperar, más atractiva en la cultura estadounidense libertaria, donde las Internacionales Segunda y Tercera, obsesionadas por la disciplina, ejercían escasa influencia; el trotskismo prendió con cierta fuerza entre los intelectuales estadounidenses, especialmente en el «grupo de Nueva York». Saul Bellow, Irving Howe, Norman Mailer, Mary McCarthy y Edmund Wilson mantuvieron en un momento u otro relaciones con el SWP.[51]

Sin embargo, muchos trotskistas estadounidenses pensaban que Trotski era demasiado indulgente con el estalinismo y en 1939-1940 el SWP se vio sacudido por un agrio debate sobre la naturaleza de la URSS. El partido se escindió y Max Schachtman creó un nuevo «partido obrero» (*Workers' Party*, WP), más hostil al estalinismo que los trotskistas ortodoxos. Tanto él como otros ex trotskistas estadounidenses se iban a situar durante la guerra fría en el campo antisoviético y durante la década de 1960 algunos de ellos iban a constituir el núcleo de un influyente grupo de ultraliberales, los «neoconservadores». En otros países el trotskismo no iba a cobrar fuerza hasta las

décadas de 1960 y 1970, a medida que perdía atractivo la URSS. Aun así, si el movimiento trotskista se ha caracterizado por algo ha sido por sus interminables disputas y repetidas escisiones.

Los trotskistas fueron los primeros defensores serios de la idea de que cabía comparar el comunismo estalinista con el nazismo y que ambos eran regímenes «totalitarios»; su análisis pareció confirmarse cuando el 23 de agosto de 1939 los gobiernos de Berlín y Moscú firmaron un pacto de No Agresión. De hecho aquel tratado no era el producto de una afinidad real, sino de la valoración de Stalin de que no tenía otra alternativa.[52] El gobierno británico no parecía interesado en una alianza militar formal contra Hitler y Stalin no se podía arriesgar a una guerra en solitario contra Alemania; pero tampoco le remordía la conciencia por aquella alianza, y como en el pasado, esperaba que el socialismo sacara ventaja de una guerra entre las potencias «imperialistas». Hablando con Dimitrov se mostraba entusiasmado de que Hitler estuviera «llevando al caos al sistema capitalista … el pacto de No Agresión ayuda a Alemania en cierta medida; lo que debemos hacer a continuación es ayudar al otro bando».[53] Como contrapartida la Comintern decretó el fin de los frentes populares. Stalin no planeaba revoluciones inminentes, pero creía que la guerra podía provocarlas en el futuro y la línea de la Comintern se hizo radicalmente antiburguesa,[54] al tiempo que el Ejército Rojo se disponía a extender por la fuerza el régimen soviético a los países bálticos, Polonia y otros países del este de Europa. Los dirigentes de la Comintern declararon ahora anatema la línea frentepopulista; se denunciaron las maldades del imperialismo anglofrancés y se silenció la propaganda

antifascista.

No cabe sorprenderse de que aquel Pacto provocara una crisis en los partidos comunistas. Harry Pollitt, secretario general del partido británico, aprobó la declaración de guerra del gobierno de Su Majestad George VI al Tercer Reich tras la invasión de Polonia y se vio obligado a dimitir, siendo sustituido durante dos años por Rajani Palme Dutt.[55] En Francia una tercera parte de los representantes parlamentarios del PCF abandonaron su puesto; Paul Nizan fue uno de los que dejaron el partido asqueado. En cualquier caso, con mayores o menores reservas, los partidos comunistas* se plegaron ante las exigencias de la política exterior soviética. Sin embargo, la avenencia entre Moscú y Berlín iba a durar bien poco, pese a la convicción de Stalin de que podía evitar la guerra hasta que las potencias imperialistas se hubieran debilitado mutuamente, y tras el ataque sorpresa de los ejércitos hitlerianos contra la URSS el 22 de junio de 1941, la Comintern realizó otro *volte face*: volvió al antifascismo al tiempo que la Unión Soviética se aliaba a Gran Bretaña —y luego a Estados Unidos— contra el Tercer Reich; y de nuevo, pese al desastre del pacto nazi-soviético, gran parte de la izquierda occidental veía a la Unión Soviética y su estilo de comunismo como el único posible salvador del mundo frente a una extrema derecha autoritaria y agresiva. La segunda guerra mundial iba a ser el momento de mayor auge de los frentes populares.

VI

Si el zar Nicolás II fue depuesto al suspender el «examen» planteado por la Gran Guerra, sus sucesores afrontaron un desafío aún más difícil en 1941, un «examen general [de] nuestras fuerzas materiales y espirituales», como dijo Stalin; al terminar la segunda guerra mundial no tenía ninguna duda de que tanto él como el sistema que presidía habían aprobado con muy buena nota: «La guerra nos ha mostrado que la estructura soviética no es sólo únicamente la mejor forma de organización … en tiempos de desarrollo pacífico, sino también la mejor forma de movilización de todas las fuerzas del pueblo para vencer al enemigo en período de guerra»;[56] y no sólo eso, sino que la URSS había salvado la civilización y a Occidente del dominio nazi.

La argumentación de Stalin no era del todo descabellada. En 1914 Rusia era un país pobre y fundamentalmente agrícola y no podía movilizar hombres y material suficiente para derrotar a sus invasores; en 1941 era todavía mucho más agrícola y pobre que su enemigo, pero pese a sufrir tribulaciones mucho mayores y muchas más bajas que durante la primera guerra mundial, su economía no se vino abajo. La URSS perdió alrededor de 27 millones de personas en total, entre ellas unos 10 millones de soldados, frente a tan sólo 350.000 Gran Bretaña y 300.000 Estados Unidos. La tesis de que la Unión Soviética ganó la segunda guerra mundial prácticamente sin ayuda es, por supuesto, falsa: todos los esfuerzos de la guerra estaban interrelacionados; los soviéticos recibieron una ayuda importante, directa e indirecta, de sus aliados; y las potencias del Eje estaban condenadas a la derrota frente a una coalición que disponía de los recursos combinados de Estados Unidos, el imperio británico y la Unión Soviética. Aun así, como Stalin no

se cansó de señalar, el Tercer Reich alemán tuvo que invertir muchos más recursos en el frente del Este que en otros campos de batalla.

Más difícil de evaluar resulta, empero, la contribución del sistema soviético a la victoria. Durante la guerra éste mostró todas sus ventajas, pero también sus debilidades. La estricta centralización del poder en manos de Stalin contribuyó a un juicio erróneo catastrófico en 1941, cuando se negó a aceptar que el estado mayor alemán planeaba atacar la URSS pese a las muchas pruebas de que disponía.[57] La Operación Barbarossa ordenada por Hitler cogió a los soviéticos por sorpresa y fue un golpe más que contundente que llevó al ejército alemán en pocos meses a las puertas de Moscú.

Además de los problemas derivados de la extrema centralización estaba la persistente desconfianza del partido en las élites profesionales. El alto estado mayor del Ejército Rojo carecía de la experiencia de la Wehrmacht, en la década de 1930 no quedaban apenas oficiales zaristas y la mayoría de los mandos sólo habían pasado por la experiencia de la guerra civil. Las purgas de 1937-1938 habían debilitado aún más el Ejército Rojo: de 142.000 oficiales fueron detenidos y encarcelados más de 20.000.* La ineptitud de Kliment Voroshilov, uno de los militares más próximos a Stalin y al que éste había impuesto como comisario de Defensa, también contribuyó a las desastrosas derrotas al principio de la guerra. Por último, la propia dureza del régimen soviético tuvo un serio efecto desmoralizador, especialmente en las áreas rurales no rusas. Durante el primer año de guerra el Ejército Rojo sufrió deserciones en masa y entre un millón y un millón y medio de su reclutas se unieron a las fuerzas alemanas.[58]

Sin embargo, ciertas características del comunismo soviético, por desagradables que fueran, demostraron su eficacia durante la guerra. La industrialización a marchas forzadas de la década de 1930 no era quizá estrictamente «necesaria» —había otras alternativas—, pero a finales de la década la tasa de producción soviética superaba a la alemana; la URSS era ya probablemente el mayor productor de armas del mundo y superaba en todos los terrenos a la Alemania nazi excepto en fuerza aérea.[59] El sistema administrativo centralizado también tenía ventajas. A diferencia de su predecesor zarista, el gobierno soviético pudo controlar y dirigir la distribución de alimentos y artículos industriales durante toda la guerra, evitando así las hambrunas civiles al tiempo que mantenía la producción de material militar. El régimen consiguió organizar el transporte de enormes plantas industriales hacia el este, lejos de las líneas enemigas. Parece, además, que la propia rudeza del régimen y la eficacia de su sistema policial contribuyeron a evitar el colapso del orden público. Los «destacamentos de bloqueo» mataron a miles de desertores; en el transcurso de la guerra fueron juzgados por tribunales militares 999.000 soldados y 158.000 de ellos condenados a muerte.[60]

La colaboración con los nazis fue muy elevada, especialmente entre los no rusos; pero también lo fue el apoyo al régimen soviético, algo que ni los dirigentes nazis ni los soldados de la Wehrmacht esperaban. Su trato a las poblaciones eslavas sometidas como razas inferiores que podían y debían ser explotadas de forma inmisericorde reforzó la adhesión a la ideología soviética. El comunismo parecía la última trinchera contra la ley de la jungla, lo único que podía establecer algún equilibrio entre poder y derecho. El panorama queda algo

oscurecido, no obstante, por los virajes ideológicos del período. El «comunismo» de entonces no era el mismo que el de la década de 1930. La guerra obligó al partido a adoptar una política más abierta, llegando incluso más allá que a mediados de la década de 1930. El sectarismo y el purismo ideológico bolchevique, tan pronunciados durante las purgas de 1936-1938, eran ahora mucho menos evidentes. El régimen comenzó a practicar una política menos hostil hacia grupos que anteriormente había estigmatizado —especialmente campesinos acomodados y popes— tratando de impulsar una lucha nacional en la que todos podían y debían participar, fuera cual fuera su origen de clase, por lo que se llegó a liberar a *kulaki* de los campos de prisioneros para que se incorporaran al Ejército Rojo, con lo que podían ganarse su reintegración a la sociedad soviética. Sorprendentemente, en su primer discurso tras el estallido de la guerra Stalin se dirigió a su pueblo, no sólo como «camaradas» y «ciudadanos», sino como «hermanos y hermanas». Como explicaba el escritor Ilia Ehrenburg en un artículo publicado en 1941 en *Krasnaia Zvezda* («Estrella Roja», el periódico del Ejército Rojo], «han quedado obsoletas todas las distinciones entre bolcheviques y gente no afiliada al partido, entre creyentes y marxistas».[61] El conjunto de hermanos (y hermanas) de Koba era ahora mucho mayor y más abierta.

Stalin intuyó que necesitaba movilizar el sentimiento nacionalista ruso más aún que en el pasado. El nuevo grito de guerra era *Za Rodinu! Za Stalina!* («¡Por la patria! ¡Por Stalin!»), y el «enemigo» ya no era el petulante capitalista con sombrero de copa, sino el chillón y diabólico parásito alemán. En 1941 se contuvo la persecución estatal de la Iglesia Ortodoxa rusa y en 1943 se restauró el patriarcado, con la esperanza de obtener

apoyo entre los ortodoxos de Europa oriental. La jerarquía ortodoxa se convirtió así en parte de la *nomenklatura*; a los tres patriarcas más distinguidos se les asignaron automóviles con chófer.[62] Ante la invasión alemana de la patria rusa, muchos estaban dispuestos a unirse en su defensa bajo la bandera del comunismo.

El marxismo-leninismo de aquel período no sólo adoptó el patriotismo nacionalista sino también unos toques de liberalismo. Se relajaron las restricciones sobre las parcelas privadas y a los campesinos se les permitió vender en el mercado sus productos. La política cultural también se hizo más indulgente; se aceptó plenamente el jazz de las *big-bands* y en el frente se tocaban melodías estadounidenses.[63] El Ejército Rojo se iba pareciendo cada vez más a los ejércitos convencionales y los oficiales gozaban de mayor poder; pero la decisión más transcendental alejándose del comunismo revolucionario fue la disolución de la Comintern en 1943. Aquel gesto estaba destinado a apaciguar a los aliados, demostrando que la URSS no deseaba extender la revolución a Occidente; pero posiblemente influyó también en ella el interés cada vez menor de Stalin por el comunismo internacional.[64] Desde 1941 veía mayor potencial en el Comité Paneslavo que había tenido ciertos éxitos en Europa oriental, centro de sus ambiciones de posguerra.

Aquella línea política más abierta se mostró capaz de ganarse el apoyo de los que anteriormente habían quedado marginados por la «lucha de clases». Como recordaba más tarde el popular novelista Victor Nekrasov: «Le perdonamos a Stalin todo: la colectivización, 1937, su venganza contra sus camaradas … Con el corazón abierto nos incorporamos al partido de Lenin y

Stalin».[65] Pero si la guerra había alentado a los hijos pródigos a regresar a la familia soviética, también produjo nuevas ovejas negras.[66] El partido seguía exigiendo uniformidad ideológica y prosiguieron las purgas purificadoras, aunque el «enemigo» se definía ahora en términos más étnicos que de clase, apuntando especialmente a los pueblos acusados de colaborar con los nazis. Pueblos enteros, como los alemanes del Volga, chechenos, ingusetios, tártaros de Crimea, calmucos y karachais fueron deportados; otros sufrieron purgas más limitadas pero también traumáticas como sucedió en los países bálticos y en la Ucrania occidental. Muchas de aquellas operaciones se llevaron a cabo brutalmente y el odio resultante fue profundo y de larga duración. De hecho, las rebeliones de bálticos y ucranianos occidentales contribuyeron muy destacadamente al desmantelamiento de la URSS en 1991, y Chechenia e Ingusetia siguen siendo espinas clavadas en el costado de Rusia.

En cualquier caso, tuvo que pasar algún tiempo hasta que se materializara el contraataque soviético y entretanto, al oeste del Tercer Reich, los frentes populares obtenían apoyo «comunistizando» la política. La experiencia del nazismo radicalizó a las poblaciones sometidas a su yugo. El «nuevo orden» nazi era un proyecto ideológico de largo alcance que trataba de crear un imperio europeo de jerarquías raciales. Hitler, seducido por el ejemplo del imperio británico, explicó que Ucrania sería para Alemania lo que la India era para Gran Bretaña.[67] También conviene tener en cuenta que el apoyo a los nazis de colaboracionistas locales provenía sustancialmente de las capas más conservadoras.

Todas esas circunstancias —una potencia imperial que imponía su dominio por la fuerza y que recurría a

colaboracionistas de las viejas clases dominantes— eran evidentemente propicias para los comunistas, que eran combativos y estaban bien organizados y acostumbrados a la actividad política clandestina; además, en las caóticas condiciones de la guerra, liberados de la intrusión de Moscú y de la Comintern, pudieron adaptar mejor su mensaje a las condiciones locales. En muchos lugares eran los elementos más activos y comprometidos de la resistencia contra el nazismo, y en algunos constituían de hecho la única fuerza política preparada para hacer frente a los ocupantes. La respuesta de los partidos socialdemócratas a la ocupación nazi dependía de circunstancias particulares y no eran tan coherentemente antifascistas como los comunistas; en Dinamarca colaboraron con los nazis, y en Francia la mayoría de los socialistas simpatizaban con el anticomunismo del mariscal Petain. Los comunistas estuvieron en la primera línea de la resistencia en países donde luego se convirtieron en una fuerza destacada, especialmente en Italia, Francia, Grecia, Checoslovaquia, Albania y Yugoslavia.

Aun así, pese a su preeminencia, los partidos comunistas de Europa occidental, con el acuerdo pleno de Moscú, estaban decididos a mantener una alianza frentepopulista, tanto para ganar la guerra como —quizá sobre todo— para ganar la paz , por lo que tenían que desalentar las expectativas revolucionarias de sus seguidores. En 1941 el PCF llevó a cabo una campaña de atentados que provocó sangrientas represalias de los ocupantes y la consiguiente pérdida de apoyo de la población; pronto decidieron adoptar tácticas menos militantes y en 1943 se unieron al gobierno provisional interclasista de De Gaulle.

El adalid más resuelto de la línea frentepopulista era el

dirigente del PCI Palmiro Togliatti. De hecho, su carácter —a la vez político astuto y cauto e intelectual muy leído con amplios intereses culturales— lo convertía en la figura ideal para moverse tanto en el peligroso mundo del alto mando de la Comintern como en el terreno más pluralista de la política italiana, donde el comunismo no había sido nunca mayoritario. Nacido en Génova en 1893, hijo de un modesto funcionario estatal, trabó amistad con Antonio Gramsci en la Universidad de Turín y tras la primera guerra mundial fundó con él y otros amigos el semanario de izquierda radical *L'Ordine Nuovo*.[68] Tras el encarcelamiento de Gramsci y otros dirigentes se convirtió en Secretario del PCI, aunque siguió viviendo en el exilio en Moscú. Pronto escaló en la jerarquía de la Comintern, convirtiéndose en uno de sus principales dirigentes, y fue su representante en España durante la guerra civil; pero combinaba su lealtad a Stalin con una clara voluntad de examinar seriamente las razones de los descalabros comunistas en Europa occidental. Su análisis se basaba parcialmente en una interpretación de los *Quaderni del carcere* de Gramsci, un nuevo texto sagrado para su partido que sólo él había conocido en Moscú tras la muerte de su autor en 1937.[69]

Gramsci, analizando los fracasos de principios de la década de 1920, argumentaba que los partidos comunistas de Europa occidental tenían que abandonar la estrategia bolchevique porque las circunstancias eran allí muy diferentes. En Rusia el estado lo era todo, por lo que era esencial una toma del poder o «guerra de movimientos» leninista; en Occidente la sociedad civil estaba mucho más estructurada y la revolución sólo podría llegar tras una larga «guerra de posiciones». Esa «guerra» exigía que los comunistas y la clase obrera se esforzaran por ganar, no

sólo el liderazgo social, sino también el cultural. Togliatti llevó las ideas de Gramsci a un PCI que había conquistado un amplio apoyo durante la resistencia y estaba por tanto bien situado para convertirse en el principal partido nacional. Su estrategia consistía en alcanzar la «hegemonía» social a todos los niveles —la familia, el campo, las fábricas y las artes— y no sólo en el estado. Togliatti, sin embargo, era un comunista mucho menos radical que Gramsci. Éste nunca abandonó la perspectiva revolucionaria y no habría aprobado las alianzas del PCI con toda una serie de grupos burgueses; no sólo la clase media y los campesinos, sino incluso con la Democracia Cristiana al más alto nivel. Como sus camaradas franceses, los comunistas italianos trataban de situarse en la tradición del nacionalismo de izquierdas: la tricolor, Garibaldi y el Risorgimento. Las transformaciones sociales fundamentales tendrían que esperar a un distante futuro; los parlamentos y el capitalismo tenían aún una larga vida por delante.

El PCI no era más democrático que el PCF, y Togliatti era casi tan leal a Stalin como Thorez; pero la actitud política de los comunistas italianos gozaba de la ventaja de la novedad. Mientras que el partido francés seguía siendo la organización sectaria de la década de 1930, orientada casi exclusivamente hacia los obreros industriales, Togliatti, en cambio, aprovechó la destrucción por Mussolini del viejo PCI y fue capaz de refundarlo. Reunió en torno a sí a un grupo de dirigentes comunistas con sólida formación intelectual, que no habían crecido en la cultura bolchevique y que aportaron al PCI un aura de *finezza*, modernidad y cosmopolitismo.[70]

La estrategia de Togliatti tuvo mucho éxito; se ganó a toda una generación de intelectuales de izquierdas, encolerizados por

la colaboración de la alta burguesía con el fascismo; el prestigio ganado por los *partigiani comunisti* en la resistencia era impresionante, y además había un vacío en el centro-izquierda. El número de miembros del PCI aumentó de unos 5.000 a mediados de 1943 a 1.771.000 a finales de 1945, la mayoría de los cuales eran obreros y campesinos; además la *Confederazione Generale Italiana del Lavoro* dominada por los comunistas contaba con más de 5 millones de afiliados a los sindicatos. Aun así, el PCI no pudo obtener la mayoría en las elecciones, y permaneció en la oposición (en alianza con los socialistas).

Otro partido comunista que tuvo éxito con la política frentepopulista fue el checoslovaco (*Komunistická strana Československa*, KSC). Como los partidos francés e italiano, era ya una fuerza política importante antes de la guerra. Al concluir ésta y regresar del exilio el presidente Edvard Beneš —al que Stalin había prometido su respaldo con tal que proscribiera a las fuerzas políticas colaboracionistas—, el KSC se incorporó al gobierno provisional.

Entre 1944 y 1945, Stalin defendió con firmeza los frentes populares. De hecho, parecía favorecer aún más que durante la segunda mitad de la década de 1930 la participación de los comunistas en gobiernos burgueses, especialmente en Francia e Italia, donde pretendía que se opusieran a cualquier interferencia británica o estadounidense. Seguía creyendo que la toma del poder en Occidente llevaría aún bastante tiempo e insistía en que los comunistas evitaran asustar a la población hablando de la revolución mundial. Para él, en 1945 como en 1935, lo más importante era la seguridad de la Unión Soviética y, pese a la derrota de la Alemania nazi, parecía pensar que no convenía descuidarse. La economía soviética había quedado

semidestruida por la guerra; se estima que perdió alrededor del 23 por 100 de su capital físico.[71] A Stalin le aterrorizaba la posibilidad de que Alemania pudiera renacer de sus cenizas; pero sobre todo tenía que hacer frente a un nuevo rival, más rico y empeñado en configurar el orden de posguerra: Estados Unidos. En 1945, no obstante, todavía creía que la paz, e incluso la colaboración, entre Oriente y Occidente sería posible durante algún tiempo.

El gran prestigio obtenido por la Unión Soviética durante la guerra se reforzó con el nuevo consenso de centro-izquierda surgido en gran parte de Europa. La experiencia nazi había desacreditado a la extrema derecha, pero se trataba de entender las razones de su auge y se responsabilizó a la economía liberal de la década de 1920 de la extrema radicalización de la política durante la siguiente. El consenso emergente de posguerra valoraba más positivamente los mercados atemperados por la regulación y la planificación; los estados debían también dedicar parte de su presupuesto a programas de bienestar social. Esas modificaciones ideológicas beneficiaron a los partidos comunistas más moderados y frentepopulistas, que atrajeron a una proporción sustancial del electorado incluso en países donde antes eran muy débiles: el 10,6 por 100 en Holanda y el 12,5 por 100 en Dinamarca.

Pero donde eran más fuertes era en los países de Europa central y occidental donde había habido importantes movimientos de resistencia frente al nazi-fascismo. En Francia e Italia (y durante un breve período, de 1958 a 1966, también en Finlandia) el Partido Comunista se situó por encima del socialista como principal partido de la izquierda y lo siguió siendo durante varias décadas. En 1946 el PCF obtuvo el 28,6

por 100 de los votos, el PCI el 19 por 100 y la alianza de izquierdas encabezada por los comunistas finlandeses (*Suomen Kansan Demokraattinen Liitto*, SKDL) el 23,5 por 100.* Esos tres partidos participaron tras la guerra en gobiernos frentepopulistas que reflejaban, en parte, cierto ánimo conciliador en Occidente hacia el «tío Pepe».

También se incrementaron las relaciones culturales e ideológicas. Durante las décadas de 1920 y 1930 los ciudadanos soviéticos tenían muy escasos contactos con el mundo exterior, pero durante la guerra y después de ella millones de soldados vieron con sus propios ojos el mundo del capitalismo y se asombraron. La diferencia de nivel de vida era enorme. El escritor soviético Konstantin Simonov describía el encuentro como una «conmoción emocional y psicológica»[72] que podía generar irritación —los alemanes, aun derrotados, seguían viviendo mejor que los soviéticos victoriosos— pero también exponía a los soldados a los atractivos de un modo de vida menos austero. Las películas confiscadas a los alemanes como reparaciones o «trofeos» de guerra, ampliamente vistas en la URSS, también mostraban la cultura, música y moda occidental. La juventud soviética —despectivamente tildada de «estilosa» (*stiliagui*) por los dirigentes del partido— estaba particularmente fascinada.

En 1945-1946 parecía como si la «segunda» oleada de frentes populares fuera a tener más éxito que su frustrada predecesora. Quizá valga la pena imaginar cómo habría sido una Exposición Universal en París después de la guerra si Francia, semidestruida, hubiera tenido recursos y confianza suficiente para organizarla. Los pabellones se habrían construido y dispuesto de forma muy diferente que en 1937. La torre

alemana habría estado en ruinas; Italia, Francia y Checoslovaquia habrían construido edificios siguiendo la línea patriótica de la izquierda francesa en 1937; y cerca de ellas se habría remodelado el pabellón soviético. Habría parecido como si los frentes populares hubieran vencido; pero otros dos pabellones habrían presentado una historia muy diferente. El viejo pabellón español, que mostraba tan espectacularmente las tensiones entre el izquierdismo radical y el comunismo soviético autoritario, habría sobrevivido, pero ahora a cargo de un nuevo régimen comunista en Europa suroccidental, la Yugoslavia de Tito; y un nuevo e inmenso edificio estadounidense habría sustituido al antiguo pabellón alemán como rival principal del soviético. Ese competidor iba a tener mucho más éxito que el Tercer Reich en la destrucción del proyecto frentepopulista y con él de la influencia soviética en Europa occidental.

VII

En 1944 Stalin tenía tanta fe en el modelo frentepopulista que decidió convertirlo en pieza central de su política para Europa oriental. Como en el pasado, la seguridad era su principal preocupación. Quería una zona intermedia que sirviera de parachoques para proteger a la Unión Soviética, y los avances del Ejército Rojo en 1944-1945 se la proporcionaron. Estados Unidos y Gran Bretaña aceptaron la creación de una esfera de influencia soviética en Europa y en octubre de 1944 Stalin y Churchill llegaron a un acuerdo secreto de reparto que concedía a la Unión Soviética el dominio sobre Bulgaria, Rumanía y

Hungría, a cambio del poder británico en Grecia. También se aceptaba, implícitamente, que la URSS dominaría Polonia, mientras que Francia e Italia quedarían en la zona de influencia anglo-americana. En cualquier caso Stalin, deseoso de mantener las buenas relaciones con sus aliados, también acordó en la conferencia de Yalta, en 1945, la celebración de elecciones libres en los países ocupados por el Ejército Rojo.

¿Cómo podían conciliarse aquellas perspectivas tan diferentes? Stalin pensaba que la respuesta residía en la creación de gobiernos de izquierda prosoviéticos en lo que se llamaron «democracias populares». Al igual que el gobierno republicano español en 1936-1939, serían amplias coaliciones de fuerzas antifascistas, con el respaldo de las urnas; no tratarían de establecer un socialismo radical, limitándose a la redistribución de las grandes haciendas de los terratenientes, mientras que el control de la seguridad interna y la inteligencia aseguraría que su política exterior respondiera a los intereses de la URSS; para Stalin, las Democracias Populares hegemonizadas por la Unión Soviética parecían mucho más factibles en Europa central y oriental que en España. La idea de la unidad paneslava podía conciliar el nacionalismo local con los intereses soviéticos; la URSS, por ejemplo, apoyó la creación de estados étnicamente homogéneos y la expulsión de los alemanes de Checoslovaquia y Polonia. Por otra parte, la experiencia del fascismo había desplazado a los liberales hacia la izquierda. Como decía el propio Stalin en una conversación en su *dacha* con Dimitrov en enero de 1945:

> La crisis del capitalismo se evidencia en la división de los capitalistas en dos facciones, una *fascista* y la otra *democrática*. Nuestra alianza con el ala democrática se produjo porque esta última pretendía evitar el dominio de Hitler y que aquel

estado brutal empujara a la clase obrera al extremismo y a destruir el propio capitalismo.[73]

¿Esperaba realmente Stalin que los frentes populares perduraran, o planeaba una rápida sovietización de Europa oriental? En último término esperaba que las Democracias Populares se convirtieran en estados plenamente socialistas, pero creía que en los países ocupados por el Ejército Rojo ese proceso sería pacífico y no necesariamente revolucionario; los partidos comunistas tomarían el poder gradualmente, aunque quedaba poco claro cuánto tiempo les llevaría. Como le dijo a Dimitrov, los comunistas búlgaros sólo debían aplicar un «programa mínimo» que les daría una «amplia base» de apoyo y sería una «máscara adecuada para el actual período», pero más tarde se podría aplicar el «programa máximo».[74]

En 1945 la perspectiva para los partidos comunistas en la esfera de influencia soviética en Europa parecía optimista, especialmente en tres países: Yugoslavia, Checoslovaquia y Bulgaria. Es muy posible que de haberse celebrado unas elecciones en Yugoslavia los comunistas las hubieran ganado, y se ha estimado que el Partido Comunista Búlgaro contaba con el apoyo de entre un cuarto y una tercera parte de la población (aunque ganaron las elecciones gracias a la intimidación); en las elecciones de mayo de 1946 el KSC obtuvo en Checoslovaquia un 37,9 por 100 de los votos (y un porcentaje aún mayor en las regiones checas); su secretario general, Klement Gottwald, se convirtió así en Primer Ministro. Incluso en países menos propicios, como Hungría, los partidos comunistas tenían mucha fuerza; el *Magyar Kommunista Párt* (MKP) obtuvo en Hungría en noviembre de 1945 el 17 por 100 de los votos. La guerra

había desplazado, pues, hacia la izquierda a Europa oriental, como había sucedido en la mitad occidental del continente al desacreditar el imperialismo nazi y la política liberal de contemporización con el Tercer Reich. Además, durante el período de entreguerras los regímenes de Europa central y oriental no habían tenido mucho éxito en cuanto al desarrollo económico: ni las políticas más liberales de la década de 1920 ni el nacionalismo económico de la siguiente habían ayudado la región a ponerse a la altura de Occidente. El énfasis de los comunistas en la acción estatal, la planificación y el bienestar parecían por tanto muy atractivos.

Pero también había serios obstáculos para el establecimiento de regímenes frentepopulistas en Europa oriental. La mayoría de aquellos países desconfiaban de las intenciones de la URSS desde mucho antes de 1945: los gobiernos de Rumanía, Hungría y Bulgaria se habían puesto de parte de la Alemania nazi durante la guerra y Polonia tenía una larga historia de relaciones envenenadas con Rusia; en todos ellos, además, los partidos de centro-derecha eran reacios a colaborar con los comunistas. A éstos, a su vez, tampoco les complacía la idea de compartir el poder, lo que dificultaba el proceso de construcción de coaliciones. El comunista alemán Gerhard Eisler, por ejemplo, ironizaba así sobre la democracia: «¿Elecciones libres? ¿Para que los alemanes puedan volver a elegir a Hitler?».[75] Los comunistas locales a menudo veían la Democracia Popular como una breve fase de transición en el camino hacia un socialismo inminente, y naturalmente trataban de persuadir a los soviéticos de las ventajas de un gobierno exclusivamente comunista.

Aun así, los propios soviéticos tuvieron una gran

responsabilidad en el fracaso de los frentes populares. Al igual que durante la década de 1930, su empeño en dar una prioridad absoluta a los intereses de la URSS convirtió en enemigos a muchos posibles simpatizantes. Para empezar, la decisión soviética de hacer pagar a Alemania reparaciones de guerra desmantelando fábricas del sector oriental y trasladándolas a la Unión Soviética era profundamente impopular. En la zona alemana ocupada por los soviéticos, los administradores situaban siempre la explotación económica por encima de las aspiraciones de los propios alemanes. En una ocasión los soldados del Ejército Rojo llegaron a interrumpir una proyección de *Circo*, obligando a los espectadores obreros a acudir a desmantelar una fábrica alemana para enviarla a la URSS.[76] Además, los abundantes violaciones no castigadas cometidas por soldados soviéticos suscitaron un profundo rencor hacia los ocupantes, especialmente en Alemania. Al mismo tiempo (como había sucedido ya antes en España), los servicios de seguridad controlados por comunistas organizaron purgas, no sólo contra los colaboracionistas, sino cada vez más contra cualquier oponente.

Los rusos comenzaron incluso a perder buenos amigos: el dirigente comunista polaco Jakub Berman —uno de los instructores de Wolfgang Leonhard en la Escuela de la Comintern durante la guerra—, encontraba irritante la altanería soviética, pero trataba de explicarla así a un escéptico entrevistador a principios de la década de 1980:

> Si los soviéticos se comportaban así, con cierta inmodestia en sus consejos, era sólo porque les preocupábamos y querían que nuestra revolución en Polonia cobrara la forma con la que estaban familiarizados, que en su opinión era la mejor porque había triunfado. Después de todo, no podían cambiar de mentalidad y

adoptar la nuestra. Estoy profundamente convencido de ello y desearía que ustedes pudieran apreciar su forma de pensar, aunque sé que no es fácil.[77]

Otros comunistas eran menos comprensivos y veían a los soviéticos pura y simplemente como imperialistas. Para Milovan Djilas, dirigente comunista yugoslavo, su respuesta a las quejas sobre el comportamiento de los soldados del Ejército Rojo mostraba «una arrogancia y un menosprecio típicos de un gran estado hacia otro más pequeño, de los fuertes hacia los débiles».[78]

Así y todo, en 1945 no era en absoluto evidente que los frentes populares fueran a durar tan poco. Su desarrollo dependía de las circunstancias locales. En Polonia estaba claro antes de que terminara la guerra que Stalin estaba decidido a imponer una influencia decisiva. Desconfiando del gobierno polaco en el exilio establecido en Londres, adjuntó al Ejército Rojo unidades de comunistas polacos que establecieron un gobierno en Lublin, reconocido inmediatamente por la URSS, y a continuación reprimieron sistemáticamente a las fuerzas no comunistas de la resistencia.[79] Aun así, el control comunista no significaba la imposición del sistema soviético: planes, colectivización y la desaparición de todo tipo de organizaciones independientes. Esto no sucedió en la mayor parte de Europa central y oriental hasta 1947-1949.

En Alemania oriental, de forma parecida, el papel decisivo del Ejército Rojo impidió la creación de un verdadero Frente Popular. Los comunistas dirigidos por Walter Ulbricht, entre otros, llegaron allí directamente desde el Hotel Lux de Moscú con el encargo de establecer una alianza con el Partido Socialdemócrata (SPD). Sin embargo, en la zona de ocupación

soviética la principal autoridad era el Ejército Rojo, y al ver que el KPD resucitado no conseguía cobrar fuerza forzó una «fusión» entre ambos partidos que dio lugar al Partido Socialista Unificado (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, SED) dominado por los comunistas; en realidad éstos eran considerados en general como simples marionetas de las autoridades ocupantes.

En Rumanía los soviéticos esperaban que su política social moderada y su disposición a cooperar con las fuerzas que habían derrocado al dictador Antonescu se ganarían el apoyo de la opinión pública; pero los liberales y monárquicos se resistían a las demandas soviéticas y eran reacios a trabajar con los comunistas, parte de los cuales impulsaban una reforma agraria radical. El Frente Nacional Democrático del que formaban parte socialdemócratas y agraristas no funcionaba bien y cada bando trataba de asegurarse el apoyo de las grandes potencias: los comunistas denunciaron a los soviéticos la intervención occidental en apoyo de los liberales, que a su juicio saboteaba los acuerdos de Yalta, y éstos alegaban que los soviéticos estaban comunistizando Rumanía. En febrero de 1945 se interrumpieron las negociaciones y el emisario soviético, el antiguo protagonista de las farsas judiciales Andréi Vishinski, impuso al rey Mihai I la destitución del general Rădescu y su sustitución como Primer Ministro por Petru Groza, dirigente del partido agrario *Frontul Plugarilor* («Frente de Labradores») aliado a los comunistas. Cuentan que al salir de la reunión dio un portazo tan enérgico que hizo saltar el yeso de la pared.*[80]

Los frentes populares húngaro y checoslovaco tenían bases más firmes. Los comunistas húngaros, parte de un gobierno de izquierdas, se presentaban como nacionalistas y no agitaban en

pro de cambios sociales radicales, y en Checoslovaquia el KSC era el partido comunista más fuerte de la región. La traición de las potencias occidentales en los acuerdos de Múnich que permitieron al Tercer Reich la anexión de los Sudetes y la victoria del Ejército Rojo sobre los nazis les dieron a los checos razones adicionales para simpatizar con el comunismo, y también se veía con interés el proyecto nacionalista paneslavo tras el racismo imperial de los nazis.[81] Como explicaba Zdeněk Mlynář contando cómo se había hecho comunista en 1946, a los dieciséis años:

> Durante la ocupación alemana … viví en un estado de terror inconsciente. Sabía que los nazis consideraban al pueblo checo como una raza inferior y que si Hitler salía victorioso mi destino podía ser el mismo que el de mis compañeros de clase judíos … El principal vencedor en la guerra había sido Stalin; los que estaban en el poder en la Unión Soviética eran comunistas … En aquella época yo juzgaba automáticamente aquel sistema mejor, más justo y más fuerte que aquél bajo el que había vivido hasta entonces. Tenía una sensación muy vaga, pero de la que no podía liberarme, de que lo más probable era que aquél fuera el modelo para el futuro.[82]

Pero los frentes populares perdieron apoyo frente al acoso desde la derecha y desde la izquierda. Los obreros y campesinos pobres querían cambios más radicales, mientras que la parte más acomodada de la población temía la redistribución comunista. En Hungría el partido conservador de los Pequeños Propietarios ganó las elecciones en 1945 con el 57 por 100 de los votos, frente a un 17 por 100 de los comunistas y un 17,4 por 100 de los socialdemócratas.[83] En Checoslovaquia el KSC, que había obtenido en mayo de 1946 el apoyo del 38 por 100 del electorado, se vio al cabo de un año enfrentado a una crisis en el gobierno del Frente Nacional. En otros países los soviéticos y

sus aliados comunistas recurrieron a amañar las elecciones y a la intimidación tratando de consolidar el poder del Frente Popular.

La principal amenaza para el modelo frentepopulista venía desde el centro y la derecha, tanto en Europa central y oriental como en la occidental, donde la situación al finalizar la guerra de 1939-1945 era muy diferentes a la de 1918. Mientras que entonces los obreros y campesinos movilizados en grandes ejércitos exigían compensaciones una vez finalizada la guerra, en 1945 las organizaciones obreras, ya debilitadas por la depresión y los regímenes de extrema derecha, habían quedado prácticamente destruidas por la ocupación nazi; y mientras que la primera guerra mundial había desacreditado a las fracasadas élites aristocráticas, el caos de la segunda guerra mundial había dado a los notables locales un nuevo papel en la defensa de su país, al tiempo que creaba una nueva capa de funcionarios y burócratas.[84] Además la violencia, que había afectado tanto a los civiles como a los soldados, había mostrado de forma devastadora las consecuencias del conflicto social que se arrastraba desde 1918. La mayoría de la población quería paz y tranquilidad; podía no disgustarle la planificación y la protección social, pero los deseos de una transformación radical de la sociedad eran escasos. Figuras como Togliatti y Thorez lo entendían así e hicieron cuanto pudieron por mantener el consenso político general.

Pero el Frente Popular también se veía desafiado desde la izquierda por un comunismo más radical, sobre todo en el sureste de Europa, donde los comunistas habían dirigido la resistencia de los partisanos contra los nazis, habían movilizado a los campesinos con la promesa de una reforma agraria y

deseaban una solución social más radical. Allí la situación se parecía más a la de Europa central en 1917-1919 que en otros lugares: las viejas y estrechas clases dominantes se habían visto seriamente desacreditadas y sólo los comunistas parecían intachables. Aquel mundo no favorecía estrategas de la «guerra de posiciones» como Togliatti, sino combatientes como Aris Velouchiotis, dirigente del Ejército de Liberación Popular Griego (*Ellinikos Laïkos Apeleftherotikos Stratos*, ELAS) creado por el Partido Comunista (*Kommounistikó Kómma Elládas*, KKE) y enfrentado tras la Liberación a los grupos monárquicos respaldados por Gran Bretaña. Aquel conflicto desembocó en una horrible guerra civil; Stalin se negó a ayudar a los comunistas griegos, ateniéndose a los acuerdos de Yalta, y los combates se prolongaron hasta 1949.

El Partido Comunista Búlgaro tuvo más éxito que el griego: aunque de menor envergadura, también había estado activamente implicado en la resistencia. Stalin trató de imponerle un acuerdo frentepopulista con su principal rival, el partido agrario;* aunque su margen de maniobra era muy limitado debido a la presencia del ejército soviético, tras la constitución de la República Popular en septiembre de 1946 los comunistas impusieron sus propios criterios, en particular en cuanto a la planificación de la economía.[85] El Partido Comunista Yugoslavo dirigido por Josip Broz (Tito), en cambio, había liberado el país por sí solo y se hallaba en mejor situación para desechar el frentepopulismo, así como para desafiar el modelo de comunismo autoritario y no revolucionario de Stalin.

El amigo de Tito convertido en enemigo, Milovan Djilas, comenzaba su biografía de este último con la frase: «Tito era un

rebelde desde que nació».[86] Procedía de una familia relativamente acomodada, aunque cargada de deudas, de campesinos croatas, y estaba orgulloso de su historia de rebeliones contra la nobleza húngara.[87] Era un hombre carismático, de rápida inteligencia y presumida elegancia; de niño quería ser sastre, pero empezó a trabajar como aprendiz de cerrajero. De joven viajó por Europa buscando empleo y acabó en una fábrica del Daimler-Benz al sur de Viena, donde perdió un dedo en un accidente con el que recordaba su origen obrero. Sin embargo, como a tantos otros comunistas de su generación, fueron la Gran Guerra y la revolución bolchevique lo que lo radicalizaron. Como a Béla Kun lo alistaron en el ejército austrohúngaro, fue hecho prisionero por los rusos y se unió a la Guardia Roja durante la revolución. Luego regresó a Yugoslavia, donde se incorporó al Partido Comunista, fue detenido y torturado en 1928, encarcelado durante cinco años y a su salida de prisión pasó a la clandestinidad y se convirtió en organizador de la Comintern en los Balcanes. Pasó algún tiempo en Moscú viviendo en el Hotel Lux y dio clases sobre sindicalismo en la Escuela Lenin. Una de sus tareas fue organizar el traslado (ilegal) de voluntarios para las Brigadas Internacionales que combatían en España desde París, adonde llegaban los aspirantes a brigadistas tras obtener un visado con el pretexto de visitar la Exposición Universal de 1937. Más tarde, aquel mismo año, se benefició de la purga estalinista de la Comintern y fue nombrado secretario general del Partido Comunista Yugoslavo, puesto desde el que dirigió la resistencia contra la ocupación nazi.

Según Djilas, que no era precisamente un observador neutral, Tito «no gozaba de ningún talento particular excepto el

político»;[88] pero estaba dispuesto a conceder que ese único talento era sobresaliente. Tito no era un pensador profundo; pese a haber leído los textos básicos del marxismo en prisión y haber asistido a la Escuela de la Comintern en Moscú, era débil en cuestiones ideológicas y le avergonzaba su escasa formación. Tampoco era un hábil orador; pero su fuerza residía en la confianza en sí mismo, su energía y su carisma. Se identificaba plenamente con la causa comunista, en parte porque había hecho carrera en la Comintern. Como recordaba Djilas con cierto desdén, «sus discursos estaban plagados de clichés y conceptos heredados del marxismo y la sabiduría popular»;[89] pero Tito también veía el comunismo como un sistema que permitía progresar a los más ambiciosos: ayudaba a las personas humildes como él mismo a progresar socialmente.

> En el mesiánico papel histórico de la clase obrera, Tito encontraba un significado social personal y expiatorio … Cuando hablaba de «la clase obrera», «los trabajadores», «el pueblo trabajador», sonaba como si estuviera hablando de sí mismo, sobre las aspiraciones de los situados en el escalón más bajo de la sociedad a participar de las delicias del gobierno y el éxtasis del poder.[90]

La confianza en sí mismo de Tito y su instinto político le ayudaron a establecer un régimen comunista independiente, libre del dominio soviético. A diferencia de los grupos de la resistencia rivales, los comunistas insistían en la armonía multiétnica, lo que daba a su mensaje mucho gancho tras los terribles conflictos entre serbios y croatas durante la guerra. Además Tito consiguió asegurarse en 1945 el apoyo internacional tanto de Churchill como de Stalin, y el hecho de llegar al poder gracias a los esfuerzos yugoslavos y no a la ayuda soviética le permitió seguir una línea independiente, más radical,

que otros regímenes de Europa oriental. Los «frentes populares» en Yugoslavia y su satélite Albania fueron totalmente ficticios desde el principio, pese a la insistencia de Stalin en ampliarlos. Tito machacó a las fuerzas adversarias y comenzó a poner en práctica una ambiciosa planificación de tipo estalinista y reformas radicales en el campo. También prestó ayuda a los comunistas insurgentes en Grecia.

Las tensiones entre la Unión Soviética y Yugoslavia se debieron en parte a un choque de culturas, entre un comunismo joven en su fase puritana radical y un comunismo maduro, más inclinado a las componendas con tal de mantener el apoyo de la población. Una cena, organizada por el mariscal Koniev para los comunistas yugoslavos que visitaban el frente de Ucrania, resumía las diferencias entre ambos. Djilas cuenta lo mucho que disfrutaron los oficiales soviéticos del aparatoso festín de caviar, cerdo asado y pasteles «de 30 cm de grueso», regado todo ello con abundante vodka. Los yugoslavos, en cambio, «acudieron como a una gran prueba; tenían que beber, pese a que aquello no estuviera de acuerdo con su "moral comunista"».[91] Aun así, Stalin esperaba que la unidad paneslava atrajera a los yugoslavos al redil soviético; como le dijo a Djilas, «por Dios, no hay ninguna duda de que somos el mismo pueblo».[92]

A Stalin le preocupaba menos el radicalismo de Tito en Yugoslavia que su amenaza al dominio internacional soviético. La ayuda yugoslava a los griegos amenazaba sabotear el acuerdo con Churchill, dando a los aliados una excusa para intervenir en Bulgaria y Rumanía. También le irritaban en extremo las ambiciones de Tito en los Balcanes: su intromisión en Albania desplegando allí tropas yugoslavas, su acuerdo con el gobierno búlgaro de Dimitrov en 1947 sin consultar a Moscú y sus

reclamaciones de Trieste y Carintia, territorios en dispu-ta con Italia y Austria. A principios de 1948 Stalin convocó a Moscú a dos de los principales ideólogos del régimen yugoslavo, Milovan Djilas y Edvard Kardelj, presentándoles un ultimátum. En una carta, entregada por el embajador soviético, se les advertía: «Pensamos que la trayectoria política de Trotski es suficientemente instructiva».[93] Aun así, Tito se negó a ceder a la presión soviética y el Partido Comunista Yugoslavo fue expulsado de la Cominform —el organismo internacional que sustituyó a la Comintern— el 28 de junio, aniversario del atentado contra el archiduque Franz Ferdinand en Sarajevo. En realidad, ninguno de los dos bandos quería la escisión; para Tito fue un «amargo golpe psicológico e intelectual» que, según creía, le provocó la inflamación de la vesícula biliar que lo martirizó durante el resto de su vida;[94] pero también dañó la autoridad de Stalin en Europa central y oriental: un dirigente comunista le había hecho frente y había sobrevivido.

Los casos griego y yugoslavo no suponían realmente una amenaza mortal para la estrategia frentepopulista: sólo eran reductos de comunismo radical en el sureste de Europa. Aunque en el PCI también existía una importante ala izquierda, era bastante minoritaria y el resto de los partidos de Europa occidental estaban firmemente comprometidos en la moderación. Aun así, aquel radicalismo de izquierda contribuyó a hacer temer que la moderación frentepopulista en Europa occidental fuera un engaño, lo que contribuyó notablemente a la transición de la política conciliadora de la inmediata posguerra a la guerra fría y la liquidación de los frentes populares.

VIII

Todavía se siguen debatiendo las causas de la guerra fría, aquel enfrentamiento que hizo época entre el liberalismo y el comunismo, y no es éste el lugar para una discusión detallada. La opinión predominante en Occidente la achacaba al milenarismo comunista o al paneslavismo de Stalin, impulsado por la pretensión de una dominación global, mientras que el «revisionismo» de la década de 1960 la atribuía a la codicia de un capitalismo desesperado por el control del mercado mundial; pero ni una ni otra valoración explica una realidad más compleja.[95] Ninguno de los dos bandos deseaba el conflicto, pero dada la desconfianza entre ambos, que no se había disipado durante la guerra, no cabe sorprenderse de que prevaleciera. El comportamiento de Stalin fue probablemente muy desestabilizador, porque aunque deseaba que la paz con Occidente durara algún tiempo, nunca abandonó su convicción ideológica de que el capitalismo y el socialismo entrarían finalmente en conflicto, dando lugar a la victoria de este último; tampoco dudó en ampliar su esfera de influencia cuando las circunstancias le eran francamente favorables.[96] Por otra parte, las decisiones de los gobiernos estadounidense y británico no podían dejar de incrementar la suspicacia de Stalin.

La obsesión de éste por la supuesta debilidad de las fronteras soviéticas le llevó a intentar asegurarse un glacis en torno a la URSS. Hacia el oeste, el parapeto estaría constituido por los estados «amigos» de Europa oriental, incluida, según esperaba, una Alemania unida prosoviética; hacia el este, territorios

perdidos antes a manos japonesas y ahora reclamados en Manchuria y las Kuriles; y posiblemente al sur un enclave en el norte de Irán, una influencia predominante en Turquía y el Bósforo e incluso la administración de las antiguas colonias italianas en el norte de África. Éste era el programa máximo, y Stalin era consciente de que para conseguirlo habría que esforzase mucho, pero probablemente confiaba en alcanzar un gran pacto de reparto con los aliados.[97] Estados Unidos dominaría el hemisferio occidental y el Pacífico, mientras que Gran Bretaña y la Unión Soviética llegarían a un acuerdo basado, como dijo en noviembre de 1944 el ex ministro de Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov, en una «amigable separación de esferas de seguridad en Europa según el principio de proximidad geográfica».[98]

Pero el poder y las ambiciones de Estados Unidos eran mucho mayores. El gobierno estadounidense estaba decidido a impedir una repetición de lo sucedido en los años treinta evitando que cualquier potencia dominara la totalidad de Eurasia; el aislamiento, como había demostrado la guerra, sólo servía para que los enemigos acumularan recursos y, en último término, amenazaran la seguridad estadounidense. Estados Unidos construyó en todo el mundo una enorme red de bases militares y mostró su superioridad tecnológica y militar con el uso de la bomba atómica. Estaba dispuesto a aceptar el dominio soviético del área que ocupaba el Ejército Rojo en Europa oriental, pero nada más. Si los soviéticos llegaban a controlar Europa occidental y Japón, podrían utilizar sus recursos para desafiar a Estados Unidos de la misma forma que lo habían hecho los nazis.[99]

Los conflictos debidos a las exigencias soviéticas tensaron las

relaciones entre Estados Unidos y la URSS durante 1945, pero sus intereses geopolíticos inmediatos no eran necesariamente incompatibles. A juzgar por las apariencias, la división informal de Europa en 1945 podría haber tenido éxito; Stalin obtuvo algunas de sus reivindicaciones y perdió otras. El juicio de Truman sobre Stalin en Potsdam —«Me gusta Stalin. Es un hombre franco. Sabe lo que quiere y acepta un compromiso cuando no puede obtenerlo»—[100] se confirmaba. Stalin estaba efectivamente dispuesto a hacer concesiones, retirando sus tropas de Manchuria y Checoslovaquia.

Pero en 1946 las relaciones comenzaron a deteriorarse más seriamente, debido en parte a la incoherencia y oportunismo de Stalin.[101] Al intentar extender la influencia soviética a Irán y Turquía, alimentó las sospechas sobre sus motivos y sus intenciones parecían difíciles de predecir; la percepción soviética de que Estados Unidos no le iba a conceder ayudas sin imponer también condiciones políticas contribuyó asimismo a las tensiones; otro aspecto importante de aquel cambio en las relaciones era la naturaleza ideológica del conflicto y la obsesión de ambos bandos por lo que se podría llamar «seguridad ideológica», una preocupación que hacía muy improbable la paz.

Stalin, como hemos dicho, llevaba obsesionado por esa cuestión muchos años y parecía preocuparle especialmente después de la guerra, porque la relajación de los controles ideológicos y el mayor contacto con Occidente había generado expectativas de una mayor democratización como recompensa por los sacrificios durante la guerra; pero Stalin, que ahora temía un posible enfrentamiento con Estados Unidos, no iba a permitirla. En su opinión, eso abriría la URSS a la influencia de

Occidente, algo que sólo una población ideológicamente firme podía resistir. El 9 de febrero de 1946 advirtió sobre la posibilidad de un nuevo conflicto bélico. Era un discurso defensivo, dirigido a la audiencia interna, pero los observadores estadounidenses lo interpretaron como un gesto agresivo, que desencadenó a su vez la preocupación por la subversión soviética y la estabilidad interna de Estados Unidos.[102] El vicejefe de la embajada estadounidense en Moscú, George Kennan, escribió su trascendental «telegrama largo» menos de dos semanas después del discurso, argumentando que Stalin planeaba «aplastar» la influencia estadounidense mediante la subversión comunista en Occidente. Stalin —sugería— podía no ser un fanático ideológico, pero estaba obsesionado por la seguridad; tenía una «visión neurótica de los asuntos mundiales», alimentada por la sensación de acoso tradicional e instintiva en Rusia, intensificada por la ideología comunista y el gusto oriental «por el secreto y la conspiración». La URSS iba a mantener sin duda una campaña prolongada para desestabilizar Occidente, y su arma principal era una red de colaboradores en los partidos comunistas occidentales:

> Se esforzarán … por desestabilizar la confianza nacional, por obstaculizar las medidas de defensa nacional, por incrementar la agitación social y política, por estimular toda forma de disgregación … enfrentando a los pobres contra los ricos, a los negros contra los blancos, a los jóvenes contra los viejos, a los inmigrantes recién llegados contra los residentes establecidos, etcétera.[103]

Estados Unidos debía responder «conteniendo» el poder soviético en sus fronteras de la época, al tiempo que preservaba su unidad ideológica y la confianza de su población. Aquel análisis de Kennan, a principios de 1946, del pensamiento de

Stalin, exageraba sin duda las ambiciones de Moscú en Europa occidental.

Stalin y los partidos comunistas occidentales seguían empeñados en la línea frentepopulista a pesar del deterioro de las relaciones entre ambos bloques. La Unión Soviética no apoyaba a los radicales de izquierda en Grecia y le disgustaban las pretensiones yugoslavas; pero las preocupaciones estadounidenses eran comprensibles. Desde su punto de vista el comunismo estaba avanzando en todo el mundo, en particular en Europa y Asia. Aunque no pudieran hacer nada con respecto a Europa oriental, había que «contener» a la URSS dentro de su esfera de influencia; y mientras Europa central sufría el colapso económico tras la guerra, el gobierno de Truman se sentía cada vez más preocupado por la seguridad ideológica de Occidente.[104] La situación en el invierno de 1946-1947 era mala (aunque no catastrófica), y los funcionarios del Departamento de Estado advirtieron que a menos que Estados Unidos proporcionara ayuda y apoyo, los comunistas aprovecharían la ocasión. Según la Agencia Central de Inteligencia (CIA), fundada en septiembre de 1947, «el mayor peligro potencial para la seguridad de Estados Unidos» residía en la «posibilidad de un colapso económico en Europa occidental y el consiguiente acceso al poder de elementos sometidos al Kremlin».[105] En Italia, por ejemplo, el Partido Comunista era particularmente fuerte. Si llegaba al poder, se temía, utilizaría tácticas de intimidación tan poco escrupulosas como en Europa oriental. Lo que los soviéticos no habían conseguido por la fuerza de las armas lo podrían obtener mediante la subversión interna.

La actitud estadounidense reforzó aún más la línea dura de la dirección soviética, incluido Stalin.[106] Sus sospechas

parecían confirmarse cuando Truman comenzó a arremeter contra los comunistas en la esfera de influencia occidental desde principios de 1947 y en particular en el sur de Europa mediante la intervención militar. Pidió al Congreso ayuda para Grecia y Turquía y la «doctrina Truman» prometía ayuda estadounidense a todos los «pueblos libres» del mundo, «que están resistiendo el intento de sublevación por minorías armadas o presiones desde el exterior».[107] En 1948 se hicieron también planes para una intervención militar en Italia si el Frente Popular ganaba las elecciones: grupos paramilitares secretos debían recibir apoyo y ocupar Cerdeña y Sicilia.[108] Pero en general el gobierno estadounidense recurría más a la zanahoria que al palo. En 1946 el propio Kennan había descrito el comunismo como «un parásito maligno que sólo se alimenta de tejido enfermo» y que puede vencerse mejor mediante «medidas valientes e incisivas» para «resolver los problemas internos».[109] Éste era el principio que subyacía al programa de recuperación europea, más conocido como Plan Marshall, anunciado en junio de 1947.

Los autores del Plan Marshall habían aprendido las lecciones de los fracasos del mercado libre durante la década de 1920 y del proteccionismo nacionalista durante la siguiente. Para evitar un nuevo nazismo, los gobernantes de Washington creían que eran esenciales la cooperación internacional y el libre comercio. Por otra parte, la prosperidad de Estados Unidos dependía del mercado europeo y especialmente del alemán. Así pues, había que restaurar esas economías mediante inyecciones masivas de ayuda y resistirse al proteccionismo; pero al mismo tiempo pretendían reconstruir Europa occidental con una línea más social, convencidos de que el capitalismo puro de libre mercado sólo serviría para llevar a los trabajadores a los brazos de los

comunistas. La clase obrera, que había permanecido tan marginada e insegura durante la década de 1920, debía integrarse en el sistema político, dándole un nivel de vida más alto. El objetivo del Plan Marshall era una economía de mercado en funcionamiento, que en opinión de sus autores sólo se podría crear mediante la regulación estatal y la colaboración entre trabajadores y empresarios; por eso implicaron a los sindicatos y a las organizaciones patronales en la planificación; si el capital y el trabajo se comprometían con el crecimiento y un nivel de vida alto para todos —argumentaban—, se podrían superar las viejas luchas de clases del pasado.[110]

El Plan Marshall formaba parte de un impulso general hacia un sistema económico más regulado e igualitario, y en su propio país Truman parecía decidido a ampliar las ayudas al bienestar del New Deal, al tiempo que mejoraba la preparación militar de Estados Unidos. El resultado fue un nuevo «estado militar y del bienestar» muy ampliado.[111] Internacionalmente también debían operar los principios estatalistas en un nuevo sistema financiero creado en la conferencia de Bretton Woods de 1944, con el que se pretendía volver al mercado global de la época anterior a la primera guerra mundial, pero con una mayor regulación del capitalismo y sin las trabas del desacreditado patrón-oro, que había impuesto tantas restricciones a los salarios y al crecimiento económico durante la década de 1920. Estados Unidos impulsó un sistema de tipos de cambio fijos centrado en el dólar, al tiempo que se creaba una institución supervisora —el Fondo Monetario Internacional (FMI)— a la que podían recurrir los estados con dificultades financieras coyunturales. Era, por tanto, un sistema muy controlado que daba primacía a los estados sobre los bancos privados, que si bien sirvió para

promover la reanimación de la economía en «Occidente» (incluido Japón), se basaba en un pacto implícito: Estados Unidos se aseguraba importantes aliados en su guerra contra el comunismo, a cambio de ayudarles a reconstruir su industria nacional y de facilitarles la competencia en el mercado mundial. A largo plazo fueron los competidores de Estados Unidos —especialmente sus antiguos enemigos, Alemania y Japón— los más beneficiados, a expensas de la superpotencia; pero inmediatamente después de la guerra ésta, inmensamente más rica que el resto del mundo, podía permitírselo. Estados Unidos construyó así una gran red de alianzas con los países del llamado «mundo libre», lo bastante fuerte y rica como para resistir al comunismo.

La ayuda del Plan Marshall no era tan grande económicamente como proclamaban sus voceros, ni la situación económica en Europa tan terrible como pensaban los estadounidenses; pero aun así el plan tuvo un profundo impacto político. Obligó a los europeos occidentales a elegir entre capitalismo y comunismo dando a entender que aquél había cambiado y que efectivamente pretendía acabar con el conflicto social en Europa realizando importantes concesiones a la clase obrera. Los liberales ofrecían ahora una alternativa atractiva al Frente Popular: una coalición que incluía a los socialdemócratas reformistas excluyendo a los comunistas.

El Plan Marshall puso a éstos a la defensiva, y en particular a la Unión Soviética. Sabían que no era desinteresado y Moscú lo veía acertadamente como un cebo destinado a atraer a Europa central y oriental a la esfera de influencia estadounidense. En un primer momento se ofreció la participación a todo el mundo, incluidos los países europeos del este y la Unión Soviética, y

Molotov llegó a pensar que se podría neutralizar desligando la ayuda del liderazgo estadounidense. Pero cuando descubrió que eso era imposible, Stalin y él concluyeron que Estados Unidos estaba decidido destruir la influencia soviética en Europa oriental.[112] La entusiasta recepción del Plan por el gobierno frentepopulista checoslovaco no hizo más que confirmar sus sospechas. El primer ministro Klement Gottwald, secretario general del KSC, fue llamado a Moscú y conminado a denunciar el Plan Marshall, como lo fueron todos los partidos comunistas y los gobiernos de los demás países bajo control soviético (excepto el de Karl Renner en Austria, donde se mantenía la ocupación).

El Plan Marshall fue algo decisivo para Stalin, y le convenció de que la consolidación de dos bloques enfrentados era inevitable.[113] Estados Unidos, concluyó, estaba tratando de resucitar el poderío industrial alemán y de utilizarlo para construir una coalición antisoviética en Europa. Como respuesta decidió que la seguridad de la Unión Soviética requería la sovietización de Europa central y oriental. Azuzó a los partidos comunistas y los frentes populares desaparecieron uno por uno; la decisión más espectacular fue el «golpe de Praga» de febrero de 1948, cuando el KSC obligó sin muchos miramientos a Beneš a aceptar un gobierno prácticamente monocolor. A los comunistas locales no les importaba mucho abandonar la democracia. Jakub Berman justificaba décadas después el comportamiento poco democrático de los comunistas, cuando ellos mismos se vieron desafiados por el sindicato polaco *Solidarność*:

> También nos podéis acusar de que éramos minoritarios; pues bien, lo éramos. ¿Y

qué? … ¡Eso no significa nada! ¿Qué es lo que nos enseña el desarrollo de la humanidad? Nos enseña antes que nada que siempre fue una minoría, la vanguardia, la que salvó a la mayoría, a menudo contra su voluntad … Admitámoslo honestamente: ¿Quién organizó los levantamientos [del siglo XIX] en Polonia? Un puñado de personas. Así es, simplemente, como se hace la historia. [114]

Como dejaba claro Berman, muchos de los dirigentes estalinistas eran auténticos creyentes, convencidos de que lo mejor para su país era el sistema soviético. Deseaban una transición rápida al socialismo. La mayoría de los nuevos dirigentes, los «Stalincitos» del nuevo orden, habían pasado mucho tiempo en el Hotel Lux y otros establecimientos de la Comintern: el polaco Bołeslaw Bierut, el checo Klement Gottwald, el húngaro Mátyás Rákosi y el búlgaro Vulko Chervenkov —cuñado de Dimitrov— habían pasado todos ellos largos períodos en el exilio en Moscú. Sólo dos habían permanecido en su país durante la guerra: el rumano Gheorghe Gheorghiu-Dej —electricista de la red de ferrocarriles, jefe de la «fracción encarcelada» del partido durante la guerra— y el albanés Enver Hoxha, profesor educado en la Montpellier, París y Bruselas, obligado a convertirse en estanquero tras ser despedido de su puesto por las fuerzas de ocupación italianas.

A este grupo de dirigentes comunistas se unió en octubre de 1949 Walter Ulbricht, otro antiguo huésped del Hotel Lux, secretario general del SED que dirigía el nuevo estado creado en Alemania oriental, la República Democrática Alemana (RDA). Al concluir la guerra Alemania y Austria habían sido divididas entre los Aliados y en junio de 1948 estadounidenses, británicos y franceses precipitaron la división formal de Alemania al unir sus zonas de ocupación y anunciar planes para crear un estado separado en Alemania occidental (*Bundesrepublik Deutschland*)

con una nueva moneda. La Unión Soviética respondió aislando Berlín —situada en la zona de ocupación soviética pero administrada conjuntamente— en un intento de obligar a los Aliados a retroceder. Entre aquel momento y mayo del año siguiente los Aliados organizaron un gigantesco puente aéreo para evitar el hambre en Berlín occidental; pero Stalin no estaba dispuesto a ir más allá y su táctica de presión fracasó. Alemania, centro de la lucha de clases durante la década de 1920, se había convertido a finales de la década de 1940 en avanzadilla de la lucha entre bloques.

Stalin estaba decidido a movilizar su nuevo imperio para contrarrestar la amenaza occidental, reconstruyendo las economías de Europa central y oriental según el modelo soviético de finales de los años veinte y principios de los treinta, dando primacía a la industria pesada, colectivizando la agricultura y restringiendo el consumo. La moderación frentepopulista se había acabado. Los gobiernos de todos los «países satélites» de la Unión Soviética elaboraron planes quinquenales a partir de 1949-1950, y al igual que en la Unión Soviética esa política se combinaba con la «lucha de clases» contra los campesinos ricos y la burguesía.

El final de los frentes populares y la creación de un imperio soviético en Europa central y oriental se confirmó en la conferencia fundacional de la Cominform en la ciudad polaca de Szklarska Poręba en septiembre de 1947, aunque según decía sólo tenía como propósito compartir la información entre los partidos comunistas y desde luego no pretendía suceder a la Comintern ni fomentar la revolución mundial; en primer lugar sólo incluía a los partidos de Europa oriental más el francés y el italiano, estratégicamente importantes, e iba a estar sometida a

los dictados de la política exterior soviética.[115] Stalin se había convencido de que debía poner fin a la supervisión relativamente laxa de los partidos comunistas europeos. Sabía que sus exigencias no serían bien recibidas por algunos de ellos y mantuvo en secreto el propósito de la reunión. El dirigente polaco Gomułka dejó claras sus objeciones pero con escaso éxito. Los partidos comunistas europeos iban a quedar sometidos a una supervisión estricta y debían movilizarse contra la amenaza estadounidense. La estrategia frentepopulista estaba muerta y en su lugar surgió una nueva doctrina de lucha internacional entre «dos campos»: el capitalista y el socialista.[116]

En Europa oriental el Plan Marshall perjudicó indudablemente a los partidos comunistas, pero podían recurrir a la fuerza para mantenerse en el poder. En la occidental, en cambio, sólo iban a poder capear el temporal en circunstancias muy adversas. Aunque hasta principios de 1947 el PCF y el PCI eran fuerzas políticas poderosas, el inicio de la guerra fría socavó considerablemente su posición. En mayo de 1947 fueron expulsados de los gobiernos de coalición y desde Moscú se les exigió entonces adoptar una línea más combativa, no para fomentar la revolución sino para movilizar a la opinión contra la influencia estadounidense.[117] Tras los primeros intentos de organizar huelgas generales, Stalin les propuso en 1948 la creación de amplias coaliciones «de paz» contra Estados Unidos, iniciativa que tuvo muy poco éxito. La dirección del PCI, que esperaba obtener muy buenos resultados en las elecciones de 1948, trató de ablandar la oposición soviética al Plan Marshall, pero Stalin se mantuvo inflexible.[118] Como bien entendía el PCI, el Plan Marshall y la alianza con Estados Unidos iban a

desempeñar un papel central en la campaña electoral de la *Democrazia Cristiana*. El propio general Marshall amenazó con retirar toda ayuda en caso de victoria comunista y la Iglesia Católica movilizó a los italoamericanos en una campaña en la que enviaron más de un millón de cartas a sus familiares y amigos, advirtiéndoles de la amenaza comunista. El «golpe de Praga» fue la gota que desbordó el vaso del pánico al comunismo y la *Democrazia Cristiana* obtuvo el 48,5 por 100 de los votos, derrotando con mucha ventaja al *Fronte Democratico Popolare* (31 por 100) vertebrado por el PCI. Éste siguió siendo el partido más fuerte de la izquierda, pero al igual que el PCF iba a quedar apartado del poder durante varias décadas. El SKDL finlandés iba a ser el último en abandonar el gobierno, en el verano de 1948.

IX

El 1 de mayo de 1950 un grupo de hombres vestidos con atuendo casi militar y brazaletes adornados con estrellas rojas se hicieron con el control de Mosinee, un pueblecito agrícola de Wisconsin. Bloquearon las carreteras y detuvieron al alcalde de la ciudad, sacándolo de la cama a punta de pistola sin más que un pijama de lunares y bata de casa. El alcalde aceptó su derrota y urgió a sus conciudadanos a rendirse, hablando desde una plataforma levantada en la que se rebautizó como «Plaza Roja», adornada con el eslogan «El estado debe prevalecer sobre el individuo». El jefe de los invasores, un tipo con bombín que se hacía llamar Comisario Kornfeder, declaró a continuación a

Mosinee parte de los «USSA» (Estados Unidos Socialistas de América) y promulgó un decreto nacionalizando la industria, aboliendo todos los partidos políticos excepto el comunista y prohibiendo todas las organizaciones cívicas y religiosas.[119]

Aquél era el comunismo al estilo estadounidense, aunque los encargados de ponerlo en escena pertenecían a una organización ultraconservadora de veteranos, la ferozmente antisoviética Legión Americana, y no al CPUSA. Los habitantes de Mosinee sólo tuvieron que sufrir los tormentos del comunismo durante un día, convirtiéndose en protagonistas involuntarios de una de las muchas farsas políticas de la época, organizada para evidenciar los peligros de la amenaza comunista. Los legionarios venidos de fuera, vestidos como comunistas y deliberadamente «extraños» para los habitantes del pueblo, les hicieron oír un discurso en el que su líder declaró: «¡Contamos las horas que faltan para que los obreros pobres y oprimidos se alcen y derroquen el podrido régimen de Estados Unidos!» e inmediatamente comenzaron su campaña de represión. Los recalcitrantes —incluidas tres monjas— fueron enviados a «campos de concentración»; se expurgaron las bibliotecas y se prohibió una película que se estaba proyectando en el cine local, *Culpable de traición*, sobre el juicio-farsa del cardenal húngaro Mindszenty. También se alteraron otros aspectos más comunes del estilo de vida americano: se «confiscaron» los campos de deportes, los restaurantes sólo servían pan negro y sopa de patatas y los precios de la ropa y el café se quintuplicaron. Se puso en vigor el racionamiento y el *Milwaukee Journal* mostraba a un niño de seis años que miraba incrédulo y entristecido un letrero en el que se leía «Caramelos sólo para los miembros de la juventud comunista».

La ocupación de Mosinee fue organizada por la Legión Americana, pero en ella desempeñaron también un papel protagonista algunos ex comunistas. Joseph Kornfeder era un sastre inmigrante de origen eslovaco, que había sido comunista entre 1919 y 1934 y había participado en los cursos de la Escuela Lenin. Se le unió en la representación Ben Gitlow, un antiguo Secretario Ejecutivo del CPUSA, purgado durante las campañas antiderechistas de Stalin de finales de los años veinte. El alcalde Kronenwetter, demócrata, estaba al principio en contra de lo que juzgaba «una idea republicana», pero finalmente aceptó seguir adelante con el plan.

Un mes después se vivió un drama sorprendentemente parecido pero esta vez en las salas de cine de la URSS. La película *Conspiración de condenados* de Mijail Kalatozov se situaba en un país genérico de Europa oriental gobernado por un Frente Popular multipartidista[120] y tenía como tema una conspiración organizada en el extranjero para llevar a cabo un golpe de estado; pero esta vez los malvados eran los estadounidenses. MacHill, el aparentemente encantador pero cínico embajador estadounidense, dirigía una siniestra conspiración destinada a expulsar a los comunistas del gobierno y obligar al país a unirse al Plan Marshall. Entre sus colaboradores estaban los socialdemócratas (MacHill proclamaba orgullosamente: «He derrocado tantos gobiernos con ayuda de los socialdemócratas…»); el Vaticano y el cardenal Birnch (que tenía como modelo a Mindszenty); la traidora Cristina, a la cabeza del partido de derecha Unidad Cristiana; el poco fiable embajador de Tito; y una vampiresa estadounidense, la periodista de Chicago Kira Reichel. Urden varios planes ruines: asesinar a la heroína de la película, la viceprimera

ministra comunista Hanna Likhta; sobornar a la población con baratijas de la cultura estadounidense (como una banda de jazz que llega en un «tren de la paz» cubierto de anuncios de los cigarrillos Lucky Strike); y promover una escasez alimentaria para asegurar una dependencia absoluta de Occidente. Pero los comunistas desmontan el golpe, movilizando a las masas contra el insidioso dólar y en defensa de la virtud moral y la independencia nacional. Asaltan el Parlamento y expulsan a MacHill junto con los partidos reaccionarios, gritando: «¡El Plan Marshall es nuestra muerte! ¡No queremos que nos pongan el collar y la cadena estadounidense!».

La fingida ocupación de Mosinee y *Conspiración de condenados* muestran los temas y el ambiente de la nueva época de la guerra fría, tanto en el este como en el oeste. Los frentes populares han quedado claramente atrás y los antiguos aliados se han convertido ahora en enemigos mortales: en Estados Unidos el comunismo se equipara al fascismo, mientras que en la URSS la socialdemocracia se ha convertido de nuevo en «socialfascismo». A un lado y otro el estado impone una unidad basada en una combinación de nacionalismo y principios ideológicos universales: «americanismo» y «valores soviéticos». Cualquier amenaza a este orden es altamente peligrosa. En Occidente hay que erradicar la simpatía con la izquierda radical y en la Unión Soviética y Europa oriental la inclinación al liberalismo, ya que podrían servir de caldo de cultivo para siniestras conspiraciones organizadas por la superpotencia rival. La obsesión por la seguridad ideológica explica la proliferación de historias de espías y conspiraciones, y el resultado de aquella obsesión fue un largo interludio en la «guerra civil» europea, durante el cual la lucha de clases se reconfiguró como un

conflicto entre bloques geopolíticos antagónicos.

Así pues, ambos bandos trataron de disciplinar a la sociedad y movilizarla para la nueva guerra ideológica;[121] pero el efecto de aquella movilización fue mucho mayor en el bloque soviético que en Occidente, y la relación entre represión y persuasión tampoco era la misma. Como veremos en el capítulo 7, la represión era mucho más intensa en el bloque soviético, mientras que en el bando occidental se concentraba sobre todo en la Europa meridional. Los monárquicos griegos —respaldados por Gran Bretaña y Estados Unidos— y el régimen fascista de Franco en España utilizaron una violencia extrema para suprimir a los comunistas, y también en Italia, a finales de la década de 1940, la izquierda se vio duramente reprimida por la policía.[122]

En los propios Estados Unidos los comunistas se vieron discriminados e incluso reprimidos, y entre diez y doce mil comunistas, reales o supuestos, perdieron su empleo.[123] Tres meses antes de la invasión de Mosinee el propio senador de Wisconsin, el católico de origen irlandés Joe McCarthy, había pronunciado su primer discurso famoso asegurando que sabía que en el Departamento de Estado había al menos cincuenta y siete comunistas.[124] Pronto se convirtió en el símbolo del «Pánico Rojo» que dominó la política estadounidense, pero no era más que uno entre los muchos individuos y organizaciones poderosas que se lanzaron a la purga de comunistas. El presidente Truman estableció pruebas de lealtad para su administración en 1947, aunque desaprobaba a McCarthy; los patronos y sindicatos anticomunistas purgaron a los activistas sospechosos de relación con el comunismo; la Oficina Federal de Investigación (FBI) de Edgar Hoover puso a 3.500 personas

a investigar a dos millones de empleados federales; entre 1945 y 1955 el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso instruyó 135 investigaciones, entre las que la más famosa fue indudablemente la que afectó a Hollywood.

La Unión Soviética tenía efectivamente una red de espías en Estados Unidos, algunos de ellos a altos niveles de la administración, y controlaba las actividades del (minúsculo) CPUSA, pero el desmesurado temor al comunismo de la época tenía más que ver con la seguridad ideológica y su empleo por diversas fuerzas políticas que con el daño causado por el espionaje. El macartismo tenía precedentes en el Pánico Rojo de 1919-1920, pero la guerra fría situó la cuestión del comunismo prácticamente en el centro de la política estadounidense,[125] de forma que aunque al principio se reforzara la economía de estilo New Deal, acabó debilitando a la izquierda estadounidense. En 1942 las encuestas mostraban que el 25 por 100 de los estadounidenses se sentían atraídos por el socialismo y el 35 por 100 le tenían cierta simpatía; en 1949 sólo el 15 por 100 lo apoyaban, mientras que el 61 por 100 lo rechazaban terminantemente.[126]

En Europa occidental la cruzada anticomunista fue más matizada; no hubo una caza de brujas anticomunista al estilo de Estados Unidos y el macartismo sólo sirvió para deteriorar su imagen. La gira en 1953 por las capitales europeas de los agentes de McCarthy Roy Cohn y David Schine, expurgando las bibliotecas de las embajadas estadounidenses y otras instituciones gubernamentales de obras «peligrosamente» izquierdistas como el clásico *Walden* de Henry David Thoreau, fueron especialmente dañinas;[127] pero la política se vio muy afectada por la guerra fría: los comunistas fueron expulsados del

gobierno y la socialdemocracia volvió al anticomunismo radical posterior a la primera guerra mundial. Algunos partidos socialistas de Europa occidental seguían empleando el vocabulario marxista de la lucha de clases en su programa, pero en realidad se estaban convirtiendo en fuerzas profundamente liberales.

El liberalismo de la guerra fría tuvo un notable éxito en cuanto a sus principales objetivos: desmantelar los frentes populares, presentar el comunismo como enemigo y ofrecer una alternativa atractiva para gran parte de la población, con lo que se demostró un poderoso motor de integración social. En Europa occidental y Estados Unidos la mayoría de los obreros se vio finalmente integrado en la comunidad económica y política. En Estados Unidos grupos étnicos excluidos, especialmente los afroamericanos, católicos y judíos, comprobaron que la cruzada anticomunista les ayudaba a obtener aceptación en una comunidad política dominada por los protestantes.[128] Tanto católicos como judíos simpatizaban con las víctimas del estalinismo tardío: los judíos, que en otra época habían constituido el grupo étnico más procomunista, se convirtieron comprensiblemente en los más hostiles cuando sus correligionarios pasaron a ser blanco del «anticosmopolitismo» de posguerra de Stalin.[129] El Vaticano siempre había sido, por supuesto, radicalmente anticomunista, pero ahora los católicos tenían como acicate el sufrimiento y discriminación de sus hermanos y hermanas de Europa oriental.

El liberalismo estadounidense de la guerra fría consiguió así mantener su atractivo ideológico en Europa occidental y cada vez más en la oriental. Estados Unidos estableció un imperio informal, pero su riqueza y su ideología liberal le permitieron

evitar los excesos explotadores de los imperios europeos del siglo XIX. Era un «imperio por invitación», extendido tanto por la clase dominante como por las organizaciones obreras estadounidenses,[130] que en gran parte de Europa y Japón podía presentarse como genuino portador de valores universalistas deseoso de ayudar a cuantos se hallaban bajo su protección a alcanzar la modernidad. Al este del «telón de acero» el planteamiento de Stalin era muy diferente. Como se verá, el relativo aperturismo del período de guerra fue pronto sustituido por una nueva forma de estalinismo que exageraba los elementos paternalistas, estatalistas y chovinistas del de los años treinta.

El conflicto ideológico entre la Unión Soviética y Occidente se reconfiguró, pasando de ser un conflicto social dentro de cada bloque a una lucha geopolítica entre ambos. La «guerra fría» entre las superpotencias iba acompañada por una «paz fría» dentro de cada una de ellas. La política se estabilizó y la lucha de clases se atenuó. El lago, antes rizado por las olas, se había congelado. El hielo era más grueso en la parte noroccidental de Europa, Estados Unidos y la URSS, y más delgado en Europa central y oriental, así como en la Europa meridional. La guerra civil en Grecia había mostrado la debilidad del poderío británico y estadounidense, y la consolidación del titismo en Yugoslavia la de la URSS.

Pero esto se aplicaba sobre todo al «Norte» global, mientras que en el «Sur» —y especialmente en Asia— la situación era muy diferente. Allí los conflictos internos seguían siendo violentos y las desigualdades muy grandes. Los nacionalistas hacían frente a los imperios europeos, mientras que la desigualdad y división que reinaban en las sociedades agrarias daban lugar a demandas de un cambio social fundamental.

Ni al bloque estadounidense ni al soviético les resultaba fácil integrar esa parte del mundo tan turbulenta, pero al terminar la guerra mundial parecía que Estados Unidos estaba en mejores condiciones para competir por la hegemonía. Era inmensamente más rico y tenía la capacidad de proyectar fuerza militar a cualquier lugar; también podía atraer a los nacionalistas, al rechazar, al menos en principio, el imperialismo de sus aliados europeos: como explicaba el Consejo de Seguridad Nacional estadounidense, el «imperialismo del siglo XIX» ya no era aceptable porque era «un caldo de cultivo ideal para el virus comunista».[131]

La Unión Soviética, en cambio, se hallaba al terminar la guerra en muy mala situación para ampliar su influencia en aquel mundo radicalizado. La estrategia de la Comintern desde 1917 se había concentrado principalmente en Europa: el Frente Popular se había diseñado para atraer a los liberales de izquierda europeos y en la Cominform sólo había partidos europeos. Por otra parte, el enfoque de Stalin del mundo subdesarrollado se basaba en una combinación de *realpolitik* y escepticismo sobre la capacidad de las sociedades agrarias no europeas para alcanzar el socialismo en un próximo futuro. No quería alentar a los comunistas del Tercer Mundo en sus ambiciones revolucionarias, en parte porque podían desafiar la preeminencia de Moscú y en parte porque podían enojar a las potencias occidentales y socavar los acuerdos alcanzados al final de la guerra sobre la división de Europa; por eso se negó a ayudar a los comunistas griegos o vietnamitas y también era reacio a reconocer los avances del Ejército Popular de Liberación dirigido por Mao Zedong (aunque a principios de 1948 se mostró más optimista sobre las posibilidades de la revolución en

China).[132] Su traición a los comunistas indígenas fue más llamativa —y contraproducente— en Irán, donde el Partido de las Masas (Tudeh) dirigido por comunistas (el mayor partido del país, y según el ex embajador británico Reader Bullard, el único consolidado) estaba dispuesto a tomar el poder. Stalin no tenía ningún interés en una revolución en Irán e insistió en que era prematura; su objetivo era un estado iraní «burgués» aliado de la URSS y dispuesto a ofrecerle concesiones petrolíferas. Se negó a retirar las tropas soviéticas de los territorios ocupados en el norte desde 1941 y promovió la creación de repúblicas autónomas en las provincias iraníes de Azerbaiyán y Kurdistán, amenazando además a primeros de marzo de 1946 marchar sobre Teherán si el gobierno de Ghavam Sultaneh, del que formaba parte el Tudeh, no se avenía a sus exigencias petrolíferas. Pero aquella iniciativa de Stalin acabó en un fracaso espectacular que además destruyó las perspectivas de predominio comunista. Truman amenazó con una intervención militar estadounidense y Stalin decidió retirar sus tropas; poco después el Shah incorporó Irán a la órbita estadounidense y el Tudeh, muy debilitado por su actitud prosoviética durante aquella crisis, fue ilegalizado en 1949.

En el este y sureste de Asia, en cambio, Stalin tenía menos poder directo, mientras que los comunistas locales tenían más confianza en sí mismos. Allí los partidos comunistas habían combinado la tradición soviética con ideas autóctonas, poniendo el acento en los elementos antiimperialistas legados por la Comintern, y aquella síntesis iba a dar al comunismo una nueva vida. En Occidente el comunismo había encontrado un suelo fértil en la lucha entre clases sociales. En Rusia se había beneficiado tanto de la lucha entre clases como del poderoso

deseo de mejorar el estatus de un país «atrasado»; pero en Asia, que pronto se iba a convertir en centro del comunismo global, éste había surgido en un contexto muy diferente: el conflicto entre los imperios de Occidente y las colonias; y para entender esas nuevas versiones del comunismo tenemos que volver al período posterior a la primera guerra mundial, ya que aquella guerra catastrófica había provocado no sólo la crisis de las clases dominante europeas, sino también la de sus imperios en ultramar.

6

El Oriente es rojo

I

En junio de 1919 un joven indochino de veintinueve años, Nguyen Tat Thanh,* acudió al Palacio de Versalles. Hay quien cree recordar que iba formalmente vestido, pero en todo caso se trataría de un traje alquilado. Todavía era un personaje insignificante, que se ganaba la vida retocando fotografías y falsificando antigüedades chinas. Pretendía presentar una petición al presidente Wilson y sus colegas en las negociaciones de paz; se trataba de un documento relativamente moderado, firmado con el pseudónimo Nguyen Ai Quoc (Nguyen «el patriota») y titulado «Las reivindicaciones del pueblo annamita [vietnamita]», que pedía autonomía política (no la independencia) para los vietnamitas y derechos iguales a los de sus administradores imperialistas franceses.[1] Nguyen esperaba que fuera incluido en la agenda de la conferencia y tenía algunas razones para su optimismo: hacia el final de la guerra Wilson había proclamado el principio de autodeterminación de los pueblos oprimidos, y aunque no mencionaba explícitamente a

los no europeos, los nacionalistas de las colonias esperaban que también se les aplicara a ellos. Pero lo único que recibió fue una educada carta del principal asesor de Wilson, en la que le prometía llamar su atención sobre el asunto. Probablemente Wilson no llegó nunca a leerla, pero aunque lo hubiera hecho su efecto habría sido muy escaso. Versalles amparaba la autodeterminación de los súbditos europeos de los viejos imperios, pero no de sus súbditos coloniales.[2]

La respuesta de Nguyen Tat Thanh a aquel rechazo fue transferir sus esperanzas de Wilson a Lenin. Se incorporó al partido socialista francés (SFIO) y en diciembre de 1920 participó en el Congreso de Tours en el que éste se convirtió en *Section Française de l'Internationale Communiste*. Desde París viajó en 1923 a Moscú, donde participó en el V Congreso de la Comintern y puede que acudiera a la Universidad Comunista de los Trabajadores de Oriente (KUTV), institución paralela a la Escuela Lenin para los cuadros comunistas europeos.[3] Desde Moscú se trasladó a Cantón/Guangzhou, en el sur de China, por encargo de la Comintern, de la que al cabo de unos años se había convertido en una importante figura adoptando un nuevo nombre de guerra, Ho Chi Minh («Voluntad Esclarecedora»).

Ho Chi Minh no era el único intelectual asiático desengañado de Wilson. El chino Chen Duxiu, dirigente del Movimiento del 4 de Mayo, le había llamado en 1919 «el mejor hombre del mundo», pero también a él la decepción le había llevado a fundar y dirigir el Partido Comunista Chino (Gongchandang).[4] Al joven Mao Zedong, activista político en la provincia de Hunan, le conmocionó la traición de Versalles y aquel mismo mes de julio fundó la *Revista del Río Xiang*, en la

que dio a conocer sus reflexiones al respecto. Mao urgía a sus lectores a estudiar el ejemplo del «partido extremista ruso», que a su entender estaba extendiendo la revolución por todo el sur de Asia y Corea; aquélla era su primera referencia al bolchevismo.[5]

Pero en realidad cualquier eventual acercamiento entre Wilson y Ho Chi Minh estaba condenado al fracaso. Wilson estaba sin duda dispuesto a mantener controlado el imperialismo europeo, pero le interesaban muy poco los pueblos colonizados y sus derechos. Los consideraba «pueblos subdesarrollados» que avanzarían muy lentamente hacia la independencia, bajo la égida benevolente de Occidente; admiraba en particular los métodos del imperialismo británico y era incondicionalmente anglófilo. No podía simpatizar con las tumultuosas revoluciones nacionalistas; además, como sureño, compartía muchos de los supuestos racistas de su entorno. No es, pues, sorprendente que accediera a las demandas de sus aliados europeos y japoneses; aceptó que conservaran sus imperios, y aunque a regañadientes aceptó que el enclave de Qingdao, en la provincia china de Shandong, pasara de los derrotados alemanes a los victoriosos japoneses.[6]

Además, si Wilson no era un demócrata radical, tampoco Ho Chi Minh era un liberal. Hijo de un funcionario del gobierno en desgracia, abandonó Vietnam en 1911 y viajó por todo el mundo trabajando como pinche de cocina en un barco. Durante aquel «gran crucero» visitó el mundo colonial y pasó largos períodos en Estados Unidos, Londres y París. Si ya antes estaba resentido por la presencia imperial francesa en Vietnam, sus experiencias le permitieron generalizar su crítica del imperialismo y al constatar las humillaciones de los

afroamericanos en Estados Unidos y de los africanos y asiáticos en los imperios europeos se agudizó su conciencia del racismo blanco. Cuando llegó a Londres ya era considerado un radical. El gran *chef* Auguste Escoffier se fijó en él en las cocinas del Hotel Carlton y le ofreció su patrocinio si abandonaba sus ideas revolucionarias; aceptó aprender el arte de la pastelería, pero rechazó el consejo político de Escoffier: se adhirió a una organización que pretendía mejorar las condiciones de los trabajadores chinos y se manifestó en favor de la independencia de Irlanda.[7] Al concluir la Gran Guerra se instaló en París, donde participó activamente en los círculos obreros y socialistas. Era una persona reservada, al menos entre los franceses. El socialista francés Léo Poldès hablaba con cierta condescendencia de su «aura chaplinesca … a la vez cómico y triste … Era *très sympathique*, reservado pero no tímido, intenso pero no fanático y extraordinariamente inteligente»;[8] pero uno de sus paisanos nacionalistas lo describía como un «orgulloso semental».[9] Ya en 1921 había concluido —en parte, según proclamaba, a raíz de su lectura de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin— que su pueblo sólo podría liberarse mediante la violencia y el socialismo.[10]

Ho Chi Minh estaba en París en un momento en que el viejo orden se tambaleaba, tanto en la periferia colonial como en Europa. En parte del imperio británico la Gran Guerra tuvo un efecto similar al que tuvo en Europa. En su ejército habían combatido casi un millón de soldados indios, al tiempo que decenas de miles de chinos llegaban a Europa para trabajar en el frente interno. Indios y chinos, como la clase obrera europea, creían ahora que se les debía cierta compensación por su sacrificio. Por otra parte, para muchos nacionalistas asiáticos

estaba claro que Europa había salido muy debilitada de la guerra y que el equilibrio de poder internacional estaba cambiando. El propio Ho Chi Minh había escrito premonitoriamente en 1914: «Creo que durante los tres o cuatro meses próximos el destino de Asia cambiará espectacularmente. Tanto peor para los que luchan y combaten. Tenemos que mantener la calma».[11]

Como percibía Ho Chi Minh, la guerra había debilitado las viejas jerarquías en todo el mundo. En Europa esto cobró la forma de revoluciones sociales y fuera de ella de rebeliones anticoloniales. A lo largo de 1919 se produjeron levantamientos contra los británicos en Egipto, Afganistán y Waziristan (en el Pakistán actual), la campaña de desobediencia civil de Gandhi en la India y la proclamación de la República en Irlanda por la primera Dáil Éireann. Más hacia el este, el Movimiento del 1 de Marzo en Corea y el Movimiento del 4 de Mayo en China protestaban contra el resurgente imperialismo japonés.

El comunismo era en cierto sentido un instrumento útil para los movimientos anticoloniales frustrados. Los imperios europeos operaban en general mediante élites colaboracionistas locales y la aseveración comunista de que las desigualdades internas estaban estrechamente relacionadas con la injusticia internacional tenía mucho eco. La clase obrera industrial era minúscula, por supuesto, pero Lenin había justificado la revolución en la atrasada Rusia arguyendo que era una semicolonia de Europa. Stalin era también un hombre de la periferia colonial y era muy consciente de la importancia del imperialismo en el ascenso bolchevique al poder. Por eso la Internacional Comunista ofreció pronto su apoyo a los movimientos antiimperialistas.

Sin embargo, a los comunistas asiáticos les resultó difícil

desde un principio competir con movimientos nacionalistas que podían enarbolar mensajes patrióticos y combinar de forma más convincente la cultura política local con la construcción de un estado moderno. Tampoco les favorecía el sectarismo y exclusivismo de la Comintern. Moscú estaba convencido todavía de que había mejores perspectivas revolucionarias en Europa y en la clase obrera industrial. El mundo colonial, a su juicio, tendría que esperar algún tiempo para alcanzar el socialismo y por el momento debía concentrarse en la lucha antiimperialista, en alianza con los nacionalistas burgueses si era preciso, con el objetivo de establecer «repúblicas democráticas» independientes.

El primer congreso de la Comintern en marzo de 1919 tenía poco que decir sobre los levantamientos en las colonias; la esperanza de la revolución en Europa occidental era todavía muy alta. Pero al año siguiente, en cambio, esa esperanza se iba diluyendo y como contrapartida los bolcheviques esperaban que los movimientos nacionalistas, especialmente en el Asia central bajo control soviético, podía proporcionar aliados vitales en un momento tan crítico para su propio régimen. El II Congreso de la Comintern en el verano de 1920 dedicó por ello gran parte del tiempo a la cuestión colonial y se invitó a muchos más delegados no europeos. Sus conclusiones se vieron reforzadas por otro congreso, dedicado específicamente a la cuestión colonial, celebrado en septiembre en la ciudad azerí de Bakú: el I Congreso de los Pueblos de Oriente, al que acudieron diversos comunistas, radicales y nacionalistas que representaban treinta y siete nacionalidades, la mayoría de ellas de los antiguos imperios ruso y otomano.[12]

En Bakú afloraron notables divergencias entre los soviéticos,

eurocéntricos, y los asiáticos más radicales. Lenin, que se oponía tan enérgicamente en Europa a las alianzas interclasistas, las consideraba sin embargo muy adecuadas para los países «atrasados» de Asia. Los comunistas, en su opinión, debían forjar alianzas con los nacionalistas burgueses y los campesinos radicales para luchar por la libertad; el socialismo propiamente dicho se demoraría hasta un distante futuro. Pero aquella valoración fue vigorosamente criticada por el indio Narendra Nath Bhattacharya (alias M. N. Roy). Antes y durante la primera guerra mundial Roy había formado parte de una organización terrorista antibritánica bengalí, por cuenta de la cual realizó varios viajes para comprar armas que lo llevaron hasta Estados Unidos. Desde allí, acosado por los agentes británicos, huyó a México, donde participó en la transformación del Partido Socialista Obrero en sección mexicana de la Comintern en 1919. Allí conoció también a Mijail Borodin, quien más tarde iba a desempeñar la función de enlace entre la Comintern y el Guomindang chino. En su breve estancia en Berlín, adonde había viajado esperando contemplar «el colapso de la Europa capitalista y el ascenso del proletariado revolucionario, como un Prometeo liberado, para construir un nuevo mundo a partir de las ruinas del antiguo»,[13] Roy se encontró en cambio con el fracaso de la revolución espartaquista y columbró que el futuro del comunismo estaba en el mundo colonial, y no en Europa. Como recordaba él mismo:

> Habiendo experimentado personalmente la derrota de la revolución alemana, no podía compartir la suposición optimista de que el proletariado conquistaría el poder en varios países en cuanto el Congreso Mundial reunido en Moscú tocara a rebato … el proletariado no triunfaría en su heroico intento de conquistar el poder a menos que el imperialismo hubiera quedado debilitado por la rebelión de los pueblos coloniales.[14]

Desde aquel momento Roy decidió abrir «el segundo frente de la revolución mundial» en el mundo colonial.[15]

En su opinión, los comunistas no debían confiar en los nacionalistas burgueses, quienes —argumentaba— estaban demasiado estrechamente comprometidos con el orden «feudal», sino que debían movilizar a una clase obrera potencialmente radical, que Roy insistía que se estaba desarrollando en Asia. La discusión entre Lenin y Roy llegó a su punto culminante con respecto a su evaluación del líder nacionalista indio Mohandas Gandhi. Lenin lo consideraba un revolucionario, mientras que Roy insistía, con cierta razón, en que era un «predicador religioso y cultural [que] necesariamente acabaría comportándose de forma reaccionaria en el terreno social, por muy revolucionario que pudiera parecer políticamente».[16]

Lenin comenzó entonces a revisar sus viejas opiniones sobre Asia. Se manifestó en contra de avalar una única estrategia y animó a Roy a escribir sus propias tesis, que el II Congreso de la Comintern aprobó a continuación junto con las suyas. Durante los ocho años siguientes los partidos comunistas de Asia siguieron un difícil curso híbrido combinando las propuestas de Lenin y de Roy. Se buscaban alianzas con los nacionalistas burgueses, pero al mismo tiempo se privilegiaban los obreros urbanos más que los campesinos. Pero si bien es cierto que un curso mixto iba a resultar fructífero, no sería aquél. De hecho, hasta que no se atenuó el control de la Comintern no lograron dirigentes anticoloniales autóctonos, como Mao Zedong y Ho Chi Minh, crear un nuevo modelo exitoso de comunismo en Asia. Como el comunismo que Stalin forjó en la URSS durante las décadas de 1930 y 1940, combinaba el comunismo con el

nacionalismo. Pero a diferencia del modelo estalinista, con su jerarquización heredada del estado aristocrático zarista, desarrollaron un radicalismo más igualitario y más cercano al campesinado. Durante las décadas de 1930 y 1940 ese nacionalismo comunista radical resultó enormemente atractivo para las generaciones que se rebelaban contra la herencia confuciana. En 1919 China experimentó lo que se puede entender como una revolución cultural, tan trascendental como la de Rousseau en el siglo XVIII y la de Chernishevski en el XIX, y al cabo de tres décadas se iba a convertir en el mayor polo de influencia comunista en Oriente, extendiendo su revolución a gran parte del mundo confuciano y más allá.

II

Una de las obras más famosas de la literatura china moderna es un cuento corto del escritor (y futuro simpatizante comunista) Lu Xun. En el «Diario de un loco» (*Kuángrén Rìjì*), publicado en abril de 1918, el narrador cuenta su percepción gradual de que todos sus compatriotas son de hecho caníbales: «Acabo de darme cuenta de que he estado viviendo todos estos años en un lugar en el que desde hace cuatro milenios vienen comiendo carne humana». «Cuando tenía cuatro o cinco años —recuerda — mi hermano me dijo que si los padres de una persona están enfermos, debía cortar un trozo de su carne y hervirla para ellos si quería ser considerado un buen hijo…» Decidido a investigar el asunto, comienza a leer historias de China, en las que ve que los caracteres «virtud y moralidad» se transforman en la orden:

«¡Come carne humana!». Al final del cuento el loco confía desesperadamente en que no todo esté perdido: «Quizá haya todavía niños que no hayan comido carne humana. Salvemos a los niños…».[17]

El «Diario de un loco» es un ataque mordaz e implacable contra el confucianismo, el sistema de valores en el que se habían basado la cultura y la política chinas durante más de dos mil años y en el que primaban el orden, la jerarquía y códigos morales estrictos. Su núcleo era un modelo de sociedad basado en la familia patriarcal: los súbditos tenían que obedecer a los gobernantes, los niños a sus padres y las mujeres a los hombres. En esa jerarquía todos tenían que comportarse «moralmente», esto es, de acuerdo con su situación; la educación, enormemente importante en el pensamiento confuciano, estaba destinada principalmente a perfeccionar el comportamiento. En la cumbre de la jerarquía social y política estaba el emperador, que gobernaba a través de burócratas-nobles que habían pasado por exhaustivos exámenes en literatura clásica y principios confucianos. Su dominio de esos textos les daba, según se creía, la legitimidad moral para gobernar.

La respuesta de Lu Xun a aquella ideología era la típica de los intelectuales de su generación: una irritación rebelde que enfrentaba a los excluidos con una sociedad dominada por la crueldad y la hipocresía.[18] En el universo de Lu Xun cada individuo aparece como un eslabón de una cadena rígida, obligado a ser opresor o víctima. Como escribió su colega, quince años más joven, Fu Sinian: «¡Ay! ¡La carga de la familia! … Su peso ha aplastado a innumerables héroes! … Te obliga a someterte a los demás y a perder tu identidad».[19] Pero Lu Xun y sus contemporáneos creían que el confucianismo no sólo

condenaba a la miseria a los jóvenes chinos con ambiciones, sino que debilitaba a la propia China al fomentar el conformismo y la sumisión. Como explicaba otro joven rebelde, Wu Yuzhang, el sistema familiar confuciano convertía a cuatrocientos millones de personas vivas en «esclavos de las generaciones pasadas, y por tanto incapaces de rebelarse».[20] La única respuesta con esperanza de éxito era una revolución cultural total.

Esa exasperada crítica cultural y política recuerda intensamente la planteada por Chernishevski y en algunos aspectos la de Rousseau. Para Lu Xun, como para ellos, la crueldad de la familia y del Antiguo Régimen hipócrita y represivo estaba íntimamente ligada a la debilidad de la nación. Como la Francia de Rousseau o la Rusia de Chernishevski, China había sido en otro tiempo un gran imperio, ahora humillado por sus rivales. El estado Chino, relativamente a salvo de sus vecinos durante siglos, no había necesitado desarrollar las estructuras políticas y el sistema de recaudación preciso para mantener un poderoso ejército, por lo que cuando los estados europeos, mucho mejor preparados para la guerra, llegaron en el siglo XIX, los chinos se vieron obligados a aceptar la colonización extranjera. Los británicos, franceses y alemanes se aseguraron enclaves en el país —especialmente en Shanghai— donde gozaban de privilegios de los que carecían los chinos. Entretanto Japón, «modernizado» reciente y espectacularmente, se había convertido también en una potencia imperial, ocupando militarmente el sur de Manchuria y el antiguo estado vasallo de Corea. Aquellas derrotas provocaron una revolución contra la dinastía Qing y el imperio chino se hundió en 1911; pero la revolución Xinhai (*Xinhài Gémìng*) había acelerado, no detenido, el declive de China. Sun Yat-sen, fundador del partido

nacionalista Guomindang, fue pronto sustituido como presidente de la República por el general conservador Yuan Shìkai, y tras la muerte de éste en 1916 el gobierno central se descompuso, degenerando en una multitud de regímenes locales gobernados por los señores de la guerra que ya no era un imperio. En este estado dividido y debilitado afrontó las negociaciones de paz de Versalles. El 4 de mayo de 1919 la noticia de que se habían cedido a Japón las excolonias alemanas incitó a miles de estudiantes a congregarse en la plaza de Tiananmen de Beijing e iniciar una protesta destructiva en el barrio diplomático. Las consecuencias del tratado de Paz de Versalles despertaron en la mente de los estudiantes e intelectuales chinos la necesidad de resucitar su país; poco después se iban a convertir en los fundadores del comunismo chino. El Movimiento del 4 de Mayo por la Ciencia y la Democracia (y más en general el Movimiento Nueva Cultura [*xin wen hua yun dong*] desde mediados de la década) proponía soluciones principalmente culturales para el desastre de China: el confucianismo debía ser sustituido de una vez y para siempre por una «Nueva Cultura». De forma bastante parecida a los *narodniki* de Chernishevski, los nuevos chinos tenían que escapar de las cadenas de la familia tradicional para entrar en un mundo de libertad y amor romántico y su comportamiento tenía que modernizarse. Y del mismo modo que Chernishevski había lamentado los «valores asiáticos» de los rusos, los intelectuales del Movimiento del 4 de Mayo deploraban lo que a sus ojos (como a los de los occidentales) era un arraigado servilismo chino. Chen Duxiu, nacido en 1879, hijo de un modesto funcionario y que tras superar los exámenes confucianos había llegado a decano de la Facultad de Letras de

la Universidad de Beijing y se había convertido en un influyente líder del Movimiento Nueva Cultura, urgió a los jóvenes chinos a «ser independientes, no serviles [y] agresivos, no pusilánimes». [21]

¿Pero dónde se podían encontrar esos modelos de comportamiento? Para Chen y muchos otros, la respuesta estaba en la cultura occidental, aprendiendo «ciencia y democracia» y rechazando de plano la antigua cultura china. Pero otros, como Li Dazhao (nacido en 1888), bibliotecario de la Universidad de Beijing y cofundador junto a Chen del Partido Comunista Chino, sentía menos simpatía por la democracia y la ciencia occidentales. Su origen era bastante más humilde —campesino— y no había tenido que pasar por los viejos exámenes confucianos, abolidos cuando todavía era muy joven, por lo que quizá sentía menos rechazo emocional hacia el pasado y pretendía más bien adaptar la cultura china y no repudiarla totalmente, poniendo el énfasis en la «voluntad del pueblo» más que en el capitalismo liberal o en la política constitucional. De hecho, fue uno de los primeros en dar la bienvenida a la revolución rusa como modelo para China. Así pues, aunque Chen y Li iban a ser los primeros dirigentes del Partido Comunista Chino, en cierto modo representaban tendencias diferentes; el comunismo de Chen era más próximo al socialismo modernista y centralizado de Lenin, mientras que el de Li era un socialismo más radical, basado en la fe en el poder de la «voluntad del pueblo» para transformar la sociedad.[22] China, muy atrasada, podía no estar preparada económicamente para el socialismo, pero como «nación proletaria» oprimida poseía indudablemente energía suficiente para la revolución. La versión «populista» del marxismo de Li tuvo una enorme

influencia sobre un joven bibliotecario adjunto que también provenía de una familia campesina relativamente acomodada, en su caso de Hunan: se trataba de Mao Zedong.

El interés por el socialismo y la vía rusa se intensificó tras la patente traición de Occidente en Versalles. Los propios soviéticos se ganaron además una ventajosa reputación en China al renunciar en 1920 a todas las reivindicaciones rusas de territorio chino, aunque es muy probable que los intelectuales del Movimiento del 4 de Mayo encontraran el bolchevismo más atractivo que el parloteo liberal sobre constituciones y derechos, ya que por más críticos que fueran con el confucianismo, eran productos de la cultura confunciana y admiraban el compromiso socialista hacia el sacrificio y la solidaridad social.[23] Como recientes ex confucianos, apreciaban la pretensión marxista de ofrecer una comprensión global del mundo y la sociedad y también su noble censura del comercio; y por supuesto, también recibían con agrado el importante papel que otorgaba a la élite intelectual: la vanguardia socialista no parecía muy distante de los gobernantes-letrados confucianos, que difundían la virtud mediante la educación y el ejemplo moral.

El comunismo floreció también entre los intelectuales de otros países del mundo confuciano. A finales de la década de 1920 los comunistas estaban a la cabeza del movimiento nacionalista antijaponés en Corea, aunque pronto fueron reprimidos por las autoridades coloniales.[24] La fusión entre Confucio y Marx era aún más evidente en Vietnam, otro país de la esfera cultural confuciana. Como en China, la nueva generación cuestionaba el sistema de valores de sus padres. Habiendo estudiado en instituciones regidas por el modelo francés, y no en las escuelas tradicionales confucianas,

comenzaron a criticar los viejos moldes y a culpar a su cultura de la manifiesta debilidad frente a la opresión francesa; en 1925-1926 se produjo en las ciudades vietnamitas una oleada de manifestaciones estudiantiles radicales contra el dominio francés. Ho Chi Minh, en Guangzhou desde noviembre de 1924, aprovechó esta insatisfacción, pero también entendió la importancia de conciliar el comunismo con la cultura confuciana. En 1925 creó allí, con ayuda de la Comintern, la Liga de la Juventud Revolucionaria Vietnamita (*Viet Nam Thanh Nien Kach Menh Hoy*), que agrupaba a gente de diversos partidos y primaba los objetivos nacionalistas, no el comunismo (aunque también constituyó en su interior una especie de fracción secreta comprometida con la victoria del marxismo-leninismo a largo plazo). El marxismo de Ho Chi Minh tenía un fuerte sabor confuciano e incluso intentó, sin mucho éxito, reconciliar a los dos grandes sabios, Confucio y Lenin:

> Si Confucio viviera en nuestros días y mantuviera sus opiniones [monárquicas] sería un contrarrevolucionario. Pero es posible que aquel superhombre se plegara a las circunstancias y se convirtiera rápidamente en un valioso seguidor de Lenin.
>
> En cuanto a nosotros, los vietnamitas, perfeccionémonos intelectualmente leyendo las obras de Confucio, y revolucionariamente leyendo las obras de Lenin. [25]

Su *Camino a la revolución* dedicaba todo un capítulo al comportamiento moral ideal de los comunistas. Lenin no habría utilizado nunca un lenguaje tan explícitamente moralizador, ya que para él la moral debía estar siempre subordinada a las necesidades de la revolución. El propio Ho pretendía que lo vieran como a un «hombre superior» confuciano, con todas sus cualidades,[26] y su estilo de liderazgo contrastaba vivamente

con el de Mao, más próximo al campesinado rebelde.

En otros lugares de Asia resultó más difícil insertar el marxismo en la cultura local. Japón, aunque formaba parte del universo cultural confuciano, había desarrollado una cultura política más militarista que su vecina China; el ideal de un mundo gobernado por burócratas ilustrados que habían estudiado las leyes de la historia era bastante menos atractivo para su belicosa élite. Los comunistas también comprobaron que en Japón, a diferencia de China, Vietnam y Corea, resultaba imposible fusionar el marxismo con el nacionalismo. Allí ya florecía un poderoso y arraigado nacionalismo, fomentado por las élites políticas y militares, y Japón tenía su propio imperio. La Comintern era implacablemente hostil al culto al emperador, rasgo central del nacionalismo japonés, y aunque los comunistas japoneses le pidieron que relajara su línea fue en vano, lo que permitía presentarlos como agentes del extranjero y facilitaba su represión.[27]

A los comunistas indios les resultó igualmente difícil adaptarse a la cultura local. Algunos, como Roy, se enardecían en el rechazo de tradiciones hindúes como la segmentación en castas, lo que daba lugar a acusaciones de intrusismo y ultraje desde el exterior, teniendo además en su contra a una administración imperial británica relativamente liberal, experta en dividir a sus enemigos, y al Congreso Nacional, un partido nacionalista que con Mohandas Gandhi se convirtió en fuerza política hegemónica en la India. Gandhi elaboró una curiosa mezcla de socialismo suavemente progresista —opuesto al socialismo modernista—, con las tradiciones hindúes. Consiguió forjar una poderosa coalición entre el campesinado y la clase media urbana al tiempo que mantenía un alto nivel

moral con su retórica en favor de los pobres y el rechazo a la violencia (*ahimsa*). Los intelectuales que sentían cierta simpatía hacia la Unión Soviética y el marxismo modernista de la planificación, como el futuro primer ministro Jawaharlal Nehru, acabaron convencidos de la conveniencia de permanecer en el Partido del Congreso y mantener una concepción fundamentalmente liberal de la política.

A principios de la década de 1920 Japón, como país más industrializado de Asia, había sido considerado por la Comintern como el lugar donde más fácilmente se podía producir una revolución proletaria; pero a mediados de la década la atención de la Comintern se había desplazado a China. ¿Cómo pudo un grupo tan pequeño de estudiantes y profesores, anhelosos de transformar la cultura china, tener semejante efecto sobre una sociedad tan difusa? Su estrategia inicial fue notablemente similar a la de los populistas (*narodniki*) rusos durante las décadas de 1860 y 1870. Trataron de poner en práctica sus ideales creando «sociedades de trabajo y estudio» que a menudo incluían la vida en común en el campo; también trataron de inducir a los obreros y campesinos a boicotear los artículos importados de Japón y a reformar el modelo de familia confuciano.[28]

Pronto descubrieron que la mayoría de la gente no se interesaba mucho por esas cuestiones y las sociedades de estudio y trabajo tuvieron corta vida. Para muchos, el Movimiento del 4 de Mayo parecía haber fracasado. La cultura y la educación no iban a cambiar nada. China permanecía débil y dividida; su población ignorante y servil, y sus gobernantes corruptos y egoístas. El emotivo cuento «La verdadera historia de A Q» (*A Q Zhengzhuan*) de Lu Xun, publicado por capítulos entre

diciembre de 1921 y febrero de 1922, expresaba la desesperación de su generación. Es la historia de un ladronzuelo en un pueblecito durante los últimos años del imperio Qing. Es un tipo patético, frecuentemente maltratado por sus vecinos, que mantiene su autoestima amedrentando a otros más débiles. Tras enojar a los notables del pueblo se traslada a la ciudad vecina, donde se une a una banda de ladrones y oye hablar de la revolución republicana de 1911. Al regresar al pueblo a vender los artículos robados, trata de asustar a los terratenientes locales pretendiendo que él también es un revolucionario, pero poco después llegan auténticos funcionarios del nuevo régimen que se ponen de parte de los terratenientes y lo detienen por un robo que no ha cometido. La historia concluye con la ejecución del pobre A Q, que representa a China sometida a sus vecinos más poderosos y también al chino inculto, patéticamente ignorante de su humillante posición en una jerarquía social rígidamente asentada.[29]

Fue esa conciencia de la enorme dificultad de transformar China la que llevó a muchos miembros de la generación del 4 de Mayo del anarquismo o el socialismo romántico al bolchevismo. Al principio se ignoraba casi totalmente su ideología. Cuando Li Dazhao escribió uno de los primeros artículos al respecto en noviembre de 1918, el tema le era tan ajeno al impresor que transliteró la palabra «bolchevismo» con los caracteres chinos con los que se escribía «Hohenzollern».[30] Aun así, lo poco que se conocía del marxismo parecía extraordinariamente atractivo en aquella época de crisis: pretendía unir a una nación desorganizada y en descomposición; no rechazaba el uso de la violencia; y a diferencia del nacionalismo basado en el modelo europeo del siglo XIX, señalaba a las egoístas clases superiores

como el principal obstáculo para el renacimiento nacional. El 1 de julio de 1921 Chen Duxiu se hacía eco del pesimismo de Lu Xun sobre el pueblo chino y su frustración prometeica por su supuesta pasividad. Era «un pueblo en parte dividido y en parte estúpido, presa de un individualismo estrecho y sin conciencia pública, a menudo ladrones y traidores y durante mucho tiempo incapaces de ningún patriotismo». La democracia no era práctica; en su lugar «sería mejor sufrir una dictadura de clase comunista al estilo ruso, ya que para salvar la nación, generalizar el conocimiento, desarrollar la industria y no caer bajo la deshonra capitalista, la única vía era el método ruso».[31]

Dada su admiración por el ejemplo soviético, es natural que los comunistas chinos recurrieran a Moscú y a la Comintern en busca de ayuda. De hecho, el Partido Comunista Chino (*Zhongguo Gongchandang*) era esencialmente al principio una empresa conjunta chino-soviética, creada en común por Chen Duxiu y el representante ruso de la Comintern, Grigori Voitinski. Fundado formalmente en Shanghai en julio de 1921,* trató de absorber a los grupos de estudio existentes en diversas ciudades de China y de someterlos a la disciplina bolchevique; pero desde el principio hubo tensiones entre los chinos y Moscú. Si bien el proceso de «bolchevización» fue complicado en todas partes, en un primer momento fue más fácil en China que en Occidente porque los comunistas chinos recibían con agrado la disciplina que pensaban que les faltaba; pero las diferencias culturales entre rusos y chinos eran probablemente mayores y la influencia de las costumbres locales, el linaje y las redes personales eran más fuertes en China que en otros lugares. Además, Moscú imponía una estrategia mucho más gradualista en Asia que en Europa, de forma que también

era mayor la distancia entre sus objetivos y los de los comunistas chinos. El conflicto entre la estrategia de alianzas de Lenin y el radicalismo proletario de Ray, lejos de resolverse, siguió dominando la política del PCCh durante toda la década de 1920.

III

En 1923 un joven ruso enviado a China, Sierguei Dalin, contó sus experiencias allí en el periódico *Komsomolskaia Pravda*: «Las cuestiones se discuten sin que haya un presidente o secretario y todos hablan siempre que lo creen necesario». Las discusiones eran interminables y a los chinos les costaba llegar a una decisión. Cuando, durante un debate, Dalin sugirió que cada parte resumiera su posición en cinco minutos y a continuación se decidiera el asunto mediante una votación,

> quedaron en silencio, abriendo mucho los ojos, por lo que me miré en el pequeño espejo que colgaba de la pared para ver si es que tenía algo en la cara. De repente, todos se echaron a reír … Evidentemente, nadie había hecho una propuesta semejante en miles de años de historia china. Más tarde supe que los chinos evitan tomar una decisión hasta que todos están de acuerdo.[32]

Las quejas de Dalin eran típicas y pese a los esfuerzos de la Comintern por crear un partido de estilo bolchevique, chocaba con la oposición de Chen y otros, decididos a que en el partido siguiera habiendo cierta libertad de debate y posiciones diversas. La Comintern no utilizó siempre sus mejores técnicas para conseguir sus objetivos: algunos funcionarios, como Voitinski,

eran más abiertos y populares; otros, como el holandés Hendricus Sneevliet, que había trabajado políticamente entre 1913 y 1918 en las Indias Holandesas (Indonesia), eran más autoritarios. Un comunista chino que trabajó con él recordaba: «A algunos les daba la impresión de que había adquirido los hábitos y actitudes de los holandeses que vivían como amos coloniales en las Indias Orientales».[33]

Uno de los procedimientos para inculcar los métodos y actitudes bolcheviques era enviar a los comunistas chinos a Moscú para participar en cursos de formación. En su momento de apogeo había habitualmente entre 1.500 y 2.000 estudiantes en la Universidad Comunista de los Trabajadores de Oriente (KUTV). Su programa era muy similar al de la Escuela Lenin para los comunistas occidentales, aunque los problemas de idioma complicaban las cosas y los estudiantes tenían que dedicar mucho tiempo al aprendizaje del ruso. También estaba cuajado de dificultades el aprendizaje de nuevas formas de comportamiento. Se esperaba que los estudiantes allí, como en otras instituciones del partido, ejercieran la «autocrítica» o «estudio crítico». Debían criticar a sus colegas y recibir sus críticas; aquella «lucha desapasionada» les ayudaría a eliminar los malos pensamientos. Durante la década de 1930 aquellas sesiones de «lucha» se exportaron a la propia China y se convirtieron en parte obligatoria de la práctica del PCCh; pero al principio eran muy impopulares, ya que contravenían el hábito tradicional de «salvar la cara» y el consenso de grupo.[34]

Pero las relaciones chino-soviéticas no se vieron perjudicadas únicamente por las disensiones en cuanto a la centralización, sino por una cuestión política más fundamental, la relación entre comunismo y nacionalismo. Los intelectuales chinos se

habían acercado al comunismo porque se podía engarzar con la causa nacionalista; parecía una forma de resucitar una China debilitada. ¿Pero cómo se podía conciliar la lucha de clases con la unidad nacional?

La Comintern respondió a esa cuestión con su línea gradualista: lo primero que había que hacer era unir China mediante una revolución «nacional burguesa» interclasista, por lo que en 1923 la Comintern decidió apoyar no sólo a los comunistas sino también al Guomindang, que andaba muy necesitado de aliados extranjeros. Le envió como asesor a Mijail Borodin, a quien acompañaba como ayudante e intérprete Ho Chi Minh, y oficiales del Ejército Rojo instruían a los soldados comunistas y nacionalistas en la Academia Militar de Huangpu, en la isla de Changzhou frente a Guangzhou/Cantón; la KUTV de Moscú se rebautizó en 1925 como Universidad Sun Yat-sen y a ella acudían no sólo estudiantes comunistas sino también nacionalistas.[35] La Comintern indujo al Guomindang y al PCCh a formar un «frente unido», en el que los comunistas funcionarían como un «bloque interno» con la esperanza de ganarse, en el futuro, a todo el partido.

El Guomindang recibió con alborozo la ayuda y asesoría militar soviética e incluso reorganizó el partido adoptando la centralización bolchevique, con lo que subrayaba el atractivo del modelo organizativo soviético para toda Asia; pero no por ello dejaba de estar dividido entre un ala izquierda, favorable a la alianza con los comunistas, y una derecha más próxima a los poderes tradicionales chinos. A la muerte de Sun Yat-sen en 1925 parecía como si hubiese ganado el centro y fue Chiang Kaishek, director de la academia militar de Huangpu, quien tomó el control. Chiang era al principio un gran admirador de

la Unión Soviética, que había visitado en 1924, y su hijo era miembro de la Komsomol; pero nunca apoyó la revolución social y pronto entró en conflicto con los asesores soviéticos y la izquierda del Guomindang, que temía que conspiraran contra él.[36]

Chen Duxiu y el PCCh eran al principio renuentes a seguir el consejo de la Comintern y formar un frente unido con el Guomindang, y aunque acabaron aceptando aquella política, cuando el Guomindang se desplazó hacia la derecha y los notables locales comenzaron a ofrecer resistencia a las reformas sociales, se reprodujeron sus dudas al constatar la hostilidad de todas las clases «egoístas», tanto terratenientes como burgueses. China sólo volvería a ser fuerte y estar unida cuando éstas fueran derrotadas por el proletariado.

El momento decisivo para la izquierda llegó el 30 de mayo de 1925. Una huelga en una fábrica de propiedad japonesa fue aplastada por la fuerza por la policía de Shanghai, controlada por los británicos. Murieron doce trabajadores y el subsiguiente «Movimiento del 30 de Mayo» —con manifestaciones y boicot de los artículos extranjeros— se extendió a varias ciudades chinas. Aquellos acontecimientos parecían sacados de un manual marxista-leninista; los lazos entre el imperialismo y la opresión de clase aparecían claros como el cristal. El PCCh ganó adeptos entre los escritores e intelectuales y el número de afiliados al partido aumentó hasta 60.000; estaba a punto de convertirse en un partido de masas. Los comunistas también tuvieron cierto éxito en la organización de sindicatos en las ciudades y comenzaron a realizar avances reales en el campo. Cuando el ejército nacionalista se hizo con el control de vastas regiones, las asociaciones de campesinos aprovecharon la

oportunidad para desafiar a los terratenientes, lo que preocupó a los notables del Guomindang. Los comunistas, como es natural, impulsaban enérgicamente aquel movimiento.

Los nacionalistas pronto se cobraron venganza. En 1926 Chiang Kaishek lanzó su «Expedición al norte», una campaña militar para unir China y derrotar a los señores de la guerra. Su Ejército Nacional Revolucionario (*Guomin geming jun*), entrenado y financiado por los soviéticos, avanzó a lo largo de la costa, derrotando a veces, pero más a menudo integrando, a los señores de la guerra. Una consecuencia importante fue el incremento de la dependencia del Guomindang con respecto a los terratenientes y los militares, y en consecuencia de su hostilidad a las reformas sociales. Cuando Chiang se aproximaba a Shanghai el PCCh organizó el 3 de marzo de 1927, bajo la dirección de Zhou Enlai, un levantamiento preventivo con más de 200.000 obreros en huelga, arrebatando el poder al señor de la guerra local; pero el 12 de abril los soldados de Chiang, con la ayuda de las «fuerzas vivas» de la ciudad —lo que incluía a las autoridades extranjeras de la Concesión Internacional y a la Banda Verde, que controlaba el tráfico de opio, el juego y la prostitución—, desencadenaron una sangrienta ofensiva contra los obreros insurgentes, desarmándolos, matando a miles de ellos y conquistando Shanghai. Así concluyó definitivamente el frente unido.

La masacre del Shanghai puso un fin catastrófico a los intentos de la Comintern de manipular la política china y dio lugar a muchas recriminaciones, tanto en China como en Moscú. Chen Duxiu se convirtió en chivo expiatorio y fue destituido, pero la derrota del PCCh demostró en realidad el fracaso de las ideas tanto de Lenin como de Roy. La Comintern,

tozudamente empeñada en el frente unido con la «burguesía nacional», había proporcionado financiación y entrenamiento al mismo ejército que iba a masacrar al partido; pero los comunistas chinos también habían incurrido irreflexivamente en el radicalismo proletario de Roy al organizar una insurrección obrera urbana sin pararse a pensar en la escasa envergadura del proletariado chino y sin percibir que los obreros solían sentir mayor lealtad hacia las sociedades secretas y los clanes que a su «clase». Por otra parte, aun careciendo de una fuerza militar propia, creían que podrían hacer frente a sus enemigos con la ayuda de la Comintern. El fracaso de las insurrecciones intentadas también en Indonesia en 1926-1927 acabó convenciendo a la Comintern de que las revoluciones urbanas eran prematuras en Asia.

Tras la matanza de Shanghai el «terror blanco» se extendió a otras zonas del país. Los comunistas fueron expulsados del Guomindang y los supervivientes huyeron a las montañas, donde establecieron «áreas» de resistencia. Había más de una docena de ellas, pero muy alejadas de los centros de poder. Los errores garrafales de la Comintern parecían haber destruido las perspectivas que tan sólo dos años antes parecían tan halagüeñas.

Pero la derrota y la retirada obligada al campo, lejos de la influencia de la Comintern, benefició en último término a los comunistas chinos. Expulsados de las ciudades y perseguidos por el Guomindang, se vieron obligados a repensar su estrategia.

IV

En el invierno de 1918 un joven de veinticinco años de la provincia de Hunan asistió un día en un aula atestada de la Universidad de Beijing, que en aquel momento era el centro de la extraordinaria agitación intelectual y cultural del período, a una conferencia de Hu Shi, uno de los líderes más occidentalizantes del Movimiento de la Nueva Cultura. Al final de la conferencia, excitado por lo que había oído, se acercó a Hu para hacerle una pregunta. Al oír su fuerte acento *xiang* le preguntó si era verdaderamente un estudiante, y al saber que sólo era ayudante de biblioteca en la universidad lo rechazó altivamente.[37] Aquel joven bibliotecario era Mao Zedong, que había llegado a Beijing hacía pocos meses, antes de que la enfermedad de su madre lo obligara a regresar a casa. Mao era uno de los muchos jóvenes idealistas chinos, ansiosos de participar en el renacimiento de su país y de aprender nuevas ideas llegadas del extranjero, y a pesar de aquel trato humillante eran de hecho sus orígenes provincianos los que lo hacían idóneo para adaptar aquellas ideas al suelo chino, mucho mejor que otros estudiantes más educados y sofisticados.

Los paralelismos entre Mao y Stalin son llamativos. Ambos eran de origen humilde, con escasa o nula relación con Europa occidental, y tuvieron que competir con camaradas mucho más cosmopolitas y con una formación más amplia; ambos eran suspicaces y desconfiaban de los intelectuales (aunque la hostilidad de Mao era mucho más acentuada); ambos pasaron su adolescencia en la periferia de grandes imperios en declive, en un ambiente de encono nacionalista y llegaron por una ruta tortuosa hasta el centro imperial; ambos se interesaron por las cuestiones militares desde muy jóvenes y se consolidaron como

líderes durante guerras civiles; ambos eran políticamente astutos y calculadores; ambos eran inteligentes, pero su formación escolar se había producido en un marco muy tradicional que insistía sobre todo en la importancia de la moralidad y la ideología, ya fuera ortodoxa o confuciana; y ambos creían en el poder de las ideas en política y en su juventud se encuadraron en el ala más radical del movimiento marxista.

Ambos eran tozudos y rebeldes y sentían un profundo desprecio por sus padres. Mao veía al suyo como un tirano avaricioso de mente estrecha, que explotaba a los pobres; se negó a vivir con la mujer que le había elegido y más tarde proclamaba que había aprendido la importancia de la rebelión en sus relaciones con su padre. El interés de Mao por los rebeldes es evidente en su predilección por «Al borde del agua» («Shuihu Zhuan») (también conocida como «Todos los hombres son hermanos»), un cuento clásico chino que habla de 108 bandidos-«hermanos» que combatían por los pobres contra funcionarios injustos; la historia recuerda la novela sobre el bandido Koba que tanto le gustaba de joven a Stalin. En una entrevista Mao le dijo al periodista Edgar Snow que lo prefería con mucho a los textos confucianos y que a menudo lo leía en clase, oculto en un clásico, mientras el profesor paseaba por el aula.[38] También Mao, como Stalin, había oído hablar de bandidos campesinos en los alrededores. Durante la decadencia del imperio Qing, Hunan, como Georgia, tenía sus propias hermandades secretas que combatían a los terratenientes.

Pero no deberíamos llevar demasiado lejos los paralelismos. Georgia en la década de 1880 y Hunan en la de 1890 eran lugares muy diferentes. Mao, a diferencia de Stalin, participó fervorosamente en una movilización cultural contra el

confucianismo jerárquico —el Movimiento del 4 de Mayo— y su actitud hacia muchas cuestiones —familia, sociedad, cultura— eran mucho más igualitarias y radicales que las de Stalin.

Aunque Mao compartía el sarcástico sentido del humor de Stalin y el uso de palabras groseras, era más discreto entre sus colegas. La gente que lo conoció veía en él a una persona intensa, reservada. Como escribía la escritora estadounidense y corresponsal del *Manchester Guardian*, Agnes Smedley, sobre su primer encuentro con él en los años treinta:

> Su oscuro e inescrutable rostro era despejado, la frente amplia y alta, la boca femenina. Entre la muchas otras cosa que pudiera ser, era indudablemente un esteta … En la misma medida que [el jefe militar] Zhu [De] era amado, Mao era respetado. Los pocos que lo conocían bien sentían afecto por él, pero su espíritu introspectivo lo aislaba. En él no se apreciaba la humildad de Zhu. Pese a sus rasgos delicados, que casi cabría llamar femeninos, era tozudo como una mula y toda su naturaleza parecía albergar una viga de acero de orgullo y resolución. Tuve la impresión de que estaba dispuesto a esperar cuanto fuera preciso, pero que finalmente conseguiría su objetivo.[39]

Con sólo dieciocho años Mao tuvo la oportunidad de emular a sus héroes guerreros alistándose en el ejército republicano en Changsha, la capital de Hunan, para defender la revolución de 1911. No participó en los combates, pero aun así tuvo que afrontar considerables riesgos y dificultades. Al cabo de seis meses fue desmovilizado y tuvo que decidir qué haría con su vida. Pensó en ingresar en una escuela de policía, se registró como experto fabricante de jabón e ingresó en una escuela comercial, que abandonó cuando supo que todos los cursos se daban en inglés. Aprobó los exámenes para una prestigiosa escuela media especializada en historia y literatura chinas, pero su régimen le pareció demasiado restrictivo y disciplinario;

finalmente acabó estudiando en una escuela de formación del profesorado en la que se graduó en 1918.

Aprovechó sus años en aquella institución de enseñanza para ampliar sus lecturas. En aquella época de gran fermentación intelectual y política era muy corriente que los estudiantes nacionalistas buscaran formas de revitalizar China. Como los miembros del Movimiento Nueva Cultura, creía que los chinos tenían que liberarse de su mentalidad servil. Las respuestas serían la tenacidad y la fuerza de voluntad; pero las soluciones de Mao tenían también un claro colorido militar y seguía viendo el mundo con los ojos de un joven soldado y lector de novelas heroicas. En su primer artículo, escrito en 1917, escribió:

> A nuestra nación le falta fuerza: no se alienta el espíritu militar. El estado físico del pueblo se deteriora diariamente … Si nuestros cuerpos no son fuertes, temblarán a la vista de los soldados [enemigos]. ¿Cómo podemos alcanzar así nuestros objetivos o ejercer una gran influencia?[40]

La disciplina del ejercicio físico —que el propio Mao practicaba cada día— reforzaría la energía y la fuerza de voluntad de los chinos, y combinadas con una adecuada perspectiva moral les daría fuerza para alzarse contra sus opresores imperialistas. A diferencia del «hombre superior» confuciano, cuyo comportamiento era «cultivado y agradable», el ejercicio debía ser «salvaje y rudo».[41] Mao estaba quizá justificando su propio carácter, más bien rústico; pero también estaba combinando el interés confuciano por la ética con el darwinismo social de moda importado de Occidente. El remedio de Mao para el declive nacional era muy parecido al de sus antecesores franceses y rusos: destruir la antigua cultura

elitista y forjar al pueblo en una fraternidad casi militar.

Como para muchos de sus contemporáneos, la trayectoria política de Mao comenzó por un vago anarquismo, pero no es de extrañar que fuera uno de los primeros en concluir que el «partido extremista» ruso, como él lo llamaba, tuviera la mejor respuesta. Su observación de los notables corruptos y egoístas que veía en Hunan lo convenció de que cualquier reforma que dependiera de ellos estaba condenada.[42] En 1921 repasó las opciones que tenía a su disposición China y argumentó que todos los modelos sociales —desde el reformismo social hasta el comunismo moderado— fracasarían y no conseguirían cambiarla. Sólo el «comunismo extremo» con sus «métodos de dictadura de clase … podía dar algún resultado».[43]

Mao se convirtió pronto en un destacado organizador del partido en Hunan. Aceptó la estrategia del frente unido y trabajó para el Guomindang como jefe de su departamento central de propaganda; pero tras la crisis de 1927, cuando los comunistas se vieron obligados a abandonar las ciudades y echarse al monte, Mao estaba preparado para aprovechar las nuevas condiciones. Su atención volvió a concentrarse en los aspectos bélicos y pronto urgió a su partido a construir una fuerza militar para enfrentarse al Guomindang. Como declaró en una frase que se hizo famosa, «debemos ser conscientes de que el poder político brota del cañón del fusil».[44]

Mao también estaba muy interesado por el campo y sus tensiones sociales. No añoraba la vida rural, pero, como recordaba su médico, «Mao era un campesino y tenía gustos simples».[45] Como otros campesinos del sur de China nunca se cepillaba los dientes y sólo se enjuagaba la boca con té (a edad avanzada sus dientes estaban completamente estropeados y

negros). Los visitantes extranjeros quedaban a veces desconcertados cuando se quitaba la ropa a media conversación en busca de piojos.[46] A partir de 1925 Mao se fue convenciendo cada vez más de que el campesinado tenía que desempeñar un papel decisivo en la revolución. Nunca rechazó la doctrina marxista sobre la primacía de la clase obrera ni la aspiración a un socialismo moderno e industrial;[47] pero argumentaba que la estrategia del partido debía concentrarse en el campo, porque la «clase terrateniente feudal» era el baluarte principal de los señores de la guerra y los imperialistas extranjeros.[48]

Al principio Moscú insistió dogmáticamente en la línea marxista-leninista tradicional, oponiéndose a la propuesta de Mao de conceder prioridad a los campesinos; pero a finales de 1927, cuando quedó claro el desastre de su política de frente unido, aceptó la nueva estrategia. El propio Mao estableció una base en las montañas de Jinggang, desde donde se vio obligado a desplazarse hacia el sureste (sic), cerca de la ciudad de Ruijin. El 7 de noviembre de 1931, aniversario de la revolución bolchevique, se celebró la creación del primer estado comunista en China: la «República Soviética de Jiangxi». La ceremonia tuvo lugar en un templo clánico en las afueras de Ruijin, cuartel general del régimen. Se realizó un desfile que incluía una representación simbólica de un «imperialista británico» con dos prisioneros encadenados: India e Irlanda. Mao, que presidía el desfile sobre un pódium al estilo soviético, rodeado por banderas rojas con hoces y martillos, fue declarado presidente de la nueva república.[49]

Fue por aquel entonces cuando el partido desarrolló la idea de la «guerra popular» de guerrillas que iba a demostrarse tan

importante en la adaptación del comunismo a los conflictos del Tercer Mundo. El Comité Central del PCCh difundió en mayo de 1928 una «Perspectiva general para el trabajo militar» que explicaba en detalle esa estrategia: el Ejército Rojo (*Hongjun*) debía encuadrar a los campesinos locales en Destacamentos de Defensa Rojos para combatir contra las milicias de los terratenientes locales y el Ejército Nacional Revolucionario, al tiempo que confiscaban sus tierras y la distribuían entre los pobres. El partido esperaba así cobrar protagonismo y realizar «agitación y propaganda» entre los soldados; las relaciones entre oficiales y soldados debían ser igualitarias y se intentaría excluir a la pequeña burguesía del ejército. Las bases de Jiangxi-Fujian debían ser el germen de un estado comunista, abasteciendo al Ejército Rojo y resistiendo las incursiones del ENR.[50]

Así pues, se trataba de un modelo de organización militar muy diferente del convencional en Europa y también del que enseñaban los soviéticos en la academia militar de Huangpu. Paradójicamente, Chiang Kaishek y el Guomindang parecían más impresionados por las ideas soviéticas que los propios comunistas y trataron de crear una estructura nacional jerárquica capaz de movilizar a toda la población para el servicio militar y laboral. Según el sistema *baojia*, todos los hogares debían integrarse en una compleja organización burocrática, supervisada por una combinación de emisarios del centro y autoridades locales.

Los esfuerzos del Guomindang tuvieron cierto éxito y no estaban en principio condenados al fracaso;[51] pero dados el caos político de la época, la proliferación de bandas armadas y la debilidad del gobierno central, su planteamiento jerárquico era excesivamente ambicioso y podía ser frustrado fácilmente por

funcionarios locales desobedientes, mientras que la estrategia comunista, en cambio, era más local que nacional y tenía más probabilidades de éxito en un período de extrema descomposición política; al tiempo que recomponía una sociedad pulverizada por la guerra, conjuntaba grupos militares diversos en una fuerza coherente.[52]

Mao era sólo uno de los muchos jefes militares comunistas, pero tuvo un éxito particular en su empeño en la «guerra popular» de guerrillas. Se había coaligado con Zhu De, antiguo militar nacionalista que se había aficionado al opio al quedar viudo y luego había viajado a Alemania para estudiar en la Universidad de Gotinga, donde conoció a Zhou Enlai; en 1925 se trasladó a la Unión Soviética y de allí regresó a China convertido en comunista clandestino para entrenar a los oficiales del ENR. Mao aprendió de él tácticas militares y juntos formaron el «Cuarto Ejército Rojo», que se convirtió en una eficaz fuerza guerrillera. En lugar de enfrentarse a un enemigo más fuerte en batallas convencionales, su estrategia consistía en retirarse, atraer al enemigo a su propio territorio y atacarlo entonces, cuando se había alejado considerablemente de sus líneas de abastecimiento.

Mao se dedicó también por aquel entonces a realizar un profundo y detallado análisis sociológico del campesinado. Lo consideraba un «mar» de amparo y aprovisionamiento, esencial para que el «pez» comunista pudiera nadar libremente, y percibió que la esquemática clasificación marxista entre campesinos «ricos», «medios» y «pobres» no le servía de mucho y podía incluso hacerle perder el apoyo de la población rural, por lo que en 1930 llevó a cabo un gigantesco y exhaustivo examen del campesinado de varias regiones, entre ellas Xunwu;[53]

contó el número de tiendas y los 131 bienes de consumo disponibles en ellas, así como las profesiones y actitudes políticas de los habitantes. Pronto concluyó que los campesinos ricos eran una minoría diminuta y aislada; el partido podía por tanto «adelgazar a los gordos para engordar a los flacos», esto es, redistribuir la tierra de los ricos a los pobres, sin enojar a la mayoría.[54] Por otra parte, Mao no tenía reparos en utilizar la violencia y organizó «brigadas rojas de ejecución» para matar terratenientes y otros «contrarrevolucionarios».

El poder comunista podía por tanto ser violento e incluso caótico. Las milicias comunistas que llegaron a Jiangxi y otras áreas eran una mezcla heteróclita de intelectuales, desertores del ENR, bandidos, criminales, obreros y campesinos, que pretendían imponer su control en un panorama político fracturado al tiempo que resistían los frecuentes ataques del ENR. Durante mucho tiempo sociedades secretas, cofradías clánicas, pueblos rivales y una plétora de milicias nacionalistas y comunistas se disputaron el poder.

La propia dirección del PCCh estaba muy dividida, como solía suceder. Pese a los éxitos militares de Mao, Moscú y los comunistas de Shanghai lo consideraban demasiado revolucionario e indisciplinado. En 1929 la Comintern trató de imponer su control sobre el PCCh enviando a Wang Ming y sus «28 bolcheviques», los llamados «estudiantes retornados» de la Universidad Sun Yat-sen de Moscú, para dirigir el partido y someter a aquel tozudo disidente. Les disgustaba la preferencia de Mao por la guerra de guerrillas en el medio rural, a la que preferían una acción militar más convencional sobre las ciudades. El nombramiento de Mao como presidente del soviet de Jiangxi fue de hecho un intento de apartarlo del camino por

la vía de la patada hacia arriba.[55]

En 1934 Mao había quedado efectivamente marginado por el grupo llegado de Moscú. Paradójicamente, no obstante, fue Chiang Kaishek quien vino en su ayuda. Su quinta campaña contra la República de Jiangxi tuvo éxito y los comunistas se vieron obligados a huir. La búsqueda tortuosa de una nueva base de operaciones, que les llevó desde la región suroriental (sic) de Jiangxi a la septentrional de Shaanxi y la ciudad de Yan'an en lo que acabó conociéndose como la Larga Marcha, permitió a Mao mostrar de nuevo su capacidad como líder militar y el éxito de sus métodos guerrilleros, restableciéndose rápidamente como aspirante a la dirección única.

Más tarde Mao iba a transformar hábilmente la Larga Marcha en el momento transcendental de la mitología comunista china. Se convirtió en una especie de Moisés que condujo al pueblo elegido a tierra prometida, sufriendo terribles penalidades por el camino.[56] De hecho, Mao y los demás dirigentes realizaron un viaje bastante más confortable que la mayoría, ya que los transportaban en literas (aunque trabajaban en asuntos de estrategia e inteligencia por la noche; Mao, como Stalin, era un noctámbulo impenitente). En cualquier caso, la Larga Marcha fue una hazaña extraordinaria. Se cubrieron más de 10.000 km en un año, esto es, alrededor de 30 km al día, por un terreno a menudo muy difícil. Eran perseguidos por el Guomindang y resultaban especialmente vulnerables al cruzar los ríos. De los 86.000 que iniciaron la marcha sólo llegaron a Yan'an unos 30.000.

Mientras los comunistas huían del ejército de Chiang, otros enemigos más peligrosos reunían sus fuerzas. Japón, cuya economía había sido muy perjudicada por la Gran Depresión,

buscaba mercados cautivos en China. Entretanto, el nazismo en ascenso había obligado a la Comintern a cambiar de línea. Moscú presionaba ahora a Mao y al gobierno de Yan'an a crear un Frente Popular con el Guomindang para hacer frente a los japoneses. Mao, como cabía esperar, era hostil a esa idea, y aunque en 1937 cedió a la presión de la Comintern participando en campañas contra los japoneses, se resistió a los continuos intentos de Moscú de obligarlo a una estrecha alianza con los nacionalistas. Insistió en mantener la independencia del PCCh y ampliar sus bases, siguiendo su bien comprobada táctica guerrillera.

La Larga Marcha había reforzado el prestigio de Mao, pero todavía formaba parte de una dirección colectiva y la Comintern seguía tratando de ejercer su autoridad. Stalin volvió a enviar a finales de 1937 a Wang Ming para restablecer la cadena de mando de Moscú y obligar a Mao a aceptar la línea frentepopulista. Durante un tiempo estuvo bajo una seria amenaza; puede que en 1938 Stalin planeara implicarlo en un juicio contra los «derechistas» de la Comintern;[57] pero lo salvaron las nuevas tensiones entre Chiang y la dirección del PCCh y la ocupación por los japoneses de Wuhan, la base de operaciones de Wang, con lo que quedó justificada la estrategia de Mao de refugiarse en la distante Yan'an. A finales de 1938 Mao se había asegurado el apoyo de Moscú como dirigente del partido, aunque hasta 1943 no quedó totalmente segura su preeminencia. Y fue durante este período, relativamente protegido en Yan'an, cuando Mao mejoró su posición en el partido y comenzó a forjar una nueva concepción comunista radical.

La región de Yan'an había sido la cuna de la civilización

china, pero se había convertido en una de sus regiones más aisladas y más pobres. Era un territorio escarpado, de paisaje amarillo. El periodista estadounidense Edgar Snow trató de transmitir a sus distantes lectores la sensación que le producía, utilizando las referencias habituales de la cultura modernista europea:

> Hay pocas montañas verdaderamente altas, sólo innumerables colinas desmochadas, tan interminables como una frase de James Joyce y aún más tediosas; pero su efecto es a menudo sorprendentemente picassiano debido a los ángulos que forman sus sombras y a un colorido que cambia milagrosamente a lo largo del día. Al atardecer el paisaje se convierte en un mar majestuoso de cumbres púrpura con oscuros pliegues aterciopelados que caen como los frunces de la túnica de un mandarín hacia barrancos insondables.[58]

La ciudad de Yan'an, por otra parte, era una antigua fortaleza con sólidas murallas almenadas, carente de la sofisticación de las ciudades costeras del este y dominada por una pagoda blanca sobre una colina; pero precisamente era su lejanía de la civilización cosmopolita lo que la hacía ideal para el colectivo comunista de Mao. Éste siempre había desconfiado de las grandes ciudades y se sentía mucho más a gusto en aquel reducto provinciano.

Yan'an era también un lugar ideal para que Mao pudiera convertirse en profeta de un nuevo marxismo «chinizado».[59] Sus continuos problemas con los comunistas educados en Moscú lo habían convencido de que necesitaba ofrecer una justificación teórica de su línea independiente; no bastaba ser un caudillo militar experto en movilizar al campesinado, y durante los siguientes años trató de dejar establecida una historia del partido consensuada que justificara sus supuestas «desviaciones». Escribió también varias obras de filosofía marxista, que se iban a

convertir en la base del «pensamiento Mao Zedong».

El marxismo espontáneo de Mao era muy peculiar y no se atenía al lenguaje rígido y dogmático que se enseñaba en Moscú. Agnes Smedley comentaba sobre su estilo;

> Mao era conocido como el teórico, pero sus teorías estaban enraizadas en la historia china y en la experiencia en el campo de batalla. La mayoría de los comunistas chinos se remitían a Marx, Engels, Lenin y Stalin, y algunos se sentían orgullosos de su capacidad para citar capítulos y versículos o dar conferencias sobre ellos durante tres o cuatro horas. Mao también podía hacerlo pero raramente lo intentaba. Sus conferencias … eran como sus conversaciones, basadas en la vida y la historia china. Cientos de estudiantes que acudían a Yan'an se habían acostumbrado a nutrirse de los textos llegados de la Unión Soviética o de unos cuantos autores alemanes o de otros países. Mao, en cambio, les hablaba de su propio país y de su gente … Citaba novelas como *El sueño del pabellón rojo* o *Al borde del agua* … Su poesía tenía la calidad de los viejos maestros, pero a través de ella corría una clara corriente de especulación social y personal.[60]

Traducir los conceptos marxistas al chino era una empresa extremadamente difícil: palabras como «burgués» o «feudal» tenían que contextualizarse para extraer su significado de la ganga europea. La palabra «proletariado», por ejemplo, la transcribía en caracteres chinos como «clase sin propiedades» (*wuchan jieji*), desdibujando la distinción entre pobres rurales y urbanos y haciendo más fácil tratar al campesinado a la par con los obreros industriales; pero fue más allá y empleó deliberadamente términos tradicionales chinos para traducir las ideas marxistas. Por ejemplo, utilizaba el viejo término para «autocracia» (*ducai*) como equivalente de la «dictadura [del proletariado]»;[61] también utilizaba el concepto confuciano de «gran armonía» (*datong*) como sinónimo de «comunismo», combinando la teoría marxista de la historia con la idea tradicional china de una futura era dorada.[62] Las obras de

filosofía marxista que escribió durante aquel período estaban también llenas de conceptos chinos. Su presentación de la dialéctica y del conflicto entre contrarios, ideas decisivas en una versión del marxismo tan concentrada en la lucha, recordaba también la teoría taoísta sobre la coexistencia de opuestos, *yin* y *yang*, en todas las cosas.[63] Mao leyó cuidadosamente los manuales soviéticos al respecto, pero sus anotaciones muestran que quería relacionar las abstracciones generales con las circunstancias concretas chinas.[64]

Sin embargo, el «marxismo chinizado» de Mao era menos específicamente chino de lo que a veces se piensa.[65] Se trataba, de hecho, de una versión del comunismo igualitario radical, adaptada a una fuerza guerrillera que precisaba el apoyo de los campesinos. Daba mucha importancia al poder de la voluntad humana y la inspiración ideológica, y no sólo a las fuerzas económicas;[66] argumentaba que los campesinos podían ser una fuerza tan revolucionaria como los obreros urbanos (aunque nunca negó que la clase obrera industrial acabaría heredando la tierra); e incorporaba el principio de la «línea de masas», esto es, la idea de que el partido tenía que practicar la «democracia» socialista y «aprender de» las masas (aunque, evidentemente, no se trataba ni por asomo de la democracia liberal; los elementos más libertarios de la tradición marxista estaban ausentes del pensamiento de Mao y del pensamiento marxista chino en general).[67]

En la práctica, el comunismo que prevalecía entre Yan'an combinaba idealismo y pragmatismo. Era un sistema estrictamente igualitario: se esperaba que todos, incluidos los dirigentes, realizaran algún tipo de trabajo manual y vivieran en inhóspitas cuevas fuera de la ciudad. Los recién llegados eran

alojados de ocho en ocho en aquellas cuevas y la vida consistía en el trabajo productivo, el entrenamiento militar, espectáculos teatrales y, quizá lo más importante, largas e intensas discusiones políticas en sesiones de estudio. Había también ciertas desigualdades: la cueva de Mao era mayor que la mayoría y tenía vistas excelentes, y también había diferencias salariales.[68] Esa hipocresía suscitó las críticas de algunos de los intelectuales urbanos más idealistas que habían llegado a Yan'an esperando encontrar la igualdad radical que reivindicaban desde el Movimiento del 4 de Mayo. Algunos se quejaban de la ausencia de principios y pasión política entre los dirigentes de Yan'an, otros —en concreto, por ejemplo, el escritor Ding Ling— protestaban por su actitud hacia las mujeres: pese a las proclamaciones en contrario, éstas no eran tratadas como iguales.[69] Aunque Ding Ling no lo decía tan abiertamente, Mao, que era muy promiscuo, era de los más machistas. Sin embargo, comparada con su equivalente soviética de finales de la década de 1930, la conducta social prevaleciente en Yan'an era puritana e igualitaria, como se veía, por ejemplo en su atuendo: hombres y mujeres vestían uniformes militares o trajes de estilo Sun Yat-sen, un conjunto basado en el uniforme estudiantil japonés, muy popular entre los jefes comunistas y del Guomindang (y que más tarde se conocería como «traje Mao» en Occidente).

Pero los comunistas de Yan'an, aunque puritanos, no eran sectarios, porque precisaban el apoyo del conjunto del campesinado y procuraban evitar la enemistad de las fuerzas vivas locales. El sistema de gobierno de los «tres tercios» permitía a los jefes tradicionales mantener cierta influencia, dando los comunistas sólo un tercio de los puestos en los

consejos locales, reservando el segundo tercio a los «progresistas» no comunistas y dejando el último abierto a todos, exceptuando, claro está, a los colaboracionistas con los japoneses. También se permitía a la mayoría de los campesinos ricos mantener sus tierras. Los más pobres, en cambio, se beneficiaban de arriendos e impuestos bajos, y al parecer recibían con agrado a los guerrilleros enviados a vivir y trabajar con ellos porque eso mejoraba la economía local. La combinación de flexibilidad ideológica y activismo de Yan'an se ganó así el apoyo tanto de los campesinos pobres como de los acomodados.[70]

En un primer momento el ambiente entre los comunistas de Yan'an era, pues, relativamente tolerante; pero tras la nueva invasión japonesa en 1937 y la llegada de nuevos reclutas con orígenes muy diversos, Mao insistió en reforzar la unidad ideológica, mostrándose especialmente suspicaz hacia el «individualismo» burgués de los intelectuales procedentes de las regiones dominadas por el Guomindang. A partir de 1939 siguió el ejemplo de Stalin utilizando como instrumento determinados textos para unificar ideológicamente a los dirigentes del partido, ordenando la traducción del *Curso breve de historia del partido* de Stalin y escribiendo sus propios apéndices sobre la experiencia china. Aunque en un principio sólo pretendía que los dirigentes de nivel más alto leyeran y aprendieran esos manuales, en 1942 Mao decidió que todo el partido debía ser reeducado para «rectificar» su pensamiento. Sólo si los comunistas interiorizaban realmente su ideología dispondrían de la convicción necesaria para ganar la guerra y establecer el comunismo.

La «rectificación» (*zhengfeng*) era una variante china de la

«purga» (*chistka*) soviética, aunque mucho más elaborada, lo que reflejaba probablemente la importancia acordada por el confucianismo a la educación moral y el pensamiento correcto.[71] Los miembros del partido debían estudiar veintidós manuales de ideología e historia del partido, la mayoría de ellos escritos por el propio Mao, que debían relacionar con su propia experiencia personal. También debían rellenar cuestionarios en los que se les pedía que proporcionaran informes sobre cualquier caso que conocieran de «dogmatismo», «formalismo» y «sectarismo» y expusieran sus planes de reforma, y se esperaba asimismo que denunciaran los errores de sus camaradas en las llamadas «sesiones cortas». Esos documentos eran luego examinados por los dirigentes y el grupo mantenía una sesión en la que los miembros del partido eran públicamente criticados y debían confesar sus culpas, tras lo cual volvían a ser acogidos en el redil con el pensamiento supuestamente rectificado.

Al igual que en la Unión Soviética, muchos aceptaban que la «rectificación» era necesaria para corregir su pensamiento. Dou Shangchu, jefe de un regimiento del Ejército Rojo, admitía que la rectificación le había obligado a cambiar su actitud anticuada con respecto al matrimonio; sus futura esposa debía ser políticamente fiable y alguien a quien amara, y no sólo un ama de casa obediente.[72] Pero para otros resultaba muy enojoso. Como recordaba un veterano de Yan'an: «Tenías que escribir lo que había dicho éste o aquél, así como lo que tú mismo hubieras dicho que quizá no fuera muy conveniente. Tenías que escudriñar tu memoria y escribir sin parar. Era muy desagradable».[73]

La campaña de rectificación pronto se convirtió en represión abierta,[74] en parte debido a la presión militar creciente del

ENR, tras el deterioro de relaciones con el Guomindang y el cese de hecho de la alianza antijaponesa en 1941, que había incrementado la sensación de peligro. Pero también fueron responsables Mao y su propio Iezhov, Kang Sheng. Este siniestro personaje —la «pistola» de Mao, como se le llamaba a veces— era de origen acomodado y un hombre culto: poeta, calígrafo, conocedor de la literatura erótica y de la cerámica de la dinastía Song. Había vivido en el Hotel Lux durante gran parte de la década de 1930 y había colaborado con la policía secreta soviética en la vigilancia de los chinos presentes en Moscú. Era uno de los «estudiantes retornados» de la Universidad Sun Yat-sen que llegaron a Yan'an con Wang Ming, y tenía un aspecto inusitadamente cosmopolita, con bigote y chaqueta de cuero negro al estilo soviético que solía acompañar de botas altas de cuero negro y una fusta. También le gustaban los perros pequineses negros y tenía a su servicio al cocinero que había deleitado con sus platos al último emperador.[75] Pero pese a sus relaciones con los soviéticos y su atuendo de villano de ópera bufa, disfrutaba de una estrecha relación con Mao, a quien ayudaba en sus ejercicios de poesía y caligrafía. Pronto se convirtió en jefe del servicio de seguridad de Yan'an eufemísticamente llamado «Departamento de Asuntos Sociales». Proclamaba que la campaña de rectificación había revelado la presencia de espías en las filas del partido, y con el apoyo de Mao lanzó una campaña de «rescate de los caídos» en la que se empleaba la tortura, interrogatorios continuos y aterradores asambleas de «lucha» para forzar confesiones. No era una mera reproducción del terror estalinista —hubo relativamente pocas ejecuciones—, pero la campaña, que Mao había prometido que sería educativa y no represiva, provocó una profunda ansiedad

entre algunos dirigentes. Al parecer Mao acabó avergonzándose y pidió perdón por los «excesos» cometidos.

La campaña de «rescate» pudo hacerle más daño que bien a Mao, pero en 1943 su poder estaba asegurado. Tras años de experta manipulación política había salido triunfante y había establecido una nueva forma carismática de liderazgo, convirtiéndose en el primer dirigente del PCCh a un nivel parecido al de Lenin y Stalin.[76] Se proclamó como ideología del partido el «pensamiento Mao Zedong» y a partir de una antigua canción de amor se compuso el famoso himno «El Oriente es rojo»:

> El Oriente es rojo, el sol se levanta.
> En China ha nacido Mao Zedong.
> Desea la felicidad del pueblo.
> Es el gran salvador del pueblo.[77]

Es importante recordar, no obstante, que pese a sus pretensiones Mao no era el único dirigente del PCCh ni del *hongjun* durante aquel período, y que Yan'an no era la única base comunista. El comunismo chino era un movimiento policéntrico y la Larga Marcha dejó tras de sí varios ejércitos menores dispersos por toda China meridional y central que hicieron frente y derrotaron en muchas ocasiones a las fuerzas de Chiang Kaishek. Su experiencia era muy diferente a la de Yan'an y se vieron obligados a adoptar tácticas diferentes, recurriendo, a falta de movilización campesina, a las redes tradicionales clánicas y «feudales».[78]

Fue sin embargo la experiencia de Yan'an la que en último término iba a influir más decisivamente sobre el PCCh. Más

adelante Mao iba a intentar resucitar su espíritu, en particular durante la Revolución Cultural, pero a corto plazo le dio al partido la cohesión necesaria para aprovechar el caos de la guerra; quizá fue la invasión japonesa de China en 1937 el factor más decisivo en la victoria final de los comunistas, que pudieron presentarse ante los campesinos como defensores del pueblo contra los invasores.[79] Obtuvieron así el apoyo de muchos chinos a las acciones guerrilleras, evitando las confrontaciones militares directas, mientras que la maquinaria militar más convencional del ENR resultaba destrozada por las fuerzas japonesas, muy superiores en ese terreno.[80]

Los comunistas aprovecharon la guerra contra los japoneses para expandir las zonas bajo su control, pero cuando los japoneses fueron derrotados en 1945 su situación era todavía relativamente débil, limitada en gran medida a la periferia noroccidental de China. El Guomindang controlaba la mayor parte del país —en particular los centros urbanos—, tenía el apoyo de Estados Unidos y era reconocido por la Unión Soviética, que trató de obligar al PCCh a establecer otro frente unido con los nacionalistas. Cuando el ejército soviético se retiró de Manchuria en la primavera de 1946 estalló la lucha por su control entre el PCCh y el Guomindang, iniciándose una nueva guerra civil. Los comunistas jugaron muy bien sus cartas: se beneficiaron de la ayuda soviética, pero también tuvieron cierto éxito en la movilización de los campesinos contra los terratenientes con la promesa de reducción de los arriendos, aunque les llevó algún tiempo convencerlos para que rompieran con la tradición de obediencia y sumisión.[81]

Desde 1946 Mao insistió en una redistribución radical de la tierra en las áreas dominadas por los comunistas y esto ayudó

indudablemente al Ejército Popular de Liberación (*hongguo Renmin Jiefang Jun*, que era el nuevo nombre adoptado por el Ejército Rojo, *Hong Jun*) a obtener apoyo y reclutas en algunas regiones, especialmente en el norte. Los «equipos de trabajo» comunistas llegaban a los pueblos y creaban asociaciones de los campesinos pobres, con cuya ayuda trataban de determinar la clase de cada uno. A continuación animaban a los campesinos pobres y medios a participar en «asambleas de lucha», en las que «expresaban su amargura» y a menudo atacaban físicamente a los terratenientes. En un pueblo en la provincia septentrional de Shanxi el blanco principal de su ira fue Sheng Jinghe, el hombre más rico de la comarca, que se había hecho rico prestando dinero y quedándose con parte de las donaciones a los templos locales:

> Cuando comenzó la lucha final Jinghe tuvo que afrontar no sólo aquellos cientos de acusaciones sino muchas más. Ancianas que nunca habían hablado en público antes se pusieron en pie para acusarlo. Hasta la mujer de Li Mao —una mujer tan humilde que difícilmente se habría atrevido a mirar a nadie a la cara— sacudió el puño ante su nariz y gritó: «Una vez fui a recoger trigo en tus tierras; pero me insultaste y me echaste de allí…». Jinghe no supo qué responderle. Se mantuvo allí en pie con la cabeza inclinada.
>
> Aquella noche todo el mundo se dirigió a la hacienda de Jinghe para apoderarse de sus propiedades … Todos decían que debía tener un montón de yuanes de plata … así que comenzamos a golpearle. Finalmente dijo: «Tengo 40 yuanes de plata bajó el *kang* [cama de ladrillo]». Fuimos allí y escarbamos. El dinero nos excitó a todos … Le golpeamos de nuevo y varios milicianos comenzaron a calentar una barra de hierro en uno de los fuegos. Entonces admitió que tenía 110 yuanes de plata … En total conseguimos aquella noche yuanes de plata de Jinghe.
>
> Todos dijeron: «En el pasado nunca vivimos un Año Nuevo feliz porque siempre nos exigía la renta y el interés y dejaba vacías nuestras casas. Esta vez comeremos lo que queramos»; todos comimos hasta hartarnos y ni siquiera notamos el frío.[82]

Como muestra este episodio, viejos resentimientos podían dar lugar a una cólera violenta y los campesinos se comportaban

a veces de forma más radical de lo que pretendían los comunistas.[83] En las zonas ocupadas por éstos, los campesinos ricos eran a menudo muy influyentes y los comunistas no se podían permitir perderlos. En el sur de China, donde los comunistas eran más débiles, hubo muchos menos conflictos entre ricos y pobres. Otros dirigentes del partido —especialmente el número dos de Mao, Liu Shaoqi— presionaron con éxito por un planteamiento menos agresivo.[84] Liu había nacido cerca del pueblo natal de Mao y se conocían desde jóvenes; pero su formación era más dilatada y era más cosmopolita; había estudiado en la KUTV de Moscú a principios de los años veinte y aunque, como Mao, había tenido sus tiranteces con los soviéticos más tarde, siempre se situó en el ala marxista más modernista. Veía como modelo para la nueva China el estado racional y burocrático que había visto construir a Lenin y no el ejército guerrillero de Mao. A finales de 1947 el propio Mao aceptó que había que moderar la lucha de clases en favor del consenso nacional; la reducción de los arrendamientos podía ser más eficaz para apartar al campesinado del Guomindang.[85]

El campesinado era difícil de movilizar y la propaganda del partido, que mostraba columnas de campesinos que marchaban hacia el poder enarbolando banderas rojas, estaba lejos de la verdad. La mayoría de los campesinos eran más espectadores que participantes en la revolución, y muchos obedecían a los comunistas por temor al castigo.[86] Mucho más importante en la victoria de Mao fueron los propios combatientes comunistas. Era la juventud, más que la pobreza, la que determinaba la disposición de los campesinos de unirse a ellos, aunque el propio partido discriminaba a los más ricos y al final de la guerra civil

estaba compuesto en gran medida por campesinos pobres.[87]

El estudio de la época más sistemático de la guerrilla maoísta fue el que llevó a cabo el antropólogo estadounidense Lucien Pye, que entrevistó a sesenta antiguos combatientes chinos, la mayoría de ellos miembros y mandos de bajo nivel del partido, en la Malasia británica a principios de la década de 1950.[88] Según explicaba, eran «un grupo extraordinariamente despierto de gente con mente muy activa».[89] La mayoría de ellos eran de origen muy humilde, aunque no de los más pobres. Tenían un nivel de formación mayor que la media (aunque sin llegar a la enseñanza superior) y estaban deseosos de mejorar, aunque sus perspectivas eran limitadas. En su mayoría eran obreros especializados, muchos de ellos en plantaciones de caucho propiedad de extranjeros y tenían pocas posibilidades de ascenso.[90] Estaban insatisfechos con su estatus y con el trato que les daban sus superiores y trataban de alcanzar sus ambiciones en un mundo rápidamente cambiante, lo que los llevó, como a la generación del 4 de Mayo de intelectuales urbanos, a cuestionar los valores confucianos de sus padres. Estaban convencidos de que aquel mundo de piedad filial y rituales los condenaba a un bajo nivel de vida y de estatus; querían modernizarse y se fiaban más de la gente de su edad que de los ancianos. Para ellos eran muy importantes los amigos y la camaradería masculina y a menudo tenían cierto carisma, convirtiéndose en líderes informales de su grupo.

Vivían en un mundo caótico en el que la política tenía mucha importancia. Con la invasión japonesa la vida de la gente corriente se vio clara y directamente afectada por la alta política. Muchos de ellos habían perdido a miembros de su familia durante la ocupación y creyeron que debían implicarse en la

política, tanto para protegerse como para progresar. Una opción era unirse a alguna de las muchas asociaciones existentes: sociedades secretas, organizaciones de clan y comerciales; pero el Partido Comunista les ofrecía algo diferente. Se consideraba más fiable que las asociaciones tradicionales en cuanto a la ayuda a sus miembros; parecía dar sentido a la política de la época y tenía una estrategia clara. Era moderno, pero no occidental e imperialista; su ámbito era el de la gente corriente —gente como ellos mismos—;[91] estaba bien organizado y era poderoso, y prometía ayudar a los chinos a hacerse valer. Como decía uno de ellos: «Me pareció que su propaganda decía que si me unía a ellos, sería como quienes iban a gobernar China. Sabía que los comunistas eran muy poderosos y que nadie se atrevía a oponerse a ellos». El comunismo y la revolución de Octubre habían mostrado que una nación pobre y débil podría convertirse de pronto en una de las grandes potencias; como otro explicaba, «hasta que los chinos supieron de la revolución rusa, no éramos buenos en la política y nos poníamos en ridículo. Ahora, en cambio, los comunistas chinos han aprendido de los rusos cómo hacer una revolución y nadie se ríe ya de la revolución china».[92]

Una vez que se unían al partido, los comunistas sentían que tenían peso en el mundo: «Era como si me hubiera subido al lomo de un tigre —declaraba uno de ellos—, era muy excitante y tenía el poder del tigre; avanzaba cuando él avanzaba». En principio no objetaban prácticas del partido como la rectificación: su deseo de mejorar les hacía agradecer que el partido les corrigiera, aunque pronto les preocupó que las críticas pudieran conllevar una pérdida de estatus dentro del partido. De hecho, para aquellos comunistas educados en una

cultura confuciana, uno de los principales atractivos del partido era la educación moral que ofrecía: «El comisario político me dijo que me ayudaría a aprender marxismo-leninismo, de manera que pudiera liberarme de mis malos hábitos», recordaba uno de ellos.[93]

El marxismo-leninismo maoísta tenía otras funciones para los guerrilleros. Podía ser una fuente de sostén emocional en la batalla. El comisario político daba con frecuencia largas conferencias antes de una batalla y cada soldado daba un paso adelante con el puño cerrado, prometiendo sacrificar su vida por la causa marxista-leninista. Según un soldado, «cuando todos habíamos acabado de pronunciar nuestros discursos diciendo que no temíamos morir como verdaderos revolucionarios, no nos asustaba la posibilidad de que todos muriéramos. Así de osado es el marxismo-leninismo». La ideología servía también para otros fines, como un conocimiento especial, esotérico, que mostraba cómo funcionaba la historia y cómo vencer en la lucha política. Los guerrilleros malayos estaban particularmente agradecidos a los comunistas por compartir con ellos ese valioso conocimiento, a diferencia de los arrogantes occidentales que guardaban para sí el secreto de su éxito:

> El marxismo-leninismo le enseña a uno cómo llevar a cabo una revolución y cómo será la historia. Los comunistas tienen libros que dicen cómo vencer políticamente y les hacen a todos leerlos, de forma que si quieres ayudarles sabrás qué hacer. Las democracias lo mantienen todo en secreto y no le dicen a nadie cuáles son sus planes. ¿Quién sabe cuál es la estrategia y la táctica de Wall Street? Si yo hubiera querido trabajar para las democracias contra los comunistas, ¿cómo habría podido saber qué hacer?[94]

En la propia China el PCCh sólo era una entre varias fuerzas —regionales, liberales, estudiantiles y sociedades secretas—

opuestas a un Guomindang dividido y desacreditado por la corrupción de sus dirigentes.[95] La colaboración de los chinos más ricos y poderosos con los japoneses durante la guerra dividió a los seguidores del Guomindang, que salió muy debilitado de la guerra de liberación, al terminar la cual los administradores nacionalistas eran considerados codiciosos —por su impopular exacción de altos impuestos— e incapaces de satisfacer los deseos de justicia social, tan comunes en Asia como en Europa. Los nacionalistas optaron por reprimir las manifestaciones estudiantiles y revueltas rurales, mientras que los intentos de Chiang de reforzar la autoridad estatal lo enfrentaban a los caciques regionales.

El PCCh tenía mucho apoyo campesino e incluso urbano, pero quizá su principal ventaja era su coherencia. En último término su victoria fue militar y no era en absoluto un resultado asegurado de antemano. Ambos bandos cometieron errores estratégicos, pero los de Chiang Kaishek fueron más graves.[96] Al final se vio obligado a retirarse a Taiwán, donde el Guomindang gobernó durante muchas décadas. Durante la primavera de 1949 Mao viajó desde el pueblo de Xibaipo, en la provincia de Hebei —cuartel general comunista desde 1947— a la antigua capital imperial de Beijing. Estaba claramente nervioso. Bromeó que aquel viaje se parecía bastante al que hacían los candidatos al mandarinato para los exámenes imperiales,[97] porque aunque era relativamente corto geográficamente, en términos culturales equivalía a la Larga Marcha. De hecho Mao tuvo que transformarse del líder guerrillero que era entonces en dirigente de uno de los mayores estados del globo.

V

El 1 de octubre de 1949 Mao Zedong llegó a Tiananmen, la Puerta de la Paz Celestial de la vieja Ciudad Prohibida en el centro de Beijing, y se dirigió a una multitud de unas 30.000 personas que agitaban la nueva bandera china (roja con cuatro pequeñas estrellas amarillas que rodean por la derecha a otra mayor en el ángulo superior izquierdo) declarando: «¡El pueblo chino se ha puesto en pie!». Con su aguda voz anunció la fundación de la República Popular China (*Zhonghua Renmin Gongheguo*) y a continuación desfilaron miles de soldados y civiles, algunos de ellos llevando retratos de los líderes y otros tocando tambores y danzando el tradicional *yangge* del norte de China.

La ceremonia había sido cuidadosamente planificada y había una razón para cada elemento.[98] Debía mucho a los desfiles soviéticos en la Plaza Roja en el aniversario de la revolución de Octubre, pero a diferencia de ellos tenía también un fuerte componente folclórico-campesino. Por otra parte, el simbolismo del desfile combinaba cuidadosamente el comunismo soviético y el nacionalismo chino. En octubre se conmemoraba también la revolución de 1911 contra la dinastía Qing y el rojo de la bandera se refería tanto al movimiento obrero como a la tierra roja de China. Las estrellas también mostraban el compromiso del PCCh con la unidad nacional, representando las cuatro clases del «pueblo»: la burguesía nacional, la pequeña burguesía, los obreros y los campesinos, rodeando al gran partido comunista, todos ellos como parte de la «Nueva Democracia».

Se mostraba así que el nuevo régimen era comunista, explícitamente nacionalista y favorable a los campesinos.

Octubre de 1949 marcó la culminación del enrojecimiento de posguerra en Asia. Como en Europa, el final del poder del Eje dio un gran impulso a los comunistas por su antiimperialismo al tiempo que hacía pagar a las viejas clases dominantes su colaboracionismo con los japoneses. A China se unieron otros dos estados —Corea del Norte y Vietnam— como parte de la nueva hermandad comunista asiática. Los tres regímenes tenían semejanzas muy estrechas y diferían notablemente de sus cofrades del este de Europa. Habían sido creados por partidos campesinos que operaban en sociedades confucianas y habían emprendido una guerra de guerrillas contra las potencias imperialistas; pero cada uno de ellos había nacido en circunstancias bastante diferentes: si China era la Yugoslavia de Asia —un estado comunista nacido de una guerra de guerrillas antiimperialista—, Corea del Norte se parecía más a Alemania oriental: un régimen creado en gran medida por la *realpolitik* y la partición decidida por las grandes potencias. La revolución vietnamita, en cambio, tenía un fuerte elemento urbano y mayores semejanzas con su predecesora rusa.

El régimen norcoreano se creó bajo la égida de las tropas soviéticas: en vísperas de la rendición japonesa en agosto de 1945, el gobierno estadounidense propuso que Corea quedará dividida por el paralelo 38, concediendo la parte septentrional (fronteriza con la URSS) a los soviéticos y quedándose con el sur. El norte siguió luego una trayectoria semejante a la de los países del este de Europa: un Frente Popular seguido por la comunistización. En febrero de 1946 se estableció un gobierno dominado por los comunistas y presidido por Kim Il-sung

(«conviértete en el sol»). Sin embargo, no hay que llevar demasiado lejos el paralelismo con la Repúplica Democrática Alemana, ya que el régimen coreano se aseguró pronto un alto grado de autonomía.

Kim Song-ju (adoptó su nombre de guerra en 1935) había nacido en 1912 en un pueblecito cerca de Pyongyang, en una familia cristiana. Su padre era miembro de una organización nacionalista coreana, y al parecer fue detenido por los japoneses que ocupaban el país. Al ser liberado hacia 1920, la familia emigró a Manchuria uniéndose a una gran comunidad coreana de emigrados. La formación cultural de Kim era por tanto multinacional: había nacido en Corea, ocupada entonces por los japoneses; fue educado en escuelas chinas en mandarín, pero regresó a Corea por dos años cuando tenía once para asistir a una escuela cristiana; de hecho fue durante un tiempo maestro de la escuela dominical, hecho que no registra su biografía oficial.[99] Siguió a su padre en la política nacionalista, uniéndose a un grupo marxista en 1929, y tras un breve período en prisión, en 1931 se unió a un grupo guerrillero del PCCh que operaba en Manchuria contra la reciente ocupación japonesa. Fue ascendiendo en sus filas y se convirtió en comandante regional del ejército guerrillero.

Así pues, pasó la mayor parte de su juventud fuera de Corea, pero sería un error considerarlo un «forastero». Como muchos de sus camaradas guerrilleros, se consideraba un nacionalista coreano, aunque luchara por el comunismo internacional bajo el liderazgo de la URSS. Entre la Manchuria oriental y las regiones fronterizas difíciles de controlar de Corea del Norte había lazos muy estrechos y los coreanos organizaron una guerra de guerrillas contra los japoneses en toda la región. Fue en aquel

inclemente ambiente guerrillero, luchando contra un enemigo mucho mejor armado y organizado, donde se forjó el pensamiento político de Kim.

En 1940, empero, los japoneses iban ganando y Kim, como muchos otros combatientes, se vio obligado a buscar refugio al otro lado de la frontera con la Unión Soviética. Durante sus cinco años de estancia allí Kim ascendió en la jerarquía y abrazó con gusto la vida soviética; parecía preferir la disciplina del Ejército Rojo a su antigua anterior vida guerrillera. Recibió entrenamiento en la escuela de oficiales de infantería de Javarovsk y se convirtió en capitán del Ejército Rojo. Durante aquel período tuvo dos hijos y una hija a los que dio nombres rusos; su hijo mayor, a quien más tarde se conocería como Kim Jong-il, llevó durante los primeros años de su vida el nombre de Yuri Irsenovich (Il-sung-ovich).

Al parecer deseaba proseguir su carrera en el Ejército Rojo, pero tras la derrota de los japoneses los soviéticos tenían para él ideas distintas. Habían comenzado a desconfiar de los nacionalistas coreanos con los que colaboraban y decidieron imponer una dirección comunista más fiable; Kim, que entonces tenía treinta y tres años, era un candidato ideal, aunque al principio no le entusiasmara la idea.[100] Fue presentado en público en octubre de 1945, en una ceremonia en honor del Ejército Rojo. Lo habían anunciado como un heroico y venerable líder guerrillero y muchos lo confundían con un combatiente semimitológico del estilo de Robin Hood; cuando lo vieron se sintieron, como es lógico, profundamente decepcionados:

> [era] un joven de poco más de treinta años que se aproximó al micrófono con un

> papel en la mano … su tez era ligeramente oscura y llevaba cortado el pelo como un camarero chino: le caía sobre la frente dos o tres centímetros, recordando a un campeón de boxeo del peso ligero. «¡Es un fraude!» La gente reunida en el campo de deportes sintió un relámpago de desconfianza, decepción, descontento e irritación.
>
> Ajeno al repentino cambio en el estado de ánimo de la audiencia, Kim siguió alabando con su monótona voz de pato la heroica lucha del Ejército Rojo … En particular elogió y ofreció las más exageradas palabras de gratitud y gloria a la Unión Soviética y al mariscal Stalin, aquel buen amigo de todos los pueblos oprimidos del mundo.[101]

Kim era, pues, una «marioneta» soviética; pero los soviéticos no estaban interesados en la gestión cotidiana de los pequeños asuntos administrativos, que dejaban en manos de los coreanos.[102] Pese a los malos augurios de su presentación en público, Kim se demostró capaz de gestionar las discrepancias en el partido entre sus propios «manchúes», los «coreanos» que habían permanecido allí bajo la ocupación japonesa, los coreanos «soviéticos» que habían vivido en la URSS, y los comunistas «de Yan'an» vinculados al PCCh.[103] Como veremos, también estableció los cimientos de un régimen que logró un gran apoyo fusionando el comunismo con el nacionalismo coreano.

En el mismo momento en que Corea quedaba dividida por el paralelo 38, en Vietnam surgía otro régimen comunista de las cenizas de la ocupación japonesa; pero a diferencia de los comunistas coreanos, los vietnamitas llegaron al poder en una auténtica revolución nacional, que combinaba la guerra de guerrillas china con la revolución urbana bolchevique.[104] Ho Chi Minh se había situado siempre en el ala más radical de la Comintern, por ejemplo de parte de Roy en el debate con Lenin (aunque Roy no simpatizaba con él), pero estaba cada vez más insatisfecho con la obsesión soviética por la clase obrera urbana. Con el éxito de Mao desde mediados de los años treinta, Ho

Chi Minh aprendió de la experiencia china, distanciándose del viejo modelo de Moscú. En 1938 visitó Yan'an (aunque no se encontró con Mao), y poco después se le unieron en China dos jóvenes miembros del partido, Vo Nguyen Giap y Pham Van Dong.[105]

Los comunistas vietnamitas pronto comenzaron a seguir el modelo chino. Establecieron una «base» en la región fronteriza del norte, donde crearon una fuerza guerrillera, y en 1941 una organización nacionalista interclasista (que incluía terratenientes y funcionarios) llamada Liga por la Independencia de Vietnam —el «Vietminh»— con una extensa implantación en el campo. Comenzaron a planear un levantamiento campesino contra la administración francesa, a las órdenes de Vichy, que cooperaba con los japoneses. Se les dijo a los comunistas que se mezclaran con los campesinos, se vistieran como ellos y tradujeran los manifiestos del Vietminh a los dialectos regionales. Aprovecharon el resentimiento campesino por los perjuicios causados a la agricultura tradicional, primero por la explotación colonial francesa y luego por las brutales exacciones japonesas. Pero lo que más ayudó a los comunistas en su estrategia fue la hambruna de 1944-1945, agravada por las requisas japonesas a las que no se oponían los franceses, juzgados como principales culpables.[106] En marzo de 1945 el control central del país se debilitó aún más cuando los japoneses, ante la inminencia de la invasión aliada, dieron un golpe de fuerza contra la administración colonial francesa y establecieron un gobierno títere manteniendo formalmente al emperador Bao Dai. Cuando el emperador japonés Hirohito anunció por radio la rendición de su país el 14 de agosto, el Vietminh, que se había lanzado a una ofensiva general desde cuatro días antes, se

hallaba en una situación ideal en el norte, con fuerte apoyo tanto en Hanoi como en el campo, mientras los comerciantes y empleados permanecían en sus puestos. El 19 las tropas japonesas se rindieron al Vietminh, que organizó una manifestación de masas el 22 en Saigón, y el día 25 abdicó Bao Dai entregándole los emblemas imperiales. Aunque en el sur el Vietminh no era tan fuerte, también se hizo con el control de la situación en alianza con otros partidos nacionalistas.

El 2 de septiembre de 1945, Ho Chi Minh, vestido con un humilde traje caqui y zapatos azules de lona, proclamó en la plaza Ba Dinh de Hanoi la independencia de Vietnam en nombre del gobierno provisional de la República Democrática del Vietnam que él mismo presidía. Su discurso citaba tanto la Declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776 como la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1791.[107] Ho todavía esperaba obtener el apoyo estadounidense y declaró que estaba dispuesto a apoyar un gobierno amplio no monocolor a medio plazo; Stalin todavía no había ofrecido a los comunistas vietnamitas ningún reconocimiento o ayuda. Sin embargo, cuando los franceses regresaron con ayuda británica poco después de la declaración de independencia, algunos grupos nacionalistas comenzaron a retirar su apoyo al Vietminh. Los comunistas, aunque contaban con la mayoría de la población en el norte, se vieron sin embargo pronto a la defensiva en el sur, y desde finales de 1946 el Vietminh tuvo que afrontar una nueva guerra anticolonial contra la República francesa y pronto contra Estados Unidos.

La subsiguiente restauración del dominio colonial europeo tras la derrota japonesa encolerizó y dio ánimo a los comunistas de toda Asia. En muchos lugares aprovecharon el caos

económico en el campo provocado por la guerra y la inicua explotación japonesa; pero aparte de China, Vietnam y Corea, en general fueron incapaces de fusionar el comunismo con un nacionalismo atractivo. El Partido Comunista Indonesio participó en la lucha contra los holandeses, pero con poco éxito. El líder nacionalista Sukarno, que pretendía combinar un socialismo no marxista con el islam, fue mucho más capaz que los comunistas de aglutinar un archipiélago tan diverso. En 1948 una facción radical del Partido Comunista que rechazaba una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU relativa a una tregua con los holandeses se negó a entregar las armas e intentó organizar una insurrección en Madiun, en el este de Java, pero fue aplastada, y aunque el PKI no fue prohibido decenas de miles de sus militantes fueron encarcelados; el partido tuvo que recomponerse, con una línea más conciliadora, a partir de 1950.

Más seria fue en cambio la insurgencia comunista en las colonias británicas y en Filipinas —sometida a una administración semicolonial estadounidense—, pero en último término fracasó debido a su limitado arraigo en sectores particulares de la población. Estados Unidos concedió la independencia a las Filipinas en julio de 1946, entregando el poder a una rica clase terrateniente americanizada. Sus intentos de disolver el Ejército Popular Antijaponés (Hukbalahap, *Hukbo ng Bayan Laban sa mga Hapon*), brazo armado del *Partido Komunista ng Pilipinas*, precipitaron una rebelión campesina en la isla de Luzón; pero era relativamente exigua y los estadounidenses, pensando que la mejor forma de combatir el comunismo era resolver los problemas sociales, persuadieron al gobierno de Manila de que una reforma agraria podía

contrarrestar las arengas comunistas. La revolución quedó pronto sofocada mediante una hábil combinación de represión y reformas.[108]

El levantamiento comunista en Malasia fracasó por razones parecidas. El maoísmo y la guerra de guerrillas ganaron prestigio entre los chinos de Malasia —que como los propios malayos constituían alrededor del 40 por 100 de la población— tras la invasión japonesa de China en 1937; fue entonces, con trece años, cuando Chin Peng, futuro líder del *Parti Komunis Malaya*, comenzó a interesarse por el comunismo,[109] aunque hasta enero de 1940 no ingresó en el partido. Durante la segunda guerra mundial éste organizó un Ejército Popular Antijaponés e incluso recibió apoyo británico; pero al terminar la guerra los británicos, que habían prometido derechos políticos plenos a la comunidad china, olvidaron aquella promesa bajo la presión de los malayos, con lo que se ganaron su enemistad. En junio de 1948 la administración colonial británica decretó el estado de emergencia tras el asesinato de tres plantadores europeos y el PKM, que había asumido la causa etnonacionalista china, fue prohibido en julio, pero se retiró a las áreas rurales bajo la dirección de Chin Peng, constituyó el Ejército de Liberación Nacional Malayo e inició una guerra de guerrillas contra los británicos;[110] a diferencia del Vietminh, no obstante, su apoyo se limitaba en gran medida a los chino-malayos, especialmente los campesinos más pobres, sin derecho a la tierra. El general Harold Briggs, Director de Operaciones del ejército británico en Malasia, desarrolló una estrategia contrainsurgente basada en el confinamiento de medio millón de campesinos en «nuevas aldeas» muy defendidas, privando de apoyo a la guerrilla. Por otra parte los británicos, como los estadounidenses

en Filipinas, adoptaron una línea más conciliadora que los franceses en Vietnam y los holandeses en Indonesia; trataron de ganarse «corazones y mentes»[111] de los potenciales comunistas ofreciendo ayuda alimentaria y médica a los campesinos y declararon su intención de conceder la independencia a Malasia, como efectivamente sucedió en agosto de 1957.

Pese a esos contratiempos, hacia 1950 los partidos comunistas habían establecido firmes posiciones en prácticamente todo el este y sureste de Asia. Al parecer se habían beneficiado de las mismas fuerzas que habían favorecido a los comunistas en Europa durante la década de 1940, al situarse en primera línea de combate contra los ocupantes imperialistas y sus colaboradores locales; también emplearon estrategias guerrilleras o partisanas parecidas, retirándose de las ciudades al campo y acosando desde éste a sus enemigos, mejor armados; pero los resultados fueron muy diferentes, dependiendo del papel del ejército soviético. En Occidente los partidos comunistas fueron derrotados electoralmente y regresaron al aislamiento político; en Europa central y oriental emprendieron la construcción de un socialismo al estilo soviético; y en el sureste de Europa y Asia surgieron partidos comunistas más independientes y radicales.

El «bloque» comunista era por tanto muy diverso, mucho más de lo que muchos occidentales pensaban en aquella época. Aun así, desde 1949 los regímenes comunistas, la mayoría de ellos estrechamente aliados con Moscú, cubrían una tercera parte de la superficie terrestre. Pocos habrían predicho un resultado tan extraordinario tan sólo ocho años antes, cuando los nazis estaban a las puertas de Moscú y el comunismo parecía

al borde del colapso.

7

Imperio

I

Como el Ozymandias de Shelley, todos los grandes emperadores han ordenado erigir monumentos para celebrar su poder, desde los acueductos y arcos triunfales romanos a los grandes edificios y estaciones ferroviarias neogóticas del imperio británico. El imperio soviético no fue una excepción. Pese a la retirada de la mayoría de las estatuas de Marx y Lenin que adornaban (o deslucían) las ciudades del antiguo bloque soviético, siguen todavía en pie monumentos muy destacados, en particular los «grandes edificios» estalinistas planificados entre 1948 y 1953; de haber vivido más Stalin seguramente su número se habría incrementado. Para Moscú se planearon ocho, aunque sólo se llegaron a construir siete (a finales de 2003 Vladimir Putin inauguró el lujoso edificio de apartamentos «Palacio del Triunfo», un nostálgico pastiche del octavo). El más colosal es el gigantesco edificio de la Universidad estatal Lomonosov de Moscú, con 5.000 salas, construido en las colinas de Lenin.*

En las capitales de los países satélites se planearon otros

edificios parecidos, «regalos del camarada Stalin», pero sólo se completó uno, el Palacio de la Cultura y la Ciencia en Varsovia (construido para que trabajaran en él 12.000 personas, ahora alberga, además de museos y salas de conciertos, una gran bolera); pero existen muchas otras versiones más pequeñas, desde el Hotel Internacional de Praga hasta los edificios de la Amistad Soviética en Beijing y Shanghai o la Casa Scînteii en Bucarest; con un estilo similar se construyeron los grandes edificios de la Avenida Stalin (hoy día Karl-Marx-Allee) en Berlín.[1] Esos símbolos de poder marcaban la esfera de influencia soviética en su momento de mayor amplitud, cuando abarcaba gran parte de Eurasia, desde el Báltico hasta el Nan Hai (mar del Sur) chino, durante el período comprendido entre la victoria de Mao en 1949 y la escisión chino-soviética a finales de la década de 1950.

Esos grandes edificios también nos presentan varios rasgos sustanciales del estalinismo de posguerra. Híbridos enormes y ampulosos de los rascacielos de Manhattan con las grandes construcciones neoclásicas y neogóticas del siglo XIX, engalanados con ornamentos del pasado medieval moscovita, combinaban la modernidad, el imperio y el nacionalismo,[2] pero también subrayaban una línea política que insistía cada vez más en la cultura eslava por encima del internacionalismo y el universalismo.[3] Los grandes edificios estalinistas trataban de incorporar en cada país ciertos aspectos «nacionales», ya fueran características bizantinas en Rumanía o renacentistas en Polonia y Checoslovaquia, y estaban destinados de forma evidente a reforzar el prestigio y el poder de la élite y no a proporcionar alojamiento a las masas hacinadas en cuchitriles tras la devastación de la guerra.

Todas aquellas estructuras masivas materializaban en piedra y ladrillo el «estalinismo maduro» de posguerra, una versión ampliada del orden paternalista y tecnocrático que se empezó a gestar a mediados de la década de 1930. Los restos de marxismo radical, antiburocrático, todavía evidentes durante la Gran Purga, habían desaparecido casi por completo y el modelo jerárquico se transmitía a la totalidad del bloque soviético como en un imperio. Evidentemente, la URSS nunca se consideró a sí misma un imperio y era radicalmente hostil al «imperialismo» que, en frase de Lenin, seguía considerándose «fase superior del capitalismo». A diferencia de muchos imperios no justificaba la jerarquía por razones étnicas, sino como reflejo del diferente nivel alcanzado en la edificación socialista. Los rusos estaban en lo más alto en razón de su progresismo, no porque fueran racial o culturalmente superiores. Aun así, en la práctica las relaciones de la URSS con sus satélites de Europa oriental eran típicamente imperiales y lo mismo se puede decir de su política y su cultura. Una jerarquía de poder, centrada en Moscú, se extendía a todos los países del bloque soviético; el estatus de los rusos era incontestablemente superior al de otros pueblos; y las sociedades socialistas se iban estratificando cada vez más, con los miembros del partido más leales (o al menos políticamente fiables) en la cumbre. En algunos países del bloque se requería un alto nivel de coerción e intimidación para mantener en pie tal sistema.

La preocupación por mantener el control sobre una Unión Soviética y una Europa oriental arrasadas por la guerra y las lecciones aprendidas durante las purgas intensificaban el afán de la dirección soviética por establecer una cultura fija y ordenada. Al mismo tiempo, el temor a eventuales invasiones extranjeras y el deseo de alcanzar cierto estatus internacional reforzaban las

desigualdades en el interior. Jruschov recordaba irónicamente la preocupación de Stalin por el menosprecio occidental, cuando decía: «¿Qué sucederá si [los visitantes extranjeros] no ven rascacielos al pasear por Moscú? Pueden hacer comparaciones desfavorables con las ciudades capitalistas».[4]

Así pues, según la visión de posguerra estalinista, los altos funcionarios debían vivir y trabajar por encima de la gente corriente, como una aristocracia de servicio de técnicos expertos y arúspices ideológicos, guiando la máquina estatal hacia un glorioso futuro, si bien se esperaba combinar la disciplina con el dinamismo. Los gobiernos del bloque soviético hicieron construir, además de los grandes edificios, grandes plazas donde realizar enormes desfiles y concentraciones de masas supuestamente entusiasmadas. Aquellas concentraciones populares, o de tanta gente como fuera posible, en complejos festivales y desfiles estatales, recordaban por supuesto la Francia jacobina; pero las ceremonias de finales de la era estalinista adquirieron un colorido particularmente soviético. El modelo original era el mausoleo de Lenin en la Plaza Roja —donde descansaba el cadáver momificado del gran líder—, que servía como tribuna desde la que los gobernantes veían pasar y recibían el aplauso de las masas. Bulgaria fue la que siguió más de cerca el ejemplo soviético, con la construcción del mausoleo de Dimitrov en 1949 y frente a él la plaza ceremonial del 9 de Septiembre. También se construyeron tribunas y plazas similares en Budapest, Bucarest y Berlín Este; sólo Praga, relativamente incólume tras la guerra, escapó a la generosidad de Stalin.[5] Los chinos construyeron por su cuenta, aunque con ayuda soviética, sus propias ágoras estalinistas, en particular el vasto espacio frente a la Puerta de la Paz Celestial —lo que ahora es la plaza

de Tiananmen— destruyendo innumerables edificios y muros antiguos.

Pero ¿cómo se podía generar el entusiasmo de las masas con una jerarquía política tan rígida? Donde era más evidente la contradicción era en Varsovia, donde la base del enorme Palacio de la Cultura y la Ciencia servía como podio para los gobernantes durante las concentraciones de masas. Aquel edificio era muy impopular porque simbolizaba no sólo el dominio ruso sino también el del partido y los privilegios burocráticos, y difícilmente podría generar emociones positivas entre los obreros que desfilaban ante él cada 1 de mayo. Durante la década de 1930 Stalin había afrontado el problema de la movilización de las masas al tiempo que las sometía a la disciplina, recurriendo como solución al sentimiento patriótico más que a la pertenencia de clase; y lo mismo trataron de hacer los regímenes estalinistas, fusionando el nacionalismo local con el comunismo soviético, pero la tarea era evidentemente muy difícil.

Los gobernantes estalinistas se veían así con un problema: el desarrollo económico exigía altos niveles de heroísmo y sacrificio de los obreros y campesinos, pero el sistema se basaba en la represión y dura disciplina ejercida por trabajadores de cuello blanco y funcionarios. El sistema soviético de posguerra parecía así operar, aún más que la URSS durante la década de 1930, en interés de la «*intelligentsia* socialista» más que de los obreros y campesinos. Esto tenía sus ventajas, al atraer a la esfera del gobierno a personas jóvenes y ambiciosas deseosas de hacer carrera y de desarrollar su país, pero generaba al mismo tiempo mucha irritación, sobre todo entre los miembros de la clase media no comunistas. El socialismo que Stalin exportó a todo su

imperio parecía, por tanto, como sus grandes edificios, monumental, pero tras la impresionante fachada había en él serias grietas.

El equilibrio entre represión y movilización, así como el nivel de apoyo, difería empero notablemente de un país a otro. El régimen más disciplinario y rígido era el de la propia URSS, mientras que en Europa oriental, en cambio, los partidos comunistas eran más dinámicos al estar transformando sus sociedades y «construyendo el socialismo» desde cero; pero la represión, inevitablemente, enojaba a muchos y a los patriarcas cargados de medallas les resultaba cada vez más difícil ganarse la benevolencia general. A medida que el esperado dinamismo se iba estancando, el socialismo soviético se parecía cada vez menos al progreso universal y más al imperialismo ruso. El modelo tardío de estalinismo era más atractivo en China —cuando todavía formaba parte del imperio «informal» soviético—, porque se consideraba más eficaz en la construcción de un estado moderno que el socialismo «guerrillero», más igualitario, vigente durante la guerra civil; pero también allí aparecieron pronto abundantes inconvenientes que propiciaban el brusco rechazo del modelo estalinista.

II

En 1951 cierto Mischenko, de la academia militar Molotov de la ciudad de Kalinin (antiguamente y ahora de nuevo Tver) informaba de la notoria pobreza en el centro de la ciudad:

> Si los secretarios de los … comités del partido se dieran un paseo por las calles … verían en casi cada esquina algún mendigo. Da la impresión de que tienen tomado el centro de Kalinin. En la academia Molotov estudian ciudadanos de todas las democracias populares; cerca de la oficina de correos hay un indigente que inevitablemente se acerca a ellos y les pide limosna. Cuando vuelvan a casa dirán que la ciudad de Kalinin está llena de mendigos.[6]

Las preocupaciones de Mischenko eran típicas de la élite del estalinismo tardío. La pobreza y la desigualdad tenían menos importancia que el estatus internacional y tras la primera guerra mundial Stalin sacrificó el nivel de vida de los ciudadanos soviéticos a las necesidades de la paralizante carrera de armamentos de la guerra fría. La Unión Soviética había salido vencedora en 1945, pero su victoria se podía considerar pírrica, ya que al final de la guerra había aumentado su desventaja con respecto a Estados Unidos: con nada menos que un 25 por 100 de su riqueza destruida y 27 millones de vidas perdidas, afrontaba la reconstrucción de un país devastado.[7] La escasez de mano de obra era especialmente perjudicial en el campo y contribuyó —junto con la sequía y las grandes requisas estatales de grano— a la hambruna de 1946-1947, en la que murieron entre un millón y millón y medio de personas. Al terminar la guerra el estado soviético apenas era capaz de poner freno al caos, el desorden, la pobreza y la criminalidad; y al mismo tiempo afrontaba la tarea, no sólo de reconstruir sino de crear un complejo militar tecnológicamente avanzado prácticamente nuevo. A finales de la década de 1930 la URSS había superado, o casi, la diferencia tecnológica con Alemania, pero ahora, a mediados de la década de 1940, cuando Estados Unidos se había convertido en una potencia nuclear, el desafío era mucho mayor.

La URSS afrontaba todas aquellas tareas en un momento en

que la «preparación ideológica» de la población, como decía la jerga oficial, se había deteriorado mucho. Las experiencias durante la guerra de muchos soldados soviéticos representaban un importante desafío a los valores del régimen. Algunos habían combatido en unidades guerrilleras, donde se habían acostumbrado a cierto grado de igualdad y autonomía; y lo que es más importante, millones de soldados habían visto con sus propios ojos parte de Europa central y estaban en condiciones de cuestionar la propaganda oficial. Un comisario político, encargado de repatriar ciudadanos soviéticos que habían buscado protección en la neutral Suecia, informaba: «Después de ver la vida apacible [en Suecia], algunos de nuestros [ciudadanos] repatriados sacan la conclusión incorrecta de que Suecia es un país rico y de que la gente vive muy bien allí».[8] Algunos incluso aseguraban que los habían tratado mejor como prisioneros de guerra en los campos alemanes que en el propio Ejército Rojo. Como cabía esperar, Stalin sospechaba que todos los prisioneros de guerra albergaban sentimientos antisoviéticos y al llegar a casa muchos de ellos fueron enviados directamente a los campos del Gulag.

Los dirigentes estalinistas, ante el deterioro de las relaciones con Occidente y el malestar en su propio país, impusieron un régimen que reforzaba los aspectos más represivos del orden de preguerra, aunque ahora se enfatizaran más los argumentos patrióticos que los de clase. El discurso que George Kennan entendió como un ataque a Occidente señaló en la primavera de 1946 el final del relativo aperturismo durante la guerra. Todo el país debía movilizarse para reconstruir la economía. Los problemas de escasez de mano de obra se resolvieron aumentando el nivel de trabajo obligatorio más allá de lo que ya

se había visto antes de la guerra. Alrededor de 4 millones de estudiantes de entre 14 y 17 años, principalmente del campo, fueron reclutados por la fuerza para trabajar en las fábricas, donde sólo se les retribuía con la manutención y el alojamiento.[9] Una de las mayores contribuciones era la del vasto archipiélago de campos de trabajo del Gulag, la mayoría de ellos en la remota Siberia. El trabajo en las prisiones también había desempeñado un importante papel económico durante la década de 1930, pero ahora se amplió considerablemente con el antes comisario y ahora ministro de Asuntos Internos, Lavrenti Beria. El sistema penitenciario, que se estima que comprendía unos 5 millones de presos en 1947, proporcionaba alrededor del 20 por 100 de la mano de obra industrial y más del 10 por 100 de la producción industrial de la URSS;[10] pero la firme creencia de Stalin en la importancia económica de los campos estaba equivocada: suponían un enorme despilfarro improductivo, algo inevitable dadas las pésimas condiciones de vida y de trabajo y el trato despiadado a los prisioneros. Cierto es que, en comparación con los años treinta, el Gulag estaba ahora organizado más tecnocráticamente, pero difícilmente se puede considerar una forma racional de dirigir una economía. Ievgenia Guinzburg, que trabajó en una granja estatal de Siberia durante la guerra, ilustraba vívidamente en su retrato de Kaldimov, director del campo, la crueldad extraordinaria a la que daba lugar la combinación de la tecnocracia con la fe en la jerarquía estalinista. Kaldimov, hijo de campesinos, se había beneficiado de la movilidad social durante el período de entreguerras y se había convertido en profesor de materialismo dialéctico antes de que un embarazoso escándalo familiar le hiciera trasladarse a Siberia. Sin embargo, a ojos de sus jefes era

un buen director:

> A juzgar por el cumplimiento del plan, hacía un buen trabajo dirigiendo aquella granja estatal en la taiga con mano de obra convicta … Acostumbraba a aplicar criterios basados en la intensidad del trabajo esclavo, al tener garantizado un rápido reemplazo de los «contingentes».
>
> Era totalmente inconsciente de su propia crueldad … Consideremos por ejemplo su diálogo con Orlov, nuestro veterinario, tal como lo oyó una de las trabajadoras encargadas de sacar el estiércol del establo:
>
> —«¿Qué pasa con ese edificio? ¿Por qué lo han dejado vacío?» —inquirió Kaldimov.
>
> —«Teníamos ahí los toros —respondió Orlov— pero hemos tenido que llevarlos a otro lugar. El tejado tiene goteras y los aleros se han congelado, por lo que no es seguro para guardar el ganado. Haremos la reparación adecuada a su debido tiempo.»
>
> —«No vale la pena gastar dinero en ese montón de leña vieja. Lo mejor sería utilizarlo como alojamiento para las mujeres.»
>
> —«¿Qué dice usted, camarada director? ¡Pero si hasta los toros estaban comenzando a caer enfermos!»
>
> —«¡Sí, pero eran toros! ¡Evidentemente, no se puede poner en peligro a los toros!»
>
> No era una broma ni una ocurrencia, ni siquiera una burla sádica; era simplemente la profunda convicción de un buen granjero de que los toros eran la base económica del *sovjoz* y de que sólo por un extraordinario despiste podía haberlos equiparado Orlov con las prisioneras.
>
> Con su canallesco tesón, su fe en la solidez e infalibilidad de los dogmas y citas que había aprendido de memoria, Kaldimov se habría sorprendido, supongo, si alguien le hubiera llamado a la cara déspota o negrero. La escala de Jacob que llevaba desde los prisioneros en sus más bajos escalones hasta el Líder Grande y Sabio en lo más alto, con los funcionarios intermedios como el director de un *sovjoz* hacia la mitad, le parecía irreversible y sempiterna. En cada una de sus palabras y de sus gestos podía verse su firme convicción en la inmutabilidad de este mundo, con su jerarquía y sus rituales consagrados.[11]

Dada aquella actitud hacia los prisioneros, no es de sorprender que millones de ellos murieran de hambre y exceso de trabajo. Las cifras exactas son dudosas y la que se basa en los archivos oficiales —de 2,75 millones durante toda la era estalinista— es probablemente demasiado baja.[12]

Las condiciones en las fábricas ordinarias, aunque no tan duras, eran muy severas, y los obreros eran mucho más pobres que antes de la guerra. En septiembre de 1946 subieron los precios y las raciones disminuyeron. En muchos aspectos al régimen volvía a la estrategia de finales de los años veinte y primeros treinta, obligando a los obreros a financiar la industrialización mediante un bajo nivel de vida, pero con métodos diferentes: ahora se evitaban los llamamientos populistas a la movilización por temor a socavar el prestigio de los directivos y aunque se mantenía el estajanovismo, la dirección recurría en buena medida a la coerción. Los directivos tenían más poderes sobre la mano de obra que en la década de 1930 y la disciplina en el trabajo era muy dura. Los obreros ya no podían cambiar libremente de empleo y cualquiera que lo intentara podía ser castigado por «deserción del puesto de trabajo». Sin embargo, el sistema era menos draconiano en la práctica de lo que sugería la legislación. Los directivos no siempre utilizaban todos sus poderes y procuraban ganarse cierta cooperación de la mano de obra. Además, había muy poca agitación laboral; aunque a los obreros y campesinos les disgustara sin duda el orden jerárquico de posguerra, su protesta era sorda y trataban de eludir los controles trabajando de mala gana o abandonando el puesto de trabajo.[13] Una carta de queja enviada a Moscú ofrece una impresión de las duras condiciones y desigualdades en la ciudad de Vodsk:

> Desde primera hora de la mañana toda la gente se esfuerza por encontrar agua, las bombas no funcionan y la tenemos que sacarla de los registros abiertos en el sistema de conducción donde quiera que estén … Disponemos de una sola casa de baños que funcione para 50.000 personas … Hay que hacer una larga cola para acceder a ella y todo por culpa de los condenados directores de la ciudad…[14]

Como sugiere esa queja, a principios de la década de 1950 les iba mucho mejor a los jefes. Los esfuerzos de la policía por controlarlos eran desalentados y proliferaba la corrupción.

A partir de 1946 Stalin lanzó campañas ideológicas de purificación contra las «desviaciones» entre la «*intelligentsia* socialista», pero más que contra la élite, eran de contenido nacionalista y xenófobo. Las primeras víctimas de las campañas ideológicas de posguerra fueron dos revistas literarias —*Leningrad* y *Zvedza* («Estrella»)— y dos escritores: la poeta Anna Ajmatova y el autor de cuentos humorísticos Mijhail Zoschenko. En agosto de 1946 el supervisor ideológico del régimen Andrei Zhdanov describía a Ajmatova en un importante decreto sobre el patriotismo en la literatura como «una mezcla de monja y puta … una aristócrata enloquecida que vaga sin decidirse entre el lupanar y la capilla»; Zoschenko fue denunciado como «pequeño-burgués vulgar y trivial», que «destilaba veneno antisoviético». Pero la principal acusación era que tanto ellos como otras figuras literarias, se habían «ido deslizando hacia la degradación y el servilismo ante la literatura filistea extranjera».[15] En cualquier caso, fue tras el comienzo de la guerra fría a principios de 1947 cuando se organizaron campañas patrióticas a gran escala. En oficinas y despachos se establecieron comisiones de purga, a las que ahora se dio el nombre claramente retrógrado de «tribunales de honor» (como los tribunales militares en la era zarista), para «eliminar el servilismo frente a Occidente».[16]

Este nuevo chovinismo cultural asoló diversas áreas de la vida intelectual y afectó en particular a la genética, convertida en coto particular del notorio pseudobiólogo Trofim Lisenko. Éste

procedía de una familia campesina y carecía de formación científica, pero aseguraba que su conocimiento práctico como campesino compensaba su falta de estudios. Desde finales de la década de 1920 se había beneficiado de la idea marxista radical de que los científicos ideológicamente inspirados en «el pueblo» eran superiores a los especialistas formados académicamente. Su principal invención fue la «vernalización», consistente en empapar y enfriar el trigo de invierno para que creciera en primavera. Los resultados fueron muy mediocres, pero Lysenko aprovechó hábilmente el ambiente político de la época y presentó una justificación ideológica de su nuevo planteamiento: se podía mejorar el rendimiento de las plantas mediante el condicionamiento de su entorno, más que con alteraciones genéticas, doctrina que parecía acomodarse a la idea marxistas sobre la primacía del medio ambiente sobre la herencia (la genética se juzgaba asociada a la eugenesia practicada por los nazis). Durante toda la década de 1930 Lisenko llevó a cabo una larga batalla contra los genetistas de la Academia de Ciencias, pero no disponía de un apoyo político seguro; Stalin no estaba dispuesto todavía a poner en peligro el desarrollo económico subordinando la investigación científica a la especulación marxista. Sin embargo, en el verano de 1948, en plena crisis de Berlín, parecía más dispuesto a sacrificar la ciencia al patriotismo. En aquel momento pretendía establecer una clara diferencia entre una ciencia soviética «progresista» y una ciencia burguesa «reaccionaria»,[17] a raíz de lo cual el lisenkismo se convirtió en la nueva ortodoxia, arruinando la biología soviética durante dos décadas.

Stalin se mostró, en cambio, mucho más prudente en cuanto al sometimiento de la física a fraudes ideológicos

similares, porque no quería arriesgar el proyecto atómico nuclear. Aun así, la ciencia se fue vinculando cada vez más con el orgullo nacional. La Gran Enciclopedia Soviética informaba a sus lectores que el primer aeroplano lo había construido Aleksandr Mozhaiski y no los hermanos Wright, el teléfono lo había inventado Grigori Ignatiev, la radio A. S. Popov, la penicilina V. A. Manassein y A. G. Polotebnov, y la bombilla eléctrica P. N. Iablochkov y A. N. Lodygin.

Stalin y sus propagandistas empezaban así a recolectar los primeros frutos del nacionalismo que habían plantado algún tiempo antes, a mediados de la década de 1930. No era nacionalismo ruso puro y simple, sino una amalgama ruso-soviética que pretendía integrar todas las nacionalidades oficiales soviéticas en una única totalidad armoniosa; pero el componente ruso de la mezcla creció mucho después de la guerra y en un aspecto se parecía considerablemente al nacionalismo de estado del zar Nicolás II: en su antisemitismo.

Los judíos no habían sido maltratados como grupo étnico por el régimen soviético antes de la primera guerra mundial ni constituyeron un blanco especial de la Gran Purga de 1936-1938. De hecho, como hemos visto, constituían uno de los pueblos más procomunistas de la URSS y del mundo. Como grupo urbano con un alto nivel de formación, también estaban sobrerrepresentados en los escalones más altos de la vida profesional y cultural. Sin embargo, Stalin manifestó frecuentemente sus prejuicios sobre muchos grupos étnicos, incluidos los judíos. Jruschov, que no era precisamente un modelo de corrección política, hablaba de su «actitud hostil hacia el pueblo judío», recordando cómo imitaba su acento «de la misma forma que lo hacen los reaccionarios de cabeza hueca

que desprecian a los judíos»;[18] pero no se trataba de un racismo ideológico al estilo nazi. Había judíos entre sus colaboradores más estrechos (y no toleraba prejuicios antijudíos cuando podía estar cerca el judío Kaganovich). Según dijo en 1931, el antisemitismo era «una forma extrema de chovinismo racial … que cabía emparentar con el antiguo canibalismo»;[19] durante la guerra la dirección soviética creó el Comité Judío Antifascista, una organización de estilo frentepopulista presidida por Solomon Mijoels destinada a recabar en todo el mundo el apoyo judío al esfuerzo de guerra soviético. Aun así, la guerra tensó las relaciones entre los judíos y las nacionalidades eslavas y el sufrimiento de los judíos a manos de los nazis —y sus colaboradores— intensificó su sentido étnico diferenciado, al tiempo que la resurrección del mensaje nacionalista ruso alentaba el antisemitismo popular.[20]

Al principio la dirección soviética no hizo más que consentir ese antisemitismo tradicional, pero Stalin tomó medidas más duras cuando entró de por medio la política internacional. La URSS había apoyado la fundación de Israel en 1948, ya que los sionistas, después de todo, eran socialistas y muchos de ellos habían nacido en el imperio ruso; Stalin esperaba que Israel se convirtiera en una cabeza de puente para la influencia soviética en Oriente Medio; pero también le preocupaba que pudiera restarle la lealtad de los judíos soviéticos. La llegada a Moscú como primera embajadora israelí en la URSS de Golda Meyerson (más tarde Meir) —nacida en Kiev pero educada en Milwaukee, Wisconsin, a tres horas de automóvil de Mosinee— provocó una preocupación particular debido a las manifestaciones espontáneas de apoyo; y cuando en 1949 quedó claro que Israel se había situado en la órbita estadounidense, los

judíos soviéticos se transformaron, de la noche a la mañana, en quintacolumnistas potenciales, viéndose discriminados e incluso reprimidos. Como los soviéticos de origen alemán, polaco o coreano a finales de la década de 1930, eran considerados transmisores de la influencia extranjera, en este caso israelí, y por tanto estadounidense. Según Stalin, «los nacionalistas judíos creen que su pueblo se ha salvado gracias a Estados Unidos (allí se pueden hacer ricos, burgueses, etc.)».[21]

Muchos cayeron víctimas de aquella caza de brujas. El Comité Antifascista fue clausurado y Mijoels asesinado por la policía secreta; cuando se reestrenó la película *Circo* se censuraron los versos de la nana en *yiddish* que cantaba. Los judíos que reivindicaban la cultura *yiddish* eran ahora «nacionalistas burgueses» y los más asimilados «cosmopolitas desarraigados». Se descubrieron varias «conspiraciones» y se detuvo a varias figuras destacadas, entre ellas la mujer de Molotov, que era judía; muchos más perdieron su empleo o no pudieron continuar sus estudios. Lo más amenazador para los judíos soviéticos fue el «descubrimiento» de un supuesto complot de un «grupo de espionaje formado por médicos asesinos». Aquellos «monstruos con forma humana» —todos ellos judíos— habían supuestamente asesinado a varios líderes soviéticos, incluido Zhdanov (que había muerto de un ataque al corazón en 1948). La «conspiración de los médicos» se hizo pública a principios de 1953, pocos meses antes de la muerte de Stalin; por suerte para los judíos soviéticos, la campaña antisemita no le sobrevivió.

Algunos juzgaron aquellos acontecimientos como una reproducción de las purgas de los años treinta, pero si bien tenían puntos en común con limpiezas étnicas del período

anterior, eran muy diferentes de la represión basada en la «lucha de clases». El enemigo que había que batir era mucho más circunscrito y había muchas menos víctimas, y por otra parte el mensaje que se difundía ahora era el de la unidad patriótica, no el enfrentamiento entre clases. Aquellas purgas no amenazaban por tanto a la gran mayoría de los jefes del partido, técnicos expertos y otras élites anteriormente sospechosas; Stalin había aprendido las lecciones del terror de la década de 1930: nunca volvería a permitir las «críticas desde abajo» ni a tratar de movilizar a la población con campañas de purificación ideológica. La zanahoria de los salarios desiguales y el garrote de los directivos iban sustituyendo a los llamamientos al heroísmo obrero.

El nuevo equilibrio de poder entre dirigentes y masas se reflejaba en el continuo aburguesamiento de la cultura. La pintura se entretenía amorosamente en elaboradas pantallas y cortinas y el rosa suave sustituía al rojo como color dominante. Los héroes de las novelas no eran ya azotes puritanos de la burocracia, sino pragmáticos francos pero relajados. Si la aparición de un piano en una novela de los años veinte era una señal inequívoca de que su propietario era un enemigo de clase, en los cuarenta y cincuenta el piano volvía a ser apreciado como signo de cultura y educación. Hasta «Pasha» Anguelina, la famosa tractorista estajanovista de la década de 1930, había volcado su anterior entusiasmo por el cultivo del trigo en el cultivo del virtuosismo pianístico de sus hijas. En 1948 escribió un artículo para una revista en el que contaba que su hija más pequeña, a la que llamaban deliciosamente Stalinka, quería seguir los pasos de su hermana:

«Mamá, mamá, cuando crezca como Svetlana, ¿yo también tocaré el piano?» «Por supuesto que lo harás.» Oía a Stalinka excitada y feliz. Mi infancia fue muy diferente: ni siquiera podía pensar en la música.[22]

Sería equivocado entender el estalinismo tardío como una restauración del Antiguo Régimen zarista protagonizada por una nueva clase dirigente; era una sociedad mucho más moderna —integrada, socialmente fluida y preocupada por el bienestar— que la Rusia zarista; pero después de la guerra Stalin fue mucho más allá que otros dirigentes comunistas en el abandono de los restos de igualitarismo radical y el afianzamiento de la jerarquización, apuntalado por los aderezos y símbolos del Antiguo Régimen; era aquel modelo el que se exportaba, al menos en principio, a todo el imperio soviético y su esfera de influencia. Sin embargo, las circunstancias en Europa oriental eran bastante diferentes. Los comunistas de Europa oriental estaban creando un sistema político y social totalmente nuevo e inevitablemente aplicaban una política más revolucionaria, que suscitaba mucha oposición pero también cierto entusiasmo por el nuevo orden, al menos durante un tiempo.

III

La novela *Žert* («La broma») del escritor checo Milan Kundera —publicada en 1967— narra la historia de Ludvik, un estudiante brillante y popular, cuya vida se ve arruinada por un una leve falta durante el período estalinista en Checoslovaquia. Ludvik es miembro convencido del partido, un verdadero creyente, aunque sus motivos sean diversos:

> La embriaguez que experimentábamos se conoce habitualmente como embriaguez del poder, pero (con un poco de buena voluntad) podría elegir palabras menos severas: estábamos embrujados por la historia y ebrios con la idea de saltar sobre su espalda y sentirla bajo nosotros; cierto es que en la mayoría de los casos el resultado era una desagradable ansia de poder, pero (como todos los asuntos humanos son ambiguos) había también (y especialmente quizá entre nosotros, los más jóvenes) una ilusión totalmente idealista de que estábamos inaugurando una época en la que el hombre (todos los hombres) dejaría de estar *fuera* de la historia o *bajo su bota*, y que por el contrario la crearía y dirigiría.[23]

Pero lejos de convertirse en amo de la historia, Ludvik se convierte en su víctima cuando se abre una «diminuta grieta … entre la persona que antes había sido y la que (siguiendo el espíritu de los tiempos) debía y trataba de ser».[24] Aunque en las reuniones del partido se comporte de forma seria y responsable, adopta una personalidad burlona y algo cínica cuando flirtea con su compañera de universidad, Marketa, que es un tipo muy diferente de auténtico creyente, una entusiasta nada sofisticada y carente de humor que durante unas vacaciones le envía una postal alabando la «saludable atmósfera» de ejercicios, discusiones y canciones que la rodea. Molesto porque Marketa prefiera la compañía del partido a la suya, Ludvik le envía una respuesta en broma: «¡El optimismo es el opio del pueblo! ¡Una atmósfera saludable hiede a estupidez! ¡Viva Trotski! Ludvik». Pero para el partido esas palabras no son ninguna broma y es denunciado como trotskista cínico, cuya actitud nihilista sabotea el socialismo. Expulsado del partido y de la universidad, lo envían a una brigada de trabajo en las minas. En un primer momento trata de rehabilitarse, pero al final cae en un acerbo desprecio por el nacionalismo superficial y folclórico que difunde ahora el partido. La amargura que lo domina sienta las bases para otra serie de bromas desastrosas.

La novela de Kundera se basaba vagamente en su propia experiencia. Hijo de un famoso pianista, se incorporó al partido en 1948, con diecinueve años, como un verdadero creyente —incluso se le ha acusado de informar sobre un espía occidental—, pero fue expulsado en 1950 por un comentario políticamente incorrecto. Estaba por tanto situado en el lugar ideal para captar el ambiente entre la juventud universitaria durante los años revolucionarios de principios de la década de 1950, ya que mientras que la vieja generación de líderes frentepopulistas se adecuaba a la línea de Moscú o sufría purgas y farsas judiciales, entraba en escena un grupo más joven de comunistas entusiastas. Esto era típico en parte del giro a la izquierda en muchos países entre la juventud antinazi de posguerra, tanto en la Europa oriental como en la occidental; pero la situación de su país, fronterizo con una Europa occidental más afortunada, también explica sus decisiones. El modelo estalinista podría ser atractivo para la gente joven e instruida de Europa central porque, cualesquiera que fueran sus defectos, parecía ofrecer una receta para ponerse al día. Los condes y generales conservadores y los profesionales liberales que habían gobernado la mayor parte de la región durante el período de entreguerras habían tenido muy poco éxito en mejorar su economía. Tras los desastres de aquel período, en el que los países de la región, pobres, débiles y divididos, quedaron a merced de la agresiva Alemania nazi, la pérdida de libertad parecía, para algunos, un precio que valía la pena pagar por el desarrollo y la protección soviética.

Además, el comunismo prometía educación gratuita y la ampliación del estado, creando un gran número de puestos para profesionales, precisamente lo que los miembros más ambiciosos

de la clase media pretendían tras las privaciones de la Depresión y la guerra. Cierto es que algunos de ellos sufrieron discriminación bajo el estalinismo tardío, cuando se aplicaron cuotas de clase en la enseñanza —el autor teatral y futuro disidente y presidente de la República Checa Václav Havel fue una de las víctimas de esa discriminación—; pero otros sufrieron deportaciones y otras persecuciones más graves: en 1951, por ejemplo, miles de burgueses fueron deportados de Budapest para dejar espacio a los obreros de las nuevas plantas industriales.[25] Pero el estalinismo maduro nunca permitió que la lucha de clases amenazara la productividad económica. La gente con formación especializada mantuvo en general su elevado estatus, con tal de no oponerse activamente al régimen; y excepto en Polonia (donde más del 70 por 100 de la clase profesional y empresarial había muerto durante la guerra) y en Alemania oriental (donde muchos huyeron a la occidental), las viejas clases medias tuvieron un notable éxito en cuanto a mantener su posición dominante. En Checoslovaquia la discriminación antiburguesa fue relativamente leve. En Hungría fue algo más intensa, pero en 1956 entre el 60 y el 70 por 100 de los profesionales provenían de las viejas clases media y alta. El régimen, ansioso de cubrir los empleos técnicos, hacía a menudo la vista gorda a la adulteración de las biografías. A una chica, excluida de la enseñanza secundaria tras haber sido clasificada como miembro de la capa más peligrosa de la burguesía —la «clase x», como se denominaba informalmente— se le dijo que si trabajaba como jornalera durante un tiempo podía compensar su origen de clase y volver al instituto.[26]

En *El pensamiento cautivo*, el disidente polaco Czesław Miłosz analizaba las diversas razones de los intelectuales para esa

colaboración con el régimen: la sensación de que la historia estaba de parte del comunismo, un compromiso moral con el desarrollo nacional y la autopromoción. Describía así, por ejemplo, la actitud de «Alfa», un escritor muy conocido:

> Alfa no culpaba a los rusos. ¿De qué iba a servir? Eran la fuerza de la historia. Los comunistas combatían a los fascistas, y los polacos, con su código ético basado únicamente en la lealtad, habían conseguido introducirse entre esas dos fuerzas … Un moralista actual —razonaba Alfa— debía dirigir su atención a los objetivos y resultados sociales … El país estaba arrasado. El nuevo gobierno se volcó enérgicamente en la reconstrucción, poniendo en funcionamiento minas y fábricas y dividiendo los latifundios entre los campesinos. El escritor afrontaba nuevas responsabilidades. Sus libros eran ávidamente esperados por un hormiguero humano, sacudido de su letargo y agitado por el gran garrote de la guerra y las reformas sociales. No es, pues, de extrañar que Alfa, como la mayoría de sus colegas, declarara inmediatamente su deseo de servir a la nueva Polonia que resurgía de sus cenizas.[27]

Así pues, para gente como Alfa y Marketa el régimen parecía anunciar, no sólo la modernidad, sino también una nueva moralidad. El modelo social estalinista valoraba por encima de todo el trabajo solidario. El centro de la vida debía ser la producción, y no el consumo egoísta; y como para demostrarlo, el número de tiendas disminuyó y los anuncios prácticamente desaparecieron; las propias tiendas se convirtieron en escaparates del régimen. En las de la Avenida Marszałowska en Varsovia se podía ver en 1952 una enorme escultura narrativa que recordaba a los heroicos obreros que habían construido el complejo; no había en cambio ninguna representación de los productos que se vendían en ellas.[28] La producción también se situaba en el centro de las grandes nuevas ciudades socialistas de la época, como Nowa Huta junto a Cracovia en Polonia o Sztálinváros (actualmente Dunaújváros) en el centro de Hungría, ambas

dotadas de enormes acerías.[29] En esta última toda la ciudad se dispuso en torno a los polos gemelos del poder político y productivo: en un extremo de la calle principal estaba la sede del partido y el ayuntamiento, y en el otro la gran acería. El ideal de la gran fábrica colectivista se llevó también al campo mediante la colectivización. Como en la URSS, aquellas campañas se vieron acompañadas por la represión de los *kulaki* y fueron también muy impopulares entre los campesinos propietarios de tierras, ahora integrados en granjas colectivas y obligados a proporcionar más alimentos al estado por un precio más bajo.

De hecho, pese a su valoración como «propietarios» del estado, los obreros y campesinos solían ser los grupos más desilusionados con el comunismo, ya que eran ellos quienes desde 1949 en adelante llevaban el mayor peso de la «revolución desde arriba» emprendida en Europa oriental, una revolución aún más rápida y radical que la de la URSS durante la década de 1930 y que probablemente redujo aún más que ésta el nivel de vida del conjunto de la población (aunque la renta per cápita fuera más alta). Excepto en Checoslovaquia, más desarrollada, la inversión en el plan industrial se situaba entre el 20 y el 27 por 100 de la renta nacional, cuando antes estaba comprendida entre el 9 y el 10 por 100.[30] Los bienes de consumo ya no eran una prioridad y la colectivización en el campo contribuyó a la escasez de alimentos.

Para los dirigentes comunistas aquel sufrimiento era el precio inevitable del desarrollo; sin ayuda extranjera no había otra alternativa que reducir el consumo para financiar la inversión. El jefe de la Oficina de Seguridad del Estado polaco, Jakub Berman, explicaba:

> Teníamos que verlo con realismo y tenerlo todo en cuenta para resolver el rompecabezas de si construir a costa del consumo, lo que podía conllevar el riesgo de agitación social como de hecho sucedió en 1956, o no construir y resignarnos a una situación sin perspectiva, sin futuro.[31]

Otros, en cambio, no aceptaban el razonamiento de Berman. Para los críticos, los planes quinquenales eran pura y simplemente proyectos imperialistas, destinados a extraer recursos para el esfuerzo militar soviético. Las enormes sumas impuestas por la URSS como reparaciones de guerra reforzaban esa opinión: entre 14.000 y 20.000 millones de dólares (así pues, posiblemente más que los 16.000 millones concedidos por Estados Unidos a Europa occidental con el Plan Marshall).[32] La mayor parte de esas reparaciones de guerra provenía de Alemania oriental, pero todas las economías de los países satélites se vieron afectadas. El llamado Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), fundado en enero de 1949, estaba también diseñado de tal forma que la cooperación económica primaba los intereses soviéticos.

La percepción de que la URSS se comportaba como una potencia imperialista, sangrando económicamente a sus colonias en Europa oriental, dañó considerablemente a los partidos comunistas de la región. El comunismo había tenido más éxito allí donde podía combinarse con el nacionalismo local y los regímenes estalinistas trataron de presentarse como autóctonos; pero sus intentos de envolverse en los colores nacionales eran a menudo poco convincentes y pronto, como mostraba Kundera, hasta en los comunistas más leales creció un amargo resentimiento hacia los rusos. Como escribió Czesław Miłosz, muchos intelectuales albergaban en privado «un desprecio sin límites hacia Rusia como un país bárbaro». Su actitud era:

«socialismo, sí; Rusia, no».[33] Como Béla Kun en 1919, creían que Europa oriental era mucho más capaz de alcanzar el socialismo que Rusia, porque estaba más civilizada y sus habitantes eran más inteligentes y estaban mejor organizados; pero como no podían decirlo abiertamente, alababan hipócritamente a cada paso la literatura, las canciones y los actores rusos.

Los estrictos controles políticos podían ser especialmente desagradables y humillantes para las élites comunistas del este de Europa. Las farsas judiciales y las purgas se dirigieron inicialmente contra los rivales anticomunistas: el caso más notorio fue el juicio en 1947 del dirigente del partido agrario búlgaro Nikola Petkov, cuya «confesión» tuvo que ser publicada póstumamente porque se negó a cooperar ante el tribunal. Pero la defección del yugoslavo Tito del bloque soviético en 1948 desencadenó una oleada de represión y farsas judiciales contra miembros de los propios partidos comunistas. El delito de lesa majestad de Tito era un serio desafío al control soviético y existía una posibilidad real de que se reprodujera en otros países. Wolfgang Leonhard, por ejemplo, escapó de Berlín a Belgrado tras un severo ataque de «dolor de tripa político», como lo llamó él mismo. Decidió que el comunismo estalinista, con sus tiendas y viviendas especiales para los miembros del partido, era insoportablemente hipócrita.[34]

Moscú respondió desencadenando agresivas campañas para erradicar las potenciales influencias «titistas» en todos los partidos comunistas de Europa oriental. Los comunistas que no habían pasado algún tiempo en el exilio en Moscú eran los que corrían mayor riesgo. Se enviaron a los estados satélites expertos del MGB* en el montaje de farsas judiciales para impartir su

experiencia en la represión. Los juicios y purgas de supuestos titistas fueron particularmente intensos en los países limítrofes con Yugoslavia: Hungría, Bulgaria, Rumanía y Albania. En Polonia fue acusado también de titismo en 1951 Władisław Gomułka, porque había objetado la extrema centralización de la Comintern y había propuesto una vía nacional al socialismo, pero la cosa no llegó en su caso a la ejecución.

Junto con el antitismo, los expertos del MGB llevaron consigo la variante soviética del antisemitismo, y varios regímenes de Europa oriental se sentían aliviados por el apoyo popular que podían obtener al señalar como chivos expiatorios a los comunistas judíos: las campañas antisemitas fueron especialmente intensas en Polonia, Alemania oriental, Rumanía y Checoslovaquia. En esta última el secretario general del partido, Rudolf Slánský, fue acusado a la vez de trotskismo, titismo y sionismo. Su juicio en noviembre de 1952 fue meticulosamente preparado y de hecho se realizó un ensayo con trajes y todo para el caso en que alguno de los acusados se retractara de su confesión.**[35]

La represión era, no obstante, difícil de dirigir y controlar. Como en 1936-1938, Moscú estaba interesado en las biografías políticas y ordenó a los partidos de Europa oriental que investigaran el pasado de los comunistas susceptibles de pasarse al titismo o que habían tenido algún vínculo con Occidente; pero el resultado de tales investigaciones podía ser reconfigurado en el propio país por quienes querían ajustar cuentas personales o favorecer a sus amigos, como había sucedido durante la Gran Purga de 1936-1938. En Europa oriental las purgas tenían por tanto una lógica propia, pero también parecían impredecibles y arbitrarias, creando confusión y miedo. En la República

Democrática Alemana, por ejemplo, varios comunistas cayeron bajo sospecha porque se habían exiliado a Occidente durante el período nazi; quizá —argumentaban sus acusadores— habían sido «convertidos» por espías occidentales. Los prisioneros en campos de concentración fueron también investigados; algunos fueron acusados de cobardía y otros de temeridad; y era en ese tipo de casos en los que la política local podría desempeñar un papel. Erich Honecker, el futuro secretario general del SED y presidente del Consejo de Estado de la RDA, recibió una reprimenda del partido por escapar de una prisión nazi sin el permiso del partido, aunque sin mayores consecuencias; Franz Dahlem, en cambio, un serio rival de Walter Ulbricht, se vio despojado de todos sus cargos y amenazado con un juicio tras ser acusado de haber tratado de impedir un levantamiento en el campo de concentración de Mauthausen.[36] En Albania y Rumanía Enver Hoxha y Gheorghe Gheorghiu-Dej aprovecharon la oportunidad que les brindaba Stalin para reforzar sus propias redes clientelares a expensas de los comunistas locales leales a «Moscú».

Los gobernantes comunistas del este de Europa veían así cumplido su deseo. Stalin había renunciado a la política frentepopulista, los había llevado al poder y les había permitido emprender una sovietización plena; pero tuvieron que pagar un alto precio. Tenían un considerable poder sobre su propio país, pero éste derivaba en último término de Moscú; era, como comentó Gomułka, «un brillo reflejado, una luz prestada».[37] Comprobaron incluso que debían modificar su vida cotidiana para sincronizarla con la excéntrica rutina diaria de Stalin. Jakub Berman recordaba que tenía que ir a trabajar a las 8 de la mañana, regresar a casa a mediodía para comer con su mujer y

su hija entre las 3 y las 4 de la tarde, y luego volver al Comité Central para proseguir su trabajo hasta medianoche o la 1 de la madrugada, ya que Stalin permanecía en su despacho hasta muy tarde y sus subordinados tenían que estar en su puesto por si se le ocurría telefonearles. Todos los altos funcionarios tenían que seguir el mismo horario.[38]

En Moscú los dirigentes de los partidos de Europa oriental eran tratados como subordinados en una corte imperial más que como Jefes de Estado por propio derecho. Una de las experiencias más incómodas era la invitación a cenar en la *dacha* de Stalin en Kuntsevo, cerca de Moscú. Aquellas veladas duraban toda la noche y los invitados principales a menudo comprobaban que eran ellos el entretenimiento esperado. Según uno de ellos, Stalin trataba de emborracharlos para sonsacarles sus secretos. También los sometía a bromas prácticas, por ejemplo haciendo que colocaran tomates maduros sobre sus sillas, de forma que «cuando la víctima se sentaba encima todos estallaban en carcajadas».[39] En cierta ocasión Beria escribió la palabra «gilipollas» en un trozo de papel y se lo pegó al abrigo de Jruschov;[40] cuando, a punto de despedirse, se puso el abrigo, se desató la hilaridad; Jruschov, crispado, parecía menos divertido. Durante aquellas largas veladas también se proyectaban películas y se bailaba. Berman, que mantuvo su puesto al frente del servicio de seguridad polaco pese a ser judío, las juzgaba con indulgencia y le parecían incluso útiles:

> Berman: «Una vez, creo que fue en 1948, tuve que bailar con Molotov» [*ríe*].
>
> Entrevistador: «¿Quiere usted decir con la señora Molotova?».
>
> Berman: «No, ella no estaba allí, estaba en un campo de trabajo. Bailé con Molotov; debió de ser un vals, o en cualquier caso algo muy simple, porque yo no sé bailar en absoluto, así que lo único que hacía era mover los pies siguiendo el

ritmo».

Entrevistador: «¿Como mujer?».

Berman: «Sí, Molotov me llevaba; yo no habría sabido cómo hacerlo. De hecho, él no era un mal bailarín. Yo trataba de seguirle el paso, pero lo que yo hacía se parecía más a una payasada que a un baile».

Entrevistador: «¿Y qué hacía Stalin, con quién bailaba?».

Berman: «Oh, no, Stalin no bailaba; él se ocupaba de poner discos en el gramófono, considerándolo su deber como anfitrión. Nunca lo dejaba. Sólo ponía discos y observaba…».

Entrevistador: «¿Así que se divertían ustedes?».

Berman: «Sí, era divertido, pero con cierta tensión».

Entrevistador: «¿Se divertían realmente?».

Berman: «Bueno, Stalin sí que se divertía. Para nosotros aquellas sesiones de baile eran una buena oportunidad para susurrarnos cosas que no se podían decir en voz alta. Así fue como Molotov me advirtió de la infiltración de varias organizaciones hostiles».[41]

No todos los comunistas eran tan tolerantes como Berman. La viuda del ministro checo Rudolf Margolius, ejecutado junto a Slánský, recordaba: «Nuestra vida, llena de inseguridad, se hacía desesperadamente penosa». El presidente checoslovaco Klement Gottwald se dio incluso a la bebida pretendiendo ahogar su mala conciencia, por lo menos así decían las murmuraciones.[42] Cuando se hizo evidente la realidad del orden estalinista tardío, muchos antiguos entusiastas se desilusionaron.

IV

La guerra fría y el comportamiento de los soviéticos en Europa oriental también perjudicaron a los partidos comunistas de Europa occidental. Éstos seguían siendo una fuerza importante

tan sólo en tres países: Francia, Italia y, en menor medida, Finlandia. Establecieron una triple alianza de obreros industriales, intelectuales y un campesinado tradicional decidido a no ser absorbido por el mercado libre.[43] En otros lugares no se daban esas condiciones y los partidos comunistas pronto quedaron reducidos a pequeños grupos testimoniales, especialmente en el norte de Europa, donde los socialdemócratas tenían mucha fuerza.

Los partidos francés e italiano —los mayores de Europa occidental— también sufrieron cierta pérdida de militantes a partir de 1948. En Francia el número de afiliados cayó de unos 800.000 a menos de la mitad entre 1952 y 1972; aun así, el PCF se beneficiaba de su estatus «marginal», desde el que era capaz de desafiar a la clase política parisiense; en las elecciones de 1951 obtuvo el 26,6 por 100 de los votos y en 1956 el 55 por 100 de los obreros de París le dieron su voto.[44] El estalinismo tardío en la URSS no le perjudicó mucho, ya que su antiintelectualismo, su conservadurismo social, su estricta disciplina y su visión maniquea del mundo eran muy próximas a las del propio Stalin. Se dedicó a crear una contracultura libre de la influencia de Estados Unidos y del consumismo. Su moralidad era estricta y puritana y politizaba cada aspecto de la vida. Para los miembros del partido, éste seguía siendo el centro de una intensa implicación emocional. La escritora Domenique Desanti encontraba la vida en el partido absorbente; ella y sus camaradas se sentían casi totalmente aislados del mundo exterior.[45] El partido tenía su propia sociedad paralela: sus organizaciones juveniles y de deporte, sus campos de vacaciones para niños, etc., con el fin de mantener permanentemente en el redil a sus miembros.

Pese a su cultura cerrada y dogmática el partido tenía apoyos más allá de la propia militancia. Algunos de los intelectuales franceses más famosos se convirtieron en simpatizantes o compañeros de viaje, incluyendo paradójicamente a existencialistas como Jean-Paul Sartre cuya filosofía exaltaba la responsabilidad individual. Había varias razones para esta aparente contradicción. La resistencia de los comunistas durante la guerra había sido muy importante, como lo era su influencia entre el virtuoso proletariado y curiosamente su antiintelectualismo.[46] Su fobia a Estados Unidos y el rechazo de la Coca-Cola y otros antojos de la nueva cultura consumista también ocupaban un lugar destacado; pero lo más importante era el antiimperialismo. El estado Francés, apoyado por Estados Unidos, estaba luchando contra los nacionalistas en Vietnam, y el PCF era la única fuerza interna que se oponía a aquella guerra. Fue aquella cuestión la que más contribuyó a acercar a Sartre al Partido Comunista entre 1952 y 1956; experimentó una «conversión» y creció en él el «odio» a la burguesía.[47] El estalinismo tardío se beneficiaba, paradójicamente, del odio al imperialismo occidental; la indignación moral se transfería de las desigualdades en su propio país a las desigualdades en el extranjero. Como iba a escribir más tarde el propio Sartre en un prefacio a la polémica obra antiimperialista de Franz Fanon *Les damnés de la terre*, Europa era un «continente gordo y pálido», y el Tercer Mundo era el futuro.[48]

En definitiva, la izquierda progresista estaba a menudo dispuesta a ignorar la represión en el bloque oriental en la lucha contra lo que percibía como una represión más brutal en el Tercer Mundo. El caso más notorio fue la controversia sobre las memorias de Viktor Kravchenko, *Yo elegí la libertad*, con su

detallado informe sobre las purgas y el Gulag. Cuando fueron publicadas en francés, la revista dirigida por Louis Aragon *Les Lettres Françaises* acusó a Kravchenko de formar parte de una conspiración de la CIA para desacreditar a la URSS. Kravchenko presentó una querella en 1948 y un cúmulo de intelectuales no comunistas se pronunciaron en defensa del PCF y de la URSS. Aunque Kravchenko ganó el juicio, los daños para el PCF fueron escasos y se atribuyó la victoria moral, manteniendo su servil línea prosoviética[49] y defendiendo a Lisenko, el realismo socialista y el chovinismo ruso. El SKP finlandés era muy parecido. Tras su derrota en las elecciones de 1948, en las que «sólo» obtuvo el 20 por 100 de los votos, se retiró a su propio mundo, fomentando una cultura política obrerista. Siguió obteniendo notables éxitos en las elecciones parlamentarias, llegando en 1958 al 23,3 por 100 de los votos, con lo que su grupo parlamentario se convirtió en el mayor del Eduskunta.[50]

Pero si los dirigentes franceses y finlandeses se adaptaron sin dificultad al cambio de línea de Moscú, sus camaradas italianos estaban mucho menos satisfechos con él. La vieja estrategia de alianzas interclasistas de Palmiro Togliatti era ahora anatema y se vio obligado a inclinarse ante el Kremlin, temiendo quedar marginado por su rival Pietro Secchia, más ortodoxo. Seguía siendo el dirigente máximo del partido, pero el estalinismo estaba en ascenso en la organización y en sus despachos se podían ver muchos más retratos de Stalin que de Gramsci.[51] Sin embargo, en muchos aspectos el planteamiento maniqueo de la política desde la Cominform se adecuaba a la época. La Iglesia Católica, la Democrazia Cristiana y la organización «civil» Azione Cattolica se convirtieron en el centro de la

oposición militante al comunismo, y en julio de 1949 el papa Pío XII excomulgó a todos los comunistas. La iglesia seguía presentando las elecciones como una opción entre «Cristo y el Anticristo» más que entre partidos políticos convencionales, y los comunistas temían a su vez el surgimiento de un régimen fascista católico parecido al de Franco en España.[52] Comunistas y católicos se enfrentaban, pues, como rivales antagónicos en mundos sociopolíticos cerrados y excluyentes;[53] en aquel ambiente de confrontación quizá no era tan sorprendente la gran popularidad de Stalin.

Así pues, los dos mayores partidos comunistas de Occidente sobrevivieron a la crisis de 1947-1948 como importantes fuerzas políticas. Perdieron apoyo, pero la política estaba lo bastante polarizada como para mantenerlos firmes en sus respectivos búnqueres. La visión estalinista del mundo dividido en «dos campos» enfrentados todavía tenía sentido para muchos, aunque su comportamiento hiciera más difícil admirar a la URSS. Entretanto, en el otro extremo de la esfera de influencia soviética, en China, a los comunistas también le resultaba difícil de tragar la altivez de la *realpolitik* soviética; pero allí el modelo soviético era mucho más atractivo porque prometía una alternativa al «retraso», la división y la ocupación extranjera.

V

En diciembre de 1949 Mao subió a un tren en el que iba a hacer su primer viaje al extranjero. Su destino era Moscú. El viaje, que duró diez días, se mantuvo en secreto hasta su llegada

guardando la seguridad más estricta. El tren iba escoltado por otros dos, ocupados enteramente por soldados, delante y detrás; también se apostaron guardias a lo largo de todo el camino. Mao iba acompañado tan sólo por una pequeña delegación y llevaba consigo una variada selección de regalos para Stalin, desde coles blancas y rábanos de Shandong hasta bordados y cojines de Hunan; no sabemos si Stalin llegó a comer y le gustaron o no las coles.[54]

El nuevo dirigente supremo de China, que acababa de cumplir cincuenta y seis años, se iba a reunir por primera vez con el gran *vozhd'* del comunismo mundial con ocasión de su septuagésimo cumpleaños. Mao esperaba obtener ayuda, reconocimiento y un nuevo tratado chino-soviético que sustituyera al firmado con Chiang Kaishek, aprobado por estadounidenses y británicos en Yalta en 1945. Pero a pesar de su importancia aquel viaje no se ajustó a las relaciones públicas habituales en las actuales visitas de estado. De hecho fue uno de los encuentros más extraños de la inmediata posguerra y ambos protagonistas danzaron un tenso *pas de deux* durante dos meses. Los problemas empezaron en la estación de ferrocarril, a la que Stalin no acudió para dar la bienvenida a Mao en persona, contraviniendo el protocolo usual. Los dos gobernantes hablaron más tarde aquel mismo día, pero Stalin dejó clara su renuencia a firmar un nuevo tratado. Estaba dispuesto a conceder más ayuda a China, pero no quería contravenir los acuerdos de Yalta y dar a Estados Unidos una excusa para romperlos. Por otra parte, desconfiaba de Mao. Había pasado poco más de un año dede la escisión yugoslava y le preocupaba que el líder guerrillero que había causado tantas preocupaciones a Moscú durante años pudiera convertirse en otro nuevo Tito

desleal, ahora en Asia. Mao fue trasladado a una *dacha* del estado llena de micrófonos y cámaras para que Stalin pudiera observarlo y preparar sus encuentros. En una ocasión envió a Molotov para examinar «qué clase de tipo es». Molotov, condescendiente, informó a su vuelta que le parecía un astuto líder campesino bastante parecido al rebelde ruso del siglo XVIII Pugachov. Evidentemente no era un auténtico marxista y ni siquiera había leído *El capital*; aun así, la impresión de Molotov era en general positiva.

Mao, al que dejaron «cocerse en su propio jugo» como decía su guardaespaldas ruso, se sentía cada vez más irritado. Acostumbrado a las privaciones del ejército guerrillero, odiaba los avíos de la comodidad occidental, se quejaba del retrete europeo subido a un pedestal y ordenó que su blando colchón fuera sustituido por duras planchas. Trató repetidamente de obtener otra reunión con Stalin, pero en vano. «¿He venido aquí sólo para comer, cargar y dormir?», se quejó. Incluso les dijo a sus camaradas que se sentía bajo arresto domiciliario y que podrían no dejarle regresar a China.

A pesar de todo Stalin lo presentó con gran alharaca en la celebración de su cumpleaños en el Teatro Bolshoi. Lo situaron a la derecha de Stalin y fue el primer dirigente extranjero en hablar. Stalin percibía claramente que tenía mucho que ganar de una alianza con un hombre que había llevado a la quinta parte de la población mundial al comunismo. Finalmente, temiendo (innecesariamente) que Mao pudiera llegar a un acuerdo con Estados Unidos, aceptó la firma del nuevo tratado. Mao se vio obligado a hacer concesiones, aceptando una República Popular Mongola independiente, pero había conseguido lo que quería, el envío a China de ayudantes y asesores técnicos, a cambio de su

reconocimiento de los soviéticos como «hermanos mayores».

Aun así la tensión se prolongó. Mao había decidido reconocer al gobierno de Ho Chi Minh en Vietnam y Stalin comprendió que tenía que hacer lo mismo, aunque no quería enfrentarse a Francia. También seguía temiendo que Mao llegara a un acuerdo con el gobierno estadounidense. Tras un gélido encuentro, Stalin invitó a Mao y a varios miembros del Politburó soviético a su *dacha* para una de sus extravagantes veladas. Trató de romper el hielo de la forma acostumbrada, poniendo en marcha el gramófono y esperando que todos los presentes —sólo varones— se pusieran a bailar; pero Mao no estaba de humor para la fiesta y, como recordaba su traductor, «aunque tres o cuatro jerarcas intentaron por turno sacar al presidente Mao a bailar, no lo consiguieron … Todo aquello terminó de forma nauseabunda».[55] Un par de semanas después se agravó la tensión cuando la delegación china recibió una invitación para acudir a una representación del ballet de Reinhold Glière *La amapola roja*, de 1927, sobre la China revolucionaria. Cuenta la historia de un marinero soviético que conoce a una prostituta en Shanghai y la convierte al marxismo-leninismo. Mao, al oír la trama y el dudoso título (para unos oídos chinos parecía que asociaba el comunismo con el opio), no acudió, pero casi fue mejor que no lo hiciera. Su secretario, que acudió en su lugar, se sintió profundamente ofendido al ver el rostro pintado de amarillo de los bailarines rusos que representaban a los personajes chinos, que en su opinión aparecían retratados como monstruos.

En aquella tirante visita podemos ver la gran diferencia entre el comunismo envejecido de Stalin y el más joven y radical de Mao. Había, evidentemente, fuertes razones para que la URSS

pretendiera estrechar sus relaciones con China, pese a los persistentes roces entre Stalin y Mao. El comunismo en Asia le daba a Stalin nuevas oportunidades. Ya tenía un estrecho aliado en Corea del Norte; en Vietnam, Ho se había distanciado de Moscú para acercarse a Beijing, pero Stalin creía que podría influir sobre él a través de China. Y aunque Mao era difícil de manejar, reconocía la autoridad de Stalin sobre el movimiento comunista mundial. Además, por irritante que encontrara la actitud de superioridad de los soviéticos, todavía los veía como modelo mágico para transformar China. El *Curso breve de historia del partido* de Stalin seguía siendo un texto enormemente importante para él: en Yan'an su insistencia en la unidad y uniformidad ideológica había sido decisiva; ahora resultaba igualmente valioso como mapa de ruta para el desarrollo. En 1945 el *Curso breve* era uno de los cinco libros «obligatorios» que debían aprender los comunistas chinos para iniciar la transición al socialismo.[56] La URSS, se creía comúnmente, era en el fondo muy parecida a China, sólo que treinta años por delante; como decía el eslogan de mediados de la década de 1950, «la Unión Soviética de hoy es nuestro mañana». La historia soviética que contaba el *Curso breve* podría aplicarse sustancialmente a China: también allí había habido una revolución y una guerra civil, y ahora era el momento para un período de tipo NEP; más adelante vendrían la «industrialización socialista» (1926-1929 según la peculiar cronología del *Curso breve*), la «colectivización» (1930-1934), y finalmente la «lucha para completar la construcción de la sociedad socialista» (1935-1937). China, según se creía, seguiría las mismas etapas, aunque resultaba más dudosa su duración.

En 1949 las direcciones china y soviética parecían estar de

acuerdo en que los tiempos no estaban todavía maduros para la construcción socialista. China, según creían Mao y sus colegas, era todavía vulnerable y podía sufrir una invasión extranjera, y su ejército, que todavía no había conquistado el Tíbet ni Taiwán, no estaba en condiciones de afrontar un grave conflicto interno. Los funcionarios del viejo régimen del Guomindang seguían en sus puestos y también se trataba con deferencia a los intelectuales liberales, que poseían una pericia valiosa. Se mantuvo la propiedad privada, y aunque se expropiaron las grandes fincas a los terratenientes, el objetivo no era la igualdad sino la mejora de la productividad repartiendo la tierra en granjas de un tamaño uniforme. Era lo que se definía como «Nueva Democracia», en la que el estado era una «dictadura democrática del pueblo» bajo la guía del proletariado pero sin excluir a la burguesía. Las purgas se limitaron a los anticomunistas declarados.

Al igual que en la URSS durante la década de 1920, había diferentes opiniones sobre la velocidad con que China llegaría al socialismo (aunque esta vez Stalin era partidario de una reforma gradual). Los dirigentes chinos que tenían relaciones más estrechas con Moscú —Liu Shaoqi y su aliado y paisano de Hunan, Ren Bishi, formado en Moscú, y Zhou Enlai (un dirigente con un fuerte vínculo con la Unión Soviética desde los años veinte)— pensaban que la «Nueva Democracia» duraría entre diez y quince años y que durante ese período se podrían construir un estado y una economía siguiendo el modelo estalinista.[57] La opinión de Liu era especialmente importante. Había viajado a Moscú en junio de 1949, antes que Mao, y había visitado docenas de ministerios e instituciones para saber cómo funcionaban. Regresó a China con unos 220 asesores

soviéticos dispuestos a establecer las instituciones chinas a imagen y semejanza de las soviéticas. Sin embargo, bastante más influyentes que el número relativamente modesto de asesores fueron las traducciones de muchos libros técnicos soviéticos.[58] Fue en esos manuales socialistas donde los chinos aprendieron a dirigir las fábricas e instituciones. Los textos eran mucho más eficaces que los tanques en la exportación del modelo soviético de modernidad.

La visita de Liu a Moscú resultó mucho más fácil que la de Mao, ya que su afinidad con Stalin era mucho mayor. Mao, en cambio, con su nostalgia por el socialismo guerrillero de Yan'an, seguía prefiriendo las soluciones radicales. Estaba impaciente por impulsar la historia hacia la industrialización y el socialismo.

Al igual que en la URSS a finales de la década de 1920, la amenaza de guerra contribuyó a la radicalización de la política china. En abril de 1950 Stalin aceptó, contra su voluntad, apoyar la invasión ordenada por Kim Il-sung de Corea del Sur, y cuando, tras los primeros éxitos iniciales de los norcoreanos, el VIII Ejército estadounidense (al frente de una fuerza de las Naciones Unidas) desembarcó en la península y los hizo retroceder, el gobierno chino aceptó, de mala gana,[59] intervenir en una guerra que se prolongó durante dos años y que supuso una enorme carga para la República Popular China. Se trataba de una guerra convencional entre ejércitos enormes, planificada y en parte financiada por Moscú, pero en la que los que combatían eran soldados chinos, más de dos millones, de los que murieron entre cien y cuatrocientos mil —según atienda uno a las estimaciones chinas o estadounidenses—, entre ellos el hijo mayor de Mao, Anying. La República Popular China gastó durante la guerra entre el 20 y el 25 por 100 de su presupuesto

en la campaña militar, lo que provocó enormes dificultades en la propia China, por no hablar de los sacrificios en el frente.

La guerra de Corea tuvo el efecto de favorecer los llamamientos en favor de una rápida industrialización y Mao planteó la necesidad de un plan quinquenal ya en febrero de 1951; pero la guerra legitimó más en general todo tipo de radicalismo y reforzó a quienes propugnaban una «lucha de clases» sin cuartel. Por ejemplo, la reforma agraria de 1949-1950 había comenzado a perder fuelle a medida que a los jefes locales del partido les resultaba cada vez más difícil llevar a cabo la redistribución frente a la oposición de los terratenientes, los clanes y los templos; la guerra les brindó una oportunidad para acusar a la burguesía de colusión con los enemigos extranjeros. La reforma agraria se convirtió pronto en una encarnizada lucha de clases, en la que se generalizaron las «asambleas para formular agravios», las humillaciones públicas y agresiones más directas, no siempre respaldadas por las autoridades. En total, el 40 por 100 de la tierra se redistribuyó entre el 60 por 100 de la población. Aunque esto reforzó sin duda el apoyo al nuevo régimen, también supuso un enorme coste humano: se ha estimado que en aquella reforma agraria murieron entre uno y dos millones de personas.

El PCCh no imponía todavía granjas colectivas a la población rural, pero en algunos aspectos era aún más radical que los bolcheviques a principios de la década de 1930: decidido a erradicar las viejas identidades de clase, clan y región, hizo un enorme esfuerzo por clasificar a la población rural según la clase, y la etiqueta resultante —terrateniente, campesino rico o campesino pobre— resultaba decisiva en la vida de cada individuo a partir de entonces. Entre 1951 y 1953 el PCCh

extendió la «lucha de clases» a las ciudades con la «campaña para suprimir a los contrarrevolucionarios», la campaña de los «tres antis» contra los funcionarios corruptos, la de los «cinco antis» contra la «gran burguesía nacional» y una campaña de reforma cultural contra los intelectuales. En esas campañas se daban a veces casos de extrema violencia.[60] La campaña de supresión de los contrarrevolucionarios supuso por sí sola entre 800.000 y 2 millones de víctimas, y muchos más fueron sometidos a juicios públicos de masas. Como en el campo, el partido consiguió movilizar a la mayoría pobre de la población contra la minoría rica; entre el 40 y el 55 por 100 de los obreros de Shanghai enviaron a las autoridades denuncias contra los «contrarrevolucionarios». Según un informe, a una asamblea en Beijing dirigida contra los «cinco principales tiranos» —un grupo de caciques locales— acudieron más de 30.000 personas. Como habían hecho en el campo, los comunistas movilizaron a los ancianos más respetados para denunciar a sus «enemigos».

> Cuando entraron los criminales, las masas estallaron de repente en maldiciones y gritos que sacudían el cielo y la tierra. Algunos escupieron a los criminales, a otros se les saltaron las lágrimas … Una anciana de ochenta años se adelantó con su bastón, dirigiéndose a los acusados: «¡Nunca pensasteis que os veríais así algún día! ¡Ah! Tampoco yo puedo creérmelo. El sistema judicial anterior os pertenecía, pero ahora el presidente Mao nos permitirá cobrar nuestra deuda de sangre!».[61]

En septiembre de 1952 Mao anunció a sus colegas que la época de la reconstrucción de estilo NEP estaba llegando a su fin y que los tiempos habían madurado para que en China se empezara a construir el socialismo. El primer plan quinquenal, en el que el sector socialista de la economía comenzaría a exprimir a los capitalistas, comenzó en 1953. Poco después, en

1955, se inició la colectivización en el campo.

Una vez que hubo decidido un plan quinquenal a gran escala, Mao no tenía reparo en aceptar la necesidad de un giro hacia el modelo estalinista maduro. En febrero de 1953 declaró que «tiene que aumentar en todo el país el esfuerzo por aprender de la Unión Soviética para reconstruir nuestro país».[62] Se introdujeron en toda la economía las jerarquías y grados de la aristocracia de servicio soviética; los ingenieros eran los nuevos gerifaltes de las fábricas, mientras que la organización del partido quedó marginada. Se comenzaron a construir enormes plantas industriales con ayuda soviética, pero lo más llamativo eran los cambios en el Ejército Popular de Liberación, donde los grados e insignias al estilo soviético sustituyeron al viejo estilo igualitario de la guerra civil.

Aun así, el modelo estalinista no se siguió al pie de la letra. El PCCh, muy dependiente del apoyo con que contaba entre los campesinos, no estaba dispuesto a explotarlos tan duramente en beneficio de la industria pesada, por mucho que se aceptara en general el modelo soviético y el entusiasmo por todos sus aspectos penetrara pronto más allá de la élite del partido. En las áreas urbanas, especialmente entre los más instruidos, el estalinismo maduro de Moscú, que privilegiaba a los intelectuales, se demostró mucho más atractivo que el socialismo campesino de Yan'an. Todos leían traducciones al chino de novelas rusas y en todo el país se proyectaban películas soviéticas. El libro más vendido era *Así se templó el acero* y su héroe, Pavel Korchaguin, se convirtió en un ejemplo que todos querían emular. A partir de 1952 muchas escuelas establecieron las «clases Pavel» como parte de la campaña «leer buenos libros, aprender de Pavel» y en 1957 la película soviética del año

anterior basada en la novela se proyectó en toda China —naturalmente, doblada— para celebrar el cuadragésimo aniversario de la revolución de Octubre. Abundan las pruebas de que el libro de Ostrovski resultaba muy atractivo para los jóvenes, en parte porque Korchaguin era un héroe con muchos defectos; sus malas calificaciones en la escuela y su impulsividad lo hacían más simpático que el remoto e improbable «hombre nuevo socialista». Korchaguin representaba el romanticismo revolucionario, templado con cierto realismo.[63]

El cine se convirtió en un importante canal para introducir en China las ideas soviéticas; en 1957 se habían doblado y proyectado 468 películas soviéticas, que habían visto casi 1.400 millones de espectadores. Esas películas difundían varios mensajes. El heroísmo del hombre corriente —gente como Korchaguin— era uno de ellos, pero aquellas películas popularizaron también ideas «modernas» como la igualdad de género.[64] *Así se templó el acero*, como muchas otras películas soviéticas, mostraba mujeres que luchaban y trabajaban junto a los hombres. La primera tractorista china, Liang Jun, proclamaba que la película la animó a buscar trabajo. La URSS, tal como se veía en las películas, parecía la cumbre de la modernidad. Como recuerda el historiador Wu Hung:

> Contemplando retrospectivamente los primeros años de la década de 1950, parece como si todo lo nuevo y excitante proviniera de la Unión Soviética y que todo lo que procedía de allí era nuevo y excitante. En las escuelas, en los parques y en las calles se repetía una y otra vez el eslogan: «El presente de la Unión Soviética es nuestro futuro». Era a la vez estimulante y extraño ver nuestro propio futuro escrito en el rostro de algún otro, especialmente cuando ese «otro» tenía el pelo rubio y la tez rosada … Mi madre y sus compañeras de la Academia Dramática Central se hicieron inmediatamente la permanente para que sus rizos se parecieran a los de las robustas heroínas rusas … En mi memoria se une el recuerdo del peinado de mi madre durante aquel período con un tipo de vestido que la gente

llamaba *bulayi* (deformación fonética de la palabra rusa *plat'ie* [vestido]). Se componía de guantes cortos abombados, una blusa con cuello abotonado y una falda amplia flotante, y siempre estaba hecho de un tejido de vivos colores con estampados alegres, que se asociaba con el «espíritu revolucionario» de la Unión Soviética.[65]

Sin embargo, como ilustra Wu Hung, la «modernidad» soviética transmitida a China era de un tipo muy particular. En la moda, como en muchos otros aspectos, la adopción oficial del «modelo soviético» desde 1953 marcaba una transición bastante similar a la que experimentó la URSS a mediados de la década de 1930: del socialismo guerrillero, más igualitario, a una sociedad más «alegre» y con más aspiraciones. A finales de los años cuarenta se había hecho popular entre las mujeres revolucionarias el «traje Lenin» —una versión femenina del Sun Yat-sen, basado en el uniforme del ejército soviético—, y a principios de los cincuenta se había generalizado en las ciudades. Pero en 1955, siguiendo el ejemplo soviético y hartos de la austeridad de Yan'an, varias figuras culturales destacadas, entre ellas el poeta Ai Qing, emprendieron una campaña de reforma vestimentaria. Para Ai Qing los trajes Sun Yat-sen y Lenin «no armonizaban en absoluto con … el estilo alegre de vida». «En la Unión Soviética —explicaba—, si pasean seis o siete chicas juntas, cada una de ellas lleva un tipo de vestido diferente», mientras que los niños chinos «se visten como pequeños ancianos».[66]

Pese a la una gran cobertura de prensa en 1956, la campaña de reforma vestimentaria no tuvo demasiado éxito y muchas mujeres seguían aferradas a sus trajes Lenin. La razón era en parte económica: las faldas amplias exigían más tela; pero el gasto no era la única razón; los valores populares no eran todavía

acordes con ese distanciamiento del socialismo guerrillero de Yan'an. Uno de los impulsores de la reforma vestimentaria explicaba así la prolongada popularidad del traje Lenin entre las mujeres:

> Han vinculado los trajes de los cuadros con el pensamiento progresista, la simplicidad del estilo de vida y la frugalidad … Aunque todo esto es erróneo, no se puede negar que expresa el deseo de progreso e igualdad de las mujeres con los hombres en la vida y en el trabajo, así como la consideración de la simplicidad y la sobriedad como elementos centrales de la estética china.[67]

Los conflictos sobre la moda revolucionaria reflejaban las prolongadas tensiones en el interior de la política china. Mao deseó durante un tiempo asumir el modelo soviético, pero nunca abandonó sus valores guerrilleros y al cabo de poco tiempo volvería a hacer frente a la marea procedente de Moscú.

En Corea del Norte se podía observar una mezcla diferente del estilo tradicional de la guerrilla campesina china con la jerarquización soviética. El propio Kim Il-sung conocía de primera mano ambas culturas, pero las tradiciones políticas coreanas determinaban más decisivamente aquel tipo tan específico de comunismo.[68]

El «Partido de los Trabajadores de Corea», al igual que el PCCh, estaba compuesto principalmente por campesinos y había obtenido un apoyo considerable del campesinado pobre con su reforma agraria de 1946 (muy semejante a la llevada a cabo por los comunistas chinos en Manchuria durante la guerra civil). Su parecido con el partido chino era también evidente en el enorme énfasis que ponía en la «autocrítica» y la «unidad de pensamiento». La cultura confuciana de Corea contribuía a esa primacía acordada a las ideas, pero también pudieron influir los

esfuerzos de la administración colonial japonesa por obtener una «conversión» ideológica, algo que muchos comunistas experimentaron en prisión.[69]

Al mismo tiempo, no obstante, Kim encontraba muy atractivo el modelo del estalinismo tardío. Los japoneses habían establecido en el norte los fundamentos de una industria pesada y el régimen los aprovechó para emprender un programa de industrialización típicamente estalinista, ayudado por expertos soviéticos y fomentando la formación técnica. Esto iba acompañado de la integración de Corea en el imperio económico soviético desde finales de la década de 1940, exportando materias primas a cambio de artículos manufacturados.[70]

El culto a la personalidad de Kim también se parecía a los de Stalin y Mao, aunque su extravagancia e intensidad fueran de un orden diferente, en el que probablemente tenían mucho peso tradiciones anteriores.[71] En él estaban presentes, ciertamente, imágenes y expresiones estalinistas y maoístas —al igual que en el caso de Mao, se comparaba a Kim con el sol (aunque esto podía derivar en parte del culto japonés al emperador)— pero también podían detectarse imágenes familiares confucianas. Se alababa su «linaje revolucionario» y se presentaba como «padre» del pueblo coreano, aunque a veces, recogiendo elementos del chamanismo tradicional coreano, también se hablara de él como «madre» de la nación, con un control mágico sobre el tiempo y las cosechas. En otro orden de cosas, era ensalzado como rey-filósofo reformador que ofrecía «orientaciones sobre el terreno», explicando a los obreros cómo utilizar los tornos y a los campesinos cómo mejorar sus cosechas. Corea del Norte está todavía cubierta de miles de placas conmemorativas de sus

visitas (incluidas peligrosas pilastras en las autopistas, que señalan los muchos lugares donde Kim ofreció su «orientación sobre el terreno» relativa a la construcción de carreteras). Finalmente, también había en el culto elementos cristianos: su biógrafo escribió que su ascenso al liderazgo se vio marcado por la aparición de una brillante estrella y que había vertido su «preciosa sangre» para salvar al país.

En el orden social también era evidente una curiosa mezcla del estalinismo tardío con las tradiciones coreanas. Se adoptó el modelo estalinista de relaciones laborales de la posguerra, incluyendo el estajanovismo y grandes diferencias salariales, pero las desigualdades y distinciones sociales iban a resultar mucho más rígidas que en la URSS o en China. Puede que eso se debiera en parte a la propia cultura coreana. La dinastía Choson (que gobernó Corea desde 1392 hasta la invasión japonesa en 1910), aunque influida por el confucianismo, había preservado una élite aristocrática hereditaria a diferencia de China, donde las ideas confucianas de educación y mérito estaban mucho más arraigadas.[72] La rígida jerarquía comunista de «clase principal», «clases oscilantes» y «clases hostiles» recordaba la división tripartita de la sociedad durante la dinastía Choson en *yangban* (aristocracia letrada y militar), gente común y marginados o esclavos, y la pertenencia a una u otra clase seguía determinando las posibilidades de cada uno en la vida.[73] Como veremos más adelante, esa jerarquía hereditaria había surgido también en China, pero Mao estaba decidido a acabar con ella. Kim, en cambio, la apuntaló y su perspectiva jerárquica se reflejaba en el uso de dos palabras diferentes para «camarada»: *tongmu* para los iguales y *tongji* para los superiores (en el PCCh sólo se utilizaba una palabra: *tongji*).

Kim y los demás dirigentes coreanos crearon así una forma de comunismo con fuertes raíces locales que se iba a demostrar notablemente resistente, convirtiéndose en uno de los regímenes comunistas más parecidos al *Ancien Régime*, con una estructura social inusitadamente rígida; pero durante el período estalinista tardío había igualmente en todos los países comunistas elementos jerarquizantes que socavaban inexorablemente la esperanza de muchos seguidores potenciales en una nueva era de justicia y relaciones sociales modernas.

VI

A los diecisiete años Edmund Chmieliński dejó su pueblo natal en el centro de Polonia para unirse a una brigada juvenil y trabajar en la nueva «ciudad socialista» de Nowa Huta, junto a Cracovia. Estaba traumatizado por la guerra: su padre había sido asesinado y con once años había sido internado en un campo de trabajo como esclavo por los nazis. A su regreso a su pueblo las perspectivas no eran nada buenas: se hallaba en lo más profundo de la jerarquía social y tanto sus profesores como el cura local lo trataban mal. Su tío, un organizador de la juventud comunista, le ofreció una vía de escape, aunque su madre trató de retenerlo en el pueblo:

> Nada ni nadie podía cambiar mi decisión. Quería vivir y trabajar como un ser humano, ser tratado como un igual por los demás y no como un animal … No había fuerza que pudiera mantenerme en aquel pueblo que odiaba tanto y que me había humillado durante toda mi infancia.[74]

Cuando llegó a Nowa Huta le entregaron un uniforme caqui nuevo junto con una gorra y una corbata roja. «A veces me miraba furtivamente en el espejo y no podía creer lo diferente que me veía». Ahora era igual a los demás, parte de un nuevo ejército de trabajo. Para cenar repartían raciones iguales para todos y «todos éramos iguales». Por primera vez se quedaba dormido «completamente feliz». Aunque el trabajo era duro y le sorprendió la directriz de empezar a construir una planta enorme con herramientas muy rudimentarias, se convirtió en un estajanovista entusiasta, volcado en una «competición socialista» heroica para reconstruir el país tras la guerra:

> Estaba convencido de que mediante el esfuerzo común construiríamos en unos años una ciudad espléndida en la que yo podría vivir y trabajar … No contaba las horas de trabajo. Trabajaba como si estuviera construyendo mi propia casa. Creía que lo hacía por mí mismo y por mis futuros hijos.[75]

Sin embargo, su historia terminó en tragedia. Obtuvo una beca para estudiar en una escuela de formación profesional, pero no le bastaba para pagar todas las tasas. Tuvo una crisis nerviosa, acusó a los jefes del sindicato y del partido de la injusticia sufrida y acabó como un alcohólico sin techo. Se alegró cuando los disturbios del verano de 1956 culminaron en la remoción de los viejos mandos estalinistas y el nombramiento de Gomułka como secretario general del Partido Obrero Unificado Polaco (PZPR).

Las memorias de Chmieliński, escritas en 1958 tras el fin del período estalinista aunque el PZPR siguiera monopolizando al poder, se vieron indudablemente influidas por el ambiente ideológico de la época, pero su informe sobre el entusiasmo de gran parte de la juventud polaca ha sido corroborado por otros

testimonios y de hecho tiene sentido. Chmieliński creía en las promesas de un nuevo sistema, de una sociedad «guerrillera» igualitaria, en la que todos se esforzarían por el bien común y que traería formación personal y avance, y es natural que compartiera esa visión. Pero como muchos otros comprobó que el nuevo orden era mucho más estratificado, injusto y duro con los pobres de lo que esperaba. Los sueños de muchos jóvenes comunistas como Chmieliński se desvanecieron al verse confrontados con la realidad del estado «hambriento de recursos» y su «nueva clase» dirigente.

Los jóvenes ambiciosos como Chmieliński, desesperados por escapar del agujero rural, eran precisamente el tipo de gente que quería convertirse en el nuevo pueblo socialista, tal como había sucedido en la URSS de la década de 1930, y en el conformismo hallaban beneficios reales. En la Europa oriental de posguerra, especialmente en Polonia y en la RDA, había por ocupar un gran número de puestos técnicos y de gestión y el nivel de movilidad social en aquel período era mucho más alto incluso que en Occidente (donde se estaba viviendo también una época dorada de movilidad). Chmieliński comprobó a su costa que la movilidad tenía sus límites, pero muchos otros pudieron permitirse una formación superior y unirse a las filas de los directivos intermedios.

Los obreros más antiguos, en cambio, tenían menores incentivos para incorporarse al nuevo ejército laboral del régimen. Seguían fieles a la vieja cultura de la clase obrera que los partidos comunistas estaban tratando de alterar.[76] En la industria el estalinismo tardío era aún más autoritario y menos igualitario que en la URSS a mediados de la década de 1930. Se basaba en una jerarquía muy rígida: los planes y objetivos de

trabajo (normas) eran decididos por el ministerio correspondiente en el centro y a continuación transmitidos por la línea de mando para ser puestos en práctica por los directivos y capataces. A cada trabajador se le asignaba un miniplán que debía cumplir y se le pagaba según lo que producía. Los jefes tenían por tanto un poder aún mayor que en el sistema capitalista. En la práctica, la escasez de mano de obra y la necesidad de los directivos de asegurarse la cooperación de los trabajadores les impedía pasarse de la raya, pero estos últimos se dolían de su poder, especialmente en lo que se refería a la distribución de puestos de trabajo, en la que solían ser poco imparciales. El salario de un obrero, por ejemplo, dependía mucho de si su norma era fácil de cumplir o no, y la escasez de material podía hacer imposible que un trabajador, por heroico que fuera, obtuviera un salario razonable.

La desigualdad salarial también generaba resentimiento. Lo más habitual era el sistema salarial a destajo o por piezas, y esto concedía poder a los capataces y jefes, que podían decidir a quién le daban los trabajos fáciles y a quién los difíciles; y al tiempo que los técnicos y jefes recibían mayores salarios y privilegios (como las tiendas especiales), las escalas salariales más antiguas y más igualitarias quedaban arrumbadas. Esto era particularmente criticado en la RDA, donde muchos de los especialistas técnicos eran antiguos nazis, despedidos en 1945 y vueltos a contratar más tarde. Según un informe del partido, sus miembros eran profundamente hostiles a esa política: «la *intelligentsia* debe ser llamada al orden de una vez y para siempre. El trato preferente que recibe es inaceptable. Hay que acabar con las tiendas especiales donde sólo ellos tienen derecho a comprar».[77]

Especialmente impopulares eran los estajanovistas que cooperaban con los directivos para producir muy por encima de la norma; al igual que en la URSS en los años treinta, esto suponía, más que un estímulo, una presión sobre todos los trabajadores. Un obrero de la gran fábrica de aparatos eléctricos del norte de Budapest, János Sztankovits, había sido deportado a la URSS después de 1945 y allí había trabajado en una fábrica soviética, donde se convirtió en estajanovista. A su regreso a Hungría en 1949 se resistía a trabajar allí también como estajanovista, diciéndoles a los agitadores del partido que «Stalin podía meterse toda aquella mierda en el culo, trabajé gratis para él dos años y ni siquiera me daban ropa adecuada; una vez que me han liberado, ¿por qué debería trabajar para él de nuevo?». Los jefes de la fábrica le amenazaron y no tuvo otra opción que someterse y trabajar como estajanovista, pero entonces sus compañeros, molestos por su rendimiento más alto, acabaron diciéndole: «Si tanto te gustan los métodos soviéticos, ¿por qué no te largas allí de nuevo?».[78]

Los miembros del partido podían evidentemente justificar aquella desigualdad apelando a las propias palabras de Marx: en la fase inferior del socialismo debía aplicarse el principio «a cada cual según su trabajo»; pero, comprensiblemente, muchos veían el nuevo orden como una traición a los valores socialistas que el partido proclamaba tan orgullosamente, y el marxismo les daba un lenguaje ya elaborado con el que formular sus protestas. En una carta anónima de enero de 1949 un obrero le decía a Hilary Minc, el ministro de Industria polaco, firmando «un seguidor de las enseñanzas de Marx y Engels»:

> Proclama usted que las fábricas en las que trabajamos son de nuestra propiedad

exclusiva, sólo nuestras, pero resulta que sólo somos siervos miserables con un salario más bajo que en las fábricas privadas. Después de todo, si son de nuestra propiedad, los beneficios que da la fábrica deberían dividirse entre los obreros y pagaríamos un impuesto como las fábricas privadas. ¿No le gusta la idea, verdad? Porque entonces no habría dinero para construir sus palacios, en los que hay docenas de metros cuadrados de espacio para cada burócrata… [79]

Había no obstante un sector de la vida cotidiana en el que el régimen era demasiado igualitario para el gusto de muchos trabajadores: la situación de las mujeres. El partido presionaba para que se las empleara en todos los puestos, incluso en los que tradicionalmente eran asignados a hombres. Algunas mujeres se convirtieron en activistas del partido y «heroínas» del trabajo, pese a enormes obstáculos. Los trabajadores varones a menudo se oponían con éxito a la promoción de mujeres y éstas solían quedar confinadas en puestos tradicionalmente femeninos, ganando en ellos menos que los hombres, mientras que por otro lado el horario de trabajo del obrero-héroe, que cubría varios turnos para superar la norma asignada, era difícil de conciliar con la vida familiar.[80]

Aquélla no fue la única concesión que el régimen tuvo que hacer a los obreros del este de Europa. En muchos lugares la cultura socialista preexistente les daba a los obreros confianza para oponerse a las directrices del partido; en la RDA, por ejemplo, los viejos obreros socialdemócratas estaban en la vanguardia de las quejas.[81] En algunos casos el ideal de crear «un nuevo hombre socialista», lleno de entusiasmo por la ideología comunista, fue más o menos abandonado. La socióloga polaca Hanna Świda-Ziemba señalaba que en tanto los obreros trabajaran, la incorrección ideológica era permisible:

En mis contactos con los obreros de la época me sorprendió su libertad de

expresión, su actitud agresiva hacia sus superiores y el sistema de la época, mostrada a veces muy abiertamente en asambleas públicas … No era una cuestión de valor personal, sino el resultado de la ideología dominante y también la práctica social del sistema estalinista.

A diferencia de los intelectuales, de los que se esperaba que siguieran la línea del partido, «el deber de los obreros era esencialmente trabajar y cumplir el plan sexenal. Las opiniones se podían expresar sin castigo, pero la menor indicación de un rechazo real a trabajar podía castigarse de muy diversas formas…[82]

Pero si en los países de Europa oriental, en los que ya existía antes una fuerza de trabajo industrial, el régimen tenía que llegar a compromisos con la clase obrera, los comunistas chinos disponían de un margen de maniobra mucho mayor. En 1949 la industria se concentraba principalmente en pequeños talleres. Fueron los propios comunistas los que crearon la industria a gran escala —siguiendo una trayectoria muy parecida a la de los soviéticos en la década de 1930— y sus grandes fábricas y plantas tenían como modelo las que aparecían en los manuales soviéticos. Esto facilitó mucho al régimen la configuración de la fuerza de trabajo. Además, como la diferencia entre la economía rural y la urbana era aún mayor que en Europa oriental y en la URSS, la economía china disfrutaba de un enorme excedente de mano de obra. Evidentemente el régimen no podía proporcionar empleo industrial a todos los recién llegados del campo, pero los que encontraban trabajo, con salarios y complementos relativamente altos, pronto ascendieron hasta lo más alto de la jerarquía laboral. Por debajo de ellos había una capa de obreros menos privilegiados y protegidos en fábricas más pequeñas y abajo del todo la gran masa de los campesinos,

que a partir de 1955 se vieron de nuevo atados a la tierra. La clase obrera urbana, percibiendo sus privilegios, se mostró mucho más receptiva al intenso esfuerzo de propaganda del partido.

Pese a todo, muchos aspectos del estalinismo tardío se hicieron muy impopulares en las fábricas chinas. El sistema salarial por piezas introducido entre 1952 y 1956 no sólo era difícil de organizar en circunstancias en que los gestores especializados al tanto de sus complejidades eran escasos, sino que también provocaba una intensa hostilidad entre los obreros acostumbrados a regímenes salariales más igualitarios. La rígida escala soviética con ocho escalones que se aplicó en varias regiones de China era muy criticada por su arbitrariedad. Los esfuerzos por escalonar la fuerza de trabajo según los ocho grados llegaban a extremos absurdos: los gestores de unos grandes almacenes de Shanghai trataron de determinar el «nivel de habilidad» de los vendedores sometiéndoles a un «examen práctico a ciegas» con el que pretendían evaluar su juicio sobre toda una variedad de tabacos, pero los no fumadores se sintieron naturalmente discriminados.[83] Entretanto los poderes concedidos a los directivos alimentaban el resentimiento, especialmente en el caso de firmas que anteriormente formaban parte del sector privado, en las que el viejo propietario «capitalista» era oficialmente nombrado directivo «socialista». Esos diversos agravios iban acumulando un polvorín de rencor que iba a estallar en cuanto Mao comenzó a cuestionar la jerarquización del llamado «modelo soviético» de gestión a finales de la década de 1950.

Ese tipo de crisis se produjo mucho antes en Europa oriental, cuando los gobiernos incrementaron la presión sobre

los obreros mientras que los salarios reales caían. En Hungría, por ejemplo, el salario real disminuyó, según estimaciones, alrededor del 16,6 por 100 entre 1949 y 1953. Los obreros solían expresar su insatisfacción indirectamente, por ejemplo mediante el absentismo laboral, el trabajo lento o cambiando frecuentemente de empleo; pero de vez en cuando estallaban auténticas huelgas salvajes, para las que no había otra solución que la represión; el 31,6 por 100 de los presos en las cárceles checoslovacas por «delitos políticos» eran obreros.[84] A principios de la década de 1950 había quedado claro que los intentos de los comunistas de movilizar a la clase obrera e incorporarla a su nuevo ejército laboral había fracasado. Y si había tenido tan poco éxito el llamamiento a la supuesta vanguardia obrera, era muy poco probable que el campesinado «atrasado» se incorporara más fácilmente al proyecto comunista.

VII

En abril de 1952 llegó de visita a la Unión Soviética un viajero chino mucho más humilde que Mao o Liu, Geng Changsuo, al frente de una delegación de campesinos del pueblo de Wugong (a unos 200 km al sur de Beijing). Llegaron primero a Moscú, donde celebraron con entusiasmo el 1 de mayo en la Plaza Roja, y luego se trasladaron a Ucrania, donde inspeccionaron varias granjas colectivas y en particular la granja modelo Victoria de Octubre. Geng y sus paisanos quedaron impresionados por las riquezas que les mostraron: agua, electricidad, abundante comida y alojamientos sólidos y limpios equipados con teléfono.

Se sintieron aún más impresionados por el artefacto que se les presentó como origen de aquella riqueza, el milagroso tractor que conseguía lo que a 150 campesinos con 150 animales de tiro y 150 arados les sería difícil alcanzar.[85]

Geng era un miembro convencido del partido, decidido a ayudar no sólo a su propia familia y su clan, sino a todo el pueblo. No fumaba ni bebía ni jugaba, y con su baja voz confiada y sus modales humildes era el líder pueblerino ideal. Durante la guerra había organizado una cooperativa voluntaria de familias campesinas pobres que unieron sus recursos y pudieron dedicar parte del tiempo a la producción de cuerdas que luego vendían en los mercados locales. La cooperativa prosperó a principios de la década de 1950 cuando se unieron a ella más familias, y Geng atrajo pronto la atención de la dirección regional del partido. Desde 1951 Mao venía tratando de inducir a los campesinos chinos a adoptar una agricultura plenamente socializada y Geng regresó de su viaje de estudios a la URSS patrocinado por el estado convertido en un verdadero creyente, no sólo en el colectivismo soviético, sino más en general de la versión soviética de la modernidad. Como muestra de su pasión por las cosas «modernas», se afeitó la barba y el bigote, se vistió al estilo occidental y aprendió a leer y escribir. Pronto emprendió una misión de proselitismo, explicando cómo la colectivización y la mecanización —y especialmente el «tractor», transliterado como *tuolaji*, una palabra que los campesinos de Wugong no habían oído nunca antes— habían llevado la prosperidad a la URSS, y exhortando a sus paisanos a unirse a una cooperativa ampliada que abarcara a todo el pueblo.[86]

Cuando en el verano de 1955 Mao presionó en favor de una

colectivización plena al estilo soviético (la fusión de pequeñas granjas en grandes explotaciones de propiedad colectiva), Geng se convirtió en uno de los primeros presidentes de tales granjas. Sin embargo, el plan era quizá demasiado ambicioso para Geng y sus paisanos, y la granja colectiva resultó ser una propuesta muy diferente de la cooperativa campesina. Los ingresos que los campesinos obtenían hasta entonces vendiendo sus productos, venían ahora en forma de salarios por el trabajo que realizaban en la granja colectiva. Con el nuevo sistema sólo unas pocas familias con muchos miembros asalariados podían ganar tanto como antes. Además, la dirección china aplicó directamente el modelo soviético, aprovechando la colectivización para extraer cada vez más recursos del campo destinándolos a la inversión industrial. El nivel de vida de los campesinos sufrió por ello un notable descenso. Aun así, Geng y sus paisanos, ansiosos de mantener su estatus como pueblo modelo, prohibieron todas las parcelas privadas y presionaron en favor de la colectivización plena.

Pero el impacto político de la colectivización fue incluso más revolucionario que sus consecuencias económicas. El poder de Geng y otros como él sobre la vida de los campesinos (que ya era considerable) se amplió aún más. Los jefes del pueblo ejercían un control exclusivo sobre toda la tierra; distribuían los empleos a los campesinos y tenían un acceso privilegiado a los recursos del estado. Una canción popular captaba claramente la nueva relación entre estatus y recursos:

> La gente de primer rango
> recibe cosas a sus puertas.
> La gente de segundo rango
> depende de otros.

La gente de tercer rango
sólo tiene preocupaciones.[87]

Geng era un funcionario honrado y altruista y se esforzó mucho, no sólo por persuadir a los campesinos de las ventajas de la granja colectiva sino también por hacer que el sistema funcionara. La educación se amplió, y a diferencia de muchos otros pueblos en Wugong se estableció, por primera vez, un rudimentario sistema de bienestar y protección social. Sin embargo, incluso el virtuoso Geng cayó en la trampa del ornato que suele acompañar a la jefatura local, y junto con las escuelas y el bienestar Wugong podía ahora presumir de su propio aparato de seguridad local. La nueva fuerza de policía era dirigida por el temido «feroz Zhang», un antiguo campesino pobre que reclutó un montón de matones locales para mantener el orden. Cuando por ejemplo un grupo de campesinos arrancaron mil quinientas plantas de algodón como protesta por el bajo precio que se les ofrecía por su producción, aquella fuerza de seguridad empleó la tortura para descubrir a los culpables. En otros pueblos los abusos de los funcionarios podían ser aún peores. Los poderes de los líderes locales se fusionaron con la actitud patriarcal tradicional en un nuevo código casi feudal, que podía incluir un derecho de pernada informal sobre las jóvenes más pobres. Se multiplicaron las violaciones: dos de los antiguos guardaespaldas de Mao, por ejemplo, recompensados con altos puestos en Tianjin, utilizaron su poder para aterrorizar a las mujeres de la ciudad. Acabaron siendo ejecutados por sus crímenes, pero muchos otros escaparon a la justicia.[88]

La historia de Geng Changsuo y del pueblo de Wugong resume muchas de las esperanzas y desilusiones de lo que se

llamó «modelo soviético» en China. Algunos aspectos de la colectivización podían resultar atractivos para los campesinos: los tractores y la agricultura a gran escala prometían la abundancia que la agricultura a pequeña escala no podía proporcionar, mientras que la educación y la protección social prometían integración y oportunidades en toda la comunidad nacional; pero la colectivización pronto creó una nueva jerarquía: una poderosa capa de privilegiados que a menudo se comportaban arbitraria y explotadoramente. El campesinado en su conjunto permanecía en lo más bajo de la jerarquía social, aislado del resto de China y ligado a la tierra, sobre la que ejercía menos control incluso que antes. Entretanto, los recursos rurales extraídos de la agricultura se dedicaban a la industria pesada, mientras que el sistema de incentivos perjudicaba la productividad y propiciaba futuras crisis alimentarias.

La Europa oriental sovietizada había experimentado la colectivización de una forma similar, aunque aún más traumática. China escapó a los rigores de la «deskulakización»; el PCCh consiguió persuadir (o presionar) a los campesinos para que se incorporaran a las granjas colectivas sin una violenta campaña de lucha de clases (muy probablemente esto se debió a que la resistencia de los campesinos acomodados se había desvertebrado antes, durante las agresivas campañas de reforma agraria). En Europa oriental, en cambio, siguiendo más de cerca el modelo soviético de los años treinta, la colectivización y la *deskulakización* fueron de la mano.

La presión sobre los campesinos para que se incorporaran a las granjas colectivas fue a menudo intensa y en algunas áreas la coerción fue explícita, aunque en otras fue menos directa: los campesinos comprobaban que sólo podían comprar artículos no

agrícolas en comercios del estado si eran miembros de las granjas colectivas. Como decía un campesino búlgaro: «Por supuesto, *no tenías* por qué unirte a la cooperativa, a menos que quisieras zapatos para tus pies y una camisa para ponerte».[89] Aun así, como en la URSS durante la década de 1930, hubo bastante resistencia. Los campesinos desconfiaban de los destacamentos de funcionarios enviados desde las ciudades para imponer la colectivización y se negaban a dar información a los inspectores sobre qué campos eran propiedad de quién. Además, no era fácil inducirlos a denunciar a sus vecinos más ricos e influyentes: en el pueblo rumano de Hârseni de la provincia de Braşov, en el extremo sureste de Transilvania, por ejemplo, los funcionarios del partido trataron de persuadir al campesino Nicolae R. de que denunciara a su vecino el *chiabur* (*kulak*) Iosiv Oltean, que le había prometido 20 kilos de lana y 10 de queso por su trabajo pero sólo le había entregado una cantidad minúscula de lana de poca calidad. A pesar de todo, Nicolae defendía a su vecino: «Oltean era un buen hombre que nos ayudaba a los pobres, aunque le dominara la codicia».[90]

Muchos campesinos estaban encolerizados por la pérdida de sus tierras. La nueva ideología marxista-leninista, que consideraba el trabajo como virtud primordial, era diametralmente opuesta a su economía moral, que primaba la propiedad de tierras y la independencia económica como nivel de estatus; pero las altas cuotas de productos agrícolas exigidas por el estado para alimentar a los obreros urbanos y financiar la industrialización eran aún más impopulares que la *deskulakización* o la colectivización. Una campesina del pueblo húngaro de Sárosd, al suroeste de Budapest, recordaba su esperanza defraudada de poder pagar los impuestos al estado

cultivando 1,7 ha de girasoles: «Volvía a casa sin un céntimo. Todo se me iba en impuestos y no me quedaba ni para comprar un delantal».[91] En cuanto a las granjas colectivas, el salario era bajo y las condiciones duras. Un campesino del pueblo búlgaro de Zamfirovo, cerca de la frontera con Serbia, recordaba:

> Era terrible. Recuerdo que un día casi me desmayo en el campo durante la cosecha del trigo. Trabajábamos todo el día con un calor insoportable, haciéndolo todo a mano como antes … El trabajo era duro y el salario muy bajo, sólo 80 *stotinki* al día y cualquier pago en especie había que deducirlo. Las cosas habían ido a peor. Hasta los más pobres que se habían unido a la cooperativa con pocas tierras se sentían peor que antes. Recuerdo que un verano alguien vino al campo a vender cerveza y gaseosa y aunque estábamos muriéndonos de sed nadie pudo permitírselas.[92]

Al igual que en China, las escasas limitaciones impuestas a las nuevas autoridades locales y los consiguientes abusos de éstas atizaban la cólera de los campesinos. Las cuotas dependían del capricho de los jefes de las granjas colectivas y los campesinos veían que quien ocupaba un puesto más alto en la jerarquía política recibía mayor retribución por su trabajo en la granja colectiva que los demás. La vida se politizó intensamente, al depender el futuro de cada campesino de sus relaciones con los nuevos jefes.

En algunos lugares el descontento por las condiciones impuestas dio lugar a revueltas y manifestaciones de protesta. Una de las más violentas tuvo lugar en la región bosnia de Bihac en mayo de 1950, aunque en otros lugares raramente suponían una amenaza real para las autoridades. Una forma más habitual de resistirse a la colectivización consistió simplemente en abandonar la agricultura, algo que no veían mal algunos gobiernos de Europa oriental, ávidos de mano de obra

industrial.

La resistencia y el rencor frenaron el ritmo de la colectivización y en el momento de la muerte de Stalin había avanzado sorprendentemente poco. En Checoslovaquia, por ejemplo, sólo el 43 por 100 de la población rural estaba integrada en algún tipo de granjas colectivas, mientras que Polonia el porcentaje era sólo del 17 por 100. De hecho, hasta principios de la década de 1960 no se completó la colectivización, después de realizar notables concesiones al campesinado, permitiéndole la explotación de parcelas privadas y concediéndole el derecho a organizar a su antojo el uso de la mano de obra. En Polonia y Yugoslavia la colectivización fue simplemente abandonada y el campo volvió a dividirse en pequeñas explotaciones privadas.

En 1949 la organización del Partido Socialista Unificado en la ciudad de Plauen, en Sajonia, elaboró uno de sus informes regulares sobre la opinión pública. Concluía que aunque los obreros muy calificados y los técnicos superiores estaban razonablemente contentos, las «amplias masas» de la población —obreros y campesinos— no lo estaban,[93] y hay muchas pruebas de que en 1953 esa distribución de la satisfacción popular era muy parecida en gran parte de Europa oriental. Los esfuerzos por remozar las tradiciones campesinas chocaron con gran resistencia. Entretanto el sistema estalinista tardío, en el que una «nueva clase» de burócratas se situaba por encima de las clases trabajadoras como extractores y administradores oficiales de recursos para un estado insaciable, no podía mantenerse indefinidamente, especialmente en países con tradiciones socialistas propias anteriores a la presencia soviética.

Durante los últimos años del estalinismo tardío los

regímenes satélites de la Unión Soviética dependían cada vez más de la pura coerción para aplicar una política económica impopular. En 1952 en Polonia y en 1952-1953 en Rumanía, Bulgaria y Checoslovaquia, las respectivas reformas monetarias confiscaron de hecho los ahorros del pueblo y en Checoslovaquia provocaron una oleada de protestas.[94] En junio de 1953, se ha estimado que entre el 6 y el 8 por 100 de los varones adultos de la Europa oriental sovietizada estaban en prisión. No cabe pues sorprenderse de que el sistema estalinista tardío no sobreviviera mucho tras la defunción «del «padrecito de los pueblos».

8

Parricidio

I

Un luminoso día de verano en junio de 1962, Nikita Jruschov, de muy buen humor, depositó un pececillo de colores en un estanque de reciente construcción a la sombra del monumental edificio de la Universidad de Moscú. A continuación, un niño recibió una llave gigante en nombre de todos los Pioneros: la «Llave del País de los Románticos», dijo la prensa. Ambas ceremonias formaban parte de la inauguración del nuevo Palacio de los Pioneros —un centro de esparcimiento para la organización infantil del partido— en las Colinas de Lenin. El enorme parque de 56 hectáreas y el espacioso y aireado edificio debían convertirse en un País de las Maravillas, una «República de los Niños» donde éstos serían «los dueños» y la disciplina adulta tan leve como fuera posible. Los creadores del proyecto proclamaban que los niños se enseñarían allí mutuamente, empleando la presión entre iguales para mantener la disciplina. [1]

Había pasado mucho tiempo, casi un decenio, desde la

muerte de Stalin. A éste le gustaba ser fotografiado dando palmaditas en la cabeza a los niños, pero manosear pececillos de colores en público habría estado por debajo de su dignidad. El propio edificio estaba también en agudo contraste con su entorno estalinista; adoptando el «estilo internacional» modernista de los años veinte, estaba adornado con esculturas y relieves de aspecto *naïf*, infantil, y no con las viejas figuras neoclásicas de musculosos obreros. Era un edificio de poca altura y deliberadamente «democrático», con grandes ventanales de cristal y puertas que daban a todos lados, abiertas a los alborozados niños que entraban corriendo desde el parque circundante.

El Palacio de los Pioneros era pura ideología convertida en hormigón; mostraba el tipo de comunismo que Jruschov quería que sustituyera al estalinismo tardío: moderno e internacionalista; libre del arcaico nacionalismo de principios de la década de 1950;[2] pero también romántico, lleno de posibilidades para la creatividad humana. Según los periodistas de *Komsomolskaia Pravda*, había sido construido «por gente romántica, y ese estilo de vida romántico de los pioneros se hace patente en las paredes del Palacio».[3] Se enfocaba hacia el bienestar del pueblo más que hacia el poder del estado, y lo que es más importante, era un edificio concebido para el disfrute de los niños, libres de restricciones paternales. Encarnaba los valores de igualdad y fraternidad y en él los niños se organizarían autónomamente. A Jruschov le disgustaba el viejo estilo «aristocrático» estalinista, obsesionado por el estatus; decía que el edificio de la Universidad Lomonosov de Moscú se parecía a una iglesia: «una masa fea e informe».[4]

Jruschov no era el único dirigente comunista que pretendía

una alternativa a la rudeza y jerarquización del estalinismo. Una vez muerto el viejo patriarca, sus herederos percibieron que había que cambiar el viejo sistema. La coerción ya no daba resultado y la creciente desigualdad y los privilegios provocaban irritación. Al mismo tiempo, el legado de violencia y la prolongada «lucha» del partido contra sus «enemigos» reducían la base de apoyo del régimen, que debía necesariamente abrirse. Además, muchos criticaban abierta y enérgicamente el determinismo económico estalinista, esto es, la opinión de que todo, incluidos los valores, la moralidad y las vidas humanas, debía sacrificarse a la construcción de una sociedad industrial moderna. El viejo y cruel dogmatismo —argumentaban— debía ser sustituido por un socialismo más «humano».

Pero ¿qué significaba esto en la práctica? Algunos proponían un comunismo más pragmático con derechos individuales y mercados limitados. Esto resultaba especialmente atractivo en Europa oriental, pero la mayoría de los dirigentes de los partidos comunistas no estaban dispuestos a ese compromiso, ya que socavaría el poder del partido y amenazaría su «papel dirigente» en la política, poniendo además en peligro la economía planificada desde el centro. Otros pretendían un modelo más tecnocrático y modernista. Otra respuesta, más atractiva para los dirigentes, era tratar de ampliar la base del régimen y de restaurar su dinamismo revolucionario. Había que reagrupar la banda rebelde fraternal y reavivar el espíritu de voluntad colectiva. Los grandes innovadores ideológicos de la década de 1950 —Tito, Jruschov y Mao— emprendieron así un «gran salto atrás», volviendo al Lenin radical de 1917 o incluso al Marx romántico de la década de 1840.

Sin embargo, las fotografías de la ceremonia inaugural del

Palacio de los Pioneros ofrecían una imagen muy diferente de la relajada autodisciplina evocada en *Komsomolskaia Pravda*. Hoy día aquel ambiente de uniformes, filas ordenadas, banderas y tambores nos parece claramente militarista; y ahí está la dificultad que afrontaban los herederos de Stalin: aunque el ideal al que aspiraban fuera el del trabajo creador, en el que primaría la cooperación en un agradable espíritu de paz y armonía, esperaban conseguirlo mediante la construcción de estados poderosos y economías eficientes. En ausencia de incentivos de mercado, el recurso a la movilización semimilitar seguía siendo todavía convincente. Así lo veía Mao, basando su estrategia en un comunismo guerrillero acompañado de la correspondiente «lucha de clases». Jruschov estaba decidido a evitar la violencia, pero ni siquiera a él le resultaba posible pretender un comunismo radical renunciando a la cultura partidaria de intimidación de su juventud; sólo Tito se alejó genuinamente de ella, pero a costa de restaurar el mercado y caer bajo la influencia occidental.

No es, pues, sorprendente que la muerte de Stalin no trajera la paz, sino un «deshielo» que exponía algunas de las tensiones «congeladas» en el bloque soviético, al tiempo que fragmentaba su vasto imperio. De hecho, los quince años posteriores a la muerte de Stalin fueron quizá los más turbulentos de la historia del comunismo y los más peligrosos de la guerra fría, cuando el mundo estuvo cerca de la conflagración nuclear. El primer desafío a la ortodoxia estalinista, no obstante, con Stalin todavía vivo, fue la ruptura protagonizada por los comunistas yugoslavos en 1948.

II

Milovan Djilas recuerda en sus memorias:

> Un día —debió de ser en la primavera de 1950— se me ocurrió que ya estábamos en condiciones de establecer la asociación libre de productores de la que hablaba Marx. Las fábricas quedarían en manos de los obreros, con la única condición de pagar un impuesto para las necesidades militares y de otro tipo de los estados, «que seguían siendo esenciales».

A continuación le explicó esa idea al ideólogo Edvard Kardelj y al director-jefe de la economía, Boris Kidric, «sentados en un automóvil frente a la villa donde yo vivía»; Kidric era escéptico, pero finalmente fueron a decírselo al jefe:

> Tito paseaba de un lado a otro, como si estuviera totalmente sumergido en sus propios pensamientos. De pronto se detuvo y exclamó: «¡Las fábricas en poder de los trabajadores! ¡Algo que nunca se ha conseguido todavía!». Con aquellas palabras, las teorías elaboradas por Kardelj y yo mismo parecían liberarse de sus complicaciones y mejoraba la perspectiva de poner el proyecto en marcha. Pocos meses después Tito presentó en la Asamblea Federal Yugoslava el proyecto de ley de Autogestión Obrera.[5]

Djilas describía así el primero de los muchos «retornos a Marx» de los años cincuenta, cuando los comunistas trataron de encontrar una alternativa al estalinismo. Su relato sobre aquel momento de euforia, las enfebrecidas discusiones sobre marxismo en el interior de un automóvil y las repentinas decisiones en las villas del partido nos dan mucho a conocer sobre la naturaleza cerrada del liderazgo de Tito; pero su crónica del origen del nuevo modelo yugoslavo de comunismo no resulta enteramente convincente; Tito y los demás dirigentes

llevaban algún tiempo buscando nuevos modelos antes de la ruptura con la URSS, y lo que es más importante, la retórica de la «autogestión» era muy equívoca. Djilas y sus amigos eran sin duda sinceros en su búsqueda de un marxismo democrático y sus ideas suscitaron un enorme interés entre los socialistas occidentales; pero en la práctica la autogestión yugoslava tenía poco que ver con la idea que se hacía Marx de la participación democrática en la gestión ni con el control obrero del que hablaba Lenin en *El estado y la revolución*. Con aquellas reformas comenzó de hecho el viraje de Tito hacia el «socialismo de mercado», y el modelo yugoslavo mostró lo difícil que era volver a radicalizar el marxismo en Europa después de Stalin.

Al igual que en China, hay que buscar las raíces del comunismo yugoslavo tanto en la experiencia de la guerra de guerrillas como en Moscú y la Comintern; pero en Yugoslavia, con su diversidad étnica y económica, al acabar la guerra surgieron dos modelos alternativos de socialismo: en Eslovenia, relativamente pacífica y próspera (donde los combates habían prácticamente acabado con el colapso del fascismo italiano en 1943), era moderado y pragmático; las asambleas locales eran relativamente democráticas, la reforma agraria limitada, y el estado incentivaba la producción con ayudas a los particulares. En Bosnia-Herzegovina y Macedonia, mucho más pobres y destruidas por la guerra, era más radical e igualitario. Allí la escasez y la hiperinflación habían desvalorizado el dinero. Los comunistas recurrieron al racionamiento, al entusiasmo ideológico y la movilización de equipos de trabajo para mantener en marcha la economía.[6]

El objetivo de Tito durante sus primeros años de gobierno era combinar el modelo pragmático esloveno y el radical bosnio

y aplicarlos al resto de Yugoslavia. Muchos de los programas de aquellos primeros años se hacían eco de la NEP de Lenin. Tito, que no quería enfrentarse con los campesinos ni perder su apoyo, eludió la colectivización forzosa, y el plan quinquenal de 1947 (un enorme rimero de documentos que pesaba tonelada y media) no tenía como modelo el de Stalin: combinaba cientos de planes locales; para impulsarlo el centro empleaba incentivos financieros, no órdenes administrativas, y se esperaba equilibrar el presupuesto. Al mismo tiempo, no obstante, Tito quería un rápido desarrollo de su país, pobre y vulnerable; algo que una política moderada de estilo NEP no podía conseguir. Por eso el Partido Comunista decidió recurrir a las «brigadas de choque» para impulsar la economía mediante el trabajo voluntario y no pagado. La Liga Juvenil fue particularmente activa y aportó 62.000 jóvenes a la construcción del ferrocarril Brcko-Banovići. Muchos jóvenes idealistas de todo el mundo se incorporaron a las brigadas de trabajo, tal como habían hecho sus predecesores acudiendo masivamente a España para integrarse en las Brigadas Internacionales; uno de ellos era el futuro dirigente comunista camboyano Pol Pot, que en aquella época estudiaba en Francia. Para los yugoslavos, sin embargo, la participación no siempre era voluntaria y las circunstancias eran adversas. Aun así, el entusiasmo se mantuvo durante algún tiempo; como declaraba un obrero, «aunque estemos cansados, juntos y cantando es más fácil».[7] Pero aquel tipo de movilización tenía sus desventajas para Tito: en su entusiasmo por la transformación social, la Liga Juvenil alentó en repetidas ocasiones la persecución de los «enemigos de clase», algo que los dirigentes no deseaban.

Aquella disociación identitaria que alternaba dos planteamientos tan diferentes se mantuvo hasta 1947, cuando

Tito comprendió su vulnerabilidad. Maniobrando astutamente a derecha e izquierda había conseguido ayuda exterior, tanto de Estados Unidos como de la URSS, después de 1945, pero al iniciarse la guerra fría la ayuda occidental se interrumpió y tras la ruptura con Moscú en 1948 Yugoslavia se veía sin amigos y amenazada de un posible golpe estalinista. Paradójicamente, Tito hizo frente a Stalin recurriendo a una estrategia militarista mucho más centralizada. Durante aquellos años se acentuó la represión, incluida la purga de «cominternistas» y otros adversarios del régimen, confinados en el campo de prisioneros de la «Isla Baldía» (*Goli Otok*). El antiguo idealismo se vio sometido a una severa tensión. Djilas comentaba amargamente al ministro del Interior, Aleksandar Rankovi*ƒ*: «Ahora estamos tratando a los seguidores de Stalin como antes tratábamos a sus enemigos», a lo que Rankovi*ƒ* respondió turbado: «¡No digas eso! ¡Ni se te ocurra hablar de ello!».[8] Aun así, la represión iba acompañada de medidas favorables al proletariado bastante parecidas a las de Stalin a principios de los años treinta. El partido alentaba a los obreros a criticar a los directivos y expertos, aunque aquello conllevaba una pérdida de control sobre la mano de obra.

Aquellos años fueron muy difíciles para Tito y su círculo, que constantemente temían un atentado, la invasión soviética o el colapso económico; pero en 1950 llegó la salvación en forma de ayuda estadounidense. Estados Unidos, ansioso de ganarse un aliado y de resquebrajar el bloque comunista, decidió «mantener a flote a Tito» y a través del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial le hizo llegar créditos, que por supuesto tenían que devolverse, lo que implicaba mantener cierto equilibrio del presupuesto y con ello obstaculizaba

experimentos socialistas más radicales. La movilización de estilo militar debía dar paso a la responsabilidad y la eficiencia. El régimen descentralizó el poder y transfirió oficialmente todas las propiedades del estado a los llamados «consejos obreros», al tiempo que el Partido Comunista se rebautizaba, haciendo un guiño a la sensibilidad democrática, como «Liga de los Comunistas de Yugoslavia»; pero seguía siendo un estado con un solo partido y la «autogestión obrera» (*samoupravljanje*) no era en absoluto gestión de los trabajadores. En la práctica, directivos y funcionarios mantenían el control y tenían que respetar el presupuesto dictado desde el centro. Aquella democratización tan alabada del lugar de trabajo fue de hecho un retroceso al modelo esloveno del período de guerra, y lejos de ser un retorno a Marx quienes llevaban la voz cantante eran los directivos y las instituciones financieras.

A partir de 1950 la economía yugoslava no era ni una economía centralmente planificada ni una economía de mercado sino algo intermedio; el estado gestionaba la economía regulando los precios y concediendo créditos más que mediante el *diktat* político. En algunos aspectos seguía comportándose como un estado estalinista típico: el régimen invertía sobre todo en la industria pesada y empleaba la redistribución para suavizar las desigualdades, especialmente entre Croacia y Eslovenia, más ricas, y Macedonia y Montenegro, más pobres; pero había descartado la colectivización forzosa en el campo y era, a todos los efectos, parte del mundo económico occidental. Durante un tiempo aquella combinación de mercado, socialismo y ayuda estadounidense tuvo un notable éxito y durante la década de 1950 Yugoslavia ostentó la mayor tasa de crecimiento de toda Europa oriental. También era el país más abierto y tolerante de

toda la región, visitado por turistas occidentales al tiempo que muchos yugoslavos trabajaban en el extranjero, llevando de vuelta a casa la influencia occidental. Por otra parte, la tensión entre las repúblicas se mantuvo atenuada por el recuerdo de las sangrientas batallas del período de guerra y por el propio Tito. Éste, de padre croata, madre eslovena pero asentado en Serbia, encarnaba el «yugoslavismo» y su estilo casi monárquico resultaba atractivo para muchos, aunque fuera repulsivo para otros.Djilas, intelectual y puritano, censuraba la vanidad de Tito y su gusto por el lujo, sus treinta y dos palacios, sus espléndidos banquetes y recepciones, su bronceado artificial, su pelo teñido y su falsa dentadura;[9] pero concedía que tenía sus razones:

> Al establecer su residencia en palacios, al gobernar desde ellos, se vinculaba a la tradición monárquica y a la idea tradicional del poder … La pompa era indispensable para él; satisfacía sus instintos de nuevo rico y compensaba su deficiencia ideológica y su insuficiente instrucción.[10]

Djilas, expulsado del Comité Central en 1954 por sus escrúpulos democráticos, reconocía que el estilo monárquico de Tito complacía a una población rural acostumbrada a las formas tradicionales de autoridad. Su régimen, atrapado como estaba entre Europa oriental y occidental, lo rural y lo urbano, ofrecía al mundo un conjunto notablemente diverso de facetas. Para la intelectualidad urbana, los idealistas del partido y la izquierda occidental, representaba el auténtico marxismo democrático; para los capitalistas estadounidenses y europeos, había reconciliado el socialismo con el mercado; y para los campesinos era un gobierno de héroes. Los poetas folclóricos celebraban la ruptura con el bloque soviético (y con el dirigente comunista húngaro Rákosi) en versos pseudoépicos:

Oh, Rákosi, ¿dónde estabas
cuando Tito vertió su sangre?
Seguías oculto en la frialdad de Moscú,
mientras Tito combatía en la guerra.
¡Y pretendes ahora ser un demócrata!
Si vuelve a haber guerra,
se repetirá la vieja historia:
nuestro Tito será el líder,
y tú volverás a ocultarte de nuevo.[11]

Como se verá, bajo la aparente prosperidad y el aplomo desafiante de Tito no todo iba tan bien como se decía. Aun así, en 1956 podía darse por satisfecho. Desde los peligrosos y sombríos años de 1948-1949 había consolidado la independencia y la economía yugoslavas e incluso había ganado prestigio internacional con su variedad peculiar de marxismo. En 1961 se convirtió en secretario general del Movimiento de Países No Alineados que agrupaba a la mayor parte del Tercer Mundo al margen de los bloques soviético y occidental, y ya en 1956 había visitado la URSS acercando posiciones con Jruschov. El abandono del modelo estalinista iba a ser bastante más traumático en otros países de Europa oriental.

III

Por la mañana del 1 de marzo de 1953, tras una ajetreada velada de cena, licores y cine que duró hasta las cuatro de la madrugada, Stalin fue descubierto en el suelo de su dormitorio; había sufrido un ataque al corazón. Los miembros del círculo

más íntimo del partido —Malenkov, Beria, Jruschov y el jefe del ejército Nikolai Bulganin— fueron convocados junto a su lecho, pero pasó algún tiempo antes de que llamaran a los médicos, lo que pudo ser deliberado. Estaban cada vez más preocupados por la imprevisibilidad de Stalin y su carácter vengativo en sus últimos años; pero es más probable aún que estuvieran demasiado asustados para actuar.[12] En la envenenada atmósfera del liderazgo soviético, la prepotencia y la ambición descarada podían dar lugar a un severo castigo. Puede muy bien que la extrema centralización del poder que Stalin había ido perfeccionando durante toda su vida le resultara fatal en aquel instante.

La muerte de Stalin supuso una gran conmoción para amigos y enemigos, ya que no se trataba únicamente de la máxima autoridad política, sino que era la encarnación de todo el sistema: ideológico, cultural, político y económico. Fiodor Burlatski, quien más tarde iba a ser uno de los principales asesores de Jruschov y que en privado no admiraba precisamente a Stalin, trató de resumir así sus encontrados sentimientos:

> Su muerte conmocionó a todos los habitantes de la Unión Soviética hasta lo más íntimo, aunque las emociones que despertó fueran variadas. Algo que parecía inconmovible, eterno e inmortal se había desvanecido. El simple pensamiento de que aquel hombre hubiera muerto y su cuerpo tuviera que ser enterrado difícilmente le entraba a nadie en la cabeza. La institución máxima del poder, que constituía el fundamento mismo de nuestra sociedad, había fenecido. ¿Cómo sería la vida ahora, qué nos podía suceder a nosotros y al país?[13]

Las reflexiones de Burlatski eran probablemente compartidas por muchos de los dirigentes de mediana edad del comunismo mundial que acudieron al funeral, incluidos Togliatti, Thorez y Zhou Enlai, así como por la cúpula del

poder soviético. Todos eran muy conscientes de la difícil situación de la URSS. El nivel de vida era muy bajo, había muy pocos alojamientos nuevos y los bienes de consumo eran escasos. La agricultura era un desastre —las cosechas eran menores que antes de la primera guerra mundial— y gran parte de los alimentos que consumía el país se producían fuera de las granjas colectivas, en la minúscula porción de la tierra distribuida en parcelas individuales. El sistema penitenciario era enorme y Beria, encargado de ejecutar su presupuesto, se desesperaba por los costes de gestión del cuerpo de 300.000 carceleros del Gulag y la baja productividad del trabajo en las prisiones.[14] Los disturbios y protestas en los campos eran frecuentes: en mayo-junio de 1954 los penados de la prisión de Kenguir, en Kazajstán, se sublevaron y se apoderaron del campo durante cuarenta días antes de ser finalmente sometidos con tanques y bombardeos aéreos.* Las relaciones con Occidente también eran tensas, obligando al régimen a gastar sus escasos recursos en cañones y no en mantequilla, por ejemplo en la guerra de Corea —que no concluyó hasta julio de 1953—; así y todo, la URSS seguía por detrás de Estados Unidos en fuerza aérea y capacidad nuclear. Por otra parte, el levantamiento del 17 de junio en Berlín mostraba la necesidad de mantener la represión en Europa oriental. Los sucesores de Stalin estaban de acuerdo en que su obsesión por la seguridad no había hecho más que provocar miedo y resentimiento en el extranjero y que en último término había socavado la propia seguridad soviética.

Pero no estaban de acuerdo en lo que debía sustituir, y cómo, al viejo orden estalinista. Del Presidium o dirección colectiva que asumió el poder —Beria, Bulganin, Voroshilov, Kaganovich, Malenkov, Mikoyan, Molotov, Pervujin, Saburov

y Jruschov— Beria y Malenkov eran los que más tenían en común. Pertenecían al ala modernista del partido y creían que la represión y las persecuciones, especialmente de los intelectuales y expertos, eran contraproducentes, tanto económica como políticamente. A la muerte de Stalin probablemente colaboraron para instalar a Malenkov como jefe del gobierno y dirigente principal del partido.

Fue Lavrenti Beria quien tomó la iniciativa en los días posteriores al funeral y lanzó inmediatamente un radical programa de cambio. A primera vista Beria no parecía precisamente un reformador. Como sucesor de Iezhov al frente del NKVD, estaba directamente implicado en la tortura; pero era un administrador de talento y en gran medida responsable del éxito del proyecto nuclear soviético. También sentía un profundo desprecio hacia el aparato del partido, lleno de «charlatanes» y «parásitos» inútiles.[15] El poder, y no la *agitprop*, era lo que debía hacer grande a la URSS.

Beria no sentía remordimientos de conciencia por la represión, pero se daba cuenta de lo irracional que era desde el punto de vista económico. A la muerte de Stalin comenzó a revisar los datos del sistema penitenciario. Les dijo a sus colegas del Presidium que en los campos del Gulag languidecían más de dos millones y medio de personas que no representaban ninguna amenaza para el estado y propuso la liberación de más de un millón de penados no políticos. Los trabajos forzados, argumentó, eran menos eficientes que el trabajo libre; había que reducir drásticamente el Gulag.[16] Al mismo tiempo, desafió el chovinismo imperialista gran-ruso del estalinismo tardío condenando la discriminación en favor del personal y el idioma ruso, algo que le dolía mucho como georgiano que era.[17]

Lo más problemático y controvertido eran, empero, sus propuestas en política exterior. Malenkov y él estaban convencidos de que la salud de la economía exigía serias concesiones a Occidente y tuvieron cierto éxito en convencer a sus colegas. Poco después de la muerte de Stalin la URSS contribuyó a poner fin a la guerra de Corea y restauró las relaciones con la Yugoslavia de Tito. Más espinosas, no obstante, fueron sus propuestas sobre el futuro de la RDA, donde seguía la agitación y miles de personas la abandonaban a diario huyendo a Occidente como respuesta a la severa política de Ulbricht. Al parecer Beria propuso, con el fin de reducir pérdidas, que la Unión Soviética abandonara el intento de implantar allí el socialismo: «¿Por qué hay que construir el socialismo en la RDA? Basta que sea un país pacífico. Eso es suficiente para nuestros propósitos».[18]

Probablemente Malenkov simpatizaba con las ideas de Beria, pero el viejo estalinista Molotov se oponía enérgicamente a ellas y lo mismo sucedía con Jruschov. Beria era vulnerable, en parte por razones ideológicas pero sobre todo porque sus colegas no confiaban en él, y tenían buenas razones para ello. Aspiraba claramente al puesto más alto y bien podría haberlos mandado ejecutar si lo hubiera conseguido. Una vez que Malenkov y Jruschov llegaron a esa conclusión, comenzaron a conspirar contra él, obteniendo el apoyo del ejército y también de los miembros de la vieja guardia Molotov y Kaganovich. Beria, bajo la típica acusación estalinista de ser un espía británico, fue detenido el 26 de junio de 1953 y ejecutado el 23 de diciembre como enemigo del pueblo.

Los principales aspirantes a la jefatura máxima se habían reducido así a dos, Jruschov y Malenkov, que iban a mantener

un duunvirato de hecho durante casi dos años. Malenkov provenía de una vieja familia de oficiales y tenía una larga lista de éxitos académicos. Según su hijo, se veía a sí mismo como un autócrata ilustrado, líder de la «tecnocracia» soviética.[19] El embajador británico William Hayter lo consideraba un hombre sofisticado e inteligente, y aunque «había algo mórbido en su aspecto, como el de un eunuco», era «muy rápido, inteligente y sutil» y un «vecino de mesa extraordinariamente agradable».[20]

El punto de vista de Malenkov era en general tecnocrático, modernista. La planificación seguiría en pie, pero el régimen induciría al pueblo a trabajar ofreciéndole un nivel de vida más alto e incentivos financieros, no mediante la represión; en su opinión, la inversión debía redistribuirse, favoreciendo la producción de bienes de consumo aun en detrimento de la industria pesada y la defensa. Para que la industria fuera más eficiente debían reducirse las interferencias del partido en la economía y éste debía ser más tolerante con los intelectuales. Malenkov alentó a los científicos a exponer sus quejas, lo que como cabía esperar provocó un diluvio de ataques a Lysenko y la ciencia ideologizada de Stalin.

Malenkov también defendía una política exterior menos agresiva y pretendía una auténtica distensión con Occidente, aunque quizá no compartiera las controvertidas propuestas de Beria con respecto a la RDA. Aprovechó el primer ensayo de bomba termonuclear soviética en agosto de 1953 para argumentar que la URSS era ahora lo bastante fuerte para acordar la paz y que había que superar la confrontación Este-Oeste. En marzo de 1954 declaró que una guerra entre Estados Unidos y la URSS significaría una conflagración nuclear y «la destrucción de la civilización mundial». Con aquella afirmación

Malenkov estaba contraviniendo implícitamente la ortodoxia marxista-leninista: proponía atenerse al pragmatismo y que Estados Unidos y la URSS emprendieran una «coexistencia y competencia pacífica a largo plazo» entre los dos sistemas, en lugar de la «lucha de clases» internacional entre dos campos antagónicos.[21]

La breve preeminencia de Malenkov tras la muerte de Stalin representó pues, para Occidente una oportunidad real para reducir las tensiones de la guerra fría, pero la perdió, como reconocía Charles Bohlen, embajador estadounidense en Moscú en aquella época.[22] El respetado general de la segunda guerra mundial Dwight Eisenhower había sido elegido presidente de Estados Unidos en 1952 en un ambiente muy caldeado de recriminaciones a Truman por la supuesta «pérdida» de China y la obtención por la Unión Soviética de la bomba atómica en 1949, por lo que prometió emprender una lucha más vigorosa —sin aumentar su coste— contra el comunismo. Eisenhower, antiguo testigo de Jehová convertido a la Iglesia Presbiteriana doce días antes de tomar posesión como presidente, veía la guerra fría en términos muy ideológicos, como una guerra en la que «las fuerzas del bien y del mal se congregan y arman para enfrentarse como rara vez antes en la historia», tal como declaró en su discurso de toma de posesión.[23] Su secretario de Estado, John Foster Dulles, tenía una opinión similar o quizá aún más radical, por el temor que sentía al poder del comunismo en el Tercer Mundo. El tiempo de la contención —argumentaba en 1952— había pasado. Estados Unidos tenía que «aplastar» el comunismo.

Así pues, el gobierno de Washington estaba decidido desde un principio a aprovechar la muerte de Stalin y las tensiones

existentes en el Kremlin para debilitar a la URSS. Aunque Eisenhower hizo algunas propuestas para reducir el riesgo de guerra nuclear, fueron escasos los esfuerzos verdaderamente serios en pro de la distensión. Puede que ésta fuera imposible porque había demasiados dirigentes en ambos bandos que veían el conflicto en términos absolutamente ideológicos y sospechaban de los motivos de la superpotencia rival;[24] el propio Malenkov desconfiaba profundamente del Occidente capitalista. Pero si Eisenhower hubiera seguido el consejo de Churchill en mayo de 1953 y aquel mismo año hubiera mantenido conversaciones con él sin condiciones previas, puede que los partidarios más intransigentes de la guerra fría en el Kremlin hubieran perdido influencia.

En cualquier caso, Malenkov se veía sometido a una creciente presión por parte del ambicioso Jruschov y en enero de 1955 fue destituido como primer ministro, acusado de «derechismo» y criticado severamente por descuidar la lucha contra la burguesía internacional. Occidente tendría que tratar ahora con un dirigente mucho más correoso —Nikita Jruschov—, cuya concepción de la «competencia pacífica» era ideológicamente más hostil y conllevaba mayor confrontación.

La primera impresión que tuvo sir William Hayter de Jruschov en una cena ofrecida en honor del ex primer ministro y líder laborista británico Clement Attlee fue, como cabía esperar, menos elogiosa que la de Malenkov. No lo encontró «vocinglero, impulsivo, charlatán e irreflexivo». En una hábil aunque desdeñosa reseña enviada a sus jefes de Londres, describía a Jruschov como la combinación de un campesino de una novela rusa del siglo XIX —taimado y lleno de inquina hacia su señor (*barin*), transfigurado ahora en las potencias capitalistas

de Occidente— con «un líder sindical británico del viejo estilo, dominado por el resentimiento».[25] Las observaciones de Hayter eran indudablemente altaneras, como correspondía a aquel vástago de la aristocracia británica, pero captaban mejor que las de muchos otros la importancia de la jerarquía y la desigualdad, tanto en la URSS como en el terreno internacional.

De entre todos los dirigentes soviéticos, la formación de Jruschov era una de las más deficientes. Había nacido en una familia campesina analfabeta en la provincia de Kursk en abril de 1894 y durante gran parte de su juventud vivió en una extremada pobreza. En 1908 la familia emigró a la ciudad de Iúzovka —el nombre le venía del empresario galés John Hughes; más tarde se llamó Stalino y actualmente Donetsk—, en el Donbas, donde su padre trabajaba como minero, su madre lavaba ropa en casa y él se introducía dentro de enormes calderas para limpiarlas de hollín. Aquel traslado fue para él, en cualquier caso, de gran transcendencia, al pasar de un ambiente campesino a otro plenamente industrial. Jruschov estaba dispuesto a convertirse en una persona moderna, y a los quince años entró a trabajar en un taller como aprendiz de ajustador. Como muchos otros adquirió entonces un entusiasmo por las innovaciones mecánicas que le acompañó toda su vida;[26] construyó incluso su propia motocicleta con piezas que iba encontrando en los vertederos.[27] Tras completar su aprendizaje pasó a trabajar en una fábrica vinculada a las minas en la que prevalecía el radicalismo obrero y pronto se implicó en actividades sindicales ilegales. Era el tipo de persona que podría convertirse fácilmente en un dirigente comunista, como lo eran Stalin y Tito: sociable, con dotes de liderazgo, diligente y deseoso de mejorar.

Jruschov era un político de corte acentuadamente populista. Se incorporó al partido bolchevique en 1918 (más tarde de lo que quizá habría cabido esperar), se convirtió en comisario político en el Ejército Rojo, y tras la guerra civil regresó a Iúzovka como subdirector de «asuntos políticos» en la mina de Rutchenkovo. Tenía el clásico estilo «democrático» tan valorado en aquella época, mostrándose dispuesto a abandonar la oficina y la redacción de informes para remangarse y echar una mano a los mineros; eso explica que en 1923 se uniera, durante un breve período, a la oposición trotskista que reclamaba más democracia en el partido, algo que le podría haber costado muy caro. Aunque ya había encontrado un puesto como activista del partido, quería compensar su falta de formación y pretendía convertirse en ingeniero. Hizo dos intentos de retomar los estudios: en 1924 se inscribió en una «facultad obrera» (*rabfak*) con la intención de prepararse para el ingreso en el Instituto Politécnico del Donets, y en 1929 volvió a intentarlo en la Academia Industrial de Moscú. En ambas ocasiones las exigencias académicas fueron excesivas para él y regresó al trabajo en el partido a tiempo completo. El impulso izquierdista de finales de la década de 1920 era especialmente atractivo para él y apoyó con gran entusiasmo la «Gran Ruptura» de Stalin. Lazar Kaganovich, su padrino en Ucrania, se lo llevó consigo en 1929 a Moscú, donde ascendió rápidamente; en 1932 dirigía la organización moscovita del partido, sólo por debajo de Kaganovich, al que reemplazó en 1934. Una de sus principales tareas desde aquel puesto fue la supervisión de las obras de las dos primeras líneas del Metro de Moscú, con sus estaciones de estilo Palacio del Pueblo llenas de estatuas y lámparas de araña. Era el jefe ideal de partido en aquel período inicial del

estalinismo: entusiasta, movilizador, recorriendo los túneles día y noche, impulsando extraordinarias hazañas de sus obreros pese a la dureza del trabajo y los numerosos accidentes.* También estaba dispuesto a aplicar la represión estalinista y se benefició de ella sustituyendo en 1938 al jefe del partido en Ucrania, víctima de la purga. Como a muchos otros miembros del partido, no obstante, le disgustaba, al parecer, ver cómo se acusaba y ejecutaba a gente que sabía que era inocente. Según un amigo de aquella época, ya entonces tenía la intención de «ajustarle las cuentas a ese Mudakshvili cuando pueda» (combinando el calificativo *mudak* [«gilipollas»] con el apellido de Stalin).[28]

La actitud de Jruschov hacia el legado de Stalin era, por tanto, más compleja y ambigua que la de sus colegas. Beria y Malenkov consideraban irracional la represión de Stalin y no les preocupaba cortar amarras con el Jefe, una vez muerto; la reacción de Jruschov, en cambio, era más emocional: Burlatski recordaba que le conmovía el destino de los individuos y que con frecuencia se sumergía en largos monólogos cargados de culpa por las víctimas del terror.[29] Estaba tan decidido como sus colegas a sustituir el dogmatismo y la xenofobia de Stalin por un nuevo mundo de ciencia y modernidad, pero se había forjado en el partido durante las décadas de 1920 y 1930. Era un auténtico creyente en los ideales del comunismo romántico de estilo castrense, el socialismo que se podía alcanzar colectivamente a base de fuerza de voluntad; así que aunque estaba decidido a abandonar la violencia, trató de resucitar la movilización de masas que la había generado tantas veces.

Las diferencias entre los programas de reforma de Malenkov y de Jruschov pronto se hicieron evidentes. Mientras que

Malenkov estaba dispuesto a sacrificar los cañones por mantequilla, Jruschov insistía en que era perfectamente posible tener ambos. Para cuadrar el círculo recurrió a los métodos de movilización de masas de los años treinta en Moscú, proponiendo una enorme ampliación del área dedicada al cultivo de trigo, maíz y otros cereales, especialmente en Siberia occidental y Kazajstán, la llamada «Campaña de las Tierras Vírgenes» de 1954. Era una solución típicamente jruschoviana, enormemente ambiciosa, con la que pretendía resolver de una vez el problema del suministro alimentario gracias al sacrificio de más de 300.000 jóvenes «voluntarios», enviados a aquellas regiones remotas en trenes especialmente dispuestos al efecto. Durante un breve período el Programa pareció tener un enorme éxito: la cosecha de 1958 estuvo casi un 70 por 100 por encima de la media de 1949-1953.**

Las soluciones de Jruschov pudieron parecer a muchos ingenuamente optimistas, pero de hecho eran más acordes con la cultura del partido que las de Malenkov, que apelaban principalmente a los directivos y gestores urbanos. Su popularidad era fácil de explicar: no proponía a la URSS una retirada ante un Occidente más poderoso, corriendo el riesgo de un «aplastamiento» del comunismo, ni tampoco desafiaba los intereses muy enraizados del ejército y la industria pesada; además concedía el papel principal al PCUS y a su Comité Central. A partir de 1945 el desinterés de Stalin por las grandes campañas ideológicas había llevado a un declive de la influencia del partido en relación con las instituciones administrativas del estado, mientras que Jruschov prometía volver a ponerlo en el centro de la política soviética. No cabe, pues, sorprenderse de que se ganara al Comité Central del partido y obtuviera la

destitución de Malenkov.

Jruschov disponía ahora del poder necesario para imponer sus ideas, y lo hizo mediante un parricidio memorable: su denuncia de Stalin en el XX Congreso del PCUS en febrero de 1956. Como comentó con justeza Mao, Jruschov no sólo criticó a Stalin, lo «mató». Había varias razones para aquel paso audaz, aunque temerario: por un lado, de autoprotección: aunque Jruschov había participado en el Terror, sus rivales Molotov y Kaganovich estaban mucho más implicados y cualquier crítica de Stalin era de hecho una censura contra ellos. Pero había sobre todo un motivo idealista en su discurso: Jruschov estaba convencido de que el prestigio moral del partido era decisivo para su éxito y de que la única forma de restaurarlo era admitir los errores del pasado y empezar de nuevo.

El 25 de febrero, tras varios días de discursos agotadores en el congreso, se pidió a los delegados que no se retiraran, ya que se iba a celebrar una reunión extraordinaria a puerta cerrada. El discurso que Jruschov pronunció en aquella sesión «secreta» fue probablemente el más extraordinario de la historia del PCUS. Su implacable denuncia del *vozhd'* duró cuatro horas. En ella detalló la responsabilidad de Stalin en la tortura y asesinato de «comunistas honrados e inocentes»; su cruel deportación de pueblos enteros; su imprudente petulancia durante la guerra; y su traición a los principios leninistas. Pronunció aquel discurso en un tono altamente emocional, llegando en determinado momento a amonestar a los viejos amigos de Stalin: «¡Eh, tú, Klim! —dirigiéndose displicentemente a Kliment Voroshilov—, ¿cuándo vas a dejar de mentir? Deberías haberlo hecho hace tiempo. Ahora no eres más que un anciano decrépito. ¿Tienes siquiera el valor y la conciencia suficiente para decir la verdad

sobre lo que viste con tus propios ojos?».[30] Pero pese a ese lenguaje destemplado, el ataque de Jruschov era algo controlado y calculado: la única responsabilidad del Terror recaía sobre Stalin y su «culto a la personalidad»; se había echado a perder a mediados de la década de 1930, cuando los fundamentos del sistema ya estaban consolidados; el partido había sido su víctima y ahora que Stalin había desaparecido el partido recuperaría su pureza.[31] Era evidente que ni el partido, ni la planificación, ni las granjas colectivas se veían amenazadas por la denuncia de Jruschov.

Los asistentes al congreso se quedaron de piedra. Acostumbrados a discursos pesados e inanes cargados de clichés ideológicos, no podían creer lo que oían. Los jefes más ancianos del partido, percibiendo su impacto incendiario, buscaron sus píldoras para el corazón; pero el discurso era también, por supuesto, fundamentalmente inconsecuente, ya que resultaba extremadamente difícil condenar lo que había hecho Stalin a partir de 1934 sin desacreditar todo el sistema construido. Además, como bien sabía Jruschov, el discurso «secreto» no podía quedar confinado en el aparato del PCUS y acabaría siendo ampliamente conocido. Pronto hubo toda una carrera de discursos «demagógicos» y se derribaron estatuas de Stalin, mientras que en Georgia se producían manifestaciones en defensa de su compatriota deshonrado;[32] pero el mayor impacto, como cabía esperar, se produjo en la región donde la impronta del comunismo soviético era más débil: en Europa central y oriental.

IV

En 1953 una compañía teatral rusa presentó en Budapest una producción de *Hamlet*. Aunque pocos podían entender el texto en ruso, se trataba de una importante ocasión ceremonial, en la que el poder imperial iba a demostrar su generosidad y su prestigio cultural a la élite de la sociedad húngara; el principal ideólogo del Partido Comunista Húngaro, József Révai, estaba entre los espectadores. Aquella vez, no obstante, se pudo apreciar una importante diferencia con el pasado. Aunque los viejos dirigentes comunistas estaban todavía en el poder, Stalin había muerto. Un periodista, enviado a cubrir la representación, recordaba:

> Todos sabían que muy pocos iban a entender lo que se decía, pero aun así el teatro estaba lleno a rebosar y a mí me encargaron retransmitir por radio el acontecimiento. Estábamos detrás del palco de Révai y el ambiente empezó a caldearse cuando el fantasma hablaba a Hamlet; el actor no hacía más que repetir «Gamlet, Gamlet» (con la pronunciación rusa) y de repente comenzó a propagarse un increíble murmullo: «Gamlet, Gamlet, idi siuda, davai chasy!» («Hamlet, Hamlet. ¡Ven aquí! ¡Dame tu reloj!») … Los espectadores parecían creer que eran los únicos que murmuraban aquella frase estúpida, y de pronto el actor también dijo: «Gamlet, Gamlet, idi siuda, davai chasy!». Era lo que decían los rusos en el 45: «Idi siuda, davai chasy!». Nunca olvidaré el rostro de Révai, cómo se alargó y palideció. Y toda la audiencia susurraba: «Gamlet, Gamlet, idi siuda, davai chasy!». [33]

Puede que fuera una revolución minúscula, pero en cualquier caso era una revolución. Los intelectuales húngaros les decían a los soviéticos lo que pensaban de ellos: no eran los desinteresados misioneros de una civilización superior que aseguraban ser; eran descarados imperialistas, en nada diferentes a los ocupantes del Ejército Rojo que en 1945 se apoderaban de

los bienes de los húngaros —incluidos sus relojes— como botín de guerra.

En Hungría, en particular, aquel runrún antiimperialista de la clase media tras la muerte de Stalin era previsible. Junto con Polonia, representaba la oposición más extendida a Moscú. Todas las clases sociales compartían un profundo sentimiento nacionalista y se sentían agraviadas por la prepotencia rusa. En otros lugares la sociedad estaba más dividida: en Alemania oriental —donde gran parte de la vieja élite había muerto o había huido a la parte occidental—, y en Checoslovaquia —donde el comunismo autóctono todavía tenía gran prestigio— la clase media se mantenía más queda; allí fueron los obreros los que encabezaron la rebelión. Paradójicamente no fueron en general los estalinistas de la línea dura los que la provocaron, sino más bien los reformistas designados por Malenkov, ya que las reformas liberalizadoras de Moscú favorecían a menudo a la clase media y a los campesinos más que a los obreros. Estos últimos podían sentirse discriminados bajo el estalinismo tardío, pero las reformas de mercado no les favorecían precisamente.

La muerte de Stalin sometió a una fuerte presión a todos los «Stalincitos» de la periferia. Beria y Malenkov disponían de una amplia red de informadores y sabían lo frágil que era el dominio soviético en Europa oriental. La reforma se consideraba esencial para apuntalar un imperio en dificultades. Los dirigentes de Europa oriental se vieron obligados a adoptar el «Nuevo Curso», una combinación de reformas tecnocráticas y descentralizadoras. La RDA, la mayor preocupación para Moscú, fue la primera en adoptarlo. El rígido Ulbricht —al que hasta el muy conservador Molotov consideraba «algo torpe y falto de flexibilidad»— fue convocado el 2 de junio de 1953 al Kremlin para hacerle saber

su «grave preocupación sobre la situación en la RDA»,[34] a raíz de lo cual introdujo —contra su voluntad— reformas que favorecían a las empresas pequeñas y medianas, mitigaban las medidas contra la burguesía y relajaban los controles en el campo, pero sin mejorar los salarios de la clase obrera ni reducir los objetivos del plan. El 16 de aquel mismo mes los obreros que construían la monumental Stalinallee (rebautizada en 1961 como Karl-Marx-Allee) iniciaron una huelga de protesta que se extendió al día siguiente a todo Berlín oriental y otras ciudades, con el asalto a edificios oficiales y enfrentamientos con la *Volkspolizei*. El gobierno recurrió a las tropas soviéticas de ocupación y sólo así se pudo salvar el régimen.* Ulbricht ordenó una rápida retirada e hizo concesiones a los trabajadores, pero aquel acontecimiento fue muy embarazoso para el supuesto estado obrero.

En Checoslovaquia se produjo una situación similar aquel mismo mes y por razones muy parecidas. Klement Gottwald, presidente del Partido Comunista, había muerto cinco días después de asistir a los funerales de Stalin (de un infarto probablemente agravado por su alcoholismo), creándose una nueva dirección colectiva. El veterano sindicalista Antonín Zápotocký, primer ministro desde 1948 y protegido de Malenkov, le sucedió en la presidencia de la República y Antonín Novotný, más cercano a Jruschov, se convirtió en primer secretario del partido. Los campesinos se vieron favorecidos por el fin de la colectivización forzosa, pero la simultánea reforma monetaria perjudicó el nivel de vida de la clase obrera. El resultado fue una gran agitación iniciada en la fábrica de automóviles koda de Pilsen (desde 1951 a 1953 se llamó Lenin), con la quema de banderas soviéticas y la demanda

de elecciones libres. La represión fue rápida y brutal, pero también allí las reivindicaciones obreras fueron hasta cierto punto satisfechas, con una notable subida de salario.

Todos los dirigentes del bloque oriental se vieron obligados a plegarse a los vientos de cambio que llegaban de Moscú. La colectivización de la agricultura se relajó y en algunos países una dirección colectiva sustituyó al Stalincito de turno. Aun así, en Rumanía, Bulgaria, Albania y Polonia seguía en pie el viejo régimen estalinista y las reformas fueron muy limitadas.

A finales de 1954 parecía que los regímenes de Europa oriental habían conseguido capear el temporal de la desaparición de Stalin combinando concesiones y represión. Hubo una única excepción notable —Hungría—, donde el problema fue la indecisión de Moscú. Como en el caso de Ulbricht, el dirigente húngaro Rákosi fue convocado a Moscú y obligado a dejar la presidencia del consejo de ministros en manos de Imre Nagy, aliado de Malenkov. Pese a su apariencia burguesa, sólo deslucida por un poblado mostacho al estilo de Stalin, se trataba de un veterano funcionario de la Comintern, convertido como Béla Kun al bolchevismo mientras permanecían prisioneros en Rusia durante la primera guerra mundial; como Kun, residió en Moscú durante la década de 1930 y como él iba a tener un final trágico; pero su marxismo era más pragmático y con ocasión del Gran Debate se puso de parte de Bujarin y de los campesinos. [35] Desde el momento de su nombramiento se estableció un pulso entre Nagy y Rákosi, en el que el primero trataba de impulsar el «Nuevo Curso» y el segundo, apoyado por gran parte de la burocracia, trataba de sabotearlo. El conflicto concluyó en 1955 con la caída de Malenkov y también de Nagy, privado de sus funciones y expulsado del partido. Pero la obvia

inestabilidad en la cumbre se extendió rápidamente a todas las clases, creciendo el descontento popular. Los intelectuales húngaros, hasta entonces relativamente pasivos y acomodados en sus puestos oficiales, parecían ahora dispuestos a unirse a los trabajadores. El joven poeta Sándor Csoóri expresó su sentimiento de culpa, admitiendo que había vivido «en las cumbres más altas» ignorando la «dura realidad» de su pueblo, estupefacto «entre resultados sobreabundantes» y objetivos «milagrosos» de la planificación.[36]

La aparente estabilización de los regímenes de Europa oriental tras la muerte de Stalin era por tanto bastante frágil. Aun así, Jruschov trató de sustituir la relación paternalista entre la URSS y sus satélites por otra más fraternal, tanto por razones morales como económicas. En abril de 1956 abolió el instrumento de control de Stalin, la Cominform, y trató de mejorar las relaciones con Yugoslavia. Desde 1955 cortejó asiduamente a Tito, confiando en que su odio común a Stalin fuera razón suficiente para que Tito se reincorporara al bloque soviético. Esperaba sinceramente que el Discurso secreto supusiera un borrón y cuenta nueva, reunificar el bloque y legitimar a una nueva promoción de dirigentes en Europa oriental, comprometidos con el Nuevo Curso.

Pero era difícil curar las heridas infligidas por el imperialismo estalinista. Tito dio la bienvenida al acercamiento diplomático, pero se negó a renunciar a su independencia ideológica y siguió promoviendo el modelo yugoslavo como alternativa al soviético. Entretanto, en el resto de Europa oriental la política más abierta de Moscú amenazaba desestabilizar el comunismo y el control soviético.

La primera crisis se produjo en Polonia. El Discurso secreto

había matado no sólo la reputación de Stalin, sino también al secretario general del partido polaco Bolesław Bierut, que al leer el texto tras la sesión se sintió tan trastornado por el delito de *lèse-majesté* de Jruschov que sufrió un ataque al corazón y murió. El nuevo secretario Edward Ochab, partidario de Malenkov, puso en práctica reformas moderadas pero no consiguió evitar la rebelión popular.

Como en Berlín oriental y en Pilsen, fueron los obreros los que iniciaron las protestas, esta vez en Poznań. El bajo nivel de vida era la causa principal del descontento, y como tantas otras veces en los países comunistas, los obreros atacaban al partido desde la «izquierda» por explotarlos como antes habían hecho los capitalistas. Como se quejaba un viejo obrero:

> He sido esclavo toda mi vida. Dicen que antes de la guerra eran los capitalistas los que se aprovechaban de mi trabajo. ¿Quién se aprovecha ahora? … Es un lujo que mis hijos puedan untar los domingos mantequilla en el pan. Antes de la guerra nunca estuvimos tan mal.[37]

Muchos creían que eran los rusos, no los comunistas polacos, los que se aprovechaban realmente del sistema de explotación. La mantequilla, decían, se enviaba al este; «¡Vivan nuestros ferroviarios! —bromeaban los polacos—. Si no fuera por ellos, tendríamos que llevar el carbón a Rusia a la espalda». [38]

Los disturbios de junio de 1956 en Poznań fueron sofocados en pocos días, pero en el partido se desataron las hostilidades entre los estalinistas y los reformistas encabezados por Gomułka, recientemente rehabilitado tras su estancia en prisión. El Partido Obrero Unificado Polaco (*Polska Zjednoczona Partia Robotnicza*, PZPR), presionado por una opinión pública cada vez más

encolerizada, decidió ofrecer a Gomułka la Secretaría del partido y destituir al ministro de Defensa impuesto por los soviéticos, el mariscal Rokossowski. Los dirigentes soviéticos parecían muy preocupados. Consideraban a Gomułka antisoviético y temían incluso que «Polonia pueda romper con nosotros en cualquier momento». La mañana del 19 de octubre, día en que se debía celebrar una reunión decisiva del Comité Central del PZPR, una delegación de la que formaban parte Jruschov, Mikoian, Molotov, Kaganovich y el mariscal Koniev (comandante en jefe del recientemente creado pacto de Varsovia), voló a Varsovia en un intento espectacular de frenar la iniciativa reformista, al tiempo que se desplazaban tropas soviéticas hasta la frontera. Las conversaciones entre rusos y polacos se prolongaron hasta bien avanzada la noche. Jruschov estaba furioso por la tenaz resistencia de los polacos; de hecho estaba tan irritado que a su llegada a Varsovia le había gritado a Ochab, amenazándole con el puño, a la vista del personal del aeropuerto.[39] Sin embargo, pese a su aparente debilidad, Gomułka prevaleció. Puede que no contara con gran poderío militar, pero tenía consigo al partido, los servicios secretos y gran parte de la nación. Insistió, además, en que no tenía intención de acabar con el control del partido ni de sacar a Polonia del bloque soviético. Las reformas se limitarían a la descolectivización, cierta liberalización de la economía, libertades para la influyente Iglesia Católica y una «democratización» limitada. Los huéspedes a los que nadie había invitado regresaron a Moscú, aparentemente tranquilizados, pero al día siguiente Jruschov volvió a enfurecerse y ordenó el envío de tropas. Mikoian, dándose cuenta de que podía lamentarlo, consiguió retrasar la decisión final y Jruschov volvió a cambiar de opinión.[40] La invasión se evitó por muy poco.

Hungría fue menos afortunada porque su partido estaba más dividido. Los partidarios de la línea dura eran más influyentes, convencidos por el fracaso de 1919 de que sólo métodos enérgicos de tipo estalinista podrían aplastar a las clases reaccionarias. Los reformistas, a diferencia de sus camaradas polacos, no tenían por tanto poder suficiente para desactivar el descontento popular. Jruschov obligó a Rákosi a abandonar la Secretaría General del MKP en julio de 1956, pero quien ocupó su lugar, Ernö Gerö, era otro dirigente de la línea dura. La agitación continuó y el 23 de octubre una manifestación obrera derribó la estatua de Stalin erigida cerca del centro de Budapest, irrumpió en la emisora de Radio Budapest y acabó asaltando los arsenales de la defensa civil y distribuyendo armas entre la población. Gerö cayó en el pánico y llamó a las tropas soviéticas, lo que incrementó la cólera popular. La estructura de poder, muy fragmentada, se desintegró en cosa de días; comités revolucionarios y consejos obreros llenaron el vacío. Gerö trató de salvar la situación nombrando a Nagy primer ministro, pero era demasiado tarde. Tampoco él podía controlar la furia desatada; para permanecer en la cresta de la ola revolucionaria tendría que haber adoptado medidas más radicales.

Delacroix habría reconocido sin duda aquella insurrección en Budapest en octubre de 1956. Como dejó escrito Miklós Molnár, miembro del Partido Comunista y participante en el levantamiento húngaro, fue «quizá la última revolución del siglo XIX. Probablemente Europa no volverá a ver nunca esa imagen familiar y romántica de los rebeldes, fusil en mano, con gritos de libertad en los labios, luchando por algo».[41] La revolución húngara fue genuinamente espontánea e interclasista; en ella participaron muchas corrientes políticas diferentes, desde la

izquierda radical a la extrema derecha. No había tiempo para desarrollar un programa coherente. Al principio los rebeldes no tenían planes de destruir la estructura de mando de un solo partido sino sólo de modificarla; transformar un socialismo riguroso, inflexible e imperial en otro más humano y nacional. El primer manifiesto de los rebeldes, del 23 de octubre, adoptaba incluso la retórica leninista para condenar al régimen. Béla Kovács, antiguo presidente del viejo Partido Campesino de los Pequeños Propietarios, pidió que se preservaran los cambios de 1945-1948: «Nadie debe soñar con el Antiguo Régimen. El mundo de los condes, banqueros y capitalistas desapareció para siempre; cualquiera que vea las cosas ahora como si estuviera en 1939 o en 1945 no es un auténtico pequeño propietario».[42] Sin duda, si los insurgentes hubieran formado efectivamente un gobierno, las tensiones entre socialistas democráticos y nacionalistas se habrían evidenciado rápidamente.

Los acontecimientos de Hungría no podían ser más dolorosos para Jruschov: «Budapest era como un clavo en mi cabeza», recordaba.[43] Empeñado en transformar el imperio de Stalin en una fraternidad de naciones, ahora tenía que optar entre una intervención imperialista brutal y una retirada humillante. La elección era tanto más embarazosa cuanto que al mismo tiempo las viejas potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia, estaban ayudando en secreto a Israel contra Nasser en Egipto, en un intento de restaurar el dominio imperial en Oriente Medio. El 30 de octubre el Presidium del PCUS adoptó una decisión extraordinaria: aceptar que Hungría siguiera su propio camino, descartando la fuerza, retirando las tropas y negociando.[44] Pero aquella decisión idealista no duró más que un día. Mientras se reunía el Presidium, la violencia de

ambos bandos en Hungría iba aumentando. Nagy no podía contener el resentimiento popular con sus reformas y tuvo que inclinarse ante la presión popular, anunciando la retirada de Hungría del pacto de Varsovia y la creación de un gobierno multipartidista. Desde el punto de vista de Moscú había un auténtico riesgo de contagio revolucionario. Se produjeron disturbios en toda la región y Rumanía cerró su frontera con Hungría cuando los estudiantes de la minoría húngara se manifestaron en Transilvania. Jruschov temía que Occidente interviniera; todo su proyecto reformista se vendría abajo y se habría demostrado que los estalinistas de la línea dura llevaban razón. Según un testigo, le comentó a Tito que la gente diría: «Cuando Stalin estaba al mando todos obedecían y no había grandes trastornos, pero ahora, desde que *ellos* han llegado al poder … Rusia ha sufrido una derrota y la pérdida de Hungría». [45]

El 31 de octubre Jruschov se echó atrás de su anterior decisión. János Kádár, un reformista encarcelado de 1951 a 1953 por Rákosi que había sido elegido una semana antes secretario general del nuevo Partido Socialista Obrero Húngaro (*Magyar Szocialista Munkáspárt*, MSZMP) que sustituyó al MKP, fue llamado a Moscú y persuadido para regresar a Hungría con los tanques soviéticos, con la condición de que no se volvería al viejo orden una vez sofocada la rebelión. El 4 de noviembre las fuerzas del pacto de Varsovia entraron en Hungría y Nagy se refugió en la embajada yugoslava. A pesar de la feroz resistencia, el 7 de noviembre —39.º aniversario de la revolución de Octubre— el gobierno de Kádár se había consolidado dejando un saldo de 2.700 muertos en los combates callejeros. La represión posterior también fue muy dura: 22.000

personas fueron juzgadas, 13.000 encarceladas y alrededor de 350 ejecutadas, la mayoría jóvenes obreros. Unas 200.000 personas huyeron a Occidente.[46] Nagy no tuvo tanta suerte: fue detenido cuando abandonaba con un salvoconducto la embajada yugoslava y tras dos años de prisión fue ejecutado en la horca en junio de 1958.

Los acontecimientos de 1956 dañaron la reputación del comunismo soviético en Europa oriental; la represión de los consejos obreros y los comités revolucionarios parecía más una contrarrevolución que otra cosa. Para muchos europeos orientales, la Unión Soviética y sus regímenes satélites eran como una reencarnación de la Santa Alianza reaccionaria posnapoleónica.

V

Los sucesos de 1956 perjudicaron también a los partidos comunistas de Europa occidental. Jruschov parecía un anticuado imperialista, no muy diferente del primer ministro socialista francés Guy Mollet o de su colega conservador británico Anthony Eden, que habían invadido Egipto conjuntamente con Israel en octubre. La invasión de Hungría provocó abandonos en masa en todos los partidos. El PCI perdió la décima parte de sus miembros y Eric Hobsbawm, aunque no abandonó el CPGB, recordaba lo difícil que era después de 1956 asumir la realidad de la violencia soviética pasada y presente. Él y sus camaradas del partido «vivían al borde del equivalente político a una crisis nerviosa colectiva»:

> Resulta difícil reconstruir, no sólo el estado de ánimo, sino también el recuerdo de aquel año traumático … Aunque ha pasado medio siglo, se me cierra la garganta al recordar las tensiones casi intolerables bajo las que vivíamos, un mes tras otro, los interminables momentos de indecisión sobre lo que había que decir o qué hacer, de lo que parecía depender nuestra vida futura; los amigos que ahora cerrábamos filas o nos mirábamos mutuamente con amargura como adversarios…[47]

Pero el partido que pasó por mayores dificultades fue el que más se identificaba con el estalinismo tardío, esto es, el PCF. Maurice Thorez hizo cuanto pudo por limitar los efectos del Discurso secreto. De hecho, lo conocía antes de que Jruschov lo pronunciara pero mantuvo en secreto su contenido; cuando fue publicado cinco meses después incluso denegó su autenticidad. El PCF se vio finalmente obligado a aceptar que Stalin había cometido errores, pero insistió en que también habían sido muchos y muy grandes sus éxitos. Se abandonó la expresión «el partido de Maurice Thorez» que recordaba el culto a la personalidad de Stalin, pero sus dirigentes apoyaron la invasión de Hungría, precipitando el abandono de Sartre y otros intelectuales. El PCF siguió siendo un partido obrerista, leal a la URSS y relativamente cerrado, aunque hizo algunas concesiones, aceptando la posibilidad de una «transición pacífica al socialismo». Maurice Thorez incluso buscó algún tipo de alianza con los socialistas, y a su muerte, en 1964, Waldeck Rochet estableció un estilo de dirección mucho más consensual. En 1968 la afiliación al partido volvía a crecer lentamente, llegando a los 350.000 inscritos.

En Italia Togliatti, como cabía esperar, ofreció una respuesta muy diferente a la desestalinización. Dio la bienvenida al discurso de Jruschov, y de hecho fue más allá en su crítica

(aunque también apoyó la invasión de Hungría). Según declaró, el modelo soviético había dejado de ser obligatorio; el mundo comunista debía ser «policéntrico», esto es, admitir diversos planteamientos del comunismo. La denuncia de Stalin en 1956 debilitó la línea dura, pero Togliatti tenía que mantener el equilibrio entre los reformistas organizados en torno a Giorgio Amendola, que proponían una alianza con los socialistas, y el ala izquierda encabezada por Pietro Ingrao, partidaria de una política más populista y radical. Ambos bandos pedían un partido más abierto, pero la tensión entre una vía parlamentaria más pragmática y un marxismo más radical y participativo iba a dividir el partido durante algún tiempo.

El PCI seguía siendo un partido de masas con una cultura vibrante y relativamente abierta a nivel local. Una de sus principales actividades era la *Festa de l'Unità*, concebida originalmente para financiar el periódico del partido, *L'Unità*, siguiendo el modelo de las *feste* de la iglesia y en competencia con ellas, como dejaba claro un jactancioso panfleto del PCI de la región Emilia-Romagna:

> ¿Qué es lo que molesta a los curas?
> — 276 fiestas comarcales
> — 1.500 fiestas de célula
> — una *Festa de l'Unità* sin precedentes
> — 28 millones [de liras] de aportaciones.[48]

Aquellos festivales del PCI eran una mezcla de lazo afectivo comunitario, entretenimiento y política, en ese orden. Comenzaban con un desfile en el que la gente llevaba banderas rojas y pancartas en lugar de imágenes de la Virgen, hasta llegar al parque donde se celebraba la fiesta, lleno de puestos de

propaganda y carteles sobre la lucha por la justicia, tanto en Italia como en el mundo; como centro tenía largas mesas cargadas de comida y bebidas locales, todo cocinado por los camaradas (mujeres y hombres). Acentuando la atmósfera igualitaria, los jefes del partido servían a los camaradas de base sentados a la mesa.[49]

La fiesta reforzaba los vínculos comunitarios y el PCI era experto en ocupar el centro del mundo obrero y campesino. En algunas regiones, como en la Emilia-Romagna en el centro de Italia, una proporción muy alta de la población adulta pertenecía al partido, que no seguía el modelo leninista de vanguardia muy ideologizada dedicada a la revolución. La gente se incorporaba a él para subrayar sus valores socialistas y porque los amigos y vecinos también lo habían hecho. El PCI se ocupaba también de cuestiones de alojamiento y bienestar social y se iba pareciendo cada vez más al Partido Socialdemócrata Alemán del siglo XIX: excluido del poder en la cumbre (aunque no de los ayuntamientos locales), abandonó los objetivos revolucionarios y creó su propio mundo cultural.

Aun así, desde la década de 1950 el cambio de modelo económico comenzó a erosionar la base de apoyo del partido, hasta entonces muy concentrada en capas asalariadas tradicionales como los jornaleros del centro de Italia.[50] Su cultura también se vio erosionada por el creciente consumismo y no siempre supo responder al desafío. Togliatti se había esforzado en obtener un gran prestigio cultural y ganarse a los intelectuales y el PCI estaba menos dispuesto a hacer concesiones a la cultura popular que la Democrazia Cristiana. Así, aunque organizaba anualmente un concurso de belleza para el codiciado título de «*Miss Vie Nuove*», era mucho menos

popular que el de la iglesia. Los intelectuales comunistas no podían ocultar su desdén frente al consumismo y la música popular, manifestándose por ejemplo contra la música de Elvis Presley y la «histeria y paroxismo» que supuestamente provocaba.[51]

Pese a los acontecimientos de 1956, los partidos comunistas francés e italiano siguieron siendo fuerzas políticas poderosas. En Francia la inmensa mayoría de los miembros no parecían alterarse por lo que había pasado en Hungría, y en Italia el número de afiliados permaneció por encima de los 2 millones durante la mayor parte de la guerra fría, mientras que la organización juvenil contaba con unos 400.000. En el bloque oriental, si la violencia de aquel año sirvió para algo fue para estabilizar la política e inducir un *modus vivendi* más viable entre el régimen y la sociedad durante la década siguiente. La mayoría de los gobiernos de Europa oriental establecieron una forma de comunismo más tolerante y menos rigurosa desde finales de la década de 1950, y tras un período de represión la propia Hungría se iba a convertir en uno de los países más abiertos del bloque. Por otra parte, los potenciales rebeldes percibían que tenían que aprovechar cuanto pudieran la situación. Las acciones encubiertas estadounidenses hasta 1956 habían hecho pensar a parte de ellos que intervendrían en caso de crisis, pero su negativa a hacerlo aquel año mostró que el supuesto plan para «aplastar» el comunismo era pura palabrería. El lago se había vuelto a congelar y las grietas se habían cerrado, aunque el hielo nunca volvería a ser tan grueso.

Europa oriental fue la primera región «estabilizada» tras el período revolucionario que siguió a la muerte de Stalin, pero pasó algún tiempo antes de que concluyera la turbulencia en la

propia URSS. Las fuerzas que había desatado Jruschov en Europa oriental eran tan poderosas que tuvo que recurrir a la violencia armada para aplastarlas, pero apenas había comenzado su proyecto de transformación de la Unión Soviética.

VI

El 13 de mayo de 1957 Jruschov asistió a un largo debate de la Unión de Escritores Soviéticos, lo que indicaba lo seriamente que se tomaba el partido la cuestión de la literatura. En 1956 varias novelas, entre ellas *No sólo de pan vive el hombre* de Vladimir Dudintsev, habían suscitado feroces ataques de influyentes estalinistas. Los escritores esperaban ansiosos, sin saber hacia dónde se inclinaría la balanza, pero se iban a ver decepcionados.

Jruschov pronunció un típico discurso laberíntico durante dos horas, que se convirtió en farsa cuando un anciano escritor armenio le interrumpió para quejarse de la escasez de carne en su país, pero el mensaje del discurso estaba claro: Dudintsev y otros autores habían llevado demasiado lejos su crítica a Stalin. Era evidente que Jruschov no había leído el libro, pero le habían informado asesores conservadores. Mikoian trató de convencerle de que Dudintsev estaba de hecho de su parte, pero fracasó. Se atuvo a la opinión de que la novela difamaba el sistema soviético, pero al cabo de dos años había cambiado de opinión; aunque todavía seguía recelando de la novela, ahora declaró que a pesar de todo era ideológicamente aceptable.[52]

No es de extrañar que Jruschov dedicara tanta atención a *No*

sólo de pan vive el hombre. Era una novela extraordinariamente popular: «En todas partes, en el metro, el tranvía, el trolebús… jóvenes, adultos y personas mayores» la leían. La policía, temiendo la agitación, aparecía en las reuniones organizadas por los lectores para hablar de ella. Las revistas se vean inundadas de cartas que pedían una purga de los burócratas a los que criticaba el libro. Algunos empleaban un lenguaje que recordaba mucho el Terror de 1937. Un albañil de Tashkent escribía que la novela mostraba la necesidad de luchar contra «enemigos ocultos, residuos del capitalismo en el pensamiento del pueblo y en la mente de cada uno de nosotros».[53]

A Jruschov y sus asesores les resultaba difícil valorar *No sólo de pan vive el hombre*, ya que era una novela de tesis (bastante rudimentaria, por cierto) que congeniaba con las ideas casi románticas de Jruschov pero al mismo tiempo explicaba por qué estaban condenadas a fracasar. Contaba la historia de un joven e idealista profesor de física, Dimitri Lopatkin, que a finales de la década de 1940 diseña una máquina para la fabricación de tubos de desagüe; aunque la máquina es excelente, es rechazada una y otra vez por los burócratas estalinistas. El principal malvado es el ambicioso burócrata Drozdov, un típico estalinista en la imaginería posterior. Pretende hacer carrera sin esforzarse, le encanta el lujo y se niega a mezclarse con la gente humilde; también es un tecnócrata filisteo, una de cuyas lecturas favoritas es el capítulo sobre materialismo dialéctico del *Curso breve de historia del partido* de Stalin. Describe así su filosofía: «Soy uno de los productores de valores materiales. El principal valor espiritual de nuestra época es la capacidad de crear la mayor cantidad posible de cosas necesarias … Cuanto más refuerzo la base [económica de la sociedad], más firme será nuestro estado».

[54] Para Lopatkin ésa es una forma extrema de «marxismo vulgar». La gente necesita ideales; no puede vivir «sólo de pan»; pero se encuentra en desventaja: burócratas cínicos lo acosan y roban sus ideas, y finalmente consiguen que sea deportado a un campo de prisioneros. Mientras está allí, su amigo el profesor Galitski construye su máquina y demuestra que funciona; pero tras ser puesto en libertad y rehabilitado, obteniendo un puesto de prestigio, el corrupto círculo de burócratas —un «imperio oculto», como lo llama Dudintsev— que sigue en el poder, tan materialista y cínico como siempre, lo acusa de individualismo egoísta. Ahora que tiene éxito, ¿por qué no se reincorpora al «colectivo soviético» de los buenos chicos y se compra un automóvil y una *dacha*?[55] Al final de la novela Lopatkin deja la industria para dedicarse a la política, jurando combatir a los burócratas.

No sólo de pan vive el hombre era una novela típica de su época. Condenaba la tecnocracia insensible que Dudintsev consideraba típica del estalinismo tardío y reclamaba un nuevo marxismo utopista caracterizado por la creatividad, los sentimientos y la democracia. Ése era también el mensaje de *El deshielo* de Ilia Ehrenburg (1954), título que sirvió para caracterizar todo el período. El tema de la novela se hacía eco de la opinión de Jruschov de que todos poseían una creatividad innata. Bastaba que los funcionarios la alentaran para que floreciera dando lugar a milagros económicos. En cierto sentido ese mensaje utopista era similar al de las campañas de Stalin contra la burocracia a finales de los años veinte; pero Dudintsev, como Jruschov, se negaba a retomar la vieja retórica de la lucha de clases de la década siguiente. Como en el pasado, los malvados eran los burócratas, pero el héroe era ahora un técnico

experto y no un obrero manual. Aun así, si Jruschov no podía avalar la novela era porque su mensaje global, profundamente perturbador, era que la élite del partido no podía reformarse; lo único que podía salvar el sistema era la creatividad *individual*; la codicia y el egoísmo habían corrompido al «colectivo» soviético.

El escepticismo de Dudintsev resultó más realista que el utopismo de Jruschov. Éste esperaba resucitar las campañas idealistas de los años veinte y treinta, despojándolas del conflicto de clase y la exclusividad obrerista al tiempo que las purgaba de la rigidez estalinista; pero él y sus aliados se vieron enfrentados a una burocracia empeñada en preservar su poder; una población más interesada en el pan que en el utopismo marxista; y una intelectualidad desafecta, a menudo idealista pero que poco a poco iba perdiendo su fe en las virtudes del espíritu colectivo.

Jruschov expuso su versión renovada del comunismo en un largo discurso en el XXII Congreso del PCUS en 1961. Al igual que Tito, apelaba al marxismo radical con ciertos elementos de utopismo romántico, y resulta notable que por primera vez aparecieran ediciones en ruso de los primeros escritos de Marx. Para Jruschov, Lenin y Stalin habían pospuesto de hecho el comunismo para un futuro distante; el «socialismo», con sus desigualdades de ingreso, su empleo del dinero para incentivar el trabajo y su estado todopoderoso se mantendrían durante algún tiempo. Pero Jruschov estaba impaciente y creía que el pueblo soviético había esperado demasiado. En 1959 creó una comisión para estudiar cómo podía acelerar la URSS el tránsito al comunismo, y en el XXII Congreso presentó un nuevo programa del partido, que predecía que éste habría construido el comunismo «en sus rasgos fundamentales» para 1980. Jruschov esperaba que el programa respondiera a todos las deseos de

Marx, incluida la extinción del estado, pero prevalecieron cabezas más cautelosas y todo el capítulo a ese respecto se eliminó. En la URSS de 1961 «comunismo» significaba una combinación de colectivismo, progresiva conversión del trabajo en «auténtica creatividad» y consumo (una traducción bastante laxa de la «abundancia» material de la que hablaba Marx). Aun así, era un eco lejano del pensamiento romántico de la década de 1840. La sociedad se mantendría disciplinada, pero «esa disciplina no dependerá de ningún medio coercitivo, sino del sentimiento del deber hacia las obligaciones de cada uno».[56] Esa idea iba a persistir durante los siguientes veinte años, pero Jruschov insistía en que en las condiciones estaban maduras para poner fin inmediatamente a la represión. De hecho, se declaró formalmente acabada la «lucha de clases» y abolida la «dictadura del proletariado» fundada por Lenin; la Unión Soviética, declarada «estado de todo el pueblo», incluía ahora a todas las clases; el proletariado y su vanguardia, el partido, ya no prevalecían sobre las demás.

¿Cómo podía no obstante Jruschov conciliar las promesas del trabajo creativo y de superar el nivel de vida de Occidente? El comunismo de Marx prometía, en efecto, abundancia material: «de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades»; pero el consumismo occidental tenía más que ver con los deseos que con la necesidad, y su cultura —centrada en el hogar, la familia nuclear y el individuo— era difícilmente conciliable con el colectivismo comunista. El checo Zdeněk Mlynář entendía lo peligroso que era para el sistema soviético el nuevo objetivo consumista de Jruschov:

Stalin nunca permitió comparar el socialismo o el comunismo con la realidad

capitalista, argumentando que aquí se estaba construyendo un mundo enteramente nuevo que no se podía comparar con ningún sistema precedente. Jruschov, con su eslogan «alcanzar y sobrepasar a Estados Unidos», cambió de raíz esa situación para el ciudadano soviético medio … Con aquella comparación … quería reforzar la fe del pueblo en el sistema soviético, pero de hecho la comparación práctica con Occidente tenía el efecto contrario y debilitaba constantemente aquella fe.[57]

La magnitud de la tarea que afrontaba Jruschov se hizo evidente en el espectacular «debate de la cocina» entre Jruschov y el vicepresidente estadounidense Richard Nixon en 1959. Como parte de la nueva «competencia pacífica» de Jruschov entre ideologías, se permitió a Estados Unidos montar una exhibición en el parque Sokolniki de Moscú, que incluía una casa modelo de seis habitaciones, con la cocina provista de las últimas maravillas de la técnica. Cuando ambos políticos, igualmente irritables y beligerantes, se enfrentaron dialécticamente, Jruschov se sintió desafiado al oír que un obrero metalúrgico estadounidense podía comprar aquella casa con 14.000 dólares y saltó como un resorte con una respuesta que no convenció a nadie: «Usted piensa que los rusos se quedarán estupefactos ante esta exhibición; pero el hecho es que casi todas las casas rusas recién construidas cuentan con este equipo. En Estados Unidos se necesitan dólares para comprar esta casa, pero aquí lo único necesario es haber nacido como ciudadano».[58]

Jruschov hizo cuanto pudo por convertir en verdad aquella proclamación. Los signos más visibles del cambio fueron los miles de nuevos edificios de apartamentos construidos en la Unión Soviética. Eran pequeños y baratos y pronto se ganaron el apelativo de *jrushchoby*, fusionando «Jruschov» con la palabra *trushchoby* («chabolas»); pero representaban un enorme avance con respecto a la política de vivienda estalinista, que había

dedicado los mayores recursos a unos pocos rascacielos de prestigio, haciendo vivir a la gente corriente en apartamentos comunales atestados en los que tenían que compartir cocina y baño. El objetivo de Jruschov era dar a cada familia (a menudo multigeneracional) su propio apartamento, pero insistía en que el mayor nivel de consumo no debía generar individualismo pequeñoburgués. Las autoridades alentaban los comedores públicos, comités de barrio, periódicos murales en los bloques de apartamentos y «días de puertas abiertas» en los que las familias invitaban a cualquiera del edificio a entrar y disfrutar de una sana sociabilidad. Coser y tejer eran desaconsejados como actividades peligrosamente individualistas.[59]

Los propios edificios modernistas constituían una crítica implícita del estalinismo tardío. La URSS recuperaba con ellos el modernismo de los años veinte y treinta, momento cumbre del comunismo internacional. La competición ideológica con Occidente la obligaba a presentar una imagen más moderna y cosmopolita.[60] El estilo barroco del estalinismo tardío era considerado «pequeñoburgués» y *kitsch*, el tipo de arte que le podía gustar al hortera Drizdov y sus vulgares compinches. Incluso se iniciaron campañas para persuadir a la gente de que se deshiciera de sus conjuntos de elefantes blancos en miniatura, un ornamento tan popular en los hogares soviéticos como los patos de porcelana que poblaban las salas de estar occidentales a mediados de los años sesenta.[61]

El mayor símbolo de modernidad del proyecto jruschoviano, no obstante, no estaba en los apartamentos casi idénticos que proliferaban en las metrópolis de Europa oriental, sino en los satélites artificiales del programa Sputnik que orbitaban en torno a la Tierra. El proyecto espacial soviético

tenía su origen en un temprano utopismo científico y especialmente en los trabajos del teórico pionero de los viajes espaciales Konstantin Tsiolkovski y su Sociedad para el Estudio de los Viajes Interplanetarios, fundada en 1924. En la década de 1930 el mariscal Tujachevski impulsó la investigación relacionada con los cohetes, pero con su caída en desgracia en 1937 muchos de los científicos embarcados en aquel proyecto fueron encarcelados y algunos incluso ejecutados. A principios de la década de 1940 el mando del proyecto espacial pasó a Malenkov, quien reclutó a muchos científicos —algunos anteriormente purgados como «enemigos del pueblo»— para el proyecto atómico. Durante la década de 1950 todo aquel programa, que se había beneficiado enormemente de la tecnología y pericia desarrolladas por los nazis, gozó de la protección de Jruschov, que esperaba transformar las Fuerzas Armadas soviéticas y que su ventaja no dependiera del número de soldados y tanques. El mundo cobró conciencia del primer éxito espacial soviético el 4 de octubre de 1957, cuando las emisoras de radio retransmitieron los pitidos del primer satélite Sputnik. Luego vendrían más triunfos: casi inmediatamente el primer viaje al espacio de un animal (la perra «Laika») y tres años y medio después, el 12 de abril de 1961, algo mucho más impresionante, el primer viaje espacial tripulado por un ser humano, el piloto Iuri Gagarin.

Jruschov celebró el viaje orbital de Gagarin con la ceremonia pública más fastuosa desde 1945, durante la cual no pudo reprimir las lágrimas. Para él, el éxito de la misión «Vostok-1» («Este-1») era la demostración de que la URSS se había convertido en un país moderno. Los estadounidenses estaban atónitos. En 1957 el senador demócrata Henry «Scoop»

Jackson, apasionado paladín de la guerra fría, había declarado que el lanzamiento del primer Sputnik era un «golpe devastador» para el poderío estadounidense y pidió al presidente Eisenhower que acaudillara una «semana de vergüenza y peligro». Jackson, y sus aliados, convencidos de que había una enorme «desproporción de personal» entre las instituciones científicas soviéticas y las estadounidenses, persuadieron al presidente para que aprobara una Ley de Educación y Defensa Nacional que permitió duplicar el gasto federal en enseñanza, incluyendo fondos gigantescos para la ciencia y el estudio del mundo comunista y el subdesarrollado, con lo que se establecieron las bases para la preeminencia estadounidense en la enseñanza superior y la investigación avanzada.

El programa espacial podía haber inducido a sus enemigos a considerar la URSS como un país de ciudadanos ilustrados y amantes de la razón, pero la materialización real de aquella imagen era un reto mucho mayor. Tras un período de relativa tolerancia durante la guerra y los últimos años de vida de Stalin, Jruschov volvió al ateísmo de los años veinte y treinta, cerrando iglesias e introduciendo nuevos cursos de «ateísmo científico» en las universidades. Los propagandistas del partido, en sus esfuerzos por expandir el ateísmo, enarbolaban el viaje de Gagarin como demostración de la inexistencia de Dios.

La Unión Soviética reclamó con sus éxitos espaciales su anterior estatus como vanguardia de la modernidad tras la «edad oscura» de posguerra; pero ¿cómo se iba a pagar la modernización, tanto militar como en el nivel de vida? La solución de Jruschov residía en su nueva forma de movilización, más abierta y no violenta. Estaba convencido de que con ella conseguiría mucho más que Stalin con el terror estatal o el

capital con los incentivos individuales. Relajó el régimen disciplinario en las fábricas dando a los obreros más libertades, con la esperanza de que trabajarían más y mejor; también estaba decidido a sacudir la modorra de la burocracia, pero su énfasis en la apertura y la participación no equivalía a acabar con la posición privilegiada del partido. De hecho, esperaba que éste asumiera un papel dirigente en la movilización de masas. Una de sus primeras iniciativas fue adelgazar los ministerios económicos —donde se habían aposentado, tal como él lo veía, los arrogantes Drozdov— y dar mayor poder a los jefes locales del partido en los consejos económicos regionales. Esperaba que los miembros del partido, llenos de ardor ideológico, fueran mucho más capaces de entusiasmar a las masas que los burócratas estatales. Retomaba así el viejo estilo de las campañas de los años veinte y treinta; pero los mandos del partido, deseosos de hacer carrera, prometían milagros económicos imposibles; Lysenko, relativamente apartado, recobró preeminencia con Jruschov, que creía en sus promesas de aumentar espectacularmente la producción de trigo.

Como cabía esperar, la fe de Jruschov en los rápidos «saltos» estaba tristemente equivocada. Su primera campaña —el programa de aumento de la producción de grano en las Tierras Vírgenes— había fracasado ya en 1963, debido a la sequedad que solía reinar en aquellas tierras y a que eran menos fértiles que la media. Las promesas de enormes aumentos de la producción se demostraron fallidas. El dirigente máximo del partido en la región de Riazán, que había prometido triplicar la producción de carne, fue nombrado Héroe del Trabajo Socialista gracias a sus planes utópicos, pero luego se demostró que estaba comprando carne en las regiones vecinas haciéndola

pasar como propia. Cuando fue descubierto se suicidó para evitar la vergüenza.

Tampoco tuvieron éxito los intentos de Jruschov de modificar las relaciones entre funcionarios y obreros. Sustituyó la represión estalinista y el «salario a destajo o por pieza» individual por incentivos colectivos (que vinculaban el salario al resultado general de la fábrica), pero sin mucho éxito: los obreros no se sentían inclinados a trabajar más duro dado su escaso control sobre el rendimiento global de la fábrica.[62] Jruschov descubrió que los jefes del partido no infundían más heroísmo en la gente corriente que los burócratas del estado. Desilusionado —como antes Stalin en la década de 1930 y más tarde Gorbachov en la de 1980—, pasó de ver a los mandos del partido como aliados contra una burocracia estatal recalcitrante, a acusarlos de los fracasos de sus grandes proyectos. Se quejaba de que eran tan conservadores como los Drozdov del viejo aparato económico y pensó que la solución estaba en una infusión de sangre nueva. Ordenó que una determinada proporción de los mandos fueran sustituidos obligatoriamente cada vez que se celebraran elecciones en el partido y dividió su aparato en dos ramas, una a cargo de la agricultura y otra de la industria. Ambas reformas fueron muy impopulares entre los mandos del partido, que comprensiblemente las vieron como una amenaza a su estatus.

La popularidad inicial de Jruschov también declinaba en la medida en que no conseguía cumplir sus promesas económicas. El aumento del precio de los alimentos en 1962, destinado a mejorar los incentivos y el nivel de vida de los campesinos, perjudicó al proletariado urbano, provocando huelgas y agitación en muchas ciudades soviéticas. La más seria fue una

huelga en la planta de locomotoras eléctricas Budionni en la ciudad de Novocherkassk, junto al Cáucaso. Los obreros se quejaron de que no podían permitirse comprar carne o salchichas y un funcionario les dijo, adaptando el consejo de María Antonieta, que se contentaran con pasteles de hígado, que eran más baratos; los obreros respondieron con el eslogan «Hagamos salchichas de Jruschov».[63] Los huelguistas, reproduciendo el Domingo Sangriento de 1905, marcharon hasta el centro de la ciudad llevando lealmente retratos de Marx, Engels y Lenin, pero allí se vieron frente a los soldados, que comenzaron a disparar cuando se negaron a dispersarse; murieron veintitrés de ellos. Jruschov temía que la agitación se extendiera si no se le ponía coto.[64]

La huelga de Novocherkassk mostró palmariamente lo condicional que era el apoyo de los obreros. Entre los intelectuales y profesionales —sus más fervientes seguidores al principio— también se enfrió poco a poco el amor por Jruschov. Ludmila Alekseieva, a cargo del departamento de arqueología y etnografía en la editorial Naúka («Ciencia») y que más tarde se iba a convertir en una destacada disidente emigrada a Estados Unidos, recordaba el círculo de amigos de su juventud, su *kompanyia*. Se consideraban descendientes de los intelectuales de la época de Chernishevski, con la diferencia de que «no nos sentíamos culpables ante la gente corriente, ya que éramos tan pobres y estábamos tan privados de derechos como nuestros compatriotas que no habían alcanzado nuestro nivel de formación». Alekseieva señalaba la distancia creciente entre la clase media urbana educada y el partido. Recordaba que sus amigos estaban divididos en dos grupos: por un lado los «físicos», descendientes de los marxistas modernistas, pero ahora

profundamente escépticos con respecto a cualquier ideología: «Todo ese parloteo sobre la justicia social, la democracia, la igualdad, "el pueblo", proletarios de todos los países, uníos. Mirad adónde nos ha llevado: no hay nada que comer. Estamos hasta el cuello de mierda, y vosotros seguís de cháchara».[65] Por otro lado estaban los «líricos», ajenos a aquella obsesión por los átomos y los neutrones, que querían conocer el significado de la vida y «cómo vivir». En ese grupo todavía había algunos marxistas convencidos, aunque el suyo era un marxismo ecléctico alejado del oficial, una mezcla heteróclita de Karl Kautsky, Rosa Luxemburg y Herbert Marcuse.

Tanto los físicos como los líricos de Alekseieva se entusiasmaron mucho al principio con la desestalinización de Jruschov, pero pronto se sintieron desilusionados. Jruschov, como Beria y Malenkov, juzgaba que el rígido dogmatismo de la era estalinista había sido destructivo y que el régimen debía mostrar una actitud más abierta hacia intelectuales y técnicos. Permitió que se publicaran trabajos que nunca habrían visto la luz poco antes, como el tétrico relato de Solzhenitsyn *Un día en la vida de Iván Denisovich*, sobre la vida de un prisionero del Gulag; pero la rehabilitación de Lysenko y las críticas a Dudintsev decepcionaron a sus antiguos seguidores. En sus memorias Jruschov lamentaba no haber favorecido más a los intelectuales, pero el problema era en parte cultural y generacional: los mandos del partido escasamente formados de los años veinte y treinta tenían poco en común con los sofisticados profesionales urbanos de los sesenta. Aquel choque de culturas queda bien ilustrado por su discurso en una exposición de arte moderno en Moscú:

> Eres un chico con buen aspecto, pero ¿cómo puedes pintar algo así? Deberíamos bajarte los pantalones y darte unos azotes hasta que comprendas tus errores. Deberías avergonzarte. ¿Eres un maricón o un hombre normal? … Tenemos derecho a enviarte a cortar árboles hasta que hayas devuelto el dinero que el estado ha gastado en ti. El pueblo y el gobierno se han preocupado mucho por ti y les pagas con esta mierda.[66]

Pero para Jruschov, más que en los intelectuales relativamente aquiescentes, el peligro estaba en sus colegas del partido, para los que resultaban muy amenazadores sus ambiciosos objetivos, su fervor ideológico y su comportamiento impulsivo. Este último, en particular en el terreno de la política exterior, era especialmente intranquilizador y embarazoso. Jruschov había prometido convertir la confrontación militar entre Oriente y Occidente en una competición ideológica pacífica, pero presidió el período más tenso y peligroso de la guerra fría, marcado por una serie de crisis: Hungría en 1956; el intento de expulsar a los occidentales de Berlín en 1958, que culminó en la construcción de uno de los mayores símbolos de la confrontación de la guerra fría, el Muro de Berlín, en 1961; y lo más alarmante, la crisis de los misiles en Cuba en 1962.

No sería justo achacar a Jruschov todo el calentamiento de la guerra fría; el mundo de principios de la década de 1960 estaba mucho más cargado ideológicamente que una década antes. Mao, un creyente auténtico, se había vuelto contra él, y la revolución cubana de Fidel Castro en 1959 anunciaba la llegada de una nueva generación de comunistas en el Tercer Mundo. Por otra parte, aunque el presidente John F. Kennedy, elegido en 1960, parecía anunciar una mayor flexibilidad, también él estaba decidido a negociar desde una posición de fuerza: infundió nueva energía a la lucha contra el comunismo en el Tercer Mundo y estaba dispuesto a amparar acciones militares

encubiertas. Jruschov, decidido a mantener el liderazgo ideológico del comunismo mundial, respondió a esos retos impulsivamente, sin la cauta astucia de Stalin.

Jruschov también intentó impulsar una ambiciosa política exterior sin mucho gasto, reacio como era a reducir el nivel de vida; esperaba reducir el gasto militar convencional compensándolo con las armas atómicas, pero el plan no le salió bien. Los mandos del ejército no estaban nada satisfechos con la propuesta de reducir el contingente militar y la fabricación de misiles balísticos intercontinentales de largo alcance resultó mucho más cara y difícil de lo que esperaba. En 1962 —un año de rendimiento económico decepcionante, subida de precios y agitación social— Jruschov tenía que encontrar una forma rápida y barata de mejorar el equilibrio estratégico, en un momento en que Estados Unidos estaba instalando misiles en Italia y Turquía, y pensó en meter «uno de nuestros erizos en los pantalones de Estados Unidos», como él mismo dijo expresivamente: situar misiles de alcance medio en Cuba.[67] Pero la superioridad tecnológica estadounidense desbarató el plan de Jruschov. Los aviones espía U-2 revelaron el 14 de octubre el montaje de los misiles, y buques de guerra estadounidenses y aliados bloquearon la isla para impedir la llegada del material soviético. Las superpotencias se enfrentaron «cara a cara» en el Caribe, como dijo Dean Rusk, y el mundo estuvo más cerca que nunca de la catástrofe nuclear. El 28 de octubre Jruschov se echó atrás y los buques soviéticos se retiraron, a cambio de ciertas concesiones del gobierno estadounidense, que prometió retirar los misiles de Turquía y no volver a intentar otra invasión de Cuba; pero Kennedy insistió en que el acuerdo no fuera hecho público hasta pasados seis

meses, por lo que Jruschov no pudo desvirtuar las críticas que lo responsabilizaban de la aparente humillación de la URSS, avergonzándolo ante los soviéticos, estadounidenses y chinos, al tiempo que había provocado la irritación de los cubanos.

La crisis de los misiles en Cuba supuso un punto de inflexión en la guerra fría: no podían seguir ignorándose las advertencias sobre los peligros de las armas nucleares realizadas por Malenkov y otros a mediados de la década de 1950. Jruschov y los demás dirigentes soviéticos se vieron profundamente afectados y al cabo de dos años se produjo su destitución. Pero no fueron sus fracasos en política exterior su única flaqueza; sus conflictos con los mandos del partido también tuvieron su importancia. Jruschov creía que su política no funcionaba porque estaba siendo socavada por funcionarios egoístas; sus colegas sospechaban, probablemente con razón, que estaba planeando una purga en el partido organizando elecciones a las que tendrían que someterse.

El 12 de octubre de 1964, mientras se hallaba de vacaciones en el Cáucaso, fue convocado con urgencia para una reunión al día siguiente en el Kremlin, en la que sus colegas del Presidium del PCUS lo criticaron por su voluntarismo y poca fiabilidad y pidieron su dimisión. Jruschov no plantó cara e incluso aceptó entre lágrimas parte de las críticas. Se le concedió «el retiro por su avanzada edad y el deterioro de su estado de salud» y se eligió a Leonid Brézhniev como nuevo primer secretario del partido y a Aleksei Kosyguin como Presidente del Consejo de Ministros; Anastás Mikoian, que desde julio ocupaba la presidencia del Presidium del Soviet Supremo, fue sustituido en diciembre de 1965 por Nikolai Podgorni, con lo que se completó la *troika* que iba a regir los destinos de la URSS durante década y media.

Desde el primer momento imprimieron un notable giro: se abandonaron las promesas de un comunismo inminente y la definición jruschoviana de la URSS como «estado de todo el pueblo» y su populismo dio paso al poder de los funcionarios, a los que Brezhniev devolvió la seguridad del empleo vitalicio. La versión jruschoviana no violenta del radicalismo de los años veinte y treinta había fracasado; había vuelto el «imperio oculto» de Dudintsev.

Cuando en 1962 abrió sus puertas el Palacio de los Pioneros en las Colinas de Lenin, ya estaba claro que la versión pacífica del marxismo radical que expresaba estaba fracasando. El PCUS no era capaz de entusiasmar al pueblo ni de impulsarlo a trabajar más duramente. Ya no era la organización mesiánica de finales de la década de 1920, y la declaración de paz entre las clases en la URSS y en el extranjero hacía aún más difícil despertar el entusiasmo popular. El pueblo, confrontado a un enemigo —interior o exterior— suele estar dispuesto a hacer sacrificios, pero Jruschov no quería una lucha de clases violenta y Occidente no era una amenaza inmediata. Jruschov se veía obligado cada vez más a comportarse como un Papá Noel soviético, prometiendo regalos y consumo abundante, y no como un Moisés marxista que conducía su pueblo a una tierra de justicia e igualdad. Los primeros años de la década de 1960 fueron todavía una época de optimismo y fe en el socialismo, pero al arrojar el guante (de goma) a Nixon en el «debate de la cocina» y apostar explícitamente a superar a Occidente en el nivel de vida, Jruschov no hizo sino sembrar la semilla de la decadencia ideológica.

Jruschov siempre se consideró un radical y sus disgustados colegas del Comité Central coincidían en esa valoración; pero

para los comunistas que estaban forjando una nueva oleada de revoluciones en el Tercer Mundo, Jruschov parecía haber perdido su impulso revolucionario. Se había echado atrás en Cuba, y al rechazar la lucha de clases había privado al comunismo de su energía moral y emocional. El crítico más enérgico del «revisionismo» de Jruschov fue Mao, porque el partido chino todavía creía que estaba construyendo el socialismo y que para ello se requerían medidas rigurosas. Por otra parte, China no había sufrido nada tan traumático como la «Gran Ruptura» soviética o el Terror de los años treinta, y la lucha de clases todavía parecía virtuosa y necesaria; sin embargo, pronto iba a compensar aquella falta de experiencia. Durante la siguiente década iba a sufrir una conmoción sin precedentes en el mundo comunista.

VII

En 1959 se completó, como parte del utópico «Gran Salto Adelante» de China a la modernidad, un gran proyecto arquitectónico: los «Diez Grandes Edificios» de Beijing. Cuatro de ellos eran museos y salas de exposiciones; tres eran hoteles y alojamientos para los invitados del gobierno; y los restantes, un gran estadio, la nueva estación de ferrocarril y el Gran Palacio del Pueblo. Aunque habían pasado cinco años desde la muerte de Stalin y el bloque soviético había recuperado el estilo modernista, el adoptado en Beijing era inequívocamente estalinista, por más que se aliviara con rasgos chinos como los tejados de pagoda. Aun así, tampoco eran los recargados

edificios semejantes a tartas de boda del estalinismo de los años cincuenta, sino más parecidos a la arquitectura soviética más austera de mediados de la década de 1930, como el pabellón de la Exposición de 1937 en París.[68] Y lo mismo que en la arquitectura sucedía en la política: los comunistas chinos rechazaban la rígida jerarquía del estilo estalinista tardío y se identificaban más con el marxismo radical del los años veinte y treinta.

La actitud de Mao con respecto al acto parricida de Jruschov era ambigua: por un lado, le disgustaba la cultura paternalista del estalinismo tardío tanto como a Jruschov. Mao se quejaba de que las relaciones entre la Unión Soviética y China se parecían a las de «padre e hijo, gato y ratón»;[69] Stalin se había comportado como un «mandarín» confuciano al viejo estilo y el Discurso secreto de Jruschov era como un «movimiento de liberación». A Mao le gustó al principio el estilo llano y directo de Jruschov, reconociendo en él a un camarada marxista de provincias, tosco pero eficaz. Era bueno, afirmaba Mao, que los camaradas de provincias reemplazaran a los del centro, porque «a escala local la lucha de clases es más intensa, más cercana a la lucha natural, más próxima a las masas».[70] Sin embargo, como revelaba aquella observación, Mao no había entendido bien a Jruschov. Puede que éste fuera un radical, pero había renunciado a la lucha de clases y Mao evidentemente no lo había hecho. La opinión de Mao sobre Stalin, aunque critica, no fue nunca tan dura como la de la dirección soviética. En febrero de 1957 Mao formuló una evaluación más favorable —y notablemente precisa— de Stalin: era en un 70 por 100 marxista y en un 30 por 100 no marxista. Además, no le gustaba que Jruschov se hubiera lanzado a aquel parricidio en solitario,

sin consultar a los partidos hermanos, y concluía que el propio Jruschov estaba adoptando la arrogante actitud imperial del viejo patriarca.

A mediados de la década de 1950 el PCCh parecía tener prácticamente todo a su favor. Aunque seguía teniendo enemigos, contaba con un amplio apoyo popular como fuerza justiciera y desarrollista. La situación política era estable; la ayuda soviética, relativamente modesta con Stalin, había aumentado, y en 1959 equivalía nada menos que al 7 por 100 de la renta nacional soviética.[71] Mao mostró su vigor personal en junio de 1956 cruzando a nado tres veces en días consecutivos el río Yangtsé.*

Aun así Mao, que había analizado atentamente los levantamientos que habían tenido lugar en Europa oriental entre 1953 y 1956, estaba decidido a que no sucediera nada parecido en China y para evitarlo creía necesario combatir la jerarquización inherente al estalinismo tardío. Desde hacía tiempo se sentía molesto, como otros comunistas radicales chinos, con el surgimiento de desigualdades y privilegios. La transformación del ejército guerrillero en un ejército profesional le resultaba particularmente mortificante. Los oficiales de carrera se comportaban como pequeños señores feudales, utilizando a sus soldados como sirvientes e incluso ejerciendo el derecho de pernada sobre las mujeres de los alrededores. La solución de Mao fue acercar a los soldados a las comunidades campesinas, donando por ejemplo sus excrementos a las aldeas como fertilizante o ayudándoles en los esfuerzos de erradicación de las plagas. Como es natural, a los oficiales profesionales técnicamente formados, aquella interferencia política y el desdén hacia las prioridades militares les parecía profundamente

irritante.

El planteamiento general de Mao, no obstante, era más cercano al de Jruschov o incluso al de Malenkov, al menos inicialmente. El partido —pensaba— debía ser «rectificado», pero no mediante una lucha de clases al viejo estilo, porque eso podía perjudicar el ritmo del desarrollo económico, sino más bien mediante una confrontación «ideológica», en la que los intelectuales —no tanto las clases «rojas», obreros, campesinos y activistas del partido— discutirían sobre los problemas prácticos del país en sesiones «tan suaves como una brisa o una lluvia fina», para ofrecer propuestas sobre reformas institucionales o incluso artísticas. Mao creía que así se podría promover el socialismo, ya que se demostraría su «supremacía implícita» sobre el capitalismo incluso entre los chinos no comunistas y los miembros de las «clases sociales derrotadas» en la guerra civil. Después de haber convencido a la gente ideológicamente, sería más fácil implementar las reformas sociales necesarias. Los funcionarios serían reeducados, pero evitando la resurrección del puritanismo y el dogmatismo como había sucedido con la Campaña de Rectificación de Yan'an en 1943. Se pretendía que en la cultura florecieran «cien flores» y en la ciencia «cien escuelas de pensamiento».[72]

Al principio, durante los primeros meses de 1957, los intelectuales se mantuvieron ostensiblemente silenciosos. Temían la venganza de los mandos del partido si hablaban abiertamente. Pero Mao les convenció finalmente de que iba en serio y durante unas semanas a partir del 1 de mayo llegaron millones de cartas respondiendo a la petición de Mao de una crítica franca y abierta, al tiempo que se pegaban *dazibaos* (carteles murales) en las universidades y en las calles. Como

cabía esperar, los dirigentes del PCCh consideraron excesivas las críticas contra la corrupción, las elecciones amañadas y la arrogancia del partido, pero más graves eran las dirigidas contra la colectivización, el monopolio del poder por el partido y la emulación servil de la Unión Soviética. Mao pronto percibió que había perdido el control de aquella movilización, que socavaba la legitimidad del propio partido. A mediados de julio ordenó poner fin a la campaña y desencadenó un brutal ataque contra los «derechistas». Más de 300.000 intelectuales fueron víctimas de la censura, que puso fin a su carrera.

Mao nunca iba a volver a seguir la estrategia de Jruschov de apertura controlada; de hecho, ésta sólo se repetiría después de su muerte. A partir de entonces, por lo que respecta a Mao, los intelectuales serían juzgados como irremediablemente anticomunistas. Sin embargo, siguió buscando una alternativa al orden estalinista que a su juicio se iba implantando en China. Trató de volver al socialismo guerrillero de Yan'an y la lucha de clases radical.

Los inconvenientes del viejo modelo estalinista eran particularmente evidentes en la economía. ¿Cómo podría superar China su retraso con respecto a Occidente e incluso con respecto a la URSS? En su segundo viaje allí en noviembre de 1957 Mao se había sentido muy impresionado por el edificio de la Universidad de Moscú, pero le parecía improbable que los métodos estalinistas permitieran a China alcanzar aquellas cumbres de riqueza y cultura.[73] La estrategia de Stalin había supuesto explotar al sector rural (y a los obreros industriales) y dedicar esos recursos a la industria pesada; pero había un problema en aplicar ese método en China. La agricultura china era mucho más pobre y menos productiva que la de la URSS en

1928, cuando Stalin comenzó su transformación económica. En realidad no había mucho excedente que extraer. ¿Cómo iba a financiar el estado la industrialización?

La solución propuesta por Mao en 1958 fue el «Gran Salto Adelante». Aquella campaña fue aún más utópica que la «Gran Ruptura» de Stalin, aunque tenía cierta lógica. El único recurso abundante en China era la mano de obra campesina y Mao estaba decidido a aprovecharlo hasta donde se pudiera. La teoría del Gran Salto Adelante era que el campesinado obtendría enormes mejoras en la productividad agrícola, construyendo por ejemplo sistemas de regadío, al mismo tiempo que desarrollaba la industria. A diferencia de la mayoría de los modelos de desarrollo, la industrialización iba a tener lugar, no en las ciudades, sino en el campo. Los campesinos realizarían esa ambiciosa hazaña como parte de un ejército revolucionario dirigido por activistas del partido. Se pretendía recuperar el espíritu de sacrificio de la guerra revolucionaria y transferirlo a la economía. Al mismo tiempo el uso de brigadas de trabajo al estilo de las guerrillas disolvería las desigualdades políticas del «feudalismo» y el estalinismo. Como explicaba el propio Mao:

> Nuestras revoluciones se siguen una a otra ininterrumpidamente … tras cada victoria debemos emprender inmediatamente una nueva tarea. De esa forma los cuadros y las masas estarán siempre llenos de fervor revolucionario, en lugar de engreimiento. De hecho, no tendrán tiempo para engreírse aunque les gustara hacerlo.[74]

Esta retórica era inquietantemente familiar; de hecho se hacía eco de la empleada por Stalin a finales de los años veinte: con fuerza de voluntad, adecuadamente movilizada, se podía conseguir lo que se quisiera; no había fortaleza que los

bolcheviques no pudieran tomar por asalto. Pero las ambiciones de Mao estaban muy por encima de cualquier cosa que Stalin pudiera haber imaginado. Se anunció que la economía china superaría a la británica en quince años, y a medida que aumentaba el entusiasmo ese plazo iba disminuyendo. En septiembre de 1958 Mao proclamó que China alcanzaría a Gran Bretaña al año siguiente.[75] Además —aseguraba—, China estaba en el umbral del comunismo pleno.

En las ciudades el Gran Salto Adelante se convirtió en una versión más utópica y participativa del primer Plan Quinquenal de Stalin. Era una época de «democracia»: los activistas del partido alentaban vivamente las críticas a los directivos y especialistas. Ya no se atendía a la pericia; cualquiera, desde el campesino más humilde hasta el académico más respetado, podía ser un especialista, o con el famoso eslogan del régimen, al mismo tiempo «rojo» y «experto». Pero el centro real del Gran Salto Adelante era el campo. Las «comunas populares», creadas a partir de grupos de aldeas, se encargaban de organizar a los campesinos para las grandes tareas que Mao les había propuesto. Más de cien millones de hombres y mujeres fueron movilizados en unidades cuasimilitares para trabajar en proyectos de irrigación, reforestación y contra las inundaciones, a menudo lejos de casa. También se animó a los campesinos a construir industrias en el campo, en particular pequeños hornos de fundición. Bu Yulong, un funcionario rural de la provincia de Henan, que se presentó voluntario para construir esos hornos a cierta distancia al sur de su pueblo, recordaba aquella atmósfera marcial:

> Nos dividieron en compañías de 180 personas, como si estuviéramos en el

ejército. De hecho, todo era una copia del sistema militar. Luego nos dieron uniformes verdes y el ritmo de la vida cotidiana también se militarizó. Cada mañana sonaba una corneta para despertarnos a todos.[76]

Se esperaba que participaran en los trabajos todas las personas hábiles, y esto suscitó la cuestión de quién iba a cuidar de los niños, cocinar y llevar a cabo las tareas domésticas. Ahí también las comunas dieron un salto adelante. Se crearon jardines de infancia y escuelas suponiendo que el esperado aumento de productividad permitiría pagarlos. La comida era gratis y todos comían en comedores públicos. Los salarios eran iguales para todos y ya no estaban ligados a la productividad; lo que debía motivar al heroico pueblo chino era la solidaridad y no la avidez de dinero. El Gran Salto Adelante era no sólo económico, sino también cultural. Proliferaron los teatros para la representación de óperas regionales y millones de hombres y mujeres fueron alentados a escribir poemas y romper así la preeminencia cultural de la vieja élite; funcionarios del estado viajaban por todo el país para reunir aquella nueva literatura del pueblo.

Al principio el Gran Salto Adelante contaba con bastante apoyo popular en el campo. Un campesino del pueblo de Zengbu, en la provincia meridional de Guangdong, recordaba así el altruismo de la época:

La conciencia del pueblo era tan alta al principio del Gran Salto Adelante que queríamos hacerlo todo de forma colectiva. Ni siquiera se necesitaban dependientes en las tiendas, porque se podía confiar en que la gente dejara la cantidad exacta de dinero por los artículos que se llevaban.[77]

A Bu Yulong también le parecía muy estimulante el

colectivismo de la época:

> Nunca olvidaré la excitación que se apoderó de mí cuando vi mi primer horno de fundición … Nuestra producción no era muy grande, pero aun así se organizó una celebración en Zhugou con fuegos artificiales y tambores. Algunos leyeron sus poemas:
>
> > Nuestro espíritu sube más alto que los cohetes;
> > nuestra voluntad es más fuerte que el hierro y el acero;
> > contamos los días que faltan para superar a Gran Bretaña y Estados Unidos. [78]

Pero la desilusión llegó pronto. Como había mucha gente trabajando en los proyectos de irrigación y en la producción de acero, no había personal suficiente para recoger la cosecha; por otra parte, la gratuidad de la comida en los comedores comunales contribuía a la escasez de alimentos, los hornos de fundición a pequeña escala en el patio trasero producían un acero de mala calidad, y para cumplir los objetivos planeados había que confiscar las ollas y las palas y fundirlas. Aquél era sólo un síntoma del efecto que estaba teniendo el desbordado voluntarismo de Mao. La presión sobre los mandos del partido les había llevado a prometer el paraíso, a mentir sobre sus logros y a encubrir los fracasos. Al parecer Mao no era consciente de toda aquella actividad fraudulenta. Su médico, Li Zhisui, recordaba que ambos tomaron un tren para ir a la provincia de Hebei y se maravillaron ante lo que veían allí. Campesinas con vestidos de colores cuidaban de cultivos exuberantes y por todas partes se veían hornos de fundición iluminando el cielo; pero el doctor Li pronto percibió que se trataba de un gigantesco «pueblo-Potemkin»: los hornos se habían construido especialmente a lo largo del camino y el arroz se había traído de

campos distantes, replantándolo temporalmente para dar la impresión de abundancia. Los arrozales estaban tan sobrecargados que se habían instalado ventiladores eléctricos para mover el aire través del arroz y evitar que se pudriera. Como comentaba amargamente Li, «toda China se había convertido en un escenario en el que el pueblo representaba un gran espectáculo para Mao».[79]

La mayoría de los camaradas de Mao asumieron el Gran Salto Adelante, convencidos por los éxitos muy exagerados que transmitían los funcionarios locales; pero a principios de 1959 surgieron dudas y hasta Mao se sentía preocupado. Cuando visitó Shaoshan, su pueblo natal, le entristeció descubrir que el templo budista local —muy frecuentado por su madre— había sido destruido y se habían llevado los ladrillos para construir un horno de fundición, empleando la madera como combustible.[80] Se realizaron ciertos ajustes en mayo; los comedores comunales, por ejemplo, dejaron de ser obligatorios. Sin embargo, el Gran Salto Adelante se mantuvo y cuando el jefe supremo del ejército, el mariscal Peng Dehuai, propuso una reconsideración en la Conferencia de Lushan en julio de 1959, Mao, sorprendido por la crítica, insistió en radicalizarlo aún más. Peng cayó en desgracia, acusado de «derechismo», y se presionó a los mandos intermedios para que abrieran de nuevo los comedores comunales. Al tiempo que continuaba el despilfarro, los campesinos se veían obligados a pagar impuestos calculados sobre la base de cifras de producción infladas artificialmente.[81] Así se extrajeron enormes recursos de la agricultura: la inversión industrial subió del 38 por 100 en 1956 a nada menos que el 56 por 100 en 1958, en gran medida a expensas del campesinado. El resultado fue una hambruna

catastrófica: según algunas estimaciones, entre 1958 y 1961 murieron entre 20 y 30 millones de personas, en una de las hambrunas más devastadoras de la historia moderna.[82]

En 1960 la dirección del partido, incluido Mao, aceptó que el Gran Salto Adelante había sido un fracaso desastroso; la subsiguiente ruptura con la URSS (y con ella la retirada de la ayuda financiera y técnica soviéticas) supuso un nuevo golpe para el prestigio de Mao, cuyo radicalismo guerrillero hacía parecer a Jruschov un archirreaccionario, especialmente en política exterior. Mao criticó a Jruschov por su doctrina de «coexistencia pacífica» con Occidente y por su disposición a aliarse con líderes no comunistas del Tercer Mundo como el indio Nehru. Las fuerzas chinas bombardearon la isla de Quemoy, ocupada por los nacionalistas de Chiang Kaishek, y Mao llegó a declarar que una guerra nuclear a gran escala no tenía por qué ser tan desastrosa, ya que el socialismo renacería de las ruinas; las bombas estadounidenses no eran más que un «tigre de papel». Jruschov, alarmado por la temeridad de Mao, le negó ayuda en el programa de fabricación de armas nucleares. En 1961 el bloque comunista había quedado irreparablemente escindido.

La situación de Mao tras el final del «Gran Salto Adelante» en 1960-1961 se parecía a la de Stalin tras la «Gran Ruptura» en 1931-1933. Comprendió que su jactanciosa ambición y su populismo habían provocado el caos. También aceptó la necesidad de un «repliegue» y de dar paso a una forma de comunismo más tecnocrática. Se abandonó el Gran Salto Adelante, la mayoría de los hornos de fundición en el campo fueron desmantelados y se devolvió a los campesinos el 6 por 100 de la tierra para que la cultivaran en parcelas privadas. Liu

Shaoqi, Deng Xiaoping y Zhou Enlai —marxistas más modernistas— tomaron el control, mientras que Mao perdía prestigio e influencia. El principal objetivo de la nueva dirección colectiva era restaurar el orden tras el caos del Salto. Se abandonaron las campañas por la democracia; volvió el trabajo a destajo (salario por pieza); se valoraba de nuevo la pericia, y en el campo se restablecieron las viejas jerarquías. Volvían a prevalecer las desigualdades que Mao había censurado tan enérgicamente.

Los mandos locales reafirmaron su autoridad tal como lo habían hecho sus predecesores soviéticos a mediados de la década de 1930, con la policía y los papeles: pasaportes, tarjetas de identidad y expedientes recogían información detallada sobre cada individuo, incluidas circunstancias tan esenciales como la clase y formación política. Desde la revolución, la gente quedaba clasificada en los «cinco tipos rojos» (obreros, campesinos pobres y medios, cuadros, soldados y familiares de los mártires revolucionarios) o los «cinco tipos negros» (terratenientes, campesinos ricos, contrarrevolucionarios, elementos antisociales y derechistas; una categoría implícita era la de los intelectuales no comunistas). Cuando, desde mediados de los años sesenta, las estructuras locales del partido comenzaron a ejercer mayor control sobre la economía, esas categorías resultaban cada vez más importantes. Una formación universitaria, un buen empleo industrial o el riesgo de ser «enviado de vuelta» de la ciudad al campo para trabajar como campesino, dependían de la categoría a la que uno estuviera adscrito. La dirección del PCCh estaba recreando inadvertidamente el *antiguo régimen*, en el que todos y cada uno poseían un estatus inamovible, sólo que ahora aparecía el «proletariado» a la cabeza y los «elementos negros»

quedaban abajo, en lo más profundo, al menos en las ciudades.

En todo el bloque comunista se produjo cierta discriminación de clase, sobre todo en las primeras fases del régimen, pero en China fue más sistemática que en la Unión Soviética y Europa oriental, porque las circunstancias sociales también eran diferentes. La familia, el clan y las redes de patrocinio tenían mayor peso en China que en la URSS y los dirigentes comunistas, muchos de ellos antiguos miembros del Movimiento del 4 de Mayo, creían que el retraso de China se debía fundamentalmente a esas tradiciones, por lo que emplearon la adscripción de clase, rigurosamente controlada, para quebrar el viejo orden; pero una vez que se hicieron con el poder surgieron los clanes «rojos» que utilizaban las etiquetas de clase para afianzar sus privilegios.

Pero como solía pasar en los *antiguos regímenes*, las jerarquías de estatus heredado y fijo alimentaban el resentimiento. Todos los excluidos de la élite «roja», ya fueran gente con un origen de clase indeseable o los trabajadores recién emigrados a las ciudades, que carecían de empleo fijo y de la protección social con que contaban los obreros más antiguos, tenían razones para sentirse irritados con un sistema rígido que no podían cambiar. El PCCh estaba generando paradójicamente una nueva alianza de clases agraviadas que tenían muchas razones para hacer una revolución contra la nueva «clase comunista»; y el líder de esa revolución no iba a ser otro que el propio Mao.

A mediados de la década de 1960 Mao se sentía profundamente disgustado con la política de Liu Shaoqi, Deng Xiaoping y Zhou Enlai, que según creía estaban fomentando nuevas desigualdades basadas en el origen de clase, las diferencias salariales y los méritos educativos, mientras que él,

en cambio, nunca abandonó su socialismo guerrillero y su creencia de que China sólo podía renacer mediante el altruismo y el sacrificio. Identificaba su legado con la igualdad en China y con la edad se fue haciendo más radical. Le inquietaba qué sucedería tras su muerte. ¿Quedaría secuestrado el partido que había creado por los «revisionistas» de derecha, como había sucedido en Alemania en la década de 1890 o en la URSS después de Stalin? Como le dijo a Ho Chi Minh en 1966, «ambos tenemos más de setenta años y algún día nos llamará Marx (moriremos). No sabemos quiénes serán nuestros sucesores, si Bernstein, Kautsky o Jruschov; pero todavía hay tiempo para prevenirlo».[83]

Los retos internacionales, cuando la guerra de Vietnam amenazaba extenderse a China, también convencieron a Mao de la necesidad de volver al comunismo guerrillero. Decidió que tenía que extirpar las fuerzas de «derecha», en parte purgando a los funcionarios del vértice, pero sobre todo cambiando la actitud de toda la sociedad. La jerarquía patriarcal, la dominación de clanes, la tecnocracia y la codicia debían dar paso al reinado de la virtud, en el que el pueblo trabajaría de forma altruista por el bien común. Tales eran los objetivos de la campaña más caótica de Mao: su «Gran Revolución Cultural Proletaria». Como decía el primero de los «Dieciséis puntos» aprobados por el Comité Central del PCCh con que se inició oficialmente la campaña en agosto de 1966:

> Aunque la burguesía haya sido derrocada, todavía trata de valerse de la vieja cultura, ideas, tradiciones y costumbres de las clases explotadoras para corromper a las masas, apoderarse de su mente y preparar su regreso. El proletariado debe … cambiar el panorama mental de toda la sociedad.[84]

Así pues, en cierta forma Mao estaba siguiendo (inconscientemente) la trayectoria de Stalin en los años treinta. Tras haber impulsado «saltos» económicos desastrosos, ambos se habían visto obligados a restaurar el orden, lo que a su vez fortaleció a los «grandes» mandos locales del partido. Ambos se convencieron entonces de que los burócratas estaban enfriando el fervor revolucionario y su voluntarismo les llevó a intentar impulsar de nuevo a toda la sociedad purgando a los jefes «burgueses» y «derechistas» de la burocracia, Stalin con la Gran Purga y Mao con la Revolución Cultural Proletaria. Ambas campañas se desbordaron pronto, pero Mao fue mucho más radical en sus métodos y objetivos. Stalin preservó la jerarquía y recurrió a la policía secreta; Mao regresó al socialismo guerrillero de Yan'an y movilizó a las masas con la esperanza de crear al nuevo hombre socialista. No estaba simplemente imponiendo su voluntad al partido; estaba fomentando, tal como lo veía, una revolución comunista en un país que decía serlo, una revolución que de hecho se convirtió en una guerra civil *dentro* del PCCh y del conjunto de la población.

Como solía suceder en la política china, aquella devastadora revolución desde arriba comenzó de una forma bastante sutil y oblicua el 10 de noviembre de 1965. Una pieza teatral, la *Destitución de Hai Tui*, sobre un virtuoso funcionario despedido por un emperador tiránico de la dinastía Ming, se convirtió en objeto de una campaña de críticas de prensa orquestada por Mao y su mujer Jiang Qing, que la consideraban una alegoría de la destitución del mariscal Peng Dehuai. A continuación utilizaron el caso para acusar de «revisionismo de derechas» a un grupo de dirigentes, entre ellos Peng Zhen, alcalde de Beijing aliado de Liu Shaoqi, y Lu Dingyi, jefe de propaganda del

partido. En marzo de 1966 Mao utilizó en un discurso el expresivo lenguaje de un antiguo mito:

> El departamento central de propaganda del partido es el palacio donde se oculta el Príncipe de las Tinieblas. Es necesario derrocar su palacio y liberar al Diablillo … En las áreas locales deben surgir más [Reyes Mono] para sacudir vigorosamente el palacio del Rey de los Cielos.[85]

Mao empezó pronto a utilizar un lenguaje más radical y a alzar críticas más fundamentales contra los «revisionistas» dentro del partido. El 16 de mayo la que cabe considerar primera circular de la Revolución Cultural —emitida por el Politburó del partido— los describía como «representantes de la burguesía» y «gente del estilo de Jruschov que todavía anida entre nosotros» y reclamaba una campaña de masas contra ellos.

Los mandos intermedios del partido, preocupados como cabía esperar, trataron de obstruir la campaña con el apoyo de Liu Shaoqi, lo que sólo sirvió para que Mao y los radicales elevaran la apuesta. Pocos días después aparecieron los primeros *dazibaos* firmados por «guardias rojos» (*Hong wei bing*) y Mao ordenó que su manifiesto fuera publicado en el *Diario del Pueblo*, a raíz de lo cual se multiplicaron aquellos grupos —formados en su mayoría por estudiantes— con el propósito de combatir el revisionismo en el partido y más en general las «cuatro antiguallas» en el conjunto de la sociedad: «viejas ideas, vieja cultura, viejas costumbres y viejas tradiciones de las clases explotadoras». A primeros de agosto el propio Mao los respaldó con una nota publicada en el *Diario del Pueblo*, «¡Fuego sobre el Cuartel General!». Tras la aprobación en el Comité Central de los «Dieciséis puntos» se organizó a mediados de mes en la plaza de Tiananmen de Beijing la primera de ocho descomunales

asambleas de masas, en la que una estudiante le ciñó el brazalete de los guardias rojos. En total se estima que unos 13 millones de jóvenes de todo el país acudieron a aquellos mítines blandiendo el «pequeño libro rojo» de citas de Mao.

En toda China jóvenes guardias rojos —a menudo escolares— recorrían las calles. Exigían una moralidad puritana, obligando a las mujeres a cortarse el pelo y a dejar de llevar joyas; cambiaron los rótulos de las tiendas y los nombres de las calles (la embajada británica estaba ahora en la «Avenida del antiimperialismo» y la embajada soviética en la «Avenida del antirrevisionismo»); entraban en las casas «burguesas» y rompían o robaban sus pertenencias. Gao Yuan, hijo en edad escolar de un funcionario provincial, recordaba:

> Nos encaminamos al centro de la ciudad con una bandera roja en la que se leía «Guardia Roja» ondeando a la cabeza de nuestra columna. La mayoría de nosotros llevábamos el pequeño libro rojo tal como habíamos visto hacer, en las fotografías publicadas en los periódicos, a los guardias rojos de Beijing … Mientras caminábamos íbamos cantando el nuevo «Himno de los guardias rojos»:
>
> Somos los guardias rojos del presidente Mao,
> forjándonos en grandes tempestades;
> armados con el pensamiento Mao Zedong
> erradicaremos todas las plagas y alimañas.
>
> …llegamos a tres arcos de mármol labrado que cruzaban la calle. El triple arco [de la era Qing] llevaba allí doscientos años … Aunque guardaba un buen recuerdo de mis juegos de niño bajo su sombra, no sentí ningún remordimiento al destruirlo. De las veinticuatro dinastías feudales chinas, la Qing era la que más me disgustaba … fue bajo esa dinastía cuando las potencias occidentales comenzaron a conquistar China con opio y cañoneras … Mientras gritábamos «¡Aplastemos las cuatro antiguallas!» la resplandeciente estructura se vino abajo y se convirtió en un montón de piedras rotas.[86]

La Revolución Cultural de Mao mostraba, pues, semejanzas muy llamativas con la «Revolución Cultural» soviética de finales de la década de 1920, que también combinó un ataque populista contra los «nostálgicos del capitalismo» del partido con un rápido «salto» a la modernidad. Sus efectos culturales fueron devastadores, como lo fue el cierre y demolición de iglesias en Rusia a finales de los años veinte, pero determinadas figuras de la vida pública, y muy en particular Jiang Qing, la mujer de Mao, también hicieron serios esfuerzos por crear una nueva cultura china. La ópera tradicional fue uno de los primeros blancos de su campaña de modernización cultural. Jiang se quejaba de que aquella ópera, una forma de arte muy popular, estaba llena de «fantasmas, demonios y espíritus de serpientes» y defendía valores como la «capitulación» frente a los poderes «feudales». Alentó a los escritores comunistas a escribir nuevas obras, en las que «emperadores, ministros, mandarines y doncellas» fueran reemplazados por obreros, campesinos y soldados heroicos.[87] Esas óperas revolucionarias, aunque muy influidas por el romanticismo revolucionario soviético, estaban también llenas de modelos antiguos estilizados, especialmente en la música que las acompañaba. En 1966 Kang Sheng especificó las «ocho representaciones modelo» de la nueva China —cinco óperas «modernizadas», dos ballets y una sinfonía—, que a partir de entonces fueron mostradas una y otra vez a la audiencia china tanto en el teatro como en el cine. Al principio aquellas óperas fueron muy populares; pero al ser tan pocas la audiencia pronto se aburrió de ellas. Como se decía entonces jocosamente, la Revolución Cultural equivalía a «ochocientos millones de personas contemplando ocho espectáculos».[88]

La «nueva» cultura revolucionaria, aunque deliberadamente

moderna, también evocaba el socialismo guerrillero de Yan'an. Siete de las ocho obras modelo se referían a la experiencia revolucionaria china, y parte al menos de sus héroes y heroínas eran soldados vestidos con los uniformes de la época revolucionaria. De hecho, de pronto se pusieron de moda los uniformes militares, especialmente entre los jóvenes. Como recordaba uno de ellos que vivió aquel período, «los auténticos uniformes del ejército eran escasos … yo tenía diez años en aquella época y no dejaba de pedirle a mi madre un uniforme. Todo lo que pudo hacer fue comprar tela de envolver (un tejido basto que se utilizaba para envolver paquetes postales y cuya compra no requería cupones de algodón), y teñirla y coserla ella misma para mis hermanos y para mí».[89]

El socialismo guerrillero de la Revolución Cultural era, pues, un fenómeno muy alejado del estalinismo. La sociedad debía reordenarse de arriba abajo, situando en la cumbre a los más virtuosos, no a los más doctos ni a los mejor relacionados. El prestigio basado en la formación fue uno de los primeros blancos. Ahora no sólo las jerarquías «feudales», sino también la «meritocracia», tenían que dar paso a una especie de «virtutocracia».[90] El ideal era ahora el altruismo extremo, e incluso el héroe ficticio de *Así se templó el acero*, antes tan alabado, era ahora censurado por los críticos chinos por su romanticismo autoindulgente y sus dolientes quejas.

El nuevo orden afectó particularmente a los institutos de enseñanza y universidades. Siguiendo el pensamiento de Mao de que el mérito, tal como lo evaluaban los exámenes, sólo servía para reforzar las divisiones de clase en la sociedad, se trataba ahora de valorar más el activismo político y menos la aplicación en el estudio, lo que para los estudiantes suponía replantearse los

incentivos para obtener como recompensa un empleo urbano prestigioso.

Los estudiantes eran al principio los seguidores más entusiastas de la Revolución Cultural; pero hacia final de año la atención oficial se desplazó a los obreros industriales, a los que se alentó ahora a desarrollar campañas contra sus jefes. Liu Guokai, miembro de un grupo rebelde (*zaofanpai*), en una fábrica de Guangzhou, relataba que los obreros «a los que les iba peor» (a menudo eventuales con escasa paga y complementos) respondían fogosamente a las indicaciones de Mao rebelándose contra «los que les iba bien» (los obreros con empleo seguro y sus aliados, los directivos). El 25 de diciembre de 1966 los manifestantes obligaron a cerrar el ministerio de Trabajo en Beijing y al día siguiente Jiang Qing les apoyó, censurando al viceministro por tratarlos como cenicientas de la clase obrera:

> Le dijo: «El ministerio de Trabajo es simplemente el ministerio de los Señores. Aunque el país lleve liberado tantos años, los obreros todavía sufren mucho; es increíble. ¿Lo sabe tu ministerio de Trabajo o no lo sabe? ¿Piensas que los obreros eventuales no tienen madre sino madrastra? Tú también deberías trabajar como eventual». Al decir esto, a Jiang se le saltaron las lágrimas.[91]

Al oír que la Revolución Cultural ahora amparaba su causa, los obreros eventuales de todo el país se alzaron exigiendo el final de su subordinación. También pedían, en general, un trato menos altanero, más «camaraderil» y digno por parte de los funcionarios.[92]

La Revolución Cultural llegó más tarde al campo, aunque los habitantes de algunos pueblos habían experimentado la «remoralización» de la política ya desde mediados de 1965. Cuando el pueblo de Chen, en la provincia de Guangdong, fue

visitado por «equipos de trabajo» enviados por el partido para difundir el mensaje radical de Mao, el salario por piezas individual dio paso a un sistema de puntos destinado a alentar el trabajo y retribución colectivos. Igualmente se vieron sacudidas las estructuras políticas locales, basadas en las redes de parentesco y el nepotismo. Una de esas redes era la de Chen Qingfa, apodado «Salsa Picante» por su carácter y su inclinación a recurrir a la violencia física. Sin embargo, las estructuras rurales del poder no cambiaron realmente hasta la fase más radical de la Revolución Cultural, en 1967. En el pueblo de Chen el rival de Qingfa, Chen Longyong, con la ayuda de estudiantes urbanos radicales enviados al campo, se hizo con el control e impuso un reinado de la virtud aterrador. Longyong, a quien llamaban «Viejo Cacarañado», provenía de una familia más modesta que la de Qingfa y contaba con el apoyo de los campesinos más pobres excluidos de la política. También era más puritano en su modo de vida y su moral. Censuró el amiguismo, organizó meticulosamente el trabajo colectivo y era más respetado que Qingfa, amante del lujo; pero la Revolución Cultural le permitió ejercer un terror moralista contra la gente «mala», incluido no sólo Qingfa sino también algunos de los estudiantes radicales, y pronto perdió la confianza de muchos de sus paisanos. Puede que los abusos de Qingfa les parecieran semejantes a los de los viejos notables, pero también más «humanos» que el comportamiento cruel y vengativo de Longyong.[93]

A Mao y sus aliados, en cualquier caso, no siempre les resultaba fácil sustituir a los Qingfa por los Longyong. Los jefes locales se protegían mutuamente desviando las campañas de la Revolución Cultural hacia los «enemigos de clase», como habían

hecho sus predecesores soviéticos en 1937. Los ataques de Mao contra la «burguesía» fueron deliberadamente confundidos e interpretados como una campaña contra las clases burguesas «negras» —que llevaban ya bastante tiempo discriminadas— más que contra su propia clase de nuevos burgueses «rojos». Así, por ejemplo, los jefes locales amenazados crearon sus propia guardia roja, compuesta por estudiantes «rojos» (esto es, con «buen» origen de clase, como Gao Yuan), para perseguir a la vieja burguesía «negra» y sus descendientes. Así prosiguieron fanáticamente las campañas de discriminación de clase. Los clientes de los restaurantes se veían obligados a rellenar cuestionarios sobre su origen de clase y los cirujanos burgueses temían operar a proletarios por si la operación salía mal y eran acusados de «venganza de clase».[94]

Los funcionarios del partido justificaban aquellas distorsiones interesadas de los llamamientos de Mao reinterpretando sus advertencias sobre la decadencia revolucionaria con ayuda de la «teoría de la buena sangre», según la cual la virtud no dependía únicamente de la clase, sino que también era una característica heredada. Las clases «rojas» y sus descendientes eran genéticamente buenos, mientras que las clases «negras» estaban manchadas para siempre a lo largo de las generaciones. La clase se interpretaba como algo parecido a la casta o la raza. Aquella teoría se resumía en unos versos:

> Si el anciano es un héroe, el hijo es un buen tipo;
> si el anciano es un reaccionario, el hijo está podrido.[95]

Pero esto era, por supuesto, justo lo contrario de lo que pensaba Mao. Tanto él como sus seguidores radicales

condenaban la «teoría de la buena sangre» como «feudal», y afirmaban que la clase era una cuestión de actitud, no genética. Era muy posible, insistía Mao, que los descendientes de clases «negras» fueran más virtuosos y «proletarios» que los de clases «rojas», que de hecho, argumentaba, se estaban convirtiendo rápidamente en una nueva clase privilegiada, parecida a la vieja burguesía. Sin embargo Mao —como Trotski— nunca declaró categóricamente que la dirección del partido se hubiera convertido en una nueva clase burguesa, porque eso habría equivalido a proponer una revolución absoluta contra el Partido Comunista, poniendo en peligro todo el régimen.[96] Mao hablaba siempre, por tanto, de forma deliberadamente ambigua; aunque alentaba a las clases «negras» nunca desautorizaba totalmente a las «rojas».

Ese confusionismo contribuyó notablemente a la caótica guerra civil que se desató, en la que ambos bandos proclamaban ser los verdaderos seguidores de la voluntad del presidente Mao. La antigua burguesía, aliada con los trabajadores menos privilegiados y otros «negros» estigmatizados, proclamaba su aspiración a la virtud revolucionaria formando sus propios guardias rojos «rebeldes». An Wenjiang, hijo de un humilde marino que estudiaba en la Universidad Fudan de Shanghai, decidió unirse a uno de los grupos de guardias rojos rebeldes para contrarrestar la violencia de los guardias rojos privilegiados, conocidos como «guardias escarlata»:

> Antes del movimiento yo era callado, obediente, casi tímido en clase, pero sólo porque había reprimido mi naturaleza libre y osada. Ante aquella oportunidad me convertí en radical, atrevido y entusiasta … No puedo negar que en mi conversión en líder rebelde hubiera un elemento egoísta, un deseo de reconocimiento público, pero era sobre todo la convicción de que el hijo de un obrero estaba obligado a participar en la revolución.[97]

El 24 de agosto de 1966 los guardias rojos de An se quedaron atónitos cuando apareció en el campus la declaración de Mao «¡Fuego sobre el cuartel general!». An recordaba que «lo veíamos como una victoria de nuestros grupos rebeldes», ya que era un llamamiento a atacar a la dirección, y «cerca de medianoche mil cuatrocientos de nosotros nos dirigimos entusiasmados a invadir la Academia Teatral de Shanghai invitados por su minoría rebelde». Dos días después, no obstante, los guardias escarlatas organizaron una enorme asamblea de 40.000 personas, asegurando que Mao les apoyaba. An decidió ir a Beijing en tren «para ver al presidente Mao y entender la situación real». Los guardias rojos de la Universidad de Beijing le aseguraron que el presidente estaba efectivamente de parte de los rebeldes y regresó a Shanghai lleno de orgullo. [98]

Aquella dinámica de guerra civil se extendió por toda China con la lucha por la supremacía entre unidades rivales de la guardia roja. En la mayoría de las instituciones y lugares de trabajo —escuelas, universidades y fábricas— había distintas facciones enfrentadas. Como recordaba más tarde Mao: «En todas partes la gente reñía, dividiéndose en dos bandos; había dos bandos en cada fábrica, en cada escuela, en cada provincia, en cada distrito … Hubo un levantamiento masivo en el país». [99] Los jóvenes eran los más activos, evidentemente, pero al final gran parte de la población urbana se vio envuelta en las disputas entre bandos. A finales de 1966 parecían ir ganando los «rebeldes», pero los «tradicionales» seguían defendiéndose.

Mao comprendió que la Revolución Cultural estaba generando mucha violencia y que el partido estaba perdiendo el

control en Beijing y en todo el país. Aun así no quería echarse atrás, decidido como estaba a alentar una revolución real desde abajo contra la burocracia del partido, y no sólo una purga desde arriba. Abandonando por una vez la ambigüedad, el 26 de diciembre de 1966, en su fiesta de cumpleaños, pronunció este brindis ante sus invitados: «¡Por la guerra civil a todos los niveles en todo el país!» (*Quanguo quanmian neizhan!*).[100] Aquella serenidad despiadada era también evidente en la justificación de Mao para el caos y la violencia que se extendió por toda China: «Es lamentable que gente buena golpee a gente buena, pero puede servir para aclarar algunos malentendidos, ya que si no quizá no se habrían conocido mutuamente».[101] Para Mao la agitación social era menos peligrosa que permitir que la vieja élite siguiera ejerciendo el poder.

La señal más evidente del vuelco a favor de los «rebeldes» más radicales fue la «Tormenta de enero» de 1967 en Shanghai. Allí, insólitamente, los rebeldes no eran estudiantes como An Wenjiang, sino sobre todo obreros desfavorecidos. El 6 de noviembre de 1966 los representantes de diecisiete fábricas constituyeron el «Cuartel General de los Rebeldes Revolucionarios» y eligieron como portavoz a Wang Hongwen. La organización local del partido pretendió hacerles frente con su guardia escarlata, pero los 800.000 miembros que aseguraba tener no pudieron derrotarlos. El 30 de diciembre de 1966 unos 100.000 rebeldes rodearon a 20.000 miembros de la guardia escarlata que protegían la sede del partido y tras cuatro horas de lucha se alzaron con la victoria. Desde los medios de comunicación se pidió la restauración del orden, pero el 6 de enero se volvieron a reunir alrededor de 100.000 rebeldes en la Plaza del Pueblo del Shanghai exigiendo la dimisión del alcalde

y otras autoridades. El 9 de enero, informado de los detalles, Mao afirmó que las decisiones y acciones de los rebeldes habían sido correctas y que «en toda China, el partido, el gobierno, las fuerzas armadas y el pueblo debían aprender de la experiencia de Shanghai», y el 16 de enero aprobó la destitución de la dirección local del partido y el nombramiento como nuevas autoridades de sus aliados Zhang Chunqiao y Yao Wenyuan. El 19 de enero Zhang, Yao y Wang acordaron proponer a la asamblea de delegados de la Guardia Roja el establecimiento de una nueva institución a cargo del poder, la Comuna del Pueblo de Shanghai (*shanghai renmin gongshe*), tomando como modelo la Comuna de París de 1871, y así se aprobó en una nueva asamblea de masas celebrada en la Plaza del Pueblo el 5 de febrero.*

La Tormenta de Enero sacudió a todo el país. El joven Gao Yuan, hijo de un miembro destacado del partido, se convirtió en víctima de la violencia que antes había ejercido sobre otros. Cuando se despertó una mañana y salió a comprar comida, se asombró al ver anuncios en el centro de la ciudad que declaraban que «ha llegado el momento de arrebatar el poder a los contrarrevolucionarios del comité del partido y del gobierno», lo que incluía a su padre. El grupo de la guardia roja «rebelde» —los llamados «guardias rojos del pensamiento Mao Zedong»— irrumpieron en su casa y sacaron de allí a su padre en la dolorosa posición del «avión», esto es, arrodillado, con los brazos en cruz y el pie de un guardia rojo en la espalda, en la que lo mantuvieron durante dos horas. Luego lo «coronaron» ceremonialmente con el gorro de un funcionario feudal al viejo estilo, como el que se ponían los actores en las óperas tradicionales, para simbolizar su destitución.[102] Por todo el

país las facciones políticas sometían a sus enemigos a humillaciones públicas parecidas, que en algunos casos llegaban a la tortura y la muerte. Entretanto en Beijing una comisión de investigación creada por iniciativa de Mao, el Grupo Central de Exámenes, investigaba y purgaba a los supuestos enemigos de la Revolución Cultural. Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, en particular, fueron denunciados como «los Jruschov de China».

La culminación del radicalismo de Mao llegó en el verano de 1967 cuando, al percibir que los conservadores iban ganando, ordenó a las autoridades militares locales «armar a la izquierda». El resultado era predecible: hubo miles de muertos en batallas locales entre conservadores y radicales. A finales de agosto Mao comenzó a aceptar que el «gran caos» que se había generado era demasiado peligroso y lanzó una nueva campaña para «apoyar a los militares y cuidar al pueblo», utilizando al ejército, que antes había dado rienda suelta a los radicales, para restaurar el control. Realizó una gira por toda China creando nuevos comités revolucionarios y restaurando la organización del partido, pero fue un largo proceso, en el que había que recomponer fracturas y disolver los grupos de guardias rojos más radicales. El ejército llevó a cabo una campaña de «pacificación» mediante detenciones y asesinatos bastante más encarnizada que la «antirrevisionista» de los guardias rojos. Aquél fue el período más sangriento y brutal de la Revolución Cultural. En septiembre de 1968 se puso en pie el último de los comités revolucionarios estabilizadores.

Junto a la centralización política se produjo una restauración del orden cultural, especialmente en lo que se refería a la espinosa cuestión del culto a Mao. Como solía suceder en los regímenes comunistas, éste había cobrado fuerza durante los

períodos de crisis, cuando la dirección necesitaba consolidar su poder: en Yan'an a principios de la década de 1940 o durante la crisis derivada del fracaso del Gran Salto Adelante. Sin embargo, con la Revolución Cultural la dirección comenzó a perder el control de un culto que se iba haciendo cada vez más exagerado, sobrepasando con mucho al de Stalin.[103] A medida que el poder político se iba hundiendo, los guardias rojos rivalizaban en sus muestras de lealtad al presidente Mao, y aquella competición llevó el culto a niveles insospechados. En algunos lugares la vida estaba dominada por expresiones de lealtad al presidente: se hacían sesiones de «gimnasia de citas» en las que los participantes competían recitando frases del presidente Mao y muchas reuniones comenzaban con una «danza de la lealtad». Algunas expresiones rurales de devoción tenían incluso tonos más explícitamente rituales o religiosos, como la construcción de «pagodas de las citas» que albergaban «cuadros de instrucciones», tratando las palabras de Mao como si se tratara de sutras budistas. La dirección de la Revolución Cultural desaprobaba el uso incontrolado del culto, reconociendo que los jefes locales lo estaban utilizando en realidad para promover sus propios intereses, y en definitiva para debilitar al propio Mao. Como explicaba Kang Sheng:

> Ahora se baila en todas partes la danza de la lealtad. Dicen ser leales [al] presidente Mao, pero en realidad se oponen a él … Además se pretende asegurar «lealtad» a esto, «lealtad» a lo otro, despilfarrando la riqueza de la nación. Eso es ser leal [a] uno mismo, acumular capital político.[104]

El ejército se esforzó por controlar el culto a la personalidad de Mao, imponiendo códigos rígidos y dando instrucciones sobre su uso, con lo que lo privó de espontaneidad. La campaña

de las «tres lealtades y cuatro amores sin límite» prescribía a los comités revolucionarios una liturgia estricta, estableciendo con precisión cómo debían mostrar los ciudadanos su devoción a Mao. La iniciativa más llamativa fue la de las autoridades de la ciudad de Shijiazhuang, en la provincia de Habei, detallando el ritual que debía seguir el personal de venta en las tiendas. Antes de abrir por la mañana debían «buscar inspiración» en las obras del presidente Mao y al cerrar por la tarde debían «reflexionar» sobre los acontecimientos del día ante un retrato suyo. También recibían un folleto con citas de Mao, señalando las más adecuadas para las conversaciones entre vendedor y comprador. Al recibir a un cliente, el empleado podía decir por ejemplo: «¡Empeñarse en la revolución!», a lo que el cliente respondería: «¡Promover enérgicamente la producción!», completando así la cita; a una persona anciana había que saludarla diciendo: «¡Deseemos larga vida al presidente Mao!», a lo que se esperaba que respondiera: «¡Larga vida al presidente Mao! ¡Larga vida, larga vida!». Naturalmente, esos rituales causaron gran preocupación, ya que los eventuales errores podían acarrear severos castigos. Un maestro del distrito de Fucheng, también en Hebei, fue condenado a nueve años de prisión porque en su diario había escrito inicialmente que una cita de Mao le había dado una «energía sin límites» y luego corrigió la frase cambiándola por «mucha energía».

La campaña de las «tres lealtades y cuatro amores sin límite» acabó en junio de 1969, cuando lo peor de la violencia había pasado, pero muchos permanecieron en prisión o deportados al campo hasta el final oficial de la Revolución Cultural con la muerte de Mao en 1976. Las estimaciones sugieren que durante la Revolución Cultural hubo centenares de miles de víctimas y

que millones de personas sufrieron malos tratos y humillaciones. La vida y las expectativas de otras tantas quedaron arruinadas, al verse privada de formación toda una generación de jóvenes. Feng Jicai, hijo de un antiguo banquero, insistía en el perdurable daño psicológico causado por las persecuciones:

> La mayor tragedia de la Revolución Cultural fue la tortura del alma de la gente … Mi padre sufrió mucho … En los años setenta, tras innumerables sesiones de lucha, desarrolló un extraño problema. Por la noche se despertaba de sus pesadillas y comenzaba a gritar. Vivíamos en un sitio pequeño y cuando gritaba nadie podía dormir. Así siguió hasta 1989.[105]

En cualquier caso, la Revolución Cultural no había resuelto absolutamente nada. Mao, como Stalin, esperaba movilizar al país para construir una nueva sociedad, pero sólo había provocado el caos. La dirección política del partido seguía siendo débil y la economía estaba en ruinas. Aunque la Revolución Cultural se mantuvo oficialmente hasta 1976, en 1968 estaba ya claro que la lucha de clases contra la burocracia no había traído más que desastres a China y a su pueblo.

La reputación internacional y la confianza de los regímenes comunistas alcanzó su cénit con el lanzamiento del Sputnik en octubre de 1957. Como en el estudio sobre magia y religión *La rama dorada* de James Frazer, parecía como si el sacrificio de Stalin, el rey mítico, hubiera permitido una revitalización del sistema. La utilización de la tecnología coheteril en la conquista del espacio para toda la humanidad sugería que los comunistas habían dedicado realmente su energía al servicio de la paz y la humanidad más que a la guerra y la división. Pero a finales de la década de 1960 estaba claro que los esfuerzos yugoslavos, soviéticos y chinos por ampliar el atractivo del régimen más allá

del rígido partido estalinista y por alcanzar grandes éxitos económicos mediante nuevas formas de movilización radical, habían fracasado. Tito había abandonado a todos los efectos la movilización y había comenzado su viraje hacia el mercado y Occidente; Jruschov no había podido apenas escapar a los crudos métodos militarizados de la década de 1930; y el extremismo de Mao había demostrado lo temible y destructivo que podía ser un comunismo radicalmente igualitario; pero si bien a esos tres regímenes les resultaba difícil transformar su propia sociedad, no es menos cierto que hallaron nuevas oportunidades en Latinoamérica y África, sumidas en la agonía de la descolonización; y en la lucha por los «corazones y mentes» del Tercer Mundo se les unió un nuevo adalid comunista: Cuba.

9

Guerrilleros

I

A principios de 1954 un joven argentino ofrecía a la venta en el centro de la ciudad de Guatemala imágenes iluminadas con bombillitas del «Cristo Negro de Esquipulas»; como esa figura es particularmente apreciada por los cuantiosos indios pobres de la ciudad, el negocio resultaba sorprendentemente lucrativo. La idea de confeccionar las imágenes provenía originalmente de Antonio «Ñico» López, un exiliado cubano que había participado en el asalto fallido al cuartel Moncada organizado por Fidel Castro en 1953; pero era el argentino Ernesto Guevara (a quien llamaban «Che» por su frecuente uso de ese término coloquial, quizá de origen guaraní, que viene a querer decir algo así como «eh, tú») quien las vendía. Aunque Guevara había obtenido el título de doctor en medicina y cirugía, no había podido conseguir un empleo y se veía forzado a ganarse la vida como podía. En una carta a su casa, describía así su ocupación: «Por ahora vendo en las calles una preciosa imagen del Señor de Esquipulas, un Cristo negro que hace cada milagro bárbaro …

Ya tengo un riquísimo anecdotario de milagros del Cristo y constantemente lo aumento; entre broma y broma me le mando algún pechacito "per si cola"».[1]

Guevara y López formaban parte de un numeroso grupo de izquierdistas latinoamericanos —socialdemócratas venezolanos, comunistas nicaragüenses, argentinos adversarios del presidente Juan Domingo Perón, cubanos antagonistas del dictador cubano Fulgencio Batista y un largo etcétera— que habían acudido a conocer de cerca la nueva República de Guatemala. Como los europeos que habían acudido en ayuda de la España republicana dieciocho años antes, muchos izquierdistas y progresistas latinoamericanos consideraban el gobierno recientemente elegido del socialista Jacobo Arbenz la gran esperanza del continente. El propio Guevara, que entonces sólo contaba veinticinco años, era una figura carismática, valiente o temerario según la perspectiva de cada uno, pero también valoraba la disciplina; respaldaba el uso de la violencia, que juzgaba legítimo, y algunos se sentían molestos por sus maneras bruscas y moralistas. Su austero comportamiento se veía no obstante mitigado por un gran sentido del humor incluso con respecto a sí mismo: uno de sus personajes literarios preferidos era Don Quijote, el estrafalario caballero errante que combatía por causas desesperadamente perdidas.[2]

Ernesto Guevara, nacido en una familia de clase alta pero empobrecida, fue un niño enfermizo cuya grave asma le había inclinado por los libros: a menudo se retiraba a leer en el cuarto de baño para escapar a su entorno caótico. Aunque físicamente frágil, estaba decidido a superar su debilidad física mediante la fuerza de voluntad y el poder de su cerebro, y con poco más de veinte años inició sus famosos viajes en motocicleta por todo el

continente latinoamericano, comprobando por sí mismo las enormes desigualdades entre los indios autóctonos y los criollos blancos.

Para el Che, sin embargo, esas desigualdades no eran sólo cuestión de raza, ni siquiera de clase. Como muchos intelectuales latinoamericanos, las veía como consecuencias del imperialismo y el colonialismo y del poder de Estados Unidos sobre el continente, que suponía la explotación capitalista por parte de sus empresas de los recursos naturales latinoamericanos con la ayuda de dictadores locales impuestos por la fuerza de las armas. Pablo Neruda, miembro del Partido Comunista de Chile y el poeta favorito del Che, captó esa cólera en su poema de 1950 «La United Fruit Co.», en el que pintaba a los tiranos como un enjambre de moscas que se alimentaban del fruto podrido del imperialismo y la corrupción.[3]

El intento de Arbenz de nacionalizar las vastas plantaciones del *pulpo* (la United Fruit) atrajo a Guatemala a muchos radicales, incluido Guevara:

> Tuve la oportunidad de pasar por los dominios de la United Fruit convenciéndome una vez más de lo terrible[s] que son estos pulpos capitalistas. He jurado ante una estampa del viejo y llorado camarada Stalin no descansar hasta ver aniquilados estos pulpos capitalistas. En Guatemala me perfeccionaré y lograré lo que me falta para ser un revolucionario auténtico.[4]

Pero *el pulpo* se demostró muy resistente y el que acabó capitulando fue Arbenz. Los conservadores guatemaltecos dieron un golpe de estado ayudados por la CIA estadounidense, que dirigió durante todo un año una campaña de subversión política y militar contra el gobierno legítimo. Guevara estaba decidido a quedarse allí y defender la «revolución guatemalteca»

frente al bombardeo aéreo de Ciudad de Guatemala del mismo modo que los comunistas habían defendido Madrid; pero Arbenz se negó a combatir y abandonó el país. El propio Guevara, oculto en la embajada argentina, escapó por muy poco del encarcelamiento a instancias del secretario de Estado John Foster Dulles, que estaba decidido a impedir que los revolucionarios se reagruparan en ningún lugar. En septiembre de 1954 huyó a México.

La caída de Arbenz galvanizó a la izquierda latinoamericana, del mismo modo que la había radicalizado la caída de la República española a finales de la década de 1930, y los comunistas aprovecharon la ocasión. Como en los años treinta, Moscú les permitió aliarse con otras fuerzas «burguesas» ante las que argumentaban que su combinación de modernidad y disciplina podía ser el instrumento más valioso para liberarse del imperialismo extranjero. Para Guevara era un argumento convincente y criticó a Arbenz por su falta de firmeza y por no aplicar los principios organizativos propios del estalinismo. Su planteamiento intransigente era comprensible dada su educación; su padre había participado en campañas de apoyo a la República española y de niño había llamado a la perrita de la familia «Negrina» en recuerdo del presidente del gobierno español Juan Negrín.[5]

Aun así, había enormes diferencias entre Latinoamérica en los años cincuenta —con su larga historia de intervenciones militares estadounidenses— y Europa en los treinta, como las había entre los comunismos de uno y otro período; el comunismo se había convertido en un movimiento mucho más diversificado y su éxito en Asia ofrecía un modelo alternativo de guerrilla rural para la revolución en el Tercer Mundo. Desde

mediados de la década de 1950 Moscú comenzó a perder el control del comunismo internacional frente a capitales rivales y tras la revolución cubana de Castro y el Che en 1959 La Habana era una de ellas. Che Guevara, que en una ocasión había firmado una carta juvenil a su tía como «Stalin II», se fue decepcionando gradualmente de la tradición soviética y su nombre de guerra sugería ciertamente un estilo revolucionario distinto. «Eh, tú» no era el «hombre de acero», sino un marxista mucho más radical e incluso romántico.

El Che se convirtió en una figura paradigmática y durante un tiempo Cuba fue uno de los modelos más atractivos para los nacionalistas radicales, pero no era el único: los regímenes postestalinistas «parricidas» de Tito y Mao competían ferozmente por atraer a los nuevos líderes nacionalistas del Tercer Mundo. Por otra parte, con Jruschov los propios soviéticos presentaban un rostro más idealista; también abandonaron su viejo sectarismo estalinista y adoptaron una estrategia más abierta, forjando alianzas con grupos no marxistas-leninistas. Era una época fluida en la que soviéticos, chinos y cubanos apoyaban un amplio abanico de grupos de extrema izquierda: guerrillas marxistas radicales, modernizadores de estilo soviético, comunistas moderados dispuestos a colaborar con nacionalistas no marxistas, etc. Tras un largo período de menosprecio estalinista, el comunismo se dirigía ahora a todo el Tercer Mundo en una época en que Occidente también se esforzaba por presentar una faz más atractiva bajo el liderazgo de Kennedy. Sin embargo, el comunismo guerrillero de Cuba no tuvo más éxito en mantenerse que otros comunismos románticos de la década de 1960, al tiempo que su activismo en el Tercer Mundo provocaba inestabilidad y asustaba a sus

enemigos, provocando una serie de golpes de estado que dieron lugar a una derrota tras otra de los grupos comunistas. La era de optimismo a ambos lados de la grieta ideológica no iba a durar mucho.

II

Casi un año después del derrocamiento violento de Arbenz, el 18 abril de 1955, veintinueve delegados de países asiáticos y africanos se reunieron en la ciudad javanesa de Bandung para oír el tronante discurso de bienvenida del presidente Sukarno a la Primera Conferencia de Países No Alineados:

> Sí, se ha producido una «Tormenta sobre Asia» y también sobre África … Naciones y estados han despertado de un letargo de siglos. La pasividad de los pueblos ha desaparecido y la tranquilidad aparente ha dado paso a la lucha y la actividad … Huracanes de desentumecimiento nacional han barrido la tierra, sacudiéndola, alterándola, cambiándola para mejor.[6]

La «Tormenta sobre Asia» de Sukarno era una referencia a la película de 1928 de Pudovkin con ese mismo nombre, un drama sobre un descendiente de Genghis Khan que en 1918 se pasa del bando de los imperialistas británicos al de los revolucionarios bolcheviques.[7] Así pues, en Bandung se oyeron ecos de la vieja Comintern, y al igual que en la conferencia de los «Pueblos del Este» en Bakú en 1920, se pretendía unir al «Sur» global en la lucha contra el imperialismo. Pero no era en absoluto un congreso comunista. La República Popular de Mongolia no había sido invitada, ni

tampoco lo habían sido otros países juzgados demasiado vinculados a la Unión Soviética, ya fueran las repúblicas soviéticas de Asia o Corea del Norte. De entre los regímenes comunistas sólo estaban allí la República Popular China y la República Democrática de Vietnam; y aunque algunos de los principales organizadores eran socialistas —como Jawaharlal Nehru, de la India (quien sentía mucha simpatía por la planificación de estilo soviético), y Ahmed Sukarno, de Indonesia—, eran sobre todo nacionalistas, decididos a combinar el socialismo con las tradiciones políticas de sus propios países, y no marxistas-leninistas. Eso les llevaba a no identificarse demasiado estrechamente con ningún bloque, ya fuera el oriental o el occidental. De hecho, algunos delegados eran muy anticomunistas: seis de los veintinueve se habían alineado recientemente en la ONU con Estados Unidos y Gran Bretaña. Carlos Rómulo, representante del régimen filipino que acababa de aplastar la rebelión comunista del Hukbalahap, dijo: «Los imperios de ayer de los que se solía decir que no se ponía nunca el sol están abandonando Asia uno por uno. Lo que tememos ahora es el nuevo imperio del comunismo sobre el cual sabemos que el sol nunca se levanta».[8]

Los representantes de la República Popular China se negaron a aceptar que sus aliados soviéticos hubieran establecido un imperio en Europa oriental y la Conferencia se tensó cuando los delegados comenzaron a discutir sobre su actitud hacia las superpotencias; pero Zhou Enlai realizó una intervención magnífica con la que encantó a la mayoría de los delegados, presentando a China como un amigo moderado y tolerante de los desamparados de la tierra. Reconoció que el marxismo-leninismo era una rareza en el nuevo mundo descolonizado y

que se requerían compromisos para que China tuviera alguna influencia. Rómulo se quejó de que se parecía «estar leyendo una página del libro de Dale Carnegie *Cómo ganar amigos e influir sobre la gente*»;[9] pero Zhou Enlai tenía una formación teórica más respetable para su ofensiva de fascinación; los comunistas chinos estaban en su fase ideológica moderada de «Nueva Democracia» y propugnaban ardorosamente las alianzas con los nacionalistas burgueses.

La Conferencia de Bandung vio nacer al «Tercer Mundo» como una nueva entidad independiente del «Primero» occidental y del «Segundo» oriental. Se acordó la necesidad de eludir la dependencia económica del Primer Mundo —descrita por Sukarno como colonialismo disfrazado con un traje más moderno— mediante la cooperación económica. También se decidió combatir el riesgo de guerra nuclear. En su enardecedor discurso ante la Conferencia, Sukarno urgió a África y al sur de Asia a desplegar la «violencia moral de las naciones en favor de la paz», haciendo frente al militarismo de los dos bloques de la guerra fría.[10]

La entrada en la escena de la política mundial de un «Sur» bien definido también mostraba la capacidad movilizadora del antiimperialismo. Aunque los viejos imperios se estaban desvaneciendo, algunas potencias imperiales seguían decididas, si no a mantenerlos, al menos a ejercer una influencia determinante sobre las nuevos estados configurando su política después de la descolonización. A principios de la década de 1960 sólo quedaban unos pocos países bajo el control de los blancos, principalmente en África: las colonias portuguesas, Sudáfrica y Rhodesia. Aun así, muchos dirigentes del Tercer Mundo todavía consideraban el imperialismo como una fuerza

poderosa y se debatió mucho la idea del «neocolonialismo» y los imperios informales, especialmente en relación con Estados Unidos y su destacado papel como nuevo apoyo de los viejos colaboracionistas prooccidentales.

Sin embargo, los debates en Bandung también subrayaron lo muy cargado que estaba el comunismo de Stalin de afanes imperialistas, abriendo la vía para que chinos y yugoslavos desafiaran a la URSS como auténtico y legítimo líder del comunismo mundial. Para los gobernantes soviéticos fue aún más preocupante la reunión al año siguiente en la isla yugoslava de Veliki Brijun entre Tito, Nasser y Nehru, en la que se hicieron planes para formalizar la constitución de un bloque de países del Tercer Mundo que actuara coordinadamente en la política internacional como una «plaga en vuestras casas», refiriéndose a ambas superpotencias. El resultado fue la fundación del «Movimiento de Países No Alineados» en 1961 en Belgrado.[11]

Jruschov respondió rápidamente al desafío. Él y sus ideólogos estaban convencidos de que la descolonización ofrecía enormes oportunidades al socialismo soviético. Creían que la URSS podía ofrecer un modelo atractivo a los nacionalistas del Tercer Mundo combinando su larga oposición al imperialismo, su compromiso con la justicia social y el progreso tecnológico simbolizado por el proyecto de las Tierras Vírgenes y el Sputnik. Argumentaban que los nacionalistas burgueses «progresistas» podían ir incorporándose gradualmente con apoyo soviético al campo socialista; entretanto, a medida que sus economías se desarrollaran y su clase obrera se fortaleciera, el antiimperialismo se iría convirtiendo en anticapitalismo. Esa transición, insistía Jruschov, podía ser pacífica; no tenía por qué ser violenta ni

revolucionaria, con partidos de vanguardia y lucha de clases. El Tercer Mundo progresista debía ser una «zona de paz».[12]

Así pues, poco después de la Conferencia de Bandung Jruschov organizó apresuradamente una serie de visitas de estado a Yugoslavia, la India y Birmania, destinadas a restaurar la imagen de la Unión Soviética entre la izquierda antiimperialista; también envió un emisario personal a Egipto con la intención de estrechar lazos con Nasser. Esto supuso un giro espectacular con respecto a la visión del estalinismo tardío de los líderes no alineados como potenciales enemigos[13] y exigió un importante cambio de la doctrina soviética, ya que desde la finalización de la política frentepopulista en 1947 la URSS había considerado el mundo dividido en «dos campos» irreconciliables. Jruschov anunció ese viraje en el XX Congreso del PCUS en 1956 y en 1960 proclamó que la URSS se sentía complacida de ver el nacimiento de «estados democráticos nacionales», en los que los comunistas podrían establecer alianzas con nacionalistas «burgueses» de izquierda.[14]

Aquélla era, de hecho, una nueva versión de la vieja política de «frente unido» en la que los gobiernos nacionalistas «burgueses» ocupaban el lugar de los partidos nacionalistas. Esa nueva política supuso el aumento de la ayuda a la India de Nehru, la Ghana de Nkrumah, la Indonesia de Sukarno y la Argelia de Ben Bella. Pero desde el punto de vista de la propaganda, la intervención más eficaz de Jruschov fue en el antiguo Congo belga (de 1965 a 1971 República Democrática del Congo y más tarde Zaire). El reino de Bélgica, tras concederle a regañadientes la independencia el 30 de junio de 1960, intervino militarmente con el respaldo estadounidense en apoyo de la secesión de Katanga y la insurgencia iniciada contra

el gobierno nacionalista de izquierda de Patrice Lumumba. Su captura y entrega a los gendarmes katangueses bajo el mando de oficiales belgas y su inmediata tortura y asesinato en enero de 1961 fue un contratiempo para la política soviética, pero Lumumba se convirtió en un mártir de la causa del antiimperialismo respaldado por la Unión Soviética y su muerte resonó en toda África.

Tras la confrontación chino-soviética a finales de los años cincuenta, la República Popular China se convirtió en un competidor muy serio de la Unión Soviética en la búsqueda de influencia en el Tercer Mundo. A principios de la década de 1960 Zhou Enlai y Liu Shaoqi viajaron por toda África y Asia y visitaron a muchos de los presidentes no alineados, entre ellos los de Birmania, Egipto, Argelia y Etiopía. La RPCh se presentaba ahora como una alternativa radical a la URSS criticando duramente la política de «coexistencia pacífica» con Occidente. En 1965 el ministro de Defensa Lin Biao argumentó que, según la experiencia china, la guerra de guerrillas era mucho más adecuada para la lucha por la liberación nacional en sociedades agrarias que el modelo soviético. Su vieja estrategia de «rodear las ciudades liberando primero el campo» se podía aplicar al mundo entero: Occidente constituía las «ciudades del mundo», mientras que Latinoamérica, África y Asia eran el «campo del mundo».[15] Había, pues, que organizar guerras populares contra el feudalismo y el imperialismo.

El mensaje chino era muy atractivo para muchos de los comunistas del Tercer Mundo. El presidente del poderoso y arraigado Partido Comunista de Indonesia (PKI), Dipa Nusantara Aidit, le dijo a una delegación de comunistas extranjeros que regímenes como el soviético se convertirían

inevitablemente «en “gatos gordos y ricos” a expensas de los países atrasados y perderían su espíritu revolucionario». Le había molestado especialmente el hecho de haber tenido que pagar mucho más por una camisa en Moscú que en Nueva York, a pesar de ser de una calidad notablemente inferior, lo que suponía una prueba evidente de que los soviéticos eran mucho más codiciosos que los estadounidenses.[16] El PKI era en esa época uno de los principales aliados del PCCh, pero Beijing también proporcionó ayuda financiera a los vietnamitas y a varios regímenes no comunistas y movimientos independentistas de África y Oriente Medio.

El «frente unido» entre comunistas y nacionalistas de izquierda en el Tercer Mundo durante la década de 1960, como su predecesor de los años veinte, era muy inestable, ya que el renovado prestigio del marxismo internacional incrementaba el apoyo a los primeros en muchos países de independencia reciente, lo que inevitablemente amenazaba a los líderes nacionalistas. Nasser, tras la unificación con Siria en 1958, ilegalizó los partidos comunistas de ambos países y encarceló a la mayoría de sus dirigentes. En Iraq Abd al-Karim Qassim, un líder nacionalista de izquierda que llegó al poder aquel mismo año mediante un golpe de estado apoyado por los comunistas, pronto comenzó a lamentar la alianza, ya que aunque los miembros del partido eran sólo 25.000, las organizaciones de masas vinculadas con él reunían cerca de un millón de miembros, casi la quinta parte de la población.[17] Uno de los ejemplos más sobresalientes de las tensiones entre los nacionalistas de izquierda y los comunistas fue la que se produjo en la India, donde en las elecciones generales de 1957 el CPI consolidó su posición como segundo grupo más representado en

el Lok Sabha tras el Partido del Congreso y además ganó las elecciones en el estado suroccidental de Kerala, en parte gracias al apoyo de las castas más bajas. Con el apoyo de Moscú desarrolló desde el gobierno una política reformista; de hecho, su plan de reforma agraria se parecía enormemente al de Nehru. Sin embargo, pronto encontró una encarnizada oposición de los grupos conservadores y especialmente de la poderosa Iglesia Católica, que se oponía a su política educativa. Los católicos formaron una milicia «liberacionista» y los comunistas respondieron con otra. En 1959 la amenaza de un golpe de estado católico obligó al jefe del gobierno comunista Elamkulam Namboodiripad a pedir ayuda a Nueva Delhi y Nehru aprovechó la ocasión para disolver el gobierno keralí.[18]

Los esfuerzos de Jruschov por mejorar la imagen de la URSS entre los dirigentes del Tercer Mundo se beneficiaron enormemente de la profunda desconfianza de los gobernantes estadounidenses hacia el nacionalismo del Tercer Mundo en los años posteriores a la segunda guerra mundial. Si bien entendían que el comportamiento de los imperialistas europeos y las clases dominantes conservadoras locales alimentaba el radicalismo popular, temían que los nacionalistas —muchos de los cuales exigían la redistribución de las tierras y otras reformas sociales— se pudieran aliar con Moscú. Al principio mantuvieron en general su posición antiimperialista; en 1949, por ejemplo, el secretario de Estado Dean Acheson advirtió a los Países Bajos que se verían privados de la participación en el Plan Marshall y de ayuda militar si utilizaban la fuerza para volver a imponer su dominio en Indonesia, que pronto obtuvo así la independencia.

Sin embargo, la «pérdida» de China en 1949 tuvo un efecto sobrecogedor en la política estadounidense; fue un trauma

devastador que condicionó la política exterior estadounidense durante muchos años. La creencia de Washington en que podría «contener» la expansión del comunismo en el mundo se vio sacudida y los políticos pasaron rápidamente del idealismo a la *realpolitik*; de la creencia optimista de que los países del Tercer Mundo podrían pasar a una democracia parlamentaria de estilo americano a la convicción pesimista de que quien no apoyara plenamente la propiedad privada, el mercado libre y la alianza con Washington podía pasarse fácilmente al campo de Moscú. El resultado fue una tendencia a exagerar la amenaza comunista y a considerar todos los nacionalismos socialmente radicales como potencialmente peligrosos; esta actitud llevó a su vez a una estrategia de apoyo a los imperios europeos o a élites conservadoras con base muy estrecha, lo que naturalmente alimentó el temor del Tercer Mundo al «neocolonialismo»; parecía que los vetustos imperios europeos habían sido simplemente sustituidos por un nuevo modelo estadounidense. No cabe sorprenderse, pues, de que esta aparente continuidad entre los imperios europeos y la hegemonía estadounidense ayudara a Moscú y Beijing a aumentar su influencia entre los nacionalistas del Tercer Mundo.

Quizá el resultado más duradero de este cambio en Washington fue abandonar cualquier esfuerzo serio por disminuir las desigualdades económicas entre el Primer y el Tercer Mundo. Aunque no hubo nunca ninguna probabilidad seria de un Plan Marshall para el Sur, el economista liberal británico John Maynard Keynes había persuadido a la Conferencia de Bretton Woods en 1944 de la conveniencia de ampliar las ventajas del nuevo sistema financiero en esa dirección creando una Organización Mundial del Comercio con

capacidad para estabilizar los precios de las materias primas de las que tanto dependían los países pobres. Sin embargo, la ratificación del plan de Keynes por el Congreso estadounidense se vio aplazada una y otra vez, y a partir de 1949 las sospechas de los gobernantes estadounidenses hacia las organizaciones internacionales eran tan grandes que nunca llegó a aprobarse. Su sustituto, el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT) no ofrecía sostén a los precios de las materias primas. El resultado fue una creciente desigualdad económica entre el Norte industrial y el Sur agrario, a medida que la mejora de la tecnología deprimía los precios agrícolas mientras que los industriales aumentaban. Las economías del Sur crecieron, es cierto, durante los años cincuenta y sesenta, pero mucho más lentamente que las del Norte industrializado.[19] Muchos países pobres se veían atrapados, incapaces de ascender la pendiente del desarrollo.

Aún más importante de inmediato fue, sin embargo, el viraje en la política exterior estadounidense. En 1953, mientras la URSS comenzaba a distanciarse del maniqueísmo de Stalin, el nuevo gobierno del presidente Eisenhower optó por la *realpolitik*, al menos en lo que se refería al Tercer Mundo. La administración percibió que el sentimiento antioccidental estaba creciendo como resultado de «sentimientos raciales, anticolonialismo, creciente nacionalismo, reivindicaciones populares de un rápido progreso social y económico» y otras causas profundamente arraigadas.[20] A veces se reconocía que Estados Unidos tenía que ganarse corazones y mentes para apartar a los nacionalistas del comunismo, pero con el gobierno de Eisenhower predominó por encima del «poder blando» el uso de la fuerza, a menudo en forma de ayuda militar a los

dictadores. El secretario de Estado John Foster Dulles estaba convencido de que el comunismo era una «conspiración internacional, no un movimiento indígena» (aunque en Latinoamérica la intromisión soviética fuera todavía muy escasa) y se inclinaba por una acción anticomunista enérgica.[21]

Una de las principales características de la estrategia de guerra fría en el Tercer Mundo diseñada por el gobierno de Eisenhower fue por tanto el uso de golpes de estado organizados por la CIA contra gobiernos nacionalistas considerados demasiado cercanos al comunismo. El primer ataque contra un gobierno elegido limpiamente en las urnas fue contra el iraní, presidido por el nacionalista Mohammed Mosaddeq. Temiendo que facilitara el suministro de petróleo a la Unión Soviética, la CIA organizó un golpe de estado contra él en agosto de 1953, la «Operación Áyax».

Pero aquel golpe contra Mosaddeq sólo fue el primero. Estados Unidos tenía ante sí toda una serie de líderes populares nacionalistas en Oriente Medio, decididos a deshacerse de la influencia europea y dispuestos a establecer alianzas tácticas con la URSS. A veces Estados Unidos intervenía con éxito, por ejemplo en la Crisis del Líbano en 1958: tras la invasión de Egipto en noviembre de 1956 por británicos, franceses e israelíes a raíz de la nacionalización del canal de Suez, obligados a retirarse por el apremio estadounidense, la comunidad musulmana libanesa inició una presión cada vez más intensa sobre el presidente cristiano Camille Chamoun, que se había negado a alinearse junto a Egipto; al verse amenazado por lo que parecía el inicio de una auténtica guerra civil, en julio de 1958 Chamoun pidió ayuda a Estados Unidos,* que consiguió salvar el régimen constitucional, aunque Chamoun tuvo que dimitir.

Durante la década de 1950 Estados Unidos se fue acercando cada vez más al gobierno considerado por los nacionalistas del Tercer Mundo como el ejemplo más descarado de imperialismo y racismo: el de la Unión Sudafricana. Pese a las advertencias de la CIA sobre la creciente oposición africana al *apartheid*, Washington decidió atender prioritariamente a las ventajas estratégicas y económicas e intensificó durante aquellos años sus relaciones con el régimen racista blanco.

Pero el ejemplo más insigne de la asunción por Estados Unidos de la herencia de los viejos imperios europeos fue el de Vietnam. A finales de la segunda guerra mundial el presidente Roosevelt se había mostrado hostil a la prolongación del dominio francés, pero en 1950 Truman realizó un espectacular viraje: temiendo que la victoria del Vietminh pudiera inducir un colapso en serie de los regímenes prooccidentales en todo el sureste asiático, el gobierno estadounidense renunció a sus principios antiimperialistas y reconoció al régimen vietnamita del emperador Bao Dai respaldado por la República Francesa. En 1953 Eisenhower fue más allá y aprobó la financiación de la campaña militar francesa contra el Vietminh, pero ni siquiera así pudo impedir la derrota francesa en Dien Bien Phu en 1954 y su retirada de Vietnam. Ni soviéticos ni chinos querían una prolongación de la guerra, ahora contra Estados Unidos, y presionaron a Ho Chi Minh para que aceptara en la Conferencia de Ginebra una partición provisional de Vietnam por el paralelo 17 a la espera de unas elecciones (que nunca se celebraron). El Partido de los Trabajadores de Vietnam seguiría controlando la República Democrática al norte, mientras que la República de Vietnam creada en el sur bajo la presidencia de Ngo Dinh Diem, respaldado por Estados Unidos, rechazó los

acuerdos de Ginebra y el referéndum previsto para 1956.

Durante algún tiempo pareció como si la estrategia estadounidense hubiera tenido éxito. Ngo Dinh Diem contaba con buenas credenciales anticoloniales y con el apoyo de la Iglesia Católica y tuvo algunos éxitos iniciales en cuanto a la consolidación de su gobierno;[22] por otra parte, ni Moscú ni Beijing deseaban una reanudación de la guerra y los norvietnamitas estaban muy ocupados en una reforma agraria de estilo chino cuyos violentos excesos se hicieron muy impopulares en el partido;[23] pero el gobierno de Hanoi estaba cada vez más preocupado por la posibilidad de que la división del país pudiera hacerse permanente y los comunistas del sur, obligados a la clandestinidad, crearon en 1960 el Frente Nacional de Liberación (FNL, al que más tarde los estadounidenses llamarían «vietcong») aprovechando el descontento generado por la corrupción y la política catolizante y represiva de Ngo Dinh Diem. La presión del FNL indujo finalmente al gobierno de la República Democrática de Vietnam a reanudar la guerra.

Aunque Estados Unidos consiguiera distanciarse del imperialismo europeo en su respaldo al régimen temporalmente estable de Ngo Dinh Diem, en 1954 parecía como si Washington estuviera siguiendo un manual marxista-leninista sobre el capitalismo imperialista, esto es, promoviendo el imperialismo como fase superior del capitalismo. La amenaza de Jacobo Arbenz a los intereses de la United Fruit provocaron la reacción de Washington, ya que los tentácu-los de la empresa llegaban a través del despacho de abogados de Sullivan & Cromwell en Nueva York hasta John Foster Dulles y su hermano Allen Welsh Dulles, el director de la CIA. Para la Casa

Blanca era más preocupante, empero, la disposición de Arbenz a aceptar la colaboración del Partido Comunista Guatemalteco, y pese a que la Unión Soviética no tuviera prácticamente ninguna relación con Arbenz, el gobierno estadounidense estaba convencido de que Guatemala amenazaba convertirse en una plataforma de lanzamiento del comunismo en todo el continente. La campaña encubierta de subversión de la CIA, la «Operación Éxito», consiguió derrocar a Arbenz en julio de 1954[24] y puede que la operación hiciera honor a su nombre a corto plazo, pero a largo plazo tuvo un efecto profundamente dañino sobre la imagen de Estados Unidos en Latinoamérica, donde contribuyó a empujar a parte de la generación de Bandung al radicalismo. La primera señal de este proceso fue evidente a sólo 150 km de la costa de Estados Unidos, en Cuba.

III

Como temían los Dulles, después de la caída de Arbenz sus seguidores más radicales huyeron del país y prosiguieron su lucha en otros lugares. Ernesto Guevara, su amigo cubano Ñico López y otros radicales consiguieron escapar a Ciudad de México, donde vivían otros revolucionarios como Fidel Castro y su hermano Raúl, que desde el exilio planeaban su regreso a Cuba. El Che, a diferencia de Fidel, era ya un marxista convencido, pero no puso condiciones para unirse al movimiento de liberación de Fidel. Como recordaba Castro:

> Al grupito nuestro que estaba en México le caía bien … Él sabía que en nuestro movimiento había pequeña burguesía; que íbamos a una revolución de liberación

nacional, una revolución antiimperialista, no se vislumbraba todavía una revolución socialista; pero esto no fue obstáculo, se suma rápido, se enrola de inmediato.[25]

Fidel Castro, hijo natural de un inmigrante gallego que había arrendado una parcela a la United Fruit para plantar caña de azúcar con la que consiguió salir adelante y prosperar, era por tanto de origen pequeño-burgués, relativamente acomodado pero no aristocrático ni muy bien relacionado. De niño era ya rebelde y su visión del mundo era muy diferente de la de su padre, que simpatizaba con Franco. Sin embargo, apreciaba el «espíritu militar» del internado jesuita en el que transcurrió su adolescencia y disfrutaba del tipo de vida sana y austera que vivió en aquellos colegios.[26] Mientras estudiaba Derecho en La Habana se implicó en la política radical, aunque tenía poco en común con el Partido Socialista Popular (comunista) —que en 1940 había apoyado la candidatura presidencial de Fulgencio Batista introduciendo dos ministros en su gobierno—, y se incorporó al Partido Ortodoxo, enraizado en el nacionalismo radical del poeta y revolucionario José Martí.

Los intelectuales cubanos detestaban particularmente el neo-imperialismo y el capitalismo estadounidense. Tras el final del dominio español en 1898, Cuba estuvo ocupada durante cuatro años por el ejército estadounidense, e incluso después de la independencia formal seguía sometida a su vecino del norte. De hecho, su economía estaba casi totalmente integrada en la de Estados Unidos, dependiendo de los ingresos procedentes de las exportaciones de azúcar (cuya cuota dependía de la buena voluntad del Congreso estadounidense), y buen número de plantaciones eran de propiedad extranjera. La Habana era una ciudad cosmopolita llena de expatriados estadounidenses,

acusados por los moralizadores nacionalistas de transformar la ciudad en un centro del crimen organizado, el juego y la prostitución. A muchos cubanos ilustrados les parecía que su país estaba atrapado por el azúcar y Estados Unidos en una situación de subordinación permanente y que sólo un cambio radical podía restaurar su autoestima.

El objetivo inmediato de los nacionalistas era no obstante el derrocamiento del corrupto dictador Batista, respaldado por Estados Unidos. El Partido Ortodoxo —que reivindicaba una reforma social y agraria— se convirtió pronto en su principal adversario. Castro se demostró un revolucionario incansable: tras el fracaso del asalto al cuartel Moncada en 1953 reunió en el exilio una pequeña fuerza, ahora denominada «Movimiento 26 de Julio», que regresó de México a Cuba en 1956 en el *Granma* («Abuela»), un pequeño yate motorizado bastante deteriorado. El desembarco fue un desastre y sólo veintidós de los ochenta y dos revolucionarios embarcados consiguieron reagruparse, estableciendo finalmente una base en Sierra Maestra, una zona de difícil acceso en el oriente cubano con una larga tradición de rebeliones campesinas. Desde allí Fidel y su grupo emprendieron una guerra de guerrillas, mientras que al mismo tiempo los rebeldes urbanos —el *llano*— llevaban a cabo una campaña de huelgas, sabotajes y atentados en las ciudades.[27] Sin embargo, el fracaso de la huelga general en la primavera de 1958 debilitó al *llano* e incrementó el poder de Castro y los *barbudos* de la sierra. Batista respondió a los ataques guerrilleros con más violencia y el apoyo a su persona se desvaneció, no sólo en Cuba sino también en Washington. La víspera de Año Nuevo de 1959 Batista, apreciando correctamente el sentido en que se movía la historia, huyó de Cuba; las columnas del

Ejército Rebelde mandadas por el Che y Camilo Cienfuegos entraron en La Habana el 2 de enero y Castro llegó una semana después.

Comparada con las revoluciones vietnamita y china, la cubana fue notablemente rápida y fácil. La base de apoyo de Batista era débil, mientras que la oposición incluía una amplia clase media urbana, muy descontenta, y los vínculos entre el proletariado rural y el urbano eran más estrechos que en otros países latinoamericanos. Castro gozaba de un enorme apoyo popular en su empeño de poner fin a la dictadura de Batista y declaró repetidamente que la suya era una revolución nacionalista, no comunista. De hecho, en el discurso pronunciado el 1 de enero en Santiago de Cuba situó su revolución en la tradición de los anteriores levantamientos nacionalistas:

> Esta vez, por fortuna para Cuba, la revolución llegará de verdad a su término; no será como en el 95, que vinieron los americanos y se hicieron dueños de esto … ¡Ni ladrones, ni traidores, ni intervencionistas, esta vez sí que es una revolución![28]

Castro proclamó un gobierno democrático encabezado por el juez Manuel Urrutia y declaró que su régimen sería «humanista», no capitalista ni comunista. A diferencia de Raúl y el Che, Fidel no era comunista, y de hecho el Che escribió en 1957: «Consideré siempre a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda».[29] Todavía en mayo de 1959, Castro declaraba que «el capitalismo puede matar al hombre con hambre, pero el comunismo lo mata destruyendo su libertad».[30] De hecho, el programa económico del Movimiento 26 de Julio no era en principio nada radical: proponía una reforma

agraria relativamente modesta y el desarrollo de industrias de «sustitución de importaciones» en el país para salir del monocultivo del azúcar.[31] En opinión de Castro los capitalistas nacionales —excluidos los grandes terratenientes y los dependientes de empresas extranjeras— tenían un lugar en la revolución, y efectivamente muchos de ellos veían grandes oportunidades en los planes de industrialización del nuevo régimen.

Aun así, la revolución de 1959 era mucho más radical que el intento fallido de 1953. El Che Guevara —radical por temperamento y convencido marxista— influyó notablemente en su desarrollo y muchas de sus opiniones eran compartidas por Raúl Castro; pero la dura vida guerrillera de Sierra Maestra, donde los *barbudos* vivían por primera vez cerca de los campesinos más pobres, también tuvo su efecto: forjó una cultura revolucionaria igualitaria.[32] Fue allí donde los guerrilleros se dejaron crecer la barba que los distinguía como «seña de identidad» y que se convirtió en parte esencial de la imagen revolucionaria durante los años sesenta y setenta.[33]

Así pues, a diferencia de 1953, en 1959 los rebeldes no sólo enarbolaban las banderas del nacionalismo y la industrialización, sino también del interés de las «clases populares» frente a las «clases económicas».[34] No era una sorpresa la gran esperanza que habían depositado en ellos los más pobres, alentados por las formas de movilización guerrillera que habían surgido en Sierra Maestra. Reivindicaban reformas más radicales y el Ejército Rebelde de Castro, que tenía mucho poder sobre el terreno, simpatizaba con ellos.[35] También hubo al parecer bastante apoyo popular a los juicios y ejecuciones sumarias de cientos de torturadores y «chivatos» de Batista, presididos por el propio

Guevara. Algunos de los viejos amigos argentinos del Che se sintieron desilusionados por su transformación de sanador de enfermos en ejecutor de la justicia revolucionaria, pero no se sentía culpable; cómo le dijo a uno de ellos: «Mira, en este problema, si no matas primero te matan a ti».[36]

Era inevitable que aquel radicalismo distanciara de la revolución a muchos, en particular a los liberales, los propietarios y el gobierno de Washington, que aunque temía desde el principio la posibilidad de que anduvieran por medio los comunistas, tranquilizado por las declaraciones de Castro reconoció inmediatamente al nuevo gobierno. Sin embargo, la actitud firmemente nacionalista de éste en el terreno económico y la reforma agraria suscitaron inevitablemente un conflicto con las empresas de propiedad estadounidense basadas en Cuba. Los juicios y ejecuciones de los verdugos de Batista y la cancelación de las elecciones acabaron convenciendo a Washington de que Castro se había entregado al comunismo y no se podía recuperar. Las relaciones con Estados Unidos se fueron deteriorando y en marzo de 1960 Eisenhower pidió a la CIA que organizara un golpe con ayuda de los emigrados anticastristas.[37] Estaba decidido a que Castro compartiera el destino de Arbenz cinco años antes.

En 1959 los dirigentes cubanos y los soviéticos apenas se conocían mutuamente, pero en febrero de 1960 Castro, convencido de que Estados Unidos estaba a punto de invadir la isla, mantuvo una transcendental reunión con el muy experimentado y cosmopolita Anastas Mikoian, enviado a Cuba por Jruschov. En cuanto Mikoian llegó a La Habana los dirigentes cubanos congeniaron con él y le dijeron que veían a la URSS como una fuente de ayuda económica y militar; el

Presidium del PCUS no podía esperar nada mejor: la revolución cubana le ofrecía una oportunidad para ampliar su influencia y para infundir cierto espíritu juvenil en el cuerpo avejentado del comunismo soviético.[38] Mikoian describió acertadamente a Castro como «un genuino revolucionario, exactamente igual que nosotros. Sentí como si hubiera vuelto a la infancia».[39] Los soviéticos acordaron enviar armas y petróleo a cambio de azúcar y enviaron un grupo de comunistas españoles que vivían exiliados en Moscú desde que acabó la guerra civil española para reorganizar el ejército cubano.[40]

Castro estaba acertado al temer las intenciones estadounidenses, ya que Eisenhower y Dulles estaban efectivamente planeando una invasión militar a gran escala de cubanos exiliados con cobertura aérea estadounidense, pero le favoreció el cambio de gobierno en Washington. Con la elección de Kennedy la política exterior estadounidense iba a estar de nuevo más sincronizada con la de la URSS. Kennedy llegó al poder —en gran medida como Jruschov— prometiendo una nueva forma de confrontación con la superpotencia rival, a la vez más idealista y más inteligente. Conmocionado por la «pérdida» de Cuba, la mayor derrota estadounidense desde la «pérdida» de China una década antes, estaba decidido a abandonar los métodos militares más crudos del gobierno de Eisenhower y a distanciarse del imperialismo europeo y de sus epígonos en la Sudáfrica del *apartheid*. Tal como explicó, Estados Unidos tenía que estar «del lado de los derechos humanos para gobernarse a sí mismo … porque la victoria final del nacionalismo es inevitable».[41]

Con Kennedy en la presidencia estadounidense, Washington comenzó a reconocer más plenamente que el

comunismo podía ser el producto de desigualdades económicas y políticas. Su respuesta fue la teoría de la modernización, desarrollada por pensadores como su asesor Walt Rostow. Rostow y sus seguidores mantenían que todas las sociedades seguían una vía similar de «modernización» hacia la democracia parlamentaria, pero que en la etapa de transición, hasta alcanzar la madurez plena, podían atrapar la enfermedad del comunismo. La mejor solución era acelerar el proceso de modernización y los intereses del mundo quedarían mejor servidos tratando de promover un rápido desarrollo mediante la ayuda financiera y la promoción de la democracia.[42] En 1961 Kennedy movilizó a miles de jóvenes para difundir la modernización estadounidense por todo el mundo mediante el «Cuerpo de Paz» y sus programas de «desarrollo comunitario». El poder duro —la opción militar— seguía vigente, pero tenía que practicarse mediante inteligentes campañas de contrainsurgencia, templadas con llamamientos a los corazones y las mentes, esto es, el poder blando.

En lo que refería a Cuba, Kennedy tenía grandes dudas sobre la invasión planeada por Eisenhower y temía que si salía mal pudiera dañar la reputación estadounidense. Aun así, estaba tan dispuesto como su predecesor a erradicar la influencia comunista del patio trasero estadounidense y decidió seguir adelante, aunque bajo la forma de una operación más encubierta al estilo guerrillero y sin cobertura aérea. Se esperaba que el desembarco estratégico de exiliados armados incitara a levantamientos espontáneos a su favor entre los cubanos. El resultado, el desembarco en «Bahía de Cochinos» en abril de 1961, fue un fiasco completo. Los levantamientos esperados no llegaron a materializarse y las tropas del ejército regular,

apoyadas por más de cien mil miembros de las Milicias Nacionales Revolucionarias, se mostraron muy eficaces. La mayoría de los invasores fue capturada y la imagen de Estados Unidos en el Tercer Mundo quedó muy dañada. La invasión de Bahía de Cochinos fue además contraproducente, en el sentido de que sólo sirvió para empujar a Cuba a una alianza más estrecha con la Unión Soviética. Castro estaba convencido de que otra invasión era inminente (y de hecho en Washington se estaban elaborando nuevos planes). Entretanto, la CIA organizó una larga serie de intentos de asesinar a Castro —desde cigarros explosivos hasta un traje de buceo infectado con hongos— e incluso pretendió ridiculizar la supuesta fuente de su carisma, su barba; Castro asegura que desde entonces los emigrados cubanos y la CIA han intentado más de seiscientas veces atentar contra su vida.[43]

La consolidación de la alianza con la Unión Soviética se vio acompañada por un giro hacia un estilo de gobierno más disciplinado en la propia Cuba, al convencerse el régimen de que la participación informal en el Ejército Rebelde no bastaba para la defensa nacional y la construcción del estado. En julio de 1961 se agruparon en un frente común las Organizaciones Revolucionarias Integradas, las fuerzas políticas que vertebraban el gobierno, y en marzo de 1962 se fusionaron en un solo partido, el Partido Unido de la Revolución Socialista, que en octubre de 1965 se iba a convertir en Partido Comunista de Cuba; Castro aprovechó así la experiencia organizativa del PSP para la construir la infraestructura administrativa del nuevo estado.

La culminación de la alianza con la Unión Soviética fue la oferta de Jruschov de estacionar armas nucleares en suelo

cubano. Castro aprovechó la oportunidad, creyendo que el paraguas nuclear soviético garantizaría finalmente la estabilidad de su revolución frente a un eventual ataque estadounidense, pero la subsiguiente capitulación soviética durante la crisis de los misiles de octubre de 1962 (sin consultar al gobierno cubano) fue muy decepcionante para Castro; y aunque Kennedy ofreció una promesa verbal de no intentar de nuevo una invasión, no confiaba en Estados Unidos. La demostración práctica de que tampoco podía confiar demasiado en la Unión Soviética llevó a Castro a efectuar un viraje. La fundación del PURS ya había supuesto una depuración de viejos cuadros comunistas y ahora, junto con Che Guevara, dejó claro que el marxismo tecnocrático que subyacía al modelo estalinista no era bien recibido en Cuba. La alternativa sería lo que el Che llamaba «marxismo humanista», que no era sino una versión del marxismo romántico, aunque no temía utilizar explícitamente un lenguaje moralizante. El Che definía su marxismo refiriéndose explícitamente al joven Marx, cuyas obras había estudiado con detalle:

> El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alienación. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor «interés individual» y provecho, de las motivaciones psicológicas. Marx se preocupaba tanto de los hechos económicos como de su traducción en la mente. Él llamaba eso un «hecho de conciencia». Si el comunismo descuida los hechos de conciencia puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria.[44]

En la práctica el régimen cubano trató de combinar la lucha contra la pobreza y la debilidad del estado con la participación de las masas, como habían hecho todos los comunistas radicales

en el pasado: mediante el comunismo guerrillero (denominado en Cuba *guerrillerismo*). Cada ciudadano, el «nuevo hombre» solidario, debía formar parte de un ejército fraternal e igualitario de trabajo, dándolo todo para que Cuba pudiera alcanzar niveles extraordinarios de desarrollo. Se trataba pues de un comunismo ascético. Los cubanos se movilizaban para el trabajo por su patria por una escasa recompensa individual, pero la recompensa colectiva era una cuestión diferente y se hicieron grandes esfuerzos para mejorar la educación y la sanidad para toda la población, especialmente en el campo, siendo los campesinos los principales beneficiarios del nuevo régimen. La campaña de alfabetización de 1961 se convirtió en una de las movilizaciones más espectaculares de la época. Unos 250.000 estudiantes de los institutos y universidades fueron entrenados y movilizados en «brigadas de alfabetización» y enviados a vivir durante seis meses con los campesinos, enseñando —y «revolucionando»— a los analfabetos. Como ha sucedido tantas veces en la historia del comunismo, campañas como aquélla, que apelaban al idealismo juvenil, despertaron un gran entusiasmo popular, transformando a la vez la vida de los hasta entonces analfabetos.[45] Un visitante estadounidense recordaba el ambiente de celebración cuando los estudiantes regresaban a La Habana para una semana de juegos, actividades culturales y desfiles:

> Vestidos con los restos de sus uniformes, a menudo llevando sombreros de paja y abalorios, y con sus mochilas y linternas a la espalda, los brigadistas inundaron la capital, cantando y riendo e intercambiando historias de sus experiencias. El parecido entre el alegre regreso del ejército de alfabetización y la entrada triunfal de las tropas guerrilleras tan sólo tres años antes no le pasó inadvertido a la población.[46]

Las manifestaciones públicas de alegría eran por supuesto muy importantes en todos los regímenes comunistas, como había mostrado Milan Kundera, pero no cabe extrañarse de que Cuba resultara especialmente atractiva para la izquierda del mundo entero en aquella época. El comunismo cubano era tan puritano y militarista como cualquier otra forma de comunismo guerrillero y la disconformidad y la disidencia estaban castigados, en particular en los campos de trabajo establecidos entre 1965 y 1969, pero en los primeros años de revolución los cubanos tuvieron más éxito que muchos otros regímenes comunistas en despertar el entusiasmo y el espíritu heroico aportado por el militarismo, haciendo olvidar sus rasgos más desagradables: la violencia y la represión. Era en parte cuestión de liderazgo y de la cultura peculiar del partido: Castro y el Che trataron de presentar su marxismo como algo que recurría genuinamente a la persuasión y la «conciencia», y a diferencia de Mao y los dirigentes chinos no habían sido educados en una cultura partidaria de tipo soviético con autocríticas y purgas institucionalizadas; pero también se debía a la relativa facilidad con que los revolucionarios tomaron el poder, gracias a la debilidad de la oposición interna. Los campesinos de la región meridional de Escambray mantuvieron durante seis años una rebelión que tuvo que ser aplastada por la fuerza, pero muchos opositores simplemente abandonaron la isla. Después de la revolución, sobre todo entre 1965 y 1971, gran parte de la clase media emigró a Estados Unidos, con la anuencia de ambos gobiernos. Los cubanos evitaron así la «lucha de clases» sistemática o la intensa persecución de la burguesía que se había visto en tantos otros regímenes comunistas.[47] Por otra parte, la sensación de ser un David acosado por el agresivo Goliat

estadounidense apuntalaba la legitimidad del régimen a ojos de quienes se quedaron en la isla, al menos durante un tiempo.

Pero eso no significa que el comunismo cubano quedara libre de otra gran desventaja del marxismo radical: el trauma económico y la dislocación que tendía a provocar. La dirección de la política económica quedó muy clara desde muy pronto, cuando el Che apareció no sólo como principal estratega de la reforma agraria, sino también ministro de Industrias (sic) y director del Banco Nacional Cubano. El Che disfrutó de la incongruencia de este último nombramiento y comentó con humor que había conseguido el empleo por accidente: en la reunión del gobierno que debía decidir sobre el puesto, Castro pidió un voluntario que fuera buen «economista», y quedó sorprendido cuando el Che levantó la mano, exclamando: «¡Pero Che, no sabía que eras economista!», a lo que Guevara replicó: «Ah, pensé que dijiste que querías un buen *comunista*».[48] El Che siguió un curso acelerado de economía, pero el comunista prevaleció sobre el economista. Como otros voluntaristas antes que ellos, Castro y el Che insistían en que la fuerza de voluntad popular permitiría a Cuba saltar de la pobreza agraria a la abundancia industrial y el régimen emprendió una política muy ambiciosa de industrialización rápida. Como cabía predecir, el resultado fueron los efectos combinados de una planificación central caótica, las sanciones estadounidenses y la pérdida de los expertos de la clase media que optaron por el exilio. El propio Che admitió más tarde que «no nos basamos en la estadística ni en la experiencia histórica, tratamos subjetivamente la naturaleza como si hablando con ella se la pudiera convencer».[49]

De ahí se derivó una crisis económica en 1963 y el propio Che se vio metido en una batalla perdida de antemano contra

los tecnócratas de inspiración soviética que preferían un enfoque más modernista y menos ambicioso. Guevara, que no estaba en absoluto acostumbrado a las cuestiones prácticas de la gestión económica, se decepcionó pronto; según uno de sus amigos su ánimo parecía «sofocado bajo la montaña de estadísticas y métodos de producción».[50] Fue durante aquellos debates sobre los planes económicos cuando comenzó una reconsideración fundamental de la Unión Soviética. Guevara recordó a otro amigo cómo se había convertido al marxismo en Guatemala y México leyendo las obras de Stalin: lo habían convencido de que «en la Unión Soviética está la solución a la vida, creyendo que lo que se había aplicado allí era lo que había leído»; pero cuando trabajó de hecho efectivamente con los soviéticos «comprendió que lo habían engañado»; el resultado fue una «violenta reacción» contra el estalinismo en 1963-1964.[51]

Castro, en cambio, adoptó un punto de vista más pragmático y simpatizaba más con los soviéticos. A partir de 1964 se dio cuenta de que las recetas propuestas por el Che eran demasiado ambiciosas y de que no bastaba el entusiasmo de los trabajadores para convertir a Cuba en una potencia industrial autosuficiente; durante algún tiempo serían precisos los incentivos materiales de estilo soviético y su mercado para el azúcar cubano. El Che, derrotado, renunció a sus esfuerzos de aplicar el comunismo guerrillero a la economía y decidió emplearlo en un terreno más apropiado: extendiendo el modelo cubano de revolución al resto de Latinoamérica y África. Renunció a todos sus puestos e incluso a la ciudadanía cubana y se pasó el resto de su corta vida como un nómada revolucionario; pero la reconciliación entre Cuba y la Unión

Soviética iba a durar poco tiempo. Tras la confrontación chino-soviética y la caída de Jruschov en 1964, la URSS parecía un protector cada vez menos fiable, y a partir de 1965 Castro emprendió de nuevo una política radical de movilización de masas para desarrollar la economía cubana. Tras zigzaguear entre el marxismo radical y el modernista, los cubanos iban a mantener su modelo guerrillero de desarrollo económico hasta el final de la década, pero ahora lo iban a hacer bajo los auspicios de un partido de vanguardia disciplinado —el Partido Comunista de Cuba, fundado en octubre de 1965—, con lo que concluyeron los tempranos experimentos de democracia participativa de 1959-1960. Aun así, la dirección cubana evitó durante algún tiempo seguir el modelo soviético más tecnocrático; creía que su revolución era la más democrática y adecuada al mundo subdesarrollado, y estaba decidida a exportarla.

IV

Poco después de que los revolucionarios tomaran el poder, el Che Guevara dictó sus pensamientos sobre sus experiencias, publicados en mayo de 1960 con el título *La guerra de guerrillas*. Se trataba en parte de un manual del tipo «hágalo usted mismo». Los guerrilleros podían aprender en él desde cómo utilizar los cócteles molotov hasta la mejor forma de impulsar la reforma social en el campo. Se daban consejos sobre lo que había que llevar consigo: una hamaca, un trozo de jabón y un cuaderno de notas y lápiz (para escribir mensajes a otros

guerrilleros). Pero el Che también defendía la estrategia de guerrilla rural como modelo para todos los revolucionarios del Sur, sin tener en cuenta las peculiaridades de la revolución cubana e ignorando la importancia de la insurgencia urbana en Cuba. Situándose en la tradición guerrillera que iba desde Mao en Yan'an hasta la guerra de liberación vietnamita contra franceses y estadounidenses y distanciándose explícitamente de la tradición soviética (e incluso de los partisanos antinazis de la segunda guerra mundial), el Che argumentaba que mediante un *foco* —una pequeña banda guerrillera de vanguardia— se podía prender la llama que provocara un incendio revolucionario en todo el Tercer Mundo.[52]

El libro estaba dedicado en particular a los revolucionarios latinoamericanos; por un lado, Castro y Guevara consideraban su deber ayudar a los oprimidos de todo el continente; pero había también razones prácticas para fomentar la revolución en otros países. Como explicaba Castro, Estados Unidos «no podrá golpearnos si toda Latinoamérica está en llamas».[53] Apuntaba que abandonaría su apoyo a la revolución en otros países a cambio de una coexistencia pacífica con Estados Unidos, aunque no está claro que estuviera dispuesto a mantener su promesa; pero fuera en serio o no, su insinuación no dio resultado. Kennedy siguió apoyando a las fuerzas anticastristas, y su sucesor desde 1963, Lyndon Johnson, estaba aún menos dispuesto a los compromisos.

Los esfuerzos por extender la revolución fueron dirigidos por el «Comandante» Che Guevara. En Cuba se entrenaron más de 1.500 revolucionarios del continente, pero aún más importante que la ayuda práctica fue el ejemplo galvanizador de la propia revolución cubana. Como recordaba un dirigente del

Partido Comunista Venezolano, ésta fue como un «detonador».[54] La facilidad con que los *barbudos* habían tomado el poder suscitó un extraordinario optimismo: parecía que la estrategia del *foco* podía facilitar una rápida toma del poder en todas partes. Un guerrillero venezolano recordaba que subió al monte creyendo que «nuestra guerra iba a ser como la cubana»; «pensábamos que en el plazo de dos o tres años resolveríamos todos nuestros problemas».[55]

El ejemplo cubano incitó a numerosos grupos guerrilleros a tomar las armas en todo el continente, ya fueran castristas, maoístas, comunistas prosoviéticos o trotskistas; sin embargo, la mayoría de esos grupos eran muy pequeños y con escaso apoyo popular; sólo tuvieron una repercusión real en Venezuela, Guatemala y Colombia, donde a breves períodos de éxito de las izquierdas les había seguido la victoria de la derecha.[56] En Guatemala, tras el gobierno de Jacobo Arbenz, se sucedieron una serie de dictaduras militares, y tras el aplastamiento de una sublevación militar de izquierda en 1960, dos oficiales crearon un grupo guerrillero, aliado primero con los comunistas prosoviéticos y luego con los trotskistas. En Colombia el Partido Comunista controló zonas campesinas durante algunos años, y cuando los militares consiguieron erradicarlas en 1964-1965, surgieron como respuesta las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC). Entretanto los guerrilleros venezolanos, apoyados por el Partido Comunista pese al disgusto de Moscú, se beneficiaron de su participación activa en el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez en 1958 y a partir de entonces del resentimiento popular por la austeridad económica impuesta por el nuevo presidente salido de las elecciones de diciembre de ese mismo año, Rómulo Betancourt, del partido

socialdemócrata Acción Democrática.

En cualquier caso, prácticamente en ningún lugar supuso la guerrilla una auténtica amenaza para los regímenes en el poder. En Venezuela la combinación de la democracia parlamentaria con la represión le perjudicó gravemente, y en otros países las fuerzas guerrilleras no tenían apenas fuerza frente al ejército gubernamental. Kennedy y sus sucesores estaban decididos a frustrar los planes revolucionarios cubanos y a proporcionar asesoramiento y ayuda financiera a los ejércitos locales aunque eso significara dejar de lado los planes más ambiciosos de modernización y democracia. Entre 1962 y 1966 se produjeron en Latinoamérica nueve golpes militares, de los que ocho tenían como fin derrocar gobiernos que se consideraban demasiado izquierdistas o proclives a una alianza con los comunistas.[57]

Las discrepancias entre distintas corrientes comunistas también desempeñaron un importante papel en el fracaso de la estrategia del *foco*. Al principio los soviéticos toleraron las iniciativas cubanas en Latinoamérica, pero pronto decidieron que les estaban saliendo demasiado caras, que sus planes eran poco realistas y que estaban perjudicando las relaciones con Estados Unidos en una época en que Moscú pretendía una distensión. Los partidos comunistas de otros países latinoamericanos también se sentían a disgusto con las ambiciones poco realistas de La Habana. La mayoría seguían la línea gradualista de Moscú: comunistas y obreros tenían que unirse con los campesinos y la burguesía nacional evitando un salto repentino al estilo cubano del «feudalismo» al «socialismo». El PCCh tampoco ayudó a los insurgentes pese a su propio origen guerrillero. Sus relaciones con Cuba no eran buenas, y aunque surgieron grupos maoístas —habitualmente de extrema

izquierda— obtuvieron poco apoyo práctico de Beijing.[58]

A mediados de la década de 1960 estaba claro que las guerrillas rurales surgidas en el continente estaban fracasando una detrás de otra y los dirigentes cubanos decidieron que debían replegarse; pero habían encontrado ya otro lugar para sus energías revolucionarias: África. Sus lazos con el continente eran notables: alrededor de la tercera parte de la población cubana tenía allí su origen, a través de antepasados llevados a la isla como esclavos. La revolución abolió formalmente toda discriminación racial en Cuba y sus líderes creyeron que debían hacer lo mismo en otros lugares; pero para ellos África era también un continente en el que Estados Unidos parecía vulnerable, una potencia situada en el lado equivocado de la historia justo cuando el continente se había liberado, al menos formalmente, del imperialismo europeo.

V

En diciembre de 1964 el Che emprendió una gira durante tres meses por los estados nacionalistas radicales de África y en enero de 1965 llegó a Brazzaville, la capital del Congo ex francés. En agosto de 1963 una insurrección popular había derrocado allí al corrupto presidente Fulbert Youlou, que pretendía concentrar en sus manos todos los poderes, constituyendo el primer régimen declaradamente marxista de África; el nuevo presidente, Alphone Massemba-Débat, se sentía feliz de dar amparo al *Movimento Popular de Libertação de Angola* (MPLA), que luchaba contra el dominio portugués en aquella colonia del

suroeste de África. La reunión del Che con los dirigentes del MPLA* fue un tanto tensa. El MPLA quería ayuda cubana, pero el Che estaba decidido a volcar todos sus recursos en la guerra que tenía lugar en el vecino Congo-Léopoldville, donde los *simbas* [«leones»] —seguidores izquierdistas del asesinado Patrice Lumumba— habían emprendido con notable éxito una rebelión contra el régimen respaldado por Estados Unidos y Bélgica. El Che propuso que el MPLA enviara allí a sus combatientes para que los cubanos pudieran entrenarlos sobre el terreno; aunque al Dr. Agostinho Neto no le gustaba nada la idea de combatir en una guerra y pese a sus diferencias, la reunión acabó en un buen ambiente ya que el MPLA era al fin y al cabo un grupo marxista y tenía mucho en común con el Che.[59] Como recordaba uno de los líderes del MPLA que participó en aquella reunión:

> Queríamos instructores cubanos debido al prestigio de su revolución y porque su teoría de la guerra de guerrillas era muy parecida a la nuestra. También estábamos impresionados por las tácticas guerrilleras de los chinos, pero Beijing quedaba demasiado lejos y queríamos instructores que se pudieran adaptar a nuestro modo de vida.[60]

Al Che no le fascinaba únicamente el marxismo de los angoleños, sino también su fuerza aparente. Envió a uno de sus compañeros a un campo de entrenamiento del MPLA, donde vio una fuerza guerrillera impresionante sin percibir que lo que desfilaba ante él era un bucle continuo de los mismos hombres, pese a que podría haber sospechado porque los cubanos habían hecho exactamente lo mismo cuando desfilaron ante los periodistas del *New York Times* en Sierra Maestra.[61] En cualquier caso el Che se tragó el anzuelo y cedió, aceptando enviar instructores al MPLA a través de la República del Congo.

En febrero el Che tuvo un encuentro mucho menos afortunado con otros combatientes africanos en Dar-es-Salaam, la capital de Tanzania, a la que el presidente socialista Julius Nyerere había convertido en centro de acogida para los combatientes exiliados de la lucha antiimperialista en los países vecinos. El Che «pensaba hacerlo en reuniones separadas, conversando amigablemente con ellos, pero debido a un error del personal de la embajada, se realizó una reunión "tumultuaria" en la cual participaron cincuenta o más personas, representantes de movimientos de diez o más países, cada uno dividido en dos o más tendencias». Su propuesta de que «el entrenamiento no se realizara en nuestra lejana Cuba, sino en el Congo cercano» obtuvo una «reacción más que fría», como él mismo recordaba. Sus interlocutores objetaron que su deber era defender su propia tierra y no ayudar a otros movimientos de liberación, y aunque Guevara insistió en que todos ellos tenían un enemigo común —el imperialismo— y que una derrota de éste en el Congo les favorecería a todos, se vio obligado a admitir que «nadie lo veía así». Eduardo Mondlane, ex funcionario de las Naciones Unidas y líder del *Frente de Libertação de Moçambique* (FRELIMO) —el movimiento guerrillero que luchaba contra los portugueses en ese país— fue especialmente vehemente. Al final de la reunión, «las despedidas fueron frías y corteses», y el Che concluyó: «quedó claro en nosotros la impresión de lo mucho que tiene que caminar el África antes de alcanzar una verdadera madurez revolucionaria, pero nos quedaba siempre la alegría de haber encontrado gentes dispuestas a seguir la lucha hasta el final».[62]

Los esfuerzos del Che por persuadir a su audiencia de la participación en la guerra del Congo fueron en balde, como lo

fue la expedición de cubanos negros enviados para ayudar a los *simbas*, derrotados en 1965; pero sus encuentros le habían dado una idea bastante precisa del estado de la izquierda en África, desde el gobierno «marxista» de Brazzaville hasta el estado socialista de Tanzania y desde los insurgentes marxistas en Angola hasta los guerrilleros más nacionalistas de Mozambique. Su juicio —que el nacionalismo en África era radicalmente antiimperialista pero no lo bastante «maduro» (con lo que quería decir «marxista»)— era en líneas generales bastante acertado.

Nyerere era un líder nacionalista de un tipo muy habitual en los países recién independizados de África a principios de la década de 1960: un socialista no marxista de la generación de Bandung. Los socialistas africanos tenían mucho en común con los socialistas agrarios rusos del siglo XIX. Del mismo modo que éstos veían el campo ruso como un edén comunitario, Nyerere y otros socialistas africanos creían que la sociedad africana era de por sí colectivista. Nyerere aseguraba que «la idea de "clase" o "casta" no existía en la sociedad africana» y que su concepto de *ujamaa* («comunidad familiar amplia») ayudaría al continente a desarrollar una forma específica de socialismo.[63] Ese punto de vista era indudablemente atractivo para líderes que habían heredado de los imperios europeos países desgarrados por las divisiones étnicas. Para ellos el marxismo, con su énfasis en la lucha de clases, era una doctrina demasiado agresiva para sus frágiles estados recién nacidos, y tampoco el pequeño partido de vanguardia parecía muy adecuado para países tan divididos por barreras étnicas; el «partido de masas» abierto a todos fue durante un tiempo mucho más sugestivo.

Algunos líderes africanos adoptaron un enfoque político más

próximo al marxismo, pensando que sólo así podrían promover el desarrollo económico de su país y evitar la prolongación del sometimiento neocolonial. Las intervenciones europeas y estadounidenses también empujaron a los socialistas africanos hacia la izquierda, y el asesinato de Lumumba desempeñó en África un papel equivalente al derrocamiento de Arbenz en Latinoamérica. Sékou Touré en Guinea, Kwame Nkrumah en Ghana, Ahmed Ben Bella en Argelia y Modibo Kéïta en Mali evolucionaron así hacia una política más radical, casi marxista. Estaban convencidos de que la debilidad de África sólo se podía resolver mediante un estado más decidido y centralizado. Como explicaba Nkrumah, «el socialismo no es espontáneo; no surge por sí mismo».[64] En 1961 creó un «instituto ideológico» para adoctrinar a los mandos del partido gobernante y en 1964 inició un plan de industrialización de siete años. Sin embargo, Ghana mantuvo una economía mixta y acogía sin reparos el capital extranjero, y en general aquellos líderes, aunque cuestionaran el socialismo africano más indigenista y recibieran con agrado la ayuda soviética, china y cubana, no estaban dispuestos a adoptar un marxismo radicalmente internacionalista. La influencia marxista era todavía muy débil en África y sólo florecía en condiciones muy particulares. En el Congo-Brazzaville la población urbana y la proporción de funcionarios y estudiantes eran desacostumbradamente grandes y eran muy receptivos a las ideas occidentales y muy sensibles a los acontecimientos que tenían lugar en el vecino Congo-Léopoldville; las fuerzas políticas también reflejaban el modelo francés y al igual que en Francia los comunistas tenían una influencia preponderante en los sindicatos. Para esa población urbana alfabetizada el marxismo de estilo francés prometía la modernidad y la

independencia. El presidente Massemba-Débat era relativamente moderado, pero otros miembros de su gobierno y sobre todo de las juventudes de su partido, el *Mouvement National de la Révolution*, eran marxistas más radicales y pronto ganaron influencia cuando el régimen trató de consolidar su poder. A mediados de 1964 el MNR se había convertido en un partido único de tipo marxista-leninista y también se reforzó ideológicamente el «ejército popular»; además, tras el fracaso del intento del Che en el Congo-Léopoldville en 1965, parte de los cubanos pasaron al Congo-Brazzaville ejerciendo un efecto radicalizador sobre el régimen.[65]

La influencia del marxismo es quizá menos sorprendente en los grupos guerrilleros que hacían frente al ejército portugués en Angola, Mozambique y la Guinea portuguesa (rebautizada como Guinea-Bissau tras la independencia). El Estado Novo portugués, presidido de hecho por el dictador Antonio de Oliveira Salazar, estaba decidido a mantener su imperio y aquella larga lucha radicalizó inevitablemente la política; pero había otras razones por las que el marxismo pudo afianzarse en las condiciones específicas de las colonias portuguesas en África.

VI

A los guerrilleros de Mayombe,
que se atrevieron a desafiar a los dioses
abriendo un camino a través de la oscura selva,
les voy a contar el cuento de Ogún,
el Prometeo africano.[66]

Así comenzaba la novela *Mayombe*, escrita a principios de la década de 1970 por un combatiente angoleño blanco del MPLA, Artur Carlos Maurício Pestana dos Santos, más conocido por su nombre de guerra «Pepetela». Como deja clara la dedicatoria, la novela trata de la modernidad prometeica y la guerra, ya que Ogún es un dios guerrero africano. *Mayombe* cuenta la historia de un grupo de guerrilleros que combaten contra los portugueses en la densa selva de ese nombre; gran parte de ella trata de su vida cotidiana, pero también incluye monólogos de los personajes que revelan las continuas tensiones del grupo guerrillero. Uno de los principales temas de la novela es el esfuerzo por forjar un pueblo angoleño moderno y acabar con las divisiones tribales y el pasado racista colonial. La novela muestra cómo consiguen los guerrilleros superar esas diferencias, pero al lector le quedan muy claras las huellas del tribalismo y los prejuicios raciales entre los combatientes. Como explica al principio de la novela Teoría —un antiguo profesor medio portugués y medio angoleño— con un nombre de guerra muy ideológico:

> En un universo de sí o no, blanco o negro, yo represento el quizá … ¿Es culpa mía si los hombres insisten en la pureza y rechazan las mezclas? … Frente a este problema esencial, la gente se divide en mi opinión en dos categorías: los maniqueos y los demás. Vale la pena señalar que estos últimos son raros; casi todo el mundo es maniqueo.[67]

Pero pese a las quejas de Teoría sobre las deficiencias del marxismo que practicaban los guerrilleros del MPLA, la teoría marxista se hizo enormemente atractiva para los *mestiços* y *assimilados* —el pequeño grupo de africanos e indios educados en Portugal como personal administrativo para las colonias—

porque daba preeminencia a la clase por encima de la raza.[68] Para gente situada en una rígida jerarquía racial a medio camino entre los *civilizados* portugueses y los *indígenas* africanos, el marxismo ofrecía una oportunidad para tejer lazos con los obreros y campesinos negros; también prometía crear un estado integrado moderno, capaz de situarse a un alto nivel en el mundo. Además, una vez finalizada la guerra de liberación nacional, los *mestiços* y *assimilados* tenían razones particulares para estar enojados, ya que tenían que competir por el empleo con los inmigrantes llegados de Portugal.

Al principio, los principales intereses de los nacionalistas eran sobre todo culturales: «desportugalizar» y «reafricanizar» la cultura angoleña; pero al mismo tiempo eran modernizadores muy conscientes que trataban de crear grandes estados al estilo europeo a partir de numerosos grupos tribales, por lo que no cabe sorprenderse de que adoptaran un marxismo modernista influido por la Unión Soviética, especialmente cuando una de las pocas fuerzas que se opusieron al régimen de Salazar en la metrópoli fue el Partido Comunista clandestino, que creó un partido hermano angoleño en 1954; y aunque —al igual que el Partido Comunista Francés— no condenó radicalmente el imperialismo portugués ni defendió la independencia de las colonias hasta 1960, muchos nacionalistas modernizadores entraron en su órbita.[69]

El marxismo influyó especialmente sobre los africanos que acudían a estudiar a Lisboa, como sucedió en el caso de un grupo de amigos que se reunían regularmente para debatir los asuntos africanos del que formaban parte Agostinho Neto, el futuro líder del MPLA, y el estudiante de agronomía de Cabo Verde Amílcar Cabral, futuro líder del *Partido Africano para a*

Independência da Guiné e Cabo Verde (PAIGC). Sin embargo, su adhesión al marxismo era muy diversa: Neto ingresó en el Partido Comunista Portugués y siguió siendo un marxista prosoviético ortodoxo durante toda su vida, mientras que el marxismo de Cabral era mucho más flexible.[70]

A su regreso a África percibieron cada vez más claramente que los portugueses no iban a renunciar a sus colonias sin lucha. En 1961 un grupo de jóvenes activistas trató de liberar en la capital de Angola, Luanda, a los presos políticos de la prisión de São Paulo; fracasaron, y la policía se mantuvo al margen mientras los colonos portugueses ejercían una venganza extremadamente sangrienta. Los nacionalistas se convencieron entonces de que no tenían otra opción que retirarse al campo y recurrir a las armas.

Además de los socialistas modernizadores surgieron muchos otros movimientos nacionalistas, algunos de los cuales trataban de crear un África supuestamente «tradicional» de jefes y «tribus» y otros que promovían los intereses de algún grupo étnico particular. En Guinea-Bissau el pragmático Amílcar Cabral consiguió reunir a todos los combatientes anticoloniales en su PAIGC, abierto y pujante. En Mozambique, de forma parecida, el nacionalista modernizador Eduardo Mondlane, mucho menos influido por el marxismo que Neto o Cabral y más próximo al socialismo africano de Nyerere, impulsó con éxito el FRELIMO, una coalición de tres organizaciones nacionalistas en la que Mondlane empleó sus considerables habilidades diplomáticas para superar los conflictos ideológicos y étnicos. El MPLA, el más marxista y prosoviético de todos, fue el que tuvo menos éxito en consolidarse como único partido nacionalista angoleño y tuvo que hacer frente a rivales

anticomunistas muy serios: el nacionalista étnico *Frente Nacional de Libertação de Angola* (FMLN), que representaba principalmente a la etnia bakongo, y la *União Nacional para a Independência Total de Angola* (UNITA) de Jonas Savimbi.[71]

A lo largo de la década de 1960 los tres partidos modernizadores —el angoleño MPLA, el guineano PAIGC y el mozambiqueño FRELIMO— se fueron radicalizando, marginando a los grupos tradicionalistas al tiempo que emprendían su propia versión de la guerra de guerrillas maoísta. El MPLA se desplazó hacia la izquierda en 1963 y en 1964 Cabral derrotó a los tradicionalistas del PAIGC, si bien su marxismo era relativamente poco dogmático; el FRELIMO no se incorporó plenamente al campo marxista hasta principios de la década de 1970.

También en Sudáfrica los comunistas desarrollaron un marxismo flexible para facilitar la colaboración con los nacionalistas africanos en la lucha contra el *apartheid*. El Partido Comunista de Sudáfrica (CPSA) llevaba mucho tiempo funcionando y en la década de 1920 había obtenido un notable éxito al atraer a sudafricanos negros,[72] pero en la de 1940 comprobó que su ideología proletaria tenía poco eco entre los obreros emigrados a las ciudades desde el campo.[73] La creciente militancia del Congreso Nacional Africano (ANC) y la prohibición por el gobierno del CPSA en 1950 le llevaron a repensar su doctrina. El nuevo partido clandestino, el Partido Comunista Sudafricano (SACP) constituido en 1953, declaraba que Sudáfrica sufría un «colonialismo de un tipo especial»: dado que no había una burguesía negra, tenía la posibilidad teórica de aliarse, sin traicionar su carácter «proletario», con nacionalistas no comunistas,[74] en particular con el ANC de Nelson

Mandela; de hecho, ambos partidos tenían miembros en común y decidieron formar una organización guerrillera conjunta, *Umkhonto we Sizwe* («Lanza de la Nación»), que comenzó una campaña de sabotajes en 1961. El SACP consiguió así, pese a su pequeña envergadura, ejercer una considerable influencia en la lucha contra el *apartheid*.

VII

A mediados de la década de 1960 el comunismo guerrillero promovido por Mao, Ho Chi Minh y el Che había obtenido, pues, una base en África —principalmente en las colonias portuguesas— pero en otros lugares se debatía por la supervivencia y no parecía ya la fuerza predominante del futuro como a finales de la década anterior. En aquella época eran mucho más fuertes en el Tercer Mundo los partidos comunistas más moderados dispuestos a colaborar con los nacionalistas de izquierda en un «frente unido»: el partido sudanés era el segundo del país, beneficiándose de su historial en la lucha por la independencia y con gran apoyo de estudiantes, campesinos y obreros (especialmente los ferroviarios).[75] A continuación venía el iraquí. Pero el mayor de todos era el Partido Comunista Indonesio dirigido por Dipa Aidit, que se había recuperado de la debacle javanesa de 1948 adoptando una política más moderada. Estableció una alianza con Sukarno y en 1965 tenía nada menos que tres millones y medio de miembros, a los que hay que sumar otros diecisiete millones, poco más o menos, de afiliados a los sindicatos y otras organizaciones de masas (de una

población de 110 millones de habitantes).[76]

Parecía, pues, que las grandes potencias podían sentirse satisfechas: el «Estado nacional democrático» soviético y la «Nueva Democracia» china obtenían dividendos en forma de apoyo de masas, mientras que Estados Unidos no tenía que preocuparse por una poderosa corriente revolucionaria. En realidad, sin embargo, las tres potencias estaban muy preocupadas por los «frentes unidos» del Tercer Mundo, porque su influencia global dependía en gran medida de líderes nacionalistas sobre los que no tenían un control directo y que podían pasarse al otro bando en cualquier momento.

Estados Unidos era el más descontento, lo que es comprensible dada la abierta simpatía de muchos líderes nacionalistas del Tercer Mundo por el bloque comunista, y desde finales de 1963, con Lyndon Johnson como presidente, Washington estaba absolutamente decidido a modificar el *statu quo*; varios miembros del gobierno habían concluido que el aliento de Kennedy a la «modernización» y la democracia parlamentaria habían sido contraproducentes y sólo había servido para favorecer a la izquierda, especialmente en Latinoamérica.[77] Parecía como si el comunismo estuviera avanzando poco a poco en el Tercer Mundo y Washington no podía arriesgarse a contemporizar; pero probablemente fue la personalidad peculiar de Johnson la que lo llevó a adoptar soluciones militares con más frecuencia que Kennedy; aunque sin duda estaba decidido a mejorar sus relaciones con la Unión Soviética, se sentía muy preocupado por el eventual menoscabo de Estados Unidos y por su propio prestigio personal. Uno de sus mayores temores era sufrir otra humillación como la «pérdida» de China o Cuba,[78] y por eso respondió muy

duramente a cualquier indicación de avance nacionalista de izquierdas.

Cualesquiera que fueran las razones para el cambio de política, durante la presidencia de Johnson se produjo una ofensiva estadounidense contra los gobiernos nacionalistas radicales en todo el Sur del planeta. Estados Unidos alentó los golpes de estado en Brasil (1964) y Ghana (1966), y en 1965 invadió la República Dominicana, ayudó a su cliente protegido Mobutu Sese Seko a derrotar a las insurgentes lumumbistas en el Congo-Léopoldville y recibió con agrado la deposición de Ben Bella en Argelia. Aquel mismo año Johnson respondió al deterioro de la situación de Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur enviando fuerzas terrestres e intensificando la campaña de bombardeos sobre el norte.

Pero el ataque más claro y más violento contra los «frentes unidos» en los que participaban los comunistas fue el que tuvo lugar en Indonesia. En 1963 Sukarno giró hacia la izquierda como respuesta al descontento popular por el hambre y el colapso económico, y molesto por el reconocimiento estadounidense de la independencia de Malasia. Reforzó su alianza con China en el exterior y con el PKI de Dipa Aidit —que desde principios de la década se había decantado por Beijing— en el interior. El PKI aprovechó su aumento de poder para iniciar una campaña de reducción de los arrendamientos a los campesinos, lo que a su vez suscitó una violenta reacción de los terratenientes y de las organizaciones musulmanas anticomunistas.[79] El PKI, que no contaba con una fuerza militar propia, se vio obligado a moderar aquella campaña y temía cada vez más la posibilidad de un golpe militar contra Sukarno, por lo que cuando un grupo de jóvenes oficiales del

ejército organizó su propio golpe contra los generales, el PKI probablemente les prestó ayuda, aunque los hechos permanecen todavía sin aclarar.[80] Los oficiales rebeldes fracasaron y el jefe máximo de la reserva estratégica del ejército, el general Suharto, se hizo con el control y emprendió una campaña de exterminio de los comunistas. Envió comandos para asesinar a los miembros y simpatizantes más conocidos del partido, aprovechando las tensiones sociales generadas por su campaña de reducción de los arrendamientos. Fueron destruidos pueblos enteros, y las estimaciones más serias de los investigadores sobre el número de víctimas oscilan entre doscientos mil y un millón de muertos.[81]

Los gobernantes estadounidenses contemplaron complacidos el final de Sukarno y apoyaron al general Suharto en su sanguinaria campaña contra el PKI, mientras que para el bloque comunista —y especialmente para la República Popular China— la destrucción del poderoso partido indonesio fue un desastre. Aquellos acontecimientos recordaban la masacre llevada a cabo por el Guomindang contra los comunistas chinos en Shangai en 1927, y del mismo modo que aquella catástrofe había llevado a Stalin a reconsiderar su estrategia de alianzas de «frente unido» con los nacionalistas «burgueses», los acontecimientos de Indonesia sembraron dudas sobre la colaboración impulsada por Zhou Enlai y Jruschov desde mediados de la década de 1950. Los dirigentes soviéticos habían puesto ya en duda desde hacía algún tiempo aquella estrategia: la idea optimista de Jruschov de que el apoyo a los dirigentes nacionalistas de izquierda posibilitaría una transición gradual al socialismo de estilo soviético era claramente falsa; la Unión Soviética había malgastado tiempo y recursos preciosos en su

apoyo a líderes como Nasser, que más tarde se habían vuelto contra sus benefactores. Hasta su relación con Castro se había enfriado y las sucesivas derrotas en Argelia, Indonesia y Ghana no hicieron más que reforzar la convicción de los dirigentes soviéticos de que tenían que cambiar de planteamiento. También los dirigentes chinos, que tenían relaciones particularmente estrechas con los comunistas argelinos e indonesios, se sintieron parecidamente decepcionados.

La respuesta de las dos grandes potencias comunistas fue retirarse del Tercer Mundo durante un breve período, pero por diferentes razones. El PCCh se vio cada vez más absorbido en la política interna y en su propia Revolución Cultural, como consecuencia de la cual su política exterior se hizo estridente, intransigente e ineficaz, mientras que en la URSS la caída de Jruschov había desacreditado las aventuras en el Tercer Mundo y Leonid Brezhniev sentía poco interés por ellas. Cuando a finales de la década de 1960 la Unión Soviética reanudó su ataque contra la «burguesía» global, lo hizo abandonando la fe de Jruschov en las alianzas de estilo «frente unido» en favor del marxismo-leninismo ortodoxo.

VIII

Tras su fracaso en el Congo el Che Guevara abandonó África, buscando nuevas oportunidades revolucionarias en Latinoamérica. Regresó a Bolivia, por donde había viajado cuando era joven, y trató de aplicar allí su teoría *foquista* de la guerra de guerrillas, pero el resultado fue, como cabía esperar,

un rotundo fracaso: en octubre de 1967 fue localizado, atrapado y asesinado por el ejército boliviano con la ayuda de la CIA. Su cadáver fue mostrado a los periodistas en un último intento de demostrar que tanto él como el comunismo guerrillero que tanto temían los estadounidenses estaban realmente muertos. Walt Rostow escribió una triunfante carta a Johnson en la que decía que la muerte del Che «culmina la desaparición de otros revolucionarios románticos y agresivos como Sukarno, Nkrumah, Ben Bella … Muestra la fiabilidad de nuestra "medicina preventiva" suministrada a los países que afrontan una insurgencia incipiente».[82]

Pero el Che iba a seguir siendo después de muerto tan poderoso como vivo, si no más. Muchos señalaban el parecido entre la fotografía que le tomó Freddy Alborta en Vallegrande, con su cabello y su barba enmarañados, su tez pálida y su rostro demacrado, y el *Cristo muerto* de Mantegna; y en una extraña reedición de su pequeño negocio juvenil con la imagen del Cristo Negro de Esquipulas, también de él se guardaron reliquias: las mujeres del lugar cortaban rizos de su pelo y las atesoraban como encantamiento. El régimen cubano aprovechó el culto del nuevo mártir revolucionario y la imagen del Che —especialmente la famosa fotografía de Alberto Korda en 1960 en la que el Che mira decidido hacia lo lejos— se convirtió en un pujante símbolo durante las revueltas estudiantiles de finales de los años sesenta y principios de los setenta. La canción de 1965 con ocasión de la partida del Che de Cuba, «Hasta siempre, comandante», cantada entre otros por la folclorista estadounidense Joan Báez, también se convirtió en un himno popular de la izquierda radical.

El idealismo de finales de los años cincuenta y principios de

los sesenta, representado por el Che, iba a seguir siendo una poderosa fuerza durante las rebeliones de finales de la década de 1960, como se verá en el capítulo 11; pero en cierta forma Rostow tenía razón: la muerte del Che indicaba que la época romántica estaba llegando a su fin, al menos en las capitales de las superpotencias. Por diferente que fuera su política, Jruschov, Mao, Tito, el Che e incluso Kennedy creían que estaban llevando a cabo un combate ideológico por los corazones y las mentes, pero desde mediados de la década de 1960 los hombres de estado en Moscú y Washington habían concluido que se hallaban en una época mucho más peligrosa que exigía, no cuerpos de paz o *focos* guerrilleros, sino ejércitos tradicionales y partidos de vanguardia. Y en Moscú ese pensamiento conservador se vio reforzado por un desafío revolucionario dentro del propio bloque comunista: la «Primavera de Praga» de 1968.

10

Zastoi («Estancamiento»)

I

El 21 de agosto de 1968, mientras los tanques soviéticos y de otros países del pacto de Varsovia invadían Checoslovaquia, el líder rumano Nicolae Ceauşescu se dirigió a una multitud de 100.000 personas desde la balconada del edificio del Comité Central del partido en Bucarest. La Unión Soviética —declaró— había cometido una agresión y Rumanía no enviaría sus tropas junto a las de sus aliados del pacto de Varsovia. Su anuncio fue recibido con gritos de aprobación y su actitud parecía muy audaz, ya que parecía arriesgarse a que la invasión soviética se ampliara a Rumanía. Ceauşescu y Alexander Dubcek dirigían los regímenes comunistas más populares de Europa oriental. Sin embargo, su coincidencia resultaba bastante extraña en términos ideológicos, ya que mientras que los comunistas de la «Primavera de Praga» parecían haber optado por una forma de comunismo más liberal, tan sólo un año antes Ceauşescu había abandonado un paquete de reformas mucho más moderado y al cabo de pocos años iba a presidir uno de los

regímenes más autoritarios de Europa oriental. Los aplausos y alabanzas de que disfrutaba no se debían, pues, a una relajación del régimen sino al reconocimiento de su valor patriótico al hacer frente desde la pequeña Rumanía al gran vecino soviético.

El drama de agosto de 1968 ponía al descubierto la crisis del bloque comunista tras los sucesivos fracasos de Tito, Jruschov y Mao en sus intentos de revitalizar el comunismo mediante diversas formas marxistas de «democracia» que combinaban en distinta proporción el radicalismo militante con la movilización dirigida por el partido. ¿Cuál era el camino a seguir? El bloque se fragmentó: algunos países, como Rumanía, se aferraron a una versión más o menos dura del estalinismo tardío, junto con la movilización y una severa austeridad, envuelta, eso sí, en los colores nacionales. En el otro extremo, comunistas como Dubcek buscaban un marxismo más pragmático e incluso liberal, con concesiones al mercado y el pluralismo. A mediados de la década de 1960 la Unión Soviética también trató de liberalizar en cierta medida su economía; pero aquel experimento duró poco y la Primavera de Praga se lo llevó por delante. Al finalizar la década, la naturaleza del bloque soviético quedaba reflejada en la imagen de los tanques entrando en Praga. El sistema había perdido el dinamismo que tuvo en otro tiempo y ahora dedicaba sus energías a estabilizarse a cualquier precio.

II

En 1974 un crítico literario rumano, Edgar Papu, escribió un

artículo en la revista *Secolul 20* («Siglo XX») en el que presentaba una teoría un tanto extravagante que denominaba «protocronismo rumano», según la cual a lo largo de la historia los movimientos y estilos literarios que comúnmente se creían de origen occidental —el Barroco, el Romanticismo o las ideas estilísticas de Flaubert o Ibsen— se habían dado previamente en la literatura rumana. El protocronismo se hizo enormemente popular en la cultura rumana durante las décadas de 1970 y 1980 y fue respaldado por el propio Ceauşescu.[1]

En la Unión Soviética se había dado un fenómeno similar con las proclamaciones, a finales de la década de 1940, de que los auténticos inventores del teléfono y la bombilla eléctrica eran rusos, y su reaparición en Rumanía no era casual, ya que la versión del estalinismo tardío puesta en práctica por Ceauşescu conllevaba los mismos elementos: la jerarquización y disciplina se insertaba en la combinación de la industrialización económica con una ideología nacionalista. Esa misma estrategia se siguió en Albania, otro país no eslavo al otro lado de los Balcanes, que también era hasta entonces fundamentalmente agrario; tanto Albania como Rumanía quedaban alejadas de Europa central y las dificultades y escasa rentabilidad de una eventual invasión soviética les daban cierto margen de maniobra; los partidos gobernantes en ambos países veían la Unión Soviética de Briezhniev como una nueva potencia imperialista y una amenaza para su autonomía nacional.

¿De dónde provenía aquella opinión tan extraña y contraria al sentido común? ¿No era Stalin más imperialista que Jruschov o Briezhniev? De hecho, Jruschov se había esforzado por infundir un nuevo espíritu de fraternidad en el imperio estalinista, dando mayor libertad a los partidos comunistas

locales, mientras que Stalin trataba a sus dirigentes como vasallos de una corte patrimonial cuyas visitas a Moscú, a las que raramente se daba publicidad, eran casi asuntos privados. Ahora la relación era mucho más igualitaria, se les trataba como auténticos Jefes de Estado y se les ahorraban las humillaciones y sesiones de danza tras los banquetes de la corte estalinista. Jruschov también abolió los horarios nocturnos de Stalin. Cierto es que los soviéticos seguían ejerciendo un control directo sobre los ejércitos y los servicios de seguridad de sus satélites y les habían dejado claro que había límites que no se podían cruzar: el capitalismo y un sistema multipartidista estaban fuera de cuestión. Pero la reconciliación de Jruschov con Tito en 1956 marcó una importante hito. Los soviéticos ahora aceptaban que las ambiciones estalinistas de un bloque monolítico eran cosa del pasado. Como declaraban ahora, «las vías del desarrollo socialista varían según el país y las condiciones que prevalecen en él».[2]

La lógica económica del bloque también se había modificado con Jruschov en una dirección menos imperialista. La antigua explotación dio paso a las subvenciones.[3] A finales de la década de 1950 era la URSS la que transfería riqueza a sus satélites y no al contrario, muy en particular cuando Jruschov concedió a János Kádár una ayuda de 860 millones de rublos para evitar el hundimiento del régimen húngaro durante la oleada de huelgas de 1956-1957. Esas subvenciones aumentaron con el tiempo y durante las décadas de 1970 y 1980 se convirtieron en un serio lastre para la economía soviética.

Al mismo tiempo, sin embargo, Jruschov comenzó a tomarse más en serio la economía del bloque soviético. No estaba satisfecho con el colchón o glacis vagamente articulado de

estados satélites militarizados de Stalin; inspirado por el ejemplo de la Comunidad Económica Europea fundada con el tratado de Roma de 1957, Jruschov trató de crear algo más ambicioso, introduciendo a principios de la década de 1960 en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) el principio de la «división socialista del trabajo», con el que se alentaba a las distintas economías nacionales a concentrarse en áreas en las que disfrutaran de una ventaja comparativa; pero a los países más pobres esa idea les parecía imperialista. Puede que Stalin hubiera practicado un saqueo imperialista en los países más desarrollados de Europa central, pero para los países agrarios del sureste de Europa la economía planificada había supuesto el inicio de una vía hacia la riqueza y la independencia. Desde su punto de vista, la propuesta de Jruschov de que se limitaran a producir alimentos y materias primas para las necesidades de la economía soviética parecía condenarlos para siempre a una dependencia agraria empobrecida y una inferioridad permanente, suministrando alimentos al norte más rico.

Era muy lógico que los comunistas rumanos recurrieran al nacionalismo, porque sus raíces políticas eran mucho menos profundas que en otros países.[4] La mayoría de sus dirigentes durante el período de entreguerras provenía de las minorías étnicas de Rumanía (muchos de ellos eran judíos), y cuando llegaron al poder sentían una intensa necesidad de conseguir cierto apoyo de la mayoría de la población. Al final, en 1952, se hizo con la dirección suprema el antiguo ferroviario y hábil manipulador Georghiu-Dej, étnicamente rumano, desplazando y purgando a la facción «promoscovita» de la dirigente judía Ana Pauker. Hasta la muerte de Stalin, Georghiu-Dej siguió una línea servilmente prosoviética, pero la denuncia de Jruschov

en 1956 lo debilitó y recurrió entonces al nacionalismo para apuntalar su régimen. El *Partidul Muncitoresc Român* (Partido Obrero Rumano), que carecía de una capa intermedia sólida de dirigentes, dependía cada vez más de funcionarios nacionalistas. La historia reciente de Rumanía era muy traumática: había sido duramente bombardeada, muchos de sus ciudadanos judíos habían muerto, así como cientos de miles de rumanos luchando junto a los alemanes, y había perdido para siempre una parte sustancial de su territorio, Besarabia —incorporada a la URSS como RSS de Moldavia—, lo que dio lugar a importantes traslados de población. No es, pues, de extrañar que las cuestiones de estatus e integridad nacional fueran decisivas hasta para los comunistas.

Georghiu-Dej comenzó a distanciar gradualmente a Rumanía de la Unión Soviética, negociando en 1958 la retirada del ejército soviético y negándose a tomar partido en la disputa chino-soviética. La ruptura final llegó en 1962 cuando Jruschov trató de impulsar su nueva división del trabajo en el CAME. El gobierno rumano respondió haciendo pública en 1964 una «declaración de autonomía» y comenzó a desarrollar una política exterior independiente (aunque sin salirse del pacto de Varsovia) estableciendo vínculos con Yugoslavia, Francia e incluso con Estados Unidos. A la muerte de Georghiu-Dej al año siguiente, su sucesor Ceauşescu mantuvo su línea nacionalista, justificándola con una ideología cada vez más chovinista.

Ceauşescu, nacido en 1918, provenía de una familia de campesinos pobres étnicamente rumanos y había empezado a trabajar como aprendiz de zapatero a la edad de once años, por lo que su formación era escasa, pero a los quince años entró a formar parte del Partido Comunista y del Comité Antifascista

que éste dirigía, fue encarcelado varias veces y en prisión recibió cierta formación marxista y se integró en la facción de Georghiu-Dej. Al convertirse en 1965 en secretario general del partido, rebautizado como *Partidul Comunist Român*, parecía que podía combinar el nacionalismo prevaleciente con cierta liberalización cultural y económica, y de hecho trató de obtener el apoyo de los intelectuales mediante una limitada relajación cultural; pero no duró mucho tiempo. Estaba muy decidido a promover el desarrollo de la industria pesada y recordaba las palabras del historiador del siglo XIX A. D. Xenopol —«dedicarse únicamente a la agricultura es … convertirnos para siempre en esclavos del extranjero»—, con las que muchos estaban de acuerdo.[5] Por otra parte, la Primavera de Praga convenció a Ceauşescu de los peligros de las reformas políticas liberales y la popularidad de su oposición a la invasión soviética demostraba el arraigo del nacionalismo rumano.

El X Congreso del partido en 1969, en el que Ceauşescu pronunció un discurso maratoniano de cinco horas y media (cada media hora un camarero con chaquetilla blanca le traía un vaso de agua), marcó el comienzo de su control total del partido y el inicio de un culto a su personalidad excepcionalmente extravagante.[6] En 1974 se le comparaba con Julio César, Alejandro Magno, Pericles, Pedro el Grande y Napoleón.[7] En muchos sentidos era sólo una versión más extremada del culto dual a Tito, que lo convertía en un revolucionario ascético para los miembros del partido y un nuevo rey para el campesinado. La principal diferencia era la promoción de varios de sus parientes para ocupar altos puestos y el de su mujer Elena al más alto rango, en un gesto típicamente monárquico; como decía un chiste de la época, si Stalin había creado el socialismo en un solo

país, Ceauşescu había establecido el socialismo en una sola familia. Las virtudes de Elena Ceauşescu, de soltera Petrescu, no eran sólo matrimoniales sino también científicas. Hizo carrera como investigadora química y desde la década de 1970 la «Académica Doctora Ingeniera Elena Ceauşescu» (a la que los impertinentes se referían simplemente con el acrónimo «Adie») [8] era descrita como «eminente personaje de la ciencia rumana e internacional»; también se le atribuía el descubrimiento de un importante polímero, aunque cuando se le pedía que hablara en público de sus investigaciones se quedaba misteriosamente silente.

Al igual que otros líderes comunistas de los países balcánicos, Ceauşescu emitía, pues, una mezcla ecléctica de mensajes políticos: monárquico, científico y comunista. Hasta flirteó durante un breve período con el maoísmo, visitando China en 1971, aunque su principal objetivo al hacerlo era dejar bien sentada su independencia de Moscú; pero por encima de todos esos atributos contradictorios de la ideología comunista rumana estaba el nacionalismo étnico. En la década de 1970 Ceauşescu propuso la creación de un estado étnicamente homogéneo y alentó a los judíos a emigrar, e igualmente a los alemanes (el precio lo pagaba el gobierno de la RFA), al tiempo que se intentaba asimilar a los resentidos húngaros. El chovinismo de Ceauşescu era evidentemente difícil de conciliar con el marxismo, aunque los rumanos hicieron cuanto pudieron al respecto, recurriendo a algunas oscuras notas de Marx que parecían respaldar la reclamación rumana de Besarabia;[9] pero al parecer era muy popular y el régimen tuvo un notable éxito en cuanto a atraer a los intelectuales a su causa.

Al otro lado de los Balcanes, los comunistas albaneses no

eran partidarios de un nacionalismo étnico tan primario y se interesaban poco, por ejemplo, por los derechos de la minoría albanesa kosovar en Yugoslavia; pero, al igual que los rumanos, recurrían con gusto al modelo estalinista como forma de reforzar la cohesión nacional.

Su líder Enver Hoxha, nacido en 1908, diez años antes que Ceauşescu, era hijo de un pequeño comerciante del sur de Albania pero al parecer ejerció más influencia sobre él su tío Hysen, un viejo patriota albanés que le inculcó una fe ardiente en el «albanismo». En 1930 obtuvo una beca del gobierno para estudiar ciencias en la Universidad de Montpellier, de la que pasó a la Sorbona para estudiar filosofía y luego a la de Bruselas. Fue uno de los muchos líderes del mundo subdesarrollado —como Ho Chi Minh, Zhou Enlai o Pol Pot— introducidos por el PCF en la cultura comunista, que le llevó a ver el estalinismo como una solución para el retraso de Albania. Cuando regresó a su país en 1936 enseñó francés durante un breve período, pero se negó a unirse al partido fascista durante la ocupación italiana y fue despedido, por lo que abrió un pequeño comercio de tabaco que en realidad funcionaba como cobertura de actividades políticas ilegales.

Hoxha tenía facilidad de palabra y gran confianza en sí mismo, y al igual que a Tito le gustaba vestir bien; de hecho, la competencia en ese terreno desempeñó al parecer cierto papel en su conflicto con el igualmente presumido Tito: cuando lo visitó en junio de 1946 lo afrentaron su arrogancia y su actitud «altanera» y seguramente envidió su extravagancia, sus residencias palaciegas y su uniforme blanco y oro. Tanto él como sus compatriotas albaneses se sintieron humillados y menospreciados, así que mientras Tito se quejaba del trato

imperialista soviético, Hoxha lo veía como el auténtico imperialista. Los intentos yugoslavos de dominar la región deterioraron aún más la relación y Albania entera se sintió complacida cuando se produjo la ruptura entre Stalin y Tito en 1948; también, inevitablemente, el acercamiento soviético-yugoslavo de 1955 enfrió las relaciones albanesas con la Unión Soviética y Hoxha se indignó con el intento de Jruschov, tal como él lo veía, de condenar a Albania a un estatus agrícola subalterno dentro del CAME. La ruptura formal se produjo en 1961, cuando Hoxha denunció a Jruschov, con un lenguaje muy insultante, como «el mayor charlatán y payaso contrarrevolucionario que el mundo ha conocido nunca».[10] Aquel mismo año se inició en Albania un programa intensivo de industrialización con el Tercer Plan Quinquenal y la producción industrial aumentó del 18,2 por 100 de la renta nacional en 1960 a un impresionante 43,3 por 100 en 1985.

Hoxha añadió varios elementos a su estalinismo ortodoxo: el primero era la política étnica y de clanes; el partido favorecía sistemáticamente a los toskos del Sur, hasta entonces discriminados, frente a los guegos del Norte. Pero Hoxha estaba también estrechamente vinculado con un grupo muy cerrado de clanes: de los 61 miembros del Comité Central en 1961, 10 eran parejas (incluidos Hoxha y su mujer), y otros 20 estaban relacionados con ellos como yernos o primos.[11] En evidente contraste con esta política «tribal» estaba la adhesión al maoísmo manifestada durante la década de 1960, cuando Albania y China establecieron una de las alianzas políticas más curiosas de la época, si bien el «maoísmo» de Hoxha estaba más próximo en espíritu al estalinismo tardío que al radicalismo de Mao, cuyas obras utilizaba principalmente para justificar sus purgas, si bien

compartía su talento y gusto por las invectivas vitriólicas. Sus campañas eran, no obstante, mucho más controladas, sin apenas asomos del populismo de Mao.

Pero el más firme en su estalinismo era sin duda Kim Il-sung. Tras el final de la guerra de Corea y la muerte de Stalin la influencia soviética directa sobre Corea del Norte declinó, pero su dirección siguió utilizando los métodos estalinistas, combinados con tradiciones japonesas e indígenas en cuanto a los objetivos nacionalistas. La guerra de Corea había dejado una profunda herida no cicatrizada, la frontera que separaba el norte y el sur, y Kim Il-sung afrontaba la amenaza que suponía para su país el Sur respaldado por Estados Unidos y no renunciaba a la reunificación bajo su mandato. Tras el fin de la guerra surgió en la dirección coreana una «derecha» tecnocrática que proponía una economía más equilibrada y orientada hacia el consumo, pero fue pronto derrotada y purgada. Kim Il-sung insistía en la acumulación industrial y militar bajo el eslogan «¡Las armas en una mano y la hoz y el martillo en la otra!».[12] No estaba claro cómo se podían manejar con una sola mano a la vez una hoz y un martillo, pero en 1958 —el año del Gran Salto Adelante en China— Kim creía que una movilización del estilo de la «Gran Ruptura» podía superar todos los obstáculos. La llamó la campaña «Chollima», con el nombre de un caballo alado mágico de la mitología coreana que podía cubrir distancias extraordinarias a gran velocidad.

Kim Il-sung estaba preocupado no sólo por las amenazas del sur capitalista sino también por el eventual deterioro de sus relaciones con sus vecinos comunistas del norte —la Unión Soviética y China—, por lo que durante los turbulentos años de finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, cuando

las críticas de Jruschov a Stalin lo dejaron peligrosamente expuesto, estaba decidido a reforzar sus defensas. Tratando de independizarse de los virajes políticos en el bloque comunista, en 1955 comenzó a relativizar el marxismo- leninismo, convirtiendo en nueva ideología del régimen su filosofía autárquica *juche* (lo que se suele traducir como «autosuficiencia»). *Juche*, de hecho, significa basarse en las propias fuerzas, y su principal enemigo es el «flunkeyismo» (literalmente «actitud servil ante el poderoso»), esto es, la prosternación ante los extranjeros y su cultura. Reproducía así la concepción estalinista del crimen de «servilismo hacia Occidente», pero esta vez el blanco eran los propios rusos. Kim criticó a «los poetas que adoran a Pushkin y los músicos que idolatran a Chaikovski»; según él, «el flunkeyismo estaba tan en boga que algunos artistas pintaban paisajes extranjeros en lugar de nuestras bellas montañas y ríos»; se sintió particularmente ultrajado al encontrar un retrato de un oso siberiano en un hospital local.[13] Sus antiguas relaciones con los soviéticos y el Ejército Rojo quedaron prácticamente borradas y se modificó la biografía oficial de Kim Jong-il, diciendo ahora que había nacido en Corea y no en la Unión Soviética. Al parecer Yuri Irsenovich Kim no había existido nunca.

Kim Il-sung desarrolló la idea *juche* durante las tensiones con la Unión Soviética a principios de la década de 1960; pero más tarde, durante la Revolución Cultural, la amenaza más seria parecía provenir de China. En 1967 los guardias rojos radicales, que veían en Corea del Norte el comunismo «feudal» que estaban tan ansiosos por extirpar, comenzaron a criticar a Kim por no ser lo bastante antisoviético y a condenar su régimen como «revisionista» y corrupto, mientras en la frontera chino-

coreana amenazaba estallar un conflicto.

Kim respondió emulando ciertos aspectos del culto maoísta a la personalidad. Se esperaba que los norcoreanos mostraran la misma apasionada adhesión emocional al «gran líder» que los guardias rojos a Mao. Sin embargo, King nunca copió las movilizaciones populistas caóticas de la China maoísta. De hecho en Corea del Norte se ha mantenido un estricto orden jerárquico: según una mordaz ocurrencia coreana, la población se divide en «tomates», rojos hasta la médula; «manzanas», rojas sólo a la vista pero susceptibles de mejora ideológica, y «uvas» sin posibilidad de redención. El origen de clase (*songbun*) sigue desempeñando un gran papel en la sociedad coreana: la «clase central» más alta está formada principalmente por vástagos de los obreros y campesinos comunistas de las décadas de 1940 y 1950, con buenos empleos; los miembros de la «clase titubeante» tienen oportunidades para obtener un ascenso, por ejemplo a través del ejército; mientras que los de las «clases hostiles» se ven muy marginados, con empleos mal pagados. Sin embargo, los observadores extranjeros no se ponen de acuerdo sobre la influencia del *songbun* y la capacidad del pueblo para esquivarlo, como sucede con muchos otros aspectos de aquella sociedad misteriosa y aislada.[14]

La jerarquización social se ha visto reforzada por los controles ideológicos y la población sigue siendo tratada como un ejército laboral. La vida era y sigue siendo dura. En general los norcoreanos tienen que salir de casa a las 7 de la mañana, acudir a sesiones de estudio y reuniones entre las 8 y las 9, trabajar durante ocho horas con un período de descanso de tres horas a mediodía, y luego acudir a más sesiones de estudio y autocrítica hasta las 10 de la noche (excepto las madres con hijos

pequeños, que están exentas) regresando a casa entre las 10 y las 11 de la noche. El modelo militar se extiende a todos los aspectos de la vida cotidiana. Cada año, con ocasión del cumpleaños de Kim, todos reciben ropa nueva en consonancia con su trabajo y su posición, y aunque hay sutiles diferencias de calidad según el rango, los estilos son todos muy similares, lo que crea una extraordinaria uniformidad. También son de calidad mediocre, muchos de ellos hechos con «vinalón» o «fibra *juche*», una fibra sintética fabricada en el país a partir de antracita y caliza. Ciertos alimentos siguen racionados y las sequías, junto con la mala gestión agrícola y las exportaciones de grano para obtener moneda extranjera, han provocado frecuentes escaseces e incluso hambrunas.[15]

Aun así, y pese a esos inconvenientes, el régimen ha sobrevivido. Tras la Revolución Cultural las relaciones con la República Popular China mejoraron y la República Popular Democrática de Corea obtuvo cierto reconocimiento internacional, manteniéndose su régimen notablemente estable. Los desertores hablan de insatisfacción, especialmente entre los grupos sociales menos favorecidos por sistema *songbun*, pero existe un significativo grupo privilegiado que se beneficia del régimen. Las credenciales nacionalistas de éste, su voluntad de preservar su aislamiento del resto del mundo, la omnipresencia del estado y el poder del culto al líder —ahora Kim Jong-il— han contribuido a su supervivencia, pese a un severo deterioro del nivel de vida.

Esos tres regímenes periféricos del continente euroasiático comprobaron que podían utilizar sus propias versiones del estalinismo tardío como salvaguardia de su derrotero nacionalista; pero la mayoría de los países del centro y este de

Europa se desplazaba justo en la dirección opuesta. Mientras las relaciones entre Oriente y Occidente mejoraban gradualmente a partir de la década de 1960, los fracasos del comunismo romántico de Jruschov lo dejaron expuesto a la influencia del mercado y el mundo capitalista.

III

La segunda parte de la novela *La broma* de Milan Kundera transcurre durante los años sesenta. Tras cumplir su condena en el batallón minero de trabajos forzados, Ludvik se ha convertido en un científico de éxito en un instituto de investigación. Llega una periodista para entrevistarlo sobre su trabajo y resulta ser Helena, casada con su antiguo amigo Pavel Zemanek, el jefe del partido que más empeño había puesto en su expulsión. Ludvik, todavía amargado, decide vengarse seduciendo a Helena y destruyendo su matrimonio; pero si bien consigue su primer propósito, no hiere con ello a Pavel, que tiene una amante y contempla complacido la partida de Helena. Ludvik también descubre que Pavel se ha convertido en un reformista muy popular. Su broma cruel contra él acaba perjudicándole de nuevo. En un último encuentro con su viejo amigo Jaroslav, entusiasta del folclore, comprueba en un festival distorsionado —la «cabalgata del rey»— que la tradición folclórica eslava, ahora incautada por el régimen, ha quedado vacía de sentido; se ha convertido en un vulgar entretenimiento *kitsch* que observan boquiabiertos unos adolescentes que no entienden nada. Aunque a Ludvik y Jaroslav les alivie temporalmente la música

que tanto aman, su breve solaz concluye con la muerte del segundo de un ataque al corazón.

Ludvik vuelve a ser víctima de su incomprensión del mundo que lo rodea y más en general de la incapacidad de la humanidad para controlar la evolución de los acontecimientos. Su primera «burla» fracasó porque no entendía el puritanismo de finales de la década de 1940, mientras que la segunda fracasa porque no capta cuánto han decaído esos ideales veinte años después. El matrimonio entre Helena y Pavel, que comenzó como una unión comunista ideal, es una farsa. La tradición folclórica ha sido profundamente corrompida por el estado. Ludvik descubre que un mundo sin valores es tan aborrecible como el goce intolerante de las masas.

Kundera captó así, a mediados de la década de 1960, los cambios que se habían producido en Europa oriental desde la muerte de Stalin. En la mayoría de los países del bloque, el entusiasmo aterradoramente idealista de finales de la década de 1940 había dado paso a una época menos represiva pero más cínica. Los levantamientos de mediados de la década siguiente habían obligado a varios regímenes socialistas a abandonar el estalinismo duro y con ello habían conseguido cierta estabilidad. Sin embargo, ahora que habían renunciado a sus antiguas ambiciones, existía el peligro de que se convirtieran simplemente en versiones más deprimentes y menos exitosas de sus homólogos occidentales.

Inmediatamente después de la convulsión de 1956 parecía como si el bloque oriental pudiera verse sometido a nuevas campañas de depuración revolucionaria. Jruschov era sensible a las críticas chinas y la Conferencia de los partidos comunistas en Moscú en 1957 lanzó un nuevo impulso colectivista en el

campo tras la breve pausa que sucedió a la muerte de Stalin. Excepto en Polonia, donde Gomułka se las apañó para desecharla totalmente, en la mayoría de los países de Europa oriental la colectivización prosiguió hasta principios de la década de 1960. Sin embargo aquélla iba a ser la última bocanada de optimismo ideológico en la región. Nunca se volvería a ver tal avance concertado en la ruta hacia el comunismo.

El relajamiento de las riendas imperiales aportó mucha mayor diversidad a Europa oriental a finales de la década de 1950 y durante la de 1960. Mientras que Yugoslavia, Rumanía y Albania habían escapado al control soviético, incluso dentro de su esfera de influencia las diferencias eran amplias, abarcando un espectro que iba desde el relativo liberalismo de Hungría hasta el anquilosamiento de Bulgaria. Pero bajo la superficie todas las variantes se parecían en un aspecto: los partidos comunistas de toda la región estaban en retirada y se veían obligados a convertirse en algo diferente. Las milicias o guerrillas igualitarias del primer plan quinquenal soviético y del Gran Salto Adelante en China no habían sido nunca un modelo a seguir en Europa oriental, pero ni siquiera parecían ya adecuados los ejércitos más disciplinados del estalinismo tardío. Un funcionario húngaro del partido, entrevistado en 1988, planteaba claramente el problema:

> Heredamos aquella estructura cuando volver a poner en pie este país era realmente un objetivo parecido al de una guerra, que requería una gran concentración de voluntad y fuerza por parte del partido y sólo era posible si éste funcionaba con puntualidad y disciplina militar. Ahora su mayor problema es la paz, no otras tareas. Pero resulta que somos tropas de combate y no hay guerra que librar … de forma que para los problemas actuales el partido es como un elefante en una cacharrería. Se mueve en todas direcciones y lo derriba todo, empeñado en batallar aunque los problemas son muy distintos desde hace tiempo.[16]

Los restantes elementos radicales del estalinismo tardío fueron abandonados en favor de la tecnocracia y el mercado rampante. La mayoría de los miembros del partido eran ahora profesionales y gestores más que obreros. En 1946 sólo el 10,3 por 100 de los comunistas yugoslavos eran trabajadores de cuello blanco; en 1968 la proporción se había más que cuadruplicado, hasta llegar al 43,8 por 100.[17] La policía secreta seguía en pie, pero actuaba de forma menos ostensible.

Las autoridades comunistas también comenzaron a relajar sus esfuerzos por remodelar a la población y crear el nuevo hombre socialista, tratando más bien de establecer un *modus vivendi* razonable con el resto de la sociedad. La primera renegociación afectó a la clase obrera industrial, la fuerza más rebelde y amenazadora. Se abandonó el empeño estalinista en amedrentarla para aumentar la productividad, y la influyente capa de los obreros varones especializados de la industria pesada fue sobornada con ingresos que se aproximaban a los de los empleados de cuello blanco. Así pues, la retórica obrerista de esos regímenes, tan evidentemente hipócrita durante el período estalinista, comenzó rápidamente a cobrar sentido; pero como veremos, esas concesiones tuvieron su contrapartida negativa. Las fábricas eran cada vez menos productivas y la oposición a las reformas de mercado más resistente. Las concesiones también alimentaron el resentimiento de los profesionales, a quienes les parecía que no se reconocían suficientemente sus estudios.

Los partidos comunistas también se replegaron ante la resistencia de los campesinos propietarios. En Yugoslavia y Polonia se abandonó para siempre la colectivización agraria, pero incluso donde ésta se mantuvo, se intentó acomodarla con

las explotaciones campesinas tradicionales. Las parcelas privadas aumentaron y pronto contribuyeron de forma importante al abastecimiento de alimentos.

También volvió a florecer la religión. Las iglesias (y las mezquitas en Bosnia) ya no eran tratadas como intrínsecamente anticomunistas. La Iglesia Católica polaca salió particularmente bien parada de la crisis de 1956 y se convirtió en una fuerza importante con un alto grado de autonomía. En 1958 el gobierno de la RDA trató de llegar a un acuerdo con las influyentes iglesias protestantes, y en Hungría Kádár lo alcanzó con el Vaticano en 1964. Sin embargo, los comunistas nunca hicieron totalmente las paces con Dios. Las relaciones con las iglesias eran siempre tensas y éstas estaban plagadas de espías e informadores infiltrados. Sólo en Rumanía siguió Georghiu-Dej la estrategia aplicada por Stalin durante la guerra de incorporar al régimen a la Iglesia Ortodoxa; en 1971 su sucesor Ceauşescu incluyó imágenes medievales del protomártir cristiano san Esteban en los sellos de correo rumanos.[18]

Pero quizá los mayores beneficiarios del repliegue —al menos durante un tiempo— fueron las clases medias urbanas; la primera mitad de la década de 1960 fue uno de los períodos más aperturistas de la era comunista. La segunda denuncia de Stalin por parte de Jruschov, aún más directa, en el XXII Congreso del PCUS en octubre de 1961 resonó en toda la esfera de influencia soviética. Hasta en la apenas desestalinizada Bulgaria se podía leer —por poco tiempo— a Solzhenitsin o a Kafka. Sólo en Polonia se invirtió la tendencia: tras un breve período de aperturismo en 1956-1957, en el que Gomułka permitió incluso la competencia entre candidatos diversos en las elecciones parlamentarias, el partido se endureció, atrincherándose en el

antiintelectualismo y el antisemitismo.

Pero si los partidos comunistas se replegaban y ya no se tomaban en serio la creación de un comunismo pleno, ¿qué diablos pretendían sus miembros? ¿Cómo podían justificar su monopolio del poder ante la población o ante sí mismos? El nacionalismo formaba parte del repertorio comunista desde hacía tiempo y el régimen polaco lo abrazó todavía más estrechamente a partir de 1956; pero también el nacionalismo podría ser peligroso. El polaco, por ejemplo, estaba fuertemente ligado al catolicismo anticomunista y al sentimiento antirruso; el húngaro era difícil de desvincular de antiguas reclamaciones irredentistas de los territorios perdidos en la primera guerra mundial —reclamaciones evidentemente inaceptables para sus nuevos vecinos socialistas—; y en la RDA el nacionalismo estaba irremediablemente contaminado por el nazismo. En los países multiétnicos como Yugoslavia y Checoslovaquia (y la propia Unión Soviética), lejos de reforzar la cohesión, el nacionalismo podía ser peligrosamente corrosivo. Los eslovenos y croatas veían cada vez más la República Federal Popular (a partir de 1963, Socialista) de Yugoslavia como un proyecto serbio y durante la década de 1960 optaron cada vez más claramente por la liberalización, mientras que los eslovacos descontentos por el predominio checo contribuyeron poderosamente a la eclosión de la Primavera de Praga en 1968.

Pero en la mayor parte del bloque soviético la alternativa real a la movilización radical/romántica del pasado fue la promesa de promover el consumo. Los gobernantes, abandonando el proyecto utópico de construcción del paraíso comunista con el que pretendían justificar el sacrificio y la austeridad, proclamaban ahora que eran la gente más capaz para

elevar el nivel de vida y distribuirlo equitativamente. El «comunismo» que Jruschov había prometido que se alcanzaría en 1980 se reinterpretaba ahora como una sociedad de plenitud material más que como un edén marxista de creatividad.

Los esfuerzos para complacer al consumidor comenzaron durante la década de 1950; fue entonces cuando en algunos países del este de Europa comenzaron a aparecer supermercados y autoservicios, propagados antes de la guerra en Estados Unidos y exportados a Europa occidental junto con el Plan Marshall. En Varsovia se crearon a partir de 1959, sustituyendo en parte a las grandes tiendas estalinistas neoclásicas, grandes almacenes con autoservicio del tipo modernista estadounidense, los «Supersam». Tal como pretendían los inventores del supermercado en Estados Unidos durante la Gran Depresión, aportaron liberación y autonomía. El comprador podía ahora pasearse por la tienda eligiendo lo que quería, sin tener que discutir con hoscos dependientes o hacer largas colas ante la máquina registradora. Sin embargo, como recordará cualquier residente o visitante al viejo bloque del Este, allí nunca llegó a florecer con el mismo vigor la cultura consumista estadounidense y los supermercados de autoservicio siguieron siendo una excepción a la regla.

Pero el símbolo más relevante de la aspiración de satisfacer a los consumidores fueron los automóviles socialistas. La RDA, sometida a una mayor presión competitiva de Occidente, fue el primer país del bloque que afrontó seriamente la fabricación de automóviles para el mercado privado. En 1958 apareció el Trabant («satélite», nombre que se le dio tras el lanzamiento del Sputnik soviético), con su carrocería de fenoplast (resina fenólica) y sin bomba hidráulica ni de aceite ni circuito de

lubricación. En la década de 1980 casi el 40 por 100 de las familias disponían de un automóvil, porcentaje más alto que en cualquier otro país del bloque, pero no tan alto como en la RFA. La Unión Soviética siguió su ejemplo a finales de la década de 1960 con su enorme contrato de 900 millones de dólares con la Fiat en 1966 para construir una fábrica en la ciudad de Togliatti, a orillas del Volga, y producir el Zhiguli o Lada (éste nombre se le daba al principio sólo a los modelos exportados), una versión soviética del Fiat 124.[19] Hasta entonces sólo se producían para la población ordinaria unos 65.000 automóviles al año, cifra que se decuplicó pronto y en la década de 1980 el 10 por 100 de las familias disponían de un automóvil.

Sin embargo, si los dirigentes comunistas esperaban que el automóvil utilitario se convirtiera en un signo de la capacidad del bloque para ofrecer un nivel de vida semejante al de Occidente, de hecho se convirtió en un símbolo de su fracaso: en junio de 1989 la Stasi (policía secreta de la RDA) informaba de que «muchos ciudadanos ven la solución del "problema del automóvil" como criterio del éxito de la política económica de la RDA».[20] Los automóviles eran caros y las listas de espera muy largas: en 1989 los clientes recibían Trabis que habían encargado en 1976,[21] lo que significaba demorar demasiado la gratificación prometida. Los regímenes comunistas habían creado expectativas que no eran capaces de satisfacer.

¿Por qué les resultaba tan difícil a las economías socialistas satisfacer la demanda de los consumidores, a pesar de que sus dirigentes estuvieran tan dispuestos a hacerlo? Una historia contada por Michael Burawoy, un sociólogo marxista de origen británico que trabaja en la Universidad de California en

Berkeley desde 1976* y que entre 1985 y 1988 trabajó como obrero en tres ocasiones (en total, casi un año) en la Brigada Socialista Revolución de Octubre de la enorme acería Lenin en Miskolc, Hungría, ayudará a entenderlo. En febrero de 1985 se anunció una visita del primer ministro György Lázár y la producción se interrumpió durante días mientras Burawoy y sus colegas limpiaban y pintaban la fábrica. «Aparecieron hordas de jóvenes de las cooperativas vecinas» y soldados para espalar la nieve. «Parecía como si todo el país se hubiera movilizado para la visita del primer ministro». Se suponía que Burawoy debía pintar de verde y amarillo una de las máquinas —un rascador de escoria—, pero no había suficientes brochas limpias y pasaba el tiempo inútilmente pintando palas con el único instrumento disponible: una brocha cargada de pintura negra. Los obreros se mostraban muy escépticos con respecto a todo aquel ejercicio, viéndolo como un ejemplo típico del despilfarro del sistema: «Al ver a unos obreros fundiendo el hielo con un soplete, Gyuri [un colega] sacudía la cabeza con desaliento: "El dinero no importa, porque viene el primer ministro"».[22]

Gyuri tenía razón: en las economías socialistas —incluso en aquellas en las que se habían introducido más mecanismos de mercado, como en Hungría durante la década de 1980— la política importaba más que el dinero y el beneficio. El éxito de los gestores se medía por la expansión de su imperio (siempre que, además, cumpliera el plan previsto), y eso significaba complacer a los mandamases políticos que controlaban la financiación, por lo que era esencial montar un buen espectáculo para el primer ministro, por mucho que se gastara.

En aquella competencia por los recursos llevaban ventaja los que gozaban de influencia política, especialmente la industria

pesada y la de defensa. Por eso, aun después de la muerte de Stalin, cuando ya no se fustigaba a los directivos y a los obreros para que lograran materializar planes heroicos, el estado seguía menospreciando al consumidor; y al no verse obligados a contener su voracidad por el temor a una bancarrota, los viejos intereses industriales seguían incontrolablemente «hambrientos», succionando todos los recursos y creando escasez en el resto de la economía, desde las brochas hasta los automóviles Trabant.[23]

Así pues, el lastre principal de las economías comunistas no era necesariamente la igualdad y los escasos incentivos para los trabajadores, como se suele pensar (en algunas economías, como la soviética y la de la RDA desde la década de 1970, los incentivos eran efectivamente raquíticos, pero en otras, como la húngara, eran mayores). Uno de los principales problemas del sistema residía en la distribución de capital, esto es, si se destinaba a áreas productivas o improductivas. La ausencia de democracia, combinada con la centralización del poder económico en manos de los planificadores, permitía a los grupos de interés más afianzados llevarse la parte del león. Así lo veía al menos, básicamente, el economista austroliberal Friedrich von Hayek, implacable crítico del comunismo.

Esa rigidez paralizó, como no podía ser de otra manera, la capacidad innovadora de los regímenes comunistas. Los intereses creados aseguraban una distribución desequilibrada de los recursos, privando de financiación a nuevas empresas vitales para la economía. Durante la década de 1980 entre el 20 y el 30 por 100 del presupuesto nacional de la Unión Soviética se gastaba en defensa, mientras que el sector informático se iba quedando atrás en todo el bloque soviético. En la década

anterior la URSS disponía de una cuarta parte de los científicos, una tercera parte de los físicos y la mitad de los ingenieros del mundo, pero la alta tecnología requiere algo más que personal. En el bloque soviético se desarrolló un buen sistema de ordenadores —los RIAD—, copiados del modelo 370 de IBM, pero se dedicaba mucha más energía a producirlos que a formar usuarios en la industria.[24] En la década de 1980 el número de ordenadores en la Unión Soviética era menos de la centésima parte que en Estados Unidos: 200.000 frente a 25 millones.[25]

Otro obstáculo importante para la economía de consumo —al menos en los países donde la reforma había sido más limitada— era la planificación centralizada, que típicamente establecía los objetivos como cantidades, por lo que las fábricas tomaban el camino más fácil, produciendo grandes cantidades de bienes de consumo de escasa calidad que nadie quería comprar. El resultado era la acumulación de artículos caros que envejecían en las estanterías de las tiendas, mientras la gente competía en el mercado negro por artículos importados de mayor calidad. Como explicaba en 1987 el economista ruso Nikolai Shmelev:

> Producimos más zapatos que ningún otro país del mundo, pero no son tan buenos y por eso nadie los quiere. Producimos dos veces más acero que Estados Unidos … La burocracia y la tiranía administrativa son los responsables de este caos. Impiden que los productores se preocupen por la calidad de lo que producen y por comercializarlo adecuadamente.[26]

Aunque durante las décadas de 1970 y 1980 se hicieron esfuerzos para mejorar el sector de bienes de consumo, las fábricas seguían respondiendo a los objetivos de los planificadores más que a las necesidades de los consumidores. Los funcionarios del partido trataban de decidir qué vender,

pero aquellos burócratas puritanos no eran precisamente la gente más apropiada para predecir las tendencias del consumo en el futuro. Un miembro de la administración regional de Dresde, en la RDA, era muy consciente de sus limitaciones pero le tocó, absurdamente, tener que adivinar los deseos de los ciudadanos en cuanto a la moda del vestido:

> Quieras que no siempre acabas topando con la pregunta: ¿qué es lo que está o estará realmente de moda? Durante la última reunión entre vendedores y fabricantes en Dresde, algunos de los minoristas eran de la opinión de que la selección era demasiado estilosa y había pocos artículos estándar. ¿Era esa opinión acertada o subjetiva? Por supuesto no podemos responder definitivamente a esta cuestión [… pero] la relación entre artículos refinados y corrientes debería estar en torno al 50/50.[27]

A mediados de la década de 1960 iba quedando claro, no sólo que las economías de tipo soviético pretendían satisfacer al consumidor, sino también que su alta tasa de crecimiento estaba en general declinando. Entre 1950 y 1958 la tasa de crecimiento soviético por unidad de recursos era del 3,7 por 100 anual, mientras que entre 1959 y 1996 cayó al 2 por 100. ¿Qué se podía hacer? Los economistas pensaban cada vez más en combinar el plan con el mercado y la caída de Jruschov les ayudó. Jruschov había diferido las reformas de mercado y no las había introducido —de forma muy limitada— hasta 1964, ya que en el fondo era un auténtico creyente en la economía colectivista y desconfiaba de los incentivos individualistas de mercado. A Briezhniev, en cambio, aunque no era ningún liberal, le preocupaba mucho menos la ideología. Parecía como si la torpe combinación de radicalismo y tecnocracia de Jruschov fuera a dar paso a una nueva era de pragmatismo.

IV

Los últimos años setenta y primeros ochenta fueron de los más deprimentes en la historia del bloque soviético, pero precisamente por esa razón fueron la edad de oro de los chistes políticos y las chanzas sobre los dirigentes. He aquí dos, sobre Leonid Briezhniev, que se hicieron muy populares a principios de los años ochenta:

> Briezhniev comienza su discurso oficial en los Juegos Olímpicos de Moscú en 1980: «¡Oh!» (aplausos atronadores); «¡Oh!» (aplausos atronadores); «¡Oh!» (aplausos atronadores)… Su ayudante le interrumpe y le susurra: «El discurso comienza un poco más abajo, Leonid Ilich; ése es el símbolo olímpico».
>
> — Leonid Ilich está en el quirófano.

> — ¿De nuevo algún problema de corazón?
>
> — No, le están expandiendo el pecho, porque se ha concedido otra Orden de Lenin.

En aquellos años ninguna cena en Moscú estaba completa sin aquellas bromas sobre su estupidez y su vanidad y cada uno tenía su propia imitación, en la que no podía faltar su estropajoso acento ucraniano. El Ludvik de Kundera no habría tenido problemas en la URSS de los años setenta. Ni siquiera a Briezhniev le preocupaban; cuando le contaron el chiste de la expansión del pecho, dijo: «Si hacen bromas sobre mí, eso significa que me quieren».[28] Pero muchos de sus antiguos colegas decían que fue a principios de la década de 1970 cuando se convirtió en un perezoso mediocre que no soportaba una crítica, en parte como consecuencia de la mala salud que lo

afligía desde 1968. Hasta entonces tanto él como el primer ministro Aleksei Kosygrin parecían reformadores enérgicos y pragmáticos, que deseaban alejarse de la brusquedad y el pensamiento ideologizado de Jruschov. Como recordaba el reformista checo Zdeněk Mlynář, pocos de sus amigos en el partido soviético echaban de menos a Jruschov y casi todos dieron la bienvenida a Briezhniev como un dirigente interino que podía presidir una «línea racional basada en la experiencia». [29]

Leonid Briezhniev había nacido en 1906 en una familia obrera en Kamenskoie (Ucrania) (desde 1936 Dnieprodzerzhinsk en honor de Felix Dzerzhinski, el fundador de la *cheka*), al borde del Dniéper. Sus padres pretendían darle una buena educación y lo enviaron a un buen colegio; aunque la revolución y la guerra civil interrumpieron su formación, también le abrieron nuevas oportunidades; de no haber sido por ellas seguramente habría acabado trabajando como su padre en una acería. Se incorporó a la Komsomol, trabajó en varias fábricas y adquirió una educación técnica, graduándose finalmente como ingeniero metalúrgico. En 1936 fue elegido para el consejo municipal de Dnieprodzerzhinsk y se dedicó a organizar la producción metalúrgica para las industrias de defensa de Ucrania. Fue entonces cuando se unió a la «cola» del nuevo secretario del partido en Ucrania, Nikita Jruschov. Durante la guerra siguió poniendo su habilidad técnica y administrativa al servicio del partido en el desmantelamiento de las fábricas situadas cerca de la frontera occidental para trasladarlas al este. También se convirtió en comisario político, encargado de inspirar moral y disciplina a las tropas.

Al final Jruschov se lo llevó consigo al Kremlin, pero el

estilo de Briezhniev no podía ser más diferente del de su patrón. Había trabajado como técnico antes de convertirse en activista del partido y su nombramiento como comisario se produjo durante el período ideológicamente más nacionalista y menos marxista de la historia del partido. Además, era mucho más proclive al consenso que Jruschov. Era sin duda un funcionario típico de su generación, que debía su extraordinario ascenso social al partido. Como al Drozdov de Dudintsev, no le interesaban las ideas, no disfrutaba de las películas y tampoco le gustaba leer; sus acólitos tenían incluso que leerle los papeles oficiales. Sus entretenimientos eran muy simples: jugar al dominó con sus guardaespaldas y contemplar partidos de fútbol en la televisión; pero las chanzas sobre él tenían algo de verdad: era muy engreído, le gustaba el ceremonial y no era nada puritano. Había acumulado más premios estatales que todos sus predecesores juntos; de hecho tenía más medallas militares que el mariscal Zhukov, el vencedor de Berlín.[30] Otras de sus debilidades eran los automóviles veloces y el deporte soviético postestalinista de la caza de osos (Stalin no permitía a sus subordinados disparar). Y aunque no gozaba del lujo que disfrutan los actuales potentados y jerarcas rusos (o los occidentales de la época), su estilo de vida era muy diferente del de la mayoría del pueblo soviético, lo que generaba inevitablemente resentimiento y sorna. En uno de los chascarrillos a su costa, la madre de Briezhniev visita a su hijo en su lujosa *dacha*; «Ésta es mi casa —se ufana—, éstos son mis coches y ésta es mi piscina». Su madre suspira maravillada y orgullosa, con un poco de ansiedad: «Vives muy bien, Lionechka; pero ¿qué pasará si vuelven los bolcheviques?». Como se verá, aquella broma resultó un presagio, ya que

efectivamente iban a regresar un cierto tipo de bolcheviques y el corrupto legado de Briezhniev iba a ser uno de sus primeros blancos.

La indiferencia de Briezhniev por los matices ideológicos y su carácter acomodaticio lo convirtieron en un negociador internacional ideal; en una ocasión confesó que «la afabilidad te puede llevar muy lejos en política», y se oponía resueltamente a los que denominaba «chinos soviéticos», esto es, los ideólogos antioccidentales de estilo Mao dentro del partido. Tras el errático y destemplado Jruschov, Briezhniev fue bien recibido por los dirigentes occidentales y sus grandes logros fueron las conversaciones de paz con Estados Unidos, el control de las armas nucleares y otros tratados de principios de la década de 1970.

La flexibilidad ideológica de Briezhniev, junto con su propio interés por la buena vida, también propiciaron una mayor disposición a tolerar las reformas económicas en el bloque soviético, y aunque en la propia URSS no fueron muy lejos, durante la segunda mitad de la década de 1960 se produjeron algunos de los experimentos económicos más audaces en la región: tres partidos comunistas —el alemán, el húngaro y el checoslovaco— emprendieron serios programas de liberalización económica, como lo había hecho Yugoslavia fuera del bloque. El primer reformador, por extraño que parezca, fue Walter Ulbricht. Pocos esperaban que aquel rígido estalinista, forjado en el sectario KPD de los años veinte, pudiera cambiar siendo ya septuagenario; pero bajo su dirección la RDA se situó en la vanguardia de la competencia económica con el mundo capitalista: antes de la construcción del Muro de Berlín en 1961, la única posibilidad que tenía la gente insatisfecha era emigrar a

la Alemania occidental, como hizo alrededor de una sexta parte de la población (cerca de dos millones de personas). Como le dijo Ulbricht a Jruschov en 1960, «no tenemos otra alternativa que competir con la Alemania occidental».[31] En 1970 Ulbricht creía sinceramente que la RDA podía superar a su hermana occidental en determinadas áreas de la alta tecnología como la electrónica y la máquina herramienta aunque no pudiera hacerlo en toda la economía, y de ahí el surrealista eslogan del partido «Überholen ohne einzuholen» («Adelantar sin alcanzar»).

El Nuevo Sistema Económico de Ulbricht era un programa reformista típico de la época, parcialmente inspirado en los trabajos teóricos del economista soviético Ievsei Liberman, que proponían la introducción de ciertos mecanismos de mercado en la planificación, esto es, sin rendirse ante el mercado libre. Se trataba principalmente de someter las empresas a estímulos de mercado, en particular a la respuesta de los consumidores, para mejorar su productividad, juzgándolas —y financiándolas— según su rentabilidad y no sólo según la cantidad producida y dándoles más autonomía sobre los salarios y complementos. Ulbricht también desafió a los jefes tradicionales del partido promoviendo «expertos» instruidos y técnicamente capaces, en lugar de los «rojos» menos formados. Pero sus reformas pronto se vieron ante el mismo tipo de dificultades que frustraron todos los intentos de introducir mecanismos de mercado en el bloque soviético: la dificultad objetiva de pasar del viejo sistema a otro, la renuencia política y el temor al malestar obrero. Los burócratas económicos se quejaban de que se seguía esperando que cumplieran los planes, aun cuando tenían menos poderes para hacerlo; las empresas dedicaban una parte sustancial de su

presupuesto al pago de salarios para apaciguar a los obreros y la productividad disminuía; el régimen no se atrevía a subir los precios (algo vital si los productores debían responder al mercado); y aunque Ulbricht hablaba de la necesidad de cerrar las fábricas no rentables, era políticamente imposible hacerlo, ya que contaban con poderosas influencias en el partido. También descubrió que la descentralización le privaba de los poderes que necesitaba para llevar adelante sus ambiciosos proyectos de alta tecnología y comenzó a echar el freno en sus reformas. Pronto surgió una poderosa oposición en el partido, dirigida por Eric Honecker, mientras que la obsesión de Ulbricht por las industrias de alta tecnología comenzó a provocar escaseces y cuellos de botella en otras áreas de la producción. Una combinación de crisis económica, descontento de masas y el disgusto de Briezhniev por la distensión no autorizada de Ulbricht con la Alemania occidental, condujeron a su sustitución por Honecker en 1971 y al final del Nuevo Sistema Económico.[32]

Las reformas, al menos las más serias, habían terminado mucho antes en la URSS. En 1965 Kosyguin introdujo una versión limitada de las propuestas de Liberman, pero pronto se diluyeron. Briezhniev defendía a ultranza los intereses burocráticos creados, y los sectores más «voraces» de la economía —especialmente la industria pesada y militar— se opusieron a cualquier reducción de sus recursos.

El partido húngaro introdujo las reformas liberales más duraderas, algo que pocos podían predecir tras la brutal represión de 1956-1957. Una vez que Kádár recuperó el control del estado, trató de seguir una vía intermedia entre la línea dura y el aperturismo y comenzó a buscar apoyo para su gobierno. El

Nuevo Mecanismo Económico (*Új Gazdasági Mechanizmus*) de 1966-1968 redujo a un mínimo los objetivos del plan y el control de precios, eliminando gradualmente los controles económicos hasta que en la década de 1980 la economía húngara era una de las más libres del bloque. Surgió así una economía dual, como en la Unión Soviética durante la vigencia de la NEP, en la que las cooperativas y un sector privado legal (relativamente pequeño) podían competir con la economía de propiedad estatal. La reforma dio a los consumidores —al menos a los que disponían de cierta capacidad de compra— un poder real. El viejo dilema socialista de pocos bienes y mucho dinero se invirtió y volvió el modelo capitalista: poco dinero y mucho que comprar. También aumentaron las diferencias salariales, lo que provocó inevitablemente cierto descontento. Los húngaros habían creado así su propio «comunismo *gulash*»;* comparado con los estándares del bloque era un paraíso de consumo y el rendimiento industrial también mejoró. Aun así, aquello no era el capitalismo; la disciplina de mercado era débil y las empresas con pérdidas no se cerraban; el estado, además, seguía conservando en sus manos las palancas fundamentales del poder económico.

El Kremlin toleraba esas reformas en la medida en que prometían mejorar el estado de ánimo de la gente sin desafiar el dominio del partido; pero había peligros reales. Tras las crisis de mediados de la década de 1950, los regímenes comunistas parecían haber decidido sobornar a los obreros rebeldes a expensas de la eficiencia económica. La liberalización contaba con el apoyo de los trabajadores de cuello blanco y los campesinos, pero perjudicaba a los de cuello azul y a las regiones más pobres. Tras la invasión rusa el partido húngaro había

cerrado filas y se había disciplinado, de forma que podía afrontar aquellas tensiones, pero la mayoría de los estados del bloque no era tan sólida y se mostró incapaz de superar las tensiones que la liberalización traía consigo. Yugoslavia y Checoslovaquia —ambas con una tradición comunista más arraigada que Hungría, pero cuarteadas por las diferencias étnicas— mostraron lo peligroso que podía ser el mercado para el dominio comunista.

A mediados de la década de 1960 esos peligros eran muy evidentes en Yugoslavia, donde se habían abandonado los anteriores intentos de conciliar el marxismo romántico de los consejos y la autogestión con el mercado y en su lugar se había forjado un pacto fáustico aceptando préstamos del Occidente capitalista para financiar la construcción del socialismo. El trato era desesperadamente desigual y Yugoslavia se vio cada vez más absorbida por el mundo capitalista. Obligada a exportar cada vez más para pagar su deuda, se hacían inevitables la mejora de la eficiencia y la reducción de costes, y con ellos un mayor desempleo. En 1968 casi el 10 por 100 de la población estaba en paro, lo que constituía una situación única en un país comunista. Estallaron conflictos entre los «conservadores», que pedían más planificación y centralización, y los «liberales», y lo que era más peligroso, esos conflictos se entrelazaron con las tensiones entre las repúblicas yugoslavas. Croacia y Eslovenia, más ricas, se negaban a subsidiar a Montenegro, Macedonia y Bosnia-Herzegovina, más pobres, especialmente en un momento de dificultades económicas, y pedían más liberalización y descentralización. Belgrado estaba comenzando a perder el control. En 1963 las repúblicas de la Federación obtuvieron mayores poderes; en 1965 el control del estado

central sobre la economía se redujo aún más; y en 1966 cayó en desgracia el principal defensor del viejo sistema centralizado, el jefe de los servicios de seguridad Alexandar Rankovi*ƒ*; pero el control estatal no se sustituyó por la disciplina de mercado. La presión de los jefes regionales y locales del partido hacía difícil cerrar las empresas con pérdidas, mientras que los directivos podían subir los salarios y endeudarse. La consecuencia fue el aumento en espiral de la deuda y la inflación. Al llegar la década de 1970 Yugoslavia estaba en crisis: ineficiente, endeudada y en peligro de desintegración.

Las dificultades de Yugoslavia podrían quizá haber advertido a Briezhniev de los peligros del mercado y de abrir las economías de Europa oriental a la influencia de Occidente, pero las economías del bloque soviético no estaban endeudadas —todavía— y los problemas de Tito sólo causaban *schadenfreude* en Moscú. Pero lo que Briezhniev no podía pasar por alto era la evolución de la crisis en Checoslovaquia. El partido checoslovaco estaba gobernado por Antonín Novotný, un viejo jerarca de formación fundamentalmente estalinista, del que Mlynář decía que combinaba una «auténtica fe en la corrección de la doctrina comunista y sus ventajas para los trabajadores con un talento especial para la manipulación política y las intrigas burocráticas». Había estado implicado en las farsas judiciales estalinistas de principios de la década de 1950 y carecía de sentimientos hasta el punto de dormir plácidamente entre las sábanas de Vladimir Clementis, uno de los dirigentes del KSC ejecutado en 1952 (las pertenencias de los condenados se vendían a menudo muy baratas a los funcionarios del partido).[33] Sin embargo, estrechó lazos con Jruschov y aceptó la introducción de reformas limitadas como respuesta al fracaso

económico (la tasa de crecimiento anual descendió de un impresionante 11,7 por 100 en 1960 al 6,2 por 100 en 1962 y a cero en 1963). Permitió más libertades culturales y rehabilitó al economista Ota ik, que proponía varias reformas liberalizadoras; pero se echó atrás en cuanto a su puesta en práctica argumentando el descontento de los obreros, inevitablemente perjudicados por la reforma.[34] A medida que la economía iba deteriorándose y los intelectuales se impacientaban, aparecieron una serie de novelas que condenaban a los malvados *apparatchiki* en términos muy duros. El partido comenzó a escindirse profundizándose las grietas ideológicas y étnicas. Los eslovacos, más pobres, que se sentían socios menores en Checoslovaquia y cuya economía iba particularmente mal, pedían liberalización (aunque en la práctica les habría perjudicado); pero fueron los estudiantes de Praga los que iniciaron la crisis, protestando en diciembre de 1967 contra el mal estado de sus alojamientos. La policía reprimió duramente las protestas y Moscú comenzó a preocuparse seriamente.

Briezhniev voló a Praga para una visita de cuarenta y ocho horas. En un principio no planeaba cambiar la dirección sino sólo ejercer presión sobre el partido checoslovaco, pero pronto se dio cuenta de que no podía convencer a Novotný, que parecía no percibir la gravedad de la situación y no sabía «cómo manejar a la gente». Briezhniev les dijo a los dirigentes del partido que tenían que resolver la situación por sí mismos: «es asunto vuestro»;[35] pero su negativa a ofrecer un respaldo inequívoco a Novotný fue fatal para el viejo régimen. El líder eslovaco Alexander Dubcek lo sustituyó en enero de 1968 y encargó a un grupo de marxistas reformistas que formularan un «programa de

acción».

A diferencia de los reformadores húngaros de 1956, los checoslovacos no tenían ninguna intención de desmantelar el «estado-partido» ni de abandonar el bloque soviético. Dubcek había pasado buena parte de su infancia en la Unión Soviética y se sentía muy vinculado a sus hermanos mayores rusos. Zdeněk Mlynář, uno de sus principales asesores, escribió en 1980: «Yo era un comunista reformista, no un demócrata anticomunista. No traté de ocultarlo entonces y no hay ninguna razón por la que deba hacerlo ahora».[36] Creía que la democracia multipartidista sólo provocaría una reacción conservadora y pondría en peligro las reformas; pero los reformadores tenían que hacer frente al viejo dilema: cómo reconciliar una democracia genuina con el papel dirigente del partido.

La solución marxista romántica de Jruschov había sido un programa de renovación moral, a fin de revigorizar la burocracia oficial mediante purgas y elecciones controladas en el partido; los funcionarios estarían así en mejores condiciones para movilizar a la gente corriente. Pero los reformadores checoslovacos rechazaban esa concepción verticalista, y aunque coincidían con Jruschov en la posibilidad de reformar la élite comunista, creían que esto debía producirse mediante una presión democrática directa desde abajo. El partido tenía que volver a ganarse su «papel dirigente» teniendo en cuenta la opinión pública.

Justificaban su socialismo democrático remontándose a un marxismo no estalinista, tanto al romántico como al revisionista. El deshielo postestalinista había dado a los intelectuales una visión del marxismo muy diferente de la ortodoxia establecida desde mediados de los años treinta. Mlynář, perteneciente a una

de las primeras promociones formadas en el nuevo edificio de la Universidad Lomonosov en las Colinas de Lenin, recordaba lo estrecho y distorsionado que era el marxismo que estudió allí: «Hasta finales de la década de 1950 no estudié finalmente lo que cada universidad de orientación marxista debería enseñar a sus estudiantes de ciencia política». Después de leer al joven Marx y a Gramsci, así como a Kautsky y Bernstein, «mi antiguo arquetipo de la ideología marxista había quedado destruido». [37]

Lo más influyente quizá fueron los escritos del joven Marx, al que, según argumentaba la nueva generación, le interesaba la creatividad humana; pero desde finales del siglo XIX el marxismo se había desviado en una dirección equivocada con Engels, su visión tecnocrática del mundo y su fe en las leyes inexorables de la historia. Los sentimientos y la creatividad se habían sacrificado en nombre de la modernidad y la racionalidad. Stalin —argumentaban— no había hecho más que seguir por esa vía: para él resultaba tolerable cualquier sufrimiento humano con tal de construir la modernidad. Había llegado el momento para que floreciera un «socialismo con rostro humano» que permitiera a la gente dedicarse a la «praxis» o actividad creadora.[38]

Todo esto recordaba evidentemente el marxismo romántico clásico, pero es significativo que las memorias de Mlynář no vean ninguna contradicción entre el joven Marx romántico y los pragmáticos Kautsky y Bernstein. Como en Yugoslavia a principios de la década de 1950, no se veían con mucha claridad las contradicciones entre diferentes tipos de comunismos «reformistas». Algunas de las propuestas checas —como la autogestión obrera— eran de inspiración romántica y por supuesto eran bastante difíciles de conciliar con las reformas de

mercado con las que se pretendía dar mayor poder a los gestores y directivos. Otros se inspiraban en un marxismo pragmático, con una adhesión casi liberal a las reformas de mercado y la política pluralista. Los reformadores pedían elecciones con varias listas de candidatos como única forma de atraer a la opinión pública y negaban que quisieran expulsar a los comunistas. Las elecciones con candidatos alternativos también tenían un amplio respaldo público, pero ¿no socavarían el sistema? Las encuestas de opinión mostraban que no tenía por qué ser así y que una mayoría abrumadora de la población rechazaba cualquier cambio fundamental; sólo el 6 por 100 creía que debían aceptarse también partidos políticos opuestos al sistema. Aun así, aquello no significaba un respaldo sin condiciones al régimen checoslovaco. Cuando se les preguntaba a quién votarían en caso de elecciones libres, el Partido Comunista aparecía en cabeza con el 39 por 100, pero el 11 por 100 se inclinaban por algún nuevo partido no especificado y el 30 por 100 no quería o no sabía qué responder. Y cuando sólo se tenían en cuenta a los que no eran miembros del KSC, sólo lo apoyaban el 24 por 100.[39]

Aun así, los reformadores creían que habían encontrado finalmente la piedra filosofal: una forma de unir a todo el pueblo tras el Partido Comunista. Dubcek recordaba su profunda emoción al contemplar el desfile del 1.º de mayo desde su tribuna, ahora mucho más baja y democrática:

> Nunca olvidaré la celebración del 1 de mayo en Praga en 1968 … Tras años de espectáculos artificiosos, aquello era un «happening» voluntario, en el que nadie se ocupaba de ordenar al pueblo en columnas para que desfilaran tras pancartas con consignas postizas decididas desde el centro. Esta vez la gente llegó por su propia voluntad, llevando sus propias pancartas con sus propios eslóganes, algunos alborozados, otros críticos y otros simplemente humorísticos. El ambiente era

> relajado y alegre … Me sentía abrumado por la espontánea expresión de simpatía y apoyo de la multitud cuando pasaba ante la baja plataforma donde los demás dirigentes y yo esperábamos de pie.[40]

La mayoría de los dirigentes del bloque soviético, en cambio, se sentían muy preocupados; aunque en mayo todo parecía ir bien, se preguntaban qué sucedería en septiembre, cuando el Plan de Acción preveía elecciones libres. Dubcek parecía estar aplicando una receta para el colapso del dominio comunista. Gomułka preguntó: «¿Por qué no se extraen conclusiones de lo que sucedió en Hungría? Todo aquello comenzó de una forma parecida».[41] Briezhniev, siempre deseoso de consenso, pretendía evitar la intervención soviética y respaldó de mala gana el Plan de Acción, pero a medida que pasaba el tiempo en Moscú iba prevaleciendo la idea de que llevaban razón Gomułka y los partidarios de la línea dura. El pluralismo de Dubcek parecía estar desencadenando una oleada de críticas. Para el Kremlin resultó especialmente preocupante el manifiesto de las «Dos Mil Palabras» firmado por los principales intelectuales, del que se desprendía que el partido, lleno de «individuos sedientos de poder» e inmorales nunca se podría transformar en una fuerza humanista.

El temor de que el partido pudiera de repente venirse abajo, como en Hungría en 1956, era exagerado, pero la presión en favor de algún tipo de intervención soviética se hizo abrumadora cuando los grandes jerarcas comenzaron a advertir del peligro de contagio; el dirigente ucraniano Petro Shelest le dijo a Briezhniev que la Primavera de Praga estaba desestabilizando su propia república, y Briezhniev temía que se produjera una especie de efecto dominó.[42] No hacía más que darle vueltas al asunto y aquella crisis supuso el comienzo de su larga batalla

contra la enfermedad, el insomnio y la adicción a tranquilizantes y somníferos. Finalmente tomó la decisión fatal. En agosto las fuerzas «fraternales» de la URSS, Polonia, Hungría, Bulgaria y la República Democrática Alemana «rescataron» a sus hermanos indefensos de los males de la contrarrevolución. Hubo algunas manifestaciones de protesta, pero no una resistencia seria. Como en Hungría, se produjo a continuación una brutal represión. El nuevo primer secretario (desde 1971 secretario general) del KSC, Gustav Husák, quien como Kádár había sido encarcelado a raíz de las purgas estalinistas, aceptó convertirse en títere de los soviéticos. Miles de checoslovacos huyeron a Occidente, fueron encarcelados o se les destinó como castigo a empleos menores. El propio Dubcek se convirtió en interventor de una explotación forestal en Eslovaquia. A diferencia de Hungría, sin embargo, la represión inmediata no fue seguida por una relajación posterior. El KSC mantuvo un fuerte control de la sociedad hasta el hundimiento del estado en 1989.

Retrospectivamente podemos ver los acontecimientos de Praga en 1968 como la profecía interpretada por Daniel para todo el bloque soviético, y quizá para el socialismo de viejo estilo en toda Europa. Lo sucedido en Hungría en 1956, como el movimiento polaco «Solidaridad» en 1980-1981, amenazaba también el sistema soviético, pero en ambos casos se trataba de rebeliones anti-imperialistas atizadas por el resentimiento nacionalista e ideológico que unía a gran parte de la sociedad y siempre cabía la posibilidad de sobornar a los obreros y encarcelar o intimidar a los opositores. La Primavera de Praga, en cambio, exponía la debilidad real del bloque soviético, porque era un movimiento que se había desarrollado *en el seno* del propio Partido Comunista y de su cultura, a diferencia de las

rebeliones húngara y polaca, más nacionalistas, que habían germinado fundamentalmente *fuera* de él. Fue fomentada por auténticos creyentes comunistas que pretendían sobre todo restaurar, mediante la reforma, el derecho moral del partido a gobernar; y aunque conservara un núcleo marxista, se estaba desplazando rápidamente hacia el liberalismo, a diferencia de las protestas más radicales en Occidente en 1968, con las que se ha comparado frecuentemente. Como ha escrito Kundera, uno de los participantes, «lo que sucedió en París en mayo de 1968 fue una explosión de lirismo revolucionario, mientras que la Primavera de Praga fue una explosión de escepticismo posrevolucionario».[43] Aquellos reformistas, a diferencia de los nacionalistas y disidentes, sabían cómo hacerse con el poder y cómo utilizarlo; y fueron reformistas como aquéllos, y no rebeldes nacionalistas, los que acabaron destruyendo el comunismo soviético.

Había también una relación más personal y directa que conectaba la crisis checoslovaca con el colapso final del comunismo en el bloque soviético. Uno de los mejores amigos de Zdeněk Mlynář en la Universidad de Moscú a principios de la década de 1950 era un estudiante de derecho llamado Mijail Gorbachov; ambos formaban parte de una generación estudiantil comprometida con el marxismo no estalinista, y en 1967 Mlynář había visitado a Gorbachov en Stavropol, donde trabajaba ahora, y había comprobado que su viejo amigo simpatizaba en líneas generales con el derecho a la reforma en Checoslovaquia, aunque sus ideas no fueran en absoluto tan radicales. Gorbachov también visitó Praga en 1969 y vio con sus propios ojos el odio que sentían los checos hacia las fuerzas de ocupación. Las autoridades soviéticas eran muy sensibles al

peligro potencial de los contactos checos de Gorbachov. En 1968 el KGB interrogó a sus amigos y antiguos compañeros en la universidad sobre aquella amistad, pero no pudo encontrar ninguna prueba concreta de herejía. Dos años después se convirtió en secretario del partido en la región de Stavropol, sin que los órganos de la seguridad del estado pudieran impedirlo. [44] Resulta tentador imaginar lo que podría haber sucedido si hubieran actuado sobre la base de sus sospechas, pero al igual que los censores zaristas que no impidieron la publicación de *El capital*, dejaron deslizarse entre sus manos al principal responsable de la destrucción del sistema que estaban encargados de defender.

También a corto plazo la invasión de Checoslovaquia tuvo graves consecuencias para el bloque soviético, más incluso que en 1956. Marcó el final del deshielo de los años cincuenta y sesenta y la reversión por parte de Moscú de su anterior tolerancia hacia las diversas vías nacionales al socialismo. En noviembre de 1968 Briezhniev anunció por primera vez formalmente el principio de que la URSS tenía derecho a intervenir militarmente si los partidos comunistas nacionales se apartaban de los «principios del marxismo-leninismo y el socialismo», la llamada «doctrina Briezhniev».

La Primavera de Praga señaló asimismo el final de la reforma económica y el aperturismo cultural en todo el bloque soviético. Briezhniev presidía ahora un orden cada vez más conservador. El hielo no era tan grueso como antes de 1953, pero las cabrillas habían cesado y volvía a reinar la acinesia. La represión de 1956 fue, por supuesto, perjudicial para los reputación del bloque soviético, pero muchos comunistas creían todavía que el sistema mantenía su dinamismo y se podía reformar. Entre 1945 y 1968

se habían ensayado tres formas diferentes de comunismo: el estalinismo tardío, la movilización radical/romántica de Jruschov y el comunismo tecnocrático con reformas de mercado de la década de 1960. Los tres habían fracasado o habían sido proscritos, excepto en Hungría donde se mantenía el *gulyáskommunizmus*. ¿Qué otra posibilidad quedaba ahora?

El sistema emergente fue descrito por Briezhniev como «socialismo desarrollado» y por Honecker como «el socialismo realmente existente»; tras esas anodinas frases acechaba un mensaje profundamente conservador: el socialismo era algo ya «desarrollado» y no «en desarrollo»; era «real» y «existente» y por eso no necesitaba mejora. El ensueño de Jruschov de alcanzar un comunismo igualitario en 1980 había quedado en el olvido. Quizá la mejor forma de describir el sistema soviético durante este período sea como «socialismo paternalista», una variante del estalinismo tardío que incluía la jerarquización política aunque mitigara las desigualdades económicas. En cualquier caso, el partido era mucho menos sectario y violento que durante la vigencia plena del estalinismo: había abandonado su activismo y renunciado a la movilización de la población para incrementar la producción. La Unión Soviética seguía teniendo grandes ambiciones militares, pero por el momento sus dirigentes pretendían satisfacer la reivindicación de un mayor nivel de vida.

V

En 1979 Leonid Briezhniev recibió otra medalla, el premio

Lenin, que era el galardón literario soviético más prestigioso. El mundo no había visto nunca una combinación semejante de hombre de estado, dirigente militar y literato. Recibió el premio por las memorias en tres volúmenes, escritas por algún «negro», sobre sus hazañas durante la Gran Guerra Patriótica en la batalla de Malaia Zemlia («Tierra Pequeña»), cerca del mar de Azov. Fue una batalla menor, en la que Briezhniev sólo era un comisario político sin importancia, pero su papel y el de la batalla se exageraron enormemente y se convirtió en un capítulo importante de la historia oficial de la guerra. Los niños entonaban cantos de alabanza sobre aquel hecho heroico y se organizaban excursiones para que los miembros del partido pudieran conocer el nuevo complejo conmemorativo erigido en el lugar.

Como es lógico, el culto de Malaia Zemlia era recibido con hilaridad y dio lugar a todo un subgénero de chistes al respecto, pero también nos dice mucho sobre el carácter del gobierno soviético en sus postrimerías. La obsesión por las medallas era típica de la cultura jerárquica de la era Briezhniev y la Gran Guerra Patriótica se convirtió en parte central de la propaganda del régimen. Hubo toda una fiebre de construcción de monumentos conmemorativos, entre ellos la enorme escultura de titanio (62 m) a la Madre Patria en Kiev. Por todo el bloque soviético proliferaron los monumentos relacionados con la guerra y muchos siguen en pie, pese a los repetidos esfuerzos de los nacionalistas antirrusos por hacerlos desaparecer.

El propio Briezhniev admiraba a Stalin como dirigente militar, y aunque no lo rehabilitó dejaron de formularse críticas contra él. El terror de la Gran Purga simplemente no se mencionaba. Briezhniev adoptó además ciertos aspectos del

estilo de Stalin, en particular su título como «secretario general» del partido, y a finales de los años setenta volvía a hablarse de él como el *vozhd'*. Sus pretensiones literarias también se hacían eco de las de Stalin como gran filósofo marxista, teórico lingüista y «corifeo de la ciencia».

Briezhniev fue quizá el dirigente soviético más parecido a Stalin, en sus últimos años, en su amor por la jerarquía. Tras los caóticos intentos de Jruschov de «nivelar» la sociedad, Briezhniev estaba decidido a restaurar la línea de mando e igualmente la jerarquía étnica vigente durante la época de Stalin. Al igual que durante y después de la segunda guerra mundial, el partido se servía de una versión peculiar del nacionalismo ruso como sustituto del postergado marxismo-leninismo. La vocinglera intelectualidad chovinista rusa era tratada con indulgencia, en el Comité Central aumentó la proporción de rusos y el antisemitismo se fue asentando en la práctica oficial.

Los principales beneficiarios del sistema briezhnieviano eran los «cuadros» que formaban la aristocracia de servicio socialista. En 1965 János Kádár le dijo a Briezhniev que le parecía inaceptable la consolidación del viejo principio soviético «hoy héroe, mañana holgazán», pero predicaba en el desierto.[45] El propio Briezhniev bendijo la «estabilidad de los cuadros» protegiéndolos frente a las amenazadoras campañas democratizadoras de Jruschov, y en la RDA se desvaneció el desafío tecnocrático a su posición. El resultado fue el afianzamiento de una élite política cada vez más vetusta y conservadora: en la URSS la edad media de los miembros de pleno derecho del Politburó aumentó de cincuenta y ocho años en 1966 a setenta en 1981.

A diferencia de principios de la década de 1950, no

obstante, el robustecimiento de la jerarquización política se combinaba con una mayor igualdad económica y una disposición muy poco estalinista a aplacar el descontento obrero mediante el soborno. El padre severo de la era estalinista se vio así sustituido por un estado paternalista preocupado por el bienestar económico de sus ciudadanos. Los salarios de los obreros aumentaron en todo el bloque soviético y disminuyó la diferencia salarial entre los obreros de cuello blanco y los de cuello azul: en la URSS, por ejemplo, la relación media entre el salario de un ingeniero y el de un obrero cayó de 2,15 en 1940 a 1,11 en 1984. Las protestas obreras en Polonia en 1970 al aumentar los precios de los alimentos —que hicieron caer a Gomułka y obligaron a su sustitución al frente del PZPR por Edvard Gierek— se inscribieron en la mente de todos los dirigentes. En la RDA las subvenciones a los bienes básicos como los alimentos y la ropa de niño aumentaron de 8 millardos de marcos anuales en 1970 a nada menos que 56 millardos en 1988.[46] Durante la década de 1970 el nivel de vida aumentó en la mayoría de los países del bloque, lo que explica la nostalgia que todavía se siente por aquella época.

Pero ¿cómo se podían financiar esas mejoras cuando la productividad disminuía? La respuesta residía en dos factores bastante inesperados: el precio del petróleo y los créditos bancarios. La subida espectacular del precio del petróleo en 1973 proporcionó a la URSS, gran productor petrolífero, ganancias enormes con las que podía permitirse un mayor nivel de vida y una ambiciosa política exterior aunque, según algunas estimaciones, durante la segunda mitad de la década de 1970 su tasa de crecimiento anual se redujo a un escaso 1 por 100. Para Europa oriental, obligada a importar petróleo, el aumento de su

precio supuso en cambio un desastre. La URSS comprobó que estaba perdiendo la oportunidad de aumentar sus ganancias de las exportaciones enviando materias primas subsidiadas, especialmente petróleo, a Europa oriental; se ha calculado que en 1980 los términos de intercambio en el CAME supusieron una transferencia de 42.800 millones de dólares (en precios de 2007) de la URSS a sus satélites de Europa oriental.[47] Pero el petróleo ofreció otra tabla de salvación, ya que inundó el mundo de petrodólares árabes, canalizados en busca de inversión a través de los bancos comerciales occidentales. Con los petrodólares nació el mercado financiero global que ha dominado el mundo hasta hace bien poco imponiendo el desmantelamiento gradual de la regulación nacida en la década de 1930.

Hayek y sus seguidores argumentaban que los bancos privados liberados de la regulación estatal, mucho más eficientes que los planificadores burocráticos, eran las instituciones idóneas para decidir sobre la distribución racional de capital. Los banqueros, impulsados por el deseo de beneficio, invertirían seguramente en los proyectos más productivos en el mundo entero, premiando a los innovadores y más trabajadores y castigando a los estúpidos y perezosos. Sin embargo, el comportamiento anterior de esos nuevos caciques del capital global debería haber advertido al mundo de que Wall Street podía ser tan descuidado con su capital como el Gosplan: la escala temporal de los banqueros suele ser corta, y en lugar de optar por los mejores proyectos a largo plazo invertían en las economías planificadas de la Europa oriental sovietizada.

Los bancos recibieron aliento de los gobiernos occidentales, deseosos de ayudar a sus industrias golpeadas por la recesión a

exportar diversos artículos a Europa oriental, mientras que los dirigentes comunistas abandonaban cualquier prejuicio ideológico que les quedara para solicitar créditos con los que financiar un mejor nivel de vida para su población descontenta al tiempo que satisfacían el voraz apetito de los estados hambrientos de inversión industrial. Tras agotar sus recursos domésticos, encontraron un fuente nueva de capital en el extranjero. Polonia era uno de los estados más voraces y utilizó los préstamos para construir acerías y plantas de fabricación de automóviles con licencia occidental —como el Polski Fiat 125 — que esperaba exportar a todo el bloque soviético. En 1975 la inversión había alcanzado un enorme 29 por 100 del PIB, en gran parte debido a que el partido no controlaba la demanda industrial de nuevo capital extranjero.[48] Ceauşescu también fomentó proyectos grandiosos, concebidos por economistas poco solventes y por sus propios hijos. Se endeudó con la esperanza de crear una economía moderna pero al mismo tiempo planificada, exportando productos petroquímicos al mercado occidental. Como ha señalado un observador, los fines podían ser los de Adam Smith pero los medios eran los de Stalin. El gobierno rumano pretendía, a pesar de su sistema económico ineficiente, competir en el mercado mundial como lo hacía Yugoslavia. Hacia el final de la década gran parte del mundo comunista —no sólo Europa oriental, sino también Corea del Norte, Cuba y los países comunistas de África— estaba tan endeudado con los bancos occidentales como la mayor parte del Tercer Mundo. La deuda de Europa oriental era especialmente grande, y entre 1974 y 1979 la polaca se triplicó, mientras que la húngara se duplicó. En la década siguiente esa enorme deuda exterior iba a provocar una importante crisis,

pero hasta entonces contribuyó a financiar el socialismo paternalista de los regímenes comunistas maduros.

A finales de la década de 1960 estaba claro que el comunismo ya no era una fuerza radicalmente transformadora, al menos en Europa. Muchos comunistas y ciudadanos corrientes de algunos países estaban todavía convencidos de que su sistema era superior al capitalismo, pero ya no esperaban que diera lugar a unas relaciones sociales radicalmente igualitarias ni a una nueva economía más dinámica capaz de competir con el capitalismo: tanto la igualdad radical como el dinamismo económico eran simplemente demasiado difíciles de conciliar con la dictadura del partido y la economía centralmente planificada. Las ambiciones se hicieron por tanto más realistas: el objetivo de los comunistas era ahora un sistema estable de justicia y bienestar económico. Una tendencia similar se puede observar en China; aunque la RPCh seguiría siendo mucho más igualitaria que el bloque soviético hasta la muerte de Mao en 1976, ya en 1968 éste veía que el radicalismo de la Revolución Cultural era insostenible, y a medida que la dirección iba abandonando el radicalismo el sistema evolucionaba hacia una versión china del paternalismo socialista. En muchos países del mundo comunista el sistema encontró cierto tipo de equilibrio, al aprender los regímenes comunistas a vivir en paz al menos con la mayor parte de su propio pueblo.

VI

En el otoño de 1988 un par de sociólogos húngaros, Ágnes

Horváth y Árpád Szakolczai, ambos adversos al régimen comunista, recibieron por fin permiso para iniciar un proyecto que la mayoría consideraba inviable: un análisis científico independiente de la actitud, los valores y el perfil psicológico de los funcionarios del partido en las organizaciones distritales de Budapest, aunque el tradicional secretismo comunista casi abortó la investigación antes de empezar.[49] Los dirigentes comunistas se preguntaban cómo podía confiarse aquella investigación a gente que no pertenecía al partido. Finalmente, no obstante, se abrió una minúscula ventana: la liberalización había alcanzado un punto en que el partido estaba dispuesto a ser examinado desde fuera, aunque de hecho sólo faltaban pocos meses para que concluyera su monopolio del poder. Aun así, Horváth y Szakolczai enviaron los resultados a varios conocidos académicos húngaros en cuanto tuvieron un primer borrador, temerosos de que su trabajo fuera confiscado y destruido.

El resultado de sus investigaciones les sorprendió. Cuando les preguntaron a un grupo de «instructores» del partido —funcionarios de nivel medio y bajo a tiempo completo— qué es lo que los hacía apropiados para la política, las respuestas eran notablemente parecidas. Uno respondió: «Me resultan fáciles las relaciones personales en todas las áreas. Me gusta tratar los problemas de la gente»; otro decía: «Planeé este empleo como un *servicio* temporal. Me parecía que podía hacer fácilmente contactos con la gente; tengo empatía» (cursiva añadida). Aunque, por supuesto, esas respuestas no deban darse por buenas sin más, son notablemente coherentes con las respuestas a los cuestionarios que rellenaron sobre su personalidad y sus valores. Los investigadores esperaban que se tratara más bien de líderes políticos típicos: solucionadores de problemas seguros de

sí mismos, racionales, decididos e independientes, pero más bien se veían a sí mismos como gente particularmente flexible, emotiva y simpática. Además, cuando se les preguntó por sus valores, solían dar más importancia que otra gente instruida a la responsabilidad individual, el trabajo duro, la tolerancia y la imaginación, y menos a las reglas y obligaciones, ya fueran internas (como el autocontrol y la honradez) o externas (como la obediencia y la cortesía).

Aquellos instructores húngaros más parecían asistentes sociales o psicoterapeutas que los militantes con chaqueta de cuero del pasado, lo que da una idea de lo mucho que habían cambiado los regímenes comunistas del bloque soviético desde principios de la década de 1950 (y en China desde mediados de la de 1970). El partido —a diferencia de otras organizaciones estatales más tecnocráticas— había valorado siempre la habilidad emocional y la capacidad de conectar con «las masas»; se trataba, después de todo, de cualidades esenciales para persuadirlas y movilizarlas; pero ahora que la época heroica había pasado, el partido se veía a sí mismo cada vez más como una organización dedicada a procurar el bienestar de los ciudadanos, aunque por supuesto su visión del bienestar era muy particular: moralista, paternalista, económicamente igualitaria y socialmente conservadora. Los valores asumidos por aquellos funcionarios húngaros eran útiles en ese tipo de organización. Querían ayudar a la gente, apreciaban las relaciones personales, rechazaban las reglas abstractas e impersonales y se sentían felices al discernir méritos y deméritos que hacían a unos más dignos de recompensa que otros. A diferencia del pasado, los funcionarios del partido durante la década de 1980 poseían en general una buena formación,

presentándose cada vez más como profesionales técnicamente expertos, aunque no fueran lo que Max Weber llamaba burócratas racionales; de hecho, desaprobaban enérgicamente los métodos formales o rutinarios. Como decía uno de ellos, «considero que lo más importante … es hablar. [La información] escrita apesta a papel».[50]

Así pues, dejando a un lado la periferia neoestalinista, los partidos comunistas ya no trataban a la población como un ejército guerrillero ni esperaban que los ciudadanos fueran «héroes del trabajo»; tampoco pretendían imponer relaciones sociales y de género igualitarias, ni les preocupaba tanto transformar las creencias íntimas de sus ciudadanos, aunque algunos regímenes, como el chino y el alemán oriental, prestaran más atención a la uniformidad ideológica que otros como el húngaro y el soviético. El estado-partido paternalista cuidaba de la población y utilizaba la coerción para asegurarse del mantenimiento del orden; como ha dicho un investigador, eran «dictaduras del bienestar».[51] También distribuían favores según los «servicios» de la gente al estado y la sociedad, en una versión civil de la «aristocracia de servicio» zarista y estalinista que ahora se había extendido a toda la sociedad. En algunos países también recordaba el «estado policial bien ordenado» importado a Rusia desde Europa central durante los siglos XVII y XVIII, en el que la «policía» (ahora el partido) no sólo era responsable de la ley y el orden, sino también de asegurar que la ciudadanía se comportaba de forma a la vez decente y productiva.[52]

Pero aquella estructura paternalista tenía sus puntos débiles. Era muy difícil, si no imposible, asegurar que las recompensas se distribuyeran de una forma que todos consideraran justa. Los

funcionarios encargados de esa tarea favorecían a menudo a sus familiares y amigos; y aunque hubieran sido más altruistas (en algunos partidos, como el alemán, eran menos corruptos que en otros), un sistema basado explícitamente en las decisiones oficiales sobre quién es o deja de ser virtuoso siempre es susceptible de crítica. El capitalismo, paradójicamente, es menos vulnerable, porque sus desigualdades se pueden justificar, en cierta forma, como una fenómeno «natural» impersonal, producto de la ley de hierro del mercado.

El estilo y grado de paternalismo variaba de un país a otro, dependiendo de la cultura política local y de las condiciones sociales. El acoso más generalizado se daba en China, donde la enorme reserva de mano de obra rural daba al régimen mucho más poder sobre los trabajadores que en el bloque soviético, donde a los directivos les resultaba difícil impedir que cambiaran de empleo; también influían, sin duda, las viejas prácticas del Guomindang y una cultura paternalista confuciana. Los comités de vecinos desempeñaban un papel mucho mayor en todos los aspectos de la vida de la gente que las instituciones municipales en el bloque soviético, y se parecían más a la policía de barrio japonesa (que conoce detalladamente las peculiaridades de cada vecino) que a los consejos locales soviéticos. El escalón más bajo de la jerarquía política correspondía al grupo a cargo de la pequeña unidad de residentes, que abarcaba entre quince y cuarenta familias y transmitía las órdenes venidas de arriba al tiempo que organizaba la atención social y vigilaba el comportamiento de los ciudadanos. En el lugar de trabajo el *danwei* («unidad de trabajo»), como el *kollektiv* soviético, distribuía alojamientos, atención sanitaria, cuidado de los niños y comedores para los

trabajadores, pero tenía mayor poder e incluso funcionarios de fábrica de bajo nivel podían asignar apartamentos, cupones para bicicletas y otros artículos racionados.[53] Para recibir esos «favores» los trabajadores debían comportarse de forma adecuada. Hasta sus vidas privadas eran cuidadosamente estudiadas. Como explicaba un obrero entrevistado por el sociólogo Andrew G. Walder:

> Los obreros pueden ser castigados por robar, por holgazanería en el trabajo, por llegar tarde, por absentismo no justificado y por tener relaciones sexuales [fuera del matrimonio]. No hay castigos establecidos para cosas diferentes. Las relaciones sexuales se suelen tratar muy seriamente, al menos con una amonestación formal…[54]

Cabe señalar que el bajo rendimiento en el trabajo era castigado menos estrictamente, aunque dependía mucho de la actitud y el origen de clase del obrero. Como explicaba uno de ellos, «si la persona en cuestión admite su culpa y realiza una autocrítica, normalmente el grupo recomendará clemencia y le dará a esa persona "ayuda" o educación. Normalmente basta con eso, porque es algo muy vergonzoso para cualquiera».[55]

En el bloque soviético, en cambio, sólo los miembros del partido sufrían una inspección tan exhaustiva. Los consejos locales eran demasiado remotos como para ejercer un control muy estricto sobre los ciudadanos y las fábricas tampoco estaban en condiciones de ejercerlo sobre su mano de obra. Además, aunque el sistema soviético posterior a 1964 era muy paternalista, el paternalismo socialista no era el mismo que el del estado policial bien ordenado del siglo XVIII. En principio no sólo se esperaba que los ciudadanos fueran leales al jefe del partido, director de la fábrica o presidente de la granja colectiva,

sino también que se comportara de forma socialista, esto es, que trabajara mucho, fuera virtuoso y participara en las actividades colectivas o «trabajo social», tal como se le denominaba. Para los obreros eso suponía realizar un trabajo no pagado por alguna causa bienhechora o participar en un comité sindical. Para los profesores y profesionales podía significar dar conferencias nocturnas a los trabajadores: el «trabajo social» encargado a Aleksandr Zinoviev, lógico, sociólogo y comentarista disidente de la sociedad soviética en los años setenta,* consistía en dibujar caricaturas para los «periódicos murales» públicos y viajar con una brigada de *agitprop* por el campo dando conferencias.[56]

Pero no todos tenían que hacer ese tipo de «trabajo social». Como sucedía en general con la cultura del partido, penetraba en los escalones superiores de la sociedad en mucha mayor medida que los inferiores: en la URSS, durante las décadas de 1960 y 1970, era obligatorio para los miembros del partido, tuvieran el puesto que tuvieran, mientras que sólo el 70-80 por 100 de los trabajadores de cuello blanco participaba en ellos, frente a un 40-50 por 100 de los obreros industriales y el 30-40 por 100 de los agrícolas.[57] Los motivos eran variados. Muchos creían que el trabajo social —especialmente las reuniones de comités— eran irrelevantes y sólo participaban en ellas porque se veían presionados a hacerlo o porque esperaban sacar de ello algún provecho. Como explicaba Zinoviev: «Si alguien elude el trabajo social, entonces se anota el hecho y se toman medidas; y las hay de varios tipos, desde las que afectan a los aumentos de salario y los ascensos a la solución de problemas de alojamiento, la posibilidad de viajar al extranjero o la de que le publiquen a uno una obra».[58]

Aun así, Zinoviev negaba que el «trabajo social» fuera

siempre una formalidad vacía que la gente se veía obligada o inducida a hacer. Insistía en que a menudo se tomaba en serio: mucha gente lo hacía porque era bueno por sí mismo y porque elevaba la reputación de todo el colectivo. También podía ser una actividad distraída. Los informes académicos señalaban que los científicos que habían perdido el interés por su propia investigación solían ser más aficionados al trabajo social que sus colegas más jóvenes.[59]

Así pues, al igual que los antiguos «aristócratas de servicio», alguna gente se esforzaba tanto por la recompensa como por un ideal solidario. Para algunos, aquélla era la esencia del socialismo maduro. Alguien que de joven, a principios de la década de 1980, había sido organizador de la Komsomol, insistía recientemente en una entrevista con el etnólogo Alexei Yurchak, a pesar de sus críticas a las reuniones aburridas y carentes de interés:

> Básicamente, a mi entender, la política del gobierno era correcta. Consistía simplemente en cuidar de la gente, sanidad gratuita y buena educación. Mi padre era un ejemplo de aquella política. Era el médico principal de nuestra región y trabajó mucho para mejorar los servicios médicos; y mi madre también trabajaba mucho como médico. Teníamos un buen apartamento proporcionado por el estado.[60]

Pero no todos estaban tan convencidos de la ecuanimidad del sistema. La señora Hildegard B. de Magdeburg, en la RDA, por ejemplo, recibió en 1975, tras una larga espera, una pequeña parcela que había solicitado, pero por un precio bastante más alto del que esperaba. Furiosa, protestó a las autoridades que merecía un mejor trato por lo mucho que había servido al estado presidiendo el comité ejecutivo del sindicato de

fábrica. El presidente de distrito de la Asociación de Pequeños Jardineros, Colonos y Criadores de Animales le respondió negándole que hubiera sido tratada injustamente: todos los que estaban por encima de ella habían sido virtuosos «activistas» y merecían sus privilegios. Al final, sin embargo, llegó a un compromiso y le ofreció una parcela más barata en otro lugar. [61]

La prolija respuesta oficial demuestra la preocupación del régimen por que vieran que actuaba equitativamente. Cualquier sospecha de que los privilegios no se debían a los méritos contraídos podía erosionar la placidez general y la disposición a obedecer las reglas. Sin embargo, cuanto más abandonaba el estado sus ambiciones de transformar la sociedad, más difícil le resultaba asegurar un vínculo directo entre recompensa y servicio. Se trataba cada vez más del paternalismo del jefe ambicioso con sus clientes, no el del padre amoroso con sus hijos. Por otra parte, los subordinados percibían que se les premiaba más por su lealtad sin fisuras y su adulación que por una virtud socialista más abstracta, porque aunque ya no aspiraban a movilizar a sus obreros para construir la utopía socialista, los jefes todavía tenían poder sobre las comodidades de la vida cotidiana.

Cuando en 1984 el sociólogo Michael Burawoy consiguió un permiso para trabajar en la planta Bánki de fabricación de vehículos pesados en Hungría, le sorprendieron las grandes diferencias, en particular en cuanto a las relaciones entre directivos y obreros, con la planta Allied de Chicago donde había trabajado una década antes. En Estados Unidos el empleo no era seguro, pero sí lo era el salario; sindicatos independientes aseguraban a los obreros el 100 por 100 de su salario,

produjeran lo que produjeran. En Hungría sucedía lo contrario: era muy difícil despedir a la gente, pero el salario que cobraba un obrero dependía estrictamente de lo que producía; si sólo llegaba al 50 por 100 de su «norma», se le pagaba el 50 por 100 de su salario. El sistema daba a los directivos y capataces mucho poder, porque podían establecer las normas de trabajo y pagar según su cumplimiento y podían asignar a sus favoritos las mejores máquinas y los trabajos más fáciles. Burawoy, a quien como intruso extranjero se le asignó un viejo taladro radial que nadie usaba, sólo obtenía el 82 por 100 de su norma y ganaba 3.600 florines, mientras que un colega más favorecido ganaba 8.480 florines.[62] Miklós Haraszti, escritor y periodista disidente de izquierdas convertido más tarde en admirador de Margaret Thatcher, castigado a principios de la década 1970 a trabajar durante un año en la fábrica de tractores Vörös Csillag («Estrella Roja»), describía así el papel de los capataces:

> El capataz no sólo organiza nuestro trabajo: en primer lugar y sobre todo nos organiza *a nosotros*. Los capataces deciden nuestra paga, nuestro trabajo, nuestro tiempo libre, nuestros complementos y las deducciones por rechazos excesivos [esto es, artículos de baja calidad]. Deciden dónde debemos pasar las vacaciones; escriben informes sobre nosotros para cualquier departamento del estado que lo solicite.[63]

El poder de los directivos era muy diverso según el país del bloque soviético del que se tratara. En el caso de China las fábricas controlaban los suministros alimentarios y el alojamiento, de forma que los trabajadores se veían obligados a mantener buenas relaciones con sus jefes. Durante la década de 1970 proseguían los enfrentamientos de la Revolución Cultural, trasladados ahora del terreno de la ideología al de las relaciones personales. En Hungría, durante la década de 1970, los

directivos tenían menos poder sobre cuestiones como el alojamiento, pero más sobre los salarios. En la RDA, en cambio, el sistema del salario por piezas estaba mucho menos difundido pero los directivos empleaban los incentivos para dividir a la fuerza de trabajo en diferentes turnos y brigadas, de forma que aunque se produjeran protestas, solían ser aisladas y raramente llegaban al nivel de huelgas en toda la fábrica.

Sin embargo, sería equivocado concluir que los jefes eran todopoderosos. Como en otras sociedades paternalistas, los «padres» y los «hijos» estaban ligados en una red de reglas, costumbres y reciprocidades informales, lo que impedía a los directivos hacer su santa voluntad. Un obrero presentaba una imagen bastante extraordinaria, en la que los directivos estaban totalmente a merced de las relaciones personales:

> El poder real de cada uno dependía de ese tipo de relaciones. Un vicedirector trasladado a nuestra fábrica tenía dificultades en conseguir que sus órdenes se cumplieran porque no tenía relaciones. Le llevó mucho tiempo construirlas antes de que la gente atendiera sus órdenes. La amistad facilitaba el cumplimiento de las órdenes, como una forma de ayudar a tus amigos cumpliendo sus peticiones.[64]

También había otras razones, más fundamentales, para la debilidad de los directivos en las sociedades socialistas tardías. Aunque tuvieran un control total sobre los salarios y complementos, en el bloque soviético no había suficientes trabajadores y a los descontentos no les resultaba demasiado difícil dejar su empleo y encontrar otro, así que los directivos dependían de la cooperación y la buena voluntad de sus obreros para disponer de cierto margen de maniobra en una economía caracterizada por suministros y escaseces caóticas. Si los obreros no cooperaban, la fábrica no podría cumplir el plan y sus

directivos pagarían las consecuencias. Los presidentes de las granjas colectivas se hallaban en una situación parecida. Un jefe de una granja colectiva en Rumanía explicaba lo difícil que era conseguir que los campesinos trabajaran para él cuando había otras oportunidades en la industria local y podían cultivar sus parcelas privadas. Era especialmente difícil encontrar gente para ocupar puestos de responsabilidad:

> La parte más dura de mi trabajo es conseguir gente para esos puestos. Nunca hay bastantes jefes de equipo, así que tengo que ir buscando de casa en casa, haciendo promesas para conseguir gente. Éste necesita bombonas de gas, aquel otro quiere carne… No puedo satisfacerlos a todos, pero necesitamos jefes de equipo.[65]

Esa imagen —directivos con poderes limitados, obligados a llegar a compromisos con sus subordinados— queda reforzada por la devastadora sátira del sistema soviético *Ziiaiuschie Vysoty** publicada por Aleksandr Zinoviev en 1976. Para él la institución dominante en la sociedad soviética no era el Kremlin sino el *kollektiv*, ya fuera la fábrica, el *koljóz*, el instituto académico o el bloque de apartamentos. Los directivos y funcionarios, aunque se les nombrara oficialmente desde arriba, tendían a identificarse con el *kollektiv*, no con sus jefes. Y aunque los directivos trataran constantemente de exceder su autoridad y abusar de su poder, estaban limitados por el hecho de que sus perspectivas de carrera dependían de lo bien que trabajaran sus subordinados y por la vigilancia de la célula del partido y «los ciudadanos de a pie que escribían quejas y cartas anónimas a todo tipo de organismos». El poder de los directivos solía así quedar restringido a cuidar su propio nido y el de sus «secuaces» y «pelotilleros». Era prácticamente imposible cambiar la organización de la empresa: «La más mínima iniciativa les

cuesta a los directivos inmensos esfuerzos y muy a menudo el resultado es un ataque al corazón».[66]

La exposición de Zinoviev debe valorarse con cierta precaución, ya que la vida de la élite académica estaba muy alejada de la de los obreros y campesinos corrientes. Aun así, ayuda a explicar la paradoja del sistema socialista maduro: aunque su legitimidad se veía constantemente socavada por un sinfín de quejas populares que denunciaban las injusticias e hipocresías, era notablemente estable (salvo en unos pocos casos como el de Polonia).

Una de las razones era la sensación de seguridad y confianza generada por el *kollektiv*, porque era muy difícil despedir a los trabajadores. Además, Zinoviev podía hablar con razón de la «simplicidad de la vida» comparada con lo que sucedía en Occidente, ya que, paradójicamente, en aquellas sociedades supuestamente burocráticas la gente se sentía en general mucho menos abrumada por el papeleo y los formularios que en el capitalismo actual. Todo quedaba a cargo del lugar de trabajo, eliminando la necesidad de tratar con toda una serie de instituciones privadas distintas (como bancos, compañías de seguros o de servicios). Aunque la adquisición de artículos deseables llevara mucho tiempo y energía, en la mayoría de los lugares y casi todo el tiempo se podía contar con un nivel de vida básico. Además, en general la gente no tenía que trabajar demasiado (aunque allí donde se creó una economía sumergida sí se trabajaba mucho). Por otra parte, el *kollektiv* no era estancado y estático, carente de competitividad. El trabajo duro y la ambición declarada podían no ser rentables, pero había muchas oportunidades de ascenso politiqueando y cuidando las relaciones con los jefes.[67]

El carácter relativamente poco exigente del trabajo le permitía a la gente dedicar su tiempo a las relaciones personales. Como comentaban Horváth y Szakolczai en 1992, aunque el partido «desanimara con éxito a muchos en cuanto a tomar sus propias decisiones, expresar sus opiniones y debatir las cuestiones públicas y sus intereses de una forma civilizada», su fracaso en imbuir en la gente una ética del trabajo le dejaba tiempo y lugar para sí mismos y sus relaciones personales:

> Los expertos occidentales decían: «Aquí no trabaja nadie». Pero fue precisamente ese distanciamiento [de una ética del trabajo interna] el que posibilitó a la gente durante mucho tiempo, hasta la década de 1970, preservar en su vida cotidiana, en lo que quedaba relativamente fuera del mundo oficial, sus relaciones personales, la confianza mutua, la inmediatez, la armonía y autonomía interna, la capacidad de vivir y sentir. La «lucha de todos contra todos» que prevalece hoy día en todos los estratos de la sociedad quedaba restringida antes a los grupos muy cercanos a los conflictos de poder internos.[68]

Así pues, junto al *kollektiv* oficial estaba el oficioso: amigos y familiares. De hecho, la vigilancia exhaustiva de los regímenes comunistas y su ambición de convertir la amistad en una «camaradería» políticamente aceptable no hacía más que aumentar la importancia de los amigos como refugio. Los amigos eran gente en la que podías confiar, que no informaría a los activistas del partido de algo que habías dicho o hecho. Eso era lo más importante durante los períodos de radicalismo como la Revolución Cultural. Como recordaban los chinos sobre su período escolar durante aquel período, podías confiar en que los amigos no te traicionarían si en las sesiones de autocrítica sólo mencionabas «pequeñas cosas» y «faltas menores».[69] Incluso en tiempos más normales, la amistad era probablemente más importante en las sociedades socialistas que en otras. Cuando se

les preguntaba en 1985 qué instituciones tenían mayor importancia en su vida, el 23 por 100 de los 3.500 jóvenes bielorrusos y estonios encuestados mencionaban el *kollektiv*, el 33 por 100 los amigos y el 41 por 100 la familia. Al parecer la amistad en la URSS se tomaba mucho más en serio que en Occidente, y de hecho se le dedicaba mucho más tiempo: el 16 por 100 de los encuestados se encontraban con sus amigos cada día, el 32 por 100 más de una vez a la semana y el 31 por 100 varias veces al mes. Los solteros estadounidenses, en cambio, sólo se encuentran con sus amigos, como promedio, cuatro veces al mes.[70]

Pero si bien uno podía crear su propio «colectivo» informal fuera del sistema, el colectivo oficial tenía su importancia y había una clara tensión entre la justicia e igualitarismo que supuestamente debía reinar en él y la jerarquía gestora y del partido en la que frecuentemente predominaba el favoritismo. Los obreros, en especial, solían considerar injusto el poder y las ventajas de los directivos. Según Miklós Haraszti, se distinguían muy claramente de ese estrato privilegiado, tal como sucedía en la URSS en los años treinta:

> Ellos, para ellos, lo suyo…; no creo que nadie que haya trabajado en una fábrica o haya mantenido una discusión con obreros, por superficial que fuera, pueda dudar de lo que significan esas palabras … la dirección, los que dan órdenes y toman las decisiones, dan empleo a la mano de obra y pagan los salarios, así como sus agentes y encargados, y que permanecen inaccesibles incluso cuando se cruzan en nuestro campo de visión.[71]

Como admitía Haraszti, aunque todos los obreros se sentían muy distanciados de los directivos, no les eran necesariamente hostiles. Algunos aceptaban que eran necesarios como técnicos y

especialistas, pero en todos los lugares de trabajo era habitual encontrar la opinión marxista radical de que los directivos, especialmente los que carecían de una pericia obvia, no eran más que parásitos que se nutrían del excedente producido por los trabajadores. Un joven obrero se hacía eco de la afirmación de Lenin en *El estado y la revolución* de que cualquier obrero alfabetizado podía hacer el trabajo administrativo y lo haría mejor porque sería justo y equitativo:

> Todo lo que hacen, quiero decir lo que *realmente* hacen, lo podría hacer igualmente un obrero no especializado sin necesidad de ayuda … si alguien le enseñara a contar. Cada mañana podría examinar la lista de tareas pendientes y distribuirlas equitativamente entre las máquinas…[72]

Los obreros industriales y agrícolas no eran los únicos en creer que otros se estaban beneficiando de un privilegio injusto. Los trabajadores de cuello blanco se sentían cada vez peor tratados, especialmente cuando a partir de los años setenta disminuyó la diferencia entre su salario y el de los trabajadores de cuello azul. Como decía Friedrich Jung, profesor en la RDA, «quien no tenía ni dinero ni relaciones lo pasaba mal»; para él los obreros industriales de las grandes plantas se hallaban en una situación particularmente buena porque ganaban más que los profesores y su alimentación y alojamiento estaban subvencionados.[73]

Así pues, aunque los ingresos se iban igualando, se mantenía el resentimiento por los privilegios económicos injustos, como revelaron las pocas encuestas de opinión independientes realizadas durante las décadas de 1970 y 1980. Una encuesta realizada en Polonia en 1981 mostraba que el 86 por 100 de la población veía «flagrantes» diferencias de ingresos, y en Hungría

la mayoría de la población creía que el partido actuaba «en gran medida» en interés de sus dirigentes más altos y de los *apparatchiki*.[74] De hecho, parece que a medida que se iban igualando los ingresos, la gente pensaba que aumentaban los privilegios injustos. Las encuestas de opinión pública en la Unión Soviética durante la era Briezhniev mostraban que las generaciones jóvenes juzgaban aquella época como la más injusta.[75]

En opinión de Michael Burawoy la irritación por las desigualdades era mucho mayor entre los obreros de los países comunistas que en los capitalistas. Tanto los obreros de la Acería Lenin en Miskolc como los de la planta Allied de Chicago se quejaban por el cierre de los viejos hornos de fundición, pero los obreros estadounidenses, aunque corrían el peligro de quedarse sin empleo, «no le echaban la culpa al capitalismo», mientras que «paradójicamente, los que trabajaban en la Brigada Socialista Revolución de Octubre, aislados hasta cierto punto del mercado mundial y protegidos frente a sus ataques, por lo que quizá no podían comprender lo que significaba quedarse sin empleo, sabían muy bien sin embargo cómo criticar su sistema» y pasaban mucho tiempo despotricando de las hipocresías del socialismo.[76] La solución a esta paradoja se encuentra en otra: pese al hermetismo político y a la propaganda distorsionadora prevalecientes en los regímenes comunistas, el sistema era de hecho mucho más transparente que el capitalismo. Zola caracterizaba con razón el capital como un dios misterioso, oculto en un tabernáculo, raramente cuestionado o ni siquiera percibido por la gente corriente. En los regímenes comunistas, en cambio, los obreros recordaban constantemente los principios del socialismo a través de la propaganda, la

competencia socialista, el trabajo social «voluntario» y las campañas de producción, que podían contrastar continuamente con la realidad; también entendían bien los mecanismos económicos del socialismo: el estado invertía en una fábrica y ellos producían un «excedente» recogido por el estado, que aseguraba distribuirlo con justicia en beneficio de la sociedad. Así, cuando los obreros veían a sus jefes concederse entre sí privilegios no siempre merecidos, se encolerizaban y se sentían explotados. Bajo el capitalismo es mucho más difícil ver adónde va el excedente o cómo se justifica su distribución; no es sorprendente que los obreros criticaran normalmente el sistema socialista por no serlo suficientemente.

Pero al igual que en el pasado, la práctica paternalista de los comunistas no sólo contradecía su supuesto compromiso con la igualdad, sino también los valores «modernos» que el régimen aseguraba promover. Si las sociedades «tradicionales» suponen típicamente relaciones sociales jerarquizadas y no igualitarias de dependencia, deferencia y acinesia, mientras que en las sociedades «modernas» se supone que los individuos son independientes y juzgados de acuerdo con sus logros, podemos ver bajo el comunismo «realmente existente» elementos de un orden «tradicional». La gente dependía a menudo de los jefes y los colectivos se regían por relaciones paternalistas; en algunos países socialistas la gente se veía atrapada en ellos (como en China tras el Gran Salto Adelante o en la URSS, donde los pasaportes internos dificultaban viajar de un lugar a otro); por otra parte, las mujeres seguían siendo discriminadas, pese a la retórica oficial. El partido mesiánico militante podía creer en su papel cuando estaba construyendo el socialismo y combatiendo contra la clase enemiga, pero ahora que esa tarea parecía acabada

su función estaba menos clara. Cada vez se parecía más a un grupo de estatus tradicional, menos capaz de dirigir el país que los auténticos expertos.

Aun así, en los países comunistas se habían construido sociedades que sí eran «modernas» en otros aspectos: la urbanización, la educación de masas y el estado del bienestar. Los regímenes socialistas también alentaban una actitud «moderna» hacia la vida, que hacía a los individuos y las familias esforzarse por mejorar como parte de una comunidad nacional más amplia. Como ha argumentado el antropólogo David Kideckel, los campesinos de la región rumana de Oltenia desarrollaron redes mucho más amplias y diversas, que cubrían una área geográfica mayor que antes de la guerra, y eran muy conscientes de la importancia de progresar. El concepto de *pregătire* («preparación») —la necesidad de lograr buenos resultados en la escuela y conocer el trabajo propio— se hizo mucho más importante bajo el socialismo que antes. Como explicaba un obrero, «en el pasado los gobernantes tenían *pregătire* y los obreros y campesinos no la tenían. Ahora sucede al contrario».[77] La vieja aspiración casi feudal a convertirse en un *domn* («señor») —persona elegante, generosa y carismática que no trabajaba— no había desaparecido, pero coexistía con nuevos modelos de comportamiento. Los campesinos también adoptaron una actitud mucho más pragmática y utilitaria hacia el trabajo. La antropóloga Martha Lampland constató que durante el período de entreguerras los campesinos húngaros de Sárosd, al suroeste de Budapest, se interesaban poco por el mercado; el estatus provenía de la independencia personal, y el ideal de los campesinos era adquirir tierras suficientes como para asegurarla, un objetivo que la mayoría era demasiado pobre para

alcanzar. El socialismo, por tanto, era impopular entre los campesinos con tierras porque los hacía depender de los funcionarios, pero también ayudó a transformar su actitud. Ahora que el trabajo se medía y retribuía lo veían de forma mucho más comercial. En la década de 1980 los pueblos húngaros se habían convertido en un lugar de «creciente economismo y utilitarismo».[78]

Los gobernantes comunistas se sentían, evidentemente, muy felices con aquella actitud, con tal que los campesinos situaran lo colectivo por encima de lo individual. Resultaba innegable su éxito en el empeño en crear un nuevo tipo de individuo moderno: racional, libre de los lazos sociales del pasado y colectivista. En muchos casos, los ciudadanos del bloque soviético parecían bastante más colectivistas que sus contemporáneos occidentales, y como se verá en el capítulo 12, sus opiniones eran mucho más igualitarias.[79] Sin embargo, en aquel colectivismo e igualitarismo se podían detectar también ciertas tensiones. Las encuestas de opinión en Polonia mostraban que entre 1966 y 1977 fue disminuyendo de importancia el principio del sacrificio solidario (aunque cobró más importancia el de igualdad).[80] El compromiso con el colectivo se veía también amenazado por un nuevo enemigo: el consumismo. Las sociedades comunistas estaban muy lejos del consumismo de Occidente, pero había quienes comenzaban a estimar su estatus por los bienes que adquirían y disfrutaban más que por su servicio al estado.

VII

En 1984 se estrenó en la URSS una comedia romántica de Vladimir Bortko auténticamente divertida, *Blondinka za uglom* («La rubia de al lado»), aunque también propusiera un profundo mensaje ideológico. Contaba la historia del romance entre Nikolai, un astrofísico que entra a trabajar como vigilante en unos grandes almacenes de Moscú, y la despampanante dependienta Nadia —la auténtica protagonista de la película—, una ventajista sin escrúpulos capaz de obtener cualquier cosa en el mercado negro.[81] Su vida y sus relaciones se basan en su habilidad para conseguir artículos «deficitarios»; cuando presenta a sus amigos a Nikolai, no lo hace por su nombre, sino por lo que le pueden proporcionar: uno es «entradas para el teatro», otro «vacaciones en el mar Negro», etc. En este universo paralelo consumista y materialista el jefe supremo es Nadia, no el secretario general del partido. Tiene tanta confianza en sí misma que intenta obtener el premio Nobel para Nikolai sobornando a los miembros del comité con caviar y otras exquisiteces. La comedia termina con una seria moraleja: Nikolai, al principio cautivado por ese nuevo mundo, abandona a la monstruosa Nadia la víspera de su boda, y con ella los placeres egoístas y superficiales del consumismo.

La rubia de al lado mostraba la gran preocupación de los comunistas por el consumismo: era un universo rival, con su propia jerarquía y valores antitéticos a los suyos. En la década de 1970 había un floreciente mercado negro en todos los países del bloque soviético; en algunos, como la URSS, Polonia y Hungría, era en gran medida tolerado; en otros, como la RDA, era más perseguido, pero aun así prosperaba. Aquella economía paralela significaba una porción significativa de la actividad

económica: los informes mostraban que en la URSS de la década de 1980, el 60 por 100 de las reparaciones de automóviles, el 50 por 100 de las de zapatos y el 40 por 100 de las renovaciones de apartamentos se hacían en el mercado negro, muchas de ellas por gente que tenía además un empleo regular. [82] Pero los estados socialistas también legitimaron esa corrosiva cultura consumista creando tiendas especiales donde se podían comprar artículos de lujo. Por ejemplo, las tiendas Exquisit y Delikat de la RDA vendían tales artícu-los a precios mucho más altos que los de las tiendas normales, y en los almacenes Intershop sólo se podía comprar con moneda occidental, recibida como regalo de los parientes emigrados.

El consumismo generó un mundo distinto. La gente empleaba mucho tiempo en la búsqueda de artículos «deficitarios» para sus apartamentos o ropa de moda, naturalmente occidental. No cabe, pues, extrañarse de que durante las décadas de 1970 y 1980 los empleos que daban acceso a esos artículos de consumo se hicieran mucho más populares. Los sociólogos comprobaron que empleos de vendedor como el de Nadia, que gozaban de poca estima social a principios de los años sesenta, eran ahora mucho más cotizados, mientras que la educación superior, en cambio, era menos apreciada. Los trabajadores de cuello blanco ganaban todavía, en general, más que los de cuello azul, y algunos grupos, como el ejército y los escalones superiores del partido, tenían unos ingresos relativamente altos en dinero y complementos. Pero una nueva jerarquía de estatus, basada en el acceso a los artículos de consumo, comenzó a rivalizar con el antiguo orden paternalista basado en el servicio. Un estudio de los adolescentes soviéticos en 1987 mostraba que consideraban

el mercado negro como el trabajo más lucrativo en la sociedad soviética, seguido por el ejército, la reparación de automóviles y el reciclado de botellas; en lo más hondo estaban los pilotos, actores y profesores de universidad.[83] En la RDA, donde los envíos de moneda extranjera de los parientes emigrados eran tan apreciados, corría el chiste de que el socialismo alemán había alcanzado una nueva fase en el esquema marxista: «De cada cual según sus capacidades, y a cada cual según donde viva su tía».[84]

Como mostraba *La rubia de al lado*, aquel desafío al viejo orden era contemplado con rencor por quienes no tenían acceso a los artículos de consumo más preciados. En Polonia, donde los propios *apparatchiki* del partido estaban implicados en el mercado negro, perjudicaba su prestigio. En otros lugares era más difícil para los funcionarios intermedios del partido mantener contactos con extranjeros, y el consumismo contrariaba a los que no tenían la oportunidad o no deseaban participar en la economía paralela; mientras que en la antigua jerarquía tenían un estatus muy alto, en la nueva era muy bajo.

Era quizá inevitable que los artículos de consumo cobraran tanta importancia en la vida de la gente cuando se hicieron más accesibles. En la mayoría de las sociedades la mayoría de la gente trata de mejorar su estatus; pero ese estatus sólo quedó asociado al consumo en el bloque soviético cuando las jerarquías socialistas oficiales perdieron importancia y —lo que es decisivo— esos bienes se pusieron al alcance de la gente corriente. La gente compite con sus iguales; cuando sólo era la élite más elevada, alejada de la mayoría de la gente, la que disponía de ellos, resultaba menos importante tenerlos; pero desde finales de la década de 1950 los regímenes comunistas crearon las

condiciones ideales para una obsesión por los artículos de consumo: hicieron mayores esfuerzos para difundirlos a su alrededor, pero no produjeron lo suficiente para satisfacer la demanda.

La fascinación por los artículos de consumo mostraba claramente que muchos ciudadanos soviéticos se estaban desplazando ideológicamente a la órbita occidental. Las preocupaciones de los jóvenes giraban en torno a la ropa y la música occidental; aunque los países socialistas producían la misma ropa (a veces con marcas occidentales como Marlboro o Levi-Strauss), sólo se cotizaba la fabricada en el extranjero.

Sin embargo, no deberíamos exagerar el poder social del consumismo: si el comunismo se vino abajo no lo derribó el vaquero de Marlboro. Un estudio de las profesiones con mayor prestigio social en Hungría —el país socialista donde más desarrollada estaba la economía de mercado— mostraba que los empleos más apreciados eran los asociados con el conocimiento (como el de médico), mientras que el comercio o los elevados ingresos lo eran mucho menos.[85]

Así pues, el interés por los bienes de consumo no conllevaba necesariamente una actitud anticomunista. Los implicados activamente en el mercado negro eran una minoría —se estima que rondaba el 15 por 100 en la URSS— y generalmente se les consideraba un grupo peculiar, más materialista que la gente corriente.[86] Y aunque la propaganda oficial criticaba sin descanso a los jóvenes obsesionados por la ropa occidental, llamándolos holgazanes cuando no cosas peores, los propios jóvenes no veían el mundo de forma tan maniquea, en términos de blanco o negro. Los activistas más entusiastas de la Komsomol también compraban vaqueros en el mercado negro,

igual que los disidentes.

Lo mismo se puede decir de otro artículo importado de Occidente, la música rock, aunque en este caso los comunistas tenían quizá más motivos para preocuparse, ya que el rock estaba muy vinculado a las rebeliones juveniles de la década de 1960 y sus canciones estaban a menudo imbuidas de un romanticismo hedonista, tan hostil a los principios del socialismo estatalista como al capitalismo tecnocrático. En algunos países el rock se convirtió en un atributo abiertamente de oposición. El grupo Perfect proporcionó la música de campaña para el movimiento polaco *Solidarność* a principios de la década de 1980, y tras la invasión de Checoslovaquia el grupo The Plastic People of the Universe era explícitamente disidente. Una de sus canciones de 1973 incluía los siguientes versos:

> ¡Ten en cuenta tu kilo de paranoia!
> ¡Derroquemos la horrible dictadura!
> ¡Pronto! ¡Bebe, vive, vomita!
> ¡La botella, el golpe [*Beat*]!
> Mierda en tu mano.[87]

Algunos miembros del grupo fueron detenidos y juzgados, acusados de «extrema vulgaridad con un efecto antisocialista y antisocial y enaltecimiento del nihilismo, la decadencia y el clericalismo». Durante el juicio la defensa no negó su vulgaridad, pero argumentó ingeniosamente que no hacían más que seguir el ejemplo de los bolcheviques y de Lenin, citando su supuesta máxima de 1922: «la burocracia es una mierda».[88] Aun así, no consiguió convencer al juez; los músicos fueron encarcelados y su caso se hizo célebre y atrajo la atención internacional; también condujo a la creación de la Charta 77,

un grupo disidente decidido a obligar al régimen a observar la ley y la Constitución, y cuyo miembro más famoso era el autor teatral Václav Havel.

Pero la mayor parte de la música pop y rock no era tan explícitamente anticomunista, y durante la década de 1970 la mayoría de los regímenes del bloque soviético estaba dispuesta a tolerarla, aunque sólo fuera por la enorme cantidad de gente que escuchaba las emisoras de radio occidentales. El Partido Socialista Unificado de Alemania oriental patrocinó el «rock realista socialista», mientras que los soviéticos tenían sus propios grupos políticamente correctos y anodinos como los Viesiolie Riebiata («Chicos Felices»), cuyo nombre provenía de una comedia musical de 1934 de Grigori Aleksandrov. La Komsomol confeccionó largas listas de grupos prohibidos. El grupo de *heavy metal* Black Sabbath fue acusado de promover la «violencia» y el «oscurantismo religioso», y Julio Iglesias fue calificado de «promotor del neofascismo».[89] Sin embargo, lo que se podía deducir es que los demás grupos eran aceptables y la propia Komsomol organizaba conciertos de rock. Alexei Yurchak cuenta que Aleksandr, antiguo secretario de la Komsomol en una escuela y luego estudiante en la Universidad de Novosibirsk, muy entregado al ideal comunista y al mismo tiempo seguidor apasionado del rock progresivo pero también del grupo británico de *heavy metal* Uriah Heep, escribió, como dándose importancia, a un amigo cuyo profesor de filosofía había censurado el rock:

> Dile a tu profesor de estética que uno no puede contemplar el mundo circundante desde una posición prehistórica … The Beatles constituyen un fenómeno sin precedentes cuyo impacto sobre la mente humana es quizá comparable con el de los vuelos espaciales y la física nuclear.[90]

No había por tanto, necesariamente, una contradicción entre el comunismo y la cultura popular moderna, pero los partidos comunistas seguían reaccionando de una forma «prehistórica». Jruschov y su generación habían llevado el comunismo al espacio y la era nuclear, pero la modernidad se había movido y los envejecidos dirigentes comunistas parecían «prehistóricos» en la misma medida que su política parecía conservadora.

VIII

«Me gusta la gente de derechas.» Así le dijo el *nec plus ultra* del radicalismo comunista, Mao Zedong, al presidente estadounidense Richard Nixon, notorio anticomunista, durante su cumbre en Beijing el 21 de febrero de 1972. Nixon, de quien no se conoce ningún interés por la teoría, proclamó a su vez su deseo de discutir «problemas filosóficos [sic]» con Mao.[91] Dos años antes pocos habrían predicho aquel extraordinario acercamiento entre el dirigente más radical del mundo comunista y el «trastornado cacique del imperialismo estadounidense», como había llamado la prensa china a Nixon.

Tan sólo tres meses después, del 22 al 29 de mayo, Nixon visitó Moscú para reunirse con el otro gran dirigente del mundo comunista, Leonid Briezhniev. El día 26 ambos firmaron en un ambiente muy poco revolucionario —la sala Iekaterina del Kremlin, una orgía arquitectónica de oro y cristal— el tratado de Limitación de Misiles Anti-Balísticos (ABM) con el que

culminaba la primera serie de Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (*Strategic Arms Limitation Talks*, SALT) y un documento que esbozaba unas nuevas bases para las relaciones soviético-estadounidenses.

La disposición de Briezhniev a firmar la paz estaba en consonancia con su carácter y con los cambios que se habían producido en el pensamiento soviético desde la crisis de los misiles en Cuba. Con aquella distensión se alcanzó en 1972 gran parte de lo que pretendía Stalin en 1945: el mundo quedaba formalmente dividido en esferas de influencia de las superpotencias. Ahora que el Este y el Oeste estaban más igualados —al menos en términos militares y geopolíticos—, Briezhniev había conseguido asegurar el reconocimiento del imperio soviético en Europa oriental que Estados Unidos le había negado durante tanto tiempo.

La reencarnación de Mao como pacificador era por supuesto menos esperable; pero las vulnerabilidades estratégicas que afrontaban él y Briezhniev eran similares, debilitados como estaban por los estallidos revolucionarios de la segunda mitad de la década de 1960. Mientras que Briezhniev trataba de estabilizar su bloque tras la Primavera de Praga de 1968, Mao intentaba todavía restaurar el orden en China tras la Revolución Cultural y se sentía preocupado por la amenaza militar de la URSS y de la India; tenía por tanto buenas razones para «virar a la derecha».

Pero era Nixon el que tenía más razones para el compromiso, ya que después de su aparente éxito en aplastar las revoluciones en el Tercer Mundo desde mediados de los años sesenta, el poder estadounidenses se veía desafiado por la resistencia en Vietnam. Como en 1945 —al igual que en 1919

—, los hombres de estado que negociaban en grandes residencias y salas palaciegas no podían imponer su voluntad al turbulento Sur; y para Washington era aún más preocupante que sus enemigos en el Tercer Mundo hubieran encontrado aliados en los propios campus universitarios y ciudades de Occidente. En 1968, desde Washington a Estambul y desde París hasta Ciudad de México, los políticos contemplaban con preocupación cómo una nueva generación de revolucionarios tomaba las calles.

11

Marea alta

I

En marzo de 1968 se celebró en el Palacio Ras Makonnen, cedido por el emperador Haile Selassie a la universidad que todavía llevaba su nombre* un desfile de modas benéfico que suscitó gran tensión.[1] Había sido organizado por Linda Thistle, una voluntaria del Cuerpo de Paz estadounidense que realizaba actividades extracurriculares en la residencia de chicas; un año antes se había celebrado otro desfile cuando una empresa californiana les había donado creaciones del «Salon Exquisite» y «La Merveilleuse», incluidas minifaldas que entonces estaban de moda. El desfile de 1967 había generado artículos críticos en la prensa estudiantil etíope; la minifalda era un asunto especialmente controvertido. Aunque algunos de los argumentos eran nacionalistas o africanistas —los desfiles de modas eran «contrarios a las costumbres etíopes», un ««opio que ha contaminado Europa»—, en aquellas denuncias también se podía apreciar un tono específicamente marxista. De hecho, aquella retórica se había difundido mucho en los círculos

estudiantiles de la época. «El desfile de modas no es sino [… un] instrumento del neocolonialismo … a fin de crear un mercado para los artículos de lujo [occidentales]», tronaba un artículo.[2] Thistle respondió a las críticas excluyendo las minifaldas y transformando el acontecimiento en el primer desfile de moda africana del continente, en el que sólo se verían «tejidos africanos». Pero los estudiantes radicales no se apaciguaron tan fácilmente. Algunos argumentaban que ningún desfile de modas, por nacionalista que fuera, estaría justificado en un país tan pobre; pero también se discutían cuestiones de género y de relaciones de poder entre hombres y mujeres. Los varones veían el desfile como la demostración de que las mujeres etíopes, seducidas por las costumbres y el modo de vida decadente de Occidente, dejaban de lado cuestiones más serias como el debate y el activismo político. Como explicaba uno de ellos, Wellelign Makonnen, «nuestras hermanas se han lavado la cabeza con champú occidental … La filosofía de la vida estadounidense no lleva a ningún sitio».[3]

La disputa desembocó finalmente en una pequeña pero violenta manifestación. Alrededor de cincuenta encolerizados estudiantes varones se reunieron en el exterior del palacio, insultando y abofeteando a las mujeres, hostigando a los visitantes extranjeros, arrojándoles huevos podridos y sacando a algunos de ellos a rastras de sus automóviles. Pronto llegó la policía, los enfrentamientos se enconaron y la policía detuvo a varios estudiantes radicales, incluido el director del periódico estudiantil *Lucha*. Las autoridades universitarias —con el vicerrector de la American University en Addis Abeba al frente— decidieron cerrar la institución. El marxismo y el antiamericanismo se habían propagado palpablemente entre los

estudiantes etíopes desde hacía algún tiempo. Estados Unidos aparecía asociado con el régimen cada vez más impopular de Haile Selassie, y un par de meses antes del desfile de modas una ruidosa manifestación contra la guerra de Vietnam había impedido al vicepresidente estadounidense Hubert Humphrey pronunciar una conferencia ante los estudiantes.[4] Pero los acontecimientos de aquel día señalaron la ruptura final entre el movimiento estudiantil y el régimen imperial; muchos de aquellos estudiantes iban a desempeñar un papel central en la revolución etíope de 1974.

Un par de semanas antes, en Nueva York, una joven graduada de Berkeley, Dona Fowler, dio a conocer una declaración con sesenta y seis firmas que defendía la minifalda y amenazaba montar piquetes ante los grandes almacenes con pancartas en las que se exigiría «¡Abajo la Maxi!». Pero aunque las conocidas de Thistle y de Fowler estuvieran tan encolerizados contra la guerra de Vietnam y el «imperialismo estadounidense» como sus colegas etíopes (y de hecho también utilizaban eslóganes marxistas), sus preocupaciones inmediatas y su visión general de la política no podría haber sido más diferente, ya que para Fowler y sus amigas la minifalda simbolizaba una liberación personal y de género, un rechazo de la cultura disciplinada y masculina que había prevalecido en Estados Unidos desde siempre y en particular desde la segunda guerra mundial. Para Wellelign Makonnen, en cambio, esa prenda potenciaba la actitud decadente que mantenía atrasada a Etiopía; lo que se necesitaba era una disciplina rigurosa y no una liberación frívola. Unos y otros jóvenes gritaban eslóganes marxistas, pero los de los etíopes, que se remontaba al marxismo radical de finales de la década de 1920 en Rusia, contrastaba

notoriamente con el marxismo romántico más democrático de las y los estadounidenses.

Durante el año 1968 salieron a flote toda una serie de viejos resentimientos anunciando una nueva marea alta revolucionaria en todo el mundo. Nunca antes había estado tan de moda —ni volvería a estarlo hasta ahora— el vocabulario marxista, cuando activistas del Tercer Mundo se unieron a los de Occidente para luchar contra el «imperialismo», el «racismo» y el «paternalismo». El número de regímenes marxistas se multiplicó y el mapa del comunismo mundial era más rojo que nunca. Pero bajo aquella aparente unidad, el comunismo nunca había sido tan diverso ni había estado tan desunido. Durante un decenio a partir de 1968 surgieron todo tipo de variedades, como si toda la historia del movimiento se hubiera condensado en aquel decenio febril: desde el estalinismo de finales de los años veinte renacido en África hasta el radicalismo extremo de la Revolución Cultural china en Camboya; desde el frentepopulismo con Allende en Chile hasta el romanticismo marxista de los *soixante-huitards*; y desde un eurocomunismo casi socialdemócrata en Italia y Francia hasta la guerra de guerrillas inspirada por el Che Guevara en Nicaragua.

Pero la sensación de liberación romántica y democracia radical despertada por 1968 se demostró efímera. Aunque la derrota de la superpotencia estadounidense en Vietnam potenció toda una serie de fuerzas políticas y sociales radicales, Estados Unidos y sus aliados reaccionaron pronto y mientras los movimientos y regímenes comunistas se veían inmersos en la rivalidad entre las grandes potencias y la nueva guerra fría, la política de las manifestaciones de protesta, los grupos de discusión y las comunas *hippies* daba paso a las ametralladoras,

bombas y granadas. La «zona de paz» en el Tercer Mundo de la que hablaba Jruschov se convirtió en un campo de batalla sangriento.

II

Durante el verano de 1964, alrededor de un millar de estudiantes estadounidenses de las universidades del Norte —la mayoría de ellos blancos—viajaron al estado sureño de Mississippi respondiendo a la campaña del Comité de Coordinación de Estudiantes No-Violentos (SNCC) contra la segregación racial todavía prevaleciente. Durante el «Verano de Mississippi» aquellos estudiantes vivieron en comunas —«Casas de la Libertad»— o con familias negras, registraron votantes y dieron clases en las «Escuelas de la Libertad».[5] Aquella actividad tan ferviente recordaba el movimiento «Acercarse al Pueblo» de los jóvenes idealistas rusos en 1874; pero a diferencia de los populistas agrarios rusos, aquellos estudiantes estadounidenses se unían a un movimiento de base ya arraigado y sus relaciones con los afroamericanos de los lugares que visitaban eran buenas. Sin embargo, al igual que a sus antecesores rusos les esperaba la represión. Diez días después de llegar, tres de aquellos estudiantes fueron golpeados a muerte por los segregacionistas (ayudados por la policía local) y muchos más recibieron palizas y malos tratos.[6]

El Verano de Mississippi fue una experiencia radicalizadora para todos los que participaron en ella; por eso un grupo de estudiantes de Berkeley reaccionó encolerizado al descubrir a su

regreso que las autoridades universitarias habían prohibido que siguieran utilizando el terreno donde antes ponían sus tenderetes y distribuían sus panfletos. Cuando llegó la policía para hacer respetar la prohibición, un estudiante, Mario Savio, inició una «sentada» ante el automóvil policial, técnica utilizada en las manifestaciones del Sur por los derechos humanos. Los intentos de las autoridades de castigar a Savio provocaron que el recientemente constituido «Movimiento por la Libertad de Expresión» (*Free Speech Movement*, FSM) organizara sentadas y manifestaciones masivas en las que participaron más de 10.000 de los 27.000 estudiantes de la universidad. Aquellos notables acontecimientos se convirtieron en un modelo rápidamente imitado en otras protestas estudiantiles, convirtiéndose Berkeley, en cierto sentido, en foco de una serie de rebeliones (o incluso «revoluciones») que se extendió a toda América del Norte y Europa e incluso más allá, a la que se conoce genéricamente como «1968».

El movimiento estudiantil de Berkeley, como sus predecesores ruso y chino, impugnaba la desigualdad legalmente instituida —en este caso étnica— y las estructuras de poder paternalistas, y en particular la universitaria. Savio vinculaba explícitamente los derechos civiles y la política universitaria en un discurso pronunciado en 1965:

> En Mississippi impera una minoría autocrática y poderosa mediante la violencia organizada con la que reprime a la gran mayoría prácticamente impotente. En California la minoría privilegiada manipula la burocracia universitaria para impedir que los estudiantes se expresen políticamente. Esa burocracia «respetable» es el eficiente enemigo en un nuevo «Mundo Feliz».[7]

El lenguaje de Savio era llamativamente radical, pero hasta

la manifestación de 1964 no se le conocía como una persona especialmente politizada. Como italo-americano —uno de los grupos étnicos tan eficazmente movilizados en la cruzada anticomunista— gozaba de los beneficios del estado del bienestar presidido por Truman y Eisenhower. También estaba inscrito en una universidad (o «multiversidad», como prefería que se la conociera) dedicada a la investigación tecnológica —en parte militar— y que abogaba por la movilidad social, al menos para los estadounidenses blancos. Berkeley era por tanto un ejemplo típico de las muchas universidades, especialmente en el mundo occidental, que se habían expandido rápidamente y ahora muchos de sus estudiantes provenían de familias bastante modestas sin acceso anteriormente a la enseñanza superior; y como los estudiantes de primera generación en Rusia durante las décadas de 1860 y 1870, no siempre les gustaban las normas educativas jerárquicas y a veces alienantes que en ella encontraban. Como recordaba un estudiante, «realmente veíamos a Berkeley como una fábrica. Las aulas eran inmensas y parecía imposible acercarse a los profesores, tan distantes desde su tarima».[8]

Últimamente es frecuente considerar ingenuas y autocomplacientes las rebeliones estudiantiles de los años sesenta, pero sea cual sea nuestra opinión sobre sus objetivos no debemos subestimar su importancia histórica, ya que al igual que sus predecesores románticos, aquellos estudiantes expresaban un cambio fundamental en la concepción del mundo. Los estudiantes occidentales de los años sesenta y setenta se rebelaban contra todos los «padres», ya fuera en el hogar, en el universidad o en el estado. Desde las comunidades esencialmente fraternales en que se desarrollaba la vida

estudiantil, los jóvenes cuestionaban las jerarquías y la autoridad tradicional, desafiando las actitudes prevalecientes hacia las mujeres y los gays y experimentando nuevas formas de vida doméstica en las comunas *hippies*,[9] al tiempo que los movimientos feministas y homosexuales desafiaban la actitud patriarcal tradicional. Su propuesta tenía como centro una forma participativa de democracia. Buena parte de aquella rebelión era consecuencia de un cambio fundamental en la situación de los jóvenes desde la década de 1950. Su mejor situación económica y la autonomía que les prometía la educación superior les hacía sentirse más independientes y seguros de sí mismos que en el pasado.

Además, como ilustraba la comparación de la universidad con una «fábrica», la crítica de la discriminación de género, étnica y generacional podía convertirse pronto en un ataque más general a lo que algunos llamaban «estado del bienestar y de guerra» (*warfare-welfare state*), juzgando que los estados occidentales, aunque no tan reglamentados como sus homólogos de la esfera soviética, exigían un nivel intolerable de disciplina social. Las fábricas estaban gobernadas por la producción «fordista» y las empresas se habían agigantado y jerarquizado convirtiéndose en monstruosas productoras de alienación. En la inmediata posguerra, cuando muchos temían la subversión estalinista y aceptaban la necesidad de reconstruir rápidamente las economías y sociedades semidestruidas por la guerra, esa disciplina había parecido defendible; pero al igual que en el bloque soviético, una vez que la amenaza real de guerra se había mitigado, los jóvenes estaban menos dispuestos a someterse a aquella coerción, para la que la compensación del bienestar y los artículos de consumo parecía insuficiente. Como

escribía Barbara Garson, directora del periódico del FSM: «Mucha gente comenzaba a pensar: "Quiero hacer algo con mi vida. No quiero ser un instrumento dócil al servicio de los beneficios empresariales"».[10]

Así pues, en determinados aspectos decisivos, el movimiento estudiantil occidental difería de sus predecesores ruso y chino: desconfiaba de la propia tecnología, maquinaria y modernidad organizativa que aquéllos tanto admiraban. De hecho se oponían a un aspecto fundamental del proyecto prometeico, algo quizá no tan sorprendente, dado que no juzgaban «atrasada» su sociedad y no les interesaba la competencia internacional. En cierta forma las protestas de mediados de la década de 1960, con sus ataques a los padres «imperialistas» y «militaristas» por parte de sus hijos e hijas rebeldes, estaban más cerca de los dadaístas y su ridiculización de las convenciones en la época de la primera guerra mundial que de Chernishevski y Lu Xun. Los situacionistas europeos de los años cincuenta y sesenta reconocían aquella deuda. Convencidos de que en el fondo los hombres y mujeres occidentales estaban «alienados» por una sociedad de consumo filistea, creían que la provocación los sacaría de su complacencia aletargada ante el «espectáculo» que vaciaba de todo contenido la sociedad.*[11] El principal teórico de la Internacional Situacionista, Guy Débord, insistía en que las «revoluciones proletarias» tenían que ser «fiestas» basadas en el «juego» y la aceptación del «deseo sin límites».[12] El libro de Débord *La Societé du spectacle*, publicado a finales de 1967, se convirtió en uno de los evangelios de los estudiantes revolucionarios europeos.

Pero tal como había sucedido durante la primera guerra mundial, la frustración esencialmente estética por el filisteísmo

burgués se convirtió en un romanticismo más político, que incluía poderosas influencias marxistas. De hecho dio lugar a la resurrección del marxismo de Lukács y la escuela de Frankfurt. Herbert Marcuse, una de sus lumbreras antes de la guerra, emigrado de Alemania a Estados Unidos en 1934, se iba a convertir en fanal filosófico de la rebelión estudiantil de 1968. Con su *One-Dimensional Man*, publicado en 1964, pretendía restablecer la visión del mundo marxista romántica, combinada ahora insólitamente con la freudiana. Marcuse argumentaba que el capitalismo moderno rebosaba de una racionalidad tecnocrática que había fusionado el «estado del bienestar» con el «estado de guerra» para dar lugar a una «sociedad de movilización total». El consumismo e instituciones jerárquicas como las grandes corporaciones, los ejércitos y los partidos políticos habían generado una «mecánica de la conformidad» que alienaba a la gente y suprimía su autonomía al tiempo que los aspectos genuinamente placenteros, creativos y eróticos de la vida habían quedado proscritos.[13] En el rechazo marcusiano del marxismo modernista de la planificación y la racionalidad se constata un renacimiento de los falansterios de Fourier y del «joven Marx» romántico.** Y dado su rechazo de la síntesis soviética entre modernidad y revolución, no cabe extrañarse de que Marcuse condenara el comunismo soviético tan enérgicamente como el capitalismo. Para él ambos eran herederos del nazismo en cuanto órdenes «totalitarios» gobernados por despiadadas élites tecnocráticas.

La profunda desconfianza de Marcuse en la tecnología y la ciencia y su visión del nazismo, el capitalismo industrial y el comunismo soviético como manifestaciones de un mismo síndrome «totalitario» caracterizaron la política y la cultura de la

izquierda romántica de los años sesenta. Los padres dominantes, los nazis y la bomba atómica aparecían entrelazados vívidamente en la poesía de la estadounidense Sylvia Plath, y estaban igualmente presentes en las películas de Stanley Kubrick. La figura del Dr. Strangelove —interpretado magistralmente por Peter Sellers— en su película satírica de 1964 «How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb» («¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú») englobaba en un solo personaje todos esos temas: un científico de origen alemán cuyo brazo mecánico se alza constantemente en un involuntario saludo nazi, se ha convertido en asesor nuclear del presidente estadounidense.[14] En *2001: A Space Odyssey*, estrenada en 1968, el progreso tecnológico se muestra como una fuerza siniestra que conduce a la violencia bajo la forma del ciclópeo ordenador asesino HAL 9000.[15] El más famoso discurso de Mario Savio en las asambleas de Berkeley estaba imbuido de esa retórica romántica:

> Llega un momento en que el funcionamiento de la máquina se te hace tan odioso, te angustia tanto, que no puedes seguir formando parte de ella, ni siquiera tácitamente, y tienes que echar lo que tengas a mano sobre los engranajes, sobre las ruedas, sobre las palancas, sobre todo el aparato, para conseguir frenarlo.[16]

Pero Marcuse sólo era el más destacado de los pensadores de la «Nueva Izquierda» —un grupo heterogéneo, entre los que cabe destacar el sociólogo estadounidense C. Wright Mills, el historiador británico E. P. Thompson y el intelectual ex trotskista griego Cornelius Castoriadis.* Al adoptar la etiqueta de «Nueva Izquierda», se posicionaban deliberada y conscientemente contra la «vieja» izquierda, tanto socialdemócrata como comunista soviética, a la que objetaban su obsesión por la jerarquía y la organización del partido,

defendiendo en su lugar la discusión libre y la democracia participativa; pero el conflicto entre Vieja y Nueva Izquierda se refería fundamentalmente a las cuestiones de igualdad y poder, ya que para los pensadores de los años sesenta no bastaba con la igualdad económica (como para la vieja izquierda), sino que era más importante aún un cambio de las relaciones de autoridad, una revolución cultural y el final de toda forma de jerarquía. Como explicaba Gregory Calvert, presidente en 1966-1967 de la organización estadounidense de la nueva izquierda Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS), «el movimiento de masas revolucionario no se construye sobre el deseo de adquisición de bienes materiales … Los movimientos revolucionarios son luchas por la libertad nacidas de la percepción de las contradicciones entre la potencialidad humana y la realidad opresiva».[17]

Esta oposición al marxismo «economicista» estaba estrechamente relacionada con la desilusión con respecto a la clase obrera industrial, que los radicales creían que se había dejado comprar (al menos en Europa occidental y septentrional y en Estados Unidos) por el «estado del bienestar y de guerra». Los nuevos revolucionarios tenían que construir una alianza de los grupos que sufrían discriminación legal, política o racial en un mundo dominado por el imperialismo estadounidense: una alianza de estudiantes, afroamericanos, revolucionarios del Tercer Mundo, mujeres y homosexuales. Como escribía Wright Mills en su «Carta a la nueva izquierda» de 1960:

> Olvidad el marxismo victoriano [esto es, kautskiano], excepto cuando lo necesitéis; y leed a Lenin de nuevo (con cuidado), y también a Rosa Luxemburg…
>
> Sea lo que sea, no es [utópico]. Decídselo a los estudiantes japoneses. Decídselo a las sentadas de los negros. Decídselo a los revolucionarios cubanos. Decídselo a la

gente del bloque de naciones hambrientas.[18]

A principios de la década de 1960 algunos intelectuales y activistas estadounidenses veían cierta relación entre la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos en su país y las luchas de liberación antiimperialistas en el Tercer Mundo. Pero con la escalada de la guerra de Vietnam en 1965 esa conexión se hizo obvia. Al duplicarse el reclutamiento obligatorio, los estudiantes se radicalizaron, como no podía ser de otra manera. Aunque la incorporación a filas se podía demorar, evitarla indefinidamente resultaba a menudo difícil. Las protestas comenzaron en las universidades en 1965, y los profesores más radicales comenzaron a cancelar las clases normales y a organizar «teach-ins» del estilo de las Escuelas de la Libertad de Mississippi, esto es, seminarios sobre la guerra que duraban todo un día. Un miembro del SDS recordaba lo influyente que llegó a ser la concepción de la nueva izquierda de una alianza entre estudiantes, negros y vietnamitas:

> 1965 fue para mí el año en que se puso de manifiesto la relación entre toda aquella retórica de los valores estadounidenses y lo que realmente estábamos haciendo, esto es, la conexión entre los derechos civiles y la guerra de Vietnam. Mantener sometida a una gran minoría en el país y bombardear hasta hacerla retroceder a la edad de piedra a una población campesina de otra raza y otra cultura en el extranjero.[19]

El vocabulario antiimperialista radical se fue haciendo cada vez más dominante en el SDS. Como recordaba otra activista del SDS, Cathy Wilkerson, quien más tarde se incorporaría a la organización terrorista de los Hombres del Tiempo (*Weather Underground Organization*, WUO), fue en aquel momento cuando la guerra de Vietnam y una percepción de la persistente

desigualdad económica la llevaron de la fe en la democracia a la idea de que «podríamos barrer nosotros mismos el viejo gobierno», y de que «ese "barrido" no se podría llevar a cabo sin lucha, dada la naturaleza violenta de nuestro gobierno».[20] En 1967 la dirección del SDS —aunque no siempre los miembros de base— optó por el marxismo revolucionario, ya que, como explicaba Carl Oglesby, «no había —ni hay— ninguna otra filosofía coherente, integradora y explícita de la revolución».[21]

En el movimiento por los derechos civiles se estaba produciendo una radicalización parecida. La guerra de Vietnam provocaba un doble resentimiento, al desviar los recursos de los programas sociales a la guerra, al tiempo que una proporción mucho más alta de negros que de blancos tenía que incorporarse a filas. La estrategia no violenta de Martin Luther King, que tan buenos resultados estaba dando en el Sur, no tenía eco entre los jóvenes radicales de las ciudades del Norte, donde estallaron violentos disturbios en el verano de 1967.[22] Una nueva generación de políticos del *Black Power* («Poder Negro») recurría a la retórica de los guerrilleros comunistas y en particular al exaltado tercermundismo del revolucionario de origen martiniqués Franz Fanon. Uno de los portavoces más carismáticos del Poder Negro, Stokely Carmichael, hablando en Londres en 1967, citó a Fanon y al Che Guevara en un canto de alabanza a la violencia revolucionaria, añadiendo que:

> Pretendemos incrementar la conciencia revolucionaria del pueblo negro de Estados Unidos para que se una con el Tercer Mundo. Que se utilice o no la violencia no es algo que decidamos nosotros, sino el Occidente blanco … No vamos a volver a inclinar la cabeza ante ningún blanco. Quien agreda a un negro en Estados Unidos va a tener que enfrentarse a todos los negros de Estados Unidos.[23]

La rebelión también se extendió al «imperio por invitación» estadounidense en Europa occidental. La rabia por los bombardeos estadounidenses en Vietnam era algo determinante en todas las manifestaciones y protestas estudiantiles, sobre todo desde el momento en que las pantallas de televisión comenzaron a llenarse de imágenes de la violencia aerotransportada. La oposición a la guerra aumentó rápidamente en los países cuyo gobierno apoyaba los bombardeos, como el de Gran Bretaña. Un estudiante británico recordaba: «Estaba el bombardeo y su implacabilidad … Creo que ahora la gente probablemente no comprende aquello, pero era terrible. Todo el progreso alcanzado se estaba utilizando para destruir … Mis sentimientos eran tan intensos que temí que se desencadenara mi propia violencia».[24] Los gobernantes europeos comenzaron a cuestionarse su apoyo a Estados Unidos. De Gaulle se negó a contribuir a las operaciones de la OTAN y el gobierno británico declaró que las dificultades financieras le obligarían a reducir su contingente de tropas en Europa.

En Estados Unidos nunca se produjo, por supuesto, una revolución marxista, pero 1968 le dio una idea de lo que podía llegar a ser. Tanto dentro como fuera, oleadas de rebelión inspiradas en parte en el nacionalismo étnico y en parte en diversas variantes del marxismo, amenazaban el *imperium* estadounidense. El presidente Johnson, enfrentado a los «guerrilleros» no sólo en Vietnam sino también en las propias ciudades estadounidenses, estaba decidido a mantener el bienestar (*welfare*) en el país y la guerra (*warfare*) en Vietnam, pero como en tantos otros imperios del pasado, la combinación de la agitación interna, las derrotas en el extranjero y la codicia

financiera provocaron una crisis.

La derrota (parcial) que se produjo en Vietnam tuvo gran importancia simbólica. Johnson, convencido de que la reunificación del país bajo la potestad comunista socavaría la credibilidad estadounidense y alentaría a los aliados de Moscú y Beijing en todo el mundo, decidió a mediados de 1964 incrementar sustancialmente los bombardeos sobre Vietnam del Norte y la presencia de tropas estadounidenses sobre el terreno. En cierto modo tenía razón: la guerra de Vietnam era decisiva para la evolución de los conflictos de la guerra fría, y el éxito estadounidense en 1954-1955 al imponer a su peón Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur* y mantener la división del país había efectivamente frenado el avance de los partidarios de Moscú y Beijing en el Tercer Mundo durante algún tiempo. Sin embargo, como argumentaban sus críticos, al «americanizar» el conflicto Johnson había elevado peligrosamente la apuesta. La predicción del subsecretario de Estado George Ball de que una derrota militar tendría consecuencias mucho peores para la credibilidad estadounidense que un compromiso de paz, se demostró profética.[25] Moscú y Beijing, aunque al principio parecían pesimistas con respecto a las posibilidades de los comunistas vietnamitas, decidieron hacer frente a la ofensiva militar estadounidense y volcaron dinero y armas en el conflicto. El resultado fue un equilibrio inestable, si bien los bombardeos y la destrucción de los bosques con defoliantes químicos no hacía más que empujar a más survietnamitas en brazos del Vietcong.

En enero de 1968, en lo que se conoció como la «ofensiva del Tet» por el nombre vietnamita de la festividad del Año Nuevo, 67.000 soldados del Frente Nacional de Liberación

(FNL) y del ejército de Vietnam del Norte atacaron las principales ciudades del sur. Fue de hecho una misión suicida en masa, y aunque finalmente fueron derrotados, las imágenes transmitidas por los medios de los combatientes comunistas atacando la embajada estadounidense en Saigón fueron profundamente humillantes para Washington y envalentonaron a los radicales de izquierda del mundo entero. Como recordaba un estudiante de Berlín occidental:

> Aquel acontecimiento que sacudió el mundo me permitió imaginar lo que podía haber sido la revolución rusa para la gente con ideales socialistas. Allí, junto a la embajada estadounidense en Saigón, se luchaba casa por casa, mientras que en Hue se enarbolaba la bandera del FNL. Se decía que eran los estudiantes los que se habían apoderado de la ciudad. No cabía duda: estaba amaneciendo la revolución mundial.[26]

El gobierno de Johnson estaba atónito. El secretario de Defensa, Clark Clifford, recordaba que «se produjo, durante un breve momento, algo que se parecía a la parálisis, y se palpaba que los acontecimientos estaban escapando al control de los dirigentes de la nación».[27] En el gobierno se abrió una grieta: los militares pedían más tropas mientras que Clifford y otros querían salir de allí cuanto antes. Más importante aún fue que los inversores comenzaron a perder su fe en la capacidad de Washington para financiar la guerra y que en marzo el dólar sufrió una fuerte caída al producirse una huida en masa. El sistema de Bretton Woods que encadenaba el dólar al oro se veía amenazado.

Johnson se vio obligado a un repliegue parcial. La guerra siguió, pero el 31 de marzo anunció que se había acabado la escalada: redujo la frecuencia y alcance de los bombardeos,

rechazó la sugerencia del general Westmoreland de enviar otros 200.000 soldados y en mayo se iniciaron conversaciones de paz en París. Por otra parte, se vio obligado aceptar que el sistema de Bretton Woods, y con él en la hegemonía económica de la que Estados Unidos había disfrutado desde 1945, era insostenible. El deterioro de la preeminencia del dólar trajo consigo el de la legitimidad del poder global estadounidense, tanto en el interior como en el exterior. Durante la primavera y el verano de 1968 aumentaron notablemente el número y la virulencia de las protestas antiestadounidenses en todo el mundo al percibir su debilidad; en los propios Estados Unidos el asesinato de Martin Luther King en marzo provocó disturbios en 126 ciudades, y en agosto la manifestación estudiantil ante la Convención del Partido Demócrata en Chicago fue reprimida brutalmente por la policía.

Fuera de Estados Unidos, en su esfera de influencia occidental, la guerra de Vietnam y el «imperialismo estadounidense» (junto a cuestiones más convencionales sobre el funcionamiento de la universidad) se convirtieron en los principales motivos de las manifestaciones estudiantiles. Los estudiantes hacían frente a la policía en París, Roma, Tokio, Berlín occidental, Ciudad de México… Pero aquellas sublevaciones también planteaban cuestiones nacionales específicas. En países con un pasado nazi o fascista —Alemania e Italia— los estudiantes exigían una investigación sobre los crímenes de la anterior generación, que en su opinión se habían encubierto. En el sur de Europa los obreros desempeñaron un papel decisivo en las revueltas.[28] En otros lugares, la retórica de los derechos civiles se combinó con el marxismo radical para alimentar las protestas nacionalistas. En Bélgica los estudiantes

protestaban contra el predominio del francés en las universidades flamencas. En Irlanda del Norte una amplia alianza de republicanos liberales, católicos y marxistas desafió el dominio británico protestante, tomando como ejemplo la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos; se fue haciendo más radical a medida que se intensificaba la represión, y en 1969 los marxistas republicanos se hicieron con la dirección del movimiento por los derechos civiles, convirtiéndolo en una lucha contra el imperialismo.

Pero en todas partes, fueran cuales fueran las especificidades locales, las movilizaciones se inspiraban en un marxismo participativo y romántico explícitamente opuesto al marxismo soviético (especialmente cuando había pasado tan poco tiempo desde la invasión soviética de Checoslovaquia). Al Che Guevara se le unía ahora Ho Chi Minh en el empíreo de los héroes de la izquierda, aunque su principal mérito fuera su desafío a Estados Unidos y la gente supiera bien poco de su pensamiento político. Stalin, en cambio, había quedado definitivamente excluido.

La consecuencia inmediata de la revolución cultural de 1968 y de la ofensiva vietnamita fue el arrinconamiento de varios gobiernos y políticos occidentales: Lyndon Johnson anunció que no presentaría su candidatura para un nuevo período presidencial; el gobierno belga cayó en febrero; y en Francia una huelga general durante dos semanas amenazó seriamente al presente De Gaulle y obligó al primer ministro Pompidou a acordar con los sindicatos un aumento del 35 por 100 del salario mínimo. Pero las repercusiones a largo plazo de aquella serie de revueltas fueron más profundas: señalaron el rechazo de la juventud occidental al control del Sur global, al tiempo que dieron lugar a una apreciable subida salarial que socavó el orden

económico establecido en Bretton Woods. La revolución de los *soixante-huitards* señalaba de hecho el comienzo del fin del orden establecido tras la segunda guerra mundial.[29]

Sin embargo, en ningún país consiguieron las movilizaciones de 1968 una alteración sustancial de las relaciones de poder, debido en gran medida a la heterogeneidad de sus objetivos. Entre los estudiantes —preocupados por democratizar la vida cotidiana— y los obreros —a menudo más preocupados por sus reivindicaciones económicas— no resultaba fácil forjar alianzas duraderas, a lo que se añadía la desconfianza inherente a la nueva izquierda hacia los políticos «burocráticos» convencionales; al repudiar el instrumento organizativo tradicional —el partido de vanguardia—, no consiguió desarrollar programas coherentes ni mantener sus victorias políticas.

A corto plazo, las convulsiones de 1968 propiciaron victorias electorales de la derecha. Las elecciones en Francia supusieron una abrumadora victoria para De Gaulle, y en Estados Unidos el republicano ultraconservador Richard Nixon obtuvo la presidencia prometiendo combatir la «lucha revolucionaria para apoderarse de las universidades de este país».[30] Occidente había experimentado una crisis revolucionaria parecida a las revoluciones fracasadas de 1789-1815, 1848 y 1918-1919; y tal como entonces se produjo a continuación un pronunciado giro a la derecha; pero todavía tenía que pasar cierto tiempo antes de que se pudiera dar por restaurado el orden anterior.

En la izquierda radical, las derrotas posteriores al verano de 1968 motivaron una reconsideración del proyecto revolucionario. Algunos decidieron que la nueva izquierda era

demasiado democrática en tiempos tan violentos y surgieron partidos más radicales de extrema izquierda, principalmente maoístas y trotskistas,[31] cuyas características variaban de un lugar a otro. Algunos, como la *Gauche Prolétarienne* (Izquierda Proletaria) maoísta, entre cuyos simpatizantes se encontraba parte de la crema de la intelectualidad francesa, como Jean-Paul Sartre, el filósofo Michel Foucault o el cineasta Jean-Luc Godard, eran relativamente descentralizados.[32] Daniel Singer, judío polaco instalado en Francia desde 1958 y que pudo observar de cerca los *événements* parisienses de 1968, describía así el atractivo de los maoístas:

> En los jóvenes maoístas hay algo de los *narodniki* rusos [populistas agrarios de la década de 1870]. Aquéllos predicaban entre los campesinos; éstos de ahora se dirigen a los obreros a fin de *Servir le Peuple*, por citar el nombre de su periódico.* Las citas del pequeño libro rojo y el culto a Mao no eran los medios ideales para atraer a los estudiantes críticos, pero éstos se veían atraídos por la Revolución Cultural china, su mensaje antiburocrático y sus llamamientos a la juventud. Su entusiasmo ideológico y abnegación personal permitieron a los jóvenes maoístas arraigar entre los estudiantes universitarios y de los institutos.[33]

Sin embargo, los maoístas solían apreciar la organización y la disciplina aún más que los trotskistas. Aquella obsesión marxista radical por la coherencia y la unidad ideológica dio lugar a infinitas escisiones y disputas —excepcionalmente satirizadas por Monty Python en *The Life of Brian* (1979) con la absurda rivalidad entre el Frente Popular Judío, el Frente Popular de Judea, el Frente Popular del Pueblo de Judea y el Frente Popular Judaico, con un solo militante.[34] Pero si bien proliferaron los grupúsculos diminutos, la extrema izquierda era sorprendentemente popular en algunos países. En Italia había casi cien mil activistas y en Alemania las encuestas mostraban

que el 30 por 100 de los estudiantes de enseñanza secundaria y universitarios simpatizaban con ideologías comunistas, sobre todo de la variedad de la Nueva Izquierda o la extrema izquierda.[35]

La misma convicción de que la democracia participativa de la Nueva Izquierda había fracasado propició la transición a una política más radicalizada de clandestinidad y terrorismo. Si los vietnamitas habían obtenido sus victorias mediante un partido marxista-leninista disciplinado y la fuerza militar, ¿no sería ésa la estrategia adecuada también en Occidente? Así pensaban al menos los *Weathermen* (Hombres del Tiempo), cuyo nombre provenía de una canción de Bob Dylan («no hay que ser meteorólogo para saber en qué dirección sopla el viento») y que se escindieron del SDS en 1969. Cathy Wilkerson recordaba el razonamiento que los acercó al marxismo-leninismo más radical, y era que «la democracia popular puede ser un lujo que tenemos que olvidar hasta que el mundo se convierta en un lugar más pacífico».[36] Los *Weathermen* se entrenaban en artes marciales y se sometían a sesiones de autocrítica del tipo maoísta. El «americong», como ellos mismos se llamaban, pretendía «traer la guerra a casa» con violentos disturbios y bombas.

Pero aquellos extremistas eran muy pocos, especialmente en Estados Unidos, aunque tuvieron más éxito en otros lugares. En Irlanda del Norte el Ejército Republicano Irlandés «Provisional» se escindió del ala «Oficial», más inclinada a la construcción de un partido marxista tradicional, decidiendo que había llegado el momento de lanzarse a la lucha armada por una Irlanda unida; en Francia la Izquierda Proletaria también constituyó un pequeño brazo armado. Pero el suelo más fértil para el terrorismo estaba en Alemania occidental e Italia, donde

contaba con el argumento de que el aparato estatal estaba plagado de antiguos nazis y fascistas.[37] En ambos países los terroristas provenían en gran medida de la clase media instruida y entre ellos había una alta proporción de mujeres. El grupo alemán más destacado fue la *Rote Armee Fraktion* (Fracción del Ejército Rojo, RAF), comúnmente llamada «banda Baader-Meinhof» por el carismático y agresivo Andreas Baader y la muy conocida periodista de izquierdas Ulrike Meinhof. Esta última, que provenía de una familia antinazi, se había incorporado previamente, en 1958, al ilegal KPD, alineado con la República Democrática Alemana, creyendo que era el que mejor encarnaba la tradición antifascista, antes de optar finalmente por la nueva izquierda.[38]

Pero la cuestión más acuciante no era la persistencia real o supuesta del nazismo en Alemania occidental sino la actitud de los gobernantes de la República Federal hacia los regímenes apoyados por Estados Unidos en el Tercer Mundo; y cuando en junio de 1967 el estudiante Benno Ohnesorg fue asesinado por la policía durante una manifestación contra la visita del Shah de Irán ambos temas convergieron. A partir de 1970 la RAF inició una campaña de terrorismo urbano que prosiguió hasta la detención de la mayor parte de sus miembros en junio de 1972. Aun así, desde la prisión de Stammheim los miembros de la RAF consiguieron reclutar y organizar una Segunda Generación que cometió diversos atentados entre 1975 y 1979. A pesar de su escaso número, la RAF gozaba de un apoyo público notable, casi de la cuarta parte de los alemanes occidentales de menos de treinta en 1971, y el 14 por 100 se manifestaban dispuestos a ayudarles activamente.[39]

Los grupos terroristas italianos eran más numerosos, amplios

y arraigados en la sociedad. Al igual que los alemanes, creían que no hacían más que reanudar la resistencia de los partisanos durante la guerra contra un estado semifascista. Se cree que el atentado con bomba en la Piazza Fontana de Milán, el 12 de diciembre de 1969, en el que murieron diecisiete personas, fue la respuesta de la extrema derecha al *autunno caldo* («otoño caliente») que sacudió todo el norte de Italia, y que su autor fue algún grupo neofascista integrado en la red Gladio organizada por la CIA para justificar un golpe de estado; aquella masacre sirvió de pretexto para una dura represión contra los círculos radicales, pero también, en palabras de la ex terrorista Susanna Ronconi, «supuso para mí un giro decisivo al cerrar el círculo (que hasta entonces me había parecido abierto) entre las instituciones, el estado y la [extrema] derecha».[40]

La agitación obrera, que en la Europa meridional se integró mucho más en «1968» que en la septentrional o en Estados Unidos, le dio, pues, una oportunidad a la extrema izquierda italiana. En Italia la oleada de huelgas que culminó con el *autunno caldo* duró dos años. No se trataba únicamente de reivindicaciones salariales, sino también de participación igualitaria y autogestión; los jóvenes obreros emulaban a los estudiantes en la exigencia de una democracia participativa y obtuvieron importantes concesiones de la patronal, principalmente la elección de consejos de fábrica. A partir de aquella radicalización obrera y de las provocaciones neofascistas nacieron en 1970 las *Brigate Rosse* («Brigadas Rojas», BR) y otros grupos terroristas italianos;[41] y aunque la represión a mediados de la década los obligó a una clandestinidad estricta, también se hicieron más violentos y más eficaces en la desestabilización del estado.

Italia estaba sufriendo un declive económico, pero no era la única en cuanto al serio deterioro de las relaciones laborales y la agitación obrera. Los disturbios de 1968 en Francia tuvieron tanta repercusión porque los obreros se unieron a los estudiantes en una huelga general que duró dos semanas. La menor autoridad de los gobiernos a partir de entonces envalentonó a los obreros de toda Europa y de Estados Unidos, pero había otras razones para su combatividad. El pleno empleo en algunos países y la inflación posterior a 1968 les dio poder, pero además estaba llegando a la madurez una nueva generación obrera, más radical. En toda la Europa occidental las empresas habían invertido en nuevas fábricas durante las décadas de 1940 y 1950, aprovechando el bajo precio de la mano de obra inmigrante, ya viniera del sur de Europa en el caso de los países del noroeste, o del campo en el caso de la propia Europa meridional. Pero como suele suceder en esos casos, los inmigrantes de segunda generación estaban menos dispuestos que sus padres a soportar penalidades. En países como Italia, donde los inmigrantes no venían de extranjero sino del propio país, el radicalismo obrero era más intenso al vincularse las disputas laborales con reivindicaciones más generales de igualdad y reconocimiento.[42]

Así pues, la guerra de Vietnam suscitó y radicalizó una cascada de agravios preexistentes entre los estudiantes, las minorías étnicas y los obreros, pero aunque la retórica marxista-leninista se puso de moda, los sublevados rechazaban más o menos explícitamente el marxismo prosoviético ortodoxo de la modernidad y el pragmatismo político. 1968 —tanto las rebeliones estudiantiles y obreras en el oeste como la Primavera de Praga en el este— supuso un importante desafío para los

partidos comunistas ortodoxos, temerosos de verse desbordados por una nueva izquierda radical. Durante unos meses el PCF condenó la invasión soviética de Checoslovaquia, pero bajo la presión soviética aceptó pronto la «normalización» de Husák; también se negó a aceptar que Francia estuviera atravesando una situación auténticamente revolucionaria y acusó a los estudiantes de ser «típicos radicales pequeño-burgueses».[43] Las rebeliones internas y tras ellas la Primavera de Praga dieron lugar a importantes escisiones en el partido, aunque mantuvo su 21,5 por 100 de votos en las elecciones de 1969. El PCI, en cambio, mantuvo sus críticas a la Unión Soviética (sin romper no obstante con ella), y consiguió atraer a parte de la izquierda estudiantil y obrera radical. Aun así, ésta no estaba del todo domesticada y los comunistas se vieron obligados a enfrentarse a ella más adelante.

En Latinoamérica se experimentó a finales de los años sesenta una serie parecida de rebeliones estudiantiles y urbanas bajo la bandera de un marxismo romántico parecidamente ecléctico. Los fracasos de la guerrilla a mediados de la década habían socavado la fe de la izquierda radical en el modelo cubano de los *focos* rurales y la guerrilla se trasladó a las ciudades. *La guerra de guerrillas* del Che cedió su preeminencia al *Mini-manual do guerrilheiro urbano* (1969) de Carlos Marighella, antiguo dirigente del *Partido Comunista Brasileiro* y fundador en 1967 de la organización armada *Ação Libertadora Nacional*, quien decía:

> La acusación de «violencia» o «terrorismo» ya no tiene el significado negativo que solía tener … Hoy día, la calificación de «violento» o «terrorista» ennoblece a cualquier persona honorable, porque se trata de un revolucionario dedicado a la lucha armada contra la vergonzosa dictadura militar [brasileña] y sus atrocidades.

[44]

La guerrilla urbana cobró más fuerza en Uruguay y Argentina, donde la izquierda sufría la represión de dictaduras militares muy sangrientas. Algunos de los grupos terroristas eran marxistas (como el trotskista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en Argentina), pero en otros (como los Montoneros argentinos y los Tupamaros uruguayos) predominaba una mezcla de nacionalismo populista con ideas de izquierda. Los Montoneros y el ERP se beneficiaron de la amplia militancia obrera en Argentina y lo mismo sucedió, en menor grado, en otros países latinoamericanos durante aquel período.[45]

La política de izquierdas abarcaba ahora un curioso conjunto de especies, algunas de ellas bastante sorprendentes. En Perú era el ejército, que tomó el poder en 1968 enarbolando la teoría marxista y una retórica tercermundista, además del apoyo del Partido Comunista Peruano. Otros marxistas inesperados eran los sacerdotes católicos de la «teología de la liberación», entre los cuales se hallaba el colombiano Camilo Torres, a quien algunos llamaban «el Che con sotana». Para él los principios cristianos, en particular el «amor al prójimo», «coincidían en la acción y en la práctica con algunos métodos y objetivos marxistas-leninistas».[46] Torres, que decidió a mediados de los años sesenta unirse al Ejército de Liberación Nacional colombiano y murió en febrero de 1966 en una emboscada, no era precisamente un cura típico. Sin embargo, la Iglesia Católica estaba tan preocupada por el atractivo del marxismo que en agosto de 1968 la Conferencia del Episcopado Latinoamericano reunida en la ciudad colombiana de Medellín decidió respaldar un cristianismo «socialmente responsable» y

combatir las «injustas consecuencias de las excesivas desigualdades entre pobres y ricos, débiles y poderosos».[47] No es que las autoridades eclesiásticas se estuvieran convirtiendo al marxismo, pero muchos de los sacerdotes de la «teología de la liberación» creían que había que complementar las enseñanzas de Jesucristo con las de Karl Marx.

Frente a esos competidores, los partidos comunistas prosoviéticos ortodoxos de Latinoamérica, concentrados en la clase obrera, parecían muy poco atractivos, especialmente por no saber adaptarse a las nuevas realidades y menospreciar la «subclase» rápidamente creciente de chabolistas urbanos. Su único éxito lo obtuvieron en Chile, con su participación en la Unidad Popular que llevó a la presidencia en septiembre de 1970 al socialista Salvador Allende, quien ya había sido ministro con Pedro Aguirre Cerda en el gobierno frentepopulista —inspirado en el español— entre 1939 y 1942.

Los cubanos también estaban perdiendo atractivo en el continente, especialmente cuando los fracasos económicos y la preocupación por la elección de Nixon les indujeron a volver a la órbita de Moscú. Castro se negó a condenar la invasión de Checoslovaquia y pronto se sometió a la presión soviética abandonando la ambiciosa política económica basada en la movilización que los soviéticos desaprobaban. El «trabajo voluntario» y la movilización de masas emprendidos desde mediados de la década habían producido agotamiento y escepticismo, y en 1970 Castro se vio obligado a aceptar un régimen económico de estilo soviético más modernista, con disciplina laboral e incentivos salariales.[48] En 1972 la idea de un socialismo cubano distinto del soviético recibió un nuevo golpe cuando Cuba se convirtió en miembro del CAME. Pero

esto no supuso, sin embargo, el final del activismo cubano en su política exterior. Cuando su revolución comenzaba a perder lustre en Latinoamérica, encontraron —junto con sus aliados soviéticos— nuevos discípulos en África.

III

En enero de 1966 el líder del movimiento guerrillero guineano Amílcar Cabral ofreció una evaluación optimista del estado de la revolución mundial, al tiempo que condenaba la vieja idea jruschoviana de que el Tercer Mundo podía ser «una zona de paz»:

> La situación actual de las luchas de liberación nacional en el mundo (especialmente en Vietnam, el Congo y Zimbabue) así como la situación de permanente violencia … en ciertos países que han obtenido su independencia por la vía llamada pacífica, nos muestran … que los compromisos con el imperialismo no funcionan … y que la forma normal de liberación nacional es *la lucha armada*. [49]

El carismático Cabral hablaba en La Habana, en la I Conferencia Tricontinental que daría lugar a la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL) con la que Castro quería sustituir el Movimiento de Países No Alineados surgido de Bandung, proclamando que el viejo «socialismo autóctono» del Tercer Mundo había muerto para reencarnarse en un marxismo más militante. Tras los muchos reveses de mediados de los años sesenta y pocas semanas después de que los comunistas hubieran sido masacrados en Indonesia, no todos estaban muy convencidos de que fuera el

momento más apropiado para aquellas declaraciones; pero Fidel Castro estaba de acuerdo con Cabral: el ejército estadounidense estaba perdiendo terreno en Vietnam y era el momento oportuno para intensificar la lucha armada en todo el mundo.[50]

Sin embargo, no fue sólo el nuevo equilibrio de poder internacional el que radicalizó a los dirigentes del Tercer Mundo a finales de los años sesenta y primeros de los setenta. Las ideas marxistas venidas de Occidente desempeñaron también cierto papel, ya llegaran mediante los vínculos con los partidos comunistas portugués, francés e italiano, o a través de los estudiantes que estudiaban en el extranjero, como fue el caso de Etiopía.[51] También tenía su importancia el cambio generacional. Muchos creían que la generación de Bandung no había cumplido su promesa de que una forma moderada de socialismo proporcionaría desarrollo económico y prestigio internacional. Al negarse a desalojar a los jefes «tribales» locales —argumentaban los críticos—, los socialistas africanos habían permitido que mantuviera las riendas una poderosa clase de colaboracionistas neocoloniales que protegían los intereses de las viejas potencias imperiales. Como explicaba Cabral en su largo y denso discurso teórico a sus camaradas revolucionarios, «la sumisión de la clase "gobernante" local a la del país dominante constreñía el desarrollo de las fuerzas productivas».[52]

Cabral no fue nunca un marxista-leninista dogmático, pero su fluida sintaxis muestra lo extendido que estaba el pensamiento marxista entre gran parte de la élite africana a finales de los años sesenta.[53] Además, la variedad de «marxismo-leninismo» que iba a cobrar fuerza allí recordaba en muchos aspectos el estalinismo radical de la década de 1930,

que combinaba el nacionalismo antiim-perialista, un modelo de desarrollo que situaba la «modernidad» y la ciudad sobre la «tradición» y el campo, y un predisposición a emplear la violencia.[54] Los marxistas-leninistas africanos aceptaban por supuesto que su «proletariado» era minúsculo, pero aun así se aferraban a la creencia de que, siempre que utilizaran una política correcta, podrían construir rápidamente una «dictadura del proletariado». Una coalición de diversas clases progresistas tomaría el poder y construiría una industria pesada y con ella un proletariado revolucionario. Aquellos marxistas-leninistas aseguraban tener la solución para el subdesarrollo de la que carecían los socialistas africanos. Sólo un partido de vanguardia —argumentaban— tendría la voluntad y energía necesarias para desalojar a las élites locales, tan egoístas que no les importaba el atraso de su país; su trabazón con la «lucha de clases» les permitiría utilizar la violencia tan necesaria para resistir a los imperialistas y desalojar a sus aliados burgueses internos; y su internacionalismo marxista les merecería la financiación de la URSS en un momento en que ésta parecía avanzar en una dirección más «estalinista».

A este último respecto, al menos, los afrocomunistas tenían razón. Desde finales de los años sesenta los ideólogos del Departamento Internacional del Comité Central (entre ellos Karen Brutents, y los futuros consejeros de Gorbachov, Gueorgui Shajnazarov y Vadim Zagladin) comenzaron a desarrollar un análisis de las razones de las derrotas comunistas a mediados de la década. Concluyeron que la política de «frente unido» de Jruschov y la esperanza en una transición pacífica del socialismo africano al comunismo habían sido demasiado optimistas. Las frecuentes intervenciones militares

estadounidenses les habían convencido de que sólo partidos de vanguardia marxistas-leninistas podían hacer avanzar a la izquierda en el Tercer Mundo; pero sin caer en el pesimismo, argumentaban por el contrario que las perspectivas para el comunismo eran brillantes. Las dificultades de Estados Unidos en Vietnam debilitarían el prestigio de Occidente, mientras que la prolongada intromisión occidental también reforzaría el del socialismo. Los nacionalistas «burgueses» —argumentaban— a los que el Occidente neocolonial negaba una auténtica independencia, tendrían que forjar alianzas con la clase obrera, todavía pequeña pero creciente, y con el movimiento campesino. Los nacionalistas progresistas, guiados por un partido de vanguardia, combatirían a los nacionalistas reaccionarios y a continuación se iniciaría la transición al socialismo, incluso en aquellas sociedades campesinas «atrasadas».[55] En cierta forma, pues, la respuesta soviética a los reveses de 1964-1966 en el Tercer Mundo constituían una versión suavizada de la reacción de Stalin frente a los fracasos del «frente unido» en 1927-1928: los comunistas tenían que ser más intransigentes y coherentes; fuera del Norte global, en el mundo prevalecía la «lucha» entre los mundos capitalista y comunista, no la coexistencia pacífica; y en los países agrarios del Tercer Mundo también se podía dar un rápido avance hacia una economía socialista, tal como había sucedido en la Unión Soviética cuarenta años antes.

Una de las primeras regiones en experimentar toda la fuerza de la rebelión marxista-leninista contra la generación de Bandung fue Oriente Medio. La victoria de Israel sobre Siria y Egipto en la guerra de los Seis Días de 1967 humilló al socialismo árabe en toda la región, ya fuera el del Baaz en Siria o

el más personalista de Nasser en Egipto. Tras aquella guerra la Liga de Estados Árabes perdió influencia sobre el movimiento nacionalista palestino que había tratado de controlar mediante la creación en 1964 de la Organización de Liberación de Palestina (OLP). El grupo más radicalmente nacionalista *Fatah* («Victoria») dirigido por Yasser Arafat, comenzó a desplazar a sus rivales propugnando una guerra de guerrillas inspirada en los escritos de Franz Fanon y el ejemplo vietnamita.[56] En 1967 se incorporó a la OLP y lo mismo hizo en 1968 el Frente Popular para la Liberación de Palestina de George Habash, que se declaró partido marxista-leninista en 1969 y recibió apoyo soviético desde 1970.[57] Para ellos el conflicto con Israel, y por tanto con Estados Unidos, era algo más que un asunto árabe: formaba parte de la lucha global contra el imperialismo.

La derrota de Nasser también contribuyó a la fundación del primer régimen marxista-leninista en la región, el de la República Democrática Popular del Yemen o Yemen del Sur. El Frente Nacional de Liberación respaldado por Nasser, una de las principales organizaciones guerrilleras en la lucha por la independencia contra los británicos, había perdido la fe en él en 1965 cuando comenzó a retirarle su apoyo. El FNL se consideraba un partido de izquierdas que también luchaba por los derechos de los pequeños campesinos contra los grandes terratenientes, y cuando los británicos se retiraron en noviembre de 1967, se hizo con el poder y proclamó la República Popular de Yemen del Sur; tras prolongadas querellas intestinas el ala más radical (marxista) desplazó a la nasserista y el 1 de diciembre de 1970 añadió el calificativo «Democrática» al nombre de la República y ella misma se convirtió en Partido Socialista Yemení como partido único.[58]

El ejemplo vietnamita alentó a otros movimientos guerrilleros de base campesina en muchas otras regiones del mundo. En Bengala occidental la sublevación rural contra los terratenientes iniciada en 1967 en la región de Naxalbari, fronteriza con Nepal, atrajo a estudiantes marxistas de Calcuta, acicateados por el radicalismo de la Revolución Cultural china. El Partido Comunista de la India (marxista), escindido del CPI a finales de 1964 a raíz del conflicto chino-soviético, que acababa de llegar al gobierno en Bengala occidental como parte de un «Frente Unido»,* respaldó la represión de los rebeldes, y en 1969 Charu Majumdar y Kanu Sanyal, dirigentes de aquella revuelta, promovieron la fundación del Partido Comunista de la India (marxista-leninista), declaradamente maoísta, conocido comúnmente como «naxalita».[59]

También en las colonias portuguesas en África el marxismo se hizo más presente en los movimientos de liberación: el FRELIMO, bajo la dirección ahora de Samora Machel y Marcelino dos Santos,** se declaró explícitamente socialista en mayo de 1970. Machel, que había trabajado en su juventud como enfermero y provenía de una familia con larga tradición anticolonial, no era un marxista-leninista doctrinario del tipo de Agostinho Neto, y para él el marxismo no era más que el lenguaje idóneo para expresar una crítica fundamentalmente moral hacia los portugueses;[60] como los demás movimientos anticoloniales del África portuguesa, el FRELIMO desarrollaba una «guerra popular» de tipo maoísta, cuya estrategia se basaba en ganarse a los campesinos creando una red de hospitales y escuelas rurales e insertarlos en una «democracia» del estilo de la «línea de masas» maoísta.[61] Más radicales eran los esfuerzos en las áreas liberadas por la guerrilla de desmantelar las antiguas

jerarquías «tribales» de género y edad y promover a las mujeres y a los jóvenes en sus organizaciones políticas y grupos guerrilleros.[62]

Es discutible hasta qué punto consiguieron realmente esas iniciativas movilizar a los campesinos, cuya cultura política podía estar muy alejada de la que fomentaban los comunistas. Al igual que en las «áreas liberadas» en China durante las décadas de 1930 y 1940, algunos campesinos se beneficiaban del nuevo orden y lo apoyaban, pero para muchos otros era una imposición a la que simplemente se adaptaban.[63] Los guerrilleros mozambiqueños emplearon cierta violencia para controlar sus áreas, pero al parecer ésta fue más amplia e intensa en la parte oriental de Angola, donde el MPLA juzgaba y ejecutaba a los supuestos traidores (también perseguía a los hechiceros, en consonancia con la hostilidad marxista a la superstición).[64] El MPLA angoleño era el menos exitoso militarmente, pero tampoco en Mozambique se veían los portugueses seriamente amenazados de sufrir una victoria militar abrumadora del FRELIMO.[65] Sólo en Guinea-Bissau, mucho más pequeña y menos dividida, se convirtió el PAIGC en un gobierno en la sombra que en 1972 controlaba tres cuartas partes del territorio. En las tres colonias, en cualquier caso, los rebeldes contaban con el profundo resentimiento provocado por el dominio portugués. El crecimiento económico ahondaba las divisiones entre los que se habían beneficiado de él y los que no, y la brutal represión ejercida por los portugueses tampoco les favorecía.[66]. Por otra parte a Portugal —un país pequeño y relativamente pobre— le resultaba cada vez más difícil mantener aquellas guerras coloniales, que en 1968 consumían el 40 por 100 del presupuesto estatal.

A finales de los años sesenta el movimiento guerrillero contra el *apartheid* sudafricano *Umkhonto we Sizwe* (Lanza de la Nación), organizado conjuntamente por el Congreso Nacional Africano y el Partido Comunista Sudafricano —dirigidos entonces, respectivamente, por Oliver Tambo y Moses Kotane— con la ayuda de la Unión Soviética (más sustancial al primero que al segundo, al que consideraba demasiado independiente y demasiado blanco), se hallaba en mucha peor situación que sus homólogos mozambiqueño y angoleño, por lo que recibió con especial alborozo el renovado interés soviético por el continente.

La debilidad de Estados Unidos en aquel momento le dificultaba responder a ese auge de la izquierda en el África meridional y a la decisión soviética y cubana de aprovecharse de ella. Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, se habían opuesto enérgicamente a las iniciativas de estilo kennedyano de extender la democracia, convencidos de que no serviría de nada. Ambos despreciaban el Sur tercermundista, atrasado, ignorante e incorregiblemente autoritario que la historia había dejado de lado. Kissinger informó a un estupefacto ministro de Asuntos Exteriores chileno que «del Sur no puede venir nada importante … el eje de la historia empieza en Moscú, llega hasta Bonn, cruza [el Atlántico] hasta Washington, y de allí vuelve a Tokio». [67] Así pues, la principal preocupación de los gobernantes estadounidenses consistía simplemente en bloquear la influencia soviética y cubana tan eficazmente como fuera posible, sin repetir el error de Johnson de intervenir directamente. Su solución consistía en financiar la lucha contra el comunismo en el Tercer Mundo a través de una serie de «gendarmes» leales de diverso color político —desde las dictaduras del Shah en Irán,

Somoza en Nicaragua, Suharto en Indonesia o Garrastazu Médici en Brasil, o el *apartheid* en Sudáfrica y las democracias «formales» en Israel y Turquía—, cuya adhesión al «mundo libre» era generosamente recompensada por Washington. También se hicieron esfuerzos para «vietnamizar» el conflicto del sureste asiático, retirando tropas estadounidenses y creando un régimen favorable que pudiera sobrevivir por sí mismo. Finalmente, Nixon esperaba que el proceso de distensión aliviaría la presión sobre Estados Unidos y disuadiría a Moscú de intervenir en el Tercer Mundo.

Nixon y Kissinger, aunque indudablemente enérgicos, no contaban con buenas cartas; sus maquinaciones no sólo no consiguieron frenar a los soviéticos sino que encolerizaron a muchos intelectuales del Tercer Mundo, más dispuestos que nunca a considerar soluciones marxistas. En cuanto a Moscú, no veía por qué la distensión con Estados Unidos debía impedirle promover el comunismo fuera de Europa, especialmente cuando Estados Unidos seguía interviniendo para estrangularlo (como en Chile en 1973). Además, las autoridades soviéticas, presionadas por los comunistas vietnamitas, cubanos, europeos e incluso chinos (muy debilitados), estaban aún más decididas a mantener su preeminencia socialista internacional. Los intelectuales del Comité Central del partido veían oportunidades para volver a encender la llama del internacionalismo proletario en un momento en que su régimen había perdido tanto atractivo ideológico entre los propios soviéticos, y los militares, más obsesionados por la *realpolitik* geoestratégica, consideraban la nueva rebatiña por África como una forma de mantener su pulso con Estados Unidos en la pugna entre las superpotencias.[68]

La estrategia estadounidense de instituir gendarmes locales presentaba serias deficiencias. La alianza establecida con el régimen sudafricano del *apartheid* era especialmente perjudicial, ya que socavaba su pretensión de presentarse como portador de valores morales en África y hacía muy difícil a los nacionalistas africanos sentir simpatía por Estados Unidos. Entre tanto, en Vietnam, los esfuerzos de Washington por fortalecer la figura del presidente Nguyen Van Thieu fracasaron debido a su corrupción y a que su base de apoyo era demasiado estrecha. Su régimen se vino abajo en abril de 1975, dos años después de los acuerdos de paz de París y del inicio de la retirada de las tropas estadounidenses, con lo que la totalidad del país, reunificado como República Socialista de Vietnam, quedó bajo la égida del Partido Comunista.

Por otra parte, no siempre se podía esperar que los gendarmes se ajustaran a la línea decidida en Washington allí donde los estadounidenses creían que se estaba extendiendo el comunismo. Kissinger veía en el Chile de Allende un comunismo peligrosamente atractivo y estaba decidido a derrocar el régimen, pero no podía contar con aliados locales, por lo que utilizó las sanciones económicas y el apoyo encubierto a la oposición. Allende les dio a sus enemigos una excusa para intervenir cuando su política económica radical de nacionalizaciones y redistribución de las tierras encrespó a la clase media y provocó el sabotaje económico de una parte del empresariado; el 11 de septiembre de 1973 el general Pinochet dio un golpe de estado, asegurando que estaba rescatando a Chile de la crisis económica.[69] Procedió a prohibir los partidos de izquierda, alrededor de 3.200 de sus militantes fueron asesinados y unos 30.000 torturados; cientos de miles de

chilenos abandonaron el país. El papel exacto de Estados Unidos en el golpe no está del todo claro, pero cualquiera que fuera el nivel de su participación, el derrocamiento por la fuerza militar, con respaldo extranjero, de un gobierno democráticamente elegido, recordaba demasiado lo que había sucedido en España hacia finales de los años treinta. El prestigio de Washington en el Tercer Mundo no salió precisamente beneficiado.[70]

Había, sin embargo, una región donde la política de gendarmes interpuestos parecía estar dando resultado, al menos a primera vista: Oriente Medio. Cuando en octubre de 1973 los ejércitos árabes que atacaron Israel se vieron rechazados gracias a la ayuda estadounidense, la Unión Soviética olvidó sus amenazas de enviar ayuda a Egipto. Estados Unidos y su gendarme israelí se habían demostrado amos de la región, pero su gozo por la victoria iba a ser efímero y pronto iba a dar lugar a una segunda derrota de Occidente, tan importante como la de Vietnam, si no más. Los países árabes productores de petróleo tomaron represalias elevando sus precios un 70 por 100 e imponiendo un embargo a los aliados de Israel, entre ellos Estados Unidos. Aquella conmoción, que demostró los inconvenientes de apoyar gendarmes regionales impopulares, dio lugar a una significativa redistribución de los recursos del mundo, de los consumidores de petróleo a los productores; de hecho, constituyó el soporte financiero para las aventuras de la Unión Soviética en África.[71] Por otra parte, las economías occidentales se vieron duramente golpeadas y la inflación de finales de la década de 1960 se agravó, potenciando la militancia obrera con la que los trabajadores trataban de preservar sus mejoras salariales. Parecía que el propio sistema capitalista estaba en crisis. En los países

del Tercer Mundo importadores de petróleo las consecuencias fueron aún más graves y apuntalaron la opinión marxista de que los tiempos estaban maduros para un cambio económico radical.

Una de las primeras víctimas de la crisis del petróleo fue la dictadura de Marcelo Caetano en Portugal, y con ella del imperio portugués en África. Caetano había hecho algunos intentos de liberalizar su régimen, chocando con la resistencia de grupos aún más conservadores, y el 25 de abril de 1974, debilitado por la crisis económica, fue depuesto por un grupo políticamente heterogéneo de jóvenes oficiales, exasperados por las guerras coloniales en África. Aquel golpe incruento se conoció como «revolución de los Claveles» por los que llevaban los rebeldes en el cañón de sus fusiles para mostrar sus intenciones pacíficas; lejos de señalar el comienzo de la revolución con banderas o clarines, los líderes de la rebelión les dijeron a sus seguidores que esperaran la emisión en Rádio Renascença de la canción *Grândola, Vila Morena*, prohibida por la dictadura; también se utilizó la canción que representó a Portugal en el Festival de Eurovisión aquel año, *E depois do adeus*.

El poder pasó a manos de un gobierno provisional de amplia coalición en el que estaban representados desde los demócratas liberales hasta los comunistas,[72] controlado estrechamente por el *Movimento das Forças Armadas*. Pero *Grândola, Vila Morena* iba a dar paso a otros sones más marciales. Los chabolistas tomaron las calles, ocupando los edificios y exigiendo alojamientos a cargo del estado, mientras que los campesinos sin tierra pedían la distribución de los grandes latifundios.[73] El MFA, la extrema izquierda y los comunistas —mucho más

radicales que sus camaradas españoles e italianos— iniciaron la reforma agraria ratificando las ocupaciones. En el norte se produjeron choques violentos cuando grupos paramilitares de extrema derecha, con apoyo de los pequeños propietarios, atacaron las sedes de los partidos de izquierda. Portugal recordaba así, en 1975, lo que había sucedido en España en 1936, y Kissinger estimaba que había un 50 por 100 de probabilidades de que Portugal se uniera al bloque soviético. [74]

Sin embargo, los radicales se vieron debilitados por sus escasos resultados en las elecciones a la *Assembleia Constituinte* un año después y por la victoria de los socialistas moderados. Estaba claro que la mayoría de los pobres habían conseguido lo que querían —derechos básicos de propiedad que consideraban legítimamente suyos— y no deseaban una transformación revolucionaria de la sociedad. Los comunistas intentaron movilizar a los pobres contra el PS, pero el ala moderada del ejército se reagrupó y la amenaza de revolución quedó descartada. La última revolución de inspiración comunista en Europa había fracasado.

Pero cuando la era comunista revolucionaria llegaba a su fin en Europa, no hacía más que comenzar en África. En 1975 el gobierno provisional portugués concedió a sus colonias la independencia; el PAIGC se convirtió en el partido gobernante en Guinea-Bissau y el FRELIMO en Mozambique. La independencia de Angola resultó ser un proceso bastante más complicado, al enfrentarse en una guerra civil tres fracciones: el MPLA, respaldado por la Unión Soviética y Cuba, el *Frente Nacional de Libertação de Angola* (FNLA) de Holden Roberto, apoyado por Estados Unidos, Israel, la República Sudafricana y

Zaire, y la *União Nacional para a Independência Total de Angola* (UNITA) de Jonas Savimbi, escindida del anterior en 1966, apoyada primeramente por China y más tarde por Estados Unidos y la República Sudafricana. Cuando parecía clara la victoria del MPLA, el ejército sudafricano invadió Angola con el respaldo de Washington; y aunque los soviéticos no sentían al principio demasiado entusiasmo, Fidel Castro envió en la «Operación Carlota» 35.000 voluntarios cubanos que cruzaron el mundo para ayudar al MPLA y le permitieron mantener el control de la mayor parte del territorio, al menos por el momento. Pero tanto en Angola como en Mozambique se desarrollaron a partir de entonces prolongadas guerras civiles, consideradas por la mayoría de los observadores como confrontaciones por delegación entre las superpotencias, que no impidieron, empero, a sus gobernantes iniciar la construcción del socialismo.

IV

En su cuento «O Secreto namoro de Deolinda» («El amor secreto de Deolinda»), que forma parte de su recopilación *Cronicando* publicada en 1988, el escritor mozambiqueño Mia Couto nos habla de una joven de Maputo que trabaja vendiendo anacardos. Su vida, no obstante, no carece de emociones y un día regresa a casa llevando una insignia en la que se ve «el rostro de un Karl Marx todavía fotogénico, como si no hubieran pasado los años». Su padre no lo ve con gusto; de hecho, sin reconocer a Marx como el renombrado teórico del

siglo XIX, supone que es alguien con quien Deolinda se ha encontrado recientemente, «uno de esos extranjeros que comienzan como internacionalistas y luego se convierten en miembros de una ONG». Le dice a su hija: «No quiero volver a ver la cara de ese tipo olisqueando tu sostén». Deolinda obedece dócilmente y se quita el objeto del pecho metiéndolo en una caja bajo su cama; pero cada noche, antes de caer dormida, saca el medallón y «besa la poblada barba del pensador».[75]

Couto, muy crítico hacia el marxismo mozambiqueño (o «marxianismo», como lo llama, «por respeto a Marx»), lo veía como una variedad del culto fetichista a las maravillas de los blancos, un símbolo opaco de la modernidad occidental, a la vez venerado y malentendido. El tipo de marxismo importado por los marxistas afroportugueses era efectivamente el modernista y occidentalizador, lo que parece algo sorprendente; dada la historia del FRELIMO cabía esperar que sus dirigentes adoptaran un planteamiento más radical, «maoísta», aplicando la experiencia de la guerra por la independencia al gobierno de su país. Pero finalmente optaron por un marxismo de estilo soviético.[76] Esto se debía en parte a la ayuda de la URSS, pero como se ha visto era también una respuesta al fracaso de las distintas variantes del «socialismo africano». Como había concluido el propio Mao a principios de los años cincuenta, para incorporarse al mundo moderno de las ciudades y la industria podía convenir una versión nacionalista del estalinismo. Si aquello había funcionado, al parecer, en otros lugares, ¿por qué no también en África?

Pero a los africanos les resultó aún más difícil que a los chinos desarrollar su proyecto; sus países eran aún más débiles y estaban más fragmentados por el linaje, la etnicidad y la

herencia colonial. Como dejaba claro el cuento de Couto, aunque el proyecto marxista-leninista tenía un gran atractivo emocional para algunos, en África era un sueño aún más irreal que en Eurasia.

Las condiciones para trasplantar el marxismo-leninismo a Angola y Mozambique eran, hay que reconocerlo, especialmente desfavorables. A diferencia de los imperios coloniales francés y británico, que habían dejado en sus colonias al menos un sistema jurídico y administrativo en funcionamiento, la repentina partida de miles de colonos portugueses dejó a los nuevos regímenes con muy poca gente instruida y un diminuto aparato de estado, por lo que se vieron obligados a nacionalizar gran parte de la industria y la tierra simplemente para llenar el vacío dejado por sus propietarios portugueses huidos. Pero el líder angoleño Neto, integrado en el movimiento comunista desde los años cincuenta, fue más cauto en sus esfuerzos por reformar la economía que el neófito Machel en Mozambique, para quien la independencia ofrecía una posibilidad única para que Mozambique se hiciera verdaderamente moderna y saliera del atraso debido a la explotación portuguesa. Como proclamó en 1981: «La victoria del socialismo es una victoria de la ciencia, está preparada y organizada científicamente. El plan es el instrumento de organización científica de esta victoria … Todo debe estar organizado, todo debe ser planeado, todo debe ser programado».[77] Los mozambiqueños también tenían que modernizarse. La ciencia debía reemplazar a los médiums espiritistas y las ceremonias para impetrar la lluvia.

El FRELIMO llevó la planificación a un país aún menos preparado para ella que la Unión Soviética de los años treinta, ya que Mozambique, como muchos países africanos, carecía de

un aparato estatal eficaz. Los planificadores expertos soviéticos y de la RDA le ayudaron, pero la pericia disponible en la oficina central en Maputo no podía compensar la desesperada escasez de administradores experimentados a todos los demás niveles del sistema económico. Hasta las mayores empresas estatales quedaron estranguladas: Petromoc, la empresa petrolífera estatal, no produjo balances de cuentas durante siete años.[78] Entretanto, se despilfarraban grandes cantidades de dinero en grandes proyectos como los fracasados intentos de crear una gran industria siderometalúrgica. Los planes agrícolas del FRELIMO eran aún más ambiciosos. El régimen creó descomunales granjas estatales, que aunque aumentaron la producción absorbían enormes recursos. El régimen también trató de realojar a los campesinos en nuevos pueblos comunales con buenos servicios sanitarios, educación y casas limpias en filas ordenadas. Los funcionarios del FRELIMO estaban convencidos de que así mejorarían la vida de los campesinos, dándoles mejores servicios estatales al tiempo que quebrantaban la autoridad de los jefes tribales y creaban un nuevo pueblo socialista y moderno. Aquellos proyectos recordaban otros programas comunistas europeos —ya fueran las «agrociudades» planeadas por Jruschov o la «sistematización» de los pueblos de CeauŞescu, pero también estaban influidos por la moda general de las transformaciones grandiosas emprendidas por regímenes de muy diverso matiz ideológico, como el programa de «pueblización» del «socialista africano» Nyerere en Tanzania. Aunque aquellos planes contribuyeron indudablemente a la mejora de la educación y la sanidad en Mozambique, en términos económicos no eran rentables y eran extremadamente impopulares entre los campesinos, obligados a menudo por la

fuerza a vivir y trabajar en los nuevos pueblos.[79] A finales de la década de 1970 la situación económica era mala para todos los países subdesarrollados, pero el rígido utopismo del marxismo modernista ortodoxo explica en gran medida los pobres resultados obtenidos en Mozambique.

El sistema político marxista-leninista tampoco ayudó a acelerar el desarrollo. Como habían predicho los socialistas africanos, el partido de vanguardia intransigente resultaba particularmente poco apropiado para las condiciones africanas. Los cuadros del FRELIMO podían estar bien entrenados para impulsar programas radicales, pero tuvieron mucho menos éxito en conseguir la adhesión general de la población a aquellos proyectos. El conflicto resultante tomaba cada vez más un colorido étnico. Angola se hallaba ya antes dividida por rivalidades regionales de base étnica heredadas del régimen colonial, pero el autoritarismo del MPLA (en cuya dirección todavía predominaban blancos y mestizos) no hizo más que exacerbarlas. En mayo de 1977 el ministro del Interior, Nito Alves, un destacado comandante negro durante la guerra de liberación que había movilizado a los chabolistas de Luanda exigiendo un giro a la izquierda, intentó un golpe de estado. El gobierno de Neto se salvó gracias a los soldados cubanos presentes en Luanda, pero a partir de entonces decidió imponer el marxismo-leninismo en el MPLA mediante violentas purgas de tipo estalinista y una policía secreta despiadada.[80]

A finales de la década de 1970 las guerras civiles en Angola y Mozambique parecían acabadas, pero pronto se iban a reiniciar al reanudar su ofensiva Sudáfrica y Estados Unidos. En Mozambique la *Resistência Nacional Moçambicana* (RENAMO), patrocinada por el gobierno racista rodesiano de Ian Smith con

ayuda de exiliados portugueses, tuvo al principio poco eco, pero tras el final del dominio blanco en Rodesia (rebautizada Zimbabue) en 1979, Sudáfrica comenzó a reprimir con mucha mayor dureza al Congreso Nacional Africano, que lanzaba sus ataques desde Mozambique. El gobierno sudafricano dedicó ingentes recursos a financiar el RENAMO, que desarrolló una exitosa campaña de desestabilización y sabotaje. También en Angola, tras una breve estabilización, el grupo terrorista UNITA respaldado por Estados Unidos reanudó la guerra contra el MPLA, y ésta se prolongó durante toda la década de 1980, atizada por el aliciente del petróleo angoleño, la competencia entre las superpotencias y el conflicto ideológico entre el marxismo y el *apartheid* sudafricano.

Angola y Mozambique se unieron a otros regímenes autodenominados marxistas-leninistas de África. En 1980 siete de los cincuenta países africanos se proclamaban marxistas-leninistas (Angola, Benín, la República del Congo, Etiopía, Madagascar, Mozambique y Somalia), mientras que otros nueve profesaban alguna forma de socialismo (Argelia, Cabo Verde, Guinea, Guinea-Bissau, Libia, São Tomé e Príncipe, las islas Seychelles, Tanzania y Zambia). En total, cerca de una cuarta parte de la población del continente vivía en esos países. Los regímenes de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau, no obstante, eran un tanto anómalos al haberse establecido como resultado de guerras de liberación anticoloniales y tenían serias ambiciones de transformar la sociedad. Todos los demás gobernantes marxistas-leninistas eran militares y (salvo en el caso etíope) sus ambiciones eran bastante más modestas. Aun así, pertenecían en general a la tradición marxista modernista, extrayendo recursos del campo para financiar el desarrollo

urbano, favoreciendo a la población urbana sobre la rural y financiando cierta forma de protección social, lo que, junto con su intensa preocupación por la educación superior más que la de masas, solía beneficiar a los más acomodados.

Pero si en la mayoría de esos nuevos estados militares marxistas el socialismo parecía en gran medida retórico, en uno de esos casos no era así. Etiopía iba a experimentar una de las últimas revoluciones «clásicas», haciéndose eco de sus predecesoras francesa y rusa en 1789 y 1917. Por última vez iba a venirse abajo un *Ancien Régime* abriendo la vía a un régimen marxista muy marcado por el bolchevismo.

V

En su cuento satírico «El caso del saboteador analfabeto» (1993), el escritor etíope Hama Tuma describía así el tribunal en el que se celebraba una serie de juicios políticos absurdos:

> Por encima de la silla del juez colgaba la foto del Gran Presidente de nuestro país. Corre el rumor de que algunos mandos supercelosos que tuvieron el atrevimiento de sugerir que se colgaran junto al del Presidente retratos de Marx, Engels y Lenin fueron ejecutados por el crimen de internacionalismo descaminado y atrofia del nacionalismo revolucionario. Pero también se dice que el Sabio Presidente, para aplacar a los rusos (que como todos saben tienen un oído muy fino), hizo erigir monumentos en memoria de Lenin y Marx (¡el pobre Engels todavía espera el suyo!).[81]

El caso etíope no era insólito entre los regímenes afrocomunistas que se valían del marxismo-leninismo para sus propios fines nacionalistas, ni tampoco en cuanto a tratar de

complacer a los soviéticos. Pero había una afinidad especial entre Etiopía y Rusia que los marxistas de la época observaron, y es que los revolucionarios etíopes vivían en un país muy diferente del de otros marxistas africanos, que se habían politizado a través de la lucha de liberación nacional. Como los rusos de principios del siglo XX, vivían en un imperio cristiano ortodoxo con un *Ancien Régime* muy estratificado en decadencia y les parecía que se iban quedando atrás con respecto a sus vecinos. La historia de Rusia era por tanto un ejemplo a seguir, y para algunos era como si simplemente estuvieran viviendo la experiencia bolchevique, sólo que a mayor velocidad.

En 1957 el editorial de un periódico estudiantil declaraba: «Tanto los etíopes como los extranjeros nos miran como la generación sobre la que recae la gran responsabilidad de situar a Etiopía a la par con el resto del mundo civilizado».[82] En aquella época algunos creían que podían colaborar con el emperador Haile Selassie. Éste, que llevaba gobernando desde 1930 —aparte de un breve interregno de 1936 a 1941 durante la ocupación italiana—, había sido en otro tiempo un autócrata modernizador. Cuando llegó al poder, Etiopía era un país agrario dominado por aristócratas terratenientes exentos de impuestos que explotaban a sus siervos y esclavos, sobre todo en las regiones meridionales de Oromia y Ogaden/Somalia, en las que predominaba el islam, conquistadas en el siglo XIX por los amhara y tigray cristianos del norte. Haile Selassie trató de reformar el régimen desarrollando la economía y alentando la industria, que siguió siendo no obstante minúscula. También trató de centralizar el estado y de someter a la aristocracia creando una clase de funcionarios instruidos y un ejército moderno, y la población estudiantil aumentó de 71 en 1950 a

alrededor de 10.000 en 1973, sin contar los que estudiaban en el extranjero (en Estados Unidos había unos 700 en 1970).[83] Era una estrategia arriesgada, ya que suponía que los nuevos profesionales modernos estarían dispuestos a servir a un autócrata que se proclamaba descendiente del rey Salomón y la reina de Saba. A medida que su régimen se iba haciendo más conservador y represivo, construyendo su propia aristocracia de servicio al tiempo que la vieja nobleza hereditaria conservaba muchos de sus poderes, los oficiales modernizadores comenzaron a criticar que Etiopía quedara por detrás de los países recién independizados de África. En 1960 intentaron un golpe de estado, que aun fracasado mostró la profundidad del desencanto de la élite. Como en el caso de Rusia, la autocracia se veía cada vez más acosada por la censura de los modernizadores instruidos, rebeliones campesinas e insurrecciones étnicas, de las que la más seria era la que tenía lugar en Eritrea.

Así pues, en Etiopía parecía muy procedente la caracterización marxista ortodoxa del «feudalismo» y muchos estudiantes de origen relativamente humilde sentían simpatía por el campesinado pobre y culpabilidad por sus privilegios, como en Rusia un siglo antes. Pero fue de Occidente, más que de la Unión Soviética, de donde llegó el marxismo a Etiopía, cuyo régimen estaba totalmente alineado con Estados Unidos; los estudiantes formados en los campus estadounidenses en los que se había puesto de moda el marxismo regresaban a su país con ese bagaje, que también llevaban en su mochila algunos voluntarios del Cuerpo de Paz creado por Kennedy.

En 1965 los estudiantes de Addis Abeba iniciaron una campaña en favor de los derechos de los aparceros y para poner

fin al trabajo obligatorio, con los eslóganes «la tierra para el que la trabaja» y «abajo la servidumbre», y en 1968, como se ha visto, el movimiento estudiantil había vinculado sus propias reivindicaciones con la lucha contra los bombardeos estadounidenses en Vietnam y el *apartheid* racista en Sudáfrica.[84] En 1971 los diez candidatos en unas elecciones del Sindicato de Estudiantes Universitarios convinieron en que el marxismo-leninismo era la única ideología adecuada para Etiopía;[85] como recordaba un observador adverso: «Se suponía que el marxismo era una verdad incontrovertible … Todos los elementos del descontento juvenil se definían en términos marxistas. Muchos no habían leído nada al respecto, pero no era ésa la cuestión. Les tenía obsesionados».[86]

Al final fue una crisis económica la que provocó la caída del «rey de reyes»: la hambruna de 1973-1974 —a la que el régimen respondió de forma incompetente—, y la subida del precio del petróleo. La revolución comenzó en febrero de 1974 con un motín de los oficiales de bajo rango del ejército, resentidos por las malas condiciones en los cuarteles y la forma altanera en que los trataban sus mandos. Sus protestas fueron seguidas por huelgas y manifestaciones, y pese a las promesas del primer ministro Endalkachew Makonnen de iniciar una reforma constitucional, la agitación prosiguió hasta que el Comité de Coordinación de los oficiales descontentos, el llamado *Derg* («Consejo»), tomó el poder el 22 de julio, deponiendo al emperador el 12 de septiembre.

Al principio la mayoría del Derg parecía inclinarse por una variante del «socialismo africano» del estilo de la de Nyerere —«socialismo etíope»—, pero algunos de sus miembros, entre ellos el vicepresidente Haile Mariam Mengistu, prestaba más

atención a la ruidosa y respetada izquierda universitaria marxista. Al parecer su padre era un ex esclavo liberto del sur del país,[87] y según él mismo confesaba, desde su niñez se había sentido inferior por su color notoriamente más «oscuro» que el común de los habitantes de la altiplanicie etíope; lo cierto es que la mayoría de los amharas lo consideraban, como a otros de su condición, un «esclavo negro».

Mengistu era muy consciente de su origen humilde, pero también de su capacidad política. Era un experto en evaluar la situación y en ocultar sus intenciones reales.[88] Para el periodista francés René Lefort su humilde origen era una ventaja en el complicado tablero de la política africana de los años setenta:

> En la cabeza de cualquier campesino del sur o de un «pobre» de la capital … encarna la venganza que justifica el asalto al poder; lo ven como una especie de Robin Hood ascendido al trono, como aquellos usurpadores del pasado que se apoderaban de la corona para traer por fin al pueblo el reinado de la justicia.[89]

Pero Mengistu, aunque proclamaba defender a los pobres, no era un populista romántico. Puede que su estatus fuera bajo y su educación muy limitada, pero se esforzó por incorporarse a la élite y disponía de habilidad oratoria con la que expresar un apasionado nacionalismo etíope. En cierto modo se parecía en eso a Stalin: se sentía menospreciado como miembro de una nación meridional conquistada por un imperio multiétnico y deseaba incorporarse a la cultura «superior» más moderna y así llegar hasta el centro del poder.[90]

La actitud política de Mengistu estaba estrechamente relacionada con su origen. Al igual que Stalin, comprendía muy bien el poder de la movilización popular, pero también estaba

decidido a establecer una modernidad «avanzada» mediante una autoridad muy centralizada y la represión que hiciera falta, aunque insistía en que la revolución etíope podía evitar la violencia (a diferencia de la revolución Gloriosa en Inglaterra en 1688, que según aseguraba había ocasionado la muerte de centenares de miles de personas).[91] Aunque al principio apenas sabía nada del marxismo, tanto él como otros miembros radicales del Derg deseaban asegurarse el apoyo de los estudiantes marxistas.

La primera prueba significativa del radicalismo del Derg fue su decisión en marzo de 1975 de nacionalizar la tierra y repartirla entre quienes la trabajaban. Ese plan, concebido por un grupo de funcionarios radicales del anterior régimen (muchos de ellos educados en Estados Unidos), obedecía al deseo de los marxistas etíopes de abolir el «feudalismo», ignorando las advertencias liberales de que podía desatar la violencia.

Del mismo modo que había hecho Stalin a finales de la década de 1920, el Derg movilizó a los estudiantes urbanos para llevar la revolución al campo, proyecto que uno y otros veían de forma muy parecida: como campañas de estilo militar para ilustrar a unos campesinos atrasados y supersticiosos, uniendo así a la nación. La palabra *zemecha* («campaña») que aparecía en el título del «Desarrollo mediante la Cooperación. Campaña de Ilustración y Trabajo» se había utilizado también en la cruzada cristiana de conquista del sur en el siglo XIX, y pese a su ateísmo los estudiantes mostraban ahora la misma arrogancia que sus antepasados. «Durante siglos —declaraba el Derg— el pueblo en general y los gobernantes en particular han vivido con creencias anticuadas … esas ideas divisoras se oponían al

progreso y la Ilustración».[92]

Los estudiantes etíopes parecían tan entusiasmados como sus predecesores rusos, pero a diferencia de ellos contaban con mucho apoyo de los propios campesinos del sur, desesperados por liberarse del dominio de los *neftenya* («hombres de armas») del norte, que los habían sometido a un régimen muy explotador. La llegada de los estudiantes podía por tanto alentar, al calor de la agitación revolucionaria, el separatismo étnico, con el que además aquéllos a menudo simpatizaban. Pero eso era precisamente lo que el Derg, decidido a mantener la integridad de Etiopía, no quería, y el resultado fue en muchas ocasiones el uso de la fuerza y la decepción de los estudiantes. Y aunque éstos podían unirse a los campesinos contra los señores del norte, también podrían chocar con ellos cuando trataban de imponer la «ilustración», como les había sucedido a sus antecesores rusos; esos choques se podían ver agravados además por las diferencias étnico-culturales entre los «ilustradores» estudiantiles y los campesinos. En una ocasión los estudiantes trataron de socavar el poder de un jefe local, con tanto peso religioso como político; según un informe estadounidense:

> En un acto de calculada insolencia, el semidivino y normalmente enclaustrado *geramanja* se vio obligado sin más ceremonia a desfilar por las calles del pueblo … Los estudiantes profanaron deliberadamente sus cubiertos sagrados y después sentaron a un *manjo* de baja casta sobre su caballo bendito. Los ultrajados seguidores del *geramanja* esperaron hasta que los estudiantes se reunieron en una escuela que se construía en las proximidades. El edificio fue rodeado e incendiado con todos los estudiantes dentro.[93]

Oficialmente el Derg pretendía un «socialismo etíope» pero se trataba más bien de marxismo-leninismo, y los estudiantes marxistas aplaudieron la reforma agraria. Desde septiembre de

1975 el Derg comenzó a decantarse por el marxismo-leninismo y trató de establecer una alianza más formal con los partidos marxistas, pero éstos estaban muy enfrentados: por un lado estaba el marxismo modernizador estalinista del Movimiento Socialista Panetíope (MEISON), más arraigado en el sur, y por otro el «maoísmo» del Partido Revolucionario del Pueblo Etíope (PRPE), cuyos miembros eran mayoritariamente del norte. No cabe sorprenderse de que Mengistu prefiriera la alianza con el primero, y a finales de 1976 el PRPE inició una campaña de atentados contra edificios públicos y asesinatos de miembros del Derg, lo que llevó a éste a desencadenar desde principios de 1977 una campaña de «terror rojo» que duró más de un año. La violencia del conflicto era extrema y en ciertas ocasiones llegaba a las calles, en particular con las masacres que siguieron al intento del PRPE de disolver por la fuerza la manifestación del 1 de mayo de 1977 en Addis Abeba.

El extremismo de Mengistu, proclamado presidente del Derg el 3 de febrero de 1977, intensificó los movimientos separatistas —marxistas en Eritrea, «maoístas» en Tigray y rebeldes varios en otras regiones— y la oposición de otros miembros del Derg, pero sobre todo dio lugar al boicot de Estados Unidos, que hasta entonces, aplicando la *realpolitik* de Kissinger, seguía financiando al régimen. Al llegar Jimmy Carter a la presidencia retiró inmediatamente la ayuda alimentaria y sanitaria a Etiopía y se volcó en favor de su enemigo principal, el régimen formalmente marxista de Somalia, mientras que la Unión Soviética, que hasta entonces había apoyado a este último, optó por el Derg como aliado más seguro. El gobierno somalí, apreciando la debilidad del Derg, acosado interna y externamente, decidió el 13 de julio invadir la región de

Ogadén, de población étnicamente somalí. Sin embargo la guerra de Ogadén, lejos de perjudicar al Derg, sólo sirvió para consolidar su régimen, del mismo modo que la segunda guerra mundial había revigorizado a Stalin. Mengistu pudo presentarse como defensor de la nación y rememorando a Stalin recurrió a la Iglesia Ortodoxa etíope para unir al país contra el extranjero. En otros aspectos adoptó también la ideología del estalinismo tardío. Estaba decidido a utilizar la fuerza para preservar el estado multiétnico etíope y la preeminencia jerárquica de los amhara y para subrayarlo adoptó un estilo cada vez más monárquico, ocupando un trono dorado tapizado de terciopelo rojo mientras desfilaban ante él las tropas.[94]

En marzo de 1978, con ayuda militar soviética y cubana y el apoyo de los campesinos del sur enrolados en su ejército, Mengistu pudo poner fin a la guerra de Ogadén. Sus enemigos internos habían sido aplastados y los separatistas insurgentes contenidos. Tras la victoria reanudó su transformación de la economía, estableciendo grandes exigencias para la agricultura con el fin de invertir en la industria, siguiendo una estrategia estalinista. El resultado fue la resistencia pasiva de los campesinos y la erosión del suelo, lo que contribuyó, junto con la guerra de Tigray y la sequía, a una hambruna devastadora en 1984.[95] El régimen, que minusvaloró el desastre, se vio obligado a intervenir por la indignación internacional (acicateada por la retransmisión televisiva del concierto de rock «Live Aid» en julio de 1985), pero su iniciativa de realojar a los campesinos mediante un programa obligatorio de «pueblización» provocó aún más traumas y aumentó el apoyo a la insurgencia guerrillera contra el régimen.

Mengistu fue uno de los discípulos más fieles de Stalin y el

mundo recordaba con él los devastadores efectos de la violencia política. Una vez más los odios creados por un *Ancien Régime* en declive habían despertado a un iracundo y destructivo Prometeo modernizador. Pero el rigor de su régimen quedaba muy atenuado en comparación con la crueldad de otro que llegó al poder pocas semanas después de que el Derg iniciara su reforma agraria. El 17 de abril de 1975 el Partido Comunista de Kampuchea (bautizado por Norodom Sihanouk como «Jemer Rojo») ocupó Phnom Penh. Su «comunismo» era muy diferente del afrocomunismo estalinista pro-urbano de Etiopía. Era un marxismo maoísta que pretendía alcanzar la modernidad y la grandeza nacional basándose en el campesinado y no en una vanguardia urbana. El «Jemer Rojo» iba a llevar a Camboya (o Kampuchea) a una pesadilla mucho peor que la Revolución Cultural, y su extrema violencia acabaría destruyendo la modernidad que trataba de crear.

VI

En 1971 François Bizot, un antropólogo francés que llevaba varios años en el país estudiando el budismo camboyano, fue capturado por los guerrilleros de la *Angkar Padevat* («Organización Revolucionaria») que combatía contra el régimen de Lon Nol, quien con respaldo estadounidense había dado un golpe de estado en marzo de 1970 y había depuesto al rey Sihanouk. Bizot, sospechoso de espiar para la CIA, fue internado en el campo M13, junto a la frontera con Tailandia, y sus fascinantes memorias de su cautividad incluyen una

estremecedora recopilación de sus conversaciones con Kang Kek Leu, el «camarada Duch», ex profesor de matemáticas que más tarde se iba a convertir en director de la tristemente famosa prisión y centro de tortura de Tuol Sleng (S-21) en Phnom Penh.[96] Pese a las circunstancias, Bizot y Duch establecieron una extraña camaradería e iniciaron un extraordinario debate sobre el comunismo camboyano. Bizot, enamorado de la cultura camboyana tradicional, presentó a Duch una devastadora crítica del proyecto prometeico del Jemer Rojo, en concreto de su sometimiento a ideas occidentales, su desprecio por los campesinos «atrasados» y su disposición a sacrificar a la gente en el altar de la grandeza nacional: «Si destruís las estructuras de la sociedad campesina, si imponéis un nuevo modelo racional, ¿no os arriesgáis a humillarlos más aún que vuestros enemigos?». Pero Duch se negaba a aceptar que el campesinado se fuera a oponer a la modernidad e insistía en que la recibiría con los brazos abiertos.

> ¡Todo lo contrario! —exclamó— Es porque … sabemos que los campesinos son la fuente del auténtico conocimiento por lo que queremos liberarlos de la opresión y el abuso. No son como los perezosos monjes [budistas] que ni siquiera saben cultivar arroz. Ellos saben cómo hacerse dueños de su destino … Esta sociedad conservará lo mejor de sí misma y se liberará de todos los restos contaminados del actual período de declive … ¡Más vale una Camboya escasamente poblada que un país lleno de incompetentes![97]

Al mismo tiempo, no obstante, declaraba su deseo de ayudar a los campesinos dispuestos a asumir sus responsabilidades: «Mi deber es llevarlos de nuevo a una vida de placeres simples. ¿Qué más puede querer uno en la vida que una bicicleta, un reloj y una radio de transistores?».[98]

Duch criticaba la hipocresía de Bizot y su olvido de que la

nación francesa se había creado mediante una revolución sangrienta, del mismo modo que los gigantescos templos de Angkor habían supuesto enormes sacrificios:

> Para ser francés, te veo muy timorato. ¿No hicisteis vosotros una revolución y ejecutasteis a cientos y cientos de personas? No me irás a decir que el recuerdo de esas víctimas os ha impedido glorificar en vuestros libros de historia a los hombres que fundaron así una nueva nación. Lo mismo sucede con los monumentos de Angkor Wat, cuya arquitectura y majestad todos admiran … ¿Quién piensa ahora en su precio, en los innumerables individuos que murieron durante siglos en su construcción? Importa poco la magnitud del sacrificio; lo que cuenta es la grandeza del objetivo que eliges.[99]
>
> Bizot se sentía trastornado por la insensibilidad de Duch, pero sus sentimientos eran confusos:
>
> Hasta aquel momento me había dejado llevar por la tranquilizadora imagen de un verdugo cruel. Ahora se me aparecía de repente, en su inmensa soledad, un hombre lleno de fe en cuya expresión se mezclaban la melancolía y la amargura. Justo cuando mostraba tanta crueldad, me sorprendí sintiendo cierta simpatía por él … Mientras le miraba me vinieron lágrimas a los ojos, como si estuviera tratando con un depredador peligroso que no supiera cómo odiar … Su inteligencia se había afilado como los dientes del lobo o del tiburón, pero su psicología humana había quedado cuidadosamente preservada. Así dispuesto, sus amos lo empleaban como engranaje de un vasto mecanismo que iba mucho más allá de su comprensión.[100]

Llevara o no razón Bizot en su apreciación de las motivaciones de Duch y en su convencimiento de que éste no era más que una víctima de unos jefes inhumanos, sus reflexiones nos ayudan a entender por qué los mandos intermedios como Duch estaban dispuestos a ejercer tanta violencia. El lenguaje de Duch —especialmente su alabanza de los logros de la antigua civilización de Angkor— era más explícitamente nacionalista que el de la mayoría de los comunistas, y evidentemente la guerra y el nacionalismo camboyano son decisivos para cualquier explicación de aquellos acontecimientos; sus palabras se hacen eco de las que hemos

visto en el pensamiento voluntarista radical de Stalin y de Mao, esto es, que la grandeza nacional y el éxito económico sólo se pueden alcanzar en la medida en que el pueblo esté dispuesto a sacrificarse heroicamente y que los menos heroicos o poco fiables tienen que ser eliminados. En cualquier caso, el Jemer Rojo era más maoísta que estalinista en cuanto a su fe en las virtudes del campesinado, al menos en abstracto; no sentía el desprecio por su cultura o la admiración por la urbana que sentían los estalinistas. A pesar de eso, el «estado comunista número 1», como llamaron a su régimen, fue aún más lejos que Mao en la valoración del aspecto radical de la síntesis prometeica por encima del modernizador y en sus esfuerzos por movilizar a la nación como un ejército guerrillero campesino en tiempo de guerra, y aprovechó el enorme resentimiento del campo contra las ciudades para impulsar una política genocida y destructiva a escala masiva.

El dirigente máximo del Partido Comunista Camboyano Saloth Sar (más conocido por su pseudónimo «Pol Pot») llegó a su versión extremista del marxismo en el transcurso de una vida muy similar en algún aspectos a la de otros dirigentes comunistas asiáticos. Provenía de una familia campesina acomodada (como otros dirigentes comunistas del Tercer Mundo); estudió en el extranjero, donde conoció el comunismo, y luego regresó a un país sacudido por las guerras anticoloniales y poscoloniales. Pero su visión del mundo se vio también condicionada por las peculiares jerarquías étnicas y sociales de su patria. Camboya era una parte particularmente agraria del imperio francés en Indochina y los nativos eran en su gran mayoría campesinos y budistas. Los franceses consideraban a los camboyanos menos desarrollados que los vientamitas

confucianos, que ocupaban muchos de los puestos administrativos en el país, mientras que los nacionalistas camboyanos sentían cada vez más rencor por su bajo estatus frente a los vietnamitas y chinos. De niño, en los años treinta, Saloth Sar conoció de cerca los aspectos más tradicionales de la cultura camboyana: pasó algunos meses como novicio en un monasterio budista, donde le dieron una educación muy disciplinaria y tradicional. Su familia tenía ciertas relaciones con la corte: una prima suya —miembro del ballet real—, y su propia hermana adolescente fueron concubinas del provecto rey Sisowath Monivong, lo que le dio acceso al palacio. No sabemos lo que pensaba de la corte en aquella época, pero sus posteriores denuncias de la monarquía y de su decadencia eran muy duras. [101] Y si no era consciente de ello antes, seguro que advirtió el lugar que correspondía a los camboyanos en la jerarquía étnica cuando fue a estudiar a un liceo francés en la capital, dominada por franceses, vietnamitas y chinos. Puede que todo esto le llevara a pensar que la única forma de elevar el estatus de Camboya y los camboyanos era eliminar su cultura tradicional.

Saloth Sar, nacido en 1928, alcanzó la edad adulta en una época de fermentación nacionalista, cuando los franceses habían vuelto a imponer su control sobre el país tras la segunda guerra mundial pero toleraban una monarquía constitucional presidida por el príncipe Norodom Sihanouk. Aunque era un estudiante mediocre, en 1949 consiguió una beca para estudiar en la Escuela Francesa de Radioelectricidad en París, pero le interesaba poco el asunto y mucho más la historia de Francia y la política nacionalista; Rousseau era uno de sus autores favoritos. En una época en la que el PCF tenía tanto peso político, no es de extrañar que entrara en su órbita.

Asistió a grupos de discusión marxistas y pronto se incorporó al PCF. Uno de sus camaradas de entonces recordaba su aprecio por la idea estalinista del partido de vanguardia clandestino y por el propio Stalin; de hecho colgó un retrato de éste en su habitación.[102] Cuando regresó a Camboya a principios de 1953, los comunistas vietnamitas habían extendido la guerra de liberación contra los franceses al otro lado de la frontera y controlaban alrededor de la sexta parte del territorio camboyano. Saloth Sar se unió al Partido Revolucionario del Pueblo Khmer creado por los vietnamitas y participó en un grupo guerrillero durante un tiempo, aunque probablemente no llegó a combatir. Cuando Francia concedió la independencia a Camboya en 1954 a raíz de los acuerdos de Ginebra, regresó a Phnom Penh y se convirtió en activista clandestino del partido al tiempo que trabajaba como profesor de francés. Era popular y uno de sus alumnos recuerda su estilo afable y suave:

> Todavía recuerdo su acento en francés, gentil y musical. Estaba claramente enamorado de la literatura francesa en general y de su poesía en particular … Muchos años después, en París, lo vi hablando camboyano en la televisión … Hablaba arrebatadamente, sin pausas, como tanteando un poco pero sin detenerse nunca, con los ojos medio cerrados, arrastrado por su propio lirismo.[103]

Su estilo de enseñanza monástico le ayudó también en el reclutamiento de monjes, profesores y estudiantes para el partido en una época en que Sihanouk, un modernizador autoritario, trataba de ampliar la educación. Cuando en julio de 1962 el secretario general del partido, Tou Samouth, desapareció en misteriosas circunstancias,* Saloth Sar ocupó de hecho su puesto y fue ratificado poco después como secretario

general, pero tras los disturbios estudiantiles de 1963 y la aparición de su nombre en una lista policial de sospechosos se vio obligado a huir a las zonas liberadas por la guerrilla en el este y noreste del país. Seguía así el camino emprendido por Mao y los comunistas chinos tras la masacre de 1927, de la ciudad al campo.

Desde principios de los años sesenta Sihanouk había tratado de mantener a Camboya fuera de la guerra de Vietnam y de preservar su neutralidad, lo que le llevó a distanciarse de Estados Unidos, y en 1965 llegó a un pacto con China y Vietnam del Norte por el que permitía a los combatientes vietnamitas atravesar su territorio. La dirección vietnamita no estaba por tanto dispuesta a permitir que los comunistas camboyanos atacaran al régimen de Sihanouk, mensaje que le comunicaron claramente a Saloth Sar cuando visitó Hanoi en 1965. Había ido allí en busca de apoyo para su guerrilla y le molestó la negativa vietnamita, pero encontró una acogida mucho más cálida en Beijing cuando visitó China a finales de aquel mismo año. Aunque en realidad los chinos tampoco querían ayudarle contra Sihanouk, al menos fueron más corteses y se sintió estimulado por el ambiente radical que constató allí. El Movimiento por la Educación Socialista estaba en pleno auge y faltaban pocos meses para el comienzo de la Revolución Cultural. Aquella visita a China en 1965 y otra posterior en 1970 iban a tener un efecto enorme sobre su pensamiento y le iban a proporcionar una nueva visión. A su regreso en 1966 se cambió el nombre del partido, que hasta entonces era Partido Revolucionario del Pueblo Khmer, por el de Partido Comunista de Kampuchea, abandonando las áreas de influencia vietnamita para concentrarse en un lugar más alejado en el norte, del tipo

de Yan'an, habitado por minorías «tribales». Desde allí se inició la preparación para la lucha armada, aunque ésta no comenzó en realidad hasta 1968.[104]

Las perspectivas para los comunistas camboyanos radicalizados eran mucho más brillantes en 1969-1970, en parte como consecuencia de la estrategia estadounidense en Vietnam. El 18 de marzo de 1969 Nixon dio la orden de comenzar a bombardear las bases vietnamitas en Camboya,** demostrando así la inutilidad de los esfuerzos de Sihanouk por evitar la guerra. La CIA también comenzó a mover los hilos para derrocarlo, como efectivamente sucedió exactamente un año después, el 18 de marzo de 1970. Los partidos comunistas vietnamita y camboyano se unieron ahora a Sihanouk contra el régimen de Lon Nol respaldado por Washington, y en 1972 el Jemer Rojo contaba con 35.000 hombres y controlaba casi la mitad del territorio camboyano. La mayoría de sus miembros eran jóvenes campesinos pobres, dirigidos por maestros y profesionales urbanos, y se utilizaban los métodos maoístas clásicos de la autocrítica, las sesiones de estudio y el trabajo manual para forjar una fuerza coherente. Fue entonces cuando comenzó su campaña contra el «feudalismo» en las «áreas liberadas», erradicando el budismo e imponiendo un igualitarismo y colectivismo extremo, simbolizado por la exigencia de que todos los campesinos llevaran una especie de pijamas negros idénticos.

En 1973 aquella constelación de fuerzas volvió a modificarse de nuevo cuando el gobierno vietnamita acordó con el estadounidense retirarse de Camboya y el Jemer Rojo se quedó solo, irritado con Hanoi pero decidido a prolongar la guerra. Los bombardeos estadounidenses se intensificaron, pero

probablemente aquello no sirvió más que para aumentar el apoyo popular a la guerrilla. El 17 de abril de 1975 los residentes de Phnom Penh asistían preocupados a la entrada en la capital de los victoriosos jóvenes campesinos del Jemer Rojo, tal como les había sucedido a los de Beijing en 1949. Pronto se hizo evidente que había razones más que suficientes para aquella preocupación.

El partido que se hizo con el control de Camboya parecía tan insólito que algunos han dudado si se le podía considerar verdaderamente marxista, apuntan por ejemplo la influencia del budismo theravada, su colectivismo y su fatalismo, y ésa era la explicación de François Bizot para aquel anómalo movimiento.[105] Tal como le preguntó al exasperado Duch:

> ¿No proponéis una nueva religión? He seguido vuestras sesiones educativas. No son muy diferentes de los cursos de doctrina budista: renunciar a las posesiones materiales y a los lazos familiares, que os debilitan y os impiden dedicaros enteramente a la *Angkar* [«Organización»]; dejar a vuestros padres e hijos para servir a la revolución; someteros a la disciplina y confesar vuestras faltas.[106]

Los reclutas campesinos del Jemer Rojo recibían sus enseñanzas sin referencia ninguna a Marx o a Lenin y hasta 1977 incluso se les ocultó que se trataba de un partido comunista, exigiéndoles lealtad a la *Angkar Padevat* («Organización Revolucionaria»). Esto se debía en parte a razones nacionalistas: el PCK era muy chovinista y no quería reconocer ningún vínculo extranjero, especialmente con los odiados vietnamitas. Como declaraba Pol Pot en su discurso de la victoria: «Hemos obtenido una victoria total, definitiva y clara, lo que significa que hemos vencido sin ninguna relación o intervención extranjera».[107] Pero también había otras razones

para ese secretismo: estaban convencidos de que tenían muy poco tiempo para desarrollar su revolución antes de que se produjera un contraataque, por lo que siguieron comportándose como en una guerra revolucionaria. El gobierno de la nueva «Kampuchea Democrática» se formó en secreto y los dirigentes tenían nombres codificados: el «hermano n.º 1» (Pol Pot), el «hermano n.º 2», etc. Fue entonces cuando Saloth Sar adoptó el nombre de guerra de Pol Pot, presentándose como un «trabajador de una plantación de caucho», y así figuraba en las «elecciones» de abril de 1976;[108] los mandos del Jemer Rojo les decían a los extranjeros que Saloth Sar había muerto.

La guerra y un nacionalismo extremo y rencoroso contribuyeron indudablemente a ese secretismo y xenofobia del PCK, pero también lo hizo el ejemplo de su anterior patrocinador vietnamita. El Vietminh también se presentaba como un frente nacionalista amplio y evitaba cualquier referencia al marxismo-leninismo.[109] En otros aspectos seguía la tradición maoísta de presentar al campesinado como clase revolucionaria, aunque en ese terreno fue mucho más lejos: por mucho que Mao ensalzara las virtudes del campesinado, siempre mantuvo la supremacía en último término del proletariado urbano industrial, mientras que el Jemer Rojo veía al campesinado pobre como «clase obrera» y discriminaba a los habitantes de las ciudades. Una de sus primeras decisiones fue ordenar la evacuación de Phnom Penh y las demás ciudades, cuyos habitantes —más de dos millones de personas— fueron enviados al campo a trabajar obligatoriamente en granjas colectivas.

No está claro cuál fue la motivación precisa de esa desurbanización:[110] en parte parecía una venganza del

campesinado contra las ciudades, más ricas y cosmopolitas. Como explicaba el partido a sus miembros cuando comenzó la evacuación de las ciudades, «esa gente ha llevado una vida muy cómoda, mientras que el campesinado ha llevado una vida muy difícil … Con Lon Nol la moralidad de las ciudades no era pura y limpia, como en las áreas liberadas».[111] Pero también recordaba las persecuciones de otros regímenes comunistas mezclando la ideología y la seguridad. Se consideraba a los residentes urbanos potenciales oponentes e ideológicamente corrosivos porque habían crecido en la «basura de la cultura imperialista y colonialista».[112]

En otros aspectos, en cambio, la política del PCK era una versión extremada del maoísmo igualitario del Gran Salto Adelante. Se abolió el dinero y todos, incluidos los deportados, se convirtieron en labradores en las granjas colectivas. Se destruyó la vida urbana, se vaciaron las ciudades y se cerraron las escuelas. El país se convirtió en un gran campo de trabajo agrícola en el que todos dedicaban su vida al trabajo y la educación política. El régimen trató de erradicar las antiguas jerarquías. Se ordenó a los niños llamar a sus progenitores «camarada padre» y «camarada madre» y se prohibió el uso del término «señor».[113] Sólo se permitían los matrimonios aprobados por el partido. Pol Pot llegó a declarar que «las madres no debían querer demasiado a sus hijos», y se introdujeron comedores comunales para debilitar los lazos familiares.[114] Al mismo tiempo, no obstante, se creaban nuevas divisiones sociales según la clase y la ideología: los deportados de las ciudades (el «pueblo nuevo») eran tratados como ciudadanos de segunda clase, mientras que el «pueblo antiguo» se dividió en dos grupos: los campesinos pobres leales

(«miembros de pleno derecho») y los que no eran del todo fiables (los «candidatos»). Las raciones y privilegios dependían del estatus de cada uno en la nueva jerarquía, aunque en teoría se podía ascender mediante el trabajo duro y la dedicación política.[115]

Pol Pot también siguió a Mao y la tradición marxista-leninista radical en su deseo de organizar un «Gran Salto Adelante» hacia la abundancia agrícola y, en último término, la industrialización. En 1976, al tiempo que se realizaban incursiones fronterizas en Vietnam y se intensificaba el conflicto con su vecino, Pol Pot anunció su «Plan Cuatrienal para Construir el Socialismo en Todos los Terrenos», como parte de su estrategia para defender la nación. Aquel «plan» era uno de los menos científicos confeccionados nunca en el mundo comunista. Sin detalles, desordenado y enormemente ambicioso, dejaba a las claras la falta de interés de la dirección del Jemer Rojo por la ciencia económica y ponía el énfasis sobre todo en la fuerza de voluntad. «Cuando un pueblo se despierta gracias a su conciencia política —declaraba un funcionario— puede hacer cualquier cosa … Nuestros ingenieros no pueden hacer lo que el pueblo hace».[116] El engreído Pol Pot estaba convencido de que la «Kampuchea Democrática» no sólo alcanzaría a sus vecinos, sino que se convertiría en un faro para todos los demás países comunistas. Sería verdaderamente el «estado comunista número 1».

Los proyectos de industrialización no dieron apenas resultados, pero los planes para aumentar la cosecha de arroz enviaron alrededor de un millón de trabajadores —muchos de ellos del «pueblo nuevo» urbano— a crear nuevos campos agrícolas de la nada. Decenas de miles de aquellos enemigos de

clase murieron de hambre y enfermedades y el Jemer Rojo los trataba despiadadamente, llegando a declarar: «Mantenerlos no supone ningún beneficio ni destruirlos ninguna pérdida».[117] Eran considerados ciudadanos de segunda clase a los que se podía matar por faltas menores; pero todos los campesinos, ya fueran «antiguos» o «nuevos», estaban obligados a entregar una elevada cosecha de arroz, ateniéndose si no a las consecuencias.

Sin embargo, también había aspectos más estalinistas en el pensamiento del Jemer Rojo, como cabía esperar dada la formación en el PCF de muchos de sus dirigentes y los estrechos contactos que se mantenían con Corea del Norte.[118] No hubo ninguna movilización del estilo de la Revolución Cultural y la actitud hacia los «enemigos» también se hacía eco de la de Stalin a finales de los años treinta: iban a ser ejecutados, no reeducados. Al igual que Stalin, Pol Pot argumentaba que el éxito en la guerra requería campañas contra los «enemigos» internos ocultos y acusaba de los fracasos económicos a la mala voluntad del «pueblo nuevo» y a los «microbios» enemigos que «proliferan en cada rincón del partido» con capacidad potencial para hacer un «daño real». En un llamativo eco del lenguaje de Stalin, declaró: «¿Hay todavía traidores ocultos dentro del partido, o han desaparecido todos? Según nuestras observaciones durante los últimos diez años, está claro que todavía no han desaparecido todos … algunos son verdaderamente leales, pero otros titubean. Los enemigos pueden infiltrarse fácilmente».[119] La represión afectó a un amplio abanico de personas, algunas de ellas miembros leales al partido. Por la prisión de Tuol Sleng (S-21) dirigida por el «camarada Duch» pasaron alrededor de 14.000 personas, la mayoría de las cuales, obligada por la tortura a confesar extrañas conspiraciones, fue luego

ejecutada. El régimen emprendió asimismo la persecución de varios grupos, tanto «enemigos de clase» como minorías étnicas.

El grado de violencia fue variando con el tiempo y el número de muertos era más alto en algunas áreas que en otras; pero la cifra total de muertos, asesinados o por hambre, es horrible: las estimaciones oscilan entre uno y medio y dos millones, la cuarta parte de la población.[120] Evidentemente, el régimen contaba con seguidores para imponer el terror, cuyas motivaciones personales podían ser muy diferentes. La mayoría eran jóvenes campesinos, al principio entusiasmados por la reforma agraria, a los que el PCK podía convencer fácilmente de la necesidad de ejercer la violencia contra los «enemigos» de la revolución. «Dejar de lado todo sentimiento» hacia ellos, aunque fueran parientes, era considerado una virtud, y matarlos era una forma de alcanzar «honorabilidad» en la nueva sociedad. Un miembro del «nuevo pueblo» recordaba que su jefe creía que «si eliminaba a bastantes enemigos, satisfaría su conciencia; habría cumplido con su deber hacia la *Angkar*;[121] otros se veían obligados a someterse, temiendo que si no mataban bastantes enemigos ellos mismos serian sospechosos de serlo.

Aquella pesadilla de la «Kampuchea Democrática» llegó a su fin a principios de 1979 con la invasión vietnamita respaldada por la Unión Soviética. El Ejército Revolucionario de Kampuchea, escasamente preparado, no pudo hacer frente a sus vecinos bien armados y endurecidos en la batalla; pero aun así mantuvo, rebautizado como Ejército Nacional de la Kampuchea Democrática y con el respaldo de Sihanouk y de la República Popular China, una guerra de guerrillas durante toda la década de 1980, hasta que los vietnamitas, tras la Conferencia Internacional sobre Camboya celebrada en París en agosto de

1989, en la que China se comprometió a retirar su ayuda al ENKD, retiraron sus fuerzas del país.*

VII

La experiencia de Kampuchea y Etiopía iba a perjudicar seriamente la reputación del comunismo del Tercer Mundo incluso entre los propios soviéticos y chinos, que veían cuánto se parecían aquellos regímenes a su propio pasado militante que ahora preferían olvidar.

La República Popular China siguió apoyando militarmente al Jemer Rojo aunque a la muerte de Mao se distanció de su radicalismo, porque deseaba el apoyo de los camboyanos contra los vietnamitas. Pero los dirigentes soviéticos se sentían muy decepcionados de algunos de sus protegidos. Los que al principio habían mostrado más entusiasmo por las aventuras en África, como Brutents, Shakhnazarov y Zagladin, comprobaron que Mengistu y otros se negaban a seguir sus consejos y a moderar sus ambiciones. Al conocer los detalles de las purgas y el baño de sangre se preguntaron si algunos de aquellos partidos de vanguardia supuestamente marxistas-leninstas no representarían en realidad a élites egoístas cuyo verdadero interés no era la construcción del socialismo en beneficio de toda la sociedad o cuyos objetivos eran demasiado ambiciosos, dado su nivel de desarrollo económico.

La evolución de los acontecimientos en Afganistán, fronterizo con la Unión Soviética, parecía confirmar esos sombríos pronósticos. El modernizador autoritario Mohammed

Daud, presidente del país desde 1973, se estaba enemistando tanto con la izquierda urbana como con la derecha tribal islámica. Como consecuencia, en abril de 1978 y al parecer sin inducción soviética, la facción izquierdista «Jalq» («Masas») del Partido Democrático del Pueblo de Afganistán (comunista) tomó el poder en un golpe dirigido por Nur Muhammad Taraki y Hafizullah Amin. Aquellos misioneros urbanos de la modernidad, muchos de ellos maestros de escuela, que se llamaban a sí mismos «los hijos de la historia», trataban de alfabetizar y llevar el progreso al campo, pero su intransigencia les llevaba a recurrir cada vez más a la fuerza.[122] La Unión Soviética, para la que Afganistán era de gran importancia estratégica, apoyó al nuevo régimen, pero trató en vano de moderar su comportamiento. Cuando en marzo de 1979 estalló una rebelión en la provincia occidental de Herat, encabezada por guerrilleros islamistas, Moscú decidió intervenir y acordó con el presidente Taraki relevar a Amin del puesto de primer ministro, pero las cosas salieron al revés y fue Amin el que eliminó a Taraki, convirtiéndose el 16 de septiembre en presidente e iniciando una purga en el PDPA. A mediados de diciembre Leonid Briezhniev tomó la fatal decisión de enviar allí los tanques soviéticos.[123]

Pero la invasión soviética de Afganistán era más una confesión de debilidad que una demostración de fuerza, como muchos creyeron en aquel momento en Occidente. El optimismo de mediados de los años setenta, cuando el Kremlin creía poder atraer a su bloque a la mayor parte del Tercer Mundo, se había desvanecido. Entre los comunistas occidentales, por otro lado, la eventual confrontación militar entre los bloques había causado profunda preocupación durante

algún tiempo, especialmente en el PCI, encabezado desde 1972 por el reservado aristócrata sardo Enrico Berlinguer. Italia, como gran parte de Europa occidental, sufría una grave crisis económica y agudas tensiones sociales, pero la agitación obrera era especialmente seria y en el país operaban los grupos terroristas más activos de Europa, principalmente de extrema izquierda pero también de extrema derecha: entre 1969 y 1980 se produjeron 7.622 atentados y acciones violentas, que causaron 362 muertos y 172 heridos graves. Berlinguer estaba preocupado por ambas cuestiones. El derrocamiento del presidente chileno Allende en 1973 le convenció de que a medida que los comunistas se hacían electoralmente más fuertes se hacía más probable la amenaza de un golpe. El PCE, dirigido por Santiago Carrillo, veía las cosas de una forma similar tras el caos revolucionario que se había vivido en Portugal.

Berlinguer estaba convencido de que el comunismo sólo podía triunfar si el conflicto entre los bloques y en el interior de cada país se mitigaba. Su propuesta consistió en la conformación de una tercera vía entre la socialdemocracia y el comunismo soviético, un movimiento que se llegó a conocer como «eurocomunismo». Debía asumir plenamente la distensión, en particular los acuerdos sobre los derechos humanos aprobados en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación celebrada en Helsinki en julio-agosto de 1975, que la Unión Soviética también había firmado, tuviera o no la intención de aplicarlos; rechazaría todos los aspectos de la guerra fría, incluidas las intervenciones soviéticas; y aceptaría explícitamente la democracia multipartidista y el «pluralismo socialista». El PCI contaba de entrada con el apoyo del PCE, pero también obtuvo la aprobación del PCF, y en junio de

1976, en la Conferencia Paneuropea de partidos comunistas celebrada en Berlín este, los tres partidos proclamaron su independencia política de Moscú y criticaron el uso de la fuerza para extender el comunismo. En el documento de compromiso, firmado por todos los participantes, había desaparecido toda mención de la «dictadura del proletariado» y el término «marxismo-leninismo» fue sustituido por «las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin». Tampoco se mencionaba la OTAN en deferencia al PCI, que ya no se oponía a la pertenencia de Italia a la alianza militar occidental; y en abril de 1978 el PCE se convirtió en el primer partido comunista que renunció formalmente al adjetivo «marxista-leninista» sustituyéndolo por «marxista, democrático y revolucionario».

Tanto el PCI como el PCF lograron establecer alianzas con los partidos socialistas de sus respectivos países. Berlinguer propuso a la *Democrazia Cristiana* un *compromesso storico* contra la amenaza del fascismo y para sacar a Italia de la crisis. También en Francia los comunistas acordaron en junio de 1972 con el PS de François Mitterrand y el Movimiento de los Radicales de Izquierda un *Programme commun* bastante alejado del programa comunista ortodoxo. Por primera vez desde los años cuarenta uno y otro parecían en condiciones de llegar al gobierno.

Sin embargo, Berlinguer no consiguió que su propuesta se extendiera más allá, y menos que fuera generalmente aceptada. Los dirigentes soviéticos se mostraron extremadamente hostiles, temiendo que se creara un centro comunista rival que pudiera amenazar sus intereses tanto en la Europa oriental como en la occidental. *Pravda* declaró: «Es impensable combatir el leninismo en nombre del marxismo … Nada podría ser más

absurdo». Los políticos estadounidenses también desconfiaban y seguían considerando a los eurocomunistas una amenaza para Occidente. En cualquier caso, el PCI asumió el eurocomunismo con mucho más entusiasmo que el PCF, cuya actitud y cultura política seguían siendo más sectarias y prosoviéticas.

La estrategia frentepopulista de esos partidos también chocaba con dificultades internas. En Francia el principal beneficiario del *Programme commun* fue el Partido Socialista, ya que la vieja política obrerista del PCF parecía cada vez más estancada. En septiembre de 1977, tras haber sido muy superado en las elecciones municipales de marzo por el PS, prefirió romper la *Union de la gauche* y distanciarse de su anterior compromiso con los principios eurocomunistas. De 1981 a 1984, tras la elección de Mitterrand como presidente de la República, participó en los gobiernos de Pierre Mauroy, pero su declive parecía ya inexorable.

El PCI tuvo en un principio más éxito; con el 34,4 por 100 del voto en las elecciones de 1976, aunque su grupo parlamentario no era el mayor de la Cámara había conseguido por primera vez después de la guerra privar a la coalición democristiana de una mayoría absoluta. Y aunque no obtuvo ministerios en el gobierno, monopolizado por la Democracia Cristiana hasta 1979, lo apoyó desde fuera y ganó una influencia considerable. Pero eran tiempos de dificultades económicas. Sus propuestas no diferían esencialmente de la política aplicada por los gobiernos socialdemócratas de otros países de Europa occidental en aquella época, tratando de aumentar la productividad mediante el compromiso de clases. El PCI pidió a los sindicatos que limitaran sus reivindicaciones salariales, mientras el estado les prometía a cambio una

distribución más justa de los impuestos y reorientar la economía hacia áreas más productivas. Al principio los sindicatos cooperaron y la inflación disminuyó; pero en conjunto aquellas reformas económicas fueron ineficaces, en parte porque la confianza entre las clases sociales era escasa, y en parte porque la Democracia Cristiana no estaba realmente decidida a respetar sus compromisos.

Aquel breve período de apoyo del PCI a la *Democrazia Cristiana* decepcionó a sus seguidores. Los jóvenes radicales eran especialmente hostiles al apoyo de los comunistas a la represiva legislación antiterrorista: el PCI, para su desengaño, se había convertido en el defensor más ardiente del estado Italiano. Se multiplicaron las manifestaciones estudiantiles y los atentados terroristas y el PCI, falto de espíritu y de unidad, puso fin al «compromiso histórico» a principios de 1979. El voto a los comunistas disminuyó, y aunque su apoyo seguía siendo relativamente alto, se fue debilitando hasta la caída del telón de acero.*

Sin embargo, lo que más perjudicó al eurocomunismo fue quizá el deterioro de las relaciones entre los bloques a finales de la década de 1970. Las revoluciones del Tercer Mundo y las intervenciones soviéticas convencieron a la clase política estadounidense de que la URSS estaba aprovechando la distensión para extender el comunismo. Hasta el presidente Jimmy Carter, decidido a mejorar las relaciones con la URSS y a aplicar en el Tercer Mundo una política basada en el respeto a los derechos humanos y no sólo en la seguridad, estaba preocupado por el comportamiento soviético. Su Consejero de Seguridad Nacional, el porfiado «halcón» Zbigniew Brzezinski, desconfiaba particularmente de las intenciones de Moscú, y la

invasión de Afganistán reforzó su posición frente a las «palomas» de Washington. En Moscú, entretanto, no entendían hasta qué punto sus intromisiones en el Tercer Mundo estaban perjudicando la distensión y proseguían inflexiblemente una política de suma cero.

Al tensarse las relaciones entre las superpotencias, «terceras vías» como el eurocomunismo resultaban muy difíciles de mantener. Las relaciones entre Berlinguer y los dirigentes soviéticos se deterioraron y el golpe final llegó con la invasión de Afganistán;[124] mientras que el PCI la condenó, el PCF volvió al redil soviético. Tras la imposición de la ley marcial en Polonia en diciembre de 1981, Berlinguer realizó una última y devastadora crítica del comunismo soviético. La fase del socialismo iniciada por la revolución de Octubre, declaró, había «agotado su fuerza progresista».

La agravación de las tensiones internacionales iba a extenuar también otro régimen del estilo «tercera vía», el de los sandinistas que habían llegado al poder en Nicaragua tras la revolución de 1979. El Frente Sandinista de Liberación Nacional, cuyo nombre provenía del líder guerrillero que encabezó la rebelión contra la ocupación estadounidense del país durante los años veinte, Augusto César Sandino, era una coalición de diversas fuerzas de izquierda que propugnaba la independencia frente al «imperialismo» y la mejora de la situación de los pobres. Gracias a la gran impopularidad del corrupto dictador Anastasio Somoza Debayle,** el FSLN contaba en un primer momento con la simpatía de gran parte de la población. En él había tres tendencias: la «Guerra Popular Prolongada», guevarista, de base campesina; la «Proletaria», de base urbana, y la «Insurreccional» o «Tercerista», en la que había

democristianos, «teólogos de la liberación», marxistas y socialdemócratas; entre los miembros de esta última estaban los hermanos Ortega, Daniel y Humberto, marxistas no especialmente doctrinarios. En algunos aspectos los sandinistas seguían la vía cubana, proponiendo la nacionalización, la reforma agraria y una mejora de la asistencia social y la educación; pero a diferencia de los cubanos admitían el pluralismo político y una economía mixta.

Como cabía prever, la nacionalización de la banca y el comercio exterior, aparte de los bienes de la familia Somoza y sus colaboradores, encrespó a la clase media y las relaciones con Estados Unidos se tensaron. Los sandinistas estaban principalmente interesados en desarrollar su país, pero mantenían estrechas relaciones con Cuba, de la que recibían ayuda, y seguían empeñados en mantener el apoyo a los grupos guerrilleros de El Salvador y otros países cercanos. Aunque al principio el gobierno de Carter se mantuvo expectante, la intensificación de la guerra fría tras la victoria de Reagan en las elecciones presidenciales de 1980 dio lugar a la organización y financiación desde Washington de la «contra» (contrarrevolución), que emprendió una guerra de guerrillas contra el régimen sandinista desde sus bases en Honduras y Costa Rica; Daniel Ortega,*** por su parte, pidió ayuda a Moscú.

Así pues, en 1979 la Unión Soviética comenzaba a sentirse cada vez más decepcionada de los resultados de sus esfuerzos por extender el comunismo en el Tercer Mundo, mientras que sus intervenciones militares —junto con el violento estalinismo de algunos de sus patrocinados— reforzaba la convicción de otros de sus aliados de que el marxismo-leninismo era demasiado

rígido y de que había que combinar el marxismo con el pluralismo. Pero pese al creciente desaliento de los dirigentes comunistas, muchos occidentales, aterrorizados por el comportamiento soviético, estaban convencidos de que la expansión comunista iba a proseguir hasta dominar el mundo. A finales de 1978 el semanario liberal de derechas británico *The Economist* ofreció un pronóstico alarmante para los siguientes «siete años singularmente peligrosos». Tras describir el alto nivel de «voluntad político-militar» de los soviéticos, cubanos, alemanes orientales y vietnamitas de extender el comunismo por todo el mundo, el editorial declaraba: «No es posible impedir a la Unión Soviética expandir su poder militar [… pero] es esencial impedir que esa expansión soviética llegue al punto en que controlen los puestos de mando, ya sean nucleares o no nucleares». *The Economist* lo consideraba posible, pero se preguntaba con pesimismo si «Estados Unidos podría encontrar en sus aliados —o en sí mismo— siquiera una fracción de la voluntad esencial para impedir que la expansión soviética llegue hasta ese punto».[125]

12

Revoluciones gemelas

I

El 11 de octubre de 1986 el secretario general del PCUS, Mijail Gorbachov, se reunió por segunda vez con el presidente Reagan, ahora en Reikiavik. El estilo de Reagan era bastante comedido comparado con la vehemente locuacidad de Gorbachov, pero tenían mucho en común. Ambos líderes eran un tanto efectistas y conocedores del arte dramático: Reagan había actuado durante casi dos décadas en películas de serie B, y Gorbachov, veinte años más joven, también había hecho sus pinitos como actor y algunos de sus colegas comentaban su habilidad dramática.[1] También eran, cada uno a su manera, auténticos creyentes idealistas en el propio sistema: Reagan cristiano y acendrado defensor del capitalismo liberal, y Gorbachov ateo y comunista convencido. Pese a sus profundas diferencias ideológicas había paradójicamente cierta afinidad entre aquellos dos grandes actores en la escena internacional. Reagan estaba convencido incluso de que Gorbachov podía ser creyente, y así se lo dijo a su ayudante Michael Deaver: «No sé, Mike, pero honestamente

pienso que cree en un poder más alto».[2]

Al principio la intensidad de sus respectivas convicciones ideológicas hacía difícil el acuerdo. Por la mañana del segundo día de la cumbre, por ejemplo, se produjo un agrio enfrentamiento cuando Reagan acusó a los comunistas de pretender la dominación mundial y Gorbachov respondió igualmente enfadado recordándole el amparo soviético a ciertos derechos humanos pisoteados en el capitalismo.[3] Pero aquella misma tarde el ambiente entre ambos se suavizó. Gorbachov propuso una reducción sustancial del arsenal nuclear y tras cierta controversia sobre lo que significaba o dejaba de significar aquello, Reagan realizó una extraordinaria declaración: «Me parecería bien que elimináramos todas las armas nucleares». La respuesta de Gorbachov fue: «Podemos hacerlo. Podemos eliminarlas».[4] A continuación acordaron encargar a sus ayudantes el borrador de un tratado. Para gran decepción de ambos, el acuerdo se les escapó de entre los dedos debido a la objeción soviética al desarrollo por Estados Unidos de su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) más conocida como «guerra de las galaxias». Pero el acuerdo de principio, que sorprendió a muchos de los asesores de Reagan, mostró lo mucho que habían cambiado las cosas desde la década de 1970. El tono de aquellos debates era muy diferente de las tirantes conversaciones entre Nixon y Briezhniev. Ambos gobernantes se tomaban las cosas en serio y eran esforzados combatientes en la lucha ideológica; pero también estaban de acuerdo en algo fundamental: tenían que abandonar la vieja *realpolitik* que había traído consigo el enorme aumento de sus arsenales nucleares y que amenazaba el propio futuro de la humanidad.

Dos años y medio después, el 15 de mayo de 1989, cuando

Gorbachov fue a entrevistarse con el dirigente chino Deng Xiaoping, el ambiente fue muy diferente. Era la primera visita de un gobernante soviético a Beijing desde el conflicto chino-soviético, y aunque Gorbachov y Deng acabaron firmando un tratado, a diferencia de lo sucedido en Reikiavik, no parecían entenderse bien. La atmósfera era tensa. En la plaza de Tiananmen había miles de estudiantes manifestándose por la democracia que pretendían el apoyo de Gorbachov. El tecnócrata Deng, además, representaba un comunismo muy distinto del de Gorbachov. Aunque la reunión transcurrió afablemente, apenas hubo compromisos reales. Gorbachov registró así en sus memorias su impresión de Deng: «Creo que la clave de su gran influencia … reside en su enorme experiencia y en su sano pragmatismo».[5]

Aquellos dos encuentros tan diferentes ilustran lo mucho que habían cambiado los tres bloques —soviético, chino y estadounidense— desde la última ronda de cumbres en 1971-1972. Entonces, como en 1989, el gobernante estadounidense y el soviético tenían más en común: Nixon y Briezhniev eran archipragmáticos, mientras que Mao, que seguía siendo un idealista a pesar de sus muchos años, se había visto obligado a regañadientes a un repliegue pragmático por los desastres de la Revolución Cultural. A mediados de los años ochenta los nuevos dirigentes de las tres potencias habían recusado a sus predecesores: las reacciones contra la cínica *realpolitik* desarrollada por Estados Unidos y la URSS habían llevado al poder a dos idealistas, Reagan y Gorbachov, mientras que en China el cauto Deng representaba exactamente la antítesis del destructivo idealismo de Mao. Al tiempo que China estaba perdiendo su impulso revolucionario, Estados Unidos y la

Unión Soviética estaban recuperando el suyo.

Reagan y Gorbachov encarnaban las dos revoluciones que iban a cambiar el mundo a lo largo de la década de 1980: la capitalista neoliberal y la comunista romántica. Aunque el segundo fue en gran medida responsable del colapso final del comunismo en su meollo soviético, mientras que el primero ganó en último término la contienda por la preeminencia global, cada uno de ellos aprendió algo del otro. Los halcones estadounidenses adoptaron algunas tácticas (e incluso el vocabulario) de los marxistas-leninistas, mientras que los reformistas soviéticos se veían cada vez más atraídos por las ideas liberales.

La presidencia de Reagan marcó el comienzo de una nueva preeminencia ideológica liberal en Occidente. Durante la década de 1980 parecía como si fuera a imponerse en el mundo entero, incluyendo también a China; pero el empuje liberal que asaltó con éxito la ciudadela del Kremlin no consiguió en último término penetrar en Zhongnanhai, el barrio de Beijing junto a la Ciudad Prohibida que alberga los principales centros de poder chinos. Sus pragmáticos líderes no querían ni oír hablar de revolución, ya fuera maoísta o liberal. China tenía otro modelo de desarrollo al que recurrir: el capitalismo autoritario de los llamados «tigres asiáticos». Desde la muerte de Stalin las placas tectónicas del mundo geopolítico se habían venido desplazando gradualmente. La brecha entre Occidente y el bloque soviético se había ido cerrando, al tiempo que China se había ido alejando de ambos. Si bien Gorbachov y Deng firmaron un nuevo acuerdo chino-soviético, en realidad 1989 representaba un alejamiento y no un acercamiento entre ambas potencias.

II

A finales de los años setenta surgió en China un nuevo género periodístico, el «reportaje», a menudo muy crítico hacia el Partido Comunista y la Revolución Cultural. Una de las muestras más controvertidas, «¿Pueblo o monstruos?», publicado en 1979, era un informe ferozmente satírico de un notorio caso de corrupción en la provincia septentrional de Heilongjiang, cuya protagonista, la desvergonzada Wang Shouxin, había comenzado como humilde cajera de la empresa local de carbón. Cuando llegó la Revolución Cultural «se despertaron inesperadamente en ella afanes políticos que habían permanecido dormidos muchos años». Tras decidir aprovechar aquellos cambios transcendentales en su propio beneficio, se asoció con un «antiguo bandido», Zhang Feng, y creó una nueva unidad de la Guardia Roja, la «Fuerza de Combate Aplastar-el-Nido-Negro». A continuación lanzó su propia Revolución Cultural contra el principal obstáculo para su ascenso, el planificador y contable de la empresa, Liu Changchun, miembro del «Cuerpo Rebelde Rojo» que dominaba la comarca. Wang se congració con un alto responsable del partido, quien aprobó un «debate» entre los dos; ella acusó a Liu de favorecer a los «poderosos» y de poner la producción por encima de la revolución. Las autoridades se pusieron de su parte y Liu fue públicamente humillado y a continuación encarcelado, con lo que Wang tenía vía libre para convertirse en directora y secretaria del partido en la empresa. Creó su propia red de corrupción aprovechando su control del abastecimiento local de carbón para sobornar funcionarios y

abrirse camino hacia la riqueza y el poder. Astuta como era, consiguió sobrevivir a la muerte de Mao, pero finalmente fue víctima de la decisión del partido de permitir las críticas a la Revolución Cultural a finales de los años setenta.*[6]

La Revolución Cultural había provocado muchos padecimientos, tanto físicos como emocionales; pero uno de sus efectos más duraderos fue la decepción. El régimen había utilizado los ideales de la virtud y el sacrificio solidario para movilizar a la población y muchos se lo habían tomado en serio. Cuando comprobaron que algunos cínicos como Wang Shouxin se habían aprovechado de su idealismo se sintieron estafados. A mediados de la década de 1970 el marxismo-leninismo romántico había quedado muy desacreditado. Los comunistas chinos no volverían nunca a la lucha de clases maoísta. De hecho, el final de la Revolución Cultural iba a señalar el comienzo de una larga y sinuosa transición del comunismo al capitalismo.

El terror ejercido por Stalin en 1936-1938 provocó una desilusión parecida, pero la guerra contra los nazis había restaurado la *raison d'être* del régimen comunista. Stalin pudo pedir de nuevo sacrificios al pueblo en interés de las supervivencia nacional, y desde aquel momento el comunismo soviético quedó indisolublemente ligado a la victoria sobre los nazis; pero aquella redención no era posible en China en los años setenta. Una opción, por supuesto, era retornar al marxismo modernista reglamentado de la década de 1950, pero desde entonces habían cambiado muchas cosas: el modelo soviético parecía muy deteriorado, y aunque China había progresado a pesar de las luchas internas, sus vecinos y rivales le habían tomado la delantera. Taiwán y Corea del Sur, los

primeros «tigres asiáticos», habían conseguido de hecho, con su combinación peculiar de autoritarismo, capitalismo y crecimiento basado en las exportaciones, «grandes saltos adelante» con los que habían dejado muy atrás a China. Los comunistas —especialmente los que más habían sufrido durante la Revolución Cultural— comenzaron a cuestionarse el propio modelo soviético.

Las primeras señales de cambio se pudieron percibir incluso antes de la muerte de Mao. Oficialmente la Revolución Cultural prosiguió hasta aquel suceso y sus principios eran enérgicamente defendidos por la llamada «Banda de los Cuatro», de los que formaba parte la propia mujer de Mao, Jiang Qing. Pero el ejército, bajo el mando del mariscal Lin Biao, había puesto el fin a la fase ultrarrevolucionaria en 1969, y tras el extraño accidente aéreo en el que éste perdió la vida en septiembre de 1971, la política china entró en un período de calma inestable. La visita de Nixon a Mao en febrero de 1972 y los acontecimientos posteriores mostraron el cambio de estrategia, que se vio confirmado por la rehabilitación del pragmático Deng Xiaoping en 1973 y su nombramiento como vicepresidente del PCCh y de la RPCh en enero de 1975.

Hasta la muerte de Mao el cambio no avanzó mucho, y de hecho a finales de 1975 los seguidores radicales de la «Banda de los Cuatro» lanzaron un exitoso ataque contra Deng acusándole de «revisionista» y «seguidor de la vía capitalista». Mao, que ya estaba muy enfermo, eligió como sucesor al incoloro Hua Guofeng, líder de la fracción llamada «Cualquier Cosa» por haber declarado públicamente que «cualquier cosa» que dijera Mao era acertada. Hua todavía se aferraba a la política económica de las décadas de 1950 y 1960, pero la reacción

contra la Revolución Cultural era demasiado intensa y menos de un mes después de la muerte de Mao hizo detener a Jiang Qing y los demás miembros de la «Banda de los Cuatro» (Zhang Chunqiao, Wang Hongwen y Yao Wenyuan).[7] En 1977 permitió a Deng retomar el puesto de vicepresidente, y éste se valió de la presión popular para rehabilitar a las víctimas de las purgas y derrotar a Hua y los «cualquiercosistas» en el plazo de dos años.

Hacia 1979-1980 Deng Xiaoping se hallaba en la misma situación que Jruschov en 1956. Para justificar el cambio político tenía que criticar el pasado, pero sabía que si iba demasiado lejos podía destruir todo el régimen. Durante la lucha por el poder en la cumbre, los estudiantes pegaron en el muro oeste de la plaza de Tiananmen (el llamado «muro de la democracia») *dazibaos* que criticaban a los «cualquiercosistas» y a la Banda de los Cuatro, con los que Deng se sentía sin duda muy satisfecho —muchos de aquellos carteles lo alababan desaforadamente—, pero advirtió a los estudiantes que no atacaran al propio Mao; al hacerse más radicales las críticas ordenó su represión en 1979. Con ello estableció límites al cambio y dejó muy claro que no era un político liberal.

La trabazón que estableció Deng entre las reformas de mercado y el control político estricto se ha mantenido esencialmente hasta hoy. Sus «cuatro modernizaciones» (agrícola, industrial, científico-técnica y militar) constituían una puesta al día de la NEP marxista pragmática de Lenin a principios de los años veinte, que contrastaba notoriamente con el reformismo comunista romántico que nació con Jruschov y alcanzó su culminación con Gorbachov. La dirección china mantenía un ojo atento al éxito de los tigres capitalistas

asiáticos, y el otro a las lecciones de la Revolución Cultural, pensando que Mao, al acosar a la burocracia y agitar la democracia de masas desde abajo, había estado a punto de provocar una guerra civil. Deng estaba decidido a no repetir aquel error. Procuró dejar en paz a los burócratas de la industria pesada y el partido, ganándoselos mediante la persuasión y no derrotándolos en una confrontación violenta.

La pieza central del programa de Deng era desarrollar una economía dual: la industria pesada seguiría bajo el control del estado; el partido no iba a tratar de disolver la vieja jerarquía planificadora con el ácido de la democracia o el mercado, sino que plantó la semilla del mercado fuera del inflexible e ineficiente sector estatal. Se abolieron los colectivos y se restauró la agricultura privada basada en la familia, al tiempo que se autorizaba la creación de pequeñas empresas privadas —tiendas, pequeños talleres y fábricas— con bajos impuestos y libertad para contratar y despedir. El sector de la empresa privada creció aceleradamente y a finales de la década de 1980 menos del 40 por 100 de la renta nacional provenía del sector estatal, un nivel similar al de Francia o Italia. Los burócratas que gestionaban las empresas estatales veían preocupados la competencia que les hacían las privadas; pero no trataron de sabotear las reformas como habría cabido esperar, porque Deng les hizo una concesión crucial: se les permitió crear empresas privadas anejas e invertir en ellas parte de los beneficios, con lo que se les ofrecía un incentivo personal para mejorar el rendimiento de las empresas estatales que gestionaban.[8] Al mismo tiempo se abrieron varias «zonas económicas especiales» que ofrecían a los inversores extranjeros un trato privilegiado en cuanto a impuestos y aranceles. El mercado, que aparecía como socio

menor del estado, comenzó así a ganarle la partida.

A finales de la década de 1980 China se había transformado. Las ciudades se habían convertido en lugares bulliciosos y brillantes; las vallas publicitarias habían sustituido a las antiguas pancartas del partido con eslóganes políticos. En lugar del obrerismo y la austeridad maoísta se acrecentaba el entusiasmo por el dinero y los negocios. Un periodista y antropólogo que reunía material para una crónica de la vida en China, comprobó cuánto habían cambiado los valores tradicionales cuando entrevistó a una locuaz campesina de Tianjin y a su, más cauteloso, marido:

> MUJER: …realmente nos ha ido bien. Los de la ciudad no valen para nada. Nosotros, los campesinos pobres y medios, vamos por delante: hemos dejado atrás a la clase obrera. Ellos se estuvieron enriqueciendo durante treinta años, pero ahora nosotros les hemos adelantado con nuestra carreta de bueyes.
>
> MARIDO: No sabe lo que dice. Una vez que comienza a hablar no para. Los obreros son la clase dirigente.
>
> MUJER: ¿Dirigente? Seguro. Pero ¿tú trabajarías como obrero si alguien te lo pidiera? … ¿De qué te ríes? Somos realmente ricos … ¿Para qué sirve el Partido Comunista, si no es para salvar a los pobres de sus penalidades?
>
> MARIDO (*con una sonrisa*): Ya basta. Sí sigues hablando así vas a empezar a cantar XX (una de las nuevas óperas de la Revolución Cultural).[9]

Las reformas tuvieron efectivamente un efecto espectacular en el campo, en particular en cuanto a la mejora de la productividad. Song Liying, un ex funcionario del partido de Dazhai, en la provincia de Anhui —un «pueblo modelo» durante el período de la Revolución Cultural— reconocía que la vida había mejorado mucho para los campesinos desde la reforma de principios de los años ochenta:

> Antes de la reforma … no se nos permitía criar ni cultivar nada en nuestro patio

trasero, ni producir nada para vender … Como cuadro político del pueblo, yo mismo habría tenido que intervenir si sabía que alguien se atrevía a violar las reglas. Ahora puedes hacer lo que quieras, criar cerdos para comer o vender, hacer tigres de tela… En 1984, con el dinero extra que teníamos, compramos un pequeño televisor en blanco y negro. Todavía recuerdo que era de la marca Panda. A todos nos parecía mágica aquella caja eléctrica con sus sonidos e imágenes…

Ahora la gente sabe cómo aprovechar el tiempo. Antes, si llegabas a nuestro pueblo veías a la gente dando vueltas por ahí, charlando o jugando a las cartas o al *mahjong*. Ahora no ves a nadie perdiendo el tiempo. ¡Todos están trabajando![10]

Junto a las reformas económicas de 1976-1989 hubo una apertura intelectual, especialmente hacia Occidente, que se iba a conocer como la «fiebre cultural» que permitió a los intelectuales chinos debatir los méritos y deméritos de toda una serie de ideas anteriormente reprimidas, desde el neoconfucianismo al liberalismo; pero sobre todo se trataba de una fiebre tecnocrática, lo que puede parecer sorprendente, ya que cabía esperar que la violencia de la Revolución Cultural hubiera generado un anhelo de un «socialismo con rostro humano» que no sacrificara lo individual a un bien superior; así fue efectivamente para algunos, como el grupo de marxistas humanistas en torno a Wang Ruoshi que combinaba al joven Marx con las traducciones de las críticas desde Europa oriental al estalinismo tardío. Sin embargo, el romanticismo exacerbado de Mao había desacreditado incluso esas actitudes modestamente idealistas, y lo que estaba en auge era el marxismo tecnocrático. Además, tras el pernicioso menosprecio de Mao hacia la formación y la pericia, el nuevo eslogan de moda era «respetar el conocimiento, respetar el talento». Por otra parte, más influyente que el joven Marx fue el futurólogo estadounidense Alvin Toffler, cuyo libro *La tercera ola*, publicado en China en 1983 fue un éxito; en 2006 el *Renmin Ribao* («Diario del Pueblo») lo situaba entre los «cincuenta

extranjeros que han conformado el desarrollo de la China moderna».[11] Su atractivo residía en su afirmación de que la «segunda ola» de la sociedad industrial había pasado y que el mundo estaba entrando en una nueva era —la «sociedad del conocimiento»— en la que la tecnología de la información vertebraría una economía radicalmente descentralizada caracterizada por la diversidad y el poder del consumidor. Para los lectores chinos aquello sonaba a promesa de un nuevo futuro, desembarazado del antiguo modelo industrial soviético. China podría saltar directamente de la «primera ola» de la sociedad agraria a la tercera dominando esa nueva tecnología.

Había también, evidentemente, ciertas tensiones. El mercado producía perdedores y ganadores y a los gobernantes de Beijing les resultaba difícil mantener el control sobre los jefes locales convertidos en hombres de negocios mientras proliferaba la corrupción. Los conservadores estaban naturalmente descontentos y los «zigs» de la liberalización se veían interrumpidos ocasionalmente por los «zags» de las campañas al viejo estilo contra la «contaminación espiritual» y el «liberalismo burgués». Los obreros, en particular, sufrían el descenso del nivel de vida, la desaparición del *tie fan wan* (literalmente, «cuenco de arroz de hierro»; seguridad en el empleo y salario mínimo), y desmantelamiento del viejo estado asistencial. Pero los dirigentes del partido, temiendo eventuales desórdenes, avanzaban muy cautelosamente y hasta finales de la década de 1980 no comenzaron a desaparecer de hecho las redes de protección social. La agitación obrera desempeñó un papel importante en los disturbios de 1989 y casi hicieron descarrilar la reforma, aunque para entonces ya se había consolidado la coalición reformadora entre los nuevos empresarios y los jefes

del partido. Veinte años después de la Revolución Cultural, China había cambiado decisivamente de trayectoria. A un visitante de 1968 le habría resultado prácticamente imposible reconocer la China de 1988.

Los observadores occidentales estaban sorprendidos por los cambios, pero retrospectivamente cabe afirmar que no tenían por qué estarlo. Pese a la significativa oposición a las reformas de mercado, la experiencia de la Revolución Cultural había sido tan traumática que la «derecha» democrática y liberalizadora estaba en buena situación para ganar batallas políticas. Los regímenes del bloque soviético, en cambio, estaban siguiendo una trayectoria muy distinta, porque habían extraído una lección diferente de lo sucedido a finales de los años sesenta: las reformas de mercado que habían intentado habían acabado en la Primavera de Praga. Por eso, a diferencia del gobierno chino, que ofrecía a los jefes locales del PCCh incentivos para apoyar las reformas de mercado, los gobernantes del bloque soviético optaban por el paternalismo sobornando a los obreros y campesinos con la oferta incrementada de bienes de consumo y asistencia social. Esa estrategia se iba a demostrar desestabilizadora porque irritaba a los trabajadores de cuello blanco, más instruidos, que eran los que contaban con mayor confianza en sí mismos y con poder para enfrentarse al sistema. Aquellos regímenes prepararon así las condiciones para una contrarrevolución desde dentro del partido contra el propio comunismo.

III

A principios de los años ochenta la sección de la Komsomol de una biblioteca soviética convocó una reunión para decidir si uno de los bibliotecarios, que tenía como segundo empleo el de profesor de latín en un seminario, cómo debía ser expulsado. Aunque la observancia religiosa no era ilegal y la gente podía ir cuando quisiera a la iglesia, el problema se presentaba con respecto a los miembros del partido o de la Komsomol, que supuestamente seguían siendo la vanguardia ideológica del país. De hecho era motivo suficiente para expulsarlo, pero eran tiempos de pragmatismo y el comité no estaba muy seguro de lo que debía hacer. Como le dijo uno de los participantes en aquella reunión a Alexei Yurchak:

> Al principio nuestro comité estaba en contra de la expulsión de aquel chico … Considerando su formación, era obvio que enseñar latín era mucho más apropiado e interesante para él que el tedioso trabajo en la biblioteca. Sin embargo, el problema era … su arrogancia y falta de respeto, llegando a manifestar que no le importaba lo más mínimo lo que decidiéramos. De pronto, varios miembros del comité comenzaron a acusarle de «traidor a la patria». Un miembro del comité llegó a decir: «¿Y qué harías si te ofrecieran un empleo en la CIA?». Era una forma ridícula de decirlo, por supuesto, pero en aquel momento todos empezamos a atacar a aquel pobre muchacho. No fuimos nada amables con él.[12]

Ese episodio es muy revelador. Allí estaba un grupo de gente instruida, con una actitud abierta e incluso escéptica hacia la ideología; daban mucho valor a la realización personal en el trabajo y no tanto como generaciones anteriores al deber social puritano. Aun así, su moralidad se adecuaba bastante al colectivismo del sistema y lo veían como «suyo». Irritados por un colega que parecía desafiar de forma tan arrogante las reglas de su pequeño colectivo, se veían, para su sorpresa, invocando

los estrictos dogmas de generaciones anteriores de comunistas.

Pese a su menor dinamismo ideológico, muchos ciudadanos soviéticos seguían considerando el socialismo esencialmente justo. Aunque los miembros del partido y de la Komsomol podían encontrar la vida del partido aburrida e inane, de eso no se deducía que fueran escépticos con respecto al comunismo. De hecho, en muchos de ellos quedaba un idealismo residual. Un organizador de la Komsomol de la ciudad de Sovietsk (antigua Tilsit), nacido en 1960, describía así la tediosa rutina de las reuniones:

> Sabía muy bien, y creo que todos lo sabíamos, que las decisiones se tomaban de antemano; pero aun así había que quedarse hasta el final … No podías hablar mucho, así que lo mejor era dedicarse a leer. Todo el mundo leía. Todo el mundo. En cuanto comenzaba la reunión, todas las cabezas se inclinaban y todos empezaban a leer. Algunos hasta se quedaban dormidos. Pero cuando había que votar, todos levantaban la cabeza, como si hubiera sonado un despertador: «¿Quién está a favor?», y levantabas automáticamente la mano.[13]

Pero el mismo tiempo, no obstante, aquel joven creía en el comunismo y en la Komsomol: «Quería pertenecer a ella porque quería estar de entre la vanguardia juvenil que se esforzaría por mejorar la vida … Creía que si seguías las normas —escuela, instituto, trabajo— todo te iría bien en la vida».[14]

A principios de los años ochenta muchos ciudadanos soviéticos seguían juzgando su sistema superior al de Occidente; de lo poco que sabían de éste, muy influido por la propaganda oficial, deducían que aunque el nivel de vida en la URSS fuera más bajo, era superior en justicia social, bienestar, estabilidad, moralidad y educación.

Los ciudadanos soviéticos tenían por supuesto la ventaja de

vivir en una potencia imperial. El comunismo era «su» sistema y les daba un estatus internacional (con excepción de algunas nacionalidades desafectas, como los pueblos bálticos). Pero en todo el bloque (salvo quizá en Polonia), el apoyo a los valores socialistas, si no revolucionarios, seguía siendo predominante hasta finales de la década. En Hungría, en 1983, se les presentó a los escolares entre diez y catorce años una lista de palabras preguntándoles cuáles eran las que más les «gustaban» o «disgustaban». Entre las más populares estaban «bandera nacional» (que les gustaba al 98 por 100), «bandera roja» (81 por 100), y «dinero» (70 por 100); entre las manos menos populares, «secretario del partido» (40 por 100), «revolución» (38 por 100), y «capitalismo» (11 por 100).[15]

Evidentemente, los niños podían estar muy influidos por la propaganda escolar, pero algunas encuestas mostraban que los adultos compartían en general esas opiniones: los húngaros estaban abrumadoramente a favor de la igualdad socialista; la asistencia social a cargo del estado; las granjas colectivas; y el principio de que «todos deben subordinar sus intereses a los de la sociedad». Por otro lado, también había mayoría a favor de una mayor libertad política («la gente debe ser libre para decir lo que piensa») y reformas de mercado más profundas.[16] Las encuestas realizadas a los emigrados de la década de 1970 mostraban que su apoyo a esa combinación de socialismo del bienestar y reformas de mercado también predominaba en la URSS.[17]

Hungría tenía sus peculiaridades. János Kádár era bastante popular (el 87,7 por 100 estaba total o parcialmente satisfecho con él) por haber defendido los intereses húngaros frente a la URSS, algo que quizá distorsionaba un tanto las respuestas. El

aprecio al partido o a los gobernantes en otros países del bloque variaba de uno a otro. El régimen de Husák en Checoslovaquia promovía el consumismo y un nivel de vida más alto, pero encuestas oficiales —no publicadas— realizadas en 1986 mostraban una notable insatisfacción con la ideología y la política del régimen. Las opiniones en la RDA eran mucho menos favorables al sistema socialista que en Hungría y en la URSS, pero la opinión polaca parecía ocupar una categoría propia. Encuestas independientes realizadas entre 1981 y 1986 mostraban que el apoyo a la dirección del estado-partido era sólo de un 25 por 100 y que el 50 por 100 estaba muy descontento del sistema pero no se atrevía a enfrentarse a él. Aun así, e incluso entre los anticomunistas, las encuestas de opinión mostraban un apoyo general a los valores socialistas. En un estudio de 1980, esto es, antes de la ilegalización de *Solidarność* en octubre de 1982, la «igualdad» se consideraba el segundo valor más importante, después de la «familia», y casi todos defendían que los ingresos de todos los ciudadanos fueran aproximadamente iguales.[18] La democracia se consideraba valiosa, pero no tanto como la igualdad. Puede que los regímenes comunistas no hubieran creado un «nuevo pueblo socialista», pero sí hombres y mujeres con muchos ideales socialistas que les podían valer para criticar el comunismo realmente existente.

En todo el bloque había disidentes que criticaban el régimen desde distintas perspectivas: populistas, nacionalistas, demócratas liberales y socialistas radicales. La firma en 1975 de los acuerdos de Helsinki (que incluían el respeto a los derechos humanos) por los gobiernos del bloque soviético reforzó en particular a los grupos liberal-demócratas, aunque para otros lo

más importante era la protección del medio ambiente.

La respuesta oficial a la disidencia era variable. La represión era mayor en Albania y Rumanía; Polonia y sobre todo Hungría, así como Yugoslavia, eran mucho más abiertas. La policía secreta era extraordinariamente activa en la RDA y en Checoslovaquia, y en la URSS el KGB dedicaba mucha energía a perseguir un movimiento disidente minúsculo pero cada vez más audible. La farsa judicial en la que se condenó a trabajos forzados a los escritores Siniavs-ki y Daniel en 1966 puso fin al deshielo de Jruschov, y posteriormente otros intelectuales fueron detenidos o deportados; pero en el partido pocos pretendían volver a los días de Stalin. En parte se trataba de una opción pragmática: las purgas podían salirse de madre y amenazar a los propios dirigentes, además de perjudicar las relaciones con Occidente. Por eso el KGB trataba de atenerse a la «legalidad socialista» y seguir alguna forma de proceso legal, lo que también podía ser embarazoso e impredecible; normalmente se prefería recurrir a los «consejos» o «trabajos explicativos», tal como decía la jerga oficial. Si el disidente ignoraba el «consejo» podía ser expulsado de la URSS, como ocurrió en el caso del escritor nacionalista conservador Aleksandr Solzhenitsyn, deportado en 1974 a Alemania, o en el del físico Andrei Sakharov, defensor de los derechos civiles, enviado a un exilio interno en la ciudad de Gorki (ahora de nuevo Nizhny Nóvgorod). Otra solución aplicada de vez en cuando era recurrir a un psiquiatra que diagnosticara una «esquizofrenia lentamente progresiva», enfermedad conocida únicamente en el bloque soviético entre cuyos síntomas estaban las «ilusiones reformistas». El disidente era entonces enviado a un «hospital psiquiátrico especial» y sometido a dolorosos «tratamientos»

punitivos.[19]

La policía secreta de la RDA, la temida «Stasi» (*Staatssicherheitsdienst*, Servicio de Seguridad del Estado), era quizá la mayor y mejor organizada de todo el bloque. Era una organización —proporcionalmente mucho más amplia que el KGB—, que contaba con 91.000 personas para controlar a una población de 16,4 millones de habitantes (la Gestapo sólo tenía unos 7.000, cuando en su época la población de toda Alemania era de 66 millones). Además, la Stasi renovaba continuamente su red de informantes, especialmente infiltrados en los grupos disidentes; en los dieciséis años de la era Honecker, unas 500.000 personas informaron sobre sus vecinos, colegas y parientes en algún momento de su vida.[20] Los motivos para informar a la Stasi eran variados; para algunos se debía a la coerción (aunque, según las cifras de la propia Stasi, ésos sólo constituían una pequeña minoría del 7,7 por 100); otros recibían recompensas; muchos querían simplemente complacer a las autoridades, o esperaban algún tipo de promoción en su carrera. Pero a los funcionarios de la Stasi se les instruía para emplear, en la medida en que fuera posible, argumentos ideológicamente correctos con los que suscitar la cooperación de los informantes y en muchas ocasiones esto daba buen resultado.[21] A un informante, «Rolf» —un idealista que apoyaba la existencia de la RDA pero no estaba contento con la política oficial hacia el medio ambiente— le dijo la Stasi que si les ayudaba estaría contribuyendo a la paz mundial combatiendo el espionaje. También le prometieron que atenderían cualquier queja sobre el medio ambiente que pudiera hacer. Tal como recordaba:

> Por aquella época solía leer el *Weltbühne* [«Escena mundial»] y una vez leí allí un artículo que decía —por raro que pueda sonar ahora— que en aquel momento era importante hacer algo más que llevar tu vida cotidiana, que debías hacer algo más que levantarte e ir al trabajo si querías asegurar la paz…
>
> En una palabra, se aprovechaban de mi —¿cómo decirlo?—, mi deseo de paz, quizá suene un poco melodramático, mi preocupación por el mundo, y decían: «Puedes ayudarnos a combatir esto juntos». Sí, y entonces yo me dije: «No tengo nada contra esto».[22]

Una vez que «Rolf» se dio cuenta de que lo estaban manipulando rompió todo contacto con la Stasi, pero eso no era lo habitual. Lo más corriente era que la propia Stasi abandonara a sus informantes porque no le proporcionaban ninguna información útil.

El efecto de tales informes era con frecuencia devastador. La vida y la carrera de muchos quedaba arruinada; a veces la persecución llevaba incluso a la muerte. Pero la mayor víctima era la confianza mutua. Como explicaba alguien que había formado parte de los círculos disidentes: «Aquellos chivatos determinaron mi vida, cambiaron mi vida durante aquellos diez años de una forma u otra, porque nos envenenaron con la desconfianza. Me hacían daño simplemente porque sospechaba que entre mis vecinos o colegas podía haber informadores».[23] Cuando se abrieron los archivos a partir de 1992, muchos descubrieron que sus amigos o incluso sus cónyuges les habían estado espiando durante años.

A excepción de Polonia, el enorme gasto y esfuerzo dedicado a la investigación de las vidas privadas de los ciudadanos en gran parte del bloque soviético parece exagerado, ya que el número de disidentes era minúsculo y lo mismo se puede decir de su influencia sobre el conjunto de la sociedad;[24] pero si bien la población en general, en la mayoría de los países, no estaba

dispuesta a enfrentarse al sistema e incluso apoyaba muchos de sus aspectos, en la sociedad estaban surgiendo grandes diferencias, no entre rojos y blancos sino entre trabajadores de cuello blanco y de cuello azul. Una comparación entre la opinión de los exiliados soviéticos de la época de Stalin y los de las décadas de 1970 y 1980, muestra que aunque tanto unos como otros estaban mayoritariamente a favor de la industrialización, de una economía mixta del estilo de la NEP, de una amplia cobertura social y de menos represión y controles políticos, también había notables diferencias. En la época de Stalin los jóvenes y personas más instruidas eran más partidarios en general que los obreros y campesinos del control estatal y el bienestar social; durante las décadas de 1970 y 1980 era justo al revés. Además, las divisiones entre los que habían pasado por la universidad u otro tipo de enseñanza superior y los que no, se traducían en diferencias ideológicas coherentes entre los más individualistas y los más colectivistas. Durante la época de Stalin los obreros y campesinos eran económicamente *menos* estatalistas que los instruidos, pero la gente de todos los grupos sociales estaba más o menos igualmente distribuida con respecto al control de la prensa y la libertad de expresión. Durante la época de Briezhniev y Gorbachov, en cambio, los jóvenes instruidos eran más liberales que los menos instruidos, no sólo económicamente sino también políticamente. Así, por ejemplo, en la época de Stalin el 55,1 por 100 de los que tenían educación superior apoyaba el estricto control existente sobre la prensa, frente al 47 por 100 de los que sólo tenían educación secundaria; durante la época de Gorbachov, en cambio, el 55,7 por 100 de los primeros consideraba adecuado prohibir ciertos libros, frente a un abrumador 86,8 por 100 de los segundos.[25]

Las encuestas realizadas en Hungría en 1983-1984 muestran una división ideológica parecida basada en la formación. Los sociólogos comprobaron que el 49 por 100 de los que tenían educación superior estaba a favor de un «socialismo democrático» liberalizador, frente a sólo el 4 por 100 de los que no habían pasado de la enseñanza secundaria. La gran mayoría de estos últimos apoyaba también otras posiciones ideológicas fundamentalmente antirreformistas.[26]

La creciente diferencia entre la gente con títulos universitarios y los ciudadanos menos instruidos y el distanciamiento del régimen de los primeros no eran muy sorprendentes, dado el estilo de paternalismo socialista que había prevalecido desde la década de 1960. Desde la muerte de Stalin el partido había respondido al descontento de obreros y campesinos mejorando su nivel de vida, y eso había tendido a socavar la posición privilegiada de la que disfrutaban con Stalin los más instruidos.

Al mismo tiempo, el paternalismo había socavado el prestigio del partido entre los intelectuales y profesionales. En todo el bloque soviético los jefes del partido a todos los niveles eran todavía en su mayoría gente con más habilidad política que técnica, como los funcionarios de Budapest a los que habían entrevistado Horváth y Szakolczai en 1988.[27] También tenían en general menos formación que los directivos de las empresas; y cuando la economía comenzó a experimentar dificultades, los profesionales más instruidos denunciaban el amateurismo de los políticos y les molestaba tener que obedecer a gente menos formada que ellos mismos. Aun así, los vínculos entre los intelectuales y los partidos comunistas seguía en pie, especialmente en la cumbre, y a través de esos canales

penetraban en la estructura de poder las ideas reformistas liberales. Puede que los intelectuales y profesionales se hubieran desilusionado del comunismo, pero el fin de éste no iba a llegar mediante una revolución de amplia base de la clase media; fue un asunto mucho más elitista. Para entender las razones del final del comunismo soviético tenemos que atender al propio partido.

IV

Cuando en 1986 el filósofo y «blanco» encubierto Aleksandr Tsipko visitó por primera vez el edificio del Comité Central del PCUS en la *Staraia Ploschad'* («plaza Antigua») de Moscú como asesor en Asuntos Exteriores recientemente nombrado, le sorprendió descubrir un ambiente muy anticomunista en el propio corazón del Partido Comunista:

> Los periodistas franceses que escribían al comienzo de la *perestroika* que el nido de la contrarrevolución en la URSS era el propio cuartel general del comunismo, el Comité Central del PCUS, tenían razón. Yo, que trabajaba en aquella época como asesor del departamento internacional del Comité Central del PCUS, descubrí para mi sorpresa que la opinión prevaleciente entre los grandes jerarcas de aquella organización no difería en absoluto de la que uno podía percibir en la Academia de Ciencias o en los institutos de humanidades … Estaba claro que sólo un gran hipócrita podía creer en la supremacía del socialismo sobre el capitalismo. También estaba claro que el experimento socialista había fracasado.[28]

Tsipko, antiguo marxista, observaba cuánto habían cambiado las cosas desde los años previos a la Primavera de Praga, cuando trabajaba en el Comité Central de la Komsomol. Entonces reinaba el optimismo sobre el futuro y la mayoría de sus colegas eran nacionalistas y comunistas convencidos, o

«eslavófilos rojos», como él prefería llamarlos.[29] Durante la década de 1970, en cambio, la opinión general de los intelectuales se había hecho mucho más liberal y prooccidental y muchos habían evolucionado hacia la socialdemocracia. Aquellas ideas habían afectado también a los intelectuales que trabajaban en el cuartel general del partido, y de hecho en todo el bloque (y también en China) los «intelectuales del partido» estaban a menudo en primera línea del pensamiento reformista. Formaban parte de la intelectualidad genérica y compartían sus valores más liberales, pero también tenían relaciones mucho más estrechas con los extranjeros que la mayoría de la gente, especialmente en la URSS. Tenían una perspectiva cosmopolita y eran por tanto mucho más sensibles que la mayoría a la visión de la URSS desde fuera; y un grupo que iba a ejercer una influencia creciente era el de los que trabajaban en los departamentos del Comité Central relacionados con el extranjero, algo así como los sucesores de la Comintern. Gente como Gueorgui Shajnazarov y Vadim Zagladin —ambos futuros consejeros de Gorbachov— percibían que la URSS estaba perdiendo su preeminencia moral en el mundo.[30] Trataban de mejorar el estatus internacional de la URSS, pero creían que eso sólo se podía lograr si cambiaba y se convertía en líder de un movimiento comunista más abierto y progresista. Al concentrarse excesivamente en el poder militar, la URSS estaba perdiendo su prestigio incluso entre los partidos comunistas occidentales. Aquellos reformadores, que al principio apoyaban de corazón el intervencionismo soviético en África, se desilusionaron al constatar la militarización del apoyo soviético a los regímenes revolucionarios del Tercer Mundo. Veían al achacoso Briezhniev como la generación anterior había visto al

vetusto Stalin: como una figura reaccionaría que había alejado a la URSS de la causa del «progreso».

Un buen ejemplo de este tipo de intelectual del partido era el futuro ideólogo jefe de Mijail Gorbachov, Aleksandr Iakovlev. Nacido en 1923 en una familia campesina, había estudiado en las instituciones académicas del partido, había ido ascendiendo en él y en abril de 1960 había entrado a formar parte del Departamento de Propaganda del Comité Central, del que se convirtió en director adjunto en 1965. Pero en 1972 publicó en la *Literaturnaia Gazeta* un artículo en el que criticaba todo tipo de nacionalismo, incluido el «chovinismo de gran potencia» ruso y el antisemitismo. A Briezhniev, como cabía esperar, le sentó mal, y lo envió a Ottawa como embajador en Canadá.

Aquella aparente desgracia, sin embargo, se convirtió de hecho en un gran éxito. En 1983, cuando Mijail Gorbachov —quien llevaba sólo tres años como miembro de pleno derecho del Politburó— visitó Canadá, fue Iakovlev quien se encargó de organizar el viaje. Se cayeron bien y cuando Gorbachov se quejó del *zastoi* («estancamiento») que reinaba en la URSS, Iakovlev le explicó «lo primitiva y vergonzosa que parecía la política soviética desde allí, desde el otro lado del planeta».[31] Cuando Gorbachov llegó al poder dos años después, Iakovlev se iba a convertir en uno de sus principales mentores. Aquella reunión en Canadá marcó el comienzo de una alianza entre los intelectuales liberales del partido y los reformadores marxistas que iba a acabar destruyendo el comunismo soviético.

En último término, pues, fue aquella pequeña alianza de «vanguardia» entre políticos e intelectuales del Partido Comunista la que dirigió la revolución contra el comunismo del mismo modo que pequeños grupos de intelectuales

revolucionarios habían llevado el comunismo al poder. Pero ni unos ni otros operaban en el vacío. A principios de la década de 1980 el futuro del comunismo en el bloque soviético parecía cada vez más sombrío. La mayoría de los países de Europa oriental podían parecer estables —y como hemos visto, el apoyo social al paternalismo socialista de aquellos regímenes era todavía mayoritario—, pero había en ellos serias fisuras, especialmente en Polonia (por no hablar de los países sovietizados del Tercer Mundo). Y cuando desde finales de la década de 1970 la situación económica internacional se agravó y Occidente comenzó a contraatacar, el bloque como tal era extremadamente vulnerable. En aquellas condiciones, una dirección fundamentalmente conservadora estaba dispuesta a prestar oído a los reformistas.

V

En 1980, cuando el Partido Obrero Unificado Polaco (PZPR) quedó paralizado ante el asalto del sindicato independiente *Solidarność*, el director de cine Andrzej Wajda rodó una crónica estremecedora de aquel levantamiento, *Człowiek z żelaza* («El hombre de hierro»). Aunque utilizó escenas documentales rodadas *in situ*, era también una película convencional centrada en la relación entre el viejo obrero Mateusz Birkut y su hijo Maciej, que lleva el apellido de su madre, Tomczyk. Birkut es un obrero polaco con conciencia de clase, desilusionado del partido pero que simpatiza poco con la rebelión estudiantil de 1968 y la participación de Maciej en ella. Esa desconfianza de

los obreros hacia los estudiantes tiene su reflejo especular en 1970, cuando los estudiantes se niegan a apoyar la huelga en los astilleros del Báltico. Cuando Mateusz resulta muerto por un disparo de la policía, Maciej cobra conciencia de la necesidad de una alianza entre obreros e intelectuales y se convierte en activista en Gdańsk. Tras muchos esfuerzos, ese objetivo se consigue durante las huelgas de *Solidarność* en 1980, con la ayuda de la Iglesia Católica: Maciej planta una cruz allí donde cayó su padre y se casa en una iglesia; el padrino de boda que le entrega a su mujer es el bigotudo electricista líder de *Solidarność* Lech Wałesa (representado por él mismo).

La película de Wajda reflejaba la importancia crucial de las relaciones entre los trabajadores de cuello blanco y los de cuello azul. Las divisiones entre unos y otros eran uno de los principales pilares de la estabilidad de los regímenes comunistas: la sociedad estaba demasiado dividida para desafiar realmente el *statu quo*. Muchos obreros polacos, como en otros países del bloque soviético, compartían en general los valores socialistas y se beneficiaban de la mejora del nivel de vida, un tema explorado en la película anterior de Wajda *Człowiek z marmuru* («El hombre de mármol»). Pero en Polonia la estrategia paternalista de los comunistas no consiguió obtener la estabilidad que pretendía, en gran medida porque el nacionalismo antirruso y el extraordinario poder de la Iglesia Católica contribuyeron a reconciliar a los trabajadores de cuello azul con los de cuello blanco.

Polonia había sido, evidentemente, el talón de Aquiles del bloque durante décadas, y el repliegue del partido polaco tras la crisis de 1956 —sobre las cuestiones de la colectivización agraria, la religión y el sector privado— fue más acentuado que

en otros países. Aun así, tras un período de paz relativa, el conflicto entre el partido y sectores sociales descontentos se reanudó después de 1968. Aquel año la represión de la disidencia estudiantil ordenada por el gobierno de Józef Cyrankiewicz con el respaldo de Gomułka disgustó a los intelectuales y en 1970 fueron los obreros los perjudicados por la subida de precios los que iniciaron una oleada de huelgas, en particular en los astilleros del Báltico. Aquellas huelgas fueron aplastadas violentamente por la policía, pero Gomułka, que había sobrevivido a tantas vicisitudes, se vio obligado a dimitir. Fue sustituido al frente del PZPR por Edward Gierek, de origen obrero, quien quiso acabar con el descontento obrero con uno de los programas más caros de paternalismo socialista de todo el bloque, financiado con créditos occidentales. Aquella estrategia funcionó durante un tiempo. El nivel de vida aumentó un 40 por 100 y también aumentó en consonancia la estima pública hacia los jefes del partido: en 1975, cuando se preguntaba a la gente si tenía confianza en sus dirigentes nacionales, el 84,8 por 100 respondía «sí» o «bastante».[32] Pero en ausencia de una sustancial reestructuración económica, las enormes inversiones industriales no proporcionaron el rendimiento esperado y la dirección se vio obligada a realizar enormes recortes en la inversión y las subvenciones a los alimentos. El subsiguiente aumento del 60 por 100 en el precio de los alimentos en 1976 mostró lo superficial y condicional que era el apoyo al régimen. Comenzaron de nuevo a multiplicarse las huelgas obreras y las manifestaciones violentas, y otra vez fueron duramente reprimidas. Pero esta vez el uso de la represión perjudicó más al régimen. Pese a la apreciación de *El hombre de hierro*, fue más bien en 1976, y no en 1970, cuando se produjo la alianza entre

obreros e intelectuales; aquel año un grupo de trece intelectuales fundaron el *Komitet Obrony Robotników* («Comité para la Defensa de los Trabajadores, KOR») a fin de proporcionar ayuda legal y de otro tipo a los huelguistas, ofreciendo así además un modelo para muchos otros grupos de oposición de toda Polonia. En 1980 los polacos contaban con una vasta red de grupos de oposición democrática.

Para aquella alianza fue decisiva la actuación de la Iglesia Católica, que hacía a Polonia muy diferente. En el resto del bloque los trabajadores de cuello azul y de cuello blanco tenían opiniones políticas muy divergentes: los obreros eran mucho más favorables a la igualdad que los técnicos y profesionales, y muchos de los disidentes intelectuales, con formación marxista, desconfiaban de las iglesias.[33] En Polonia, en cambio, la Iglesia Católica se situó con éxito a la cabeza del renacimiento nacionalista anticomunista. Su campaña durante nueve años para celebrar la «Gran Novena del Milenio», en conmemoración de la llegada del cristianismo a Polonia, dio lugar a la movilización de enormes multitudes tras la *Czarna Madonna* («Virgen Negra») de Częstochowa y el águila coronada polaca. Así pues, a mediados de la década de 1970, los intelectuales disidentes comenzaban a acercarse a la iglesia (tras las reformas del Concilio Vaticano II). Cuando en 1978 la elección como papa del arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła —que en su juventud había trabajado en una fábrica como obrero—, le dio a la Iglesia Católica mayores credenciales nacionalistas, el PZPR tuvo que afrontar un amplio movimiento social unido por una ideología alternativa coherente y una organización muy eficaz de alcance internacional.[34] El disidente Adam Michnik y el periodista Jacek Žakowski recordaban la influencia de ese

nacionalismo religioso entre los trabajadores:

> El 16 de octubre de 1978 iba yo en un taxi cuando de pronto se interrumpió el programa que transmitían por la radio. El locutor, con voz seca y nerviosa, leyó el comunicado de prensa oficial que decía que el cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła, había sido elegido papa. El conductor del taxi lo aparcó a un lado. No podía llevarme más allá porque las manos le temblaban de emoción … En el Rynek Główny [«Mercado Central»] de Cracovia, Piotr Skrzynecki [un conocido director de cine y de teatro] gritó: «¡Por fin un obrero polaco sirve para algo!».[35]

Como dejaba claro el comentario de Skrzynecki, los intelectuales y los obreros polacos se sentían ahora unidos por la Iglesia Católica, y el régimen tuvo que afrontar un gran desafío a su autoridad. Aun así, los apuros del PZPR sólo eran un caso extremo de los zarandeos que sacudían todos los estados del bloque soviético desde mediados de la década de 1970. Todos ellos, excepto la propia URSS, habían aprovechado la apertura a Occidente para solicitar créditos a los bancos occidentales, y todos ellos iban comprobando que la producción de sus ineficientes industrias no bastaba para pagar aquellas deudas a pesar de haber aumentado sus exportaciones.

En realidad estaban sufriendo, quizá más agudamente, una situación que afectaba a todo el mundo industrializado. El exceso global de productos de la industria pesada, las nuevas tecnologías de la información y la gran subida del precio del petróleo exigían cambios radicales en un proyecto económico elaborado durante las décadas de 1940 y 1950. Al mismo tiempo había aumentado el poder de las organizaciones obreras gracias al alto nivel de empleo y como consecuencia de las revueltas de 1988. El salario real medio aumentó mientras que la productividad y la rentabilidad caían, por lo que los empresarios, al disminuir sus expectativas de ganancia, se

retraían a la hora de invertir. Las cotizaciones bursátiles, síntoma del nivel de optimismo de la economía, cayeron en dos tercios entre principios de los años sesenta y mediados de los setenta. [36] Era evidente que el mundo industrializado necesitaba un nuevo modelo económico, capaz de dirigir la inversión hacia áreas de alta tecnología más rentables.

A los regímenes comunistas les resultaba particularmente difícil afrontar esos desafíos, porque pese a su imagen de poder y unidad monolítica eran políticamente débiles. Estaban presos de los poderosos intereses de la industria pesada y de defensa y no se podían arriesgar a un nuevo conflicto social con los trabajadores. Pero también al oeste del telón de acero a los gobiernos, especialmente a los de izquierda, les resultaba difícil promover reformas que pudieran irritar a los trabajadores. Entretanto, el empresariado y la derecha conservadora se movilizaban para reducir el poder sindical en cada país, coincidiendo con el gigantesco programa de rearme estadounidense; y aquella contrarrevolución no era sólo militar sino también ideológica. Del mismo modo que Kennedy había tratado de competir con la URSS insistiendo en un nuevo modelo capitalista para el desarrollo del Tercer Mundo, el gobierno de Reagan adoptó parte del optimismo revolucionario del comunismo tercermundista durante los años setenta, en interés del liberalismo de derechas. Tras una época de *realpolitik* de las superpotencias, las ideas volvían a ocupar el centro de la escena.

VI

En 1940, cuando toda la izquierda debatía con vehemencia las razones y consecuencias del pacto nazi-soviético, un joven a punto de graduarse en el City College de Nueva York nacido en Brooklyn, Irving Kristol, solía pasar horas en la cafetería devorando los últimos números de las revistas trotskizantes *Partisan Review* y *New Internationalist*, en la que escribía entre otros un marxista nacido en Trinidad recién llegado a Estados Unidos, C. L. R. James;* los estalinistas del City College solían sentarse alrededor de una mesa próxima. Como muchos intelectuales neoyorquinos, uno y otros estaban inmersos en las luchas ideológicas europeas y así siguieron durante mucho tiempo.[37] Pero Kristol cambió de bando muy pronto, y a finales de los años setenta era uno de los principales intelectuales «neoconservadores», muchos de ellos procedentes de la izquierda marxista, que afilaban los cuchillos intelectuales para una contrarrevolución contra el igualitarismo socialista y tercermundista.

¿Eran aquellos neoconservadores la venganza materializada de Trotski contra la URSS? Puede parecer una exageración buscar raíces marxistas en el neoconservadurismo, pero una proporción sorprendente de los autores que publicaban en *The Public Interest*, la revista neoconservadora fundada por Kristol y su amigo Daniel Bell en 1965, habían estado en algún momento cerca del trotskismo. Ahora aplaudían con fervor el capitalismo, habiéndose convertido en una variedad más del nacionalismo estadounidense (aunque pretendían promover valores estadounidenses «universales» y no chovinistas). En cualquier caso, compartían algunas actitudes trotskistas: el internacionalismo, la fe en la lucha, la idea utópica de una

sociedad pura al «final de la historia», el odio a la *realpolitik* estalinista, y lo más importante, la confianza romántica en el poder de las ideas y la moralidad para cambiar el mundo. Las revistas trotskistas que Kristol leía tan ávidamente a principios de la década de 1940 condenaban el estalinismo desde una perspectiva romántica —por ignorar el papel de las masas y su entusiasmo en el socialismo—, y los neoconservadores, de forma parecida, creían en el poder de la entrega ideológica; pero allí donde los trotskistas esperaban movilizar al proletariado con ideas colectivistas, los neoconservadores trataban de ganarse a la opinión pública con una mezcla de moralidad burguesa y ardoroso patriotismo. Aunque, al igual que la vieja izquierda marxista, los neoconservadores mantenían vínculos con las organizaciones obreras, les había encolerizado la ofensiva de los estudiantes contra las autoridades académicas en 1968 y les indignaba el apoyo de la Nueva Izquierda a los guerrilleros comunistas en Vietnam.

Kristol y su grupo eran, por tanto, el equivalente capitalista a los marxistas románticos en cuanto a su exigencia de un rearme moral y de una movilización contra la amenaza comunista. Pero del mismo modo que el comunismo era más eficaz cuando combinaba el romanticismo del joven Marx con el tecnocratismo del Marx maduro, la contrarrevolución capitalista precisaba bases racionales y no sólo morales, y las halló en el «neoliberalismo» promovido muy eficazmente por otro vecino de Brooklyn, ocho años mayor que Kristol, el economista Milton Friedman. Éste, antiguo partidario del New Deal, era un ferviente adversario de la economía mixta fomentada tras la segunda guerra mundial. Popularizó una visión elegante y coherente de la economía basada en el *laissez-faire* propuesta por

gente como su colega de Chicago el profesor Friedrich Hayek: los estados, insistía Friedman, eran depredadores, corruptos e ineficientes y asfixiaban el crecimiento y la creatividad. Había que destruir su poder y permitir que prosperaran las fuerzas naturales del mercado. Aquella ideología también era muy tecnocrática: Friedman incluso argumentaba que la política monetaria —y con ella toda la política económica— podía quedar a cargo de un ordenador, que libre de la presión política podía acabar con la inflación; pero también era un revolucionario. Como recordaba uno de sus alumnos: «Lo que era particularmente excitante en él eran las mismas cualidades que hacían el marxismo tan atractivo para muchos otros jóvenes de la época: la simplicidad junto con la aparente coherencia lógica; el idealismo combinado con el radicalismo».[38]

Los dos colegas de Brooklyn no se conocían apenas, y de hecho había importantes diferencias intelectuales entre ellos. Aunque ambos eran visionarios y confiaban en un vigoroso ataque contra el comunismo, los neoconservadores de Kristol ofrecían una perspectiva más militarista, moralista y apocalíptica y veían con mejores ojos el papel del estado y las organizaciones obreras que los neoliberales. Sin embargo, tras la conmoción de 1968 se unieron en la lucha contra el comunismo, convencidos, como los viejos leninistas, de que era preciso que una vanguardia de intelectuales asaltara el viejo estado corrupto y lo sustituyera por algo nuevo. Los neoliberales y los neoconservadores se unieron con un programa de liberalismo revolucionario que utilizaba los métodos militantes y movilizadores de los marxistas-leninistas para combatirlos, y encontraron su adalid en otro antiguo partidario del New Deal y ahora ardiente anticomunista, Ronald Reagan.

La prolongada erosión del poder estadounidense y la evidencia de los éxitos revolucionarios en el Tercer Mundo reforzaron la credibilidad de los neoconservadores. Estaban convencidos de que el presidente Carter, al obligar a los gendarmes de Estados Unidos a respetar los derechos humanos, los había debilitado, y con ellos al propio poder estadounidense. La profesora neoconservadora Jean Kirkpatrick (más tarde embajadora estadounidense en las Naciones Unidas) presentó en 1979 uno de los argumentos más influyentes para la militancia anticomunista estableciendo una neta distinción entre el «totalitarismo» y el «autoritarismo», ya que, según ella, a diferencia de los regímenes «autoritarios», que evolucionarían hacia la democracia liberal a medida que se fueran modernizando, los «totalitarios» nunca lo harían. Por eso, si Estados Unidos quería promover la democracia, tenía que apoyar a los dictadores autoritarios frente a los comunistas totalitarios, por antipáticos que fueran aquéllos.[39]

1979 fue un año clave, que marcó un punto de inflexión decisivo. La política estadounidense se vio sacudida por una serie de desastres: la revolución sandinista, el derrocamiento del Shah en Irán por los islamistas y la invasión soviética de Afganistán. Todos ellos parecían apoyar el análisis neoconservador de la agresividad soviética y al año siguiente los estadounidenses respondieron votando abrumadora por una contraofensiva, al elegir en noviembre a Ronald Reagan como presidente.

Pero la crisis del sistema económico regido por Estados Unidos era más urgente y requería una respuesta inmediata. Los esfuerzos de Washington por mantener el gasto en defensa y bienestar imprimiendo papel moneda tuvieron éxito durante

algún tiempo, pero los golpes al prestigio estadounidense en Irán y Afganistán y la subsiguiente «segunda» crisis del petróleo fueron la gota que desbordó el vaso y muchos inversores abandonaron precipitadamente el dólar, que comenzó a perder sus estatus privilegiado como divisa mundial. El 14 de octubre de 1979 el presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, puso en vigor las medidas anti-inflacionistas propuestas por Friedman y decidió dar a los financieros lo que querían: una gran subida de los tipos de interés y un reforzamiento del dólar.* Al mismo tiempo la llamada «revolución económica por el lado de la oferta» aumentó la rentabilidad del capital al reducir los impuestos a las empresas y las ayudas al bienestar, al tiempo que aumentaba el desempleo y se debilitaba el movimiento obrero organizado.[40] Pero en general, aquello supuso el final del orden económico establecido en Bretton Woods en 1944. La derrota en Vietnam había mostrado a Washington que no podía mantener su hegemonía global haciendo pagar a sus ciudadanos más impuestos y reclutándolos para el ejército, pero hasta 1979 no encontró, casi accidentalmente, una alternativa viable. La financiarización del capital se iba a convertir en el nuevo motor del poderío estadounidense, y fue aquella alianza entre Estados Unidos y las finanzas globales la que le dio la capacidad de emprender un nuevo asalto contra el comunismo en lo que se ha llamado «segunda guerra fría», consolidando una nueva constelación de fuerzas que iba a regir el mundo durante casi tres décadas, hasta que se produjo la espectacular implosión de septiembre de 2008.

Así pues, la lucha final de Estados Unidos contra el comunismo fue financiada en gran medida con créditos extranjeros, principalmente japoneses.[41] Washington pudo así

volver a imponer su supremacía global sin exigir sacrificios a su población. Sin embargo, su primer objetivo —el rearme— tuvo menos efectos sobre el poder estadounidense que sus consecuencias imprevistas. Para financiar su enorme gasto, Estados Unidos utilizó altos tipos de interés con los que atraer una buena proporción del capital mundial, lo que a su vez provocó una catástrofe financiera en el Segundo y el Tercer Mundo: los 46.800 millones de dólares de déficit de los países industrializados del G-7 en la década de 1970 se convirtieron en un superávit de 347.000 millones de dólares en la de 1980.[42] La consiguiente escasez de capital golpeó duramente a los países más endeudados, especialmente a los del bloque soviético.

No todos los países comunistas se vieron igualmente afectados: China y otros países de Asia oriental tenían pocas deudas y se beneficiaron de un nuevo régimen comercial más liberal. Pudieron exportar productos industriales baratos a Estados Unidos y desde principios del nuevo milenio China iba a ocupar el lugar de Japón como principal fuente de capital para Estados Unidos; pero los satélites de la Unión Soviética en Europa oriental y sus aliados en el sur tuvieron menos suerte. No había demanda para sus productos industriales y además eran los países más endeudados. En 1979 el servicio de la deuda polaco llegaba al 92 por 100, y el de la RDA, del 54 por 100 —frente al 55 por 100 de México y el 31 por 100 de Brasil—, era mucho más alto que la tasa establecida como prudente del 25 por 100.[43] Ahora tenían que afrontar unos paralizantes tipos de interés y la retirada de préstamos. Como había anticipado Stalin cuando rechazó la ayuda del Plan Marshall, sucumbir al señuelo del crédito occidental era muy peligroso. Los comunistas del este de Europa iban a maldecir el día en que

aceptaron los créditos occidentales.

Polonia y Rumanía tuvieron que suspender pagos, y sufrieron la humillación de tener que pedir a sus acreedores capitalistas una renegociación de su deuda; los problemas de Hungría y la RDA no eran tan graves y sobrevivieron con una financiación temporal. Pero todos tuvieron que reducir el nivel de vida, en particular el de la clase obrera industrial, algo que resultó muy doloroso. Los estados comunistas eran débiles y tenían escasa legitimación. La crisis de la deuda los iba a corroer aún más.

Como cabía prever, el estalinismo no reformado era el más capacitado para imponer la austeridad. Cuando Rumanía suspendió el pago de su deuda en 1981 y se vio obligada a pedir una renegociación, se impuso el racionamiento del pan; sólo se disponía de energía de forma intermitente y se prohibió el uso de frigoríficos y aspiradoras. Se intensificó el trabajo y se extendió a los domingos y días de fiesta. Cuando comenzó a escasear la gasolina, aquel gobierno, supuesto heraldo de la modernidad, se vio obligado a proponer un regreso al transporte en coches y carros tirados por caballos. La Securitate, que disponía como la Stasi de una red de informantes para mantener la disciplina, se entrometió aún más en la vida privada, incluidas las inspecciones obligatorias de las mujeres para impedir los abortos y poner freno a la caída de la tasa de nacimientos.

En Yugoslavia, más liberal y descentralizada, el programa de austeridad de las autoridades federales no hizo más que acelerar la desintegración política. Como el estado estaba muy endeudado, se vio obligado en 1982 a solicitar humildemente un crédito al FMI, que le impuso estrictas condiciones; si antes había favorecido la descentralización, ahora declaraba,

comprensiblemente, que para que funcionaran las medidas de austeridad había que privar a las repúblicas de sus poderes autónomos para endeudarse y crear dinero. Las repúblicas más ricas —especialmente Eslovenia y Croacia— pusieron objeciones y las luchas entre ellas y sus vecinas más pobres se prolongaron durante toda la década de 1980, creando las condiciones para la apocalíptica desintegración de la década siguiente.[44] Los dirigentes comunistas actuaban cada vez más como jefes de sus repúblicas y no como políticos de toda Yugoslavia, y los nacionalismos locales sustituyeron al yugoslavismo marxista. La muerte de Tito en 1980 había aflojado los lazos que mantenían unido el país, pero las consecuencias de la deuda exterior y la intervención del FMI hicieron el resto y acabaron de desintegrar la República Federal Yugoslava.

En Polonia la crisis de la deuda trajo consigo un colapso casi total del gobierno comunista. Cuando en 1980 éste se vio obligado a imponer medidas de austeridad y a reducir la venta de productos cárnicos, se multiplicaron las huelgas. La de los Astilleros Lenin en el puerto báltico de Gdańsk fue una de las mejor organizadas y los obreros pronto pasaron de las reivindicaciones económicas a las políticas. Erigieron una cruz de madera a las puertas del astillero en memoria de los cuatro obreros asesinados en 1970 y organizaron un movimiento más amplio, el sindicato *Solidarność* («Solidaridad»). Las huelgas, a las que se unió gente de todo el espectro social, paralizaron la economía y el gobierno no tuvo otra opción que firmar en agosto un acuerdo en el que se reconocía a *Solidarność* como sindicato legal, libre del control del partido. Por primera vez desde el final de los frentes populares de los años cuarenta una

organización no comunista tenía un poder real en Polonia. Durante los siguientes dieciséis meses *Solidarność* y el PZPR, dirigido desde septiembre por el antiguo partisano Stanisław Kania, mantuvieron un tenso equilibrio.

Pero aquello no podía durar eternamente. La actitud de *Solidarność* era cada vez más beligerante y una huelga planeada para diciembre de 1981 despertó el miedo soviético a la sublevación. El Kremlin ejerció presión sobre Kania, pero éste —de quien se dice que simpatizaba con *Solidarność*—,[45] no quiso asumir la responsabilidad de una represión necesariamente generalizada y optó por dimitir. El general Wojciech Jaruzelski, ministro de Defensa desde 1969 y primer ministro desde febrero, se convirtió el 18 de octubre de 1981 en el nuevo secretario general del PZPR y el 13 de diciembre declaró la ley marcial e impuso un gobierno militar, plegándose al *diktat* de Moscú.

El golpe de Jaruzelski y su Consejo Militar de Salvación Nacional (*Wojskowa Rada Ocalenia Narodowego*; el acrónimo WRONA, que significa «cuervo» en polaco, no podía dejar de suscitar infinitos sarcasmos) trajo consigo la muerte de un centenar de personas y la detención de miles de activistas de *Solidarność*. Aunque se restauró la estabilidad, la imposición de la ley marcial, como había predicho Jaruzelski, acabó con cualquier legitimidad que el régimen poseyera todavía; el general Jaruzelski, con sus gafas oscuras, parecía más una versión austera de un dictador latinoamericano que un dirigente comunista; ya no gobernaba el PZPR, sino el estado y el ejército.[46] Lo más importante, en cualquier caso, es que aquel acontecimiento parecía dejar claro que el apoyo soviético a los gobiernos de Europa oriental estaba llegando a un límite, y éstos (aunque

quizá no el resto del mundo) tuvieron que darse por enterados de que la doctrina Briezhniev y la promesa de apoyo militar a sus regímenes había muerto.[47] Y aunque la URSS se vio obligada a conceder enormes créditos a Polonia en 1981-1982, la paciencia soviética con sus inestables patrocinados de Europa oriental se estaba acabando, en parte porque su propio superávit había disminuido mucho; aunque el precio del petróleo todavía estaba alto, venía cayendo desde 1981. Como respuesta a las amenazas de los gobernantes de la RDA de que tendrían que pedir prestado más dinero a Occidente a menos que lo recibieran de la URSS, el jefe del Gosplan (Comité de Planificación Estatal), Nikolai Baibakov, les dijo que tendrían que reducir la inversión:

> ¡Tengo que pensar en la República Popular Polaca! Si reduzco el petróleo en Polonia (voy allí la semana que viene), eso sería insoportable para el socialismo … y en Vietnam están pasando hambre. Tenemos que ayudarles. ¿Deberíamos renunciar al sureste de Asia? Angola, Mozambique, Etiopía, Yemen… Les ayudamos a todos ellos. Y nuestro propio nivel de vida es extraordinariamente bajo. Realmente tenemos que mejorarlo.[48]

Los comunistas de Europa oriental no eran los únicos que sufrían las consecuencias del nuevo orden económico internacional. Muchos países del Tercer Mundo, de todas los ideologías, se veían golpeados por el aumento de los tipos de interés y la recesión mundial, al caer los precios de las materias primas y tener que pagar los intereses de la deuda. Pero algunos regímenes comunistas del Tercer Mundo eran especialmente vulnerables, porque eran los más empeñados en una política de desarrollo económico y bienestar. El problema de la deuda les afectaba, por tanto, especialmente a ellos.

La necesidad en que se veían los regímenes comunistas de tratar con el FMI y el Banco Mundial, ahora muy estrictos, exacerbaba la crisis económica y de la deuda. A diferencia de la década de los años setenta, cuando esas instituciones aconsejaban el desarrollo dirigido por el estado, Estados Unidos las empleaba ahora para imponer su visión neoliberal del mundo. En febrero de 1980 Robert McNamara, presidente del Banco Mundial, dio a conocer el programa de «Préstamos de Ajuste Estructural» a largo plazo para los países con problemas económicos. Ese programa, junto con los del FMI, se convirtió en una de las armas más eficaces del neoliberalismo en el Segundo y Tercer Mundo. Bajo el eslogan «estabilizar, privatizar y liberalizar» ahora sólo se prestaba dinero si se reducía la intervención económica del estado, se privatizaba la economía y se dejaban manos libres al mercado.

Los comunistas del Tercer Mundo tenían ahora poderosos incentivos para abandonar su modelo económico; pero la presión que les llegaba del mundo comunista también les influyó, en particular la adopción china del mercado en 1978. La defección del régimen que antes representaba la línea más dura del purismo comunista en el Tercer Mundo, influido por los éxitos de los Tigres Asiáticos, fue un golpe importante para los marxistas-leninistas. El fracaso de la planificación socialista también desempeñó un papel notable. A mediados de los años ochenta varios estados prosoviéticos del Tercer Mundo introdujeron reformas de mercado. En 1984 Guinea-Bissau aceptó las condiciones del FMI, como lo hizo Mozambique en 1987, un año después de la muerte de Samora Machel en un accidente de aviación. Hasta el gobierno angoleño, todavía en guerra civil con los aliados de Estados Unidos y por tanto

excluido de la ayuda del FMI, introdujo reformas de mercado en 1985. A mediados de la década la deuda y la crisis financiera habían debilitado al comunismo y habían tenido un efecto devastador sobre los regímenes procomunistas del sur, aunque no tanto sobre la Unión Soviética y Europa oriental. De hecho, el ala conservadora del PCUS, hostil a la reforma económica, apuntó a la deuda como demostración de los peligros del capitalismo y de la colaboración con Occidente. El resultado de la revolución neoconservadora de Reagan en la política exterior estadounidense fue parecido: sus resultados se dejaron notar sobre todo en el sur y mucho menos en la URSS y Europa oriental.

A mediados de los años ochenta había mucho miedo a la guerra a ambos lados del telón de acero, y en Estados Unidos se estrenaron varias películas y series de televisión muy populares sobre el tema de las invasiones soviéticas. Una de las más exageradas —y violentas— era *Amanecer rojo* (1984),[49] en la que los pérfidos europeos —salvo la leal Albión— se han declarado neutrales traicionando a Washington, un régimen revolucionario controla México y los soviéticos y sus aliados cubanos y nicaragüenses ocupan Alaska y vastas zonas del sur de Estados Unidos. Al igual que los habitantes de Mosinee en 1950, los estadounidenses se ven sometidos a la propaganda soviética y se les alecciona a ir al cine a ver una y otra vez *Aleksandr Nievsky*. Sin embargo, muchos estadounidenses colaboran con los invasores, que van poco a poco afianzando sus posiciones; pero hay algo que los rojos no prevén: «El ejército invasor lo había planeado todo, excepto ocho jóvenes llamados «los glotones» (*wolverines*), casi todos ellos miembros del equipo de fútbol juvenil de Calumet (Colorado), que emprenden una

guerra de guerrillas contra las fuerzas de ocupación en nombre de la libertad y se convierten en una seria amenaza para los soviéticos. Finalmente son derrotados, pero cuando Estados Unidos es finalmente liberado sus nombres quedan inscritos en la «Peña de los Partisanos».

La película fue financiada por el propio Hollywood y no patrocinada por el gobierno, pero captaba la nueva imagen que se hacían de sí mismos los estadounidenses durante la segunda guerra fría. Estados Unidos ya no era el policía el policía global de los tiempos de Nixon que mantenía el orden contra los revolucionarios comunistas mediante una red de gendarmes regionales. Era el héroe abandonado y desvalido que combatía por la libertad como guerrillero contra el monolito totalitario; y aunque el achacoso Reagan difícilmente podía aparecer como un Che Guevara capitalista, estaba decidido a incorporar el idealismo y la militancia, hasta entonces monopolizados por los guerrilleros comunistas, a la causa estadounidense.

Reagan, hijo de un humilde vendedor de zapatos de Illinois, no era un neoconservador convencional. Sus contemporáneos lo encontraban indescriptible y sigue siendo hasta hoy día un enigma. Poseía una disposición idealista y optimista heredada de su madre, cristiana evangélica, que lo hizo muy popular entre los votantes estadounidenses; y sin embargo era también un liberal militante, decidido a hacer frente a los peligros que para el «mundo libre» suponía el «imperio del mal» comunista. Su optimismo básico lo acercaba a los neoliberales: estaba convencido de que el comunismo acabaría siendo derrotado porque era económicamente irracional, y aunque era partidario del desarme nuclear, compartía en gran medida la beligerancia de los neoconservadores, especialmente durante sus primeros

años en la presidencia. Era un anticomunista furibundo y durante su presidencia se produjo el mayor rearme de la historia de Estados Unidos en tiempo de paz: el gasto en defensa absorbió el 30 por 100 del presupuesto federal entre 1980 y 1985. En su gobierno predominaban los halcones neoconservadores como Paul Wolfowitz (aunque también había algunas «palomas»), y su lenguaje con inflexiones marxistas reflejaba especularmente el de los comunistas. Como dijo ante el Parlamento británico en 1982:

> Paradójicamente, parece como si hubiera que dar la razón a Karl Marx. Estamos asistiendo a una gran crisis revolucionaria, una crisis en la que las demandas de orden económico están en conflicto con el orden político. Pero esa crisis está sucediendo en … el hogar del marxismo-leninismo … es la Unión Soviética la que va contra la marea de la historia.[50]

En el Tercer Mundo también había razones prácticas muy serias para la adopción por Reagan de un idealismo contrarrevolucionario. Los gendarmes de Nixon no habían conseguido frenar la oleada de éxitos comunistas, como tampoco lo habían hecho los esfuerzos de Jimmy Carter de obligarles a respetar los derechos humanos. Reagan estaba decidido a utilizar la fuerza militar para aplastar el comunismo, especialmente en Centroamérica. Se negó a aceptar que el comunismo fuera una respuesta a las injusticias locales; los guerrilleros eran «personal militar» entrenado por la Unión Soviética.[51] Sin embargo, todavía pesaba mucho el recuerdo de Vietnam y el apoyo público a una guerra generalizada en el Tercer Mundo era escaso. Reagan pudo ordenar invasiones convencionales allí donde la victoria era fácil —como en la diminuta isla de Grenada en 1983— pero no abundaban tales

casos. El uso de la estrategia guerrillera desarrollada por los comunistas era en, cambio, una solución excelente. Permitía que los movimientos proestadounidenses parecieran indígenas; era barata; y podía prepararse e incluso llevarse a cabo en secreto, sin supervisión del Congreso. La nueva política emprendida en Nicaragua, Filipinas, Afganistán, Angola, Etiopía y El Salvador, denominada de «conflictos de baja intensidad», como restándoles importancia, debía mucho a las tácticas del maoísmo y a la tradición guerrillera.[52] En lugar de apoyar dictaduras militares, Estados Unidos iba a apoyar grupos insurgentes locales. La guerra debía ser asunto de los «civiles» —como la «guerra popular» maoísta— y las *psyops* («operaciones psicológicas»), reflejo especular de la *agitprop* comunista, resultaban decisivas para la nueva estrategia. Los regímenes izquierdistas y comunistas se iban a ver acosados por sabotajes y asesinatos, pero también se hicieron esfuerzos para ganar apoyo político mediante la financiación de «terceras vías» que aparecían enfrentadas tanto a los comunistas como a los viejos dictadores. Se movilizó a las clases medias urbanas anticomunistas y a las iglesias conservadoras, y a veces se dejó caer a viejos aliados autoritarios como Ferdinand Marcos en Filipinas. En 1985 la «doctrina Reagan» de los «conflictos de baja intensidad» se justificaba ideológicamente como una política de «revolución anticomunista» destinada a traer la democracia al mundo.[53]

Reagan inició su contraofensiva militar contra el comunismo en Centroamérica y la estrategia del conflicto de baja intensidad se desarrolló de forma muy coherente en Nicaragua. El gobierno estadounidense apoyaba a varios grupos de oposición, entre ellos una «tercera fuerza, ni somocista ni

sandinista» de liberales y conservadores coaligados, pero sobre todo a la «contra» insurgente. Muchos de los *contras* habían estado vinculados al dictador Somoza, pero asesores estadounidense encubiertos los remodelaron y convirtieron en una fuerza guerrillera moderna. Algunos funcionarios de la CIA les pasaron en secreto en 1983 un manual, *Psychological Operations in Guerrilla Warfare*, del que algunas páginas podrían haber sido escritas por Mao o Che Guevara. El folleto comenzaba con la sentencia «La guerra de guerrillas es esencialmente una guerra política» y proseguía explicando cómo debían los *contras* politizar a sus propias fuerzas para poder desarrollar una campaña de subversión contra el régimen. Los «cuadros políticos» debían organizar a la base, asegurándose de su motivación mediante la «autocrítica» y las «discusiones de grupo» que «elevarían la moral y fortalecerían la unidad de pensamiento». Los guerrilleros desarrollarían a continuación «propaganda armada», secuestrando y asesinando a funcionarios del gobierno como «enemigos del pueblo». Al mismo tiempo le darían a la población campesina «formación y entrenamiento ideológico» combinados con «canciones folclóricas» en las que debían subrayar el carácter imperialista ruso-cubano del régimen sandinista.[54]

En la práctica, sin embargo, la *contra* se dedicaba mucho más al terrorismo, la intimidación y el sabotaje económico que a ganarse los corazones y mentes del pueblo. En 1988 los sandinistas estaban derrotando militarmente a la *contra*, pero la guerra y el embargo estadounidense habían destruido la economía y algunas actuaciones de los propios sandinistas habían creado resquemores. Cuando en 1990 se celebraron nuevas elecciones, la mayoría de los votantes (un 54 por 100),

hartos de la guerra y creyendo que la única forma de ponerle fin era apartar a los sandinistas del poder, y otros irritados por sus programas de reforma demasiado ambiciosos y su hostilidad a la crítica, optaron por la candidata neoliberal proestadounidense Violeta Barrios de Chamorro. En otros países centroamericanos los grupos paramilitares de las dictaduras locales, asesorados por la CIA, ejercieron una violencia sin límite para suprimir a los insurgentes marxistas. En Guatemala los escuadrones de la muerte con nombres como *Ojo por Ojo* mataron a decenas de miles de personas, principalmente indios, y la guerra civil en El Salvador fue particularmente brutal.[55] A finales de los años ochenta el número de muertos en las guerras centroamericanas era enorme; en la nicaragüense, por ejemplo, murió casi el 1 por 100 de la población.[56]

Las perspectivas de futuro de la guerrilla anticomunista eran aún más halagüeñas en otras regiones en las que durante la década anterior los comunistas habían ganado terreno. El gobierno estadounidense, con la ayuda inapreciable del régimen sudafricano del *apartheid*, mantenía mediante la UNITA una guerra de desgaste en Angola en la que murieron unas 800.000 personas y casi una tercera parte de la población de 10 millones de habitantes fue desplazada;[57] el régimen mozambiqueño estuvo al borde de la derrota a manos del ejército sudafricano y el RENAMO, con el que tuvo que firmar una tregua en 1984. Pero el centro de la estrategia guerrillera estadounidense estaba en la lucha contra los soviéticos en Afganistán. Ya antes de la invasión de 1979 los comunistas afganos tuvieron que hacer frente a una pujante insurgencia de los *muyahidines*. El gobierno de Carter les había hecho llegar una ayuda militar limitada, complementando el apoyo saudí y paquistaní, pero el de Reagan

la incrementó sustancialmente en 1983. Jóvenes de todo el mundo musulmán —entre ellos un tal Osama bin Laden, hijo de un rico constructor y financiero saudí— acudieron a Afganistán a combatir en la *yihad* («guerra santa»), como lo habían hecho décadas antes los jóvenes de izquierdas en la guerra civil española. Para Reagan apoyar a los *muyahidines* afganos era algo totalmente coherente con su estrategia anticomunista, ya que a diferencia de los islamistas iraníes, en los que apreciaba cierto tinte socialista, eran socialmente conservadores. Por otra parte constituían un genuino movimiento antiimperialista con mucho apoyo popular, sólo que en esta ocasión el imperio, que había que derrotar era la URSS. Como decía entusiasmado William Casey, director de la CIA de 1981 a 1987: «Ahí está la belleza de la operación afgana. Normalmente parece como si los malvados estadounidenses abusaran de los nativos, pero en Afganistán es justo al revés: son los rusos los que maltratan a los pequeñajos».[58] Estados Unidos iba a lamentar evidentemente su apoyo a los *muyahidines* en la década siguiente, cuando se revolvieron contra su antiguo patrón; pero según la doctrina Kirkpatrick importaba poco su fanatismo antidemocrático con tal que hicieran frente al totalitarismo comunista.

La confrontación militar debilitó, pues, mucho al comunismo en el Sur, pero la esperanza neoconservadora de que acabara postrando a la propia URSS era quimérica. De hecho, puede que el nuevo halconismo de Occidente fuera contraproducente, ya que reafirmó la actitud soviética y reforzó a los partidarios de la línea dura. Las relaciones entre las superpotencias estaban en su peor momento desde hacía años y en noviembre de 1983 el mundo estuvo más cerca de una guerra

nuclear que en ningún otro momento desde la crisis de los misiles en Cuba cuando los soviéticos malinterpretaron un ejercicio de la OTAN creyendo que se trataba de un verdadero ataque y faltó muy poco para que respondieran debidamente. [59] En Moscú aumentaba la nostalgia del estalinismo: el más que nonagenario Viacheslav Molotov fue readmitido en el partido (corría la broma de que le estaban poniendo al día para sustituir a Chernienko) e incluso se hablaba del regreso de la vieja táctica estalinista de movilización de los trabajadores. Cuando murió Briezhniev en noviembre de 1982 quien asumió el mando fue Iuri Andropov, un representante de la línea dura que llevaba dirigiendo el KGB desde 1967. Y aunque no trató de volver a los años cuarenta, muchas de sus ideas eran las de aquella época: pretendía reanimar la economía, no mediante reformas de mercado y liberalización, sino mediante una mayor disciplina obrera y purgando a los funcionarios corruptos.

Cuando murió Andropov en febrero de 1984, la reanudación de la guerra fría emprendida por Reagan no había hecho más que consolidar a los partidarios de la línea dura y fue el anciano conservador Konstantin Chernienko quien lo sustituyó a la cabeza del partido y del estado; aunque al parecer Andropov había indicado su preferencia por Gorbachov, su fama de reformista todavía suscitaba suspicacias. Pero cuando Chernienko falleció trece meses después, estaba claro que el Politburó no podía seguir eligiendo para el puesto a hombres ancianos y enfermos que difícilmente vivirían mucho tiempo. Lo peor de la crisis de la deuda en los países de Europa oriental había pasado (aunque todavía seguía siendo grave en Polonia), pero estaban estancados, incapaces de atraer la inversión de nuevos capitales. Una nueva generación debía tomar el relevo y

Gorbachov, el miembro más joven del Politburó, era el único candidato creíble.

Al cabo de cuatro años de la elección de Gorbachov el Muro de Berlín había caído, y al cabo de seis ya no existía la URSS. En 1985 prácticamente nadie podía predecir esos acontecimientos extraordinarios. Todavía resultan enigmáticos y los historiadores discuten ardorosamente sobre ellos. Algunos sugieren que fue el rearme de Reagan, y en particular su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) más conocida como «guerra de las galaxias» lo que destruyó el comunismo soviético. La política de Reagan ejerció indudablemente una fuerte presión económica y psicológica sobre la URSS y la IDE era una señal preocupante de que la URSS no estaba al día (aunque no todos los dirigentes del PCUS se la tomaban en serio).[60] Pero por muy pesada que fuera la carga militar, no estaba generando una crisis económica ni agitación social. Como ironizaba un académico muy bien informado cuando lo entrevistaron a finales de los años noventa:

> Imaginemos que Briezhniev siguiera con vida. Estaríamos viviendo todavía en el viejo régimen; no habría cambiado nada. Quizá las cosas habrían ido un poco a peor, pero el país estaría bajo control. Todavía tendríamos el mismo sistema totalitario; todavía acudiríamos a las reuniones del partido y a las manifestaciones con las mismas banderas rojas.[61]

El hombre que destruyó el PCUS no vivía en la Casa Blanca sino en el Kremlin. En cuanto a la motivación de Gorbachov, probablemente no era tanto el temor al poderío militar estadounidense como su deseo de revigorizar el sistema y de hacerlo más abierto. Al principio, como en el caso de Jruschov, esperaba conseguirlo transformando el propio partido comunista, pero cuando esto fracasó, terminó por saltar por

encima de sus obstáculos. La implosión del sistema soviético no se debió a la presión exterior, sino que fue el resultado de una revolución interna no violenta, organizada por la propia dirección del PCUS.

VII

La película *Monanieba* («Arrepentimiento») del director georgiano Tenguiz Abuladze debe de ser una de las más complejas y cultas que se haya convertido nunca en un éxito de taquilla. Realizada en 1984, aunque no llegó a estrenarse hasta 1986* gracias a la nueva política de *glasnost'* («transparencia») de Gorbachov, es una película de zombis surrealista. Comienza con el entierro de Varlam Aravidze, alcalde de un pueblo de Georgia, cuyo cadáver reaparece misteriosamente desenterrado por muchas veces que lo entierren. La autora de las exhumaciones —Ketevan— es una mujer trastornada por la muerte de su madre —asesinada por Varlam cuando trataba de evitar la destrucción de una iglesia—, que ha decidido recordar al mundo el terror ejercido en vida por el alcalde y que efectivamente consigue exponer los horrores del pasado, pese a los intentos de los vecinos de mantenerlos ocultos; al final Abel Aravidze, hijo de Varlam, acosado por el remordimiento, desentierra por última vez el cuerpo de su padre y lo arroja por un acantilado. Aun así, la película concluye con una nota pesimista: Ketevan está en su casa, viviendo todavía en la «calle Varlam», en un barrio desprovisto de valores espirituales.

El estreno de *Arrepentimiento* exigió una ardua lucha

política. Aleksandr Iakovlev era uno de sus principales defensores, pero chocó con la resistencia de sus colegas y sólo consiguió convencerlos argumentando que era demasiado compleja para la gente corriente y prometiéndoles que sólo se proyectaría en unas pocas ciudades. Cuando dispuso una distribución más amplia, varios jefes locales del partido se enfurecieron y la prohibieron.[62] Aun así, *Arrepentimiento* fue un gran éxito y capta sustancialmente el ambiente que se vivía al principio de la *perestroika* («reestructuración»). Como durante el deshielo de Jruschov, el alcalde estalinista es una figura burocrática y «racional» que desprecia la moral y los valores espirituales, mientras que los protagonistas son gente idealista; pero la película también alude a la era Briezhniev y sus intentos de «reintroducir» a Stalin, que llevó a un enfrentamiento de los reformadores, deseosos de dejar atrás la burocracia estalinista, con los conservadores breznevianos, empeñados en mantener el viejo sistema.

La película permite adivinar el pensamiento de muchos soviéticos durante el período de la *glasnost'* y no sólo el de Gorbachov, que vio con interés la película.[63] Todavía no ha quedado establecida una valoración definitiva de aquel atractivo e inteligente gobernante. ¿Por qué se comportó de forma tan irracional, al menos aparentemente, y acabó destruyendo el sistema que pretendía reforzar? *Arrepentimiento* ofrece algunas claves. Gorbachov no tenía, evidentemente, la sensibilidad religiosa de Abuladze, pero como muchos de los que llegaron a la madurez durante la desestalinización de Jruschov, compartía su odio por los «burócratas» del partido, un sentimiento que también podía apreciarse en el juico de Iakovlev: «En mi familia todos nos sentíamos igualmente sorprendidos por aquella

película, tan inteligente, honesta y desacostumbrada, implacable y convincente. Aplastaba a mazazos todo un sistema de mentiras, hipocresía y violencia».[64]

Gorbachov no fue sino el último de una larga lista de dirigentes que creían que el comunismo se podía revigorizar atacando a los «burócratas» conservadores obsesionados por el estatus, una tradición que iba desde Stalin a finales de los años veinte hasta Mao y su Revolución Cultural, pasando por Jruschov a finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Su estrategia era parecida a la de este último, esperando desburocratizar el sistema abriendo el partido a la influencia de toda la sociedad; pero a diferencia de todos sus predecesores llegó a la conclusión de que había que reducir el poder del partido como institución. También había aprendido la lección de la caída de Jruschov en 1964 y del trágico final de la Primavera de Praga. Dando la vuelta a la alegoría de *Arrepentimiento*, estaba decidido a no permitir que los burócratas volvieran a resucitar como zombis de entre los muertos, y eso le llevó a combatir las raíces mismas de su poder, quizá sin percibir que con ello propiciaba la destrucción del propio sistema.

En definitiva, la animadversión de Gorbachov a los burócratas era probablemente mayor que su desconfianza de Occidente. Además, justo cuando la era de compromiso de clase iniciada en Occidente tras la segunda guerra mundial había entrado en crisis, los comunistas soviéticos comenzaban a apreciar sus virtudes. Gorbachov, cada vez más deseoso de hacer aceptable la URSS haciéndola evolucionar hacia la socialdemocracia, promovió no sólo reformas de mercado sino también unas elecciones democráticas al estilo occidental,

ayudado por los intelectuales «contrarrevolucionarios» que Tsipko había descubierto en el Comité Central del partido en 1986, por el FMI neoliberal y por gran parte de la opinión pública occidental.

Cuando los líderes occidentales se vieron por primera vez con Mijail Gorbachov, se sintieron tan sorprendidos como desarmados. ¿Cómo podía ser comunista una persona tan cordial, abierta y encantadora? Hasta la impenitente anticomunista Margaret Thatcher se deshizo en elogios. Pero lo estaban comparando con los adustos y coriáceos *apparatchiki* de los años sesenta y setenta. De hecho, Gorbachov no era más que una versión de grueso calibre del militante medio del partido. Nacido en el sur de Rusia en 1931 de padres campesinos, su abuelo materno había sido miembro del partido y presidente de una granja colectiva, que lo habían detenido en 1937 (como a su abuelo paterno). Se convirtió en un ambicioso y trabajador miembro de la Komsomol y su capacidad académica, junto con sus actividades en el partido (le concedieron la prestigiosa Orden de la Bandera Roja por su brioso trabajo en la cosecha de 1948) le permitió dar el gran salto de la provincia a la Facultad de Derecho de la Universidad de Moscú. Pronto descubrió que tenía madera para convertirse en cuadro del partido: le gustaban los grandes principios generales; de hecho, parece que era un auténtico idealista. A diferencia de Briezhniev, su planteamiento de la administración no era nada tecnocrático y al parecer no entendía apenas nada de economía, lo que incomodaba a algunos de sus asesores.[65] Era una persona del pueblo, con energía y entusiasmo y una fe inconmovible en su propia capacidad persuasiva. Anatoli Cherniaiev, quien más tarde se iba a convertir en uno de sus principales consejeros, recordaba que

viajando con él por Europa occidental durante los años setenta «me agarraba por el codo y "demostraba", "demostraba", "demostraba", lo importante que era hacer esto o aquello en Stavropol».[66] En eso se parecía mucho a Jruschov y también compartía el entusiasmo y el optimismo de su apasionado predecesor. Pero tenía mejor formación y era políticamente más astuto, y en consecuencia tenía mucha más confianza en sí mismo, lo que no es de extrañar porque era un político experto en conseguir que otros hicieran cosas para él. Tampoco es de extrañar, pues, la «gorbimanía» que se extendió por Europa occidental y oriental.

Pero esas características indudablemente positivas tenían sus contrapartidas. Por muy seguro que estuviera de sí mismo no siempre era consciente de las dificultades que conllevaban sus planes, aunque quizá esto mismo, combinado con la capacidad para convencer o vencer a sus oponentes, explica que pudiera llevar adelante su ambicioso pero incoherente programa.

En 1985 eran pocos los dirigentes soviéticos, si es que había alguno, que creyeran que el sistema estaba en crisis y precisaba un cambio radical. Como recordaba el propio Gorbachov, «ni yo ni mis colegas considerábamos en aquella época que la situación general fuera de crisis del sistema»;[67] cuando Iakovlev le presentó un proyecto extremadamente radical, proponiendo que el Partido Comunista se dividiera en dos que compitieran entre sí, lo consideró «prematuro».[68] Durante sus dos primeros años como secretario general, Gorbachov no se apartó de la política económica disciplinaria seguida por Andropov; pero su política exterior sí era muy diferente. Pretendía reducir la tensión con Occidente y así poder ahorrar recursos preciosos para las reformas económicas internas.

Cuando el precio internacional del petróleo se desplomó a partir de agosto de 1985, esto se hizo aún más necesario. Pero tanto él como sus asesores liberales —especialmente Iakovlev— estaban también convencidos de que se podía y debía acabar con el prolongado pulso entre los dos bloques, que a su juicio no era más que una prolongación de la vieja doctrina estalinista de la lucha de clases internacional que había quedado anticuada.

Así pues, Gorbachov asedió al gobierno estadounidense con insistentes propuestas de control de armas nucleares, por más que Reagan y los halcones neoconservadores se mostraran al principio, como cabía esperar, muy suspicaces. En su primer encuentro en Ginebra, Gorbachov apenas podía creer lo primitivo y «cavernícola» que se mostraba Reagan con respecto a la guerra fría, en particular en el Tercer Mundo. Para Reagan el comunismo era siempre resultado de la conspiración y la interferencia soviética; para Gorbachov, del enfrentamiento entre el pueblo anti-imperialista y las clases dominantes reaccionarias, por lo que estaba decidido a defender a sus aliados y a ganar la guerra en Afganistán.

Pese a esas diferencias, la visión de la URSS que manejaba el gobierno de Reagan se había modificado desde 1984. El pánico nuclear de noviembre de 1983 había al parecer sobresaltado al propio presidente, y la estrategia preconizada por los halcones no había dado prácticamente resultados, aparte de amenazar al mundo con el apocalipsis. El desasosiego europeo y las consideraciones electorales llevaron así a un cambio fundamental en la actitud de Washington que culminó en la sugerencia de Reagan en Reikiavik en 1986 de un posible desmantelamiento de todas las armas nucleares.[69] Al final todo aquello quedó en nada, porque Reagan no estaba dispuesto

a renunciar a su Iniciativa de Defensa Estratégica, pero a partir de entonces Gorbachov creyó que el desarme era una posibilidad real y eso le dio la confianza suficiente para emprender la reforma interna que pretendía. Aunque el rearme de Reagan había ejercido una notable presión sobre la dirección soviética, su disposición a llegar a un acuerdo con la URSS (a pesar de las frecuentes quejas de los neoconservadores) contribuyó en buena medida a facilitar el programa reformista de Gorbachov, y con él el colapso definitivo del comunismo soviético.

A lo largo de 1986 las opiniones de Gorbachov se habían radicalizado en el curso de las discusiones con Iakovlev y otros asesores liberales del Comité Central. Los encuentros con dirigentes occidentales —entre ellos Ms. Thatcher, quien según sus propias declaraciones le explicó los fundamentos de la democracia en 1987— también tuvieron su efecto.[70] Gorbachov llegó a envidiar a los socialdemócratas occidentales, a los que tanto él como sus asesores admiraban por su estado del bienestar. Pero la política socialdemócrata en Europa occidental se había basado desde la década de 1940 en un compromiso entre el mercado libre y el estado intervencionista. El problema era cómo alcanzar ese objetivo, ya que en el centro del estado soviético estaba el PCUS y cualquier intento de socavar su poder corría el riesgo de destruir la capacidad de Moscú de controlar el país.

La visión del mundo de Gorbachov durante los primeros años de su gobierno no era en el fondo nada liberal. El pueblo soviético, en su opinión, había elegido en 1917 una «opción socialista» y era fundamentalmente unitario y colectivista. Pero, entonces, ¿por qué no funcionaba el sistema? Gorbachov

concluyó que el problema residía en la asfixia de la creatividad innata de las masas. Desplegando una retórica en la que se mezclaban el joven Marx y un idealismo casi liberal, explicó que los burócratas y su «sistema autoritario … suprimen la iniciativa del pueblo, lo distancian de todas las esferas de la actividad social y menosprecian la dignidad del individuo». La solución a este problema residía en una nueva forma de «democracia», que aun suponiendo una discusión abierta no tenía por qué adoptar el pluralismo de estilo occidental. Esa «democracia» cambiaría la psicología del pueblo, infundiendo en él entusiasmo, o como decía la jerga de la época, «activando el factor humano»; también socavaría (y llegaría a eliminar) la «burocracia» que reprimía la energía popular.[71] Una visión tan romántica puede parecer una base inadecuada para un programa práctico de reformas, pero se adecuaba a la tradición marxista como en el caso de Jruschov. De hecho, los reformadores veían sus planes en ese contexto. Como explicaba Iakovlev a un escéptico entrevistador occidental, «en el plano teórico, nunca hemos afirmado que la revolución iniciada en 1917 en nuestro país haya concluido … la *perestroika* no es sino la prolongación de la revolución».[72]

Desde principios de 1987 había quedado claro que la disciplina y los pequeños ajustes en la economía habían servido de poco y Gorbachev optó por un programa de liberalización económica y democratización política más radical. Imitando las reformas liberalizadoras que habían tenido lugar en Hungría y Yugoslavia, dio a los directores de fábrica más independencia del centro. Como cabía esperar, a los planificadores no les sentó nada bien y la respuesta de Gorbachov fue lanzar un ataque contra los «burócratas» que, según declaró, eran una fuerza

fundamentalmente conservadora, un «mecanismo de freno» y un obstáculo al cambio.

En un primer momento — igual que Jruschov— Gorbachov esperaba que el partido dirigiera a la sociedad hacia la reforma, pero pronto perdió la fe en él al ver que los cuadros se resistían a sus medidas, por lo que buscó nuevas alianzas en la clase media desencantada relajando la censura y permitiendo la organización de grupos de discusión «informales» fuera del partido. Algo bastante más serio fue la abolición del poderoso secretariado del partido en 1988 y la decisión de instituir un nuevo Congreso de Diputados del Pueblo elegidos por votación popular. Las elecciones se celebraron en marzo de 1989, y aunque muchos jefes del PCUS ganaron su escaño, otros muy notorios fueron derrotados. Gorbachov empezaba así a desplazar el centro del poder del PCUS a una autoridad estatal elegida por el pueblo.

El liberalismo de Gorbachov tenía sus límites y siempre insistió en que había que controlar la democracia. El PCUS y la Konsomol tenían garantizados cada uno 100 escaños de los 2.250 que componían el Congreso de Diputados del Pueblo;* el «pluralismo de opiniones» estaba bien, pero todas ellas tenían que ser «socialistas» y las críticas tenían que respetar los «principios» y no ser «irresponsables». Pero a Gorbachov le resultó muy difícil preservar esos hilos rojos en la medida en que el partido se veía sometido a un asalto ideológico sin precedentes, alentado por el propio Kremlin. Se reabrió la cuestión de Stalin, nombrando en septiembre de 1987 una comisión para investigar la represión estalinista, y las «páginas en blanco» de la historia soviética se discutían mucho más libremente que nunca. Si para Jruschov el declive del socialismo

había comenzado en 1934, *después de* la industrialización y la colectivización en el campo, para Gorbachov había comenzado con la victoria de Stalin sobre Bujarin en 1928, y la auténtica voz del socialismo marxista era el Lenin supuestamente «liberal» de la NEP. Ya en 1986 el asesor ideológico de Gorbachov, Gueorgui Smirnov, le explicaba así a Tsipko sus opiniones:

> No creas que [Gorbachov] no se da cuenta de la gravedad de la situación. Se han perdido en balde sesenta años. Al apartarse de la NEP, el partido perdió su última oportunidad. La gente sufrió en vano. Se sacrificó al país en nombre de concepciones escolásticas del comunismo que no tenían nada que ver con la vida real.[73]

Gorbachov esperaba poder preservar la reputación de 1917 y relanzar el proyecto soviético en nombre del «leninismo»; pero no era fácil establecer una línea de demarcación clara entre Lenin y Stalin y los intelectuales del partido comenzaron a perder la fe en todo el proyecto marxista. Tsipko recuerda que ya en 1986 Iakovlev encargó una «investigación sobre los errores fundamentales del socialismo soviético» que incluía el propio marxismo, y a finales de 1988 él mismo publicó el primer artículo importante que argumentaba que las raíces del «socialismo cuartelario» estalinista estaban en el marxismo-leninismo.[74] Al año siguiente se publicó legalmente por primera vez en la URSS el *Archipiélago Gulag* en el que Solzhenitsin denunciaba a Lenin como fundador del sistema concentracionario soviético. Para entonces los sectores liberales de la prensa se habían vuelto notoriamente antisoviéticos y prooccidentales, llenos de críticas del pasado y del sistema represivo que los bolcheviques habían creado.

Gorbachov e Iakovlev, *apparatchiki* del partido desde hacía

mucho tiempo, entendían bien el poder de la ideología y creían que la revisión de la historia era una parte esencial de su proyecto de *perestroika* como campaña moral y cultural para transformar la vieja mentalidad «estalinista» y «burocrática»; pero era una estrategia muy arriesgada. El PCUS basaba su legitimidad en argumentos morales: el nivel de vida podía ser más bajo que en Occidente y podía haber algunas injusticias y privilegios ilegítimos, pero el sistema era fundamentalmente justo y superior al capitalismo. Si los dirigentes e intelectuales decían ahora que el partido había llevado al pueblo por una vía equivocada durante sesenta años, imponiéndole sacrificios para nada, ¿cómo podía esperar el régimen conservar su lealtad? Una carta al semanario *Argumenti i fakti* de un cierto N. R. Zarafshan mostraba que el reexamen de la historia podía reforzar una vaga sensación de injusticia y llevar a una crisis ideológica —y emocional— traumática:

> Soy un miembro del partido con un buen historial y todo el mundo dice que yo era un trabajador consciente que me esforzaba en el trabajo social. Pero me hice viejo y mi fervor desapareció; he visto muchas injusticias en mi vida y al saber la verdad sobre el pasado quedé destrozado.
>
> … todo esto me afecta mucho: si sigo en el partido seré deshonesto y si lo dejo seré desgraciado, porque soy una persona disciplinada y no puedo faltar a las reuniones del partido o ignorar mis deberes.[75]

Gorbachov estaba destruyendo inadvertidamente las bases ideológicas del sistema soviético y la opinión cambió muy rápidamente entre 1987 y 1991. Mucha gente se volvió más hostil hacia el partido y más favorable a Occidente, y lo mismo sucedió en los países de Europa oriental, a pesar de conocerlo más de cerca: en Hungría el número de los que creían que en Occidente las «oportunidades educativas y de mejora cultural»

estaban plenamente realizadas saltó del 22,8 por 100 en 1985 al 51,1 por 100 en 1989.[76] Esto no quiere decir, sin embargo, que una mayoría de los ciudadanos del bloque soviético prefirieran una economía de mercado de tipo occidental: cuando se les preguntaba qué habría que hacer para salir de la crisis económica, cada vez más seria, sólo el 18 por 100 de los ciudadanos soviéticos quería más empresa privada; el 50 por 100 quería más disciplina y orden.[77] Del mismo modo, en 1989 el 72 por 100 de los checoslovacos se oponía a la privatización de la industria y el 83 por 100 era hostil a la de las granjas colectivas.[78]

El auténtico beneficiario de la crisis ideológica fue el nacionalismo y las primeras señales del colapso político se observaron en los países bálticos, donde la hostilidad nacionalista a la dominación soviética se había generalizado desde hacía tiempo. Los frentes populares en favor de la *perestroika*, creados por el KGB para canalizar la democracia en la dirección adecuada, escaparon pronto al control central. Se realizaron manifestaciones que exigían el final de la supeditación a la URSS, la independencia absoluta y la restauración de la propiedad privada.

Gorbachev se vio pronto arrastrado por una vorágine política que amenazaba transformarse en caos. Al atacar la vieja ideología y el sistema político estaba cortando los tendones del poder antes de haber puesto en pie una nueva estructura; y lo mismo se podía decir de la economía: el poder del estado había quedado socavado sin preparar antes el terreno para que lo sustituyera el mercado. Gorbachov tenía ante sí dos alternativas coherentes: por un lado el modelo chino, que suponía un desplazamiento gradual hacia el mercado, dirigido por un

partido todopoderoso que seguía reprimiendo a los disidentes; y por otro la «terapia de choque» neoliberal, aconsejada por muchos economistas occidentales y el FMI. Comprensiblemente, Gorbachov rechazaba enérgicamente la primera de esas alternativas: contradecía sus planes de democracia política y según creía sólo serviría para afianzar el poder de los burócratas que tanto odiaba. Pero también rechazaba la terapia de choque, ya que habría destruido la burocracia económica de golpe y la habría sustituido por el mercado, la privatización y duras medidas contra la inflación, dando lugar a una brusca subida de precios, una profunda recesión y un desempleo masivo. Aun si esto hubiera sido conveniente, Gorbachov nunca lo habría aceptado porque estaba decidido a tener al mismo tiempo la democracia y el mercado, manteniendo su propio poder. La irrupción súbita del mercado habría perjudicado inevitablemente a mucha gente y la democracia habría dado a los millones de «perdedores» un arma poderosa contra el gobierno. Gorbachov respondió a la presión popular preservando el nivel de vida mediante los créditos de Occidente, lo que dio lugar a un aumento descomunal de la deuda exterior.

En lugar de la terapia de choque neoliberal o la reforma dirigida desde el estado al estilo chino, Gorbachov optó por un compromiso muy deficiente. El ataque a la burocracia destruyó el viejo sistema de distribución que canalizaba los recursos de una fábrica a otra, mientras que los directores de empresa contaban con mayor autonomía: ahora estaban libres de cualquier presión —ya fuera del mercado o política— para producir de forma eficiente y barata. La consecuencia inevitable fue una importante subida de precios, el desabastecimiento de

los comercios y la multiplicación de las colas. Mientras el pacificador «Gorbi» era aclamado en Occidente, su popularidad en la URSS caía en picado.

En aquel momento hubo quienes propusieron a Gorbachov que copiara el modelo estatalista chino, y el debate sobre la idoneidad de esa eventual alternativa continúa.[79] Cierto es que las circunstancias chinas eran muy diferentes de las de la URSS. En la Unión Soviética la agricultura se había visto más perjudicada por la colectivización y los viejos *apparatchiki* industriales eran mucho más poderosos y capaces de bloquear la reforma económica. Aun así, muchos argumentan que alguna variante de las Cuatro Modernizaciones de Deng con los incentivos adecuados habría posibilitado una mejora sustancial de la economía.

Pero quizá sea inútil especular sobre posibles alternativas. Dadas la actitud democrática y antiburocrática de Gorbachov y los reformistas y el predominio de las ideas neoliberales en Occidente, el modelo chino tenía pocas probabilidades de materializarse en la URSS; e incluso si hubiera dado lugar a un mejor resultado económico, habría sido a expensas de la libertad política y probablemente de la paz mundial. El PCUS habría seguido en el poder y es más que probable que la vieja guardia hubiera podido resistir el repliegue de 1989 en Europa oriental.

Las decisiones que tomó Gorbachov, fueran cuales fueran sus ventajas políticas, tuvieron un resultado económico desastroso: el colapso de hecho del estado y el «robo» de la economía por los directivos y funcionarios. Cuando en 1989 el titubeante Gorbachov nombró finalmente al liberal Nikolai Petrakov como consejero económico y un año después dejó claro que no había que descartar la posibilidad de la

privatización de las empresas, sus directivos comenzaron a «privatizarlas» por su cuenta, vendiendo el equipo y embolsándose el pago, mientras los mandos del partido y los funcionarios del estado aprovechaban el ataque de Gorbachov contra la jerarquía central para apoderarse de los bienes de las organizaciones para las que trabajaban. Los burócratas estaban «apropiándose del estado».[80] Ese hurto semilegal fue el origen de la riqueza de muchos de los «oligarcas» de la década siguiente. Gorbachov, empeñado en destruir la «burocracia», le había dado de hecho la oportunidad de enriquecerse, y su idealismo había puesto en marcha la década de colapso político y económico que desquició Rusia tras el desmantelamiento del comunismo, que a su vez alimentó la reacción antiliberal que le siguió con el presidente Vladimir Putin.

Así pues, desde el otoño de 1989 estaban quedando claros los efectos de la paulatina revolución de Gorbachov contra el PCUS: los cimientos del poder soviético se iban hundiendo y no cabía sorprenderse de que la cadena comenzara a romperse por su eslabón más débil: Europa oriental.

VIII

Pocos días antes del septuagésimo aniversario de la revolución de Octubre que debía celebrarse el 7 de noviembre de 1987, los ciudadanos de Wroclaw tuvieron noticia de los planes para una conmemoración insólita de la fundación del estado soviético:

¡¡¡Camaradas!!!

> El día de la Gran Revolución Proletaria de Octubre es el de un Gran Acontecimiento … Camaradas, es hora de acabar con la pasividad de las masas populares! … Reunámonos el viernes 6 de noviembre a las 4 de la tarde en la calle Świdnicka bajo el «reloj de la historia». Camaradas, vestíos festivamente de rojo. Poneos zapatos rojos, un sombrero rojo o una bufanda roja … A falta de otra cosa, si no tenéis una bandera roja, pintaos las uñas de rojo.

Aquella satírica celebración de la historia revolucionaria era sólo uno de los acontecimientos organizados por la *Pomaranczowa Alternatywa* («Alternativa Anaranjada») polaca, un grupo de protesta surrealista, parodiando los festivales políticos bolcheviques como el Asalto al Palacio de Invierno de 1920, para el que confeccionaron una réplica del acorazado revolucionario *Aurora*, incluyendo cosacos con los legendarios gorros de la Caballería Roja de Budionny y pancartas con eslóganes como «Borsch [sopa de remolacha] Rojo». Uno de los organizadores describía así la escena: «Gritos de "RE-VO-LU-CIÓN". El proletariado [esto es, obreros de las fábricas cercanas] bajan del autobús; en sus camisetas se lee "trabajaré más" y "mañana será mejor"». Pronto apareció gran número de policías, pero se vieron ante la humillante opción de tener que detener a cualquiera que llevara una prenda roja o que estuviera bebiendo provocativamente un zumo de tomate.[81]

La Alternativa Anaranjada, insólita en muchos sentidos, captaba no obstante la actitud de muchos disidentes en Europa oriental a finales de la década de 1980, al menos en el área del antiguo Imperio Austrohúngaro (incluida la Ucrania occidental). Estaba surgiendo una nueva generación de disidentes, menos interesados por las grandes protestas y manifestaciones contra el régimen que en crear una «sociedad civil» alternativa y contracultural, libre del control del estado. Su estilo era «carnavalesco», como lo ha llamado Padraic Kenney,

más que militante o batallador, y debía mucho a los situacionistas y a la cultura joven occidental de los años sesenta. De hecho, el espíritu de 1989 era una adaptación no violenta del de 1968. Como mostraba el *happening* de Wrocław, su planteamiento no podía ser más diferente del viejo modelo comunista de la movilización de masas; pero los objetivos de muchos grupos (a diferencia de la Alternativa Anaranjada) eran a menudo muy concretos y aparentemente apolíticos: por ejemplo, campañas ecologistas o pacifistas,[82] algo quizá comprensible tras la persecución contra *Solidarność*. El régimen había perdido aún más prestigio, pero estaba claro que la oposición abierta desencadenaría la represión, y aparte de Polonia a los intelectuales les resultaba en general difícil movilizar a los obreros. Se requería por tanto un estilo nuevo menos belicoso.

Aunque el activismo social —y la sátira— desempeñaron un papel importante en el final del comunismo en Europa oriental, lo más importante eran las señales que enviaba Moscú a los partidos comunistas. Gorbachov les había dicho a sus dirigentes en privado, ya en 1985, que no podían contar con ayuda del ejército soviético, aunque esperaba que permanecieran en el bloque. Todavía optimista, creía que dirigentes más populares le devolverían al comunismo su legitimidad. Pero del mismo modo que el Discurso secreto de Jruschov en 1956 había hecho tambalearse a los «pequeños Stalin» alentando a los reformadores y resquebrajando los partidos, la *perestroika* soviética sacudía los fundamentos de los regímenes de Europa oriental. Los partidarios de una reforma liberal cobraron fuerza en los partidos y en algunos casos sus dirigentes se dieron cuenta de que ya no podían recurrir a la represión sino que tenían que

ampliar su base social. Los opositores al régimen también percibieron que ahora tenían menos que temer; cuando durante el invierno de 1987-1988 el historiador polaco Wacław Felczak fue a dar unas conferencias en Budapest y alguien en la audiencia le preguntó cuáles eran para él las lecciones de *Solidarność*, respondió: «Fundad un partido … Probablemente os encerrarán por eso, pero todas las señales sugieren que no estaréis en la cárcel mucho tiempo».[83]

Hungría fue el primer país del bloque en responder a las señales que llegaban de Moscú. Tras celebrar unas elecciones con candidatos diversos en las que la vieja guardia obtuvo peores resultados de los que esperaba, un grupo reformista de líderes más jóvenes, incluido el socialdemócrata Imre Pozsgay, consiguieron en mayo de 1988 obligar al envejecido János Kádár a dejar la secretaría general del MSZMP. El partido se escindió; se formó una oposición democrática fuera del partido y en febrero de 1989 los reformistas del régimen admitieron las elecciones multipartidistas. La aceptación por Moscú de aquel cambio dejó claro como el cristal que la Unión Soviética no iba a seguir sosteniendo el viejo orden en Europa oriental.

En Polonia, como en Hungría, las señales que llegaban desde Moscú fueron atendidas desde el primer momento. El general Jaruzelski, uno de los dirigentes estatales más próximos a Gorbachov, inició una reforma liberalizadora en septiembre de 1986, pero en agosto de 1988 la agitación obrera contra las medidas de austeridad volvieron a sacudir el dominio del partido. En febrero de 1989 el gobierno, bajo la presión de Gorbachov, aceptó una mesa redonda de debates con la oposición y en junio de 1989 se celebraron unas elecciones que *Solidarność* se llevó de calle. El 24 de agosto Tadeusz

Mazowiecki se convirtió en el primer jefe de gobierno no comunista en cuarenta años.

Los regímenes de línea más dura parecían decididos a resistir, pero pronto se vieron también forzados a atender la profecía escrita en el muro, esta vez literalmente, en el de Berlín. El comienzo del fin llegó en mayo de 1989, cuando las autoridades húngaras redujeron los controles en la frontera con Austria. Los ciudadanos de la RDA comenzaron a organizar «excursiones» a Hungría con el fin de aprovechar la oportunidad que se les abría para cruzar el telón de acero, aunque se suponía que la relajación de los controles fronterizos sólo afectaba a los húngaros. El 19 de agosto, en la ciudad fronteriza de Sopron, la oposición húngara, con el apoyo de un extraño dúo —el ministro Imre Poszgay y Otto von Habsburg, el heredero del Imperio Austrohúngaro—organizó un «picnic paneuropeo» durante el cual se había acordado la apertura durante tres horas de la frontera para que los alemanes orientales la cruzaran, como efectivamente lo hicieron alrededor de seiscientos; tres semanas más tarde el gobierno húngaro levantó todas las restricciones. La RDA respondió cerrando la frontera con Hungría, pero esa nueva medida represiva no hizo más que reforzar a la oposición. Se organizaron manifestaciones de protesta en toda la RDA y el Partido Socialista Unificado comenzó a perder el control. El rígido régimen de Honecker se vio aún más afectado cuando Gorbachov visitó Berlín el 6-7 de octubre para celebrar el cuadragésimo aniversario de la fundación de la RDA. Fue recibido entusiásticamente por la multitud, no apoyó públicamente a Honecker y se dice que declaró: «La vida castiga a los que se quedan atrás».[84] Poco después (en un golpe de palacio el 17-18 de octubre) Honecker fue sustituido por Egon

Krenz.

Krenz pronto cobró conciencia de que para mantener el control tenía que hacer algunas concesiones. Tras una manifestación de medio millón de personas en Berlín oriental el 4 de noviembre, decidió suavizar las restricciones para viajar, pero en la conferencia de prensa convocada cinco días después para anunciar la medida el portavoz del gobierno se embarulló, en uno de los «lapsus» más memorables de la historia, y los confusos guardias fronterizos, sin saber muy bien qué hacer, acabaron levantando las barreras y permitiendo a la gente, que más que otra cosa andaba curioseando, cruzar pacíficamente. [85] Aquella madrugada y al día siguiente, 10 de noviembre, unos 50.000 alemanes pasaron del Berlín oriental al occidental, gritando: *Wir sind ein Volk!* («¡Somos un pueblo!»). Fue a la vez una fiesta masiva y una revolución, la culminación de las manifestaciones «carnavalescas» y los «picnics» realizados por la oposición en Europa oriental durante toda la década de 1980. La caída del Muro de Berlín se convirtió con razón en el símbolo de 1989. La visión que tenía la oposición de la revolución —no violenta, alegre e incluso hedonista— parecía mucho más atractiva y moderna que el anticuado ideal comunista de la movilización obrera y la lucha contra «el enemigo». Con el muro cayó igualmente la voluntad del Partido Socialista Unificado de seguir gobernando la RDA.

El castillo de naipes siguió viniéndose abajo y lo sucedido en la RDA alentó la resistencia en otros países con un régimen de línea dura. Las manifestaciones a principios de noviembre ayudaron a los reformadores del partido a apartar a Todor Zhivkov del poder en Bulgaria y precipitaron un acuerdo entre los grupos de oposición para hacer frente al partido. En

Checoslovaquia, donde Milouš Jakeš había sucedido a Gustav Husák sin cambiar sustancialmente su línea, venían multiplicándose la agitación y las manifestaciones desde el año anterior, pero el régimen parecía decidido a no entrar por la senda reformista; incluso se puso en circulación un nuevo billete de 100 coronas con el retrato del viejo dirigente estalinista Klement Gottwald, lo que muchos entendieron como una provocación descarada. Pero tras la caída del Muro de Berlín los acontecimientos se precipitaron y aunque la manifestación estudiantil del 17 de noviembre en Praga —convocada en recuerdo de la oposición a la invasión y toma del poder por los nazis en 1939— transcurría sin incidentes, el número de manifestantes era enorme y la policía cayó en el pánico y optó por disolverla; su brutalidad aquel día dio lugar a una nueva manifestación, esta vez de medio millón de personas, tres días después y una huelga general de dos horas el día 27. Al día siguiente el KSC inició negociaciones con la oposición.*

Pese a algunos enfrentamientos (en Checoslovaquia y en otros lugares), la transición en Europa central y oriental fue notablemente rápida e incruenta. En parte esto se debía a que el movimiento de oposición era pacífico, pero también reflejaba la debilidad de los regímenes del bloque una vez que la URSS cambió de actitud con respecto a la represión. Los partidos comunistas estaban divididos y normalmente había reformistas a la espera, dispuestos a negociar con la oposición, lo que facilitó esa transición «de terciopelo» relativamente sosegada.

Como cabía esperar, dada su autonomía de la URSS y su carácter más represivo, los regímenes de Rumanía y Albania fueron los últimos en venirse abajo. La extraordinaria austeridad impuesta por el dirigente rumano Ceauşescu durante toda la

década dañó considerablemente su credibilidad; el 15 de noviembre de 1987 los obreros de Braşov, un importante centro industrial, se declararon en huelga y ocuparon la sede del partido; la *Securitate* realizó más de 300 detenciones e Ion Iliescu, excluido del Comité Central en 1984, lanzó una velada crítica. En cualquier caso, Rumanía no podía quedar aislada de lo que estaba sucediendo en todo el bloque soviético. El 16 de diciembre de 1989 una manifestación en Timişoara de la minoría húngara fue violentamente reprimida por la policía, lo que provocó nuevas protestas y enfrentamientos durante cuatro días, que se extendieron a Bucarest cuando el gobierno convocó para el día 21 una concentración en apoyo de Ceauşescu; éste habló desde la balconada del edificio del Comité Central, esperando que se repitiera la aclamación que había recibido en 1968, pero había juzgado mal el estado de ánimo de la multitud: en lugar de aplaudirle, la gente comenzó a abuchear al dictador en una sorprendente muestra de lesa majestad. Las cámaras de la televisión oficial captaron y retransmitieron los primeros instantes de aquel acontecimiento inesperado, lo que hizo acudir a más gente gritando: «Noi suntem poporul, jos cu dictatorul!» («¡Nosotros somos el pueblo, abajo el dictador!»), tras lo cual unidades antiterroristas especiales dispararon contra los manifestantes; pero al día siguiente los principales mandos del ejército se negaron a aplicar la ley marcial decretada por el gobierno y éste perdió el control. Los Ceauşescu huyeron de Bucarest en un helicóptero que logró posarse en la terraza de la *Casa Republicii*,** cercada por miles de manifestantes, pero aquel mismo día fueron capturados y el 25 fueron ejecutados sumariamente. El poder quedó en manos de Ion Iliescu, a la cabeza del recientemente formado Frente de Salvación

Nacional.

Albania fue el último de los regímenes comunistas de Europa oriental en caer. Ramiz Alia, quien había sucedido a Enver Hoxha en 1985, emprendió una serie de reformas limitadas, pero las manifestaciones estudiantiles de 1990 le obligaron a convocar elecciones multipartidistas en marzo del año siguiente; aunque el *Partia e Punës e Shqipërisë* (Partido del Trabajo de Albania) fue el más votado (obtuvo 162 escaños sobre 250), se vio obligado a formar un gobierno de coalición y en junio se convirtió en *Partia Socialiste e Shqipërisë* (Partido Socialista de Albania) bajo la dirección de Fatos Nano. Al año siguiente la coalición se deshizo y en unas nuevas elecciones venció la derecha conservadora del *Partia Demokratike e Shqipërisë*.

Las movilizaciones y mutaciones de 1989 permiten situarlo junto a los años revolucionarios de 1848, 1917-1919 y 1968, pero ¿en qué se parecían a aquellas conmociones anteriores? Algunas de las transiciones del comunismo al capitalismo fueron claramente más revolucionarias que otras. Aunque la decisión de Gorbachov de renunciar al imperio soviético fue decisiva en todas ellas, las características peculiares de los diversos regímenes comunistas dieron lugar a notorias diferencias. En Hungría y Polonia la larga tradición reformista asentada en sus partidos comunistas dio lugar a transiciones pacíficas y negociadas, mientras que en Checoslovaquia y en la RDA, una dirección más unida y conservadora resistió los primeros embates de la oposición y fueron precisas movilizaciones populares de masas durante un corto período. La transición en Rumanía fue la más violenta y «revolucionaria», aunque el cambio de régimen —con la victoria del antiguo *apparatchik* Iliescu— fue uno de los

menos radicales. Atendiendo a la participación popular, vemos un patrón ligeramente diferente. En Polonia y Checoslovaquia, en las que dominaba el sentimiento nacional humillado por la opresión soviética, y en cierta medida en Rumanía, se parecía más al patrón de 1917 en cuanto que abarcaba a todas las clases, incluido naturalmente el proletariado industrial. En Hungría y en la RDA, donde los comunistas habían mitigado con mayor eficacia el descontento de la clase obrera mediante el soborno, la oposición era en mucho mayor medida un asunto de los intelectuales y de los trabajadores de cuello blanco.[86]

Se pueden constatar diferencias parecidas en el final del dominio comunista en el imperio informal soviético fuera de Europa. Gorbachov, una vez decidido a competir con Estados Unidos fuera de Europa, veía cada vez más a sus aliados del Tercer Mundo como un lastre. Sus asesores habían perdido de hecho la fe en la posibilidad del comunismo en el Tercer Mundo desde hacía tiempo. Estaban convencidos de que las ambiciones comunistas eran demasiado radicales, dado el nivel de desarrollo de sus sociedades; pero la contrarrevolución de Reagan y las crisis económicas de principios de los años ochenta llevaron a la URSS a una situación cada vez más difícil. Había ahora en el mundo muchos regímenes marxistas y todos ellos pedían ayuda en un momento en que los propios ciudadanos soviéticos estaban sufriendo penalidades. Además, la creciente presión económica dio lugar a mayores discrepancias en aquellos regímenes entre los liberalizadores y los radicales, y —a diferencia de Europa— estos últimos tenían a menudo mucho apoyo, lo que incrementaba el desasosiego entre los dirigentes soviéticos que habían perdido la fe en una transformación social fundamental. En Grenada Maurice Bishop, que había buscado

un acercamiento con Estados Unidos, fue derrocado por su viceprimer ministro Bernard Coard (que había estudiado sociología en la Universidad Brandeis de Massachussetts y economía política en la de Sussex y había trabajado como profesor para la izquierdista Inner London Education Authority), lo que precipitó la «Operación *Urgent Fury*» ordenada por Reagan en octubre de 1983, a pesar de la oposición de Margaret Thatcher. De forma parecida, en Yemen del Sur, el presidente reformista —formado en la Unión Soviética— Ali Nasir Muhammed fue violentamente derrocado en enero de 1986 por el ala más radical de su propio partido. Gorbachov habría estado de acuerdo con el comentario de Honecker: «Al igual que en Grenada, lo sucedido en Yemen muestra a lo que puede llevar el infantilismo izquierdista».[87]

El etíope Mengistu era igualmente impopular en Moscú. La hambruna en Etiopía había perjudicado la reputación del marxismo tercermundista, especialmente entre los eurocomunistas, y a Gorbachov le gustaba muy poco aquel régimen. En 1988 le dijo a Mengistu que la ayuda soviética dependería de la liberalización y la solución pacífica de las guerras en Eritrea y Tigray, y poco después el partido etíope se escindió entre reformistas y partidarios de la línea dura, mientras los separatistas de Eritrea y Tigray se unían en una ofensiva contra el régimen de Mengistu. En 1990 éste renunció formalmente al marxismo-leninismo y en 1991 se vio obligado a abandonar el país para exiliarse en Zimbabue. A continuación la enorme estatua de bronce de Lenin en Addis Abeba fue derribada sin más ceremonia.

Aun así, Gorbachov era reacio a suprimir la ayuda a sus aliados, en parte porque todavía creía en algunos de ellos, y en

parte porque Estados Unidos seguía fomentando la insurgencia anticomunista. En Afganistán los soviéticos impusieron en mayo de 1986 la sustitución del intransigente Babrak Karmal al frente del PDPA por el más pragmático Mohammad Najibullah, quien también se hizo cargo de la presidencia del país en noviembre e intentó forjar una amplia alianza contra los islamistas. El gobierno soviético deseaba retirar sus tropas, pero Reagan se mostró y se negó a hacer un trato. La prolongación de la guerra se fue haciendo cada vez más impopular en la URSS y Gorbachov anunció en febrero de 1989 su retirada definitiva. El régimen de Najibullah sobrevivió hasta abril de 1992, cuando Kabul cayó en manos de los muyahidines y él se refugió en el edificio de las Naciones Unidas.* Con su derrota quedaba el camino abierto para una sucesión de regímenes islamistas, que culminó con la victoria del puritano talibán, el más radical de todos ellos.

La guerra civil en Angola también se prolongó hasta la caída de la URSS. Tras la derrota del ejército sudafricano en la batalla de Cuito Cuanavale en marzo de 1988, Reagan y Gorbachov acordaron en la cumbre mantenida en Moscú a finales de mayo la retirada de las tropas cubanas a cambio de la independencia de Namibia. El MPLA abandonó el marxismo-leninismo en 1990, pero Estados Unidos siguió financiando a la UNITA hasta 1992, cuando el MPLA ganó las elecciones y pocos meses después Bill Clinton, recién elegido presidente, decidió cambiar de bando. Aun así la guerra civil se prolongó hasta 2002, cuando Jonas Savimbi murió en un enfrentamiento armado con las tropas del gobierno.

En 1985 Gorbachov no pretendía privar a la URSS de sus aliados del Tercer Mundo ni de sus satélites en Europa oriental,

pero en 1989 asistió pasivamente a la desintegración del bloque soviético. Aunque hubiera querido intervenir no habría podido hacer apenas nada, dado el embrollo de la reforma en la propia Unión Soviética y el mal estado de sus finanzas. Pero no podía ignorar las fuerzas que empujaban a Europa oriental hacia Occidente, porque también actuaban sobre la propia URSS. Las fuerzas nacionalistas estaban corroyendo la Unión Soviética. Había sido el PCUS el que la mantenía unida, y una vez que comenzó su declive y se permitieron elecciones libres para los parlamentos de las repúblicas, los separatistas obtuvieron una poderosa plataforma política. En marzo de 1990 el Parlamento lituano decidió separarse de la URSS y a continuación Estonia y Letonia también anunciaron su voluntad de obtener la independencia. En junio fue la república rusa la que proclamó su soberanía, anunciando que sus leyes prevalecerían sobre las de la URSS. Otras repúblicas buscaron rápidamente la independencia. Dice mucho del extraordinario radicalismo de Gorbachov que no moderara su velocidad sino que por el contrario diera rienda libre a las reformas. Propuso un nuevo tratado de la Unión para sustituir el de 1922 y respaldó el plan de terapia de choque neoliberal de Petrakov, que preveía la mercantilización y privatización total en un plazo de 500 días, uno de cuyos efectos habría sido destruir la capacidad de recaudar impuestos de la URSS.[88]

En septiembre de 1990 Gorbachov reconsideró la situación e intentó recentralizar el poder. Al año siguiente se le vio vacilar, acelerando y frenando alternativamente. Deseaba preservar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sin recurrir a la violencia, pero se veía desbordado por los radicales promercado encabezados por el impulsivo Boris Ieltsin, ex jefe del partido en

Moscú y ahora presidente de la Federación Rusa desde mayo de 1990. Desde ese puesto desafió los poderes de Gorbachov; después de declarar en junio su «independencia» con respecto a la URSS, en julio abandonó el PCUS y poco después convocó elecciones presidenciales, celebradas en junio de 1991, en las que obtuvo el 57 por 100 de los casi 80 millones de votos que se recogieron en las urnas. Gorbachov, seriamente debilitado en el plano político, se vio obligado a acordar un nuevo tratado de la Unión que daba más poder a las repúblicas; pero dos días antes de que se firmara intervinieron las fuerzas de la reacción sobre las que Gorbachov venía advirtiendo. Un grupo de líderes conservadores conocido más tarde como «Banda de los Ocho», del que formaban parte al vicepresidente Guennadi Ianaiev y el jefe del KGB Vladimir Kriuchkov, hizo un último intento por salvar la Unión y el PCUS. El domingo 18 de agosto enviaron una delegación a visitar a Gorbachov a su *dacha* de Crimea para exigirle que impusiera la ley marcial o cediera el poder a Ianaiev. Se negó y lo retuvieron allí. Al día siguiente, a las 7 de la mañana, se emitió un comunicado proclamando la asunción de todos los poderes por un «Comité Estatal de Emergencia» mientras Gorbachov se recuperaba de una «enfermedad».

Aquel 19 de agosto de 1991 los moscovitas se despertaron viendo los tanques rodando por las avenidas, dejando profundas marcas en el asfalto caliente. ¿Se trataba de una repetición de la destitución de Jruschov, o del aplastamiento de la Primavera de Praga? Se parecía más a la primera, pero los golpistas no contaban con muchos argumentos; una vez descartada la adhesión de Gorbachov, titubeaban sobre las medidas a aplicar. En su conferencia de prensa a las 5 de la tarde ante las cámaras de televisión, tras declarar el estado de emergencia en Moscú,

Ianaiev apareció confuso y tembloroso, como si hubiera bebido. La «Banda de los Ocho» no había conseguido el apoyo de la mayoría de la policía ni evitar que a las 9 de la mañana Ieltsin llegara a la Casa Blanca, sede del Parlamento ruso, desde donde declaró que se estaba llevando a cabo un golpe de estado reaccionario e inconstitucional. Más tarde trepó a uno de los tanques que rodeaban el Parlamento y desde allí se dirigió a la multitud, episodio que fue transmitido inesperadamente al día siguiente por la televisión estatal. La tensión se prolongaba y unos y otros mantenían sus posiciones sin que se produjeran enfrentamientos graves, pero los golpistas decidieron finalmente utilizar la fuerza y a última hora de la tarde del 20 de agosto ordenaron un ataque contra el Parlamento. Ante la negativa de los mandos militares a obedecer, los golpistas se desmoralizaron y enviaron otra delegación a Crimea a negociar con Gorbachov, quien se negó a hablar con ellos. Una vez restauradas las comunicaciones con la *dacha*, declaró nulas todas las decisiones del «Comité Estatal de Emergencia» y destituyó a todos sus miembros. El golpe de 1991 acabó pareciéndose al de Kornilov en 1917. Como entonces, los conspiradores no pudieron obtener el apoyo de los oficiales de rango medio y un golpe destinado a salvar el anterior régimen no hizo más que apresurar su fin.[89]

Gorbachov trató de retomar las riendas, pero todo había cambiado. Tanto la URSS como el PCUS habían quedado desacreditados. Ieltsin tomó pronto la iniciativa para sacar provecho de la situación, prohibiendo el PCUS en Rusia y nacionalizando todas sus propiedades. En 1990 pocos, ni siquiera Ieltsin, planeaban destruir la URSS; en 1991 las viejas élites soviéticas la veían desintegrarse y se apresuraban a

restaurar su poder sobre nuevas bases: las antiguas repúblicas de la URSS. Los defensores de la Unión —tanto Gorbachov como la «Banda de los Ocho»— no habían sido suficientemente implacables para mantenerla en pie. El 25 de diciembre de 1991 Gorbachov renunció a la presidencia de la URSS. La bandera roja con la hoz y el martillo que ondeaba sobre el Kremlin fue arriada por última vez. Al cabo de setenta y cuatro años el experimento comunista en la URSS había concluido.

En 1985 el bloque soviético se enfrentaba a un Occidente hostil y ambos bandos disponían de suficientes armas nucleares como para destruir el mundo. Seis años más tarde el sistema imperial soviético había colapsado sin apenas una escaramuza. Su hundimiento dio lugar a algunos enfrentamientos violentos durante la década de 1990 y las tensiones se prolongan hasta hoy, en particular en Georgia; pero pocos imperios multiétnicos tan poderosos han desaparecido tan pacíficamente. Gorbachov merece que se le reconozca el mérito de este resultado, aunque también su responsabilidad en el colapso económico y político de la década de 1990. En cualquier caso, aunque pueda parecer una figura extraordinaria, en realidad no era sino la encarnación de tendencias muy profundas: la impronta del marxismo romántico en el PCUS y la atracción del neoliberalismo de Occidente. La principal contribución de Gorbachov fue su extraordinaria confianza en sí mismo y su habilidad política. Estaba dispuesto a poner en práctica un programa profundamente contradictorio, aunque acabara destruyendo el sistema que trataba esforzadamente de salvar.

Pero podría haber sido mucho peor, tal como sucedió en otro país europeo gobernado por un régimen comunista independiente, esto es, en Yugoslavia. El país estaba aquejado por muchos problemas parecidos a los de la URSS: un estado central débil al que le faltaba la voluntad o la capacidad para reformar la economía; diversos grupos étnicos enfrentados con el centro; y la presión del FMI neoliberal. Pero en Yugoslavia todo aquello estaba presente en un grado extremo: hacía mucho más tiempo que Belgrado era más débil y que los nacionalistas se venían organizando, y el FMI tenía un poder mucho mayor sobre la economía yugoslava. Durante toda la década de 1980 había tratado de convencer al débil gobierno de Belgrado de que debía imponer su autoridad a un país fragmentado y eso no había hecho más que intensificar los rencores y rivalidades entre las repúblicas, dividiéndolas y enfrentándolas. Los comunistas de cada una de ellas, para conservar cierto apoyo, apelaban al nacionalismo; éste hacía furor en Eslovenia, Croacia y Serbia, pero sin duda el dirigente más hábil y dispuesto a excitar el populismo de la calle era el presidente serbio Slobodan Milošević.

Hasta la primavera de 1990 prevalecía no obstante el deseo de preservar la unidad de la federación yugoslava, cuyo primer ministro, Ante Marković, era el político más popular del país, más que Milošević o que el nacionalista croata Franjo Tudjman. Pero aquello no duró mucho, ya que bajo la presión del FMI, en el momento cumbre de la revolución neoliberal, Marković decidió poner en práctica un programa de «terapia de choque» coincidiendo con las primeras elecciones multipartidistas en las

repúblicas,* lo que hizo aparecer a la única fuerza política decididamente federalista vinculada con un programa económico muy impopular.[90] Los partidos nacionalistas que se oponían a la terapia de choque, vencedores en Croacia y Eslovenia, emprendieron inmediatamente un plan para independizarse de Yugoslavia.

La repentina desintegración de la federación, sin protección para las minorías étnicas de cada república, no podía sino traer la guerra. Salvo Eslovenia todas las repúblicas eran étnicamente mixtas, y las minorías se sentían cada vez más amenazadas. En Croacia el 12,2 por 100 de la población era étnicamente serbia y temía a Tudjman, un historiador revisionista que no ocultaba su nostalgia de los brutales racistas *ustaše* que habían gobernado en 1941-1945 el *Nezavisna Država Hrvatska* (Estado Independiente Croata), títere del Tercer Reich. Milošević se valió de esos temores para ganar a finales de 1990 las elecciones en Serbia, prometiendo defender a los serbios de toda Yugoslavia, mientras eslovenos y croatas avanzaban hacia la independencia alentados por el apoyo internacional y el reconocimiento de Alemania, Austria y El Vaticano, entre otros.

Cuando Croacia y Eslovenia se declararon independientes en junio de 1991, el ejército yugoslavo, dirigido por Milošević, trató de impedirlo. En Eslovenia se alcanzó un acuerdo, pero en Croacia estalló una sangrienta guerra civil entre los croatas y la minoría serbia apoyada por el ejército yugoslavo. La guerra concluyó en enero de 1992, pero para entonces la federación yugoslava estaba muerta. Milošević pretendía ahora crear una Gran Serbia étnicamente pura y alentó la rebelión de los serbios en Bosnia-Herzegovina, étnicamente mixta. La cruenta guerra de Bosnia comenzó en abril de 1992 y duró más de dos años.

Occidente era reacio a intervenir, pero al final las horribles imágenes de la limpieza étnica y los campos de concentración le indujeron a actuar y Milošević, paralizado económicamente, se vio obligado a negociar. El resultado fue el inestable acuerdo de Dayton de noviembre de 1995. Tres años después se reinició el proceso de fragmentación cuando los albano-kosovares se rebelaron contra un debilitado Milošević. En 1999 los bombardeos de la OTAN le obligaron a aceptar la administración de las Naciones Unidas en Kosovo, lo que dañó irreparablemente su situación política. Al año siguiente las manifestaciones populares —en las que los estudiantes desempeñaron un importante papel— tras las controvertidas elecciones de septiembre de 2000, le hicieron dimitir el 5 de octubre. Sin embargo, el reconocimiento por Occidente de la independencia de Kosovo en 2008 sigue alimentando el resentimiento serbio.

Yugoslavia fue el único país en el que la transición del comunismo al capitalismo se llevó a cabo bajo la influencia de los gobiernos occidentales y del FMI, implicados en ella desde el principio, y la verdad es que su actuación no merece mucho aplauso. Las reformas neoliberales radicales desestabilizaron Yugoslavia y la intervención militar posterior a la inactividad durante la guerra de Bosnia fue, por decirlo suavemente, inadecuada. El problema residía en la percepción del comunismo y de su herencia. A finales de la década de 1980 Occidente se hallaba todavía en su fase ardientemente neoliberal y neoconservadora, empeñada en una guerra justiciera contra el comunismo. Estaba decidido a imponer el mercado y en derrotar a comunistas como Marković sin atender a las posibles consecuencias. Pero durante la década siguiente los políticos

occidentales creían que la vieja contienda ideológica estaba superada y les irritaba que los yugoslavos siguieran todavía luchando. El conflicto de Yugoslavia se presentaba increíblemente como resultado de «antiguos odios tribales» artificialmente reprimidos por el comunismo, por lo que era bien poco lo que podía hacer Occidente. En realidad, las sucesivas guerras en Yugoslavia eran una forma extrema de los conflictos que afectaron a todos los países comunistas multiétnicos. La comprensión, el tacto político y una gestión más cuidadosa podrían haber evitado, en parte al menos, los peores enfrentamientos que se vivieron en Europa desde la segunda guerra mundial.

Pero quizá esta valoración sea demasiado optimista. Hubo un lugar donde los comunistas rechazaron explícitamente los consejos de Occidente e ignoraron la moraleja de las revoluciones gemelas, China; pero también allí se desató la violencia.

X

El 15 de mayo de 1989 Gorbachov llegó de visita a Beijing. El Partido Comunista Chino, como sus homólogos de Europa oriental, sentía cierta aprensión. Recibir a Gorbachov en 1989 era como encontrarse con la Muerte por la escalera con capa, capucha y guadaña: un aviso de defunción política inminente. El momento no podía ser peor para el PCCh: desde mediados de abril los estudiantes se habían venido manifestando en toda China, y en el septuagésimo aniversario del Movimiento del 4

de Mayo los de la Universidad de Beijing desbordaron los cordones policiales y avanzaron hasta la plaza de Tiananmen. La dirección del partido estaba dividida sobre lo que debía hacer. El reformista Zhao Ziyang, secretario general del PCCh, quería dialogar; el presidente del Consejo de Estado, Li Peng, de la línea dura, estaba a favor de la represión. La inminente llegada de Gorbachov —del que los estudiantes esperaban apoyo— parecía echar por tierra la propuesta de Zhao Ziyang.[91] Los manifestantes decidieron intensificar el conflicto ocupando la plaza el 13 de mayo e iniciando una huelga de hambre que debía coincidir con la visita del dirigente soviético. Al principio había un millar de ellos, cantando la «Internacional» y canciones de la guerra contra los japoneses, al tiempo que levantaban banderas y pancartas en las que se leía: «El país no tendrá paz mientras dure la dictadura» y «La corrupción es la causa de los disturbios».[92] Por la tarde del día 14 se les habían unido cerca de cien mil espectadores.

A Beijing habían llegado periodistas de todo el mundo para cubrir la visita. Deng, furioso, les dijo a sus colegas: «Cuando llegue Gorbachov tenemos que tener Tiananmen en orden. Nuestra imagen internacional depende de ello. ¿Qué imagen ofreceremos si la plaza está llena de manifestantes?».[93] El 17 de mayo, cuando Gorbachov todavía se encontraba en China, Deng se puso de parte de Li Peng y aprobó el uso de la fuerza. La bienvenida a Gorbachov había tenido que realizarse atropelladamente en el aeropuerto, desviando luego el recorrido que debía hacer en automóvil para que no pasara por Tiananmen. No intervino en favor de los estudiantes y su visita transcurrió sin incidentes. De hecho, sus memorias sugieren paradójicamente que sentía más simpatía por sus anfitriones que

por los manifestantes,[94] pero su presencia amenazaba extender su revolución a China; como le dijo el intelectual Yan Jiaqi, asesor de Zhao, al diario francés *Libération*, no había otra forma de resistir el viento de la democratización que soplaba desde Moscú.[95]

La visita de Gorbachov fue recibida con tanto entusiasmo por los disidentes porque entre los intelectuales chinos habían germinado desde mediados de los años ochenta sus propias ideas reformistas, bastante similares y a menudo debatidas con otros reformistas de Europa oriental. La insatisfacción por el autoritarismo de mercado de Deng era general. La liberalización económica estaba generando grandes desigualdades: mientras que los jefes empresariales del partido y los campesinos prosperaban, los estudiantes y los obreros urbanos mal pagados sufrían las consecuencias. Se había extendido la corrupción y se multiplicaban las manifestaciones y huelgas, pero los estudiantes no pretendían ahora un regreso al pasado maoísta, ni tampoco eran demócratas liberales al estilo occidental que pidieran elecciones libres y una constitución democrática, sino que sus sentimientos parecían más cercanos al comunismo romántico de la *perestroika* de Gorbachov: pedían una democracia que comunicara energía al «pueblo» unido y patriótico, la destitución de los burócratas corruptos y represores, y como Gorbachov (y más aún su sucesor Ieltsin) veían Occidente como una sociedad moderna y dinámica. Incluso apoyaban el mercado, aunque muchos de ellos estuvieran sufriendo sus consecuencias. Veían el partido comunista de Deng como Gorbachov veía el de Briezhniev: anticuado, represivo y chovinista.

Su visión del mundo fue muy bien captada por una serie

documental para la televisión, poética pero muy polémica, realizada en 1988, *He Shang* («Elegía del río»). Aquellas seis películas —un conjunto cuidadosamente seleccionado de poderosas imágenes con una didáctica voz en *off*— constituían un asalto frontal contra tres enemigos, representado cada uno de ellos por un emblema bien conocido de la identidad China: su cultura tradicional, simbolizada por el río Amarillo; el autoritarismo político, simbolizado por un dragón; y el aislamiento de Occidente, simbolizado por la Gran Muralla. Como decía solemnemente la voz en *off* al final del primer capítulo:

> Oh, vosotros, herederos del dragón … El Huang He [«río Amarillo»] no puede hacer renacer de nuevo la civilización que crearon nuestros antepasados. Ahora tenemos que crear una nueva civilización. No puede surgir de nuevo del Huang He. Los sedimentos de la vieja civilización son como la arena y el fango acumulados en el Huang He; han cegado los vasos sanguíneos de nuestro pueblo. Necesitamos que una gran marea los desatasque. Esa gran marea ha llegado ya: ¡Es la civilización industrial que nos llama!

Estaba claro que esa gran marea procedía de Occidente, que a diferencia de China era como un ancho océano azul, un lugar romántico de grandes emociones, pensamiento abierto y dinamismo. En el último episodio, la voz en *off* predecía la fusión que debía producirse entre China y Occidente: «El Huang He está condenado a atravesar la meseta amarilla, pero también a desembocar finalmente en el océano azul».[96]

Aquella serie documental se emitió dos veces en la televisión china antes de ser prohibida y fue uno de los documentales más vistos en la historia de la televisión mundial. El apogeo de aquel idealismo prooccidental se produjo en la plaza de Tiananmen el 30 de mayo de 1989, cuando los estudiantes erigieron una

estatua de poliestireno de casi 10 m de altura, la «Diosa de la Democracia», a imagen de la Estatua de la Libertad estadounidense, frente al enorme retrato de Mao.

Durante los días anteriores parecía como si las manifestaciones estuvieran perdiendo impulso y se pudiera evitar la violencia; pero aquella efigie demostraba la determinación de los estudiantes, decididos a seguir adelante. Cuando los obreros comenzaron también a protestar y algunos miembros del partido se unieron a los rebeldes, Deng y los restantes dirigentes temieron una repetición del colapso polaco de 1980. El éxito aparente del golpe militar de Jaruzelski en aquella ocasión los envalentonó y decidieron actuar. El 3 de junio se enviaron tropas para despejar la plaza, que al encontrarse con que los manifestantes les cerraban el camino dispararon contra la multitud. A primera hora del 4 de junio los tanques llegaron a Tiananmen y aplastaron la Diosa de la Democracia. Las estimaciones del número de muertos varían entre 600 y 1.200 civiles y unos 50 soldados, y las del número de heridos entre 6.000 y 10.000.[97]

La masacre de la plaza de Tiananmen fue una grave humillación para Deng y sus repercusiones duran hasta hoy. De entrada, puso en cuestión su proyecto de reforma; parecía deducirse obviamente que sólo el conservadurismo podía salvar al estado y que China iba a entrar en una fase semejante al estancamiento de Brezhnev. Pero aquella percepción iba a cambiar de nuevo con el fracaso del golpe de la «Banda de los Ocho» y el colapso de la URSS en 1991; la marea de historia parecía ahora favorecer al capitalismo. Para los mandos de Zhongnanhai —el centro de poder del PCCh— las lecciones de 1989-1991 apuntaban en una sola dirección: China tenía que

rechazar las dos revoluciones gemelas de la década de 1980, tanto la democrática liberal como la *perestroika*. Debía resistir la atracción de Occidente y seguir su propia vía no revolucionaria, entrelazando la fuerza del estado con la del mercado.

Epílogo

Rojo, naranja, verde… ¿y de nuevo rojo?

I

En 2002 se les preguntaba en una encuesta a los estudiantes de Beijing a quién preferían entre el empresario estadounidense Bill Gates y el combatiente bolchevique de la guerra civil Pavel Korchaguin. Hubo empate: ambos recibieron el 45 por 100 de los votos. Pero cuando se les preguntó cuál de los dos elegirían como modelo a seguir, el 44 por 100 prefirieron a Bill Gates, el 27 por 100 a ambos y sólo el 13 por 100 a Korchaguin.[1] Probablemente ese resultado exageraba bastante el aprecio de los valores socialistas o del sacrificio solidario en la China del siglo XXI, ya que el «Korchaguin» del que se hablaba no era el imaginado por el escritor soviético Nikolai Ostrovski; el que tenían en mente los estudiantes chinos era el protagonista de una reciente adaptación en veinte capítulos para la televisión de *Así se templó el acero* que había tenido mucho éxito. Aquella serie televisiva era el producto de una fusión típicamente posmoderna de culturas: a partir del texto clásico del realismo socialista soviético, se había realizado en la Ucrania ex comunista con

actores ucranianos, la había financiado una empresa inmobiliaria privada de Shenzhen y la había emitido una cadena de televisión china supuestamente comunista. Su Korchaguin era bastante diferente del protagonista de la novela de mediados de los años treinta y de las anteriores adaptaciones cinematográficas soviéticas de 1942 y 1956: desaprueba la violencia del Ejército Rojo y se casa con su amada Tonia, aunque en la novela su origen de clase burgués le lleva a distanciarse de ella. Como decía el director de la serie: «Hemos rebajado su conciencia de clase y lo hemos convertido en un personaje defensor de los derechos humanos con el que se puede identificar todo el mundo».

Los revolucionarios neoliberales, tan marginales a principios de la década de 1970, aparecían ahora triunfantes en todos los terrenos, ya fuera ideológico, cultural o político. Cuando el público chino vio *Así se templó el acero* en el momento de mayor rusofilia de la década de 1950, no podía dudar de que el espíritu de sacrificio de Korchaguin era muy superior a la codicia capitalista; cincuenta años después era a Bill Gates, figura emblemática del empresariado milmillonario, a quien todos admiraban. En los foros en Internet se constataba cierta nostalgia de los valores de Pavel entre la vieja generación, pero entre la gente de mediana edad predominaba el resentimiento por haber seguido en vano su ejemplo y entre los más jóvenes el desinterés.

En la figura de Bill Gates se podía apreciar también una porfía romántica, pero era la de la competencia empresarial y no la violenta militancia del comunista revolucionario; parecía como si para gran parte del mundo la guerra civil global mantenida durante dos siglos hubiera concluido. Aunque el

régimen neoliberal hubiera incrementado enormemente las desigualdades (en particular en China, que se convirtió en la segunda sociedad más desigual de Asia después del Nepal monárquico hindú,* no había apenas presión en favor de la revolución social. China, que en otro tiempo había sido el adversario más radical de Estados Unidos, se había convertido en uno de sus principales socios comerciales, enriqueciéndose gracias a la exportación de sus productos a Occidente. Tanto en China como en gran parte del resto del mundo, el neoliberalismo ofrecía una promesa de riqueza y desarrollo sin necesidad de lucha de clases o de guerra, que permitía a cualquiera convertirse en Bill Gates sin más que aplicar suficiente esfuerzo y habilidad. La afirmación de Francis Fukuyama de que había llegado el fin de la historia parecía muy creíble un decenio después de 1989.

La moraleja de la caída del comunismo desempeñaba un papel central en la victoria ideológica neoliberal. Si el papel de los comunistas en la derrota del nazismo contribuyó a la aceptación general de la economía mixta después de 1945, la implosión del bloque soviético en 1989 se consideraba una demostración de que Friedman, Reagan y Thatcher llevaban razón y de que el estado debía apartarse de la economía. La planificación centralizada de la economía soviética no parecía muy diferente de la economía mixta de posguerra, sino simplemente una versión más estatalista. Como decían en 1998 los periodistas Daniel Yergin y Joseph Stanislaw en su popular obituario del socialismo *The Commanding Heights: The Battle for the World Economy*,** la caída del Muro de Berlín trajo consigo «un descrédito general de la planificación central y de la intervención y la propiedad estatal».[2] Aquel fracaso del

comunismo era utilizado por los partidarios de la globalización neoliberal, la flexibilización del mercado laboral, el libre comercio y la moneda estable como réplica inapelable a sus adversarios; en 2000 el columnista del *New York Times* Thomas Friedman finalizaba una crítica a los manifestantes contra la globalización de Seattle con esta desdeñosa leción de historia:

> Demasiados sindicalistas y activistas quieren un rápido apaño de la globalización: bastaría elevar algunos muros [esto es, barreras comerciales] y explicarle a los demás cómo deben vivir. Hubo un país que lo intentó: garantizaba a todos su empleo, mantenía un mercado protegido y les decía a todos cómo vivir. Se llamaba la Unión Soviética. No funcionó muy bien que digamos.[3]

Los partidarios del capitalismo neoliberal de los años noventa no sólo esgrimían la experiencia del comunismo para argumentar que el libre mercado era económicamente necesario; también insistían en que era moralmente superior. Fukuyama, en *The End of History and the Last Man* (1992),*** era quien lo argumentaba con mayor energía; según él, todos los hombres y mujeres necesitaban dignidad y reconocimiento individual (el *thymus* platónico), y sólo la democracia liberal podrían garantizárselo a todos en igual medida, a diferencia de los estados comunistas y otros estados «totalitarios», que ponían por encima de todo la ideología y el colectivo. Fukuyama ofrecía así una alternativa liberal romántica al romanticismo marxista. La gente no era más feliz cuando participaba en un trabajo colectivo creativo, libre de las trabas del mercado, sino cuando podía expresarse y obtener el reconocimiento de los demás.[4]

Su tesis resumía el espíritu de la época. El capitalismo, según se creía ahora, no sólo era inevitable sino moralmente bueno. Había heredado el cetro revolucionario de un comunismo

desacreditado, resolviendo los problemas de la igualdad y acabando con la guerra civil global. Un nuevo capitalismo de alta tecnología, emancipado de la antigua cadena de producción jerárquica, estaba creando una sociedad cultural y políticamente «más pareja». Podía dar lugar a desigualdades económicas, pero eso importaba poco, ya que la mayor riqueza beneficiaría a todos. Los auténticos enemigos de la igualdad no eran los rollizos plutócratas sino los enjutos burócratas que pretendían situarse de forma arrogante por encima de la gente corriente.

La ideología del nuevo capitalismo, con su amor por la igualdad cultural, más que económica, resultaba atractiva para la generación romántica de 1968 que ahora ocupaba posiciones de poder. El lenguaje de Tom Freston —directivo del canal de música estadounidense MTV—, en una entrevista concedida en 2000, mostraba lo lejos que se situaba el nuevo capitalismo del viejo comunismo:

> Hemos tratado de evitar el tipo de empresa de mando, con culto a la personalidad, que tanto abunda en el sector del entretenimiento … Si se quiere tener una compañía creativa de vanguardia … las ideas deben fuir de abajo arriba … Estamos descentralizados … Muchas de las empresas de entretenimiento de hoy día, en particular los grandes conglomerados multimedia, se han convertido en auténticas fábricas … Yo no era un chico de los sesenta en el sentido clásico … No era un *hippie* ni tampoco radical, políticamente hablando. Pero estaba allí … y los 60 fueron en cierta forma un preludio para el sector [de la cultura pop]. En la década de 1960 tenías la impresión de que eran posibles cosas nuevas. Tenías la sensación de que el inconformismo no era algo que hubiera que temer, sino algo digno de estima.[5]

Freston criticaba las sociedades disciplinadas de Occidente de la década de 1950 tanto como el comunismo; al final de la guerra fría se disolvió la vieja alianza revolucionaria liberal con el triunfo de los neoliberales y el fin de los neoconservadores, al

menos temporalmente. Por un lado, el neoconservadurismo era demasiado caro. La combinación puesta en práctica por los gobiernos de Reagan del rearme militar con las reducciones de impuestos había llevado a un enorme déficit estatal, que amenazaba con una seria crisis.[6] Por otro lado, el electorado se sentía complacido al ver desaparecer la militancia de la guerra fría y con ella el moralismo de los neoconservadores, y dio la bienvenida a la nueva generación de los sesenta.

La revolución neoliberal, ahora divorciada de su pareja neoconservadora, tenía, pues, al frente, no a la derecha ultranacionalista, sino un centro-izquierda cosmopolita. Bill Clinton en Estados Unidos, Gerhard Schröder en Alemania y Tony Blair en Gran Bretaña, todos ellos producto de los deslizamientos contraculturales de los años sesenta, anunciaron su descubrimiento de una «Tercera Vía» a medio camino entre la justicia social y el mercado, aunque al final resultó que se desviaba más en la dirección del mercado. El capitalismo de libre mercado tenía ahora un equipo de gerifaltes más atractivos: la relajada izquierda en vaqueros de los años sesenta, en lugar de la rígida derecha encorbatada de los cuarenta y cincuenta. Hacia el final de la década los partidos de la Segunda Internacional gobernaban prácticamente en todos los países de Europa occidental, aunque habían perdido casi cualquier vínculo ideológico con la organización fundada en París en 1889.

Más allá del mundo desarrollado, en el Tercer Mundo, el neoliberalismo era una fuerza mucho más revolucionaria encabezada por el FMI y el Banco Mundial, respaldados por su patrón financiero, Estados Unidos. Europa oriental se vio particularmente afectada, aunque no todos los países ex comunistas aceptaron la receta del FMI. El resultado de aquel

asalto revolucionario era predecible: la exposición a la intemperie de la ineficiente industria planificada, sometida de la noche a la mañana a los rigores del mercado, trajo severas recesiones, elevado desempleo y bolsas de extrema pobreza y desigualdad. La economía se contrajo bruscamente en todo el antiguo bloque soviético, un 17 por 100 en promedio en 1992, y no se empezó a recuperar hasta pasados tres años. En 1997 en todos los países de Europa oriental salvo Polonia el producto interior bruto todavía era menor que en 1990.[7]

Pero las diferencias entre ellos eran muy notables. En los países que contaban con un aparato estatal relativamente sólido y donde las capas más altas habían comenzado a distanciarse del comunismo en los años ochenta, como Polonia, Hungría, Eslovenia y las ahora escindidas Chequia y Eslovaquia, la «terapia de choque» neoliberal puesta en práctica tuvo cierto éxito en cuanto a restaurar el crecimiento, aunque al precio que había que pagar fuera la pobreza para una parte considerable de la población. La promesa de la incorporación a la Unión Europea —con la prevalencia del principio de legalidad— también les ayudó a salir de la depresión a principios del nuevo milenio. Pero en la mayor parte del antiguo bloque soviético los estados eran ya muy débiles y el asalto neoliberal no hizo sino debilitarlos aún más. Los gobiernos carecían del poder y la autoridad suficientes para llevar a cabo las reformas de mercado, y en su lugar surgieron economías cleptocráticas corruptas como desgraciada estación a medio camino entre el control del estado y el del mercado. Los ex funcionarios convertidos en hombres de negocios «se apoderaron» de esos estados en dificultades, sobornando a las autoridades para que les dieran un trato preferencial; se dejaron de recaudar impuestos, los extranjeros se

negaban a invertir, y el capital, más que fluir, fue a parar directamente a cuentas ocultas en paraísos fiscales.[8]

El mayor fracaso de los experimentos neoliberales tuvo lugar en la propia Rusia. En 2000 su economía se había contraído a menos de dos tercios de su nivel en 1989, lo que suponía una recesión más devastadora que la de la Gran Depresión en Estados Unidos.[9] El colapso del estado Soviético y el expolio de su economía habían comenzado ya con Gorbachov, pero la política neoliberal aplicada por el gobierno poscomunista de Ieltsin agravó el problema.[10] La rápida privatización supuso en realidad la incautación de las empresas estatales por los compinches capitalistas del gobierno, y la ausencia de ley desanimaba la inversión y alentaba la fuga de capitales. El problema estaba, como en otros casos, en la debilidad del estado y en su incapacidad para recaudar impuestos, imponer normas y contratos legales o combatir el crimen organizado y el latrocinio generalizado de los ex burócratas convertidos en capitalistas. El colapso final se produjo tras la nueva caída del precio del petróleo en 1998. Los inversores extranjeros que financiaban la enorme deuda exterior rusa perdieron la confianza en el estado y éste se vio obligado a suspender pagos, lo que además de suponer una humillación para su principal asesor, el FMI, sentó las bases para un contraataque contra Occidente y la democracia liberal durante la primera década del nuevo milenio. El presidente Vladimir Putin —nieto del cocinero personal de Lenin y Stalin y antiguo oficial del KGB—, combinó la economía capitalista con una política cada vez más autoritaria, al tiempo que rehabilitaba algunos de los símbolos del pasado estalinista; una de sus primeras decisiones fue restaurar la música (aunque no la letra) del himno nacional soviético de 1944,

suprimido por Ieltsin en 1990.

Pero si el final del comunismo soviético supuso uno de los mayores fracasos económicos del siglo XX, el final del comunismo chino fue uno de los mayores éxitos económicos de la historia. El régimen chino, cualesquiera que sean sus defectos, sacó a más gente de la pobreza y más rápidamente que cualquier otro gobierno de la era moderna, con la ayuda de la nueva economía globalizada que le permitió exportar a Occidente. Tras una breve pausa como consecuencia de la masacre de Tiananmen, Deng Xiaoping aceleró desde principios de la década de 1990 las reformas de mercado y en 1993 se abandonó finalmente la típica planificación central. Pero en China, a diferencia del bloque soviético, la introducción del mercado no supuso una relajación del estado, sino que, por el contrario, el PCCh lo reforzó. Tanto su propia experiencia durante la década de 1980 como la de la anterior URSS con Ieltsin lo convencieron de que, paradójicamente, para que prosperara el mercado se necesitaba un estado fuerte controlado por un partido potente.[11] La corrupción seguía inserta en el sistema y la desigualdad había crecido, pero el nuevo estado-mercado sentó las bases para el extraordinario despegue que hizo de la economía china la más dinámica del mundo durante la primera década del siglo XXI, al tiempo que sigue en pie el antiguo aparato represivo del estado comunista, que incluye el viejo sistema penal de la «reforma mediante el trabajo» (*Laodong Gaizao*, conocido resumidamente como *laogai*).[12]

II

La revolución neoliberal global de las dos últimas décadas fue naturalmente traumática para los comunistas, que emprendieron diversas adaptaciones, unos abrazando el mercado y otros capeando el temporal y resistiéndose a los embates de la globalización. Allí donde el neoliberalismo tuvo un éxito razonable y se evitó el colapso político, los comunistas abandonaron tranquilamente el marxismo radical y se apuntaron al mercado. En Europa central y oriental renunciaron al rojo sustituyéndolo por el rosa y se reconvirtieron en socialdemócratas procapitalistas. Aunque criticaban la terapia de choque y prometieron suavizar los efectos de la liberalización económica, cuando volvieron al poder a mediados de la década de los años noventa (en Hungría, Polonia y Bulgaria) hicieron poco por cambiar el sistema. El punto más alto de la revancha rosa llegó con las elecciones presidenciales polacas de 1995, cuando el poscomunista Aleksander Kwaśniewski derrotó al anticomunista Lech Wałesa. El partido comunista que tuvo más éxito en su metamorfosis en socialdemócrata fue, como cabía esperar, el italiano, reconvertido en febrero de 1991 (a costa de una pequeña escisión, *Rifondazione Comunista*) en *Partito Democratico della Sinistra* y en febrero de 1998 en *Democratici di Sinistra*, bajo cuyas denominaciones dominó las coaliciones de gobierno de 1996 a 2001 y de 2006 a 2008.* Los viejos símbolos del trabajo —la hoz y el martillo— fueron primero arrinconados en el emblema y luego sustituidos por la rosa socialdemócrata, bajo una imagen del arraigo claramente conservadora: un roble.

También en Asia el capitalismo triunfante reconcilió a los comunistas chinos, vietnamitas y laosianos con el mercado,

aunque no con la democracia liberal; los gobiernos comunistas elegidos en los estados indios de Kerala y Bengala occidental promovían asimismo la economía de libre mercado. El cuerpo momificado de Mao todavía ocupa el mausoleo de la plaza de Tiananmen y su rostro sigue presidiendo los billetes de banco, pero su influencia ideológica se ha reducido prácticamente a cero. Cierto es que la ideología oficial se sigue denominando «marxismo-leninismo-pensamiento Mao Zedong» y que en Beijing hay un instituto académico dedicado a su estudio, pero se trata de un marxismo tecnocrático, despojado de cualquier compromiso radical con el igualitarismo. La línea oficial viene a decir que una vez que China se haya enriquecido llegará el momento de pensar en el comunismo, pero nadie se atreve a predecir qué sucederá entonces. Entretanto, los esfuerzos por infundir mayor vigor ideológico al partido han fracasado. En 2005 el presidente Hu Jintao lanzó una campaña al estilo de Mao, pidiendo que todos sus miembros pasaran las tardes de los jueves y los sábados estudiando la historia del partido y haciendo autocrítica, pero quedó desconcertado al comprobar que prácticamente nadie se lo tomaba en serio y que las páginas comerciales de Internet hacían un gran negocio vendiendo autocríticas preescritas. Se introdujo una nueva regla que exigía que lo fueran a mano, pero todo el mundo está de acuerdo en que aquella campaña fue un fracaso.[13]

El vacío ideológico resultante se ha llenado con un pujante nacionalismo y con la curiosa reaparición del confucianismo oficial. Tras décadas tratando erradicar esa vetusta ideología de patriarcado, obediencia y orden, el partido la está asumiendo ahora progresivamente. En 2004 el gobierno chino inauguró el primero de un centenar o así de Institutos Confucio planeados

para promover la lengua y la cultura china en el extranjero, como un lejano eco de la propagación por Mao del marxismo internacional en los años sesenta.[14]

Aun así, los dirigentes del PCCh no las tienen todas consigo; que un partido comunista ampare un capitalismo desenfrenado es, por supuesto, bastante difícil de justificar. Los niveles de desigualdad en China (entre los hogares rurales y urbanos y entre diferentes regiones) son ligeramente mayores que en Estados Unidos.** La opción tomada en los años setenta, tras la muerte de Mao, de realizar las reformas de mercado con el apoyo de los burócratas, evitó un colapso como el soviético, pero dejó en manos de los funcionarios locales un enorme poder económico. Los jefes y sus hijos —los nuevos «principitos» comunistas— han empleado su influencia política para asegurarse grandes privilegios. Evidentemente mucha gente está desilusionada, especialmente en las áreas rurales más pobres, y la mayoría de los campesinos tienen una opinión muy negativa de sus gobernantes locales.[15]

Las interferencias políticas pueden tener también un efecto dañino sobre la economía. La presión de los jefes del partido sobre los bancos para que ayuden a los empresarios amigos da lugar a que las decisiones de inversión se hagan a menudo sobre bases políticas y no económicas. El dilema del PCCh es muy simple: ¿cómo puede una élite política, por experta que sea, controlar y dirigir una economía cuando no existe ninguna autoridad —ejecutiva o judicial— independiente del partido que pueda poner freno a la codicia de los funcionarios? Las campañas contra la corrupción pueden funcionar durante un tiempo, pero pronto pierden fuerza.

En el resto del antiguo bloque soviético, los partidos

comunistas se negaron a adaptarse a la revolución neoliberal y su respuesta combinaba el rencor y la nostalgia. En la Alemania reunificada los comunistas del SED reconvertidos en *Partei des Demokratischen Sozialismus* (PDS),*** con gran apoyo en los *Länder* de la antigua RDA, mantenían una actitud ambigua con respecto al mercado. En muchos de los países independientes nacidos de la desintegración de la URSS también predomina una fuerte hostilidad al capitalismo. El Partido Comunista de la Federación Rusa dirigido por Guennadi Ziuganov adoptó una versión muy nacionalista del estalinismo tardío; su combinación de la nostalgia de la URSS como imperio ruso, igualitarismo social, odio a Occidente y resentimiento hacia los oligarcas saqueadores es un cóctel mareante. A mediados de los años noventa la desilusión con respecto a Occidente y el colapso económico alimentaron el apoyo popular y en las elecciones generales de 1995 obtuvo el 22,3 por 100 de los votos, convirtiéndose en el mayor grupo en la *Duma* («Parlamento»); en las de 1999 su representación disminuyó pese a obtener el 24,3 por 100 de los votos, y a partir de entonces ese porcentaje se redujo a la mitad. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1996 Ieltsin derrotó por un estrecho margen a Ziuganov (35,3 frente al 32 por 100), aunque en circunstancias un tanto dudosas. De hecho, el comunista a la antigua había sido derrotado por un ex comunista que presidía un estado corrupto, semidemocrático y semiautoritario, y que contaba con el respaldo de los nuevos hombres de negocios.

Ése fue el patrón dominante en la antigua URSS: los antiguos gobernantes comunistas trataron de reconstruir su poder sin el partido; muchos adoptaron una mezcla de capitalismo pandillero, nacionalismo y autoritarismo. Pero

desde finales de la década de 1990 hasta mediados de la siguiente, una segunda ola de democratización barrió la región. Primero en Bulgaria y Rumanía, y luego en Eslovaquia, Croacia y Serbia-Montenegro, la protestas masivas por el fraude electoral y la corrupción obligaron a celebrar nuevas elecciones y depusieron a los gobernantes poscomunistas.[16] Con la ayuda de los servicios de inteligencia estadounidenses, aquellas revoluciones democráticas se propagaron por toda la región. La *Otpor!* («Resistencia») serbia contra Milošević en 2000 sirvió como modelo de organización en una época posmoderna, irónica y movida por los medios; utilizando una combinación de música rock, ardides publicitarios del estilo de la Alternativa Anaranjada polaca de los años ochenta y eslóganes irreverentes como *Gotov je!* («¡Está acabado!»), acabaron movilizando a cientos de miles de personas el 5 de octubre y obligando a Milošević a dimitir dos días después. A continuación se aplicó en las antiguas repúblicas de la URSS, primero en Georgia con el movimiento *Kmara!* («¡Ya está bien!») —cuyo emblema era significativamente idéntico al de *Otpor!*— en la «revolución rosa» de 2003 que obligó a dimitir al presidente Eduard Shevardnadze, antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Gorbachov; a continuación en Ucrania en 2004 con *Pora!* («¡Ya es hora!»), protagonista de la «revolución naranja» que impidió la proclamación del candidato a la presidencia fraudulentamente elegido Viktor Ianukovich; y poco después en Kirguistán en 2005 con *KelKel* («Renacimiento»), cuya «revolución de los tulipanes» hizo huir del país al presidente Askar Akaiev. Todas esas «revoluciones de colores» contaban sin duda con gran apoyo popular, pero también con el de Estados Unidos, deseoso de reducir la influencia rusa en la región, que a través de diversas

fundaciones financió esas organizaciones no gubernamentales y otras. Aunque así se consiguió apartar del poder en varios países a los poscomunistas, resultó mucho más difícil sustituir el nexo entre burócratas y capitalistas pandilleros por una auténtica democracia parlamentaria; los nuevos gobernantes seguían dependiendo de la antigua estructura de poder.

Los gobernantes ex comunistas se han mostrado mucho más correosos en las ex repúblicas soviéticas de Asia central, donde al faltarles el instrumento del partido han recurrido cada vez más a los clanes tradicionales.[17] Sólo Askar Akaiev trató seriamente de liberalizar su régimen en Kirguistán a principios de los años noventa, pero al final los notables locales acabaron volviendo al poder. En Kazajistán, país muy rico en minerales, gas y petróleo, Nursultan Nazarbaiev* estableció desde muy pronto un régimen autoritario basado en los clanes; algo parecido hizo en Turkmenistán el excéntrico ex primer secretario del Partido Comunista, Saparmurat Niyazov, quien en 1991 apoyó el golpe contra Gorbachov de la «Banda de los Ocho»; tras el fracaso de éste y la desintegración de la URSS, en octubre de 1993 se autoproclamó *Turkmenbashi* («Líder de todos los turcomanos») y compensó el débil apoyo de los clanes promoviendo un desorbitado culto a su personalidad. Su *Ruhnama* («Libro del alma») —una especie de autobiografía que mezcla principios morales, sufismo y dudosa historia nacionalista— se convirtió en lectura obligada en todas las escuelas. En la capital, Asjabad, hizo construir un modelo mecánico gigante que se abre cada día a las ocho de la mañana; también se emiten regularmente citas del libro, imitando la llamada musulmana a la plegaria.** Imitando a los jacobinos, rebautizó los días de la semana y los meses, aunque la nueva nomenclatura era más narcisista que

racionalista: septiembre se convirtió en *Ruhnama* y abril en *Gurbansoltan*, el nombre de su madre. A su muerte en diciembre de 2006, su sucesor y antiguo dentista personal, Gurbanguly Berdimuhammedov, ha tratado de mantener el viejo régimen aunque moderando sus características más peculiares y sobre todo el culto a la personalidad de Niyazov. A todos esos poscomunistas les resultaban esenciales los mecanismos estalinistas para mantener a flote sus regímenes, aunque hubieran abandonado desde hace mucho tiempo su ideología.

Dos antiguos aliados de la URSS, particularmente vulnerables, han mantenido no sólo los instrumentos sino también gran parte de la ideología marxista-leninista: la República Popular Democrática de Corea y Cuba. Ambos fueron severamente golpeados por el colapso de la URSS: no sólo perdieron una sustancial ayuda económica, sino que también se vieron internacional e ideológicamente aislados. Aun así, han mantenido la fuerza de voluntad necesaria para sobrevivir, mostrándose como David frente a Goliat. Ambos han utilizado una mezcla de represión y nacionalismo para evitar el colapso.

En el caso de Corea del Norte, Kim Il-sung legó la vieja mentalidad guerrillera a su hijo y sucesor desde 1994 Kim Jong-il; la crisis económica tras el final del apoyo soviético y el éxito simultáneo de Corea del Sur sólo sirvieron para convencer a los Kim de que no debían hacer ninguna concesión. Desde mediados de los años noventa la alternancia de inundaciones y sequía y la rígida política agraria provocaron hambrunas y la muerte de entre dos y tres millones de personas.[18] La RPDC ha podido sin embargo después obtener ayuda internacional, en

parte mediante una especie de chantaje: el temor a sus armas nucleares y al caos que provocaría su colapso económico han llevado a algunos gobiernos e instituciones a abrir su libreta de cheques. La economía sigue deprimida, pero no hay señales de que el régimen esté perdiendo el control.

La caída de la URSS fue un golpe todavía más doloroso para Cuba, porque dependía mucho del comercio con el bloque del Este. Desde 1991 el régimen se ha visto acosado pero ha seguido resistiendo. La prolongada hostilidad estadounidense y el bloqueo económico, ampliado por el presidente Clinton en 1999,* han ayudado al régimen a explotar el resentimiento nacionalista contra las tácticas agresivas de su gran vecino del norte. Sin embargo, la estrategia económica cubana ha sido muy diferente de la coreana: al permitir a los ciudadanos privados participar en la economía internacional —recibiendo dinero de los parientes o amigos en el extranjeros o de los turistas que visitan el país—, el régimen ha obtenido valiosas divisas con las que se ha podido mantener a flote, aunque a expensas de perder el control sobre una parte sustancial de la economía. Las desigualdades, especialmente entre blancos y negros, han aumentado; el sector estatal está perdiendo gente de talento que se pasa al sector privado o al mercado negro y el escepticismo ha crecido a medida que aumenta la distancia entre los ideales y la realidad.[19]

En febrero de 2008 Fidel Castro renunció a la presidencia, asumida por su hermano Raúl; la liberalización económica ha proseguido, aunque la crisis ha obligado a imponer nuevas medidas de austeridad. Durante la celebración del quincuagésimo aniversario de la entrada de Castro en La Habana, el estado de ánimo en la isla era más bien pesimista;

pero el cambio de régimen en Washington puede tener un mayor efecto y provocarlo también en La Habana si el presidente Obama restaura las relaciones con Cuba.

Así pues, comunistas y ex comunistas rigen algunas de las economías más y menos prósperas del mundo; pero tanto en un caso como en otro el marxismo radical ha desaparecido. Sólo en sociedades agrarias pobres, donde a las desigualdades económicas se añadían las de casta o raza, podía tener todavía atractivo el marxismo revolucionario.

III

En abril de 1980 Abimael Guzmán, un profesor de filosofía en la remota ciudad peruana de Ayacucho, también conocida como Huamanga, realizó un enardecido llamamiento:

> Camaradas, somos los iniciadores … con decisión y firmeza iniciaremos la lucha armada … crecerán las llamas invencibles de la revolución convirtiéndose en plomo, en acero, y del fragor de las batallas con su fuego inextinguible saldrá la luz, de la negrura la luminosidad y habrá un nuevo mundo … seremos protagonistas de la historia, conscientes, organizados, armados y así habrá la gran ruptura y seremos hacedores del amanecer definitivo.[20]

Con esta declaración Guzmán —más conocido como el «presidente Gonzalo»— dio a conocer al mundo al Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso. Su lenguaje vibrante y apocalíptico estaba muy lejos de la retórica soviética o maoísta ortodoxa, y de hecho pretendía estar creando un nuevo marxismo destinado a atraer a los indios peruanos. Como sigue

diciendo todavía el Movimiento Popular Perú en mayo de 2009: «Nos reafirmamos en nuestra grandiosa tarea de enarbolar, defender y aplicar el marxismo-leninismo-maoísmo-Pensamiento Gonzalo, principalmente el Pensamiento Gonzalo». Sin embargo, en la práctica, el Pensamiento Gonzalo difería bien poco del maoísmo y Guzmán había visitado China al menos tres veces durante la Revolución Cultural. La principal diferencia en todo caso era su exaltación de la violencia, glorificada como una fuerza casi redentora. Una tonada de 1969 popularizada por Sendero Luminoso, *La flor de la retama*, contenía estos versos: «La sangre del pueblo tiene / rico perfume, / huele a jazmín, violeta / geranios y margarita, / a pólvora y dinamita. / ¡CARAJO! / a pólvora y dinamita».[21]

La violencia de Sendero Luminoso obedecía a una lógica que podían entender muy bien sus seguidores, los campesinos indígenas golpeados por la pobreza de las tierras altas del sur de Perú, los pobres urbanos y los estudiantes de clase media. La discriminación racial contra los indios tenía una larga historia, y tras el gobierno populista de Velasco Alvarado en 1968-1975 las fuerzas armadas habían empleado la violencia para defender un sistema agrario muy desigual. La cruel represión militar del gobierno de Belaúnde Terry durante la primera mitad de la década de 1980, a la que se añadió durante la segunda mitad la hiperinflación y una grave crisis económica debidas principalmente a la deuda externa, alentaron la rebelión y en su momento culminante, hacia 1991, Sendero Luminoso contaba con unos 23.000 militantes armados y su campaña de violencia rural y urbana amenazaba derrocar el gobierno.[22] Pero el PCP, obsesionado por unificar ideológicamente a sus militantes campesinos, empleaba tanto tiempo en aterrorizar a los

campesinos y comerciantes acomodados de la Sierra como en atacar a sus enemigos. Los mercados campesinos tradicionales fueron proscritos y se estableció una subordinación total a la organización. Los jefes de Sendero Luminoso, criollos urbanos, tenían una cultura muy distinta a la de sus seguidores campesinos, obligados a pintar eslóganes como «¡Muerte al traidor Deng Xiaoping!» en los muros de remotos pueblecitos de los Andes aunque eso no significara nada para los habitantes locales.[23] El gobierno peruano aprovechó esa distancia cultural difundiendo un vídeo que mostraba a Guzmán y sus colegas bailando medio borrachos el *sirtaki* de *Zorba el Griego* en un escondrijo en Lima.[24] Cuando Guzmán y gran parte de la dirección del PCP fueron detenidos en 1992 la insurgencia se vino abajo, aunque sobreviven restos hasta hoy día. La historia de Sendero Luminoso se convirtió en una llamada de atención para los maoístas de todo el mundo, desacreditando el uso de una violencia tan extremada.

Uno de los grupos maoístas que aprendió esa lección fue el Partido Comunista de Nepal (Maoísta).[25] Nepal, como Perú, era una sociedad muy estratificada por diferencias de etnia y casta. Los maoístas del PCN(M), dirigidos por Pushpa Kamal Dahal (más conocido como camarada *Prachanda* [Fiero]), lanzaron en 1996 una «guerra popular» que se intensificó cuando el rey Gyanendra,* alentado por el gobierno nacionalista hindú de la India y el estadounidense, pretendió erradicar la guerrilla a partir de 2002. Cuando en febrero de 2005 el rey se arrogó todos los poderes el PCN(M) estuvo a punto de tomar el país por la fuerza, pero prefirió no hacerlo —quizá creyó que no era lo bastante fuerte, o había aprendido algo del fracaso de Sendero Luminoso en Perú— y convocar una huelga general

que obligó a Gyanendra a restaurar el Parlamento en abril de 2006. Las movilizaciones prosiguieron hasta su abdicación en mayo de 2008, tras la elección de una Asamblea Constituyente en la que el PCN(M) era el grupo más representado con el 38 por 100 de los escaños, y el camarada *Prachanda* se convirtió en jefe del gobierno en agosto de 2008.** Está por ver si los líderes guerrilleros locales se adaptan a las reglas de la democracia parlamentaria.

La victoria de los maoístas en Nepal ha animado a los *naxalitas* de la vecina India, cuya insurgencia se ha extendido a los estados de Bihar, Jharjand y Andhra Pradesh. También allí la rebelión se debe al descontento de los campesinos pobres mientras que los más ricos se benefician del cambio económico, aumentando la desigualdad económica y la miseria. Se trata en general de movimientos locales enfrentados a la policía y a los ejércitos privados de los terratenientes, cuyo grado de violencia difiere de unos a otros.[26] Un periodista indio relativamente simpatizante del movimiento, que en 1998 pasó unas semanas con los guerrilleros en el estado de Maharashtra, describía así a uno de sus líderes:

> Vishwanath conoce bien el marxismo y el maoísmo, pero no en el sentido mundialista de esos términos. Su mundo es pequeño y sus opiniones se adecúan a él. Lucha por una sociedad sin clases, sí, pero hasta cierto punto. Quiere desarrollo, quiere acabar con la explotación, y quiere poner fin a la «represión policial» que ve «por todas partes».[27]

A finales de la primera década del siglo XXI el comunismo guerrillero radical parece arraigado principalmente en Nepal y en la India. En Latinoamérica, en cambio, los movimientos socialistas de tinte populista —como el de Hugo Chávez en

Venezuela— han tenido más éxito que los marxistas radicales. El ejército guerrillero colombiano —las FARC— se ha alejado del marxismo-leninismo y ha optado por un socialismo «bolivariano» más ecléctico, aunque sigue empleando métodos violentos. A mediados de la década de 1990 surgió otro movimiento guerrillero marxista en Latinoamérica y fue el último en obtener un eco internacional significativo, el de los zapatistas mexicanos; pero su historia muestra lo mucho que ha evolucionado el marxismo del Tercer Mundo desde la década de 1960.

La víspera del día de Año Nuevo de 1994 apareció en San Cristóbal de las Casas, capital del estado mexicano de Chiapas, un grupo de guerrilleros enmascarados. Mantuvieron unas pocas escaramuzas con las fuerzas armadas y luego se volvieron a la selva Lacandona; más significativo que los combates fue el subsiguiente torrente de palabras. El «subcomandante Marcos» —Rafael Sebastián Guillén Vicente, según el gobierno mexicano, al igual que Abimael Guzmán profesor de filosofía— pretendía, al frente del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), defender los derechos del campesinado indio, buscando inspiración en una variada colección de figuras que incluía a Marx, al socialista revolucionario mexicano Emiliano Zapata y a los revolucionarios sandinistas; pero la influencia primordial era sin duda la del «comandante Che Guevara», cuya imagen adoptaba el «subcomandante» con su pipa, su barba (bajo el pasamontañas), su gorra, su amor por Don Quijote y su irónica prosa burlonamente heroica.[28] Pero a diferencia del Che no pretendía extender la revolución desde un *foco* e insistía en su «humanismo marxista». De hecho, en 1995 el ejército mexicano tenía cercado al EZLN y la política

mexicana de esos años era mucho más liberal que la de la gran mayoría de los países latinoamericanos durante la década anterior, por lo que la cultura y la propaganda eran más importantes para los zapatistas que la acción militar. Una recopilación de escritos de Marcos, publicada en 2001, llevaba por título *Nuestra arma es nuestra palabra* e intentaba presentar la posibilidad de un comunismo no violento. Como explicaba él mismo, «nuestro ejército es un ejército muy otro porque lo que se está proponiendo es dejar de ser ejército. El militar es una persona absurda que tiene que recurrir a las armas para poder convencer al otro de que su razón es la razón que debe proceder, y en ese sentido el movimiento no tiene futuro si su futuro es el militar. Si el EZLN se perpetúa como una estructura armada militar, va al fracaso».[29]

Su planteamiento —democrático y participativo— estaba de hecho más próximo al de la izquierda occidental en 1968 y al de la Alternativa Anaranjada polaca que al de la vieja izquierda marxista del mundo subdesarrollado. Sus cuentos políticos atribuidos a Don Durito de la Lacandona, un tozudo escarabajo zapatista, así como su dominio de Internet, nos dan a conocer a un autor irónico e incluso caprichoso, ideal para estos tiempos menos belicosos. Por eso no es extraño que Marcos se convirtiera en héroe del movimiento antiglobalización surgido en la década de 1990 como respuesta a las desigualdades generadas por el orden neoliberal. La tradición del Che, renovada por Marcos, era la única corriente del comunismo que mantenía algún atractivo para la izquierda tras el naufragio de 1989, y en 1997, en el trigésimo aniversario de la muerte del Che, una nueva versión tecnopop de «Hasta siempre, comandante» cantada por la glamurosa Nathalie Cardone, llegó

al segundo puesto en la lista de éxitos francesa y obtuvo un «disco de platino». El vídeo promocional mostraba a Cardone ante el cadáver del Che, antes de encabezar una revolución de los pobres latinoamericanos con un AK-47 a la espalda y un bebé en brazos, aunque sólo ejercita su puntería contra una fila de botellas, sin derramar ni una gota de sangre.

Queda, pues, potencial para una política socialista radical allí donde se pueden vincular las grandes desigualdades sociales a una crítica de la intervención extranjera y el «imperialismo», aunque el final de la guerra fría ha mitigado esos resentimientos. Las intervenciones estadounidenses y soviéticas contribuyeron a intensificar los conflictos sociales y étnicos, ya que en gran parte del mundo Estados Unidos había ocupado el vacío dejado por los viejos imperios europeos apuntalando a élites conservadoras para hacer frente a la amenaza comunista. Con la conclusión de la guerra fría, el gobierno estadounidense ha limitado mucho su uso de la fuerza para apoyar a castas impopulares. Desde principios de esta última década gran parte de Latinoamérica se ha desplazado hacia una izquierda populista como reacción contra las reformas neoliberales, pero Estados Unidos ha tolerado en gran medida ese radicalismo, por mucho que le disguste.

Así pues, al iniciarse el nuevo milenio los viejos conflictos que abarcaban los planos geopolítico, social e ideológico habían concluido en la mayor parte de las regiones del mundo excepto en una: Oriente Medio; y es que allí las fuerzas revolucionarios más poderosas de las dos últimas décadas no se agrupaban en torno a la bandera roja del comunismo sino de la bandera verde del islam. También los islamistas radicales creían estar combatiendo en dos frentes: contra el «imperialismo» occidental

y contra el tradicionalismo que hacía del islam un pensamiento «impuro» y «supersticioso». A diferencia de los comunistas aceptaban como naturales las jerarquías sociales y de género, pero como ellos trataban de unir y movilizar a toda la sociedad contra el enemigo. Pero cuando lanzaron los ataques del 11 de septiembre de 2001 contra Estados Unidos provocaron un resurgimiento del neoconservadurismo militante, como había sucedido con los avances de la Unión Soviética en el Tercer Mundo durante la década de 1970. La alianza entre neoliberales y neoconservadores que se convirtió en pilar de la presidencia de Reagan volvió a cobrar fuerza con George W. Bush y dominó la política estadounidense durante sus dos términos presidenciales.

Pero ha sido un breve intervalo. Durante el verano y otoño de 2008 el orden económico mundial que había prevalecido desde 1979-1980 se vino abajo. La quiebra del Banco Lehman Brothers en septiembre —provocada en gran medida por la financiarización de la economía y un planteamiento extremo del *laissez-faire*— marcó el fin de la época neoliberal. Casi simultáneamente, la derrota frente a Rusia en agosto del gobierno de Georgia encabezado por Mijeíl Saakashvili, protagonista cinco años antes de la «revolución rosa», en su ofensiva apoyada por Estados Unidos contra las regiones separatistas de Osetia del Sur y Abjasia, demostraba que los esfuerzos neoconservadores por extender la democracia liberal, ya debilitados por el fracaso de la invasión de Iraq en 2003, habían alcanzado sus límites. Ahora que el orden mundial poscomunista parece asentado, ¿deberíamos revaluar el comunismo?

IV

En un poema de 1938, «An die Nachgeborenen» («A los que todavía no han nacido»), Bertolt Brecht explicaba a las generaciones futuras su opción por el comunismo. Aceptaba que «el odio, incluso contra la vileza, desfigura el rostro», pero aun así pedía *Nachsicht* («indulgencia»); aquellos tiempos en los que él vivía eran «sombríos» y «una conversación sobre árboles es casi un crimen, porque significa callar tantas fechorías»; frente a la injusticia no había otra alternativa que el rigor. «Nosotros, que queríamos preparar el terreno para la amabilidad, no pudimos ser amables. Pero vosotros, cuando lleguen los tiempos en que una persona sea para otra una ayuda, pensad en nosotros con indulgencia».[30]

¿Deberíamos ser indulgentes? El propósito de este libro no es afirmarlo ni negarlo. Hay que juzgar moralmente los crímenes históricos, pero también necesitamos explicaciones. Así pues, una cosa es ser indulgente con Brecht, y otra cosa muy distinta serlo con Stalin o Pol Pot.

En cualquier caso, el poema de Brecht nos ayuda a entender el atractivo del comunismo soviético, incluso para alguien tan opuesto al idealismo y al romanticismo como era él. El comunismo trataba de conseguir la «amabilidad» universal con métodos muy poco amables. Su objetivo era acabar con la desigualdad y traer la modernidad, pero se basaba en la idea de que esto sólo se podía conseguir con métodos radicales, y en último término mediante la revolución.

El deseo marxista de unir la modernidad con la igualdad se iba a demostrar especialmente sugestivo para los estudiantes

patrióticos y las élites instruidas que veían su país sumido en el «atraso»: hombres y mujeres que seguían los pasos de los jacobinos, de Chernishevski y de Lu Xun en su afán, no sólo de desafiar el viejo poder patriarcal, sino también de competir con las naciones más «avanzadas». Aun así, el auge del comunismo no era el resultado inevitable del retraso y la desigualdad. De no haber sido por el caos que prevalecía en Rusia en 1917 o por la invasión japonesa de China, los dos grandes países en los que prendió su llama convirtiéndolos en inspiración para otros quizá nunca habrían enarbolado la bandera roja. Pero si el comunismo solía prender en amplias franjas del pueblo más allá de los activistas —aunque raramente en una mayoría abrumadora—, era su forma menos romántica y más antiliberal, el marxismo-leninismo, la que solía triunfar. Ese híbrido ponía el acento en una minoría disciplinada, clandestina y militante, el partido de vanguardia.

El «partido de nuevo tipo» leninista surgió de la experiencia conspirativa de la política y la guerra civil en Rusia. Desarrolló una combinación peculiar de cultura militar y casi religiosa y casi se convirtió en una secta, muy preocupada por convertir y transformar a sus miembros en adeptos de la auténtica causa socialista; y una vez que consolidó su poder con Stalin su energía se volcó en otra tarea «heroica»: la industrialización del país. El partido se veía a sí mismo como un motor de desarrollo que trataba de arrastrar al campesinado y otros grupos «atrasados» hacia la modernidad. Fue esa promesa de energía dinámica pero disciplinada la que atrajo a los intelectuales de tantos países subdesarrollados y colonizados, y su impulso organizativo el que atrajo a la izquierda antifascista situando a los comunistas en el centro de la resistencia real en los países

ocupados por los nuevos imperios alemán o japonés.

De hecho, los comunistas solían mostrar más confianza en sí mismos cuando formaban parte de un movimiento revolucionario que se oponía a la burocracia y el imperialismo, en particular en situación de guerra, mientras que el ejercicio real del gobierno les resultaba más difícil. Cuando un partido comunista llegaba al poder, durante sus primeros años de gobierno solía pretender una transformación radical, destinada a impulsar a la sociedad hacia el comunismo, a menudo utilizando métodos marciales. Como admitía el Che al poeta Pablo Neruda: «La guerra… La guerra… Siempre estamos contra la guerra, pero cuando la hemos hecho no podemos vivir sin la guerra. En todo instante queremos volver a ella».[31] El radicalismo también parecía más necesario debido a la guerra y a las amenazas exteriores. El marxismo más tecnocrático o pragmático parecía mucho menos relevante en esas condiciones. La guerra o la amenaza de guerra llevaba a menudo a los comunistas radicales al poder, como en el caso de Stalin en 1928 o de Mao en 1943.

Las movilizaciones de masas, los «saltos» económicos adelante, la reforma agraria y las campañas de colectivización semejaban todas ellas campañas militares y a menudo inspiraban el sacrificio solidario de los comunistas y de sus seguidores, especialmente de los más jóvenes; pero sus métodos rigurosos generaban inevitablemente víctimas. Aquellos comunistas, convencidos de que estaban combatiendo por una causa justa, a menudo reprimían brutalmente la cultura campesina tradicional, la religión y a los que juzgaban «burgueses», ahora considerados enemigos del progreso y del pueblo.

Evidentemente, muchos regímenes comunistas no

recurrieron a la violencia de masas. Sin embargo, era en las fases más ambiciosas y radicales del comunismo cuando se producían más víctimas, en particular cuando el régimen trataba de estabilizarse. El grado de violencia difería, dependiendo de los dirigentes y las circunstancias. El más extremo fue el de la Kampuchea de los jemeres rojos y el más mitigado el de los «marxistas humanistas» de Cuba. La movilización para la guerra también podía dar lugar a matanzas en masa, como durante las grandes purgas de Stalin en la década de 1930. Muchas de las víctimas de los regímenes comunistas se suponía que eran «enemigos de clase», pero la mayoría de ellas se debieron al hambre ocasionada por una política agraria empecinadamente dogmática.

Los métodos radicales no se podían utilizar durante mucho tiempo ya que dañaban la economía y provocaban el caos. La autoridad de los expertos y directivos que tenían que gestionar el sistema planificado se veía socavada, los «saltos» superambiciosos generaban desorden y los métodos ultraigualitarios fracasaban. Un reducido grupo de militantes no podía transformar una sociedad amplia y compleja sin un apoyo más amplio. Finalmente el régimen cobraba conciencia de que tenía que «replegarse» y sentar unas bases más sólidas. En la URSS, después de la segunda guerra mundial, un planteamiento más tecnocrático se fusionó con la insistencia en la unidad «patriótica» en lugar de la división sectaria; pero Stalin todavía trataba de mantener la militancia del sistema y seguía utilizando métodos muy represivos contra los «enemigos del pueblo» antipatriotas.

A la muerte de Stalin muchos comunistas comenzaron a poner en cuestión la vigencia del viejo modelo y a presionar en

favor de un movimiento más abierto y «democrático». Sin embargo, era difícil llegar a un consenso sobre la forma de ponerlo en práctica. Hubo quienes intentaron soluciones tecnocráticas, pero chocaron con la oposición de los dirigentes políticos y del pueblo; otros, como Mao y Che Guevara, volvieron a recurrir a un tipo más radical de comunismo y el resultado inevitable fue el desorden y el caos, cuando no la guerra civil; hubo también otra corriente que combinaba un socialismo más ético y romántico de liberación humanista con elementos pragmáticos del mercado y la democracia pluralista, en particular durante la Primavera de Praga; pero el partido no estaba dispuesto a renunciar a su monopolio del poder o a diluir el viejo sistema planificado, y esto precipitó una reacción conservadora en el bloque soviético durante los años setenta que, a su vez, reforzó la resolución de Gorbachov y sus reformistas de emprender una «revolución» contra el partido que acabó destruyendo el propio sistema.

Los regímenes comunistas no siempre habían parecido tan reaccionarios. Su empeño en el bienestar, la educación y la movilidad social contrastaba a menudo notoriamente con las prioridades de los gobernantes anteriores y podían ser muy populares. También hicieron mucho por modernizar sus respectivos países, promoviendo la integración nacional, la movilidad social y el bienestar. Había, sin embargo, límites muy severos a sus logros, en particular en lo que se refiere a la economía. La planificación central daba lugar al despilfarro y daños al medio ambiente; y para los ciudadanos de Europa oriental que conocían en alguna medida la sociedad de consumo occidental la brecha era muy obvia. Parecía que el comunismo propiciaba el estancamiento en la austeridad de la inmediata

posguerra, no una dinámica modernidad.

Pero quizá más perjudicial que la esclerosis económica fue la distancia creciente entre el ideal del comunismo y su realidad. En la década de 1970 en la URSS eran ya muy pocos los que creían que el partido estuviera tratando seriamente de crear una sociedad nueva, dinámica e igualitaria. El partido que había llegado al poder como una élite idealista y militante parecía ahora haber perdido ese impulso y haberse convertido en una organización dedicada únicamente a conservar su poder y sus privilegios. Tras haber dejado atrás un sistema de desigualdades muy arraigadas parecía estar creando uno nuevo. Los intelectuales y profesionales urbanos se sentían especialmente molestos por su exclusión del poder y su falta de libertad, y mientras el mundo capitalista —en parte como respuesta a la amenaza comunista tras la segunda guerra mundial— se hacía más abierto e igualitario, el comunista parecía ahora más elitista y menos moderno que su rival.

El comunismo estaba también cada vez más desacreditado por su propio legado de violencia, ya fuera por el comportamiento de los nuevos regímenes del Tercer Mundo subdesarrollado o por la memoria de los crímenes estalinistas y maoístas. El Gran Salto Adelante, la Revolución Cultural, el terror en Camboya y la represión en Etiopía, pretendidamente justificados como esenciales para llegar al comunismo, ponían en cuestión todo el proyecto marxista. La represión cotidiana también ponía de relieve el vínculo entre marxismo y deshumanización, y esto suscitó un debate sobre la propia responsabilidad de Marx en la tendencia aparentemente intrínseca del comunismo a la violencia. Algunas de las ideas de Marx o a él atribuidas —especialmente su rechazo del

liberalismo y de los derechos democráticos universales y su suposición de que en el futuro se podría llegar a un consenso popular total— se utilizaron para justificar proyectos de movilización y control estatal absoluto, aunque no fuera eso lo que él pretendía. La alabanza de Marx y Engels a las tácticas revolucionarias en distintos momentos se utilizó también para legitimar la violencia. Ahora bien, como señalaban sus partidarios, el propio Marx se opuso al tipo de política elitista que más tarde desarrollarían los partidos marxistas-leninistas y no habría aprobado los regímenes que éstos crearon.

V

En octubre de 2008 una profesora alemana de Karlsruhe, de nombre Müller, vio que uno de sus alumnos llevaba una chupa de deporte en la que se veían las letras «USA» y le dijo que se pusiera en pie. «Frente a la clase —ordenó—. ¿Cómo te atreves a venir a la escuela con esa prenda occidental? Esto no es un desfile de modas para el enemigo de clase; enviaremos una carta al colectivo de tus padres.» Por supuesto, no se envió ninguna carta. Profesora y alumnos estaban representando una parodia destinada a mostrar a los jóvenes alemanes los males del sistema comunista. Les daban a aquellos adolescentes pañuelos de los jóvenes pioneros y les hacían cantar himnos comunistas; también se les ordenaba denunciar a sus compañeros «disidentes» y al parecer les complacía hacerlo. Como se quejaba la organizadora del proyecto, «creo deliberadamente una atmósfera totalitaria y todavía me sorprende ver lo rápida y

fácilmente que la gente se adecúa a ella».[32] Más en general, Frau Müller temía la nostalgia de los estudiantes por la RDA: «Algunos piensan que era como vivir en un paraíso social».

Como sugiere este episodio, en algunas sociedades ex comunistas la crisis económica generaba probablemente una mayor nostalgia del comunismo, que garantizaba el pleno empleo y protección social. En cualquier caso, es poco probable el regreso al «socialismo realmente existente»; el recuerdo de sus excesos y fracasos es demasiado reciente. Pero la actual irritación por la extrema desigualdad de riqueza ha alimentado en algunos países un potente populismo de izquierdas, aunque la historia muestra que las desigualdades económicas extremas, aun siendo una condición necesaria, raramente es suficiente para el triunfo de la extrema izquierda; también se requieren normalmente la dominación imperialista y una estratificación social muy rígida. Si esos tres elementos (o algo que se les parezca) vuelven a combinarse como consecuencia de la actual crisis económica, entonces puede ciertamente desarrollarse un nuevo tipo de extrema izquierda.

También es posible que la tradición romántica participativa del comunismo —que se vio por última vez en las barricadas de 1968— vuelva a cobrar importancia. De hecho, los movimientos ecologistas y contra la globalización comparten esa forma de política. A medida que se desarrolla la crisis del capitalismo globalizado, los ideales marxistas románticos de autenticidad y participación democrática pueden hacerse por tanto más atractivos. Pero sigue en pie el problema que planteó el propio Marx: ¿cómo se puede combinar una sociedad descentralizada con la prosperidad económica? ¿Sólo son compatibles con una reducción del nivel de vida y un

estrechamiento de los horizontes, como creía el propio Marx? Si es así, parece difícil que ese tipo de política pueda obtener un gran apoyo de masas.

Con la caída del comunismo se hicieron evidentes la destrucción provocada por los esfuerzos de transformar la sociedad y la humanidad de forma radicalmente utópica, así como su desprecio hacia la ética y los derechos humanos universales. También era inevitable que el intento prometeico de los comunistas de combinar los proyectos en conflicto de la ciencia moderna, la igualdad y la libertad quedara desacreditado; pero no deberíamos ignorar totalmente a Prometeo. La necesidad de resolver las cuestiones que plantea ese mito parece hoy más necesaria que nunca, si queremos descubrir nuevas vías hacia un orden social y ecológico más igualitario y sostenible.

Láminas

1. Revolución en París. *El 28 de julio de 1830: La Libertad guiando al pueblo*, de Eugène Delacroix, representación clásica de aquella revolución y de la tradición revolucionaria francesa en general. Fue a partir de entonces cuando comenzó a utilizarse el término «socialismo».

2. Marxismo en Berlín. Cartel en el que se celebraban los resultados electorales del 16 de junio de 1898 que convirtieron al Partido Socialdemócrata Alemán en el segundo partido en el Reichstag. Los cuatro jinetes del Apocalipsis, tocados con gorros frigios, ahogan a los partidos tradicionales bajo un diluvio de votos socialdemócratas.

3. Marxismo-leninismo en Moscú. Lenin habla en la inauguración del monumento erigido en memoria de Marx y Engels en la plaza Voskresenskaia de Moscú; noviembre de 1918.

4. *Diez días que estremecieron al mundo*. La mítica «reconstrucción» rodada por Sierguei Eisenstein del asalto al Palacio de Invierno en 1917 para su película *Oktiabr'* de 1928.

5. Caballería Roja. «¡A caballo, proletarios!»: Cartel de la guerra civil rusa, 1919.

6. Hambre en 1921 en Rusia, provocada en parte por las requisas de grano decididas por el gobierno bolchevique.

7. La revolución se extiende hacia el oeste. Bajo Lenin, que apunta a Occidente, se lee la frase inicial del Manifiesto comunista de Marx y Engels: «Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo».

8. *Muerte al imperialismo mundial*, de Dmitri Orlov («Moor»), 1919. Obreros y soldados se esfuerzan por derrotar al monstruo imperialista que asfixia la economía mundial.

9. Una utopía moderna. Bosquejo de Vladimir Tatlin para el edificio que se quería construir como sede para la Tercera Internacional («Comintern»), 1920. Nunca llegó a edificarse y probablemente habría resultado imposible, pero aun así se convirtió en enseña de la arquitectura constructivista.

10. Comunistas del Tercer Mundo en Francia. Ho Chi Minh habla el 25 de diciembre de 1920 en la sesión inaugural del Congreso de Tours en el que se fundó el Partido Comunista Francés. Muchos otros jóvenes procedentes de las colonias que residían por aquella época en Francia se unieron también al PCF.

11. Cartel del «Socorro Rojo Internacional», en el que se condenaba el «terror imperialista» y se pedía el envío de una «delegación obrera Indochina» para investigar lo que estaba sucediendo en aquella colonia francesa.

12. Guerrilleros en Asia. Mao, muy joven, habla ante sus soldados.

13. En esta imagen y la siguiente se observa cómo va cambiando la relación de Stalin con el pueblo soviético. En este cartel de 1931 camina con los obreros, a su misma altura. El eslogan dice: «La realidad de nuestro programa: así es la vida de la gente, nosotros con vosotros».

14. En 1935 la figura de Stalin es mucho mayor que la de los demás, y el mensaje resulta mucho más elitista: «Los cuadros lo deciden todo».Los ahora glorificados eran los mandos y algunos obreros heroicos.

15. En 1952 Stalin está solo en el cartel, y al fondo se ve uno de sus «grandes edificios». Abajo a la izquierda se lee: «Gloria al gran Stalin, arquitecto del comunismo».

16. «Crítica y autocrítica». Este cartel soviético de 1931 alentaba a los obreros a denunciar a sus jefes. Cuenta la historia de un obrero cuyas herramientas se estropean y que comprueba que no hay piezas de repuesto. La escasez se atribuye a un burócrata, asesorado por un siniestro especialista burgués con bigote.

17. El Gulag. Campo de trabajo en el canal del mar Blanco al Báltico, el primer proyecto importante en el que se empleó trabajo forzado. En la construcción del canal, de 1931 a 1933, murieron cerca de 11.000 personas.

18. Las granjas colectivas. Fotografía de propaganda en la que se ve a los campesinos marchar al trabajo, descalzos pero felices.

19. El hermano menor favorito de Moscú. Un soldado del Ejército Rojo estrecha la mano a un obrero alemán en este cartel del KPD, en el que se lee: «Unión Soviética. Diez años» (1928).

20. Guerra civil española. Miembros de la Brigada Internacional inglesa «Tom Mann» organizada en Barcelona en el verano de 1936, posan ante su bandera, que parece más bien una pancarta.

21. La guerra de las ideologías. Los pabellones alemán y soviético en la Exposición Internacional de París de 1937, uno frente al otro a ambos lados de la «Avenida de la Paz» que llevaba desde el Palacio de Chaillot hasta la Torre Eiffel.

22. Comunistas contra el fascismo. Un cartel del PCF de 1946 presenta a los hombres de negocios como colaboradores de los nazis y pide la nacionalización de sus empresas. El texto dice: «Los hombres de los trusts vendieron Francia a Hitler».

23. Italia. Simpatizantes comunistas en una fábrica en Turín durante la campaña electoral de 1948. Las esperanzas del PCI se vieron frustradas al obtener sólo el 31 por 100 de los votos.

24. Ocupación soviética de parte de Alemania. Una policía rusa dirige el tráfico frente a la Puerta de Brandemburgo poco después de la entrada de las tropas del Ejército Rojo en Berlín en 1945.

25. Aprendiendo del hermano mayor. Un ingeniero soviético instruye a su colega chino (1953). El texto del cartel dice: «Aprendamos los métodos de producción avanzados de la Unión Soviética. Luchemos por la industrialización de nuestro país».

26. Enemigos. Un obrero soviético descubre a un saboteador sobornado con dinero estadounidense. El texto del cartel (de 1953, poco antes de la muerte de Stalin y en el momento más intenso de sus campañas chovinistas) dice: «La vigilancia es nuestra arma».

27. Puritanismo comunista. Los virtuosos obreros que reconstruyen Polonia después de la guerra, miran con cara de reproche a una mujer que representa el consumismo de Occidente. Se trata de una pintura de 1950 de Wojciech Fangor que lleva el título *Postaci* («Figuras»). El vestido de la mujer está cubierto de letreros que aluden a Occidente, como «Coca Cola» y «Wall Street».

28. Consumismo. Richard Nixon muestra a un adusto Jruschov el 24 de julio de 1959 las ventajas del modo de vida americano durante su «debate de la cocina» en la exposición organizada en el Parque Sokolniki de Moscú.

29. El «Gran Salto Adelante». Campesinos chinos ponen en marcha los hornos de fundición recién construidos en el campo; junio de 1958.

30. La Gran Revolución Cultural Proletaria. Soldados chinos en un grupo de estudio político en 1966. En el cartel que se ve tras ellos se lee: «¡Abrid fuego sobre la línea negra antipartido y antisocialista!».

31. Ejecución de un «enemigo» durante la Revolución Cultural.

32. Símbolo de la revolución. Versión pop-art de la famosa fotografía del Che Guevara tomada por Alberto Díaz Gutiérrez («Korda») en 1960. «Hasta la victoria siempre» fueron las últimas palabras escritas por el Che a Fidel Castro.

33. «Cristo guerrillero». Cartel de Alfredo Rostgaard de 1969 que funde cristianismo y marxismo en la «teología de la liberación».

34. Hijos de la revolución. Un pequeño soldado del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) bajo un retrato de su líder, Agostinho Neto. Huambo, Angola, febrero de 1976.

35. Rebelión. Los habitantes de Budapest queman retratos de Stalin en octubre de 1956.

36. Confinamiento. Construcción del Muro de Berlín cerca de la Puerta de Brandemburgo en 1961.

37. 1968: dos facetas del comunismo. *Arriba*: estudiantes parisinos se manifiestan con banderas vietnamitas y retratos de Mao (mayo). *Abajo*: los tanques soviéticos aplastan la Primavera de Praga (agosto).

38. El «hermano número 1» Pol Pot dirige un grupo de guerrilleros tras su desalojo del poder en 1979.

39. «Campos de la muerte». Un chico ante los restosde víctimas del Jemer Rojo acumulados en una escuela abandonada al sur de Phnom Penh, 1996.

40. Afroestalinismo. Un cartel con la figura del dictador etíope Mengistu preside una plaza de Addis Abeba al estilo soviético .

41. «¡Camaradas, se acabó!» (en ruso). Cartel de 1989 del Foro Democrático Húngaro, despidiendo a los soviéticos obligados a abandonar Europa oriental.

42. Caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989.

43. Pervivencia del comunismo. Un gran retrato de Mao en la plaza de Tiananmen en Beijing preside la celebración de la llegada de la antorcha olímpica el 31 de marzo de 2008.

44. Imagen perdurable. Un chico cubano alza un retrato del Che Guevara en la concentración con la que se conmemoró el 75.º aniversario de su nacimiento, el 14 de junio de 2003.

45. El camarada *Prachanda* (Fiero), dirigente de los maoístas nepalíes, se dirige a sus seguidores reunidos en septiembre de 2006.

Lista de ilustraciones

01. Eugène Delacroix, *July 28: Liberty Leading the People*, 1830, Musée du Louvre, París (copyright © akg-images/Erich Lessing)

02. Cartel de las elecciones alemanas de 1898, en *Der Wahre Jacob*, 7 de junio de 1898 (copyright © akg-images/Coll. Archiv f.Kunst & Geschichte)

03. Vladimir Lenin habla en la inauguración del monumento a Marx y Engels, 7 de noviembre de 1918 (copyright © RIA Novosti/TopFoto)

04. Un fotograma de *Oktiabr'* de Sierguei Eisenstein (Ronald Grant Archive, Londres)

05. Cartel de la guerra civil rusa, 1919 (Museé d'Histoire Contemporaine, París)

06. Hambre en Rusia, 1921 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

07. «A Spectre Haunts Europe, the Spectre of Communism»; litografía publicada por Mospoligraf, 1917-1924 (The Hoover Institution Archives, Stanford University RU/SU 524)

08. D. S. Moor, *Death to World Imperialism*, 1919 (colección privada)

09. Vladimir Tatlin, modelo del monumento a la Tercera Internacional, 1920, Museum of Modern Art (MoMA), Nueva York (PA76. Digital image copyright © 2009 The Museum of Modern Art, Nueva York/Scala, Florencia)

10. Ho Chi Minh en el discurso de la sesión inaugural del congreso socialista celebrado en Francia, 25 de diciembre de 1920 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

11. Cartel del «Socorro Rojo Internacional», década de 1930 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

12. Mao Zedong joven, finales de la década de 1920 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

13. Stalin en un cartel de Gustav Klutsis, *The Reality of Our Program*, 1931 (copyright © Posters Please, Nueva York)

14. Stalin en un cartel de Gustav Klutsis, *Cadres Decide Everything*, 1935

(copyright © Plakat)

15. Stalin en un cartel de K. Ivanov y N. Petrov, *Glory to the Great Stalin, Architect of Communism* (copyright © Plakat)

16. Un cartel de V. Koslinszky, 1931 (colección privada)

17. Prisioneros soviéticos construyendo el canal mar Blanco-mar Báltico, 1931-1933 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

18. Campesinos soviéticos tomando posesión de las tierras asignadas en las granjas colectivizadas, 1935 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

19. Soldado del Ejército Rojo y proletario dándose la mano, cartel, 1928 (copyright © akg-images)

20. Miembros de la Brigada inglesa Tom Mann, Barcelona, 1936 (copyright © AP/Press Association Images)

21. Pabellones de Alemania y la URSS en la exposición de París de 1937 (copyright © lapi/Roger Viollet/Getty Images)

22. Cartel francés del Partido Comunista, 1946 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

23. Simpatizantes comunistas en la fábrica de Fiat en Turín, 14 de junio de 1948 (copyright © Dabid Seymour/Magnum Photos)

24. Mujer policía rusa dirigiendo el tráfico delante de la Puerta de Brandenburgo, Berlín, 5 de julio de 1945 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

25. Cartel chino mostrando a un ingeniero soviético instruyendo a sus colegas chinos (International Institute of Social History, The Netherlands)

26. V. Ivanov, *Vigilance is Our Weapon* (cartel), 1953 (copyright © Plakat)

27. Wojciech Fangor, *Figures*, 1950, Muzeum Sztuki, Lodz (fotografía: Piotr Tomczyk)

28. Nikita Jruschov y el vicepresidente de Estados Unidos Richard Nixon en la exposición de Estados Unidos en el Sokolniki Park de Moscú, 24 de julio de 1959 (copyright © AP/Press Association Images)

29. Campesinos chinos trabajando en los altos hornos durante el Gran Salto Adelante, 14 de junio de 1958 (copyright © Henri-Cartier Bresson/Magnum Photos)

30. Soldados del Ejército de Liberación Popular durante la Revolución Cultural, 1966 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

31. Ejecución durante la Revolución Cultural, 1966-1968 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

32. Alfredo Rostgaard, *Che*, 167 (ICAIC)

33. Alfredo Rostgaard, *Christ Guerrilla*, 1969 (International Institute of Social History, The Netherlands)

34. Un joven soldado de la MPLA en Huambo, Angola, 23 de febrero de 1976 (copyright © AFP/Getty Images)

35. Manifestación fuera de una tienda cultural soviética, Budapest, 14 de junio de

1956 (copyright © Erich Lessing/Magnum Photos)

36. Alemanes del este reforzando el Muro de Berlín (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives)

37. *a*) Una manifestación comunista en París, mayo de 1968 (copyright © Mary Evans Picture Library/Rue des Archives); *b*) invasión de Praga por las tropas del pacto de Varsovia, Praga, agosto de 1968 (copyright © Joseph Kouldelka/Magnum Photos)

38. Pol Pot conduciendo una columna de sus hombres (copyright © AP Photo/Kyodo News)

39. Campo de exterminio al sur de Phnom Penh, 1996 (copyright © Bruno Barbey/Magnum Photos)

40. Valla publicitaria del coronel Mengistu, Addis Abeba, Etiopía, 1984 (copyright © Rex Features)

41. Istvan Orosz, *Comrades, It's Over!* (cartel), Hungría, 1990 (copyright © Istvan Orosz)

42. La caída del Muro de Berlín, 11 de noviembre de 1989 (copyright © Raymond Depardon/Magnum Photos)

43. Ceremonia de celebración de la llegada de la llama olímpica a la plaza de Tiananmen en Beijing, 31 de marzo de 2008 (copyright © Diego Azubel/epa/Corbis)

44. Muchacho cubano sosteniendo un retrato del Che Guevara durante un mítin político en Santa Clara, Cuba, 14 de junio de 2003 (copyright © Reuters/Corbis)

45. Prachanda, dirigente rebelde maoísta dando un mítin en la ciudad de Chapagaun, Nepal, 3 de septiembre de 2006 (copyright © Narendra Shrestha/epa/Corbis)

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

S. Courtois *et al.*, *The Black Book of Communism*, Cambridge, Mass., 1999. (Hay trad. cast.: *El libro negro del comunismo*, Planeta, Barcelona, 1998.)

M. Dreyfus *et al.*, *Le Siècle des Communismes*, París, 2000.

F. Furet, *The Passing of an Illusion*, Chicago, 2004. (Hay trad. cast.: *El pasado de una ilusión*, FCE, México, 1995.)

K. Jowitt, *New World Disorder. The Leninist Extinction*, Berkeley, 1992.

L. Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, Oxford, 1978. (Hay trad. cast.: *Las principales corrientes del marxismo*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1980.)

W. Laqueur, *The Dream that Failed*, Oxford, 1994.

G. Lichtheim, *A Short History of Socialism*, Londres, 1975. (Hay trad. cast.: *Breve historia del socialismo*, Alianza, Madrid, 1979.)

M. Malia, *The Soviet Tragedy*, Nueva York, 1994.

R. Pipes, *Communism*, Londres, 2002. (Hay trad. cast.: *Historia del comunismo*, Mondadori, Barcelona, 2002.)

D. Sassoon *et al.*, *One Hundred Years of Socialism: The West European Left in the Twentieth Century*, Londres, 1997. (Hay trad. cast.: *Cien años de socialismo*, Edhasa, Barcelona, 2001.)

A. Walicki, *Marxism and the Leap to the Kingdom of Freedom*, Stanford, 1995.

A. Westoby, *Communism since World War II*, Brighton, 1981.

PRÓLOGO

K. Baker, *Inventing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, 1990.

D. Bell, *The Cult of the Nation in France. Inventing Nationalism, 1680-1800*, Cambridge, Mass., 2001.

A. Forrest, *The Soldiers of the French Revolution*, Durham, N.C., 1990.

J. Hardman, *Robespierre*, Londres, 1999.

P. Higgonet, *Goodness Beyond Virtue. Jacobins during the French Revolution*, Cambridge, Mass., 1998.

L. Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Londres, 1986. (Hay trad. cast.: *Política, cultura y clase durante la Revolución Francesa*, Universidad Nacional de Córdoba, 2008.)

D. Jordan, *The Revolutionary Career of Maximilien Robespierre*, Londres, 1985. (Hay trad. cast.: *Robespierre: el primer revolucionario*, J. Vergara, Buenos Aires, 1986.)

C. Lucas (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture,* vol 2: *The Political Culture of the French Revolution*, Oxford, 1988.

J. Lynn, *The Bayonets of the Republic: Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France, 1791-94*, Urbana, 1984.

M. Ozouf, *Festivals and the French Revolution*, trad. al inglés de A. Sheridan, Cambridge, Mass., 1988.

R. Rose, *Gracchus Babeuf: The First Revolutionary Communist*, Londres, 1978.

W. Sewell, *A Rhetoric of Bourgeois Revolution. The Abbé Sièyes and What is the Third Estate?*, Durham, N.C., 1994.

J. Shklar, *Men and Citizens: a Study of Rousseau's Social Theory*, Cambridge, 1969.

UN PROMETEO ALEMÁN

F. Andreucci, «The Diffusion of Marxism in Italy during the late Nineteenth Century», en R. Samuel y G. Stedman Jones (eds.), *Culture, Ideology, and Politics: Essays for Eric Hobsbawm*, Londres, 1982.

J. Beecher, *Charles Fourier: The Visionary and His world*, Berkeley, 1986.

C. Cahm, *Kropotkin and the Rise of Revolutionary Anarchism, 1872-1886*, Cambridge, 1989.

L. Derfler, *Paul Lafargue and the Founding of French Marxism, 1842-1882*, Cambridge, Mass., 1991.

G. Duveau, *1848. The Making of a Revolution*, trad. al inglés de A. Carter, Londres, 1967.

J. Ehrenberg, *Proudhon and His Age*, Atlantic Highlands, N. J., 1996.

G. Eley, *Forging Democracy. The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Nueva York, 2002.

R. Fletcher, *Revisionism and Empire. Socialist Imperialism in Germany, 1897-1914*, Londres, 1984.

F. Furet, *Marx and the French Revolution*, Chicago, 1988. (Hay trad. cast.: *Marx y la Revolución Francesa*, FCE, México, 1992.)

R. G. Garnett, *Co-operation and the Owenite Socialist Communities in Britain, 1825-45*, Manchester, 1972.

D. Geary, *European Labour Protest, 1848-1939*, Londres, 1981.

—, *Karl Kautsky*, Manchester, 1987.

— (ed.), *Labour and Socialist Movements in Europe Before 1914*, Oxford, 1989.

A. Gilbert, *Marx's Politics. Communists and Citizens*, Oxford, 1981.

H. Goldberg, *The Life of Jean Jaurès*, Madison, 1968.

R. Gould, *Insurgent Identities: Class, Communities and Protest from 1848 to the Commune*, Chicago, 1995.

L. H. Haimson y C. Tilly (eds.), *Strikes, Wars and Revolutions in an International Perspective: Strike Waves in the late Nineteenth and early Twentieth Centuries*, Cambridge, 1989.

S. Hanson, *Time and Revolution. Marxism and the Design of Soviet Institutions*, Chapel Hill, 1997.

J. F. C. Harrison, *Robert Owen and the Owenites in Britain and America: The Quest for the New Moral World*, Londres, 1969.

E. J. Hobsbawm (ed.), *The History of Marxism*, Brighton, 1982. (Hay trad. cast.: *Historia del marxismo*, Bruguera, Barcelona, 1983.)

F. van Holthoon y M. van der Linden (eds.), *Internationalism in the Labour Movement, 1830–1940*, Leiden, 1988.

R. N. Hunt, *The Political Ideas of Marx and Engels* (2 vols.), Pittsburgh, 1974, 1984.

C. H. Johnson, *Utopian Communism in France: Cabet and the Icarians, 1839-1851*, Ithaca, 1974.

I. Katznelson y A. R. Zolberg (eds.), *Working-Class Formation: Nineteenth- Century Patterns in Western Europe and the United States*, Princeton, 1986.

V. L. Lidtke, *The Outlawed Party: Social Democracy in Germany, 1878-1890*, Princeton, 1966.

—, *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany*, Nueva York, 1985.

D. Lovell, *From Marx to Lenin. An Evaluation of Marx's Responsibility for Soviet Authoritarianism* Cambridge, 1984.

D. McLellan, *Karl Marx: a Biography*, Londres, 1995.

F. E. Manuel, *The New World of Henri Saint-Simon*, Cambridge, Mass., 1956.

—, *The Prophets of Paris*, Cambridge, Mass., 1962.

F. E. Manuel y F. P. Manuel, *Utopian Thought in the Western World*, Oxford, 1979.

J. E. Miller, *From Elite to Mass Politics: Italian Socialism in the Giolittian Era, 1900-1914*, Kent, Ohio, 1990.

M. A. Miller, *Kropotkin*, Chicago, 1976.

S. Miller y H. Potthoff, *A History of German Social Democracy from 1848 to the Present*, trad. al inglés de J. A. Underwood, Leamington Spa, 1986.

R. Morgan, *The German Social Democrats and the First International, 1864-1872*, Cambridge, 1965.

J. Rougerie, *Le Procès des Communards*, París, 1971.

M. Salvadori, *Karl Kautsky*, Londres, 1979.

W. Sewell, *Work and Revolution in France: the Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.

A. B. Spitzer, *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui*, Nueva York, 1957.

G. P. Steenson, *«Not One Man! Not One Penny!»: German Social Democracy, 1863-1914*, Pittsburgh, 1981.

—, *After Marx, Before Lenin: Marxism and Socialist Working-Class Parties in Europe, 1884-1914*, Pittsburgh, 1991.

M. Steger, *The Quest for Evolutionary Socialism. Eduard Bernstein and Social Democracy*, Cambridge, 1997.

V. K. Steven, *Between Marxism and Anarchism: Benoît Malon and French Reformist Socialism*, Berkeley, 1992.

R. Stuart, *Marxism at Work: Ideology, Class and French Socialism during the Third Republic*, Cambridge, 2002.

K. Taylor (ed.), *Henri Saint-Simon (1760-1825): Selected Writings on Science, Industry and Social Organization*, Londres, 1975.

K. S. Vincent, *Pierre-Joseph Proudhon and the Rise of French Republican Socialism*, Nueva York, 1984.

A. Walicki, *Marxism and the Leap to the Kingdom of Freedom*, Stanford, 1995.

E. Weitz, *Creating German Communism 1890–1990. From Popular Protests to Socialist State*, Princeton, 1997.

G. Woodcock, *Anarchism: A History of Libertarian Ideas and Movements*, Harmondsworth, 1975.

JINETES DE BRONCE

A. Ascher, *The Revolution of 1905* (2 vols.), Stanford, 1988, 1992.

S. H. Baron, *Plekhanov: The Father of Russian Marxism*, Londres, 1963. (Hay trad.

cast.: *Plejanov: el Padre del marxismo ruso*, Madrid-Buenos Aires, Siglo XXI, 1976.)

V. Bonnell, *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organizations in St. Petersburg and Moscow, 1900-1914*, Berkeley, 1983.

K. Clark, *Petersburg: Crucible of Cultural Revolution*, Cambridge, Mass., 1995.

O. Figes, *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, 1989.

—, *A People's Tragedy: the Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, 1996.

O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution: the Language and Symbols of 1917*, New Haven, 1999.

S. Fitzpatrick y Y. Slezkine (eds.), *In the Shadow of Revolution: Life Stories of Russian Women from 1917 to the Second World War*, trad. al inglés de Y. Slezkine, Princeton, 2000.

A. Geifman, *Thou Shalt Kill. Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917*, Princeton, 1993.

J. Von Geldern, *Bolshevik Festivals 1917-1920*, Berkeley, 1993.

A. Gleason, *Young Russia. The Genesis of Russian Radicalism in the 1860s*, Chicago, 1980.

A. Gleason, P. Kenez y R. Stites (eds.), *Bolshevik Culture: Experiment and Order in the Russian Revolution,* Bloomington, 1985.

W. Goldman, *Women, The State and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936,* Cambridge, 1993. (Hay trad. cast.: Las Mujeres, el Estado y la Revolución: política familiar soviética y vida social 1917-1936, IPS, Buenos Aires, 2009.)

T. Hasegawa, *The February Revolution, Petrograd, 1917*, Seattle, Wash., 1981.

P. Holquist, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, Mass., 2002.

D. Kaiser (ed.), *The Workers' Revolution in Russia, 1917: The View from Below*, Cambridge, 1987.

S. Kanatchikov, *A Radical Worker in Tsarist Russia: the Autobiography of Semen Ivanovich Kanatchikov*, trad. al inglés y ed. de R. Zelnik, Stanford, 1986.

A. Kelly, *Mikhail Bakunin: A Study in the Psychology and Politics of Utopianism*, Oxford, 1982.

T. McDaniel, *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia*, Berkeley, 1988.

S. Malle, *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921* (Cambridge, 1985).

S. Morrissey, *Heralds of Revolution: Russian Students and the Mythologies of Radicalism*, Nueva York, 1998.

J. Sanborn, *Drafting the Russian Nation. Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925*, Dekalb, Ill., 2003.

R. Service, *Lenin. A Biography*, Basingstoke, 2005. (Hay trad. cast.: *Lenin, una biografía*, Siglo XXI, Barcelona, 2001.)

S. Smith, *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-18*, Cambridge, 1983.

M. Steinberg, *Voices of Revolution, 1917*, New Haven, 2001.

R. Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York, 1989.

R. Wortman, *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy*, vol. 2. *From Alexander II to the Abdication of Nicholas II*, Princeton, 2000.

LA PERCEPCIÓN DESDE OCCIDENTE

W. T. Angress, *Stillborn Revolution: The Communist Bid for Power in Germany, 1921-1923*, Princeton University Press, Princeton, 1963.

A. Arato y P. Breines, *The Young Lukacs and the Origins of Western Marxism*, Londres, 1979. (Hay trad. cast.: *El joven Lukács y los orígenes del marxismo occidental*, FCE, México, 1986.)

I. Banac (ed.), *The Effects of World War I: The Class War after the Great War: The Rise of Communist Parties in East Central Europe, 1918-1921*, Nueva York, 1983.

L. Boswell, *Rural Communism in France, 1920-1939*, Ithaca, 1998.

P. Broué, *Histoire de l'Internationale Communiste: 1919-1943*, París, 1997.

M. Caballero, *Latin America and the Comintern, 1919-1943*, Cambridge, 1986.

F. L. Carsten, *Revolution in Central Europe, 1918-1919*, Aldershot, 1988.

M. Clark, *Antonio Gramsci and the Revolution that Failed*, New Haven, 1977.

F. Claudín, *The Communist Movement: From Comintern to Cominform*, trad. al inglés de B. Pearce and F. MacDonagh, Harmondsworth, 1975. (Hay trad. cast.: *La crisis del movimiento comunista,* Tomo I: *De la Komitern al Kominform*, Ruedo Ibérico, París, 1970.)

B. Fowkes, *Communism in Germany under the Weimar Republic*, Londres, 1984.

G. Haupt, *Socialism and the Great War: The Collapse of the Second International*, Oxford, 1972.

J. Humbert-Droz, *De Lenine a Staline: Dix Ans au service de l'Internationale communiste, 1921-1931*, Neuchatel, 1971.

D. Kirby, *War, Peace and Revolution. International Socialism at the Crossroads 1914-1918*, Nueva York, 1986.

B. Kovrig, *Communism in Hungary. From Kun to Kadar*, Stanford, 1979.

W. Leonhard, *Child of the Revolution*, trad. al inglés de C. M. Woodhouse, Londres, 1979. (Hay trad. cast.: *Hijo de la Revolución*, Plaza y Janes, Buenos Aires, 1966.)

K. McDermott y J. Agnew, *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin,* Basingstoke, 1996.

K.-M. Mallmann, *Kommunisten in der Weimarer Republik. Sozialgeshchichte einer revolutionären Bewegung,* Darmstadt, 1996.

K. Morgan, G. Cohen y A. Flinn, *Communists and British Society 1920-1991*, Londres, 2003.

J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, Londres, 1966. (Hay trad. cast.: *Rosa Luxemburgo*, Ediciones Era, México, 1974.)

T. Rees y A. Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International, 1919-1943,* Manchester, 1998.

P. Spriano, *The Occupation of the Factories: Italy 1920*, trad. al inglés de G. Williams, Londres, 1975.

R. L. Tökés, *Béla Kun and the Hungarian Soviet Republic: The Origins and Role of the Communist Party of Hungary in the Revolutions of 1918-1919*, Nueva York, 1967.

H. Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus* (2 vols.), Frankfurt, 1969.

E. D. Weitz, *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State*, Princeton, 1997.

J. Willett, *The New Sobriety 1917-1933: Art and Politics in the Weimar Period*, Londres, 1978.

R. Wohl, *French Communism in the Making, 1914-1924*, Stanford, 1966.

C. Wrigley (ed.), *Challenges of Labour: Central and Western Europe, 1917-1920*, Londres, 1993.

HOMBRES DE ACERO

J. Baberowski, *Der rote Terror: die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003.

D. Bordwell, *The Cinema of Eisenstein*, Cambridge, Mass., 1993. (Hay trad. cast.: *El cine de Eisenstein*, Barcelona, Paidós, 1999.)

D. Brandenberger, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931–1956*, Cambridge, Mass., 2002.

J. Brooks, *Thank You, Comrade Stalin! Soviet Public Culture from Revolution to Cold War*, Princeton, 2000.

S. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938*, Oxford, 1980. (Hay trad. cast.: *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, Madrid, 1976.)

M. David-Fox, *Revolution of the Mind: Higher Learning among the Bolsheviks, 1918-1929*, Ithaca, 1997.

S. Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997.

S. Fitzpatrick, *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after*

Colectivization, Oxford, 1994.

—, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford, 1999.

S. Fitzpatrick, A. Rabinowitch y R. Stites (eds.), *Russia in the Era of NEP: Explorations in Soviet Society and Culture*, Bloomington, 1991.

V. Garros, N. Korenevskaya y T. Lahusen (eds.), *Intimacy and Terror. Soviet Diaries of the 1930s*, trad. al inglés de C. Flath, Nueva York, 1995.

J. Getty y O. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven, 1999. (Hay trad. cast.: *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques (1932-1939)*, Crítica, Barcelona, 2001.)

—, *Yezhov, The Rise of Stalin's «Iron Fist»*, New Haven, 2008.

J. Hellbeck, *Revolution on My Mind: Writing a Diary under Stalin*, Cambridge, Mass., 2006.

S. Kotkin, *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, Berkeley, 1995.

V. Kravchenko, *I Chose Freedom. The Personal and Political Life of a Soviet Official*, Londres, 1947. (Hay trad. cast.: *Yo escogí la libertad: vida íntima y política de un alto funcionario soviético fugado de la Embajada de la URSS en Washington*, Ciudadela, Madrid, 2008.)

T. Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923–1939*, Ithaca, 2001.

E. Naiman, *Sex in Public: The Incarnation of Early Soviet Ideology*, Princeton, 1997.

D. Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization. Ideas, Power, and Terror in Inter-war Russia*, Oxford, 2007.

R. Service, *Stalin. A Biography*, Londres, 2004. (Hay trad. cast.: *Stalin. Una biografía*, Siglo XXI, Madrid, 2006.)

L. Siegelbaum y A. Sokolov (eds.), *Stalinism as a Way of Life*, New Haven, 2000.

E. Van Ree, *The Political Thought of Joseph Stalin. A Study in Twentieth Century Revolutionary Patriotism*, Londres, 2002.

FRENTES POPULARES

B. Abrams, *The Struggle for the Soul of the Nation. Czech Culture and the Rise of Communism*, Lanham, 2004.

A. Agosti, *Togliatti. La vita sociale della nuova Italia*, Turín, 1996.

M. S. Alexander y H. Graham (eds.), *The French and Spanish Popular Fronts: Comparative Perspectives*, Cambridge, 1989.

R. J. Alexander, *International Trotskyism, 1929-1985: A Documented Analysis of the*

Movement, Durham, N.C., 1991.

R. Cerdas, *The Communist International in Central America*, Londres, 1993.

S. Courtois y M. Lazar, *Histoire du communisme français*, París, 2000.

A. Dallin y F. Firsov (eds.), *Dimitrov and Stalin 1934-1943. Letters from the Soviet Archives*, New Haven, 2000.

I. Deutscher, *The Prophet Outcast: Trotsky, 1929-1940*, Londres, 1963. (Hay trad. cast.: *Trotsky, el profeta desterrado*, Era, México, 1971.)

M. Djilas, *Conversations with Stalin*, trad. al inglés de M. Petrovich, Harmondsworth, 1969. (Hay trad. cast.: *Conversaciones con Stalin*, Seix Barral, Barcelona, 1962.)

T. Draper, *American Communism and Soviet Russia: The Formative Period*, ed. rev., Nueva York, 1986.

F. Fejtö, *A History of the People's Democracies: Eastern Europe since Stalin*, trad. al inglés de D. Weissbort, Harmondsworth, 1974.

C. Fischer, *The German Communists and the Rise of Nazism*, Basingstoke, 1991.

P. Frank, *The Fourth International: The Long March of the Trotskyists*, trad. al inglés de R. Schein, expanded edn., Londres, 1979. (Hay trad. cast: *Historia de la IV Internacional*, Cuadernos Rojos, Buenos Aires, sin fecha.)

J. Gaddis, *We Now Know. Rethinking Cold War History*, Oxford, 1997.

G. Gorodestsky (ed.), *Soviet Foreign Policy, 1917-1991. A Retrospective*, Londres, 1994.

H. Graham, *Socialism and War: the Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge, 1991.

H. Graham y P. Preston (eds.), *The Popular Front in Europe*, Basingstoke, 1987.

J. T. Gross, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, 1988.

H. Gruber, *Léon Blum, French Socialism, and the Popular Front: A Case of Internal Contradictions*, Ithaca, 1986.

J. Hæstrup, *Europe Ablaze: An Analysis of the History of the European Resistance Movements 1939-45*, Odense, 1978.

P. Heywood, *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain, 1879-1936*, Cambridge, 1990. (Hay trad. cast.: *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Universidad de Cantabria, Santander, 1993.)

J. Jackson, *The Popular Front in France: Defending Democracy, 1934-38*, Cambridge, 1988.

K. Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948*, Berkeley, 1991.

H. Klehr, J. Haynes y K. Anderson (eds.), *The Secret World of American Communism*, New Haven, 1998.

M. Lazar, *Maisons rouges: les partis communistes français et italiens de la Libération à nos jours*, París, 1992.

M. P. Leffler, *Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*, Stanford, 1992.

W. Leonhard, *Child of the Revolution*, trad. al inglés de C. M. Woodhouse, Londres, 1979. (Hay trad. cast.: *Hijo de la revolución*, Plaza y Janes, Buenos Aires, 1966.)

V. Mastny, *Russia's Road to the Cold War: Diplomacy, Warfare, and the Politics of Communism, 1941-1945*, Nueva York, 1979.

N. Naimark, *The Russians in Germany: a History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Mass., 1995.

N. Naimark y L. Gibianskii (eds.), *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949*, Boulder, 1997.

F. M. Ottanelli, *The Communist Party of the United States: From the Depression to World War II,* New Brunswick, 1991.

S. Payne, *The Spanish Civil War, the Soviet Union, and Communism*, New Haven, 2004. (Hay trad. cast.: *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003.)

C. Pennetier y B. Pudal (eds.), *Autobiographies, Autocritiques, Aveux dans le Monde Communiste*, París, 2002.

S. Pons, *Stalin and the Inevitable War 1936-1941*, Londres, 2002.

B. Pudal, *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF*, París, 1989.

E. Rosenhaft, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929–1933*, Cambridge, 1983.

P. Spriano, *Stalin and the European Communists*, trad. al inglés de J. Rothschild, Londres, 1985.

P. J. Stavrakis, *Moscow and Greek Communism, 1944-1949*, Ithaca, 1989.

L. Stern, *Western Intellectuals and the Soviet Union, 1920-40: From Red Square to the Left Bank*, Londres, 2007.

P. Togliatti, *On Gramsci*, *and Other Writings*, trad. al inglés de D. Sassoon, Londres, 1979.

T. Toranska, *Oni: Stalin's Polish Puppets*, trad. al inglés de A. Kolakowska, Londres, 1987.

J. Vigreux y S. Wolikow (eds.), *Cultures communistes au XX e siècle. Entre guerre et modernité*, París, 2003.

A. Weiner, *Making Sense of War*, Princeton, 2001.

P. Zinner (ed.), *National Communism and Popular Revolt in Eastern Europe: A Selection of Documents on Events in Poland and Hungary*, Nueva York, 1986.

E. Zubkova, *Russia after the War. Hopes, Illusions, and Disappointments, 1945-1957*, Nueva York, 1998.

V. Zubok y C. Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, Cambridge, Mass., 1996.

D. Apter y T. Saich, *Revolutionary Discourse in Mao's Republic*, Cambridge, Mass., 1994.

C. Armstrong, *The North Korean Revolution, 1945-1950*, Ithaca, 2003.

G. Benton, *Mountain Fires. The Red Army's Three-Year War in South China, 1934-1938*, Berkeley, 1994.

J. Chang y J. Halliday, *Mao: the Unknown Story*, Londres, 2006. (Hay trad. cast.: *Mao, la historia desconocida*, Taurus, Madrid, 2006.)

Chen Yung-fa, *Making Revolution. The Communist Movement in East and Central China, 1937-1945,* Berkeley, 1986.

B. Cumings, *The Origins of the Korean War* (2 vols.), Princeton, 1981, 1990.

A. Dirlik, *The Origins of Chinese Communism*, Nueva York, 1989.

W. Duiker, *The Communist Road to Power in Vietnam*, Boulder, 1996.

—, *Ho Chi Minh: a Life*, Nueva York, 2000.

L. Feigon, *Chen Duxiu: Founder of the Chinese Communist Party*, Princeton, 1983.

D. N. Jacobs, *Borodin: Stalin's Man in China*, Cambridge, Mass., 1981.

B. Kerkvliet, *The Huk Rebellion. A Study of Peasant Revolt in the Philippines*, Berkeley, 1977.

Huynh Kim Khanh, *Vietnamese Communism, 1925-1945*, Ithaca, 1982.

S. I. Levine, *Anvil of Victory: The Communist Revolution in Manchuria, 1945-1948*, Nueva York, 1987.

Lin Yü-sheng, *The Crisis of Chinese Consciousness: Radical Anti-Traditionalism in the May Fourth Era*, Madison, 1979.

M. Y. L. Luk, *The Origins of Chinese Bolshevism: An Ideology in the Making, 1920-1928*, Hong Kong, 1990.

D. Marr, *Vietnam 1945. The Quest for Power*, Berkeley, 1995.

M. Meisner, *Li Ta-Chao and the Origins of Chinese Marxism*, Nueva York, 1970.

—, *Marxism, Maoism, and Utopianism: Eight Essays*, Madison, 1982.

S. Pepper, *Civil War in China: The Political Struggle, 1945-1949*, 2.ª ed., Lanham, 1999.

T. Saich y H. van de Ven (eds.), *New Perspectives on the Chinese Communist Revolution*, Armonk, N.Y., 1995.

S. R. Schram, *The Thought of Mao Tse-Tung*, Cambridge, 1989.

V. Schwarcz, *The Chinese Enlightenment: Intellectuals and the Legacy of the May Fourth Movement of 1919*, Berkeley, 1986.

M. Selden, *China in Revolution. The Yenan Way Revisited*, Armonk, N.Y., 1995.

P. Short, *Mao: a Life*, Londres, 1999. (Hay trad. cast.: *Mao*, Crítica, Barcelona, 2007.)

Shum Kui-Kwong, *The Chinese Communists' Road to Power: the Anti-Japanese National*

United Front, 1935-1945, Hong Kong, 1988.

S. A. Smith, *A Road is Made: Communism in Shanghai, 1920-27*, Honolulu, 2000.

E. Snow, *Red Star Over China*, Londres, 1937.

D.-S. Suh, *The Korean Communist Movement, 1918-1948*, Princeton, 1967.

H. J. van de Ven, *From Friend to Comrade: the Founding of the Chinese Communist Party, 1920-1927*, Berkeley, 1991.

C. M. Wilbur y J. Lien-ying How, *Missionaries of Revolution: Soviet Advisers and Nationalist China, 1920-1927*, Cambridge, Mass., 1989.

B. Yang, *From Revolution to Politics: Chinese Communists on the Long March*, Boulder, 1990.

P. Zarrow, *Anarchism and Chinese Political Culture*, Nueva York, 1990.

IMPERIO

C. Armstrong, *The North Korean Revolution, 1945-1950*, Ithaca, 2003.

J. Bloomfield, *Passive Revolution: Politics and the Czechoslovak Working Class, 1945-1948*, Londres, 1979.

G. Creed, *Domesticating Revolution. From Socialist Reform to Ambivalent Transition in a Bulgarian Village*, University Park, Pa., 1998.

B. Cumings, *The Origins of the Korean War,* vol. 2, *The Roaring of the Cataract, 1947-*1950, Princeton, 1990.

D. Filtzer, *Soviet Workers and Late Stalinism: Labour and the Restoration of the Stalinist System after World War II*, Cambridge, 2002.

M. Frazier, *The Making of the Chinese Industrial Workplace: State, Revolution, and Labour Management*, Cambridge, 2002.

E. Friedman, P. Pickowicz y M. Selden, *Chinese Village, Socialist State*, New Haven, 1991.

J. Fürst (ed.), *Late Stalinist Russia. Society between Reconstruction and Reinvention*, Londres, 2006.

Y. Gorlizki y Khlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953*, Nueva York, 2004.

S. Gundle, *Between Hollywood and Moscow: The Italian Communists and the Challenge of Mass Culture, 1943-1991*, Durham, N.C., 2000.

G. H. Hodos, *Show Trials: Stalinist Purges in Eastern Europe, 1948-54*, Nueva York, 1987.

T. Judt, *Postwar. A History of Europe since 1945*, Londres, 2007.

P. Kenney, *Rebuilding Poland: Workers and Communists, 1945-1950*, Ithaca, 1997.

K. Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948*, trad. al inglés y ed. de J. Micgiel y M. H. Bernhard, Berkeley, 1991.

D. Kertzer, *Comrades and Christians: Religion and Political Struggle in Communist Italy*, Cambridge, 1980.

S. Khilnani, *Arguing Revolution: The Intellectual Left in Post-War France*, New Haven, 1993.

D. Kideckel, *The Solitude of Collectivism. Romanian Villagers to the Revolution and Beyond*, Ithaca, 1993.

M. Lampland, *The Object of Labor: Commodification in Socialist Hungary*, Chicago, 1995.

M. Myant, *Socialism and Democracy in Czechoslovakia, 1945-1948*, Cambridge, 1981.

N. Naimark y L. Gibianskii (eds.), *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949*, Boulder, 1997.

G. Pritchard, *The Making of the GDR, 1945-1953. From Antifascism to Stalinism*, Manchester, 2004.

D. Sassoon, *The Strategy of the Italian Communist Party: From the Resistance to the Historic Compromise*, Londres, 1981.

T. Toranska, *Oni: Stalin's Polish Puppets*, trad. al inglés de A. Kolakowska, Londres, 1987.

PARRICIDIO

D. Bachman, *Bureaucracy, Economy, and Leadership in China: The Institutional Origins of the Great Leap Forward*, Cambridge, 1991.

J. Becker, *Hungry Ghosts: China's Secret Famine*, Londres, 1996.

G. Bennett, con K. Kieke y K. Yoffy, *Huadong: The Story of a Chinese People's Commune*, Boulder, 1978.

M. R. Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963*, Nueva York, 1991.

M. K. Bokovoy, *Peasants and Communists: Politics and Ideology in the Yugoslav Countryside, 1941-1953*, University of Pittsburgh Press, 1998.

G. W. Breslauer, *Khrushchev and Brezhnev as Leaders: Building Authority in Soviet Politics*, Londres, 1982.

A. Chan, *Children of Mao: Personality Development and Political Activism in the Red Guard Generation*, Londres, 1985.

A. Chan, R. Madsen y J. Unger, *Chen Village: The Recent History of a Peasant Community in Mao's China*, Berkeley, 1984.

P. Clark, *The Chinese Cultural Revolution. A History*, Cambridge, 2008.

M. Djilas, *Memoir of a Revolutionary*, trad. al inglés de D. Willen, Nueva York, 1973. (Hay trad. cast.: *Memorias de un revolucionario*, Intercontinental, Buenos Aires, 1975.)

D. Filtzer, *Soviet Workers and De-Stalinization*, Cambridge, 1992.

E. Friedman, P. G. Pickowicz y M. Selden (eds.), *Chinese Village, Socialist State*, New Haven, 1991.

Gao Yuan, *Born Red: A Chronicle of the Cultural Revolution*, Stanford, 1987.

P. Jones (ed.), *The Dilemmas of Destalinization. Negotiating Cultural and Social Change in the Khrushchev Era*, Londres, 2006.

W. A. Joseph, C. P. W. Wong y D. Zweig (eds.), *New Perspectives on the Cultural Revolution*, Cambridge, Mass., 1991.

D. Kertzer, *Comrades and Christians. Religion and Political Struggle in Communist Italy*, Cambridge, 1980.

A. Knight, *Beria. Stalin's First Lieutenant*, Princeton, 1993.

G. Litvan (ed.), *The Hungarian Revolution of 1956: Reform, Revolt and Repression, 1953-1963*, trad. al inglés de J. M. Bak y L. H. Legters, Londres, 1996.

C. S. Lilly, *Power and Persuasion: Ideology and Rhetoric in Communist Yugoslavia, 1944-1953*, Boulder, 2001.

R. MacFarquhar, *The Origins of the Cultural Revolution* (3 vols.), Londres, 1974-1997.

R. Macfarquhar y M. Schoenhals, *Mao's Last Revolution*, Cambridge, Mass., 2006. (Hay trad. cast.: *La revolución cultural china*, Crítica, Barcelona, 2009.)

R. MacFarquhar, T. Cheek y E. Wu (eds.), *The Secret Speeches of Chairman Mao: From the Hundred Flowers to the Great Leap Forward*, Cambridge, Mass., 1989.

R. Madsen, *Morality and Power in a Chinese Village*, Berkeley y Los Ángeles, 1984.

Nien Cheng, *Life and Death in Shanghai*, Londres, 1986.

E. J. Perry y Li Xun, *Proletarian Power: Shanghai in the Cultural Revolution*, Boulder, 1997.

G. Péteri (ed), *Intellectual Life and the First Crisis of State Socialism in East Central Europe, 1953-1956*, Trondheim, 2001.

J. Sheehan, *Chinese Workers: A New History*, Londres, 1998.

W. Taubman, *Khrushchev. The Man and his Era*, Nueva York, 2003.

L. T. White, *Policies of Chaos: The Organizational Causes of Violence in China's Cultural Revolution*, Princeton, 1989.

S. Woodward, *Socialist Unemployment: the Political Economy of Yugoslavia, 1945-1990*, Princeton, 1995.

GUERRILLEROS

L. Aguilar (ed.), *Marxism in Latin America*, Filadelfia, 1978.

C. Allen, M. Radu y K. Somerville (eds.), *Benin, the Congo and Burkina Faso. Politics, Economics and Society*, Londres, 1989.

R. Allison, *The Soviet Union and the Strategy of Non-Alignment in the Third World*, Cambridge, 1988.

J. L. Anderson, *Che Guevara: A Revolutionary Life*, Londres, 1997. (Hay trad. cast.: *Che Guevara. Una vida revolucionaria*, Anagrama, Barcelona, 2006.)

J. M. Bunck, *Fidel Castro and the Quest for a Revolutionary Culture in Cuba*, University Park, Pa., 1994.

P. Chabal, *Amílcar Cabral: Revolutionary Leadership and People's War*, Cambridge, 1983.

N. J. Chander (ed.), *Dynamics of State Politics, Kerala*, Nueva Delhi, 1986.

Chen Jian, *Mao's China and the Cold War*, Chapel Hill, 2001. (Hay trad. cast.: *La China de Mao y la guerra fría*, Paidós, Barcelona, 2005.)

F. D. Colburn, *The Vogue for Revolution in Poor Countries*, Princeton, 1994.

R. Debray's *La Critique des Armes*, París, 1974. (Hay trad. cast.: *La crítica de las armas*, Siglo XXI, México, 1975.)

J. I. Domínguez, *Cuba: Order and Revolution*, Cambridge, Mass., 1978.

W. Duiker, *The Communist Road to Power in Vietnam*, Boulder, 1996.

S. Eckstein (ed.), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, Berkeley, 2001.

S. E. Eckstein, *Back From the Future: Cuba Under Castro*, 2.ª ed., Nueva York, 2003.

L. Fuller, *Work and Democracy in Socialist Cuba*, Filadelfia, 1992.

A. Fursenko y T. Naftali, *«One Hell of a Gamble»: Khrushchev, Castro and Kennedy, 1958-1964*, Nueva York, 1997.

—, *Khrushchev's Cold W*ar, Nueva York, 2006.

R. Gillespie (ed.), *Cuba after Thirty Years: Rectification and the Revolution*, Londres, 1989.

P. Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton, 1991.

—, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill, 2002.

E. González, *Cuba under Castro: The Limits of Charisma*, Boston, 1974.

R. Gott, *Guerrilla Movements in Latin America*, Oxford, 2008.

G. Grandin, *The Blood of Guatemala: A History of Race and Nation*, Durham, N.C., 2000.

R. L. Harris, *Marxism, Socialism, and Democracy in Latin America*, Boulder, 1992.

D. James, (ed.), *The Complete Bolivian Diaries of Che Guevara and other Captured Documents*, Nueva York, 1968.

C. Johnson, *Communist China and Latin America, 1959-1967*, Nueva York, 1970.

A. Kapcia, *Cuba in Revolution. A History since the Fifties*, Londres, 2008.

Z. Karabell, *Architects of Intervention: The United States, the Third World, and the Cold War, 1946-1962*, Baton Rouge, 1999.

Kuo-kang Shao, *Zhou Enlai and the Foundations of Chinese Foreign Policy*, Nueva York, 1996.

S. B. Liss, *Marxist Thought in Latin America*, Berkeley, 1984.

M. Löwy, *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*, Lom Ediciones, Chile, 2007.

N. Miller, *Soviet Relations with Latin America, 1959-1987*, Cambridge, 1989.

R. Mortimer, *Indonesian Communism under Sukarno: Ideology and Politics, 1959-65*, Ithaca, 1974.

T. Nossiter, *Communism in Kerala. A Study in Political Adaptation*, Londres, 1982.

L. A. Pérez, *Cuba: Between Reform and Revolution*, 2.ª ed., Nueva York, 1995.

M. Pérez-Stable, *The Cuban Revolution. Origins, Course and Legacy*, Nueva York, 1999.

V. Prasad, *The Darker Nations: A People's History of the Third World*, Nueva York, 2007.

C. G. Rosberg y T. M. Callaghy (eds.), *Socialism in Sub-Saharan Africa: A New Assessment*, Berkeley, 1979.

S. Schlesinger y S. Kinzer, *Bitter Fruit. The Story of the American Coup in Guatemala*, Cambridge, Mass., 2005.

L. Schoultz, *Beneath the United States: A History of U.S. Policy toward Latin America*, Cambridge, Mass., 1998.

L. Senghor, *On African Socialism*, trad. al inglés de M. Cook, Nueva York, 1964.

J. Smail, *Bandung in the Early Revolution, 1945-46*, Ithaca, 1964.

P. Snow, *The Star Raft: China's Encounter with Africa*, Nueva York, 1988.

T. Szulc, *Fidel: A Critical Portrait*, Nueva York, 1987. (Hay trad cast.: *Fidel: un retrato crítico*, Grijalbo, Barcelona, 1987.)

H. Thomas, *The Cuban Revolution*, Londres, 1986. (Hay trad. cast.: *La revolución cubana 25 años después*, Madrid, Playor, 1985.)

G. Warburg, *Islam, Nationalism and Communism in a Traditional Society: The Case of Sudan*, Londres, 1978.

O. A. Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Nueva York, 2005.

T. Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, 1992.

V. Zubok, *A Failed Empire. The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, 2007.

S. Bialer, *The Soviet Paradox: External Expansion, Internal Decline*, Londres, 1986.

G. W. Breslauer, *Khrushchev and Brezhnev as Leaders: Building Authority in Soviet Politics*, Londres, 1982.

M. Burawoy y J. Lukács, *The Radiant Past: Ideology and Reality in Hungary's Road to Capitalism*, Chicago, 1992.

G. W. Creed, *Domesticating Revolution: From Socialist Reform to Ambivalent Transition in a Bulgarian village*, University Park, Pa., 1998.

D. Deletant, *Ceausescu and the Securitate: Coercion and Dissent in Romania, 1965-1989*, Londres, 1995.

—, *Communist Terror in Romania: Gheorghiu-Dej and the Police State, 1948-1965*, Londres, 1999.

G. Ekiert, *The State against Society: Political Crises and their Aftermath in East Central Europe*, Princeton, 1996.

M. Fischer, *Nicolae Ceausescu. A Study in Political Leadership*, Londres, 1989.

M. Fulbrook, *Anatomy of a Dictatorship: Inside the GDR, 1949-1989*, Nueva York, 1995.

—, *The People's State: East German Society from Hitler to Honecker*, New Haven, 2005.

C. Gati, *Hungary and the Soviet Bloc*, Durham, N.C., 1986.

G. Golan, *Reform Rule in Czechoslovakia: The Dubcek Era, 1968-1969*, Cambridge, 1973.

M. Haraszti, *A Worker in a Worker's State*, trad. al inglés de M. Wright, Nueva York, 1978.

A. Heitlinger, *Women and State Socialism: Sex Inequality in the Soviet Union and Czechoslovakia*, Londres, 1979.

K. H. Jarausch (ed.), *Dictatorship as Experience: Towards a Socio-Cultural History of the GDR*, trad. al inglés de E. Duffy, Nueva York, 1999.

D. Kideckel, *The Solitude of Collectivism: Romanian Villagers to the Revolution and Beyond*, Ithaca, 1993.

R. King, *A History of the Romanian Communist Party*, Stanford, 1980.

J. Kopstein, *The Politics of Economic Decline in East Germany, 1945-1989*, Chapel Hill, 1997.

M. Lampland, *The Object of Labor: Commodification in Socialist Hungary*, Chicago, 1995.

D. Lane, *The Rise and Fall of State Socialism: Industrial Society and the Socialist State*, Cambridge, 1996.

P. Lendvai, *Eagles in Cobwebs. Nationalism and Communism in the Balkans*, Londres,

1969.

Lü Xiaobo y Elizabeth Perry, *Danwei. The Changing Chinese Workplace in Historical and Comparative Perspective*, Armonk, N.Y., 1997.

M. Myant, *The Czechoslovak Economy 1948-1988: The Battle for Economic Reform*, Cambridge, 1989.

J. Navrátil, *The Prague Spring 1968: A National Security Archive Documents Reader*, trad. al inglés de M. Kramer *et al.*, Budapest, 1998.

P. Pittaway, *Eastern Europe 1939-2000*, Londres, 2000.

T. W. Ryback, *Rock around the Bloc: A History of Rock Music in Eastern Europe and the Soviet Union*, Nueva York, 1990.

V. Shlapentokh, *Public and Private Life of the Soviet People: Changing Values in post-Stalin Russia*, Nueva York, 1989.

H. G. Skilling, *Charter 77 and Human Rights in Czechoslovakia*, Londres, 1981.

V. Tismaneanu, *Stalinism for all Seasons: a Political History of Romanian Communism*, Berkeley, 2003.

R. Tökés, *Hungary's Negotiated Revolution: Economic Reform, Social Change, and Political Succession, 1957-1990*, Cambridge, 1996.

M. Vickers, *The Albanians: A Modern History*, Londres, 1999.

A. Walder, *Communist Neo-Traditionalism. Work and Authority in Chinese Industry*, Berkeley, 1986.

K. Williams, *The Prague Spring and Its Aftermath: Czechoslovak Politics 1968-70*, Cambridge, 1997.

S. Wolle, *Die heile Welt der Diktatur. Alltag und Herrschaft in der DDR, 1971-1989*, Berlín, 1998.

A. Yurchak, *Everything was Forever, Until it was No More. The Last Soviet Generation*, Princeton, 2006.

MAREA ALTA

C. Andrew y V. Mitrokhin, *The KGB and the World. The Mitrokhin Archive II*, Londres, 1999.

A. Arnold, *Afghanistan's Two-Party Communism: Parcham and Khalq*, Stanford, 1983.

T. Babile, *To Kill a Generation: Red Terror in Ethiopia*, Washington, D.C., 1989.

R. R. Balsvik, *Haile Sellassie's Students: The Intellectual and Social Background to Revolution, 1952-1977*, East Lansing, Mich., 1985.

N. G. Bermeo, *The Revolution within the Revolution: Workers' Control in Rural Portugal*, Princeton, 1986.

D. Birmingham, *Frontline Nationalism in Angola & Mozambique*, Londres, 1992.

A. Bloom y W. Breines (eds.), *Takin' it to the Streets. A Sixties Reader*, Nueva York, 1995.

H. S. Bradsher, *Afghan Communism and Soviet Intervention*, Oxford, 1999.

P. R. Brass y M. F. Franda (eds.), *Radical Politics in South Asia*, Cambridge, Mass., 2005.

P. Chabal, *Amílcar Cabral: Revolutionary Leadership and People's War*, Cambridge, 1983.

P. Chabal y D. Birmingham (eds.), *A History of Post-Colonial Lusophone Africa*, Londres, 2002.

P. Chabal y N. Vidal, *Angola: The Weight of History*, Londres, 2007.

D. P. Chandler, *The Tragedy of Cambodian History: Politics, War and Revolution since 1945*, New Haven, 1991.

—, *Brother Number One: A Political Biography of Pol Pot*, Boulder, 1992.

D. P. Chandler y B. Kiernan (eds.), *Revolution and its Aftermath in Kampuchea: Eight essays*, New Haven, 1983.

D. P. Chandler, B. Kiernan y C. Boua (eds. y trads.), *Pol Pot Plans the Future: Confidential Leadership Documents from Democratic Kampuchea, 1976-1977*, New Haven, 1988.

I. Christie, *Machel of Mozambique*, Harare, 1988.

C. Clapham, *Transformation and Continuity in Revolutionary Ethiopia*, Cambridge, 1988.

— (ed.), *African Guerrillas*, Oxford, 1998.

H. Cobban, *The Palestinian Liberation Organisation: People, Power and Politics*, Cambridge, 1984.

B. Davidson, *In the Eye of the Storm: Angola's People*, Londres, 1972.

B. Davidson, *No Fist is Big Enough to Hide the Sky: The Liberation of Guinea and Cape Verde, Aspects of an African Revolution*, Londres, 1981.

F. Debré, *Cambodge: Le Revolution de la Foret*, París, 1976.

M. Dhada, *Warriors at Work: How Guinea was Really Set Free*, Niwot, Colo., 1993.

D. L. Donham, *Marxist Modern: an Ethnographic History of the Ethiopian Revolution*, Berkeley and Oxford, 1999.

S. Ellis y T. Sechaba, *Comrades Against Apartheid*, Londres, 1992.

G. Evans y K. Rowley, *Red Brotherhood at War: Vietnam, Cambodia and Laos since 1975*, ed. rev., Londres, 1990.

M. Ezra, *Ecological Degradation, Rural Poverty, and Migration in Ethiopia. A Contextual Analysis*, Nueva York, 2001.

A. B. Fields, *Trotskyism and Maoism. Theory and Practice in France and the United States*, Nueva York, 1988.

C. Fink, P. Gassert y D. Junker (eds.), *1968: The World Transformed*, Cambridge, 1998.

V. Fišera (ed.), *Writing on the Wall: May 1968: A Documentary Anthology*, Londres, 1978.

R. Fraser *et al.*, *1968: A Student Generation in Revolt*, Londres, 1988.

E. George, *The Cuban Intervention in Angola, 1965-1991*, Londres, 2005.

S. Ghosh, *The Naxalite Movement: A Maoist Experiment*, Calcuta, 1974.

D. W. Giorgis, *Red Tears: War, Famine, and Revolution in Ethiopia*, Trenton, N.J., 1989.

A. Glyn, *Capitalism Unleashed: Finance, Globalization and Welfare*, Oxford, 2007.

F. A. Guimarães, *The Origins of the Angolan Civil War: Foreign Intervention and Domestic Political Conflict*, Londres, 1997.

T. Haile-Selassie, *The Ethiopian Revolution, 1974-91: From a Monarchical Autocracy to a Military Oligarchy*, Londres, 1997.

M. Hall y T. Young, *Confronting Leviathan: Mozambique since Independence*, Londres, 1997.

J. Haslam, *The Nixon Administration and the Death of Allende: A Case of Assisted Suicide*, Londres, 2005.

T. H. Henriksen, «People's War in Angola, Mozambique, and Guinea-Bissau», *Journal of Modern African Studies* 14, 3, 1976.

S. R. Heder, *Kampuchean Occupation and Resistance*, Bangkok, 1980.

—, *Pol Pot and Khieu Samphan*, Clayton, 1991.

N. Henck, *Subcommander Marcos: The Man and the Mask*, Durham, N.C., 2007.

T. Hodges, *Angola: From Afro-Stalinism to Petro-Diamond Capitalism*, Oxford, 2001.

G. R. Horn, *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-76*, Oxford, 2007.

A. Hyman, *Afghanistan under Soviet Domination, 1964-91*, 3.ª ed., Basingstoke, 1992.

A. Isaacman y B. Isaacman, *Mozambique: From Colonialism to Revolution, 1900-1982*, Boulder, 1983.

K. D. Jackson (ed.), *Cambodia 1975-1978: Rendezvous with Death*, Princeton, 1989.

D. James, *Resistance and Integration. Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, 1976.

G. Katsiaficas, *The Imagination of the New Left: A Global Analysis of 1968*, Boston, 1987.

M. N. Katz (ed.), *The USSR and Marxist Revolutions in the Third World*, Cambridge, 1990.

E. J. Keller y D. Rothschild (eds.), *Afro-Marxist Regimes: Ideology and Public Policy*, Boulder, 1987.

B. Kiernan, *How Pol Pot Came to Power: A History of Communism in Kampuchea, 1930–1975*, Londres, 1985.

—, *The Pol Pot Regime: Race, Power, and Genocide in Cambodia under the Khmer Rouge, 1975–79*, 2.ª edn., New Haven, 2002.

B. Kiernan y C. Boua (eds.), *Peasants and Politics in Kampuchea, 1942-81*, Londres, 1982.

M. Klimke y J. Scharloth (eds.), *1968 in Europe. A History of Protest and Activism, 1956–1977*, Nueva York, 2008.

P. Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, 2003.

D. J. Kotze, *Communism in South Africa*, Cape Town, 1979.

D. Kruijt, *Guerrillas*, Londres, 2008.

M. H. Little, *America's Uncivil Wars*, Nueva York, 2006.

F. Logevall, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of the War in Vietnam*, Berkeley, 1999.

D. McAdam, *Freedom Summer*, Oxford, 1988.

D. T. McKinley, *The ANC and the Liberation Struggle*, Londres, 1997.

N. Macqueen, *The Decolonization of Portuguese Africa: Metropolitan Revolution and the Dissolution of Empire*, Londres, 1997.

B. Male, *Revolutionary Afghanistan: A Reappraisal*, Londres, 1982.

Subc. Marcos, *Nuestra arma es nuestra palabra*, Nueva York, Seven Stories, 2001.

J. A. Marcum, *The Angolan Revolution,* vol 1: *The Anatomy of An Explosion;* vol 2: *Exile Politics and Guerrilla Warfare*, Cambridge, Mass., 1969, 1978.

F. Marwat, *The Evolution and Growth of Communism in Afghanistan, 1971-79*, Karachi, 1997.

A. Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958–c. 1974*, Oxford, 1998.

A. P. Mukherjee, *Maoist «Spring Thunder»: The Naxalite movement 1967-1972*, Kolkata, 2007.

B. Munslow, *Afrocommunism?*, Liverpool, 1985.

— (ed.), *Samora Machel: An African Revolutionary: Selected Speeches and Writings*, trad. al inglés de M. Wolfers, Londres, 1985.

D. Ottaway y M. Ottaway, *Afrocommunism*, Nueva York, 1981.

M. A. Pitcher, *Transforming Mozambique: The Politics of Privatization, 1975-2000*, Nueva York, 2002.

S. Plant, *The Most Radical Gesture: The Situationist International in a Post- Modern Age*, Londres, 1992.

F. Ponchaud, *Cambodia Year Zero*, Nueva York, 1978.

D. Porch, *The Portuguese Armed Forces and the Revolution*, Londres, 1977.

Qiang Zhai, *China and the Vietnam Wars, 1950-1975*, Chapel Hill, 2000.

M. Ram, *Maoism in India*, Nueva York, 1971.

R. Ray, *The Naxalites and their Ideology*, 2.ª ed., Nueva Delhi, 2002.

M. Rothschild, *A Case of Black and White. Northern Volunteers and the Southern Freedom Summers, 1964–1965*, Westport, 1982.

A. Z. Rubinstein, *Moscow's Third World Strategy*, Princeton, 1988.

J. S. Saul (ed.), *A Difficult Road: The Transition to Socialism in Mozambique*, Nueva York, 1985.

R. J. Spalding (ed.), *The Political Economy of Revolutionary Nicaragua*, Londres, 1987. (Hay trad. cast.: *La economía política de la Nicaragua revolucionaria*, FCE, México, 1989.)

R. J. Spalding, *Capitalists and Revolution in Nicaragua: Opposition and Accommodation, 1979–1993*, Chapel Hill, 1994.

A. Tiruneh, *The Ethiopian Revolution, 1974-1987: A Transformation from an Aristocratic to a Totalitarian Autocracy*, Cambridge, 1993.

J. Young, *Peasant Revolution in Ethiopia: the Tigray People's Liberation Front, 1975–1991*, Cambridge, 1997.

B. Zewde, *History of Modern Ethiopia, 1855-1991*, 2.ª ed., Oxford, 2001.

V. M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, 2007.

REVOLUCIONES GEMELAS

R. Baum, *Reform and Reaction in post-Mao China: the Road to Tiananmen*, Nueva York, 1991. (Hay trad. cast.: *Reforma y reacción después de Mao. De la Revolución Cultural a la matanza de Tiananmen*, La Vanguardia, Barcelona, 2002.)

—, *Burying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*, Princeton, 1994.

D. S. Bell (ed.), *Western European Communists and the Collapse of Communism*, Oxford, 1993.

G. Breslauer, *Gorbachev and Brezhnev as Leaders*, Cambridge, 2002.

A. Brown, *The Gorbachev Factor*, Oxford, 1996.

—, *Seven Years that Changed the World: Perestroika in Perspective*, Oxford, 2007.

M. Burawoy y J. Lukács, *The Radiant Past: Ideology and Reality in Hungary's Road to Capitalism*, Chicago, 1992.

Chen Fong-ching y Jin Guantao, *From Youthful Manuscripts to River Elegy: The Chinese Popular Cultural Movement and Political Transformation 1979-1989*, Hong Kong, 1997.

Dingxin Zhao, *The Power of Tiananmen: State–Society Relations and the 1989 Beijing Student Movement,* Chicago, 2001.

G. Ekiert, *The State against Society: Political Crises and their Aftermath in East Central Europe*, Princeton, 1996.

M. Friedman, *The Neoconservative Revolution: Jewish Intellectuals and the Shaping of Public Policy*, Cambridge, 2006.

M. Fulbrook, *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR, 1949-1989*, Oxford, 1995.

T. Garton Ash, *The Polish Revolution: Solidarity, 1980-82*, Londres, 1983.

M. Goldman, *Sowing the Seeds of Democracy in China: Political Reform in the Deng Xiaoping Era*, Cambridge, Mass., 1994.

M. Gorbachev, *Memoirs*, Londres, 1997. (Hay trad. cast.: *Memorias de los años decisivos 1985-1992*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996.)

S. Hellman, *Italian Communism in Transition: The Rise and Fall of the Historic Compromise in Turin 1975-1980*, Nueva York, 1988.

Jing Wang, *High Culture Fever: Politics, Aesthetics, and Ideology in Deng's China*, Berkeley, 1996.

P. Kenney, *A Carnival of Revolution: Central Europe 1989*, Princeton, 2002.

J. Kopstein, *The Politics of Economic Decline in East Germany, 1945-1989*, Chapel Hill, 1997.

S. Kotkin, *Armageddon Averted. The Soviet Collapse, 1970-2000*, Oxford, 2000.

L. Kürti, *Youth and the State in Hungary: Capitalism, Communism and Class*, Londres, 2002.

R. Laba, *The Roots of Solidarity: A Political Sociology of Poland's Working-Class Democratization*, Princeton, 1991.

K. J. Lepak, *Prelude to Solidarity: Poland and the Politics of the Gierek Regime*, Nueva York, 1988.

M. Lewin, *The Gorbachev Phenomenon: A Historical Interpretation*, Londres, 1988.

B. Magas, *The Destruction of Yugoslavia: Tracking the Break-Up 1980-92*, Londres, 1993.

C. S. Maier, *Dissolution: The Crisis of Communism and the End of East Germany*, Princeton, 1997.

D. Mason, *Public Opinion and Political Change in Poland*, Cambridge, 1985.

B. Miller, *Narratives of Guilt and Compliance in Unified Germany: Stasi In formers and their Impact on Society*, Londres, 1999.

J. R. Millar (ed.), *Politics, Work, and Daily Life in the USSR: A Survey of Former Soviet Citizens*, Cambridge, 1987.

A. Nathan y P. Link (eds.), *The Tiananmen Papers*, Londres, 2001. (Hay trad. cast.: *Los documentos de Tiananmen*, *Foreign Affairs*, marzo de 2001.)

A. J. Nathan, *Chinese Democracy*, Nueva York, 1985.

V. Nee y D. Stark con M. Selden (eds.), *Remaking the Economic Institutions of Socialism: China and Eastern Europe*, Stanford, 1989.

J. C. Oi, *State and Peasant in Contemporary China: The Political Economy of Village Government*, Berkeley, 1989.

M. Oksenberg, L. R. Sullivan y M. Lambert (eds.), *Beijing Spring, 1989: Confrontation and Conflict: The Basic Documents*, trad. al inglés de H. R. Lan y J. Dennerline, Nueva York, 1990.

M. Osa, *Solidarity and Contention: Networks of Polish Opposition*, Minneapolis, 2003.

D. Philipsen, *We were the People: Voices from East Germany's Revolutionary Autumn of 1989*, Durham, N.C., 1993.

G. Sanford (ed. y trad.), *Democratization in Poland 1988-90: Polish Voices*, Basingstoke, 1992.

S. Shirk, *The Political Logic of Economic Reform in China*, Berkeley, 1993.

V. Shue, *The Reach of the State: Sketches of the Chinese Body Politic*, Stanford, 1988.

R. G. Suny, *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford, 1993.

R. L. Tökés, *Hungary's Negotiated Revolution: Economic Reform, Social Change, and Political Succession, 1957-1990*, Cambridge, 1996.

B. Wheaton y Z. Kavan, *The Velvet Revolution: Czechoslovakia, 1988-1991*, Boulder, 1992.

E. Wood, *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Cambridge, 1993.

S. Woodward, *Balkan Tragedy: Chaos and Dissolution after the Cold War*, Washington, D.C., 1995.

EPÍLOGO

G. Breslauer, *Gorbachev and Yeltsin as Leaders*, Cambridge, 2002.

C. Bukowski y B. Racz (eds.), *The Return of the Left in Post-Communist States: Current Trends and Future Prospects*, Cheltenham, 1999.

M. Burawoy y K. Verdery (eds.), *Uncertain Transition: Ethnographies of Change in the Post-Socialist World*, Lanham, 1999.

A. Callinicos, *Against the Third Way*, Cambridge, 2002. (Hay trad. cast.: *Contra la tercera vía: una crítica anticapitalista*, Crítica, Barcelona, 2002.)

J. G. Castañeda, *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War*, Nueva York, 1993. (Hay trad. cast: *La utopía desarmada : intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Ariel, Barcelona, 1995.)

L. J. Cook, M. A. Orenstein y M. Rueschemeyer (eds.), *Left Parties and Social Policy in Post-Communist Europe*, Boulder, 1999.

K. Dawisha y B. Parrott (eds.), *The Consolidation of Democracy in East-Central Europe*, Cambridge, 1997.

S. Eckstein (ed.), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, Berkeley, 2001.

G. Eyal, I. Szelényi y E. Townsley, *Making Capitalism without Capitalists: Class Formation and Elite Struggles in Post-Communist Central Europe*, Londres, 1998.

C. M. Hann (ed.), *Post-Socialism: Ideals, Ideologies and Practices in Eurasia*, Londres, 2002.

N. Henck, *Subcommander Marcos. The Man and the Mask*, Durham, N.C., 2007.

A. Knight, *Spies without Cloaks: The KGB's Successors*, Princeton, 1996.

K. Louie, *Theorizing Chinese Masculinity*, Cambridge, 2002.

J. Nochlin, *Vanguard Revolutionaries in Latin America*, Boulder, 2003.

D. S. Palmer (ed.), *The Shining Path of Peru*, Londres, 1992.

P. Reddaway y D. Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms. Market Bolshevism against Democracy*, Washington, D.C., 2001.

S. Shirk, *China. Fragile Superpower*, Oxford, 2007.

S. Stern (ed.), *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*, Durham, N.C., 1998. (Hay trad. cast.: *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*, IEP-UNSCH, Lima, 1999.)

K. Verdery, *What Was Socialism and What Comes Next?*, Princeton, 1996.

Notas

INTRODUCCIÓN

[1] F. Fukuyama, «The End of History», *The National Interest* 16, 1989, pp. 3-18. F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Londres, 1992.

[2] Para un estado de la cuestión, véase N. Podhoretz, *World War IV. The Long Struggle against Islamofascism*, Nueva York, 2007.

[3] Sobre los antecedentes de estas reivindicaciones, véase W. Taubman, *Khrushcev. The Man and His Era*, Londres, 2002, p. 511.

[4] Esta opinión fue expresada con más coherencia por E. H. Carr en sus historias de la Unión Soviética. Véase E. H. Carr, *The Russian Revolution: From Lenin to Stalin (1917-1929)*, Londres, 1979. Sobre ideas de «convergencia», véase Talcott Parsons, *The System of Modern Societies*, Englewood Cliffs, 1971, cap. 6; D. Engerman, *Modernization from the Other Shore: American Intellectuals and the Romance of Economic Development*, Cambridge, Mass., 2003.

[5] Para una opinion más desarrollada al respecto, véase S. Courtois, «Introduction», en S. Courtois *et al.*, *The Balck Book of Communism. Crimers, Terror, Repression*, Cambridge, Mass., 1999, pp. 1-31.

[6] Sobre la teoría de que Stalin seguía tímidamente las tradiciones de los zares, véase, por ejemplo, R. Tucker, *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*, Nueva York, 1990, pp. 60-64.

[7] Trotski sostenía que el estalinismo era fundamentalmente un régimen conservador regido por una burocracia corrupta y costumbres burguesas. L. Trotski, *The Revolution Betrayed. What is the Soviet Union and Where is It Going?*, Nueva York, 1970, pp. 101-104. Sobre los análisis trotskistas, véase B. Knei-Paz, *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, Oxford, 1975, pp. 380-410.

[8] Véase, por ejemplo, M. Malia, *The Soviet Tragedy*, Nueva York, 1994.

[9] Véase, por ejemplo, Courtois, «Introduction», p. 16.

[10] Simon Goldhill cree que las tragedias griegas exploran los problemas inherentes en la «sociedad civil» que emerge en las ciudades-estado griegas, más «modernos», en lugar de los ideales «democráticos» del antiguo *ethos* aristocrático de Homero. S. Goldhill, *Reading Greek Tragedy*, Cambridge, 1986, pp. 77-78, 155-156, caps. 3-4.

[11] Esquilo, *Prometheus Bound*, traducido y editado por A. Podliecki, Oxford, 2005, pp. 1.041-1053.

* «Diferencias entre filosofía natural de Demócrito y Epicuro.» (*N. del t.*)

[12] R. Berki destaca cuatro puntos dentro del socialismo: igualitarismo, moralismo, racionalismo y liberalismo. Argumenta que el marxismo incluye los cuatro, pero que el liberalismo era el más débil. R. Berki, *Socialism*, Londres, 1975.

[13] K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, Londres, 1976, col. I, p. 31. Sobre la influencia del mito de Prometeo en Marx, véase L. P. Wessel, *Prometheus Bound. The Mythic Structure of Karl Marx's Scientific Thinking*, Baton Rouge, 1984.

[14] Las diferentes formas del comunismo, «romántico», «radical», «modernista» y «pragmático», son, por supuesto, «tipos ideales». Estos tipos difícilmente se daban en sus formas puras, y a menudo coincidían en parte. Los elementos románticos del marxismo parecen más contundentes en los primeros escritos de Marx, eran más «libertarios», en palabras de Berki, menos relacionados con el poder político y más interesados en vencer la alienación humana y alentar la creatividad. Estos temas resurgieron en el «marxismo occidental» de las décadas de 1950 y 1960, como veremos en el capítulo 11.

[15] Para ver las diferencias entre grupos sectarios e «inclusión» en los regímenes comunistas, véase K. Jowitt, *New World Disorder. The Leninist Extinction*, Berkeley, 1992, cap. 3.

[1] Sobre este festival, véase M. Ozouf, *Festivals and the French Revolution*, trad. A. Sheridan, Cambridge, Mass., 1988; Warren Roberts, *Jacques Louis David, Revolutionary Artist: Art, Politics and the French Revolution*, Chapel Hill, 1989, pp. 292-293.

[2] Citado en L. Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Londres, 1986, p. 99.

[3] *Ibid*, p. 107.

[4] Sobre el simbolismo de Hércules, véase Hunt, *Politics*, pp. 94-113; James A. Leith, *Space and Revolution. Projects for Monuments, Squares and Public Buildings in France, 1789-1799*, Montreal, 1991, pp. 130-134.

* Los «diggers» [cavadores] o «true levellers», por contraposición a los «levellers» [niveladores], eran una facción republicana radical de inspiración cristiana. (*N. del t.*)

[5] Esto no sirve para sostener que los bolcheviques estaban muy influenciados por los jacobinos, como algunos han afirmado. Véase J. Talmon, *The Origins of Totalitarism Democracy*, Harmondsworth, 1986. Sobre las diferencias entre bolcheviques y jacobinos, véase P. Higgonet, *Goodness Beyond Virtue. Jacobins during the French Revolution*, Cambridge, Mass., 1998, p. 330. Para comparaciones entre los jacobinos y el «patriotismo revolucionario» de Stalin, véase E. Van Ree, *The Political Thought of Joseph Stalin. A Study in Twentieth-Century Revolutionary Patriotism*, Londres, 2002.

[6] Véase David Bell, *The Cult of the Nation in France. Investing Nationalism, 1680-1800*, Cambridge, Mass., 2001, pp. 146-154. Véase también la condena de Sièye de la débil burguesía «oriental», W. Sewell, *A Rhetoric of Bougeois Revolution. The Abbé Sièyes and What is the Third Estate?*, Durham, NC, 1994, p. 62.

[7] Citado en Bell, *The Cult of the Nation*, p. 151.

[8] Marat-Mauger, citado en Hunt, *Politics*, p. 27. Sobre el concepto «nuevo hombre», véase M. Ozouf, «La Révolution Française et l'idée de l'homme nouveau», en C. Lucas (ed.), *The French Revolution Française and the Creation of Modern Political Culture.* Vol. 2: *The Political Culture of the French Revolution*, Oxford, 1988.

[9] Véase, por ejemplo, los puntos de vista de Sièyes: E.-J. Sièyes, *Qu'est-ce que le tiers état?*, París, 1988; Sewell, *Rhetoric*, pp. 103-104.

[10] Citado en N. Parker, *Portrayals of Revolution. Images, Debates and Patterns of Thought on the French Revolution*, Carbondale, Ill., 1990, pp. 83-87.

[11] Citado en F. Hemmings, *Culture and Society in France 1789-1848*, Londres, 1987, p. 25; Roberts, *Jacques-Louis David*, pp. 16-29.

[12] J.-J. Rousseau, «Considerations on the Government of Poland and on Its Projected Reformatuin», en *The Social Contract and Other Later Political Writings*, trad. y ed. V. Gourevitch, Cambridge, 1997, p. 227. Sobre la «heroísmo» de los «revolucionarios», véase A. -L. Saint-Just, *Oeuvres complètes*, ed. C. Vellay, París, 1908, vol. II, p. 327. Sobre héroes y sacrificios, véase Higgonet, *Goodness*, p. 1.

[13] J.-J. Rousseau, *The Social Contract*, trad. M. Cranston, Harmondsworth, 1968, libro 2.

[14] J. Shklar, *Men and Citizens: a Study of Rousseasu's Social Theory*, Cambridge, 1969, p. 206.

[15] J.-J. Rousseau, *Julie ou La Nouvelle Héloïse*, trad. B. Thompson, París, 1966. Sobre el paternalismo de Wolmar, y la distinción entre las ideas jerárquicas de la familia de Rousseau y los puntos de vista más democráticos del estado, véase N. Fermon, *Domesticating Passions. Rousseau, Woman and the Nation*, Hanover, NH, 1997. Véase también Shklar, *Men and Citizens*, pp. 150-154.

[16] Citado en K. Baker, *Investing the French Revolution: Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, 1990, p. 135.

[17] D. Jordan, *The Revolutionary Career of Maximilien Robespierre*, Londres, 1985, p. 160.

[18] M. Robespierre, *Oeuvres completes*, ed. E. Hamel, 10 volúmenes, París, 1903-1968, vol. I, p. 211.

[19] Citado en Jordan, *Revolutionary Career*, p. 142.

[20] S. Maréchal, *Le jugement dernier des rois*, en L. Moland, *Théâtre de la revolution: ou, Choix de pièces de théâtre qui ont fait sensation pendant la période révolutionnaire*, París, 1877.

[21] Citado en R. Rose, *Gracchus Babeuf: the First Revolutionary Communist*, Satanford, 1978, p. 11.

[22] *Ibid*, p. 140.

[23] Citado en J. Lynn, «French Opinion and the Military Resurrection of the Pike, 1792-1794», *Military Affairs*, 1977, p. 3.

* El Ministerio de la Guerra contrató en septiembre de 1793 una suscripción de 12.000 ejemplares. (*N. del t.*)

** Según Richard Cobb, se crearon 56 de esos «ejércitos», con unos efectivos totales de 30.000 hombres, que llevaron a cabo operaciones en dos tercios de los departamentos. (*N. del t.*)

*** Fundadores en 1794 de la famosa *École polytechnique*, en un primer momento *École centrale des travaux publics*. (*N. del t.*)

[24] K. Alder, *Engineering the Revolution. Arms and Enlightenment in France, 1763-1815*, Princeton, 1997, pp. 264-265, 255.

[25] Citado en J. Lynn, *The Bayonets of the Republic: Motivation and Tactics in the Army of Revolutionary France, 1791-1794*, Urbana, Ill., 1984, p. 173.

[26] Citado en D. Bell, *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Modern Warfare*, Londres, 2007, p. 131.

[27] Citado en A. Forrest, *The Soldiers of the French Revolution*, Durham, NC, 1990, p. 160.

[28] Sobre su radicalismo y la hostilidad que causó, véase especialmente C. Lucas, *The Structure of the Terror: the Example of Javogues and the Loir*, Oxford, 1973.

[29] Robespierre, *Oeuvres*, vol. X, p. 357.
[30] Citado en J. Hardman, *Robespierre*, Londres, 1999, p. 137.
[31] *Ibid*, p. 127.
[32] Véase Higgonet, *Goodness*, pp. 118-120.
[33] Hunt, *Politics*, pp. 76-77.
[34] K. Marx y F. Engels, *Selected Works*, Moscú, 1962, vol. I, p. 247.

[1] H. Adhémar, «La liberté sur les barricadas de Delacroix, étudiée d'après des documents inédits», *Gazette des Beaux Arts* 43, 1954, p. 88. Véase también T. Clark, *The Absolute Bourgeois. Artists and Politics in France 1848-1851*, Londres, 1999, pp. 18-20; B. Joubert, *Delacroix*, Princeton, 1998.

[2] Véase F. Furet, *Marx and the French Revolution,* trad. D. Furet, Chicago, 1988.

[3] *Ibid*, p. 21.

[4] P. Buonarroti, *Conspiration pour l'égalité dite de Babeuf: suivie du procès auquel elle donna lieu, et des pièces justificatives*, Bruselas, 1828, vol. II, pp. 132-138; R. Rose, *Gracchus Babeuf: the First Revolutionary Communist*, Stanford, 1978, p. 213.

* La *Liga de los Justos* se convirtió en 1847, a propuesta de Marx y Engels, en *Liga de los Comunistas*. (*N. del t.*)

[5] Citado en R. Hunt, *The Political Ideas of Marx and Engels*, 2 vols., Londres, 1984, vol. I, pp. 155-156. Véase también C. Lattek, *Revolutionary Refugees. German Socialism in Britain, 1840-1860*, Londres, 2006, cap. 2.

[6] Sobre el uso de este término, y la distinción entre comunistas utópicos y comunistas igualitarios, véase G. Stedman Jones, «Introducción», K. Marx y F. Engels, *The Communist Manifesto*, Londres, 2002, pp. 66, 69.

[7] C. Fournier, *The Theory of the Four Movements*, eds. G. Stedman Jones e I. Patterson, Cambridge, 1996.

[8] P.-J. Proudhon, *What is Property?*, eds. D. Kelley y B. Smith, Cambridge, 1994, p. 196.

[9] R. Owen, *Selected Works,* vol. 3*, The Book of the New Moral World*, ed. G. Claeys, Londres, 1993, p. 292.

[10] Keith Taylor (ed.), *Henri Saint-Simon (1760-1825): Selected Writings on Science, Industry and Social Organisation*, Londres, 1975, pp. 166-168.

[11] *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, n.d., p. 130.

[12] David McLellan, *Karl Marx: a Biography*, Londres, 1995, p. 12.

[13] Citado en S. Barer, *The Doctors of Revolution*, Londres, 2000, pp. 548-549.

[14] Citado en L. P. Wessel, *Prometheus Bound. The Mythic Structure of Karl Marx's Scientific Thinking*, Baton Rouge, 1984, p. 118.

[15] *Ibid*, p. 119.

* En esa toma de conciencia le ayudaron sin duda no sólo sus camaradas de la Liga de los Justos, a la que se incorporó en 1843, sino sus dos ex empleadas irlandesas Mary y Lizzie Burns, con las que estuvo vinculado sentimentalmente hasta la muerte de una y otra, en 1863 y 1878. (*N. del t.*)

[16] Para una comparación entre ambos, véase especialmente Stedman Jones, «Introduction», Marx y Engels, *Communist Manifesto*, pp. 50-71. Véase también McLellan, *Karl Marx*, pp. 112 y ss.

[17] Sobre la interpretación de esta idea de Marx, véase A. Walicki, *Marxism and the Leap to the Kingdom of Freedom*, Stanford, 1995, p. 41.

[18] Para una interpretación de estas ideas, véase B. Yack, *The Longing for Total Revolution. Philosophic Sources of Social Discontent from Rousseau to Marx and Nietzsche*, Berkeley, 1992, pp. 256 y ss.

[19] K. Marx, «On James Mill», en K. Marx, *The Early Texts*, ed. D. McLellan, Oxford, 1970, p. 202.

[20] K. Marx y F. Engels, *Collected Works* [*MECW*], Nueva York, 1975-, vol. V, p. 47.

[21] K. Marx, «Economic and Philosophical Manuscripts of 1844», en Marx, *Early Texts*, pp. 146-147.

[22] Citado en Barer, *Doctors*, p. 351.

[23] Sobre este análisis, véase Walicki, *Marxism*, pp. 82-83.

[24] Marx y Engels, *Communist Manifesto*, pp. 222-223.

[25] *Ibid*, p. 225.

[26] *Ibid*, pp. 243-244.

[27] Para una interpretación más detallada de la tensión entre los marxismos, véase D. Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization. Ideas, Power and Terror in Inter-war Russia*, Oxford, 2007, pp. 21-34. Otros han comentado las contradicciones del pensamiento de Marx, dibujando aspectos ligeramente diferentes. Véase A. Gouldner, *The Two Marxisms. Contradictions and Anomalies in the Development of Theory*, Londres, 1980, p. 32; S. Hanson, *Time and Revolution. Marxism and the Design of Soviet Institutions*, Chapel Hill, 1997, pp. 37-55.

[28] «Diary of Norbert Truquin», en M. Traugott (ed.), *The French Worker. Autobiographies from the Early Industrial Era*, Berkeley, 1993, p. 276.

[29] *Ibid,* p. 285.

[30] W. Sewell, *Work and Revolution in France: the Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980, cap. 9; sobre el levantamiento de 1831, véase R. Bezucha, *The Lyon Uprising of 1834: Social and Political Conflict in the Early July Monarchy*, Cambridge, Mass., 1974, cap. 2.

[31] *MECW*, vol. III, p. 313.

[32] Marx y Engels, *Communist Manifesto*, p. 258. Véase también A. Gilbert, *Marx's Politics. Communists and Citizens*, Oxford, 1981, pp. 197, 217-219.

[33] Hay un debate enorme sobre la «dictadura del proletariado». Éste sigue el punto de vista de D. Lovell, *From Marx to Lenin. An Evalutation of Marx's Responsability for Soviet Authoritarianism*, Cambridge, 1984. Para los que defienden que la «dictadura del proletariado» simplemente significa democracia radical, y no supone una dictadura real sobre las otras clases, véase Hunt, *Political Ideas*, pp. 284-336; H. Draper, *Karl Marx's Theory of Revolution,* vol. III: *The Dictatorship of the Proletariat*, Nueva York, 1986.

[34] Para una explicación detallada, véase G. Duveau, *1848. The Making of a Revolution*, trad. A. Carter, Londres, 1967. Sobre las motivaciones laborales, véase R. Bezucha, «The French Revolution of 1848 and the Social History of Work», *Theory and Society*, n.º 12 (1983), pp. 469-484; M. Traugott, «The Crowd in the French

Revolution of February 1848», *American Historical Review*, n.º 93 (1988), pp. 638-652.

[35] Sobre los artesanos y la revolución de junio, véase R. Gould, *Insurgent Identities: Class, Communities and Protest from 1848 to the Commune*, Chicago, 1995.

[36] Sobre el radicalismo revolucionario en Alemania de Marx y Engels, véase Gilbert, *Marx's Politics*, cap. 10.

[37] K. Marx y F. Engels, *The Revolution of 1848-1849. Articles from the Neue Rhenische Zeitung*, trad. S. Ryazanskaya, ed. B. Isaacs, Nueva York, 1972, p. 136.

[38] Sobre esta polémica, véase Gilbert, *Marx's Politics*.

[39] J. Sperber, *The European Revolutions, 1848-1851*, Cambridge, 1994, p. 247.

[40] J. Rougerie, «Sur l'histoire de la Première Internationale», *Mouvement Social*, n.º 51 (1965), pp. 23-46.

* Lista completa en http://fr.wikipedia.org/wiki/Liste_des_élus_de_la_Commune_de_Paris. (*N. del t.*)

[41] J. Rougerie, *Le Procès des Communards*, París, 1971, pp. 155-156. Sobre el poder de las ideas «asociativas» en la Comuna de París, que defiende las cooperativas de productores y consumidores y la democracia directa, véase M. Johnson, *The Paradise of Association. Political Culture and Popular Organization in the Paris Commune of 1871*, Ann Arbor, 1996.

[42] *MECW*, vol. II, p. 189.

[43] Citado en Y. Kapp, *Eleanor Marx*, Londres, 1972, vol. I, p. 88.

[44] Karl Marx, *Capital*, 3 vols., Nueva York, 1967, vol. I, pp. 330, 337.

[45] Marx, *Capital*, vol. III, p. 820. Véase también A. Rattansi, *Marx and the Division of Labour*, Londres, 1982.

[46] Sobre la noción de las leyes científicas en la historia, véase K. Marx, *Preface and Introduction to a Contribution to the Critique of Political Economy*, Beijing, 1976, pp. 3-4.

[47] Citado en W. Henderson, *A Life of Friedrich Engels*, Londres, 1976, vol. II, p. 569.

[48] F. Engels, *Dialectics of Nature*, trad. C. Dutt, Londres, 1940, cap. 2.

[49] F. Engels, *Anti-Dühring. Herr Eugen Dühring's Revolution in Science*, Moscú, 1959, p. 82.

[50] Véase especialmente la introducción de Engels a la edición de 1895 de «Las luchas de clases en Francia» de Marx, *MECW*, vol. I, pp. 187-204.

[51] Marx y Engels, *Communist Manifesto*, p. 234. Véase también D. Lovell, *Marx's Proletariat: the Making of a Myth*, Londres, 1988, p. 177.

[52] Marx y Engels, *Communist Manifesto*, p. 243. Aunque el punto de vista de Marx sobre el proletariado y el estado era contradictorio, y en 1871 sostuvo que el proletariado debía golpear a la máquina del estado como hizo la Comuna de París.

[53] K. Marx, *Critique of the Gotha Programme*, Beijing, 1974, pp. 15-21. Sobre ese mapa de ruta, véase Walicki, *Marxism*, p. 96.

[54] Sobre esta acusación, véase D. Lovell, *From Marx to Lenin. An Evaluation of Mar's Responsability for Soviet Authoritarianism*, Cambridge, 1984, pp. 61-64.

[55] K. Marx y F. Engels, *Gespräche mit Marx und Engels*, ed. H. Enzensberger, Frankfurt, 1973, vol. II, pp. 709-710.

[56] McLellan, *Karl Marx*, p. 371.

* Acusado de mantener una estructura clandestina paralela, la Alianza Internacional de la Democracia Socialista. (*N. del t.*)

[57] Para un resumen y análisis de estos hechos en los trabajadores, véase M. Mann, *Sources of Social Power,* vol. 2: *The Rise of Classes and Welfare States, 1760-1914*, Cambridge, 1993, pp. 597-601.

[58] Sobre las diferencias entre protestas más tempranas y las posteriores, véase D. Geary, *European Labour Protest, 1848-1939*, Londres, 1981, pp. 35-37. Hay cierto debate sobre el radicalismo político de los obreros en este período. Este análisis debe mucho a Mann, *Sources of Power*, vol. II, pp. 597-601, 680-682. Geary hace hincapié en el radicalismo continuo, véase Geary, *European Labour Protest*, pp. 107-126.

[59] Citado en D. Baguley, «*Germinal*: The Gathering Storm», en B. Nelson (ed.), *Cambridge Companion to Zola*, Cambridge, 2007, p. 139.

[60] E. Zola, *Germinal*, trad. P. Collier, Oxford, 1993, p. 288.

[61] *Ibid*, p. 349.

[62] *Ibid*, p. 523.

[63] Sobre este análisis, véase Mann, *Sources of Power*, vol. II, caps. 17-18; G. Eley, *Forging Democracy. The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Nueva York, 2002, pp. 64-65, 79.

* A partir de la revuelta de Haymarket en Chicago a primeros de mayo de aquel año y sus consecuencias. (*N. del t.*)

[64] «The Diary of Nikolaus Osterroth», en *The German Worker. Working-Class Autobiographies from the Age of Industrialization*, trad. y ed. A. Kelly, Berkeley, 1987, pp. 170-171.

[65] *Ibid,* p. 172.

[66] *Ibid*, p. 187.

[67] E. Weisz, *Creating German Communism 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State*, Princeton, 1997, p. 51.

[68] Citado en *The German Worker*, p. 409.

[69] V. Lidtke, *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany*, Nueva York, 1985, pp. 186-187.

[70] «The Diary of Otto Krille», en *The German Worker*, p. 276.

[71] Sobre este punto, véase S. Berger, «Germany», en *The Forceo f Labour*, eds. S. Berger y D. Broughton, Oxford, 1995, p. 73.

[72] Lidtke, *Alternative Culture*; B. Emig, *Die Veredelung des Arbeiters. Socialdemokratie als Kulturbewegung*, Frankfurt, 1980.

[73] Lidtke, *Alternative Culture*, p. 88.

[74] *Ibid*, pp. 107-108; véase también A. Körner, *Das Lied von einer anderen Welt. Kulturelle Praxis im französischen und deutschen Arbeitermilieu 1840-1890*, Frankfurt, 1997, p. 117.

[75] Weitz, *Creating German Communism*, p. 50.

[76] Lidtke, *Alternative Culture*, p. 52.

[77] «Diary of Otto Krille», en *The German Worker*, pp. 267-268.

[78] Eley, *Forging Democracy*, p. 79.

* Mientras que el *Zentrumspartei* católico, con algo menos de 2 millones de votos, obtenía 91 escaños. (*N. del t.*)

[79] K. Kautsky, *Selected Political Writings*, trad. y ed. P. Goode, Londres, 1983, pp. 11-12.

[80] S. Hickey, *Workers in Imperial Germany: the Miners of the Ruhr*, Oxford, 1985.

[81] J. Rupnik, «The Czech Socialists and the Nation (1848-1918)», en E. Cahm y V. Fišera (eds.), *Socialism and Nationalism in Contemporary Europe (1848-1945)*, vol. II, Nottingham, 1979.

[82] R. Evans, *Proletarians and Politics. Socialism, Protest and the Working Class in Germany before the First World War*, Nueva York, 1990, p. 93.

[83] August Bebel, *Die Frau und der Sozialismus*, citado en S. Berger, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany*, Harlow, 2000, p. 89.

[84] Austria, Bélgica, Bulgaria, las tierras checas, Dinamarca, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Hungría, Italia, los Países Bajos, Noruega, Polonia, Rumanía, Rusia, Serbia, España, Suecia, Suiza y Estados Unidos.

[85] Sobre este episodio, véase James Joll, *The Second International*, Londres, 1968, p. 33.

[86] *Ibid*, p. 45.

[87] Citado en G. Steenson, *Karl Kautsky, 1854-1938: Marxism in the Classical Years*, Pittsburgh, 1991, p. 47.

[88] G. Steenson, *«Not One Man! Not One Penny!» German Social Democracy, 1863-1914*, Pittsburgh, 1981, pp. 120-121.

[89] Citado en Steenson, *Karl Kautsky*, pp. 120-121.

[90] H. Golsberg, *Life of Jean Jaurès*, Madison, 1962, cap. 11.

[91] J. Miller, *From Elite to Mass Politics. Italian Socialism in the Giolittian Era, 1900-1914*, Kent, Ohio, 1990, pp. 25-29.

[92] Para un punto de vista anterior, que argumenta que el conflicto se estableció antes de 1914, véase C. Schorske, *German Social Democracy. The Development of the Great Schism*, Cambridge, Mass., 1955; para una combinación de los distintos puntos de vista y la teoría de que la escisión precipitó la guerra, véase W. Kruse, *Krieg und nationale Integration. Eine Neuinterpretation des sozialdemokratischen Burgfriedensschlusses, 1914-1915*, Essen, 1993.

* En 1872 se incorporó al *Sozialdemokratische Arbeiterpartei Deutschlands* de

Liebknecht y Bebel, desde el que participó en 1875 en Gotha en el Congreso de Unificación con los lassalleanos en el que se constituyó el Partido Socialista Obrero [*Sozialistischen Arbeiterpartei Deutschlands*, SAPD] que más tarde se convertiría en SPD. (*N. del t.*)

[93] Citado en P. Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism. Eduard Bernstein's Challenge to Marx*, Nueva York, 1952, p. 296.

[94] Sobre Bernstein y el revisionismo, véase M. Steger, *The Quest for Evolutionary Socialism. Eduard Bernstein and Social Democracy*, Cambridge, 1997.

[95] Sobre la socialdemocracia y el imperialismo, véase R. Fletcher, *Revisionism and Empire. Socialist Imperialism in Germany, 1897-1914*, Londres, 1984.

[96] Citado en H. Mitchell y P. Stearns, *Workers and Protest: the European Labor Movement, the Working Classes and the Origins of Social Democracy, 1890-1914*, Itasca, Ill., 1971, p. 211.

[97] Sobre la revolución de 1905, véase capítulo 2, pp. 77-79.

[98] Sobre la aceptación de la doctrina de «defensa nacional» del SPD, véase N. Stargardt, *The German Idea of Militarism*, Cambridge, 1994, p. 148.

[99] Haase a Rappoport, citado en G. Haupt, *Socialism and the Great War. The Collapse of the Second International*, Oxford, 1972, p. 208.

[100] Citado en Joll, *The Second International*, p. 178.

[1] *Konets Peterburga*, 1927, dir., V. Pudovkin. Sobre los temas de la película, véase A. Sargeant, *Vsevolod Pudovkin. Classic Films of the Soviet Avant-Garde*, Londres, 2000, pp. 94-95.

[2] Sobre esta película y su acogida, véase V. Kepley, *The End of St Petersburg: The Film Companion*, Londres, 2003.

[3] R. Wortman, *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy,* vol. 2: *From Alexander II to the Abdication of Nicholas II*, Princeton, 2000, pp. 351-358.

[4] Citado en Wortman, *Scenarios of Power*, p. 354.

[5] Citado en *ibid*, p. 362. Sobre el incidente véase pp. 358-364.

[6] S. Kanatchikov, *A Radical Worker in Tsarist Russia: the Autobiography of Semen Ivanovich Kanatchikov*, trad. y ed. R. Zelnik, Stanford, 1986, p. 45.

[7] G. Freeze, «The Soslovie (Estate) Paradigm and Russian Social History», *American Historial Review*, n.º 91 (1986), pp. 11-36.

[8] Sobre las actitudes de los campesinos, véase O. Figes, *A People's Tragedy. The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, 1996, pp. 98-102.

[9] Kanatchikov, *Radical Worker*, pp. 9-10.

[10] Citado en T. McDaniel, *Autocracy, Capitalism and Revolution in Russia*, Berkeley, 1988, p. 172.

[11] Sobre la acogida de *What is to be Done?* sobre la inteligencia rusa, véase I. Paperno, *Chernyshevsky and the Age of Realism: a Study in the Semiotics of Behavior*, Stanford, 1988, pp. 30-32.

[12] J. Scalan, «Chernyshevsky and Rousseau», en A Mikotin (ed.), *Western Philosophical Systems in Russian Literature: a Collection of Critical Studies*, Los Ángeles, 1979, pp. 103-106.

[13] N. Chernishevski, *What is to be Done? Tales about New People*, trad. B. Tucker, ampliado por C. Porter, Londres, 1982, pp. 320-326.

[14] Para los que defienden que Chernishevski era demasiado crítico con sus personajes, y aunque sus lectores no lo hubieran hecho, véase A. Drozd, *Chernisheuski's What is to be Done? A Reevaluation*, Evanston, 2001.

[15] Sobre la crítica de *aziatchina*, véase C. Ingerflom, *Le Citoyen impossible. Les Racines russes du leninisme*, París, 1988, pp. 60-61.

[16] Drozd, *Chernyshevskii What is to be Done?*

[17] Chernishevski, *What is to be Done?*, pp. 228-260.

[18] *Ibid*, p. 242.

[19] *Ibid*, pp. 228-260.

[20] Veáse S. Morrisey, *Heralds of Revolution: Russian Students and the Mythologies of Radicalism*, Nueva York, 1998, p. 19.

[21] *Ibid*, p. 25.

[22] Sobre el debate, véase F. Venturi, *Roots of Revolution. A History of the Socialist and Populist Movements in Nineteenth Century Russia*, trad. F. Haskell, Nueva York, 1966, pp. 429-468.

[23] Citado en A. Gleason, *Young Russia. The Genesis of Russian Radicalism in the 1860s*, Chicago, 1980, p. 356.

[24] Daniel Field, «Peasants and Propagandists in the Russian Movement to the People of 1874», *Journal of Modern History*, n.º 59 (1987), pp. 415-438.

[25] A. Geifman, *Thou Shalt Kill. Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917*, Princeton, 1993, pp. 20-21.

[26] N. Valentinov, *Encounters with Lenin*, trad. Paul Rosta y Brian Pearce, Oxford, 1968, p. 23.

[27] A Resis, «*Das Kapital* Comes to Russia», *Slavic Review*, n.º 29 (1970), p. 121.

* Se trata de una referencia al poema de William Blake «Jerusalem» donde habla de «molinos satánicos» («And did the Countenance Divine, / Shine forth upon our clouded hills? / And was Jerusalem builded here, / Among these dark Satanic Mills?»). La expresión, transformada en «fábricas satánicas», ha hecho fortuna en la historiografía sobre la revolución industrial. (*N. del e.*)

[28] Esta version está tomada de Morrissey, *Heralds*, pp. 75-80.

[29] R. Service, *Lenin. A Biography*, Basingstoke, 2005, pp. 21-29; C. Read, *Lenin. A Revolutionary Life*, Londres, 2005, p. 7.

[30] Service, *Lenin*, pp. 21-29; Read, *Lenin*, pp. 4-9.

[31] Citado en Read, *Lenin*, p. 9.

[32] Service, *Lenin*, p. 9.

[33] N. Krupskaya, *Memories of Lenin*, trad. E. Verney, Londres, 1970, pp. 264-265.

[34] V. Lenin, *Selected Works* [*SW*], Moscú, 1977, vol. II, p. 304.

[35] Valentinov, *Encounters*, pp. 67-68.

[36] Service, *Lenin*, p. 115.

[37] Krupskaya, *Memories*, p. 17.

[38] Citado en R. Pipes, *Struve: Liberal on the Left*, Cambridge, Mass., 1970, p. 195.

[39] A. Walicki, *Marxism and the Leap to the Kingdom of Freedom*, Stanford, 1995, pp. 298-299.

[40] V. Lenin, *Polnoe Sobranie Sochinenii* [*PSS*], Moscú, 1965-1968, 5.ª ed., vol. VI, pp. 99-100, 171.

[41] Lenin, *PSS*, vol. VIII, p. 379.

[42] Sobre la influencia de Chernishevski en Lenin, véase Ingerflom, *Citoyen impossible*, cap. 11.

[43] Sobre este punto, véase L. Lih, «How a Founding Document was Found, or One Hundred Years of Lenin's *What is to be Done?*», *Kritika*, n.º 4 (2003), pp. 5-49.

[44] V. Lenin, *Collected Works*, 47 vols., Moscú, 1960-1970, vol. XXXIV, p. 64.

[45] A. Ascher, *1905,* vol. I: *Russia in Disarray*, Stanford, 1988, p. 91.

[46] *Trestyi s"ezd RSDRP. Protokoly*, Moscú, 1959, p. 262.

[47] L. Trotski, *1905*, Moscú.

[48] N. Harding, *Lenin's Political Thought. Theory and Practice in the Democratic Revolutions*, Londres, 1983, libro I, pp. 213-248, aunque algunos defendían que Lenin y Trotski estaban menos unidos de lo que parecía. Véase M. Donald, *Marxism and Revolution. Karl KAutsky and the Russian Marxists*, New Haven, 1993, pp. 87-93.

[49] R. Hilferding, *Finance Capital: a Study of the Latest Phase of Capitalist Development*, trad. y ed. M. Watnick y Gordon, Londres, 1981.

[50] V. Lenin, *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*, Moscú, 1982.

[51] A Bely, *Petersburg*, trad. R. Maguire y J. Malmstad, Harmondsworth, 1983, pp. 51-52.

[52] *Ibid*, p. 14.

[53] *Ibid*, p. 214.

[54] Sobre el papel del Jinete de bronce en *Petersburg*, véase R. Maguire y J. Malmstad, «Petersburg», en J. Malmstad (ed.), *Andrey Bely. Spirit of Symbolism*, Ithaca, 1987, pp. 133-134.

[55] Bely, *Petersburg*, p. 64.

[56] *Ibid*, p. 65.

[57] Citado en J. Sanborn, *Drafting the Russian Nation. Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925*, Delkalb, Ill., 2003, p. 33.

[58] L. Siegelbaum, *The Politics of Industrial Mobilization in Russia, 1914-1917: a Study of the War Industries Committees*, Londres, 1983, cap. 3.

[59] P. Holquist, *Making War Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, Mass., 2002, pp. 26-36.

[60] O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution: the Language and Symbols of 1917*, New Haven, 1999, p. 31.

[61] J. von Geldern, *Bolshevik Festivals 1917-1920*, Berkeley, 1993, p. 23.

[62] Figes y Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution*, pp. 70, 62.

[63] *Ibid,* pp. 40, 62-64.

[64] Sobre los comités de soldados, véase A. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, Princeton, 1980, vol. I, pp. 228-245.

[65] Véase, por ejemplo, la resolución de los trabajadores de la fábrica de Putilov, San Petersburgo, 9 de septiembre de 1917, en V. Cherniaev *et al.* (eds.), *Piterskie rabochie i 'Diktatura proletariara', oktiabr' 1917-1929: ekonomischeskie konflikty i politicheskii protest: shornik dokumentov*, San Peterburgo, 2000, p. 292.

[66] Resolución de los trabajadores de la planta Nobel, 4 de abril de 1917, Cherniaev *et al.*, *Piterskie*, p. 334.

[67] Resolución transcrita en M. D. Steinberg, *Voices of Revolution, 1917*, New Haven, 2001, pp. 221-222.

[68] *In the Shadow of Revolution: Life Stories of Russian Women from 1917 to the Second*

World War, trad. Y. Slezkine, eds. S. Fitzpatrick y Y. Slezkine, Princeton, 2000.

[69] «Iz ofitserskikh pisem s fronta v 1917 g.», citado en Steinberg, *Voices of Revolution*, p. 21.

[70] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. I., p. 188.

[71] «Instruction, 18 October 1917», en Steinberg, *Voices of Revolution*, p. 232.

[72] Sobre la influencia de Hilferding, véase Harding, *Lenin's Political Thought*, libro 2, p. 53.

[73] Lenin, *PSS*, vol. XXXIII, p. 91.

[74] *Pravda*, 7 de junio de 1917.

[75] Lenin, *PSS,* vol. XXXIV, p. 316.

[76] Éste era el punto de vista de muchos miembros de los comités de las fábricas de 1917. Véase S. Smith, *Red Petrograd. Revolution in the Factories, 1917-1918*, Cambridge, 1983, p. 198.

* Sus palabras fueron: «Lenin y sus espías alemanes deben ser ejecutados, los soviets erradicados, la disciplina militar restaurada y el gobierno provisional reestructurado». (*N. del t.*)

[77] «A Letter», en *The Complete Works of Isaac Badel*, Ithaca y Londres, 1972, especialmente la p. 93.

[78] Véase Patricia Carden, *The Art of Issac Babel*, Ithaca y Londres, 1972, p. 93.

[79] Lenin, *PSS*, vol. XXXV, pp. 195-202.

[80] Sobre la participación del pueblo en las persecuciones, véase Figes, *People's Tragedy*, pp. 520-536.

[81] Anna Litveiko, en *In the Shadow of Revolution*.

[82] Sofia Volkonskaia, «The Way of Bitterness», en *In the Shadow of Revolution*, p. 156.

[83] R. Fuelop-Miller, *The Mind and Face of Bolshevism*, Nueva York, 1965, pp. 142-144; Von Geldern, *Bolshevik Festivals*, pp. 156-160; R. Stites, *Revolutionary Dreams. Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York, 1989, pp. 94-95.

[84] B. Taylor, *Art and Literature under the Bolsheviks,* Vol. I: *The Crisis of Renewal, 1917-1924*, Londres, 1991, pp. 56-60.

[85] Stites, *Revolutionary Dreams*, pp. 88-90.

[86] Lenin, *PSS*, vol. XXXVI, pp. 189-200.

[87] K. Bailes, *Technology and Society under Lenin and Stalin. Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917-1941*, Princeton, 1978, p. 49.

[88] Para el debate sobre el taylorismo, véase K. Bailes, «Alexei Gactev and the Soviet Controversy over Taylorism, 1918-1924», *Soviet Studies*, n.º 29 (1977), pp. 373-394; S. Smith, «Taylorism Rules OK?», *Radical Science Journal*, n.º 13 (1983), pp. 3-27.

[89] Lenin, *PSS*, vol. XXXVI, p. 293.

[90] Aunque en la primavera de 1918, Lenin sólo dijo que el «estado capitalista» no era más que un estado controlado por la economía. La nacionalización se produciría

gradualmente.

* En la *Crítica del Programa de Gotha*. (*N. del t.*)

[91] Lenin, *PSS*, vol. XLII, p. 157.

[92] N. Bukharin y E. Preobrzhensky, *The ABC of Communism*, Harmondsworth, 1969, p. 444.

[93] A. Gastev, *Poeziia rabochego udara*, Moscú, 1971, p. 19.

[94] Stites, *Revolutionary Dreams*, pp. 156-157.

[95] A. Gastev, *O tendentsiiakh proletarskoi kul'tury*, citado en Bailes, «Alexei Gastev and the Soviet Controversy over Taylorism», pp. 377-378.

* Le cupo el dudoso honor de ser la primera obra de ficción prohibida por el *GlavLit*, la oficina de censura creada en 1922. En la URSS no se publicó hasta 1988. (*N. del t.*)

[96] E. Zamiatin, *We*, trad. C. Brown, Londres, 1993.

** El porcentaje de «especialistas» en el conjunto de la oficialidad fue disminuyendo, del 75 por 100 en 1919 al 42 por 100 en 1920 y el 34 por 100 en 1921. (*N. del t.*)

[97] Sobre estos acontecimientos, véase M. von Hagen, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: the Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930*, Ithaca, 1990, cap. 1.

[98] Holquist, *Makinf War*, pp. 232-240.

[99] L. Trotski, *Terrorism and Communism*, Ann Arbor, 1971, p. 170.

[100] Von Hagen, *Soldiers*, pp. 89-114.

[101] *Ibid,* p. 107.

[102] Sanborn, *Drafting the Russian Nation*, p. 178.

[103] O. Figes, «Village and Volost Sovier Elections of 1919», *Soviet Studies*, n.º 40 (1988), p. 43.

[104] Lenin, *PSS*, vol. XLV, p. 389.

[105] Véase, por ejemplo, D. Raleigh, *Experiencing Russia's Civil War: Politics, Society and Revolutionary Culture in Saratov, 1917-1922*, Princeton, 2002, pp. 248-251.

[106] Figes, *People's Tragedy*, p. 649.

[107] O. Figes, *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, 1989, pp. 91 y ss.

[108] Sobre esta polémica, véase *ibid*, p. 314.

[109] «Belaia armiia, chernyi baron» (1920), letra de P. Grigoriev. El «barón negro» era el barón Wrangel, comandante de los blancos.

[110] Citado en S. Smith, *The Russian Revolution. A Very Short Introduction*, Oxford, 2002, p. 95.

[111] Citado en I. Deutscher, *The Prophet Armed. Trostky 1879-1940*, Nueva York, 1965, p. 495.

[112] Sobre las ideas de Borganov, véase Z. Sochor, *Revolution and Culture. The Bogdanov-Lenin Controversy*, Ithaca, 1988, pp. 28-35.

[113] T. Sapronov, *Deviataia konferentsiia RKP (b), sentiabr' 1920 goda. Protokoly*,

Moscú, 1972, p. 161.

[114] Figes, *Peasant Russia*, pp. 329-331, 334, 339, 344.

[115] P. Avrich, *Kronstadt, 1921*, Princeton, 1970, cap. 5.

[116] I. Getzler, *Kronstadt, 1917-1921. The Fate of a Soviet Democracy*, Cambridge, 1983, pp. 233-234.

[117] Lenin, *PSS*, vol. XLIV, pp. 157-158.

[118] E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, 3 vols., Londres, 1966-1971, vol. II, pp. 302-309.

[119] Sobre la visión de la «revolución cultural» de Lenin, véase C. Claudin Urondo, *Lenin the Cultural Revolution*, trad. D. Dean, Brighton, 1977, pp. 79-83.

[120] R. Williams, *Artists in Revolution. Portraits of the Russian Avant-Garde, 1905-1925*, Londres, 1978, pp. 158-159.

[121] Taylor, *Art and Literature*, p. 69.

* Estrenada con el título *Trommeln in der Nacht* («Tambores en la noche») el 23 de septiembre de 1922 en Múnich y el 20 de diciembre en Berlín, le valió a Brecht el prestigioso premio Kleist de aquel año, tras lo cual fue representada en toda Alemania. (*N. del t.*)

[1] B. Brecht, *Drums in the Night*, en *Collected Plays*, trad. y ed. J. Willett y R. Mannheim, Londres, 1970, vol. I, pp. 63-115.

[2] L. Trotski, *Moia zhizn'. Oput autobiografii*, Berlín, 1930, vol. I, p. 285.

[3] Hans Arp, *On My Way. Poetry and Essays, 1912-1947*, Nueva York, 1948, p. 39.

[4] El informe autocrítico acerca de su conversión al comunismo puede encontrarse en G. Grosz, *The Autobiography of George Grosz: A Small Yes and a Big No*, trad. Arnold J. Promerans, Londres, 1982, pp. 91-92.

[5] Sobre estos acontecimientos, véase G. Eley, *Forging Democracy. A History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford, 2002, pp. 132-134.

[6] G. Feldman, «Socio-Economic Structures in the Industrial Sector and Revolutionary Potentialities, 1917-1922», en C. Bertrand (ed.), *Revolutionary Situations in Europe, 1917-1922: Germany, Italy, Austria-Hungary*, Montreal, 1977.

[7] Véase, por ejemplo, H. Lagrange, «Strikes and the War», en L. Haimson y C. Tilly (eds.), *Strikes, Wars and Revolutions in an International Perspective. Strike Waves in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, Cambridge, 1989; B. Bezza, «Social Characteristics, Attitudes and Patterns of the Metalworkers in Italy during the First World War», en Haimson y Tilly, *Strikes*; E. Tobin, «War and the Working Class: The Case of Düsseldorf, 1914-1918», *Central European History*, n.º 13 (1985), pp. 257-298.

[8] Sobre esto, véase D. Balckbourn, *History of Germany, 1780-1918. The Long Nineteenth Century*, Oxford, 1997, p. 366.

[9] D. Kirby, *War, Peace and Revolution. International Socialism at the Crossroads 1914-1918*, Nueva York, 1986, p. 57.

[10] U. Schneede (ed.), *George Grosz: His Life and Work*, trad. Susanne Flatauer, Londres, 1979, p. 160.

[11] Véase P. von Oertzen, *Betriebsräte in der Novemberrevolution*, Bonn, 1976; E. Kolb, *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik 1918 bis 1919*, Düsseldorf, 1962.

[12] Sobre esto, véase S. Berger, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany*, Harlow, 2000, p. 96.

[13] J. Riddell (ed.), *Workers of the World and Oppressed Peoples, Unite! Proceedings and Documents of the Second Congress, 1920*, Nueva York, 1991, vol. I, p. 8.

[14] K. McDermott y J. Agnew, *The Comintern. A History of International Communism from Lenin to Stalin*, Basingstoke, 1996, pp. 20-21.

[15] C. Epstein, *The Last Revolutionaries. The German Communists and their Century*,

Cambridge, Mass., 2003, pp. 20-22.

* Aunque Mann la completó, según sus propias palabras, «en julio de 1914», esto es, días antes del estallido de la primera guerra mundial, no se publicó hasta 1918. (*N. del t.*)

[16] H. Mann, *Man of Straw*, Harmondsworth, 1984.

[17] Karl Kraus en *Die Fackel*, noviembre de 1920, citado en J. Nettl, *Rosa Luxemburg*, Londres, 1966, vol. I, p. XVIII.

[18] Sobre el «anticapitalismo romántico» entre el marxismo y el nacionalismo de derechas, véase Z. Sternhell, *The Birth of Fascist Ideology. From Cultural Rebellion to Political Revolution*, Princeton, 1994, especialmente el cap. 1 de George Sorel. Sobre la influencia de Sorel y el «sindicalismo» en los marxistas, véase R. Williams, *The Other Bolsheviks. Lenin and his Critics, 1904-1914*, Bloomington, 1986. Sobre la influencia de Nietzsche en el marxismo, véase B. Rosenthal, *New Myth, New World. From Nietzsche to Stalinism*, University Park, Pa, 2002, pp. 68-93.

[19] Véase M. Kane, *Weimar Germany and the Limits of Political Art: a Study of the Work of George Grosz and Ernst Toller*, Tayport, 1987.

[20] M. Löwy, *Georg Lukács: From Romanticism to Bolshevism*, trad. P. Camiller, Londres, 1979, p. 93. Véase también A. Arato y P. Breines, *The Young Lukács and the Origins of Western Marxism*, Nueva York, 1979; M. Gluck, *Georg Lukács and his Generation, 1900-1918*, Cambridge, Mass., 1985.

[21] Citado en Löwy, *Lukács*, p. 123.

[22] Según una novela autobiográfica de József Lengyel, citado en Löwy, *Lukács*, p. 152.

[23] B. Kovrig, *Communism in Hungary. From Kun to Kádár*, Stanford, 1979, p. 77.

[24] Véase G. Lukács, *History and Class Consciousness*, trad. R. Livingstone, Londres, 1971, pp. 173, 313.

[25] T. Mann, *The Magic Mountain*, trad. H. Lowe-Porter, Harmondsworth, 1960, p. 478.

[26] Citado en J. Cammett, *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism*, Stanford, 1967, p. 7.

[27] *Avanti*, 18 de diciembre de 1917, citado en A. Gramsci, *Selections from Cultural Writings*, eds. D. Forgacs y G. Novell-Smith, Londres, 1985, pp. 20-23.

[28] A. Gramsci, «Workers' Democracy», en *L'Ordine Nuovo*, 21 de junio de 1919, en Gramsci, *Selections from Political Writings, 1913-1920*, trad. J. Mathews, ed. Q. Hoare, Londres, 1977, pp. 65-68.

[29] M. Jay, *The Dialectical Imagination: a History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, Londres, 1973.

[30] Nettl, *Rosa Luxemburg*, vol. I, pp. 512-513.

[31] Citado en *ibid*, pp. 792-793.

[32] J. Riddell (ed.), *Founding the Communist International: Proceedings and Documents of the First Congress*, marzo de 1919, Nueva York, 1987, pp. 19-20.

[33] «Manifesto of the Communist International», en *ibid*, pp. 222-232.

[34] En términos generales, éstas son las conclusiones de Stefano Bartolini, en Bartolini, *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980: the Class Cleavage*, Cambridge, 2000, pp. 537-545.

[35] Lajos Kassák, citado en R. Tokés, *Béla Kun and the Hungarian Soviet Republic: the Origins and Roles of the Communist Party of Hungary in the Revolutions of 1918-1919*, Nueva York, 1967.

[36] G. Peteri, *Effects of World War I: War Communism in Hungary*, Nueva York, 1984, cap. 1.

[37] T. Hadju, *The Hungarian Soviet Republic*, trad. E. De Láczay y R. Fischer, Budapest, 1979.

[38] Tokés, *Béla Kun*, p. 185.

* El 32,3 por 100 de los votantes, seguido por el Partido Popular con el 20,5 por 100. (*N. del t.*)

[39] A. Gramsci, «Unions and Councils», *L'Oridne Nuovo*, 25 de octubre de 1919, en Gramsci, *Selections*, pp. 98-108.

[40] Véase R. Bellamy y D. Schecter, *Gramsci and the Italian State*, Manchester, 1993, p. 24.

** En aquel congreso, el XVII del partido, tras una larga y agria discusión, los «massimalisti unitari» de Serrati recogieron 89.028 votos, los «comunisti puri» de Gramsci y Bordiga 58.783, y los «riformisti concentrazionisti» de Turati 14.695. (*N. del t.*)

[41] E. Weitz, *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State*, Princeton, 1997, pp. 179-180.

[42] W. Preston, *Aliens and Dissenters. Federal Suppression of Radicals, 1903-1933*, Cambridge, Mass., 1963, pp. 118-150.

* El 12,6 por 100 en las elecciones legislativas del 4 de mayo de 1924, frente al 20,5 por 100 para el SPD, y el 10,6 por 100 en las del 20 de mayo de 1928, frente al 29,8 por 100 para el SPD. El porcentaje de votos obtenidos por el PCF en las elecciones legislativas francesas de esos mismos años, 1924 y 1928, también rondaba el 10 por 100, y el de la SFIO el 20 por 100. (*N. del t.*)

[43] B. Brecht, «The Decision», en *Collected Plays*, trad. y ed. John Willett, Londres, 1997, vol. III, pp. 61-91.

[44] R. Fischer, *Stalin and German Communism: a Study in the Origins of the State Party*, Cambridge, Mass., 1948, p. 615.

[45] M. Molnár, *From Béla Kun to János Kádár. Seventy Years of Hungarian Communism*, trad. A. J. Pomerans, Nueva York, 1990, pp. 20-21.

[46] V. Lenin, *Selected Works* [*SW*], Moscú, 1977, vol. III, p. 293.

[47] Riddell, *Workers of the World*, vol. I, pp. 299-300.

[48] Véase Bartolini, *Political Mobilization*, pp. 107, 112-113.

[49] Citado en F. Claudin, *The Communist Movement. From Comintern to Cominform*,

Harmondsworth, 1975, p. 63.

[50] Sobre el papel de Moscú, véase L. Babichenko, «Komintern i sobytiia v Germanii v 1923 g. Novye arkhivnye materialy», *Novaia i noveishaia istoriia* 2, 1994, pp. 125-157.

[51] J. Degas (ed.), *The Communist International, 1919-1943. Documents,* vol. 2, Londres, 1971, p. 154.

[52] I. Stalin, *Sochineniia*, Moscú, 1946-1951, vol. X, p. 51.

[53] La literatura es enorme. Para los puntos de vista, basados en las investigaciones archivísticas, que hacen hincapié en el control del centro, véase por ejemplo, A. Vatlin, *Komintern: Pervye desiat' let: istoricheskie ocherki*, Moscú, 1993; para los que enfatizan el papel de las políticas locales más que el de Moscú, véase A. Thorpe, *The British Communist Party and Moscow between the Wars*, Manchester, 2000. Para un estudio historiográfico útil, véase *Labour History Review*, n.º 61, 2003.

[54] En K.-M. Mallmann, *Kommunisten in der Weimarer Republik. Sozialgeschichte einer revolutionären Bewegung*, Darmstadt, 1996.

[55] Sobre estas subvenciones, véase H. Klehr, J. Haynes y F. Firsov (eds.), *The Secret World of American Communism*, New Haven, 1995, pp. 23-25; K. McDermott, «The View from the Centre», en T. Rees y A. Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International, 1919-1943*, Manchester, 1998, p. 33. Se ha estimado que el Partido Comunista Británico recibió una subvención inicial de algo más de 61.000 euros (o algo más de un millón de euros de 1995), F. Becket, *Enemy Within. The Rise and Fall of the Bristish Communist Party*, Londres, 1995, p. 12.

[56] Sobre el argumento de que algunos comunistas europeos agradecieron el control soviético, véase McDermott y Agnew, *The Comintern*, pp. 24-25.

[57] Sobre esta institución, véase R. von Mayenburg, *Hotel Lux*, Múnich, 1978.

[58] V. Dedijer, *Tito*, Nueva York, 1972, p. 98.

[59] B. Lazitch, «Les Écoles de Cadres du Comintern», en J. Freymond, *Contributions à l'histoire de Comintern*, Génova, 1965, pp. 237-241, 246-251; Weitz, *Creating German Communism*, pp. 234-235. Véase también L. Babischenko, «Die Kaderschulung der Komintern», en H. Weber (ed.), *Hjahrbuch für historische Kommunismusforschung*, Berlín, 1993.

[60] Citado en J. McIlroy, A. Campbell, B. McLoughlin y J. Halstead, «Forging the Faithful. The British at the International Lenin School», *Labour History Review*, n.º 68 (2003), p. 110. Véase también L. Babischenko, «Die Kaderschulung der komintern».

[61] W. Leonhard, *Child of the Revolution*, trad. C. M. Woodhouse, Londres, 1979, p. 185.

[62] *Ibid*, pp. 194-195.

[63] *Ibid*.

[64] McIlroy *et al.*, «Forging the Faithful», pp. 112-116.

[65] McDermott y Agnew, *The Comintern*, pp. 73-74.

[66] A. Thorpe, «Comintern "Control" of the Communist Party of Great Britain, 1920-1943», *English Historical Review*, n.º 113 (1998), p. 652.

[67] Weitz analiza la influencia del antiguo radicalismo de Luxemburg en *Creating German Communism*. Sobre el puritanismo en Gran Bretaña, véase K. Morgan, G. Cohen y A. Flinn, *Communists and British Society 1920-1991*, Londres, 2003, pp. 123-129.

[68] *Ibid*, p. 235.

[69] A. Kriegel, *The French Communists: Profile of a People*, trad. E. Halperin, Chicago, 1972, p. 107.

[70] Sobre este fenómeno, véase S. Macintyre, *Little Moscows. Comunism and Working-Class Militancy in Inter-War Britain*, Londres, 1980. E. Rosenchaft, «Communists and Communities: Britain and German between the Wars», *Historical Journal*, n.º 26 (1983), pp. 221-236. Sobre cultura, véase A. Howkins, «"Class against Class". The Political Culture of the Communist Party of Great Britain, 1930-1935», en F. Gloversmith (ed.), *Class, Culture and Social Change. A New View of the 1930s*, Brighton, 1980.

[71] Informe sobre los obreros, 1925, citado en Morgan *et al.*, *Communist and British Society*, p. 63.

[72] S. Berger, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth and Twentieth Century Germany*, Harlow, 2000, pp. 104-105; K. Schönhoven, *Reformismus und Radikalismus. Gespaltene Arbeiterbewegung im Weimarer Sozialstaat*, Múnich, 1989.

[73] Weitz, *Creating German Communism*, pp. 270-271.

[74] E. Weitz, *Popular Communism: Political Strategies and Social Histories in the Formation of the German, French, and Italian Communist Parties, 1919-1948*, Ithaca, 1992, p. 11.

[75] Sobre estos temas, véase Weitz, *Creating German Communism*, cap. 6.

[76] *Ibid*, p. 249. Para otro punto de vista que hace hincapié en las coincidencias entre el mensaje de los comunistas y los nazis, véase Conan Fischer, *The German Communist and the Rise of Nazism*, Nueva York, 1991.

[77] E. Rosenhaft, «Working-Class Life and Working-Class Politics: Communists, Nazis and the State in the Battle for the Streets, Berlin, 1928-1932», en R. Bessel y E. Feuchwanger (eds.), *Social Change and Political Development in Weimar Germany*, Londres, 1981; E. Rosenhaft, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence*, Cambridge, 1983.

[78] «America's "New" Civilization», *New York Times*, 13 de mayo de 1928.

[79] D. Aldcroft, *From Versailles to Wall Street, 1919-1929*, Londres, 1977, p. 263.

[1] *Oktiabr*, 1928, dir. S. Eisenstein.

[2] S. Eisenstein, «Perspectives», 1929, en *Film Essays*, ed. Jay Leyda, Londres, 1968, p. 44.

[3] Citado en Y. Barna, *Eisenstein*, Londres, 1973, p. 119.

[4] R. Bergman, *Sergei Eisenstein. A Life in Conflict*, Londres, 1997, p. 131.

[5] D. Bordwell, *The Cinema of Eisenstein*, Cambridge, Mass., 1993, pp. 79-96.

[6] A. Rieber, «Stalin as Georgian», en S. Davies y J. Harris (eds.), *Stalin. A New History*, Cambridge, 2005, pp. 25-26. Sobre la leyenda de Prometeo en Georgia, véase D. M. Lang y G. M. Meredith-Owens, «Amiran-Darejaniani: A Georgian Romance and its English Rendering», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, n.º 22 (1959), pp. 463-464.

[7] R. Suny, «Stalin and the Making of the Soviet Union», manuscrito inédito, cap. 1, p. 16. Mi agradecimiento a Ron Suny por mostrarme el borrador de este texto.

[8] I. Stalin, *Sochimenia*, Moscú, 1946-1951, vol. XIII, pp. 113-114.

[9] P. Makharadze, citado en S. Jones, *Socialism in Georgian Colours. The European Road to Social Democracy, 1883-1917*, Cambridge, Mass., 2005, p. 51.

[10] Jones, *Socialism*, pp. 22-28.

[11] Suny, «Stalin», pp. 11-13.

[12] R. Tucker, *Stalin as Revolutionary, 1879-1929: a Study in History and Personality*, Londres, 1974, pp. 80-81.

[13] Sobre este punto, véase Suny, «Stalin», pp. 22-23.

[14] Jones, *Socialism*, cap. 2.

[15] M. Kun, *Stalin. An Unknown Portrait*, Nueva York, 2003, pp. 31-32.

[16] A. Rieber, «Stalin, Man of the Borderlans», *American Historical Review*, n.º 106 (2001), pp. 1674-1676.

[17] E. Van Ree, «Stalin's Bolshevism: the First Decade», *International Review of Social History*, n.º 39 (1994), pp. 361-381.

[18] R. Service, *Stalin. A Biography*, Londres, 2004, p. 112.

[19] Véase, por ejemplo, R. Pipes (ed.), *The Unknown Lenin. From the Secret Archive*, New Haven, 1998. Sobre la teoría de que Lenin era casi liberal, véase M. Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, Londres, 1975, pp. 46-47, 96.

[20] Sobre la importancia para Lenin de la organización, véase A. Walicki, *Marxism and the Leap to the Kingdom of Freedom*, Stanford, 1995, p. 300. Lenin comparaba el partido con un ejército, pues admiraba la organización de los ejércitos. Véase V. Lenin, *Collected Works* (47 vols.), Moscú, 1960-1970, vol. XXI, pp. 252-253.

[21] Sobre Stalin y el nacionalismo, véase E. Van Ree, *The Polotical Thought of Joseph Stalin. A Study in Twentieth Century Revolutionary Patriotism*, Londres, 2002.

[22] Sobre las metáforas orgánicas, véase *ibid*, cap. 10.

[23] Stalin, *Sochimenia*, vol. I, pp. 64-67.

[24] *Ibid*, vol. V, p. 71.

[25] Sobre las posturas geopolíticas de Stalin, véase Rieber, «Stalin», pp. 1651-1691. Véase también Stalin, *Sochimenia*, vol. IV, pp. 286-287.

[26] Service, *Stalin*, p. 167.

[27] Sobre las similitudes entre los dos métodos, véase A. Graziosi, «At the Roots of Soviet Industrial Relations and Practice. Piatakov's Donbass in 1921», *Cahiers du monde russe et soviétique*, n.º 36 (1995), pp. 130-132.

[28] F. Gladkov, *Cement*, Londres, 1929, p. 55.

[29] *Ibid*, pp. 98-99.

[30] *Ibid*, p. 302.

[31] Sobre la noción de partido y de estado en este período, véase D. Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization. Ideas, Power and Terror in Inter-war Russia*, Oxford, 2007, pp. 226-228.

[32] G. Vinokur, citado en I. Halfin, *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial*, Cambridge, Mass., 2003, p. 237.

[33] I. Kallistov, citado en E. Naiman, *Sex in Public. The Incarnation of Early Soviet Ideology*, Princeton, 1997, p. 183.

[34] Para un debate, véase S. Morrisey, *Heralds of Heralds of Revolution: Russian Students and the Mythologies of Radicalism*, Nueva York, 1998, pp. 3-8.

[35] Citado en Halfin, *Terror in My Soul*, p. 57. Para un debate sobre este tema en las autobiografías, véase cap. 2.

[36] M. David-Fox, *Revolution of the Mind: Higher Learning among the Bolsheviks, 1918-1929*, Ithaca, 1997, p. 127.

[37] *Ibid*, p. 177; Jane Price, *Cadres, Commanders and Commissars: The Training of the Chinese Communist Leadership, 1920-1945*, Boulder, Colo., 1976, p. 36.

[38] J. Cassiday, *The Enemy on Trial: Early Societ Courts on Stage and Screen*, Dekalb, Ill., 2000.

[39] Halfin, *Terror in My Soul*, pp. 260, 283-315.

[40] *Ibid*, p. 32; Van Ree, *Political Thought*, p. 131.

[41] Stalin, *Sochimenia*, vol. VIII, p. 121.

[42] V. Kravchenko, *I Chose Freedom. The Personal and Political Life of a Soviet Official*, Londres, 1947, p. 51.

[43] Stalin, *Sochimenia*, vol. IX, p. 58.

[44] *Ibid*, vol xiii, pp. 29-42.

[45] Paul Gregory, *The Political Economy of Stalinism. Evidence from the Soviet Archives*, Cambridge, 2004, pp. 111-112.

[46] Véase, por ejemplo, S. Strumilin, *Na Planovom Fronte, 1920-1930 gg*, Moscú, 1958, pp. 395-405. Sobre la escuela «teológica» marxista en economía, véase E. H. Carr y R. W. Davies, *Foundations of the Planet Economy 1926-1929*, Londres, 1971,

vol. I, segunda parte, cap. 32.

[47] L. Siegelbaum, «Production Collectives and Communes and the "Imperatives" of Soviet Industrialization», *Slavic Review*, n.º 45 (1986), pp. 65-84; H. Kuromiya, *Stalin's Industrial Revolution. Politics and Workers, 1928-1932*, Cambridge, 1988, pp. 115-135.

[48] Sobre este tema, véase S. Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge, 1979.

[49] Stalin, *Sochimenia*, vol. XI, p. 37. Sobre el significado de «democracia» en este contexto, véase Priestland, *Stalinism*, pp. 200-210.

[50] Kravchenlo, *I Chose Freedom*, p. 56.

[51] I. Scott, *Behind the Urals. An American Worker in Russia's City of Steel*, Bloomington, 1973, pp. 5-6.

[52] Sobre la postura de los obreros, véase J. Rossman, *Worker Resistance under Stalin: Class and Revolution on the Shop Floor*, Cambridge, Mass., 2005, pp. 127-133.

[53] N. Jasny, *The Soviet 1956 Statistical Handbook. A Commentary*, East Lansing, Mich., 1957, p. 41.

[54] L. Kopelev, *The Education of a True Believer*, trad. Gary Kern, Londres, 1981, p. 226.

[55] D. Peris, *Storming the Heavens: The Societ League of the Militant Godless*, Ithaca, 1998.

[56] Citado en L. Viola, *Peasant Rebels under Stalin. Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Nueva York, 1996, p. 59.

[57] Sobre el papel de las mujeres en la revuelta, véase Viola, *Peasant Rebels*, cap. 6.

[58] Kravchenko, *I Chose Freedom*, pp. 99-100.

[59] A. P. Nikishin a VTsIK, 1932. En L. Siegelbaum y A. Sokolov (eds.), *Stalinism as a Way of Life*, New Haven, 2000, p. 67.

[60] N. Ivnitskii, *Kollektivizatsiia i Raskulachivanie. Nachalo 30-Kh godov*, Moscú, 1996, pp. 203-225.

[61] Esta historia se cuenta en *An American Engineer in Stalin's Russia. The Memoirs of Zara Witkin, 1932-1934*, ed. Michael Gelb, Berkeley, 1991, pp. 211-212.

[62] Para un análisis que haga hincapié en estos problemas en las economías tipo soviéticas, véase J. Kornai, *The Economics of Shortage*, Amsterdam, 1980.

* Stalinsk a partir de 1961 fue rebautizada como Novokuznetsk. (*N. del t.*)

[63] Kuromiya, *Stalin's Industrial Revolution*, p. 180.

[64] Gregory, *Political Economy*, p. 118.

[65] Stalin, *Sochimenia*, vol. XIII, p. 57.

[66] S. Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997, p. 24.

[67] Sobre el cambio en la política, véase S. Fitzpatrick, *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, Oxford, 1994, pp. 121-122.

* Al parecer los resultados de la votación para elegir al nuevo Comité Central fueron

amañados por Kaganovich. En cualquier caso, las consecuencias de aquel «Congreso de los Condenados» fueron trágicas: de los 1.996 delegados presentes, 1.108 fueron detenidos durante la Gran Purga y alrededor de dos terceras partes ejecutados. La lista de miembros del nuevo Comité Central y la fecha de su muerte aparece (en ruso) en el correspondiente vínculo de http://en.wikipedia.org/wiki/17th_Congress_of_the_VKP(b). (*N. del t.*)

[68] *Aleksander Nevskii*, 1938, dir. S. Eisenstein.

[69] Aunque estas cuestiones resultan controvertidas, y había oposición dentro del partido. Véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, pp. 240-241.

[70] E. Van Ree, «Heroes and Merchants. Stalin's Understanding of National Character», *Kritika*, n.º 8 (2007), pp. 41-65.

[71] S. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russi in the 1930s*, Oxford, 1999, pp. 106-109.

[72] J. Brooks, *Thank you, Comrade Stalin! Soviet Public Culture from Revolution to Cold War*, Princeton, 2000, pp. 126-127.

[73] Éste es el argumento de T. Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, 2001.

[74] P. Kenez, *Cinema and Soviet Society, 1917-1953*, Cambridge, 1992, pp. 202-204.

[75] Sobre este período, véase D. Brandenberger, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*, Cambridge, Mass., 2002.

[76] Citado en *ibid*, p. 24.

[77] Citado en *ibid*, pp. 101-103.

[78] L. Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935-1941*, Cambridge, 1988, p. 228.

[79] *Pravda*, 15 de noviembre de 1935.

[80] Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Sotsial'no-Politicheskoi Istorii [RGASPI], 558/11/1121, 27 (17 de marzo de 1938).

[81] Siegelbaum, *Stakhanovism*, pp. 230-231.

[82] Véase S. Fitzpatrick, «Ascribing Class: the Construction of Social Identity in Soviet Russia», en Fitzpatrick, *Stalinism. New Directions*, Londres, 2000, pp. 20-46; T. Martin, «Modernization or Neo-traditionalism? Ascribed Nationality and Soviet Primordialism», en Fitzpatrick, *Stalinism*, pp. 348-367.

[83] Nicholas Ostrovski, *The Making of a Hero*, trad. A. Brown, Londres, 1937.

[84] J. Baberowski, *Der rote Terror: die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, 2003, p. 162.

[85] Citado en Davies, *Popular Opinion*, p. 169.

[86] Kravchenko, *I Chose Freedom*, p. 101.

[87] «Diary of L. Potemkin», en V. Garros, N. Korenevskaya y T. Lahusen (eds.), *Intimacy and Terror. Soviet Diaries of the 1930s*, trad. C. Flath, Nueva York, 1995, pp. 274-275. Sobre este diario, véase J. Hellbeck, *Revolution on mY Mind: Writing a Diary*

under Stalin, Cambridge, Mass., 2006, cap. 6.

[88] «Diary of Potemkin», p. 277.

[89] Véase, por ejemplo, Stepan Podliubnyi, en Hellbeck, *Revolution*, cap. 5.

[90] A. Inkeles y R. Bauer, *The Soviet Citizen. Daily Life in a Totalitarian Society*, Cambridge, Mass., 1959.

[91] A. Rossi, *generational Differences in the Soviet Union*, Nueva York, 1980, pp. 295-297. Véase también D. Bahry, «Society Transformed? Rethinking the Social Roots of Perestroika», *Slavic Review*, n.º 52 (1993), pp. 512-515.

[92] Scott, *Behind the Urals*, p. 43.

[93] Sobre la integración de los trabajadores de Magnitogorsk en el sistema, véase S. Kotkin, *Magnetic Mountain. Stalinism as a Civilization*, Berkeley, 1995, cap. 5.

[94] Scott, *Behind the Urals*, pp. 47, 46.

[95] Davies, *Popular Opinion*, p. 139.

[96] Fitzpatrick, *Everyday Stalinism.*

[97] Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, p. 288.

[98] La famosa canción de la película *Circus* (1936).

[99] «The Diary of Arzhilovsky», en Garros *et al.*, *Intimacy and Terror*, p. 131.

[100] Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, p. 323.

[101] O. Khlevniuk, *The History of the Gulag. From Collectivization to the Great Terror*, New Haven, 2004, p. 328.

[102] Queja enviada a la Cruz Roja por uno de los prisioneros, antes del 8 de agosto de 1930. Citado en Khlevniuk, *History of the Gulag*, pp. 15-16.

[103] Sarah Davies hace hincapié en la diferencia entre «nosotros» y «ellos». Davies, *Popular Opinion*, cap. 8.

[104] RGASPI 558/11/1118, 101-102.

[105] J. Harris, *The Great Urals. Regionalism and the Evolution of the Soviet System*, Ithaca, 1999, cap. 5.

[106] Stalin, *Sochimenia*, vol. XIII, p. 232.

[107] *Partiinyi billet* (1936), dir. I. Py'rev.

[108] Kenez, *Cinema and Soviet Society*, p. 145.

[109] L. Kaganovsky, «Visual Pleasure in Stalinist Cinema. Ivan Py'rev *Party Card*», en C. Klaier y E. Naiman, *Everyday Life in Early Soviet Russia. Taking the Revolution Inside*, Bloomington, 2006, pp. 35-36, 53-54.

[110] Para constatar dos interpretaciones mus distintas, véase J. Getty y O. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-destruction of the Bolsheviks, 1923-1939*, New Haven, 1999; O. Khlevniuk, *Master of the House, Stalin and his Inner Circle*, New Haven, 2009. Para un estudio que nos aproxime a esto, véase Priestland, *Stalinism*, cap. 5.

[111] Sobre el papel de Iezhov, véase J. Getty y O. Naumov, *Yezhov, The Rise of Stalin's «Iron Fist»*, New Haven, 2008, cap. 8.

[112] Citado en Van Ree, *Political Thought*, p. 134.

[113] Sobre este punto, véase Kotkin, *Magnetic Mountain*.

[114] Kravchenko, *I Chose Freedom*, pp. 318-319.

[115] E. Ginsburg, *Into the Whirlwind*, trad. P. Stevenson y M. Harari, Londres, 1967, p. 44.

[116] Hellbeck, *Revolution*, pp. 318-319.

[117] Scott, *Behind the Urals*, p. 195.

[118] Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre los planes de Stalin, y nosotros carecemos de evidencias. Khlevniuk defiende que Stalin planeaba la destrucción de los dirigentes de la región desde la segunda mitad de 1936. Véase O. Khlevniuk, «The First Generation of Stalinist: "Party Generals"», en E. Rees (ed.), *Centre-Local Relations in the Stalinist State, 1928-1941*, Basingstoke, 2001, pp. 59-60; Getty y Naumov argumentan que él no planeó esto. Véase Getty y Naumov, *The Road of Terror*. Sobre los aspectos económicos, véase Harris, *The Great Urals*, pp. 182-185.

* En total, 3 de los 5 mariscales, 13 de los 15 comandantes de ejército, 8 de los 9 almirantes, 50 de los 57 generales de cuerpo de ejército, 154 de los 186 generales de división, todos los comisarios de ejército y 25 de los 28 comisarios de cuerpo de ejército. (*N. del t.*)

[119] Molotov, entre otros, argumenta esto. *Sto sorok besed s Molotvym. Iz dnevnika F Chueva*, Moscú, 1991, p. 390.

** De los 15 miembros del primer Consejo de Comisarios del Pueblo fueron ejecutados 8, uno murió en prisión y Trotski fue asesinado en 1940. De los 7 miembros del Politburó del partido en 1917 sólo sobrevivió Stalin. (*N. del t.*)

[120] Para un debate sobre estos aspectos, véase Getty y Naumov, *The Road to Terror*, pp. 587-294.

[121] *Ivan Groznyi*, partes I y II (1944 y 1946), dir. S. Eisenstein.

[122] Sobre esta película, véase Bordwell, *The Cinema of Eisenstein*, pp. 223-253; M. Perrie, *The Cult of Ivan the Terrible in Stalin's Russia*, Basingstoke, 2001, cap. 7.

[1] Golomstock, *Totalitarian Art in the Soviet Union, the Third Reich, Fascist Italy and the People's Republic of China*, trad. R. Chandler, Londres, 1990.

[2] Para constrastar, véase C. Lindey, *Art in the Cold War. From Vladivostok to Kalamazoo, 1945-1962*, Londres, 1990, p. 25.

[3] Véase D. Ades, «Paris 1937. Art and the Power of Nations», en D. Ades *et al.* (eds.), *Art and Power. Europe under the Dictators, 1930-1945*, Londres, 1995, pp. 58-62; K. Fiss, «In Hitler's Salon. The German Pavillion at the 1937 Paris Exposition Internationale», en R. Etlin (ed.), *Art, Culture, and Media under the Third Reich*, Chicago, 2002, pp. 316-342; S. Wilson, «The Soviet Pavilion in Paris», en M. Cullerne Bown y B. Taylor (eds.), *Art of the Soviets. Painting, Sculpture and Architecture in a One-party State, 1917-1992*, Machester, 1993, pp. 106-120.

[4] Citado en James Herbert, *Paris 1937. Worlds on Exhibition*, Ithaca, 1998, p. 36.

[5] Véase M. Daniel, «Spain: Culture at War», en Ades *et al.*, *Art and Power*, pp. 64-67.

[6] Herbert, *Paris 1937*, cap. 3.

[7] T. Draper, *American Communism and Soviet Russia. The Formative Period*, Nueva York, 1986, p. 419.

[8] K. McDermott y J. Agnew, *The Comintern. A History of International Communism from Lenin to Stalin*, Basingstoke, 1996, p. 105.

* El SPD obtuvo en aquellas elecciones el 20,4 por 100 de los votos, mientras que el NSDAP bajó del 37,3 al 33,1 por 100. (*N. del t.*)

[9] C. Epstein, *The Last Revolutionaries. The German Communists and their Century*, Cambridge, Mass., 2003, pp. 40-41.

[10] Citado en R. Boyce, *British Capitalism at the Crossroads. 1919-1932: A Study in Politics, Economics and International Relations*, Cambridge, 1987, pp. 115-116.

[11] Sobre este punto, véase R. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 1987, p. 286.

[12] *Tsirk* (1936), dir. G. Aleksandrov.

[13] McDermott y Agnew, *The Commintern*, pp. 125-126.

[14] Véase A. Dallin y F. Firsov (eds.), *Dimitrov and Stalin 1934-1943. Letters from the Soviet Archives*, New Havem, 2000, pp. 13-14.

[15] I. Stalin, *Sochineniia*, Moscú, 1946-1951, vol. XII, p. 255.

[16] *Ibid*.

[17] *Ibid*, vol. X, p. 169. Para la comparación, véase E. Van Ree, *The Political Thought of Joseph Stalin. A. Study in Twentieth Century Revolutionary Patriotism*, Londres, 2002, pp. 18-24.

[18] Para una investigación sobre este tema, véase S. Pons, *Stalin and the Inevitable War 1936-1941*, Londres, 2002.

[19] Stalin, *Sochineniia*, vol. VII, pp. 26-27.

[20] K. Denchev y M. Meshcheriakov, «Dnevnikovye zapisi G. Dimitrova», *Novaia i noveishaia istoriia*, n.º 4 (1991), pp. 67-68.

[21] Para el debate y las decisiones, véase McDermott y Agnew, *The Commintern*, pp. 121-130. Sobre las ideas socialistas, véase G. R. Horn, *European Socialist Respond to Fascism. Ideology, Activism and Contingency in the 1930s*, Nueva York, 1996, cap. 6.

[22] J. Degras (ed.), *The Communist International, 1919-1943.* vol. III, Londres, 1971, pp. 361-365.

[23] M. Denning, *The Cultural Front. The Labouring of American Culture in the Twentieth Century*, Londres, 1996, pp. 7-11; I. Katznelson, «Was the Great Society a Lost Opportunity», en S. Fraser y G. Gerstle, *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980*, Princeton, 1989, p. 186.

[24] Maurice Thorez, *Fils du peuple*, París, 1949, pp. 27-28.

[25] J. Jackson, *The Popular Front in France: Defending Democracy, 1934-1938*, Cambridge, 1988, p. 120.

[26] M. Torigian, *Every Factory a Fortress. The French Labor Movement in the Age of Ford and Hitler*, Athens, Ohio, 1999, p. 86.

[27] S. Bartolini, *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980: the Class Cleavage*, Cambridge, 2000, pp. 429-431.

[28] C. Pennetier y B. Pudal, «Du parti bolchevik au parti stalinien», en M. Dreyfus *et al.*, *Le Siècle des communismes*, París, 2000, pp. 338-329.

[29] Sobre autobiografías, véase C. Pennetier y B. Pudal (eds.), *Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste*, París, 2002.

[30] J. Haslam, *The Soviet Union and the Struggle for Collection Security in Europe, 1933-1938*, Londres, 1984, pp. 107-115.

[31] Sobre el apoyo de los comunistas, véase H. Graham, *The Spanish Republic at War, 1936-1939*, Cambridge, 2002, pp. 182-185.

[32] E. Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*, Londres, 2002, p. 133.

[33] L. Stern, *Western Intellectuals and the Soviet Union, 1920-1940: From Red Square to the Left Bank*, Londres, 2007, p. 17.

[34] *Ibid*.

[35] B. Webb y S. Webb, *Soviet Communism: A New Civilization*, Londres, 1937, p. 429.

[36] Ludmila Stern narra el viaje sobre la base de los archivos de la VOKS. Véase Stern, *Western Intellectuals*, pp. 146-149.

[37] S. Taylor, *Stalin's Apologist: Walter Duranty, the New York Time's Man in Moscow*, Oxford, 1990.

[38] Stern, *Western Intellectuals*, pp. 31, 24-25.

[39] Citado en D. Caute, *Fellow Travellers. A Postscript to the Enlightenment*, Londres, 1973, p. 165.

[40] P. Neruda, *Memoirs*, trad. H. St. Martin, Londres, 2004, p. 132.

[41] P. Drake, «Chile», en M. Falcoff y F. Pike (eds.), *The Spanish Civil War, 1936-1939. American Hemispheric Perspectives*, Lincoln, Nebr., 1982.

[42] I. Deutscher, *The Prophet Outcast: Trotsky, 1929-1940*, Londres, 1963, p. 434.

[43] Stern, *Western Intellectuals*, p. 32.

[44] Jackson, *Popular Front in France*, pp. 239-243.

[45] Graham, *Spanish Republic*, pp. 264-265.

[46] S. Payne, *The Spanich Civil War, the Soviet Union, and Communism*, New Haven, 2004, pp. 228-229.

[47] G. Orwell, *Homage to Catalonia*, Londres, 1986, p. 213.

[48] Para un punto de vista que culpa al comunismo y a la URSS, véase R. Radosh, M. Habeck y G. Sevostianov (eds.), *Spain Betrayed: the Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven, 2001. Para una interpretación más amable con los comunistas, véase Graham, *Spanich Republic*.

[49] Véase Payne, *The Spanich Civil War*, pp. 240, 275-278.

[50] Sobre la ideología del movimiento trotskista, véase especialmente Robert Alexander, *International Trotskyism, 1929-1985. A Documental Analysis of the Movement*, Durham, NC, 1991, pp. 1-20; A. Callinicos, *Trotskyism*, Milton Keynes, 1990, pp. 6-16.

[51] A. M. Wald, *The New York Intellectuals*, Chapel Hill, 1987, caps. 6-9.

[52] La política exterior soviética en este período estaba sujeta a la controversia. Para los que sostienen que Stalin veía positivamente la alianza con los nazis, véase R. Tucker, *Stalin in Power: the Revolution from Above, 1928-1941*, Nueva York, 1990, caps. 10, 21. Para un punto de vista muy diferente, véase T. Uldricks, «Soviet Security Policy in the 1930s», en G. Gorodetsky (ed.), *Soviet Foreign Policy, 1917-1991. A Retrospective*, Londres, 1994; y Pons, *Stalin*; Van Ree, *Political Thought*, cap. 15.

[53] F. Firsov, «Arkhivy Kominterna I vneshnaia politika SSSR v 1939-1941 gg.», *Novaia i noveishaia istoriia*, n.º 6 (1992), pp. 18-19.

[54] *Ibid*.

[55] M. Johnstone, «Introduction», en F. King y G. Matthews, *about Turn. The British Communist Party and the Seconf War, the Verbatim Record of the Central Committee meetings of 25 September and 2-3 October 1939*, Londres, 1990, pp. 13-49.

* A excepción del polaco, disuelto el 16 de agosto de 1938 después de que sus principales dirigentes hubieran sido ejecutados en la «Gran Purga». (*N. del t.*)

[56] Citado en E. Mawdsley, *Thunder in the East: the Nazi-Soviet War 1941-1945*, Londres, 2005, p. 49.

[57] G. Gorodetsky, *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia*, New Haven, 1999, esp. pp. 279-280, 296-297.

* En septiembre de 1938 Kliment Voroshilov informaba que un total de 37.761 oficiales y comisarios habían sido expulsados del ejército, 10.868 detenidos y 7.211 condenados por «crímenes antisoviéticos». (*N. del t.*)

[58] Mawdsley, *Thunder*, p. 229.

[59] M. Harrison, «The Soviet Union: the Defeated Victor», en M. Harrison (ed.), *The Economics of World War II. Six Great Powers in Comparison*, Cambridgw, 1998, p. 271; Mawdsley, *Thunder*, pp. 26-27.

[60] Mawdsley, *Thunder*, p. 215.

[61] I. Ehrenburg y K. Simonov, *In One Newspaper. A Chronicle of Unforgettable Years*, trad. A. Kagan, Nueva York, 1987, p. 70.

[62] G. Hosking, *Rulers and Victims. The Russians in the Soviet Union*, Cambridge, Mass., 2006, p. 201.

[63] R. Stites, «Frontline Entertaintment», en R. Stites (ed.), *Culture and Entertainment in Wartime Russia*, Bloomington, 1995, pp. 133-134.

[64] McDermott y Agnew, *The Commintern*, p. 207.

[65] *Literaturnaia Gazeta*, 12 de septiembre de 1990.

[66] Véase, A. Weiner, *Making Sense of War*, Princeton, 2001, pp. 138-154.

[67] W. Lower, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in the Ukraine*, Chapel Hill, 2005, p. 24.

[68] A. Agosti, *Palmiro Togliatti*, Turín, 1996, pp. 15-26.

[69] S. Gundle, «The Legacy of the Prison Notebooks: Gramsci, the PCI and Italian Culture in the Cold War Period», en C. Duggan y C. Wagstaff (eds.), *Italy in the Cold War. Politics, Culture and Society 1948-1958*, Oxford, 1995, pp. 131-147.

[70] S. Gundle, *I Communisti italiani tra Hollywood e Mosca: la sfida della cultura di massa (1943-1991)*, Florencia, 1995, pp. 19-28.

[71] M. Harrison, *Accounting for War: Soviet Production, Employment, and the Defence Burden, 1940-1945*, Cambridge, 1996, p. 163.

* El SKDL mantuvo un porcentaje superior al 20 por 100 hasta las elecciones de 1970, mientras que el Partido Socialdemócrata Finlandés, *Suomen Sosialidemokraattinen Puolue*, rondaba el 25 por 100. (*N. del t.*)

[72] Elena Zubkova, *Russia after the War. Hopes, Illusions, and Disappointments, 1945-1957*, Nueva York, 1998, pp. 16-18.

[73] G. Dimitrov, *Dnevnik (9 mart 1933-6 fevruari 1949)*, Sofía, 1997, p. 464.

[74] Citado en Van Ree, *Political Thought*, p. 244.

[75] G. Eisler, según su viuda. Citado en Epstein, *The Last Revolutionaries*, p. 123.

[76] N. Naimark, *The Russians in Germany: a History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Mass., 1995, p. 180.

[77] T. Toranska, *Oni: Stalin's Polish Puppets*, trad. A. Kolakowska, Londres, 1987, p. 246.

[78] M. Djilas, *Conversations with Stalin*, trad. M. Petrovich, Londres, 1962, p. 84.

[79] K. Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948*, Berkeley, 1991, pp. 111-113.

* En noviembre de 1946 se celebraron elecciones, según muchos amañadas, en las que el Bloque de Partidos Democráticos obtuvo el 68,7 por 100 de los votos, y un año

después el rey Mihai I se vio obligado a abdicar. (*N. del t.*)

[80] A. Rieber, «The Crack in the Plaster: Crisis in Romania and the Origins of the Cold War», *Journal of Modern History* 76 (2004), pp. 62-106.

[81] N. Abrams, *The Struggle for the Soul of the Nation. Czech Culture and the Rise of Communism,* Lanham, 2004, p. 164.

[82] M. Gorbachev y Z. Mlynář, *On Perestroika, the Prague Spring, and the Crossroads of Socialism*, Nueva York, 2002, pp. 13-14.

[83] M. Pittaway, *Eastern Europe 1939-2000*, Londres, 2000, pp. 46-47.

[84] Sobre estos argumentos, véase M. Conway, «Democracy in Postwar Western Europe: the Triumph of a Political Model», *European History Quarterly*, n.º 32 (2002), pp. 70-76.

* Ambos habían obtenido el mismo número de escaños, 94, y el mismo porcentaje de votos, el 34 por 100, en las elecciones de noviembre de 1945. (*N. del t.*)

[85] V. Dimitrov, «Communism in Bulgaria», en M. Leffler y D. Painter, *The Origins of the Cold War: an International History*, Londres, 2005, pp. 191-204.

[86] M. Djilas, *Tito. The Story from Inside*, Londres, 1981, p. 16.

[87] V. Dedijer, *Tito Speaks. His Self-Portrait and Struggle with Stalin*, Londres, 1953, pp. 4-7.

[88] Djilas, *Tito*, p. 7.

[89] *Ibid*, p. 46.

[90] *Ibid*, p. 20.

[91] Djilas, *Conversations*, pp. 50-51.

[92] *Ibid*, p. 76.

[93] Dedijer, *Tito Speaks*, p. 343.

[94] Djilas, *Tito*, p. 31.

[95] Éste, por supuesto, no es lugar para resolver este asunto tan complejo, y la literatura al respecto es enorme. Para los puntos de vista tradicionales que enfatizan el papel de la ideología, véase H. Feis, *From Trust to Terror: the Onset of the Cold War, 1945-1950*, Nueva York, 1970. Haciendo hincapié en los intereses nacionales de Rusia, véase H. Morgenthau, *In Defense of National Interest. A Critical Examination of American Foreign Policy*, Nueva York, 1951. Para uno de los trabajos revisionistas clásicos, véase G. Kolko, *The Politics of War. Allied Diplomacy and the World Crisis of 1943-1945*, Londres, 1969. Sobre el papel del estado en el debate, véase O. Westad (ed.), *Reviewing the Cold War*, Londres, 2000.

[96] Defendido de forma muy convincente por Van Ree, *Political Thought*, caps. 15-16.

[97] V. Pechatnov, «The Soviet Union and the Outside World», p. 2, de próxima aparición en *Cambridge History of the Cold War*, vol I.

[98] Citado en *ibid*, p. 3.

[99] Ésta es la teoría de Leffler, véase M. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War*, Stanford, 1992.

[100] Citado en M. Leffler, *Fort the Soul of All Mankind. The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Nueva York, 2007, p. 43.

[101] Véase especialmente N. Naimark, «Stalin and Europe in the Post-war Period, 1945-1953. Issues and Problems», *Journal of Modern History*, n.º 2 (2004), pp. 25-56.

[102] Pechatnov, «Soviet Union», p. 13.

[103] G. Kennan, *Memoirs 1925-1950*, Boston, 1967, pp. 549-551, 557, 555.

[104] H. Treuman, *1946-1952. Years of Trial and Hope*, Nueva York, 1965, vol. II, p. 125.

[105] Citado en Leffler, *Preponderance*, p. 190.

[106] Pechatnov, «Soviet Union», p. 13.

[107] Truman, *Years of Trial*, vol. II, p. 129.

[108] P. Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988*, Harmondsworth, 1990, p. 116.

[109] Kennan, *Memoirs*, p. 559.

[110] M. Hogan, *The Marshall Plan. America, Britain, and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, Cambridge, 1987, pp. 427-430.

[111] Véase M. Hogan, *A Cross of Iron. Harry S. Truman and the Origins of the National Security State, 1945-1954*, Cambridge, 1998, pp. 312-314.

[112] V. Pechatnov, *Ot soiuza — k kholodnoi voine. Sovetsko-amerikanskie otnosheniia v 1945-1947 gg*, Moscú, 2006, pp. 158-159.

[113] V. Zubok y C. Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: from Stalins to Khrushchev*, Cambridge, Mass., 1996, pp. 50-53.

[114] Toranska, *Oni*, p. 257.

[115] Véase L. Gibianskii, «Kak voznik Kominform. Po novym arkhivnym materialam», *Novaia i noveishaia istoriia* 4 (1993), pp. 131-152; Zukok y Plashakov, *Inside the Kremlin*, pp. 125-133.

[116] P. Spriano, *Stalin and the European Communists*, Londres, 1985, pp. 292 y ss.

[117] Van Ree, *Political Thought*, pp. 252-253.

[118] S. Pons, «Stalin and the Italian Communists», en Leffler y Painter (eds.), *Origins*, p. 213.

[119] *New York Times*, de mayo de 1950; para un estudio completo de estas «ocupaciones», véase Richard Fried, *The Russians ara Coming! The Russians ara Coming! Pageantry and Patriotism in Cold-War America*, Oxford, 1998, cap. 3.

[120] *Zagovor obrechennykh* (1950), dir. M. Kalatozov.

[121] Sobre el lado soviético, véase el capítulo 7. Sobre la movilización americana y la guerra fría, véase L. McEnaney, «Cold War Mobilization and Domestic Politics», de próxima aparición en *Cambridge History of the Cold War*, vol. I.; L. McEnaney, *Civil Defense Begins at Home: Militarization Meets Everyday Life in the Fifties*, Princeton, 2000.

[122] Ginsborg, *A History of Contemporary Italy*, p. 187.

[123] Varios cientos fueron encarcelados y dos, los Rosenbergs, fueron ejecutados.

Véase E. Schrecker, *Many are the Crimes: McCarthyism in America*, Boston, 1998, p. xiii.

[124] Sobre los diversos grupos que tomaron parte en las campañas anti-Comintern, véase *ibid*, pp. x y ss.

[125] Nunca fue totalemente dominante. Véase R. Fried, «Voting against the Hammer and Stickle: Communism as an Issue in American Politics», en W. Chafe (ed.), *The Achievement of American Liberalism: The New Deal and Its Legacies*, Nueva York, 2003, pp. 99-127.

[126] G. Gerstle, *American Crucible. Race and Nation in the Twentieth Century*, Princeton, 2001, pp. 245-246.

[127] D. Caute, *The Dancer Defects: The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War*, Oxford, 2003, pp. 26-27.

[128] Gerstle, *American Crucible*, pp. 249-256.

[129] Sobre la brecha entre los judíos y los comunistas, véase Y. Slezkine, *The Jewish Century*, Princeton, 2004, pp. 313-315.

[130] G. Lundestad, «Empire by Invitation? The United States and Western Europe, 1945-1952», *Journal of Peace Research*, n.º 3 (1986), pp. 263-277.

[131] NSC 51, 1 de julio de 1949. Declassified Documents Reference System.

[132] Djilas, *Conversations*, p. 141.

* Nacido Nguyen Sinh Cung; siguiendo la costumbre confuciana, al cumplir los diez años su padre le cambió en nombre por el de Tat Thanh, «dotado para triunfar». (*N. del t.*)

[1] Ho Chi Minh, *On Revolution. Selected Writings 1920-1966*, Londres, 1967, p. 5.

[2] Sobre este episodio, véase W. Duiker, *Ho Chi Minh: a Life*, Nueva York, 2000, pp. 57-62.

[3] Brocheux es escéptico sobre esto. Véase P. Brocheux, *Ho Chi Minh. A Biography*, trad. C. Duiker, Nueva York, 2007, p. 26.

[4] E. Manela, *The Wilsonian Moment: Self-determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford, 2007, p.107.

[5] Mao Zedong, «Study the Extremist Party», 14 de julio de 1919, en *Mao's Road to Power. Revolutionary Writings, 1912-1949* [*MRPRW*], ed. S. Schram, Armonk, NY, 1992, vol. I, p. 332.

[6] Manela, *Wilsonian Moment*, pp. 23-30.

[7] Duiker, *Ho*, pp. 46-55.

[8] Citado en Brocheux, *Ho*, p. 21.

[9] Citado en Duiker, *Ho*, p. 82.

[10] Ho, *On Revolution*, p. 5.

[11] Ho Chi Minh, *Textes, 1914-1969*, ed. A. Ruscio, París, 1990, p. 21, trad. de Brocheux, *Ho*, p. 12.

[12] *Pervyi s"ezd narodov vostoka. Stenograficheskie otchety*, Petrograd, 1920, p. 5.

[13] M. Roy, *Memoirs*, Bombay, 1964, p. 225.

[14] *Ibid*, p. 306.

[15] *Ibid*.

[16] *Ibid*, p. 379.

[17] Lu Xun, «A Madman's Diary», en Lu Hsun, *Selected Stories*, Nueva York, 2003, pp. 8, 18.

[18] L. Ou-Fan Lee, «Literary Trends: The Quest for Modernity, 1895-1927», en M. Goldman y L. Ou-Fan Lee, *An Intellectual History of Modern China*, Cambridge, 2002, p. 188.

[19] Citado en V. Schwarcz, *The Chinese Enlightenment: Intellectuals and the Legacy of the May Fourth Movement of 1919*, Barkeley, 1986, p. 110.

[20] Citado en *ibid*, p. 109.

[21] L. Feigon, *Chen Duxiu: Founder of the Chinese Marxism*, Nueva York, 1970, p. 34.

[22] M. Meisner, *Li Ta-Chao and the Origins of Chinese Marxism*, Nueva York, 1970, p. 34.

[23] Sobre este punto, véase Feigon, *Chen*, p. 145.

[24] D.-S. Suh, *The Korean Communist Movement, 1918-1948*, Princeton, 1967, p. 132.

[25] *Thanh nien*, 20 de febrero de 1927, citado en Hu`yKim Khánh, *Vietnamese Communism, 1925-1945*, Ithaca, 1982, p. 80.

[26] W. Duiker, *The Communist Road to Power in Vietnam*, Boulder, 1995, pp. 27-28.

[27] S. Wilson, «The Commintern and the Japanese Communist Party», en T. Rees y A. Thorpe (eds.), *International Communism and the Communist International, 1919-1943*, Manchester, 1998, pp. 285-307.

[28] Schwarcz, *Chinese Enlightenment*, pp. 128-136.

[29] «The True Story of Ah Q'», en Lu Hsun, *Selected Stories*, pp. 65-112.

[30] P. Short, *Mao: a Life*, Londres, 1999, p. 86.

[31] Citado en Feigon, *Chen*, pp. 152-153.

* Al congreso fundacional asistieron doce delegados que representaban a 57 miembros. (*N. del t.*)

[32] Véase S. Smith, *A Road is Made: Communism in Shanghai 1920-1927*, Honolulu, 2000, pp. 59-60.

[33] Zhang Guotao, *Thr Rise of the Chinese Communist Party. The Autobiography of Chang Kuo-t'ao*, Lawrence, Kans., 1971, vol. I, p. 139.

[34] J. Price, *Cadres, Commanders and Commisars. The Training of the Chinese Communist Leadership*, Folkestone, 1976, pp. 31-38.

[35] *Ibid*, pp. 90-93.

[36] Yu Miin-Ling, «Chiang Kaishek and the Policy of Alliance», en R. Felber, M. Titarenko y A. Grigoriev, *The Chinese Revolution in the 1920s. Between Triumph and Disaster*, Londres 2002, pp. 98-124.

[37] S. Schram, *Mao Tse-tung*, Harmondsworth, 1966, p. 48.

[38] E. Snow, *Red Star over China,* Harmondsworth, 1972, pp. 153-156.

[39] A. Smedley, *China Correspondent*, Londres, 1984, pp. 121-122.

[40] Mao Zedong, 1 de abril de 1917, *MRPRW*, vol. I, p. 113.

[41] *Ibid*, p. 124.

[42] S. Schram, *The Thought of Mao Tse-Tung*, Cambridge, 1989, p. 27.

[43] H. Van de Ven, *From Friend to Conrade: the Founding of the Chinese Communist Party, 1920-1927*, Berkeley, 1991, p. 45.

[44] Schram, *Thought of Mao*, p. 46.

[45] Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao: the Memoirs of Mao's Personal Physician*, trad. Tai Hung-chao, Londres, 1996, pp. 77, 103.

[46] Snow, *Red Star*, pp. 112-113.

[47] N. Knight, *Rethinking Mao. Explorations in Mao Zedong's Thought*, Lantham, 2007, cap. 4.

[48] Schram, *Thought of Mao*, p. 39.

[49] Sobre este episodio, véase J. Chang y J. Halliday, *Mao: the Unknown Story*,

Londres, 2006, p. 125.

[50] H. Van de Ven, «New States of War. Communist and Nationalist Warfare and State Building, 1928-1934», en Van de Ven (ed.), *Warfare in Chinese History*, Leiden, 2000, p. 335.

[51] *Ibid*, p. 361.

[52] Para una comparación entre los dos modelos militares, véase *ibid*, p. 323.

[53] Mao Zedong, mayo de 1930, *MRPWW*, vol. III, pp. 296-418. Véase también Short, *Mao*, pp. 304-306.

[54] Mao Zedong, junio de 1930, *MRPWW*, vol. III, p. 445.

[55] Short, *Mao*, p. 286.

[56] Sobre el mito de la Larga Marcha, véase D. Apter y T. Saich, *Revolutionary Discourse in Mao's Republic*, Cambridge, Mass., 1994, p. 85 y *passim*.

[57] Éste es el argumento de Chang y Halliday, *Mao*, pp. 254-255.

[58] Snow, *Red Star*, p. 64.

[59] Sobre la definición que hace Mao de «significado», véase *Selected Works of Mao Tse-tung* [*SWMT*], Beijing, 1961, vol. II, p. 209.

[60] Smedley, *China Correspondent*, p. 122.

[61] Sobre este punto, véase Schram, *Thought of Mao*, p. 92. Sobre el *datong* véase *SWMT*, vol. II, pp. 148-149.

[62] Knight, *Rethinking Mao*, pp. 129-130.

[63] Aunque esto puede ser una exageración. Mao entró en el reino de la filosofía marxista en primer lugar mediante algunas lecturas sobre el materialismo dialéctico en Yenan que se basaban en investigaciones soviéticas: *MRPRW*, vol. IV, pp. 573-670.

[64] Véanse, por ejemplo, sus notas sobre *A Course in Dialectical Materialism* de M. Shirokov *et al.*, noviembre de 1936-abril de 1937, *MRPRW*, vol. IV, pp. 674-675.

[65] Sobre las complejas relaciones entre marxismo e ideas chinas en el pensamiento de Mao, véase Knight, *Rethinking Mao*, caps. 5, 7.

[66] La postura de Mao sobre esta cuestión es controvertida. Schram hace hincapié en el «voluntarismo» de Mao, más que en la economía, en S. Schram, «The Marxist», en D. Wilson (ed.), *Mao Tse-tung in the Scales of History*, Cambridge, 1977, pp. 35-69. Sobre el marxismo ortodoxo de Marx, véase A. Walder, «Marxism, Maoism and Social Change», *Modern China* I (1977), pp. 101-118. Nick Knight defiende que Mao era firme dentro de la ambigüedad de la tradición marxista. Knight, *Rethinking Mao*, cap. 6, esp. p. 189.

[67] Knight, *Rethinking Mao*, cap. 6, esp. p. 141.

[68] M. Selden, *China Revolution. The Yenan Way Revisited*, Armonk, NY, 1995, p. 121.

[69] G. Benton, «The Yenan "Literary Opposition"», *New Left Review*, n.º 92 (1975), pp. 102-105; Dai Qing, *Wang Shiwei and «Wild Lilies». Rectification and Purges in the Chinese Communist Party, 1942-1944*, eds. D. Apter y T. Cheek, Armonk, NY, 1994.

[70] Selden, *China*; Apter y Saich, *Revolutionary Discourse*, pp. 211-213.

[71] Para una rectificación, véase Apter y Saich, *Revolutionary Discourse*, pp. 279-288.

[72] *Ibid*, p. 285.

[73] Chang y Halliday, *Mao*, p. 300.

[74] Chen Yung-fa, «Suspect History and the Mass Line. Another "Yan'an Way"», en G. Hershatter *et al.*, (eds.), *Remapping China. Fissures in Historical Terrain*, Stanford, 1996, pp. 242-260.

[75] J. Byron y R. Pack, *The Claws of the Dragon. Kang Sheng — The Evil Genius behind Mao — and his Legacy of Terror in People's China*, Nueva York, 1992, p. 139.

[76] F. Teiwes y W. Sun, «From a Leninist to a Charismatic Party; The CCP's Changing Leadership, 1937-1945», en T. Saich y H. Van de Ven (eds.), *New Perspectives on the Chinese Communist Revolution*, Armonk, NY, 1995, p. 378.

[77] Citado en Short, *Mao*, p. 392.

[78] G. Benton, *Mountain Fires. The Red Army's Three-Year War in South China, 1934-1938*, Berkeley, 1994; G. Benton, «Under Arms and Umbrellas. Perspectives on Chinese Communism in Defeat», en Saich y Van de Ven (eds.), *New Perspectives*, pp. 116-143.

[79] Aunque la defensa de los japoneses podía implicar la oposición de todos los demás, incluidos los comunistas.

[80] H. Van der Ven, *War and Nationalism in China, 1925-1945*, Londres, 2003.

[81] Sobre este argumento, véase Chen Yung-fa, *Making Revolution. The Communist Movement in East and Central China, 1937-1945*, Berkeley, 1986, esp. cap. 3. Para un resumen de la literatura que existe sobre este debate, véase L. Bianco, «Responses to CCP Mobilizaion Policies», en Saich y Van de Ven (eds.), *New Perspectives*, cap. 7.

[82] W. Hinton, *Fansben. A Documentary of Revolution in a Chinese Village*, Nueva York, 1966, pp. 137-138.

[83] Chen, *Making Revolution*, pp. 187-188.

[84] O. Westad, *Decisive Encounters: the Chinese Civil War, 1946-1950*, Stanford, 2003, pp. 115-118.

[85] R. Thaxton, *Salt of the Earth. The Political Origins of Peasant Protest and Communist Revolution in China*, Berkeley, 1997, cap. 9.

[86] K. Hartford, «Represion and Communist Success: The Case of Jin-Cha-JI, 1938-1943», en K. Hartford y S. Goldstein (eds.), *Single Sparks. China's Rural Revolutions*, Armonk, NY, 1989, p. 27.

[87] Bianco, «Responses», pp. 181-182.

[88] El Partido Comunista Malasio y el CCP de Mao no pueden compararse directamente, el chino en Malasia era una minoría en desventaja dentro de la colonia británica, a diferencia de lo que ocurría en la China continental. Aun así, al igual que los comunistas chinos, eran las guerrillas comunistas de la cultura confuciana de China, que lucharon contra los japoneses y contra las fuerzas anticomunistas. Pye realizó las entrevistas cuando las guerrillas comunistas habían capitulado ante los británicos y habían acordado cooperar a cambio de recibir un buen trato, excepto aquellos comunistas (supuestamente más comprometidos) que se negaron y fueron a juicio. Su

material todavía es revelador. Véase L. Pye, *Guerrilla Communism in Malaysa. Its Social and Political Meaning*, Princeton, 1956. Para un debate sobre las investigaciones, véase N. Gilman, *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Postwar America*, Baltimore, 2003, pp. 167-171.

[89] Pye, *Guerrilla Communism*, p. 124.

[90] *Ibid*, p. 211.

[91] A pesar de lo que defiende Pye, ésta era una motivación menor.

[92] Pye, *Guerrilla Communism*, pp. 228, 229.

[93] *Ibid*, pp. 248, 296.

[94] *Ibid*, pp. 297, 301.

[95] Westad, *Decisive Encounters*, cap. 4. Sobre la corrupción y la legitimidad de Guomindang, véase S. Pepper, *Civil War in China. The Political Struggle, 1944-1949*, Lanham, 1999, pp. 155-160.

[96] Véase Westad, *Decisive Encounters*, p. 10.

[97] *Ibid*, p. 259.

[98] Chang-lai Hung, «Mao's Parades. State Spectavle in China in the 1950s», *China Quarterly*, n.º 190 (2007), p. 415.

[99] Yong-ho Ch'oe, «Christian Background in the Early Life of Kim Il-Song», *Asian Survey*, n.º 26 (1986), pp. 1082-1091.

[100] A. Lankov, *From Stalin to Kim Il Sung: the Formation of North Korea, 1945-1960*, Londres, 2002, pp. 17-19.

[101] O Y˘ong-jin, citado en R. Scalapino y C. —S. Lee, *Communism in Korea.* Part I: *The Movement*, Berkeley, 1972, pp. 324-325.

[102] C. Armstrong, *The North Korean Revolution, 1945-1950*, Ithaca, 2003, pp. 68-70.

[103] Lankov, *From Stalin to Kim*, cap. 3.

[104] Duiker, *Communist Road*, p. 105.

[105] Duiker, *Ho*, p. 69.

[106] D. Marr, *Vietnam 1945. The Quest for Power*, Berkeley, 1995, p. 106.

[107] *Ho Chi Minh Selected Writings*, Hanoi, 1977, pp. 55-56

[108] B. Kerkvliet, *The Huk Rebellion. A Study of Peasant Revolt in the Philippines*, Berkeley, 1977.

[109] Chin Peng, *My Side of History*, Singapur, 2003, pp. 47-48.

[110] Cheah Boon Kheng, *The Masked Comrades: a Study of the Communist United Front in Malaya, 1945-1948*, Singapur, 1979.

[111] R. Stubbs, *Hearts and Minds in Guerrilla Warfare: the Malayan Emergency, 1948-1960*, Londres, 1989.

* Con 240 m, fue el edificio más alto de Europa hasta 1990. (*N. del t.*)

[1] A. Åman, *Architecture and Ideology in Eastern Europe during the Stalin Era*, Nueva York, 1992, pp. 90-93.

[2] W. Brumfield, *A History of Russian Architecture*, Cambridge, 1993, p. 490.

[3] K. Tyszka, *Nacjonalizm w komunizmie. Ideologia Narodowa w Zwązku Radzieckim i Polsce Ludowej*, Varsovia, 2004, pp. 115-141; Martin Mevius, *Agents of Moscow: the Hungarian Communist Party and the Origins of Socialist Patriotism, 1941-1953*, Oxford, 2004, pp. 249-262.

[4] N. Khrushchev, *Khrushchev Remembers. The Last Testament*, trad. y ed. S. Talbott, Londres, 1974, p. 98.

[5] Åman, *Architecture*, pp. 88-89.

[6] Citado en K. Boterbloem, *Life and Death under Stalin. Kalinin Province, 1945-1953*, Montreal, 1999, p. 188.

[7] M. Harrison, *Acounting for War. Soviet Production, Employment, and the Defence Burden, 1940-1945*, Cambridge, 1996, pp. 160-162.

[8] M. Edele, «"More than just Stalinists". The Political Sentiments of Victors 1945-1953», en J. Fürst (ed.), *Late Stalinist Russia. Society between Reconstruction and Reinvention*, Londres, 2006, p. 176.

[9] D. Filtzer, *Soviet Workers and Late Stalinism. Labour and the Restoration of the Stalinist System after World War II*, Cambridge, 2002, pp. 34-39.

[10] *Ibid*, pp. 22-25; G. Ivanova, *Labor Camp Socialism. The Gulag in the Soviet Totalitarian System*, trads. C. Flath, Armonk, NY, 2000, p. 116; A. Applebaum, *Gulag. A History*, Londres, 2004, p. 518.

[11] E. Ginzburg, *Within the Whirlwind*, Londres, 1989, pp. 71-72.

[12] O. Pohl, *The Stalinist Penal System*, Jefferson, NC, 1997, p. 131.

[13] Filtzer, *Soviet Workers*, p. 242.

[14] C. Hooper, «A Darker "Big Deal"», en Fürst, *Late Stalinist Russia*, p. 147.

[15] Citado en Y. Gorlizki y O. Khlevniuk, *Cold Peace. Stalin and the Societ Ruling Circle, 1945-1953*, Nueva York, 2004, pp. 32-33.

[16] Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Sotsial'no-Politicheskoi Istorii [RGASPI] 558/11/732/19.

[17] N. Krementsov, *Stalinist Science*, Princeton, 1997, p. 181; D. Joravsky, *The Lysenko Affair*, Cambridge, Mass., 1970.

[18] Khrushchev, *Khrushchev Remembers*, p. 263.

[19] I. Stalin, *Sochineniia*, Moscú, 1946-1951, vol. XIII, p. 28.

[20] A. Weiner, *Making Sense of War*, Princeton, 2001, cap. 4.

[21] Citado en Gorlizki y Khlevniuk, *Cold Peace*, p. 156.

[22] V. Dunham, *In Stalin's Time: Middleclass Values in Soviet Fiction*, Cambridge, 1976, p. 92.

[23] M. Kundera, *The Joke*, Londres, 1992, p. 71.

[24] *Ibid*, p. 32.

[25] M. Pittaway, *Eastern Europe 1939-2000*, Londres, 2004, p. 57.

[26] J. Mark, «Discrimination, Opportunity, and Middle-Class Success in Early Communist Hungary», *Historical Journal*, n.º 48, 2 (2005), pp. 502-507.

[27] C. Miłosz, *The Captive Mind*, trad. J. Zielomko, Nueva York, 1990, pp. 98-99.

[28] D. Crowley, «Warsaw's Shops, Stalinism and the Thaw», en S. Reid y D. Crowley (eds.), *Style and Socialism*, Oxford, 2000, p. 36.

[29] Pittaway, *Eastern Europe*, pp. 110-111.

[30] A. Janos, *East Central Europe in the Modern World. The Politics of the Borderlands from pre- to post- Communism*, Stanford, 2000, pp. 247-248.

[31] T. Toranska, *Oni: Stalin's Polish Puppets*, trad. A Kolakowska, Londres, 1987, p. 298.

[32] Janos, *East Central Europe*, p. 247.

[33] Miłosz, *The Captive Mind*, pp. 61-62.

[34] W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder*, Colonia, 1957, pp. 487, 493-497.

* Ministerio de Seguridad del Estado (*Ministerstvo Gosudarstviennoi Biezopasnosti*) que había heredado del NKVD las tareas de contraespionaje; en 1953 se unificó efímeramente con el Ministerio de Asuntos Internos (*Ministerstvo Vnutrennij Diel*, MVD) y en 1954 volvió a separarse de él como Comité de Seguridad del Estado (*Komitet Gosudarstviennoi Biezopasnosti*, KGB). (*N. del t.*)

** Slánský fue ahorcado en la prisión de Pankrác el 3 de diciembre. Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas esparcidas en una carretera helada cerca de Praga. En mayo de 1968 fue rehabilitado y exonerado de sus supuestas culpas. (*N. del t.*)

[35] G. Hodos, *Show Trials. Stalinist Trials in Eastern Europe, 1948-1954*, Londres, 1987, cap. 7.

[36] C. Epstein, *The Last Revolutionaries. The German Communists and their Century*, Cambridge, Mass., 2003, pp. 136-137, 144.

[37] Citado en C. Jones, *Soviet Influence in Eastern Europe: Political Autonomy and the Warsaw Pact*, Nueva York, 1981, p. 7.

[38] Toranska, *Oni*, pp. 335-336.

[39] S. Beria, *Beria My Father: Inside Stalin's Kremlin*, Londres, 2001, p. 141.

[40] W. Taubman, *Khrushchev. The Man and his Era*, Londres, 2003, p. 214.

[41] Toranska, *Oni*, pp. 235-236.

[42] H. Margolius Kovaly, *Prague Farewell*, Londres, 1988, pp. 118-119.

[43] S. Bartolini, *The Political Mobilization of the European Left, 1860-1980: the Class Cleavage*, Cambridge, 2000, pp. 542-543.

[44] I. Wall, *French Communism in the Era of Stalin: the Quest for Unity and Integration, 1945-1962*, Westport, Conn., 1983, p. 125.

[45] D. Desanti, *Les Staliniens, 1944-1956: une expérience politique*, París, 1975.

[46] Véase, T. Judt, *Postwar. A History of Europe since1945*, Londres, 2007, pp. 212-213.

[47] M. Adereth, «Sartre and Communism», *Journal of European Studies*, n.º 17 (1987), p. 10.

[48] F. Fanon, *The Wretched of the Earth*, prefacio de Jean-Paul Sartre, trad. C. Farrington, Harmondsworth, 1967.

[49] Sobre este caso, véase G. Kern, *The Kravchenko Case: One Man's War on Stalin*, Nueva York, 2007.

[50] M. Hyvarinene y J. Paastela, «Failed Attempts at Modernization. The Finnish Communist Party», en M. Waller, *Communist Parties in Western Europe: Decline or Adaptations?*, Oxford, 1988, p. 115.

[51] S. Gundle, «The Legacy of the Prison Notebooks: Gramsci, the PCI and Italian Culture in the Cold War Period», en C. Duggan y C. Wagstaff (eds.), *Italy in the Cold War. Politics, Culture and Society 1948-1958*, Oxford, 1995, p. 139.

[52] D. Kertzer, *Comrades and Christians. Religion and Political Struggle in Communist Italy*, Cambridge, 1980, p. 106; C. Duggan, «Italy in the Cold War Years and the Legacy of Fascism», in Duggan and Wagstaff, *Italy in the Cold War*, p. 20.

[53] Sobre este tema, véase Duggan, «Italy in the Cold War Years», pp. 1-24.

[54] Sobre la visita, véase D. Heinzig, *The Soviet Union and Communist China, 1945-1950. The Arduous Road to the Alliance*, Armonk, NY, 2004, pp. 263-384.

[55] Shi Zhe, citado en J. Chang y J. Halliday, *Mao: the Unknown Story*, Londres, 2006, p. 431.

[56] Hua-Yu Li, «Stalin's Short Course and Mao's Socialist Transformation in the Early 1950s», *Russian History/Histoire Russe*, n.º 29 (2002), p. 363.

[57] Sobre su papel, véase O. Westad, *Decisive Encounters: the Chinese Civil War, 1946-1950*, Stanford, 2003, pp. 260-261, 267-269.

[58] Véase D. Kaple, *The Dream of a Red Factory. The Legacy of High Stalinism in Russia*, Nueva York, 1994.

[59] W. Stueck, *Rethinking the Korean War. A New Diplomatic and Strategic History*, Princeton, 2002, pp. 73-74.

[60] J. Strauss, «Paternalist Terror. The Campaign to Suppress Counterrevolutionaries and Regime Consolidation in the People's Republic of China, 1950-1953», *Comparative History in Society and History*, n.º 44 (2002), pp. 80-105.

[61] Citado en *ibid*, p. 97.

[62] Mao Zedong, 7 de febrero de 1953, en K. Fan (ed.), *Mao Tse-tung and Lin Piao: Post-revolutionary Writings*, Garden City, NY, 1972, p. 102.

[63] Yu Miin-Ling, «A Soviet Hero, Pavel Korchagin, comes to China», *Russian History/Histoire Russe*, n.º 29 (2002), pp. 329-356.

[64] Tina Mai Chen, «Internationalism and Cultural Experience. Sovier Films and Popular Chinese Understanding of the Future in the 1950s», *Cultural Critique*, n.º 58 (2004), p. 96.

[65] Wu Hung, *Remaking Beijing: Tiananmen Square and the Creation of a Political Space*, Londres, 2005, pp. 104-105.

[66] Citado en A. Finnane, *Changing Clothes in China. Fashion, History, Nation*, Londres, 2007, p. 209.

[67] Citado en *ibid*, p. 224.

[68] Véase Charles Armstrong, *The North Korean Revolution, 1945-1950*, Ithaca, 2003.

[69] *Ibid*, p. 167.

[70] B. Cummings, *The Origins of the Korean War,* vol. 2, *The Roaring of the Cataract, 1947-1950*, Princeton, 1990, p. 341.

[71] Armstrong, *North Korean Revolution*, pp. 222-229.

[72] J. Palais, «Confucianism and the Aristocratic/Bureaucratic Balance in Korea», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, n.º 44 (1984), pp. 427-468.

[73] Sobre esto véase Armstrong, *North Korean Revolution*, p. 73.

[74] Citado en K. Lebow, «Public Works, Private Lives. Youth Brigades in Nowa Huta in the 1950s», *Contemporary European History* 10, 2 (2001), p. 205.

[75] *Ibid*, p. 208.

[76] Argumento defendido en el caso húngaro por M. Pittaway, «The Reproduction of Hierarchy: Skill, Working-Class Culture, and the State in Early Socialist Hungary», *Journal of Modern History*, n.º 74 (2002), pp. 737-769. Sobre la desilusión de los obreros polacos, véase P. Kenney, *Rebuilding Poland: Workers and Communists, 1945-1950*, Ithaca, 1997, p. 292.

[77] G. Pritchard, *The Making of the DGR, 1945-1953. From Antifascism to Stalinism*, Manchester, 2004, p. 196.

[78] M. Pittaway, «Workers in Hungary», en E. Breuning, J. Lewis y G. Pritchard, *Power and the People. A Social of Central European Politics, 1945-1956*, Manchester, 2005, pp. 68-69.

[79] Citado en Kenney, *Rebuilding Poland*, p. 234.

[80] Pittaway, *Eastern Europe*, pp. 92-93.

[81] Pritchard, *The Making of the GDR*, p. 122.

[82] Hanna Świda-Ziemba, «Stalinizm i Spoleczeństwo Polskie», en J. Kurczewski (ed.), *Stalinizm*, Varsovia, 1989, p. 49.

[83] Mark Frazier, *The Making of the Chinese Industrial Workplace: State, Revolution, and Labour Management*, Cambridge, 2002, p. 146.

[84] J. Pelikan, *The Czechoslovak Political Trials, 1950-1954. The Suppressed Report of the Dubcek Government's Commission of Enquiry, 1968*, Londres, 1971, p. 56.

[85] E. Friedman, P. Pickowicz y M. Selden, *Chinese Village, Socialist State*, New Haven, 1991, p. 130.

[86] *Ibid.*

[87] *Ibid,* p. 190.

[88] *Ibid,* pp. 188, 196.

[89] G. Creed, *Domesticating Revolution. From Socialist Reform to Ambivalent Transition in a Bulgarian Village*, University Park, Pa, 1998, p. 61.

[90] D. Kideckel, *The Solitude of Collectivism. Romanian Villagers to the Revolution and Beyond*, Ithaca, 1993, p. 85.

[91] M. Lampland, *The Object of Labor: Commodification in Socialist Hungary*, Chicago, 1995, p. 155.

[92] Creed, *Domesticating Revolution*, p. 70.

[93] Pritchard, *The Making of the GDR*, p. 201.

[94] Pittaway, *Eastern Europe*, p. 60.

[1] S. Reid, *Khrushchev in Wonderland. The Pioneer Palace in Moscow's Lenin Hills, 1962*, Carl Beck Papers in Russian and East European Studies, n.º 1.606, pp. 1-5, 25-26.

[2] S. Reid, «The Exhibition *Art of Socialist Countries*, Moscow 1958-1959, and the Contemporary Style of Painting», en S. Reid y D. Crowley (eds.), *Style and Socialism. Modernity and Material Culture in Post-War Eastern Europe*, Oxford, 2000, p. 103.

[3] Reid, *Khrushchev*, p. 2

[4] N. Khrushchev, *Khrushchev Remembers. The Last Testament*, trad. y ed. S. Talbott, Londres, 1974, pp. 98-101.

[5] M. Djilas, *Memoirs of a Revolutionary*, trad. D. Willen, Nueva York, 1973, pp. 220-223.

[6] Véase S. Woodward, *Socialist Unemployment: the Political Economy of Yugoslavia, 1945-1990*, Princeton, 1995, pp. 58-60.

[7] C. Lilly, *Power and Persuasion: Ideology and Rethoric in Communist Yugoslavia, 1944-1953*, Boulder, 2001, p. 123.

[8] M. Djilas, *Tito: The Story from Inside*, trad. V. Kojic y R. Hayes, Londres, 1981, pp. 83-84.

[9] S. Pavlowitch, *Tito. A Reassessment*, Londres, 1992, p. 81.

[10] Djilas, *Tito*, pp. 95-96.

[11] M. Brkljacic, «Popular Culture and Communist Ideology», en J. Lampe y M. Mazower (eds.), *Ideologies and National Identities. The Case of Twentieth-Century Southeastern Europe*, Budapest, 2004, p. 197.

[12] R. Service, *Stalin. A Biography*, Londres, 2004, pp. 581-586.

[13] F. Burlatski, *Khrushchev and the First Russian Spring*, Londres, 1991, p. 5.

[14] Y. Gorlizki y O. Khlevniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953*, Nueva York, 2004, pp. 124-131.

* A finales de julio de 1953 hubo otro levantamiento en el campo de prisioneros de Vorkuta, al norte de Rusia, en cuyo aplastamiento murieron al menos una cincuentena de penados. (*N. del t.*)

[15] V. Zubok y C. Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War*, Cambridge, Mass., 1996, p. 142.

[16] Gorlizki y Khlevniuk, *Cold Peace*, pp. 132-133.

[17] A. Knight, *Beria. Stalin's First Lieutenant*, Princeton, 1993, p. 190.

[18] V. Molotov, *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics. Conversations with Felix Chuev*, ed. Albert Resis, Chicago, 1993, p. 334.

[19] A. Malenkov, *O moem otse*, Moscú, 1992, p. 103; Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin*, p. 143.

[20] W. Hayter, *The Kremlin and the Embassy*, Londres, 1966, pp. 106-107, 37-39.

[21] Véase *Pravda*, 13 de marzo de 1954.

[22] C. Bohlen, *Witness to History, 1929-1969*, Nueva York, 1973, p. 370.

[23] Citado en M. Leffler, *For the Soul of All Mankind. The United States, the Soviet Union and the Col War*, Nueva York, 2007, p. 98.

[24] Sobre el continuado papel del dogmatismo ideológico en ambos bandos, véase Leffler, *For the Soul*, pp. 147-150.

[25] Hayter, *Kremlin*, p. 108.

[26] W. Thompson, *Khrushchev: a Political Life*, Basingstoke, 1995, p. 8.

[27] N. Khrushchev, *Khrushchev Remembers: the Glasnost Tapes*, trad. y ed. J. Schecter y V. Luchkov, Boston, 1990, p. 6.

* Aquella dedicación le valió la Orden de Lenin en 1935. (*N. del t.*)

[28] Citado en W. Taubman, *Khrushchev. The Man and His Era*, Londres, 2003, p. 122.

[29] Burlatski, *Khrushchev*, pp. 65-66.

** La producción de trigo per cápita fue aproximadamente el doble de la habitual en Occidente. (*N. del t.*)

[30] Citado en W. Taubman, *Khrushchev*, p. 274. Sobre el discurso, véase *ibid*, cap. 11.

[31] Sobre el discurso, véase *Rech' Khrushcheva na zakryton zasedanii xx s"ezda KPSS: 24-25 fevralia 1956 g.*, Múnich, 1956.

[32] P. Jones, «Real and Ideal Responses to Destalinization», en P. Jones (ed.), *TheDilemmas of Destalinization Negotiating Cultural and Social Change in the Khrushchev Era*, Londres, 2006, pp. 41-62.

[33] Mihály, entrevistado por James Mark, en J. Mark, «Society, Resistance and Revolution: The Budapest Middle Class and the Hungarian Communist State 1948-1956», *English Historical Review*, n.º 488 (2005), pp. 975-976.

[34] Molotov, *Molotov Remembers*, p. 334.

* Bertolt Brecht escribió un poema al respecto, «Die Lösung» («La solución»), que finalizaba: «Wäre es da / Nicht doch einfacher, die Regierung / Löste das Volk auf und / Wählte ein anderes?» (¿No sería más sencillo que el gobierno disolviera al pueblo y eligiera otro?»). (*N. del t.*)

[35] R. János, «The Development of Imre Nagy as a Politician and a Thinker», en G. Péteri (ed.), *Intellectual Life and the Crisis of State Socialism in East Central Europe, 1953-1956*, Trondheim, 2001, pp. 16-30.

[36] S. Csoóri, «Pamphlet», citado en G. Litván (ed.), *The Hungarian Revolution of 1956. Reform, Revolt and Repression, 1953-1963*, Londres, 1996, p. 29.

[37] F. Lewis, *The Polish Volcano. A Case History of Hope*, Londres, 1959, p. 146.

[38] *Ibid*, p. 155.

[39] Para una explicación de este episodio, véase Taubman, *Khrushchev*, p. 293.

[40] M. Kramer, «New Evidence on Soviet Decision-Making and the 1956 Polish and

Hungarian Crises», *Cold War International History Project* [*CWIHP*], 8-9 (1996-1997), p. 53.

[41] M. Molnar, *Budapest 1956*, Londres, 1971, p. 266.

[42] Citado en Litván, *Hungarian Revolution*, p. 127.

[43] S. Khrushchev, *Khrushchev and the Creation of a Superpower*, Univerity Park, Pa, 2000, p. 188.

[44] M. Kramer, «The "Malin Notes" on the Crises in Hungaru and Poland, 1956», *CWIHP*, 8-9 (1996-1997), pp. 392 y ss.

[45] V. Mićunović, *Moscow Diary*, trad. D. Floyd, Garden City, NY, 1980, pp. 133-134.

[46] Litván, *Hungarian Revolution*, pp. 143-144.

[47] E. Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*, Londres, 2002, p. 205.

[48] Citado en D. Kertzer, *Comrades and Christians. Religion and Political Struggle in Communist Italy*, Cambridge, 1980, p. 148.

[49] *Ibid*, pp. 146-157.

[50] K. Middlemas, *Power and the Party. Changing Faces Of Communism in Western Europe*, Londres, 1980, p. 100.

[51] S. Gundle, *I comunisti italiani tra Hollywood e Mosca: la sfida della cultura di massa (1943-1991)*, Florencia, 1995, p. 252.

[52] Taubman, *Khrushchev*, pp. 308-309.

[53] D. Kozlov, «Naming the Social Evil. The Readers of Novyi mir and Vladimir Dudintsev's *Not by Bread Alone*, 1956-1959 and Beyond», en Jones (ed.), *The Dilemmas of Destalinization*, pp. 80, 89.

[54] V. Dudintsev, *Not by Bread Alone*, trad. E. Bone, Londres, 1957, p. 246.

[55] *Ibid*, p. 438.

[56] Citado en Thompson, *Khrushchev*, p. 238.

[57] Z. Mlynář, *Conversations with Gorbachev: On Perestroika, the Pregue Spring, and the Crossroads of Socialism*, Nueva York, 2002, p. 36.

[58] W. L. Hixson, *Parting the Curtain. Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, Londres, 1997, pp. 178-179.

[59] L. Attwood, «Housing in the Khrushchev Era», en M. Iliˆc *et al.* (eds.), *Women in the Khrushchev Era*, Londres, 2004, pp. 186-189.

[60] Reid, «The Exhibiton *Art os Socialist Countries*», p. 103.

[61] S. Reid, «Women in the Home», en M. Iliˆc *et al.* (eds.), *Women in the Khrushchev Era*, Londres, 2004, p. 186.

[62] D. Filtzer, *Soviet Workers and De-Stalinization*, Cambridge, 1992, pp. 232-233.

[63] S. Baron, *Bloody Sunday in the Soviet Union. Novocherkassk, 1962*, Stanford, 2001, pp. 26-27.

[64] A. Mikoiam, *Tak bylo. Razmyshlennia o minuvshem*, Moscú, 1999, p. 610.

[65] L. Alexeyeva y P. Goldberg, *The Thaw Generation. Coming of Age in the post-Stalin Era*, Boston, 1990, pp. 95-97.

[66] P. McMillan, *Khrushchev and the Arts. The Politics of Soviet Culture, 1962-1964*, Cambridge, Mass., 1965, pp. 101-105.

[67] En D. Volkogonov, *Autopsy for an Empire. The Seven Leaders Who built the Soviet Regime*, Nueva York, 1998, p. 236.

[68] Wu Hung, *Remaking Beijing: Tiananmen Square and the Creation of a Political Space*, Londres, 2005, pp. 108-130.

[69] S. Schram, *The Thought of Mao Tse-Tung*, Cambridge, 1989, p. 154.

[70] S. Schram (ed.), *Mao Tse-tung Unrehearsed. Talks and Letters, 1956-1971*, Harmondsworth, 1974, pp. 114-115.

[71] S. Goncharenko, «Sino-Soviet Military Cooperation», en O. E. Westad (ed.), *Brothers in Arms. The Rise and Fall of the Sino-Soviet Alliance 1945-1963*, Stanford, 1998, p. 160.

* Más tarde volvería a hacerlo en 1958 y 1966, en un acto muy publicitado, cuando ya contaba setenta y tres años. (*N. del t.*)

[72] *Communist China. Policy Documents with Analysis*, Cambridge, Mass., 1962, pp. 151-163.

[73] Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao*, Londres, 1994, p. 222.

[74] J. Ch'en, *Mao Papers: Anthology and Bibliography*, Nueva York, 1970, pp. 62-63.

[75] D. Yang, *Calamity and Reform in China. State, Rural Society, and Institutional Change since the Great Leap Famine*, Stanford, 1996, p. 34.

[76] L. Zhang y C. Macleod (eds.), *China Remembers*, Oxford, 1999, p. 76.

[77] S. Potter y J. Potter, *China's Peasants. The Anthropology of a Revolution*, Cambridge, 1990, p. 71.

[78] Zhang y Macleod (eds.), *China Remembers*, p. 78.

[79] Li, *Private Life*, pp. 277-278.

[80] *Ibid*, p. 302.

[81] Para un debate sobre las causa de la hambruna, véase Yang, *Calamity*, pp. 55-67. Yang enfatiza el papel derrochador de los comedores comunales.

[82] Para la estimación de 30 millones de muertes (incluidos los abortos), véase J. Banister, *China's Changing Population*, Stanford, 1987, p. 85. Chang y Halliday dan estimaciones más elevadas, de 38 millones de muertos: J. Chang y J. Halliday, *Mao: the Unknown Story*, Londres, 2006, p. 534.

[83] Citado en H. Harding, «The Chinese State of Crisis», en R. Macfarquhar (ed.), *The Politics of China. The Eras of Mao and Deng*, 2.ª ed., Cambridge, 1993, p. 234.

[84] *Decision of the Central Committee of the Chinese Communist Party Concerning the Great Proletarian Cultural Revolution*, Beijing, 1966, p. 1.

[85] Citado en Harding, «Chinese State», p. 169.

[86] Gao Yuan, *Born Red: a Chronicle of the Cultural Revolution*, Stanford, 1987, pp. 86, 89-90.

[87] Citado en P. Clark, *The Chinese Cultural Revolution. A History*, Cambridge, 2008, p. 61.

[88] *Ibid*, p. 2.

[89] A Finnane, *Changing Clothes in China. Fashion, History, Nation*, Londres, 2007, p. 237.

[90] Sobre el concepto «virtuocracia», véase S. Shirk, «The Decline of Virtuocracy in China», en J. Watson (ed.), *Class and Social Stratification in post-Revolution China*, Cambridge, 1984.

[91] Liu Guokai, *A Brief Analysis of the Cultural Revolution*, trad. A. Chan, Armonk, NY, 1987, p. 47.

[92] J. Sheehan, *Chinese Workers: A New History*, Londres, 1998, pp. 123-124.

[93] R. Madsen, *Morality and Power in a Chinese Village*, Berkeley y Los Ángeles, 1984, pp. 180-198.

[94] G. White, *The Politics of Class ans Class Origin: The Case of the Cultural Revolution,* Contemporary China Papers, 9, Canberra, 1976, p. 46.

[95] Citado en *ibid*, p. 37.

[96] Véase R. Kraus, *Class Conflict in Chinese Socialism*, Nueva York, 1981, pp. 164-166.

[97] Zhang y Macleod (eds.), *China Remembers*, p. 120.

[98] *Ibid*, pp. 120-121.

[99] Citado en R. Macfarquhar y M. Shoenhals, *Mao's Last Revolution*, Cambridge, Mass., 2006, p. 199.

[100] *Ibid*, p. 155.

[101] *Ibid*, pp. 162-163.

* Zhang Chunqiao, Yao Wenyuan, Wang Hongwen y la mujer de Mao, Jiang Qing, la «banda de los cuatro», fueron detenidos el 6 de octubre de 1976, un mes después de la muerte de Mao, y juzgados en 1981, declarándolos culpables de «los excesos cometidos durante la Revolución Cultural». (*N. del t.*)

[102] Gao Yuan, *Born Red*, pp. 179 y ss.

[103] Para estos ejemplos, véase D. Leese, «The Mao Cult as Communicative Space», *Totalitarian Movements and Political Religions*, n.º 8 (2007), pp. 632-634.

[104] Citado en *ibid*, pp. 633-634.

[105] Zhang y Macleod (eds.), *China Remembers*, p. 140.

[1] Citado en J. L. Anderson, *Che Guevara. A Revolutionary Life*, Londres, 1997, p. 130.

[2] Ernesto «Che» Guevara, *The Bolivian Diary of Ernesto Che Guevara*, 2.ª ed., Nueva York, 1996, p. 316.

[3] P. Neruda, «La United Fruit Co.» (1950), en P. Neruda, *Canto General*, trad. J. Schmitt, Berkeley, 1991.

[4] Citado en Anderson, *Che Guevara*, p. 126.

[5] Anderson, *Che Guevara*, pp. 23, 163.

[6] Citado en G. M. Kahin, *The Asian-African Conference. Bandung, Indonesia, April 1955*, Port Washington, NY, 1972, p. 42.

[7] La película se tituló originalmente *Potomok Chingiz-Khana* (*The Heir to Genghis Khan*).

[8] C. Rómulo, *The Meaning of Bandung*, Chapel Hill, 1956, p. 91.

[9] *Ibid*, p.11.

[10] Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 46

[11] *The Conference of Heads of State or Government of Non-Aligned Countries*, Belgrado, 1961.

[12] W. Shinn, «The "National Democratic State": a Communist program for Less-Developed Areas», *World Politics* 15, 3 (1963), pp. 177-189.

[13] V. Zubok, *A Failed Empire. The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, 2007, pp. 109-110.

[14] Shinn, «The "National Democratic State"».

[15] Esta idea fue desarrollada en primer lugar por la indonesia Dipa Adit. Véase C. Jian, *China and the Cold War*, Chapel Hill, 2001, p. 212.

[16] J. Edgar Hoover a W. Jenkins, informe del FBI, 7 de abril de 1964, 6. Declassified Documents Reference System.

[17] C. Tripp, *A History of Iraq*, Cambridge, 2000, pp. 156-157.

[18] T. Nossiter, *Communism in Kerala. A Study in Political Adaptation*, Londres, 1982, cap. 6.

[19] H. Van der Wee, *Prosperity and Upheaval. The World Economy, 1945-1980*, Harmondsworth, 1987, pp. 400-403.

[20] NSC 162/2, en el Departamento de Estado de Estados Unidos, *Foreign Relations of the United States, 1952-1954*, Washington, DC, 1979-2003, vol. II, p. 587.

[21] S. G. Rabe, «Latin America and Anticommunism», en R. Immerman (ed.), *John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War*, Princeton, 1990, pp. 163, 161.

* Eisenhower decidió lanzar la «Operación Murciélago Azul» consistente en el desembarco de 14.000 soldados y la ocupación del puerto y el aeropuerto de Beirut,

con el apoyo de las Falanges Libanesas (*Al Kataeb*). (*N. del t.*)

[22] W. Duiker, *The Communist Road to Power in Vietnam*, Boulder, 1996, pp. 180-182.Para una visión más escéptica, véase J. Carter, *Inventing Vietnam. The United States and State Buildings, 1954-1968*, Cambridge, 2008, pp. 79-81.

[23] E. Moise, *Land Reform in China and North Vietnam*, Chapel Hill, 1983, pp. 201-206.

[24] S. Schlesinger y S. Kinzer, *Bitter Fruit. The Story of the American Coup in Guatemala*, Cambridge, Mass., 2005.

[25] Fidel Castro, *My life,* ed. I. Ramet, Londres, 2007, p. 173.

[26] *Ibid*, p. 67.

[27] Véase J. Sweig, *Inside the Cuban Revolution. Fidel Castro and the Urban Underground*, Cambridge, Mass., 2002.

[28] Castro, 1 de enero de 1959, citado en M. Pérez-Stable, *The Cuban Revolution. Origins, Course and Legacy*, Nueva York, 1999, p. 61.

[29] Che Guevara a Jean Daniel, 14 de diciembre de 1957, en C. Franqui, *Diary of the Cuban Revolution*, Nueva York, 1980, p. 269.

[30] Citado en H. Matthews, *Castro. A Political Biography*, Londres, 1969, p. 141.

[31] H. Thomas, *Cuba. The Pursuit of Freedom*, Nueva York, 1971, pp. 1215-1218.

[32] A. Kapcia, *Cuba. Island of Dreams*, Oxford, 2000, pp. 103-104.

[33] Castro, *My life*, p. 195.

[34] Pérez-Stable, *The Cuban Revolution*, pp. 7-9.

[35] *Ibid*, p. 69.

[36] Citado en Anderson, *Che Guevara*, pp. 388-390.

[37] T. Sluzc, *Fidel. A Critical Portrait*, Londres, 1987, p. 416.

[38] P. Gleijeses, *Conflicting Missions. Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill, 2002, p. 18.

[39] A. Fursenlo y T. Naftali, *«One Hell of a Gamble». Khrushchev, Castro and Kennedy, 1958-1964*, Nueva York, 1997, p. 39.

[40] Gleijeses, *Conflicting Missions*, p. 18.

[41] *Libre Belgique*, 14 de octubre de 1960, citado en S. Weissman, *American Foreign Policy in the Congo, 1960-1964*, Ithaca, 1974, p. 116.

[42] Véase Michael E. Latham, *Modernization as Ideology: American Social Science and Nation Building in the Kennedy Era*, Chapel Hill, 2000.

[43] *Revolution*, 20 de noviembre de 1959, en S. Balfour, *Castro*, Londres, 1990, p. 80.

[44] Entrevista con Jean Daniel, 25 de julio de 1963, citado en M. Löwy, *The Marxism of Che Guevara. Philosophy, Economics and Revolutionary Warfare*, 2.ª ed., Lanham, 2007, p. 59.

[45] J. Bunck, *Fidel Castro and the Quest for a Revolutionary Culture*, University Park, Pa., 1994, pp. 23-27.

[46] R. Fagen, *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford, 1969, p. 53.

[47] A. Kapcia, *Cuba in Revolution. A History since the Fifties*, Londres, 2008, cap. 6.

[48] Anderson, *Che Guevara*, p. 453.

[49] Citado en C. Brundenius, *Economic Growth, Basic Needs and Income Distribution in Revolutionary Cuba*, Lund, 1981, p. 71.

[50] Ricardo Rojo, citado en Anderson, *Che Guevara*, p. 565.

[51] Alberto Granado, citado en *ibid*.

[52] Che Guevara, *Guerrilla Warfare*, Londres, 2003, pp. 10-11.

[53] Citado en Fursenko y Nafrali, «*One Hell of a Gamble*», p. 21.

[54] Alfredo Maneiro, citado en Gleijeses, *Conflicting Missions*, p. 22.

[55] Luben Perkoff, citado en Richard Gott, *Guerrilla Movements in Latin America*, Oxford, 2008, p. 111.

[56] Véase T. Wickham-Crowley, «Winners, Losers and Also-Rans: Toward a Comparative Sociology of Latin American Guerrilla Movements», en S. Eckstein (ed.), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, Berkeley, 2001, pp. 138-141; T. Wickham-Crowley, *Guerrillas and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*, Princeton, 1992.

[57] A. Angell, «The Left in Latin America since *c*. 1920», en L. Benthall (ed.) *Latin America: Politics and Society since 1930*, Cambridge, 1998, p. 110.

[58] C. Johnson, *Communist China and Latin America, 1959-1967*, Nueva York, 1970.

* Agostinho Neto (presidente), Lúcio Lara (secretario de Organización) y Luís de Azevedo (secretario de Relaciones Exteriores). (*N. del t.*)

[59] Gleijeses, *Conflicting Missions*, pp. 81-84.

[60] Lúcio Lara, citado en *ibid*, p. 83.

[61] Gleijeses, *Conflicting Missions*, p. 84.

[62] E. Guevara, *The African Dream. The Diaries of the Revolutionary War in the Congo*, Londres, 2001, pp. 6-8.

[63] Julius Nyerere, *Ujamaa — Essays on Socialism*, Dar-es-Salaam, 1968, p. 11.

[64] Kwame Nkrumah, *Revolutionary Path*, Nueva York, 1973, p. 30.

[65] M. Radu y K. Somerville, «The Congo», en C. Allen, M. Radu y K. Somerville (eds.), *Benin, the Congo and Burkina Faso. Politics, Economics and Society*, Londres, 1989, pp. 159, 164-168.

[66] Pepetela, *Mayombe*, Londres, 1983, p. ii.

[67] *Ibid*, p. 2.

[68] M. Hall y T. Young, *Confronting Leviathan: Mozambique since Independence*, Londres, 1997, pp. 5-11; D. Birmingham, *Frontline Nationalism in Angola and Mozambique*, Londres, 1992, pp. 15-17.

[69] P. Chabal, *Amílcar Cabral. Revolutionary Leadership and People's War*, Cambridge, 1983, p. 41.

[70] *Ibid*, p. 87.

[71] J. Marcum, *The Angolan Revolution. Exile Politics and Guerrilla Warfare (1962-*

1976), Cambridge, Mass., 1978, pp. 48-51.

[72] A. Drew, «Bolshevizing Communist Parties: The Algerian and South African Experience», en *International Research in Social History*, n.º 4 (2003), p. 192.

[73] D. Fortescue, «The Communist Party of South Africa and the African Class in the 1940s», *International Journal of African Historical Studies*, n.º 24 (1991), pp. 481-512.

[74] D. Everatt, «Alliance Politics of a Special Type: The Roots of the ANC/SACP Alliance, 1950-54», *Journal of Southern African Studies*, n.º 18 (1992), pp. 32-38.

[75] A. Gresh, «The Free Officers and the Comrades: The Sundance Communist Party and Nimeri Face to Face, 1969-1971», *International Journal of Middle Eastern Studies*, n.º 21 (1989), p. 395. Véase también G. Warburg, *Islam, Nationalism and Communism in a Traditional Society: The Case of Sudan*, Londres, 1978.

[76] R. Mortimer, *Indonesian Communism under Sukarno. Ideology and Politics, 1959-1965*, Ithaca, 1974, pp. 366-367.

[77] Véase, por ejemplo, Stephen M. Streeter, «Nation Building in the Land of Eternal Counterinsurgency: Guatemala and the Contradictions of the Alliance for Progress», *Third World Quarterly*, n.º 27 (2006), pp. 57-68.

[78] M. Leffler, *For the Soul of All Mankind. The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Nueva York, 2007, p. 211. Sobre esta obsesión por la humillación personal, véase F. Logevall, *Choosing War. The Lost Chance for Peace and the Escalation of War in Vietnam*, Berkeley, 1999, p. 393.

[79] Mortimer, *Indonesian Communism*, cap. 7.

[80] Todavía hay desacuerdo en el papel de los comunistas en el golpe. Véase H. Crouch, *The Army and Politics in Indonesia*, 2.ª ed., Ithaca, 1988, cap. 4; J. M. Van der Kroef, «Origins of the 1965 Coup in Indonesia: Probabilities and Alternatives», *Journal of Southeast Asian Studies*, n.º 3 (1972), pp. 277-298; Mortimer, *Indonesian Communism*, pp. 413-441.

[81] Para una interpretación de las causas de la violencia, véase R. Cribb, «Unresolved Problems in the Indonesian Killings of 1965-1966», *Asian Survey*, n.º 42, 4 (2002), pp. 550-563. Sobre los números, véase *ibid*, pp. 558-559.

[82] Rostow a Johnson, 11 de octubre de 1967, citado en O. A. Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge, 2005, p. 178.

[1] K. Verdery, *National Ideology under Socialism: Identity and Cultural Politics in Ceausescu's Romania*, Berkeley, 1991, pp. 174-176.

[2] Sobre este cambio ideológico, véase François Fejtö, *A History of the People's Democracies: Eastern Europe since Stalin*, trad. D. Weissbort, Londres, 1971, pp. 75 y ss.

[3] R. Stone, *Satellites and Commissars. Strategy and Conflict in the Politics of Soviet-Bloc Trade*, Princeton, 1996, pp. 30-31.

[4] Vladimir Tismaneanu, *Stalinism for All Seasons: a Political History of Romanian Communism*, Berkeley, 2003, cap. 1.

[5] Citado en M. Fischer, *Nicolae Ceauşescu. A Study in Political Leadership*, Londres, 1989, p. 85.

[6] Fisher, *Ceauşescu*, p. 151, cap. 7.

[7] A. Gabanyi, «Nicolae Ceauşescu and his Personality Cult», en A. Gabanyi, *The Ceauşescu Cult: Propaganda and Power Policy in Communist Romania*, Bucarest, 2000, p. 18.

[8] A. Janos, *East Central Europe in the Modern World. The Politics of the Borderlands from pre-to post-Communism*, Stanford, 2000, p. 302.

[9] D. Deletant, *Ceauşescu and the Securitate: Coercion and Dissent in Romania, 1965-1989*, Londres, 1995, pp. 154-156.

[10] M. Vickers, *The Albanians: A Modern History*, Londres, 1995, p. 196.

[11] P. Lendvai, *Eagles in Cobwebs. Nationalism and Communism in the Balkans*, Londres, 1969, p. 196.

[12] A. Buzo, *The Guerrilla Dynasty: Politics and Leadership in North Korea*, Londres, 1999, p. 59.

[13] Kim Il Sung, *On the Three Principles of National Unification*, Pyongyang, 1972, p. 3.

[14] Para un punto de vista que enfatice la estratificación, véase H.-L. Hunter, *Kim Il-Song's North Korea*, Westport, 1999, cap. 1. Para un punto de vista que enfatice la inclusión, véase B. Cummings, «The Last Hermit», *New Left Review*, n.º 6 (2000).

[15] Para conocer detalles de la vida cotidiana, véase Hunter, *Kim Il-Song*, pp. 173-174.

[16] Á. Horváth y Á. Szakolczai, *The Dissolution of Communist Power: the Case of Hungary*, Londres, 1992, pp. 62-63.

[17] D. Denitch, *The Legitimation of a Revolution: the Yugoslav Case*, New Haven, 1976, p. 94.

[18] Deletant, *Ceauşescu and the Securitate*, pp. 212-216.

[19] L. Siegelbaum, «The Faustian Bargain of the Soviet Automobile», en *PEECS* papers n.º 24, Trondheim, 2008, p. 1.

[20] Citado en J. Zatlin, «The Vehicle of Desire: The Trabant, the Wartburg, and the End of the GDR», *German History* 15, 3 (1997), p. 358.

[21] *Ibid*, p. 359.

* Presidió la American Sociological Association en 2004. (*N. del t.*)

[22] M. Burawoy y J. Lukács, *The Radiant Past: Ideology and Reality in Hungary's Road to Capitalism*, Chicago, 1992, pp. 125-126.

[23] Éste es el argumento principal del economista húngaro Janos Kornai, *Economics of Shortage*, Amsterdam, 1980.

[24] S. Goodman, «Soviet Compunting and Technology Transfer: An Overview», *World Politics*, n.º 31 (1979), p. 567.

[25] S. Kotkin, *Armageddon Averted. The Soviet Collapse, 1970-2000*, Oxford, 2000, pp. 63-64.

[26] N. Shmelev, en S. Cohen y K. Van den Heuvel, *Voices of Glasnost. Interviews with Gorbachev's Reformers*, Nueva York, 1989, p. 149.

[27] J. Kopstein, *The Politics of Economic Decline in East Germany, 1945-1989*, Chapel Hill, 1997, p. 190.

[28] P. Shelest, «On umel vesti apparatnye igry, a stranu zabrosil…», en Iu Aksiutin, *Brezhnev: Materialy k Biografii*, Moscú, 1991, p. 218.

[29] Z. Mlynář, *Night Frost in Prague: the End of Humane Socialism*, trad. P. Wilson, Londres, 1980, p. 86.

[30] Kotkin, *Armageddon Averted*, p. 50.

[31] Citado en Kopstein, *Politics*, p. 43.

[32] Véase *ibid*, cap. 2.

* Denominación referida al plato típico húngaro, caracterizado por la combinación de diversos elementos. (*N. del t.*)

[33] Mlynář, *Night Frost*, p. 66.

[34] G. Golan, *Reform Rule in Czecholovakia: the Dubček Era, 1968-1969*, Cambridge, 1973, pp. 230-231.

[35] Jaromír Navrátil, *The Prague Spring 1968: A National Security Archive Documents Reader*, trad. M. Kramer *et al.*, Budapest, 1998, pp. 20-22.

[36] Mlynář, *Night Frost*, pp. 82-86.

[37] *Ibid*, p. 44.

[38] J. Satterwhite, «Marxist Critique and Czechoslovak Reform», en R. Taras (ed.), *The Road to Disillusion. From Critical Marxism to Postcommunism in Eastern Europe*, Armonk, NY, 1992, pp. 115-134.

[39] J. Piekalkiewicz, *Public Opinion Polling in Czecholovakia, 1968-1969: Results and Analysis of Surveys Conducted during the Dubcek Era*, Nueva York, 1972.

[40] A. Dubcek, *Hope Dies Last. The Autobiography of Alexander Dubcek*, trad. J. Hochman, Londres, 1993, p. 150.

[41] Navrátil, *The Prague Spring*, p. 67.

[42] M. Kramer, «The Czechoslovak Crisis and the Brezhnev Doctrine», en C. Fink, P. Gassert y D. Junker (eds.), *1968: The World Transformed*, Cambridge, 1998, pp. 121-145.

[43] M. Kundera, «Preface», en J. Skvorecky, *Mirakl*, París, 1978, p. 4.

[44] A. Brown, *The Gorbachev Factor*, Oxford, 1996, pp. 30-31, 41.

[45] Citado en R. Tökés, *Hungary's Negotiated Revolution: Economic Reform, Social Change, and Political Sucession, 1957-1990*, Cambridge, 1996, p. 72.

[46] Kopstein, *Politics*, p. 81.

[47] V. Bunce, «The Empire Strikes Back: The Evolution of the Eastern Bloc from a Soviet Asset to a Soviet Liability», *International Organization*, n.º 39 (1985), p. 20.

[48] K. Poznanski, «Economic Adjustment and Political Forces: Poland since 1970», *International Organization*, n.º 40 (1986), p. 457.

[49] Horváth y Szakolczai, *The Dissolution of Communist Power*.

[50] *Ibid*, p. 110.

[51] K. Jaraush, «Care and Coercion. The GDR as Welfare Dictatorship», en K. Jarausch (ed.), *Dictatorship as Experience. Towards a Socio-Cultural History of the GDR*, Nueva York, 1999, cap. 3.

[52] M. Raeff, *The Well-ordered Police State: Social and Institutional Change through Law in the Germanies and Russia, 1600-1800*, New Haven, 1983. Este paralelismo ha sido trazado por Horváth y Szakolczai.

[53] Xiaobo Lü y Elizabeth Perry, *Danwei. The Changing Chinese Workplace in Historical and Comparative Perspective*, Armonk, NY, 1997, pp. 169-194.

[54] Entrevistas de Andrew Walder en A. Walder, *Communist Neo-Traditionalism. Work and Authority in Chinese Industry*, Berkeley, 1986, p. 140.

[55] *Ibid*, pp. 141-142.

* Aunque después del colapso del «socialismo real» cambió radicalmente de postura, convirtiéndose en crítico, como él decía en *La Grande Rupture* (Lausana, L'Âge d'Homme, 1999), del «totalitarismo democrático, o si se prefiere de la democracia totalitaria». (*N. del t.*)

[56] A. Zinoviev, *The Reality of Communism*, Londres, 1985, p. 139.

[57] V. Shlapentokh, *Public and Private Life of the Soviet People: Changing Values in post-Stalin Russia*, Nueva York, 1989, p. 117.

[58] Zinoviev, *Reality*, p. 139.

[59] Shlapentokh, *Public and Private*, p. 118.

[60] Entrevista citada en A. Yurchak, *Everything was Forever, unitl It was No More. The Last Soviet Generation*, Princeton, 2006, pp. 96-97.

[61] Este caso está descrito en M. Fulbrook, *The People's State: East German Society from Hitler to Honecker*, New Haven, 2005, p. 239.

[62] Burawoy y Lukács, *Radiant Past*, pp. 40-42.

[63] M. Haraszti, *A Worker in a Worker's State: Piece-rates in Hungary*, trad. M. Wright, Harmondsworth, 1977, pp. 88-89.

[64] Entrevista en Walder, *Communist Neo-Traditionalism*, p. 176.

[65] D. Kideckel, *The Solitude of Collectivism: Romanian Villagers to the Revolution and Beyond*, Ithaca, 1993, p. 130.

* «Cumbres abismales»; *Siiaiuschie Vysoty* significa en ruso «Cumbres luminosas», como en *Siiaiuschi Put'*, «Sendero luminoso». (*N. del t.*)

[66] A. Zinoviev, *The Yawning Heights*, trad. G. Clough, Londres, 1979, pp. 186-188.

[67] Zinoviev, *Reality*, pp. 127, 65.

[68] Horváth y Szakolczai, *The Dissolution of Communist Power*, p. 55.

[69] S. Shirk, *Competitive Comrades: Career Incentives and Student Strategies in China*, Berkeley, 1982, p. 150.

[70] Shlapentokh, *Public and Private*, pp. 165, 171; V. Shlapentokh, *Love, Marriage, and Friendship in the Soviet Union: Ideals and Practices*, Nueva York, 1984.

[71] Haraszti, *A Worker in a Worker's State*, pp. 88-89.

[72] *Ibid*.

[73] Citado en A. Port, *Conflict and Stability in the German Democratic Republic*, Cambridge, 2007, p. 245.

[74] D. Mason, *Public Opinion and Political Change in Poland*, Cambridge, 1985, p. 86.

[75] D. Bahry, «Sociery Transformed? Rethinking the Social Roots of Perestroika», *Slavic Review*, n.º 52 (1993), p. 537.

[76] Burawoy y Lukács, *Radiant Past*, p. 123.

[77] Citado en Kideckel, *Solitude of Collectivism*, p. 183.

[78] M. Lampland, *The Object of Labor: Commodification in Socialist Hungary*, Chicago, 1995, pp. 335-336.

[79] Véase un estudio en R. Tökés, *Murmur and Whispers: Public Opinion and Legitimacy Crisis in Hungary, 1972-1989*, Pittsburgh, 1997, p. 14.

[80] Mason, *Public Opinion*, p. 63.

[81] *Blondinka za uglom* (1983), dir. V. Bortko.

[82] Shlapentokh, *Public and Private*, p. 192.

[83] *Ibid*, pp. 80-81.

[84] Fulbrook, *The People's State*, pp. 230-231.

[85] Tökés, *Hungary's Negotiated Revolution*, p. 139.

[86] Yurchak, *Everything was Forever*, p. 201.

[87] T. Ryback, *Rock around the Bloc: a History of Rock Music in Eastern Europe and the Soviet Union*, Nueva York, 1990, p. 129.

[88] *Ibid*, p. 146.

[89] Yurchak, *Everything was Forever*, p. 215.

[90] Citado en *ibid*, p. 234.

[91] W. Burr (ed.), *The Kissinger Transcripts*, Nueva York, 1998, pp. 59-66.

* En 1974 se convirtió en Universidad de Addis Abeba. Antes de su cesión a la universidad el palacio llevaba el nombre *Gueunete Leul* [Paraíso de la Princesa], y el «Ras» Makonnen no era otro que el padre del emperador. (*N. del t.*)

[1] R. Balsvik, *Haile Selassie's Students. The Intellectual and Social Backgroung to Revolution, 1952-1977*, Lansing, Mich., 1985, pp. 213-223.

[2] «The Philosophy of the Fashion Show in the Era of Nationalism», propaganda, marzo de 1968, citado en Balsvik, *Students*, p. 214.

[3] Sobre este episodio, véase Balsvik, *Students*, p. 216.

[4] *Ibid*, p. 202.

[5] Véase D. McAdam, *Freedom Summer*, Oxford, 1988.

[6] *Ibid*, p. 4.

[7] Citado en M. Rothschild, *A Case of Black and White. Northern Volunteers and the Southern Freedom Summers, 1964-1965*, Westport, 1982, p. 181.

[8] Citado en R. Fraser, *1968: A Student Generation in Revolt*, Nueva York, 1987, p. 79.

[9] A. Marwick, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-1974*, Oxford, 1998, pp. 486-489.

[10] Citado en Fraser, *1968*, p. 80.

* «Le spectacle est une guerre de l'opium permanente pour faire accepter l'identification des biens aux marchandises et de la satisfaction à la survie augmentant selon ses propres lois». Guy Débord, *La Societé du spectacle*. (*N. del t.*)

[11] T. Hecken y A. Grzenia, «Situationism», en M. Klimke y J. Scharloth (eds.), *1968 in Europe. A History of Protest and Activism, 1956-1977*, Nueva York, 2008, pp. 23-32.

[12] Dark Star (ed.), *Beneath the Paving Stones. Situationists and the Beach, May 1968*, Edimburgo, 2001, pp. 23-24.

[13] H. Marcuse, *One-Dimensional Man*, Londres, 1991, pp. 21, xx.

** Marcuse publicó en 1933 su primer trabajo importante, un estudio de los *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844* de Marx, en los que ocupa un lugar central el concepto hegeliano de *Entfremdung* («alienación»), resituado en el marco del materialismo histórico. (*N. del t.*)

[14] *Dr. Strangelove. Or How I Learned to Stop Worrying and lOve the Bomb* (1964), dir. Stanley Kubrick.

[15] *2001. A Space Odyssey* (1968), dir. Stanley Kubrick. HAL, con su siniestro «ojo» rojo, recuerda al monstruo con un solo ojo que aparece en la *Odisea* de Homero, el Cíclope.

[16] Mario Savio, en A. Bloom y W. Breines (eds.), *Takin' It to the Streets. A Sixties Reader*, Nueva York, 1995, pp. 111-112.

* Dirigente del grupo *Socialisme ou Barbarie* de 1949 a 1967. (*N. del t.*)

[17] Gregory Calvert, en Bloom y Breines, *Takin' It to the Streets*, p. 126.

[18] Wright Mills, en Bloom and Breines, *Takin' It to the Streets*.

[19] Rayna Rapp (SDS, Universidad de Michigan), citado en Fraser, *1968*, p. 88.

[20] C. Wilkerson, *Flying Close to the Sun*, Nueva York, 2007, pp. 115-116.

[21] Citado en K. Sale, *SDS*, Nueva York, 1973, p. 391.

[22] M. Berg, «1968: A Turning Point in American Race Relations?», en C. Fink, P. Gassert y D. Junker (eds.), *1968: The World Transformed*, Cambridge, 1998, p. 407.

[23] S. Carmichael, *Stokely Speaks. From Black Power to Pan-Africanism*, Chicago, 2007, p. 93.

[24] Anthony Barnettt, citado en Fraser, *1968*, p. 88.

* Ngo Dinh Diem y su hermano Ngo Dinh Nhu, odiados por sus torturas y su represión contra los budistas, fueron asesinados por orden de su jefe de Estado Mayor Duong Van Minh en noviembre de 1963. (*N. del t.*)

[25] George Ball, citado en F. Logevall, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of the War in Vietnam*, Berkeley, 1999, p. 291.

[26] Peter Tautfest, citado en Fraser, *1968*, p. 88.

[27] Citado en G. Herring, «Tet and the Crisis of Hegemony», en Fink *et al.*, *1968*, p. 48.

[28] G. R. Horn, *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976*, Oxford, 2007, pp. 228-231.

[29] A. Glyn, *Capitalism Unleashed: Finance, Globalization and Welfare*, Oxford, 2007, p. 10.

[30] Citado en M. H. Little, *America's Uncivil Wars*, Nueva York, 2006, p. 254.

[31] Horn, *Spirit of '68*, pp. 158-160; A. Belden Fields, *Trotskyism and Maoism. Theory and Practice in France and the United States*, Nueva York, 1988, cap. 3.

[32] J. Bourg, *From Revolution to Ethics. May 1968 and Contemporary Thought*, Montreal, 2007, p. 51.

* El 1 de mayo de 1968 se convirtió en *La Cause du Peuple*. (*N. del t.*)

[33] D. Singer, *Prelude to Revolution. France in May 1968*, Londres, 1970, p. 57.

[34] *Monty Python's Life of Brian* (1979), dir. Terry Jones.

[35] Horn, *Spirit of '68*, pp. 162-163.

[36] Wilkerson, *Flying Close to the Sun*, p. 257.

[37] M. Klimke y J. Sharloth, «Terrorism», en Klimke y Scharloth, *1968 in Europe*, pp. 270-271.

[38] S. Aut, *The Baader-Meinhof Group: The Inside Story of a Phenomenon*, Londres, 1987, p. 38.

[39] D. Hauser, «Terrorism in Europe», en Klimke y Scharloth, *1968 in Europe*, p. 272.

[40] Susanna Ronconi, citado por D. Novelli y N. Tranfaglia, *Vite Sospese: le*

generazioni del terrorismo, Milán, 1988, p. 114. Véase también A. Jamieson, «Identity and Morality in the Italian Red Brigades», en *Terrorism and Political Violence* 2, 4 (1990), p. 511.

[41] A. Jamieson, «Entry, Discipline and Exit in the Italian Red Brigades», *Terrorism and Political Violence* 2, I (1990), p. 2.

[42] B. Silver, *Forces of Labour Workers' Movements and Globalization since 1870*, Cambridge, 2005, pp. 52-53.

[43] *L'Humanité*, 9 de julio de 1968.

[44] C. Marighella, *Manual of the Urban Guerrilla*, trad. G. Hanrahan, Chapel Hill, 1985, p. 1.

[45] Véase R. Gott, *Guerrilla Movements in Latin America*, Oxford, 2008, pp. 494-495; D. James, *Resistencia and Integration. Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, 1976; A. Labrousse, *The Tupamaros*, Harmondsworth, 1973.

[46] S. B. Liss, *Marxist Thought in Latin America*, Berkeley, 1984, p. 159.

[47] *The Church in the Present Day Transformation of Latin America in the Light of the Council*, vol. 2, Washington, DC, 1979.

[48] M. Pérez-Stable, *The Cuban Revolution. Origins, Course and Legacy*, Nueva York, 1999, pp. 116-120.

[49] A. Cabral, *Revolution in Guinea. An African People's Struggle*, Londres, 1974, p. 87.

[50] *First Solidarity Conference of the Peoples of Africa, Asia and Latin America. Proceedings*, La Habana, 1966, p. 166.

[51] Sobre los vínculos entre los partidos comunistas europeos, véase D. Ottaway y M. Ottaway, *Afrocommunism*, Nueva York, 1984, pp. 30-35. Sobre estudiantes y relaciones con el oeste en Etiopía, véase R. Balsvik, «The Ethiopian Student Movement in the 1960s: Challenges and Responses», *Proceedings of the Seventh International Conference of Ethiopian Studies*, Lund, 1982, pp. 491-509.

[52] Cabral, *Revolutions in Guinea*, p. 82.

[53] P. Chabal, *Amílcar Cabral: Revolutionary Leadership and People's War*, Cambridge, 1983, pp. 167-172.

[54] Véase Ottaway y Ottaway, *Afrocommunism*, pp. 25-30.

[55] Sobre estas ideas, véase O. A. Westad, *The global Cold War*, Cambridge, 2005, pp. 204-206; K. Brutents, *Sovremennye natsional'no-osvoboditel'nye revoliutsii (Nekotorye voprosy teorii)*, Moscú, 1974.

[56] H. Cobban, *The Palestinian Liberation Organization: People, Power and Politics*, Cambridge, 1984, cap. 3.

[57] C. Andrew y V. Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and the West*, Londres, 1999, pp. 143-144.

[58] F. Halliday, «The People's Democratic Republic of Yemen: The "Cuban" Path in Arabia», en G. White, R. Murray y C. White (eds.), *Revolutionary Socialist Development in the Third World*, Brighton, 1983, pp. 37-42.

* En las elecciones el CPI(M) obtuvo el 18 por 100 de los votos. (*N. del t.*)

[59] M. Ram, *Maoism in India*, Nueva York, 1971, cap. 2.

** Tras el asesinato de Eduardo Mondlane en febrero de 1969 mediante un libro-bomba enviado por Aginter Press, la rama portuguesa de la red Gladio. (*N. del t.*)

[60] A. Isaacman y B. Isaacman, *Mozambique: From Colonialism to Revolution, 1900-1982*, Boulder, 1983, pp. 98-99; M. Hall y T. Young, *Confronting Leviathan. Mozambique since Independence*, Londres, 1997, pp. 62-68.

[61] Para ver las semejanzas y las diferencias con la guerra popular maoista, véase T. Henriksen, «People's War in Angola, Mozambique, and Guinea-Bissau», *Journal of Modern African Studies*, n.º 14 (1976), pp. 377-399.

[62] *Ibid*, pp. 382-383.

[63] Sobre Guinea, a favor del PAIGC, véase Lars Rudebeck, *Guinea-Bissau. A Study of Political Mobilization*, Uppsala, 1974. En contra del PAIGC, véase M. Dhada, *Warriors at Work. How Guinea Really was Set Free*, NiWot. Colo., 1993.

[64] I. Brickman, «War, Witches and Traitors: Cases from the MPLA's Eastern Front in Angola (1966-1975)», *Journal of African History*, n.º 44 (2003), pp. 303-325.

[65] Isaacman e Isaacman, *Mozambique*, p. 86.

[66] M. Anne Pitcher, *Transforming Mozambique. The Politics of Privatization, 1975-2000*, Nueva York, 2002, pp. 28-37.

[67] Recogido en R. Dallek, *Nixon and Kissinger. Partners in Power*, Londres, 2007, p. 228.

[68] Sobre las ideas del partido, véase Westad, *Global Cold War*, pp. 202-203; sobre las ideas de los militares y el Ministerio de Asuntos Exteriores, véase V. M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union on the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, 2007, p. 249.

[69] P. Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976*, Pittsburgh, 1977, cap. 13.

[70] J. Haslam, *The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile: a Case of Assisted Suicide*, Londres, 2005, cap. 7; P. Kornbluh, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*, Nueva York, 2003.

[71] Zubok, *Failed Empire*, p. 249.

[72] Sobre el ejército, véase D. Porch, *The Portuguese Armed Forces and the Revolution*, Londres, 1977.

[73] P. Pinto, «Urban Social Movements and the Transition to Democracy in Portugal, 1974-1976», *Historical Journal*, n.º 51 (2008), pp. 1025-1046; Nancy G. Bermeo, *The Revolution within the Revolution: Worker's Control in Rural Portugal*, Princeton, 1986.

[74] Pinto, «Urban Social Movements», p. 1025.

[75] M. Couto, «The Secrte Love of Deolinda», en Couto, *Everyman is a Race*, trad. D. Brookshaw, Portsmouth, NH, 1994, p. 112.

[76] Para una comparación entre marxismo soviético y marxismo africano, véase M.

Ottaway, «Soviet Marxism and African Socialism», *Journal of Modern African Studies* 16, 3 (1978), pp. 477-485.

[77] Machel, 18 de noviembre de 1976, citado en Hall y Young, *Confronting Leviathan*, pp. 76, 67.

[78] Hall y Young, *Confronting Leviathan*, p. 102.

[79] J. Coelho, «State Resettlement Policies in post-Colonial Rural Mozambique: The Impact of the Communal Village Programme on Tete Province, 1977-1982», *Journal of Southern African Studies*, n.º 24 (1988), pp. 61-91.

[80] D. Birmingham, «Angola», en P. Chabal (ed.), *A History of Lusophone Africa*, Londres, 2002, pp. 152-153.

[81] H. Tuma, *The Case of the Socialist Witchdoctor and Other Stories*, Oxford, 1993, p. 8.

[82] Balsvik, *Students*, p. 133.

[83] B. Zewde, *A History of Modern Ethiopia, 1855-1991*, Oxford, 2001, p. 222.

[84] *Ibid*, pp. 149-150.

[85] Balsvik, *Students*, p. 294.

[86] Citado en Dawit Wolde Giorgis, *Red Tears. War, Famine and Revolution in Ethiopia*, Trenton, NJ, 1989, p. 11.

[87] R. Lefort, *Ethiopia: An Heretical Revolution?*, trad. A. Berret, Londres, 1983, p. 276.

[88] Zewde, *Modern Ethiopia*, p. 249.

[89] Lefort, *Ethiopia*, p. 278.

[90] Sobre este punto de vista de Mengistu, véase D. Donham, *Marxist Modern. An Ethnographic History of the Ethiopian Revolution*, Berkeley, 1999, pp. 129-130; Dawit, *Red Tears*, pp. 30-31.

[91] A. Tiruneh, *The Ethiopian Revolution, 1974-1987*, Cambridge, 1993, p. 79.

[92] Donham, *Marxist Modern*, p. 29.

[93] Informe de la misión de la USAID en Etiopía, 1976.

[94] Lefort, *Ethiopia*, p. 278..

[95] Véase M. Ezra, *Ecological Degradation, Rural Poverty, and Migration in Ethiopia. A Contextual Analysis*, Nueva York, 2001.

[96] F. Bizto, *The Gate*, trad. E. Cameron, Londres, 2004.

[97] *Ibid*, p. 119.

[98] *Ibid*, p. 116.

[99] *Ibid*, p. 117.

[100] *Ibid*, p. 115.

[101] D. P. Chandler, *Brother Number One: A Political Biography of Pol Pot*, ed. rev., Boulder, 1999, pp. 8-9, 37.

[102] F. Debré, *Cambodge: La Révolution de la forêt*, París, 1976, p. 82.

[103] Entrevista con Soth Polin, citado en Chandler, *Brother Number One*, p. 52.

* La mayoría de los investigadores cree que fue detenido y asesinado por la policía de Sihanouk, pero hay también quien atribuye el hecho a Pol Pot. (*N. del t.*)

[104] Pol Pot, «Abbreviated History Lesson on the History of the Kampuchean Revolutionary Movement Led by the Communist Party of Kampuchea» (a principios de 1977), en D. Chandler, B. Kierman y C. Boua (eds.), *Pol Pot Plans the Future*, New Haven, 1988, pp. 218-219.

** En lo que se llamó la «Operación *Breakfast*», a la que iban a seguir durante los siguientes catorce meses las operaciones *Lunch*, *Snack*, *Dinner*, *Dessert* y *Supper*. En total se lanzaron sobre Camboya durante la «Operación *Menu*» más de 100.000 toneladas de bombas, y el número estimado de víctimas civiles oscila entre cien y seiscientas mil. (*N. del t.*)

[105] Véase, por ejemplo, F. Ponchaud, «Social Change in the Vortex of Revolution», en K. Jackson (ed.), *Cambodia 1975-1978: Rendezvous with Death*, Princeton, 1989, pp. 170 y ss.

[106] Bizot, *The Gate*, p. 110.

[107] B. Kiernan, «Enver Pasha and Pol Pot: A Comparison between the Armenian and Cambodian Genocides», en *Proceedings of the International Conference on the «Problems of Genocide»*, Cambridge, Mass., 1997.

[108] P. Short, *Pol Pot: The History of a Nightmare*, Londres, 2004, p. 337.

[109] J.-L Margolin, «Cambodia. The Country of Disconcerting Crimes», en S. Courtois *et al.*, *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*, Cambridge, Mass., 1999, p. 626.

[110] Para diferentes puntos de vista, véase K. Jackson, «Introduction», en Jackson (ed.), *Cambodia*, pp. 9, 11; M. Vickery, «Democratic Kampuchea: Themes and Variations», en D. Chandler y B. Kiernan (eds.), *Revolution and Its Aftermath in Kampuchea: Eight Essays*, New Haven, 1983, p. 131.

[111] Citado en B. Kiernan, *The Pol Pot Regime: Race, Power and Genocide in Cambodia under the Khmer Rouge, 1975-1979*, New Haven, 1996, p. 62.

[112] Véase Short, *Pol Pot*, p. 287.

[113] A. Hinton, «Why Did You Kill? The Cambodian Genocide and the Dark Side of Face and Honor», *The Journal of Asian Studies*, n.º 57 (1998), p. 110.

[114] Chandler *et al.*, *Pol Pot Plans the Future*, p. 158.

[115] S. Heder, *Kampuchean Occupation and Resistance*, Bangkok, 1980, p. 6.

[116] Citado en Chandler, *Brother Number One*, p. 115.

[117] D. Pran, *Children of Cambodia's Killing Fields. Memoirs of Survivors*, New Haven, 1997, p. 131.

[118] Margolin, «Cambodia», p. 626.

[119] Chandler *et al.*, *Pol Pot Plans the Future*, p. 183.

[120] Para estimaciones más elevadas, véase M. Sliwinsky, *Le Génocide Khmer Rouge: une analyse démographique*, París, 1995. Sobre el número de muertes, véase Margolin, «Cambodia», pp. 588-591.

[121] Hinton, «Why Did You Kill?», pp. 113, 118.

* Sihanouk regresó en noviembre de 1991 siendo repuesto como rey en septiembre de 1993. (*N. del t.*)

[122] A. Hyman, *Afghanistan under Soviet Domination, 1964-1991*, Londres, 1992, pp. 92-98.

[123] Sobre las ideas soviéticas, H. Bradsher, *Afghan Communism and Soviet Intervention*, Oxford, 2000, cap. 3; Westad, *Global Cold War*, pp. 299-326.

* El porcentaje de votos obtenidos en las elecciones legislativas de 1979 fue el 30,5 por 100; en 1983 el 29,9 por 100; y en 1987 el 26,6 por 100. (*N. del t.*)

[124] Silvio Pons, «Meetings between the Italian Communist Party and the Communist Party of the Soviet Union, Moscow and Rome, 1978-80», *Cold War History*, n.º 3 (2002), pp. 157-166.

** Hijo del Anastasio Somoza que organizó en febrero de 1934 el asesinato de Sandino. (*N. del t.*)

*** Elegido presidente del país en noviembre de 1984 con el 67 por 100 de los votos. (*N. del t.*)

[125] *The Economist*, 20 de diciembre de 1978.

[1] D. Remnick, *Lenin's Tomb. The Last Days of the Soviet Empire*, Londres, 1994, p. 156.

[2] Citado en M. Leffler, *For the Soul of All Mankind. The United States, the Soviet Union and the Cold War*, Nueva York, 2007, p. 385.

[3] *Ibid*, p. 394.

[4] D. Reynolds, *Summits. Six Meetings That Shaped the Twentieth Century*, Londres, 2007, p. 360.

[5] M. Gorbachev, *Memoirs*, Londres, 1997, p. 489.

* Durante la llamada Primavera de Beijing de 1977-1978 impulsada por Deng Xiaoping. (*N. del t.*)

[6] Liu Binyan, *People or Monsters? And Other Stories and Reportage from China after Mao*, ed. P. Link, Bloomington, 1983, pp. 11-68.

[7] R. Baum, *Birying Mao: Chinese Politics in the Age of Deng Xiaoping*, Princeton, 1994, p. 8.

[8] S. Shirk, *The Political Logic of Economic Reform in China*, Berkeley, 1993, cap. 10.

[9] W. Jenner y D. Davin (eds.), *Chinese Lives*, Londres, 1986, pp. 8-9, 13.

[10] L. Zhang y C. Macleod (eds.), *China Remembers*, Oxford, 1999, p. 5.

[11] *People's Daily*, 3 de agosto de 2006.

[12] A. Yurchak, *Everything was Forever, until It was No More. The Last Soviet Generation*, Princeton, 2006, p. 113.

[13] *Ibid*, pp. 96-97.

[14] *Ibid*.

[15] R. Töikés, *Mumur and Whispers: Public Opinion and Legitimacy Crisis in Hungary, 1972-1989*, Pittsburgh, 1997, pp. 37-39.

[16] *Ibid*, p. 56.

[17] D. Bahry, «Society Transformed? Rethinking the Social Roots of Perestroika», *Slavic Review*, n.º 52 (1993), pp. 516-517.

[18] D. Mason, *Public Opinion and Political Change in Poland*, Cambridge, 1985, pp. 63-64.

[19] H. Merskey y B. Shafran, «Political Hazards in the Diagnosis of "Sluggish Schizophrenia"», *British Journal of Psychiatry*, n.º 148 (1986), p. 253.

[20] M. Fulbrook, *The People's State: East German Society from Hitler to Honecker*, New Haven, 2005, pp. 241-242.

[21] En B. Miller, *Narratives of Guilt and Compliance in Unified Germany: Stasi Informers and Their Impact on Society*, Londres, 1999, pp. 67-68.

[22] Citado en Miller, *Narratives of Guilt*, pp. 43-44.

[23] Citado en *ibid*, p. 101.

[24] Véase Yurchak, *Everything was Forever*, pp. 107-108.

[25] Bahry, «Society Transformed?», p. 539.

[26] Tökés, *Murmur and Whispers*, p. 56.

[27] Véase, por ejemplo, J. Kopstein, *The Politics of Economic Decline in Easr Germany, 1945-1989*, Chapel Hill, 1997, pp. 122-129.

[28] A. Tsipko citado en M. Ouimet, *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet Foreign Policy*, Chapel Hill, 2003, pp. 252-253.

[29] M . Ellman y V. Kontorovich (eds.), *The Detruction of the Soviet Economic System: an Insider's History*, Armonk, NY, 1998, p. 173.

[30] Sobre la disolución de este grupo, véase O. Wstad, «How the Cold War Crumbled», en S. Pons y F. Romero (eds.), *Reinterpreting the End of the Cold War: Issues, Interpretations, Periodizations*, Londres, 2005, p. 6. Véase también A. Brown, *Seven Years That Changed the World: Perestroika in Perspective*, Oxford, 2007, pp. 172-173.

[31] A. Iakovlev, *Sumerki*, Moscú, 2003, p. 354.

[32] Mason, *Public Opinion*, p. 45.

[33] *Ibid*, p. 82.

[34] Este razonamiento, que hace hincapié en el papel de la iglesia, más que en el de la clase trabajadora o en el de la sociedad civil, es de M. Osa, *Solidarity and Contention: Networks of Polish Opposition*, Minneapolis, 2003.

[35] Citado en *ibid*, p. 136.

[36] A. Glyn, *Capitalism Unleashed: Finance, Globalization, and Welfare*, Oxford, 2007, p. 22.

* Famoso ya entonces por su estudio *The Black Jacobins* sobre la revolución haitiana. Fue expulsado de Estados Unidos en 1953. (*N. del t.*)

[37] Véase P. Buhle, *Marxism in the United States: Remapping the History of the American Left*, Londres, 1987, pp. 206-210.

[38] D. Patinikin, *Essays on and in the Chicago Tradition*, Durham, NC, 1981, p. 4.

[39] J. Kirkpatrick, *Dictatorships and Double Standards: Rationalism and Reason in Politics*, Washington, DC, 1982.

* El tipo de interés de los fondos federales subió del 11,2 por 100 hasta un 20 por 100 en junio de 1981. (*N. del t.*)

[40] R. Brenner, *The Boom and the Bubble: the US in the World Economy*, Londres, 2002, p. 35.

[41] G. Arrighi, «The World Economy and the Cold War, 1970-1990», de próxima aparición en *The Cambridge History of the Cold War*, p. 22.

[42] *Ibid*, p.16.

[43] I. Zloch-Christy, *Debt Problems of Eastern Europe*, Cambridge, 1987, p. 38.

[44] S. Woodward, *Balkan Tragedy: Chaos and Dissolution after the Cold War*, Washington, DC, 1995, cap. 3.

[45] Véase C. Andrew y V. Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive. The KGB in Europe and*

the West, Londres, 1999, p. 686.

[46] G. Ekiert, *The State against Society: Political Crises and Their Aftermath in East Central Europe*, Princeton, 1996, pp. 243-244, 247.

[47] Ouimet, *Rise and Fall*, pp. 249-250.

[48] Baibakov a Shürer, citado en Kopstein, *Politics of Economic Decline*, pp. 93-94.

[49] *Red Dawn* (1984), dir John Milius.

[50] R. Reagan, dirigiéndose al Parlamento, 8 de junio de 1982. http://www.reagan.utexas.edu/search/speeches/speech_srch.html.

[51] R. Reagan, Question and Answer Session with High-School Students, 25 de marzo de 1983, http://www.reagan.utexas.edu/archives/speeches/1983/32583c.html.

[52] Véase I. Molloy, *Rolling Back Revolution: The Emergence of Low Intensity Conflict*, Londres, 2001, p. 20.

[53] C. Krauthammer, «The Poverty of Realism», *The New Republic*, 17 de febrero de 1986, p. 15.

[54] *Psychological Operations in Guerrilla Warfare* (1983), http://www.freewebs.com/moeial/CIA'a%20Psychological%20Operations%20in%20Guerrilla%20Warefare.pdf.

[55] E. Wood, *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, Cambridge, 1993.

[56] T. Walker, *Nicaragua. Living in the Shadow of the Eagle*, Boulder, 2003, p. 56.

[57] J. Ciment, *Angola and Mozambique: Postcolonial Wars in Southern Africa*, Nueva York, 1997, p. 87.

[58] Citado en J. Persico, *Casey. From the OSS to the CIA*, Nueva York, 1990, p. 226.

[59] B. Fischer, «The Soviet- American War Scare of the 1980's», *International Journal of Intelligence*, otoño de 2006, pp. 480-517.

[60] Para conocer diferentes puntos de vista sobre la importancia del IDE, véase Ellman y Kontorovich, *Destruction*, pp. 54-64.

[61] M. I. Gerasev, citado en *ibid*, p. 65.

* En 1987 obtuvo el primer premio *Nika* de Unión de Cineastas soviéticos y el Gran Premio del Jurado en Cannes y fue nominada para el Oscar como mejor película extranjera. Tras su emisión en la Segunda Cadena alemana en octubre, fue condenada duramente por la prensa de la RDA. (*N. del t.*)

[62] Iakovlev, *Sumerki*, pp. 394-395.

[63] *Ibid*, p. 395.

[64] *Ibid*, p. 394.

[65] Ellman y Jontotovich, *Destruction*, pp. 269-270; V. Boldin, *Ten Years That Shook the World: The Gorbachev Era as Witnessed by His Chief of Staff*, trad. E. Rossier, Nueva York, 1994, p. 114.

[66] A. Cherniaev, *Shest' let s Gorbachevym: po dnevnikovym zapisiam*, Moscú, 1993, p. 8.

[67] M. Gorbachev, *Zhizn' I reformy*, Moscú, 1995, vol. I, p. 208.

[68] A. Iakovlev, *Gorkaia chaska*, Yaroslavl', 1994, pp. 205-212.

[69] B. A. Fischer, *The Reagan Reversal: Foreign Policy and the End of the Cold War*, Colombia, 1997, pp. 102-143.

[70] A. Brown, *The Gorbachev Factor*, Oxford, 1996, pp. 115-117.

[71] M. Gorbachev, «Report to CpSU Central Committee plenum, January 6 1989», *Current Digest of the Soviet Press*, n.º 41 (1989), p. 1.

[72] Aleksandr Iakolev, en S. Cohen y K. Van den Heuvel, *Voices of Glasnost. Interviews with Gorbachev's Reformers*, Nueva York, 1989, p. 39.

* 750 + 750 debían elegirse según el sistema empleado para elegir el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades en 1936-1989; los restantes 750 correspondían a «organizaciones públicas» como el PCUS, la Konsomol y los sindicatos. (*N. del t.*)

[73] Tsipo, en Ellman y Kontorovich, *Destruction*, p. 181.

[74] A. Tsipo, «Istoki stalinizma», *Nauka I zhizn'* 11-12 (1988), 1-2 (1989).

[75] N. Zarafshan, en R. MaKay, *Letters to Gorbachev: Life in Russia through the Postbag of Argumenty i Fakty*, Londres, 1991, p. 173.

[76] Tökés, *Murmurs and Whispers*, p. 48.

[77] Ellman y Kontorovich, *Destruction*, p. 38.

[78] D. Slejška, J. Herzmann a Kolktiv, *Sondy do veřejného mínění (Jaro 1968, Podzim 1989)*, Praga, 1990, p. 54.

[79] Para una defensa del modelo chino, véase, por ejemplo, P. Nolan, *China's Rise, Russia's Fall*, Basingstoke, 1995.

[80] S. Solnick, *Stealing the State: Control and Collapse in Soviet Institutions*, Cambridge, Mass., 1998.

[81] P. Kenney, *A Carnival of Revolution: Central Europe 1989*, Princeton, 2002, pp. 161-162.

[82] *Ibid*, pp. 12-13.

[83] Citado en *ibid*, p. 141.

[84] C. Maier, *Dissolution. The Crisis of Communism and the End of East Germany*, Princeton, 1997, p. 156.

[85] M. Fulbrook, *Anatomy of a Dictatorship. Inside the GDR, 1949-1989*, Oxford, 1995, pp. 259-260.

* El 29 de diciembre la Asamblea Federal eligió como nuevo presidente de Checoslovaquia al opositor Václav Havel en lo que se dio en llamar *Sametová revoluce* («revolución de terciopelo»). (*N. del t.*)

** Más conocida entonces como *Casa Poporului*, y ahora *Palatul Parlamentului*, es el segundo mayor edificio gubernamental del mundo, sólo superado por el Pentágono estadounidense. (*N. del t.*)

[86] Sobre la gran participación de los trabajadores en Polonia en comparación con la GDR, véase L. Fuller, *Where was the Working Class? Revolution in East Germany*, Urbana, Ill., 1999.

[87] Citado en O. A. Westad, *The Global Cold War*, Cambridge, 2005, p. 382.

* Allí permaneció hasta septiembre de 1996, cuando un comando talibán lo secuestró, torturó y ejecutó en la horca, después de cortarle el pene y metérselo en la boca. (*N. del t.*)

[88] J. Hough, *The Logic of Economic Reform in Russia*, Washington, DC, 2001, p. 366.

[89] A. Knight, *Spies without Clocks: The KGB's Successors*, Princeton, 1996, pp. 12-37.

* Esas elecciones tuvieron lugar entre mayo y noviembre en Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia, y el 9 de diciembre en Serbia. (*N. del t.*)

[90] Woodward, *Balkan Tragedy*, pp. 127-128.

[91] A. Nathan y P. Link (eds.), *The Tiananmen Papers*, Londres, 2001, pp. xxx-vii.

[92] *Ibid*, p. 163.

[93] *Ibid*, p. 143.

[94] Gorbachev, *Memoirs*, p. 490.

[95] Nathan y Link, *Tiananmen Papers*, p. 173.

[96] Su Xiaokang y Wang Luxiang, *Deathsong of the River: a Reader's Guide to the Chinese TV Series*, trad. R. Bodman, Ithaca, 1991, p. 221.

[97] R. Baum, *Reform and Reaction in post-Mao China: the Road to Tiananmen*, Nueva York, 1991, p. 456.

[1] Lin Jinhui, 28 de septiembre de 2002, http://www.china.org.cn/english/2002/Sep/44589.htm. Véase también K. Louie, *Theorizing Chinese Masculinity*, Cambridge, 2002, p. 58.

* En 2005, según las estimaciones de la ONU y de la CIA, el índice de Gini de China era de 46,9, exactamente igual al de Estados Unidos, mientras que el de Nepal era 47,2. (*N. del t.*)

** Publicado en castellano como *Pioneros y líderes de la globalización*, Buenos Aires, 1999. (*N. del t.*)

[2] D. Yergin y J. Stanislaw, *The Commanding Heights: the New Reality of Economic Power*, Nueva York, 1998, p. 137.

[3] T. Friedman, «Senseless in Seattle II», *New York Times*, 8 de diciembre de 1999. Para otros ejemplos, véase Frank, *One Market under God*, pp. 61-68.

*** Publicado en castellano como *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, 1992. (*N. del t.*)

[4] F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Londres, 1992, pp. 161-169, 206-207.

[5] *Wall Street Journal*, 26 de mayo de 2000. Véase T. Frank, *One Market under God. Extreme Capitalism, Market Populism, and the End of Economic Democracy*, Londres, 2000, cap. 1.

[6] R. Brenner, *The Boom and the Bubble: the US in the World Economy*, Londres, 2002, p. 43.

[7] J. Hellman, «Winners Take All: The Politics of Partial Reform in Postcommunist Transitions», *World Politics* 50 (1998), p. 209.

[8] *Ibid*, pp. 223-224.

[9] J. Stiglitz, *Globalization and Its Discontents*, Londres, 2002, p. 157.

[10] Véase P. Reddaway y D. Glinski, *The Tragedy of Market Reforms. Market Bolshevism against Democracy*, Washington, DC, 2001, pp. 252-255.

[11] S. Shirk, *The political Logic of Economic Reform in China*, Berkeley, 1993, cap.3.

[12] H. Wu, *Laogai. The Chinese Gulag*, Boulder, 1992.

* La suma de los votos obtenidos en las elecciones parlamentarias de abril de 1996 por la coalición *L'Ulivo* que encabezaba el PDS y otros partidos de izquierda representaba el 45,37 por 100; en abril de 2006 se presentaron juntos como *L'Unione*, obteniendo el 49,81 por 100 de los votos. (*N. del t.*)

[13] S. Shirk, *China. Fragile Superpower*, Oxford, 2007, p. 48.

[14] D. Bell, *China's New Confucianism. Politics and Everyday Life in a Changing Society*, Princeton, 2008, cap. 1.

** Según el *World Factbook* de la CIA, el índice Gini de China en 2007 era de 47

(ocupando el puesto 36 en la tabla invertida), mientras que el de Estados Unidos era de 45 (puesto 44). (*N. del t.*)

[15] Minxin Pei, *China's Trapped Transition: The Limits of Developmental Autocracy*, Cambridge, Mass., 2006, pp. 191-196.

*** Fusionado en junio de 2007 con una escisión de izquierda del SPD para dar lugar a *Die Linke* (La Izquierda). (*N. del t.*)

[16] V. Bunde y S. Wolchik, «International Diffusion and Postcommunist Electoral Revolutions», *Communist and Postcommunist Studies*, n.º 39 (2006), pp. 283-284; M. Beissinger, «Structure and Example in Modular Political Phenomena: The Diffusion of Bulldozer/Rose/Orange/Tulip Revolutions», *Perspectives on Politics*, n.º 5 (junio de 2007), pp. 259-276.

[17] K. Collins, «The Logic of Clan Politics. Evidence from the Central Asian Trajectories», *World Politics*, n.º 56 (2004), pp. 224-261.

* Nombrado presidente vitalicio en mayo de 2007. (*N. del t.*)

** Numerosas estatuas de Niyazov adornan el país, entre ellas una, recubierta de oro, en la cumbre del monumento más alto de Asgabat, el Arco de la Neutralidad; posee un mecanismo de relojería que la mantiene girando para que siempre esté orientada hacia el sol. (*N. del t.*)

[18] A. Buzo, *The Guerrilla Dynasty: Politics and Leadership in North Korea*, Londres, 1999, p. 206.

* Recientemente prorrogado por el presidente Obama en septiembre de 2009. (*N. del t.*)

[19] S. Eckstein, *Back from the Future under Castro*, Princeton, 1994, pp. 233-237.

[20] Citado en O. Starn, «Maoism in the Andes. The Communist Party of Peru-Shining Path, and the Refusal of History», *Journal of Latin American Studies*, n.º 27 (1991), p. 399.

[21] *Ibid*, p. 409.

[22] J. Nochlin, *Vanguard Revolutionaries in Latin America*, Boulder, 2003, p. 63.

[23] C. McClintock, «Peru's *Sendero Luminoso* Rebellion. Origins and Trajectory», en S. Eckstein (ed.), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, Berkeley, 2001, p. 83.

[24] Starn, «Maoism», p. 416.

[25] A. Vanaik, «The New Himalayan Republic», *New Left Review*,, n.º 49 (2008), p. 63.

* Llegado al trono en junio de 2001 tras la muerte de casi toda su familia en la masacre del Palacio Real de Narayanhity, atribuida al príncipe heredero Dipendra. (*N. del t.*)

** Dimitió el 4 de mayo de 2009 al no conseguir la destitución del jefe supremo del ejército, siendo sustituido por Madhav Kumar Nepal, del PCN(Marxista-Leninista Unificado). (*N. del t.*)

[26] M. Mohanty, «Challenges of Revolutionary Violence. The Naxalite Movement in Perspective», *Economic and Political Weekly*, 22 de julio de 2006.

[27] C. Sreedharan, «Karl and the Kalashnikov», http://www.rediff.com/news/1998/aug/25pwg.htm, 25 de agosto de 1998.

[28] Sobre este punto, véase N. Henck, *Subcommander Marcos. The Man and the Mask*, Durham, NC, 2007, pp. 365-366.

[29] Entrevista con G. Márquez y R. Pombo, «The Punch Card and the Hour Glass», *New Left Review*, mayo-junio de 2002, p. 70.

[30] B. Brecht, «To Those Born Later», trad. J. Willett, R. Mannheim y E. Fried, en P. Forbes, *Scanning the Century. The Penguin Book of the Twentieth Century in Poetry*, Londres, 2000, pp. 55-57.

[31] P. Neruda, *Memoirs*, Londres, 1976, pp. 332-333.

[32] T. Paterson, «A Harsh Lesson for Germany, Courtesy of Its Socialist Past», *Independent*, 22 de octubre de 2008.

Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo
David Priestland

Título original: *The Red Flag. Comunism and the Making of the Modern World*
Penguin books, Londres

© David Priestland, 2009

© de la traducción, Juan María López de Sa y de Madariaga, 2010

© del diseño de la portada, Jaime Fernández

Creative Commmons

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-17067-42-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com
Conversión a formato pdf: FS.

Índice

Sinopsis	5
Dedicatoria	6
Agradecimientos	7
Introducción. 1789-1889-1989	9
Prólogo. Crisol clásico	30
1. Un Prometeo alemán	54
2. Jinetes de bronce	123
3. La percepción desde Occidente	188
4. Hombres de acero	234
5. Frentes populares	312
6. El Oriente es rojo	397
7. Imperio	459
8. Parricidio	523
9. Guerrilleros	610
10. Zastoi («Estancamiento»)	663
11. Marea alta	741
12. Revoluciones gemelas	820
Epílogo. Rojo, naranja, verde... ¿y de nuevo rojo?	910
Láminas	944
Lista de ilustraciones	990

Bibliografía 993
Notas 1018
Créditos 1092